SANTO TOMAS DE VILLANUEVA

SERMONES DE LA VIRGEN MARIA

y

OBRAS CASTELLANAS

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

La B. A. C. es el pan de la cultura católica

ULTIMOS VOLUMENES

90.—SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo II: *De Deo uno et trino. De Deo creante et elevante. De peccatis*, por los PP. José M. Dalmáu y José F. Sagüés, S. I. 1952. XXIV + 1032 páginas.—90 pesetas tela, 130 piel.

91.—LA EVOLUCION MISTICA, por el P. Mtro. Fr. Juan G. Arintero, O. P. 1952. LXIV + 812 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

92.—PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo III: *Theodicea. Ethica*, por los PP. José Hellín e Ireneo González, S. I. 1952. XXVIII + 924 págs.—90 pesetas tela, 130 piel.

93.—THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por los PP. Eduardo F. Regatillo y Marcelino Zalba, S. I. Tomo I: *Theologia moralis fundamentalis*, por el P. Marcelino Zalba, S. I. 1952. XXVIII + 960 págs.—90 pesetas tela, 130 piel.

94.—SUMA CONTRA LOS GENTILES, de Santo Tomás de Aquino. Edición bilingüe, con el texto crítico de la leonina. Tomo I: *Libros I y II: Dios: su existencia, su naturaleza. La creación y las criaturas.* Traducción dirigida y revisada por el P. Fr. Jesús M. Pla, O. P. Introducciones particulares y notas de los PP. Fr. Jesús Azagra y Fr. Mateo Febrer, O. P. Introducción general por el P. Fr. José M. de Garganta, O. P. 1952. XVI + 720 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

95.—OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo X: *Homilías.* Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. Amador del Fueyo, O. S. A. 1952. XXXVI + 952 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

96.—OBRAS DE SANTO TOMAS DE VILLANUEVA. *Sermones de la Virgen María* (primera versión al castellano) y *Obras castellanas.* Introducción biográfica, versión y notas del P. Santos Santamarta, O. S. A. 1952. XII + 664 págs.—65 pesetas tela, 105 piel.

DE INMINENTE APARICION

TEXTOS HOMILETICOS. Tomo I.
PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA. Tomo I.
OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo XI.
OBRAS COMPLETAS DE SAN ANSELMO. Tomo II y último.

(Véase en las últimas páginas de este tomo el catálogo completo de las obras publicadas.)

Este volumen de la B. A. C. está editado por
LA EDITORIAL CATOLICA, S. A.
Alfonso XI, 4.—MADRID
y lo distribuye LIFESA, Valenzuela, 6.—MADRID

OBRAS DE SANTO TOMAS DE VILLANUEVA

Sermones de la Virgen (traducción) y Obras castellanas

Nos felicitamos de poder presentar hoy una de las figuras más esclarecidas del siglo XVI; era ya tiempo de saldar esta deuda de católico patriotismo. En el silencio y recogimiento de una celda monacal, como en el candelero de un arzobispado, Santo Tomás de Villanueva basta por sí solo para llenar un siglo, como bastó para captarse la veneración más profunda de aquellos dos grandes monarcas que admiraron al mundo y ensancharon los horizontes del suelo español: Carlos V y Felipe II.

Por primera vez salen a luz en español los sermones del gran Santo español; mejor dicho, una sección de su inspirada y copiosa producción: los sermones dedicados a la Virgen en sus diferentes festividades. Traducidos por un ferviente admirador, con un cariño cálido y reverente y acomodados a los gustos del día; traducción fiel a la hondura del pensamiento y afectividad tierna del Santo, sin sujeción servil a la letra y construcción latinas, pero sin arbitrariedades también desligadas de la personalidad que palpita y se refleja en un estilo característico. Una traducción suelta y desembarazada, sencilla y brillante, que hace asequible la fecunda inspiración del Santo para que pueda ser saboreada por el vulgo español, sin caérsele de las manos a la vez al público culto.

Arsenal inagotable de doctrina mariológica, aparte el sentimiento piadoso que rezuma por doquier, son estos sermones de Santo Tomás de Villanueva imprescindible recurso histórico y doctrinal en la mariología española. Y son también las escasas muestras de sus escritos castellanos un elocuente testimonio de la perfección que había alcanzado el idioma y un áureo eslabón que se engarza con mérito propio en la rutilante cadena de místicos y ascéticos que a continuación de él, y quizá por una eficaz influencia suya, alcanza pletórica floración en España. Como es a su vez el Santo una de las primeras figuras que en el gran siglo enaltecieron el púlpito español.

Como complemento de los *Sermones de la Virgen* y *Obras castellanas* del gran "Arzobispo del Imperio" se insertan al final de este volumen dos extensos índices de materias y de nombres, que facilitan al lector el manejo de esta magnífica edición, preparada por el P. Santos Santamarta, O. S. A.

La B. A. C.

"El católico culto español no dispone en abundancia de libros clásicos y modernos de carácter fundamental. Tiene que buscarlos, con penoso esfuerzo y con sacrificios económicos, en el extranjero. Le faltan también orientaciones bibliográficas. No le es fácil saber qué debe leer, ni aun sabiéndolo puede hallarlo a mano. Mucho menos tiene a su alcance una biblioteca orgánica, varia y selectísima que abarque todas las principales ciencias del espíritu.

Por ello, la cultura es desigual y hasta desordenada en muchos hombres de estudio; anacrónica y pobre en los demás.

Atendiendo altas inspiraciones y deseando servir dócilmente a la Iglesia tal como ella quiera ser servida, la B. A. C. se propone remediar tal estado de cosas, indigno de nuestras gloriosas tradiciones, del vigor intelectual de nuestra raza y de la misión reservada a los pueblos hispánicos.

Queremos que el católico tenga los instrumentos esenciales para su formación intelectual en libros densos, escogidos, bien editados y económicos, que formen una biblioteca orgánica y completa.

Queremos reunir en las manos de cada católico, bajo los auspicios y alta dirección de la Pontificia Universidad de Salamanca, el conjunto de libros que necesita y desea. *Marzo de 1944.*

La esperanza se va colmando. Pronto será la B. A. C. un tesoro incomparable de la sabiduría cristiana. De esta sabiduría invariable, pero creciente y juvenil.

Queremos ganar la amistad intelectual de todos los católicos cultos y el sincero respeto de todos los hombres de ciencia.

Decenas de sabios especialistas trabajan hoy para la B. A. C. Millares de lectores, en número creciente, le prestan su aliento en España e Hispanoamérica. Sus 96 volúmenes son ya un núcleo medular e imprescindible de toda buena biblioteca individual o colectiva.

La B. A. C. es hoy el pan de nuestra cultura católica

Pida toda clase de informes a

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A.

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

ALFONSO XI 4. - APARTADO 466. - MADRID

Obras de
Santo Tomás de Villanueva

BIBLIOTECA
DE
AUTORES CRISTIANOS

Declarada de interés nacional

ESTA COLECCIÓN SE PUBLICA BAJO LOS AUSPICIOS Y ALTA DIRECCIÓN DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

LA COMISION DE DICHA PONTIFICIA UNIVERSIDAD ENCARGADA DE LA INMEDIATA RELACION CON LA B. A. C., ESTÁ INTEGRADA EN EL AÑO 1952 POR LOS SEÑORES SIGUIENTES:

PRESIDENTE:

Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Fr. FRANCISCO BARBADO VIEJO, O. P., *Obispo de Salamanca y Gran Canciller de la Pontificia Universidad.*

VICEPRESIDENTE: Ilmo. Sr. Dr. LORENZO TURRADO, *Rector Magnífico.*

VOCALES: R. P. Fr. AGAPITO SOBRADILLO, O. F. M. C., *Decano de la Facultad de Teología;* R. P. Dr. MARCELINO CABREROS, C. M. F., *Decano de la Facultad de Derecho;* M. I. Sr. Dr. BERNARDO RINCÓN, *Decano de la Facultad de Filosofía;* R. P. Dr. JOSÉ JIMÉNEZ, C. M. F., *Decano de la Facultad de Humanidades Clásicas;* R. P. Dr. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P., *Catedrático de Sagrada Escritura;* R. P. Dr. BERNARDINO LLORCA, S. I., *Catedrático de Historia Eclesiástica.*

SECRETARIO: M. I. Sr. Dr. LUIS SALA BALUST, *Profesor.*

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A.—APARTADO 466

MADRID • MCMLII

OBRAS DE SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA

SERMONES DE LA VIRGEN Y OBRAS CASTELLANAS

INTRODUCCIÓN BIOGRÁFICA, VERSIÓN Y NOTAS DEL PADRE

FR. SANTOS SANTAMARTA, O. S. A.

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • MCMLII

NIHIL OBSTAT:
DR. ANDRÉS DE LUCAS,
Censor.

IMPRIMI POTEST:
FR. FÉLIX GARCÍA, O. S. A.,
Prov.

IMPRIMATUR:
✠ JOSÉ MARÍA,
Ob. aux. y Vic. gral.
Madrid, 23 diciembre 1952.

GRAFICAS NEBRIJA, S. A.—Ibiza, 11.—Teléfono 25 11 01.—Madrid.

INDICE GENERAL

Páginas

BIBLIOGRAFÍA XI

INTRODUCCION GENERAL
(Rasgos biográficos)

Preliminares 3

I. En el mundo estaba 9

Padres.—El niño.—Herencia limosnera.—Brotes de santidad.—Se entrega a los estudios.—Encrucijada.—Vocación decidida. Elección.

II. Religioso perfecto 16

En el vestíbulo de la Religión.—En el crisol: la Corporación, el aspirante, Dios.—Base y coronación: Oración. Lección. Retiro. Sumisión.—Otras virtudes.—Profeso.—Sacerdote

III. Predicador 26

Talismán de la elocuencia.—Exitos a granel. Rémora y espejismo.—Espíritu y oración.—Añoranzas agustinianas de Salamanca.—Cargos en aluvión.—Por tierras de Portugal.—Auditorios heterogéneos.—Predicador de Carlos V.—Director de almas.

IV. Superior 37

Anhelos truncados.—Comprensión y triunfo.—A Dios rogando.—Digno y en su puesto.—Fraternidad e igualdad.—Estela de abolengo.

V. Arzobispo 42

Qué descansada vida... Rechaza un arzobispado.—Pero le viene otro.—Devolución de cédulas y mandato de obediencia.—Bulas de pobre.—Camino de Valencia.—En la duda... encomendarlo a Dios. Alojamiento por caridad.—La humildad ensalzada.—¿Cárceles para eclesiásticos?—Fraile y arzobispo.—Cosidos y remiendos.—Paredes limpias.—Nostalgia de mesa y austeridad conventual.

Pastor infatigable. Si tu ojo está limpio...— Una jira penosa.—A cara descubierta.—Apelación al juicio de Dios.—En guardia permanente.—Cotejando...—Disciplina, oración y recuperación de almas.

El Limosnero. Andrajos y simpatía.—¿Cúyas eran sus rentas? El despilfarro de los santos.—Dejarse engañar.—Tirar la piedra y esconder la mano.—Eco de gemidos infantiles.—Fuente inagotable.

Monumentum aere perennius.—Expiación y corazonada.—Porvenir sereno.—Seminario pretridentino.—Cuño agustiniano.—Fermento y cantera.—El panegirista Ramón Llidó.—Vástago lozano.

Páginas

La Contrarreforma. Gritos de reforma.—Entereza y humildad frente a rebelde insolencia.—Latigazos sin paliativos.—No hay mal que por bien no venga.—Clamores por un Concilio.

Trento.—Alejado de la reunión; cartas memorables.—Apostolado en casa propia.—Aliento de Tomás de Villanueva en Trento.—¿Ausencia rebelde?

Aeterna requies. Sin descanso.—Hada de ensueños.—Antorcha que se extingue.—Sin lecho donde morir.—Con hábito del señor San Agustín.—Torrente de lágrimas y clamoreo lúgubre.—Reguero de bendición.

Conciones: Breve descripción y estudio 99

SERMONES DE LA VIRGEN

En la concepción de la Bienaventurada Virgen María 129

SERMÓN I. De la inmaculada concepción de la Bienaventurada Virgen María 129

SERMÓN II. Sobre el mismo argumento 148

SERMÓN III. Sobre el mismo argumento 152

SERMÓN IV. Del mercader que busca perlas preciosas y de la Virgen María como perla preciosa, en sentido alegórico 157

En la natividad de la Bienaventurada Virgen María 173

SERMÓN I. De cinco libros que se citan en la Escritura, es a saber, el de la vida, el de la naturaleza, el de la Escritura, el del ejemplo y el de la conciencia ... 173

SERMÓN II. De la genealogía de Cristo y de la excelencia de la Virgen María 185

SERMÓN III. María elegida por Dios para ser madre de Dios y abogada del mundo 201

SERMÓN IV. De la excelencia de la Bienaventurada Virgen María 213

SERMÓN V. Sobre el mismo argumento 218

En la presentación de la Bienaventurada Virgen María 221

SERMÓN. La Bienaventurada Virgen María es una perla preciosísima 221

En la anunciación de la Bienaventurada Virgen María 234

SERMÓN I. Sobre el saludo angélico; de la virginidad, fe, humildad y silencio de la Bienaventurada Virgen María 234

SERMÓN II. Sobre el coloquio del arcángel Gabriel con la Bienaventurada Virgen María, y de cuándo y cómo reinará Cristo en la casa de Jacob 246

Páginas

SERMÓN III. De las virtudes de la Bienaventurada Virgen María que se manifestaron en la anunciación y encarnación del Verbo 261

SERMÓN IV. Sobre la encarnación del Verbo y plenitud de gracias de María 268

APOSTILLA. Sobre la encarnación del Verbo 276

SERMÓN V. María es el huerto cerrado, la esposa, hermana y fuente sellada de que se habla en los Cantares: «Huerto cerrado, hermana mía», etc. 281

SERMÓN VI. Sobre la plenitud de gracias y virtudes en María y sobre las diversas figuras de la encarnación del Señor 298

SERMÓN VII. Sobre la embajada del arcángel Gabriel a la Virgen María y la encarnación del Verbo 307

En la visitación de la Bienaventurada Virgen María 314

SERMÓN. Sobre el júbilo de los dos niños, Jesús y Juan, en la visitación de la Santísima Virgen y explicación del cántico «Magnificat anima mea Dominum» 314

APOSTILLA. Sobre los mismos argumentos 328

En la purificación de la Bienaventurada Virgen María 333

SERMÓN I. Sobre la purificación de la Virgen y el rescate del Niño Jesús; sobre diversas circunstancias de estos misterios; sobre la compraventa de Cristo en el sentido místico y espiritual 333

SERMÓN II. Sobre los mismos asuntos, con la exposición del cántico «Nunc dimittis» 347

En la asunción de la Bienaventurada Virgen María 369

SERMÓN I. Armonía del evangelio de esta festividad con la vida de la Bienaventurada Virgen María, o sobre la vida activa y contemplativa de la Virgen María ... 369

SERMÓN II. Sobre nuestra ascensión espiritual y la asunción de la Virgen María 380

SERMÓN III. Sobre la vanidad de las cosas mundanas, destino verdadero y propio del hombre sobre la tierra y excelencia de la vida monástica; sobre la contemplación continua de la Virgen María y su asunción al cielo 395

SERMÓN IV. Sobre las cualidades que debe tener el castillo espiritual, esto es, el alma, para que Cristo pueda entrar y hospedarse en él; sobre la vida activa y contemplativa y excelencia de ésta; sobre la vida contemplativa de la Virgen María, y su muerte, resurrección y gloriosa asunción 405

Páginas

SERMÓN V. Sobre la admirable asunción de la Virgen María y su exaltación sobre todos los coros de los ángeles: tierna invitación del Esposo a su esposa para que suba a su reino 426

SERMÓN VI. Qué relación tiene con esta solemnidad el Evangelio «Entró Jesús en cierta aldea»..., y asunción de la Virgen María 447

SERMÓN VII. Sobre la asunción de la Bienaventurada Virgen María de este mísero desierto rebosando en delicias 462

SERMÓN VIII. Sobre los grados de la escala espiritual por los que hemos de subir al Esposo, y de la asunción de la Virgen María 473

SERMÓN IX. De tres subidas, es a saber, la del alma del justo, que asciende del desierto de los pecados por la escala de las virtudes; la del alma perfecta, que sube del desierto de la soledad por la escala de la contemplación; y la de la Bienaventurada Virgen María, que asciende hoy del desierto del mundo al cielo 483

Sobre Nuestra Señora 493

SERMÓN. Cuánto debe la Virgen María a su Señor por la inmensidad de gracias que Dios le confirió 493

FRAGMENTO de otro sermón 502

OBRAS CASTELLANAS

Modo breve de servir a nuestro Señor en diez reglas 507

De la lección, meditación, oración y contemplación 514

CAPÍTULO 1. De la lección 514

CAPÍTULO 2. De la meditación 517

CAPÍTULO 3. De la oración 519

CAPÍTULO 4. De la contemplación 523

Explicacion de las bienaventuranzas y su correspondencia, ya con los dones del Espíritu Santo, ya con la oración del Padre Nuestro 527

Soliloquio para después de la Sagrada Comunión 541

Proemio sobre unos sermones del Santísimo Sacramento ... 556

Plática y aviso al religioso que toma hábito 562

Páginas

Cartas 576

Testamento 598

Sermón del amor de Dios 600

Sermones castellanos 611

ADVERTENCIA 611

SERMÓN I 612

SERMÓN II 616

SERMÓN III 621

SERMÓN IV. Advertencia 625

SERMÓN V. De la Samaritana. Advertencia 632

INDICE DE MATERIAS 643

INDICE ONOMÁSTICO 664

BIBLIOGRAFIA

ALCOCER SUREDA, MIGUEL: *Origen, naturaleza y valor pedagógico de un Colegio luliano:* «Razón y Fe» (1935) vol. 1, p. 441ss, y vol. 2, p. 215ss.

Archivo histórico hispano-agustiniano. Homenaje a Santo Tomás de Villanueva en el III Centenario de su beatificación (7 octubre 1618-1918), vol. 10, p. 161ss. (1918). Una serie de artículos interesantes.

CAPÁNAGA, P. VICTORINO, O. R. S. A.: *Santo Tomás de Villanueva (Semblanza biográfica)* (Madrid 1942): «Vidas de Santos españoles».

DIVI THOMAE A VILLANOVA: *Opera omnia.* Seis volúmenes en folio (Manila 1881 a 1897). Esta es la edición a que se refiere el texto cuando se hace alusión a las obras del Santo.

ESCRIVÁ, VICENTE: *Tomás de Villanueva, arzobispo del Imperio. Estampas singulares sobre una vida ejemplar* (Valencia 1941).

FULLANA, FR. LUIS, O. F. M.: *Por qué Santo Tomás de Villanueva no asistió al Concilio de Trento.* Artículo publicado en la revista franciscana «Verdad y Vida», n. 9 (enero-marzo 1945).

LLIDÓ VICENTE, RAMÓN: *El colegio mayor de Santo Tomás de Villanueva* (Valencia 1944).

— *El colegio mayor de la Presentación. Homenaje en el cuarto centenario de su fundación (1550-1950)* (Valencia 1950).

— *La entrada de Tomás de Villanueva en Valencia.* Es una serie de estampas en recuerdo del centenario (1545-1945) (Valencia 1945).

MATURANA, P. VÍCTOR, O. S. A.: *Vida de Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia* (Santiago de Chile 1908).

QUEVEDO VILLEGAS, FRANCISCO DE: *Epítome a la Historia de la vida ejemplar y gloriosa muerte del bienaventurado Fr. Tomás de Villanueva, religioso de la Orden de San Agustín y arzobispo de Valencia:* Biblioteca de Autores Españoles, t. 2 de las Obras de Quevedo, p. 55ss.

SALÓN, P. FR. MIGUEL, O. S. A.: *Vida de Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, ejemplar y norma de obispos y prelados,* nueva ed. (Real Monasterio del Escorial 1925).

SANTIAGO VELA, P. GREGORIO DE, O. S. A.: *Biblioteca Ibero-Americana de la Orden de San Agustín,* t. 8, art. *Villanueva (Sto. Tomás de).* Sobre las obras y sus vicisitudes es probablemente la mejor fuente de información, tanto de los escritos (latinos y españoles) del Santo como de los trabajos que sobre el mismo y aquéllos se han compuesto, bien que no todos los datos sean del P. Vela, pues la muerte le impidió coronar esa su obra genial y gigante. No es necesario advertir que no puede hacer relación de lo que posteriormente se ha escrito y descubierto. Tiene una información muy importante y extensa sobre los biógrafos del Santo, a que nos remitimos para no aumentar aquí la lista, y sobre las fiestas

que se celebraron en varias ciudades con motivo de la beatificación y canonización del santo Limosnero.

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA: *Opúsculos castellanos:* Biblioteca de la «Revista Agustiniana» (Valladolid 1885). Es una reproducción de la edición del P. Méndez (Madrid 1763). Se recogen también en la presente edición entre las obras castellanas del Santo.

VICENTE ORTÍ, JOSÉ: *Vida, virtudes, milagros y festivos cultos de Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, de la Orden de N. G. P. San Agustín.* La saca a luz el religiosísimo convento de Nuestra Señora del Socorro de la misma religión (Valencia 1731).

Nota.—Por no prolongar esta reseña bibliográfica no nos detenemos a dar noticia de tantas y tantas vidas que acerca de Santo Tomás de Villanueva han salido a luz. Queda constancia de las más extensas, la del P. Salón y la de Vicente Ortí; como insinuamos antes, en el P. Vela puede verse una reseña completa. Y en nuestras publicaciones periódicas *Revista Agustiniana* y *La Ciudad de Dios* han salido varios artículos interesantes referentes a Santo Tomás de Villanueva y algunos de sus sermones.

INTRODUCCION GENERAL

SANTO TOMAS DE VILLANUEVA

La revalorización de tantos auténticos valores de aquella ofuscadora miríada de nuestro gran siglo que deslumbra y abruma por su brillo y densidad, no puede menos de sacudir el espíritu con sus ramalazos y tornarle tenso y exultático ante la contemplación de nuevos y halagüeños panoramas que reclaman imperiosamente su atención. Salen de día en día de trasteras empolvadas a nueva luz tesoros inmarcesibles que ni el olvido e ingratitud ni el culpable abandono han logrado desvirtuar: fué mucho lo que nuestros antepasados nos legaron, para que pudiera quedar irremediable y oscuramente arrumbado.

Tiempos gloriosos aquellos en que lo grande corría parejas con lo ordinario, ya que lo extraordinario se hacía tan corriente y lo excepcional tanto se repetía, que difícilmente se descubren figuras que a los demás se aventajen. Parece como si las crestas de empinadas montañas contendiesen en titánicos esfuerzos por sobresalir y, en su alocada carrera de superación, unas con otras se confundieran e igualaran.

Fogueadas las imaginaciones con los ensueños fantásticos de las Indias, caldeados los espíritus en el ansia urente de la salvación de aquellas almas, y tremente la sensibilidad católica ante los dislates teológicos y desmanes sanguinarios de los precursores y jerifaltes de la reforma protestante, diríase que a porfía se disputaban los ánimos el honor de enrolarse en aquella milicia espiritual y humana, que para tan altas empresas se estaba forjando y dando ya sazonados frutos: la milicia espiritual de nuestros teólogos, nuestros santos y nuestros artistas, y la milicia castrense de nuestros aguerridos tercios continentales y nuestras improvisadas y no menos duras e imbatibles tropas transmarinas.

Doquiera se vislumbraba un puesto de peligro y asomaba su fea y disforme catadura un enemigo de los ideales que eran el alimento y la vida de aquellos celadores de la espiritualidad, surgían legiones de paladines a romper con tenacidad sus lanzas en la defensa del preciado tesoro de su fe católica.

Porque, no podemos olvidarlo, más bien tenemos que airearlo y clavarlo en el corazón de los españoles y hacerles sentirse orgullosos de ello: el ideal que todo español, como tal, lleva dentro, el que ha troquelado su vida espiritual y anímica, haciéndola como alma de su alma, es el ideal católico, que, ahondando en el substrato formativo de nuestra nacionalidad, llegaríamos a ver fundido en estrecho abrazo con el constitutivo de patria. Bien alto lo proclamaba el cardenal Gomá en un memorable discurso: «El pensamiento católico es la savia de España» [1]. Y lo hacía precisamente en aquellos tiempos aciagos de la segunda funesta república española, cuando parecía que España había renegado de su pasado y vuelto la espalda a los valores más puros de su historia. Más aún, añadía el gran vocero de la Hispanidad en aquella inolvidable jornada en que se conmemoraba la fiesta de la Raza, nombre que debía sustituirse por el de fiesta de la Hispanidad: «Hay una relación de igualdad entre catolicismo e hispanidad» [2].

Ya antes, como lo demuestra su libro *En defensa de la Hispanidad,* había el gran patricio Ramiro de Maeztu formulado idéntica conclusión: «Si la Hispanidad se hizo con la idea católica...» [3]. Y más explícitamente, y como explicando esa catolicidad de la Hispanidad: «La Hispanidad es el Imperio que se funda en la esperanza de que se pueden salvar como nosotros los habitantes de las tierras desconocidas» [4]. Con razón, pues, debe concluirse, con Ramiro de Maeztu, que «el mundo no ha conocido ideal más elevado que el de la Hispanidad» [5]. Y así tienen actualidad perenne y están pletóricas de contenido aquellas palabras de José Antonio: «El ser español es lo único grande que se puede ser en el mundo», palabras que gentes de inteligencia roma y sentimientos achatados han interpretado como una huera frase retórica o como una insustancial farolada.

No se podrá jamás prescindir del catolicismo cuando se trate de poner de relieve los valores hispánicos; antes hay siempre que concederle el honor de figurar a su cabeza, como fundamento, vida y aglutinante de los mismos.

Por eso será siempre hacer patria, y de la mejor ley, el remover y sacar de la oscuridad a los representantes genuinos de esos valores, que no son otros que los santos, las encarnaciones del ideal católico, los realizadores en sí mismos de ese ideal y sembradores los más entusiastas de esa semilla que a la vez habían de hacer fructificar en los demás. No fueron estatuas yacentes cinceladas por el gran Artista para servir con su pureza de líneas y acabada forma de recreo a las miradas ansiosas de emoción estética; sería convertir lo más puro y afinado del espíritu tenso y estallante del cristianismo en la más burda pasividad del nirvana budista. Fueron, por el contrario, seres inquietos y dinámicos, que, conscientes de las riquezas desbordantes que atesoraban, percibían en sus entrañas la implacable comezón de derramarlas a raudales, sabiendo los ubérrimos frutos que el gran Padre de familias recogería de tan manirrota prodigalidad.

Así, es de lamentar que permanezcan aún algunos de los más representativos en el montón del anonimato o en la rememoración, para mayor vergüenza fría e indiferente, de la aureolada peana de su santidad. Es tal el vértigo de la vida hodierna y tan incoercible el arrítmico borbollar de su efervescencia, que arrebatan atropelladamente nuestra atención, privándonos del tranquilo señorío de nuestras facultades y de la serena hegemonía de nuestra sensibilidad sobrexcitada por los continuos y violentos choques de abrumadora hiperestesia.

Una de las figuras más señeras, verdadera perla y piedra miliaria de nuestro gran siglo, y quizá también una de las más olvidadas o preteridas, es la que nos cupo en suerte sacar hoy a luz en estas columnas de la B. A. C., la figura cumbre de Santo Tomás de Villanueva, el más atacado, sin duda, de aquellos tiempos gloriosos en la jerarquía eclesiástica española, sol resplandeciente del Imperio español, astro de primera magnitud entre la pléyade de estrellas que con luz propia alumbraban los brumosos horizontes, águila caudal que desde las inaccesibles alturas a que supo elevarse podía mirar con tranquilo señorío el campo de guerra en que se debatía el resto de los mortales; en una palabra, «Arzobispo del Imperio», como con frase feliz lo denominaba Vicente Escrivá [6].

A pesar de los méritos propios para ocupar un puesto tan distinguido en el escalafón de la santidad y la ciencia españolas, a pesar de su dominio avasallador en el ánimo de príncipes, magnates y plebeyos, a pesar del influjo soberano que ejerció con su palabra y sus escritos en España y en el extranjero, es bien escasa la atención que se le ha prestado, bien poco lo que por él se ha hecho, casi nada lo que se le ha dado a conocer. Parece como si la fama y renombre que en vida le abrumaba se hubiera ido con él al sepulcro. Aquellas aclamaciones con que era celebrado,

[1] *Apología de la Hispanidad.* Discurso en el teatro Colón (Buenos Aires) el día de la Raza, 12 de octubre de 1934. Apéndice a *Defensa de la Hispanidad* de Maeztu. p. 355 (Valladolid 1938. 3.ª ed.).
[2] Ib.
[3] *Defensa de la Hispanidad,* p. 302 (Valladolid 1938, 3.ª ed.).
[4] Ib. p. 243.
[5] Ib. p. 302.

[6] *Tomás de Villanueva, arzobispo del Imperio* (Valencia 1941).

las voces de alabanza que a porfía se le tributaban, el entusiasmo exaltado que su vida y milagros suscitaban, los trenos y lamentaciones que a su muerte se entonaron, las jubilosas demostraciones que se renovaron con motivo de su beatificación y canonización, que pusieron en movimiento y acordes entonaciones a la Orden Agustiniana, a la ciudad de Valencia y a toda la Iglesia española, todo ello resuena hoy en nuestros oidos no más que como eco de un lejano ya pasado y desligado de nuestro presente.

Un devoto suyo, casi contemporáneo, hermano de hábito, el P. Miguel Salón, cuando aun estaba fresco el aroma de sus virtudes y recientes las huellas de sus obras, 1588, escribió con el más acendrado cariño y ferviente admiración y entusiasmo una extensa relación de su vida y sus virtudes. No es una biografía perfecta, con todas las exigencias de la moderna critica y metodología; pero sí una narración casi completa en cuanto a datos e influencia se refiere, un acopio inmenso de materiales para levantar un magnífico monumento a la memoria del gran Arzobispo.

Treinta años más tarde, 1620, el genio de Quevedo daba a la luz pública un epítome de la vida del bienaventurado Fr. Tomás de Villanueva, como anticipo o preludio de una extensa Historia que no se llegó a publicar, y que hubiera sido un monumento digno del gran Prelado por mano de un gran genio y artista.

A más de esas dos obras, que nos parecen las más importantes, la primera por su extensión, y por su calidad y primor la segunda, se han publicado algunas otras, sobre todo a raíz de la muerte del Santo, tanto en España como en el extranjero. De lo más importante sobre biografía y estudios acerca de Santo Tomás, daremos un resumen bibliográfico al final de esta introducción. Pero no queremos pasar por alto en esta ligera introducción dos estudios contemporáneos, notables, si no por su extensión, sí por el fervoroso calor que los inspira, e índice de que aun no ha desaparecido la memoria del gran Arzobispo y limosnero. Nos referimos a *Tomás de Villanueva,* de Vicente Escrivá, aparecido en Valencia (1941), y *Santo Tomás de Villanueva,* del P. Victorino Capánaga, agustino recoleto, editado por la Biblioteca Nueva en la colección *Vidas de Santos Españoles* (Madrid 1942).

La primera, *Tomás de Villanueva,* es, como nos insinúa su autor, una colección de estampas singulares sobre una vida ejemplar, una serie de emotivas pinceladas basadas en un fondo rigurosamente histórico, envueltas en un ambiente de cálido afecto. Reivindicación de una gloria singular, ornamento de la Iglesia española, esbelta palmera del vergel agustiniano y foco deslumbrante de la archidiócesis de Valencia. Sentida y amada con apasionado entusiasmo y descrita con fascinante colorido. Diríase que su autor, compenetrado con la época del Santo y eco de las ideas y sentimientos en ella imperantes, ha sabido, cual solícita abeja, libar con delicadeza exquisita y ponernos de relieve con acabada maestría los valores genuinos que engrandecen y exaltan nuestro gran siglo. Sacando a la plaza pública de la literatura y el arte una de las más ricas joyas que yacía sepultada en el olvido más vergonzoso. Y revelándonos a la vez sus magníficas cualidades de captador de momentos hondos y facetas salientes. Indudablemente llenó su cometido, dando a luz un libro interesante y atractivo, deleite de los ojos y embeleso de la imaginación.

Es lamentable que no haya alcanzado más difusión esta joya literaria, y que, en el rumbo vertiginoso que los problemas acuciantes de hoy imprimen a la vida, se hayan visto tantos privados de una lectura tan interesante y que con tal emoción nos hace sentir el peso de nuestras glorias pretéritas. Sería para nosotros una verdadera satisfacción despertar con estas líneas la atención de muchos lectores y contribuir con ellos a renovar la aceptación que tuvo al salir a luz. Cierto que Vicente Escrivá es hoy sobradamente conocido y huelgan nuestros encomios.

Santo Tomás de Villanueva, del P. Capánaga, es una joya de distinto carácter que la de Vicente Escrivá. Escrita, quizá, con no menos galanura de lenguaje, desde luego; no necesitamos hacer tampoco la apología del P. Capánaga; es harto conocido del público culto, y sus cualidades literarias le han ganado un justo renombre en la república de las letras.

El intento de la colección a que pertenece esta obra no es otro que extractar los valores más puros y acrisolados de nuestra historia que se contienen en nuestra geografía, «trajear, como dice el P. Capánaga, las grandes figuras de nuestros santos». Y a fe que sabe hacerlo él con la competencia del teólogo y literato y con el encendido afecto de hermano. ¡Cómo discurre a través de todo el libro el fondo netamente católico y teológico que forma la quintaesencia del contenido de nuestra historia como nación, la pureza y brillantez de su estilo fácil y encantador, salpicado de bellezas de primer orden, y el regusto cariñoso y no exento de cierto sano orgullo de contar en su alcurnia corporativa con figuras de la talla humana y sobrenatural de Santo Tomás de Villanueva!

Aunque corto y reducido, ha sabido escoger, cribar y resumir con tal acierto los rasgos salientes de la vida del Santo y poner tan de relieve los momentos cumbres que se destacan en su múltiple actuación pública y privada, que

la consideramos obra acabada en su género y modelo de semblanzas biográficas. Nos parecería de perlas encajarla al frente de esta primera edición de las conciones en castellano; y con ello nos ahorraríamos el trabajo de pergeñar unas cuartillas y el sonrojo de ver cuán pálidas y desvirtuadas han de salir comparadas con las suyas.

Con estas ligeras reflexiones queremos entrar en la tarea de hacer una presentación del Santo, cuyos sermones sobre la Virgen ven por vez primera la luz en español. Si aún hay tesoros oratorios, teológicos, escriturarios y morales que explotar en nuestra Patria, es probable existan pocos monumentos tan importantes como las conciones de Santo Tomás de Villanueva, verdadero arsenal de predicadores y estudiosos de la ascética y la mística. Y es lamentable, repetimos, que el público culto español continúe aún privado de sus enseñanzas. Cierto que aquí no se dará sino una ligera muestra de su obra. Toda ella forma una coleción de seis volúmenes en folio, de los cuales el contenido de los de la Virgen ocupa sólo la mitad del cuarto. Pero será esta muestra como un aperitivo: indudablemente estimulará en los lectores el anhelo de saborear toda la obra del Santo y a los más asiduos e interesados a explotar el rico filón que se les descubre.

No podemos olvidar que en la oratoria pertenece Santo Tomás a aquella ilustre falange de predicadores agustinos que llenaron el gran siglo, y fué uno de los más ilustres representantes: los Vázquez, Orozco, Malón de Chaide, Valderrama, Castroverde, Villavicencio, Márquez; «Gloriosa constelación agustiniana» los llamó el P. Olmedo [7], nada sospechoso de parcialidad, sino admirador entusiata de tantos astros de primera magnitud. Entre los cuales sobresale a gran altura Santo Tomás, si no quizá por los recursos retóricos, sí por la ventaja de la santidad, que sabemos es el factor más decisivo cuando se trata de aquilatar los efectos de la elocuencia en el ánimo de los oyentes, al fin de cuentas el único hito de la misma, tanto profana como sagrada. Lo cita D. Miguel Mir como uno de los primeros representantes del púlpito español, y de los que bastarían para dar «alguna idea del esplendor a que se levantó la elocuencia del púlpito en nuestro siglo de oro» [8].

Pero de muchas de esas lumbreras no nos quedaron casi muestras en español, sobre todo de los primeros en el orden cronológico. Escribíanlas en latín para su gobierno, para su orientación, como un arsenal de materias, notas, citas, etcétera. Y así desaparecieron para siempre piezas inmortales que serían hoy orgullo de nuestra retórica, y a su luz y resplandor podríamos codearnos con las naciones que se consideran representantes exclusivas de la moderna oratoria cristiana.

Es verdad que algo se va trabajando en la investigación de nuestros oradores sagrados, y se va poniendo de manifiesto que posee el púlpito español verdaderas joyas inexploradas aún.

[7] Fr. Dionisio Vázquez, O. S. A., *Sermones*. Notas y prólogo del P. Félix G. Olmedo, S. I.: Clásicos Castellanos (Madrid 1943), p. 64.

[8] *Sermones del P. Fr. Alonso de Cabrera*, discurso preliminar, p. 17: Nueva Biblioteca de Autores Españoles (Madrid 1930).

I. *Vida en el mundo*

Nace Tomás de Villanueva en 1488 en la villa de Fuenllana, provincia de Toledo, adonde se habían refugiado sus padres, huyendo de la peste que se había señoreado de su pueblo natal, Villanueva de los Infantes, no muy distante de aquel otro. De familia bien acomodada, noble por su linaje, de todos reverenciada y amada, a lo cual, sin duda, contribuía sobre todo el blasón de mayor nobleza que la enaltecía, su cristianismo integral y generosidad desbordante con los necesitados.

Padres.—Llamábanse sus padres Alonso Tomás García y Lucía Martínez Castellanos; y era la casa solariega de los García como el paño de lágrimas en que se enjugaban las de la comarca, y el remedio de los menesterosos de los aledaños. Parecía rivalizar el cristiano matrimonio en socorrer a los pobres y colocar en Banco seguro su hacienda; cada cual se ejercitaba en esta virtud según sus ocupaciones características. El padre prestaba gratis sus simientes a los labradores, y sus dineros sin ningún interés a los que se lo solicitaban, perdonándoselo con frecuencia vista su necesidad; y sostenía un molino únicamente para los pobres, trayéndose a su casa la harina que producía y repartiéndose entre ellos después de convertida en blancos panes. La madre con toda solicitud y diligencia atendía que ningún pobre se alejara de su casa sin la correspondiente limosna: pan, harina, dineros, telas, ropas, llegando más de una vez a despojarse de las suyas propias para socorrer a algún pobre que llegaba a tiempo de haberse agotado las que se repartían. Esto, amén de los socorros en dinero y especie que secretamente enviaba a personas vergonzantes.

Era la auténtica caridad cristiana la reina de aquel hogar, y sus manifestaciones tenían que erumpir en las formas más variadas, no faltando, como era natural, el matiz de las conversaciones y comentarios con que mutuamente se estimulaban en tan caritativa tarea. Hogar auténticamente

cristiano aquél, en que las palabras son aliento de las buenas obras y un efecto a la vez de las mismas.

Una nota digna de admiración es cómo Dios bendecía aquel hogar y le hacía prosperar aun materialmente, pues eran tales las limosnas, tan continuas y tan considerables a veces, que podían poner en peligro la hacienda, si no fuera por la providencia particular que Dios tenía de ellos. ¿Cómo no iba a bendecir tan loables empeños?

Con todo ello y la honradez de sus costumbres y la religiosidad a toda prueba, habíase convertido aquel hogar en la casa patriarcal del pueblo, a la que todos respetaban y consideraban verdadero refugio y protección del mismo. Como manifestación del ascendiente moral que ejercía, nos citan con insistencia los biógrafos del Santo la seguridad con que acudían los vecinos a depositar allí sus hijas doncellas cuando la llegada o el paso de tropas por el pueblo les hacía presentir un peligro para su honestidad; les parecía garantía absoluta, como lo demostraba la experiencia, el dejarlas al abrigo de aquellos muros santificados por la virtud y defendidos por el honor y autoridad de aquella matrona venerable, que en su vida de religión y caridad vió más de una vez rubricadas sus obras con el prodigio.

EL NIÑO.—Cuán difícil es que el buen y constante ejemplo no sea semilla fecunda de buenas obras y que de padres nobles y virtuosos salgan hijos malos y abyectos. Nuestro Santo no fué sino un reflejo acrecentado de las virtudes y rasgos de sus progenitores: a porfía llevaba él a la práctica la caridad serena y larguiflua del padre y la desbordante y afectuosa prodigalidad de la madre, excitando más de una vez a los mismos en su obra de cristiana generosidad.

Es una estampa magnífica y señera la de Tomás de Villanueva en la hagiografía española y universal, una figura de cuerpo entero y una personalidad inconfundible, cuyas hazañas comienzan a jalonar su vida desde la niñez; destacándose a inconmensurable altura y achicando quizá a las demás la cualidad de manirroto limosnero, que vemos disiparse en horizontes inabordables en la administración de los bienes de su arzobispado, pero que ofrece rasgos ya inconfundibles en los detalles que nos constan por sus biógrafos. Aún hoy, al través de cuatro siglos, nos impresionan dulce y emotivamente aquellas escenas que no pierden actualidad y parece recobran emergencia en el contraste de la descarnada frialdad presente; no es extraño que, pretendiendo reñirle sus padres por las inconsideradas limosnas que traspasaban los límites de lo racional, sintieran más de una vez sus ojos preñados de lágrimas viendo la inocencia

de su ángel y el nivel sin límites de sus sentimientos humanitarios y cristianos.

HERENCIA LIMOSNERA.—Como si nada de lo suyo fuera propio, nos dice gráficamente Quevedo, «de todo lo que tenía y traía y le daban sus padres no era más tiempo dueño del que tardaba en tener de ello necesidad algún pobre» [9]. ¡Qué escena aquella de la gallina clueca y sus polluelos! Se encontraba solo en casa; una criada que había quedado para guardarla no tenía las llaves de la despensa, ni había posibilidad de encontrar cosa alguna con que socorrer a seis necesitados que llamaron a las puertas de la casa hidalga. Su compasión le hace ingenioso y no repara en obstáculos: uno por uno fueron pasando los polluelos a manos de los mendigos contra las protestas airadas de la clueca. Y si viniera otro más, decía dando satisfacción a su madre que dulcemente le reconvenía, se llevara la clueca; no me sufre el corazón que el pobre se aleje sin limosna de la casa. ¿Qué madre resistiría la tentación de trocar el merecido reproche por un no menos merecido apretado abrazo de maternal ternura?

Los detalles se repetían con alarmante frecuencia: los zapatos nuevos se cambiaban por los viejos que llevaba un mendigo o pasaban de sus pies a los de éste; sus ropas adquirían nuevo dueño en cuanto topaba con un pobre desharrapado; el desayuno que le preparaban para ir a la escuela, iba siempre a satisfacer el estómago de algún menesteroso. Los ardides de que se industriaba para estas faenas y el candor con que satisfacía a su santa madre al reprenderle, sólo de un alma angelical e iluminada por Dios podrían originarse [10].

BROTES DE SANTIDAD.—Ni se vaya a pensar que esto era fruto de un natural humanitarismo; bastara desde luego la sola contemplación de tanta miseria como pulula por esos mundos de Dios para mover y enternecer al corazón humano. Pero en Tomás, a más de estos hontanares de sentimientos humanos, otro era el origen de su desmedida caridad. A la par que la compasión del pobre habíanse desarrollado las demás virtudes cristianas: cristianos viejos eran sus padres, y desde el primer momento cuidaron de inculcar en el primogénito su piedad acendrada. Gentes de

[9] *Vida del bienaventurado Fr. Tomás de Villanueva*, p. 59: Biblioteca de Autores Españoles, t. 48.

[10] Magnífica y cautivadora es la estampa que con pinceladas maestras nos dibuja el P. Conrado Muiños en la figura de *Tomasín*, uno de los cuentos que integran sus conocidísimas *Horas de vacaciones*. Nada hay allí de exagerado: o son auténticos datos históricos o condensación de observaciones arrebatadas a la realidad.

raigambre española, en el siglo de la floración de una fe sincera y consecuente, eran sus destellos los que orientaban la febricitante actividad de aquellas almas inquietas y afanosas de grandes empresas.

Las amplias avenidas hacia la intimidad con Dios a que luego darían carta de naturaleza en sus escritos nuestros místicos, no eran sino el ensanche de las veredas que sus antepasados habían recorrido impulsados por el convencimiento de que Dios se dignaba tratar con ellos y aceptar sus obsequios. Era el resultado de esa fe genuina, elevadora de nuestra vida terrena, revalidadora de nuestros actos mezquinos, que da categoría de sobrenatural a nuestro humano fluir. Las duras penitencias de Tomás en sus años infantiles, sus prolongadas oraciones, la repetición con sus compañeros de los sermones de la Iglesia... ¡Cuánto nos descubren de un alma enamorada de Dios y qué testimonio más irrefragable de un encendido amor y un convencimiento pleno de que la vida no tiene sentido sin una orientación íntegra hacia lo sobrenatural!

Si es verdad que los biógrafos no nos han conservado sino retales de estos años primerizos, y pasan como de corrida por ellos, achaques son de los tiempos, que no del material que les sobraba. Abiertos a horizontes ilimitados y con la mente cargada de grávidas católicas ambiciones, no podían entretenerse en las menudencias, por santas que sean, con que en algunos modernos pretenden captar nuestra atención como si no tuvieran temas más trascendentales en que ocupar sus ratos de ocio.

SE ENTREGA A LOS ESTUDIOS.—El niño crecía y con su edad se acrisolaban las virtudes en el palenque de las relaciones con sus compañeros, obstáculo a la vez y contraste fiel de las sanas y robustas costumbres. Del que sabe sortear ileso los escollos que acechan a la virtud en esos difíciles años de la pubertad, bien puede asegurarse mantendrá enhiesta en el resto de sus días la bandera de su honradez y religiosidad. Hoy desde luego quizá más que entonces, a diario contemplamos la marejada en que tienen que debatirse tantos y tantas jóvenes en todas direcciones solicitados.

Con el acopio de conocimientos adquiridos en la escuela y los recursos del despierto talento que se había revelado, llegó el momento de abandonar el pueblo natal y su familia para entrar en la corriente del saber, que junto con la de las armas polarizaba entonces los afanes de todos los españoles. Salamanca y Alcalá. Palabras mágicas en los oídos de nuestros antepasados, que aún hoy no han perdido la aureola de la ciencia y del saber; cifra y cumbre de las aspiraciones hidalgas, que no podían acomodarse al anonimato del terruño; focos poderosísimos de luz intelectual que

monopolizaron, por decirlo así, los altos estudios de la España de entonces y competían noblemente con los más renombrados centros de la cristiandad. Las márgenes del Tormes y el Henares tienen que saber mucho de jaranas y cuitas estudiantiles.

1503. A Alcalá dirigió sus pasos el hijo de Alfonso García; bien pertrechado el espíritu, como lo iba su inteligencia, para salir a flote de la Babel en que se engolfaba; que nunca la estudiantina jaranera e indisciplinada de aquellos días fué el ambiente propicio para la integridad de costumbres y delicadeza de sentimientos.

Poco nos cuentan de su vida de estudiante, ni nos hace falta. Las tareas abrumadoras no dejaban tiempo para holgar al que pretendiera sobresalir, y la solidez de la formación daba un tono de austera seriedad a los claustros universitarios. Tomás García (así se apellidaba por aquellas calendas) fué siempre un modelo de estudiantes; su tesón invencible y su preclaro ingenio atrajeron pronto la atención de maestros y condiscípulos. Como si se presintiera portador de un alto destino, escasos le parecían los momentos para mejor disponerse a cumplirlo. No eran problemas económicos ni ambiciones mundanas; bien lo sabía Dios, y también él lo sabía. De los primeros había estado siempre libre y desligado, y su desenlace fué la renuncia del patrimonio que su padre, muerto durante sus años de Alcalá, le dejara. Quiso volver a sus estudios libre como el pájaro, para lo cual hizo donación de toda su herencia a los pobres, fundando un hospital, que dotó de lo necesario.

Las aclamaciones de sus condiscípulos, las alabanzas de sus maestros, el éxito rotundo de sus intervenciones, la aureola de estimación que se había granjeado, podían ser parte a suscitar nobles ambiciones: ¿no parecía reservado para él un lugar en aquella famosa república de las letras? ¿No le habían señalado con el dedo entre aquella primera y escogida grey que pobló el insigne Colegio de San Ildefonso, fundado por el cardenal, digno de eterna memoria, Jiménez de Cisneros? ¿No le había puesto por modelo en público el venerado maestro Juan de Vergara? ¿No se le proveyó cátedra de artes en cuanto se graduó como maestro de las mismas y licenciado en teología? ¿No desempeñó con general aplauso y aprovechamiento de sus discípulos la cátedra, contándolos tan aventajados y sobresalientes como el maestro Hernando de Encinas y Fr. Domingo de Soto, luz de tantos teólogos? ¿Qué le faltaba para llegar al pináculo de la gloria y al cenit de la celebridad?

ENCRUCIJADA.—El epílogo lo puso la Universidad de Salamanca. La fama de las brillantes explicaciones y el talento de Tomás García había llegado a las aulas de la Atenas

española. Y ganosas sus autoridades de contar en su claustro de profesores a sujeto tan eminente, sin él solicitarlo ni tener conocimiento, enviaron una embajada portadora de honrosísima distinción: acababa de quedar vacante la cátedra de filosofía natural y habían puesto en él los ojos para que la explicase en condiciones ventajosísimas. ¿A qué más podía aspirar un profesor joven, enamorado del saber, que a formar parte de la pléyade de sabios que tan alto estaban poniendo dentro y fuera el nombre de Salamanca?

Ni se dejó desvanecer por tan halagüeñas perspectivas ni le infatuaron tan risueñas esperanzas; otros eran los designios que Dios tenía sobre él y otras las aspiraciones e ilusiones que albergaba en su corazón. La piedad infantil, sencilla y transparente, se había hecho reflexiva y robusta, consciente de sus destinos. Si al impulso del calor hogareño su corazón generoso, libre de las trabas del pecado, se había encaminado a Dios con el afecto de una candidez inocente y límpida, superados sin la menor salpicadura los borrascosos escollos de los devaneos estudiantiles, en las aldabonadas incesantes de su oración retirada y en el martilleo restallante de sus despiadadas disciplinas había columbrado ahora horizontes más dilatados, y derroteros más tentadores se habían abierto ante su espíritu. Había que añadir sus conocimientos, cada vez más profundos, del valor del alma humana; que no por el afán del saber especulativo se había enfrascado en los estudios. No podía ser que su alma, tan ricamente dotada y cultivada con tal esmero, tuviera que anclar definitivamente en la falaz hojarasca de frondosidades mundanas; la elevación de sus pensamientos sentía cada día con mayor comezón los latigazos de gélidos vacíos, de efímeras añagazas.

VOCACIÓN DECIDIDA.—Muchas horas consumió tratando de despejar la incógnita fundamental y decisiva de su vida; muchos suspiros y apremiantes llamadas salpicaban su recoleta oración; muchos golpes descargaron sobre sus espaldas en demanda de luces; la oración y el vapuleo son los dos recursos socorridos en su vida y resortes soberanos que le solucionan los problemas más espinosos. Con esta seriedad y reflexión maduraban aquellas figuras una resolución que había de ser básica y definitiva en su vida.

No le es difícil ver lo que Dios quiere de él. Cuando con generosidad e indiferencia dejamos que la voluntad del Señor disponga a su arbitrio de nuestros destinos, pronto suelen aclararse nuestras dudas y vacilaciones; no son las divinas luces ambiguas y dudosas ni fluctúa indeciso su beneplácito. Lo que suele entorpecer nuestra marcha son los prejuicios con que emprendemos la ruta de nuestras indagaciones y el pretender con premisas preconcebidas una conclusión satisfactoria y meridiana.

El Señor le llamaba a tomar parte activa en la vida de su Iglesia. Aunque no había recorrido más mundo que el que separa a Villanueva de Alcalá, era sobrada ventana aquella Universidad para conocerlo y ver las necesidades cada vez más apremiantes de obreros en la ardua tarea de la evangelización. Aparte el angustioso reclamo que de allende los mares recientemente surcados martillaba ineludible en todo pecho español, no menos angustiosas eran las necesidades del viejo continente cristiano; negros nubarrones preñados de tormenta se cernían sobre Europa. La corrupción de costumbres, en parte debida a la deformación del renacimiento humanístico, que se había apoderado del mundo cristiano, sin respetar los cotos cerrados de la jerarquía eclesiástica; el despertar de un mundo medieval ganoso de libertades, el confusionismo religioso que a la sombra de estos factores se estaba incubando y a punto ya de explotar, hacían concebir menguadas esperanzas y tristes presentimientos respecto al porvenir de la Iglesia.

ELECCIÓN.—Tomás no puede mantenerse ajeno a la lucha que se avecina, y quiere arrimar el hombro para cooperar a conjurar sus embates. Ya está decidida su vocación: renuncia a un futuro risueño mundano, consagración a las austeridades de la vida escondida con Cristo. Consagración que para ser total y sin reserva ha de realizarse en el remanso del claustro, en la vida cenobítica, donde sólo le queda al alma el derecho de aspirar a una perfecta unión e identificación con Cristo mediante la guarda solícita y perpetua de los consejos evangélicos. Muchas y seguras trayectorias se le brindan al hombre cuando trata de llevar a cabo esta empresa; es admirable la fecundidad de la Iglesia para marcar directrices a los anhelos de sus hijos: al encuentro de las necesidades que surgen cada día brotan también de su fecundo seno nuevas corporaciones religiosas puestas bajo la sombra y amparo de una Regla autorizada y unos Estatutos o Constituciones que la completan y acomodan más a los tiempos. Queremos cerrar estas reflexiones con la límpida y sobria sencillez del más autorizado biógrafo del Santo, que nos explica la elección definitiva y el porqué de la misma. Luego de narrar las diligencias que hizo para conocer la voluntad de Dios, termina: «Siendo de edad de veintinueve años para los treinta [11], pareciéndole la Orden de Nuestro Padre San Agustín muy conveniente a sus deseos y propósitos, por ser la Regla de este

[11] Nacido el 1488 y tomando el hábito el 21 de noviembre de 1516, se nota el lapsus cronológico en que aquí incurre el P. Salón.

gloriosísimo Doctor (aunque todas lo son) tan santa y ejemplar, y ajustada a la perfección evangélica y vida de los santos apóstoles, que fueron los primeros religiosos de la Iglesia; y la observancia de esta Orden, puesta en un buen medio, que ni de pesada o rigurosa excedería sus fuerzas, ni menos de libre o floja entibiaría su devoción, determinó entrar en ella. Y así, teniendo noticia de la gran religión y recogimiento que se guardaba en la casa de Nuestro Padre San Agustín de Salamanca, dejada la Universidad de Alcalá y cuanto en ella y en cualquier otra podía pretender, se fué allá a pedir el hábito de nuestra Orden» [12].

II. Religioso perfecto

EN EL VESTÍBULO DE LA RELIGIÓN.—Día 21 de noviembre de 1516. El convento de San Agustín de Salamanca está de fiesta: recibe hoy en su seno a quien le dará un lustre singular. Famoso era ya por los hombres ilustres que en virtud y letras había dado a la Iglesia. Precisamente hablando del P. Francisco de la Parra, prior en aquellos años, dice Quevedo: «Hombre insigne en santidad y letras, uno de los muchos que ha producido aquel religiosísimo convento» [13]. Bien podían repicar a gloria las campanas de la torre y vestirse de pompa y majestad el ámbito de la iglesia de San Agustín: por las puertas se le entraba el que había de ser oráculo famoso de su púlpito y atractivo imantador de las almas. Si fama y renombre tenía ya el convento de San Agustín, harto difícil sería calibrar quién a quién honró más. El convento al nuevo novicio o el nuevo novicio al convento. Un elemento de juicio aclaratorio nos lo proporciona el lucido elenco de religiosos preclaros que en sus manos hicieron sus votos o bajo su inspiración renunciaron al mundo o recibieron el influjo de sus letras y virtudes: Padres Jerónimo Jiménez, Francisco de Nieva, Juan Estacio, Beato Alonso de Orozco, Juan Bautista Moya, Alonso de Borja, Agustín de la Coruña, Hernando de Castroverde, Juan de Guevara..., cuyas vidas ejemplarísimas y maravillosas de celo ensalzan nuestras Crónicas y pregonan las gestas llevadas a cabo principalmente en América, adonde se dirigieron la mayor parte para dar horizonte a la sed de almas que consumía las suyas; no podemos demorarnos aquí para exponer ni los rasgos principales de estos santos varones.

[12] P. MIGUEL SALÓN, *Vida de Santo Tomás de Villanueva*, c. 4, ed. del Monasterio del Escorial, 1925.
[13] QUEVEDO, *Vida del bienaventurado...*, p. 60.

EN EL CRISOL.—Tiempo de prueba suele denominarse al del noviciado. Pero una prueba triple: de la corporación, del individuo y de Dios. La corporación, cuyo fin es su propia conservación y la santidad de sus miembros, pone delante de sus neófitos sus leyes, sus observancias, sus austeridades, cuantas dificultades y atractivos se encuentran en su seno. Trátalos, es verdad, como madre amorosa y tiene para con ellos las ternuras y delicadezas que requiera la infancia espiritual. Pero esos mimos y regalos no pueden convertirse en blandenguerías ilusorias; son un medio no más y un recurso para sacar adelante la delicada y tierna planta. Por eso también, y de un modo particular, ha de hacer presente las dificultades que surgen en el curso de la vida religiosa.

Y aquí entra la prueba del individuo. Viene al claustro con anhelos de perfección. El mundo le cansa y abruma con su vaciedad; su corazón no se sacia con los señuelos que le brinda. Y así se siente hechizado por la vida religiosa: un remanso de paz para su alma agitada, una plenitud para su espíritu vacío. Por eso todo en ella parece sonreírle y halagarle: la soledad, el silencio, los rezos, las ceremonias, la bondadosa virtud de su maestro, el trato delicado y cordial de sus hermanos, los horizontes halagüeños que se abren ante su espíritu..., una euforia arrulladora se apodera de todo su ser. Pero no es eso sólo la vida religiosa. Se presentarán días duros: el espíritu se verá privado de esa serena diafanidad, las tinieblas ensombrecerán el antes riente horizonte, el espíritu del mal forjará atemorizadores trampantojos, a su vista se entibiará la cálida fraternidad de sus hermanos; las amorosas exhortaciones de los superiores se trocarán, a su parecer, en reconvenciones ásperas y desabridas; el benéfico rocío del cielo se evaporará, sucediéndole el gris de la sequedad y el hastío; la carne también pretenderá tornar por sus fueros... Se hace preciso tensar el arco con constancia, aquilatar su resistencia y contrastar con calma si las fuerzas podrán soportar la prueba que se ha de prolongar por toda la vida.

Mas sobre todo está la prueba de Dios: por El, en último término, ha renunciado el novicio a los halagos de la carne y a las ambiciones mundanas, para llegar mediante esa renuncia, que ha de alcanzar su cenit en la religión, a la reproducción del divino modelo Cristo Jesús. ¡La providencia amorosa y delicada de Dios con las también delicadas flores de su huerto cerrado! «Como a niños recién nacidos» [14] amamántalos el Señor con la leche del espíritu, prodigándoles las caricias de sus solicitudes paternales para suavizar la brusquedad del cambio por El llevado a cabo.

[14] 1 Petr. 2,2.

Son los días del noviciado, son las almas ingenuas de estos nuevos pimpollos recipientes en que derrama complacido el néctar de sus regaladas blanduras, las cálidas efusiones de sus intimidades. Pero la vida del mañana reserva sorpresas y contrariedades, y el modelo no recorrió un camino de rosas: es preciso imitar a éste y estar templado para soportar aquéllas. Serán una vez las tentaciones de la carne, se abultarán otra las exaltaciones de la imaginación; la tibieza tratará de infiltrar su esterilidad enervante, la sequedad amagará con el tedio de una vida insoportable; al demonio, por otra parte, se le autorizará a tender fascinadora la complicada red de sus embelecos; las austeridades y asperezas cargarán las sombras de sus amarguras; el prolongado silencio y soledad simulará el espectro sepulcral sin válvula de escape.

Días enteramente consagrados a Dios y dedicados a medir las fuerzas y calcular las distancias para un futuro cuyo límite es la muerte. La seriedad debe presidir esas horas preñadas y fecundas; no es un juego de niños para tomarlo con ligereza y superficialidad.

Es precisamente lo que buscaba Tomás García. No era ya un jovenzuelo con ilusiones efímeras. Había meditado mucho y había rezado mucho y habíalo consultado mucho antes de dar el paso definitivo. Nada podía sorprenderle ya ni sobrecogerle; no era fácil volverse atrás ni dejarse dominar por las dificultades. Entró plenamente convencido de que era ésa la voluntad de Dios, de que el Señor le quería bajo la enseña agustiniana. Y convencido, además, de que venía a santificarse y no a otra cosa.

BASE Y CORONACIÓN: ORACION.—En el noviciado comenzaron, no ya a fundamentarse, sino a brillar y destacarse aquellas prácticas y virtudes que definen a un religioso y encuadran su estampa de perfección, y que habían de ser el talismán de su vida y sus éxitos.

La oración como base; no media hora, una hora de meditación, que con la misa y otras devociones dan a muchos religiosos y personas devotas pie para creerse hombres de oración. ¡Qué ridículo y mezquino juzgarse haber llegado casi a la perfección o creerse en camino seguro con esos pertrechos! La oración de las almas como Fr. Tomás, que aspiran a la perfección de verdad, no tiene límites ni compartimentos estancos: las obligaciones, las obras de caridad, los actos de comunidad pueden ser (que no lo son) los únicos estorbos o los únicos mojones que deslindan el trato exclusivo con Dios. ¿No es la santidad el único motivo de la vocación del cristiano, y más aun del religioso? ¿Y dónde granjearla con más seguridad que en el trato íntimo con Dios? Más aun, ése es ya, podemos decir, el comienzo de

esa santificación, puesto que a identificarnos con El nos lleva. Así lo han entendido las almas santas, nuestros prototipos; así lo entendió Fr. Tomás, que desde el primer momento dedicó a la oración toda su atención y estima y le consagró todo el tiempo que sus estudios y ocupaciones le dejaban libre; mucho más durante los días del noviciado, en que aquéllos y éstas suelen ser muy moderados. Sería curioso poder penetrar en el alma del ferviente novicio, tan impuesto en la doctrina espiritual de los escritores eclesiásticos, y analizar el grado de oración a que llegaba ya entonces y más tarde alcanzó. No hay duda que sería un precioso documento, y es una pena que, cual otra Teresa o San Juan de la Cruz, no nos haya legado los frutos de su experiencia personal, que habían de ser interesantísimos.

LECCIÓN.—Un arma preciosa en el combate de la vida espiritual encontraron siempre las almas escogidas en la lectura. Para resistir a los halagos de los sentidos, para desenmascarar las ilusiones del demonio, para librarse de las acariciadoras quimeras de la imaginación, menester es un acopio y aprovisionamiento nada común de materiales; se hace necesario pertrecharse convenientemente, a fin de no estar a merced de vaivenes y devaneos. La lectura espiritual, el repaso de lo que nos suministra el divino Espíritu en sus Escrituras, los santos en los rasgos hazañosos de sus vidas y los maestros en sus obras, ha de ser ocupación favorita que llene la vida de los que anhelan seguir las huellas de Cristo. No puede considerarse la lectura espiritual como un pasatiempo edificante, como materia de relleno de tantos ratos que no tienen ocupación determinada en nuestra vida, como piadosa ocupación de nuestra pereza e indolencia.

No lo entendieron así los santos, cuyas huellas tan de cerca seguía, por no decir que iba abriendo, nuestro insigne novicio. «Non multa, sed multum» es el recurso básico que nos proponen los maestros para sacar fruto fecundo y durable. No se dispersaban las energías de Fr. Tomás, como suelen desvanecerse hoy las de tantas almas piadosas, en la lectura de tan prolífera abundancia de libros espirituales. Se entregaba con verdadera ansia, y casi con pasión, a las Sagradas Escrituras, al melifluo San Bernardo: horas y horas rumiaba sus páginas, desentrañando el sentido espiritual y místico de las unas y asimilándose la unción y piedad que rezuman las obras del otro. Sabía de sobra que no podían ser unas frasecitas bien sonantes ni unos pensamientos fáciles y curiosos el objeto de tal aplicación. Sí, que, cuando se forjaban aquellos hombres de temple a toda prueba, no buscaban coleccioncitas muy monas que

en la superficialidad de su bagaje intelectual les ayudasen a disimular o encubrir la vaciedad típica de estos tiempos de tan inútil o perniciosa lectura. Había que regar el árbol del corazón, y para ello se precisa que el agua que destila la lectura penetre hasta las raíces.

Más tarde, el ya profeso y sacerdote P. Tomás se enfrascará en la lectura de San Agustín, Santo Tomás, etcétera, para preparar sus lecciones como maestro y para ayudarse en el ejercicio de la predicación. En la actualidad, en el reposo del noviciado, es hora sobre todo de formarse a sí mismo y de asentar sólidamente el edificio de la personal santificación.

RETIRO.—Es otra característica y virtud de nuestro novicio. ¡Cuántas palabras inútiles, cuántas conversaciones estériles, cuántos ratos perdidos, para no hablar de los malgastados! Ya estaba apercibido Fr. Tomás de los dispendios ociosos que consumen o pueden desgastar nuestras reservas. La vida de estudiante en Alcalá le había enseñado tanto... Las juergas y diversiones de mal gusto, las horas perdidas en el vagabundeo casi inevitable de aulas universitarias, el obligado y vacío comentario de cotidianos comineros acaeceres, no pudieron nunca hacerle juguete de sus girávagos escarceos. De ahí que en el noviciado conservase aquel retiro que le hacía notar en el observantísimo convento de Salamanca y guardase tan perfecto silencio, que sería una maravilla verle hablar si la obediencia no le forzaba a ello, o verle fuera de su habitación si alguna ocupación no le obligaba. Tenía que tintinarle en los oídos y reflejar su eco en el alma la frase llena del Kempis: «Quoties inter homines fui, minus homo redii»... Ya pueden los espíritus modernos y abiertos a todas las vibraciones del espíritu humano reprochar a esas almas enamoradas del retiro y el silencio su huraño misantropismo, como si esquivaran sistemáticamente el comercio humano por cobardía y complejo de inferioridad, por menosprecio desdeñoso de los que consideran inferiores a sí mismos o por temor hipocritoso y gazmoñero de contaminación. Están estas almas muy por encima de esos petulantes que no reparan en criticar y censurar desatinadamente lo que su espíritu romo no es capaz de rastrear. No era el miedo ni la esquivez huraña ni la afectada mojigatería lo que alejaba a Fr. Tomás del excesivo trato de los hombres: estaba él ya bien curtido y práctico para dejarse embaucar por semejantes tergiversaciones. Más se aprovecha de unos minutos con Dios que de largas horas con los hombres. Ni vale decir que el edificarlos con nuestra conversación y buenas costumbres es salvaguardia o disculpa suficiente para prolongar nuestros coloquios y pasatiempos, ¡Cuánto

tiempo perdido y energías malbaratadas con tan especioso motivo! No son ellos solos, las figuras próceres, los que comprenden esta verdad; nos aventajan únicamente en conocerla a tiempo; porque a la larga todos estamos acordes, y tenemos la prueba en el aplauso con que luego rubricamos su actitud.

Tal comenzó Fr. Tomás desde sus primeros días de vida religiosa: el retiro, la soledad, el silencio, no fueron recursos de un espíritu insociable y hosco, sino el medio para forjar y dar temple a su personalidad inconfundible e inalterable ya desde entonces en los trances más premiosos y desiguales, y el preludio también de un aprendizaje que sólo en la muerte alcanzaría su remate y coronamiento.

SUMISIÓN.—De propósito evitamos la palabra obediencia cuando vamos a tratar de la virtud básica y cumbre del religioso, y que en grado heroico fué como el distintivo de Fr. Tomás desde los primeros días de su vida religiosa. Es axioma de lo más rudimentario entre los que se dedican un poco a la vida de la gracia que la obediencia es más agradable a Dios que el mismo sacrificio [15], que por su naturaleza tiende a reconocer y proclamar el soberano dominio. Y vemos cómo precisamente el sacrificio cumbre, figurado por todos los demás y del cual recibían su fuerza aplacadora, fué el sacrificio de la voluntad de su Hijo y su sometimiento a la voluntad del Padre, constituyendo esa inmolación de la misma (que llevó consigo la del cuerpo) la redención universal, plena y superabundante, del género humano. Al abandonar el siglo y recluirse en la Religión que, según todas las garantías, el Señor le señalaba, era también elemental para Fr. Tomás la convicción de que no eran las austeridades, ni los rezos prolongados, ni los laboriosos esfuerzos de la cátedra, etc., el objetivo de la vida religiosa: la negación de la propia voluntad, el rendimiento del juicio propio, la resignación de los apegos personales, ahí estriba el fundamento y remate de la perfección religiosa.

Por eso decíamos que no queríamos encabezar este apartado con la palabra obediencia: hay algo más elevado y perfecto que lo que vulgarmente se encierra en esta palabra. La sumisión a la voluntad, a las órdenes, a los deseos más nimios del superior, lleva consigo la sublimación de la obediencia, la elevación de esta virtud al grado heroico, que es como la corona a la vez de todas las virtudes; en esas alturas sublimadas se confunden la resignación o sumisión de todo lo humano con la obediencia.

Bien es verdad que, por su temperamento y por el lar-

[15] 1 Reg. 15,22.

go dominio de sí mismo, poco tenía que vencer ya para alcanzar la palma del varón obediente, para cantar las victorias que le promete la Escritura [16]. Con esos arreos y el esfuerzo por no salirse en un punto de la voluntad de sus superiores, llegó en sus principios a encarnar en sí el olvido de sí mismo, el vacío de su querer, para dejar espacio donde pudiera el Señor tomar plena posesión de él.

OTRAS VIRTUDES.—No podemos seguir paso a paso los de gigante con que corrió siempre nuestro Santo, ni podemos ir haciendo el recuento y apología de las demás virtudes; aparte de que nos sentimos incapaces para penetrar y franquear a los demás las trojes de su alma, no podemos demorarnos ni siquiera en pretender semejante empresa; es obra de más grandes arrestos y de espacios menos limitados. Por otra parte, no es tampoco necesario: al contemplarle destacar con tales resplandores en las que preceden, al escuchar las alabanzas en que se deshacen todos los que le conocieron, al leer sobre todo en sus conciones los encendidos afectos y ponderaciones efusivas, al repasar y considerar los restos vivos de sus actividades y como prolongación de su misma vida, ¿qué hemos de decir y pensar de su humildad, su encendido amor de Dios y del prójimo, su ternura delicada y emotiva para con la Santísima Virgen, su límpida y rutilante pureza, virgen hasta el fin de sus días [17]; su celo por la gloria de Dios y la salvación de sus prójimos, el rigor de los ayunos, cilicios, etc., que conservó aun siendo arzobispo, etc., etc.? Y sin exageraciones vanas ni pretensiones halagadoras, que huelgan para los que tienen a Dios como única ambición, podemos afirmar que en el noviciado comenzaron a brillar y alcanzaron su apoteosis la mayor parte de esos rasgos, que a su tiempo se manifestarían como fruto sazonado y seguro.

PROFESO.—El final del año de noviciado es siempre una fecha anhelada y nostálgica a la vez. El novicio consciente de su vocación sabe que tal fecha representa el broche de oro con que se cierran los áureos eslabones de esa cadena del noviciado, y es en puridad la realización de sus dorados ensueños: consagración de la persona y todas sus facultades a Dios y entrega total al divino Esposo de las almas. De ahí la ilusión y entusiasmo que para el religioso encierra siempre día tan memorable; en él cifra lo más puro y afinado de las aspiraciones de su espíritu en esta vida. Bien que, por otra parte, sumerge como en la penumbra tan fausto acontecimiento la certeza de que se evaporan y desvanecen la serenidad y felicidad inalterables que en su vida de noviciado le sonríen incesantemente.

[16] Prov. 21,28.
[17] Testimonio de su confesor a la muerte del Santo.

En estos encontrados sentimientos se hallaba embargada el alma del bendito Fr. Tomás. Pero era llegado el día, y había que dar paso definitivo en su vida terrena, para en adelante sólo buscar el cumplimiento de la divina voluntad; y, lleno de fervoroso afecto, se dispuso para el acto, que realizó con tal devoción, que las lágrimas fueron elocuente testimonio. Había tomado el hábito el 21 de noviembre, fiesta de la Presentación de la Santísima Virgen en el templo, y profesaba el 25 del mismo mes, fiesta de Santa Catalina, virgen y mártir.

Gozosos y santamente orgullosos se sentían los Padres del convento de San Agustín; no hace falta decir que con unanimidad entusiasta se acercaron a dar su voto, necesario para admitir a un novicio a la profesión. No podía haber divergencias donde tan evidente era la preparación y tan sin medida las pruebas que aquél había dado. Por eso señalan con piedra blanca aquellos benditos Padres la profesión de Fr. Tomás, y levantan sus ojos agradecidos al cielo, que con tal tesoro les obsequiaba. Si no presentían sus espíritus, sí celebraban sus corazones la coincidencia providencialista. Mes de noviembre de 1517, mes imborrable en los anales agustinianos, mes de chispazo de catástrofe y de radiante alborear, mes de la más negra y traidora puñalada y mes del blasón más brillante estampado en el historial hispanoagustiniano: Martín Lutero y Tomás de Villanueva, los dos polos opuestos: el 1 de noviembre de 1517 [18] aparecían las famosas tesis de Lutero clavadas en las puertas del castillo de Wittemberg, como símbolo de la más feroz y firme rebeldía contra la Iglesia de Cristo; y el 25 del mismo mes, como para consolarla de de esta triste celebridad, le regalaba el Señor a la Orden agustiniana el más eficaz y genuino representante de la verdadera reforma de que tan necesitada estaba la Iglesia.

No hace falta decir que con la terminación del noviciado no remitió en un ápice la observancia y religiosidad de Fr. Tomás. Es no más que una prueba y un aprendizaje la vida del novicio, ensayo para el futuro. Quien con la profesión se juzgare liberado de una traba, había errado su vocación, convirtiendo esos doce meses en farsante pantomima. Más que prueba estática o latente son un ensayo dinámico: el alma ha sentido las caricias y llamadas del Esposo; llamadas a un vida cada día más perfecta, a una unión y transformación de la voluntad. Y esta unión

[18] El 31 de octubre las había fijado Lutero, por estar la iglesia parroquial de Wittemberg bajo la advocación de Todos los Santos y haberse puesto en ella el anuncio de muchas indulgencias.

y transformación no puede estacionarse ni sufrir dilaciones; es por su naturaleza activa, y ha de mantenerse en continua tensión para poder aspirar a la perfección a que es llamada.

Estas fueron las directrices que gobernaron los nuevos derroteros que emprendía Fr. Tomás. Considerándole los superiores ya maduro al terminar el noviciado, le relevan, como es costumbre, de tantas menudencias que se estilan en el mismo, concediendo a la vez más libertad. Y cómo sabe aprovecharse de ella, para dar rienda suelta a los sentimientos que embargan su corazón y a los fervores que en el mismo se atesoran. Continúa, pero con creciente entusiasmo, la asiduidad en la oración, el recogimiento de su espíritu, la intensificación de sus lecturas, el rendimiento a la voluntad de los superiores. Un matiz singular, sin embargo, se destaca en este nuevo estadio de su vida: la solicitud y desvelo por atender a los enfermos, para lo cual no tenía proporción durante el noviciado.

Aquella admirable caridad con el menesteroso que sublima su infancia, se continúa en la Religión, transformada en sus atenciones para con los enfermos, como alcanzará su apoteosis cuando el cargo de arzobispo y los bienes a él anejos le permitan la expansión definitiva de la conmiseración, que no le abandonó en su vida. ¿Recreos, distracciones, honestos pasatiempos? Toda su recreación consistía en acompañar, consolar, animar y levantar el espíritu de los enfermos: les arreglaba sus lechos, les daba de comer con sus manos, realizaba con ellos, con rostro radiante de felicidad, hasta los más humildes menesteres. De suerte que no es de maravillar, como nos dicen sus biógrafos, vieran en él los enfermos más a un ángel que a un padre.

Ni tenía por todo esto abandonados sus anteriores estudios: la ciencia no sirve sólo para llevar nuestro espíritu a Dios, sino, y principalmente, para ayudar a nuestros prójimos; y cuando es una persona santa la que la posee, constituye un precioso instrumento de apostolado. De suerte que, a la vez que empapa su espíritu en las fuentes genuinas de una sólida devoción, se dedica también a renovar y avivar su inteligencia en los hontanares de las ciencias con que poder el día de mañana ayudar a sus hermanos de Religión y aun a la iglesia de Cristo si fuera necesario.

SACERDOTE.—Un estímulo de mayores quilates vino a espolear las aspiraciones del joven profeso y a truncar en parte la serenidad de su vida, consagrada sin obstáculos ni ocupaciones de importancia a la oración, al retiro, al cuidado de los enfermos, etc. Los superiores se sintieron

conmovidos ante cualidades tan excepcionales, y considerando la madurez de su edad y de su juicio, las reservas sobradas de su ciencia, la virtud elevada en su punto, y, por consiguiente, el mucho fruto que podía rendir a la Iglesia de Cristo y a las almas, le ordenaron se preparara para recibir el orden sagrado del sacerdocio. A cuya insituación no tuvo Fr. Tomás otra respuesta que la de la sumisión y rendimiento que siempre profesó a la voluntad del superior. No nos dicen sus biógrafos que opusiera la más leve resistencia a esta insinuación o mandato de los superiores. De otros santos religiosos leemos qué oposición hicieron en su humildad antes de osar acercarse a tan sublime ministerio. Bien nos dice el Apóstol que *unusquisque in suo sensu abundet* [19]; pero a nosotros siempre nos ha subyugado la castellana sinceridad de Santa Teresa en aquella su memorable frase: «La humildad es la verdad»; y si los superiores buscan nuestra colaboración para alguna ocupación, por elevada y dificultosa que sea, la entrega total en sus manos y el convencimiento de que su voluntad es la manifestación de la divina será el mejor obsequio que podemos hacer de nuestra persona y de nuestro juicio; poniendo, claro está, la confianza en sólo Dios y no en nuestras habilidades.

Aunque parezca imposible su acrecentamiento, redoblóse el fervor de Fr. Tomás en la preparación para el sagrado ministerio, que recibió al año siguiente de profesar, celebrando sus primeras misas el solemne día del Nacimiento del Señor. Circunstancia y detalle de proporciones extraordinarias, que dejaron grabado en su alma ese día con huellas indelebles. Siendo religioso y luego arzobispo, fué siempre el día de Navidad como un acrecentamiento de los favores con que plugo al Señor regalarle en esta fecha. Renovábase su devoción y lágrimas ante el recuerdo de aquel soberano «gloria in excelsis Deo» que cantaron los ángeles en las soledades de Palestina, y recreábale el Señor con dulcísimos arrobamientos y éxtasis que le forzaban a veces a interrumpir el santo sacrificio. ¡Qué sentimientos de humildad, anonadamiento, adoración y alabanza los que hacen vibrar los corazones de las almas que penetran la sublimidad del tremendo misterio y han llegado a hacerse eco de los amores de Jesús, vaciándose de sí mismas para que entre El solo a reinar en ellas! Ni las ocupaciones de la predicación, ni los desvelos de las prelacías, ni las solicitudes del arzobispo fueron impedimento para que en el espíritu del P. Tomás dejase de arder la llama de la dignidad que había recibido. Fué ya en adelante el verse sacerdote una espuela tan viva y aguda, que inexorablemente le acuciaba

[19] Rom. 14,5.

a ser más riguroso consigo mismo, para acercarse lo menos indigno posible al altar del sacrificio. Bien grabadas tenía en su alma como norma de conducta aquellas palabras que solía repetir, y que deben resonar con agudo retintín en el alma de todo sacerdote: «El sacerdote que diciendo misa cada día no se vaya mejorando y, más medrado de cada día, no le va bien, mala señal».

Ni podían consentir los superiores que se mantuviera por más tiempo la antorcha bajo el celemín de la oscuridad. Conocida era ya de antemano su capacidad y la ciencia que atesoraba. Una gran contrariedad había de experimentar el Santo: tenía que renunciar en parte a la quietud y reposo de su vida, tenía que salir de sí mismo para ayudar a los otros. Mandáronle explicar una cátedra de teología escolástica a los religiosos del convento de Salamanca; cátedra que se vió luego concurrida de muchos extraños atraídos por la aureola de ciencia y santidad que se había granjeado, y que ya desde Alcalá le habían conquistado gran renombre. Pero ni estas ocupaciones ni la preparación asidua y concienzuda de sus clases sirvieron para entibiar el anhelante fervor de su observancia religiosa ni para que se dispensase sino raras veces de los maitines de la noche, ni para disminuir las delicadas atenciones a los enfermos; que cuando el religioso lleva en su corazón encendida la antorcha del amor a Cristo y cuando es El y sus sacros intereses quien preside su vida y actividades, ¡cómo se multiplican éstas y qué resortes encuentra para las más variadas y absorbentes empresas!

III. Predicador

TALISMÁN DE LA ELOCUENCIA.—No vamos a trazar aquí la semblanza retórica; debe ser objeto de un estudio particular, pues que bien se lo merece; y no queremos interrumpir el hilo sencillo de su biografía, para seguir con más continuidad el decurso de su vida.

No obstante, al llegar a este punto debería estallar nuestra narración en acentos ditirámbicos y cumplidos elogios; porque la época en que salen a escena las actividades del santo, con piedra blanca ha de señalarse como destacado mojón de su historia, ya que es y significa el volcar al exterior aquel alma absorta y empapada de Dios y, como si dijéramos, anhelante de recibir la más ligera insinuación de la obediencia para comunicarlo a los hombres. Pero quizá esa laudatoria apología pudiera semejar vano incienso encomiástico, encubridor de fondos inexistentes. Y, además, no reflejaría la sencilla y auténtica elocuencia de Santo Tomás, desnuda de huecos arreos y enriquecida, en cambio, de genuinos realces. Los biógrafos, basados en testigos oculares, se regodean en relatarnos el portento viviente y continuo de su predicación. Indudablemente la conciencia de los superiores se sentía culpable de mantener oculto aquel caudal. Y porque consideraron el gran provecho que podría hacer al pueblo de Dios, tan necesitado de verdaderos celadores de su gloria, determinaron que se dedicara también al ejercicio de la predicación, «no tanto, como dice un biógrafo, para que lo raro y pasmoso de su ingenio ilustrase las tinieblas de la ignorancia, cuanto para que con lo abrasado y activo de su fervor encendiese los tibios corazones y desterrase del mundo la culpa» [20]. Como si estas intenciones de los superiores informaran el espíritu del P. Tomás, lanzóse a velas desplegadas a disipar las tinieblas de la ignorancia y a subsanar los estragos de la culpa. Tenía entonces treinta y cuatro años de edad y hacía sólo dos que se había ordenado de sacerdote.

El secreto de sus éxitos en el púlpito nos lo revelan unas palabras suyas que contestó a unos amigos que le preguntaban qué libros leía para hacer tanto fruto en las almas; «Todos los libros son buenos... como el predicador tenga tres cosas: santidad de vida, humilde oración y un verdadero celo y deseo de la gloria de Dios y salud de las almas». Y daba la razón de este aserto: «La vida ejemplar y santa le ganará crédito con los oyentes, y en la humilde oración será su alma enseñada, alumbrado su entendimiento y encendido su afecto; porque allí se fraguaban las saetas que han de herir y atravesar los corazones. El celo de la gloria de Dios y de la salud de las almas le encenderá el espíritu y dará fuerza y eficacia a sus palabras. El estudio solo sin oración y sin este vivo celo hinche el entendimiento de grandes vivezas y sentencias, pero deja la voluntad seca y el pecho del predicador frío; y de pecho frío, ¿cómo pueden salir palabras ardientes?» [21]. Dicen que repetía muchas veces estas últimas palabras.

Algo larga ha sido la cita, pero no hemos querido mutilarla, para no privar a los lectores de toda su enjundia. ¿Qué no se puede esperar de un predicador empapado en estas convicciones? ¿Qué penetración tan honda no conseguirán sus palabras? ¿Qué corazones tan duros resistirán el ardor de sus rayos? Porque ha de notarse también

[20] JOSÉ VICENTE ORTÍ, *Vida, virtudes y milagros de Santo Tomás de Villanueva*, l. 1, c. 7 (Valencia 1731).

[21] P. SALÓN, l. 1, c. 7. En el sermón 1 del Espíritu Santo, n. 9 (vol. 3 de la col. manilense), dice el Santo: «Como los predicadores no ardemos en el espíritu de Dios, no inflamamos los corazones de los oyentes».

y tenerse muy en cuenta que esas aseveraciones no eran una norma de enseñanza para los demás, como practicamos y vemos practicar a diario, dando magníficas lecciones de perfección y santidad y quedándonos nosotros ayunos de las mismas, no; eran el contenido, sí, de una doctrina que es preciso inculcar, pero lección y doctrina que ante todo trataba él de poner en práctica y era como la experiencia de su vida.

EXITOS A GRANEL. RÉMORA Y ESPEJISMO.—Ya no debe sorprendernos si la fama de sus sermones se extendió pronto por toda Salamanca, y las gentes se agolpaban por escuchar aquella palabra, que de un ángel de Dios les parecía, si personas de todas clases y condiciones se congregaban presurosas para oír al P. Tomás de Villanueva, si se realizaban verdaderos prodigios en masa en la reforma de las costumbres. Como ejemplo de esto último bástenos citar el testimonio de un testigo ocular. Cuenta el P. Muñatones [22] que uno de los sectores más aprovechados de los sermones era el de los estudiantes. Le escuchaban como a un verdadero oráculo, y sus palabras obtenían una resonancia maravillosa en aquellos pechos alegres y pletóricos; que siempre la juventud se hace eco de las empresas dignas y del encendido entusiasmo. Frecuentando, pues, los sermones del Santo, comenzaron a causar hondas huellas y serias impresiones aquellas palabras inflamadas del aliento divino. Trocáronse rápidamente sus pretensiones y afanes de novedades y mundanos atractivos; las añagazas de la sensualidad y el placer dejaron de fascinar arrebatadoramente aquellas juveniles imaginaciones. Y colocando sus ambiciones más arriba, fueron los bienes eternos el blanco de sus aspiraciones, renunciando al mundo con sus pompas y vanidades. Y tal era la abundancia de estas maravillosas conversiones y llamamiento a vida más levantada, que los conventos de la ciudad no bastaban a albergar a tantos desengañados que a ellos se acogían, teniendo que acudir a otras ciudades para cumplir sus fervorosos deseos. El autor que nos cuenta este detalle era un asiduo oyente del Santo, y que merced a sus palabras renunció también al mundo, vistiendo el hábito agustiniano en la ciudad de Toledo y llegando con el tiempo a ser maestro del príncipe D. Carlos, hijo de Felipe II, y más tarde obispo de Segorbe.

¿Cómo han de maravillarnos estos resultados, si había emprendido la predicación basado en la humildad, solicitado por la obediencia e impulsado por la salud de las almas? Cuando un predicador sube al púlpito totalmente desnudo de bastardos intereses; cuando no lo realiza como un papel que hay que desempeñar y un adminículo más de su ministerio; cuando, desprendido de mundanos intereses, se percata del valor de una sola alma y del peligro a que tantas se hallan expuestas; cuando, entregado sin reservas a su verdadera vocación, reconoce la responsabilidad que como pregonero de Cristo sobre él pesa, y que el fruto de la sangre de un Dios depende de su actuación..., por necesidad tiene su espíritu que darse de lleno a las almas, entregarse de lleno a la oración, ponerse como inútil instrumento en manos de Dios y hacer de su vida una consagración sin reservas a la más noble tarea a que puede haberle asociado Cristo: a cooperar con El en el rescate y salvación de los hombres.

[22] *Compendio de la vida y virtudes del Santo.*

¿No será la contemplación del espectáculo actual lo que nos hace tornar la vista, admirados, a ejemplos como el que nos ofrece Santo Tomás? ¿Qué celo de la gloria de Dios, qué hambre de la salvación de las almas, qué pureza y santidad de vida, qué desinterés y desprendimiento, qué generosidad y mortificación observamos en los anunciadores de la palabra de Dios? No queremos ser pesimistas y descubrir lacras y defectos no más: buenos y santos sacerdotes, dignos y celosos predicadores no han faltado nunca en la Iglesia de Cristo, y honran hoy con sus virtudes y su palabra el púlpito y el confesionario. Pero no podemos menos de lamentar las energías que inútilmente se gastan y las actividades que externamente se despliegan también sin fruto alguno, porque falta el espíritu de Cristo que les dé vida, porque falta la pureza de intención que les dé altura, porque falta la santidad de vida que les dé eficacia.

Y, como es natural, los efectos son desastrosos. El pecado sigue campando, las costumbres no se corrigen, los escándalos se repiten y acentúan, las almas inocentes se pervierten, las perdidas se afianzan en su perversión; y, sin embargo, la Iglesia, más protegida y reverenciada que nunca; los templos, más concurridos; los sacramentos, más frecuentados; la práctica de los ejercicios espirituales, en pleno auge. No basta, ya sabemos esa floración y lozanía superficial, que puede ser índice de la interna, pero que puede muy bien encubrir con su hojarasca una gangrenada postema, y, por desgracia, vemos es la triste realidad en el caso.

ESPÍRITU Y ORACIÓN.—El P. Tomás había tomado el pulso al enfermo y estaba en el secreto de la enfermedad y su remedio. La rectitud de intención con que había emprendido su labor apostólica, le aseguraba contra bastardos intereses y aun contra el demonio de la vanidad, que, al decir

de San Agustín [23], se mezcla e insinúa en las mismas obras buenas para corromperlas. Enamorado del Esposo de las almas, prendido en sus amorosas redes, ¿cómo iba a dejarse embaucar por fugaces añagazas de mundanos aplausos? ¡Qué pincelada tan gráfica nos traza el P. Salón! Narrando sus éxitos posteriores y el atractivo irresistible que ejercía sobre sus oyentes, escribe: «Acaeció muchas veces que, acabando de predicar en una parte, echaba sermón para otra, y alborozándose los que no le habían bien entendido y preguntado para dónde había echado sermón, decía con su grande humildad y modestia: «No tenéis por qué ir allá, porque lo mismo que ya habéis oído aquí he de predicar allí». Es una soberana lección: buscaba hacer fruto en las almas, no podía preocuparse de que le tuvieran en más o en menos, ni tampoco de repetir las cosas ni de aparentar novedades y habilidosas retóricas que llamasen la atención.

No son los párrafos pomposos, no el ritmo numérico de las cláusulas, ni el brillante desfile de ingeniosas imágenes, ni la altisonante rimbombancia de las palabras, ni aun el hondo contenido de los períodos ni la profundidad de los conceptos. ¡Con qué colorido nos describe el Santo el talismán que mueve los corazones en aquella sencilla predicación de Jonás en Nínive! Cuatro palabras solamente, dos conceptos en nombre de Dios y la convicción del iluminado, y la ciudad, desde el rey al último vasallo, da de mano a su libertinaje, se viste de luto y comienza a hacer penitencia [24].

Y sobre todo oraba. Incesantemente ponía en práctica aquel consejo que daba él a los predicadores: «Aprendan los predicadores del pueblo a buscar más la virtud y eficacia del Espíritu Santo que la galanura de la elocuencia, porque sólo El puede dar resonancia eficaz a la voz del predicador, y con las palabras del mismo hiere como con dardos los corazones de los oyentes» [25]. ¡Qué bien conocía la economía de la divina misericordia en la administración de sus riquezas! Y ¿cómo podía Dios dejar de bendecir los trabajos y esfuerzos de su devoto siervo, que en sólo amarle y procurarle almas entendía? Si ni los urgentes y graves negocios del arzobispado eran motivo para apartar su alma de la presencia y comunicación con Dios, no podemos menos de imaginárnosle en estos años que comienza su vida apostólica embebido totalmente en El y fiándolo todo de su gracia soberana.

[23] Regla, c. 3.
[24] *Conc.* 1 *in feriam IV post domin. 1 Quadrages.*, n. 3: «Opera», vol. 1, p. 401.
[25] Ib. n. 4.

El público es el mejor catador de sermones y el que mejor percibe la gracia del predicador. Desde sus primeras actuaciones se captó avasalladoramente el P. Tomás la atención de todos los públicos que le escuchaban, y que unos a otros se comunicaban la irresistible fuerza de sus palabras. Y no reconoció ya límites su fama ni en los lugares ni en la categoría de personas. Salamanca, Burgos y Valladolid, como lugares principales de su estancia, fueron también teatro de sus triunfos; el pueblo, los nobles, magnates y supremas jerarquías se disputaban a porfía la suerte de escucharle, y todos tenían que oír los encendidos rayos o las instructivas lecciones a que cada cual se hacía acreedor.

AÑORANZAS AGUSTINIANAS DE SALAMANCA.—Salamanca fué, como hemos visto, la primera en escuchar y disfrutar los aldabonazos de su palabra dulce y penetrante. Salamanca, en cuyas plazas y calles había resonado no muchos años atrás la voz de aquel otro insigne agustino, también en los altares y luego patrón de la ciudad, San Juan de Sahagún; magnífica labor de Fr. Juan pacificando los famosos bandos que amenazaban convertir en un gran cementerio la ciudad; con la sola fuerza de su palabra inspirada y alentada por el amor a Cristo, el humilde agustino se había hecho dueño de los espíritus transfundiendo de su semblante los amorosos fulgores que embriagaban su corazón: nunca quizá como entonces ravó a tal altura el poder del espíritu, el inmenso poder de la divina palabra en labios abrasados por el celo de las almas. ¡Cuántos rincones conservan la memoria del ilustre pacificador, cuántos nombres esparcen la fragancia de aquellos portentos que concitaban a las muchedumbres en pos del P. Juan de Sahagún!

Otro agustino viene hoy a hacer reverdecer aquellos laureles y a conquistar nuevas palmas, otro hijo de aquel ilustre convento torna hoy a polarizar las miradas y atención del pueblo salmantino. Si nunca faltaron varones de fama venerable en el observantísimo convento de San Agustín, escalaron el pináculo de la gloria como el de la santidad estos dos agustinos, cuya memoria conservará con cariño la ciudad del Tormes. Símbolo de ese recuerdo imperecedero que indeleblemente lograron esculpir en lo más puro y acendrado del alma charra, es la devoción y alto aprecio con que conservan en su catedral las reliquias que de estos dos santos han podido haber a las manos.

CARGOS EN ALUVIÓN.—Desde el primer momento supo ya apreciar la Corporación el oro afinado que tenía en el P. Tomás de Villanueva. Y desde los primeros momentos

quieren aprovechar sus elevados quilates; y así, contra toda costumbre, le nombran prior de San Agustín, de Salamanca, a los dos años de profesión; acontecimiento jamás visto en la historia del observantísimo convento. Desde entonces los cargos se suceden ininterrumpidamente: vicario general, otra vez prior de Salamanca, provincial de Andalucía, provincial de Castilla, dos veces prior de Burgos, prior de Valladolid, etc., hasta culminar en el arzobispado de Valencia. Tuvo de esta manera ocasión de recorrer muchas ciudades y de dejar en todas ellas la estela luminosa de su santa vida y de sus sermones a lo divino. Si grande era la fama que le precedía siempre, inmensamente superior era el despertar de las conciencias y el germinar de las virtudes que su paso iba realizando. De ahí el afecto y estima grande que en todas partes se conquistaba, el hondo surco de simpatía que se abría por doquier; de ahí la nostalgia que se apoderaba de las ciudades cuando la obediencia le forzaba a cambiar de residencia, y el lamento general y unánime que estos traslados producían en los fieles; era muy profunda la huella que en las conciencias había hecho y el vacío, por tanto, que su marcha causaba en los espíritus.

Por tierras de Portugal.—Bien lo patentizó un hecho que como exponente y resumen queremos narrar. Estaba ausente de Valladolid el emperador Carlos V, tan aficionado al P. Tomás, que le tenía por su predicador favorito. Como la fama de la santidad de su vida y de la eficacia de sus sermones hubiera traspasado las fronteras, rogó el rey D. Juan de Portugal al P. Provincial de Castilla le enviase al P. Tomás para que aquel reino se edificase con sus sermones. Accedió gustoso el P. Provincial, y así se lo ordenó al obediente P. Tomás. Es tan agradable y humano, amén de la intención espiritual, ver respetado y venerado el hábito que nos honra, que bien podemos disculpar al P. Provincial el santo orgullo que, a más de otros resortes, influiría en su resolución.

El sentimiento de la ciudad de Valladolid por la marcha fué general, e imposible de llenar el vacío que en ella dejó. Pronto se comunican entre sí los lamentos de la ausencia del P. Tomás, y, poniéndose de común acuerdo toda suerte de gentes, la nobleza junto con el pueblo, acuden a la emperatriz para que dé orden ante su hermano el rey de Portugal cómo vuelva aquél a Valladolid, ya que no se resignaban a estar sin él. ¡Qué elocuente es un testimonio de esta naturaleza en la corte del emperador, donde tantos sujetos eminentes necesariamente tenía que haber!

Auditorios heterogéneos.—El mejor elogio, a la vez que el más convincente testimonio del aplauso y aceptación universal con que era escuchado el P. Tomás de Villanueva, nos lo proporciona su biógrafo ocular el obispo Muñatones, ya citado anteriormente. Copiaremos solamente lo más imprescindible: «También me parece milagroso que hombres de todo orden, estado y condición, como movidos por el celestial Espíritu, acudían porfiadamente a sus sermones. Paso por alto el gentío inmenso de confusa muchedumbre que, como desconocedores de sí mismos, se sentían inflamados en la piedad. Omito también a los próceres, a los grandes y aun a los magistrados, varones distinguidos de entre los caballeros, todos los cuales eran arrebatados y estimulados por un ardor increíble. Lo que más me maravilla es que hombres eruditos e ilustres predicadores, y miembros de casi todas las corporaciones; finalmente, todos los hombres famosos en las letras, olvidados de sí mismos, ávidos de escucharle, de todas partes se sentían arrastrados a él» [26].

Este testimonio irrefragable encontraría una confirmación obvia si tuviéramos tiempo y espacio para recorrer algunas siquiera de sus más típicas conciones; en muchas podríamos ver claramente la condición de sus oyentes. A la vez que observar la claridad y espontaneidad con que los instruye, fustiga y apostrofa. Jamás le vemos halagar a los asistentes o tratar de echar una venda ante los ojos: no busca sino el bien del espíritu, y por eso se dirige al alma y habla al corazón, y canta las verdades sin paliativos ni disimulos. Tan imperiosa se le presentaba esta necesidad, que nos pondera con todo realismo el ejemplo del Bautista, quejándose el Santo amargamente de la escasez de predicadores que lo imiten: «¡Oh si tuviéramos hoy tales predicadores, que con tal claridad anatematizasen los vicios y ardiesen por la salvación de los hombres!» [27]. «¡Con qué autoridad habla! No tiene en cuenta el cetro, ni la corona, ni la púrpura, ni la caterva de servidores: le habla (a Herodes) como a un siervo, porque le veía esclavo de sus vicios y sus pecados; no le adula, no le lisonjea, no busca rodeos para reprenderle» [28]. Este concepto tenía el Santo del predicador, y con esa exactitud y libertad procuró siempre llenarlo. Magnífico y casi incisivo el apóstrofe que en otro sermón [29] lanza a todas las categorías de personas: reyes, prelados, religiosos, predicadores, justos en general, pecadores. Y predica delante del emperador sin rebozo alguno, como iluminado y

[26] Cita del P. Salón, l. 1, c. 7 (al fin).
[27] *Conc.* 2 *in fest. S. Ioan. Bapt.*, n. 11.
[28] Ib.
[29] *Conc.* 5 *in fest. S. Ioan. Bapt.*, n. 13 s.

encargado por Dios de predicar la verdad. Habla, sí, con amorosa unción, con el atractivo irresistible de la caridad, porque siempre han sido los santos los más comprensivos e indulgentes, ya que son los que mejor han calado en la misericordia y benignidad divinas, y se han compadecido también más de la humana flaqueza, constituyendo el único empeño de su vida, de su santidad y mortificación el acercamiento de esos dos extremos tan distantes.

PREDICADOR DE CARLOS V.—El siguiente acontecimiento nos pondrá más de manifiesto cómo un alma tan desasida de la tierra y terrenales consideraciones necesariamente había de conquistar para Dios las almas y ablandar los corazones más duros y obstinados. El emperador Carlos V habíale oído ponderar como predicador, y quiso probar si la fama respondía a la realidad. Junto con la religiosísima emperatriz fué un día a escucharle, y tan prendados y edificados quedaron ambos de su doctrina y religión, de su virtud y celo de las almas, que escribieron inmediatamente al Padre Provincial nombrando al P. Tomás su predicador y pidiendo residiese el mayor tiempo posible en Valladolid para provecho y consuelo espiritual de sus almas. Queda con esto convertido en el predicador del más poderoso monarca, y también en ídolo de sus cortesanos, prelados, príncipes y señores de la corte, que veían en él un oráculo del cielo e instrumento predilecto del Señor para alumbrar sus conciencias y hacer fructíferas sus vidas.

¿Alteraría esta estimación el régimen de su vida? Bien y legítimamente podía parecer y frecuentar la corte, madriguera de ordinario de tantos vicios, e increpar como otro Bautista a tantos parásitos y aduladores de reyes, como suelen poblarla. Pero siempre han huído los religiosos graves las cortes de los príncipes: más que por temor de naufragar en sus escollos, por el deseo de verse libres hasta de sus salpicaduras. Y así siguió el P. Tomás tan inalterablemente el régimen de su vida, que a maravilla se hubiera atribuído su presencia en palacio: sólo para predicar en la real capilla, y en alguna ocasión muy señalada en su vida, como fué aquella en que se presentó al emperador para interceder en favor de los caballeros Laso, condenados por aquél a ser degollados y cuya absolución consiguió el P. Tomás, después de haberlo rogado inútilmente los grandes de la corte, el cardenal de Toledo y el mismo príncipe D. Felipe. Ya que hemos citado el caso, no queremos omitir las palabras que le dijo el emperador al otorgarle la gracia: «A vos, Fr. Tomás, no os puedo yo negar nada, conociendo que sois enviado del cielo por ministro de la caridad y misericordia» [30].

[30] QUEVEDO, *Vida...*, c. 2.

Mas si él no gustaba, y más bien aborrecía, el barullo de la corte y el trato con los cortesanos, y no sólo no hacía alarde, sino que parecía menospreciar su valimiento con el mismo emperador, éste, en cambio, y todos los suyos correspondían con una estima de día en día creciente; lógica consecuencia de la aversión que engendra la ostentación y del atractivo que ejerce la humildad. Si le era posible, no se perdía el emperador un solo sermón del P. Tomás; tenía dada orden de que le avisasen siempre que predicara y dónde. Asistía unas veces públicamente a sus sermones y otras de incógnito; y si los trabajos u ocupaciones le tenían abrumado, los escuchaba de pie para que no le venciera el sueño y se perdiera el fruto que siempre se le seguía. En una de estas ocasiones le ocurrió el caso que nos refieren los biógrafos, y que muestra el temple de espíritu de un hombre y su serenidad y equilibrio para justipreciar las cosas y los casos con la balanza de lo inmutable, que es la única que no puede engañar. Copiamos literalmente de Quevedo, que lo resume enjundiosamente: «Predicaba un día en su casa en Valladolid, y el César, codicioso de oír al Santo, fué muy temprano y a esperar la hora del sermón se entró con los grandes en el claustro, diciendo al portero: «Decidle a Fr. Tomás que estoy aquí, que baje». Fué el portero, y respondió con él el Santo a la majestad cesárea que estaba estudiando, que, si había de predicar, que no podía bajar, y que si bajaba no predicaría. Pareció a los que acompañaban al emperador despego y descortesía, y diéronlo así a entender, obligando a que su majestad dijese: «A mí me ha edificado lo que a vosotros os ha escandalizado; y quisiera yo mucho que todos los predicadores y religiosos fueran tan desasidos de la vanidad y tan despegados de la grandeza como Fr. Tomás» [31]. ¡Cómo se ve a un espíritu volar desdeñoso e indiferente a la vanidad mundana cuando ni movido de la autoridad imperial se perturba ni dominado de la ambición la lisonjea! ¿Qué extraño es cambiara los corazones más empedernidos quien tan desprendido se hallaba de las cosas de la tierra y tan absorto y ocupado únicamente en las del cielo? ¡Cuántas veces en el mismo acto de la predicación le vieron los fieles arrebatado en la contemplación de los divinos misterios, elevado incluso en el cuerpo, y esperaban con gran reverencia tornase a sus sentidos y al sermón! No hay corazones que puedan resistir la palabra de un hombre entregado con estas veras al Señor.

DIRECTOR DE ALMAS. — Aunque sea someramente, no queremos pase desapercibido este matiz de la vida del Santo; ni queremos detenernos en la consideración de

[31] QUEVEDO, *Vida...*, c. 2.

casos aislados, ni es preciso para formarnos un concepto de su conducta en esta materia. Difícil a veces, es verdad, por los peligros que puedan acechar, por los diceres y murmuraciones a que puede hallarse expuesto; que tan resbaladiza puede ser la materia como asustadiza y vidriosa la humana malignidad. Pero ¡como salen ilesas de la una y de la otra las actuaciones de los santos! La prudencia, por una parte, perfeccionada y alumbrada por el Espíritu Santo mediante el don de consejo, y por otra la pureza de sus intenciones, la limpieza de sus pensamientos, el desprendimiento de miras terrenas, el roce y trato íntimo con el Señor, todo ello le proporciona al Santo la seguridad suficiente para sortear los peligros propios y las ajenas críticas y luz certera para guiar sin extravíos a los que tienen la dicha de vivir más en contacto con él. Las dotes del P. Tomás de Villanueva para conducir en particular a las personas de uno y otro sexo nos las refieren sus biógrafos en los muchos casos que citan y en los que dejan entrever. Como insinuábamos antes, hubiera sido de importancia trascendental para la historia de la mística, y aun para la misma mística, conocer los documentos que daba y métodos que empleaba con las almas quien tan práctico y experimentado se hallaba en las vías de aquélla y tal acopio de erudición poseía; por de pronto, al menos hubiera sido el puente o escalón que salvara esa distancia inconmensurable que separa a Santa Teresa y San Juan de la Cruz de todos los que les precedieron. Algo, es verdad, nos dejó en los escritos castellanos; en estilo llano y sencillo y con una exposición desembarazada y al alcance aun de los menos adelantados; pero podríamos afirmar que le salió así como sin querer, que no se dedicó de propósito a trazar un plan y método completo para guiar a las almas a través de las encrucijadas que en el camino ascensional de la vida espiritual se presentan. De no haber estado siempre con cargos absorbentes y de haber tenido alguien que, como a Santa Teresa, le hubiera forzado a escribir, poseeríamos hoy, sin duda, un tesoro más de literatura mística.

Sobrada garantía de ello son las muchas almas que el Santo dirigía, y que llegaron en poco tiempo a un nivel muy levantado de perfección: en todas las clases y en todos los estados. No podemos detenernos en esta semblanza en la cita de nombres; remitimos a nuestros lectores a los biógrafos que con más extensión y cariño han recogido cuantos datos pueden ilustrar esta materia, que, repetimos, es bien de lamentar haya quedado tan incompleta.

IV. Superior

ANHELOS TRUNCADOS. — Ya lo insinuamos antes: conociendo los superiores las cualidades excepcionales que adornaban al P. Tomas de Villanueva, trataron de ponerlas a contribución desde el primer momento. Por supuesto, con la consiguiente repugnancia del mismo. Había entrado en Religión para dedicarse más de lleno a la perfección, para desembarazarse de tantos obstáculos como en el mundo se tropiezan. Y al hacer su profesión religiosa, había hecho especial hincapié en aquel de los tres votos que constituyen casi de por sí la vida religiosa, el de la obediencia. Ha sido siempre el eje de la misma y la piedra de toque del religioso observante: cuando éste sale airoso en el contraste de este voto, podemos decir que ha llenado cumplidamente su cometido. Al fin, si se ha dejado de verdad, si ha renunciado sinceramente a su voluntad, a su juicio, a su manera de ver las cosas, ¿qué le pueden importar las prelacías, cómo le van a cautivar los honores a ellas anejos? Es el retiro, la soledad, el silencio, el señuelo que ha cautivado al seglar inmerso en el bullicio mundano; y para consagrarse con más facilidad a Cristo, dió de mano a todos los tropiezos que en aquél topaba; no puede tornar a ellos sin errar en la base su vocación. Cuando en una corporación sean los puestos y cargos objeto de ambición y sean los aspirantes a los mismos los que se los llevan, podemos con toda certeza augurarle a esa corporación escasos días de vida o un arrastrarse lánguidamente sin pena ni gloria.

Conocidas eran de todos las dotes de reflexión, madurez de juicio, prudencia y sabiduría del P. Tomás, y cuán acertadas eran sus respuestas a las cuestiones más dispares que como a un oráculo se le presentaban. Por otra parte, el despego de todo lo humano y su pureza de intención en todo, le hacían el sujeto más indicado para los cargos. Y por esto, aun noticiosos como estaban del amor que el Padre profesaba a la quietud y aislamiento, optaron por anteponer a esas miras, aunque santas, particulares, el bien de la Providencia, que había de aprovechar tanto colocándole en los primeros puestos. Los resultados favorables colmaron halagüeñamente estas optimistas previsiones.

COMPRENSIÓN Y TRIUNFO.—No podemos olvidar que en la Religión como en la vida social el hombre no deja de ser tal: con sus potencias, sentidos, apetitos, tendencias, carácter, etc.; y sería desconocer la naturaleza humana pensar o exigir que al decir adiós al mundo quedara el in-

dividuo señor absoluto de sus actividades y que no tornaran ya a brotar y reverdecer las malas hierbas de su jardín. La vida religiosa sería entonces un dulce y halagüeño fluir, sin los sinsabores de la contrariedad; los superiores entonces no hallarían dificultad en encauzar y dirigir a sus súbditos. Pero esto es un sueño ilusorio. Y, por mas que todos busquen la perfección y aspiren a santificarse, la experiencia les enseña a los superiores el tacto con que han de proceder para no herir susceptibilidades y la prudencia con que tienen que armonizar las diferencias de caracteres y la disparidad de criterios. Y el llevar a feliz término esta empresa constituye el triunfo del superior.

Cuando éste se haya despegado totalmente del cargo como estaba el P. Tomás, se encuentra desembarazado para proceder y halla expedito el camino que ha de seguir. No había ni podía haber obstáculo serio que se opusiera a su marcha firme y segura. El cargo siempre le fué impuesto por la obediencia, y cuando pudo zafarse de aquél sin faltar a ésta, lo hizo con una ingenuidad no exenta de graciosa picardía. Y aunque tuviera a las veces que proceder «in virga ferrea» por las imperfecciones o recalcitraciones de algunos súbditos, la luminosa estela de santidad que le precedía, la dulzura de que sabía revestir sus correcciones y el encendido amor del prójimo que siempre le acompañaba, eran elementos más que suficientes para que casi siempre el éxito coronara sus esfuerzos. Había que ver aquellas entrañas paternales bajarse, si era preciso, hasta la humillación (que en tal caso no lo es) para ver de levantar la oveja caída o tornar al redil a la descarriada. Es la caridad para con Dios y para con el prójimo el fundamento de la Regla de San Agustín, que la había tomado del Evangelio y del espíritu de los primeros cristianos; y eran estos dos amores los inspiradores y móviles de los actos todos del P. Tomás; quien, si sentía y lamentaba en sus entrañas las culpas por la ofensa de Dios, sabía esperar la hora oportuna para corregir cuando lo requería el caso, después de haber preparado el camino con oración intensa y sus personales mortificaciones, disciplinas, etc. Esta paciencia y mansedumbre para soportar los defectos de sus súbditos le ganaban a la larga irremisiblemente la simpatía y el corazón de todos, consiguiendo de esta manera reconquistar sus almas para Cristo, llenando a satisfacción el mandato del Apóstol: *Alter alterius onera portate, et sic adimplebitis legem Christi* [32], y cumpliendo el encargo que San Agustín da en su Regla a los superiores, «quiera más ser amado de vosotros que temido» [33].

[32] Gal. 6,2.
[33] Regla, c. 11.

A DIOS ROGANDO.—Aunque no es preciso, sin embargo, por contribuir a esclarecer más y más su personalidad y a aquilatar lo afinado de su entrega a Dios y despreocupación del mundo y sus comodidades y vanidades, no queremos pasar adelante sin insistir en su comportamiento externo durante los años que la obediencia le tuvo al frente de algún cargo. ¡Cuán difícilmente se escapa en ciertas circunstancias a compromisos, obligaciones, consideraciones, etc.! ¡Con qué facilidad puede el superior verse forzado a faltar a un acto de comunidad, a omitir la oración, a tratarse con alguna distinción, a usar de algunas licencias convenientes, etcétera! Nada de todo esto pudo pegársele al P. Tomás de Villanueva en los largos años que fué superior. Muy al contrario, considerábase, cuanto más alto y sobresaliente, más obligado a las comunes observancias, y cuanto más en el candelero, más necesitado de brillar y lucir, a fin de que los demás no tuvieran disculpa para caminar como a oscuras y sin arrimo. Por otra parte, como tan dado a la oración y trato con Dios, a ella fiaba la eficacia de sus esfuerzos, bien convencido de que se negocia más con un cuarto de hora de oración que con el prolongado agitado bracear de nuestra actividad, y de que Dios bendice copiosamente las aspiraciones y anhelos de los que ve más rendidos a su voluntad y más confiados en El. Sin duda se verían más fecundos tantos ajetreos y actividades de muchos superiores si se apoyasen menos en sí mismos y en su valimiento y descansasen un poco más en las manos de Dios. ¿Quién duda es la falta de vida sobrenatural lo que hace estériles y baldíos tantos afanes de superiores tan bien dotados por otra parte? Pero ¿podemos echar en olvido, o portarnos como si lo hubiéramos hecho, que el fundamento de la vida religiosa es el espíritu, que sin él no puede prosperar, y que ha de ser, por tanto, el eje que mueva todo este tan complicado mecanismo? Claro, amén de la influencia que una ausencia total o una paulatina disminución de ese aliento vivo y divino ejerce en los súbditos, teniendo por necesidad que achacarse a sí mismos los superiores la falta de espiritualidad que de aquéllos se vaya apoderando. Y era esto una consideración capital que influía poderosamente en llevar el santo P. Tomás al extremo su observancia y fervor en las prelacías.

DIGNO Y EN SU PUESTO.—Si pasamos al trato material y externo de su persona, mucho se nos ofrece que admirar e imitar. Con hallarse en el pináculo de la gloria, estimado y reverenciado por toda suerte de personas, tan apreciado por el mismo emperador y por todos los grandes de su corte, recibiendo constantemente toda suerte de regalos para los pobres, para el convento, jamás se le vió preciarse en lo

más mínimo de estas prerrogativas, ni frecuentar (aunque era tan deseado) la corte del emperador, ni pagarse de tales consideraciones ni miramientos; y en el aseo y porte exterior no se le podría distinguir del más humilde religioso. Se había despojado de sus bienes patrimoniales y se había desposado con la santa pobreza, profesándole una fidelidad inquebrantable aun en medio de los honores y el boato que podría haber disculpado más tarde la dignidad arzobispal. Limpio, digno y aseado, siempre lo fué; pero andarse con delicadezas y melindres, buscarse la compostura externa y el bien parecer, cosa aborrecible y que no puede compagina se con el carácter recio y viril del P. Tomás de Villanueva. De suerte que en el ajuar de su habitación, aun en el repuesto de sus libros, en el hábito, en todo cuanto personalmente le afectaba, ni siendo súbdito, superior ni arzobispo se le podía distinguir de cualquier su hermano de Religión. El siguiente pasaje, tomado del P. Salón, nos describe a la vez cómo se preocupaban de sus necesidades sus devotos y admiradores y cuán desembarazado se hallaba él de estas abrumadoras distinciones: «Mudándole la obediencia de Valladolid a Burgos por prior de nuestra casa, fué visitado, antes de la partida, de la gente más principal de la corte, con harto sentimiento y pena de su ausencia. Diéronle algunos de sus devotos algunas cosas, diciéndole tomase aquella limosna y la emplease en lo que fuese más servido. Uno de ellos envióle una arquilla con trescientos escudos en oro y la llave en ella, diciendo le hiciese merced de tomar de allí para sí y para su camino todo lo que le pareciese. De los otros tomó lo que le dieron, pero, oyendo el recado del que le enviaba la arquilla, mandó luego volvérsela con el mismo criado, diciéndole agradecía muy mucho a su señor aquella merced, pero que él no había menester cosa alguna para sí ni para su camino. Queiósele el señor de aquella arquilla porque se la había vuelto, habiendo recibido lo que los otros le enviaron. Respondióle: «La limosna, señor, que tomé de los otros dióseme no para mí, sino para emplearla donde yo viese ser necesaria, y para suplir las necesidades que en la casa donde voy hallaré; y si para el mismo fin V. S. me hubiera enviado alguna cantidad cierta y señalada, tomárala como de los otros, porque, si no la tomara, agraviara a la casa donde voy y a la caridad de los que lo han dado, la cual yo no debo ni puedo estorbar; pero V. S. envióla para mí, y yo para mí jamás tomé cosa alguna, ni lo permita Dios» [34].

FRATERNIDAD E IGUALDAD.—De la misma manera se comportaba en su trato con los religiosos: jamás por el porte

[34] P. SALÓN, l. 1, c. 12.

externo o los modales se hubiera echado de ver la autoridad; era la misma llaneza y sencillez misma para con todos; en los más dignos y en los más humildes no veía más que hermanos en Cristo, y como a tales hermanos los consideraba. ¡Qué mal sienta en el superior la aceptación de personas o el autoritarismo del mando! Pero quien se ve y juzga como lo que es, quien se mira en la presencia de Dios y se reconoce como su criatura, ¿con qué cara osaría tratar a los demás con un destello no más de desdén o indiferencia? ¡Oh! Mantener la autoridad, darse a respetar, exigir las consideraciones debidas al cargo y otras lindezas por el estilo, suelen ser motivos especiosos que disimulan la ausencia de méritos verdaderos y apego al humano favor, así como la carencia de las virtudes que deben ir anejas al cargo; ¿se buscarán, cuando hay necesidad de acudir a esos recursos, los fines sacrosantos de la autoridad, el encauzamiento de la observancia regular, el progreso espiritual de la corporación, el perfeccionamiento de los individuos, la santidad objeto de la vocación religiosa, o más bien, en el mejor o menos malo de los casos, el mantener con la máscara del cargo humanas miras o fragilidades? ¡Qué fundamento dan para presumirlo la falta del verdadero espíritu que preside de ordinario la vida y comportamiento, la inacción y esterilidad de tantas corporaciones!

ESTELA DE ABOLENGO.—En la fama de observancia, en los sólidos cimientos del verdadero espíritu religioso, en los sujetos famosos por su santidad, en las obras de celo llevadas a cabo, es donde con más claridad se nota la eficacia de la labor de Santo Tomás. La Provincia de Castilla le tiene como restaurador y renovador de sus posibilidades espirituales; los religiosos que alcanzaron fama de santidad [35] y que le deben su ingreso o formación, acreditan la influencia de sus virtudes y de su colaboración; la predicación del Evangelio en tierras de Nueva España, por él confiada al Santo Fr. Jerónimo Jiménez y compañeros, primeros agustinos que se lanzaron por aquellas tierras, nos da testimonio fehaciente del celo que por la salvación de las almas le abrasaba y cómo mantenía la atención en las avanzadas del cristianismo.

No nos hemos parado a detallar casos concretos de su actuación tanto de superior local como provincial, ni podemos puntualizar las industrias con que gobernaba, corregía y exhortaba, ni divagar o extendernos sobre los documentos y recomendaciones que a sus conventos hacía; una vez más remitimos a los interesados lectores a los biógrafos que con más prolijidad enumeran las virtudes y los hechos del San-

[35] Véase p. 16 de esta introducción.

to, y que percibieron aún el ambiente de frescura que unas y otros destilaban. En una semblanza superficial como la presente no podemos pararnos en tales pormenores.

Tampoco es ocasión esta, ni lo permite la naturaleza de esta introducción, el seguir paso a paso las andanzas del Santo en su vida religiosa o relatar los tesoros de virtud y ejemplaridad que legó a la posteridad, ni entonar cánticos de alabanza a su santidad extraordinaria, ni contar los dones maravillosos que del cielo recibió y los prodigios y maravillas que realizó en su vida, enemistades mortales que apaciguó, conversiones milagrosas que llevó a cabo, etc.

V. Arzobispo

QUÉ DESCANSADA VIDA...—La vida de cargos y prelacías en la Orden no fué sino como una preparación para más levantadas empresas; no podía perseverar más tiempo una antorcha tan poderosa bajo el celemín que ocultara sus potentes resplandores. El Señor, con su amorosa providencia, había ido disponiendo los caminos y preparándolos por sus pasos. Desde que el P. Tomás había renunciado al mundo, fué la obediencia la única voz de mando que gobernó su vida y el único conjuro capaz de sacarle de su predilecto retiro y quietud; los años mozos pasados entre la estudiantina inquieta y bullanguera le habían enseñado a colocar sus pensamientos en parte donde no sufrieran desilusión y quebranto. Y al vivir bajo la regla de San Agustín y familiarizarse más y más con su espíritu y doctrina, se le había grabado profundamente en el alma aquel pensamiento tan netamente agustiniano y que tanto ha contribuído a orientar por derroteros definitivos las aspiraciones del alma humana, inquieta siempre y andariega en el torbellino de este agitado caminar: *Inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te.* Había hallado su reposo en el puerto remansado de la Religión: el pacífico retiro del claustro había colmado los anhelos de su alma; no tornaría ya a los vaivenes del siglo, ni los tratos y frecuencia del mundo podrían aprisionarle en las mallas de sus redes. ¿No estaba claro y manifiesto el llamamiento de Dios y patente su voluntad de que se le consagrara en ese apartamiento? ¿No estaba bien demostrado en su trato e intimidad con El que ésta era su vocación específica? Y ¿cómo, entrando en ese retrete de su corazón y encontrando en él a Cristo, podía aspirar a salirse de él o buscar algo que no fuera el mismo Cristo? Es el tema abisal del alma humana y la eterna incógnita de su desasosiego: no encuentra tranquilidad ni plenitud de su

vacío de origen hasta que acaba de comunicarse y entregarse totalmente a Dios; pero a la vez que no puede hacer esto, porque desconoce esa vida interior que la pone en contacto con él. Los santos, los que han llegado a establecer ese contacto, son los únicos que no se vuelven a las criaturas, que no pueden volverse, que necesariamente han de mantenerse en ese aislamiento del mundo, que forzosamente, casi con necesidad metafísica, tienen puesta su mirada en quien les ha arrebatado su atención.

Además, consecuencia de su desarrollo espiritual y su perfeccionamiento, es el conocimiento propio más cabal cada día y el conocimiento más aproximado de Dios, la gran síntesis agustiniana de la santidad: «Noverim me, noverim te»; y con esa luz cada vez más perfecta, una conciencia más intuitiva de la inconmensurable distancia que le separa de Dios, y, por consiguiente, la experiencia aplastante de su nada en su presencia y la negación de su valer aun ante los hombres. No es humildad de garabato ni insulso fingimiento la subestimación que de sí mismos tienen los santos y el juzgarse los más indignos y desprovistos de habilidades; es consecuencia lógica de su lúcida clarividencia.

No es extraño que a cada nuevo cargo se renovara en el P. Tomás de Villanueva la repugnancia y contrariedad que ensombrecía su mente y contristaba su corazón, viendo claramente la desproporción entre el sujeto y la responsabilidad de aquél; las protestas sinceras, aunque resignadas; las súplicas humildes e insistentes, los raudales de lágrimas de sus ojos vertidas, todo brotaba en él espontáneamente por verse libre del insoportable peso que sobre él se cernía. Bien es verdad que los religiosos y los superiors tenían también harto conocido su valer y sabían dónde podían ser más fecundas las cualidades que le adornaban; y así nunca se dejaron ablandar por tan tiernas y sentidas protestas; hubiera sido una condescendencia muy natural y humana, pero a la vez lamentable claudicación.

RECHAZA UN ARZOBISPADO.—Ya hemos visto la fama que dentro y fuera de la Orden goza el P. Tomás de Villanueva. No había Dios encendido la antorcha para que estuvieran escondidos sus resplandores. Quizá no había quien con más exactitud justipreciara sus méritos, conocimientos y santidad que la majestad del emperador Carlos V. Desde que oyó hablar de él se le aficionó de tal modo, que no eran ya sólo los sermones que en su real capilla predicaba; como sabemos, si las ocupaciones del gobierno de tan vastos territorios no se lo impedían, acudía con asiduidad a todos los que el Santo predicara; pero aún había más, era el P. Tomás confidente y consejero de los problemas de im-

portancia que exigían un ponderado tacto y reflexión; hasta el final de sus días llegaban a Valencia cartas del emperador exponiendo y consultando las cuestiones más espinosas: los secretos de estado que guardaba la arquimesa, cuyos papeles hizo quemar el Santo horas antes de morir...

Por esto, y deseando el emperador que la Iglesia se aprovechase de esta perla escondida, se acordó del P. Tomás al quedar vacante el arzobispado de Granada. Súplicas, recomendaciones, ofrecimientos, importunaciones, todo fué inútil: con tal cortesía agradeció la merced y con tal humildad la rechazó, que el emperador, lejos de molestarse, se sintió edificado. Y como no hubiera tiempo para acudir a quien por obediencia pudiera ordenárselo, se vió libre de aquella carga y tranquilo otra vez en la quietud de su celda.

PERO LE VIENE OTRO.—Por todos estos caminos iba Dios madurando su obra y completando su plan. Ya hemos dicho que la repugnancia por los cargos es una disposición especial para ellos, ya que el así dispuesto no tiene intereses preconcebidos y se encuentra plenamente desembarazado. ¿Cómo podía aquel humilde religioso imaginarse al frente de un arzobispado? ¡Qué desairado resultaría el papel de un hábito remendado y desvaído entre el atuendo lujoso de un cabildo! Pero las más altas montañas en apacibles valles sabe convertirlas el Señor, y los trances más dificultosos tórnalos suaves y fáciles la gracia y elegancia de los santos. Como antes insinuábamos, con sus miras levantadas y su desprendimiento de lo humano, se hallan en ventajosísimas condiciones para igualar resquebrajaduras y superar obstáculos; no buscando propios medros, sino la obra de Dios, y no faltándoles El para esto, siempre salen airosos de sus empresas: aunque a veces tengan que dejar quizá jirones de sus vestidos o de sus carnes en la demanda.

Por tierra de Flandes y Alemania andaba el emperador atendiendo y despachando negocios de aquel Imperio. La sede de Valencia había quedado vacante y se hacía preciso el proveerla. A pesar de la estima que sentía por el P. Tomás, con el resultado de su nombramiento anterior, no se le pasó por las mientes pensar en el mismo: y así dió orden a su secretario que despachara cédula de nombramiento en favor de un miembro de la Orden de San Jerónimo. ¿Qué había ocurrido? Al presentársela a la firma, se vió el emperador visiblemente contrariado, pues en ella figuraba, no quien él había ordenado, sino Fr. Tomás de Villanueva, de la Orden de San Agustín. Confirmado por el secretario de que éste y no otro era el nombre que él había entendido, y pidiéndosela aquél para reparar el yerro, en modo alguno

lo consintió su majestad, atribuyendo este nombramiento a una elección especial del cielo.

Llegan cartas a Valladolid con el despacho del nombramiento. Por aquellas calendas, 1544, el P. Tomás era prior en Valladolid, y acababa de ser encargado por el Rvmo. Seripando de revisar las Constituciones de la Orden. En Valladolid se encontraba también el príncipe D. Felipe, que gobernaba a España en la ausencia de su augusto padre. Tanto el príncipe como toda la corte recibieron el nombramiento con el júbilo consiguiente por la grande estima que tenían del P. Tomás. Inmediatamente se despacha un emisario con el mensaje al convento de San Agustín. La comunidad está en el oficio; pero como viene del príncipe, y el portero se hace eco del aplauso general al recibir la noticia, entra precipitado y un poco descompuesto al coro; se siente portador de una nueva tan grata, que no puede contenerse en los límites que requiere el lugar santo y el acto de culto. Y como santamente orgulloso y con el prurito de darla, las palabras tampoco son tan mesuradas y quedas que no trasciendan a los demás. ¿No pretendía precisamente eso en su ingenuidad el humilde hermano? Aleteos de euforia expansiva se extienden por todo el coro; los religiosos sienten en su corazón y trasciende a sus semblantes el aura acariciadora de nueva tan insólita y halagüeña; con dificultad se mantiene la grave solemnidad del acto litúrgico; una comezón y como cosquilleo se entrevera en el porte devoto y recogido de la comunidad.

Sólo el P. Prior ha permanecido inalterable; de momento, como si no rezara con él; ni aun casi la contrariedad ha dejado transparentar: estaba de lleno entregado a las alabanzas de Dios y no podían inmutarle los roces humanos, aunque fueran de la categoría sensacional del presente. Eso sí, no dejó de hacerle impresión la ligereza del hermano y su desenvoltura, que luego habría de purgar con pública reprehensión y penitencia por el porte un tantillo irrespetuoso, ya que el honor y culto divino más delicadeza y miramiento exige.

Podemos imaginarnos el chasco y estupor del caballero portador de la cédula del nombramiento y de los parabienes que con él enviaba el príncipe D. Felipe. El P. Tomás llegó a recibirla sin prisas ni visible regocijo, antes con muestras de pesadumbre; dió las gracias con sencillez y cortesía, prometiendo ir a besar los pies de su alteza. Si el emisario se había ilusionado con las albricias o estrenas que había de recibir, el estupor debió desconcertarle. No hubo ni más ponderaciones ni más deferentes acatos ni demostraciones de satisfacción; un jarro de agua helada no habría producido un efecto más glacial.

DEVOLUCIÓN DE CÉDULAS Y MANDATO DE OBEDIENCIA.—Y a la mañana siguiente vino el complemento. El P. Tomás le había dado mil vueltas al asunto; la misa habíala celebrado demandando luz al Señor; ya estaba resuelto, no había duda: tendría que ir a Palacio, bien contra su voluntad y costumbre. Para dar gracias por la merced recibida y reconocer la confianza que en su humilde persona había depositado el emperador; que de cortés y agradecido sabía mucho el siervo de Dios. Pero a la vez llevó la cédula de su nombramiento, poniendo por delante que en modo alguno podía aceptar tal distinción y gracia, que no eran sus méritos, doctrina y virtudes para tamaña empresa; que lo había muy bien pensado y aquilatado, que quería asegurar la salvación de su alma en la Religión a que Dios le había llamado y no podía exponerse al peligro de perderla echando sobre sí una carga tan pesada. Réplicas y reflexiones del príncipe prudente, razones y estímulos para obligarle a cambiar de opinión, ni el disgusto que recibiría el emperador ni el pesar que a él mismo le embargaba, ni la gloria de Dios y bien de la diócesis y las almas, que así lo exigían: con toda sencillez y humildad, pero con inquebrantable firmeza, estaba tomada la resolución, en Dios y en su ánima que no podía aceptar.

Intervienen admiradores y conocidos de lo más encumbrado de la corte. El condestable de Castilla, el comendador mayor de León y otros distinguidos caballeros no pudieron sacar más partido de su resuelta negativa. No quedaba ya más que un recurso: el cardenal de Toledo, D. Juan de Tavera, muy amigo y respetado del Santo. A San Agustín se encaminó el cardenal. Celda solitaria y silenciosa: mano a mano la suprema autoridad espiritual de España y el humilde prior agustino: la voluntad manifiesta de Dios, la elección a todas luces divina, la necesidad de resignar su juicio, la sumisión que requiere la humildad, la gratitud a la Católica Majestad, qué reflexiones espirituales no aportaría un tan docto y virtuoso varón con religioso tan piadoso y tan santo. No pudieron conseguir otra cosa que suplicar con mayor humildad y más tiernas lágrimas no le forzase, si en algo le amaba, a tomar sobre sí lo que le había de llevar a la condenación. Y, por contera, que intercediese ante el emperador y el príncipe para que no llevaran a mal esta repulsa, antes sólo vieran en ella su incapacidad para dignidad tan encumbrada.

La desilusión y el disgusto se había apoderado de los espíritus; la euforia con que recibieron el nombramiento se había trocado en amarga decepción, y, por más vueltas que le daban, no acertaban con la solución anhelada. Pero alguien lo susurró, y la solución halló eco en el cardenal y el

príncipe: el P. Tomás tenía un superior provincial, ¿quién más indicado, sabiendo el rendimiento y sumisión que tenía a la obediencia? La estratagema se había vuelto contra el P. Tomás: su llegada tardía al capítulo provincial y la elección por ese motivo recaída en el P. Francisco de Nieva no habían sido sino una providencia de Dios para atajar su salida. Carta del P. Provincial a instancias de D. Felipe; carta corta, pero enjundiosa: en virtud de santa obediencia se le ordenaba la aceptación del arzobispado. Ya no quedaba otro remedio; aún batallaría en su interior, con furioso estruendo, su aversión a tal dignidad y la incapacidad que en sí veía para salir adelante; pero la voz de la obediencia pesaba harto más, y la voluntad de Dios quedaba por ella manifiesta.

Júbilo y alborozo causó en todas partes la noticia de la aceptación; como que todos estaban concordes en lo acertado de la elección y en los bienes que se le seguirían a aquel arzobispado. Pesadumbre sólo en el P. Tomás de Villanueva, que, abrumado por ella, pero resignado con la obediencia, escribe al P. Reverendísimo comunicándole tan triste nueva, que a mieles tuvo que saberle a él. Como les había sabido a todos, comenzando por su alteza, que, lleno de satisfacción, se apresuró a comunicar la noticia al duque de Calabria, virrey de Valencia, y a los cabildos de la misma, dándoles el parabién por semejante nueva, y ponderando la persona del elegido en los siguientes términos: «Pareció a la Cesárea, Católica y Real Majestad del Emperador, mi señor y padre, atentas la entereza de vida y limpieza de costumbres, la singular erudición y letras, la grande santidad, religión y doctrina y los demás insignes merecimientos y virtudes del muy reverendo en Cristo P. Fr. Tomás de Villanueva, de la Orden del Señor San Agustín, como aquel que le conocía muy bien, y tenía de sus buenas y grandes partes entera noticia, elegirle y nombrarle para el Arzobispado de esa ciudad, de lo cual os debéis tener por muy dichosos, y dar infinitas gracias a Nuestro Señor, y rogar mucho por Su Majestad y todos sus sucesos, por tan grande beneficio como haberos proveído de tan buen Pastor» [36].

BULAS DE POBRE.—La ceremonia de la consagración se celebró con la pompa que acostumbra la Iglesia en tales casos; le consagró en persona el cardenal arzobispo de Toledo, tan devoto suyo, quien por esta devoción y afecto le había pagado también las bulas, por saber cuán pobre estaba el P. Tomás, ya que todo lo entregaba a los pobres; «feliz anuncio—dice un biógrafo—de admirables progresos

[36] VICENTE ORTÍ, *Vida...*, l. 1, c. 19.

para un prelado» [37]; espejo y contraste, diríamos nosotros, digno de atenta consideración. ¿No será el boato y suntuosidad de ciertas ceremonias hodiernas de semejante índole el anuncio y preludio de la esterilidad subsiguiente en el orden espiritual? Que hasta en lo más íntimo e intangible del recinto sagrado ha penetrado la acción demoledora del lujo o bienestar material. Es cierto que la consagración del Padre Tomás se vió concurrida de muchos grandes, títulos y caballeros; pero cuán diferente de los sentimientos de ostentación que ahora se estilan, el espíritu de piedad, religioso fervor y delicada reverencia que animaba a todos aquellos admiradores de la virtud y religión del nuevo arzobispo.

CAMINO DE VALENCIA.—Habían dicho misa muy de mañana, mejor aun de noche. Con el alma tensa de emoción se había despedido de sus hermanos, quizá para siempre. ¡Cómo se agolpan en el corazón los recuerdos y afectos en momentos tan solemnes! El más venerable de los viajeros impartió la bendición a los que se quedaban; de rodillas y con recogimiento la recibieron éstos. Bien quisieron, por sentimiento y deferencia, acompañarles algún tiempo, dándoles a la vez autoridad. Pero no pudieron conseguirlo; pugnaba esa deferencia con la condición del que los había bendecido. La despedida había sido cordial y sentida, pero sencilla y recogida, sin alharacas ni aparato, valorada en los quilates que le prestan las eternas verdades. Era la madrugada de un día de invierno; apenas los primeros destellos de la aurora iluminaban los inseguros pasos de los caminantes: un grupo formado por dos religiosos, sus dos criados y las caballerías; silencio y soledad en las calles, parpadeo desmayado de estrellas en el cielo, ecos de plegaria en el corazón de los religiosos.

Ya lo habrán adivinado nuestros lectores: tal era el cortejo del arzobispo de Valencia, que, recién consagrado, se dirigía a tomar posesión de su iglesia. También quisieran muchos seglares hacerle compañía, incluso algunos hasta Valencia. Repugnaba esto a la modestia del santo arzobispo; y burló esos obsequiosos deseos no dando noticia del día de su partida; con esta estratagema se vió libre de escolta y atenciones, que tan mal se compadecían con el concepto que tenía de sí y con la humildad y pobreza religiosa. Un solo padre que le acompañara y dos criados, que más servían para decir que no iban solos por tan largos caminos que para acudir al servicio y ayuda de los padres; ni menos para transportar o guardar su ajuar o bagaje, que se limitaba a lo puesto y a las reservas precisas para

[37] Ib.

un viaje de unos días. Edificante y religioso proceder, detalle que acusa el temple de un alma y alecciona y penetra más que muchos sermones; con qué certera mirada lo enjuició el insigne Quevedo: «Fuése luego a Valencia, tan como arzobispo que no quería dejar de ser fraile, y tan como religioso que tenía por más estrecho estado el de arzobispo a que había ascendido, que se fué con sólo un fraile compañero, que se llamaba Fr. Juan Rincón, y un mozo de a pie. ¿Cómo se podrá pasar en el libro de la postrera cuenta a los obispos y arzobispos, por los contadores de Dios, la partida de los frutos de la Iglesia que se habían de gastar en almas, pobres y necesidades, y se han gastado en mulas de acompañamiento, coches y literas?» [38] No tratamos de censurar o criticar actitudes o costumbres; sólo queremos hacer resaltar la sencillez y llaneza con que inaugura su nuevo estado el santo P. Tomás, y que no cambiará en los esplendores de su arzobispado; y, eso sí, hacer notar, como es manifiesto a todas luces, que es manera esta harto más evangélica y que más cautiva las voluntades y arrastra los corazones, disponiéndolos para un más fecundo apostolado.

EN LA DUDA..., ENCOMENDARLO A DIOS.—Cerca de la ruta de Valencia caía Villanueva de los Infantes, patria del arzobispo. Su madre no había acudido a su consagración; sus hermanos, deudos y paisanos tampoco. ¡Con qué ascetismo se celebraban en tiempos de gloria patria y triunfos de fe jornadas de categoría trascendental! La madre le había suplicado no dejara de visitarla al pasar para Valencia; anhelos inquietos de madre cristiana: abrazar a su hijo tras largos años de ausencia y recibir su bendición arzobispal; santo y legítimo orgullo dar tal contribución a la Iglesia de Cristo. Llegaba el momento de recibir, aún en fugitiva visita, el galardón de enseñanzas sublimes y de sacrificios austeros. ¡Cómo palpitarían de emoción las maternales entrañas! Y ¡cómo también se aparejarían sus familiares para agasajar al nuevo arzobispo y recibir la honra que por las puertas se les había entrado!

El santo P. Tomás camina con el mismo recogimiento que pudiera tener en el convento. La extensa llanada de Castilla, la austeridad del paisaje diurno, la solemnidad de la noche silenciosa, todo convida a levantar el pensamiento y a mantener el alma en la oración. Camina presuroso a donde el deber le llama, y no tiene otra preocupación que llenar allí la voluntad de Dios. Por eso, al llegar al punto en que sale camino hacia Villanueva, pregunta al P. Rincón [39]: «¿Proseguiremos este camino a Valencia o iremos

[38] QUEVEDO, *Vida*..., c. 3.
[39] El relato está tomado de VICENTE ORTÍ, l. 2, c. 1.

a Villanueva, como lo insta mi madre?» El amor maternal golpeaba fuertemente su corazón, y al P. Rincón le pareció natural llegar a satisfacer las ansias maternales y el cariño filial. «No obstante, encomendémoslo a Dios». Y la oración, como siempre, le dió luces sobre el partido a tomar y alientos para restañar la sangre que brotaba del corazón tierno y amoroso: «Vamos a Valencia, porque lo que ahora más nos conviene es acudir a nuestra Esposa...; que para consolar a mi madre ni faltará tiempo ni faltará modo». Allá no muy lejos se quedaba Villanueva: cargada de recuerdos y preñada de ilusiones; allí seguirían esperándole en vano su madre, hermanos, deudos y paisanos; veintisiete años de ausencia, el consuelo legítimo de una madre, la satisfacción de familiares tan íntimos, el desahogo de su corazón amante, los escasos días que de su ruta se apartaba, nada fué suficiente para torcer el camino del deber; el corazón tuvo que sentir un desgarro, pero la marcha continuó flechada hacia Valencia. No queremos desvirtuar con nuestros comentarios un rasgo tan elocuente: al alma le llega más hondamente en su escueta desnudez.

ALOJAMIENTO POR CARIDAD.—Ya había anochecido el día 20 de diciembre de 1544. Los dos viajeros llaman a la puerta del convento agustiniano de Nuestra Señora del Socorro, extramuros de la ciudad de Valencia. Queriendo pasar desapercibidos, solicitan del hermano portero poder estar en el convento dos o tres días mientras cesan las lluvias, que como un preludio de futuras venturas Dios regalaba con la llegada del arzobispo a aquella tierra sedienta. El buen portero les pide con toda dulzura la licencia de su superior para presentársela al prior de la casa, según costumbre. Pero el P. Rincón le ataja atentamente diciéndole cómo, aunque cumple con su oficio pidiéndola, no la necesitaban ellos por haber sido el padre que llegaba prior y provincial de la Provincia de Castilla. Algo escamado y pensativo, sube a dar conocimiento de lo que ocurre al Padre Prior. Y éste, intrigado, y con la noticia que ya tenía del viaje del arzobispo, recela si sería el mismo uno de ellos. Mas pronto le desapareció esa inquietud; no vió allí ningún fundamento para pensar en el tal arzobispo. Ofrecióles, no obstante, atenta su gravedad y presencia, franca acogida y hospedaje en el convento, aunque lamentando no pudieran gozar del acomodo deseado dada la pobreza del mismo. «No se aflija de eso, P. Prior, dijo entonces el Padre Rincón (pues que el P. Tomás se mantenía en su encantadora modestia y silencio), que con una celda para el padre y otra para mí, por pequeñas que sean, quedaremos muy contentos mientras duren estas aguas, y para nuestro sustento luego vendrá un criado, a cuyo cargo está el gasto

del camino». Observando más detenidamente la modestia del P. Tomás, como ya había oído nuevas de ella, y pareciéndole una situación extraña, le volvió a asaltar la vacilación, y para salir de duda, se resolvió a preguntar a boca jarro: «Padre mío, ¿por ventura es el señor arzobispo?» No hubo posible evasiva; hubo de contestar con su humildad habitual: «Yo soy, aunque no lo merezco ni era para ello». Póstrase en tierra el prior, besándole la mano; reúnese la comunidad, arrodillándose todos reverentemente; procesionalmente es llevado a la iglesia cantándose el *Te Deum;* en la capilla de Nuestra Señora del Socorro pasa largo rato terminada la ceremonia; con tal devoción se le encomienda y tal impresión le causa, que jamás le abandonará ya hasta que tornen, por mandato suyo, a reposar sus restos mortales en esa capilla.

No hace falta decir que comenzaron inmediatamente a llegar canónigos, caballeros, etc., para dar la bienvenida al arzobispo, quedando prendados de su modestia y religiosidad; lo mismo experimentaron los religiosos, que se sintieron profundamente admirados y edificados de su insistente oración, recogimiento extraordinario, rara asiduidad en el servicio divino. Unos días pasó en aquel observantísimo convento, esperando que las lluvias permitieran hacer la entrada solemne en la ciudad.

LA HUMILDAD ENSALZADA.—La insistencia de las lluvias retrasó la entrada oficial más de lo previsto y los deseos que el arzobispo tenía de comenzar su obra; que como huyó cuanto estuvo en su mano la dignidad, así le espoleaba la impaciencia de hallarse en su puesto y entregarse al trabajo y sacrificio que le exigía la Esposa a él confiada. No tenemos por qué detenernos en describir por menudo la entrada triunfal y el recibimiento que le dispensó la ciudad; sabemos cómo en circunstancias semejantes se afanan todos por demostrar la alegría que sienten con la llegada del nuevo prelado, y las fiestas y regocijos, así oficiales como populares, que contribuyen a dar expansión a los sentimientos que embargan los corazones y augurar una bienvenida pletórica de promesas y esperanzas; que a la común y corriente satisfacción de tener ya pastor añadíase el entusiasmo espontáneo y generoso que había despertado la fama de la virtud, letras, humildad y religión del nuevo prelado, que había llegado a Valencia, más que en alas del aplauso populachero, esparcida y autorizada por la voz y crédito de los que habían estado en Salamanca, Burgos y Valladolid, y tenían noticia directa de las cualidades excepcionales que le adornaban. Partes singulares que no podían ocultarse y se adueñaron de los fieles desde los prime-

ros momentos, atizando aquellos subidos entusiasmos y prendiendo en sus corazones con febril delirio. Aquella actitud recogida y devota en medio de tantos aplausos y agasajos, aquella humildad que le mantenía ajeno a los honores que se le tributaban, la sencillez y llaneza que reflejaba su semblante, la devoción y santidad que se transparentaba en todo su porte, fueron confirmación y garantía de los rumores hasta entonces esparcidos y el único blasón heráldico que podía presentar como arras y señal del matrimonio que con su Iglesia hoy consumaba. ¿Y para qué quería más y qué más podía ambicionar, si es el único patrimonio que cuenta en la mente y presencia de Dios y en el troquel de las verdades y en la estima y aceptación del pueblo? Precisamente fué lo que le engarzó nuevos brillantes en la aureola que ceñía ya su frente. Bien se echaba de ver en todos los detalles (y en el proceso de canonización no faltaron importantes declaraciones referentes a su entrada en la diócesis) que tenía puesto el pensamiento y la mirada en la carga que sobre sí le habían forzado a echar, y que no contemplaba todas estas demostraciones y honras si no a la luz de la única verdad. Y ¡qué ecos tan diferentes suscitan en el alma de cuando el mundanal aplauso encuentra en ella acogida! ¡Qué natural y edificante parece entonces aquel gesto de separar el cojín que para arrodillarse le habían puesto, y aquel reverente adorar el *Lignum crucis* y besar a continuación el suelo con profundísima humildad! ¿Cómo no habían de levantar oleadas de simpatía y entusiasmo semejantes pormenores, que tan bien se enmarcaban en el ambiente de su personalidad y que a cien leguas trascendían a sinceridad auténtica, y cómo no habían de atropellarse las gentes por besar sus manos, postrarse a sus pies, venerar su hábito?

¿CÁRCELES PARA ECLESIÁSTICOS?—Aquéllos eran otros tiempos; las costumbres tenían otras exigencias, y las leyes se amoldaban a las mismas. Día 2 de enero de 1545, día siguiente al de su entrada oficial. Aquella mañana dijo misa por vez primera en la santa iglesia metropolitana, para dar gracias al Señor por tantos beneficios y para implorar sus luces en el desempeño de su cometido; era tan ardua la empresa a que se había entregado, que tenía grave necesidad de una asistencia especial del cielo. Al volver a palacio quiso ver el lugar destinado a los eclesiásticos que por alguna fechoría merecían la privación de la libertad y el encierro en las cárceles a ellos destinadas, pues eran en aquellos tiempos cosa muy corriente y usada; como estaban totalmente inmunes de la autoridad civil, la eclesiástica tenía sus penas aun exteriores para los transgresores de nota. Y bien cumplían su oficio de castigar y mortificar los calabozos eclesiásticos de Valencia: lóbregos, húmedos, inmundos, insanos, capaces de acogotar en flor la más ligera chispa de buen humor o satisfacción. No se necesitaba tanto para impresionar amargamente el alma sensible de Fr. Tomás: como la de los santos, dura y austera para consigo mismo, blanda y sensible para el sufrimiento del prójimo. No pudo menos de preguntar como espantado: «¿Se ha puesto aquí alguna vez algún eclesiástico?» La pregunta podría parecer ingenua y simple; y tal la debió interpretar quien le contestó, quizá con cierto dejo de ironía, que servían precisamente para eso. La frivolidad de la respuesta y, sobre todo, la cruda realidad causaron tan profunda impresión en su corazón, que le salieron al rostro la pena y angustia producidas. Orden tajante de que cuanto antes se tapien tan míseras estancias, propias para ladrones y bandidos y no para seres destinados al culto y consagrados a Dios: «No permita Dios que por mi orden y determinación se ponga clérigo alguno en un lugar tan horrible; por otros caminos y medios los habemos de procurar reducir». Palabras que tuvieron confirmación más tarde, y que podemos considerar como preludio o profecía de la reducción y conversión de los clérigos a quienes la pasión extraviara; veremos más adelante su método, harto más convincente y humano para los interesados, aunque menos compasivo y más cruel para consigo mismo.

FRAILE Y ARZOBISPO.—«Así, por las heroicas gradas de la humildad y pisando las vanas pompas de la soberbia y altivez, ascendió nuestro glorioso Tomás a la elevada cumbre de la estimación, venerándole todos por seguramente santo al reconocerle tan profundamente humilde». Tal es la conclusión de un biógrafo [40] al referir la humildad sentida que campeó en todas las demostraciones de que fué objeto en su entrada triunfal en Valencia. Podíamos añadir que aquella actuación y comportamiento fué el principio inaugural de un arzobispado que en nada se apartaría de esta línea de conducta que parece trazarse solemne y públicamente el día del encuentro con su esposa la iglesia de Valencia.

No le hizo la dignidad salir de sí mismo ni le levantó sobre los demás: al convento se había retirado huyendo del mundo, fraile había sido amartelado de su profesión, y no podía olvidar que del convento venía. El mismo hábito que llevó del convento, sin más abalorios ni arrequives, era el mejor admonitorio que podía recordarle su estirpe; el extremo de pobreza con que entró en su diócesis

[40] VICENTE ORTÍ, l. 2, c. 2.

era argumento bien claro de su despreocupación de grandezas y dineros; el haberle tenido que pagar las bulas de su nombramiento de arzobispo, patente fué ya de un afán de desprendimiento en aquel por cuyas manos tantos dineros y limosnas habían pasado ya sin dejar pegársele lo más mínimo. Pronto el cabildo de Valencia notó la pobreza del arzobispo; y como sabían provenía de su despego y de no mendigar, sonsacar o aceptar regalos que en propio provecho redundasen, resolvió socorrerle con una determinada cantidad para ayuda de gastos en amueblar el palacio arzobispal, si no para lujo y ostentación, sí al menos para dotarle de lo más indispensable que exigía la dignidad del arzobispo y el recibimiento y trato de los que llegaran a visitarle. Con toda cortesía y afabilidad recibió a los emisarios portadores de la cantidad de cuatro mil escudos, y con toda amabilidad les expresó su agradecimiento, así por el obsequio como por la voluntad que le manifestaban: aquello permanecería siempre en su memoria. Pero quería saber si aquel donativo tenía un destino determinado o quedaba a la libre disposición del socorrido; respondiéronle afirmativamente a esto último, pues que no podía ser otra la voluntad del cabildo ni podían ni debían entrometerse en coartar la libertad de su superior. La contestación y resolución del santo, lejos de ofender o molestar a los señores del cabildo, aunque parece contradecía las intenciones de los donantes, les dejó muy edificados por ver los sentimientos de caridad y compasión de que procedía: «Pues entréguense al Hospital General de esta ciudad esos cuatro mil escudos, para que con este socorro pueda repararse el grave daño que ha padecido estos días con el incendio». Principio digno de un arzobispado, pues tenía lugar esta escena a los pocos días de haber tomado posesión de su diócesis.

Podríase presumir que, aunque con tales arrestos comenzaba su oficio, las consideraciones y miramientos jugaran su papel e hicieran mella en su ánimo para atemperar ese rigor excesivo; era el único móvil que podía inducirle a hacer mudanza en sus costumbres, pues pensar que los honores y elevaciones podían cambiarle llevándole a hacer vana estimación de su persona o a tratarse con más comodidades o molicie, sería no conocer el espíritu de fray Tomás y no darse cuenta de cuán arraigado se hallaba en la verdadera virtud y convencimiento de la sujeción del cuerpo al espíritu y de éste a Dios. Cuando se llega a ciertas alturas en la perfección y a determinadas profundidades en el conocimiento propio y del mundo, no sacan fácilmente de quicio el encumbramiento de los empleos ni pueden obtener éxito las solicitaciones de la comodidad o

bienestar. El hábito religioso, las ropas interiores, el ajuar de su casa, la comida que en ella se estilaba, su cama, etcétera, fueron de por vida la confirmación y continuación de la austeridad que había usado siempre en el claustro.

COSIDOS Y REMIENDOS.—Con el hábito que llevó del convento continuó de arzobispo; y no era nuevo ni de materia preciosa ni hecho expresamente para esa dignidad; omitimos comentarios; ni se avergonzó jamás de llevarlo cosido y aun remendado si lo pedía la necesidad; antes de hacerse otro nuevo, consideraba muy detenidamente si era la necesidad o más bien el gusto lo que le movía a ello, sin que, por supuesto, llegara a andar sucio o andrajoso, lo cual repugnaba así a sus sentimientos personales como al trato y respeto que había de guardar a los demás. Y así sólo dos hábitos nuevos nos dicen se hizo hacer en los once años que duró en su oficio, y ellos de la materia más ordinaria y corriente, pues no podía consentir el más insignificante gasto superfluo en su persona, él que lo consideraba como un robo hecho en los bienes de los pobres, por cuyo administrador se tenía; a lo cual únicamente se debe el que fuera tan parco y tan mirado en todo lo que se refería a la economía y ahorro. Y si esto hacía en lo que podía llamar la atención o ser objeto de censura, aunque tan por encima de ella estaba cuando no tuviera un fundamento sólido, ¿cómo hemos de pensar se conduciría con respecto a sus ropas interiores, cuántos cosidos y recosidos, cuántos arreglos y remiendos? Con el agravante de que mientras por sí mismo pudiera, no acudía a personas extrañas para estos menesteres. El siguiente dato vale por todo un libro y nos ahorra prolijos relatos [41]: «Acaeció una vez que, no habiendo bien cerrado el aposentillo donde se retiraba cuando quería remendarse algo, un canónigo que le trataba familiarmente vino a su casa para hablarle, y preguntando dónde estaba el señor arzobispo, dijéronle que en aquel aposentillo. El, con la mucha familiaridad y llaneza que usaba con él este bendito prelado, sin aguardar le avisasen, fuese aprisa al aposentillo, y como no estaba bien cerrado, sin llamar ni decir palabra se entró, y hallóle que estaba remendando sus calzas, de lo que le pesó mucho a este siervo de Dios. Espantado aquel canónigo de ver tal cosa y pareciéndole indigna de un arzobispo, dijo: «Jesús, señor, ¿y eso ha de hacer vuestra señoría, cosa que por un real la remendará cualquier oficial? En verdad, señor, que no lo he de permitir»; y diciendo esto, quería quitarle aquella calza que remendaba de las manos. Detúvole el buen prelado, y dijo: «No tiene razón; porque, aunque

[41] P. SALÓN, l. 2, c. 3.

me han hecho arzobispo, no dejo de ser religioso; he profesado pobreza y me huelgo hacer de cuando en cuando lo que hacen los frailes pobres. Y a esto que dice vuestra merced que con un real se pueden remendar estas calzas, digo que con este real puede comer mañana un pobre; lo que me hará merced es que nadie entienda esto por amor de mí».

PAREDES LIMPIAS.—Era, en general, mirada con respeto y edificación esta pobreza del santo, que se extendía, como es natural, al moblaje de su palacio: nada había en él superfluo, y menos algo que pudiera denotar lujo; todo era escaso y de lo más pobre; no había que pensar asomasen sedas, tapices, etc., entre sus muebles; si en el salón de recibir se permitía alguna excepción, tampoco excedía la valía de lo mediano. Pero como cada cual tenemos particular criterio, no les pareció a algunos canónigos congruente con la dignidad y autoridad que debía a su oficio tal pobreza y sencillez. Pusiéronle delante las razones que les movían; pero tales fueron también las que les contestó el santo, agradeciéndoles su interés y justificando a la vez su propio proceder, que se quedaron satisfechos y convencidos. Insistieron únicamente con él, y consiguieron que usara de raso cierto bonetillo que solía llevar en verano. Lo cual le sirvió como argumento de donaire, pues mirando al tal bonetillo decía con galano gracejo: «Veis ahí mi arzobispado».

NOSTALGIA DE MESA Y AUSTERIDAD CONVENTUAL.—¿Qué diremos de la sobriedad de su mesa? Quizá juzgando humanamente tuviera motivo para levantar aquí la mano en la austeridad religiosa, ya que no era él el único comensal: su confesor, su vicario, visitadores solían comer con él, y parecía justo no someterles a la parquedad conventual. Tal es el influjo de la verdadera virtud y santidad: aunque se levantaran de la mesa con apetito y con hambre si a mano viene, jamás se quejaban de la escasez, viendo y palpando y comunicando el ejemplo acabado de templanza que los estimulaba, y sintiendo su espíritu y sus ánimos más confortados aún con el detrimento de los estómagos. El menú no excedía ni variaba notablemente del que él había conocido y practicado en los conventos de su provincia de Castilla; algún principio, si acaso, y algún extraordinario en las solemnidades especiales solían ser el tributo que pagaba en atención a sus comensales. El se había identificado con la vida religiosa, y no quería negarle a Dios las consecuencias de la austeridad con que se había abrazado; conservaba aún siendo arzobispo, a más de los ayunos de la Iglesia, los que siempre guardó en la Orden y otros más

que su devoción le inspiraba, llegando muchos días a ayunar a pan y agua, para lo cual se daba muy buena maña a fin de que nadie se percatara de ello, si no era un familiar de quien él se fiaba mucho.

Fué éste también quien estuvo en el secreto de su mortificación hasta en el dormir. No hará falta insinuar siquiera cómo practicaba la pobreza en su aposento y su cama; era ésta de lo más basto y ordinario, tanto en la materia cuanto en los adornos; cama que en modo alguno parecía digna de un arzobispo. Pero lo más admirable es que no la tenía sino para disimulo de su lecho ordinario, que estaba hecho de sarmientos y colocado entre la cama y la pared, muy bien disimulado, y que con dificultad logró descubrir su familiar, pues el Santo, con gran arte, después de dormir, o mejor, de mortificarse, en el lecho de sarmientos, descomponía y deshacía la cama a fin de que ni el mismo familiar cayera en la cuenta de su mortificación.

Realmente no sabemos qué admirar más, si este domar y macerar la carne o la resistencia de la naturaleza a tantos sacrificios, ocupaciones, cuidados, disgustos, etc., que le ofrecía el arzobispado. Cierto que todo ello junto iba haciendo su obra, y llegó a resentirse la salud del arzobispo, viéndose obligado por los dictámenes de la ciencia a mitigar un tanto estos rigores, concediéndole al cuerpo alguna relajación de las estrecheces; pero fué por bien poco tiempo, pues viéndose sano y pareciéndole que era mucho condescender, tornó pronto a su acostumbrado rigor. Tampoco aquí podemos detallar los extremos a que llegaba el Santo en las privaciones para mortificar la carne y sus apetitos y tener más propicio al Señor. Más adelante veremos palpablemente los frutos que estas austeridades le reportaban.

PASTOR INFATIGABLE. SI TU OJO ESTÁ LIMPIO...—Aquel humilde fraile de San Agustín de Valladolid caminaba caballero en una mula a través de los interminables caminos de Castilla; a los pocos días hacía su entrada en la diócesis, caballero también en otra mula, entre las aclamaciones de los nuevos feligreses. ¿Qué experiencia tenía aquel cenobita, lejos siempre del trato de las gentes, encerrado en las cuatro paredes de su convento, cómo podía conocer los múltiples y espinosos problemas de una extensa archidiócesis? ¿Qué arte se daría para salir al encuentro de los entuertos que habría que enderezar? Humanamente hablando y teniendo presentes sólo las apariencias, casi podíamos anticiparle un inevitable fracaso; aun hoy que las costumbres y relaciones sociales de los religiosos tanto han cambiado, se oye decir a veces que no puede un religioso cumplir bien las funciones de un obispo, que no sabe de trato de gentes e ignora los problemas de gobierno; en una palabra, bien

se está San Pedro en Roma y el fraile en su convento. Bien que a veces también se nota claramente los sentimientos poco nobles y quizá inconfesables que motivan semejantes conceptos.

El P. Tomás de Villanueva no había entrado en Religión con los ojos cerrados; había ya visto mundo, era de ingenio privilegiado, había sido objeto de los halagos del aplauso, los atractivos del mundo se le habían ofrecido tentadores, mas su talento le mantuvo inmune de todos los escollos. Pero, sobre todo, era religioso de verdad, fundamento el más sólido para lanzarse con éxito a las más audaces empresas; cuando no hay por delante intereses creados, cuando las miras egoístas no bastardean los nobles empeños y, cuando, por otra parte, es la obediencia, que lleva siempre las bendiciones de lo alto, el móvil que impulsa nuestras obras y el eje en torno al cual giran, auguramos aún en este veleidoso mundo la seguridad del triunfo. Y éstos eran los únicos arreos de que iba investido a su diócesis el humilde hijo del convento de San Agustín. Juntando a todo ello un olvido total de sí mismo, un ver solo por delante la salud de tantas almas a él encomendadas y que pesaban con responsabilidad tremenda sobre las que él juzgaba endebles espaldas suyas. ¿Qué trabajos podía escatimar ni qué sacrificios ahorrarse que pudieran cooperar a llevar a feliz término semejante tarea? Muerto a sí mismo en la práctica y ejercicio de la vida religiosa y enardecido por la salvación de las almas, sobre todo ahora que la sentía pendiente de sí, sólo la prudencia podía poner límites al desbordamiento incontenible de sus energías espirituales y aun corporales.

UNA JIRA PENOSA.—Y como para remediar faltas y abusos es preciso conocerlos de antemano, fué la primera preocupación del Santo girar una visita a su archidiócesis para conocer a sus fieles, ponerse en contacto con ellos y tomar el pulso al estado en que se encontraban. Triste realidad la que comprobó en esta jira pastoral; comenzó por las iglesias de la ciudad, y no dejó pueblo alguno sin visitar: que todas las ovejas le habían sido igualmente confiadas y de todas tenía que responder ante el tribunal de Cristo. Todos los historiadores manifiestan el estado deplorable de la Iglesia de Valencia: privada largo tiempo de la presencia corporal de su guía y pastor, los vicios se habían señoreado de las conciencias, y las costumbres se resentían de una vorágine de sensualidad. Y lo peor y más lamentable era que ni los clérigos mismos se habían mantenido inmunes de la contaminación, antes al contrario, marchaban a la cabeza, sirviendo con sus escándalos de

amortiguador de las conciencias encallecidas de los fieles.

Se comprenden fácilmente las reacciones de aquel alma inmaculada ante tamaña devastación, y la repugnancia que le causaría un tal desbordamiento de libertinaje. Y comienzan desde los primeros momentos las dificultades. ¡Cuán difícilmente se allana a enmendar sus pasos el que por luengos años se halla aferrado al vicio! Es verdad que la mansedumbre personificada del Santo abre brecha en las almas y que su caridad acrisolada consigue infiltrarse en los corazones endurecidos: no le salen al paso enemigos declarados, no se le oponen obstinaciones manifiestas. La prudente energía, la amenaza de privación de beneficios o de acudir a sanciones aun materiales consiguen también su fruto. La generosidad sin límites, su disposición de perdonar y dar al olvido todo lo pasado, es un recurso que siempre dió al Santo resultados espléndidos. Todo ello contribuyó poderosamente a que en los pueblos se operase una reforma saludable de las costumbres: se extinguieron o apaciguaron implacables odios y discordias, se remediaron pecados públicos y privados, experimentaron muchos tristes y afligidos el lenitivo del consuelo que necesitaban, todos se sentían renovados por la caricia de un aura benéfica, y por todas partes se notaba el paso de un aire saludable que purificaba el mefítico ambiente.

A CARA DESCUBIERTA.—Consecuencia de este conocimiento inmediato del estado de su diócesis y del urgente remedio que apremiaba, fué la convocación de un sínodo diocesano: no se consideraba él con fuerzas suficientes para dar cima a la gigantesca empresa de reformar la diócesis. Y así quiso enterarse más detenidamente y solicitar el dictamen de los demás para asesorarse en tan difícil cometido. Con la impresión favorable que todos habían recibido y con la fama de su santidad que se había corrido y confirmado, acudieron todos a su llamamiento con la mejor voluntad y dispuestos a secundar tan laudables propósitos. Interrogó con toda libertad y minuciosidad, como quien tanto deseaba el bien de sus súbditos y la reforma de las costumbres; escuchó paciente y diligentemente cuantas observaciones le hicieron; tomó nota de cuanto le pareció digno de ella. A esto añadió el fruto de sus laboriosas y caritativas investigaciones durante su visita pastoral. Resultado de todo ello fueron las Constituciones sinodales que, aprobadas por el sínodo, mandó publicar, y que fueron recibidas con satisfacción por el público en general, ya que siempre la corrupción, aunque halague las pasiones, experimenta el reproche de la honradez y limpieza de sentimientos, que son patrimonio del cristiano; y así por la prudencia con que fueron escritas como por el celo de la

salud de las almas que las animaba, fueron diligentemente guardadas y veneradas por los sucesores del Santo en la sede valentina.

APELACIÓN AL JUICIO DE DIOS.—No obstante, hubo alguna nota discordante. El abandono de la diócesis había dado lugar a muchos abusos profundamente arraigados, principalmente en los eclesiásticos, algunos de los cuales no podían avenirse con aquel rigor que les impedía continuar su vida de pecado y de escándalo. Y como el mal ejemplo siempre prevalece sobre el bueno y como los malos son siempre más osados y descarados que los buenos, aunque aquéllos eran una minoría, lograron atraerse o imponerse a la mayoría cuerda y bien dispuesta. Resultado de lo cual fué una embajada que le enviaron al Santo, protestando de sus intentos de reforma y de atropellar los derechos de los capitulares, que por privilegios y concesiones de la Santa Sede se hallaban exentos de la jurisdicción del ordinario, y, por tanto, que apelaban a aquélla de los mandatos de éste, negándose a obedecerlos. El tono de la protesta, la manera desatentada de los emisarios, sus palabras y gestos descompuestos, su abierta desconsideración y rebeldía, chocaron con la serenidad inmutable del arzobispo y con aquel soberano dominio que sobre todos sus actos ejercía; y bien necesitó de entrambos para soportar el alboroto levantisco con que irrumpieron aquéllos en su presencia. Pero supo imponerse, y, viendo que se mantenían irreductibles, con digna y equilibrada energía les increpó, sin descomponerse en lo más mínimo, con palabras proféticas: «¿Que no soy su juez? Pues serálo Dios; y ¿que no consienten el sínodo y apelan al Papa? Pues yo apelo a Dios del cielo (y vuelto a los canónigos añadió), que sabe y ve la necesidad que hay en vosotros de reformaros y remediar la perdición de vuestras almas, y el grande escándalo y daño que causáis en esta ciudad con vuestro mal ejemplo, y sabe y ve que todo cuanto se ha ordenado en el sínodo es justo y debido, y que yo no pretendo en todo ello más que su servicio y el bien de las almas que me ha encomendado y cumplir con mi conciencia y con la obligación de mi oficio, y confío en su gran bondad y justicia y que El lo remediará. Id enhorabuena, y apelad cuanto quisiéredes de mi jurisdicción y juicio, que no escaparéis del de Dios».

Ni del de los hombres, añadiríamos nosotros. Una pública afrenta y humillación del cabildo hizo a éste entrar en razón. Uno de sus miembros dió de puñaladas al secretario del gobernador, y éste, sin respeto a que era canónigo y subdiácono, lo prendió y llevó públicamente a la cárcel. Reunido el capítulo, acordaron enviar a suplicar al arzobispo saliera por ellos y defendiera su inmunidad. Pero

con gran mansedumbre y serenidad les respondió que, puesto que no eran súbditos suyos ni estaban sujetos a su jurisdicción, no podía proceder. En vista de que la situación empeoraba y de que el preso corría peligro de ser muerto, se vieron en la precisión de acudir humildes ante su pastor, reconociendo su culpa, renunciando a sus privilegios y poniéndose a su disposición. Entra entonces en escena la actividad del pastor celosísimo de su rebaño: se dirige al gobernador, conminándole con censuras si en el término de tres horas no le entregaba el preso que contra la inmunidad eclesiástica retenía; continuó con la excomunión para él y sus ministros, con la publicación en los púlpitos de las penas, que se iban aumentando hasta llegar a la *cessatio a divinis* en todas las iglesias. En vista de los males que a la ciudad se seguían, intervino el virrey, poniéndole por delante la situación angustiosa, e incluso dejando asomar ciertas amenazas que, muy a su pesar, se vería obligado a llevar a cabo. Quien no conociera a fray Tomás de Villanueva pudiera pensar se dejaría intimidar con el cariz que tomaban los sucesos. Nada más lejos de su espíritu; no podemos extendernos en el relato de los incidentes de este duelo cuerpo a cuerpo. Una vez más se demostró el temple de estos paladines de la fe, que se han erguido intrépidos y valerosos contra los poderes que han pretendido avasallar los derechos de la Iglesia. Ante la firmeza del arzobispo, su entereza e inflexibilidad en lo que consideraba y era un atropello, hubo al fin de doblegarse la altiva cerviz del gobernador y someterse a las penas públicas que hubo de imponerle el arzobispo para reparar el escándalo y daños que al pueblo se le habían seguido. En su honor se ha de decir que, cual otro Teodosio, reconoció su culpa y con cristiana humildad recibió la penitencia que para repararla le dieron.

EN GUARDIA PERMANENTE.—De este modo terminó aquel suceso, que nos dibuja una estampa perfecta así del celo de las almas que consumía al gran prelado como del arranque y energía que se ocultaba bajo el humilde sayal del fraile agustino, y que las circunstancias le habían obligado a poner de manifiesto. La misma constancia y solicitud descubrió en todo su proceder desde que se hizo cargo del arzobispado. Maravilla asomarse al interior de su palacio y contemplarle en guardia permanente, dispuesto siempre a atender la más ligera fruslería del último de sus fieles; y causa verdadero asombro y profunda impresión la solicitud y desvelo con que se desvivía por informarse, con todos los medios a su alcance, de las vidas, pasos, necesidades, circunstancias todas, sobre todo de los sacerdotes y eclesiásticos, y qué cuenta tan detallada llevaba de las per-

sonas que era preciso corregir o enmendar, y con qué prudencia y sigilo tenía notado todo esto y procuraba llevarlo a cabo. ¿Quién se acercó a su puerta en busca de limosna, consejo o consuelo, que no fuese afablemente recibido y socorrido con largueza? ¿Quién jamás, sobre todo si era menesteroso, le encontró tan ocupado que no fuera de él recibido? Muy al contrario, tenía dada orden rigurosa que jamás rechazasen ni despidiesen a nadie, que recibiesen con toda dulzura y mansedumbre a todos, que nadie que por él preguntara pudiera sospechar siquiera que su presencia no era grata en palacio. A todos consideraba, no como prójimos o hermanos en Cristo, sino como hijos suyos, a quienes tenía muy en las entrañas, y era su mayor descanso y consuelo enjugar las lágrimas y endulzar las amarguras de cuantos acudían a él como a verdadero padre comun. Y segun referian el obispo Segrián y el maestro Porta [42], tan íntimos y familiares suyos, «sobre mesa, y a la noche y cuando estaban con este santo prelado, éstas eran sus pláticas ni trataba de otro, sino cómo remediaremos a fulano; id a consolar a zutano; a quién encomendaremos el trabajo de aquella pobre viuda para que defienda su pleito, y cosas semejantes, y esto sin cansarse jamás». *Ab ungue, leonem,* añadiríamos, y nos excusamos con ello de detenernos en la enumeración de los detalles que en tales insinuaciones sobradamente se dejan vislumbrar, y que son tan numerosos y se nos presentan con tal abrumadora realidad, que el espíritu se siente como sobrecogido, dudando si se encuentra ante un ser de carne y hueso o en presencia de un ángel, libre y exento de las miserias y ataduras corporales. Y protestamos que todo lo dicho no es ni significa un pálido reflejo de la realidad; repetimos que nuestra pluma es incapaz de trazar los rasgos que pueden definir y deslindar su personalidad, que es preciso rastrear en las extensas y pacientes relaciones de los biógrafos antiguos.

COTEJANDO.—Indiscutiblemente, los tiempos han cambiado, y las relaciones sociales han sufrido transformaciones básicas, y las atenciones de los prelados se han modificado y multiplicado sin medida. De otra manera, ¡qué presentimientos y conjeturas tan amargas y pesimistas habían de invadir y dominar las conciencias! Y ¡cómo podríamos imaginarnos que un obispo de estos tiempos nada tenía que ver con Fr. Tomás el de Valencia, o que no eran pastores del mismo Cristo! Si pretendiéramos comparar palacios con palacios, salas de espera con salas de espera, clases de visitantes con clases de visitantes, recibimientos

[42] P. SALÓN, l. 2, c. 13.

con recibimientos... ¡Qué triste panorama y qué duro contraste salta a primera vista! No somos nosotros ni pretendemos arrogarnos el papel de testigos y jueces calificados en la materia; constatamos hechos, y aunque tratemos de calibrar las circunstancias y dar a aquéllos una explicación conciliadora, hay algo que se agita allá en el fondo y quiere sobreponerse con negros colores. Y desde luego, como siempre, los resultados son los mejores intérpretes y exponentes de métodos y sistemas, que en último caso no pueden aspirar a ser más que encauzamientos o canalización de un auténtico amor de Cristo, que por necesidad ha de extravasarse en las almas para que sea verdadero.

DISCIPLINA, ORACIÓN Y RECUPERACIÓN DE ALMAS.—«Por otros caminos y medios los (se refiere a los eclesiásticos) habemos de procurar reducir». Recordamos las palabras que pronunció el siervo de Dios al ver los inmundos calabozos aparejados para los eclesiásticos que merecían algún grave castigo; y el epígrafe que acabamos de transcribir nos declara palpablemente los medios de que se sirvió para conseguir su fin. En aquellos tiempos de más fe (aunque las costumbres no se conformaran con ella), la autoridad de los superiores teóricamente y en la práctica se extendía mucho más que ahora y eran más frecuentes las penas y privaciones materiales. Como, por otra parte, la autoridad civil la favorecía y secundaba, veíase el prelado en condiciones fáciles y ventajosas para refrenar y reprimir los excesos de los clérigos y mantener al menos externamente el buen nombre de los mismos. Y aun con los seglares tenían entonces los prelados ciertas influencias materiales, pudiendo imponerles penas exteriores, a que tenían que sujetarse. No hace falta decir que tanto con los unos como con los otros se mostró el P. Tomás muy parco en el uso de estos remedios: sólo en casos desesperados, después de acudir a cuantos expedientes le sugería su celo de las almas; y aun entonces, ya se deja entender, no como sanción y represalia, sino más bien como preservativo para los demás, a fin de que sus desastradas vidas no sirvieran de tropiezo y piedra de escándalo.

Otras y muy distintas eran las trazas ordinarias de ganar las almas para Dios. Si, como dijo Cristo nuestro Redentor, la mayor prueba de amor a uno es dar hasta la vida por él, las repetidas muestras del P. Tomás nos pregonan muy alto cuál era el amor que tenía a sus ovejas y cómo se preocupaba de apacentarlas según el encargo que el mismo Cristo dió a los prelados en la persona de San Pedro, siendo ese amor ardoroso el que le espoleaba para no escatimar trabajos y sacrificios cuando se trataba de remediar las necesidades de sus fieles. Pero ya sabemos que es

muy difícil arrostrar trabajos y penalidades por alguien si de veras no se le compadece y se sufre con él, si no se consideran como propias las penas que al otro le aquejan. A este propósito nos traza el P. Salón una bella pincelada de Fr. Tomás de Villanueva: «Sentía tanto los trabajos, así espirituales como temporales, de sus súbditos, que, según afirman los que vivieron con él en su casa, muchas veces, cuando venía algún pobre a manifestarle su necesidad o alguna persona afligida a consolarse con él, eran más las lágrimas que este piadosísimo padre derramaba de sus ojos con el sentimiento y compasión que tenía del trabajo y necesidad de aquella persona que las que vertía la misma persona que la padecía». ¿Qué puerta podía permanecer cerrada ante semejante espectáculo o qué corazón no se ablandaría con una compasión tan sentida y manifiesta? Y esto era sólo lo que aparecía al exterior; el principio de que procedía, los sentimientos íntimos que lo impulsaban, sólo a Dios tenían por testigo, y a aquel crucifijo que tenía en su oratorio, ante cuyos pies se derribaba con tal ardor y lágrimas implorando el remedio de tantas miserias, que las noches se le deslizaban a veces sin darse cuenta, tomando este descanso para continuar la tarea al siguiente día. No podía ser: ni el indigente, ni el pecador, ni Dios mismo podían resistir esta entrega total a las almas y este fundirse con sus miserias y necesidades. Que ya sabemos cuán poderosa y omnipotente es ante el Señor la oración ferviente y confiada, y cómo su poder y omnipotencia se agiganta con la perfección a que ha llegado el alma que ora. Motivo que suele estimular eficacísimamente a las almas a subir infatigables la pendiente de la santidad, sí erizada de obstáculos, es verdad, pero fácilmente superables cuando hay arrestos y decisión y cuando en la cumbre se otea el ideal que las llena e irresistiblemente las fascina y arrastra.

Estaba la caridad del bendito P. Tomás bien fundamentada en el espíritu del Evangelio, condensado en aquella pletórica frase de San Agustín: «Aborreced con todas las fuerzas el pecado, pero amad con toda el alma al pecador: aquél es obra del hombre descarriado, y éste es obra de Dios». Y así era el ansia de salvar al alma lo que le acuciaba y lo único que contaba para él: las veía al borde del precipicio o, revolcándose en el fango cenagoso del pecado, lanzarse desbocadas a la perdición eterna, y, a trueque de arrebatárselas de las garras al lobo infernal, ni reparaba en obstáculos ni regateaba desvelos; lo que importaba era sacar aquel alma del báratro en que se hallaba sumergida.

Pero antes, una operación previa: de búsqueda, de exploración, llevada a cabo también con toda caridad y, por tanto, con total reserva y sigilo. No era necesario ser un lince para descubrir verdaderos escándalos; como ya hemos dicho, abundaban en demasía. De ahí las públicas amonestaciones, las encendidas invectivas y aun las amenazas de penas materiales; ya lo hemos insinuado, y no nos hemos de detener en ello. Había otros casos, si no tan públicos y escandalosos, no menos dañosos y lamentables. Sobre todo, queremos resaltar algunos no más relativos a los clérigos, que, como parte la más escogida y más principal, era también objeto especialísimo de la vigilancia y celo pastoral del arzobispo; a más, claro está, de la influencia que su vida y ejemplo ejercen en el común de los fieles. ¡Cómo procuraba el Santo guardar la honra y fama de los descarriados! Aunque fueran públicos pecadores y de todos conocidos, los llamaba con todo secreto para que nadie se enterase, buscaba cualquier disculpa para hacer llegar a su presencia a los acusados; si era necesario, apuntaba los datos indispensables en un registro especial, tan secreto, que poco antes de morir lo hizo quemar, sin que quedaran rastros de las culpas o de los culpados. ¡Cuántos secretos desaparecieron en aquellas listas empapadas de caridad cristiana! Si llegaba el caso de tener que traerle algún clérigo custodiado por los agentes de la autoridad, como se estilaba mucho en aquellos tiempos, ordenaba que vinieran bastante separados del reo, a fin de que nadie se apercibiera de que venía conducido.

¿Qué corazón podía resistir las agudas saetas de sus palabras, encendidas de amor a Cristo y a aquel alma extraviada? El espectáculo se repetía con frecuencia. Encerrado en su oratorio con el reo convicto o confeso, se renovaba casi con idénticos incidentes la escena: unas reflexiones tan sentidas, consideraciones tan oportunas, exhortaciones tan devotas, palabras tan entrañables, afectos tan sinceramente dolidos, lágrimas tan del fondo del corazón, acusaciones y recriminaciones contra sí mismo por no saber gobernar su grey, una explosión tal de tiernos y dolorosos sentimientos, que más parecía él el acusado y el reo que el juez y el acusador; y a todo esto, se volvía con tal devoción al crucifijo y le hablaba con tal ternura y sinceridad, pidiendo perdón y tratando de disculpar a la oveja perdida que ante sí tenía, que los más encenagados en sus vicios sentían conmovérseles las entrañas, pedíanle perdón con verdadero arrepentimiento y salían totalmente trocados y mudados en sus pensamientos y en sus afectos y dispuestos a emprender con todas veras su vida sacerdotal. No era posible, confesaban muchos: aunque no fuera por verdadero dolor de los pecados, ni por temor del infierno,

ni por amor de Dios, bastaba con ver a su devoto siervo transformado en alas del amor, bastaba ver aquellos sentimientos tan íntimos y generosos, para apartar del camino de perdición al más empedernido; y por no volverse a ver en su presencia y sentir sobre sí aquel torrente de amenazas, compasión y afecto todo junto, se formaban los propósitos más firmes y heroicos.

Es verdad que es un abismo sin fondo el corazón del hombre, y no sabemos hasta dónde puede llegar su obstinación y pertinacia. Clérigos hubo tan encadenados a su costumbre y tan desconsiderados con su prelado, que sus palabras, recriminaciones, afectos y súplicas rebotaban con violencia en sus corazones de piedra. Un nuevo cuadro de patetismo realista se desarrollaba entre las amonestaciones y quejas más amargas: iba, a la vez que exhortaba y corregía al clérigo, desnudándose las espaldas, y con unas disciplinas que tenía dispuestas, comenzaba a flagelarse con tal crueldad y sentimiento, mezclando tiernísimas súplicas al crucifijo, que los cardenales le duraban mucho tiempo y la sangre salpicaba los vestidos; y todo culpándose a sí mismo de que aquella oveja no volviera al buen camino, de que él no sabía ser el buen pastor. No era una afectada representación para conmover; era la realidad que su humildad le presentaba. Ante semejante revulsivo no había entrañas que se cerrasen obstinadas; el dolor de los despiadados latigazos y la sangre brotada de las inocentes espaldas era el momento más eficaz para ablandar aquella dureza y el preservativo más seguro contra ulteriores caídas.

Dolíale también, a par del alma, la pobreza de algunos clérigos, que quizá impulsados por ella se dejaban a veces arrastrar de sus vicios. ¡Con qué secreto y generosidad procuraba entonces remediar de su dinero aquella penuria! Aunque en modo alguno tuviera él la culpa, se acusaba a sí mismo de que por su falta había caído aquel sacerdote; y ya desde entonces era uno más que entraba a la participación de las rentas y bienes del arzobispo. ¿Cómo él, que no perdonaba a su misma carne, se iba a mostrar mezquino de aquellos bienes cuyo administrador se consideraba? ¡Qué bien resume el P. Salón [43] como la quintaesencia de los numerosos, edificantes y emotivos ejemplos que cita! «Para sacar eclesiásticos de pecado, si era necesario gastar de su dinero, lo gastaba con mucha voluntad; si buscar artificios y trazas, él las buscaba y hallaba; y si derramar su sangre, la derramaba».

Una pregunta se nos ocurre al llegar aquí: ¿Era la sangre de aquellas disciplinas el precio del rescate de tantas

[43] L. 2, c. 3.

almas como redujo al buen camino? Indudablemente que tiene un gran valor y aceptación ante los ojos del Señor y es un argumento muy sensible para los de los hombres. Pero sabemos también que no es el sacrificio del cuerpo lo principal que busca Dios, y que aquél no tendría sentido si no fuera por el espíritu que le informa. Por eso, aunque tan convincente para nuestra imaginación, no era él el elemento fundamental y decisivo en la reconquista de aquellas almas. Aquellas largas horas pasadas en su oratorio, horas que se prolongaban a veces hasta muy entrada la noche, y, si el caso lo requería, hasta la mañana; aquella su oración constante, aquel su encomendar a Dios de una manera especial todos los asuntos de interés, aquel retirarse constantemente, en cuanto las atenciones le dejaban libre, al oratorio; aquel desconfiar de sí mismo y de sus medios y fiarlo todo a la oración y a la gracia de Dios: aquí tenemos el resorte que mueve su vida y comienza y acaba por transformar los corazones tanto tiempo y tan hondamente apartados de Dios. Ha sido siempre la oración el recurso principal de la Iglesia, adoctrinada por su Fundador y Maestro. Mucho confía y procura conseguir con los medios externos y la actividad de la vida apostólica; pero sabemos también con qué mimo cuida y que confianza tan ilimitada tiene depositada en esas falanges de religiosos y religiosas que entre cuatro paredes llevan una vida ociosa y baldía a los ojos del mundo, pero tan apreciada y eficaz a los del Señor y a la faz de la Iglesia.

La oración fué el arma que con más fe esgrimía el Padre Tomás, y la que le granjeaba aquellas maravillosas conversiones, las de aquellos clérigos sobre todo tan endurecidos en sus pecados, y que, sin embargo, rompían con ánimo varonil aquellas amarras, substrayéndose a su ominosa coyunda para no tornar a tan despiadada tiranía. Cuando había aplicado todos los medios y no surtían efecto las entrañables consideraciones ni las intimaciones más tremendas, aplazaba la causa para el día siguiente: y mientras, en el silencio y soledad de la noche o en el afanoso trajinar de sus tareas, negociaba él con lágrimas y gemidos la vuelta de aquel alma descarriada o la solución del intrincado problema. Como muy íntimos y allegados a El, ¡qué bien conocen los siervos de Dios cuál es su flaco y adónde han de dirigir sus giros para no errar el blanco! Y ¡cuántas grandes y beneméritas empresas, con el aval del propio desinterés, fracasan ruidosamente por estar únicamente apoyadas en recursos humanos! Se olvidaron sus protagonistas de la lección del Salmo [44]: *Si el Señor no es el que edifica la casa, en vano se fatigan los que la fabri-*

[44] Ps. 126,1.

can; y experimentaron la amarga decepción de ver desmoronarse los frutos de los ensueños que con verdadera generosidad habían acariciado.

«EL LIMOSNERO». ANDRAJOS Y SIMPATÍA.—*Desde la infancia creció conmigo la misericordia, habiendo salido conmigo del vientre de mi madre* [45]. Imagen cabal son esas palabras del santo Job de lo que había de ser la vida del gran «Limosnero», cuyo título alcanzó justamente el santo arzobispo de Valencia. Cabal y perfecto le hemos visto en los diferentes estados del decurso de su vida: en su infancia, en sus estudios, como religioso, superior, arzobispo... Y, sin embargo, el título de limosnero mereció la palma de la celebridad que ha resonado por el mundo entero: casi todas sus estampas suelen representárnoslo rodeado de pobres, míseros y andrajosos, y con una bolsa en la mano, de que va repartiendo la limosna que remedie esas miserias. Pero, como veremos más adelante, no fué sólo la materialidad de la limosna, con ser ésta tan exorbitante aun para sus pingües rentas, lo que le granjeó la estimación general y la fama universal: era el afecto y entrañas de conmiseración que sentía por todos los menesterosos, el interés que se tomaba por descubrirlos y la complacencia y alegría que experimentaba en socorrerlos. Extremos todos éstos que exigirían inacabables relaciones cada uno de por sí para mostrarnos muy a la ligera la caridad de aquel corazón tan desprendido de sí mismo como de todo lo suyo, e interesado, en cambio, por cuanto pudiera significar el remedio de cualquier necesidad del prójimo. Ni hace falta decir que en las limosnas materiales y en el alivio de esas lacerias jamás perdía de vista el mejoramiento del espíritu, sirviéndose incluso a veces de la limosna como de instrumento y motivo para atraer a buen camino a los que estaban en pecado, y ya hemos visto cómo le dolía el que por falta de recursos materiales se viera alguien en la necesidad de seguir amarrado al vicio; pero ni condicionaba la limosna a la averiguación de una vida más o menos cristiana ni hizo jamás distinciones entre los que acudían a su palacio a recibir el cotidiano sustento. Vió siempre en el pobre al necesitado y emisario o representante de Cristo, que por su medio quería probar y ejercitar al que tenía con qué socorrer a sus miembros, y en sí mismo, desde que fué arzobispo, no veía más que un depositario o administrador de los tesoros de los pobres. ¿Para qué le habían hecho arzobispo sino para echar sobre sí la responsabilidad de tantas almas y, constituyéndose en su padre y pastor, apacentarlas amorosamente y guiarlas al cielo?

[45] Iob 31,18.

¿No era ése el objetivo principal y único del prelado? Claro se está entonces que todo lo demás es consecuencia de ese cargo, o mejor, carga espiritual, y como adminículo para ayudar a soportarla y a sacarla adelante. Ahora bien, a la luz de estos principios tan sencillos y evidentes, ¿qué diríamos del que ambicionara un obispado o lo aceptara para vivir holgadamente a su sombra y lucrarse de sus rentas, aprovechándose de ellas y engrosando así sus intereses? ¿Es acaso finalidad de aquéllas la comodidad y ostentación del prelado o el refuerzo colaborador en su obra espiritual? ¿No hay pobres en la diócesis necesitados de esos sobrantes que con tranquilidad de conciencia pasan al peculio personal? ¿No pesarán algún día con tremenda responsabilidad sobre los lujos o atesoramientos estériles las inmundas covachas madrigueras de seres humanos, las penalidades reflejadas en rostros famélicos, los escalofriantes rigores cebándose en carnes desnudas y estómagos vacíos, las enfermedades horripilantes haciendo presa y consumiendo despiadadamente cuerpos anémicos y macilentos?

¿CÚYAS ERAN SUS RENTAS?—No era ése el concepto que Tomás de Villanueva tenía del destino de los bienes de su arzobispado. Es en gran manera notable el detalle de que, aun en el socorro de las necesidades de algún pariente pobre que se llegaba a Valencia para pedirle algo, se mostrase asaz remiso y escrupuloso y procediese con gran parsimonia en el remedio de esa necesidad, alegando que los bienes de la mitra eran, sí, para los pobres, pero para los pobres de su diocesis, y que para los de sus parientes, la de Toledo tendría también sus rentas con que remediarlos. Si tal se mostraba con esos pobres que no eran de su diócesis, aunque parientes y allegados suyos, ¿qué opinión tendría de su enriquecimiento personal, del guardar y atesorar en sus arcas para tenerlo ahí archivado o para futuras contingencias? Una frase o confesión suya nos ahorra prolijos comentarios y nos lo retrata de cuerpo entero: «Si me hallareis, señores, al tiempo de mi muerte un real, tened mi alma por perdida, y no me enterréis en sagrado». ¿Qué puede sorprendernos esa expresión, si aun de los clérigos decía que tenía por tan perdido al que atesora las haciendas de la Iglesia y no las reparte con los pobres como al que muere amancebado? Su muerte fué una rotunda confirmación de esa expresión; grandes fueron las angustias que acongojaron su alma en esos momentos hasta saber que estaban repartidos entre los pobres los últimos dineros que quedaban en el palacio arzobispal; hasta la cama en que murió era ajena, pues que la había dado de limosna poco antes de fallecer.

EL DESPILFARRO DE LOS SANTOS.—Ya hemos dicho que no había distingos en las limosnas de Fr. Tomás de Villanueva; era universal su caridad, como universal es la penuria que ha de remediarse: mendigos de la calle, pobres vergonzantes, caballeros necesitados, señoras principales, eclesiásticos, cada uno en su esfera es un menesteroso, y cada uno necesita la limosna acomodada a su rango y posición; es el complemento de la misma saber proporcionarla en las circunstancias precisas. Todo ello fué objeto principal de las cavilaciones del P. Tomás desde los primeros momentos de su arzobispado. La narración detallada de los casos, circunstancias, industrias, métodos, afectos y ternuras que empleaba para cumplir sus anhelos y socorrer tanta miseria, teje en torno a sus sienes la brillante aureola que a través de los siglos enaltece la figura prócer del gran arzobispo de Valencia, conocido con el sobrenombre de *Eleemosynarius*, «el Limosnero».

Ya es un hecho que de por sí había muy alto el destino global de las rentas del arzobispado: cuando tomó posesión de él disponía de 16.000 ducados, de los cuales gastaba en su casa, familiares, abogados, etc., los 3.000, yendo los 13.000 restantes a parar a manos de los pobres; subieron luego a 20.000, y las limosnas a 17.000, y cuando por fin fueron de 28.000, los 25.000 quedaron para los pobres; de tal suerte que nunca en su casa subieron los gastos, sino que todo se empleaba en mejorar o aumentar los socorros a los desvalidos o necesitados, llevándolo todo tan reglamentado y ordenado, que nada quedase en su poder de un año para otro, porque lo tuviera, como él decía, por sacrilegio. Realmente sería para levantar ronchas y escozores aheleantes el parangón de semejante conducta con el destino que se da a otras rentas o beneficios.

Entrados ya a describir en particular la distribución de esas riquezas y el modo de realizarla, siéntese aún más sobrecogido el espíritu en presencia de esa alma gigante; que como en las injurias y ofensas no son frecuentemente las palabras las que ofenden, sino el cáustico retintín con que se pronuncian, no es, por lo común, la cuantía material lo que más contenta al pobre; y a veces observamos con qué ofendido despecho la rechaza, en respuesta a la soberbia altanería con que se la larga el rico. No era Tomás de Villanueva de los que alargan la mano y vuelven el rostro o de los que se descargan haciendo la limosna por medio de sus criados; le hemos visto en su niñez socorrer por su mano al pobre, no desdeñarle de su compañía. Las ocupaciones de su cargo no le permitían ahora dar rienda suelta a las efusiones comunicativas de su corazón ni atender personalmente al socorro de los necesitados; pero con solicitud y vigilancia especial estaba en todos los pormenores, porque pesaba como una losa sobre su conciencia la providencia de todos aquellos que le tenían a él como único padre y cuyo deudor se consideraba.

DEJARSE ENGAÑAR.—Era el palacio episcopal la cocina de caridad de los pobres mendicantes que andan de puerta en puerta. Se juntaban a veces quinientos a comer: orden rigurosa de que nadie fuese despedido sin su ración correspondiente. Para ello, por su orden se hacía todos los días una olla de carne o pescado, y a todo el que llegase desde las diez en adelante había de dársele un pan, una escudilla de ese potaje, una cantidad de dinero y su ración de vino; y si había algunos con enfermedad o accidente, se le doblaba el dinero y dábasele además su pitanza de carne. Y no gozaba poco el Santo con el espectáculo de las caras de pascua que ponían ante el confortable y cotidiano condumio. Ni fué en su mano corregir severa, aunque cariñosamente, a un oficial que reprendía con aspereza a uno de los pobres que, burlando la vigilancia, pretendió ponerse de nuevo a la cola para recibir ración doble. «No os pongáis más—le dijo—en estas disputas, dejaos engañar de ellos, porque ese pobre que pensáis vos que os engaña puede ser algún ángel del cielo que viene a provocar vuestra caridad y paciencia». Tampoco estorbaba esa caridad los reproches que podían hacerle, y que de hecho le hicieron, de que semejante prodigalidad fomentaría la holgazanería, acudiendo muchos sin tener verdadera necesidad; para vigilar ese entuerto estaban las autoridades; a su cargo, en cambio, estaba remediar a los necesitados que a su puerta acudían, y más valía que los pobres le engañaran ahorrándose las otras limosnas que, so pretexto de prudencia, engañar él a los pobres, resfriándose la caridad y acortando la largueza de la divina providencia.

TIRAR LA PIEDRA Y ESCONDER LA MANO.—Hay otra clase de pobres que no pueden acudir al palacio; aún hoy vemos comedores de vergonzantes: caídos por los azares de la fortuna o de su desgarro de la encumbrada o distinguida posición, les causa un natural sonrojo reunirse con los pobres profesionales. Cuidado especial llevaba de éstos y socorríales con entrañas de compasión por sí mismo y por su limosnero. Para ello le daba, si era preciso, más de lo ordinario, a fin de que pudiese atenderlos cuidadosamente; y por su parte tenía apunte particular de los que había en cada parroquia y señalaba día de la semana a cada una para que acudiesen los feligreses de ella, de tal suerte que pudiesen todos cada determinado tiempo recibir lo que bastara a sus necesidades. Pero era, además, notable la maña

que se daba para que nadie se enterse y pudieran acudir con entera confianza sin delatar su situación; que a esto, como decíamos antes, alcanzaba y se extendía la caridad y miramientos de Fr. Tomás. Más aún, se enteraba de las habilidades e industrias de que disponían, y cuando las circunstancias lo aconsejaban se preocupaba de proporcionar empleo u ocupación, de suministrar utensilios para el trabajo, de ayudar a montar un taller; en una palabra, de dar ocupación digna a los tales para que honradamente pudieran ganarse la vida para sí y sus familias sin tener que estar a merced de problemáticos socorros. Y nunca mezquino en el alivio de las necesidades, se alargaba siempre en el dinero que los beneficiados creían bastante para salir adelante con su nuevo trabajo; ingenio de la verdadera caridad, a fin de que jamás se acobardase si otra vez tenían necesidad de tornar a pedirle más, cosa que siempre encargaba cuando ponía a alguno de los tales en trance de valerse por sí mismo, bien convencido, como dijo a uno de ellos que se derribó para besarle los pies, que no era suya aquella hacienda, sino de Dios, que se la había encomendado para que les ayudase con ella.

Muy por menudo, aunque siempre en resumen, se complacen en referirnos los biógrafos casos y más casos de estas inagotables entrañas de misericordiosa caridad del Santo; y hacen mención en particular de otras clases de personas que participaron más abundantemente y con mayor secreto de la inmensa prodigalidad del Santo: clérigos que con su beneficio no podían sostenerse a sí mismos o a su familia, o que por su pobreza estaban en peligro de abandonar su oficio o naufragar en su vida y costumbres; monasterios [46] que por la escasez de sus bienes se encontraban

[46] Como dato curioso citamos el socorro de 2 500 escudos con que ayudó a los PP. Jesuítas para la fundación de su Colegio de San Pablo en Valencia: y lo citamos, no por la limosna, que a otros conventos también hizo, sino por brindársenos ocasión con ello de hablar y poner de relieve las relaciones de Santo Tomás de Villanueva con la recién fundada Compañía y el concepto que al Santo le mereció. Como toda institución, y mucho más cuanto de mayor envergadura, la fundada por San Ignacio experimentó desde sus comienzos la contradicción y suscitó recelos en unos e incomprensiones en otros, viendo el auge extraordinario que tomaba y cómo se captaba la estimación de todos. Algunas quejas llegaron al Santo sobre la conducta de los Padres en Valencia; quejas que con libertad y caridad evangélica comunicó personalmente con dos de ellos, quedando altamente satisfecho de sus contestaciones. A más de otras ocasiones, la principal en que se descubre la simpatía y complacencia con que miraba el Santo a los jesuítas se halla en el documento de la donación arriba citada, documento hecho ante notario y que contiene tales alabanzas y admiración para los PP. Jesuítas, que obliga a exclamar al P. Hernández: «La Compañía entera se siente obligada a Santo Tomás de Villanueva por este testimonio con deuda de agradecimiento, que gustosa confiesa no poder pagar cumplidamente; y estima juicio tan favorable del Santo inmensamente más que los mayores donativos que pudiera haberla hecho. Y así como toda la Compañía se gloría de tener tal testimonio a su favor, así por su parte se gozan con él los jesuítas del Colegio de la Compañía de Valencia, en la provincia de Aragón, pues no sólo están comprendidos en la sentencia general que a todos toca, sino que ha tenido el Santo para ellos alabanzas especiales y propias» (*Razón y Fe*, t. 46, «Un testimonio notable de Santo Tomás de Villanueva en elogio de la Compañía de Jesús»). El contenido de esta nota está tomado del artículo *Santo Tomás de Villanueva y la Compañía de Jesús*, del P. Santiago Vela, publicado en el «Archivo Histórico Hispano-Agustiniano», vol. 10 (1918), p. 195 s.

en situación precaria; caballeros principales que no podían mantenerse en su rango o corrían riesgo de cometer acciones indignas de su alcurnia; señoras de calidad, doncellas pobres, huérfanas, etc., que precisaban una delicadeza y tacto especial dadas sus circunstancias y las necesidades que las apremiaban, todos participaban de su generosidad sin límites, todos recibían con largueza los recursos, dotes, ayudas proporcionadas a su situación, y a todos acudía con sus santas estratagemas el Padre común, de suerte que, a la vez que quedaban remediadas sus necesidades materiales, quedase también a salvo su honestidad y la opinión que ante los demás gozaban.

Eco de gemidos infantiles.—No podemos pasar por alto un capítulo que nos muestra hasta qué extremo se ensanchaba ese espíritu asombroso del santo arzobispo. Visto el cariño y celo especial con que trataba a los niños del Hospital, comenzaron a dejarle los recién nacidos a la misma puerta de su palacio, bien convencidas las madres de que los acogería y regalaría con el afecto paternal a que aquellas inocentes criaturitas eran acreedoras. Con ese espíritu lo vió el siervo de Dios, y, en vista de la afluencia y del peligro que corrían si no se les atendía a tiempo, tenía ya de antemano dispuestas amas de cría para que pudieran prestarles los primeros auxilios mientras se encontraba quien les atendiese convenientemente. No recibía pesar con ello, antes su semblante placentero era indicio de la piedad que le brincaba en el corazón; ni porque fueran muchos se le vió jamás pesaroso o preocupado con que no iban a bastar los medios de que disponía: no era para él ni por sus intereses, y por eso era ciega la confianza. Ni porque viniesen a altas horas de la noche ponía más dificultades; al contrario, con dejar la puerta entreabierta y colocar una campanilla para que avisasen la llegada de un recién nacido favorecía la libertad y recato de aquellas que no lo tuvieron quizá para engendrarlo y, en cambio, se avergonzaban de que los demás se dieran cuenta.

Con esplendidez, cariño y solicitud trataba a las amas

de cría, estimulándolas con sus palabras de aliento a criar y cuidar a su niño con todo el esmero, limpieza y robustez; regalos y premios se llevaban las que los presentaban más flamantes y rollizos en la visita que cada mes giraba el arzobispo, haciéndolas desfilar por la sala grande de la capilla, yendo examinándolos a todos con gratísima complacencia. Se dió el caso de una madre que, dejando a su niño por la noche en la portería del palacio, presentóse a la mañana siguiente por si tenían necesidad de algún ama de cría. Claro, la leche era fresca y el niño se acomodó a ella como si fuera la suya propia. Con la paga correspondiente y el trocar sus mantillas y ropas viejas por las nuevas, quedóse la madre contratada y cuidando a la vez a su hijo. Nada hay tan oculto que a la postre no se revele. Descubrióse el ardid de esta mujer. Propusiéronle al Santo privarla del salario en castigo del engaño. «Eso no haré yo—contestó—; ya os he dicho que es preferible ser engañado por los pobres a que les engañemos a ellos; y de esta suerte, además del niño, auxiliamos también a la madre; que al fin, en su artificio, no hizo sino imitar a la madre de Moisés, cuya invención no reprueba la Escritura».

En verdad que a los ojos del mundo, y juzgando las cosas según nuestro mezquino criterio, quizá llegará alguien a sellar tales extremos de caridad con el estigma del ridículo; es sobre manera extraño y sorprendente que todo un arzobispo llevara cuenta de tales menudencias y le ocuparan el tiempo y consumieran sus energías preocupaciones de esta índole. Pero también sabemos las extravagancias y locuras que cometen los santos, y cómo su vida y acciones son un reproche constante de las del resto de los mortales; al fin, «la locura de la cruz», y «Cristo, escándalo para los judíos y estupidez para los gentiles»; el mundo blasfemando siempre de lo que no entiende y vituperando lo que está por encima de su roma mentalidad.

FUENTE INAGOTABLE.—También causan maravilla y confunden la prudencia de nuestros cálculos las proporciones desbordantes que alcanzaban las limosnas de Tomás de Villanueva. Observando la multitud innumerable que diariamente acudían al comedor de palacio, los dineros fijos y determinados que con regularidad distribuía, la generosidad y largueza con que subvenía a cada nuevo jirón que había de remendar, la diversidad múltiple de casos extraordinarios que con tal frecuencia se le planteaban, los dispendios que tenía que hacer en médicos, abogados, etc., que atendieran a los pobres; la solicitud paternal con los niños expósitos, y mil y mil detalles que se escapan a la pluma del historiador más escrupuloso, teniendo en cuenta, por otra parte, como más de una vez hemos insinuado, que nunca se mostraba parco y mezquino cuando del necesitado se trataba, sino que daba treinta si le pedían veinte y cien cuando le pedían ochenta, causa un pasmo asombroso que nunca le faltaran recursos, que no se agotaran las rentas del arzobispado y que jamás un pobre se alejara de su puerta sin limosna; esto hubiera sido la más aguda espada clavada en las entrañas de Fr. Tomás.

Dos cosas pueden explicarnos la fecundidad de aquellos tesoros que jamás se agotaron: una natural y sobrenatural la otra. La primera, el orden y vigilancia que en todo llevaba el arzobispo, y el mirar sus riquezas como un patrimonio sagrado e intangible de los pobres, escatimando al céntimo y a la miseria, podríamos decir, cuanto en favor de ellos no redundara; llegando, como ya hemos visto, por espíritu de pobreza y ahorro a la vez, a coserse y remendarse sus propios hábitos y demás prendas de vestir. La segunda causa que justifica y explica la redundancia de aquel tesoro y capital de los menesterosos, hay que buscarla más arriba; no es de estos climas y bajuras. De algunos hechos maravillosos nos dan cuenta los biógrafos; y si así no nos lo afirmaran y constataran, tendríamos que darlos por supuestos, ya que humanamente no puede tener explicación liberalidad tan inagotable. El milagro se repitió con frecuencia en la vida y actividades de nuestro Santo. En su mano o por su medio se multiplicaba de una manera maravillosa el trigo de su granero, las camisas y ropas en las cestas, los escudos en la bolsa; la misericordia infinita del Señor no se dejaba ganar en generosidad, y no podía permitir quedara burlado aquel desprendimiento sin límites y el desinteresado y santo despilfarro con que su siervo derrochaba en los pobres sus rentas y sus bienes; como la fe traslada las montañas, y la de Fr. Tomás en la divina providencia era ciega e ilimitada, nunca, ni en las mayores angustias y perplejidades, se vió que un pobre se retirara confundido y mohino sin el socorro solicitado: de la tierra o del cielo, por medios humanos o sobrenaturales, jamás se cerró, impotente de socorrer, la mano de Fr. Tomás de Villanueva.

«MONUMENTUM AERE PERENNIUS». — Monumento de caridad y de celo pastoral, que ha sobrepasado a los tiempos y se mantiene vigoroso y lozano después de cuatrocientos años, desafiando con la savia inicial que lo fecundara y saliendo airoso y triunfante de los contratiempos y calamidades que lo han azotado y dispersado a sus moradores, poniéndolo en trance de muerte y desaparición: el colegio mayor de la Presentación fué fundado por Santo Tomás de Villanueva en la ciudad de Valencia el año 1550 [47], con

[47] El 7 de noviembre recibía Santo Tomás de Villanueva a los diez primeros colegiales.

capacidad y rentas suficientes para mantener a diez colegiales pobres que quisieran estudiar la sagrada teología.

EXPIACIÓN Y CORAZONADA.—En esas breves palabras queda resumida la institución de una obra modelo en su género, y que se ha perpetuado a través de tantas generaciones, obra que por razón de su permanencia vincula quizá como ninguna otra la memoria del santo arzobispo a su entrañable y amada diócesis, y es como el exponente de su providente limosnería con proyecciones de perennidad y el testimonio preñado de gratitud y afecto en que los valencianos recogen y airean orgullosos el legado de la figura más destacada de su arquidiócesis. Nació en el pensamiento de su fundador como una expiación y un fermento preservativo, y desde su mismo origen quedó impregnado de ese aliento vital que palpita inconfundible allí donde la santidad y el genio han depositado el germen poderoso de una vida pletórica de afanes e ideales grandes.

La delicadeza de conciencia de Fr. Tomás de Villanueva había sentido un ramalazo: en su obsesión por los pobres de su diócesis, cuyos consideraba los bienes que como arzobispo tenía, consideró una defraudación de los mismos los escasos gastos que hubo de hacer para dotar el Colegio de Estudios Superiores de su Orden que en Alcalá había él fundado siendo Provincial, filial y agradecido recuerdo a la Orden que le había admitido en su seno y memorial de su predilección por la Universidad en que se había estructurado la arquitectónica de su inteligencia. Pocos habían sido los gastos, pues no hizo sino proporcionar una ayuda, dejando que la provincia de Castilla se encargase de su continuación y terminación; y, por otra parte, a todos parece muy justo que los buenos hijos que en su vida han prosperado no se olviden de sus padres, sobre todo si son pobres, como al parecer lo era la provincia de Castilla. No obstante, experimentó el Santo el escozor del remordimiento, y quiso compensar su lapso en la misma moneda, fundando un colegio para estudiantes pobres en su diócesis y de las rentas de la mitra. He aquí la inspiración expiatoria de que hablábamos.

Pero había otra causa o motivo fundacional, que venía a aquilatar y a dar categoría de longevidad a esos sentimientos de reparación. Por una parte, Tomás de Villanueva había sido espectador del ambiente universitario: jóvenes de todas castas y aspiraciones las más dispares formaban extraña mezcolanza en las aulas universitarias y en los bureos callejeros; rondas alegres de la estudiantina, bravatas y fechorías en el anonimato, reyertas y escándalos en calles y plazas, bufonadas y piropeos, salpicaban y divertían la

vida y afanes de la muchachada. Con ansias trémulas de emoción y esquivando el peligro, trata el joven aspirante al sacerdocio de sortear las escabrosas redes que acechan la pureza de sus sentimientos. ¡Cuántos han sucumbido dejando hecha jirones entre los zarzales la blanca estola de sus nobles aspiraciones! Por otra parte, la indisciplina del clero de su diócesis y la relajación de sus costumbres habían costado al santo prelado muchas vigilias de oración, mucha sangre y lágrimas, y ya sabemos que el clero es el espejo de los fieles, y de la santidad de vida de aquéllos o de su perversión pende la moralidad de costumbres y religiosidad de éstos. El empuje inicial estaba dado, y sus efectos se habían hecho notar: el clero de Valencia se había reformado; la santidad de su arzobispo, su caridad sin límites, su humildad sin fondo y su oración confiada habían hecho el milagro. No obstante, se precisaba algo más; no podía él solo mantener en sus débiles hombros empresa que exigía arrestos de titán; además, a mucho tirar, la muerte rondaría pronto los muros de su salud resquebrajada, y no se conseguiría la consistencia anhelada.

PORVENIR SERENO.—¡Con qué estremecimiento debió de surgir en su frente cavilosa y con qué emoción acarició la idea fecunda y salvadora! Frente despejada y genial la suya, espíritu entusiasta y emprendedor, corazón enamorado de su Dios y hambriento siempre de su mayor gloria, celo pastoral abrasado por sus ovejas y por traerlas y conservarlas en el divino redil, apenas se habían dibujado en su mente los perfiles, y ya estaba el plan en marcha: un colegio para pobres aspirantes al sacerdocio, dotado por el arzobispo de rentas suficientes para una congrua sustentación, donde, retirados del mundo y al abrigo de sus peligros y devaneos, puedan los futuros sacerdotes prepararse dignamente para desempeñar el día de mañana la cura de almas y formar en la diócesis como un fermento de buen olor, que trascienda los muros del colegio y los linderos de sus parroquias. Con ello, la base para una estabilidad duradera en la reforma emprendida y realizada. El prelado respiraba eufórico y podía mirar con serena tranquilidad el porvenir. Había puesto en la empresa lo más afinado de sus cariños y lo más desinteresado de su ilusión, y no podría cuartearse con tan limpia ejecutoria. A Dios no podía serle indiferente obra que tan derechamente se encauzaba a sus verdaderos intereses. Y cuando en el futuro, añadiremos por nuestra cuenta, negros nubarrones se ciernan sobre sus muros y amenacen sepultarlo en la vorágine de sus vendavales y aluviones, la sombra protectora del fundador se proyectará benéfica y serena sobre la fe inquebrantable de sus mora-

dores, que sabrán guardar la lealtad jurada en solemnes momentos.

SEMINARIO PRETRIDENTINO.—¿Qué directrices encauzaban los derroteros de la nueva fundación? ¿Qué base científica y pedagógica servía de fundamento? Atisbo genial de Tomás de Villanueva y anticipo de una visión perspicaz. No estaba aún casi en embrión la estructura moral de los seminarios: ni el Tridentino había ordenado la creación de los mismos, ni había Ignacio de Loyola fundado el Seminario Romano. Espíritu despierto y cultivado el de Tomás de Villanueva, en sus andanzas estudiantiles supo canalizar las corrientes de un sano humanismo; hermano de hábito, aunque antecesor, del representante más cabal y armónico del Renacimiento en España, Fr. Luis de León, participó de aquella independencia de criterio y elevación de miras que tanto enaltecieron al insigne vate: culto y veneración a la verdad doquiera se encontrase, y respetuosa deferencia y cortesía tolerante para los criterios ajenos.

CUÑO AGUSTINIANO.—La idea de responsabilidad bullía en el cerebro del ilustre prelado: diez colegiales mayores de dieciocho años, de sangre limpia, con aspiración al sacerdocio, con juramento de observar las constituciones y de mirar por el honor y buen nombre del colegio, le parecieron sobrada fianza para garantizar los fines de la fundación. Y pone en sus manos el régimen del colegio, la elección del rector que había de gobernarlos y de los consiliarios sus asesores, la admisión de los nuevos colegiales; en una palabra, la vida toda del colegio queda vinculada a la responsabilidad de la conciencia individual y colectiva. En su vida religiosa había asimilado Fr. Tomás de Villanueva la savia agustiniana: el espíritu de fraternidad y caridad que, inspirado en los tiempos apostólicos, campea en la Regla de San Agustín, la amplitud del pensamiesto y sana y fecunda independencia de movimientos y acción, habían forjado con trazos firmes la mente del ilustre agustino y habían modelado su corazón y su voluntad en los veneros de la caridad evangélica, emulando la ardorosa quemazón del santo Patriarca. Por eso, como éste en su Regla, se encara él con la vida de sus futuros colegiales, y les ordena que «ante omnia» (reminiscencia de San Agustín), ante todo, se afanen por vivir en armonía y caridad mutua, basando en esa paz y amor de unos con otros el fundamento de cristiana y alegre convivencia.

FERMENTO Y CANTERA.—Se preparan los colegiales para el sacerdocio, para poder ayudar a la diócesis en la cura de almas y en la predicación, con su ejemplo, por una parte, y por la otra con su ciencia, para lo cual han de ser instruídos y alimentados, como pobres que son, en un ambiente de honestidad, santidad y temor de Dios. Virtud y ciencia, formación del corazón y cultivo de la inteligencia, son las condiciones para «ser útiles el día de mañana a las almas y dar gloria a la beatísima Trinidad y a la Virgen María», según reza el encabezamiento de las Constituciones. Pero de sobra sabe el Santo a quién dar la primacía, y que, si ambas cosas son necesarias, hay un orden y jerarquía: que no le fué a él tan necesaria la luz de la sabiduría con que se enriqueció en las aulas complutenses como la humildad, caridad y demás virtudes que en el claustro consumaron el edificio de la perfección iniciado en el siglo. Y así amonesta seriamente al rector que se esfuerce sobre todo en reformar las costumbres, pues ése ha de ser el ornamento más preciado del colegio: «Pues, quiere destacar el Santo, anhelamos en nuestros colegiales más la pureza de vida y honestidad de costumbres que el brillo de la sabiduría».

No podemos detenernos en el análisis de estas sabias Constituciones. Basta decir que con previsión admirable reglamentan y coordinan hasta los mínimos detalles, sin ser un informe acervo de reglas escuetas, desnudas de sentimientos y horras de humanismo; no podía ser ése el fruto de un espíritu fino y sensible como el de Tomás de Villanueva. Desde la gloria de la beatísima Trinidad, estampada como fin primordial en el frontispicio de las mismas, hasta la reglamentación del ministerio de los fámulos que han de servir a los colegiales, todo está en las Constituciones encuadrado con amplia previsión de los frutos que confiadamente se esperan del colegio. No estaban entonces regulados aún los estudios eclesiásticos, y la formación de los sacerdotes tampoco era uniforme. La que recibía el que podíamos llamar clero distinguido en las universidades, entonces aún bajo la égida de la teología, no era la que tenían los que con poco más que el contenido del catecismo se preparaban para una capellanía o curato rural. Los colegiales de la Presentación acudirían a la universidad a estudiar la teología; pero a la vez en el retiro y soledad del colegio, en el ambiente de paz y caridad fraterna, en un régimen de amable obediencia y sujeción espontánea a las Constituciones, orientados y destinados a la utilidad de la diócesis y a formar el núcleo modelo de fermento sacerdotal, témplase el espíritu y adquiere la santidad de vida y preparación competente que intuyera su fundador.

EL PANEGIRISTA RAMÓN LLIDÓ.—Apología cariñosa y cálido comentario de esta compilación de sabias disposiciones la encontramos y recomendamos en la obra de Ramón Lli-

dó *El colegio mayor de Tomás de Villanueva* [48]. Es el autor un aprovechado colegial del mismo, y, por consiguiente, un entusiasta admirador y celador sincero del Santo y de su obra predilecta. Con emotividad sentida va haciendo revivir la letra y el espíritu de sus Constituciones, encuadrados en estampas de ensoñadora realidad, que despiertan inmediatamente la simpaía y se adueñan de la imaginación. El encendido amor y gratitud imperecedera y devoción acendrada que impulsan la pluma del autor, y el tono de agilidad y maestría con que fluyen las palabras y se desarrollan las ideas, son otros tantos acicates que cautivan nuestro interés y atención y logran que se nos meta muy hondo el calor que vibra en sus páginas. Labor meritísima es la que ha realizado Ramón Llidó en testimonio de su gratitud y lealtad inalterable que un día jurara en el Colegio Mayor y en pro de este mismo, sacándolo de la oscuridad en que para el común de los españoles estaba sepultada esta joya, al decir de M. Ballesteros Gaibrois, «una de las instituciones más simpáticas de nuestra historia y —¿por qué no confesarlo con rubor?— menos conocidas» [49]. Mil plácemes y parabienes merece el autor, a más de todos esos títulos, por el noble desinterés y magnanimidad que ha presidido su tarea, ya que ha estado totalmente ajeno a la misma el más insignificante logrero interés, guiándole sólo el anhelo de airear y dar a conocer al colegio mayor y a su santo fundador, cuyos recuerdos llevan grabados a sangre y fuego con tal cariño todos los tomasinos [50].

También quiero hacer constar aquí otro detalle del tal libro que nos ahorra unas líneas siquiera de comentario: la lista, aunque breve, de los opimos frutos que ha producido el colegio mayor. Realmente, *a posteriori* es el argumento más decisivo y la confirmación más palmaria del cálculo previsor que acompañó a la corazonada del gran arzobispo: sacerdotes, religiosos, dignidades, obispos... desfilan ante la mirada complacida del que ve lozanear aquellas fundadas esperanzas: «A fructibus eorum...» [51]

VÁSTAGO LOZANO.—A modo de apéndice consignamos la repercusión que tuvo la fundación del colegio mayor de la Presentación. Como ya dijimos, aun el Tridentino no había dado las sabias y oportunas órdenes sobre la creación de

[48] RAMÓN LLIDÓ VICENTE, *El colegio mayor de Tomás de Villanueva* (Valencia 1944).

[49] *Ramón Llidó, biógrafo del colegio.* Artículo publicado en «El colegio mayor de la Presentación». Homenaje en el IV centenario de su fundación, 1550-1950. Valencia.

[50] Así suelen denominarse con sano orgullo los colegiales que han pertenecido al de la Presentación.

[51] Sobre este tema tiene también un trabajo más extenso el P. T. Rodríguez, O. S. A.

seminarios en todas las diócesis o provincias eclesiásticas; y aun después de publicadas las actas del concilio de 1563, y saludadas por todos con regocijo, y aceptadas como una urgente necesidad las relativas a los seminarios, surgieron tropiezos que dificultaron la puesta en práctica de las mismas. Baste decir que en España no se vieron satisfactoriamente llevadas a la práctica en todas las diócesis hasta pasados casi tres siglos. Por eso y por la necesidad perentoria fueron surgiendo colegios similares al de Tomás de Villanueva, que alcanzó categoría y rango de patrón y modelo. Como excepción, queremos mencionar otro colegio mayor fundado ochenta años más tarde, de inspiración y espíritu luliano, pero regido por las mismas Constituciones que Tomás de Villanueva diera al suyo de la Presentación: se trata del colegio mayor de la Sapiencia, fundado en Palma de Mallorca en 1633 por Bartolomé Lull, canónigo penitenciario de la catedral mallorquina. Después de trescientos años de existencia, habiendo soportado azares y torbellinos, continúa vigorosa la vida del colegio y se cosechan preciosos frutos. Indudablemente es un brillante más que hemos de engarzar en la diadema del prelado valentino. Es verdad que, en un competente estudio, Miguel Alcover Sureda [52] trata de ahondar en la inspiración lulista del mismo, explicando y buscando sus antecedentes en el espíritu y orientaciones del beato Ramón Lull; pero salta a la vista que ha de mirarse todo y estudiarse a través de la obra tomasina y de los fundamentos que para el de la Presentación hemos visto, ya que el régimen de libertad, de responsabilidad, el honor del colegio, la paz y caridad fraterna, etc., no son sino destellos y aplicación de las Constituciones tomasinas que rigen en el citado colegio, y en toda su vida, hasta en los más mínimos detalles, se observa un sorprendente paralelismo, o mejor, una copia exacta. Por eso nos deja suspensos el articulista en una afirmación tan peregrina como esta [53]: «Entre los pocos colegios de tipo medieval que en España sobrevivieron al universal naufragio, acaso el de la Sapiencia, de Palma de Mallorca, sea el único que sustancialmente conserva su nativa constitución y prístina fisonomía». Queremos creer es una frase encomiástica que se le escapa al autor, pues no podemos suponer ignora la existencia cuatrisecular del de la Presentación ni la copia de las Constituciones que él mismo resume; y además dice en otra parte del citado artículo [54] que «Santo Tomás de Villanueva, 1550, fundó en Valencia el colegio

[52] *Origen, naturaleza y valor pedagógico de un colegio luliano:* «Razón y Fe» (1935), vol. 1, p. 441 s., y vol. 2, p. 215 s.

[53] «Razón y Fe» (1935), vol. 1, p. 446.

[54] Ib., p. 448.

de la Presentación para diez colegiales y dos fámulos pobres aspirantes al sacerdocio»; y un poco más adelante [55]: «Bartolomé Lull realizó en Mallorca lo que Santo Tomás de Villanueva unos ochenta años atrás había hecho en Valencia fundando un colegio de jóvenes aspirantes al estado eclesiástico». De suerte que parecería más propio buscar el parentesco y entronque del colegio de la Sapiencia con el de la Presentación y ver en las Constituciones de Tomás de Villanueva el espíritu que Bartolomé Lull quiso infundir a sus colegiales, ya que como norma segura se las dió, en general, literalmente copiadas. Y así hacemos nuestra la conclusión que en su ligera alusión al de la Sapiencia tiene Ramón Llidó [56]: «Quizá pueda verse en la continuidad de su vida cierta protección de providencia tomasina».

Algo demasiado nos hemos demorado hablando del colegio mayor de Santo Tomás de Villanueva. En gracia a la actualidad estoy seguro de merecer piadosa disculpa: aunque todo en Santo Tomás merece nuestra atención y estima, pero esta obra se nos entra muy dentro del corazón por la vitalidad que lleva en su seno y la frondosa floración en que aun hoy día se expanden las palpitaciones de su savia desbordante, que cautiva nuestras suspensas miradas.

La contrarreforma. Gritos de reforma.—Dos palabras inseparables en la historia de la Iglesia; desde el siglo XVI han cobrado categoría aparte en la conciencia de los católicos y forman como su bandera y enseña en los tiempos modernos: grito de guerra la primera y clamor de victoria la segunda. Y juntas dieron en el campo teológico la batalla y el tiro de gracia al protestantismo y serenaron el borrascoso mar de desbordadas pasiones y estragadas costumbres en el seno mismo del catolicismo.

El ansia de reforma no fué un grito esporádico del siglo XVI; viene preparado y repitiéndose incesantemente sobre todo desde el siglo XIV y XV. La autoridad omnímoda del Papado en los siglos medios había venido paulatinamente muy a menos, por no decir que se había desmoronado; los extremismos o errores dogmáticos habían ido minando la conciencia del pueblo cristiano; los abusos de los grandes señores y del alto clero engendraban poco a poco el rencor y la hostilidad en los bajos; los afanes renacentistas, por otra parte, añoraban la vuelta a las formas clásicas, incubando con ellos reminiscencias paganas; el brazo secular, además, de día en día perdía el predominio absoluto con que brillara en la Edad Media. A principio del siglo XVI se

[55] Ib., p. 450.
[56] *El colegio mayor de Tomás de Villanueva*, p. 158.

acentuaron las inquietudes en el campo católico, que hasta entonces podemos decir se había mantenido en la tranquila posesión de sus prerrogativas. El cisma de Oriente había sido particularista y sin ansias de expansión. Al presente las voces de reforma sonaban por todas partes, partían de todas las capas sociales, intentaban hacer llegar su influencia desde la cabeza a los miembros, desde la Curia Romana al último lego. Era ciertamente sombrío y amenazador el cuadro que a principios del siglo XVI ofrecía la Iglesia; y si es verdad que no faltaban almas ejemplares, incontaminadas y santas, no lo es menos que preponderaban los abusos de todos los órdenes, que no podía fácilmente contrarrestar esa porción escogida. Para colmo de desdichas, el germen heresiarca alcanzó su madurez en la soberbia y desplantes de un fraile apóstata, que en su gesto de rebeldía fué como el estampido de una tempestad que dejó al descubierto las amenazas que albergaba en su seno, y sembró de espanto e incertidumbre el corazón de Europa.

Entereza y humildad frente a rebelde insolencia.—Ante tamaño desbordamiento de inquietudes y amenazas no se intimidó ni encogió Fr. Tomás de Villanueva; sí, que no era él un espíritu apocado y pusilánime. El cristiano, acoceado siempre por sus pasiones propias y por los agentes externos, sabe que su vida sobre la tierra es una continua milicia a muerte, y no se asusta de los extremos del combate; antes está siempre arma al hombro, con el arco tenso, vigilante también y acechando él para descargar su golpe mortífero. Por eso conoció Fr. Tomás esa lucha en sí mismo, la conoció en su trato con el mundo, conoció y palpitó de tremente emoción al contacto de las desbocadas pasiones que se hacían eco y espacio. Pero no huyó del mundo para esquivar sólo sus golpes y por miedo, sino para mejor resguardarse y prepararse a esa lucha. Y en el claustro, en cuanto sus superiores le consideraron maduro y que podía hacer fruto en la Iglesia de Dios, comenzó su voz a ser un látigo más que restallaba sobre tantas espaldas sometidas a la covunda del pecado.

Ya hemos dicho que en el mismo mes y año que Lutero se arrancaba la máscara de su felonía y arrastraba indignamente el hábito que le había acogido y levantado, hacía Tomás de Villanueva su profesión en el convento de San Agustín, de Salamanca, y humillaba con sinceridad su cerviz ante el yugo del Señor. ¡Contraste de la soberbia del apóstata sajón con la humildad del agustino español! Símbolos ya desde aquel momento del camino tan divergente que iba a emprender la tan esperada reforma en ambos países: la protesta airada, la rebelión, el saqueo, las armas,

el odio, ensangrentarán los campos y ciudades alemanas; el convencimiento, la oración, la mortificación, la predicación, la sumisión a legítimos poderes, ahorrarán torrentes de lágrimas a España y verificarán la renovación más profunda de costumbres. Es verdad que en España estaba el terreno mejor preparado: el largo y fecundo reinado de los Reyes Católicos, adalides de la religión tanto como de la unidad patria; la elección desinteresada y acertada de hombres para los puestos de responsabilidad; la lucha, sorda a veces, otras abierta, contra judíos y moriscos, habían contribuído poderosamente a mantener en su pureza el dogma y a hacer entrar a individuos e instituciones por el camino de sus destinos y llamamiento. Un índice de la situación nos lo dan los efectos de la predicación de Tomás de Villanueva en sus primeros sermones; ya citamos la efervescencia que despertaron, y cómo corrían en tropel, sobre todo los jóvenes universitarios, a los conventos, que no eran suficientes para albergar tal multitud.

LATIGAZOS SIN PALIATIVOS.—No obstante, las costumbres dejaban aún mucho que desear, en los altos y en los bajos, en los eclesiásticos y en el pueblo. A través de los sermones que nos quedan, las más severas invectivas fustigan sin contemplaciones ni miramientos cuantos abusos se hallan arraigados en la Iglesia de Dios; no era Tomás de Villanueva para andarse con disimulos y dejar pudriéndose la herida por no lastimar al paciente; llevaba muy prendido en el corazón el amor de las almas, y a toda costa se afanaba por sacar las perdidas de las garras del lobo infernal y preservar a los inocentes de la contaminación del escándalo; no tiene pelos en la legua [57]: «Todo el mundo está lleno de iniquidad: la religión muere de languidez; el clero no tiene honestidad; los príncipes, con entrañas de pedernal para con los pobres; el pueblo, sin temor ni sumisión»; y un poco más adelante, en el mismo sermón, después de recordar los pecados del pueblo, se pregunta el predicador [58]: «Est aliquid quod dicam ecclesiasticis? Multum per omnem modum... O quantum inquietudinis est hodie in clero! quanta cupiditas, quanta avaritia, quanta ambitio! Maria et terram lustrans, quaerentes beneficia... sunt ecclesiastici sicut emporia, ubi apertis ianuis multa et diversa genera animalium, boves, asini, caprae, agni, oves, porci venduntur». Más explícito aún y más valiente entre otros, queremos poner a la consideración el siguiente pasaje, que no tiene desperdicio: algo largo va a resultar, pero así nos ahorrará comentarios,

[57] *Conc.* 1 *in feria IV Cinerum*, n. 1 (vol. 1).
[58] Ib., n. 3.

siendo tan claro como autorizada la voz del predicador [59]: «¡Oh dolor, a qué postración ha sido reducida la Iglesia! ¡Cómo ha degenerado de su primitiva hermosura! Dispersas están por los ángulos de todas las plazas las piedras del santuario [60]; los religiosos, guardados antes tras la cortina de la devoción, implicados ahora en los negocios seculares. A doquier volvamos la vista, todo lo vemos lleno de monjes; y los que con asiduidad se mantenían entonces en el lugar del servicio divino, llenan hoy las aulas de los príncipes. ¿Cómo son ya mirados como vasos de barro los hijos de Sion [61], los príncipes de las iglesias, ínclitos antes por la santidad de su vida y la honestidad de sus costumbres, revestidos primero con el oro de la sabiduría? ¿Cómo han vuelto sus ojos a las granjerías terrenas, a las riquezas temporales? ¿No es el oro y la plata lo que buscan hoy los obispos? Y la salvación de las almas es su última preocupación». Duros latigazos, que debían resonar a imprecaciones apocalípticas, sacudiendo acremente las conciencias, pero que no asustaban al predicador posesionado de su papel de sacar a plaza y reprender los vicios, y que lo hacía no así como de pasada y huidizamente, pues que continúa con la misma libertad [62]: «Por eso se ven legiones de obispos con residencia en la corte, y las iglesias, huérfanas de sus guías... ¿Qué se puede esperar del pueblo cristiano si tales se han vuelto sus dignatarios?» No le ofrecen panorama más halagüeño los clérigos ni les escatima tampoco sus acerados varapalos [63]: «¿Cómo podemos identificar entre los demás a los que no se diferencian del resto del pueblo, ni por sus costumbres, ni por el tenor de su vida, ni por sus vestidos, ni por su conversación?... Cayó el pueblo en los vicios porque no hay quien lo reprima. Si hay muchos predicadores, son pocos los que predican como conviene; no falta quien predique con sus palabras, pero sí quien cumpla lo que predica a los otros y preceda con el ejemplo de su vida a los que dirige con su palabra». Y es que Tomás de Villanueva no es de los que convierten la cátedra del Espíritu Santo en palenque de huera o pomposa oratoria, halagando blandamente a sus oyentes para arrancarles un necio aplauso o para dejarles dormir tranquilos la siesta de sus pecados. Ataca también duramente a los confesores [64]: «¡Oh

[59] *In die sancto Pentecostes conc. III*, n. 9 (vol. 3). Quizá con más claridad y dureza aún se expresa en otra parte: *In festum sancti Ioannis Baptistae conc. V*, n. 14 s. (vol. 5).
[60] Lam. 4,1.
[61] Ib. 4,2.
[62] *In die sancto Pentecostes conc. III*, n. 9 (vol. 3).
[63] Ib., n. 10.
[64] *In feriam VI post domin. 4.º Quadrages. conc. II*, n. 11 (vol. 2).

desdichados, no tutores, sino asesinos de las almas; no consejeros, sino embaucadores!, ¿cómo responderéis al Señor por el rebaño que habéis engañado con vuestras blandenguerías? ¿Qué es lo que devasta a la Iglesia del Señor sino la obsequiosa condescendencia de confesores y pastores?»

Y no se juzgue que todas estas invectivas y recriminaciones son del común de predicador, que tiene forzosamente que condenar los vicios. Hay aquí una intención de alcances más penetrantes: es el eco de la cristiandad entera reclamando la enmienda de las costumbres; es una de tantas voces, aunque de autoridad excepcional, que clamaban por una reforma auténticamente cristiana, para contener el avance de una corrupción arrolladora que amenazaba los cimientos mismos del cristianismo. Echa de menos el Santo la verdadera predicación cristiana, inspirada por la caridad evangélica, y contrapone como urticante revulsivo la animosidad envenenada de los seudorreformistas [65]: «¡Oh si este mísero y deplorable tiempo tuviera al menos un predicador semejante (al Bautista), que corrigiera y arguyera los vicios de los poderosos y de los pontífices con la misma libertad y confianza, no dejado llevar de un espíritu perverso, como Lutero y Calvino, sino animado de limpia serenidad, de celo compasivo, de caridad, con un corazón ajeno de innobles sentimientos!» No es la única vez que hace alusión a la descarada herejía para estimular la reforma de las costumbres. Por haber los prelados abandonado el cuidado de su pueblo, tuvieron entrada Lutero y toda su caterva para introducirse en el rebaño y fascinar con sus engaños a las pobres ovejas, amamantándolas con la pútrida leche de sus errores [66]. Ya es hora de que estas lecciones surtan efecto; del seno mismo del cristianismo ha surgido un enemigo tan poderoso, que más que en sus errores teológicos ha tenido apoyo y se ha encaramado gracias a la corrupción de las costumbres. ¿Quién podía desmentir al protestantismo cuando lanzaba contra el mundo católico los aldabonazos de sus reproches sarcásticos?

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.—Surge otro adversario de la cristiandad que le da pie al Santo para invocar una vez más la tan ansiada reforma. Los turcos, apoderados en 1453 de Constantinopla, continuaron sus conquistas sin encontrar quien se opusiera a su empuje avasallador, cerniéndose de continuo como un negro nubarrón sobre Europa. Es verdad que el enemigo dispone de un poder insuperable, y los príncipes cristianos no se unen en un

[65] *In festum sancti Ioannis Bapt. conc. III*, n. 5 (vol. 5).
[66] *In die sancto Pentecostes conc. III*, n. 9 (vol. 3).

frente único, dejando a un lado sus personalismos y diferencias. Pero no teme el Santo las armas del enemigo; estamos bajo la tutela del Señor de los ejércitos, cuyo soplo puede aniquilar en un momento los imperios y derrocar los ejércitos más poderosos. Los pecados del pueblo, los escándalos de los clérigos, los abusos de los grandes, las costumbres estragadas, son los que pueden abrir la puerta y sujetar el brazo protector del Señor [67]: «Reformémonos espontáneamente—exclama el Santo—, a fin de que no tenga que reformarnos violentamente el Turco». Y no basta que cada cual ponga la mano en el pecho y el escalpelo en la conciencia, purificándola en la confesión; es preciso que intervenga la autoridad y ponga freno a la blasfemia, a la usura, al adulterio, concubinato, etc. [68]. Y dando un paso más, como el mal es universal, universal ha de ser el remedio, aplicado por la autoridad competente: que el papa y el emperador, para salir venturosos contra el Turco, prometan la celebración de un concilio y la reforma de la Iglesia [69].

CLAMORES POR UN CONCILIO.—No es el único Tomás de Villanueva en pedir la celebración de un concilio, pero sí de los más acérrimos y constantes en la empresa; era el único recurso viable para atajar un mal de tamañas proporciones. Por eso se lo aconsejó una y otra vez al emperador, que tanto estimaba los dictámenes del humilde agustino y luego más humilde arzobispo. Y no hay duda que influyeron ellos muchísimo en el augusto ánimo; ya conocemos la veneración que tuvo siempre el césar Carlos V de las virtudes y letras de Fr. Tomás de Villanueva y cómo pesaba él solo más en su espíritu que los más altos dignatarios y consejeros encopetados de su corte. Los apuntes que devoró el fuego momentos antes de morir el arzobispo, entre ellos importantes cartas de su majestad, nos podrían contar muchos secretos y el móvil de muchos actos y decisiones del emperador. Indiscutiblemente, las persuasiones del arzobispo de Valencia contribuyeron eficazmente a la convocación del concilio de Trento, que venía a calmar las inquietudes de la cristiandad entera y que todos miraron como la tabla de salvación en que había de conseguirla la barquilla de Pedro, tan amenazada de recios vendavales.

Ni fué ésta sola, con ser tan importante, la aportación de Tomás de Villanueva para la celebración del concilio que todos reclamaban; dice a este propósito Vicente Es-

[67] *In rogationes contra Turcas concio* (vol. 2).
[68] Ib.
[69] Ib.

crivá [70]: «Tomás de Villanueva, novel arzobispo de Valencia, adelantará, para mayor gloria de Dios y de su Iglesia, la promesa y la amanecida del concilio ecuménico de Trento». En el decurso de esta semblanza biográfica hemos observado las vicisitudes de esa amanecida gloriosa, tan a costa de su reposo y de sus espaldas: la prisa con que tras su consagración se dirigió a su arzobispado, sin concederse ni concederle a su madre lo que parecía exigir el más elemental cariño filial; la visita pastoral que en cuanto tomó posesión giró a su diócesis, corrigiendo, con toda energía y caridad extremada a la vez, los abusos, frutos del abandono; el sínodo que celebró en cuanto pudo, requiriendo el consejo y la ayuda de todos para la empresa de envergadura trascendental que suponía marchar contra corriente y dar un frenazo en plena carrera desbocada; las sabias y apostólicas Constituciones que de su seno salieron para la reforma, sobre todo, de un clero indisciplinado y escandaloso; la erección de aquel monumento más duradero que el bronce, el colegio de la Presentación, prólogo feliz y norma lograda de los futuros seminarios postridentinos; y otras mil y mil afanosas actividades y esfuerzos, que apenas se traslucen en esta deslavazada síntesis de su vida, ¿qué son sino los jalones firmes e indestructibles que preludian y ostentan la profunda renovación en su diócesis lograda, símbolo y pauta de lo que él ambicionaba para la Iglesia universal? Porque hemos de notar que todas estas empresas, o bien preceden la convocatoria, o se llevan a cabo mientras tienen lugar los trabajos y sesiones de la primera o segunda época del Tridentino, terminando de realizarse varios años antes que éste lance al mundo el pregón de su clausura y de sus decisiones y definiciones (1563).

TRENTO.—Después de múltiples alternativas y cabildeos entre las autoridades pontificia e imperial, ejes polarizadores de todas las aspiraciones, la Santidad de Paulo III anunció al mundo entero la apertura de un concilio ecuménico en Trento para el 13 de diciembre de 1545. El año en que Tomás de Villanueva hacía su entrada en Valencia y se entregaba con celoso afán a reparar el estado ruinoso en que el abandono pastoral y la licencia de las ovejas la habían sumergido. Radiante de alborozo y como liberado de tremenda pesadilla recibió la noticia, que como gracia especialísima le había manifestado con antelación el Señor. Y la recibió con cartas de Su Santidad y del emperador, ordenándole asistir a la que prometía y había de ser famosa asamblea. Por fin, la cristiandad iba a echar una mirada de sinceridad sobre sí misma, a reconocer yerros y a corregir extravíos; y había tanto que recorrer, y había que dar tal marcha atrás, y había que deslindar campos tan comprometidos... Pero el gran aparato estaba puesto en marcha y amagaba ya una florecida primavera. El espíritu de Tomás de Villanueva se rejuveneció y cobró nuevos bríos oteando en lontananza el triunfo apetecido y saboreándolo de antemano.

[70] *Tomás de Villanueva*, p. 167.

ALEJADO DE LA REUNIÓN; CARTAS MEMORABLES.—Insondables son los juicios de Dios y profundos en demasía para nuestros pigmeos pensamientos; como si tuviera especial interés en jugar con nuestras cavilaciones y sonreírse burlonamente de los tinglados que montamos con la mayor seriedad y que se vienen abajo con la facilidad con que ligero soplo desmonta los castillos de juegos infantiles. Parecía el arzobispo de Valencia el más indicado para formar parte de la pléyade de hombres ilustres que con su talento al servicio de la Iglesia iban a estudiar los problemas que la agitaban; su privilegiada inteligencia, sus conocimientos profundos, su aquilatada prudencia, su celo ardoroso de la gloria de Dios y la salud de las almas, sus recomendaciones al emperador, su dignidad encumbrada, la fama de sabio y docto varón que gozaba, el peso decisivo de su autoridad en el ánimo de la majestad cesárea, todo hacía presumir la necesidad de su persona en la gran asamblea y el papel principal que en ella le estaba reservado. Y, sin embargo, tras el júbilo con que recibió la noticia de la convocatoria, con las cartas del papa y del emperador mandándole acudir, pareciendo predestinado a ser una lumbrera y a irradiar los destellos de su luz al pueblo cristiano, Santo Tomás de Villanueva no acudió al concilio ni en su primera ni segunda época, que le alcanzaron de lleno. ¿Qué causas o motivos tan serios ocasionaron esta ausencia?

Las cartas [71] cruzadas entre Santo Tomás, por una parte, y, por otra, el príncipe D. Felipe y Carlos V, nos dan cumplida satisfacción, que encontramos en la delicada salud del Santo para tan largo viaje y, sobre todo, en la urgencia de las solícitas atenciones que requería la duradera carencia de pastor que había padecido la diócesis. Ni un motivo ni otro podemos achacar a imperfección, aun la más ligera, del Santo; campea con plena sinceridad la legitimidad de esos obstáculos. Vemos, en efecto, al Santo dispuesto a emprender el viaje que se le intima; a fe que no conocemos su espíritu de sumisión y presteza cuando media la obediencia; y si acude a exponer los impedimentos que le retienen, lo hace creyendo cumplir un deber de

[71] Véanse estas cartas más adelante.

conciencia, como era en efecto; que la obediencia ciega no es irracional, y el estar dispuesto a seguirla puntualmente no excluve el exponer humildemente los inconvenientes que puedan existir, siempre que el espíritu esté preparado para ejecutarla en cuanto se haya descargado de esa dificultad que le retenía o retardaba. Nos lo confirma sin dejar lugar a duda el tono y protesta de sumisión que campea en esos documentos del Santo. A lo cual puede sumarse otra razón que pesaría mucho en su ánimo: la estimación nula que tenía de sus propias prendas para un acontecimiento tan trascendental, junto con la necesidad que pensaba hacía su persona en el rebaño que se le había confiado; pues, a pesar de su humildad, se juzgaba íntimamente ligado a sus oveias, que se encontraban ahora en condiciones excepcionalmente precarias; y en el concilio que se reunía habían de juntarse numerosos representantes de la cristiandad mucho más autorizados que él.

Apostolado en casa propia.—Que había de gravitar esta consideración de responsabilidad lo echamos de ver claramente en la irrevocabilidad con que se afincó en su diócesis. Quizá alguien pudiera encontrar qué censurar en una conducta tan particularista y cerrada al exterior, pues no leemos que en los once años de su pontificado traspusiera los límites de su encomienda, como si el resto de los fieles no le importara. Hoy está cambiado el mundo, y el vértigo de la velocidad y de las prisas alcanza aun a lo más encumbrado. Es verdad que la rapidez y facilidad de viajar parece disculpar y alentar ese incesante correteo de seglares, eclesiásticos y aun obispos. Aunque no paramos mientes en que con tan especiosa disculpa salimos, volvemos, viajamos y se nos pasan días y días sin hacer nada, con la falaz apariencia de que nos guía el celo de las almas, porque vamos a predicar un sermón, a pronunciar una conferencia, a dar el hábito a una dirigida o a otros menesteres más fútiles aún. Sin percatarnos de que para un sermón empleamos cuatro, seis u ocho días de viaje, con otros tantos de preparación para hacer buen papel, recorriendo quizá de punta a cabo la península, como si no hubiera en esa parroquia o diócesis quien dijera un poco más o menos elegantemente la serie de lindezas que vamos a ensartar nosotros e hiciera el mismo menguado fruto que damos por descartado con ciertas preparaciones o disposiciones más interiores que externas. ¡Qué planes o procederes tan ridículos si no fueran tan lastimosamente lamentables! Ahí precisamente está en parte la explicación de la imponderablemente fecunda obra de Tomás de Villanueva: once años de continua entrega y preocupación de la reforma y

florecimiento de una diócesis dan mucho de sí y permiten conocer y atender tantas necesidades y miserias que hoy desbordan la capacidad y el tiempo de los más activos prelados; y, por otra parte, se captan también la complacencia de lo alto, atrayéndose las bendiciones que han de fecundizar ese apostolado. ¡Ay!, cuando nos pidan residencia de tantas idas y venidas, de tantas correrías apostólicas, seudoapostólicas o geniales, no vamos a encontrar tan a mano el descargo como tenemos ahora el pretexto.

Ha de añadirse que no fueron estas excusas, de por sí tan suficientes, las que más influyeron en la no comparecencia de Tomás de Villanueva; los estamentos de Valencia, en cuanto se rumoreó la llamada de que había sido objeto, acudieron a su majestad para qué no le forzara a salir de Valencia, dejando a medio hacer la obra emprendida. Ponían le delante los frutos inmensos que había comenzado a cosechar y la necesidad de su presencia en una diócesis tan relajada, y que se iban a malograr aquéllos y a retrasar en muchos años la reforma que en tan buen camino había entrado. Por eso con todas las veras suplicaban a su majestad tuviera a bien revocar la orden y eximir de esa asistencia al arzobispo de Valencia. Así lo hizo el emperador, confiando en que más necesaria era de momento la presencia del prelado en su diócesis.

Aliento de Tomás de Villanueva en Trento.—Aunque no por eso se desentendió el Santo de colaborar en tan santa empresa; y no sólo con el concurso ordinario, tan eficaz, de la oración y los fervientes votos por el triunfo de tan excelente causa; sobre lo cual convendría recordar aquel su pasaje en un sermón de San Juan Bautista [72]: «Ningún justo es inútil doquiera se encuentre, aun escondido en lo más retirado del desierto, porque ningún santo lo es sólo para sí mismo, sino para toda la Iglesia... Doquiera haya un santo, aun en el desierto, ayuda al mundo con sus oraciones y sus méritos: por su causa se muestra Dios propicio con los pecadores y por sus méritos favorece en gran manera a los mortales». Indudablemente, a más de las luces de los doctos y de sus imbatibles argumentos, el concilio ecuménico necesitaba el auxilio de lo alto para llegar a buen término en su desarrollo y para la saludable aplicación de sus resultados; y pocas almas había entonces en la Iglesia de Cristo que tan a punta de lanza conquistaran las bendiciones del cielo como el santo arzobispo de Valencia.

De otra manera, al parecer más visible, cooperó directamente: ya que él no podía asistir personalmente, influyó

[72] *In festum sancti Ioannis Bapt. conc. V*, n. 9 (vol. 5).

cuanto pudo ante el emperador y ante sus cohermanos de pontificado para que acudieran los más posibles y lo mejor pertrechados de sana doctrina y de útiles documentos. Incluso confeccionando por cuenta propia un memorial de las cuestiones que le parecieron más importantes y entregándoselo a los que habían de acudir, a fin de que lo presentaran a la santa asamblea. Digna de recuerdo es también la afabilidad y solicitud con que hospedó en su palacio a cuantos obispos pasaban por Valencia, escribiendo también a los que conocía que no dejasen de pasar por allí, porque tenía instrucciones que darles y asuntos que encargarles para el concilio. Es una verdadera pena que no haya llegado a nosotros aquel precioso documento, donde se encontrarían notas y sugerencias de incalculable valor y donde, a juzgar por lo que realizó en el clero y fieles de su diócesis, el espíritu ardiente del Santo abordaría los puntos más trascendentales de la anhelada reforma y de la refutación del protestantismo. La aceptación que tuvieron estas recomendaciones ante los padres y teólogos del concilio nos la declara el hecho de que, al volver los obispos por haberse suspendido aquél, los que pasaron por Valencia acudieron a saludar al arzobispo y a rendirle gracias por las instrucciones que les había dado, comunicándole regocijados que habían parecido tan acertadas y convenientes, que no sólo fueron tenidas en cuenta, sino que sirvieron como de norte y guión a los Padres en cuantas cuestiones ellas contenían. Así es que todas fueron aprobadas con general aplauso, si se exceptúan dos, en que pedía Fr. Tomás de Villanueva que no pudiesen ser trasladados o promovidos los obispos a otras diócesis, y que las rectorías y beneficios de curas de almas recayesen, a ser posible, sobre los naturales de los pueblos. Ya se deja ver el fin espiritual que las inspiraba.

Hasta visiblemente y de modo extraordinario quiso el Señor demostrar cuán aceptable era ante los divinos ojos este celo y cuidado del santo arzobispo. Habiéndose embarcado y hecho a la mar tres prelados que habían antes conversado y cambiado impresiones con él, se levantó tan bravía tempestad, que, rotas las velas y perdido el timón, estuvieron por espacio de tres días y tres noches asomados al borde del abismo, dándose ya por absorbidos en sus fauces devoradoras; los gritos de espanto y la plegaria se alzaban confundidos y en temerosa algarabía de toda la embarcación. De pronto una viva claridad vino a alumbrar las sombras nocturnas, disipando su pavorosa oscuridad y haciendo renacer la esperanza en el pecho de los náufragos, que la tomaron como anuncio de paz y bonanza. Y confirmóse la alegre esperanza y trocóse en júbilo y santo

regocijo al ver en los aires la figura del Pastor valentino, que con su báculo guiaba serenamente la nave y con su palabra calmaba las encrespadas olas, cediendo el empuje de los vendavales como en otro tiempo a la voz poderosa del Maestro. Tranquilos ya y confiados, continuaron felizmente el viaje.

¿AUSENCIA REBELDE?—Hubo quien no vió con buenos ojos la ausencia del arzobispo de Valencia; queremos creer que con buena fe e intención sana. Aparte de ser metropolitano, su nombre era sobrado conocido en España y fuera de ella; y es de suponer, además, que los obispos españoles hablaran encomiásticamente de su persona, como habló, según propio testimonio, el Rvmo. P. Seripando, general de la Orden, que en carta de 15 de noviembre de 1545 le decía [73]: «Te espero en Trento; allí tendré el gusto de volverte a ver; mucho les tengo prometido a los padres del concilio de tus extraordinarias virtudes». Y no era Seripando sólo el general de los agustinos entonces; fué, como es bien sabido, uno de los teólogos más principales e influyentes a lo largo del concilio de Trento y cardenal legado del Papa en la última etapa; «nunca bastante ponderado Seripando, que rayó siempre a gran altura en sus juicios», dice de él un jesuíta [74]; y otro jesuíta también, hablando de su muerte mientras era legado del Papa, le llama «el insigne cardenal Seripando, gala y florón de la Orden ermitaña de San Agustín» [75]. Nada tiene, pues, de particular que, dado el renombre y los elogios que de él hacían, echaran de menos los padres de Trento la persona del arzobispo de Valencia y se quejaran amargamente de que no hubiera acudido para cooperar con los demás en la magna reunión. Es más, llegaron a proceder contra él y a acusarle de rebeldía por no haber ido al concilio, según le comunicaba el obispo de Huesca, que tenía su representación en el mismo. Acude el Santo al príncipe don Felipe exponiéndole el caso y pidiendo interponga su autoridad y haga ver la justicia de los motivos que le excusaron, y cómo el emperador le había levantado la obligación impuesta, mostrándose siempre dispuesto a dirigirse a Trento si así lo mandaba, a pesar de las graves excusas que podía alegar [76]. Es de creer que el príncipe D. Felipe hiciera ver las cosas como eran, porque no se vuelven a notar más quejas ni se hace más alusión al asunto.

[73] «Revista Agustiniana», 1, p. 135 (tomado de la *Vida de Santo Tomás de Villanueva* del P. Maturana, p. 172).
[74] JESÚS OLAZARÁN, *El concilio de Trento*. Exposiciones e investigaciones por colaboradores de «Razón y Fe», p. 98 (Madrid).
[75] Pedro Meseguer, ib., p. 146.
[76] Véanse las cartas 14 y 15, con fecha 10 de marzo de 1547 y 12 de abril de 1547, respectivamente, más adelante.

Como resumen, no creemos pecar de temerarios al repetir con Vicente Escrivá que «Tomás de Villanueva, novel arzobispo de Valencia», adelantó, «para gloria de Dios y de su Iglesia, la promesa y la amanecida del concilio ecuménico de Trento» [77]; y que se dejó oír en él con respeto y admiración el eco de sus sabias inspiraciones y orientaciones. Y acatando siempre los ocultos y profundos juicios del Señor, que de otro modo lo disponía, no podemos menos de lamentar que no tomara parte personalmente en aquella venerable asamblea, que tan bien hubiera explotado la cantera de su privilegiada inteligencia, beneficiándose de sus luminosos resplandores.

AETERNA REQUIES. SIN DESCANSO.—No en vano pasan los años, ni aun las naturalezas robustas escapan a su demoledor desgaste. Antorcha sobre el candelabro de continuo en la casa del Señor, la salud de Tomás de Villanueva resentíase de los zarpazos del tiempo, que inexorables iban abriendo brecha y colándose como de rondón en una fortaleza desguarnecida. Que tal era el lema y la divisa de este santo varón: vigilia siempre tensa e ininterrumpida en guardia por los intereses eternos, indiferencia descuidada por el animalillo del cuerpo, amén de las austeridades y maceraciones a que le tenía acostumbrado para someterlo a la razón y para negociar la salud de las almas que se resistían a los recursos ordinarios. Sólo la vitalidad y ardor efervescente de su espíritu, junto con la entrega sin reserva al ideal soberano de la salvación, podían mantener en pie aquellos miembros y prestar a aquel agotado cuerpo redobladas energías para mantenerse en pie y secundar las crecientes iniciativas de un alma que de día en día se sentía aligerada de las amarras de este mundo para trasponer los linderos de la eternidad. ¡Cuántas veces el cuerpo, incapaz ya por su vigor natural de desempeñar sus funciones propias, recibe un inesperado empuje de los bríos y arrestos del espíritu impregnado en un ideal sobrehumano! Tal era el caso de Tomás de Villanueva.

Pero la prueba se había prolongado lo suficiente, y el crisol había dado por válido aquel oro de ley: Dios estaba satisfecho, y sus planes, realizados a la perfección. La hora de la recompensa era llegada, y había que llamar al siervo fiel a recibir el salario merecido; había sido fiel en lo pequeño como en lo grande, justo era que entrase a poseer el gozo de su Señor. Pero antes tenía que dar aún lecciones soberanas, que como testamento se grabaran más hondamente y dejaran más duradera impresión.

HADA DE ENSUEÑOS.—Su devoción a la Santísima Virgen

[77] *Tomás de Villanueva*, p. 167.

se había ido aquilatando, sobre todo desde el día de su Presentación de 1516, en que él se presentó a recibir el hábito agustiniano, que hasta la muerte, a pesar del arzobispado, había de vestir. Y ya vimos cómo en recuerdo de ese día, que consideró como crucial en su vida, fundó su colegio mayor bajo el patrocinio de la Virgen en su Presentación en el templo. Pero para contemplar más palpablemente su ternura y filial afecto hacia la Madre del cielo, ponemos hoy en español a la lectura y consideración de todos sus magistrales conciones de las festividades principales de la Santísima Virgen, repletas de sana y notable doctrina y fruto de un corazón encendido de amor. Ahí vemos cómo se expansiona aquel alma limpia y noble, cómo se regodea en publicar las alabanzas de la Señora, cómo alumbra nuevos y ocultos veneros de piedad y de doctrina, cómo fluyen a torrentes de sus labios ternuras y delicadezas, cómo encandila nuestros ojos, deslumbrados ante tantas magnificencias, cómo arrebata los corazones al contacto de aquel encendido entusiasmo que en el suyo alienta. Y en la fiesta de la Purificación de la Virgen del último año de su vida, como símbolo de gratitud y muestra de recompensa, estando el Santo en oración con su fervor acostumbrado y disciplinándose ante su crucifijo, añorando la quietud de su celda y pidiendo con lágrimas que el cargo no le sirviera de condenación, mereció oír del santo cristo aquellas palabras que en medio de su desolación le llenaron de consuelo: «Aequo animo esto: in die Nativitatis Matris meae venies ad me, et requiesces». Ten buen ánimo y estate tranquilo, que en el día de la Natividad de mi Madre vendrás a reposar conmigo. Con este mensaje, su vida más parecía de ángel del cielo que de hombre terrenal; su oración, trato y conversación, que parecían no admitir ya superación, renováronse y se trocaron en el reflejo de un alma que deambula por las florestas celestiales más que por pedregales escabrosos de este mundo.

ANTORCHA QUE SE EXTINGUE.—El 28 de agosto, fiesta del gran Padre San Agustín, fué el último que dijo misa; una angina le oprimió de tal suerte, que de día en día fué empeorando y, al mismo tiempo, disponiéndose con fervor y resignación más edificante cada vez, aun para aquellos sus íntimos, que tan conocida tenían su santidad. Como la enfermedad se agravaba y pasaban los días, no fué posible ocultarla ni impedir que trascendiera al público. La consternación se extendió bien pronto por la ciudad, y la amargura prendió en todos los corazones. Ruegos y plegarias por la salud del ilustre enfermo, procesiones y rogativas, sacrificios y penitencias; la ciudad entera, sin distinción de clases, se sumaba a los actos continuos que se celebraban por la mejo-

ría y restablecimiento del arzobispo. De iglesia en iglesia iban las procesiones implorando la protección de los santos titulares de cada una; las lágrimas enturbiaban a veces el semblante y las voces se ahogaban en la garganta, impidiendo la continuación de las deprecaciones.

SIN LECHO DONDE MORIR.—Otras eran las preocupaciones del «Limosnero» en aquellas circunstancias; congojas de muerte acosaban a su alma, temeroso de faltar a la pobreza que había profesado: un real que le encontrasen en su poder a su muerte sería un latrocinio en el patrimonio de los pobres. De suerte que llama a su tesorero y familiares, y por el amor que le tienen, si en algo le quieren bien, ruégales encarecidamente recojan cuanto dinero se encuentra en palacio o en la iglesia y recauden lo que puedan de sus deudores. Hecho lo cual, ellos, con los encargados de los pobres de cada parroquia, salgan inmediatamente a repartir entre los necesitados cuanto se haya reunido, sin que, llegada la noche, le traigan un maravedí. Si no fué posible ese día, al siguiente le dieron la mayor satisfacción, diciendo que ya todo estaba distribuído, manifestándoles con sinceras expresiones su agradecimiento y el júbilo que inundaba su corazón viéndose ya pobre como Cristo. Bien que pronto le enturbió el semblante la noticia de unos nuevos dineros que se acababan de recibir, junto con la de que los muebles de palacio estaban aún en poder del arzobispo. Mandó distribuir los dineros en el acto entre los criados de la casa, y que los muebles quedaran para el colegio mayor de la Presentación. Como en esa repartición de dineros no se hallaba presente el carcelero de palacio, mandó llamarle, y con afables palabras le expresó su sentimiento de que nadie se hubiera acordado de él; y como nada le quedaba sino la cama en que yacía, de ella le hacía donación formal, de suerte que desde aquel momento la considerara como suya; únicamente le rogaba si hacía la caridad de prestársela para morir en ella, y si no, que echaran su cuerpo al suelo, pues así estaba más cerca de la sepultura. ¿Qué ojos resistirían enjutos la impresionante realidad de esta última limosna del santo arzobispo con las circunstancias trágicas que la acompañaban, donde se veía tan al vivo la sinceridad y veras con que se desenvolvía el protagonista? El sentimiento se nubla y la lengua enmudece ante semejante espectáculo, y el silencio es el comentario más apropiado ante un arzobispo que muere con la pobreza del más observante religioso, y cuyo cuerpo ha de ir también a descansar en el convento en reconocimiento y protesta de su amor inquebrantable a la pobreza.

CON HÁBITO DEL SEÑOR SAN AGUSTÍN.—Tal era su voluntad y decisión; así lo había mandado en su testamento: «Sepultarse en monasterio del Orden y hábito del Señor San Agustín», y así «elegía por su sepultura la iglesia del monasterio de Nuestra Señora del Socorro del dicho Orden, constituído fuera los muros de esta ciudad». Aquel cabildo levantisco e insubordinado no había podido resistir las entrañas paternales de su prelado; los aldabonazos de afectuosa ternura, de caridad inagotable, de disciplina y santidad, habían reducido sus corazones a considerar y ver en su arzobispo un verdadero padre de sus almas, y que como tal tantas había traído al buen camino. Por eso se arrodillaron ante su lecho dos canónigos pidiendo con auténticas veras, en nombre de todo el cabildo, les hiciera merced de mandar que su cuerpo fuera sepultado en la iglesia mayor, para que, ya que no podían tenerlo vivo como su padre y pastor, tuvieran sus despojos como estímulo y símbolo de protección. Agradecióles el Santo, con la delicadeza y sentimiento que solía en semejantes circunstancias, el favor y estima que le hacían; pero les recordó una vez más que había de comportarse como verdadero religioso, y, ya que contra su voluntad y sin merecerlo le habían sacado del convento para la mitra, quería tornar a unirse con sus hermanos en el sepulcro.

TORRENTE DE LÁGRIMAS Y CLAMOREO LÚGUBRE.—Recibió con toda lucidez la extremaunción, que él mismo había mandado le diesen, la víspera de la Natividad de Nuestra Señora; ordenó también al día siguiente de madrugada le leyesen la Pasión según San Juan, haciendo detenerse en los pasos que más excitaban su devoción. Y, finalmente, aunque no podía comulgar, quiso se dijera una misa en su presencia para tener el consuelo de ver a su Salvador antes de salir de este mundo, y oída con extraordinaria devoción, tiernísimo afecto y abundantes lágrimas, al terminarla, sin un movimiento ni gesto, con la serenidad de su corazón reflejada en el semblante, verificóse el glorioso tránsito de tan santo espíritu de la cárcel estrecha y ruinosa de su cuerpo a la libertad anchurosa y bienaventurada de los eternos alcázares y al estrechísimo e íntimo abrazo con el Amado de su alma.

Con fúnebre lamento doblaron las campanas de la iglesia mayor, seguidas de las de todas las iglesias de la ciudad, a cuyo aviso se divulgó con los negros crespones de implacable tormenta la noticia de la muerte del arzobispo. Para no hacer pesada la descripción de los efectos desoladores, de los lamentos unánimes, de las lágrimas abundosas, de las escenas patéticas a la vez que edificantes, de las solemnes, generales y concurridísimas honras fúnebres,

etcétera, y por sentirnos incapaces, por otra parte, de dibujar a nuestros lectores un pálido reflejo de aquellos días de luto y consternación general, nos place remitirlos a los biógrafos más extensos [78] que con cálido afecto nos han consignado los sucesos de aquellos lúgubres días que sumieron en inconsolable duelo a las autoridades, jerarquías y pueblo de la ciudad de Valencia. Allí se describen también largamente los prodigios y milagros estupendos que se siguieron a la muerte del Santo, y de los cuales apenas hemos hecho mención en esta semblanza biográfica, ya que, como sabemos, no forman parte de la personalidad, sino que son más bien la corona de gloria con que le place a Dios honrar a sus siervos y deslumbrar de admiración a los pobres mortales que se pagan de esas extraordinarias manifestaciones.

REGUERO DE BENDICIÓN.—Unicamente, como resumen lacónico e insinuante, para que pueda el curioso lector darse una idea del duelo general que se apoderó de Valencia y de las muestras de afecto hacia el llorado «Limosnero», queremos cerrar con broche de oro estas páginas con unas líneas de Quevedo, que tan clásica y espiritualmente supo condensar la gesta inmortal de Tomás de Villanueva. Dice así al llegar a la muerte del Santo [79]: «Divulgóse milagrosamente. Por la ciudad no se oía otra cosa sino gritos, lloros y sollozos en todas personas y estados; parecía haber llegado la ruina de la ciudad. No hubo en todo el reino quien no perdiese padre y maestro y amparo. Cerraron las puertas del palacio para componer el cuerpo: vistiéronle de pontifical; abrieron las puertas, y entraron por ellas toda la ciudad y avenidas de lágrimas sobre su cuerpo. Concurrieron más de ocho mil pobres que remedió, como a otros entierros de prelados suelen concurrir pobres que hicieron. No dejaban decir el oficio los pobres con gritos y alaridos; y con esto decían los pobres su oficio, que había sido verdadero arzobispo. Lleváronle a Nuestra Señora del Socorro, donde se mandó enterrar en la sepultura ordinaria de los religiosos; mas el cabildo ordenó que se pusiera en medio de la capilla mayor, enfrente de Nuestra Señora, con un busto suyo de piedra; donde está atesorado aquel bendito cuerpo que fué alojamiento de un alma tan favorecida de Dios y que tanto codició para sí, pues vivió de suerte que en un instante que tardara en morir dejara de vivir más tiempo que había vivido. Allí está depositado, resucitando muertos, sanando ciegos, librando endemoniados y ejercitando la caridad desde la sepultura y continuando la caridad de verdadero padre y prelado».

[78] Sobre todo el P. SALÓN y VICENTE ORTÍ.
[79] *Vida...*, c. 4.

CONCIONES

I. Descripción externa

Es indiscutiblemente la obra principal de Santo Tomás de Villanueva, tanto por el volumen de las mismas como por su denso contenido. La denominación de *Conciones* se deriva de la palabra latina, aunque propiamente deberíamos llamarlas *Sermones*. Pero como llevan aquel título en latín y la casi totalidad ha llegado a nosotros en este idioma, se ha conservado aun en español esa palabra para citarlas.

Ocupan las conciones más de cinco de los seis voluminosos tomos en folio de las obras del Santo en la edición manilense, que hoy, con ser incompleta, es la más autorizada, y a la que nos referimos siempre en nuestro estudio y traducción; y se la llama manilense por haberse editado en Manila. El primer volumen salió a luz en 1881, y el último, en 1897. Fué ordenador y compilador de casi toda la obra el P. Benito Ubierna, encargado de llevarla a cabo por la provincia agustiniana de Filipinas, que sufragó generosamente los crecidos dispendios que exigía una empresa de tal categoría. Y el P. Ubierna, con un tesón admirable y decidido empeño, teniendo a la vista las principales ediciones anteriores y recogiendo cuanto nuevo pudo encontrar del Santo, logró levantar este magnífico monumento a la memoria del insigne agustino, sacar a luz tantas y tan valiosas escondidas perlas y proporcionar a los amantes de la elocuencia y de la virtud un venero tan rico y abundoso. Bien merece su celo y entusiasmo quede grabado su nombre en esta portada como digno y encomiástico recuerdo de las fatigas que cargó sobre sus hombros, y que plasmaron en éxito tan resonante. No hemos de pasar tampoco sin citar el nombre del P. Ignacio Monasterio, por otros conceptos tan conocido entre nosotros, que por falta del P. Ubierna hubo de dar remate a la obra, preparando y editando el sexto de los citados volúmenes, no desmereciendo sus esfuerzos de los realizados por su predecesor.

Ni podemos detenernos aquí en las vicisitudes por que han pasado las conciones de Santo Tomás de Villanueva hasta nuestros días; cuando se haga una nueva edición completa, será ocasión de trazar siquiera en esbozo una historia de su accidentada vida hasta llegar a nosotros y

de las ediciones que de ellas se han hecho desde que el Ilmo. P. Muñatones tuvo la fortuna de conseguir los originales de manos del mismo Santo, que, juzgando de ellos como de todas sus cosas, quería entregarlos al fuego. El mejor estudio que se ha hecho hasta ahora de las conciones y el más sólidamente asentado es el realizado por el infatigable P. Santiago Vela en el tomo VIII (incompleto) de su Biblioteca Ibero-Americana de la Orden de San Agustín.

Para tener una idea siquiera general de las materias contenidas en estos volúmenes, daremos una breve sinopsis de los mismos:

Volumen I.—Comienza con el primer domingo de Adviento y termina con el viernes después del domingo segundo de Cuaresma. Tiene una o varias conciones para cada domingo de Adviento, Epifanía, Septuagésima, etc., y al comenzar la Cuaresma en general, también para cada día de la semana.

Volumen II.—Desde el tercer domingo de Cuaresma hasta el domingo quinto después de Pascua, incluyendo los de Rogativas; hasta el domingo in Albis, a más de los de los domingos, hay sermones en muchos días de la semana.

Volumen III.—Domingo de Pentecostés hasta el domingo 24 después de esa festividad. Se limitan los sermones a los domingos, bien que algunos de éstos tienen dos o más.

Volumen IV.—Dividido en dos partes, ocupan la primera las conciones dedicadas a las festividades de Nuestro Señor Jesucristo con sus octavas, y la segunda, las que recuerdan las festividades principales de la Santísima Virgen. En las dos partes hay a veces varias conciones para cada fiesta, y así en el Nacimiento de Jesucristo son diez las conciones, y nueve en la Asunción de la Santísima Virgen.

Volumen V.—Está todo él dedicado a las festividades de los santos, siendo las principales las de San Andrés, San Ildefonso de Toledo, Santa Dorotea, San Juan Bautista, San Agustín, Todos los Santos, San Martín, Santa Catalina virgen y mártir. También al final existen algunas conciones para diversos comunes de santos y fragmentos de motivos varios.

Volumen VI.—Forma una colección heterogénea. Abren el volumen unos comentarios incompletos a algunos libros de la Sagrada Escritura, siendo el principal el de los Cantares. Luego siguen una serie de conciones sobre el Decálogo. Un apéndice con diversas conciones o fragmentos para muchos días y festividades del año litúrgico. Las Constituciones del colegio mayor de la Presentación y las obras castellanas cierran el volumen.

Excepto una pequeña cantidad, todas las obras están escritas en latín, que no parece ser el lenguaje en que las escribiera primitivamente el Santo, sino que, compuestas primero en español, las vertía luego al latín; y así podemos explicarnos los giros y frases, a veces tan españolas, que sólo en la forma de las palabras son latinas. Con lo cual queda también insinuado que el latín de Santo Tomás no es de grandes vuelos ni de elegancia mediana; contiene, es verdad, párrafos que arrebatan y suspenden nuestra atención, pero es más bien efecto de la elevación de la materia y del fervor y devoción en que parece anegarnos el Santo.

También con lo anterior se da por afirmado que los sermones los predicaba en español. Y aquí sí que es de lamentar no se nos hayan conservado, más que en casos contados y aun entonces con notables mutilaciones, los originales que él predicara. Porque, como veremos al tratar de las obras españolas, se echa de ver en ellas un estilo plenamente logrado y una elevación retórica digna de los mejores tiempos del idioma, y de la cual, por desgracia, tan escasos ejemplares se han salvado de los zarpazos del tiempo por la incuria de nuestros antepasados.

II. Valor de las obras de Tomás de Villanueva

Ya hemos hecho notar en otro lugar el absurdo de tener tan olvidado a Santo Tomás de Villanueva. Y si esto es en el desconocimiento de su personalidad, representación e influencia en aquel gran siglo que mereció ser llamado de oro, todavía se acrecienta al echar una ojeada sobre el sueño profundo en que duermen sus obras, que son las obras de quien reiteradamente ha sido apellidado último Santo Padre de la Iglesia española por la copia de su doctrina, por su fundamento sólido de la Sagrada Escritura y por el celo de las almas con que salía de sus ardorosos labios. Quizá tenga razonable disculpa este abandono: la ignorancia, por una parte, de cantera tan excelente; la escasa publicidad que le han dado quienes más obligados estaban a ello; la dificultad, por otra parte, de adquirir ejemplares de sus obras, ya que no las ha habido manuales y al alcance de cualquier fortuna, junto todo ello quizá a encontrarse en latín, y no en un latín que cautive el oído por su sonoridad y armonía, y a que ha pasado un poco a la historia la santa libertad característica del Santo y la enjundiosa savia de

sus escritos, nos proporciona el triste espectáculo de estar arrumbada una de las más puras y genuinas glorias de nuestra literatura devota, mística, retórica, teológica y escriturística.

Si hemos de ser sinceros, nosotros mismos hemos pasado muchas veces a la vera de la fuente sin percatarnos de sus cristalinas ondas: oyendo por necesidad con frecuencia en nuestros años juveniles la lectura de las conciones y teniendo también necesariamente continuo roce de una u otra manera con la vida y escritos del Santo hermano, hasta no consagrarnos con un interés especial e intencionado designio a la tarea de una lectura mas reposada de ellas, no hemos percibido el caudal de doctrina siempre creciente que encierran. Parece condición ya hereditaria entre los españoles, y de modo particular en los agustinos, la realización de grandes empresas sin la preocupación de cantarlas o recordarlas dignamente, y singularmente tratándose de glorias del gran siglo, donde tantas y de categoría famosa abundan. Aunque relacionándose con la oratoria se da un fenómeno que no lamentaremos nunca lo suficiente, y veremos si somos capaces de ponerle remedio algún día: hemos ido admitiendo paulatinamente el tópico de que no tenemos grandes oradores, lo hemos ido propalando con menos cordura aún, y ya hemos llegado a convencernos del lunar que nos legaron nuestros mayores en esa materia. Menos mal que para todo llega la hora de la verdad, y han comenzado ya algunos investigadores de la belleza literaria a bucear en archivos y legajos olvidados y a justipreciar joyas de nuestra oratoria que el polvo, humedad y descuido están aniquilando, y con celo y paciencia admirables van desentrañando glorias y riquezas insospechadas. Con ello han comenzado las reivindicaciones de figuras próceres totalmente desconocidas o lastimosa y vergonzosamente pasadas por alto. Bastarían como elocuente botón de muestra las palmas que baten en son de triunfo y los elogios en que se desatan don Miguel Mir y el P. Olmedo en sus respectivas introducciones y presentaciones de los PP. Cabrera y Vázquez, dominico el primero y agustino el segundo, y la proclamación paladina que hacen de los quilates de altos vuelos de su oratoria. Como no podemos detenernos en esta materia, brindamos la lectura de sus introducciones, ya citadas en la página 8.

La sencillez.—Característica general de las conciones de Santo Tomás es la sencillez de la materia y de la exposición. No una sencillez rebuscada y de artificio. Cuando habla el corazón, suele hacerlo con lenguaje al alcance aun del vulgo, pues es su estilo único y común a todos. Las profundas y sutiles disquisiciones llegan quizá a cautivar la

atención y a ocupar la inteligencia de los ilustrados; ya sabemos que en la generalidad del vulgo lo más que pueden conseguir es un necio aplauso por la admiración de lo que no se entiende y que se juzga por eso precisamente maravilloso. Cuando no existen intereses superiores que granjear, calificamos de vanidad esa ampulosa garrulería. Pero que semejantes elucubraciones o pomposidades lleguen a escalar la cátedra del Espíritu Santo para deslumbrar a incautos e ignorantes, no sabemos si achacarlo a la ambición de necios aplausos o a la inconsciencia en el desempeño de sagradas funciones.

Al grano.—Santo Tomás de Villanueva predicaba el Evangelio, la doctrina de Cristo, y la predicaba al pueblo cristiano; en el cual, si es cierto que hay muchos ilustrados y capaces de seguir al orador aun en las más intrincadas excursiones de alta teología, no lo es menos que esos mismos no salen tan edificados y aprovechados de esas sutilezas como lo saldrían de la homilía más sencilla de un fervoroso cura de aldea. Y si es verdad que a veces salen hastiados y cansados de aquella burda exposición o machacona insistencia, habrá que achacarlo a su tiesura vanidosa y tonta o a la falta del verdadero celo y espíritu de Cristo en el predicador. Lleven éstos a Cristo en su corazón, estén poseídos de un encendido ardor por las almas, y será su boca como lengua de fuego que arrebata los ánimos de los oventes, como lo eran las de los apóstoles después de recibir el Espíritu Santo; viva el predicador el Evangelio, y fácil le será traer a él a los demás. ¿Cómo va a persuadir la modestia, la penitencia, la obediencia, el honor y culto debido a Dios, de qué le sirve poner el paño al púlpito y lanzar arengas y anatemas para convertir a los pecadores, si luego sus labios, sus maneras, su porte, sus costumbres, contradicen todos sus alegatos? Nos lo inculca una y más veces el Santo: la causa del poco fruto de tantos sermones no es otra que el mismo predicador: «Los predicadores *hablan* y *no practican*: no viven según la ley que predican» [80]. Esa es, nos dice el Santo en el mismo pasaje, la causa más detestable del escaso fruto del predicador. «¡Oh predicador!—exclama en otro lugar—, sé tú bueno antes, y luego ve a predicar. Si pretendes persuadir la penitencia, hazte tú antes penitente; si la castidad, procura que antes brille esta virtud en ti» [81]. «Lléguese el predicador, pero un predicador del que se pueda decir: «Habla y practica»; un predicador que esté lleno del espíritu de Dios, dotado de celo, que arda en anhelos de la salva-

[80] Martes después del domingo de Cuaresma, conc. 1, n. 7.
[81] Ib., n. 8.

ción del prójimo. Y si tiene estas cualidades, se verá libre el alma del pecador... Poco importa que fulmine amenazas de juicio y de infierno, si no lleva una vida fervorosa, si no tiene el espíritu de Dios. Creedme: más consiguen los predicadores santos con un solo sermón que con veinte los tibios» [82].

Claro que podría replicarse: si el sacerdote cumple su voto de castidad, si no blasfema, si se contenta con lo suyo, etcétera, puede ya con tranquilidad reprender el libertinaje, la blasfemia, el robo, la desesperación, la soberbia... Cierto, quizá los fieles no puedan echarle en cara sus vicios, quizá no puedan reprocharle que su conducta no se acomoda a su predicación. Pero no basta que no sea del todo frío, no basta que lleve una vida más o menos morigerada, no basta una vida buena; para calentar a los demás, es preciso que el predicador arda, es preciso que sus entrañas se consuman de amor por las almas. Vemos cómo Tomás de Villanueva nos habla del sermón de un santo frente a veinte de un tibio. Lo confirma con la autoridad de San Agustín: «Pues si el ministro de la predicación no arde en llamas de amor, no puede encender a aquel a quien predica» [83]. ¿Cómo no ha de ser así, cómo no va a ser la santidad del predicador el resorte y móvil principal de su elocuencia, si hasta en los que no predican se convierte ella en pregonera de la gracia de Cristo y en granjeadora de almas para El? «Excelente predicador es el justo en medio del pueblo, aunque no diga una palabra; sus obras son otros tantos clamores, pues la vista de la virtud produce mayor bien que su predicación, y mueve más Cristo encarnado en un santo que pregonado en un sermón» [84].

De suerte que la santidad de vida ha de ir junta con la predicación; que como ésta no es una fórmula ritual, sino un medio de volver a las almas al buen camino o confirmarlas en él y abrirles nuevos horizontes, como es el paso previo de su conquista para la fe, y esto no es un mero requisito externo, un papel que hay que llenar, sino que implica el esfuerzo de actividades anímicas o espirituales empujadas y coronadas por el impulso interno e invisible de la gracia, debe llevar siempre la predicación de la divina palabra el sello inconfundible de una inspiración netamente espiritual, debe abundar y sobreabundar en el ánimo del predicador el motivo sobrenatural, el celo apostólico y desinteresado, la solicitud pastoral por la salvación de las ovejas; y no se compadece todo eso fácilmente con un espíritu en quien no domina como verdadera reina la caridad evangélica, el fervor y la santidad. Todo lo demás será dar voces como los contrincas del profeta Elías, creyendo y esperando que con gritos estentóreos y braceos de energúmeno van las almas a dejar sus caminos torcidos y emprender la duradera ruta de la virtud cristiana.

[82] Ib., n. 9.
[83] SAN AGUSTÍN, *Enarrat. in Psalm. 103*, serm. 2, n. 4, citado en la nota.
[84] Fiesta de San Agustín, conc. 1, n. 4.

Lo tiene harto anunciado en teoría y archiconfirmado en la práctica Tomás de Villanueva. No se preocupa de la rotundidez del período, de la vistosidad de imágenes, aunque sepa usar de ellas ingeniosamente; no se paga del aparato externo ni anda a la caza de efectismos. Ha de ser el celo ardoroso y la abnegación el norte y estímulo de la verdadera predicación; la claridad y la sencillez, el complemento que hagan asequibles las verdades aun a los más rudos e ignorantes. Por eso no se desdeña en sus sermones de repetir los mismos pensamientos; dirigiéndose a los mismos públicos, en diversos tiempos o localidades, no pretende pasar por ingenioso sacando a plaza cosas nuevas que suspendan al auditorio y se capten las simpatías. Es difícil decir cosas nuevas en una serie de sermones; aunque Dios es infinito en sus perfecciones, y por mucho que de El digamos jamás agotaremos el tema, no suele nuestro discurso llegar al ápice de abarcarlo plenamente, y, por tanto, se cierra pronto el circuito que podemos recorrer. ¡Cuántas veces, como ya dijimos, al anunciar que iba a predicar en otra parte y preguntarle algunos que no habían entendido dónde había de ser, les respondía con aquella su sencillez y naturalidad que no necesitaban ir allá a escuchar lo que acababan de oír, porque había de repetir el mismo sermón!

Esto no quiere decir que fueran sus sermones una exhibición de desaliño y un acervo de lugares comunes y machacones. Tanto como del amaneramiento y afectación huía del descuido y falta de preparación, que no es otra cosa que una tentación al Espíritu Santo o una frescura y desfachatez. La sola compilación de sus conciones ya es un argumento de la preparación del Santo: no dejaba el éxito del sermón a la inspiración sola del Espíritu Santo, presentándose con una idea superficial de la materia; el orden y división de ésta en sus partes correspondientes facilita al oyente la comprensión y retención de lo escuchado. Santo y bueno que no se amarre el espíritu e imaginación del predicador a la letra, que puede matar la animación que las circunstancias presten al mismo; pero tampoco se ha de dar en el extremo opuesto, presentarse al público con la cabeza hecha un cajón de sastre, sin orden ni concierto, a merced de la buena estrella, confiado en sus éxitos anteriores o en la facilidad y dominio del público.

SAGRADAS ESCRITURAS.—Precisamente no era Santo Tomás un espíritu apocado y enclenque, que pudiera preocuparse por no salir del paso. Su preparación humanística, filosófica y teológica de la universidad, el desempeño de su cátedra en la misma, la agitación de una vida que hubo de desenvolverse entre el desgarro y picaresca de la estudiantina, la consolidación más tarde en las horas reposadas del claustro y la entrega total a la oración y lectura de los libros santos y las obras de los Padres de la Iglesia, habían sido para Tomás de Villanueva otras tantas canteras en que se fué formando aquel magnífico arsenal de conocimientos, que, junto con la firmeza de su carácter y lo probado de su virtud, hacían de él el oráculo de su tiempo, a quien, como sabemos, el mismo emperador acudía en los trances más difíciles en demanda de consejo.

Es admirable el dominio que tiene y demuestra de las Sagradas Escrituras y la agudeza con que penetra y explaya su sentido; las conciones son un empedrado de textos sagrados, que en sus manos de consumado artífice se ayudan y completan unos a otros y aclaran y confirman maravillosamente la materia de que se trata; los maneja con tal abundancia y desenvoltura, que nos deja atónitos viendo la facilidad con que se ilustran todos los temas. Y no es precisamente un libro o una serie de ellos, que podía haber estudiado con atención singular; libros históricos y doctrinales, biográficos y simbólicos, todos los encontramos abundosamente en sus conciones. Bien se echa de ver la parte principal que en la vida de estos personajes tenía la Sagrada Escritura; la estudian afanosamente durante su formación, continúan repasándola y tratando de desentrañar sus múltiples sentidos cuando tiene ocio para ello, y forma siempre como la obsesión de su vida; al fin, como aconsejaba San Jerónimo a su discípula, el sueño les sorprendía sirviéndoles la Biblia como almohada. Realmente veían y sentían de la Escritura lo que todos sabemos muy bien en teoría: que es la palabra de Dios, no muerta y estática, sino dinámica y viviente, que nos habla hoy como hablaba a Adán en el paraíso o como la escuchaban los apóstoles de boca del mismo Cristo. Y así se explica la asiduidad y reverencia con que acudían a ella, y, mediante este culto y veneración, se comprende tuvieran tan a la mano los pasajes que en un momento dado precisaban.

Cierto lunar a este respecto han querido ver algunos en las obras de Santo Tomás de Villanueva: excesiva abundancia quizá de citas de la Sagrada Escritura y, sobre todo, la aplicación de la misma con mucha frecuencia en un sentido acomodaticio, es decir, en un sentido que ni literal ni figuradamente se encierra en la misma, sino que por cierta

apariencia o comodidad se le atribuye como si fuera el propio. Es más, quizá sea ése el obstáculo capital que ha impedido la declaración del Santo como doctor de la Iglesia; pues más de uno hay con ese título que no tiene tantos méritos teológicos, y cuya santidad de vida, sin acudir a comparaciones, como sabemos, siempre odiosas, tampoco supera a la de nuestro Santo. No vamos nosotros a colocarnos en un plan partidísticamente encomiástico ni a descender a la palestra con una vindicación premeditadamente absolutoria: «In dubiis, libertas», ha sido el lema agustiniano, cuya trayectoria es distintivo de que podemos con sano orgullo blasonar; si hubiera algo de cierto en esas imputaciones, ¿por qué habríamos de empeñarnos en echar un velo indulgente que las encubriera? ¿Acaso por un punto de falsa honrilla para el hábito querríamos oscurecer la verdad? Sería una negra injuria a la noble estirpe de que descendemos: la verdad fué el sueño inquietante que por luengos años prosiguió Agustín y a cuya defensa consagró luego sus mejores esfuerzos.

Así, no se puede negar la profusión de textos de la Escritura, que entorpecen a veces la marcha del sermón. Y claro está, no porque pueda el predicador de propia cosecha derramar más luz o proporcionar más nutritivo alimento que el de los pasajes sagrados, sino porque, dada nuestra humana condición, se nos hacen pesadas tantas citas y nos parece como si el hilo del discurso quedara interrumpido; nos gusta verlo más suelto y más ágil, aligerado de explicaciones y confirmaciones, que abren más amplios horizontes ciertamente, pero que, ensartándose unas con otras, vienen también a recargar el contenido, haciéndolo un poco molesto y fastidioso. Una diferencia grande se nota a este respecto entre las conciones de tiempo y las de los santos: se leen éstas con mayor deleite que aquéllas; las descarga notablemente de citas de la Sagrada Escritura, analiza con más detención quizá las virtudes, trata con más calma e hincapié de la aplicación de las mismas, las exhortaciones corren más sueltas y desembarazadas, la imaginación sigue con más libertad su rumbo; en una palabra, podríamos decir, juega un papel más importante el ingenio personal del autor, con lo que nuestra mente e imaginación, que se sienten en contacto con otras semejantes a ellas y que les hablan en su lenguaje, se notan aliviadas del hondo y fecundo contenido que las abrumaba. No quiere decir esto que en las festividades de los santos no se acuerde de la Sagrada Escritura—no puede caer ningún predicador en aberración semejante—, sino que los pasajes son más raros y espaciados, y por eso parece como si vinieran más a pelo o cuajaran con más propiedad.

Respecto al sentido acomodaticio o impropio que puede atribuirse a pasajes de los libros santos, no somos autoridad en la materia y podríamos descartar nuestra intervención para dilucidar cuestión tan delicada. Bien que hemos de convenir de antemano en que, si fuéramos a juzgar con rigor escriturístico muchas otras apropiaciones de escritores eclesiásticos y aun de Santos Padres, es posible que nos lleváramos serias sorpresas; pues al cabo de manejar a diestro y siniestro la Sagrada Escritura y servirse constantemente de sus testimonios, nada tiene de particular que a las veces tropiecen dando en algunas exageraciones que se aproximen a las típicas o tópicas de Fr. Gerundio. Yo no me atrevería, por ejemplo, a tildar de acomodaticias muchas aplicaciones de Santo Tomás de Villanueva y aceptar como genuinas todas las de San Juan de la Cruz en sus obras sublimes. No vamos a quitarle nada—sólo intentarlo sería una necedad—al Doctor Místico; pero no podemos disimular un gesto de escepticismo cuando, para corroborar algunas de sus subidísimas disquisiciones, cuya verdad tampoco tratamos de poner en cuarentena, acude a confirmarlas con uno y otro testimonio de la Escritura que nos parecen muy remotamente relacionados con la cuestión.

Indudablemente, la obra de Santo Tomás ganaría mucho si se la despojara y aligerara de tan frecuentes testimonios y larguísimos pasajes de la Sagrada Escritura; bien que perdería algo de su solidez y macizo contenido. Y como en las obras de los santos, como en la Sagrada Escritura, más que brillantez y arreos de elocución y estilo hemos de ir buscando material para nuestra formación y edificación y para enseñanza e ilustración del pueblo fiel, es preferible soporte su tantico de aridez la imaginación a trueque de que la inteligencia encuentre pábulo abundoso y acomodado a sus necesidades y salga bien pertrechada. Y esto es lo que siempre encontrará en Santo Tomás de Villanueva: un acopio inagotable de doctrina para cualquier circunstancia, una exposición clara de la materia y una inspiración soberana y celo encendido, que nos contagia pronto en su contacto y nos hace sentirnos solidarios y en cierta manera responsables de los males que tratamos de corregir y congratularnos de los bienes que complacidamente constatamos. Y es indiscutiblemente la más preciosa ayuda que pueden prestarnos en la tarea de nuestra edificación propia y en la de la predicación. Cuando el predicador no se siente como ligado con sus oyentes, cuando no le lastiman sus lacerias, cuando le dejan insensible los frutos que de su sermón puedan reportar, puede dar por descartada la infertilidad de su obra y no molestarse en ascender los cuatro peldaños del púlpito; la frialdad e indiferencia serán el prólogo, centro y remate de su sermón, y donde el hielo extiende sus esterilizadores tentáculos no pueden brotar chispas.

SANTOS PADRES.—Si no ha llegado Santo Tomás de Villanueva a engrosar el elenco de estos maestros de la Iglesia universal llamados Santos Padres, ha seguido de cerca sus pisadas y se ha hecho eco de sus meritísimas enseñanzas; casi podríamos decir que comparte con ellos el magisterio eclesiástico, aunque no pueda darse a sus obras la autoridad que el peso y poso de los siglos les ha reconocido a aquéllos. Con razón, sin embargo, le denominó Menéndez y Pelayo «último Padre de la Iglesia española», en atención a los méritos que su vida y sus obras le granjearon.

Poco le quedaba ya que decir de su cosecha a la altura en que se encontraba en su tiempo la explicación del dogma y el comentario de las Sagradas Escrituras. Por eso se dedica con todo ahinco a la contemplación de éstas y a revolver las páginas de los que más se han distinguido en el campo de la Iglesia. Cuatro fueron los maestros que más le cautivaron y cuyos pergaminos ojeaba con más ansiedad y cariño: San Agustín, San Gregorio, San Bernardo y Santo Tomás de Aquino. Las citas de estas atalayas del pensamiento católico se entreveran con las de la Escritura; y la afición con que los consultaba y estudiaba corría parejas con su afición a los sagrados libros. Y así podemos ver en las citas y en el espíritu de sus obras un hálito de estos próceres doctores de la Iglesia: aquel amor encendido y amplitud de miras y criterio del Aguila de Hipona, la suavidad y unción del melifluo San Bernardo, el orden y solidez del Angélico Doctor, etc. Hoy que la imprenta ha llegado a su apogeo y tenemos a disposición tal abundancia de obras, tal variedad, concordancias, citas, juicios, nos maravilla cómo en aquellos tiempos de mantillas, en que por necesidad tenían que escasear, a más de no tener las ventajosas cualidades aun materiales que tienen las de nuestros días, nos maravilla, repetimos, cómo podían llegar a un dominio tan asombroso de las ciencias, así eclesiásticas como profanas; y en el caso concreto, cómo logró Santo Tomás de Villanueva llegar a familiarizarse con los principales escritores eclesiásticos. Porque para tener esa familiaridad, esa holgura y desembarazo en sus citas y alusiones, se necesitan muchas horas consumidas en trato asiduo con sus obras, prolongadas e intensas vigilias robadas al necesario reposo. No es posible de otra suerte, dado el ajetreo que fué típico de su vida desde que, terminado el noviciado y apenas celebrada su primera misa,

comenzaron a lloverle ocupaciones de púlpito, confesonario, cargos en la Corporación, etc.

EL TEÓLOGO.—No escribió Santo Tomás de Villanueva ninguna obra de teología, ni es necesario para escalar las cumbres de ese magisterio dejar condensados y ordenados los conocimientos que se atesoran. A lo largo de las obras del Santo se descubre y deslinda cabalmente un teólogo consumado: no son vagos vestigios o huellas indecisas que nos suministren elementos para rastrearlo. Cuando se ha llegado a dominar la teología y a asimilar sus principios y a encajar sus consecuencias, saltan los destellos de su aplicación lo mismo en una lección dogmática de aula universitaria que en la sencilla homilía al pueblo ignorante. ¡Con qué seguridad y limpidez fluyen las palabras en sus conciones cuando se atraviesa un punto dogmático o se topa con un problema moral! En su vida también surgían momentos espinosos y circunstancias que exigían un tacto y prudencia especial: no era sólo el recurso a la oración, que él consideraba el arma más poderosa; su despejada inteligencia, tan diligentemente cultivada, y la serenidad y aplomo de su criterio prudente y ponderado, contribuían en parte principal a solucionar espinosos trances. Bien nos demuestran esa seguridad y consejo, pasando por alto tantas cosas imaginables en tal sujeto, el aprecio y estima que de ellos hacía el emperador Carlos V y la confianza con que a él acudía como a un oráculo, teniéndose por más seguro y tranquilo con la sola respuesta del humilde agustino que con las de otros muchos muy doctos y sabios.

Casos particulares y concretos en sus obras, como arriba insinuamos, los encontraríamos a granel; aunque no en su forma escolástica y sentando plaza de explicación didáctica, brotan aquí y allá esas manifestaciones de un dominio cabal de la teología. Por ejemplo, cuando le sale al paso hablar de la dificultad o imposibilidad de saber con certeza el estado de gracia [85], breve y concisamente va al fondo de la cuestión y aduce los testimonios de la Escritura y autoridad, pasándolos por el tamiz del discurso, para luego llegar a las conclusiones y aplicaciones prácticas, que es a donde encamina él siempre el laborioso esfuerzo de las disquisiciones, tanto dogmáticas como escriturísticas.

Si se interpone un problema de moral, adelantándose a los tiempos modernos, nos describe circunstancias y situaciones que encuadrarían magníficamente en el torbellino de vil mercantilismo que ha dado por tierra estrepitosamente con las más elementales bases de moralidad. Son dignas de atención y estudio las conciones en que trata de

[85] Martes después del domingo 1.º de Cuaresma, conc. 1.

cada uno de los preceptos del Decálogo. Las numerosas en que se desarrolla el séptimo contiene interesantísimas cuestiones, y dilucídanse allí problemas como el del monopolio, que nos hace situarnos en la época actual asistiendo a los bajos manejos de poderosísimos «trust» para acapararse el comercio y monopolizar las riquezas sin reparar en licitud o ilicitud de medios a ello conducentes. Condena, por otra parte, con energía el tráfico que se hace o puede hacerse aun con las materias más elementales y necesarias a la vida, la venta abusivamente escandalosa de víveres. En opinión del Santo, los tales, los que se aprovechan de las circunstancias, los que explotan inicuamente las necesidades más perentorias y vitales, los que trafican y especulan con el hambre y la desnudez del indigente, son más perversos que si se dedicaran al latrocinio por montes y caminos, y merecen un castigo más tremendo que si practicaran el robo públicamente [86]. Con qué regusto, diríamos nosotros, que no tenemos las entrañas de caridad evangélica del Santo, con qué regusto, añade un poco más adelante como contraste: «Un juicio suave y de gran mansedumbre se hará a los pobres y pequeñuelos; en cambio, un juicio con todo rigor y castigo amenaza a los ricos y poderosos» [87]. Recta manera de proceder de la justicia divina para equilibrar las arbitrariedades de la injusticia humana, que hace a los pobres el blanco de todas las exigencias y castigos, mientras los burlan aquéllos con sus riquezas y recomendaciones.

LA RIQUEZA.—No puede menos de jugar un papel importante en las obras del Santo como contraposición a la pobreza voluntaria que como religioso llevó hasta el extremo que conocemos, como lujo que da en cara al necesitado con las terribles consecuencias de su miseria y, sublimando el significado y concepto, como prenda segura y compensadora de los trabajos e infortunios, de los sufrimientos y penalidades, de la abnegación y mortificación, que nos punzan forzosamente en este mísero destierro o que voluntariamente abrazamos por Cristo. En todos estos conceptos salen a relucir aquí y allá los lamentos de las privaciones que han de aguantar los pobres, de la despreocupación de los verdaderos y auténticos bienes que el cristiano ha de ambicionar [88], del excesivo afán con que los mundanos se fatigan y desviven por estas miserables y efímeras riquezas [89], del rubor y vergüenza que debería cubrir nuestro rostro ante el abandono e indiferencia con que nos portamos estando

[86] Lunes después del domingo 4.º de Cuaresma, conc. 2, n. 13.
[87] Ib., n. 18.
[88] Domingo de Quincuagésima, conc. 3.
[89] Fiesta de Santa Catalina, conc. 1, n. 3 y 4; conc. 2, n. 3; y en otros muchos pasajes que no es posible enumerar.

convencidos de que no están aquí nuestros tesoros. ¡Cómo se extiende el Santo en la consideración de las verdaderas riquezas, las únicas que han de perseverar, las únicas que no podemos perder, las únicas que tienen verdadero valor y pueden llenar o satisfacer el corazón, a diferencia de estas aparentes y fantasmagóricas, que sólo fascinan los sentidos, turban la imaginación y nos arrastran en pos de sí para burlar al fin nuestra ambición y sed insaciable! Pone delante también y pondera los sudores y fatigas que han arrostrado los justos, las mortificaciones y penitencias que se han impuesto, los peligros y terribles luchas que han soportado, la horrible atrocidad de martirios a que se vieron sujetos, con la vista y el pensamiento fijos en la posesión de las eternas riquezas, con la esperanza de las promesas que tiene Dios hechas a los vencedores. Y como contraste, nuestro egoísmo inconfesable, nuestra mezquindad cicatera con el Señor: por nada que hacemos, por una pequeña renuncia, por una insignificante mortificación de los sentidos o de la voluntad, por haber disimulado una pequeña ofensa de nuestro hermano, por un ayuno o una vigilia, ya nos parece haber roto los diques de la generosidad y tener almacenados innumerables tesoros en los eternos graneros.

No conocemos ni sabemos valorar las eternas riquezas, no sabemos apreciar lo subido de sus quilates, al querer equiparar con ellas la tacañería de nuestras obras. Así como, por el contrario, apreciamos desmesuradamente estos bienes de aquí bajo, les damos una fantástica categoría, porque deslumbran nuestros sentidos y nos dejamos engañar por su brillo falaz e ilusorio. ¡Con qué facilidad renunciamos a la herencia celestial por unas monedas, por un puñado de oro! ¡Cuán difícilmente, en cambio, renunciamos a nuestras ganancias y utilidades, o dejamos que nuestra fortuna sufra menoscabo aun frente a supremos intereses! Ya se ve que desconocemos el lugar que han de ocupar en nuestra estimación, que las juzgamos indispensables en nuestra vida, que ignoramos plenamente la excelencia de la pobreza evangélica, que es el reverso de la medalla: el despego de las cosas de este mundo, la renuncia a las riquezas y bienestar que ellas proporcionan, el menosprecio de los halagos que con su posesión nos brindan. Y, finalmente, aparece con evidencia palmaria que nos hemos olvidado del único camino que Cristo nos trazó; que el conjunto de las bienaventuranzas se abre con la de los pobres de espíritu, y, finalmente, que el aliciente más poderoso, el del ejemplo, lo tenemos claro y definido: Cristo pobre, nace de madre pobre, tiene una casa pobre, no tiene ni donde reclinar su cabeza, si no es en el desnudo leño de

la cruz [90]. ¿Y pretendemos nosotros subir por otro camino, más aún, por el camino opuesto, al reino de los cielos?

LOS PECADORES.—Cristo, como Maestro soberano, dió público y solemne testimonio del objeto primario de la predicación evangélica: *No son los justos, sino los pecadores, a los que he venido yo a llamar a penitencia* [91]. Aunque también los justos necesiten el rocío celestial de la gracia para mantenerse y crecer en esa justicia, y sea la palabra divina como el vehículo que a ella nos lleva y nos abre sus puertas despertando nuestros entusiasmos y estimulando los buenos deseos, sin embargo, como en la parábola del pastor que deja las noventa y nueve ovejas para ir en busca de la única descarriada, forman los pecadores el centro adonde convergen las actividades apostólicas del cristianismo, como si fueran ellos el objeto predilecto de las divinas miradas y atenciones, porque los justos están ya dentro del vallado del divino redil y en la comunión del Cuerpo místico, cuya cabeza es Cristo. De suerte que reconvenciones ásperas y duros anatemas, consejos y exhortaciones, invitaciones insinuantes y llamamientos amorosos, tienden primordialmente, a veces directamente, con disimulados rodeos otras, a hacer reconocer su miserable estado a los que se hallan apartados de Dios y a tornarles al seno beatífico de la gracia, arrancándoles a la aborrecible esclavitud del pecado.

Ya hemos visto en la práctica cuán al profundo le llegaban a Tomás de Villanueva las miserias del pecador y cómo le dolía su lamentable estado, no perdonándose sacrificio alguno para arrebatar almas al demonio y volvérselas a Cristo como a su legítimo dueño, pues que con su sangre las había rescatado. Estos mismos sentimientos son los que palpitan en sus conciones y llenan su amplio contenido; claro está que en medio de ellas saltan unas veces exhortaciones encendidas a los justos y almas santas para que se santifiquen más, elogios encomiásticos a los mártires y a los santos por sus heroicas gestas, mil parabienes y alabanzas a Cristo Señor nuestro y a su santísima Madre, considerándolos en el pináculo de la gloria y derramando a manos llenas sus bendiciones. Pero aun en medio de esos sentimientos es el pecador el objeto final, pues que se explaya así para inspirarle confianza o para descorrerle el velo que le encubre la hermosura de la virtud y le tiene aprisionado entre las mallas del pecado. ¿Cuál es, en efecto, su pesadilla sino el ansia desbocada y la facilidad con que se lanzan los mundanos en pos de sus deslumbradores ensueños,

[90] Fiesta de Todos los Santos, conc. 2.
[91] Lc. 5,32.

que les llevan miserablemente a la perdición y a la muerte del alma? «Si quisiéremos considerar con ojos claros, como desde elevada atalaya, los errores de los hijos de Adán, un profundo dolor se apoderará de nosotros y apenas podremos contener las lágrimas ante ceguera tan digna de compasión. ¿Quién puede dejar de dolerse al ver una muchedumbre tan inmensa correr en pos de su perdición y su muerte con un esfuerzo, fatiga y ansia agotadores?» [92] ¡Cómo le atormenta al Santo la negligencia y despreocupación del pecador por la recuperación de la gracia! ¡Con qué vehemencia y afecto trata de pintarle al vivo su situación, el lamentable estado de su alma, para que se apresure a salir de él, a acercarse a la confesión y recibir el baño de la sangre purificadora de Cristo! [93] ¡Es tan desolador el desastre que el pecado causa en el alma y tan excelentes y preciados los tesoros de que el pecador se priva...!

Y así se recrea, como si dijéramos, en describir en otros lugares, con vivo colorido y animado acento, la necedad de los mortales que tratan de saciar la sed de su alma inmortal en las fétidas y corrompidas aguas de este mundo; como aquella Samaritana, símbolo o imagen del alma pecadora y mundana, que, seca y muerta de sed, con la hidria sin fondo de su concupiscencia desciende al pozo de este siglo para extraer de las criaturas el agua del deleite que pueda calmar y saciar su sed: ésta es la ocupación y el anhelo de todos los mundanos, a esto se encaminan y encauzan sus ansiedades y esfuerzos. Pero como ignoran que no puede el agua de este mar salobre calmar la sed ni extinguirla, sino que, por el contrario, la provoca e inflama más, quiere el Santo y los exhorta a buscar el agua verdadera, el agua limpidísima, clarísima, dulcísima y saludabilísima de la gracia, que menospreciaron neciamente para fabricarse las cisternas resquebrajadas que no pueden contener sino el agua turbia, pútrida, mortífera y envenenada [94]. Amargor acibarado es lo único que queda del placer de la sensualidad; no existe realmente placer en el pecado sino en el ansia y deseo del que lo busca y cree, engañado, encontrarlo allí; como el perro que al roer un hueso mondo y lirondo, sin jugo ni sustancia, juzga como tales a la sangre que la dureza hace saltar de su propia boca [95].

La antítesis del pecador que corre desalado tras los vanos y fementidos placeres que ofrece el mundo, nos la representa el Santo personificada en tantos justos que han

[92] Fiesta de los santos mártires Quirico y Julita, n. 1.
[93] Domingo 4.º de Adviento, conc. 5, n. 5 y 6. Véanse también las otras conciones de ese mismo domingo.
[94] Viernes después del domingo 3.º de Cuaresma, conc. 3, n. 2.
[95] Lunes después del domingo 4.º de Cuaresma, conc. 2, n. 10.

comprendido la vaciedad caduca y efímera de todos esos imaginarios deleites, se han dado al ejercicio y práctica de las virtudes sólidas, tan ásperas y dificultosas en la apariencia, pero en la realidad tan llenas y compensadoras. El justo sabe que no se encuentra Cristo en el bullicio del mundo, que no puede saciar su sed sino en la soledad, como le halló solo la Samaritana junto al pozo; que es una necedad andar mendigando de las criaturas unas miserables gotas de deleitable consuelo, solicitándonos Cristo para que le dejemos abrir en medio de nuestro corazón ríos torrenciales de maravillosa dulzura y suavidad [96]. Ahí tenemos como prototipo a ese penitente infantil que alumbrado del Espíritu Santo ha abandonado la casa paterna para disponerse a ser digno preparador de los caminos de su Señor. ¿Qué regla de vida es la suya? ¿Qué hacía allí solo junto a las orillas del Jordán o en el árido desierto? ¿Quién le había llevado allí? ¿Qué alimento, qué vestido, qué método de vida, qué lecho, qué casa tenía en aquel despoblado? ¿Por qué atormenta así el cuerpo con esas estrecheces y ese burdo paño de piel que le cubre? [97] Es la preparación para su oficio, es una lección práctica e inolvidable: como el Hijo del hombre fundamentalmente había venido para redimir al mundo, para reconciliar con su Padre celestial a los que por el pecado habían desertado del divino redil, así su Precursor le precede arrejacando el inculto desierto y yermo campo de este siglo con el azadón de su palabra, y predisponiendo, con el ejemplo de su vida y la palabra de su predicación, a este mundo carnal y entregado a los placeres, para una vida espiritual y celestial. Que, en resumidas cuentas, dijo luego el Salvador, no son los sanos los que necesitan del médico, ni vino El a llamar a penitencia a los justos, sino a los pecadores; y sabemos que el significado propio de la penitencia en este lugar es el de cambio de vida, arrepentimiento, mutación de la manera de ser. Manantial fecundo e inagotable, si pretendiéramos sacarle todo el partido, encontraríamos aquí como en otras materias.

SIN TRABAS.—Ni se vaya a creer que Tomás de Villanueva se escuda tras la pantalla del pecador en general, quedándose a medio camino en la fustigación del pecado y en los reproches que le merecen los perpetradores del mismo. Ya lo hemos dicho y no nos pesa el repetirlo: tenía él enfilada la salvación de las almas, y, como su Santo Padre, se movía impulsado solamente por el bien de ellas, sin tener, por una parte, aceptación de personas ni arredrarle,

[96] Viernes después del domingo 3.º de Cuaresma, conc. 3, n. 3.
[97] Fiesta de San Juan Bautista, conc. 1, n. 7.

por otra, las ampollas que pudieran levantar sus cauterios. La prudencia es una virtud cardinal, pero no carnal; y los santos suelen gobernar su vida y sus obras conforme a sus dictados; pero no la confunden con esta otra, de la cual dijo San Pablo que era una muerte [98]; guardarán todos los respetos y consideraciones debidas, pero, cuando sea preciso hablar, cuando la salud de las almas lo requiera, no claudicarán cobardemente por vanos temores o serviles adulaciones. Uno de los blancos en que, sin darse cuenta o a sabiendas, más suele errar el tiro en esta materia, es la autoridad: o se la reverencia por Dios, como manda San Pablo, o se la teme por respeto humano, y así de ordinario suele esquivarse el hablar de ella o censurar y reprender los defectos de sus representantes, que, como hombres, difícilmente se ven libres de ellos.

No era Tomás de Villanueva de los blandengues ni timoratos. La caridad tenía en su pecho un altar, pero no podía ser ella una tapadera del disimulo o cobardía: la verdad ocupaba siempre su lugar. Y así, ni la presencia del emperador, su asiduo oyente, era obstáculo para salir por sus fueros; incluso llegó a dirigirse a él para poner de manifiesto algunos vicios o abusos cometidos o que podrían cometerse por los representantes de su autoridad. Es edificante y consolador el espectáculo de un humilde fraile predicando ante todo un Carlos V con la misma independiente espontaneidad con que podría hacerlo a un retirado convento de monjas de clausura, y que no tenga el menor reparo en llamar las cosas por sus nombres y asestar duros golpes a quien se ponga a tiro.

Hemos hablado ya de las duras acusaciones y vigorosos reproches con que se enfrentaba lo mismo con los religiosos mundanos y sacerdotes aseglarados que con las más altas jerarquías de la Iglesia. No es fácil discernir si, en general, las costumbres de hoy son más morigeradas y el nivel de vida espiritual más levantado; la época en que se vive y el medio ambiente es un agente decisivo para poder enfocar con probabilidad de acierto cuestiones o problemas que fuera de aquéllos no es fácil calibrar. Lo que sí es evidente es la acusada personalidad de predicadores como Tomás de Villanueva, que no se encoge ni amilana, y que, cuando es preciso, cuando la gravedad de las circunstancias lo exige, no tiene reparo en llamar a residencia a los mismos obispos y largarles una serie de lindezas que a nosotros, hechos a los desgarros modernos, nos impresionan fuertemente. Yo jamás creo haber escuchado varapalos tan despiadados ni críticas tan aceradas como las del Santo a los pastores de la grey del Señor, obispos y sacerdotes, cuyo

[98] Rom. 8,6.

oficio es cuidar, atender, guardar, etc., las ovejas que el Señor les ha encomendado, las almas. A propósito de los pastores que mantenían sus turnos de vigilancia sobre sus rebaños en la noche que nos nació todo bien, y proponiendo cómo los pastores de almas deben mantener su vigilancia y acudir a Cristo y a la santa Escritura para poder buscarles alimento y doctrina, tornando pronto otra vez a las mismas, exclama con el corazón partido de pena: «¡Oh dolor! Pues no es esto lo que sucede: todos tienen una vigilancia especial sobre las primicias y rentas, y su último cuidado es para los ovejas; de los pastores, unos moran en la corte de los príncipes, otros se inmiscuyen en negocios seculares, otros se entregan a los pasatiempos y a la caza, hay quien encamina sus pasos a Roma para procurarse nuevas dignidades y dejan que el rebaño de Cristo sea despojado, maltratado y dispersado por manos mercenarias; entregan a los lobos el cuidado de sus ovejas... ¿Dónde se encuentra hoy un obispo celebrado por sus milagros, ilustre por su santidad, fervoroso de espíritu, escudriñador de las Escrituras, radiante de doctrina, explorador de los tesoros celestiales, menospreciador de las temporales riquezas?... ¡Ay! Como el pueblo, así será el sacerdote [99]; aún más, lo cual debe ser llorado con lágrimas de sangre: a veces es el sacerdote el último del pueblo por su vida y costumbres... El prelado eclesiástico, que debía resplandecer por sus virtudes y sabiduría, brilla por el oro y la seda, y el atavío embellecedor de las almas se ha trocado en afeites y aderezos del cuerpo. Ya no se rige la Iglesia por los méritos, sino por el favoritismo, y no se busca para cuidado del rebaño a un pastor sabio, sino poderoso; no al intachable, sino al rico, y más a quien con su poder sojuzgue al pueblo de Dios que al que le edifique con su vida y le adoctrine con su sabiduría» [100]. Y no se crea un exabrupto o desahogo de predicador amargado; cumplimiento del deber lo considera, y así lo dice expresamente a continuación: «No soy yo el encargado de proveer en esta materia, como lo soy de predicarla». ¿Qué estorbos se le han de poner delante a un alma de este temple cuando lo juzga obligación de conciencia?

No será contado él en modo alguno entre los predicadores que por falsa prudencia silencian los abusos o halagan a los que los cometen; no será él de los canes que ha dado el Señor a los pastores para que vigilen el rebaño y con sus ladridos los despierten si acaso se duermen: ése es el oficio de los predicadores, ésa es su sagrada obligación. Pero ha llegado ya a tales términos la perversión, que «se

[99] Is. 24,2.
[100] Natividad del Señor, conc. 1, n. 12.

han confabulado los pastores y los perros; han llegado a un acuerdo, no precisamente contra los lobos, sino contra las ovejas que debían guardar: los pastores devastan los rebaños, y los perros simulan estar dormidos para alimentarse con la leche de las ovejas» [101]. Y es para levantar ronchas en el alma las recriminaciones que a continuación les lanza y las amenazas de las responsabilidades que les exigirá el Señor: «¡Oh pastores, oh mastines! Lobos sois vosotros y no mastines. ¿Así apacentáis a las ovejas, así las defendéis? ¡Oh, qué cuenta tenéis que dar al Pastor supremo en el tremendo juicio! Pues que ciertamente no podréis satisfacer al Señor de las ovejas con mostrarle la piel, ya que no podéis engañar al Señor del rebaño; sabe bien El quién ha comido la oveja. Si ésta ha desaparecido, no satisfaréis por ella con su piel, sino con la propia vuestra: daréis piel por piel; no recibirá Dios la limosna sacada de la piel, que habéis arrebatado a las ovejas, porque le ofrezcáis templos e iglesias. Bien está eso, pero no basta dar al Señor la piel en lugar de la oveja perdida; daréis vuestra alma por su alma, y el ojo por el ojo, y la mano por la mano, y una desgarradura por otra desgarradura» [102]. Quien no conozca las entrañas de caridad de Tomás de Villanueva podría figurarse que está ensañándose en su víctima y recargando la mano con morboso regodeo, porque aun continúa con la simulación terrible de una vergonzosa tregua: «En otros tiempos los demonios tendían asechanzas y molestaban a los pastores; pero ya no suelen inquietar a los pastores de nuestra edad. Hablóles el demonio y les dijo: «Hagamos una alianza. ¿Por qué ha de haber pendencias entre nosotros?» Contéstanle los obispos y prelados: «Está bien, hágase el pacto como deseas; ¿qué quieres tú?» «Yo quiero las almas», dice el demonio. «Yo no quiero almas, replica el obispo, sino dinero». Concluye el demonio: «Convenido. ¿Por qué hemos de reñir en adelante? Dame la oveja, y toma la oveja: dame a mí las almas, y quédate tú con lo demás» [103]. Y termina el Santo casi con un desafío: «Mostradme hoy pastores que busquen las ovejas y no las rentas, y me callaré» [104].

Quizá nos hayamos detenido más de la cuenta; pero queríamos poner de relieve hasta dónde llega la personalidad del fraile agustino y exponer una lección de verdadera libertad y claridad. Es fácil predicar al montón, despotricar contra el público innominado; pero para enfrentarse con la categoría de personas con que lo hace el Santo, se necesita, a más de la existencia de lo reprobado, la firmeza de todo un carácter, el desprendimiento de humanos respetos y el deseo eficaz de cooperar a la obra de Cristo; sería de ánimos ruines y pechos innobles recrearse en la descripción desnuda de tantas lacras y miserias. Ni se avenía con la generosidad de su espíritu semejante bajura de intenciones: la corrección de las costumbres, la contribución con su grano de arena, casi montaña, a mejorarlas; el abrir los ojos a los engañados y despertar a los dormidos, era el único móvil de sus amonestaciones, de esa insistencia, al parecer machacona, con que saca a plaza pública los defectos y abusos de personas constituídas en tal dignidad. Porque, ya creo haberlo dicho, son muchas las veces en que hace referencia y reprende abiertamente a los eclesiásticos, altos y bajos, religiosos, sacerdotes, obispos; sabía él muy bien que la enmienda de uno solo de éstos es una importante victoria arrebatada al enemigo. Y por eso le veremos luego, siendo ya arzobispo, con qué diligencia y a costa de qué sacrificios procura ir arrancando del despotismo del vicio uno a uno a sus clérigos.

[101] Domingo 2.º después de Pascua, conc. 2, n. 3.
[102] Ib.
[103] Ib., n. 4.
[104] Ib.

DEVOCIÓN PERSONAL.—Es una de las características más acusadas de las conciones. La ternura de su alma comenzó a manifestarse desde su infancia: las miserias materiales de los pobres traspasaban de pena y compasión aquel su emotivo corazón y delicadas entrañas; y culminó, externamente, en los extremos de afectuosa simpatía con que, siendo ya arzobispo, acudía a remediar las necesidades ajenas. No es precisamente señal inequívoca de santidad la emoción del corazón y lágrimas de los ojos que acompañan a los justos en su trato con Dios: el carácter y temperamento son quizá los más poderosos auxiliares de aquéllas; así como, por el contrario, una corteza austera e híspida, una severa sequedad y fría apariencia, pueden albergar un corazón abrasado en amor de Dios. Pero cuando se juntan ambos extremos, un corazón inflamado y un exterior blando y emotivo, ¡cómo se descubre un reflejo de la bondad soberana de nuestro Padre celestial!

Las obras todas de Tomás de Villanueva nos revelan un corazón tierno, unas entrañas paternales. Aun en las tremendas acusaciones con que increpa y amenaza flota siempre en el ambiente la caridad y la suavidad del espíritu que las inspira. ¡Cómo podrían recordarnos la escena trágica en que, tras las palabras fulminantes con que procura derribar la soberbia y sensualidad del clérigo protervo, síguense los latigazos despiadados que desgarran sus inocentes carnes, entremezclados con la unción de fervientes afectos dirigidos al cielo en favor de aquel alma descarriada, y terminan con el abrazo paternal al arrepentido pródigo,

que no ha podido resistir tamañas demostraciones de amor y ternura! Es la perenne y cautivadora austeridad de los santos, crueles y severos consigo mismos, con los retozos de su cuerpo; rigurosos e implacables contra sus mínimas rebeliones, benignos e indulgentes con los mayores extravíos del pecador.

Ese es también el panorama que nos ofrecen las conciones de Santo Tomás de Villanueva, o mejor, son como la encarnación y reflejo de esa vida pletórica. Por eso, al lado de la arrebatada viveza con que se dirige a los pecadores y les pone delante y afea sus vicios para tornarles al buen camino, encontramos constantemente las palpitaciones de un corazón abrasado de amor y los destellos y desbordamientos de sus imponentes oleadas. Todo está allí nivelado en constante desorden y maravillosa armonía a la vez, porque habla el corazón al compás de los afectos que lo sacuden, y ya expone con claridad un punto doctrinal, ya se encara con el pecador que osa conculcar la ley del Señor, ya monologa extasiado ante las maravillas de la gracia y la bondad divinas, ya da mil plácemes y parabienes a los que han hollado los humanos respetos y se han encumbrado sobre las miserias humanas, ya se enciende su espíritu e inflama bajo el influjo del aleteo de divinos efluvios que le embriagan, desatándose su lengua en íntimos coloquios o aspiraciones que semejan salidas al conjuro mágico de contactos divinales.

Es difícil, por no decir imposible, recorrer esa gama de tan vivo y animado colorido, aunque podríamos citar pasajes en que realmente nos quedamos sorprendidos ante el abundoso e inexhausto fervor de arrebatados vuelos místicos. Por recordar sólo algunos, y quizá no los más importantes, ya que hay campo tan anchuroso en que espigar, acudiríamos a las conciones de la Natividad del Señor, en que se siente como anonadado ante la presencia de un Dios hecho niño y soportando las incomodidades que condicionaron su nacimiento, y prorrumpe en exclamaciones de admiración y gratitud, tomando también motivo, como es natural, para digresiones parenéticas tan del caso. Brotan espontáneas y fervorosas las salutaciones a la Santísima Virgen en la fiesta de la Resurrección, que, si para todos los hombres es nuncio de alegría, tiene que serlo sobre todo para aquella que con incomparable rigor había soportado los golpes de la pasión de su Hijo. Si ocurre en el evangelio del día tratar de la caridad, de ese amor que Dios nos ha tenido, y que reclama correspondencia, se explaya con tal amplitud, desembarazo e intimidad, como quien vive intensamente sus misteriosas y confidenciales intimidades [105]. ¡Qué reflexiones y paráfrasis tan tiernas y emotivas le sugieren las festividades de Pentecostés, de la Santísima Trinidad, del Corpus Christi, y cómo procura exponer y valorar los tesoros que en tales misterios se encierran! ¿Qué diremos también del entusiasmo exaltado con que ensalza la vida, virtudes, hechos y circunstancias de los santos, por ejemplo, de San Juan Bautista, San Agustín, San Ildefonso de Toledo, etc.? ¡Cómo se ve que se hace solidario de sus gestas heroicas, que no le dejan impasible y como si nada tuvieran que ver con él, que se asocia a sus luchas y a sus triunfos! Sólo recorriendo sus páginas puede captarse una idea de su contenido fecundo. Punto aparte merecen por su sublime calidad las conciones que forman objeto especial de este volumen, aunque nos consideremos francamente impotentes para llevar a cabo la empresa, que trataremos de esbozar al terminar estos comentarios.

PUNTO FINAL.—No quisiéramos para ponerlo repetir conceptos ya tocados o explayados; pero sí hemos de decir que se podría continuar casi indefinidamente el análisis y comentario de tan extenso y variado contenido como abarcan las conciones; es inmenso el material propio y ajeno que a lo largo de las mismas se acumula. Decimos propio y ajeno queriendo hacer relación sobre todo al caudal tomado de la Sagrada Escritura y Santos Padres, que forma, como si dijéramos, el *substratum* o la materia prima, y a la elaboración, desarrollo y acomodación a que lo somete la mano experta del Santo. En lo cual es digno de tenerse en cuenta una diferencia notable entre las conciones de los santos y las conciones propias del tiempo, como ya dijimos antes. Se destaca más en aquéllas la obra personal: la vida del santo, virtudes que la acompañan y hechos que la aureolan, junto con la ejemplaridad que entrañan por estar tan cerca de nosotros y por la comunicación de naturaleza, dan pie para moverse con más libertad y desembarazo, bien sea en el panegírico, bien en el comentario y aplicaciones; y así, sin pretenderlo, se hace resaltar la obra personal: campea la viveza y soltura del predicador, como libre de obstáculos que le retraigan o dificulten el caminar expedito. Y la variedad, por otra parte, de asuntos ofrece campo espacioso a la imaginación, que puede más fácilmente amenizar el discurso, acomodándose magníficamente a nuestra impresionabilidad, ganándose así más fácilmente nuestra atención e interés, que escatimamos más a la trascendencia de un asunto en que gravita cierta aridez. En

[105] Domingo 17 después de Pentecostés, tres conciones; y domingo 12 después de Pentecostés.

cambio, las conciones propias del tiempo se desenvuelven, digámoslo así, lentamente, por su gravedad y más hondo contenido. Los testimonios de la Escritura, que salpican y tachonan toda la obra del Santo, tienen una importancia decisiva en estas conciones, que se mueven como alrededor de aquéllos.

Hemos de notar también que, aunque hayamos citado como sobresalientes y dignas de singular estima algunas conciones, no pueden quedar las otras relegadas a segunda fila y, por tanto, arrinconadas y condenadas al olvido; nos veríamos privados de parte capital y perderíamos la vena de riquísimos filones. Las conciones de un santo que pudiéramos considerar de segunda categoría, las correspondientes a cualquier domingo del año o a cualquier día de la Cuaresma, se encuentran sembradas de sabias instrucciones, de exhortaciones conmovedoras, de consejos acertados y oportunos, de insinuantes advertencias, de ardentísimos afectos; son, en fin, utilísimas e importantísimas tanto por el fondo de su contenido como por la forma de exposición y el cálido fervor que las anima. La explicación es obvia: para el Santo no puede haber diferencia de tiempos y lugares; la salud de las almas le interesa y acucia siempre, y el empeño que pone en conseguirla no puede quedar encerrado en determinados límites; es para él como el peso de San Agustín, que le arrastra en todo momento; y por eso un día de fiesta o de diario, en una gran solemnidad o en la homilía corriente, dan fuertes aldabonazos a la puerta de su alma los pecadores que se precipitan en el abismo del vicio y las almas de los justos que se entumecen en la muerte de la rutina, y se siente obligado a despertar a todos con el recurso de la predicación, *opportune* e *importune*, sabiendo que la gracia de Dios no tiene muros de contención y está siempre a merced de las disposiciones del alma. Es ésta una lección más de la retórica de Santo Tomás: como su única ambición son las almas, doquiera las encuentra a tiro, derrocha el caudal de su elocuencia y de su espíritu, teniendo por cierto que tal es la labor del sembrador, y que el padre de familias y señor de la heredad dará el crecimiento y desarrollo si el terreno está bien dispuesto, sin miramientos de tiempos ni lugares.

CONCIONES DE LA VIRGEN.—Más que unas advertencias o introducción superficiales, era necesario un estudio serio y concienzudo sobre el conjunto de estas conciones consagradas a las excelencias, privilegios y prerrogativas con que le plugo al Señor hermosear y enaltecer a la que había de ser tabernáculo cerrado y fuente sellada en que su unigénito Hijo se escondiera para dar principio a la obra de la redención. Pero la magnitud y alcance de la empresa

supera con creces la escasez de las fuerzas con que contamos, y con harto dolor de nuestro corazón nos vemos forzados a ofrecer sin digna presentación esta primera traducción de las conciones de Santo Tomás de Villanueva. Cierto que, por otra parte, nos compensa el presentarlas en su salsa: sin la farragosa introducción de páginas y más páginas que vienen a retener la atención del lector, ansioso de internarse por el ameno y deleitosísimo bosque del original, pero que parece experimenta un remordimiento de conciencia si antes no pasa la vista siquiera por las más o menos acertadas disquisiciones que al prologuista le haya suscitado la lectura y consideración de lo que él va a leer. Y por experiencia propia y ajena sabemos ya mucho de eso: las diatribas o querellas con que hemos protestado de ciertas introducciones que por su prolongación parece se han propuesto anular al original o al menos relegarlo a un lugar muy secundario.

Mucho más cuando no se trata de una obra científica, que exige orden y consonancia, trabazón y escalonamiento de ideas, organización y encasillamiento de materiales, sin los cuales no es posible comprenderla ni asimilarla. Aquí los pensamientos e ideas, lejos de engarzarse en conjunto lógico y armónico, se encuentran desplegados en magnífica profusión, siempre supeditados a un pensamiento o intención básica, y sometidos luego o subordinados a los sentimientos que animan al orador y a los efectos que trata de suscitar o conseguir en los oyentes. Por esto, más que una introducción metódica o estudio previo, puesto que la concatenación de ideas no se considera indispensable, se necesita de un índice de materias que ayude a explotar la riqueza inexhausta de estas conciones, y que me parece que no va a permitir la premura del tiempo.

De todos modos, tanto el devoto lector como el predicador celoso, el que busca pábulo y refrigerio para su alma como el necesitado de ideas y sentimientos para sus sermones, encontrarán siempre un límpido y ubérrimo manantial que sacie colmadamente sus aspiraciones; ni se encontrará fácilmente sermonario más fecundo sobre la Virgen, ni lectura tan preñada de tiernos y filiales afectos. Las alabanzas que en ellas se tributan a la Virgen, las felicitaciones de que se le hacen objeto, corren parejas con las excelencias y prerrogativas que la enaltecen, y básanse, como es lógico, para que tengan sólido fundamento, en las gracias y privilegios que de su divina maternidad le dimanaron; por eso aquellas solas palabras *de la cual nació Jesús* [106], que le sirven de tema para una de las conciones de la Natividad de la Virgen, le dan pie para levantarle un

[106] Mt. 1,16.

magnífico monumento, llegando a decir que no necesitaríamos más elogios ni referencias a la Madre de Dios en todas las Escrituras para concluir que en ella se asentaron todas las grandezas y mercedes de que es capaz una pura criatura. Realmente, hasta no penetrar con calma y sin prevención en ese tupido bosque, no es posible apreciar la frondosidad y frescura de sus encantadores remansos.

Por otra parte, la filial ternura que respira el sagrado orador, los sentimientos que brotan como por mágico impulso de su pluma, la exégesis doctrinal y mística sobre todo de algunos pasajes evangélicos, la explanación ingeniosa y devota principalmente del fecundísimo diálogo de la Anunciación, etc., proporcionan regalado recreo a los ojos y sabrosísimo deleite al paladar. Entréguense a su lectura con asiduidad los que deseen sentirse un poco más cabe la Virgen, los que deseen disfrutar las delicias de su suave contacto; sentirán ensanchárseles los senos de su corazón, dilatárseles los pliegues del alma y empaparse su espíritu de dulcísimas emociones. Nadie puede hablar con más autoridad, convencimiento y contagio que los santos que más han experimentado los divinos favores y se han allegado y participado más de esas invisibles comunicaciones que irradian las virginales y maternales entrañas de María. ¡Qué diferencia tan grande entre la disertación árida y seca de un estudio teológico de manos profanas y la paráfrasis íntima e impregnada de emotiva delicadeza que fluye de un alma que ha sentido el toque de divinos contactos y alboradas!

No queremos exagerar ni dar en panegíricas hipérboles; la verdad y la realidad han de campear sobre todo en lo tocante al espíritu; sería la contradicción más absurda tratar de atraer a la vida de la única realidad permanente, la del espíritu, y sus relaciones con la misma realidad necesaria, Dios, con especiosos halagos y capciosos trampantojos. ¿Para qué? ¿Pretendemos acaso potenciar el crédito o lustre corporativo prescindiendo o pasando al menos de largo intereses superiores y soberanos? ¿No ha de estar aquél siempre subordinado a éstos? ¿No sería harto menguada la gloria y renombre de una corporación si en conseguirla se consumiesen preciosas energías que podrían derivarse por cauces más aprovechables? ¡Cuántos talentos se pierden o gastan estérilmente por el logro de fines particularistas, que, mejor empleados en la Iglesia de Dios, se hubieran convertido en frutos de bendición, enalteciéndola a ella y aprovechando a las almas! Y ¡cuántas veces el honor del hábito, la gloria de la corporación, la deuda de gratitud para con ella que hay que saldar, no son más que una pantalla tras la cual se esconde sutil orgullo o amor propio! Siempre hemos observado en Santo Tomás de Villanueva un acendrado amor al hábito y Corporación que le recibió en su seno; pero pospuesto siempre también y preparado para emplearse y consumirse, si preciso fuera, en el servicio y sacrificio por las almas. En medio de su gratitud para con la Corporación y ajetreos de su vida de predicación y arzobispado, aquéllas eran la obsesión de sus atenciones y la pesadilla de sus oraciones y tareas. Por eso sería traicionar o al menos desvirtuar radicalmente su perenne y viviente memoria pretender encumbrarla desmesuradamente y tratar de ganarle lectores y admiradores con artificiosos y ditirámbicos señuelos. Si es verdad que la propaganda y apología es un arma de buena ley e indispensable para dar a conocer los verdaderos valores, no lo es menos que la buena mercancía por sí misma se alaba, y la verdadera virtud y valer no necesita de afectados y aparatosos pregoneros de sus quilates.

SERMONES DE LA VIRGEN

EN LA CONCEPCION DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA

SERMON I

Admirable es la obra del Excelso (Eccli. 43, 2).

1. Dos cosas encarecen el valor de una obra: la excelencia de la materia y la elegancia de la forma. Suele también ponderarse la perfección de una figura realizada en materia dura y rebelde; y así es de más valor el esculpir un centauro en el duro pedernal que hacerlo en el oro o la plata. En la Virgen María hemos de considerar, más que la materia, esto es, su naturaleza, la forma, es decir, la gracia. *No reparéis*, dice, *en que soy morena* [1]. Soy hija de Adán, doncella semejante a otras doncellas, aunque virgen hermosa de regia estirpe, intacta, pura, sin contacto de varón. Pues *en el interior está la principal gloria* de ESTA *hija del Rey* [2], en el alma; su naturaleza exterior está formada [3] de barro, vil como formada de Adán, y de escasos quilates. *Negra soy*, dice, *pero soy bien parecida; negra*, repite, *como las tiendas de Cedar*, esto es, como las demás mujeres del mundo, *pero bien parecida, como los pabellones de Salomón* [4]. Llamó pabellones de Salomón a las virtudes humanas de Cristo, que, si es verdad nadie puede imitar, no lo es menos que nadie las alcanzó en el grado de la Virgen. Por consiguiente, puede decirse de esta obra: *La materia superaba a la obra* [5].

A mis caballos, dice, *uncidos a las carrozas de Faraón, te tengo yo comparada, amiga mía* [6]. Llama caballería de Dios a sus ángeles, arcángeles, tronos, que son como el carro en que El se asienta. *Tú que estás sentado sobre los querubines* [7], dice el Salmista, y repite: *La carroza de Dios va acompañada de muchas decenas de millares de*

---

[1] Cant. 1,6.
[2] Ps. 45,14.
[3] Gen. 2,7.
[4] Cant. 1,5.
[5] OVIDIO, *Metamorfosis* 2, al principio.
[6] Cant. 1,9.
[7] Ps. 80,2.

tropas, de millones que hacen fiesta; en medio de ellos está el Señor [8]. El carro de Faraón es la carne y la sangre, los hombres depravados, en los cuales tiene su asiento Faraón, esto es, el demonio. Esto es lo maravilloso en la Virgen, y enaltece en gran manera la sabiduría del Altísimo el que una hija de Adán, semejante en la naturaleza a las otras mujeres, no sólo se asemeja, sino que aventaja a los espíritus angélicos en pureza, hermosura, gracia y valor. Maravilla y prodigio en extremo sorprendente: una doncella supera a todos los ángeles por su brillo y hermosura. Y esto realza aun la excelencia del arte, pues es más excelente imprimir semejante forma en tan rebelde naturaleza humana que hacerlo en el oro de la naturaleza angélica.

Otra interpretación del testimonio *a mis caballos uncidos a las carrozas de Faraón te tengo yo comparada, amiga mía*. Es carro de Faraón la carne desenfrenada, indómita, en la cual, por sus muchas concupiscencias, es llevado el demonio; y carro también de Faraón son los que viven según sus carnales concupiscencias, en los cuales se asienta el diablo. La caballería de Dios son los coros angélicos. Por consiguiente, *en las carrozas de Faraón*, esto es, en la carne mortal, ¡oh Virgen!, te he hecho semejante a los hombres mortales y mundanos, en que tiene su asiento el demonio, ya que eres semejante a ellos por el cuerpo; pero en la misma humana y frágil naturaleza, repito, que en muchos es el vehículo del demonio, *te tengo yo comparada*, ¡oh Virgen purísima!, por medio de la gracia, la pureza y la inocencia, *a mis caballos*, esto es, a la naturaleza angélica, sobre la cual tengo mi trono. Maravilla estupenda y *admirable obra del Excelso:* una doncella, hija de Adán, es más pura, más hermosa, más excelsa que los mismos ángeles.

El trono de Salomón era de marfil y oro finísimo, con seis gradas y dos brazos. *Hizo también el rey un gran trono de marfil, y le revistió de finísimo oro; asimismo, seis gradas, por las que se subía al trono, y dos brazos, uno por cada parte* [9]. La Virgen es el trono de nuestro pacífico Salomón, de nuestro Señor Jesucristo según la carne; la Virgen, digo, que El formó de marfil y oro finísimo y limpísimo, porque la creó purísima e inmaculada. Las seis gradas son las virtudes de todas las jerarquías eclesiásticas que tuvo en sí, es decir, patriarcas, profetas, apóstoles, evangelistas, mártires, confesores, vírgenes, anacoretas. Y los dos brazos, la creación y la preservación del pecado. Escultura maravillosa y *obra admirable del Excelso*.

[8] Ib. 68,18.
[9] 2 Par. 9,17-18.

2. En la fábrica del segundo templo, como aquella casa apareciese insignificante en comparación de la primera, consuela Dios al pueblo afligido y a los sacerdotes tristes diciendo: *Aun falta un poco, y yo pondré en movimiento el cielo y la tierra, el mar y todo el universo. Y pondré en movimiento las gentes todas, porque «vendrá el deseado» de todas las gentes; y henchiré de gloria este templo. La gloria de este último templo será grande, será mayor que la del primero, y en este lugar daré yo la paz* [10]. Eva en el estado de inocencia fué la primera casa, hermosa, inocente, sabia; la Virgen María fué la segunda, humilde y mortal. Pero no os aflijáis, ¡oh pecadores!, mayor *será la gloria de este último templo que la del primero*. Aquélla nos mató, ésta nos vivificó; nos trajo aquélla la muerte, y ésta la vida; era aquélla una criatura de Dios, Madre de Dios ésta; ruina del mundo aquélla, remedio del mismo ésta; aquélla formada sin pecado de una costilla, ésta concebida sin pecado, aunque engendrada por sus padres.

Y en este templo daré yo la paz. No hubo rebelión ni alboroto de la sensualidad ni fomes del pecado, porque, como dice el Salmo, *fijó su habitación en la paz* [11]. ¿De qué lugar habla sino del seno virginal? Concebido pacíficamente en el seno, se mantuvo en esa misma paz del seno.

En la construcción del templo de Salomón no se oía ni el ruido del martillo, porque la precisión con que estaban talladas sus piedras excusaba el uso del mismo. Dice la Escritura: *La fábrica de la casa se hizo de piedras labradas, sin que durante la obra de la casa del Señor se oyese en ella ruido de martillo, ni de hacha, ni de ninguna otra herramienta* [12]; y así dice bien el profeta: *Ha sido hecho pedazos en ella y desmenuzado el que era martillo de toda la tierra* [13], esto es, de toda la carne; sobre lo cual dice el Salmista: *Mira que fuí concebido en iniquidad y que mi madre me concibió en pecado* [14]. Pacíficamente, por consiguiente, fué concebido en el seno, como preludio de la paz que había de señorear su vida. Pues si no hubiera carecido del pecado original, no hubiera carecido tampoco del pecado actual, como dice San Agustín [15] de Cristo

[10] Ag. 2,6-7.9.
[11] Ps. 75,3.
[12] 3 Reg. 6,7.
[13] Ier. 50,23.
[14] Ps. 51,7.
[15] *Contra Juliano pelagiano*, l. 5, c. 15, n. 57: «Pues ciertamente hubiera cometido algún pecado de mayor si siendo pequeño lo hubiera tenido, ya que no ha habido hombre alguno, excepto El, que no haya cometido pecado creciendo en la edad, porque no

contra Juliano por estas palabras: «Cierto hubiera cometido pecado siendo mayor si de pequeño lo hubiera tenido; y por eso, excepto él, no hay hombre alguno que al llegar a la edad crecida no haya cometido pecado, porque fuera de él ninguno se vió libre de pecado en el comienzo de su existencia. Esto mismo parece insinuar el Salmo cuando dice: *Está Dios en medio de ella, no será conmovida*[16]. Y añade a continuación, como señalando la causa: *La socorrerá Dios desde el rayar el alba*[17]. Para entender lo cual debe notarse que, como dice el profeta, la edad del hombre está simbolizada por el día natural; y así se computa su nacimiento como la mañana, la virilidad como el mediodía, la vejez como la tarde, y la muerte como la puesta del sol; y de esta manera el hombre se va consumiendo desde la mañana a la tarde. *De la mañana a la noche acabarás conmigo*[18]. Por consiguiente, *la socorrerá Dios desde el rayar el alba;* pero no sólo en *el rayar el alba* del nacimiento, sino también en la alborada de su concepción; y por esto: *Está Dios en medio de su corazón, no será conmovida.* Apártase Dios completamente del corazón por el pecado mortal, y se desvía un poco, aunque sin abandonar el corazón, por el venial. Por consiguiente, no se desviará ni un punto Dios de su corazón ni aun por el pecado venial. ¿Por qué? Porque *la socorrerá Dios desde el rayar el alba,* preservándola del original.

3. Y no se ha de pensar que es de poca importancia para la Virgen el haber sido concebida sin pecado; no es menor esta gloria ni menos singular que el ser madre de Dios según la carne. ¿Puede parecernos pequeño descrédito de la Virgen afirmar que aun solo por un momento fué cautiva del pecado, hija de perdición, sujeta al demonio, tocada de la mancha común? ¿Cómo pudo ella aplastar[19] la cabeza del demonio, si primero estuvo bajo sus plantas? No permita Dios en modo alguno lancemos semejante borrón sobre nuestra gloria.

Tratemos ahora de la inmunidad del pecado. La *tierra* de los sacerdotes[20] no pagó tributo al rey Faraón en el tiempo del hambre, sino que fué *libre;* del mismo modo no fué tributaria del demonio la Virgen, de la cual nació *el Sacerdote sempiterno,* Cristo Nuestro Señor, *según el*

hubo alguno, sino El, que no tuviera pecado ya en el principio de su edad».

16 Ps. 46,6.
17 Ib.
18 Is. 38,13.
19 Gen. 3,15.
20 Ib. 47,26.

orden de Melquisedec[21]. Por consiguiente, *fijó su habitación en la paz,* esto es, la Virgen fué formada en la paz, y no se oyó, como se recordó antes, el martillo en la edificación de este excelso templo; aquel martillo quiero decir de quien se afirmó: *Ha sido hecho pedazos el que era martillo de toda la tierra,* esto es, el pecado, que corrompió toda la naturaleza humana, tuvo una excepción en la Virgen, es decir, *ha sido hecho pedazos y desmenuzado.*

Yo hice una sola obra, y todos lo habéis extrañado[22]. ¿Por qué? Sencillamente porque es una obra digna de admiración y *es admirable la obra del Excelso. El Altísimo ha santificado su tabernáculo*[23]. Pero ¿cuándo tuvo lugar, sino cuando, según lo antes citado, *la socorrió Dios desde el rayar el alba?* Por eso el Cristopolitano[24], sobre aquel versículo del Salmo, dice: «En la Virgen la noche es la formación del cuerpo; la aurora, su animación; la mañana, su nacimiento». Por consiguiente, en la formación del cuerpo, en la animación, en su nacimiento, *el Altísimo ha santificado su tabernáculo.* Como por la pena, según dice San Gregorio, se viene en conocimiento de la culpa, así también puede concluirse la ausencia de la culpa por la ausencia de la pena. Ahora bien, la reducción del cuerpo al polvo fué la pena del pecado, pues así se lo dijo Dios a Adán al pecar: *Polvo eres y a ser polvo tornarás*[25]. Así, pues, como creemos que la Virgen no volvió al polvo, sino que vive gloriosa en cuerpo y alma en el cielo, creemos también[26] con toda verdad y piedad que

21 Ps. 110,4.
22 Io. 7,21.
23 Ps. 46,5.
24 Jaime Pérez de Valencia, O. S. A., obispo de Cristópolis, sobre el salmo 45, 5: «Y así la noche de la Virgen fué todo el tiempo que transcurrió desde la concepción de su carne hasta su animación; y su aurora o alborada fué el primer instante de su ser y creación, en el cual fué creada su alma e infundida en el cuerpo; su mañana fué su nacimiento, y su día, todo el discurso de su vida. Por consiguiente, si la Virgen María fué santificada *desde el rayar el alba,* como afirma el profeta, tuvo lugar esa santificación en el primer instante de su ser y de la creación de su alma, en el cual comenzó a vivir en este mundo, y, por consiguiente, aquel alma fué a la vez creada, santificada, llena de gracia, y a la vez esa santificación se desbordó en la carne, de la cual había de tomarla Cristo».
25 Gen. 3,19.
26 Lo que nuestro Santo Tomás afirma y apoya con tanta autoridad de la Sagrada Escritura, que debe ser creído con toda verdad y piedad, se debe al presente creer con la certeza de la fe; pues el día 8 de diciembre de 1854, el papa Pío IX, de feliz memoria, declaró solemnemente, pronunció y definió con su autoridad suprema e infalible «que ha sido revelada por Dios, y por tanto debe ser creída firme y constantemente por todos los fieles, la doctrina que afirma que la bienaventurada Virgen María desde el primer instante de su concepción, en previsión de los méritos de Jesucristo, Sal-

fué concebida sin pecado; porque, si no hubiera estado exenta de culpa, tampoco lo hubiera estado de castigo.

4. Y si alguien se atreve a replicar: «La Virgen murió, y soportó el hambre, la sed y algunas otras penas del pecado», responderé: el mismo Cristo experimentó esas penas a fin de merecer por nosotros, y la Virgen la experimentó para merecer por sí misma, pues no estaba bien que careciese la Madre de las penalidades que por nosotros tomó el Hijo. Por eso puede ella decirnos de nuevo: *No reparéis en que soy morena, porque me ha robado el sol mi color* [27], a fin de ser un auxiliar en un todo semejante a El; de suerte que puede añadir de sí misma: *Negra soy, pero soy bien parecida, como los pabellones de Salomón* [28]. *Negra* en las penalidades, *bien parecida* en los merecimientos; *como los pabellones de Salomón*, esto es, a causa de la humanidad. Por lo cual se dice en el mismo Cantar de los Cantares: *Bella como la luna* [29]; pues la luna, siendo como es blanca, tiene, sin embargo, en el centro cierta obscuridad a causa del mayor vacío, que es incapaz de reflejar los rayos del sol. Así, pues, la Virgen, toda radiante en esta su vida mortal, no se desdeñó de parecer obscura con el color de nuestras penalidades, de suerte que cuanto menos brilla por esto ante las miradas terrenas, fulgura con más brillo y esplendor en las alturas ante las miradas angélicas. De esta manera, ni más ni menos, como la parte de la luna, que a causa de su transparencia se destaca menos a nuestra vista, luce más resplandeciente para los que moran en las alturas.

San Ambrosio dice [30]: «Esta es la vara que no tuvo el nudo del pecado original ni la corteza del pecado venial». Con razón se compara la corteza al pecado venial y el nudo al original; pues fácilmente se puede descortezar a la vara, pero no es tan fácil limpiarla de los nudos; del mismo modo se perdona con facilidad el pecado venial; en cambio, el original, aunque se perdone en cuanto a la culpa, queda profundamente adherido a la naturaleza en la forma del fomes del pecado, para resurgir de nuevo. Y esto es lo que dice Nahum: *No deja a nadie impune* [31], porque, purificado de la culpa, permanece aún viciado por el fomes. Por eso se queja Job diciendo: *Si pequé y entonces me perdonaste, ¿por qué ahora no permites que yo me vea limpio de mi iniquidad* [32]? Quiere decir, de la raíz del pecado. Esta es, pues, la vara [33] que floreció sin rocío, es decir, sin el concurso de varón; ésta es la que *dividió en partes al mar Rojo* [34]; ésta la que nos brinda todos los días el agua de la piedra [35]; ésta la que devora en nosotros todos los días las serpientes [36] de los pecados y aun de las herejías, según las palabras: «Tú sola aboliste las herejías en todo el mundo» [37]; ésta es la púrpura del Rey, de la cual fué hecho aquel vestido sin mancha y sin arruga, *sin costura, tejida toda desde arriba* [38], esto es, la humanidad de Cristo.

Aún más, fué la túnica que en la misma lana sin tintura fué roja, como dice Plinio de la púrpura [39]; nosotros, en cambio, somos como ciertos paños, que sólo por el tinte tienen color. La Virgen, empapada desde el principio por el tinte de la gracia, la absorbió de tal modo que no puede ya perderla; y nosotros muchas veces perdemos prontamente la tintura de la gracia, que tan tarde recibimos. Es llamada la Virgen «espejo sin mancha» [40], porque como en el espejo para representarse la imagen se precisan dos elementos, es decir, el vidrio y el plomo, así el vidrio de la pureza y el plomo de la humildad de la Virgen fué la causa de encarnarse en ella la imagen visible de Dios Padre. Dice San Bernardo: «Esta Virgen regia está por encima de todos» [41].

---

vador del género humano, fué preservada inmune de toda mancha de pecado original por una gracia y privilegio singular de Dios todopoderoso. Por tanto, si alguien, lo que Dios no permita, se atreviera a sentir otra cosa de lo que Nos hemos definido, sepa que por sí mismo ha incurrido en condenación, que ha naufragado en la fe y se ha apartado de la unidad de la Iglesia».

27 Cant. 1,6.
28 Ib. 1,5.
29 Ib. 6,10.
30 Nada acerca de esto se ha podido encontrar entre las obras genuinas de San Ambrosio. En las obras puestas en el apéndice de la última edición de París se lee algo parecido en el sermón 28: «Brotó la vara de la raíz de Jesé, y subirá la flor de su raíz; pues la vara era María, esplendente, sutil y virgen, que con la integridad de su cuerpo hizo brotar a Cristo como una flor».
31 Nah. 1,3.
32 Iob. 10,14.
33 Num. 17,8.
34 Ex. 14,16; Ps. 136,13.
35 Ib. 17,6.
36 Ib. 7,12.
37 La Iglesia en el oficio de la B. V. María.
38 Io. 19,23.
39 Plinio trató de la púrpura en la *Hist. Natur.* 9, 39 s.
40 Sap. 7,26.
41 San BERNARDO, *Sermón de la Natividad de la V. María*, 12: «Mira, pues, cómo se encumbra hasta los ángeles por la plenitud de la gracia, y aun sobre los ángeles al descender sobre ella el Espíritu Santo. Existe en los ángeles la caridad, la pureza, la humildad. ¿Cuál de estas cosas no sobresalió en María? Pero ya se demostró antes, en cuanto, al menos, es posible ser demostrado por mí; continuemos con la excelencia. Pues ¿a qué ángel se dijo alguna vez: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, por cuya causa el santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios?* Finalmente, la Verdad nació de la tierra, y no de una criatura angélica; y no echó mano

5. Nótese que, como en una obra excelente se precisan la materia y la forma, realiza también el artífice su obra artística según un modelo; ahora bien, este modelo es doble: vivo y muerto. Por ejemplo, en el pintor el modelo vivo es el arte, mejor, la imagen que él tiene dentro, y el muerto la imagen exterior que contempla. Pero en Dios no se puede poner un modelo exterior que le dirija, porque entrañaría imperfección; y el modelo vivo es su Verbo, razón ideal de todas las cosas. Por lo cual dice San Juan: *Todas las cosas fueron hechas por El, y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho. En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres*, etc. [42] El Verbo, según Platón [43], es el mundo inteligible, del cual procede todo este mundo sensible; por lo cual dice la Escritura: *Vió Dios ser bueno cuanto había hecho* [44]. Bueno en la perfección de la naturaleza, mejor en el ejercicio de su virtud, excelente en la obediencia al Creador. Dice Santo Tomás: «¿Pudieron ser acaso mejores esas cosas? Respondo afirmativamente consideradas en sí; sin embargo, respecto a la realización, y aun quizá en relación con el orden del universo, fueron hechas con la mayor perfección posible» [45].

Pero ¿por qué se añadió a la terminación de cada obra *Vió Dios ser bueno* [46], y no se dijo eso mismo del hombre? Nuestro Padre San Agustín se explica de este modo en su obra *De Genesi ad litteram* [47]: «¿Por qué se afirmó de los ganados, de las bestias, de los reptiles: *Vió Dios ser bueno*, y no se dijo, en cambio, nada del hombre, que fué creado con los animales en el mismo día sexto? ¿Sería porque aun no era perfecto, porque aun no había sido colocado en el paraíso? ¿O más bien sabiendo Dios de antemano que el hombre había de pecar enlutando la perfección de su imagen, no quiso decir que era bueno, como anunciando lo que había de suceder? Cierto, el hombre no fué alabado porque había de caer».

6. En la Virgen pueden tener cumplimiento las palabras del Eclesiástico: *Yo hice nacer en los cielos la luz indeficiente* [48]. Tres son las condiciones de la luz: la primera, el ser la primera de las criaturas: *Al principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra estaba confusa y vacía,*

---

de los ángeles, sino de la descendencia de Abraham. Gran cosa es para el ángel el ser ministro de Dios; pero inmensamente más mereció María para ser su Madre. Por tanto, la fecundidad de la Virgen es una gloria sobresaliente, y por un don singular ha sido hecha tanto más excelente que los ángeles, cuanto el nombre de Madre que recibió se diferencia de los ministros. Llena ya de gracia, alcanzó la gracia de ser ferviente por la caridad, intacta en su virginidad, devota en su humildad, y, sin embargo, embarazada sin el comercio del varón y parturienta sin los dolores propios de la mujer. Poco es aún. Lo que nació de ella, santo se llama, y es el Hijo de Dios».

[42] Io. 1,3.

[43] *Timeo*, p. 526 de la ed. de Lyón, 1590.

[44] Gen. 1,31.

[45] I q. 47 a. 2 ad 1: «Se responde que es propio de un excelente agente producir todo su efecto lo mejor posible, no, sin embargo, el producir cualquier parte de un todo excelentísimo simplemente, sino en relación con el todo; pues desaparecería la perfección del animal si cualquier parte suya tuviera la dignidad de la vista. De esta manera, pues, Dios creó todo el universo excelente según la manera de la criatura, pero no a todas las criaturas (las más excelentes), sino a unas más excelentes que a otras».

[46] Gen. 1,31.

[47] L. 3, c. 24: «Con razón puede preguntarse por qué no dijo, como en los demás, al crear al hombre: *Vió Dios que era bueno*, sino que, después de creado el hombre y de darle el poder de dominar o de comer, añadió en general de todos: *Y vió Dios todas las cosas que había hecho, y eran en gran manera buenas*. Pues pudo muy bien otorgar al hombre la misma alabanza que había otorgado a las demás cosas, y decir luego al final de todo lo que había hecho Dios: *He aquí que son en gran manera buenas*. ¿O acaso porque se terminó todo el día sexto fué necesario decir de todo en general: *Vió Dios todas las cosas que había hecho, y eran en gran manera buenas*, y no en particular de cada una de las que fueron creadas en ese día? ¿Por qué entonces se pronunció esa alabanza de los animales domésticos, de las bestias silvestres y de los reptiles, que también fueron creados el día sexto? Quizá éstos merecieron esa alabanza cada uno en su género y en general con los demás; y el hombre, hecho a imagen de Dios, sólo la mereció englobado en los otros. ¿Sería acaso porque aun no era perfecto, porque aun no había sido colocado en el paraíso? Como si lo que aquí se pasó por alto hubiera sido dicho después de ser colocado en el paraíso. ¿Qué hemos, pues, de decir? ¿Acaso porque sabía Dios que el hombre había de pecar sin permanecer en la perfección de su imagen no quiso decir de él en particular, sino en compañía de los demás, que era bueno, como anunciando lo que había de suceder? Ya que todo lo que fué hecho permanece en lo que recibió, al igual que los que no pecaron o no pudieron pecar, y de todas estas cosas se dice en particular y en general que son buenas y muy buenas. Pues no se añadió en vano *muy*; porque los miembros del cuerpo, si aun en particular son hermosos, muy más hermosos son, sin embargo, en la estructura de todo el cuerpo. Si, por ejemplo, viéramos separado del cuerpo al ojo, tan agradable y que tanto alabamos, no le tendríamos por tan hermoso como cuando lo vemos en la contextura de los miembros ocupar su sitio en el cuerpo. Pero aquellos seres que pecando pierden su propia belleza, no consiguen, sin embargo, en modo alguno, si bien se los ordena, dejar de ser buenos englobados con los demás. Bueno era, pues, el hombre en su género antes del pecado; pero la Escritura pasó por alto esto para anunciar más bien lo que había de suceder. Pues no se dijo nada falso de él. Pues el que en particular es bueno, más lo es ciertamente con todos. Y, sin embargo, no se sigue que, cuando es bueno englobado en los demás, lo sea también en particular. Por tanto, procedió con mesura al decir lo que al presente era verdadero y significar la existencia de lo que había de suceder. Pues Dios, excelente Creador de las naturalezas, es, sin embargo, ordenador justísimo de los que pecan, de suerte que, si algunos en particular se hacen deformes por sus delitos, conserve sin ellos, sin embargo, su belleza la generalidad».

[48] Eccli. 24,6.

y las tinieblas cubrían la haz de la misma, pero el espíritu de Dios estaba incubando sobre la superficie de las aguas. Dijo Dios: «Sea la luz» [49]. La Santísima Virgen es la primera en la dignidad. Dice San Anselmo: «Nada hay igual a ti, ¡oh Señora!, nada que pueda comparársete; pues todo lo que existe, o está sobre ti, es Dios, o bajo ti, todo lo que no es Dios» [50]. Y Santo Tomás: «Tiene en sí cierta infinidad» [51]. *En todo pueblo y nación imperé. Desde el principio y antes de los siglos me creó y hasta el fin no dejaré de ser* [52]. ¿Cómo fué creada la Virgen *desde el principio?* La explicación es: no fué creada *desde el principio del tiempo,* sino que indica la naturaleza del modo; no quiere decir que fuera creada *desde el principio,* sino que siguió el modo y la condición de las demás criaturas creadas en primer lugar y *desde el principio,* es decir, que fué creada sin defecto alguno ni pecado. Pues el ángel y el hombre fueron creados en gracia. Y así se dice de Lucifer: *Habitabas en el jardín de Dios* [53]; y del hombre: Dios creó al *hombre recto* [54]. Por consiguiente, como el ángel y Adán fueron creados en gracia, así la Virgen fué concebida en gracia. Por tanto, no estuvo sujeta al modo y la condición de la naturaleza corrompida, sino a la naturaleza creada. Como llamamos ejército de Aragón no porque

[49] Gen. 1,1-3.

[50] *Tratado de la concepción de la B. Virgen María,* apéndice: «Nada hay igual a ti, ¡oh Señora!, nada contigo comparable; pues todo lo que existe, o está sobre ti o está debajo de ti; lo que está sobre ti es únicamente Dios; lo que está debajo de ti es todo lo que no es Dios. ¿Quién puede mirar esta tal excelencia tuya? ¿Quién puede alcanzarla?

[51] Santo Tomás, sobre I *Sent.,* d. 44 a. 3: «La bondad de la criatura puede considerarse de dos maneras: su bondad en sí misma absolutamente, y en este sentido cualquier criatura puede ser algo mejor; o en relación con el bien absoluto, y entonces la bondad de la criatura recibe cierta infinidad del infinito, con el cual se la compara, como la naturaleza humana en cuanto está unida a Dios, y la bienaventurada Virgen en cuanto es Madre de Dios, y la gracia en cuanto nos une a Dios, y el universo en cuanto está ordenado a Dios. Pero aun en estas comparaciones hay una doble clase: la primera, porque tanto es más noble cuanto con relación más noble se refiere a Dios, y así es nobilísima la naturaleza humana en Cristo porque se relaciona con Dios por medio de la unión, y después de ella, la bienaventurada Virgen, de cuyo seno se tomó la carne unida a la divinidad; y así las demás criaturas. En segundo lugar, porque alguna de estas comparaciones es solamente según algún aspecto, como el del universo al fin, el de la madre al hijo; y por eso de la dignidad de la comparación no se puede formar un juicio tan absoluto que se afirme que no puede haber algo mejor que la bienaventurada Virgen, sino sólo relativo, diciendo que no puede ser madre de alguien mejor, y que el universo no puede ordenarse a un bien mayor».

[52] Eccli. 24,10-14.

[53] Ez. 28,13.

[54] Eccl. 7,30.

sea de Aragón, sino al asoldado por el reino de Aragón; y lo mismo al ejército de Castilla.

El ángel y Adán fueron creados en las mismas condiciones, pero cayeron; y por eso se dice: *Desde el principio y antes de los siglos me creó y hasta el fin no dejaré de ser;* porque la Virgen conservó intacta siempre la gracia que recibió desde el principio, sin arrojarla por el pecado. Lo confirma San Agustín [55]: «¡Oh caridad, tú hiciste que no sólo no pecase María, mas ni aun pudiera pensar en el pecado!» Esta es la obra de la caridad. Pues como la piedra imán [56] atrae al hierro, así el alma y vo-

[55] Aunque no siempre con las mismas palabras, cita este testimonio el sagrado orador en el sermón del domingo de Pasión; pero no he podido encontrarlo entre las obras de San Agustín. Lo mismo le ocurrió a Fernando Salazar, pues en la *Defensa de la Inmaculada Concepción,* p. 401 col. de la edición de París 1625, tomando de Felipe Díez las referidas palabras de San Agustín, añade: *Sin embargo, no he podido encontrarlas en San Agustín.* En la *Suma de predicadores,* t. 2, bajo el título «La concepción de la Santísima Virgen», expone así el referido Díez: «Por esto San Agustín exclama sin vacilación: ¡Oh caridad!, has hecho que no sólo no pecara María, pero que ni pudiera pensar en el pecado; y la preservaste por encima de todos de toda mancha de pecado».

[56] SAN AGUSTÍN, *Ciudad de Dios,* 21, 4, 4: «Tenemos noticia de la piedra imán, que maravillosamente atrae el hierro. La primera vez que lo observé quedé absorto, porque advertí que la piedra levantó en lo alto una sortija de hierro, y después, como si al hierro que había levantado le hubiera comunicado su fuerza y virtud, esta sortija la llegaron o tocaron con otra, y también la levantó; y así como la primera estaba inherente o pegada a la piedra, así la segunda sortija a la primera. Aplicaron en los mismos términos la tercera, e igualmente la cuarta colgaba ya como una cadena de sortijas trabadas unas con otras, no enlazadas por la parte interior, sino pegadas por la exterior. ¿Quién no se pasmará de semejante virtud, que no sólo tenía en sí la piedra, sino que se difundía y pasaba por tantos cuantos tenía suspensos, atados y trabados con lazos invisibles? Pero causa mayor admiración lo que supe de esta piedra por testimonio de Severo, obispo de Mileba, quien me refirió haber visto, siendo Batanario gobernador de Africa y comiendo en su mesa el obispo, que sacó esta misma piedra, y, teniéndola en la mano debajo de un plato de plata, puso un hierro encima del plato, y después, así como por debajo movía la mano en que tenía la piedra, así por arriba se movía el hierro, revolviéndole de una parte a otra con una presteza admirable. He referido lo que vi y oí al obispo, a quien di tanto crédito como si yo mismo lo hubiera presenciado. Diré asimismo lo que he leído de esta piedra imán, y es que, si cerca de ella ponen el diamante, no atrae al hierro, y si le hubiese ya levantado, le suelta al punto que le aproximan el diamante. De la India se transportan estas piedras; pero si, habiéndolas ya conocido, dejamos de admirarnos de ellas, cuanto más aquellos de donde las traen, si acaso las tienen muy a mano, y podrá ser que las posean como nosotros la cal, de la que no nos admiramos en verla, de una manera que asombra, hervir con el agua, con que se suele matar el fuego, y no hervir con el aceite, con el que se acostumbra a encender el fuego, por ser cosa ordinaria y tenerla muy a la mano». (Tomado de la ed. del Apostolado de la Prensa, 4.ª, Madrid 1944).—PLINIO, en la *Histo-*

luntad férreas se ven arrastradas por el pecado; pero si enfrente se coloca el diamante de la gracia, no permite al imán del pecado arrastrar hacia sí la voluntad. Por consiguiente, la gracia, que limpia a otros del pecado, preservó a María no sólo de pecar, sino también de contraer el pecado original, por privilegio especial de quien la eligió de un modo también especial para ser su madre.

7. Segunda condición de la luz. Es la más hermosa de las criaturas corporales, porque sin ella nada hay hermoso, sino que es todo odioso. Dice San Bernardo [57]: «Quita el sol, y ¿qué queda sino tinieblas? Quita a María, y ¿qué hay sino oscuridad y ceguera de espíritu? Voz del Esposo: *¡Qué hermosa eres, amada mía, qué hermosa eres!* [58]. Hermosa con la hermosura de la inocencia, hermosa con la hermosura de la gracia; hermosa en el cuerpo, hermosa en el espíritu, esta Virgen real ha sido decorada como con perlas y estrellas con estas excelentes perfecciones. *Una mujer envuelta en el sol, con la luna debajo de sus pies y sobre la cabeza una corona de doce estrellas* [59]. *Una mujer envuelta en el sol;* pues como el sol aventaja a todas las lumbreras del cielo por la prerrogativa de su claridad extremada, así después de Cristo aventaja María a toda criatura racional por el esplendor y hermosura de la virtud y de la gracia.

ria Natural, l. 3, c. 4: «El diamante es tan opuesto a la piedra imán, que si se le coloca cerca no le permite atraer el hierro; y si ya lo había atraído, se lo haga dejar y soltar».

[57] SAN BERNARDO, *Sermón de la Nativ. de la V. María*, 6: «Contempla, hombre, el designio de Dios, conoce el designio de la sabiduría, el designio de la piedad. Para regar la era de celeste rocío, empapa primero todo el vellón; para redimir al género humano, pone todo el precio en María. ¿Para qué esto? Quizá para excusar a Eva por medio de su hija y para calmar después la queja del varón contra la mujer. No digas más ya, ¡oh Adán!: *La mujer que tú me diste, me dió del fruto prohibido*, más bien has de decir: «La mujer que me diste me dió de comer del fruto bendito». Designio ciertamente piadosísimo, aunque quizá se oculte aún otro, y no sea esto solo. Verdadero es esto ciertamente; pero, si no me engaño, poco es para satisfacer vuestros deseos. Dulzura de leche es ya, pero, si presionamos aún, podríamos sacar la grosura de la manteca. Así, pues, considerad con más atención con qué afecto de devoción ha querido que sea honrada por nosotros el que puso en María la plenitud de todo bien, de suerte que si hay en nosotros algo de esperanza, de gracia, de vida, sepamos que se nos derrama de la que sube rebosando en delicias. Jardín en verdad de delicias, al que el divino austro no sólo creó al venir, sino que penetró al descender sobre él, a fin de que fluyan y se desborden de todo él los aromas, es decir, los carismas de las gracias. Quitad este sol que ilumina al mundo, ¿dónde queda el día? Quitad a María, esta estrella del mar, de este mar grande y espacioso, ¿qué queda sino una obscuridad universal, sombra de muerte y densísimas tinieblas?»

[58] Cant. 1,14.

[59] Apoc. 12,1.

Con la luna debajo de sus pies; pues, como dice San Bernardo [60], ningún defecto alcanza a la Virgen, y, a diferencia de todas las demás criaturas, pasa por encima de toda fragilidad y corrupción con una excelentísima sublimidad, de tal modo que con razón se puede decir que la luna está bajo sus pies.

Y sobre la cabeza una corona de doce estrellas. Continúa San Bernardo [61]: «Con justa razón se puede coronar de estrellas la cabeza que, brillando inmensamente más que ellas, préstales más hermosura que la que ellas le dan. ¿Quién puede estimar en su valor aquellas piedras preciosas, quién puede dar nombre a las estrellas de que está forjada la real diadema de María y tan singularmente la adornan y embellecen? Si la sola admirable concepción de María sin pecado, a diferencia de los demás, deslumbra y ofusca la penetración de toda humana criatura, y me atrevo a afirmar que aun las miradas angélicas se enturbian ante la prerrogativa, fulgor, esplendor y hermosura de esta concepción. Figura de ello es Judit, que, al lanzarse *al rayar del día* [62] a un peligroso *combate contra Holofernes, se leía en los ojos* de todos *el pasmo; tan encantados estaban de su belleza*; así también al lanzarse la Virgen a un singular combate contra el diablo (cuya cabeza no cortó como Judit, pero sí quebrantó al principio del día, en la animación de la vida, en su concepción), se reflejó para siempre *en los ojos* de todos *el pasmo*, porque admiran extasiados su hermosura. Otro símbolo: muere Sansón fascinado y juguete de la hermosura [63] de Dalila. Esta representa a la Virgen, y el fuerte Sansón al Dios de las venganzas [64], que, arrebatado por la hermosura de la Virgen y tomando carne de ella, fué crucificado por los judíos. Por consiguiente, *qué hermosa eres, amada mía, qué hermosa, y no hay mancha en ti.*

8. Tercera condición de la luz. Es universal, todo lo llena, dice San Ambrosio en el *Hexamerón* [65]. La Virgen

[60] SAN BERNARDO, *Sermón del domingo infraoct. de la Asunción*, 3.

[61] Ib. 7.

[62] Iudith 10,11-15.

[63] Iud. 16,17.

[64] Ps. 93,1.

[65] «La naturaleza de la luz es tal, que toda su virtud está no en el número, ni en la medida, ni en el peso, como la de otras cosas, sino en la vista. Así, pues, expresó con palabras propias la naturaleza de la luz, que agrada viendo, puesto que es la que proporciona el acto de ver. Y no sin razón tuvo por tan excelente pregonero a aquel por quien con derecho fué alabada la primera, puesto que ella misma fué la que hizo que todos los demás elementos del mundo sean dignos de alabanza. Por eso, viendo Dios la luz, la iluminó con su rostro, y vió que era buena. Y no sólo lo es por parte de Dios, sino que el universo entero lo juzga así. Por tanto,

no fué hecha con peso y medida determinados. Dió a todos y lo llenó todo; y como [66] el Sol de justicia, Cristo, nuestro Dios [67], hace brillar su luz sobre los buenos y los malos, así esta luz inextinguible, la Virgen sacratísima, reflejando los rayos de la divina misericordia, ofrece a todos sin distinción [68] sus gracias y su clemencia y se compadece con universal afecto de las necesidades de todos. Dice San Bernardo [69]: «Se hizo todas las cosas para todos, con un amor sin límites tomó sobre sí las deudas de sabios y de necios; abre a todos el seno de la misericordia para que todos reciban de su plenitud: redención el cautivo, curación el enfermo, consuelo el triste, perdón el pecador, gracia el justo, alegría el ángel; finalmente, gloria toda la Trinidad, y la persona del Hijo la substancia de su carne humana, de suerte que no hay *quien pueda esconderse de su calor*» [70]. ¡Oh antorcha brillantísima, a cuántos alegraste cuando, iluminada por resplandor divino, apareciste inmaculada en el seno de tu madre! Tu concepción, ¡oh Virgen Madre de Dios!, anunció el gozo a todo el mundo [71].

Con razón aquel divino cantor del epitalamio, viéndote de lejos en tu nacimiento, exclama: *¿Quién es esta que se alza como aurora, hermosa cual la luna, elegida como el sol, terrible como escuadrones ordenados?* [72] Como *aurora* en toda su brillantez te presentaste al mundo, ¡oh María!, cuando, dibujada por el fulgor del verdadero Sol, apareciste inmaculada en tu concepción; porque el mismo Sol de justicia que había de nacer de ti, previniendo tu nacimiento con cierta irradiación matutina, te infundió en toda abundancia los rayos de su luz, mediante los cuales pusiste en fuga el poder de las tinieblas que había producido Eva. Tú eres llamada *hermosa cual la luna* y no sin razón eres comparada con ella; pues si ella es, de todos los astros, la más semejante al sol y graciosa por su semejanza y su blancura, tú sola brillas gloriosa en el cielo con toda pureza entre los miles de astros que asisten a Dios. Eres, por consiguiente *hermosa cual la luna*, mejor aún, más hermosa que la luna, porque eres *toda hermosa* y no hay en ti sombra ni del pecado original ni del actual. Eres *elegida como el sol*: si aquel Sol, autor del sol, fué elegido de entre mil varones,

la virtud de la luz se asienta no sólo en el esplendor, sino también en toda su utilidad».

[66] Mal. 4,2.

[67] Mt. 5,45.

[68] SAN BERNARDO, *Sermón del domingo infraoct. de la Asunción*, 3.

[69] Ib. 2.

[70] Ps. 18,7.

[71] La Iglesia en el oficio antiguo de la Concepción.

[72] Cant. 6,9.

tú lo has sido de entre mil mujeres. Eres, finalmente, *terrible como escuadrones ordenados*. En efecto, ¿no se estremecieron de horror los príncipes de las tinieblas al ver que salía contra ellos una mujer concebida sin mancha contra toda ley, equipada de la más fuerte armadura? Aún más, dudamos que en tu concepción poderosos ejércitos de espirituales virtudes y una milicia de innumerables espíritus bienaventurados fueran delegados para proteger [73] el purísimo lecho de Salomón, a fin de que el ajeno huésped no osara invadir el hospedaje preparado para el Rey eterno, sino que lo rechazasen ellos diciendo: He aquí que ésta es más grande que Eva. *Este es el campo de Dios* [74], huyamos del campo de Israel.

9. Otro camino tenemos también para demostrar este singular privilegio de la Inmaculada Concepción. En primer lugar, aquel pasaje del Génesis en que, maldiciendo Dios a la tierra, dijo: *Por ti será maldita la tierra; te dará espinas y abrojos* [75]. Cuya maldición hemos de entender, según San Bernardo [76], no sólo de la tierra que pisamos, sino también de la tierra de nuestro cuerpo; porque el cuerpo fué viciado por obra de Adán, y después del pecado sólo da de sí las espinas de las concupiscencias y los abrojos de los apetitos desordenados. Pero antes de esa maldición general había exceptuado a la Virgen, diciendo a la serpiente: *Ella quebrantará tu cabeza* [77]; porque en ella, como dijo el profeta y se demostró arriba, *ha sido hecho pedazos y desmenuzado el que era martillo de toda la tierra*, y no tuvo cabida la culpa original.

Pero aunque dicha autoridad esté suficientemente clara, hay otro pasaje en Job que expresa esto mismo con más claridad: *Perezca el día en que nací y la noche en que se dijo: «Ha sido concebido un niño.» Obscurezcan sus tinieblas las estrellas; espere la luz y nunca la vea, ni el albor de la naciente aurora* [78]. Esta noche, según San Gregorio [79], no es sino la culpa original, en la cual son concebi-

[73] Ib. 3,7.

[74] Gen. 32,2.

[75] Ib. 3,17-18.

[76] SAN BERNARDO, *Sermón 1 en la festividad de Todos los Santos*, 9: «*Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.* Por esta tierra entiendo yo nuestro cuerpo, que si el alma desea poseer, siquiera reinar sobre sus miembros, es preciso sea mansa y esté sujeta a su superior; porque tal hallará a su inferior cual ella misma se hubiere con su superior» (trad. de la BAC, *Obras de San Bernardo*, Madrid, 1947).

[77] Gen. 3,15.

[78] Job 3,2-3,9.

[79] No he encontrado esta interpretación en San Gregorio; antes bien, cuando de propósito trata este lugar de la Escritura, es decir, *Morales* l. 3 y 4, entiende más bien la culpa actual y la ceguera de la mente, como notó ya Pineda. Se acerca más a este

dos todos los hombres, y cuya destrucción y muerte desea el profeta. Y continúa: *Obscurezcan sus tinieblas las estrellas*. Lo cual quiere decir que todos los santos y justos reciben en su concepción la obscuridad de la mancha original. Esta noche *espere la luz, y nunca la vean*, esto es, careció del pecado original Cristo, *luz verdadera, que ilumina a todo hombre* [80]; y no vió precisamente porque no hubo mancha en la luz de esta noche. Sigue: *ni el albor de la naciente aurora*. ¿De qué aurora se trata sino de la Virgen María, que engendró la *luz*, esto es, a Cristo? Ni en el seno ni fuera del mismo pudo ver esta tenebrosa noche su nacimiento. Vemos, pues, cómo ningún santo se exceptúa, sino sólo la *luz*, esto es, Cristo por naturaleza, y la *aurora*, es decir, la Virgen María por privilegio. Por consiguiente, no ha de entenderse del nacimiento del vientre, sino del nacimiento de la aurora en el vientre; porque también San Juan [81] y Jeremías [82] se encontraban limpios en el principio de su nacimiento.

10. También en los Salmos existe otra autoridad que, aunque no tan clara, puede, sin embargo, aplicarse al caso; dícese allí: *Cuando dormíais en medio de peligros, como alas de paloma plateadas, cuyas plumas por la espalda echan brillos de oro* [83]. La Santísima Virgen María es esta paloma plateada, paloma por su simplicidad, plateada por su pureza virginal. Y las dos alas con que protege a toda la Iglesia y la defiende de todo ataque de sus enemigos, son su benignidad y su humildad; pues por ser misericordiosa se compadece de nuestras flaquezas, y por ser humilde no se desdeña de socorrer a aquellos de quien se compadece. Dice San Bernardo [84]: Otras virtudes tuyas pueden agradar a otros; a los desdichados es la misericordia lo que más les agrada. *Cuando dormíais en medio de peligros*. La palabra griega *cleros* quiere decir suerte. Aplica esto a la bienaventurada Virgen: *Alas de paloma*

sentido indicado por el sagrado orador Santo Tomás (2-2 q. 76, a. 2 c): «Maldijo Job el día de su nacimiento por la culpa original que contrajo al nacer»; donde equipara al día con la noche.

[80] Io. 1,9.
[81] Lc. 1,44.
[82] Ier. 1,5.
[83] Ps. 67,14.
[84] Aureas son las palabras de San Bernardo en el *Sermón 4 de la Asunción de la Virgen*, n. 8: «Deje de ensalzar tu misericordia, ¡oh bienaventurada Virgen!, quienquiera que, habiéndote invocado en sus necesidades, se acordare de que no le has socorrido. Nosotros, siervecillos tuyos, te felicitamos, sí, por todas las demás virtudes; pero en tu misericordia más bien nos felicitamos a nosotros mismos. Alabamos la virginidad y admiramos la humildad, pero la misericordia sabe más dulce a los miserables; por eso abrazamos con más amor la misericordia, nos acordamos de ella más veces y la invocamos con más frecuencia.»

plateadas, cuyas plumas por la espalda echan brillos de oro. En la espalda se halla lo que queremos decir detrás; y cuanto más vivimos, tanto queda el nacimiento más alejado. Por consiguiente, el nacimiento mismo es la puerta por la cual salimos a este mundo, y que queda más alejada tras la espalda. Esta concepción en la Virgen fué *en los brillos de oro*, en el resplandor de la gracia, porque la gracia es oro, según aquello: *Te aconsejo que compres de mi oro acrisolado por el fuego, para que te enriquezcas, y vestiduras blancas, para que te vistas y no aparezca la vergüenza de tu desnudez* [85].

También puede aplicarse a esto aquella figura común de Ester. Había una ley general que prohibía la entrada; llegó Ester y entró; extendió el rey el cetro y la tocó diciendo: *¿Qué tienes, Ester? Yo soy tu hermano, no temas. No morirás, porque esta ley no fué puesta para ti, sino para todos los demás* [86]. No se ha dado esta ley para ti: no morirás, ¡oh Virgen!, en la entrada, aunque todos los demás al entrar contraigan la muerte, y la muerte sea el portero del pecado, degollando a todos a la puerta de la vida; sin embargo, tú no morirás, porque el Rey extendió su cetro. La cruz de Cristo es este cetro real: se extiende la cruz, esto es, su virtud, desde el primer pecador, Adán, hasta el último que haya. ¡Ve aquí cuán extendida se halla! A cuantos al extender el cetro tocó la virtud de la cruz, los limpió del contagio de la muerte; pero sola la Virgen tocó el cetro a la entrada de su animación; por eso se aventajó a todos siendo preservada, no levantada, como los demás, después de la concepción. Para dar más fuerza a esto nótese lo que afirmó el Señor de su Precursor: *Entre los nacidos de mujer no ha parecido uno más grande que Juan el Bautista* [87]. Pregunto yo: ¿No nació también la Virgen de mujer? ¿Es, por tanto, el Bautista más grande que la Virgen María? La respuesta es: *Entre los nacidos de mujer* que contrajeron la mancha y cayeron ya en su concepción, y limpios y elevados después se levantaron, entre éstos *no ha parecido uno más grande que Juan el Bautista;* pero la Virgen entre todos fué preservada de caer. No necesitando ser levantada, en nada rebaja su excelencia la autoridad de la Escritura, como si pudiera ser tenida en menos que el Precursor.

11. Otras dos comparaciones comunes pueden ser aducidas aún. La primera es la del heredero mayor entre sus hermanos, por ejemplo, el hijo de un rey o un emperador; para ése aun antes de obtener la herencia se acostumbra a

[85] Apoc. 3,18.
[86] Esth. 15,12-13.
[87] Mt. 11,11.

preparar un magnífico domicilio adornado y lleno de toda clase de preciosos utensilios. Cristo es el heredero mayor de edad, el primogénito y unigénito de Dios; heredó en la pasión y tomó posesión de su herencia en la resurrección. *Me ha sido dado todo el poder en el cielo y en la tierra* [88]; y por eso el Padre, antes de llegar el tiempo de heredar, le preparó un domicilio particular, una casa áurea, la Virgen sacratísima, decorada de todas las virtudes como de preciosos utensilios, previniendo a la Madre de la cual había de tomar carne humana y de cuya carne se había de vestir habitando en ella, previniéndola de antemano, no por el rescate ya pagado, sino por el que se había de pagar.

Segunda comparación. Va a salir el hijo de un rey con intención de recuperar el reino para su padre y conseguir una gloriosísima victoria del fatal enemigo, y otórgale entonces su padre con toda liberalidad inmensa cantidad de oro y plata para garantía de su ejército. Fuertemente armado se presentó nuestro esforzado Capitán [89], Cristo, con el fin de arrebatar las armas del fuerte y encadenarlo a él mismo, al demonio, y de rescatar el reino y la gente que por envidia había hurtado y detentaba injustamente; y había de llevar a cabo esta empresa luchando valerosamente en el monte Calvario sobre el fuerte caballo del madero, con el cual había el demonio engañado fraudulentamente a Adán y le había derrotado. Antes, pues, del combate que había de reportarle la victoria contra el mortal e infernal enemigo, otorgó el Padre celestial a su hijo una paga abundantísima, a saber, la gracia de preservar a su Madre en atención a los méritos de la futura pasión.

Entre otras muchas, aun puede aducirse una razón poderosa, es a saber: la dignidad de no tener pecado es la más grande, sin exceptuar la de haber dado a luz a Dios; por consiguiente, si no repugna y se ve cierta probabilidad, no puede negarse a la Virgen. Ahora bien, la Iglesia no sólo lo permite, sino que favorece esa opinión; y por otra parte no hay autoridad alguna en la Escritura que la contradiga. Por tanto, ha de concederse sin reserva esta prerrogativa a la Virgen, y es temerario e impío, aunque no herético, divulgar hoy con espíritu pertinaz lo contrario y no creer esta excelencia de la Virgen.

12. Solemos maravillarnos de los sucesos extraordinarios que se salen del marco corriente. En la Virgen es todo admirable y prodigioso; pues concebida sin mancha fuera del orden común, sin precedente fué virgen y madre a la vez, madre de su Creador, embarazada sin molestia, dando

[88] Ib. 28.18.
[89] Lc. 11,21-22.

a luz sin dolor, fecundada sin corrupción por obra, no de varón, sino del Espíritu Santo; concibiendo sin concupiscencia; en una palabra, maravillosa en todas sus obras y virtudes. San Dionisio [90] la hubiera adorado como Dios si no hubiera sido por la fe. No debe maravillarnos que no haya sido tocada por el más ligero pensamiento de pecado ni por el más leve movimiento o la más insignificante insinuación, sino que permaneciera toda pura, sin tentación interior, sin la menor instigación o sentido del pecado; lo que debe maravillarnos profundamente es el hecho de ser humana y no experimentar en nada las consecuencias de la carne. Por eso, el Salmista, estupefacto ante esta su inocencia y pureza, libre hasta del más ligero pecado venial, exclama: *Venid y ved las obras de Yavé, los prodigios que ha dejado El sobre la tierra* [91] aquella bendita, de la cual *brotó la verdad* [92]; pero sobre todo contemplad una estupenda: *El es quien hace cesar la guerra hasta los confines de la tierra* [93]. Esta es, pues, la tierra de la que se suprime hasta la más insignificante discordia; de esta tierra se destierra toda lucha; en esta tierra se encuentra la plenitud de la paz. Las palabras de la citada profecía deben ser entendidas de la Virgen María, en la que, ciertamente, esta nuestra tierra de condición miserable consiguió una paz perfecta, libre del más mínimo asalto de los vicios; porque la plenitud de la gracia no dejó en ella enfermedad espiritual ni imperfección alguna, y de tal modo la asentó en toda bondad, que no pudiera jamás recaer sobre ella el más ligero defecto ni cualquier sombra o pretexto del mismo.

Cosa extraordinaria es en los demás santos no dejarse avasallar de los vicios; admirable es que la Virgen no haya podido ser atacada ni aun en lo más mínimo por un defecto. A los demás santos se les exige, en general, que no dejen reinar el pecado en su cuerpo mortal; sólo a la Virgen se le ha dado el privilegio singular, como a su

[90] Están tomados estos pensamientos de la epístola de San Dionisio a San Pablo, que trae, entre otros, Novato en el tomo 1 de *Emin. de la Virgen*, p. 297, donde dice: «Pongo por testigo a Dios, que moraba en la Virgen, que, si tu doctrina no me hubiera ilustrado, la hubiera tenido por verdadero Dios, porque no podría imaginarse gloria más grande de los bienaventurados que la felicidad que yo, infeliz de mí al presente y felicísimo entonces, saboreé.» Pero ni aun los que admiten como genuinas las otras obras de Dionisio tienen a ésta por auténtica. Belarmino, en el n. 71 de los *Escrit. Ecles.*, dice hablando de los escritos de San Dionisio: «Se hablaba también de una epístola escrita a San Pablo, pero todos justamente la rechazan.» Y no se encuentra ciertamente entre las epístolas del mismo Dionisio, publicadas en el tomo 2 de la Bib. Patr.
[91] Ps. 45,9.
[92] Ib. 84,12.
[93] Ib. 45,10.

Hijo, de no ver manchado su cuerpo con el más sutil pecado venial; y cabalmente respecto del pecado se tiene por seguro realizado en la Virgen lo que de todos los santos se espera; meta ciertamente que no conseguirán en este su cuerpo mortal, sino cuando se hayan revestido de la inmortalidad; lo cual ha sido sobre toda ponderación admirable y singular en la Virgen sobre todos los demás santos.

Como encarecen el valor de una obra la materia, la forma y la perfección con que el artista imita el modelo, del mismo modo representa un mérito sobresaliente en el artista resumir en una extensión insignificante toda una gran historia, como, por ejemplo, la pasión de Cristo. Por consiguiente, *venid y ved las obras de Yavé, los prodigios que ha dejado El sobre la tierra;* ved *la obra admirable del Excelso.* ¡Obra verdaderamente admirable! El supremo Artista celestial juntó en una sola alma, la de la Santísima Virgen, las virtudes de todos los santos. Como dice San Jerónimo [94], no hay blancura ni esplendor que no resplendezca en la gloriosa Virgen.

SERMON II [1]

Antes que los abismos fui engendrada yo (Prov. 8, 24).

1. La Bienaventurada Virgen fué exceptuada de la maldición de la mujer porque se había pronunciado antes aquel *ella quebrantará tu cabeza* [2]. ¿Cómo, en efecto, pudo ni por un momento ser cautiva de aquella cuya cabeza humilló? No se puede oír esto, no lo toleran las almas piadosas. Dice Aristóteles en el libro I *De anima:* En el alma existe una triple armonía. La primera semejanza entre el alma y la música consiste en la pluralidad de las voces y unidad de objetivo a que tienden todas en ésta, y la uniformidad con que todos los movimientos del alma se someten al imperio de la razón. Segunda analogía. Como es un misterio en el canto la existencia de sólo siete tonos,

[94] Sermón a Paula y Eustoquio sobre la Asunción de la B. V. María. Sin embargo, no existe este sermón de San Jerónimo. Lo rechaza Martianeo (t. 5, p. 82). Se dice allí en la p. 92 al final: «Si contemplamos con diligencia a ésta (la Virgen), no hay virtud, ni belleza, ni candor, ni gloria que no reverbere de ella.»

[1] Según el P. Vidal, este sermón era llamado por Santo Tomás «escolástico».

[2] Gen. 3,15.

que armónicamente se repiten, así en el razonamiento prudente del alma, que tiene lugar en cada una de las acciones deliberadas, se comienza por el fin y se termina en el mismo; porque lo primero en la intención es lo último en la ejecución. He aquí ocho estadios en las operaciones del alma: el conocimiento del fin, su aceptación, la búsqueda de los medios, la consideración, el dictamen, la elección, el impulso, la ejecución.

2. Tercera analogía. En la música hay cuatro relaciones simples, a saber, el tono, la quinta, la cuarta, la octava; y la octava es la más amplia e incluye a las otras. En el alma existen también cuatro relaciones, a saber, la del cuerpo con respecto al alma, la de la sensualidad y la razón, de la razón y la voluntad, la de la voluntad con respecto a Dios, y esta última es la principal y encierra a las otras.

3. *Dios creó al hombre recto* [3], instrumento bien conformado según sus potencias; la armonía llevaba consigo la justicia original, don gratuito no natural. Pero ¿qué hizo el diablo? Trastornó el oído del hombre y desbarató toda la armonía. El pecado original, según Santo Tomás [4], consiste precisamente en esta disonancia de las potencias del alma a causa de la privación de la justicia original, que encauce esas potencias sujetándolas a la razón. Por consiguiente, como en el pecado actual se distinguen dos cosas, el acto y la deformidad, así en el original el elemento material es la disonancia de las potencias, y el formal, la carencia de la justicia original [5] debida.

4. Podría replicarse: si esa debilidad y corrupción de la naturaleza me es natural e inevitable, ¿cómo puede ser pecado? A lo cual respondo [6]: Respecto a la voluntad del niño, eso no es más que una mancha; pero en la voluntad del primer padre, eso mismo fué culpa. Es ni más ni menos lo que ocurre con el hijo de un traidor. Se insistirá aún:

[3] Eccl. 7.30.

[4] 1-2. q. 82. a. 1 c.: «Pues es (el pecado original) cierta disposición desordenada, que proviene de la disolución de la armonía en que consistía la razón de la justicia original.»

[5] Santo Tomás (1-2. q. 82, a. 3 c.): «Por consiguiente, la formalidad del pecado original consiste en la privación de la justicia original, mediante la cual la voluntad se sujetaba a Dios; y todo otro desorden de la fuerza del alma se considera en el pecado original como algo material. Este desorden de las otras fuerzas del alma se considera principalmente en que se vuelven desordenadamente al bien conmutable, cuyo desorden bien puede dominarse en general con el nombre de *concupiscencia;* y así el pecado original es materialmente en verdad la concupiscencia, pero formalmente la carencia de la justicia original.»

[6] Ib. q. 81, a. 1 c.

El hijo no llevará sobre sí la iniquidad del padre[7]. Es verdad, pero en cuanto que no sea participante del delito. Todos pecamos en Adán, en cuanto estábamos en él, y él fué la raíz que, corrompida, propagó la corrupción a los ramos; porque en él, como en la fuente de la naturaleza, contrajo la nuestra su corrupción. Y por eso no cayeron los ángeles por el pecado del primer ángel, porque no estaban en la raíz como nosotros; por eso precisamente el pecado de Adán es un pecado de la naturaleza [8].

5. Si se me pregunta cómo el alma, que no procede de Adán, puede contraer la mancha del mismo, responderé: el pecado original se contrae por la infusión del alma en una carne corrompida. Por otra parte, no influye la sensualidad de la generación. Y en tercer lugar, se contrae por unirse a una carne que procede de Adán según la naturaleza seminal y el poder de la generación, como el ramo natural contrae la corrupción de su raíz. Síguese que, si alguno fuera engendrado sin sensualidad, contraería, sin embargo, el pecado; si alguno fuera concebido milagrosamente, aunque de una mujer corrompida, pero sin generación, no lo contraería [9]. Por consiguiente, queda bien claro que Cristo no necesitó de preservación. Y también queda claro que la Virgen hubiera contraído el pecado si no hubiera sido preservada y prevenida con las bendiciones; y esto es lo que enuncia el tema: *Antes que los abismos*, esto es, el pecado, que todo lo devora (se llama al original propiamente abismo, porque absorbió a todos), *fuí yo engendrada;* como si dijera: mi concepción fué prevenida antes que existiese el abismo, que lo hubiera sido también para mí si no hubiera existido tal preservación.

6. Pero ¿cómo pudo ser preservada? De tres maneras: primero, quitándole la obligación, aun sin darle la justicia y la gracia. Dice Escoto: ¿Se puede perdonar el pecado sin dar la gracia? Y responde afirmativamente. En segundo lugar pudo ser preservada mediante la justicia, y en tercer lugar, mediante la gracia. Quizá alguien replique: no convence, puesto que el pecado es la carencia de la justicia y no de la gracia. A lo que se responde: el que debe un denario satisface la deuda si da un escudo; del mismo modo la gracia contiene la justicia; y así decimos ocurrió en la Virgen, porque se infundió la gracia en el momento de la creación del alma, como se demostrará luego; y éste es el punto capital de la dificultad.

7. Esa parece ser la razón más poderosa entre todas

[7] Ez. 18,20.
[8] Santo Tomás, 1-2, q. 81, a. 1 c.
[9] Ib., a. 4 c.

las autoridades de la razón. El Apóstol [10], queriendo probar que Cristo murió por todos, justifica esta razón con la autoridad del Salmo: *Todos van descarriados*, etc. [11]. De suerte que o concluye este razonamiento o no concluye. Esgrimo ahora este argumento del Apóstol: si no se puede resolver, queda probado; si se resuelve, luego el Apóstol no concluye nada con su razonamiento, pues se le podría responder que Cristo murió por el justo para que no perdiera la justicia, etc. Si se dice que hubo muchos justos y que el Apóstol nada concluye, por temeraria hemos de rechazar tal afirmación.

8. Segunda autoridad: *No es bueno que el hombre esté solo, voy a hacerle una ayuda semejante a él* [12]. ¿Cómo pudo ser Eva una ayuda? Más bien fué la ocasión de la caída y la que precipitó a Adán en ella. Por eso ha de entenderse este lugar del segundo Adán, Cristo, y de la Virgen, porque realmente la Virgen fué ayuda y compañera. Ella le acompañó en el nacimiento, en el destierro de Egipto, en el desierto, en la peregrinación, en la predicación, pues no podía estar sin su Dios e Hijo suyo. Finalmente, *estaba junto a la cruz de Jesús su Madre* [13]. El Hijo en la cruz, la Madre junto a la cruz; más aún, el Hijo enclavado en la cruz, y la cruz clavada en el corazón de María. Había sólo una cruz, y eran dos los que colgaban de ella; un solo tormento, y dos los que sufrían: el Hijo en el cuerpo, la Madre en el corazón. Los clavos taladraban las manos del Hijo, pero a la vez las entrañas de María; la corona punzaba la cabeza santa y el corazón sagrado. ¡Oh fiel compañera! ¡Cómo ayuda al Hijo, cómo soportaba el dolor con El! No así los amados apóstoles, porque no habían sido dados para ayudarle como la Virgen. Cúmplese así *voy a hacerle una ayuda semejante a él:* semejante en la pureza, semejante en la virginidad, semejante en la inocencia, semejante por la carencia de pecado, semejante en la pobreza, semejante en la humildad, semejante en la tribulación, semejante en la concepción sin mancha, semejante en la gracia, semejante en la gloria, a la cual se digne llevarnos su Hijo. Amén [14].

[10] Rom. 3,12.
[11] Ps. 13,3.
[12] Gen. 2, 18.
[13] Io. 19,25.
[14] Otras cosas aún, dice el P. Vidal, se encuentran en el códice, que paso por alto porque son puramente escolásticas; sin embargo, no me pareció bien omitir las autoridades que transcritas del original se encuentran al pie del mismo (sermón), y son las siguientes: *Caerán los pecadores en sus mismas redes, mientras que yo pasaré libre* (Ps. 140,10). En el Apocalipsis 21,2: *Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén*, sacada entonces por vez primera del horno del Espíritu Santo: *nueva*, porque había sido concebida de un

SERMON III

El hombre ha nacido en ella, y el mismo Altísimo es quien la ha fundado (Ps. 86, 5).

1. Dos partes tendrá el sermón: en la primera se tratará del magnífico fundamento, *y el mismo Altísimo es quien la ha fundado;* en la segunda, del fin que se pretende con este fundamento, es, a saber, *el hombre ha nacido en ella.*

Cuando algún emperador quiere construir algún castillo famoso en toda la tierra, primero busca un lugar alto para el mismo y la suficiente dotación de agua; luego construye sólidos fundamentos para levantar sobre ellos los muros y las defensas; prepara además abundancia de víveres y le provee de todo lo necesario para una completa defensa. Así Dios en este día levanta en la tierra una torre altísima, riquísima, de la que se dice en los Reyes [1]: *La casa que quiero edificar debe ser de tal naturaleza que sea famosa entre todas las gentes en el cielo y en la tierra.* Y ella hablando de sí: *Todas las naciones me llamarán bienaventurada* [2]. Por eso no quiso Dios que pagara tributo a nadie, ni estuviera sujeta a otro, ni encomendar a nadie su guarda. El mismo quiso ser su custodio permanente durante nueve meses en el vientre y siempre en su corazón. A lo cual se refiere aquello del Salmo: *En medio de ella está Yavé; no será conmovida* [3]; no se apartará de El por el pecado mortal ni se moverá por el venial; más aún, ni se turbará por el original.

2. Si queréis oír sus riquezas, escuchad: *De maderas del Líbano se ha hecho el rey Salomón su litera; las columnas las ha hecho de plata; el respaldo, de oro; las gradas cubriólas de púrpura, y el centro con amor* [4]. ¿Queréis conocer su fortaleza? Dice el profeta: *El Salvador será para ella muro y antemural* [5], El la rodeó preservándola. ¿Quién

modo nuevo. *La socorrerá Dios desde el rayar el alba* (Ps. 45,6), tan pronto como la aurora comienza a derramar su luz. Otros, como Juan y Jeremías, fueron santificados por la mañana; pero a María la favoreció *desde el rayar el alba,* es decir, previniéndola de antemano.

[1] 3 Reg. 8,43.
[2] Lc. 1.48.
[3] Ps. 45.6.
[4] Cant. 3,9-10.
[5] Is. 26,1.

podrá abrir brecha en ese muro? Su techo es como su altura: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti* [6]. Rodeada por Dios, protegida por Dios; los víveres [7] es el pan vivo en su vientre; las fuentes y arroyos, los ríos de gracias; la multitud de provisiones, los manjares de las virtudes. Todos reciben de ella, y permanece ella colmada. Oigamos a San Bernardo [8]: Se hizo todas las cosas para todos, a todos abre el seno de su misericordia, para que todos reciban de su plenitud: redención el cautivo, curación el enfermo, consuelo el triste, perdón el pecador, gracia el justo, alegría el ángel; finalmente, gloria toda la Trinidad, y la persona del Hijo la substancia de su carne humana, de suerte que no hay quien pueda esconderse de su calor [9]. ¡Oh, cuán abundante ha sido la provisión que se le hizo!

3. ¿Qué resta sino hablar del fundamento? Dice el Salmo: *Sobre los montes santos está fundada* [10]. Reparemos a qué montes se refiere: *Abraham engendró a Isaac, Isaac a Jacob,* etc. [11] Según la carne puso sus fundamentos en los patriarcas y en los profetas; pero según el espíritu tiene un fundamento más sólido: *Sólidamente está fundada la casa de Dios sobre roca firme* [12], *y la roca era Cristo* [13]. El Verbo es el fundamento de su Madre, que lo lleva en su seno. Conocéis ya la fundación fortísima, riquísima, altísima, que fundó el Altísimo, y tal cual convenía fuera la que está apoyada en Dios y de El rodeada. ¡Oh mujer admirable, singular, singularmente digna de ser admirada! *Gloriosas cosas se han hecho de ti, ¡oh ciudad de Dios!* [14], ciudad santa, ciudad opulenta.

4. Pero ¿cuál es el fin de tan ilustre fundación? Escuchemos lo que dice Isaías: *Habrá protección sobre toda gloria, y tabernáculo para proteger contra el calor del día y para refugio y abrigo contra el turbión y el aguacero* [15]. Es, pues, una protección de santidad para los justos, una sombra contra el ardoroso espíritu de la sensualidad para los pecadores, un refugio contra el espíritu del torbellino, esto es, la avaricia, y de la lluvia, es decir, la vanagloria. Para todos es saludable y por eso debe celebrarse con gozo general su concepción. Dice el Salmo: *El monte de Sión, delicia de*

[6] Lc. 1,35.
[7] Io. 6,41-51.
[8] Véase la nota 69 del Sermón 1.
[9] Ps. 18.7.
[10] Ps. 86,1.
[11] Mt. 1,2.
[12] La Iglesia en la dedicación de las iglesias.
[13] 1 Cor 10.4.
[14] Ps. 86.3.
[15] Is. 4,5-6.

toda la tierra, se yergue bello al lado del Aquilón de la ciudad del gran Rey [16]. Monte Sión es llamada la Virgen, porque de ella fué arrancada [17] sin manos, esto es, sin el concurso de varón, aquella piedra, Cristo, que, creciendo hasta ser un gran monte, ocupó toda la tierra; porque en ella misma fué formado el templo del Dios Altísimo, a saber, la humanidad de Cristo. *Ciudad del gran Rey,* porque a ella afluyen todos los ciudadanos del cielo.

5. Pero, ¿por qué la Virgen es llamada *lado del Aquilón*? Prestad atención. Puede quedar manifiesto considerando lo que dice Isaías de Lucifer: *Subiré a los cielos; en lo alto, sobre las estrellas de Dios, elevaré mi trono. Me instalaré en el monte santo, en las profundidades del Aquilón. Subiré sobre la cumbre de las nubes y seré igual al Altísimo* [18]. Llama nubes a las almas de los santos, que como nubes suben de la tierra; llama estrellas a las distintas jerarquías angélicas: a todos pretendió anteponerse Lucifer. ¿Adónde quiso subir sobre las nubes y los astros? Al monte del Testamento y al lado del Aquilón, porque estos son más altos que las nubes y los astros. El monte del Testamento es la humanidad del Legislador, Cristo; allí quiso sentarse Lucifer cuando le tentaba diciendo: *Di que estas piedras se conviertan en pan* [19]. También pretendió poner su trono en el lado del Aquilón, esto es, en la Virgen. ¡Oh descarada insolencia! Y se la llama lado del Aquilón porque la Virgen es el lado de Dios; y como el Hijo tiene su trono a la diestra del Padre, así lo tiene la Madre a la diestra del Hijo: *A tu diestra está la Reina* [20]. Por consiguiente, en el lado de Dios, porque, como dice San Anselmo [21], fué conveniente que la Virgen resplandeciera con la mayor pureza que cabía concebir después de la de Dios, y a esto se refiere lo del Salmo: *Caerán a tu lado mil* [22].

6. Claro que dirá alguien: Gózome sobremanera de tan excelsa virtud de la Virgen, pero, por lo mismo, me entra

[16] Ps. 47,3.
[17] Dan. 2,34.
[18] Is. 14,13-14.
[19] Mt. 4,3.
[20] Ps. 44,10.
[21] *De la Concepción de la Virgen,* 18: «Era conveniente que brillara con la mayor pureza imaginable, inferior a Dios, aquella Virgen, a quien Dios Padre se disponía a dar su único Hijo, al que, engendrado de sí mismo e igual a El, amaba como a sí mismo, y de tal manera se disponía a dárselo, que fuera naturalmente uno y el mismo hijo común a Dios Padre y a la Virgen; a la cual también el mismo Hijo elegía para hacerla substancialmente madre suya, y de la cual también el Espíritu Santo quería y había de hacer que fuera concebido y naciera aquel de quien El mismo procedía.»
[22] Ps. 90,7.

mayor temor de acercarme a tan gran pureza siendo yo tan impuro; temo, por consiguiente, no se me diga: *No me toques, porque tú eres inmundo* [23]. Porque dice Isaías: *No lo pisará hombre inmundo* [24]. ¿Cómo, pues, un pecador, sepultado en el cieno, osará entrar en una casa tan limpia, fabricada de piedras preciosas? Si se le manda a Moisés [25] descalzarse, ¡cuánto más a un pecador! Pues bien, precisamente por esto, para que no te muestres tímido en acercarte, el profeta, después de decir: *Gloriosas cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios,* añadió en nombre de la Virgen aquella promesa: *Contaré a Rahab y a Babilonia entre los que me conocen* [26]. Rahab fué una mujer pública, una meretriz, y significa al pecador mundano; y toda alma al pecar comete una fornicación. Pues ¿qué otra cosa es un deseo pecaminoso sino una joven descarada, como la voluntad, que, menospreciando al esposo, se abrace desgraciada con aquél? ¡Oh perversidad! Tú, dice el profeta, *has pecado con muchos amantes* [27]. Babilonia, en cambio, suena a confusión, y figura el alma pecadora del religioso: *Serán confundidos, porque Dios los desechó de sí* [28].

Los que me conocen. Si el pecador se acordare de la Virgen, también ella le tendrá presente, pues sigue diciendo: *He aquí que los filisteos, los de Tiro,* esto es, la tribulación, *y el pueblo de los etíopes,* esto es, los sensuales, *todos ésos allí estarán.* ¿No se dirá entonces de Sión: *Hombres y hombres han nacido en ella, y el mismo Altísimo es quien la ha fundado?* [29] La Virgen purísima nos promete que se acordará de los que la conocen; no pide más que nos acordemos de ella, que la imploremos; por consiguiente, ¿no se dirá entonces de Sión: *Hombres...?* ¿Por qué no toma para sí este sobrenombre? ¿Por qué se ha de olvidar de invocar noche y día a tan misericordiosísima Protectora? ¿No se dirá entonces de Sión: *Hombres...?* Medita bien esto.

Pero respondamos a la objeción. *No lo pisará hombre inmundo,* porque a su puerta está el agua purificadora; pues desde un principio consigue la Virgen para sus devotos el don de lágrimas, con las cuales se purifican.

7. El segundo fin de esta fundación es lo que se sigue en el tema, es decir, que en ella Dios se haga hombre, que ella llegue a Madre de su Creador, que el Creador del cielo y de la tierra nazca de ella, que ella sea la Madre de su Padre. ¡Oh preclara dignidad de la criatura! La constituyó

[23] Is. 65,5.
[24] Ib. 35,8.
[25] Ex. 3,5
[26] Ps. 86,3.
[27] Ier. 3,1.
[28] Ps. 62,6.
[29] Ib. 86,4.

Dios fuerte, para hacerse El en ella débil; la hizo rica, para hacerse El en ella pobre; la levantó, para humillarse El; le dió libertad, para hacerse El esclavo, porque toda la elevación de la criatura es humildad referida a Dios. Así, pues, ¿qué dignidad no le conviene a la Madre de Dios? ¿Qué pudo negarle Dios? ¿Que no quiso darle su Hijo? Todas las prerrogativas le convenían a la Madre, todas pudo otorgárselas Dios, todas quiso dárselas el Hijo. Y si era conveniente, y pudo, y quiso, ciertamente lo hizo, pues redunda en honor del Hijo el honor concedido a la Madre. Pues nosotros no podemos escoger los padres que nos den el ser, mas el Hijo de Dios por sí mismo creó, eligió y hermoseó a la Madre de que había de nacer. ¿De qué dignidad y honor no la dotaría? No fué decoroso que la Madre de la Gracia hubiera sido hija del pecado, que la Reina de la Gloria hubiera sido rescatada, que la Madre de la Vida hubiera sido esclava de la muerte ni que la Madre de la Libertad hubiera estado sujeta al pecado.

8. Probemos esto por las autoridades de las Escrituras relativas a esta edificación y veamos qué nos dicen de ella las mismas. En el libro tercero de los Reyes: *La fábrica de la casa se hizo de piedras labradas, sin que durante la obra de la casa del Señor se oyese en ella ruido de martillo, ni de hacha, ni de ninguna otra herramienta* [30]. Ya puede objetar el judío: ¿Cómo fué posible esto? San Agustín y San Gregorio ven en esto un misterio. Esta casa fabricada de piedras labradas, esto es, de virtudes, es la Virgen; el hacha es el pecado mortal, porque llega hasta el profundo. San Juan decía: *Ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles* [31]. La herramienta es el pecado venial, porque no destruye totalmente; el martillo, que sacude a todo hombre, es el pecado original. Ningún ruido de éstos se hizo notar en la Virgen, ni aun cuando era creada, esto es, en su concepción, pues, como dice el profeta, *ha sido hecho pedazos el martillo de toda carne* [32], quiere decir, en la gloriosa Virgen.

9. Otro testimonio: *Fijó su habitación en la Paz* [33], y no con guerra, porque ella dió a luz la Paz. La tercera autoridad es del Exodo [34]. Luego que terminó todo, es decir, luego que el cuerpo de la Virgen fué formado, organizado y dispuesto para recibir la vida, descendió la nube sobre el tabernáculo del testimonio, esto es, aquel alma bienaventurada. Una ligera nube penetró en el cuerpo, tabernáculo

[30] 3 Reg. 5,7.
[31] Mt. 3,10.
[32] Ier. 50,23.
[33] Ps. 75,3.
[34] Ex. 3,9.

del Espíritu Santo, y lo llenó la gloria del Señor, la gracia. De modo semejante penetra la nube en el tabernáculo, esto es, el alma en el cuerpo y la gracia en el alma; por consiguiente, no estuvo el alma sujeta al pecado.

10. Un cuarto testimonio nos lo da San Juan en el Apocalipsis: *Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén* [35]. *Nueva*, es decir, concebida de un modo nuevo, y *no habrá allí noche* [36], porque *su lumbrera es el Cordero* [37]. Notemos con qué hermosura la había dispuesto Dios. El mismo la había adornado, El mismo la había preparado, para que su amor cautivara a su Hijo y le hiciera venir a la tierra. Y también: *He aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres, y el mismo Dios será con ellos* [38], por la gracia aquí y allí por la gloria, a la cual nos lleve Jesús. Amén.

SERMON IV

Hallando una margarita de gran precio, vende todo cuanto tiene y la compra (Mt. 13, 46).

1. La margarita preciosa con que adquirimos el reino celestial es la gracia. Dice el Apóstol: *El don de Dios es la vida eterna* [1]. ¡Oh, con qué afán debes esforzarte a fin de que, cuando llegue la muerte, poseas en tu corazón esta margarita! Pues si Dios la encuentra en tu corazón, al descubrirla te entregará todo lo suyo, ya que tuyos serán todos los bienes de Dios, *pues a todo aquel que tiene dársele ha, y se hará rico* [2]; al que tiene la gracia, se le dará la gloria; en cambio, las tinieblas exteriores están preparadas para los que no tienen este vestido nupcial. Por eso dice San Juan en el Apocalipsis al obispo de Laodicea: *Dices: «Yo soy rico y de nada tengo necesidad», y no sabes que eres un desdichado, un miserable, un indigente, un ciego y un desnudo; aconséjote que compres de mí oro acrisolado por el fuego, para que te enriquezcas* [3]. *Oro acrisolado por el fuego*, por la gracia atizada por el fuego de la caridad. Pero ¿cómo se puede comprar la gracia? Porque, si se compra por un precio, ya no es gracia. Por eso esta margarita ha

[35] Apoc. 21,2.
[36] Ib. 21,25.
[37] Ib. 21,23.
[38] Ib. 21,3.

[1] Rom. 6,23.
[2] Lc. 19,26.
[3] Apoc. 3,17-18.

de ser descubierta, no comprada. Y así dice: *Hallando una margarita de gran precio*. Y ¿quién la encontró sino aquella a quien se dijo: *Has hallado gracia delante de Dios?* [4] Ella encontró la gracia que Eva perdió, y la vende gratis. Realmente es esto admirable: se vende y compra esta margarita sin precio. ¿Qué clase de venta es ésta? ¿Cómo puede haber compra si no hay precio? Cierto, como es gracia, no puede haber precio. Escucha al profeta: *Venid, comprad sin dinero, sin pagar* [5]. Por consiguiente, ¿qué podremos dar por ella? El precio de compra es la oración devota: acércate más y más a esta Virgen acaudalada y fecunda en divinas riquezas, opulenta, abundantísima; ofrécele tu saludo, y recibe la gracia.

Ave, María

2. Voy a tratar en este sermón alegóricamente, como prometí, de la parábola del Evangelio de ayer, sobre el comerciante que busca ricas margaritas. Pero ¿qué tiene que ver esto con la Virgen? No es ajeno este sermón a la festividad, pues, como veréis, la Virgen, cuya purísima concepción celebramos hoy solemnemente, reclama por suya gran parte de esta parábola. Y procuraremos acomodar a la letra todo el discurso según las semejanzas antedichas.

3. Este comerciante riquísimo que negocia en margaritas es el Hijo unigénito de Dios. Descendió del cielo para comprar esta nuestra penosa vida, y como buen negociante, dice San Agustín [6], nos trajo la suya y adquirió la nuestra; cambió lo celestial por lo terreno, lo sublime por lo humilde, lo eterno por lo temporal; ofreció las riquezas de su gloria y recibió la pobreza, dió la alegría y soportó la tristeza, ofreció la vida y aceptó la muerte. ¡Qué cambio tan notable! El Hijo unigénito de Dios, a quien adora todo el celestial ejército, fué considerado como hijo de un carpintero [7]; vino tan humillado, que, a la manera que los grandes negociantes, por miedo de los ladrones, suelen acudir a los mercados disimulando su condición bajo despreciable vestido y por dentro van bien forrados de oro (ocultándose así para evitar la muerte si fueran conocidos), así este nuestro piadosísimo Mercader se escondió precisamente para poder morir, porque, *si hubieran conocido al Rey de la gloria, nunca le hubieran crucificado* [8].

[4] Lc. 1,30.
[5] Is. 51,1.
[6] Véase la nota a la conc. 2 del dom. 18 después de Pent., n. 2, p. 243, vol. 3.
[7] Mt. 13,55; Mc. 6,3.
[8] 1 Cor. 2,8.

4. Pero ¿qué es lo que busca este gran Mercader en la tierra viniendo de tan lejos? Pues dice el profeta: *He aquí el nombre de Yavé, que viene de lejos* [9]. ¿Qué es lo que le trajo del cielo a la tierra? ¿Qué busca con tanta solicitud entre nosotros? Gran negocio, sin duda, y de consideración el que el Hijo de Dios busca en la tierra durante treinta y tres años con tales sudores, trabajos y fatigas. Mira lo que busca: *Buscando*, dice, *margaritas de gran precio* [10]; de gran precio ciertamente, aunque perdidas. Pero escuchad qué margaritas son éstas.

Dos preciosas margaritas produjo en el principio el supremo Artífice, resplandecientes con vivo centelleo, famosas por la pureza de su blancura, es a saber, dos naturalezas intelectuales, la angélica y la humana. Además de la propia dignidad de su perfectísimo ser natural, les añadió el ornamento de la libertad, a fin de que, como El mismo, fuesen ellas también dueñas de sus actos. Además, para realzarlas más, las dotó con el sello de su propia imagen, de suerte que, impresa por el Artífice soberano, luciera [11] en la naturaleza de la criatura intelectual una divina semejanza y resultara una preciosa margarita no tanto por su valor natural como por obra del Artífice. Pero ¡qué desgracia! Ambas margaritas se recrearon en sí mismas y, satisfechas de su propia hermosura, apartaron sus ojos de la gloria de su Creador y los volvieron a su propia belleza; y en lugar de dar gracias humildemente a su Artífice por la honra recibida, engreídas vanamente de sí mismas, casi en el momento de ser creadas, codiciaron la gloria de su Creador; y las que habían sido creadas en el tiempo, con temeraria osadía pretendieron escalar los caminos de la eternidad. ¡Oh si se hubieran dado cuenta! ¡Oh si hubieran sido perseverantes! ¡Oh si hubiera habido quien reconviniese a los autores de tamaña presunción!

5. No hubo quien dijera al hombre: *¿De qué te ensoberbeces, polvo y ceniza?* [12] No olvides *que eres polvo* [13]; date cuenta que estás formado de barro. ¿Por qué te dejas persuadir por la serpiente? No hay en sus insinuaciones ni apariencia de verdad, pues dice: *Seréis como dioses* [14]. Pues ¿qué eres tú, mísera serpiente? Si pretendes que nosotros nos hagamos dioses comiendo, ¿por qué no has llegado tú ya a ser dios? ¡Qué bien representada está tu desventura interior en esa tu serpentina figura! Más bien será a ti a quien nos haremos semejantes si seguimos tu inspira-

[9] Is. 30,27.
[10] Mt. 13,45.
[11] Gen. 1, 26-27.
[12] Eccli. 10,9.
[13] Gen. 3,19.
[14] Ib. 3,5.

ción. En verdad que era bien claro y manifiesto todo esto si el discurso de nuestros padres no hubiera estado turbado. Pero tornemos a nuestro propósito.

El ángel y el hombre, elevados vanamente sobre sí, pretendieron recorrer los caminos de la eternidad. Ambicionó aquél el poder, y éste la sabiduría [15], porque la astuta serpiente no vió probabilidad alguna de que el hombre, tan baja criatura, osara apetecer el poder divino que ella ambicionó. En efecto, ¿cómo hubiera podido el hombre, tan insignificante, desde el lugar más bajo del mundo, señalar su derrotero a los astros, gobernar el cosmos, disponer todas las cosas? Por eso le persuadió con más facilidad a que apeteciera la sabiduría, que se muestra más asequible y de la cual siente el corazón humano un anhelo natural. *Seréis*, les dijo, *como dioses*, no por el poder, pues eso es increíble, sino *por el conocimiento del bien y del mal* [16]. De este modo se desvanecieron en su corazón, se ensoberbeció éste neciamente y cayeron; pues *encorváronse los collados del mundo al pasar el Eterno* [17]. Aquellas cumbres del cielo y de la tierra, el primer ángel y el primer hombre, lo más elevado de las criaturas, se abatieron. Dice a este propósito San Bernardo [18]: La ambición del poder privó al ángel de su dicha angélica, y el apetito de ciencia despojó al hombre de la gloria de la inmortalidad. *¿Cómo caíste del cielo, lucero brillante, hijo de la aurora?* [19] ¿Dónde está tu gloria, dónde tu esplendor? Envidioso, debieras haberte contentado con tu miseria. ¿Por qué, desgraciado y perverso, pones asechanzas al hombre inocente? ¿Por qué tiendes lazos a su sencillez de paloma? Ningún daño te hizo el hombre, no fué él quien te derribó del cielo, no fué él quien te engañó ¿Por qué quieres asociarle a tu miseria? ¿Te equivocaste? Ten paciencia, bástete el ser tú miserable; no te va a levantar la caída ajena, ni su miseria te va a aliviar. ¿Qué ventaja te va a proporcionar un compañero de esta miseria? ¿Qué daño te hizo el hombre? Ya lo afirma el profeta: *Le maltrató sin ningún motivo* [20]: no hubo otra causa que la envidia del maligno, pues *por la envidia del diable entró la muerte en el mundo* [21]: la soberbia le derribó a él, y por su envidia engañó al hombre.

6. Sucedió, por consiguiente, que aquella obra admirable del Creador, que perdió el resplandor de la gracia que realzaba la naturaleza, se redujo a inmunda escoria, y la

[15] SANTO TOMÁS, 2-2, q. 153, a. 2 c.
[16] Gen. 3.5.
[17] Hab. 3.6.
[18] *Sermón 4 de la Ascensión del Señor*, 5.
[19] Is. 14,12.
[20] Ib. 52,4.
[21] Sap. 2,24.

imagen que representaba a Dios en su obra, ennegrecida, se convirtió en sucio carbón. Dice el profeta: *Más denegrido que el carbón está su rostro* [22]. He aquí cómo las preciosas margaritas por la mancha del pecado se convirtieron en inmundos tizones. Tan poderosa es, hermanos míos, la corrupción del pecado, que en un momento convierte a una brillante margarita en carbón y al ángel más resplandeciente en el más espantable diablo. Lamenta a la vez y admira el profeta este poder de la malicia, esta caída, tan digna de lástima, exclamando en las Lamentaciones: *Los ínclitos hijos de Sión, que vestían de oro finísimo, ¿cómo son ya mirados cual si fuesen vasos de barro?* [23] ¿Qué cambio tan notable, tan repentino, tan miserable es éste? *Los hijos de Sión*, habitantes de la celestial Jerusalén y ciudadanos de la ciudad celeste, *ínclitos* por la dignidad de su naturaleza, *que vestían del oro finísimo* de la gracia y de la imagen divina, *¿cómo son ya mirados cual si fuesen vasos de barro?* ¿Cómo fueron pulverizados? Quedó la angélica margarita en los ángeles buenos, aunque diáfana y pura, debilitada, sin embargo, y disminuída, porque [24] al caer el dragón arrastró en su cola consigo *a la tercera parte de las estrellas*.

En cambio, la otra margarita, que Dios había revestido de barro, permaneció sin doblegarse, aunque corrompida, manchada y ofuscada por la pestífera inspiración de la serpiente. Las dos margaritas reclaman de nuevo la intervención del primer Artífice: aquélla, el ángel, necesita de un reparador; ésta, el hombre, de un redentor: aquélla anhela con ansia quien la restablezca; ésta, quien la renueve. Ven, Señor, ven [25], no tardes. Mercader piadosísimo, no te hagas el desentendido, a fin de que no perezca la excelentísima obra que creaste. *¿Acaso tú has criado en vano todos los hijos de los hombres?* [26] Ven a buscar tus preciosas margaritas; a ti te toca restaurar lo que creaste. ¡Oh Verbo de Dios e imagen de su santísima deidad! Tú eres el primer ejemplar, a cuya semejanza fueron creadas estas dos margaritas y cuyo retrato reproducen ellas: pues los errores se corrigen confrontándolos con el original de la obra, con el primer modelo del arte. Clama el profeta David: *He andado errante como una oveja descarriada* [27], confieso mi error, reconozco mi torpeza, declaro mi culpa; *he andado errante, ven a buscar tu siervo* [28]. No envíes un profeta, ni un patriarca, ni un arcángel, ni un serafín; *ven a buscar* tú

[22] Lam. 4,8.
[23] Ib. 4,2.
[24] Apoc. 12,9.
[25] La Iglesia en el oficio del cuarto domingo de Adviento.
[26] Ps. 88,48.
[27] Ib. 118,176.
[28] Ib. ib.

mismo; me aparté de ti y te perdí, ven a mí y me encontrarás. Alejado de Dios, perdióse el hombre; hágase Dios hombre y será encontrado el hombre perdido. Perdí tu semejanza, desfiguré tu imagen; toma mi semejanza, y, asemejándose Dios al hombre, tornará el hombre a semejarse a Dios. Con inmoderada soberbia ansió el hombre ser Dios [29], y se perdió; hágase Dios hombre con profunda humildad, y se deificará el hombre. Y puesto que el hombre pretendió subir hasta Dios y cayó derribado al intentarlo, baje Dios al hombre y se encaminará el hombre al Dios que deseó; y el hombre, que, osando llegar a ser Dios, incurrió en la muerte, recupere así la vida haciéndose Dios hombre.

7. Conocéis, hermanos, a este gran Merceder y su gran negocio: por qué viene, qué busca entre nosotros, la causa de su venida, el motivo de tan extraordinario negocio. Vino como reparador de los ángeles, como redentor de los hombres; ambas naturalezas le son deudoras. Reformó a la humana, restableció a la angélica, puesto que *ejercerá su juicio en medio de las naciones* [30], y *consumará la ruina* de las naciones justas. Y por eso en su nacimiento el ángel celestial anunció con toda sabiduría la gloria a los moradores del cielo y la paz a los hombres [31]; porque el hombre había de ser reconciliado y la hermosura angélica restablecida, les llegaba a éstos la gloria y la paz a aquéllos: las dos naturalezas son deudoras, las dos deben reconocer la deuda.

8. Pero no era fácil reparar la carne humana en la misma carne y condenar al pecado en la carne del mismo pecado; obra era ésta de un consejo altísimo y profundísimo, y menester había la redención de un arte extremadamente escogido. La carne estaba sujeta y no podía; Dios podía, pero no estaba sujeto. Hágase Dios hombre, y así pagarán a la vez el Dios que puede y el hombre que está sujeto. Plan excelente y admirable, pero de difícil solución. He aquí, pues, que las impurezas de la carne fueron purificadas por una carne inmaculada. *¿Quién podrá volver puro al que de impura simiente fué concebido?* [32] Pero, ¿donde estaba esta carne sin mancilla? Porque, mediante el hálito de la serpiente, toda la carne había sido corrompida. Sin embargo, ya Dios lo había prometido a muchos, y había confirmado con juramento *a nuestro padre Abraham que nos otorgaría* [33]; pero, como dice Isaías, *¿quién sacó del oriente al justo y le llamó para que le siguiese* [34], para que convoque a los que han de luchar desde el principio, para que restaure las criaturas que creó y repare la imagen? ¿Qué carne habrá tan inmaculada que agrade a Dios y en ella encarne el Verbo, que no ofenda con su infamia los ojos de la majestad, y deleite con su limpieza, y cautive con su hermosura? Vino Sara, pasó Rebeca y Ana, la devota madre de Samuel, y no había quien atrajese al celeste Unicornio a su seno, ni quien le sujetara con los lazos de la carne, ni consiguiera que Sansón, atado [35] por manos de los filisteos, fuera escarnecido y muerto por nuestra salud. Dice a esto San Agustín: La suprema sabiduría de Dios no encontró en la masa del linaje humano camino alguno por donde socorriese, como tenía dispuesto, su lamentable perdición, hasta que llegó a la Virgen de que vamos hablando. Pero tan pronto como ésta a través de las generaciones llegó al mundo, tan pronto como esta preciosa margarita brilló en la tierra, prendado Sansón de la hermosura de Dalila, se entregó a sí y todas sus cosas por su amor. Sin temer los trabajos ni preocuparse de las penalidades, olvidándose de sí y pensando sólo en nosotros, se trasladó a la tierra de sus enemigos para llevar a cabo hazañas y soportar vilezas. No se le ocultaba esto a la divina sabiduría; pero, cautivada por el amor de su amada Dalila, no repara en sus calamidades, no se aparta horrorizado de los peligros.

9. ¡Oh preciosa Margarita!, ¿qué puede decir este mudo y apocado siervo tuyo de tu magnificencia, de tu valor, de tu precio? ¡Oh! ¿Cómo puedo, oh Virgen, hablar de ti, cómo puedo celebrarte, si el angélico ejército celestial, hecho lenguas, no bastaría a alabarte según tus merecimientos? Anhela alabarte mi alma, con increíble ardor se eleva mi corazón inflamado hacia ti; pero faltándome las fuerzas, no respondiendo las alabanzas, alábete mi silencio, pues que no puedo alabarte como deseo; sea para mí supremo galardón el haberme otorgado graciosamente el hablar de ti en la reunión de tus fieles y el hacer tu presentación al corazón de tus piadosos devotos.

---

[29] Santo Tomás, 2-2, q. 153, a. 2 c.: «Dos clases hay de semejanza. La una es de una igualdad total; no fué ésta la semejanza con Dios que buscaron nuestros primeros padres, porque tal semejanza no puede caber en la mente sobre todo de un hombre sabio. La otra es la semejanza de imitación, la cual es posible a la criatura respecto de Dios, es a saber, en cuanto participa algo de la semejanza de aquél a su manera. Pues dice Dionisio (*De div. nom.* 9, 3): «*Unas mismas cosas son semejantes a Dios y desemejantes:* lo primero ciertamente, según una imitación contingente; lo segundo, porque participan menos de la causa». Cualquier bien que existe en la criatura, es cierta semejanza participada del primer bien; y así, por lo mismo que el hombre apetece algún bien espiritual por encima de su medida, como se ha dicho (art. prec.), siguese que apeteció desordenadamente la divina semejanza.»

[30] Ps. 109,6.

[31] Lc. 2,16.

[32] Iob 14,3.

[33] Lc. 1,73.

[34] Is. 41,2.

[35] Iud. 16,21.

Hable San Bernardo sobre el nítido resplandor de esta Margarita que nos granjeó al Mercader [36]: la que había de concebir y dar a luz al Santo de los santos, recibió el don de la virginidad para ser santa en su cuerpo y el de la humildad para serlo en el espíritu. Engalanada, en efecto, la Virgen real con las perlas de estas virtudes y resplandeciente en extremo con este doble esplendor del cuerpo y el alma, conocida en el cielo por su gracia y hermosura, atrajo hacia sí las miradas de los ciudadanos del cielo, de suerte que llegó a inclinar el ánimo del Rey a desearla. Albea resplandeciente por su virginidad, brilla esplendente por su humildad; graciosa en su cuerpo, graciosa en su espíritu; hermosa por su rostro, pero más hermosa por su mente. Y ¿dónde se la encontró? Fué encontrada en la sinagoga, como rosa entre las espinas, como margarita entre el polvo: *Como rosa entre espinas, así es mi amiga entre las vírgenes* [37]. Formada entre las espinas y de las mismas espinas, no tuvo espinas, no se le comunicaron; porque antes que esta planta de carne produjese espinas, prevenida con las bendiciones, consiguió el espino la gracia y se libró del fomes: la previno *desde el rayar el alba* [38] el que la formó para nacer de ella, como sol rutilante de una resplandeciente aurora. Por consiguiente, era entre las espinas desconocida para los hombres, conocida para el Creador. La conocía sin espinas entre las espinas el que la había preservado de ser herida por las espinas, y no podía estar oculta tan sublime, tan *admirable obra del Excelso* [39]. En resumen, fué encontrada; pero ¿cómo fué encontrada? San Bernardo [40]: no fué encontrada por casualidad, sino elegida desde el principio, conocida de antemano por Dios, custodiada por los ángeles, señalada anticipadamente por los patriarcas, prometida por los profetas.

10. *Hallando*, dice, *una margarita de gran precio*. ¿Qué margarita es ésta, una, preciosa, sino María? Es una, sola, preciosa margarita. *Sesenta son las reinas, y ochenta las esposas de segundo orden, e innumerables las doncellitas; pero una sola es la paloma mía, la perfecta mía* [41]. Es única;

[36] San Bernardo, *Sermón* 2 *sobre «Missus est...»*, 2.
[37] Cant. 2,2.
[38] Ps. 45,6.
[39] Eccli, 43,2.
[40] *Sermón 2 sobre «Missus est...»*, 4: *«Fué enviado*, dice, *el ángel Gabriel a una Virgen.* Virgen en cuerpo, virgen en espíritu, virgen en la profesión, virgen, finalmente, como la describe el Apóstol (1 Cor. 7,34), santa de alma y de cuerpo; no hallada nuevamente o al acaso, sino escogida desde la eternidad, conocida ante el Altísimo y para sí mismo preparada; guardada por los ángeles, designada ya por los antiguos padres, prometida por los profetas» (trad. de la BAC).
[41] Cant. 6,7-8.

si buscas otra paloma, no la encontrarás. Es única, sola y sin mancha; es la única que no sojuzgó la ley de la mancha común. Una sola es la inmaculada, y también una sola la perfecta. No encontrarás otra sin mancha, y por eso es una sola la paloma; no encontrarás otra tan perfecta; por eso es única mi perfecta, purísima sin ejemplo, perfecta sin igual. Discurre a través de los siglos, registra las Escrituras, recorre las criaturas angélicas, repasa con el pensamiento las cosas que han sido, son y serán: sólo hay una que no ha tenido [42] semejante antes de sí ni lo tendrá después. Confieso que podemos encontrar algunas vírgenes y muchas madres; pero sólo hay una virgen y madre a la vez, sólo una virgen que engendra, preñada sin corrupción, dando a luz sin dolor.

Adoran a Dios los ejércitos celestes, le honran las generaciones humanas, le obedecen todas las criaturas. Ahí tenemos servidores; ¿hemos encontrado acaso progenitores? Una sola es la que engendró a su Creador, una sola la elegida para madre suya, una sola la dotada del honor de madre, elegida, y elegida de antemano, para hacerse en ella hombre *el mismo Altísimo que la ha fundado* [43]. Por consiguiente, una sola es la Reina de los ángeles en el cielo, la Abogada de los pecadores en la tierra, la alegría de los justos, la corona de los santos. Una sola es la columna de la Iglesia, el troquel de la santidad de las vírgenes, el ejemplar de la pureza, la gloria y prez de nuestra naturaleza. Una sola es la que adoran los ejércitos angélicos, la que veneran las generaciones humanas, la que temen los poderes infernales; es única y preciosa. Pero ¿quién puede calibrar, quién puede pensar cuál es el precio, cuál el valor de esta Margarita? Tratemos, sin embargo, de expresarlo según nuestra capacidad.

11. Cuatro, según dicen [44], son los quilates que realzan el valor de una margarita: su magnitud, su peso, su redondez y su claridad. Pues para que una margarita pueda decirse que es preciosa se precisa que sea grande, clara, pesada y redonda; si falta alguno de estos elementos, no es una margarita completamente preciosa. ¿Se encuentran estas cuatro propiedades en la Virgen deífera? Sí, por cierto, y extremadamente. Grande es María, porque *aquel que es poderoso* [45] le hizo grandes cosas y a ella misma

[42] San Bernardo, *Serm.* 4 *en la Asunción*, 5.
[43] Ps. 86,5.
[44] Plinio, *Hist. Natur.*, 9, 45: «Todo el valor está en la claridad, el tamaño, la redondez, el pulimento, el peso, de suerte que no se encuentran dos muy semejantes; de ahí el nombre de perla (en latín, *unio*) que le impuso el lujo romano; pues no existe éste entre los griegos, ni aun entre los bárbaros, que fueron sus descubridores, hay otro que el de margarita».
[45] Lc. 1,49.

la hizo grande. ¿Quién lo afirmó? Ella misma lo dijo, no con arrogancia ciertamente, sino con veracidad, con humildad. Y si se quiere probar, veamos que cuando decían de ella maravillas, ella antepuso la humildad diciendo: *Porque ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava*[46]. Por consiguiente, sabía la Virgen reconocerse pequeña en tal excelencia, mostrarse humilde ante tamaña grandeza. Pero ¿cuánta es esta grandeza? *Ha hecho en mí cosas grandes*[47]. ¡Y qué grandezas son las que le hizo! Dice San Agustín: Es superado el entendimiento de María por la grandeza de María, y no puede esta Virgen real comprenderse plenamente con su entendimiento: tan grande la hizo. ¿Quién es el que la hizo? *Aquel que es poderoso*, y se prueba. Sólo es propio del Dios poderoso crear tal grandeza, la obra extraordinaria de María; todo lo que hay en la Virgen es efecto de un gran poder, sello inconfundible de una potencia infinita. Es concebida sin mancha, vive sin culpa, concibe sin corrupción, da a luz sin dolor, es fecunda por obra del Espíritu Santo, da a luz a Dios. ¿Qué grandezas son estas que se realizaron en la Virgen? Sublimes, estupendas, admirables. Por eso el profeta salmista, al ver a la Virgen viviendo en carne, libre de las cortapisas de la carne, sin el contagio ni aun la ligera embestida, o movimiento oculto, o pasajero roce del menor pecado, se queda atónito ante tamaña pureza y limpieza más que angélica y exclama como extasiado: *Venid*, hombres; *venid*, hijos de Adán; *venid*, hijos de la tierra, apresuraos, *venid y observad* la obra *del Señor, los prodigios que ha hecho sobre la tierra*[48], *sobre la tierra virgen*, de la cual *brotó la verdad*[49]. ¿Qué prodigios son ésos? Continúa: *Ha alejado la guerra hasta el cabo del mundo. Romperá los arcos, hará pedazos las armas y entregará al fuego los escudos*[50]. Grande, descomunal prodigio es haber lanzado de la tierra toda suerte de engañosos deslices, de insinuaciones halagüeñas y de pecado. San Bernardo[51], hablando de la grandeza de esta Margarita, dice así: ¿Quién puede descubrir, ¡oh Virgen bendita!, la longura y anchura, la sublimidad y profundidad de tu misericordia? Pues su prolongación llega hasta el último día. Baste para ponderar la grandeza de esta Margarita lo que abiertamente pregona la Iglesia[52]: «Porque

[46] Ib. 1,48.
[47] Ib. 1,49.
[48] Ps. 45,9.
[49] Ib. 84,12.
[50] Ib. 45,10.
[51] SAN BERNARDO, *Serm.* 4 *en la Asunción*, 8.
[52] La Iglesia en el oficio de la bienaventurada Virgen María.

tuviste dentro de tu seno a quien no pueden abarcar los cielos.» Esa es su grandeza.

12. El segundo quilate de la margarita es la claridad. Sobre esto escuchemos a Salomón, mejor, al esposo por boca de Salomón: *Toda tú eres hermosa, ¡oh amiga mía!; no hay defecto alguno en ti*[53].

Acerca del peso de esta margarita, solamente el Señor, verdadero examinador de los espíritus, puede conocer de qué peso de gracias la ha dotado. Coloquemos en un platillo de la balanza cuanto Dios ha creado desde el principio del mundo: coloquemos los ángeles, los principados, todas las potestades angélicas, los querubines y los serafines; coloquemos las muchedumbres de santos que han existido desde el principio del mundo hasta el presente y los que existirán hasta el fin de los siglos, patriarcas y profetas, vírgenes, mártires y confesores; coloquemos, finalmente, todas las criaturas y la pesada mole del mundo entero; y pongamos en el otro platillo solamente esta preciosa Margarita. Veremos que todo el resto del mundo criado será como *una menuda arena respecto de ella*[54], y aparecerá ella inmensamente más pesada. Y, como dice un autor, si por un imposible hubiera de condenarse a la perdición a uno de los dos platillos, permitiría Dios que se aniquilase el conjunto de todas las criaturas antes que esta Virgen sufriera en sí el más mínimo o insignificante menoscabo. Tal es la estimación que esta Margarita tiene en la presencia del Señor, que hasta de las aguas tiene su cuenta y razón[55]. Y no te haga vacilar el hecho de que esta Virgen se denomine con frecuencia ligera nube en la Sagrada Escritura: es ligera por el pecado, pero grave por el mérito, y de tanta mayor estimación por la gracia cuanto más limpia de culpa.

13. Sólo nos queda por exponer la redondez de esta Margarita. Pues esta hermosa Virgen es perfecta en todos los sentidos, completa en todas sus facetas: no tiene esquinas, no tiene los recovecos ni hendiduras del pecado, sino que es íntegra y lisa por todas sus partes. La que encerró a Dios en su carne, está totalmente rodeada por Dios; pues ésta es la ciudad de que se afirmó que son *iguales su longitud, altura y latitud*[56]; y las virtudes que procedían del centro de su corazón, es a saber, del Verbo divino, igualmente proporcionadas desde todos sus lados. Si contemplamos las almas de todos los demás santos, las encontramos que se destacan más en un aspecto que en

[53] Cant. 4,7.
[54] Sap. 7,9.
[55] Iob 28,25.
[56] Apoc. 21,16.

el otro; y si resplandecieron en todo linaje de virtudes, no fué igual el brillo de todas ellas. Celebramos el amor de San Pedro, la doctrina de San Pablo, la pureza de San Juan, la constancia de San Andrés, la fortaleza en los mártires, la fe en los profetas, la continencia en los anacoretas; y de este modo el Espíritu Santo, liberalísimo dador de todos sus dones, distribuye *a cada un según quiere* [57]. Sin embargo, como siempre es ligera la condición de todo mortal, el que otorga peso aun a los vientos [58], como dice San Gregorio en sus *Morales* [59], tuvo a bien dejar siempre cierta debilidad en sus santos, para que mediante ella se afirmasen en su inconstancia; pues les era necesaria la flaqueza, porque también lo era la humildad.

Pero esta Virgen sacratísima emite resplandores de todo su porte, centellea con toda suerte de virtudes, es tan fiel cuanto prudente, tan prudente como justa, tan justa como continente, tan continente como ferviente, tan ferviente como limpia; y así, aunque las virtudes de por sí son de diferente valor, y por eso se las llama grados del alma, tan ajustadas, sin embargo, se encuentran en la Virgen, que contiene en sí la plenitud de todas ellas, como adornada con el vestido heroico y el grado inconfundible de todas las virtudes; y, como dice San Bernardo [60], no sólo no hubo en la Virgen obscuridad, deformidad, debilidad, turbación o culpabilidad alguna, mas ni siquiera tibieza, flaqueza o negligencia; todo era extremado, todo grande, todo perfecto, todo sublime, y todo, en una palabra, llevado a tal virtud y gracia, que no se puede creer ni entender mayor.

14. Y por eso podemos creer que era ella una de las cuatro ruedas que vió el profeta Ecequiel, y de las cuales dice: *Y mientras estaba yo mirando a los animales, apareció una rueda sobre la tierra, junto a cada uno de los animales, la cual tenía cuatro caras; y las ruedas y la materia de ellas era a la vista como de color del mar; y todas cuatro eran semejantes, y su forma y su estructura eran como de una rueda que está en medio de otra rueda. Asimismo, las ruedas tenían tal circunferencia y estatura, que causaba espanto de verlas. A cualquier parte donde iba el espíritu, allá se dirigían también en pos de él las ruedas; porque había en las ruedas espíritu de vida* [61]. Y añade en el capítulo 10 (v. 13): *Y a estas ruedas oí yo que les dió el nombre de volubles.* Estas cuatro ruedas son el Verbo eterno, el alma, la carne del Redentor y la Virgen. *Había en* estas *ruedas espíritu de vida,* y de ellas procede toda la vida. *Una rueda* está *en medio de otra rueda,* porque el Verbo se halla en el espíritu, el espíritu en la carne, el Verbo hecho carne en el seno de la Virgen. ¡Oh, qué bien representada está *la rueda en medio de la rueda* en aquellos nueve meses en los cuales llevó la Virgen al Salvador en su seno! Pero ese espíritu salió del seno y permaneció en el corazón de la Virgen. Las ruedas tenían una sola cara y un solo movimiento, porque el alma está en armonía con el Verbo, la carne con el alma, la Virgen con el Hijo. Todos son movidos por un solo impulso del espíritu, porque el querer del Verbo es precisamente la voluntad del alma de Cristo, es también lo que le place al cuerpo, y lo que sigue la Virgen. Y tienen también una cara aquellas ruedas: contempla al Hijo, porque cual el Hijo tal es la madre: Virgen es el Hijo, virgen la Madre; inocente el Hijo, inocente la Madre; pobre el Hijo, pobre la Madre; el espino no se diferencia de la raíz.

Las ruedas tenían tal circunferencia y estatura, que causaba espanto el verlas; pero no temas, escucha lo que sigue: *Y a estas ruedas les dió el nombre de volubles.* Un gran misterio de la misericordia: Dios es inconmovible, pero ante nuestras plegarias se inclina, gira y se cambia. Escucha lo que nos dice por el profeta: *Convertíos a mí, y yo me volveré a vosotros* [62]. Terrible es el aspecto y espantosa la vista por la majestad de su gloria; pero las ruedas son volubles por la excesiva rapidez de la piedad y la misericordia. Por consiguiente, es preciso implorar, es preciso llamar, porque, aunque te cause pavor la majestad, te consuela, en cambio, la piedad.

Y baste lo dicho sobre el precio de la Margarita. Así es que, *hallando* esta *margarita de gran precio, da todo cuanto tiene;* porque todo lo que ha determinado Dios dar a los hombres, se lo da por las manos de María; y, usando

[57] 1 Cor. 12,11.
[58] Iob 28,25.
[59] L. 19, 6, 9.
[60] Sermón en el domingo infraoct. de la Asunción, 3: «Con razón, pues, se nos representa a María vestida del sol, por cuanto penetró el abismo profundísimo de la divina sabiduría más allá de lo que creer se puede; por donde, en cuanto lo permite la condición de simple criatura, sin llegar a la unión personal, parece estar sumergida totalmente en aquella inaccesible luz, en aquel fuego que purificó los labios del profeta Isaías, y en el que se abrasan los serafines. Así que de muy distinto modo mereció María no sólo el ser rozada ligeramente por el Sol divino, sino más bien cubierta de él por doquier, hallándose como envuelta y compenetrada de sus ardentísimos resplandores. Candidísimo ciertamente y abrasadísimo es el ropaje de esta bendita mujer, en quien todo está tan excelentemente iluminado, que no cabe sospechar siquiera haya en ella nada, no digo tenebroso, pero ni obscuro en lo más mínimo o siquiera menos resplandeciente; ni tampoco cosa alguna que no sea ferviente y abrasadora (trad. de la BAC).

[61] Ez. 1,15-20.
[62] Zach. 1,3.

de las palabras de San Bernardo [63], veneremos a María con lo más íntimo de nuestros corazones, con todo el afecto de nuestras entrañas, con todos nuestros votos, porque tal es la voluntad de quien tuvo a bien que todo nos viniera por María.

15. Pero quisiera, hermanos, se redoblase ahora mi inteligencia y se me duplicasen también las fuerzas del alma, como ocurrió en Eliseo [64], para explicar lo que sigue: *Da todo cuanto tiene y la compra.* ¿Quién puede meditar cabalmente, ¡oh Señor!, este solo beneficio de piedad? Se despojó de todo, de todo se desnudó, para comprar esta preciosa margarita. ¡Oh alma, qué estima hizo de ti tu Creador, cuánto te apreció el que te plasmó! Todas sus cosas entregó Dios por ti: entregó sus cosas, entregó los suyos, se entregó a sí mismo. El Padre entregó sus criaturas, el Espíritu Santo repartió sus gracias, y ¿qué diste tú [65], ¡oh amantísimo Samaritano!, para curar al herido que cayó en manos de los ladrones? Entregó el Padre su haber, lo entregó también el Espíritu Santo, y tú, ¿qué es lo que diste? Díganoslo el profeta Isaías: *Entregué mis espaldas a los que me azotaban, y mis mejillas a los que mesaban mi barba; no retiré mi rostro de los que me escarnecían y escupían* [66]. Ahí está el precio que yo di: mis mejillas, para recibir bofetones; mis cabellos, para ser arrancados; mi rostro, para recibir salivazos; mi cabeza, para ser taladrada; mis manos y mis pies, para ser crucificados; mi cuerpo, para ser destrozado por los azotes. Se desprendió de todo lo suyo: su alma, su sangre, su cuerpo, su vida; entregó su alma como rehén, su sangre como precio, su cuerpo al sacrificio; dió su vida para aniquilar nuestra muerte; en una palabra, dió todo lo suyo. Como dice San Bernardo [67], entregándose sin reserva, plenamente me redimió; por tanto, te debes enteramente al que enteramente se entregó por ti. El Apóstol: *Me amó y se entregó a sí mismo por mí* [68].

¡Ojalá entendiéramos, amadísimos hermanos, cuál es el valor de este tesoro [69] que llevamos en cuerpo tan frágil! Cierto que es grande la excelencia del alma, pero su valor no debe pesarse por sí misma, sino por lo que Dios la estima; así ocurre en las piedras preciosas y margaritas, que valen tanto cuanto se las estima. Sobre lo cual atiende

[63] Sermón en la Natividad de la V. M. Véase también su *Sermón 3 en la Vig. de la Nativ. del Señor,* 10.
[64] 4 Reg. 2,9.
[65] Lc. 10,35.
[66] Is. 50,6.
[67] Véase nota a la conc. 9 en la Nativ. del Señor n. 9, p. 84, vol. 4.
[68] Gal. 2,20.
[69] 2 Cor. 4,7.

a la siguiente comparación. Si se presentara al rey un lapidario llevando una valiosa margarita para vendérsela y le pidiera por ella el reino de España, el imperio de Germania y de Roma y los restantes dominios, y añadiese, además, que, no siendo pago suficiente todo ello, era necesario que le prestasen durante treinta años un servicio muy trabajoso, a fin de suplir mediante el servicio lo que faltaba al precio; si ocurriera esto y diera el rey todo eso por amor de aquella piedra preciosa, ¿cuál juzgaríamos era el amor, la estima y el precio de esa margarita?

Considera, ¡oh alma!, cuán poderoso, cuán rico y opulento es Dios. Pues bien, por ti entregó todo su estado, todo su reino, todas sus riquezas, todo lo que tenía, y, para colmo y remate, se sometió a un servicio para comprarte y rescatarte. ¡Oh exceso de amor y de caridad, grande es el peso del amor! *El que está sentado sobre querubines* [70], a quien los espíritus celestes reverencian con servidumbre perpetua, fué clavado en el patíbulo y considerado como un ladrón [71], para devolver a su tesoro esta sola margarita y poseerla perpetuamente, no para utilidad suya, sino nuestra; y aun *le parecían pocos* los trabajos, moderados los dolores, *atendido su grande amor* [72]; pues sufriendo así, aun exclama: *Tengo sed* [73].

16. Como final de esta materia prestemos atención a aquella autoridad del final de los Cantares: *Quién me diera, hermano mío, que tú,* etc. [74], como se halla expuesta en el tercer sermón de Santa Ana [75]; allí se puede ver la explanación. La Virgen María fué exceptuada antes de la maldición de la mujer, porque se dijo antes: *Ella quebrantará tu cabeza* [76], y por eso no la alcanzó la maldición. Y ¿cómo no se había de gloriar la serpiente, cuya cabeza quebrantó, si hubiera tenido como cautiva a la Virgen, aunque no hubiera sido sino por un instante o un momento apenas perceptible? No quiero escucharlo, no pueden tolerar nuestros oídos que la Virgen haya estado sujeta al demonio ni el más mínimo momento.

[70] Ps. 98,1.
[71] Mt. 27,38; Mc. 15,27; Lc. 23,33.
[72] Gen. 29,20.
[73] Io. 19,28.
[74] Cant. 8,1.
[75] Sólo un sermón de Santa Ana vió la luz pública, y no se encuentra en él la exposición aludida.
[76] Gen. 3,15.

EN LA NATIVIDAD DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA

SERMON I

Genealogía de Jesucristo, etc. (Mt. 1, 1).

1. De cinco diferentes libros tenemos noticia en la Sagrada Escritura, a saber: el libro de la vida, el libro de la naturaleza, el libro de la escritura, el libro del ejemplo y el pensamiento, el libro de la conciencia; quien tuviere éstos en su biblioteca y los leyere con frecuencia, será, sin duda, bienaventurado. El primero es el libro de la vida, que, según San Agustín [1], es la presciencia o predestinación de los elegidos, por la cual son escogidos para la vida los nombres de aquellos que se hallan indeleblemente grabados en el conocimiento de Dios, según lo del Apóstol: *El Señor conoce a los suyos* [2]. Por lo cual dice Casiodoro [3]: El libro de la vida no es otra cosa que el conocimiento de los que son elegidos para la vida, y esto es la inscripción y elección que se llama libro de la vida: libro, porque están en la memoria de Dios; de la vida, porque contiene sólo a los que están destinados a la vida, y, tomado así, sólo los elegidos se hallan en este libro. Y en este sentido habla el Apóstol cuando dice de algunos santos:

[1] *Ciudad de Dios,* 20,15: «*Y el que no se halló escrito en el libro de la vida, fué arrojado al estanque de fuego* (Apoc. 20,15). No sirve este libro de memoria a Dios para que no se engañe por olvido, sino que significa la predestinación de aquellos a quienes ha de darse la vida eterna. Porque no los ignora Dios, y para saberlos lee en este libro, sino que antes la misma presciencia que tiene de ellos, que es la que no se puede engañar, es el libro de la vida, donde están los escritos, esto es, los conocidos para la vida eterna» (ed. Apostolado de la Prensa).

[2] 2 Tim. 2,9.

[3] Sobre el salmo 68, v. 29: «Es bien conocido que tales palabras se dicen de Dios frecuentemente en la lectura por una manera figurada de hablar; pues borrar, escribir y tener el libro se ha dado al hombre por causa de la memoria... Pero este libro de la noticia que tiene el Señor es inviolable y de sentencia firme... pues lo que está escrito allí no puede ser borrado, porque se halla enteramente fundamentado en la predestinación, y ningún acontecimiento podrá cambiar lo que ha decretado la suprema providencia».

Cuyos nombres están escritos *en el libro de la vida* [4]. También se entiende de otro modo más general, y entonces el libro de Dios o libro de la vida es la divina Sabiduría o el Verbo de Dios, en el cual se encuentran en grado eminente las razones ideales o ideas de todas las criaturas y resplandecen como en un límpido espejo las formas de las mismas. Y éste también recibe el nombre de libro de la vida: libro, porque en él se ven todas las cosas; de la vida, porque todas las cosas viven en él, aun las que por su naturaleza no tienen vida, como la piedra, el oro, la plata, según aquello de San Juan: *Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada se hizo de cuanto ha sido hecho* [5]. Y por eso, aunque la piedra en sí no tenga vida, sin embargo, no sólo es viva, sino que tiene vida en Dios la idea de la piedra; y como las cosas son más perfectas en el Verbo que en sí mismas, con más perfección que en sí mismas viven en el Verbo. Por lo cual San Agustín, en su obra *De Genesi ad litteram* [6], llama matutino al conocimiento que los ángeles tienen en el Verbo, y vespertino al que tienen según su propia naturaleza, porque es mucho más clara, perfecta y distinta la primera noticia que la segunda. Y de este modo se interpreta el libro de la vida en el Salmo: *Todos están escritos en tu libro* [7], no sólo los buenos, sino también los malos; y también se entiende así en el Apocalipsis [8], cuando dice que se abrirá el libro *que es el de la vida,* y los muertos, tanto los buenos como los malos, serán juzgados según lo que en él estuviere escrito. Sólo los ángeles y los bienaventurados leen en este libro, y cada uno según la facultad de su entendimiento, por lo que los superiores iluminan a los inferiores. Dichosa escuela con tantos y tan aventajados estudiantes con un solo Maestro y un solo libro.

2. ¡Oh cuán innumerables, sutiles y poderosas inteligencias! Y, sin embargo, todas leen desde el principio en este libro, leerán hasta el fin, y nunca se agotarán las enseñanzas del libro, siempre aprenderán allí cosas nuevas. Léense en este libro los impenetrables consejos de la divina Sabiduría y los profundos y altísimos juicios de Dios. Se ve allí el abismo profundo de la divina providencia y el arte admirable con que gobierna Dios al mundo, y las razones más sutiles de todos los acontecimientos del mismo, que son impenetrables e indescifrables para nosotros, según lo del Apóstol: *¡Oh profundidad de los tesoros de la sa-*

[4] Phil. 4,3.
[5] Io. 1,3.
[6] L. 4, c. 22.
[7] Ps. 138,16.
[8] Apoc. 20,12.

biduría y de la ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, cuán inapelables sus caminos! Porque ¿quién ha conocido los designios del Señor? O ¿quién fué su consejero? Todas las cosas son de El, y todas son por El, y todas existen en El [9]. También el Señor, hablando a Job, le dice: *¿Entiendes tú el orden de los cielos y podrás dar razón de su influjo en la tierra?* [10]. Esto es, ¿conoces acaso el modo y el arte de la divina providencia, para poder explicar lo que ocurre en la tierra?

También aquí se leen los nombres de los predestinados y el inescrutable abismo de la divina predestinación. Dichosos los que, no digo merecieron, sino tuvieron la suerte de ser escritos en este libro; porque la notación de destinados no proviene de nuestros méritos, sino puramente de un don gratuito de Dios, lo cual es la primera y más grande de todas las gracias. Porque sabemos que no nos eligió Dios por la previsión de nuestra santidad y nuestro mérito, como si esta previsión de los méritos fuera la razón de la predestinación y de la elección, sino que, por el contrario, la predestinación y elección de Dios es la que ha hecho tales a los santos y a los justos, según testimonio del Apóstol: *Por el mismo* (Cristo) *nos escogió antes de la creación del mundo para ser santos y sin mácula en su presencia* [11]. Y San Agustín más claramente [12]: No nos eligió porque habíamos de ser justos, sino que nos eligió para serlo. La elección es causa de la santidad, no la santidad causa de la elección. El primer fundamento y origen de nuestra salud no está en nosotros, sino en Dios; no en nuestros merecimientos, sino en la gracia, porque *a estos que ha predestinado también los ha llamado: y a quienes ha llamado, también los ha justificado; y a los que ha justificado, también los ha glorificado* [13].

Dice San Bernardo [14]: Indisoluble es esta cadena, ni

[9] Rom. 11,33-36.
[10] Iob 38,33.
[11] Eph. 1,4.
[12] *De la predestinación de los santos*, c. 18: «Por tanto, no porque lo habíamos de ser, sino para que lo fuéramos. Es decir, es cierto, es manifiesto, en tanto habíamos de ser tales en cuanto El nos eligió predestinándonos para que fuéramos tales por su gracia».
[13] Rom. 8,30.
[14] *Serm.* 4 *de diversis*, 5: «Con esta ligadura nos soldó a sí aquella divina mirada desde la creación del mundo, para que fuéramos santos e inmaculados en su presencia en la caridad. Pues sabemos que *aquel que es hijo de Dios no peca, pues el nacimiento que tiene de Dios le conserva* (1 Io. 5,18). El nacimiento celestial es la predestinación eterna, por la cual tuvo Dios de antemano providencia de hacernos conformes con la imagen de su Hijo. De éstos nadie peca, esto es, nadie persevera en el pecado; porque sabe Dios quiénes son suyos, y su determinación permanece inconmovible. Aunque David es estigmatizado con la nota de crímenes horrendos, aunque María Magdalena se halla poseída por siete demonios, aun-

el mundo ni el infierno pueden romperla; porque el que desde la eternidad está escrito en el libro de la vida, sin duda que jamás será borrado de él. Y aunque diga el Salmo: *Raídos sean del libro de los vivientes* [15], debe entenderse esto según la justicia actual de Dios o de una manera privativa; como se dice que odia Dios a los que no ama, que ciega a los que no alumbra, que endurece a los que no ablanda, así también se dice que borra a los que no escribió; por lo cual se ha de entender como una exposición lo que sigue: *Y no queden escritos en el* (libro) *de los justos* [16]; que quiere decir, sean borrados por privación, no positivamente, es decir, no sean escritos. Muy raras veces se revela esta predestinación: *No sabe el hombre si es digno de amor o de odio* [17], aunque a los apóstoles les fué descubierta. Ningún mortal o muy raro, sino solos los ángeles pueden leer en este libro. En un éxtasis leyó muy breve espacio San Pablo, y volvió en sí espan-

que el Príncipe de los Apóstoles se sumerge en el profundo abismo de la negación, no hay, sin embargo, quien pueda arrancárselos de la mano de Dios. *Pues a estos que ha predestinado también los ha llamado, y a quienes ha llamado, también los ha justificado* (Rom. 8,39). Y en el sermón 23 sobre los Cantares, 15: «*Pero aquel que nació de Dios no peca, porque la generación celestial le guarda.* Esta generación celeste es la eterna predestinación, por la cual Dios amó gratuitamente a sus elegidos en su amado Hijo antes de la creación del mundo, mirándolos en El con ojo favorable, a fin de hacerlos dignos de ver el esplendor de su gloria y de su potencia y darles parte en la heredad de Aquel a cuya imagen debía hacerlos conformes. Los ha contemplado, pues, como si nunca hubieran pecado. Porque, si pecaron en el tiempo, eso no aparece en la eternidad, porque la caridad infinita de su Padre cubre la muchedumbre de sus pecados» (trozo tomado de la ed. de la BAC). Y, finalmente, en el sermón 1 de septuagésima, 1: «*Todo aquel que es hijo de Dios no peca, pues el nacimiento que tiene de Dios le conserva.* No peca, dice; esto es, no permanece en el pecado; porque el nacimiento que tiene de Dios, nacimiento que no puede frustrarse, le conserva para que no pueda perecer. O también: no peca, esto es, es como si no pecara, en el sentido de que no se le imputa el pecado, pues aquel nacimiento celestial le conserva en esta parte. Pero ¿quién será capaz de explicar este nacimiento? ¿Quién puede decir: Yo soy de los elegidos, de los predestinados a la vida, del número de los hijos? ¿Quién, repito, puede decir esto, protestando en contra la Escritura: *No sabe el hombre si es digno de amor o de odio?* (Eccl. 9, 1) Efectivamente, no tenemos certeza; pero la garantía de la fe nos consuela para que no nos atormentemos mucho con la ansiedad de esta duda. Por esto se nos han dado ciertas señales e indicios manifiestos de salvación, de suerte que es indudablemente del número de los elegidos aquel en quien permanecieren estas señales. Por esto, digo, a los que Dios tiene previstos, los predestinó para hacerles conformes a la imagen de su Hijo, a fin de que a los que niega certeza el motivo de su cuidado les preste garantía la gracia del consuelo».
[15] Ps. 68,29.
[16] Ib.
[17] Eccl. 9,1.

tado, diciendo: *Oí palabras inefables*, etc. [18]. No tiene capacidad el entendimiento ni la lengua para explicar lo que allí vió. Leía también en ese libro un poco el discípulo amado del Señor, y de aquella lectura brotó el admirable comienzo: *En el principio era el Verbo*, etc. [19] El libro de esta primera clase es de solos los discípulos.

3. Pero la divina Providencia proporcionó a sus pequeñuelos otro libro que contiene los rudimentos y elementos primeros, es decir, este mundo sensible, que se llama libro de la naturaleza, para que en él pudieran aprender a juntar las letras y pronunciar las palabras, y llegar mediante el raciocinio, como los niños, del conocimiento de las cosas sensibles a la sabiduría de las inteligibles, como dice el Apóstol: *Las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas, y así no tienen disculpa* [20]. No llegan así al conocimiento las criaturas celestiales que leen en el libro de la vida. Por lo cual muy bien compara San Bernardo [21] este mundo visible con el libro común que suele haber colgado de una cadena en los claustros de las iglesias, para que todos los que quisieren puedan leer en él. Así este mundo está puesto delante de todas las gentes, pueblos y naciones, para que conozcan por él la sabiduría, poder, bondad, grandeza, hermosura, eternidad y perfección del supremo Artífice, y así reconozcan y adoren al Señor cuanto durare esta escuela de niños, de la cual dice San Pablo: *Cuando yo era niño, discurría como niño* [22]. Pues tiempo vendrá en que el cielo se plegará como un libro y nadie podrá leer ya en él; no porque se plieguen los cielos como un libro, sino porque nadie leerá en este libro. Se dice que se plegará, porque los condenados no tendrán ya lugar de leer, y los predestinados serán destinados a otro libro más levantado, el de la vida: *Todos serán enseñados de Dios* [23].

[18] 2 Cor. 12,4.
[19] Io. 1,1.
[20] Rom. 1,20.
[21] *Sermón 9 de diversis*, 1: «Y existe cierto libro común, atado con una cadena, según costumbre, que es este mundo sensible, a fin de que en él lea la sabiduría de Dios todo el que quisiere; pero cuando se pliegue el cielo será como un libro en que nadie tendrá necesidad de leer, porque serán *todos enseñados de Dios* (Io. 6.45; y como la criatura del cielo, también la de la tierra verá a Dios, no como en un espejo y bajo imágenes obscuras, sino cara a cara, y contemplará su sabiduría abiertamente en sí misma. Mientras tanto, sin embargo, necesita el alma humana de la criatura como de cierto vehículo para subir al conocimiento del Creador, y, en cambio, la naturaleza angélica tiene noticia de la criatura en el Creador con muy mayor felicidad y perfección».
[22] 1 Cor. 13,11.
[23] Io. 6,45.

Por eso dice San Agustín [24]: No serán ya entonces inconstantes nuestros pensamientos y como divagando de una en otra cosa, sino que las veremos todas con un solo golpe de vista, no ya a Dios en las criaturas, sino a todas las criaturas en el Verbo.

Mientras tanto, ¡dichoso el que puede leer en este librito elemental! No le menospreciemos, puesto que es hermoso y esplende en él una gran sabiduría. ¡Qué admirable y hermoso! ¡Qué hermosos caracteres tiene! El sol, la luna, las estrellas, el cielo, la tierra, los mares y diversidad de animales, de aves, árboles y flores. Pero nosotros, como niños pasmados, admiramos la elegancia de los caracteres sin saber leer ni entender, cual les ocurre a los niños y rústicos con las hermosas máximas escritas en la iglesia. ¡Oh si entendiésemos, oh si leyésemos y penetráramos las criaturas como los justos y los santos, qué gusto y sabor encontraríamos dentro de la corteza! ¡Cómo penetraríamos la gran teología y filosofía que está oculta en todas estas cosas! Por lo que dice el Salmo: *Los cielos publican la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las obras de sus manos* [25].

Por consiguiente, como dicen San Bernardo [26] y el Crisóstomo [27], este mundo se nos dió no sólo para nuestra utilidad y servicio, sino también para nuestra enseñanza y magisterio; y nosotros solemos buscar su utilidad sin preocuparnos de su enseñanza. Y si no, pregunto: ¿qué utilidad nos reportan las serpientes, dragones, áspides, cocodrilos, elefantes, leones, osos, lobos, zorras, cigüeñas, grullas, avispas, mosquitos, hormigas, pulgas y otros semejantes, todos los cuales, sin embargo, fueron creados para el hombre? Cierto no le prestan utilidad, pero le enseñan. Y por eso dice el Señor: *Habéis de ser prudentes como las serpientes* [28]; y en otro lugar: *Mirad las aves del cielo* [29]; y Salomón: *Anda, ¡oh perezoso!, ve a la hormiga* [30]; y Job:

[24] *De la Trinidad* 15,16: «Siempre la naturaleza de la criatura será inferior a la naturaleza del que la creó. Entonces no será falso nuestro verbo, pues ni mentiremos ni nos equivocaremos; y acaso nuestros pensamientos no sean volubles, yendo y viniendo de unos objetos a otros, sino que toda nuestra ciencia la abarcaremos con una sola mirada. Con todo, cuando esto se realice, si se realiza, estará ya formada la criatura susceptible de formación, sin que le falte un ápice de su formación definitiva» (trad. de la BAC, t. 5 de las *Obras de San Agustín*). El pensamiento de San Agustín en este testimonio lo explica San Buenaventura en el 3 *Sent.*, dist. 14, a. 2, c. 2, en la resp. al 1.
[25] Ps. 18,2.
[26] Serm. antes citado 1 y 2.
[27] Homilía 6 sobre el Génesis y homil. 5 sobre la Epíst. 1 a los Corintios.
[28] Mt. 10.16.
[29] Mt. 6,26.
[30] Prov. 6,6.

Pregunta a las bestias, y te enseñarán [31]. Si los conociéramos bien, no sacaríamos menos fruto de ellos que de otros que nos sirven para nuestros menesteres.

En efecto, ¿qué cosa hay más despreciable que la hormiga? Pero si consideramos un hormiguero y vemos el perfectísimo orden de aquella república de hormigas y abejas, con qué diligencia recogen, con qué común afán, cómo se ayudan, las religiones y las repúblicas descubrirían allí una gran filosofía. ¿Qué cosa más despreciable que el enojoso mosquito? Pero si consideramos aquella admirable estructura, la articulación de sus pies, toda la composición de ese corpúsculo, aquella probóscide elefantina, hendida y perforada; cómo anda, vuela y se guarda el que apenas parece tener ojos; con qué ansia ingiere la sangre humana; qué variedad de operaciones y sentidos hay en él, que ni el mismo cielo tiene; qué prudencia, y todo sobre un fundamento tan débil que apenas se le toca con un dedo se desvanece, ¿quién no admirará el poder y la sabiduría del Artífice que levantó tan admirable fábrica sobre un fundamento tan insignificante?

4. Así es que en estas cosas se oculta una gran sabiduría y ciencia; pero ni la conocemos ni la entendemos, porque solamente, como los animales, buscamos y nos paramos en su utilidad, y no, como racionales, en las voces significativas de las cosas visibles. Por lo que es digno de admiración que, habiendo escrito tantos libros de filosofía Aristóteles, Platón, Teofrasto, Plinio, Dioscórides, Avicena y Galeno, sobre las propiedades de las cosas y las virtudes de hierbas, piedras y plantas, tan poco, sin embargo, se haya escrito de esta filosofía. Apenas hallamos quien al escribir haya cumplido su cometido de enseñarnos a leer este libro. En los últimos capítulos de Job, como queriendo abrirnos camino para filosofar sobre las cosas, instruye admirablemente Dios a Job en esta mística filosofía sobre el rinoceronte [32], el caballo [33], el gallo [34], el gavilán [35], el águila [36] el behemot [37]; pero muy largo se haría el proseguir hablando de esto; requiere, no el espacio de un sermón, sino de un gran volumen, y así lo paso por alto.

Escuchemos ahora acerca de estos libros al Salmista, que entona solemnemente: *Los cielos publican la gloria de Dios, y el firmamento anuncia las obras de sus manos.*

[31] Iob 12,7.
[32] Ib. 39,9-10.
[33] Ib. 39,19.
[34] Ib. 38,36.
[35] Ib. 39,26.
[36] Ib. 39,27-30.
[37] Ib. 40,10 s.

Cada día transmite con abundancia al siguiente estas voces [38], es decir, Dios al ángel: he aquí el primer libro y la primera escuela; *y la una noche*, es decir, la criatura sensible, *las comunica a la otra noche*, o sea, al hombre mortal: he aquí el segundo libro y la segunda escuela. Acerca de ésta continúa: *No hay lenguaje ni idioma en los cuales no sean entendidas estas sus voces. Su sonido se ha propagado por toda la tierra, y hasta el cabo del mundo sus palabras.* A todos hablan, se ofrecen a todas las gentes y naciones, *y así no tienen disculpa. Puso en el sol su tabernáculo*, esto es, su imagen, porque el sol es, en cierto modo, un retrato sacado de Dios, pues lo que el sol para los cuerpos, es Dios para el sol y todas las cosas. Es único, y lo vivifica todo, todo lo engendra, todo lo sustenta, y su luz y poder lo penetran todo: *desde una extremidad del cielo* hasta lo más profundo sale a luz todo con la presencia del sol, y con su ausencia perece todo, *ni hay quien pueda esconderse de su calor.* Así, ni más ni menos, es Dios.

Y aun el misterio de la encarnación se encuentra dibujado en el curso del sol: *A manera de un esposo que sale de su tálamo, salta como gigante a correr su carrera: sale de una extremidad del cielo y corre hasta otra extremidad del mismo.* ¿Qué símil más apropiado al Verbo encarnado, que salió de la Virgen? *Salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo, y otra vez voy al Padre* [39]. Llevó a cabo su carrera empleando treinta años y obrando *la salvación en medio de la tierra* [40]; y de El dice el Salmista: *Coronarás el año de tu bondad* [41]. ¡Con qué primor y elocuencia habló el Salmista acerca de esta escuela!

5. Veamos ahora el tercer libro y la tercera escuela. *La ley del Señor es inmaculada y convierte a las almas; el testimonio del Señor es fiel y da sabiduría a los pequeñuelos* [42]. Este libro es el de la Escritura, porque no le bastaba al hombre el conocimiento natural; érale necesaria la sabiduría revelada; porque, como dice el Apóstol, *ellos han conocido claramente lo que se puede conocer de Dios* [43], a saber, en las criaturas, donde se encuentra su sabiduría, su grandeza, su bondad, su eternidad; pero no la Trinidad, ni la encarnación, ni la redención, ni la misericordia, ni la justicia, ni el premio de los buenos, ni el castigo de los malos, ni el juicio, ni, en fin, el camino

[38] Ps. 18,2.
[39] Io. 16,28.
[40] Ps. 73,12.
[41] Ib. 64,12.
[42] Ib. 18,8.
[43] Rom. 1,19.

de las virtudes, la fe, la esperanza, la caridad, la paciencia, etc., cuyo conocimiento es necesario al hombre que camina al cielo. Dios, pues, por su piedad, viendo que no le bastaba aquel libro, añadió la revelación, para ejercer de maestro El mismo, que había sido Creador; y se dignó mandar escribir para enseñanza del mundo, ampliando y explicando mediante la ley escrita aquella ciencia natural. Por eso dice el apóstol Santiago: *Recibid con docilidad la palabra injerida en vosotros* [44]; pues lo que por la creación había impreso en la naturaleza, nos lo da más explícito con su enseñanza; lo que nos dijo mediante las criaturas, mediante las Escrituras nos lo dice más explícitamente. ¡Qué gran deuda, qué admirable sabiduría, cuán digna de veneración! No salió de la boca de Sócrates ni de Platón, sino de la fuente perenne, del abismo de la divina sabiduría. Por tanto, atiende si quieres saber qué clase de sabiduría es ésta: *La ley del Señor es inmaculada, y ella convierte a las almas; el testimonio del señor es fiel y da sabiduría a los pequeñuelos. Los mandamientos del Señor son rectos y alegran los corazones.* No puedo detenerme en la explicación de todos los extremos. Continúa: *Son más codiciables que la abundancia de oro y de piedras preciosas, más dulces que la miel y el panal.* Y en otra parte: *¡Oh cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Alegrarme he en tus promesas. Acendrada en extremo es tu palabra, y está tu siervo enamorado de ella* [45]. *El hombre* mundano y *animal no puede hacerse capaz de las cosas que son del Espíritu de Dios* [46], y por eso no puede saborearlas y busca las obras de los filósofos; en cambio, mira con verdadero horror las palabras de este libro, lo cual se considera en el Evangelio como digno de reprobación. Si fuerais [47] de Dios, conoceríais mi voz, porque [48] yo salí del Padre. *Vosotros sois hijos del diablo* [49], no podéis escuchar mi palabra. En Ezequiel [50] se encuentra figurado este libro, en que *estaban escritas lamentaciones y canciones lúgubres y ayes,* y en el Apocalipsis [51], donde trata del libro escrito por dentro y por fuera, dulce en la boca, pero amargo en el vientre. El libro estaba cerrado y fué abierto. *Bienaventurado el hombre a que tú, ¡oh Señor!, habrás instruído* [52]. El Señor les dió inteligencia [53] para comprender las Escrituras. *Devóralo* [54] y predica; porque quien no está versado en la Sagrada Escritura, no debe tomar sobre sí el ejercicio de la predicación.

[44] Iac. 1,21.
[45] Ps. 118,103.162.140.
[46] 1 Cor. 2,14.
[47] Io. 8,43.
[48] Ib. 16,27.
[49] Ib. 8,44.
[50] Ez. 2,9.
[51] Apoc. 10,8 s.
[52] Ps. 93,12.
[53] Lc. 24,45.

El libro de que se habla es la Sagrada Escritura, libro escrito por dentro a causa del sentido místico, y por fuera, a causa del literal. En el sentido literal están ocultos otros sentidos, lo que no ocurre con otros libros. Muy dulce en la boca por el conocimiento de la bondad de Dios y de su misericordia, porque la sabiduría, según el significado de su nombre, es muy gustosa; en cambio, es amargo en el vientre, porque *quien acrecienta el saber, también acrecienta el trabajo* [55]. Se alegra contemplando la clemencia de Dios, pero se llena de amargura viendo la ingratitud, el desprecio, la mentira, el menosprecio de los hijos de los hombres. No hay quien le agrade, ni quien le ame, ni quien reconocido le dé las gracias por tantos dones; recibimos los dones de Dios murmurando y blasfemando del Señor, que nos los da. Se hallan en este libro *escritas lamentaciones,* que es la penitencia; *canciones lúgubres,* el gozo de los bienaventurados; *ayes,* la condenación de los malos: luto, conjuros y llanto. Casi toda la Sagrada Escritura tiende a este fin, y por esto trata de mover los pecadores a la penitencia, y por esto pone delante de los hombres las alegrías del cielo y los tormentos del infierno. Esto es también lo que debemos hacer nosotros en todos nuestros sermones: ésta es la ciencia más útil: despertar a los pecadores, clamar, mostrar la brevedad de la vida y su fin, para que los hombres recobren el sentido y se aparten del apetito del siglo y del frenesí que los retiene, y conozcan y tomen providencia de lo futuro. *¡Ojalá que tuviesen sabiduría e inteligencia y previesen sus postrimerías!* [56].

6. Pero ¡oh gran clemencia y admirable providencia de Dios! Bien conoció el Señor nuestra grosería, estupidez y rudeza y nuestra incapacidad para comprender sus palabras y darnos cuenta de la sabiduría revelada, porque somos de cortos alcances. Y por eso, movido de piedad, nos transcribió prácticamente en otro libro ejemplar, manifiesto e ideal, cuanto nos había enseñado teóricamente en el libro de la naturaleza y en el libro de la Escritura; a la manera de los que, cuando quieren darnos idea de una casa, la dibujan y la copian en un pergamino: así los geómetras dibujan con un compás en un papel lo que enseñan, para que entre por los ojos lo que no pueden percibir los oídos.

Este libro es el Verbo encarnado, en el cual nos ha sido

[54] Apoc. 10,9.
[55] Eccl. 1,18.
[56] Deut. 32,29.

representada toda la vida espiritual y cristiana que se nos ha dado en el Evangelio y en otros libros, para que leamos allí claramente la caridad, la penitencia, la humildad, la mansedumbre, la santidad, el desprecio del mundo y las demás virtudes. Este es el libro de los justos: a éste miran, tienen siempre este manual en las manos ante los ojos, manual del cual dice Job: *¡Oh quién me diera uno que me oyese, y escribiese el proceso mismo que juzga!* [57]. Es decir, que el juez escriba en sí mismo la ciencia de la vida que ordena. *A cada paso mío le iría recitando* [58]. Siempre tendré ante los ojos este ejemplar, en mis negocios, en mis comidas, en mis paseos, en cualquier obra a que me dedique: *Y se lo presentaría como a mi príncipe* [59]. Me servirá de lectura y de sacrificio.

El amanuense de este libro es el mismo Dios; la pluma, el Espíritu Santo; el pergamino, el seno de la Virgen; la tinta, su purísima sangre. En su seno fué escrito, acomodado y encuadernado este libro; de su sangre fué configurado el sacratísimo carácter del Verbo divino. Sobre esto dice el Salmo: *Hirviendo está el pecho mío en sublimes pensamientos* [60], pero para los ángeles; y le plugo consignarlo escrito para los mortales, a fin de que el ángel y el hombre leyesen en un mismo libro. Así, para conservarlos y enseñárselos a otros, acostumbramos nosotros a grabar nuestros conceptos en caracteres, a estamparlos en la escritura y guardarlos, como para conservarlos en pequeñas vasijas.

7. Pero veamos cómo está escrito. *Mi lengua* ha sido hecha *pluma de amanuense que escribe muy ligero* [61]. ¿De qué lengua se trata? Atendamos: *No sois vosotros quien habla entonces, sino el Espíritu* Santo, *el cual habla por vosotros* [62]; y en el Credo: *Y en el Espíritu Santo, Señor, que habló por los profetas* [63]. Esta lengua se ha convertido en pluma dando forma y componiendo en el seno de la Virgen: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti* [64]. *Que escribe muy ligero.* Y ¡con qué velocidad escribe! En un instante fué formado el cuerpo, dotado de órganos, vivificado, lleno de gracia, de sabiduría, de gloria, como está ahora en el cielo. La gracia [65] del Espíritu Santo no conoce la lentitud en sus obras. ¡Oh ilustre escritura, oh excelentísima marca, en la cual se oculta tal Verbo eterno! ¡Oh escritura excelsa, que

[57] Iob 31.35.
[58] Ib. 31,37.
[59] Ib.
[60] Ps. 44,2.
[61] Ib.
[62] Mt. 10.20.
[63] Constantinop.
[64] Lc. 1.35.
[65] San Ambros. sobre S. Luc. 2, 1. 19.

ahora se nos propone para lectura de todos los mortales: *En quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia* [66] de Dios! Sobre la belleza y sublimidad de esta escritura continúa: *El más gentil en hermosura... derramada se ve la gracia*, etc. [67] ¿En qué libro, en qué papiro se encuentra grabada esta escritura? En el purísimo pergamino virginal, sin marca infamante de pecado. Por lo que muy bien y justamente se puede decir lo del tema: *Genealogía de Jesucristo.* Excelentísima comparación.

Dos excelentes comparaciones encontramos acerca de la Virgen en la Escritura: una, en la que se la compara con el vellón: *Descenderá como la lluvia sobre el vellocino de lana* [68]. La explica San Jerónimo diciendo [69]: Porque el vellón, con tener el origen en la carne, no contrae las enfermedades de la carne; y así la Virgen, aunque es de carne, como si fuera de plata, carece de toda mancha y toda concupiscencia. En este vellón se introdujo sin ruido el rocío de Dios, es decir, el Verbo eterno, *cuando el supremo silencio ocupaba todas las cosas* [70]. El Espíritu Santo la inundó totalmente, la tiñó de excelente púrpura, para que de aquella púrpura del Rey se formase la sacratísima carne de Cristo.

Excelente comparación, aunque no le es inferior aquella en que se la compara con un purísimo pergamino, en el cual y del cual se formó el Verbo eterno. Por eso puede aplicarse también a ella aquella vara de la tiara del Pontífice, hecha de oro purísimo, que se colocaba en la frente

[66] Col. 2,3.
[67] Ps. 44,3.
[68] Ib. 71.9.
[69] El autor del sermón de la Asunción de la Virgen que se encuentra entre las obras de San Jerónimo: «Justamente se envía el ángel a la Virgen María, pues que tan vecina de los ángeles es la virginidad. Ciertamente es una vida más celestial que terrena el vivir en la carne sin dejarse influir de ella. Y por eso es más meritorio el adquirir la vida angelical que el poseerla. Pues el ser ángel pertenece a la felicidad, y el ser virgen a la virtud, ya que el virgen se esfuerza por conseguir con la gracia lo que el ángel tiene por naturaleza. Sin embargo, ambas cosas, el ser virgen y ángel, es propio de un don divino y no resultado de un esfuerzo humano. *Dios te salve*, dice, *¡oh llena de gracia!*, y dice bien llena, porque a los otros se les da por partes, y, en cambio, a María se le infundió de golpe toda la plenitud de la gracia. Esto es lo que canta David: *Descenderá como la lluvia sobre el vellocino de lana.* Y el vellocino, perteneciendo al cuerpo, ignora las pasiones del cuerpo; del mismo modo, la virginidad, estando en la carne, desconoce los vicios de la carne. Ciertamente la lluvia celestial se infundió en el virgíneo vellocino con plácida caída, y toda la plenitud de la Divinidad se transfundió a la carne cuando el Verbo se hizo carne y luego, exprimido mediante el patíbulo de la cruz, derramó la lluvia de la salud a toda la tierra y dió a los humanos la destilación de la gracia».
[70] Sap. 18.14.

del Pontífice sobre todos los ornamentos, y en la cual se encontraba esculpido [71]: *La santidad del Señor*. Esta Virgen toda oro, toda divina, debe ser colocada sobre toda la vestimenta, sobre las doce piedras, sobre la túnica talar, sobre el racional y humeral en la frente del Pontífice, sobre todos los apóstoles, mártires, doctores, patriarcas y profetas, designados por aquellos vestidos, como ella misma dice: *Yo en todos los pueblos y en todas las naciones tuve el supremo dominio* [72]. En esta obra cincelada por el Espíritu Santo se encuentra esculpido aquel *la santidad del Señor*, del cual dijo el ángel: *Lo que se ha engendrado en su vientre es obra del Espíritu Santo* [73]; y por eso se antepone con razón a todos los santos. ¡Oh mujer admirable, en cuyo seno fué formado el Verbo, que eternamente se había mantenido oculto en el seno del Padre! Hoy celebramos el natalicio de esta Virgen. ¡Con qué gozo y reverencia no debemos celebrar el natalicio de tan gran Reina, por la cual hemos renacido todos a la felicidad eterna! Basta ya de este libro.

8. Sólo nos queda ya el quinto, el de la conciencia, del cual se dice en el Apocalipsis: *Y abriéronse los libros, y abrióse también otro libro, que es el de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas escritas en los libros* [74]. Este es el libro de las cuentas; por tanto, serán juzgados por el libro del Señor y por éste. En este libro aparecerá consignado todo lo que hemos hecho: pensamientos, deseos, palabras y obras. Están ahora como borrados, pero aparecerán entonces. Como en un papel escrito con el jugo de ciertos limones no aparecen los caracteres de las letras, pero arrimado al fuego se pone de manifiesto todo lo escrito, así con aquel fuego se iluminarán [75] los secretos tenebrosos y se manifestarán los pensamientos del corazón que se habían dado al olvido. Y así, San Bernardo, hablando de la conciencia, dice [76]: es una membrana sutil e impregnada de tinta; no puede borrarse lo que en ella se ha escrito, aunque al presente no se manifiesta la escritura. ¡Oh, con qué prudencia hemos de mirar lo que pensamos, lo que queremos, lo que deseamos, lo que escribimos, pues sabemos que nada de ello se pasa en el silencio ni se olvida! Dice Daniel: *Sentóse para juzgar, y fueron abiertos los libros* [77]. ¡Ay de aquellos que han de aparecer ante tan gran multitud con torpes maneras, unturas y disimulos! ¡Qué confusión experimentarán! Procuremos, por consiguiente, tener limpia la escritura de la conciencia, a fin de que, cuando aparezca el libro de la vida, seamos dignos de ser llevados de esta escuela de niños a la escuela de los ángeles, y con ellos aprendamos a leer la sabiduría de Dios en la gloria, a la cual nos lleve Jesucristo. Amén.

[71] Ex. 28,36.
[72] Eccli. 24,9-10.
[73] Mt. 1,20.
[74] Apoc. 20,12.
[75] 1 Cor. 4,5.
[76] Sermón en la Natividad de San Juan Bautista, 11 y 12: «He cometido un grave pecado, que no se puede borrar con sangre de toros o cabritos, pues no se deleita ya el Altísimo en tales holocaustos. Mi memoria está infectada de la hez de esta horrura; no hay navaja que pueda raer esta piel, porque embebió en sí toda la hez. Si me olvidare de mi pecado, soy necio e ingrato; si permaneciere en mi memoria, me acusará él eternamente. ¿Qué haré, pues? Iré a Juan y oiré la voz de la alegría, el eco de la misericordia, la expresión de la gracia, la palabra del perdón y de la paz. *Ve ahí*, dice, *el Cordero de Dios, ve ahí al que quita los pecados del mundo* (Io. 1,29); y en otra parte añade: *El que tiene esposa, esposo es* (Io. 3,29). Muestra, pues, que vino Dios, que vino el Esposo, que vino el Cordero. Por ser Dios, cierto es que puede perdonar los pecados; mas si querrá o no, es aún lo dudoso. Pero sí quiere, porque es Esposo, porque es amable. Y Juan también es el amigo del Esposo, pues el Esposo no sabe tener sino amigos. Y aunque quiere tener Esposa gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante, no la busca tal, porque ¿dónde hallarla?, sino que la crea tal El mismo, y tal se la presenta a sí mismo... Pero a ti acaso te acobarde esa purificación que viene a hacer de los delitos, no sea que, usando del cauterio y la sangría, hiera hasta los huesos, y aun hasta las medulas de los huesos, y te cause un dolor más insufridero que la muerte. Oye: Cordero es; manso viene, con lana y leche, justificando al impío con sola su palabra. ¿Qué cosa es más fácil, según el Cómico (TERENCIO, *Phorm.* II, 1, 70), que pronunciar una frase? *Pues, Señor, decid una sola palabra, y quedará sano mi criado.* ¿Por qué, pues, vacilaremos ya, hermanos, y no nos llegaremos con toda confianza al trono de la gracia?» (trad. de la BAC).
[77] Dan. 7,10.

SERMON II

De la cual nació Jesús (Mt. 1, 16).

1. Acostumbran los historiadores de los reyes a consignar en sus crónicas, ante todo, el linaje del príncipe, la antigüedad de sus progenitores, su nobleza y poderío. Y con justa razón; pues, por lo general, contribuye poderosamente a la gloria del príncipe la rancia nobleza de sus antepasados, como si no debiera esperarse torpeza o deshonra alguna de quien posee desde antiguo connatural e ingénita nobleza. Es precisamente lo que hace aquí el evangelista San Mateo; pues al narrar la historia, costumbres, hechos y maravillas del Rey de reyes, Jesucristo, comienza por la nobleza y antigüedad de sus progenitores,

diciendo: *Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham*, etc., para que aun según la carne brille la nobleza de quien por razón de su divinidad procede de Dios. Y no debe maravillarnos este proceder del evangelista, pues que tan cuidadosamente se estila esto en todas las historias canónicas. Tuvo buen cuidado el Espíritu Santo de narrar en las Sagradas Letras el linaje del futuro Mesías desde el principio del mundo y de prolongar sin interrupción la línea de sus ascendientes hasta El mismo, dando de mano a todos los restantes. Y así abarca en el Génesis desde Adán hasta Noé [1], y luego desde Noé hasta Abraham [2], Isaac [3] y Jacob [4]; en el Exodo [5] y los cuatro legales restantes, en Josué, los jueces y Ruth, hasta David; en los libros de los Reyes y Paralipómenos, que continuó el escriba Esdras, desde David hasta la transmigración de Babilonia; y desde la transmigración hasta Cristo, durante un espacio de casi cuatrocientos años, en ningún otro libro canónico se encuentra la genealogía de Cristo sino en San Mateo, que, inspirado por el Espíritu Santo, la entresacó con toda verdad de los anales de los Hebreos.

2. ¿Por qué, pregunto, tuvieron tan gran diligencia y cuidado los escritores sagrados de ambos Testamentos en recordar y explicar el linaje de Cristo? ¿Acaso necesita Cristo de la gloria de sus antepasados para ser conocido? ¿O hemos de pensar que pretendieron con miras humanas engrandecer a Cristo por la nobleza o antigüedad de su prosapia? Es precisamente lo que El mismo niega en el Evangelio al decir: *Yo no me pago de la fama de los hombres* [6]. No me importa, digo, su gloria, sino que se la doy. *Glorifícame tú, ¡oh Padre!, en ti mismo* [7], pues ante los hombres no me interesa, *con aquella gloria que tuve yo en ti antes que el mundo fuese*, ya que la gloria mundana no puede interesarme. Yo reconozco que tú solo eres el que puede glorificarme; no busco, en cambio, la gloria entre los hombres o conforme a sus opiniones, pues no recibo yo gloria por ser hijo de David, antes bien recíbela él por ser mi predecesor. Si es lícito gloriarse de la genealogía, soy Hijo de Dios: con razón puedo gloriarme, soy Hijo de Dios. ¿Puedo acaso buscar la gloria entre los hombres? *Yo soy la raíz y la prosapia de David* [8]. De mí, no de él, recibe su linaje el nombre, el esplendor, la nobleza; pues en esta

[1] Gen. 1 (todo el capít.).
[2] Ib. 10 y 11 (los dos capít.).
[3] Ib. 21 (gran parte del capít.).
[4] Ib. 25,19 s.
[5] Ex. 1,1 s.
[6] Io. 5,41.
[7] Ib. 17,5.
[8] Apoc. 22,16.

genealogía no ocurre como en las otras; la gloria no desciende de los antepasados, sino que asciende hasta ellos; los progenitores reciben el esplendor del hijo, no al contrario. Toda la nobleza y esplendor le viene a esta familia por tener en ella Cristo su origen y haberse humanado el Hijo de Dios. ¡Cómo se gloriaba en esto Abraham [9], que recibió con acciones de gracias esta única promesa en premio de todos sus trabajos, de su penosísima peregrinación y destierro, juzgando como abundante retribución de sus trabajos el nacer Cristo de él mismo y recibir la bendición en su descendencia todas las gentes! ¿Y qué diré del mismo David? Cómo se gloría cantando en el Salmo: *Juró el Señor a David esta promesa, que no retractará: «Colocaré sobre tu trono a tu descendencia»* [10], gloriándose más en este descendiente que en la diadema del reino. Y para confirmar la promesa conjura y suplica a Dios diciendo: *Por amor de David, tu siervo, no apartes tu rostro de tu Ungido* [11]. Como si dijera: no impidan, te ruego, piadosísimo Dios, los pecados de David la promesa que le hiciste, antes al contrario, cúmplesela, como le juraste. De esto quiso el Señor amonestar a los legisperitos al interrogarles sobre el linaje de Cristo diciendo: *¿Qué os parece a vosotros del Cristo? ¿De quién es hijo? Dícenle: De David. Replicóles: Pues ¿cómo si es hijo suyo, David en espíritu le llama su Señor cuando dice: «Dijo el Señor a mi Señor?* [12] Como si dijera: reconoced, ¡oh ciegos!, que, aunque es hijo, es, sin embargo, Dios, y no está la gloria de Cristo en David, antes al contrario, la de David en Cristo. Por tanto, la nobleza de esta genealogía procede del último, no del primero. Así es que no se describe esta genealogía para engrandecer a Cristo por sus progenitores, pues aun en el mundo acontece, cuando alguien de padres comunes asciende al trono, no recibir gloria ese rey de su familia, sino que todo su linaje queda honrado por él; tal ocurre en esta genealogía de Cristo.

3. Otro motivo que nos induce a no juzgar superficialmente esta descripción del linaje es la consideración de que, en todo lo que los hombres encuentran su gloria, nada hay más vano e inútil que el linaje. Pues ¿qué motivo puede haber de gloriarse en los padres, o mejor, qué fundamento sólido puede tener este gloriarse de la familia? Y si carece de fundamento, vano e inútil es.

Indaguemos, por consiguiente, la raíz de esto, y tened un poco de paciencia si repito mucho las cosas. Pues no

[9] Gen. 12,1-3.
[10] Ps. 131,11.
[11] Ib. 131,10.
[12] Mt. 22,42.44.

ocurre con el hombre como con las demás naturalezas, por ejemplo, con las plantas, animales, arbustos, en los que existe tal variedad y número, como en las manzanas, peras, albaricoques. En la naturaleza de la manzana aventaja una clase a otra por el aroma, la vista, sabor y estimación natural. También entre los animales existe por naturaleza una gran variedad, como ocurre con los caballos, leones, perros; pues por naturaleza unos caballos son para la guerra, otros para la carrera, otros para el transporte; ni necesitamos demostrar la variedad de los perros, tan conocida por todos. Por tanto, bien puede gloriarse y anteponerse un caballo a otro de su mismo linaje, y un león a otro león, y un perro a otro perro, pues que a la naturaleza le ha dado fundamento para ello. Pero ¿cómo puede el hombre por sólo su linaje gloriarse con relación a otro hombre? Mejor, ¿qué clase de vana jactancia es la del linaje? Porque la naturaleza humana es una y simple, igual en todos, sin ninguna variedad de linaje o perfección en sí. Pues no es la naturaleza la que nos ha distanciado a unos de otros, sino más bien el ingenio, la ciencia, las costumbres, la dignidad dieron origen a diversidad de grados en el único linaje de hombres; y la vanidad fué la que originó variedad de linajes en la simplicísima naturaleza humana. Decidme, si no, ¿qué tienen los unos que no posean los otros? ¿O en qué se aventajan éstos a aquéllos? ¿No enferman, no tienen hambre, no sienten sed, no se enfrían, no mueren como los otros? ¿No soportan lo que los demás, no desfallecen y se fatigan como los otros? Cierto, se dirá, pero son más fuertes, más altos, más elegantes, más sanos, más ingeniosos. Ni aun esto es exacto del todo, pues vemos con frecuencia que hombres vulgares aventajan a los nobles. Y, aunque fuera así, no habría diversidad alguna de linaje, sino de condición, ya que todo esto son accidentes, no propiedades. ¿No estamos viendo que de los mismos padres nacen hijos desemejantes en la forma corporal, diferentes en la agudeza del ingenio? Sin embargo, no puede haber diversidad de linaje siendo idénticos los padres. ¿Qué más? Si hubiera tanta variedad de cuerpos humanos como de perros, ni esto debía ser motivo de gloria para el hombre, puesto que su parte principal es el alma, y el único autor de las almas es Dios.

4. ¿De qué te hinchas, ¡oh hombre!, de que te glorías? El motivo, según mi opinión, de haber creado Dios una sola y tan igual naturaleza humana y de no haber multiplicado las especies en los hombres como en los ángeles, es porque conocía de antemano la arrogancia y soberbia de los hombres, y no quiso dejar resquicio alguno para que un hombre se antepusiera a otro hombre por su naturaleza.

¡Dios bendito! ¿Quién podría soportar la ambición de los hombres si se encontrara semejante diversidad en su naturaleza? ¿Qué haría en tal caso, si, habiéndonos hecho iguales la naturaleza, vemos cómo un hombre juzga y estima a otro hombre no como tal, sino más bien como una bestia? Indudablemente, los más ilustres se desdeñarían de hablar a los inferiores y tendrían a menos su trato. Así es que Dios, para encarecer más y más a los hombres la paz y armonía, no sólo los hizo iguales por naturaleza, sino que los hizo nacer y propagarse, como de un solo tronco, de un solo hombre, y los hizo salir de un solo seno, a fin de que, viéndose hermanos, se estrechen con más amor entre sí y no se menosprecien unos a otros. Te mostraré, ¡oh hombre!, el linaje de que con razón puedes gloriarte: no ciertamente en la carne y la sangre, porque la *carne y la sangre* y los que en ellas se glorían *no pueden llegar a poseer el reino de Dios* [13]; gloríate más bien del poder que has recibido de Dios de ser hijo suyo [14], si crees en su nombre, *pues somos de su mismo linaje* [15], como dice el Apóstol. Ved cómo se gloría San Juan de esto en su Epístola: *Mirad, hermanos, qué amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos* [16]. Este verdadero motivo de gloriarse encierra ciertamente un gran amor de Dios, junto con una gran elevación del hombre, ya que tiene lugar según el espíritu, pues *toda carne es heno* [17]. Por consiguiente, si este gloriarse del linaje que hemos dicho es ridículo entre los seglares, ¿qué hemos de decir entre vosotras, vírgenes consagradas a Dios, que habéis crucificado [18] vuestra carne con Cristo y os habéis despojado del hombre viejo [19] con todos sus actos, para revestiros del mismo Cristo? Esposas sois de Cristo, ¿qué gloria buscáis entre los hombres? Hijas sois de Dios, no os gloriéis de vuestros padres según la carne. Vuestra emulación mutua sea sobre quién es más querida, quién goza de más familiaridad, quién es más agradable al divino Esposo, quién se le muestra más humilde y obediente, quién está más en sus secretos, con quién habla más confidencialmente y comunica más familiarmente sus misterios. En esto, si queréis, podéis gloriaros de buen grado, y no en vosotras, como se nos amonesta por el Apóstol: *El que se gloría, gloríese en el Señor* [20]. Pero volvamos ya a nuestro propósito.

[13] 1 Cor. 15,50.
[14] Io. 1,12.
[15] Act. 17,28.
[16] 1 Io. 3,1.
[17] Is. 40,6.
[18] Gal. 5,24.
[19] Col. 3,9.
[20] 1 Cor. 1,31.

5. Harto demostrado queda, a mi parecer, que la genealogía del Salvador que se narra y describe en el principio del Evangelio y en los libros sagrados no debe entenderse en el sentido vulgar y corriente, como si Cristo recibiera lustre de sus progenitores, como los demás mundanos; la letra misma nos lo demuestra así, ya que, existiendo en el linaje humano del Salvador tan ilustres matronas y mujeres tan santas, sólo recuerda el Evangelista, como dice San Jerónimo [21], a las que reprende la Escritura, y que de propósito debería haber pasado por alto si se hubiera preocupado algo de la nobleza del linaje, pues nada hay que mancille el linaje como la mujer deshonrada. De donde se concluye que en todo esto presidía un designio más levantado, y esto por tres cosas: por la veracidad de Dios, por nuestra fe, por la gloria de la Virgen.

Por la veracidad de Dios, es decir, para que quede bien claro que Dios cumplió la promesa, como juró a los padres, de que Cristo había de nacer de su descendencia. Promesa que ensalza la Virgen en su cántico cuando dice: *Acordándose de su misericordia, acogió a Israel su siervo, según la promesa que hizo a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia, por los siglos de los siglos* [22]. Por nuestra fe, esto es, para que conste que Jesús, a quien tenemos por Mesías, fué engendrado de la descendencia de Abraham y David, como había sido predicho por los profetas, de suerte que no pueda ya el judío mofarse de nosotros y negarnos, como en otro tiempo, que ningún profeta ha salido de Galilea, según repuso Natanael, docto en la Ley, antes de conocer la verdad: *¿De Nazaret puede salir cosa buena?* [23] Sin duda que puede: *Ven y verás.* Ven, Natanael; lee el Evangelio de San Mateo, y ve que no es oriundo de Nazaret, sino de Belén, Cristo, quien decimos trae su origen del linaje de los patriarcas. Lee la genealogía y comprenderás la profecía.

En tercer lugar, por la Virgen, a quien su piadoso Hijo quiso glorificar no sólo ante los ángeles, sino ante los hombres. Y, por tanto, aunque Dios eligió una madre pobre y humilde, pero la quiso ilustrísima por el linaje y muy más noble según la carne que pudiera serlo cualquier otra célebre mujer, pues procede desde muy antiguo, por una dilatada descendencia, de patriarcas, de reyes, de sacerdotes. Recuerda ahora qué mujer hay en todo el orbe que haya tenido tantos reyes y príncipes en su ascendencia.

[21] Sobre San Mateo 1: «Nótese que en la genealogía del Salvador no se tiene en cuenta ninguna mujer, sino aquellas que reprende la Escritura, a fin de que quien venía por los pecadores, naciendo de los mismos pecadores, borrase los pecados de todos».
[22] Lc. 1,54-55.
[23] Io. 1,46.

Nobilísima, por consiguiente, fué la Virgen por su familia e ilustrísima cual convenía a la que había de ser madre de Dios; pues no estaba bien que fuese rústica o vulgar, para que no redundara en el Hijo la menor tacha de nobleza y esplendor. Pues aunque en los hombres no existe esa variedad de linaje que acabamos de excluir, sin embargo, por la generación siempre heredan algo los hijos de los padres buenos; pues, por lo general, observamos que de padres buenos nacen hijos buenos, es decir, bien inclinados; porque de la misma manera que los hijos heredan de sus padres por la generación el color, la configuración, las cualidades, gestos y diversidad de enfermedades, así también reciben de los mismos las costumbres, inclinaciones y afectos del alma. Vemos, en efecto, que, en general, de padres iracundos nacen hijos propensos a la ira, y pacíficos de los pacíficos, ingeniosos de los ingeniosos, y de los rústicos, rústicos. Por consiguiente, si el hombre puede gloriarse, hágalo en buen hora, no del poderío y posición de sus progenitores, sino de su virtud y honradez: todo lo contrario de lo que vemos en el mundo.

De suerte que fué justo que naciera de reyes y sacerdotes quien había de ser Rey y Sacerdote en el pueblo de Dios, a fin de que aun según la carne quedara patente la legitimidad de su reino y sacerdocio. Y no debe preocuparnos que la genealogía se refiera a José y no a la Virgen; el evangelista conserva la costumbre de las Escrituras, que tejen las genealogías a través de los varones, no de las mujeres; y como la Virgen y José eran parientes, llegando al linaje de José se llega al de la Virgen. Parentesco que pasó por alto el evangelista por ser tan conocido en aquel tiempo de todos los que habían abrazado la fe de Cristo en Judea. Mas, como dice Eusebio [24] en su *Historia Eclesiástica* y lo trató ligeramente el Damasceno [25] en el libro cuarto, sobradamente lo manifestaban a todos los descendientes de la familia del Señor, a los que entonces se les daba el nombre de *Dominicos*, esto es, parientes del Señor.

6. Ahora me dirijo a vosotras, ¡oh vírgenes! A vosotras, digo, ruego y conjuro, imitad con vuestra virginidad a la Virgen, imitad con vuestra nobleza a la noble, copiad, repito, a la única fundadora de vuestra profesión; ella es la que estableció este género de vida que profesáis, ella la primera en enseñar el celibato entre los hombres e introducir la vida angélica en la carne humana; por su ejemplo brilla esplendente esa inmensa multitud de vírgenes. Antes de ella era objeto de ludibrio la virginidad perpe-

[24] *Histor. Ecles.* 1,7.
[25] L. 4 *De la fe ortodoxa*, c. 15, que lleva por título «De la genealogía del Señor y de la santa Madre de Dios».

tua, pues la Ley maldice [26] a la estéril. Por eso llora sin consuelo la hija de Jefté [27] su virginidad antes de su muerte, se lamenta de la misma estando a punto de morir, porque moría virgen y sin descendencia. ¡Oh Virgen dichosísima, tales eran los ejemplos que te había dado la Ley antigua! ¿Quién te enseñó, dónde aprendiste que la pureza virginal era agradable a Dios, para ser la primera de todas en consagrar a Dios con voto tu castidad? Pues no sólo sin precedente elegiste la virginidad, sino que la confirmaste con voto, y de tal manera la confirmaste, que no diste tu consentimiento al ángel que te anunciaba la concepción por obra del Altísimo hasta que te ofreció garantía de conservar ilesa tu virginidad. Esta vuestra piadosa asociación se destaca en su emulación por la Virgen sobre todas las de España, porque sois todas no sólo vírgenes como las otras, sino también nobles como lo fué la más noble de las vírgenes. Por consiguiente, si emuláis la virginidad, imitad también la humildad. Ninguna de entre vosotras más noble ni más ilustre por su prosapia que esta Virgen; y, sin embargo, ved cuál fué su humildad. Mirad como una virgen regia, Señora del mundo, Madre de Dios, no se desdeña de servir a un artesano, preparar la comida y la mesa y obedecer en todo a un varón, que, sin embargo, era su marido en el matrimonio virginal; no os desdeñéis vosotras en serviros mutuamente. Cuanto más noble sea una entre vosotras, sea más humilde, y demuestre su nobleza con la humildad, pues no hay nobleza como la de servir a Cristo. Si sois, por consiguiente, más semejantes a ella que las demás, mostraos también más animosas que ellas; ya que celebramos hoy el día natal de esta Virgen, con su natalicio compensamos el honor que le debemos. Pues hoy brilló de improviso en el mundo como plácida estrella en la obscuridad, en la noche tenebrosa. Regocíjanse los ángeles y corresponden con un cántico festivo a la Virgen; saltan alborozados porque está ya encima la salvación del mundo, y ven nacer el principio de la restauración de su ciudad.

7. ¡Oh qué alegría, qué gozo invade a los espíritus celestes! Pues comienza a brotar aquella vara [28] de la raíz de Jesé tanto ha sembrada en los santos patriarcas, y sale a la luz aquella de la cual ha de nacer la Flor que curará al mundo; la Flor cuyo aroma hace revivir a los muertos, cuyo sabor cura a los enfermos, cuya hemosura alegra a los ángeles; la Flor cándida y rubicunda *en la cual los ángeles desean penetrar con su vista* [29]. Con qué razón exclamaba San Bernardo [30]: Alégrate, ¡oh padre Adán!, y regocíjate más tú, ¡oh madre Eva!, vosotros que, como padres de todos, fuisteis también los que les disteis la muerte, y lo que es más triste, se la disteis aun antes de engendrarlos. Consolaos, por consiguiente, ambos con semejante hija. ¿Qué decías, Adán? *La mujer que tú me diste por compañera me ha dado del fruto de aquel árbol y le he comido* [31]. Pues he aquí que hoy se te da una mujer por la otra mujer, una prudente por una fatua, una humilde en lugar de una soberbia, para que en lugar del árbol de la muerte te dé a gustar el de la vida, y en lugar de aquella venenosa comida de amargura, te proporcione la dulzura del fruto eterno. ¡Oh Virgen admirable y dignísima de todo honor! ¡Oh mujer extraordinariamente venerable, admirable sobre todas las mujeres, reparadora de los padres, vivificadora de sus descendientes!

Postrado, por tanto, a los pies de este sagrado Vástago, oremos con ánimos regocijados y dance de júbilo el corazón; acojámonos a su protección, clamando en alta voz: *Ea, pues, Abogada nuestra*, señora nuestra, nuestra alegría, *ea, pues, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos, y después de este destierro muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre* [32]. A Cristo buscamos, por El suspiramos, a El corremos, El es el objeto único de los anhelos de nuestro corazón. Dirígenos tú, ¡oh Virgen bendita!: llévanos tú a El, condúcenos al lugar de su reino, muéstranoslo coronado de gloria y honor, rodeado de ángeles, sentado en altísimo trono a la diestra del Padre, reinando con El y con El gobernando el universo mundo. Pero volvamos ya a la narración evangélica.

8. Mucho tiempo me ha preocupado por qué los evangelistas, que tanto han hablado de San Juan Bautista y de los apóstoles, tan someramente nos narran la historia de la Virgen María, que aventaja a todos por su vida y su dignidad, por qué, repito, no nos han consignado los detalles de su concepción, nacimiento, educación, el esplendor de sus costumbres, el ornamento de sus virtudes, cómo trató con su Hijo en lo humano, cómo conversó con El, cómo vivió con los apóstoles después de su ascensión. Importantísimas y dignas de memoria eran estas circunstancias, que serían devoradas por la devoción de los fieles y muy estimadas por los pueblos. ¿Por qué, ¡oh evangelis-

[26] Ex. 23,26.
[27] Iud. 11,38.
[28] Is. 11,1.

[29] 1 Petr. 1,12.
[30] *Homil.* 2 *sobre «Missus est...»*, n. 3, omitidas muchas palabras del texto.
[31] Gen. 3,12.
[32] De la «Salve Regina».

tas!, nos habéis privado de tan sin igual gozo con vuestro silencio? ¿Por qué os callasteis estas cosas tan alegres, tan deseadas, tan agradables? Pues ¿quién puede dudar de que en su nacimiento y niñez ocurrieron muchas maravillas y de que esta doncella fué en sus tiernos años un asombroso prodigio de todas las virtudes para los siglos venideros? De todo esto, sin embargo, nada vemos consignado en los libros canónicos, si se exceptúa cierto libro apócrifo que tradujo San Jerónimo [33] del hebreo, y de cuya garantía duda él mismo. Para responder a estas cavilaciones, es decir, por qué no se escribió un libro sobre las actividades de la Virgen, como lo tenemos de San Pablo (pues debe descartarse por temerario e impío acusar de negligencia a los evangelistas), no se me ocurre otra solución que tal fué el beneplácito del Espíritu Santo y que bajo su inspiración las pasaron por alto los evangelistas, porque toda la gloria de la Virgen, como dice el Salmo [34], le viene de dentro, y era más fácil pensarla que describirla, y bástanos como compendio más que suficiente de su historia las palabras que nos han servido de texto: que de ella *nació Jesús*. ¿Qué más quieres averiguar? ¿Qué más puedes desear en la Virgen? Te basta el ser Madre de Dios. Porque, a la verdad, ¿qué hermosura, qué virtud, que perfección, qué gracia, qué gloria no conviene a la Madre de Dios? Da rienda suelta a la imaginación, dilata los horizontes del entendimiento y procura forjar en tu mente la imagen de una virgen purísima, prudentísima, hermosísima, devotísima, humildísima, mansísima, llena de toda gracia, dotada de toda santidad, adornada de todas las virtudes, enriquecida de todos los carismas, sumamente agradable a Dios; añade cuanto puedas, lánzate a lo que alcances; inmensamente mayor es la Virgen, más excelente es esta Virgen, muy superior es esta Virgen.

9. No la dibujó el Espíritu Santo en las sagradas letras, sino que dejó que la esculpieras tú en tu espíritu, a fin de que te des cuenta de que no sólo no le ha faltado gracia, o perfección, o gloria alguna que pueda el espíritu concebir en pura criatura, sino que llegó a superar toda inteligencia. Por eso, donde se hallaba la plenitud, mejor era no describir parte de ella, no sea que fuéramos a creer que le faltaba lo que no se hallaba escrito. Si usó de todo su poder el Señor para adornar tan maravillosamente a sus esclavas y a las doncellas de su casa, ¿cuál sería la madre que había de crear para sí, la única esposa suya, que eligió para sí de entre todas y más que a todas amó? Escucha al profeta: *A tu diestra está la Reina con vestido bordado de oro y engalanada con varios adornos..., y las hijas de Tiro con dones, y te presentarán humildes súplicas todos los poderosos del pueblo. Serán presentadas al Rey las vírgenes, pero que han de formar el séquito de ella; ante su presencia serán traídas sus compañeras con fiestas y regocijos* [35]. Todo el cándido coro de vírgenes canta al unísono las alabanzas de esta Virgen, todas adoran suplicantes su rostro y la veneran y honran como Reina; el Altísimo la prefirió no sólo a los coros de vírgenes, sino también a los ángeles, por ser su madre y serle debida toda grandeza a la Madre de Dios. Por consiguiente, cuanto se puede desear saber o entender acerca de la Virgen, queda encerrado en esta concisa frase: *De la cual nació Jesús;* ésta es su historia larga y completísima.

Dice San Anselmo [36]: Decir de la Virgen María que es madre de Dios, supera a cuanto se puede predicar inferior a El. Por eso Santo Tomás [37] le atribuye cierta dignidad infinita, y con razón; porque si cuanto más excelso es el Hijo, tanto más digna es la Madre, ¿quién duda que la infinita autoridad y dignidad del Hijo corresponda también en cierto modo a la Madre? Porque ya supone dignidad el ser madre de un ciudadano cualquiera; mayor, serlo de un caballero; mayor aún, de un rey; mayor aún, serlo de un ángel, si éste pudiera tener madre; mayor, de un arcángel; mucho mayor, de un serafín; pero el ser madre de Dios de tal modo sobrepuja a todas éstas en dignidad, cuanto Dios es más grande que todos aquéllos. ¡Oh admirable Doncella, madre de su Creador! ¡Oh dignidad asombrosa, que una mujer tenga con Dios un hijo común, a quien puede decir con el Padre: *Tú eres mi hijo* [38], y ser esta Doncella madre de Aquel que tiene a Dios por Padre! El Hijo está sentado a la diestra del Padre; la Madre, a la diestra del Hijo, y miran con mutua complacencia al Hijo en medio. El Padre mira en el Hijo la persona que engendró desde la eternidad; la Madre mira en El la naturaleza humana que en sus entrañas concibió en

[33] Se encuentra este librito entre las obras erróneamente atribuídas a San Jerónimo, y lleva por título *De la Natividad de Santa María*.

[34] Ps. 44,14.

[35] Ps. 44,10.13.15.16.

[36] *De las excelencias de la bienaventurada Virgen María*, 2: «Por consiguiente, aunque sólo decir de la santa Virgen que es Madre de Dios excede toda la dignidad que después de Dios se puede decir ni pensar, y el entendimiento humano, que aspira a ella, tiene en sólo esto algo profundísimo para contemplar y meditar...»

[37] SANTO TOMÁS, 1, q. 25, a. 6 ad 4: «La humanidad de Cristo, por estar unida a Dios, y la bienaventuranza creada, por ser un goce de Dios, y la bienaventurada Virgen, por ser Madre de Dios, tienen cierta dignidad infinita, participada del bien infinito, que es Dios». Véase la nota al serm. 1 para la Concepc. de la B. M. V. n. 6.

[38] Ps. 2,7.

el tiempo. El Padre se complace en el Hijo, regocíjase en el Hijo la Madre; el Padre dice al Hijo: *Te engendré antes de existir el lucero de la mañana* [39]; la Madre le dice: Te engendré en mi seno quedando virgen. Maravíllase de su gloria, y ni ella misma es capaz de comprender su grandeza; por lo mismo que fué hecha madre del Creador, fué constituída con el mejor derecho Reina y Señora de todas las criaturas. Verdaderamente *te ha hecho cosas grandes Aquel que es poderoso* [40], ¡oh María!; y por el hecho de hacerte madre suya te *llamarán bienaventurada todas las generaciones* [41] de todos los siglos, los hijos de los nacidos y los que han de nacer de ellos.

10. Hubo en los orígenes de la Iglesia cierta duda acerca del tratamiento que se había de dar a esta Virgen, pues algunos herejes decían que el cuerpo de Cristo no era verdadero, sino fantástico [42]; otros concedían que el cuerpo era verdadero, pero no de carne, sino celestial [43]; otros le atribuían cuerpo de carne, pero que no había tomado de la Virgen [44]; otros, finalmente, afirmaban que el cuerpo estaba formado de la Virgen, pero sin alma [45]. Todos los cuales y otros semejantes trataban de arrebatar a la Virgen la dignidad de madre de Dios; a todos los cuales refuta el evangelista con esta sola palabra: *De la cual nació Jesús;* y el apóstol San Pablo, con otra semejante, diciendo: *Formado de una mujer* [46]. Donde está bien dicho *formado,* puesto que el Espíritu Santo no lo engendró en el seno de la Virgen, sino que como un artífice formó su cuerpo de ella misma; por lo cual no es padre de Cristo, sino creador de su humanidad.

Rechazadas esas herejías, continuaba entre los fieles un gran debate sobre si se la debía llamar Madre de Cristo o Madre de la humanidad de Cristo, a causa de la verdadera e indiscutible generación temporal, o si se podía llegar a llamarla también Madre de Dios, hasta que el concilio [47] en pleno definió que todos los fieles debían llamarla sin reserva alguna, con toda verdad y sin escrúpulo, Teótocon, esto es, Madre de Dios, y debían venerarla como verdadera Madre de Dios. Este era el nombre entre todos que ella misma se había elegido en el libro del Eclesiástico al decir: *Yo soy la madre del bello amor, y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza* [48]. Como si dijera: ¿Por qué me dais otros nombres? Con este solo nombre me honro, con este solo quiero ser llamada; resuenen sólo estas voces en mi alabanza, en estas palabras me complazco sobre todo: *De la cual nació Jesús.* Repítase con frecuencia esta palabra en las alabanzas, repítase también con frecuencia en los cánticos. Escucha, ¡oh piadosísima!; escucha, ¡oh clementísima!, *de la cual nació Jesús.* Pues es éste, ¡oh Virgen!, un nombre sobre todo otro nombre de pura criatura, en el cual nadie puede tener parte contigo. *Porque ¿a cuál,* no diré de los hombres, pero ni aun *de los ángeles dijo jamás* [49]: Mi madre eres tú y yo soy tu Hijo? En orden a los ángeles dice: *El que a sus ángeles los hace espíritus y a sus ministros como la llama ardiente* [50]; en cambio, a la Virgen: Eres única *paloma mía, eres* [51] la única elegida, porque no hay nadie [52] semejante a ti ni quien de cerca te siga. Y aunque todo el que hace [53] la voluntad de mi Padre es mi madre y mi hermano, sin embargo no lo es como tú, que concebiste en tu espíritu y en tu cuerpo al Verbo de Dios, lo diste a luz, amaman-

[39] Ib. 109,3.
[40] Lc. 1,49.
[41] Ib. 1,48.
[42] Los griegos llaman a estos herejes fantasiastas. Entre ellos se encuentra Marción, contra el cual escribió Tertuliano. Hacen relación de él San Epifanio *(Haeres.* 42) y San Agustín (*Haeres.* 22). También Cerdon siguió la misma herejía, como atestiguan los referidos San Epifanio *(Haeres.* 41) y San Agustín (*Haeres.* 21).
[43] Así Valentín, como atestigua San Agustín *(Haeres.* 11). Y los gnósticos, como puede verse en San Ireneo (l. 1, c. 5).
[44] Tal es la sentencia de Apeles, según San Agustín *(Haeres.* 23); pues enseñó que el cuerpo de Cristo había sido formado de los elementos.
[45] Esta era la sentencia de los arrianos, que negaban a Cristo alma, en lugar de la cual le concedían el Verbo. Así lo refieren San Epifanio (*Haeres.* 69) y San Agustín (*Haeres.* 49).
[46] Gal. 4,4.

[47] Nestorio negaba con toda pertinacia que la bienaventurada Virgen fuera llamada *Theotocon,* diciendo que debía llamársela *Cristotocon,* bajo cuyo nombre pretendía encubrir el virus de su herejía, que destruía todo el misterio de la Encarnación. Pero condenado en el concilio Efesino, quedó firmemente asentada la verdad católica. Y el segundo concilio Constantinop. (collat. 8, anatemat. 6) dice así: «Si alguien afirma que la santa y gloriosa siempre Virgen María no es verdaderamente, sino abusivamente, Madre de Dios, o sólo según cierta relación, como si hubiera nacido un puro hombre y se hubiera encarnado y nacido de ella misma el Verbo Dios, y que el nacimiento del hombre, como ellos dicen, había de referirse al Verbo Dios, porque estaba con el hombre al nacer; y según este sentido impío, introducido por el execrable Teodoro, acusa al santo sínodo de Calcedonia, que afirma que la Virgen es Madre de Dios; o el que la llama madre del hombre, o *Cristotocon,* como si Cristo no fuera Dios, y no la confiesa propia y verdaderamente Madre de Dios, por lo mismo que el mismo Dios Verbo, que antes de los siglos nació del Padre, se encarnó y nació de la misma en los últimos días, y que así piadosamente el santo sínodo de Calcedonia la confesó Madre de Dios, este tal sea anatema.»
[48] Eccli. 24,24.
[49] Hebr. 1,5.
[50] Ps. 103,4.
[51] Cant. 6,8.
[52] San Bernardo, *Serm.* 4 *de la Asunción,* 5.
[53] Mt. 12,50.

taste, alimentaste y en toda tu vida desempeñaste para con él el oficio de madre.

11. Este nombre no es menos honroso que perfecto. Porque la cumbre de la perfección de una pura criatura en esta vida está cifrada en el amor de Dios; y no hay entre todos los amores de la vida presente amor semejante al amor de la madre al hijo; más aún, suelen las madres amar con tal ardor aun a los hijos deformes, que hasta las serias matronas parecen enloquecer de amor cuando charlan y acarician a los niños de pecho en su regazo. ¡Qué cosas dicen y hacen! ¿Hay bufón más charlatán que una madre con su hijo? Ciertamente la providencia divina, que nunca falta a su cometido, infundió este intenso amor natural en las entrañas de las madres, a fin de que por el hastío de tan prolongado trabajo no les fuera a faltar nada necesario en la vida y difícil educación de esas prendas queridas. Si no fuera así, ¿quién podría soportar pacientemente las molestias de los niños, sus lloros y gemidos, sus enfermedades, las múltiples y frecuentes inmundicias, tan continuas y prolongadas molestias? Y no sólo al hombre, sino también a todos los demás animales les infundió esta fuerza amorosa el Creador de la naturaleza. ¿No vemos cómo la gallina se convierte en águila para defender a sus polluelos, y cómo la mansísima yegua se hace feroz leona por su potrillo, y se expone con animosidad por el hijo a los asaltos de los lobos, y tiene a su vida en poco o nada con tal de defender al hijo de sus entrañas? Cosa maravillosa es el amor e increíble en absoluto si no se viese. Por consiguiente, si, como dijimos, tal es el amor de las madres para con los hijos engendrados con el concurso del varón, que con tal ardor aman aun a los hijos deformes e imbéciles, meditad, vírgenes devotas, con qué amor amará esta Madre a su Hijo unigénito y soligénito; a un Hijo tan perfecto, tan hermoso, tan noble y poderoso, tan ilustre y glorioso, *cuya hermosura admiran el sol y la luna* [54], cuya gloria y hermosura deslumbra aun las angélicas miradas; a un Hijo *en cuyos misterios los ángeles desean penetrar con su vista*[55], de quien harto bien sabía que era su Dios y Creador. Ved, repito, en qué amor se abrasará al verlo ya de tres o cuatro años jugar delante de sí, sonreírle con semblante encantador, bromeando y haciéndole fiestas con filial donaire, y darse cuenta de que ha sido amamantado a su pecho y en su mismo regazo y alimentado de su misma substancia. ¡Oh corazón virginal, abrasado en el fuego del amor! ¡Oh sagrado pecho, inflamado como un horno y ardoroso como los serafines! ¡Oh pecho

[54] La Iglesia en el oficio de Santa Inés.
[55] 1 Petr. 1,12.

sagrado!, ¿qué amor te inflama por dentro? ¡Oh cuerpo delicadísimo!, ¿cómo no explotas con ese fuego? ¿Quién podrá, ¡oh Virgen!, explicar dignamente o comprender siquiera los ardores de tu corazón, los excesos de tu mente? *No reparéis*, dice, *en que soy morena, porque me ha robado el sol mi color* [56]. Es decir, aquel sol ardentísimo me inundó tan cabalmente por dentro y por fuera, que parezco obscura por el resplandor. Obscura soy, es verdad, pero *soy bien parecida, hijas de Jerusalén; por eso me ha amado el rey* [57].

12. Por eso el ángel, conociendo de antemano este ardor fragantísimo, dijo a la Virgen: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra* [58]. No temas, pues, ¡oh Hija de Jerusalén!, no te espantes, pues vendrá el Espíritu Santo *y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra* para que puedas soportar el ardor de tan vivo sol; y el que suele alumbrar a los otros, ese mismo te hará sombra a ti, a fin de templar el ardiente fulgor del sol divino.

Sólo tú, por consiguiente, ¡oh Virgen!, estás dotada y gozas del honor de madre; sólo tú posees un Hijo común con el Padre celestial; sólo tú tienes un amor muy semejante al suyo, en cuanto es capaz una pura criatura. El ángel lo ama, pero como a su Señor; lo ama la Virgen, pero como a su Hijo; y, por consiguiente, El corresponde con amor al ángel, pero como a un siervo; corresponde con amor a la Virgen, pero como a su madre. Feliz y bienaventurada en ambas cosas, por amar de esta suerte al Hijo y ser amada por El.

Celebremos, por tanto, el dignísimo nacimiento de tal Madre; démosle el parabién de todo corazón; tenemos cierto motivo de gloriarnos en ella, porque en cierto modo fuimos ocasión de tal elevación. Pues, si no hubiera sido por la enfermedad del pecado, no hubiera bajado del cielo tan gran Médico; lo que, por consiguiente, nos constituyó a nosotros reos, eso mismo le ocasionó a ella el ser madre de Dios. Porque, si no hubiera pecado el hombre, no se hubiera hecho Dios hombre; y, sin embargo, no estás ligada a nosotros por deuda alguna, pues todo eso no sucedió por mérito nuestro, sino más bien por nuestro demérito; pero al mirar, ¡oh Virgen!, tu elevación, te acordarás de nuestra miseria según tu benignidad, pues realmente eres abogada de pecadores, tú que fuiste elevada a tal altura a causa de los pecados. Realmente, aunque nos pesa mucho de nuestro pecado, nos complace sobremane-

[56] Cant. 1,5.
[57] Ib. 1,4.
[58] Lc. 1,35.

ra, ¡oh Virgen!, tu sublimidad, y resarcimos con esta gloria tuya los daños de nuestro pecado. Por eso el Salmo canta hermosamente de esta Virgen: *¿No se dirá entonces de Sión: Hombres y hombres han nacido en ella, y el mismo Altísimo es quien la ha fundado?* [59] *Hombres y hombres*, dice. ¿De qué hombre se trata? Ciertamente del hombre por el cual se hizo en ella hombre *el Altísimo, que la protegió*. Por consiguiente, *hombres y hombres*, dícelo también el hombre Altísimo, porque es madre de uno y otro hombre, del Hombre Dios y del hombre reo. Finalmente, atiende qué *hombres y hombres* [60]. *He aquí*, dice, *que los filisteos, los de Tiro y el pueblo de los etíopes, todos ésos allí estarán* [61]. Por consiguiente, *hombres y hombres*, el hombre etíope: no rechaza la Virgen hermosa a los etíopes, antes los abraza como niños y los ama como hijos si cumplen lo que se sigue: *Yo haré memoria de Rahab y de Babilonia, que tienen noticia de mí* [62]. Conozcan, pues, a esa Madre. *Hombre y hombres*, esto es, el hombre etíope, por quien el Altísimo se hizo hombre; pues por ser madre del Altísimo no se desdeña llamarse madre del etíope. Por tanto, *hombres y hombres* dirá el etíope, y sucederá lo que está escrito: *Llenos de gozo están todos cuantos en ti habitan* [63]. Allí nos alegraremos en ella, allí nos regocijaremos con ella misma, conoceremos por experiencia que ha sido nuestra verdadera madre, cuando, purificada la negrura de la etiopisa, todos nos revistamos de blancura y, como verdaderos hijos, vistamos las semejanzas de la Madre. Ocurrirá esto cuando disfrutemos con ella de la gloria, a la cual se digne llevarnos Jesucristo, su Hijo, y, por tanto, hermano y Señor nuestro, que siendo Dios vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

[59] Ps. 86,5.
[60] En los Setenta, en vez del adverbio *numquid* que pone aquí la Vulgata, leían antes *mater:* así San Agustín *(Enarrat. in Psalm.* 86, n. 7), a quien habían precedido Tertuliano, San Ambrosio, etc.; así lo tienen también los libros vulgares de los griegos y todos los intérpretes griegos, a quienes en este lugar sigue el sagrado orador. Sigue una larga nota explicativa de estas interpretaciones, que no merece la pena el copiarla.
[61] Ps. 86,4.
[62] Ib.
[63] Ib. 86,7.

SERMON III

Desde los más remotos tiempos fuí constituída
(Prov. 8, 23).

1. No parece una gran alabanza de la Virgen lo que se enuncia en el tema, porque ello es común no sólo a todos los santos, sino también a todas las criaturas; pues cuanto fué creado en el tiempo, estuvo ordenado desde la eternidad en aquel ejemplar y prototipo, el Verbo divino; y cómo fué ordenado desde la eternidad, tal se realizó *ad extra* en el tiempo. Creó las estrellas del cielo, y las gotas del mar, y las hojas de los árboles, ni más ni menos como las había concebido; pues no creó al mundo como por casualidad y de improviso, sino según su eterno designio. ¿Cómo, pues, se pregona como una alabanza de la Virgen *desde los más remotos tiempos fuí constituída?* Se pondrá esto bien de manifiesto en lo que vayamos diciendo; pero por ahora brevemente afirmamos que, aunque en la mente y elección de Dios no existe prioridad de tiempo, porque todo ha sido elegido desde la eternidad, existe, sin embargo, la prioridad de la dignidad, porque algunos han sido elegidos para un grado de dignidad más grande que otros. Por eso decimos que la Virgen ha sido *constituída* y elegida singularmente, no porque haya sido la única ni la primera que ha sido elegida, sino porque lo fué para una gloria eminente y singular, por lo que canta de ella la Iglesia: «Eligióla Dios, y la eligió de antemano» [1]. Para dos cosas fué elegida: para ser madre de Dios y abogada del mundo. De ambas dignidades vamos a tratar al presente.

2. Inmensa distancia existe entre la elección de Dios y la elección humana, según El mismo dice: *Que los pensamientos míos no son vuestros pensamientos* [2]. Cuatro son las diferencias: en primer lugar, porque nuestra elección, como dice Aristóteles [3], se halla dirigida por el consejo y la prudencia, como acto preconcebido; en cambio, la elección de Dios, aunque conforme con la razón eterna, no está regulada por la divina sabiduría, porque ella misma es la ley primitiva y no toma su rectitud formal de la ley eterna como nosotros; pues la voluntad de Dios es en sí misma recta, más aún, la suma rectitud y la bondad suma,

[1] La Iglesia en el oficio de la bienaventurada Virgen María.
[2] Is. 55,8.
[3] *Etica*, 3,2.

y aunque todo lo que quiere y obra es conforme a su sabiduría, como está escrito: *Todo lo has hecho sabiamente* [4], Señor; no se regula, sin embargo, por la sabiduría, sino que es recta en sí misma, como dice el Salmo: *Los juicios del Señor son verdad; en sí mismos están justificados* [5]. Y por eso dice el Apóstol: *Hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad* [6]; nosotros, en cambio, obramos según la voluntad de nuestro consejo, es decir, regulada por nuestro consejo. En esto consiste la suprema libertad de la voluntad divina, en que cuanto quiere, por el mero hecho de quererlo ella, es bueno y justo. Por donde Dios no quiere nada porque es bueno, sino que precisamente es bueno porque El lo quiere. Esta es la primera diferencia.

Segunda diferencia. Cuando nosotros elegimos, tenemos presente la perfección e importancia de lo que elegimos para el oficio o dignidad a que lo destinamos, como, por ejemplo, en un jefe o en un obispo; pero Dios no procede así, sino que, eligiendo algo, lo hace apto, digno y capaz del oficio. Y así no predestinó a los elegidos porque habían de ser buenos, sino que al predestinarlos los hizo buenos, como dice el Apóstol: *Nos escogió antes de la creación del mundo para ser santos* [7]. Y San Agustín [8]: No porque habíamos de ser santos, sino para que fuéramos santos en su presencia.

De lo que se sigue la tercera diferencia, es decir, que la elección de Dios es infalible, pues no puede equivocarse en la elección de sujeto idóneo, ya que al elegir hace idóneo a quien quiera que elige. Y así eligió un pastor de entre los rebaños de ovejas [9] para ser rey, y ¿qué rey resultó? Eligió también al que preparaba los higos del sicómoro [10] para su profeta, y llegó a ser un gran profeta; eligió a los pescadores [11] para someter al mundo y predicar su Evangelio, y ¡cuán aptos los hizo! Por donde dice el Apóstol: *Nos ha hecho idóneos para ser ministros del Nuevo Testamento* [12]; no nos eligió porque éramos idóneos, y así dice el Señor: *No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo soy el que os he elegido a vosotros* [13]; y también:

[4] Ps. 103.24.
[5] Ib. 18.10.
[6] Eph. 1,11.
[7] Ib. 1,14.
[8] *De la predestinación de los santos*, 18. Hemos citado las palabras en las notas del n. 2 del *Sermón 1 de la Natividad*.
[9] Ps. 77,70.
[10] Am. 7,14-15.
[11] Mt. 4,18 s.
[12] 2 Cor. 3,6.
[13] Io. 15,16.

He aquí que yo os envío [14]. No miréis lo que sois, basta que *Yo soy el que os he elegido a vosotros. He aquí que yo os envío:* esto basta. Cierto que, si hubiera tenido en cuenta vuestra suficiencia, no hubiera sido aceptada la elección; pero yo al elegir no miro la capacidad, sino que la doy.

Con esto queda manifiesta la cuarta diferencia: la elección de Dios es inmutable, y la nuestra, variable. *Yo soy el Señor, y soy inmutable* [15]. No es Dios como el hombre, que pueda arrepentirse de su elección; por lo que su elección permanece inmutable e invariable desde la eternidad. Y, por tanto, lo que dice de Saúl: *Pésame de haber hecho rey a Saúl* [16], debe ser entendido en el sentido, no de que Dios se arrepintió, sino que se condujo como si se hubiera arrepentido, privándole del reino. De esto se sigue que como Dios al elegir a alguien para el apostolado, para la profecía, lo hace digno apóstol e idóneo profeta, así al elegir a la Virgen la hizo digna madre suya; pues ésta es la dignidad para la que fué elegida, como Juan fué elegido para ser su precursor. Así, antes de concebir al Hijo de Dios, era ya digna de ser madre de Dios.

3. Pero ¿qué dignidad es ésta? Ciertamente el ser madre del infinito y omnipotente lleva consigo cierta especie de infinidad. Y ¿qué excelencia, qué perfección, qué grandeza era justo que poseyera para ser digna madre de Dios? Aquí tiene que callar la lengua humana, pues la grandeza de la Virgen no sólo sobrepuja nuestro entendimiento y lenguaje, sino quizá también el de ella. *Ha hecho en mí cosas grandes aquel que es poderoso* [17]. Pero ¿de qué categoría son esas grandezas? No sé si ella misma fué capaz de comprender su grandeza; por tanto, mejor la veneramos con nuestro silencio, como está escrito: *El silencio es alabanza para ti*, que es la versión caldea [18] de lo que nosotros decimos: *A ti, ¡oh Dios!, son debidos los himnos en Sión* [19]. Y puesto que toda alabanza es silencio, y empieza el hombre a alabar cuando acaba, y aun mejor, si supo callar, y por eso los santos evangelistas pasan por alto sus alabanzas, ya que es inefable su grandeza, fué suficiente al hablar de ella decir: *De la cual nació Jesús* [20]. Y en el evangelio de San Mateo correspondiente al día de hoy, para explicar qué significa *de la cual nació Jesús*, narra la as-

[14] Lc. 10,3.
[15] Mal. 3,6.
[16] 1 Reg. 15,11.
[17] Lc. 1,49.
[18] Varias interpretaciones, cuyo sentido fundamental está expuesto en el texto.
[19] Ps. 64,2.
[20] Mt. 1,16.

cendencia del Redentor según la carne, diciendo: *Genealogía de Jesucristo*, etc. [21]; en cambio, San Juan, reconociendo en El un linaje más levantado, comenzó por la divinidad, diciendo: *En el principio era el Verbo*, etc. [22]; a fin de que en el comienzo mismo de los dos evangelios sea reconocido Cristo, Señor nuestro, como verdadero Hijo de Dios y de Abraham. Es precisamente lo que se narra a lo largo del evangelio de hoy: la genealogía del Salvador eslabonada y siguiendo el mismo recorrido. Y así San Gregorio [23] compara muy bien esta genealogía con el anzuelo al exponer aquello de Job: *¿Podrás tú sacar fuera con anzuelo al leviatán?* [24] No, Señor, no tengo fuerzas para tanto, no tengo un brazo tan fuerte; el pez leviatán es excesivamente grande para poder ser cogido con el anzuelo. Sin embargo, el Señor lo cogió con el anzuelo, al presentarle el cebo manifiesto de su humanidad, bajo la cual estaba escondido el anzuelo de la divinidad, en el cual fué cogido al engullir el cebo. El brazo de esta tan admirable pesca es el poder; la caña, la sabiduría de Dios; el sedal, la genealogía, al final de la cual se pone el anzuelo: *De la cual nació Jesús.*

No es nuestra religión una religión de nuevo cuño; el cristianismo remonta su origen al principio del mundo. Si suprimimos los ritos y ceremonias, que varían con el tiempo, existió el cristianismo desde el principio del mundo en cuanto a lo substancial y esencial. Gran cristiano fué Abraham, y Moisés, y David; y todos los patriarcas y profetas fueron cristianos, pues adoraban al mismo Dios que nosotros adoramos, creían lo mismo que nosotros creemós, esperaron la gloria que nosotros esperamos, confesaban el juicio y la resurrección que confesamos nosotros, tenían los mismos preceptos morales, la misma fe, la misma esperanza, la promesa del mismo galardón, los mismos afectos, los mismos deseos, los mismos pensamientos, el mismo género y método de vida; de suerte que, si viéramos a Abraham, Moisés, David, San Pedro, San Andrés, etc., a San Agustín y a San Jerónimo, juzgaríamos que tenían una idéntica fe, el mismo desenvolvimiento de vida, salvas las apariencias. Por eso se llama con justicia a Abraham [25] padre de nuestra fe. Solamente les faltaba el nombre, como dice Eusebio [26] en su *Historia Eclesiástica;* y aun no del todo, ya que también ellos recibían el nombre de cristianos, según está escrito: *Guardaos de tocar a mis ungidos* [27] o cristos. ¿Cuánto no contribuye esto a consolidar nuestra fe? ¿Cómo puede ser falsa una religión tan antigua, que tuvo su origen a la vez que el mismo género humano? Tal es el argumento de Eusebio.

[21] Ib. 1,1.
[22] Io. 1,1.
[23] *Moral.* 33.9. «Leviatán se dice añadidura de ellos. ¿De quién sino de los hombres? Pues tan pronto como les ocasionó la culpa de la prevaricación, la extiende con perversas sugestiones todos los días hasta la muerte eterna. Y mientras les acrecienta el reato con la usura del pecado, les amontona sin cesar las penas. También puede ser llamado Leviatán por mofa, pues prometió con astuta persuasión dar la divinidad al primer hombre, y lo que hizo fué despojarle de la inmortalidad. Bien puede decirse añadidura de los hombres por mofa, pues mientras prometió añadirles lo que no eran, con su engaño les arrebató aun lo que eran. Pero este Leviatán fué preso por el anzuelo; pues al morder por sus satélites el cebo del cuerpo en nuestro Redentor, le penetró el aguijón de la Divinidad...»
[24] Iob 40,20.

4. Pero hora es ya de volver nuestro discurso a ti, ¡oh Virgen!, cuya suprema dignidad consiste en que de ti *nació Jesús, por sobrenombre Cristo*. Los hijos, por lo común, imitan a los padres, y los padres transmiten a los hijos no sólo las propiedades, pasiones y las enfermedades corporales, la configuración, el color, el aspecto, gestos, actitudes, sino también las pasiones del ánimo, las costumbres, el ingenio, los defectos, las virtudes; y así de iracundos padres vemos hijos iracundos, de afables afables, ingeniosos de ingeniosos, rústicos de rústicos, elocuentes de elocuentes, mudos de mudos, de tal suerte que el ingenio, la virtud y la elocuencia se consideran en cierto modo como hereditarias. Y si esto ocurre en los demás, con mayor razón ocurrirá en Cristo; pues en los otros los hijos son comunes al padre y a la madre y reciben parte del padre y parte de la madre, verificándose así cierta mezcla y semejanza de entrambos en el hijo. Pero Cristo, que procedía totalmente de la Madre, sin padre en la tierra, fué totalmente semejante a la Madre, y no sólo en la forma del rostro; sobre lo cual afirman los que vieron sus retratos al vivo que no hubo jamás un hijo tan semejante a la madre en su fisonomía, costumbres, palabras y aspecto exterior: fué ella humilde, y humilde fué El; ella mansa, manso El; ella benigna, y El benigno; ella pobre, y pobrísimo El; purísima ella, y El purísimo; prudentísima ella, y El prudentísimo; ella piadosísima, y piadosísimo El; ella moderada y sobria, sobrio y moderado El. Finalmente, la Madre en todo no fué sino una copia exacta del Hijo, y el Hijo una imagen perfecta de la Madre; porque, aunque todos los santos han intentado, en la medida de sus fuerzas, asemejarse a Cristo, imitarle y

[25] Rom. 4.11.
[26] *Hist. Ecles.* 1,4: «No anda lejos de la verdad el que, recorriendo desde Abraham hasta el primer hombre, afirme que todos aquellos cuya rectitud ha sido comprobada por tan ilustre testimonio, han sido cristianos, no de nombre, pero sí en realidad.»
[27] Ps. 104,15.

reproducirle, ya que en eso consiste nuestra perfección, sin embargo, ninguno lo consiguió totalmente, sino sólo en parte; y así, uno en la humildad, otro en la castidad, otro en la mansedumbre. Solamente la Virgen le imitó en todo, reproduciéndole en su gracia y sus virtudes, aunque el tono de las mismas fuera más subido en el Hijo por la unión de la divinidad. Por lo cual dice San Jerónimo [28]: Toda la plenitud de gracias que tuvo el Hijo se encontró también en la Virgen, aunque en grado diferente. Por consiguiente, fué un esbozo perfecto del Hijo, como ella dice en los Cantares: *Negra soy, pero soy bien parecida, como las tiendas de Cedar, como los pabellones de Salomón* [29]. Como si dijera: Considerando la condición natural, *negra soy, como las tiendas de Cedar*, doncella de carne y hueso, hija delicada de Adán, como las otras vírgenes; considerando la gracia, *bien parecida, como los pabellones de Salomón*, imitando en todo las virtudes humanas de Cristo, a las que llama tiendas, porque las virtudes divinas sólo le son comunes con el Padre, y ni un ángel puede alcanzarlas. *No reparéis en que soy morena, porque me ha robado el sol mi color* [30]. Comparada con el sol, estoy obscura, pero más brillante que todos los ángeles y astros.

Por consiguiente, Cristo fué el Hijo más semejante a la Madre, de suerte que como en el cielo cual el Padre tal el Hijo, también en la tierra cual la Madre tal el Hijo. Así es que, si las costumbres y propiedades de la Madre se transmiten al Hijo, ¿cuál hubo de ser aquella madre de la cual había de nacer y proceder aquella forma celestial e idea ejemplar del mundo, aquel espejo brillantísimo en que tenían que mirarse todos, aquella hermosura que deben todos imitar? Si San Juan Bautista fué tan perfecto sólo por el testimonio que tenía que dar de Cristo, ¿cuál debió ser la Virgen Madre, que había de engendrarle semejante a ella y transmitirle su vida y costumbres?

5. Es inútil, pues, esforzarnos más para ir declarando una a una las virtudes de la Virgen, sus gracias y excelencias, ponderándolas y ensalzándolas en particular; es más que suficiente elogio de toda su excelencia y grandeza éste del tema: *De la cual nació Jesús, por sobre-*

[28] El autor del sermón de la Asunción a Paula y Eustoquio, 5: «Aunque se cree que existió la gracia en los santos padres y profetas, no fué, sin embargo, plena; sobre María descendió la plenitud de toda la gracia que hay en Cristo, aunque de diferente modo. Y por eso, dice, *bendita tú eres entre las mujeres*, esto es, más que todas las mujeres, y así toda maldición que se introdujo por medio de Eva la quitó la bendición de María. Aún más, el nacimiento de Cristo hizo rebosar la gracia que no tuvo antes todo el mundo.»
[29] Cant. 1,4.
[30] Ib. 1,5.

nombre Cristo. Esta breve frase delimita bien su contorno en cuanto es posible; vale esto por toda su historia. No nos detengamos en cada detalle, no nos tomemos inútilmente semejante molestia; más que mil libros en su alabanza ensalza a la Virgen, la dibuja, nos la representa y engrandece el tema: *De la cual nació Jesús*. ¿Quién es Jesús? El Hijo de Dios, *resplandor de la gloria del Padre* [31], *resplandor de la luz eterna* [32], ornato del mundo, su gloria y su hermosura, en quien *desean los ángeles penetrar con su vista* [33], objeto de imitación por parte de todo el orbe. No se necesita más detallada historia; nos basta ésta para exaltar y celebrar a la Virgen. Y por eso rara es la alusión que se hace de ella en el Evangelio, porque bastaba esto para encarecérnosla.

En efecto, ¿qué se puede desear predicar de la Virgen? ¿Que era humilde, pura, santa, llena de gracia y virtudes? ¿Pudo acaso ser la Madre de Dios soberbia, iracunda, impura? ¿Qué gloria, qué encanto, qué candor, qué virtud, qué gracia no era justo tuviera la Madre de Dios? *Hombres han nacido en ella, y el mismo Altísimo es quien la ha fundado* [34]. ¿Cómo debió prepararla el Artífice que la eligió para nacer de ella? Por eso dice San Anselmo [35]: Para hablar de la Virgen, con sólo decir que es madre de Dios, se pasa por encima toda la grandeza que se pueda pensar inferior a Dios. Imaginémonos, pues, una virgen hermosísima, purísima, humildísima, santísima y perfectísima, íntegra y cabal en todo: ésa es la Madre de Dios, y más grande aun de lo que se puede pensar o dibujar con la intuición del espíritu. Por lo que si Cicerón, Demóstenes, Homero, Virgilio y los oradores más perfectos en la elocuencia intentaran alabar una a una sus perfecciones, no llegarían ciertamente a rozar apenas la más pequeña de sus excelencias. Y así dice San Fulgencio [36]: ¿Qué mujer es esta que se propone como modelo a todos los santos, y en cuya cabeza brilla una corona de doce estrellas, esto es, señalada y adornada con todas las gracias, dones y virtudes? Pues [37] en María se infundió toda la plenitud de la gracia, y en las demás vírgenes sólo en parte. Finalmente, se halló en la Virgen gloriosa todo aquello de que es capaz no sólo la criatura humana, sino toda pura criatura.

[31] Hebr. 1,3.
[32] Sap. 7,26.
[33] 1 Petr. 1,12.
[34] Ps. 86,5.
[35] Véase la nota al n. 9 del sermón precedente.
[36] No he podido encontrar el testimonio de San Fulgencio entre sus obras.
[37] Véase la nota al n. 7 del Sermón 1 de la Natividad.

6. Esta es la que nace hoy, ésta es la que hoy aparece al mundo *cual aurora naciente* [38], fúlgida, rubicunda, purpúrea, placentera, no obscurecida, no anublada, no manchada como los otros hijos de Adán, *sino bella como la luna, brillante como el sol.* ¡Oh Virgen! En este tu natalicio iluminaste al mundo, regocijaste a los cielos, llenaste de terror al infierno, alzaste a los caídos, levantaste hasta la salud y alegría a los enfermos y a los tristes. Decidnos, ¡oh sabios astrólogos!, que contempláis las estrellas; decidnos, ¡oh profetas!, ¿qué llegará a ser esta doncella que tan brillante y aventajada se presenta al mundo? Anunciadnos su nacimiento. ¡Oh Real Profeta!, ¿qué te parece de esta Hija tuya, qué llegará a ser esta doncella? *En su tierra,* dice, *habrá sustento, se verán sus frutos en la cumbre del Líbano, y se multiplicarán,* es decir, la Iglesia se verá enriquecida de sus méritos, *como la hierba en los prados* [39]. Dinos tú también, Isaías, ¿qué concepto tienes de esta Virgen, qué piensas llegará a ser? *Sobre toda gloria brillará su protección, y el tabernáculo servirá para refugio contra el torbellino y la lluvia* [40], es decir, será guardia de los justos y refugio de los pecadores.

Pórtate así, ¡oh Virgen!, en todas las tempestades, lluvias y adversidades; si hay peste, guerra, hambre, tribulación, a ti acudimos todos. Tú eres nuestra protección, tú nuestro refugio, tú nuestro único remedio, sostén y asilo. Como los polluelos, cuando vuela por encima el milano, se acogen bajo las alas de la gallina, así nos escondemos nosotros bajo la cubierta de tus alas. No conocemos otro refugio más que tú; tú sola eres la única esperanza en que podemos confiar, tú la única abogada a la cual nos dirigimos. Mira, por tanto, ahora, ¡oh piadosísima!, la tribulación de esta tu hija, la militante Iglesia; atiende a esta familia, por la que murió tu Hijo Cristo, que yace en la tribulación, rodeada de enemigos, pisoteada por los gentiles, sumida en el peligro; mira al pequeño rebaño, que en otro tiempo llenaba el orbe, recluído ahora por nuestros pecados y sometido a penalidades en todas las fronteras del globo. Inclina los ojos de tu piedad y mira qué malos tratos le da, cómo le desgarra este *jabalí del bosque* [41], este dragón furibundo [42], y no hay quien pueda resistirle, ni siquiera levantar los ojos contra él.

[38] Cant. 6,9.
[39] Ps. 71,16.
[40] Is. 4,5-6.
[41] Ps. 79,14.
[42] Este sermón tuvo lugar el día en que se establecían plegarias por la guerra contra los turcos, y así se designa a su sultán bajo los nombres *jabalí de la selva* y *dragón furibundo.* Véase el sermón de rogativas, p. 397, y otro sobre la alianza hecha en Burgos, p. 405, ambos en el vol. 2.

¡Ay, quién podrá expresar el tremendo estrago que desde muchos años viene causando en la Iglesia de Dios este nefasto tirano de los turcos! Pues no contento con haber arrebatado y usurpado el Asia, Cilicia, Siria, Palestina, Egipto y, de cien años a esta parte, Grecia, Macedonia, Tracia y poco ha Rodas, Buda (Pest), Belgrado y gran parte de Hungría, no contento con todo esto, quiere ahora devorar toda la Sicilia e Italia. Se ha tragado *un río, sin que le parezca haber bebido mucho; aun presume poder agotar el Jordán* [43], la sede de Pedro, la Iglesia romana, la cabeza del mundo. Pero no puede quererlo Dios, ni ha de permitir tal deshonra en su pueblo: apartará Dios de su Iglesia semejante afrenta. No temamos; tenemos sobre esto la garantía de Cristo, Señor nuestro; no lo hará, no lo permitirá, no sucederá. Tal fué la promesa del Señor a Pedro: *Simón, Simón, mira que Satanás va tras de vosotros para zarandearos como el trigo. Mas yo he rogado por ti, a fin de que tu fe no perezca* [44]. Y ¿qué pudo pedir el Hijo que no consiguiera del Padre? ¿Qué pudo suplicar tan gran Suplicador que no lo alcanzase? *Yo ya sabía,* dice en San Juan, *que siempre me oyes* [45]. Y no rogó sólo por la persona de Pedro, pues éste desfalleció, en cierto modo, en la pasión de Cristo, sino por la cátedra de Pedro. Y ésta, desde los albores de la naciente Iglesia, jamás perdió la fe, antes bien, como ordenó el Señor, después de su conversión confirmó a sus hermanos. Las sedes de los otros apóstoles, sumergidas unas muchas veces en la herejía o sojuzgadas otras por los bárbaros, se debilitaron y vinieron a caer; ésta, en cambio, según el oráculo del Señor, permaneció siempre fija e inmóvil, y permanecerá, como se lo prometió a Pedro.

7. Así, pues, el evangelista, al hablar de la Virgen, encerró todas las excelsas prerrogativas en aquellas palabras: *De la cual nació Jesús.* En ellas se contiene cuanto de la misma se puede decir por muchos volúmenes que se escribieren. Dice San Anselmo [46]: Afirmar de la Virgen María que es madre de Dios aventaja a toda la perfección inferior al mismo Dios. Pero no sólo afirmamos que es madre de Dios, sino que es digna y apropiada madre de Dios. Para describirla brevemente, en cuanto está a nuestro alcance, imaginémonos una virgen hermosísima, llena de gracia, de privilegiado talento, noble, de excelente disposición en cuanto al cuerpo, de un gran entendimiento y cabal memoria, bien dispuesta y proporcionada en cuanto

[43] Iob 40,18.
[44] Lc. 22,31-32.
[45] Io. 11,42.
[46] Véase la nota al n. 9 del sermón precedente.

a los dones naturales, perfectamente dotada, a la cual le plugo a Dios hacer nobilísima. Esta es María, tan ilustre que no ha habido mujer tan noble en el mundo ni nacida de una tan prolongada serie de antepasados, reyes, príncipes, jefes y patriarcas.

Repasemos los comienzos de todas las historias y no encontraremos en ninguna un principio tan soberano: *Genealogía de Jesucristo.* ¿Se encuentra genealogía de Alejandro, César, etc., tan famosa a través de todos los siglos? Y cierto no hace Dios gran caso de esta nobleza, pues no recibe El lustre de la genealogía, sino que ésta es ilustre por El. *Yo soy,* dice, *la raíz y la prosapia de David* [47]. No se me ha acrecido a mí la gloria por tener tal padre, sino a él por haber tenido tal Hijo. ¡Oh hijos de los hombres, que con tal ansia se alampan por estas cosas! El alma, que es más importante, no tiene linaje, no procede de un padre, sino de Dios. De un padre sólo procede el cuerpo, y éste es semejante en todos, sujeto a las enfermedades y miserias. Todos procedemos del Adán terreno, ¿de qué nos viene esta vanagloria del linaje? Sin embargo, se ha consignado esta genealogía a fin de que Dios apareciera fiel en las promesas que había hecho, como dice la misma Virgen: *Acogió a Israel, su siervo, según promesa que hizo a nuestros padres, a Abraham y a su descendencia por los siglos de los siglos* [48]. Tal fué la Virgen en lo natural.

Era necesario que la Madre de Dios fuese también purísima, sin mancha, sin pecado. Y así, no sólo de doncella, sino también de niña fué santísima, y santísima en el seno de su madre, y santísima en su concepción; pues no convenía que el santuario de Dios, la mansión de la Sabiduría, el relicario del Espíritu Santo, la urna del maná celestial, tuviera en sí la más mínima tacha. Por lo cual, antes de ser infundida aquel alma santísima, fué completamente purificada la carne hasta del residuo de toda mancha, y así, al ser infundida el alma, ni heredó ni contrajo por la carne mancha alguna de pecado, como está escrito: *Fijó su habitación en la paz* [49], es decir, la mansión de la divina Sabiduría fué construída sin el fomes del pecado. En cambio, como dice San Agustín [50], en los niños, aunque de pronto no aparezca, se encuentra una gran siembra de iniquidades y pecados; allí está el semillero de todas las malas inclinaciones y como un odre de las iniquidades. Por eso, cuando crecen, para aplastar en ellos aquellas malas semillas, usan los pedagogos los flagelos, las exhortaciones,

[47] Apoc. 22,16.
[48] Lc. 1,54-55.
[49] Ps. 75,3.
[50] *Conf.* 1,7.

las admoniciones, y luego los jueces, los castigos y torturas, que son como ciertos escardillos que impiden brotar aquellas semillas y amputan las ya nacidas.

8. Nada semejante hubo en la Virgen, sino que fué purísima, sin la menor inclinación al mal, de donde le nació una perfecta paz, porque no hubo en ella rebelión contra el bien. Se cumplió en ella, como dice San Bernardo, aquello del Salmo: *Diéronse un ósculo la justicia y la paz* [51]. La justicia no se da en nosotros sin la guerra, en ella existió junto con la suprema paz. Por lo cual hemos de representarnos su carne como argéntea, vítrea o cristalina, sin la escoria de la carne, más bien toda angelical en la carne, a lo que alude con toda razón el Esposo en los Cantares diciendo: *A mis caballos uncidos a las carrozas de Faraón te tengo yo comparada* [52]. El carro de Faraón es la carne mortal, y así en carne mortal es semejante por su pureza a la caballería angelical.

Pero pasemos ya a los dones, gracias y virtudes. ¿Qué podemos decir de éstos sino que se le ha dado cuanto puede caber en una pura criatura? Por consiguiente, como en la creación del mundo están como resumidas en el hombre todas las criaturas, y así se le llama microcosmos, esto es, el mundo en pequeño, así en la reformación del mundo está resumida en la Virgen toda la Iglesia y la perfección de los santos, por lo que puede ser llamada microcosmos de la Iglesia. Ella poseyó las excelencias de todos los santos. En ella se encuentra la paciencia de Job, la mansedumbre de Moisés, la fe de Abraham, la castidad de José, la humildad de David, la sabiduría de Salomón, el celo de Elías; en ella también está la pureza de las vírgenes, la fortaleza de los mártires, el fervor de los confesores, la ciencia de los doctores, el menosprecio del mundo de los anacoretas; en ella el don [53] de sabiduría, el don de ciencia, el don de entendimiento, de piedad, de fortaleza, y todos los dones del Espíritu Santo, y toda suerte de gracias puramente gratuitas, como nos dice el Apóstol [54]. *De la cual cuelgan mil escudos, arneses todos de valientes* [55], es decir, todas las virtudes de que estaban armados los santos contra los vicios; y así dice el Señor: *Mi habitación fué la plena reunión de los santos* [56]. Por lo cual con razón la vió San Juan [57] vestida del sol, con la luna a sus pies y coronada de doce estrellas; y por eso dice

[51] Ps. 84,11.
[52] Cant. 1,8.
[53] Is. 11,2.
[54] 1 Cor. 12,7 s; Eph. 4,11.
[55] Cant. 4,4.
[56] Eccli. 24,16.
[57] Apoc. 12,1.

también en los Cantares: *¿Qué podréis ver en la Sulamite sino coros de escuadrones armados?* [58].

Tal es nuestra escogida, amadísimos hermanos, tal es la Madre de nuestro Señor; mejor, nada hemos dicho aún: es mucho más ilustre, *además de lo que dentro se oculta* [59]. Pues ella sola, y Dios que se lo dió, puede conocer qué irradiaciones se le comunicaban de aquel Sol que llevaba en su vientre, qué inflamaciones del espíritu, qué gustos, qué sentimientos, qué dulzuras; pues la más grande gloria de la Hija del Rey y de la Madre del Rey proviene de dentro.

Pero fué elegida también para ser nuestra abogada; pues aunque *tenemos por abogado para con el Padre a Jesucristo justo* [60], como dice San Juan, fué también preciso tener a la Madre como abogada ante el Hijo. Ya que no es Dios sólo el ofendido por nuestros pecados cuando traspasamos sus preceptos, sino también el Hijo de Dios, cuya sangre pisoteamos [61] con nuestros pecados, crucificándolo de nuevo [62]. Y por eso, como interpela [63] el Hijo ante el Padre, así interpela la Madre ante el Hijo. De lo cual dice San Bernardo [64]: el Hijo muestra al Padre el costado herido, y la Madre muestra al Hijo sus pechos. Por eso ha sido constituída digna abogada: digna porque es purísima, digna porque es aceptabilísima, digna porque es piadosísima; pues todo esto se requiere en una abogada.

¡Oh día feliz, día delicioso, en que tal y tan excelsa Abogada se dió al mundo! ¡Oh día digno de ser celebrado con gran regocijo, en que tal don hemos recibido! Exclama San Bernardo [65]: Quita el sol, y ¿qué queda en el mundo sino tinieblas? Quita a María de la Iglesia, ¿qué queda sino la obscuridad? «Ea, pues, Abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos» [66]. A ti acudimos en nuestras necesidades, cumple con tu oficio, ejercita tu ministerio. Amén.

[58] Cant. 7,1.
[59] Ib. 4,3.
[60] 1 Io. 2,1.
[61] Hebr. 10,29
[62] Ib. 6,6.
[63] Rom. 8,34.
[64] Véase la nota al sermón 2 del domingo cuarto después de Pascua, n. 10, p. 373, vol. 2.
[65] Véase la nota al n. 7 del sermón 1 en la Concepción de la bienaventurada Virgen María.
[66] De la «Salve, Regina».

SERMON IV

De la cual nació Jesús (Mt. 1, 16).

1. ¡Qué diferencia del día de hoy al de ayer! Ayer estaba el linaje humano contagiado, hoy está ya limpio; ayer tributario del demonio, hoy libre; ayer desterrado del cielo, hoy apareció la escala para subir; ayer odioso para Dios, hoy se inicia el comienzo de su reconciliación y de su paz. Se derogaron las leyes antiguas, se desvanecieron las maldiciones de los Padres, revistióse ya la carne de pureza, ya nació en la carne la que no conoce su contagio. Nada hay que puedas reconocer como tuyo, ¡oh Lucifer!, en este nuevo principio; es toda hermosa y sin mancha, sin arruga, sin pecado: así la formó el que se ha de formar en ella. *Se ha hecho el rey Salomón el respaldo de oro* [1]. Es ni más ni menos tal cual debe ser la que ha de dar a luz a Dios. San Bernardo [2]: Para tal Hijo tal Madre, y para tal Madre tal Hijo; como en la sustancia divina cual es el Padre tal es el Hijo, así en la naturaleza humana cual es la Madre tal es el Hijo. Omnipotente, inmenso, increado es el Padre y otro tanto el Hijo; la Madre es pobre, humilde, inocente, sin culpa, y así es el Hijo.

2. No pudo el Evangelista ensalzarla de una manera más sublime que con aquellas palabras: *de la cual nació Jesús* [3]; porque si hubiera querido expresar una Virgen humilde, moderada, pura, todo esto está incluído en la frase *de la cual nació Jesús*. ¿Qué mayor excelencia puede concebirse que ser Madre de Dios? Pues ¿qué hay después de Dios sino la Madre del mismo? San Anselmo [4]: Sólo el proclamar de la Virgen María que es Madre de Dios excede la más excelsa dignidad que después de Dios podemos decir o pensar, etc. ¡Oh seno de más capacidad que los cielos, más extendido que la tierra, más espacioso que los elementos, que pudo encerrar al que todo el mundo era incapaz de contener y que *con solo tres dedos sostiene*

[1] Cant. 3,9-10.
[2] *Serm.* 4 *en la Asunción de la Virgen*, 5: «¿Qué lengua, aun la angélica, podrá ensalzar con dignas alabanzas a la Virgen Madre, y Madre, no de cualquiera, sino de Dios? Doble novedad, doble prerrogativa, doble milagro, pero que por modo maravilloso se armonizan digna y aptísimamente. Porque ni convenía a la Virgen otro Hijo ni a Dios otra Madre» (trad. de la BAC).
[3] Mt. 1,16.
[4] Véase la nota al n. 9 del sermón 2 de la Natividad.

la mole de la tierra! [5] San Anselmo [6]: Nada más excelente pudo existir en María que, permaneciendo virgen, engendrar a Dios hecho carne de su misma carne y llegar a ser Madre del Hijo de Dios.

3. Poderoso es el apetito de la libertad en todas las cosas. Fijémonos en el ejemplo de los hijos de Israel, que, libres del yugo de Faraón, con transportes de júbilo cantaron al Señor: *Cantemos alabanzas al Señor, porque ha hecho brillar su gloria y grandeza* [7]. Regocíjate, ¡oh raza de los hombres!, regocíjate: rotas están ya las cadenas, abatido el poder del enemigo, ya nació de tu familia la que ha de quebrantar la cabeza del tirano, ya apareció la nueva Reina; denle todos el parabién, aclámenla todos. Pues ésta es la que te ha de aplacar a Dios, la que te lo ha de dar hecho hombre; ésta borrará las enemistades entre el ángel y el hombre, quebrantará las cadenas y el poderío de los tiranos. Dice San Juan Damasceno [8]: Establezcámonos un día solemne en la Natividad de la bienaventurada Virgen María, Madre de Dios. Regocíjate, ¡oh Ana!, *estéril, tú que no pares* [9]; explota en aclamaciones, tú que no tienes hijos. ¡Oh pareja feliz de Joaquín y Ana, de la cual nació la Virgen María, virgen en el parto y virgen después del parto! ¡Oh hija hermosísima, oh hija dulcísima! ¡Oh lirio nacido entre espinas, de la más noble estirpe real! Por tu medio, ¡oh Reina!, la Iglesia se ha enriquecido con el sacerdocio, por ti se verifica el cambio de ley, por ti se descubre el espíritu oculto de la letra, traspasada la dignidad sacerdotal de la tribu de Leví a la de Judá. ¡Oh rosa nacida de las espinas judías, que lo llenaste todo de divino perfume! ¡Oh hija de Adán y Madre de Dios! *Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron* [10]. ¡Oh fruto sacratísimo, que eres llevado en los brazos maternales y no obstante pones en pavorosa fuga a los poderes que apostataron! ¡Oh prole sacratísima, que, aun pendiendo de pecho materno, eres obsequiada y honrada por los ángeles! ¡Oh descendencia santísima, gloria de tus progenitores, las generaciones te llamarán bienaventurada! Hasta aquí el Damasceno.

4. ¿Cómo podré, ¡oh Virgen!, formarme una idea cabal de ti? Si me represento la tierra, eres más fecunda; si el cielo, más espaciosa; si la luna, más clara; si el ángel, aún más pura; y, sin embargo, eres tierra, pero no aquella que por la maldición produce cardos [11], sino aquella de la cual se dijo: *La verdad brotó de la tierra* [12]. ¡Oh tierra feliz, fecundada por la verdad! Cielo es también, del cual está escrito: *El cielo es mi trono* [13], y *la justicia ha mirado desde lo alto del cielo* [14]. Muy bien se llama cielo a la Virgen, pues

[5] Is. 40,12.

[6] Más bien el autor de la obra *De Concept. B. M.* en el apénd. a las obras de San Anselmo: «Por consiguiente, a causa de los pecadores fué hecha Madre de Dios María, que, por lo mismo que no se ha podido encontrar en el género humano otra más casta, más santa, más humilde, con razón debió ser levantada a tal dignidad por quien es el más casto, más santo y más sublime. ¿Y podía ser levantada a más dignidad que a engendrar a Dios, hecho carne de su misma carne, permaneciendo en una virginidad perpetua? Confirió Dios a la Virgen esta excelencia porque vió que ella se le unía con más pureza de corazón y de cuerpo que otra criatura alguna.»

[7] Ex. 15,1.

[8] *Homil.* 1, *en la Nativ. de la B. V. M.* 4, 5 y 7: «Celebremos un día solemne por el nacimiento de la Madre de Dios. Alégrate, Ana *estéril, tú que no pares; canta himnos de alabanza y de júbilo, tú que no eres fecunda* (Is. 54,1). ¡Oh feliz pareja Joaquín y Ana, completamente limpios! Por el fruto de vuestro vientre seréis conocidos, como en otra parte dice el Señor: *Por sus frutos los conoceréis* (Mt. 7,16). Llevasteis un género de vida que era agradable a Dios y digno de la que nació de vosotros; pues con vuestro trato limpio y santo nos produjisteis una joya que fuese virgen antes del parto, permaneciese virgen en el parto y virgen continuara después del parto; aquella, digo, que había de ser la única en cultivar siempre la virginidad, tanto en el ánimo como en el espíritu y el cuerpo... ¡Oh hermosísima y dulcísima Doncella! ¡Oh lirio entre las espinas, engendrado de la nobilísima y real raíz de David! Por tu medio el reino fué enriquecido con el sacerdocio. Por ti se verificó el cambio de la ley, y se puso de manifiesto el espíritu que en la ley estaba escondido, al ser trasladada la dignidad sacerdotal de la tribu de Leví a la familia de David. ¡Oh rosa que naciste de las espinas judías y lo llenaste todo de divino aroma! ¡Oh Hija de Adán y Madre de Dios! Bienaventurado el vientre de que saliste. Bienaventurados los brazos que te llevaron; bienaventurados los labios a los que fué concedido gozar de castos ósculos, es decir, los de tus padres solamente, para que cultivases siempre la virginidad... ¡Oh Hija sacratísima, que te ves en los brazos maternos y eres el terror de los poderes que apostataron! ¡Oh Hija sacratísima, que eres amamantada a los pechos de tu madre y rodeada por todas partes por los ángeles! ¡Oh Hija tan íntima a Dios, gloria de tus padres, a quien, como con toda verdad dijiste, todas las generaciones llaman bienaventurada! ¡Oh Hija digna de Dios, encanto del linaje humano, corrección de la primera madre Eva! Pues con tu alumbramiento fué levantada la que había caído. ¡Oh Hija sacrosanta, gloria de las mujeres! Pues aunque la primera Eva fué rea de prevaricación y entró por ella la muerte, al condescender con la serpiente contra el primer padre, sin embargo, María, secundando la divina voluntad, burló a la engañadora serpiente e introdujo la inmortalidad en el mundo. ¡Oh Hija siempre virgen, que no necesita de cooperación alguna del varón para concebir! Pues que tiene Padre sempiterno aquel a quien llevas en el seno. ¡Oh Hija nacida de la tierra, que llevabas en tus brazos al Creador que habías engendrado! Los siglos se disputaban la gloria de tu nacimiento.»

[9] Is. 54,1.

[10] Lc. 11,27.

[11] Gen. 3,18.

[12] Ps. 84,12.

[13] Act. 7,49.

[14] Ps. 84,12.

el plan de la divina sabiduría es ir perfeccionando poco a poco, y no de golpe, todo lo que ha creado: así, el ángel no fué creado glorioso, sino apto para la gloria; el firmamento fué creado sin estrellas, el agua sin peces. En resumen, en la obra de seis días se distingue un doble tiempo: el de la creación y el de la decoración.

Así formó Dios el cielo, esto es, la Virgen, pura, sin mancha, rutilante y hermosa: al instante fué llamada cielo, pero sólo después que brillaron las estrellas de las virtudes y las gracias, después que la adornó Dios de multiplicidad de dones y beneficios gratuitos, sólo entonces colocó en ella el cielo de la justicia y entonces el cielo fué llamado firmamento. ¿Cómo fué llamado firmamento, si no porque se la dió como protección al género humano? Así dice ella misma en los Cantares: *Yo soy muro* [15]. ¿Qué quiere decir «muro» sino protección, defensa? Pero, cómo puedes ser, ¡oh Esposa!, muro? Escuchemos lo que sigue: *Desde que me hallo en su presencia, como quien ha encontrado la paz* [16]. Y el Apóstol: *Acabóse lo que era viejo y todo viene a ser nuevo* [17].

5. En el nacimiento de los príncipes se suele preguntar a los astrólogos cuál ha de ser la suerte del recién nacido. Así dice el Profeta [18]: *Existen adivinos*. ¿Quién puede decirnos qué llegará a ser esta Niña, a quien adoran aun balbuciente los ángeles, ante quien se estremecen los demonios y a quien bendecirán todas las generaciones de los humanos? Cierto, solos aquellos profetas, aquellos astrólogos que en sus predicciones tienen presente y únicamente miran a la única estrella, a saber, la luz divina. ¿Qué llegará a ser esta Niña? Ante todo nos dice Isaías: *El tabernáculo servirá de sombra contra el calor del día y para seguridad y refugio contra el torbellino y la lluvia* [19]; y también se dice: *Yo extendí mis ramos como el terebinto* [20]; y también: *Una semilla santa será* [21] en ella, como dice el Ángel: *Porque lo que se ha engendrado en su vientre es obra del Espíritu Santo* [22]. Y añade: *Fructificará copiosamente, y se regocijará llena de alborozo, y entonará himnos: se le ha dado a ella la gala del Líbano, la hermosura del Carmelo y de Sarón* [23].

6. ¡Oh presagio y sacramento escondido! ¿Qué quiere decir: *Se le ha dado a ella la gala del Líbano*? ¿Cuál es esta gala del Líbano? He aquí que de los cedros del Líbano se cortó la madera con que se construyó el templo de Salomón. Esta es tu gala, ¡oh Virgen! ¿A qué templo se refiere sino a aquel de quien El mismo dijo: *Destruid este templo*? [24] De ti se tomó aquella carne, de tus purísimas entrañas fué formada por obra y arte del Espíritu Santo. Otro divino vate habla así de ella: *Restauraré el tabernáculo de David, que está por tierra* [25].

[15] Cant. 8,10.
[16] Ib.
[17] 2 Cor. 5,17.
[18] Is. 2,6; 47,13; Ier. 27,9.
[19] Is. 4,6.
[20] Eccli. 24,22.
[21] Is. 6,13.
[22] Mt. 1,20.
[23] Is. 35,2.

7. Habla tú ahora, ¡oh piadoso Bernardo!, que con tal perfección recogiste todo esto; habla y dinos, ¿qué llegará a ser ésta? Verdaderamente, dice, «mi habitación fué en la plena reunión de los santos», de la Virgen María, que poseyó la fe de los patriarcas, la esperanza de los profetas, el celo de los apóstoles, la constancia de los mártires, la sobriedad de los confesores, la castidad de las vírgenes, la fecundidad de los casados y aun la misma pureza de los ángeles.

8. Hablad vosotros, poetas divinos, hablad y decidnos ¿qué ha de ser la que acaba de nacer? Habla tú, ¡oh trompeta real!, da testimonio de la Virgen, ¿qué llegará a ser ésta? *En la cima de los montes*, dice, *habrá sustento; se verán sus frutos en la cumbre del Líbano y se multiplicarán en la ciudad como la hierba en los prados* [26]. Habla tú también, rey y conductor del pueblo de Israel, da tú también testimonio de la Virgen, ¿qué llegará a ser? *Cuando yo cubriere el cielo y las nubes* estará *mi arco en ellas*, para que sea *señal de la alianza entre mí y entre la tierra* [27].

9. *Pareció que les nacía una nueva luz* [28]. Por la noche brillan los astros; de madrugada, el lucero; después, la aurora; luego, el sol. La noche es el tiempo de la Ley, los profetas son los astros; no pudieron con su claridad disipar las tinieblas del pueblo, sino sólo mitigarlas. Vino luego Juan, que es el lucero; la aurora, que es la Virgen, de la cual nació el Sol; así, todo lo iluminó e inflamó Cristo nuestro Dios, a quien se debe bendición por todos los siglos de los siglos. Amén.

[24] Io. 2,19.
[25] Am. 9,11; Act. 15,16
[26] Ps. 71,16.
[27] Gen. 9,14.
[28] Esth. 8,16.

SERMON V (imperfecto)

Apareció un gran prodigio en el cielo (Apoc. 12, 1).

1. Este prodigio es un prodigio de poder, un prodigio de clemencia, un prodigio de amor; pues, ¿en qué brilla más el poder de Dios que en la creación de tan suprema criatura? Desde luego, se ha de hacer notar que el poder de Dios absolutamente no se manifiesta más en la creación de una criatura que en la de otra, porque el poder infinito lo mismo crea un ángel que un gusano; sin embargo, con relación a la criatura, su poder brilla más y se patentiza más en una criatura más perfecta. Y aunque crear una cosa indica un poder infinito, una criatura no parece más grande o perfecta que otra por la proximidad o alejamiento de la perfección suma, porque todas distan infinitamente, sino por la distancia de un grado determinado de perfección, es decir, porque abarca mayor amplitud de perfección y encierra más perfecciones.

2. ¡Oh Santísima Virgen!, grande eres tú y un gran prodigio de la divina gracia, porque entre las puras criaturas eres tú la primera y la más feliz, como se canta de ti: *En todas las naciones tuve el supremo dominio* [1]. Es también la Virgen un prodigio de gran clemencia, signo dado a los hombres para la manifestación de la seguridad del amor, pues en este sentido manifestó Dios su arco diciendo: *Será la señal de la alianza; pondré mi arco en las nubes* [2]. Este arco, este círculo es la encarnación de Cristo. Dice Job: Pondré *argolla* en tus *narices* [3].

Explicaremos la figura, cómo este círculo significa la Encarnación. También a la Virgen se aplica este arco, y de él salió aquella flecha que hirió al soberbio [4], esto es, salió Cristo, que dice de sí: *Me hizo como una saeta bien afilada, y me ha tenido guardado dentro de su aljaba* [5].

¿Cuál es la aljaba, sino la carne que tomó de la Virgen? ¡Oh, qué disimulada se presenta la Divinidad bajo la carne, la Majestad bajo la debilidad humana! Por consiguiente, la Virgen fué signo de alianza, porque por ella conseguimos la reconciliación y por ella los hombres fueron engendrados para Dios: y así se dice también que teniéndola delante a

[1] Eccli. 24.10.
[2] Gen. 9.13.
[3] Iob 40,21.
[4] Ps. 88,11.
[5] Is. 49,2.

ella, que ya estaba obrando en el linaje de Adán, no aniquiló Dios al género humano; aunque esto pertenece sobre todo a Cristo. No obstante, ella es más grata a Dios que todo el mundo, como dice un santo [6]. Esta es la señal de la cual dice el Salmo: *Diste a los que temían una señal, para que huyesen de los tiros de tu arco* [7].

3. Nació la Virgen, alégrense las vírgenes; nació la Reina libertadora, alégrense los cautivos; alégrense los ángeles, alégrense los pecadores, alégrense los justos, etc. Léase sobre esto a San Bernardo. Y puesto que existe un motivo común de alegría, alégrese toda la Iglesia. A todos

[6] SAN PEDRO DAMIÁN, *Serm.* 40 *en la Asunción de la B. V. M.*, cerca del medio: «*Brillante como el sol* (Cant. 6,9). Atiende a esta semejanza, la más sublime que puede haber en las cosas del mundo. Pues el Espíritu no encontró nada más excelente en las criaturas visibles con quien comparar esta excelencia de la Virgen, pues la claridad del sol es muy superior a la de la luna, ya que, si ésta eclipsa a las estrellas menores, sin embargo no las oculta del todo; en cambio, el sol, ardiendo con más claridad, oscurece de tal suerte a la luna y a las estrellas, que son como si no fuesen y no pueden verse. Del mismo modo, la vara de Jesé, anticipo de la verdadera luz, luciendo en aquella luz inaccesible, en tan alto grado poseía la dignidad de ambas clases de espíritus, que en comparación de la Virgen ni pueden ni deben aparecer. ¿Podemos pensar acaso que no se estremece toda criatura racional ante la contemplación de tan alta dignidad? Considera lo que fué reconstruido en el cielo y en la tierra; considera a Dios, que mide el cielo con la palma de su mano, encerrado en la estrechez del vientre virginal; considera la redención de los hombres, la restauración de los ángeles; finalmente, cuanto es, fue y ha de ser, todo renovado mediante el seno de la Virgen, y entonces te sugerirá el pensamiento lo que no puede sugerirte la palabra». Más claramente aún se expresa San Bernardino Siena (*Serm. de la Concep. de la B. V. M.*, 3, 1; y en el *Serm. de la Nativ. de la B. V. M.*, art. único): «Más mereció la gloriosa Virgen en el único consentimiento suyo, es decir, en el de la concepción del Hijo de Dios, que todas las criaturas, tanto ángeles como hombres, en todos sus actos, movimientos y pensamientos». Y en el *Serm. de la Asunción* (1, 2): «Más que todas las criaturas juntas glorifica al Señor la bienaventurada Virgen en la humildad, en la devoción, en la acción de gracias y en el goce de todos los bienes de Dios»; y en el a. 3, c. 1, al fin: «La fe de la Virgen bendita fué tan clara, y la esperanza tan firme, y la caridad tan inmensa, que supera toda la fe, toda la esperanza y toda la caridad de todas las naturalezas racionales juntas»; y en el *Serm. de la Exaltac. de la B. V. M. en la gloria*, 1, 9: «Todas las criaturas juntas no se unen tan estrechamente a Dios como la sola bienaventurada Virgen»; y en el a. 2, c. 2: «Y tal es, como queda demostrado por lo que precede, la gloria de la Virgen Madre de Dios, que excede a la naturaleza angélica y humana juntas tanto cuanto la circunferencia del firmamento excede en magnitud a su centro»; y allí, a. 1, c. 8: «Estando, pues, la bienaventurada Virgen sobre todas las jerarquías, de suerte que forma una jerarquía incomunicable, síguese que ha sido preferida a distancia inconmensurable sobre todas las jerarquías inferiores juntas, tanto de ángeles como de hombres».

[7] Ps. 59,6.

dió María, como dice San Bernardo [8]. *Viéronla las doncellas* de Sión, esto es, los ángeles, *y la aclamaron dichosísima* [9].

4. «Las reinas», esto es, las almas santas, unidas a Dios con matrimonio perpetuo y lazo indisoluble, y que gozan de continuo de los abrazos del Rey y tienen el derecho de entrar todos los días a la alcoba, de la cual dice la Esposa: *Introdújome el Rey en su gabinete* [10], y el Salmo: *Hasta que yo entre en el Santuario de Dios* [11]. *Ochenta las esposas de segundo orden* [12]. Por tal se entiende el alma santa, que a veces disfruta esos favores, pero a veces se ve privada de ellos. *Innumerables las doncellitas* [13]. Quiero decir, el alma que presta servicio como criada con Marta y luego se presenta con las demás al Esposo. Una y única es su madre, no se cuenta entre las demás. También podemos entender por la Reina al alma ya bienaventurada; por la esposa de segundo orden al alma santa que, enredada a veces en los negocios temporales, se ve otras libres de ellos, y por doncellitas, a las almas vulgares. Pero la Madre es única, sola, no tiene igual ni semejante, ni arriba en el cielo, ni abajo en la tierra; por sí sola forma un coro aparte. Egidio Romano dice en las *Sentencias:* Ella ha sido levantada sobre los coros y las otras almas son levantadas hasta los coros, porque existe una sola medida para ellas y para los ángeles.

[8] Serm. del Domingo infraoct. de la Asunción. Véase el n. 8 del *Serm. 1 de la Concepc. de la B. V. M.*
[9] Cant. 6,8.
[10] Ib. 1,3.
[11] Ps. 72,17.
[12] Cant. 6,7.
[13] Ib.

EN LA PRESENTACION DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA

SERMON

Viniéndole a las manos una perla de gran valor, vende todo cuanto tiene (Mt. 13, 46).

1. Dice San Agustín [1]: «Alma llamamos al espíritu que anima a todo hombre, alma también al que anima a cada hombre en particular; ya sabéis la función del alma en el cuerpo. Pone en movimiento a todos los miembros: ve por los ojos, oye por los oídos, huele por la nariz, habla con la lengua, con las manos obra y con los pies anda. Está presente a la vez en todos los miembros, dándoles vida; y dándoles vida a todos, a cada uno asigna su función. Ni puede oír el ojo, ni ver el oído o la lengua, ni el oído o el ojo hablar; sin embargo, todos viven: vive el oído, vive la lengua; hay diversidad de funciones y comunidad de vida.

La función del alma en el cuerpo es la misma que ejerce la gracia en el alma del justo. Esto mismo vemos ocurre en la Iglesia de Dios: en unos santos obra la Iglesia prodigios, por medio de otros expone la verdad, en unos conserva la virginidad, en otros la castidad conyugal, en unos obra esto y en otros aquello: cada uno tiene su función especial, todos tienen la misma vida» (termina el testimonio de San Agustín). El Apóstol dice: *Hay, sí, diversidad de dones espirituales, mas el espíritu es uno mismo; hay, asimismo, diversidad de ministerios, mas el Señor es uno mismo; hay, asimismo, diversidad de operaciones, mas el mismo Dios es el que obra todas las cosas en todos. Pero los dones visibles del Espíritu se dan a cada uno para la utilidad. Así, el uno recibe del Espíritu hablar con sabiduría; el otro recibe del mismo Espíritu hablar con ciencia;*

[1] Serm. 267, n. 4, en otros *de tempore* 186, de donde se toma lo que se encierra en las comillas, añadidas aquellas palabras: «Lo que realiza el alma en el cuerpo, es lo que hace la gracia en el alma del justo», en cuyo lugar se lee en el texto de San Agustín: «Tal es la Iglesia de Dios».

a éste le da el mismo Espíritu una fe; al otro, la gracia de curar enfermedades por el mismo Espíritu; a quién el don de hacer milagros, a quién el don de profecía, a quién discreción de espíritu, a quién don de hablar varios idiomas, a quién el de interpretar las palabras. Mas todas estas cosas las causa el mismo indivisible Espíritu, repartiéndolas a cada uno según quiere [2]. Por consiguiente, lo que el alma en el cuerpo, esto mismo es la gracia del Espíritu Santo en el alma; lo que hace el alma en todos los miembros del cuerpo, realízalo también el Espíritu Santo en las potencias del alma.

Está el alma en el cuerpo como una perla o piedra preciosa en un anillo de vil metal o como la perla en una concha tosca y deforme; esta concha contiene dentro un valioso tesoro. El Apóstol: *Este tesoro óptimo lo llevamos en vasos de barro* [3]. Adán había perdido esta preciosa perla; vino a buscarla el Creador artífice, y habiéndola encontrado con laboriosos sudores, entregó por ella todos sus bienes. Presta atención, ¡oh hombre!, al precio de esta perla: sabio era el que la compraba y sabía lo que compraba. Y ¿qué dió por ella? Todos sus bienes. Sabes cuán rico es Dios, y, sin embargo, para comprar esta perla no tuvo reparo en dar íntegro todo su patrimonio, todas las riquezas naturales de las criaturas y las espirituales de sus gracias. Y no se contentó con esto; le fué preciso hacerse siervo tuyo. *En nada se diferencia de un siervo, no obstante ser dueño de todo* [4]. Por lo tanto, es el alma respecto al cuerpo lo que la perla respecto a la concha, lo que la perla o piedra preciosa en el anillo de vil metal. Eso mismo es la gracia en el alma; así es que el valor del alma es la gracia. Hemos de buscar, pues, tan preciosa perla; pero ¿dónde sino en aquella que la encontró? Dice el ángel: *Has hallado gracia en los ojos de Dios* [5]. Pidámosela, ofreciéndole el acostumbrado obsequio del

Ave María

2. Entre todas las producciones naturales no se encuentra una más excelente que la de las perlas. Nos informa Plinio [6] que las conchas en que se origina y nace la perla no difieren mucho de las ostras y que, al sentir el contacto de la primavera, abriéndose con cierto movimiento, quedan como embarazadas del húmedo rocío y luego dan a luz; el fruto de las conchas son las perlas según la cantidad de

[2] 1 Cor. 12,4-11.
[3] 2 Cor. 4,7.
[4] Gal. 4,1.
[5] Lc. 1,30.
[6] L. 9, c. 35. Cita el párrafo cuyo sentido se da en el texto.

rocío que recibieron, siendo sobre todo el cielo el que favorece esa concepción; de suerte que tienen más afinidad con el cielo, de que están formadas, que con el mar, y parece sólo por aquél sienten atracción.

Cristo es la perla, dice San Agustín [7]: Siendo Dios todo en todas las cosas, se le denomina por muchos nombres, no con la pretensión de declarar plenamente la majestad del Hijo de Dios, sino con el fin de dar a entender los misterios de sus divinas disposiciones por medio de diversos vocablos. Y así, se le denomina ya Verbo, ya poder, ya sabiduría, ya diestra, brazo, perla, tesoro, red, arado, fuente, roca, piedra angular, hombre, cordero, becerro, águila, león, camino, verdad y vida. Se le llama Verbo, porque siempre está en el Padre, y nada obró o mandó el Padre sin El. Poder se le llama, porque es lo propio de Dios y en El está asentado todo el poder. Dícese sabiduría, porque, procediendo de su Padre celestial, descubrió a sus fieles los celeste arcanos. Diestra se llama por ser el instrumento de todas las obras divinas. Brazo, porque lo sojuzga todo. Perla, porque no hay cosa de más precio. Tesoro, porque en El se almacenan todas las riquezas y poderío del reino celestial. También se le nombra red, porque en el mar de este siglo, mediante el bautismo, ha reunido como con una red en su Iglesia, lugar de discriminación de buenos y malos, una inmensa multitud de diversas naciones. Arado, porque con la señal de su cruz removió, humillándolos, los duros corazones, para disponerlos a recibir la semilla. Se le llama fuente de agua viva, por el rocío del agua celestial de la gracia con que bañó los sedientos corazones. Roca, por la fortaleza que da a sus fieles y la dureza en que deja a los incrédulos. Piedra angular, porque como único Mediador contenía en sí y ensambló las paredes del Nuevo y Viejo Testamento. Cordero, por la inocencia de su pasión. Hombre, por la dignación de su nacimiento según la carne por nosotros los hombres. Becerro, para recordar su inmolación por nuestra salud. Aguila, por el vuelo con que tornó a su Padre después de su gloriosa resurrección. León, porque, siendo Rey de reyes, desbarató el poder de la muerte y del demonio con el suyo propio. Camino, por ser el único acceso al Padre. Verdad, por desconocer la mentira. Vida, porque a todos la da. Finalmente, concluye San Agustín, El lo significa todo.

Por lo tanto, Cristo es la perla, porque no hay cosa de

[7] Sermón puesto en el apéndice en la edición de los PP. Maurinos con el n. 113; antes estaba entre los *de tempore* 190. De él está tomado todo lo comprendido entre comillas con escasos cambios.

más precio. Dice el Apóstol: *En quien están encerrados todos los tesoros* [8]. Y el Salmo: *Gloria y riquezas habrá en su casa* [9]. Y no sólo se llama perla por su valor, sino por la semejanza de su nacimiento. La concha, es decir, el seno virginal es fecundado por el rocío celeste: *¡Oh cielos, derramad desde arriba vuestro rocío; y lluevan las nubes al Justo, ábrase la tierra y brote al Salvador* [10]. *El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra* [11]. El Gedeón celestial *llenó una taza del rocío* [12]. Por consiguiente, como está la perla en la concha, así está el Verbo en el seno virginal. Los demás santos son piedras preciosas; el Verbo, una perla, por dos cosas. Lo primero, porque la piedra preciosa tiene su origen entre los minerales en la tierra, y la perla procede del cielo, como acabamos de decir. Lo segundo, porque la piedra preciosa es por naturaleza grosera, informe, sin pulimento, y se hace preciso perfeccionarla, pulirla, labrarla; en cambio, la perla conserva la forma y brillo natural, y no precisa esas operaciones. Así, el santo procede de la tierra; el Verbo, del cielo: *Quien trae su origen de la tierra, a la tierra pertenece y de la tierra habla. El que ha venido del cielo, es superior a todos* [13]. Además, todos los santos llegan a la perfección con mucho trabajo; Cristo fué perfectísimo desde su origen y sin esfuerzo.

3. Pero aunque con los demás santos sea la Santísima Virgen por su nacimiento piedra preciosa, sin embargo es perla por su condición, ya que fué brillante desde su nacimiento, no precisó ser cincelada. Tenemos su figura en el Templo: *sin que durante la obra de la Casa del Señor se oyese en ella ruido de martillo, ni de hacha, ni de ninguna otra herramienta* [14]. De modo, que así como Cristo Hijo de Dios y del hombre se gloría de lo que tomó de ella al llamarse hijo del hombre [15], así se gloría la Virgen de lo que recibió de El. No es piedra preciosa, sino perla; pues si es por la naturaleza piedra preciosa, por la gracia llegó a ser preciosa perla. Dice Plinio [16]: Las perlas son los objetos más preciados de todas las cosas. ¿Quién, aunque sea un ángel, puede expresarnos el valor de esta perla? Cuatro son las cualidades que encarecen su precio, a saber [17]: el

[8] Col. 2,3.
[9] Ps. 111,3.
[10] Is. 45,8.
[11] Lc. 1,35.
[12] Iud. 6,38.
[13] Io. 3,31.
[14] 3 Reg. 6,7.
[15] Mt. 24,30.
[16] PLINIO, l. 9. c. 45.
[17] Ib. Véase la nota al n. 11 del *Serm. 4 de la Concep. de la B. V. M.*

tamaño, el brillo, la redondez, y el peso. Las cuatro se encuentran en grado perfecto en esta Virgen hermosísima. De su tamaño o grandeza nos da testimonio en su Cántico: *Porque ha hecho en mí cosas grandes aquel que es poderoso* [18]. Y la Iglesia, al decir [19]: Encerraste en tu seno al que no pudieron abarcar los cielos. Respecto a su brillo o esplendor se nos dice en los Cantares: *Toda eres hermosa, ¡oh amiga mía!; no hay defecto alguno en ti* [20], ni mortal ni venial ni original.

Tuvo la redondez. En todos los santos se encuentran salientes, porque brillaron más en unas virtudes que en otras; la Virgen fué redonda o perfecta en todo: fuerte como Sansón, sabia como Salomón. Dice San Agustín [21]: Conservamos admirables recuerdos de todos los santos: Abel se hizo célebre por el sacrificio, Enoch por ser agradable a Dios; Melquisedech es celebrado como virgen de Dios, Noé es alabado por su justicia; en Abraham se ensalza la fe, en Isaac la obediencia; en Jacob su resistencia en la lucha; se recuerda a Moisés como legislador, a Jesús Nave como jefe; se celebra a Elías por su celo, se considera a Isaías como representante de la palabra de Dios; a Daniel se le alaba por su prudencia, Ecequiel es el escritor de los grandes arcanos, David es reconocido según la carne como padre del misterio, Salomón fué famoso por su sabiduría; pero en el mundo no ha habido ninguno como la Virgen María. Ella posee en grado heroico, como dice San Bernardo [22], todas las virtudes. Por tanto, la Virgen es como una esfera cuyo centro es Dios. Y no sólo saca gran ventaja nuestra preciosísima Perla a los patriarcas y profetas del antiguo Testamento, sino también a los apóstoles y santos todos del nuevo. Leemos en el Apocalipsis: La ciudad santa de Jerusalén *tenía un muro grande y alto con doce puertas* [23]. Los muros significan la protección contra las fieras acometidas de los enemigos. Dice San Bernardo: Estremézcase la tierra, monte en cólera el demonio: de todo nos libra y defiende María. Y en los Cantares: *Yo soy muro, y mis pechos como una torre. Si es como un muro,*

[18] Lc. 1,49.
[19] La Iglesia en el oficio de la bienaventurada Virgen María.
[20] Cant. 4,7.
[21] Se encuentra en Bartolomé Urbinate, en el *Mileloquio de la verdad*, de San Agustín, bajo el título «María Virgo», serm. 1 de la Asunción de la B. M. V. Véase vol. 2. col. 38 de la edición Brixiense del año 1734.
[22] *Serm. 4 en la Asunción de la B. M. V.*, 6: «Mas si bien lo consideramos, vemos al punto que no sólo estas dos, sino también todas las demás virtudes, al parecer comunes con otros, fueron en María singulares» (trad. de la BAC).
[23] Apoc. 21,12.

edifiquémosle encima baluartes [24]; y también: *Tu cuello es como la torre de David; ceñida de baluartes, de la cual cuelgan mil escudos, arneses todos de valientes* [25]. He aquí cómo es muro María.

la Jerusalén celestial, sino también las doce puertas que

4. No sólo se celebra el tamaño y la altura del muro en tiene: *Con doce puertas*. Lo cual comenta San Agustín diciendo [26]: En las doce puertas están representados los apóstoles y los patriarcas, que reciben el nombre de puertas porque su doctrina es la que nos ha abierto la entrada de la vida eterna. San Bernardo [27]: El mar es el origen de las fuentes y de los ríos; María aumenta nuestras virtudes y es la ciencia de nuestros saberes; porque, como el sol con la potencia de su excelsa claridad aventaja a todas las lumbreras del cielo, así ella con el esplendor de su virtud y su ciencia sobrepuja a toda criatura puramente racional. Y continúa San Bernardo [28]: Es esta Señora la puerta de la misericordia, porque como Madre nos lleva al Hijo y éste al Padre. Por eso canta la Iglesia [29]: Feliz puerta del cielo. Y San Agustín [30]: Eres puerta del cielo y estrella del mar, ¡oh Virgen María! He aquí el muro, he aquí la puerta de la celestial Jerusalén, he aquí a María.

Se dice que *los fundamentos del muro de la ciudad estaban adornados con toda suerte de piedras preciosas. El primer fundamento era de jaspe; el segundo, de zafiro; el tercero, de calcedonia; el cuarto, de esmeralda; el quinto, de sardónica; el sexto, de sardio; el séptimo, de crisólito; el octavo, de berilo; el nono, de topacio; el décimo, de crisoprasa; el undécimo, de jacinto; el duodécimo, de amatista* [31]. Dice San Agustín [32]: Quiso poner en las bases tal variedad de piedras preciosas, para significar los diversos dones de gracias que se dieron a los apóstoles, según aquello de *estáis edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas* [33], y según lo que se dice del Espíritu Santo: *Repartiéndolas a cada uno según quiere* [34]. Por consiguiente, en las piedras preciosas se representa a los patriarcas, profetas y apóstoles; que son, ciertamente, piedras preciosas, piedras colocadas en las bases de la Jerusalén celestial; pero al fin son piedras, y como tales, colocadas en las bases.

La Virgen, entre todas, es la única perla, saturada del rocío de la gracia celestial, hecha perla por su concepción, por su nacimiento, educación, vida, muerte, resurrección, asunción. Si en los apóstoles y profetas se interpreta como variedad de dones y gracias celestiales la variedad de piedras preciosas, ¿quién ignora que el hallazgo de esta única perla, la Virgen Madre de Dios, se destaca ampliamente por su gracia y virtudes entre todas las piedras preciosas, los profetas y los apóstoles? San Bernardo [35]: ¡Oh María!, Madre de Dios, tú sola poseíste plenamente la gracia del Espíritu Santo, que los demás sólo tuvieron en parte. De suerte que justamente termina San Agustín esta materia diciendo [36]: Todas y cada una de las puertas estaban hechas de una perla. Como si las doce puertas, los apóstoles y los profetas, cada una de por sí estuviera formada de nuestra preciosa perla, la sacratísima Virgen María, y recibiera de su plenitud y estuviera su *habitación en la plena reunión de los santos* [37]; y por eso precisamente se la ensalza *en medio de su pueblo*, se la admira *en la plena congregación de los* santos, tiene las *alabanzas de la muchedumbre de los escogidos* y se la bendice *entre los benditos*, y exclama

[24] Cant. 8,10-9.
[25] Ib. 4,4.
[26] *Homil.* 18 *sobre el Apoc. de San Juan*, en el apénd.: «Manifestó que las doce puertas y los doce ángeles eran los apóstoles y los profetas; porque, como está escrito, hemos sido edificados sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas, a la manera de lo que dijo el Señor a Pedro: *Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.*» Y en las *Enarr. in Psalm.* 86, 4: «Ya lo he dicho antes, a fin de que no juzguéis que hay otros fundamentos u otras puertas. ¿Por qué son los fundamentos los apóstoles y los profetas? Porque su autoridad sostiene nuestra flaqueza. ¿Por qué son puertas? Porque por ellos entramos en el reino de Dios, ya que nos predican; y al entrar por ellos, entramos por Cristo pues El es la puerta. Y doce son las puertas de Jerusalén, y Cristo una puerta, y las doce puertas Cristo, porque Cristo está en las doce puertas».
[27] Más bien el autor del serm. sobre la antíf. «Salve, Regina», serm. 1 n. 2, entre las obras de San Bernardo.
[28] NICOLÁS CLARAVALENSE, *Serm.* 2 *en la Nativ. del Señor*, 9: «Dulce es el Señor y dulce es la Señora; porque Aquél es mi Señor y misericordia mía, y ésta es mi Señora, la puerta de la misericordia. Guíenos la Madre al Hijo, el Hijo al Padre, la Esposa al Esposo».
[29] La Iglesia en el «Ave, Maris Stella».
[30] SAN AGUSTÍN. *Serm.* 19 *de los Santos*, apéndice de sus obras.

[31] Apoc. 21,19-20.
[32] Homil. citada en la nota 11 de la p. 51.
[33] Eph. 2,20.
[34] 1 Cor. 12,11.
[35] El autor del serm. sobre la antíf. «Salve, Regina», serm. 4, n. 3: «Si otros fueron santificados en el seno de su madre, mucho más lo fuiste tú, ¡oh Madre del Señor!; es así que leemos de Jeremías y de Juan, del uno que fué santificado (Ier. 1,5) y del otro que fué lleno del Espíritu Santo en el seno de su madre (Lc. 1,15); luego también lo fuiste tú, ¡oh María!, Madre de Dios, que fuiste la única en poseer toda la gracia del Espíritu Santo, que los otros tuvieron por partes; pues que el ángel Gabriel te llamó llena de gracia» (Lc. 1,18).
[36] Hom. 18, citada poco ha. «*Y las doce puertas son doce perlas; y cada puerta estaba hecha de una de estas perlas* (Apoc. 21,21). Designó, como se ha dicho, en estas perlas a los apóstoles, que se llaman puertas porque por su doctrina abren la puerta de la vida eterna».
[37] Eccli. 24,16.

ella: *Yo fuí engendrada primero que existiese ninguna criatura, y en todos los pueblos y en todas las naciones tuve el supremo dominio. Yo sujeté con mi poder los corazones de todos, grandes y pequeños* [38].

5. Resta exponer brevemente el peso de nuestra preciosísima Perla. De este peso dice Alejandro de Halés [39]: Ella sola en un platillo pesa más que los coros de los ángeles y santos de todo el mundo; y así, si por un imposible hubiera de desaparecer uno de los platillos, de mucho mejor grado permitiría Dios que se perdiera aquel en que no se encuentra la Virgen; por consiguiente, la Virgen es la preciosa Perla.

Hay otro quilate aun en el valor de la perla, ya que ésta no depende tanto de lo que vale en sí cuanto de la estima en que se la tiene: un rústico apenas daría un cuadrante por una perla, pero el rey la aprecia en su valor. Las dos perlas más grandes que han existido en el mundo las poseyó Cleopatra, última reina de Egipto, que las había recibido de los reyes de Oriente. Esta, entregándose Antonio todos los días a refinados festines, se burlaba con soberbia y procacidad altanera, como una reina meretriz, de toda su fastuosa magnificencia, y preguntándola aquél si se podía añadir algo a esa suntuosidad, respondió que en una sola cena se atrevía ella a consumir cien veces más. Juzgando Marco Antonio esto como una bravata, se concertaron en una apuesta. Al siguiente día ordenó que preparasen a Antonio una opípara cena, bien que no superaba a las anteriores. Rióse aquél y pidió la nota de los gastos. A lo cual respondió que aquello no era sino una gratificación que le hacía, y que consumiría ella sola en aquella cena lo tasado y mucho más. En efecto, manda poner una segunda mesa y en ella un solo vaso de vinagre, cuya fuerza dicen tiene poder de disolver las perlas. Y aguardando Antonio con expectación lo que iba a hacer, se quita una de las dos perlas que pendían de sus orejas, que alcanzaba, según Macrobio [40], un valor de doscientos cinco mil escudos, y la tomó disuelta en la copa. Al echar mano de la otra, L. Planco, juez de la apuesta, no pudiendo consentir se aniquilase perla de tal valor, que, como dice el mismo autor, se equiparaba a un reino entero, la reina la consagró a la diosa Venus. Por tanto, el valor depende más de la estima que de la misma naturaleza.

Si consideramos el nacimiento de la Virgen, cierto que es una Doncella hermosa, de linaje real, noble, resplandeciente por sus virtudes, notable por su limpieza, etc.; pero

[38] Ib. 24,3.4.5.9.10.11.
[39] Part. 3.ª, c. 9.
[40] *Saturnal.*, l. 3.

no es éste el principal valor, no es exacta la estimación basada en la naturaleza. Es preciso atender a la gracia, mirar a la liberación. Es la primera de todas las criaturas, Patrona de la Iglesia universal, Señora de los ángeles, a quien veneran con suma reverencia como a verdadera Señora; en una palabra, es Madre de Dios. Este es el valor genuino de nuestra preciosísima Perla.

6. Ni es sólo preciosa, sino también única, porque no tiene igual, porque, como dice San Bernardo [41], no tuvo antecesor que la igualara ni lo tendrá jamás. En las jerarquías eclesiásticas nunca se encuentra uno solo: hay un patriarca y otro patriarca, un profeta y otro profeta. Podemos ir recorriéndolas todas. Sólo hay una Virgen y Madre de Dios; no se encontrará otra virgen que sea madre, y madre de Dios. Según San Buenaventura [42], ella sola por sí misma forma un coro aparte. Por tanto, sólo hay una Virgen. Los Cantares: *Sesenta son las reinas, y ochenta las esposas de segundo orden, e innumerables las doncellitas. Pero una sola es la paloma mía, la perfecta mía* [43]. Véase la exposición en otro sermón [44].

Pero nuestra preciosa Perla no es sólo única, sino también encontrada; y no se dice encontrada fácilmente [45], o recientemente, o por casualidad, sino que fué elegida desde la eternidad, conocida de antemano por el Altísimo, reservada para El, custodiada por los ángeles, significada por los padres, prometida por los profetas. Examina las Escrituras, y prueba si es verdad lo que afirmo. Citando sólo algunos de los muchos pasajes, ¿a quién anunció Dios cuando dijo a la serpiente: *Pondré enemistades entre ti y la mujer?* [46]. Y si aún dudas que se refiere a nuestra Perla, a la Virgen María, escucha lo que sigue: *Ella quebrantará tu cabeza* [47]. ¿Para quién se reservó esta victoria sino para María? Sin duda quebrantó la cabeza envenenada aquella que pulverizó la sugestión absoluta y tiránica del demonio, tanto en la seducción de la carne como en la soberbia de la mente. ¿A qué otra se refería Salomón cuando decía: *quién hallará una mujer fuerte?* [48] Que es como si dijera: Si la salvación de todos y la reparación de la inocencia, y la vic-

[41] *Serm.* 4 *en la Asunción*, 5.
[42] *In 2 Sent.*, dist. 9, q. 7.
[43] Cant. 6,7-8.
[44] *Serm.* 5 *de la Asunc. de B. M. V.*
[45] Véase la nota 40 del Sermón 4 de la Inmaculada Concepción. Todo lo que se encierra entre comillas está sacado, cambiadas algunas cosas, de la *Homil.* 2 de San Bernardo, n. 4, *sobre «Missus est...»*
[46] Gen. 3,15.
[47] Ib.
[48] Prov. 31,10.

toria del enemigo están en manos de una mujer, es preciso buscar de antemano una tan fuerte que pueda ser digna de obra tan importante. Por eso dice: *¿Quién hallará una mujer tan fuerte?* Pero para que no fuéramos a pensar que pone en duda la pregunta, añade con tono de profecía: *De mayor estima es que todas las preciosidades traídas de lejos y de los últimos términos del mundo* [49]. *Traídas de lejos,* que quiere decir en otro tiempo, ya desde antiguo; *y de los últimos términos,* esto es, desde el principio y antes de los siglos se anunció su existencia, y así dice: *Desde las extremidades del mundo hemos oído las alabanzas* [50] de María; por tanto, no fué encontrada poco ha ni por casualidad, sino elegida desde la eternidad y conocida de antemano por Dios.

7. Quizá se pueda preguntar: Si fué conocida de antemano, ¿cómo fué descubierta? Si nunca estuvo perdida, ¿cómo fué encontrada? Quizá alguno se sienta embarazado y diga que no se ha de entender «encontrada» como si hubiera sido encontrada, sino que «encontrada» quiere decir lo mismo que premeditada, ideada, descubierta, pues entre los admirables descubrimientos de Dios, de los cuales nos habla Isaías: *Anunciad a las gentes sus designios* [51], una de las más admirables fué la de la Virgen. Pues, ¿hay acaso algo más digno de admiración, más nuevo, que ver salir una perla del cieno, o más que *una mujer vestida del sol* [52], o más que una mujer que tiene a Dios en su seno? *El Señor ha hecho una cosa nueva sobre la tierra* [53]. Aquí todo está lleno de novedades: engendra sin el concurso de varón, da a luz sin dolor, es Madre y Virgen, Madre del Eterno, Madre de su Padre, de su Hacedor. *Hombres han nacido en ella* [54], el mismo que *la ha fundado*. Por tanto, un gran descubrimiento es el de la Virgen.

Pero no repugna la exposición de «encontrada» en su sentido ordinario: fué perdida aquella inocencia, aquella pureza de Adán, aquel brillo de la perla perdió su lustre por el pecado; si no hubiera sido por él, todos hubiéramos estado, como la Virgen, sin pecado y sin fomes. Ahora bien, el resplandor perdido fué descubierto por el mundo en la Virgen; pero no era del mundo, sino de Dios: El la había embellecido así por un singular privilegio; por eso ahora el mundo le restituye a Dios la Perla encontrada, ofreciéndosela en el templo. Tuya es, Señor, la hemos encontrado

[49] Ib.
[50] Is. 24.16.
[51] Ib. 12.4.
[52] Apoc. 12.1.
[53] Ier. 31.22.
[54] Ps. 86,5.

en la casa de Joaquín; no queremos ser acusados de hurto, toma tu Perla; no es justo, además, que tan hermosa, tan perfecta Perla, sea destinada a usos mundanos; recibe este don, que por otra parte te es tan agradable.

Y ¿cuál va a ser el oficio de esta Perla en el templo? No sin misterio [55], Señor, nacida en la casa probática de Joaquín, es presentada hoy en el templo, para que, plantada luego en la casa de Dios y enriquecida por el Espíritu Santo, como fructífera oliva, albergue en sí todas las virtudes, como quien había librado su espíritu de la concupiscencia de esta vida y de la carne, conservando virgen el alma a la vez que el cuerpo, cual convenía a la que había de concebir a Dios en su seno.

Al templo, repito, es conducida hoy, a fin de que por «obra del cincelador», el Espíritu Santo, gran artífice, sea esculpido en ella el *Sanctum Domini,* la santidad del Señor, y sea colocada en la tiara, en la frente del pontífice, como se dice en el capítulo vigésimo octavo del Éxodo. Lo cual sucedió así, según las palabras del ángel: *El santo que de ti nacerá* [56]: he aquí el Santo del Señor. Bien conocía el Espíritu Santo, que habla por el ángel, el vocablo que había anunciado proféticamente, pues toda la Escritura, como dice San Jerónimo [57], nos recuerda al Santo del Señor que ha de venir. Por consiguiente, los doce apóstoles son como doce perlas en el racional del pecho; los otros santos, como perlas esparcidas por todo el vestido, y como granadas y campanillas de oro en el borde de su clámide; pero esta Perla está colocada en la frente, en el lugar más alto, en el más destacado de todos.

8. No será este Santo del Señor entregado a los perros [58], ni esta nuestra preciosa Perla a los puercos; pues si entregamos las cosas santas a los perros o las perlas a los puercos, ni los perros se mejorarán con la santidad, ni los puercos se alimentarán con las perlas, antes, al contrario, profanan los perros la santidad y manchan o destrozan las perlas los puercos. Igualmente, si entregamos a los hombres de bajas costumbres las cosas santas o las perlas, esto es, les ofrecemos para su fe y veneración los escondidos misterios del Dios hombre, de la Virgen a la vez que Madre, ni la santidad los edifica ni les deleitan las perlas; más bien ellos profanan la santidad, echan a perder nuestra Perla y blasfeman los misterios de la verdad. Santo es el Cuerpo de Cristo, y por eso sólo se ha de dar a los que se hayan hecho capaces de él; la Madre del mismo Cristo

[55] San Juan Damasceno. *De fide orthod.* 4.15.
[56] Lc. 1,35.
[57] Sobre San Mateo 1,2, al final.
[58] Mt. 7,6.

Señor es una perla, porque a la manera que las perlas encerradas en sus conchas se hallan en el profundo del mar, así la virginidad y maternidad reunidas constituyen un oculto y profundo misterio de nuestra fe. Y como no todos los hombres son capaces de zambullirse para sacar perlas del profundo, si no están muy prácticos en el arte, así no todos los hombres pueden penetrar la profundidad de los sagrados misterios y descubrir las perlas ocultas, sino sólo los que por su vida y costumbres están muy ilustrados en la fe católica.

Por otra parte, si arrojamos ante sucios puercos las perlas de los ocultos misterios, abrumados por el deleite de una vida cenagosa, no comprenden su alto precio, sino que las juzgan semejantes a las demás inmundicias mundanales, e igualmente las pisotean con sus actos carnales, y con frecuencia, siéndoles como piedra de escándalo, murmuran de ellas. De un modo semejante, si entregamos las cosas santas a los hombres de bajas costumbres, de que hablamos antes, las arrebatan indistintamente como quien son, las profanan con sus inmundicias, tienen en nada lo que han recibido, y vueltos a sus disputas alborotan como irracionales.

Es verdad que el perro y el puerco son considerados como animales inmundos; pero el perro, totalmente inmundo, porque ni rumia ni tiene la pezuña hendida; pero el puerco es sólo en parte inmundo, porque si bien es verdad que no rumia, tiene en cambio hendida la pezuña [59]. Por eso creo que en los perros están representados como totalmente inmundos los gentiles y los herejes, ya que no son sólo inmundos por la maldad de sus actos, sino que aun lo son más por su prevaricación e idolatría; y en los puercos lo están los cristianos entregados a los placeres sensuales, puesto que si son puros en cuanto a su fe, sus viles acciones los hacen inmundos.

9. También pueden estar representados en los perros los gentiles y en los puercos los herejes, por conservar alguna limpieza; pues, efectivamente, invocan el nombre de Dios, pero por las costumbres hemos de distinguir a los perros de los puercos. Es propiedad de los perros la insolencia, no lanzar aullido alguno, como los demás animales, sino para molestar, y aun a veces ladrar en vano a la luna. Tales son todos los gentiles y aun los herejes, reprobables, gruñendo muchísimo contra la Madre de Dios, ladrando a veces aún contra Dios con sus blasfemias, aullando sin rebozo con gemidos, pero no abriendo su boca jamás sino para subterfugios y nunca para ensalzar el bien.

[59] Lev. 11,3.

Propio del puerco es revolcarse en el cieno, sin mirar nunca hacia arriba ni buscar a su señor sino cuando está hambriento. Tales también son los cristianos que se deleitan en carnales inmundicias y no se preocupan de mirar al cielo, de buscar a Dios y de honrar a su sacratísima Madre sino cuando se sienten oprimidos por la necesidad, confesando entonces sus pecados. Pero tornan al vómito, como los perros, al pasar la enojosa contrariedad. Cierto que al arrepentirse se descargan de la inmundicia de sus pecados; pero vuelven a los mismos, como los puercos, al retornar a su vida pasada. A los cuales, como se ha repetido, ni se deben entregar las cosas santas ni ofrecer las perlas. ¿Y no les será dado tampoco encontrar nuestra Perla y poseerla una vez encontrada? Ciertamente que sí: *Porque los que no le tientan le hallan, y se manifiesta a aquellos que en él confían* [60]. Por eso dice ella misma de sí en la epístola de hoy: *Me hallarán los que madrugaren a buscarme* [61]. Y ¿qué dice a los que la encuentran? *Quien me hallare, hallará la vida y alcanzará del Señor la salvación* [62]; la salvación, la gloria eterna, a la que se digne llevarnos Cristo Jesús, que nos buscó cuando nos habíamos perdido y nos encontró, a quien con el Padre y el Espíritu Santo se debe todo honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

[60] Sap. 1,2.
[61] Prov. 8,17.
[62] Ib. 8,35.

EN LA ANUNCIACION DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA

SERMON I

Envió Dios al ángel Gabriel a Nazaret, ciudad de Galilea (Lc. 1, 26).

1. Deseando celebrar con todo el afecto, según mis cortos alcances, a la Virgen Madre de Dios, tan admirable y resplandeciente en todo género de virtudes, no he podido encontrar en las Sagrada Letras un elogio digno que nos exprese cabalmente la gloria de su excelencia. Pues aunque muchísimos pasajes de los profetas se le apropien místicamente y la simbolicen muchos hechos, en los cuales podemos ver su grandeza, rara es la alusión y más rara aún la alabanza que se le atribuye en los escritos apostólicos o evangélicos. Aunque, a decir verdad, no se ha pasado tan en silencio que no resplandezcan los rayos de los fulgores de sus virtudes como a través de los resquicios de ciertas expresiones. Pero, ¿dónde podremos presagiar mejor su gloria, sus virtudes, la prendas de su espíritu, que en su admirable coloquio con el ángel? En él, a más de llamarla justamente *llena de gracia* y la primera *entre todas las mujeres*, brota de sus gestos y de sus palabras una profusa abundancia de elogios suyos. Cierto que nadie duda que tal y tan grande convenía fuera la que había de ser Madre de Dios, que ninguna otra mujer desde el principio del mundo pudiera comparársele; pero siempre nos satisface más saber esto de labios del mismo Dios que bucearlo con nuestro talento.

Recorramos, por consiguiente, cada uno de los detalles de la narración evangélica y aparecerá más claro que la luz lo que afirmamos. *Envió Dios*, dice, *al ángel Gabriel a una virgen*. ¿Cuál ha de ser la virgen a quien el Altísimo destina un ángel, cuán pura, cuán noble, cuán hermosa, que llegó a agradar tanto a su Creador? En las ficciones de los poetas encontramos a una cierta Pandora [1], que por su admirable

[1] Según Hesíodo en su *Teogonía*. Pandora fué la primera mujer, fabricada por Vulcano por orden de Júpiter, a quien todos los dioses adornaron con sus dones: Palas le otorgó el don de la sabiduría; Venus, el de la belleza; Apolo, el del canto; Mercurio, el de la elocuencia. Por eso se llamó Pandora, es decir, don de todos, o regalada por todos, o dotada de todo género de prerrogativas.

belleza llegó a deslumbrar a sus mismos autores; esta nuestra Pandora más que deslumbrar inflamó en amor a su Dios: le agradó con la virginidad, le agradó con la pureza, le agradó con la humildad; en resumen, con toda suerte de virtudes.

2. *Y habiendo entrado el ángel a donde ella estaba.* Pues no estaba en el vestíbulo, ni en el foro, ni en público; no la encontró el ángel entre las multitudes de las fiestas ni en las alegrías de los juegos, sino recluída en el cuarto más retirado de la casa, entregada a piadosas lecturas, escudriñando los secretos de la Escritura y elevando con ardor a Dios sus plegarias. Esta era la ocupación de María, ésta era su vida, éste su descanso, éste su ministerio; en esto se empleaba toda su vida, en esto consumía los días y las noches. Aprender, doncellas, no a visitear las casas de las vecinas, no a entreteneros en públicas conversaciones, ni a corretear por las calles, ni a frecuentar las reuniones, sino a amar el retiro, a entregaros a la lectura, a amar la soledad, a aborrecer el bullicio; porque en las juergas, en los juegos, bailes y pasatiempos se pone en peligro la pureza de la moralidad, se enerva la energía del espíritu y se rinde la constancia del ánimo. Por eso, *habiendo entrado el ángel a donde ella estaba*, pues podía cerrar las puertas a los hombres, pero no a los ángeles. Y así, *habiendo entrado el ángel*, porque no estaba la puerta abierta al varón; pues es corriente la presencia de los ángeles donde reina la soledad de los hombres: la mujer que huye la compañía de los hombres tendrá como compañeros a los ángeles. *Habiendo entrado* con alegría, la saludó con reverencia diciendo: *Dios te salve, ¡oh llena de gracia!; el Señor es contigo. Llena de gracia*, como lo serás también por la Deidad, protegida a modo de sombra por su poder; *llena de gracia*, de cuya plenitud reciben todos, de cuya abundancia rebosará el mundo; y verdaderamente *llena*, pues que en tu espíritu no ha quedado lugar alguno al pecado, ni tuvo acceso la iniquidad. *El Señor es contigo*. Pero, ¿cómo *contigo*? Ciertamente, no como conmigo, sino como en parte alguna. Contigo en el cuerpo, contigo en la mente, contigo en el ánimo, contigo en la reflexión, en el seno, en la protección, en el nacimiento, en la salida; contigo en el fin y contigo sin fin.

3. *Al oír tales palabras la Virgen se turbó.* Y sin embargo, experimentó gran turbación a la primera vista del ángel y su rostro empalideció de temor. ¡Esto es recato,

esto es timidez! Nada hay más pavoroso y temeroso para las castas doncellas, puesto que conocen cuán frágil es el vaso en que llevan tan precioso tesoro [2]. María se enrojeció a la vista del ángel, a fin de que vosotros, ¡oh doncellas!, evitéis el trato con los varones. No puedo aprobar la charlatanería en las doncellas, ni la cortesanía, ni el donaire; se hace necesario la vergüenza, el silencio, la timidez y la confusión ante la vista o la palabra del varón.

¿Qué podemos decir ahora de las doncellas de nuestro tiempo? Tienen por costumbre aventajar en la desvergüenza de sus dichos a los más chocarreros y descarados rufianes. Buscan su pasatiempo en los cuentos, se dedican a aprender la coquetería de las palabras, conversan día y noche con los hombres; se considera como rústica a la que se muestra vergonzosa y como indigna del matrimonio a la que con el descoco de su comportamiento no ha traicionado su castidad, llevándola materialmente al tálamo nupcial, aunque con la desvergüenza de su espíritu la haya prostituído muchas veces.

4. Habéis escuchado el recato de María, escuchad su prudencia. *Púsose a considerar qué significaría una tal salutación* [3]. Como llena de prudencia, discreción y sabiduría, le daba vueltas en su espíritu, no fuera juguete de una ilusión; ponderaba con riguroso examen las palabras del ángel, a fin de no creer fácilmente y ser burlada, o mostrarse titubeante y ser culpada. No creyó María al ángel que le hablaba en retorno a la facilidad con que creyó Eva a la serpiente. ¡Oh Señor nuestro, cómo aventaja una mujer a la otra! Pues de no haber sido por la necedad del espíritu, bien podía la sola figura de la serpiente haberle advertido a Eva del engaño que pretendía: ¿se podía esperar de la serpiente otra cosa que el veneno? No se le permitió al demonio tomar el aspecto de un cordero o de una oveja, ni brillar con la faz resplandeciente de un ángel, a fin de disminuirle el poder de engañar y quitar la disculpa de la credulidad. Había tomado el diablo una forma muy apropiada, que presentaba al exterior indicios ciertos de su interna malicia. Y así, al no descubrir la fácil mujer las venenosas palabras de la serpierte y dar crédito tan pronto a sus engaños, se atrajo rápidamente la condenación a sí misma y a su posteridad. No hubiera sido tan difícil descubrir el engaño si hubiera parado mientes en la trivial y aun profana conversación, pues que le dijo: *¿Por qué motivo os ha mandado Dios?* [4] Y ¿por qué no ha de mandar Dios, ¡oh miserable!, siendo el Señor de todo? ¿Por qué, ¡oh

[2] 2 Cor. 4.7.
[3] Lc. 1.29.
[4] Gen. 3,1.

maldito!, no ha de mostrar su señorío en el precepto el Dios que todo lo creó con su palabra? ¿Hay algo más insolente y desvergonzado que exigir la razón de un precepto que ha impuesto el Señor y Creador de todas las cosas y pedir la causa de la orden impuesta?

No había insinuado algo semejante el ángel a la Virgen, sino que, con el saludo de la gracia por delante, bien claro daba a entender estar Dios presente. Y, sin embargo, la Virgen, prudentísima, no presta fácilmente su asentimiento a tan graciosa presencia, a tan piadoso saludo; sino dice que *púsose a considerar qué significaría una tal salutación*. Prestad atención, ¡oh vírgenes!, vosotras, sobre todo, que cubrís vuestra cabeza con el velo sagrado, que habéis consagrado a Dios vuestro corazón y vuestra vida. Por eso vosotras, encerradas entre altas paredes, sin peligro de temer por el pudor del cuerpo ante los hombres, habéis, sin embargo, de temer al demonio, mirar por la pureza de vuestro espíritu; pues a vosotras va dirigido lo del Apóstol: *Temo que así como la serpiente engañó a Eva con su astucia* [5], así os seduzca a vosotras, no en cuanto a la integridad del cuerpo, sino en cuanto a aquella *sencillez propia de Cristo*. Cuidad de que el ángel de Satanás no se transfigure en ángel de luz [6] y os burle.

Por consiguiente, cuando se os presente un espíritu desconocido y os revele sublimes misterios, no le deis fácilmente consentimiento, ni siquiera respondáis precipitadamente; dominaos, callad, reflexionad con calma, a ejemplo de María, qué clase de conversación insinúa, qué aspecto tiene el que habla, de qué manera lo hace, qué decoro en la palabra, cuál es la utilidad del oráculo, adónde se dirige la expresión, qué impresión causa dentro, qué pretende en el exterior, qué intención tiene, por qué se ha de ocultar, qué ventaja nos proporciona su revelación, qué motivo os impulsa a hablar, cuál es la ocasión de insinuarse, qué necesidad hay de revelar, qué utilidad en aparecer.

Considerad con detenimiento por qué causa se os descubren esos misterios; si están en consonancia con la Sagrada Escritura, si el oráculo está en armonía con las costumbres recibidas, si lo que se os indica corresponde a vuestro estado. Observad si ha precedido cierta presunción del espíritu, si os ha invadido el apetito de esta clase de visiones, si las habéis solicitado o buscado, o las habéis simulado temerariamente alguna vez y por eso habéis merecido ser burladas de esta guisa.

Finalmente, rogad a Dios, humillad vuestro espíritu, consultad a los maestros, buscad a los espirituales, suspended

[5] 2 Cor. 11,3.
[6] Ib. 11,14.

el asentimiento de la voluntad hasta que se descubra la verdad *y la estrella de la mañana nazca en vuestros corazones* [7]. Obrad con cautela, con la inspiración angélica, no sea que pensando se infunde mediante ella Dios en vuestro espíritu, como en María, sea, por el contrario, el virus del pecado el que con el soplo de la serpiente se engendre en vuestro corazón y deis a luz en las obras el fruto de la amargura, como está escrito: *Concibió el dolor y parió el pecado* [8]. Es cierto que no puede el hombre proporcionar un criterio decisivo para conocer este espíritu. Del Espíritu Santo más bien ha de venir la gracia, que llama el Apóstol *discreción de espíritu* [9], y por eso con humildad y devoción debéis rogar al Espíritu que no permita seáis engañadas por el demonio.

Una diferencia [10] sobre todo suelen notar acerca de estos

[7] 2 Petr. 1,19.
[8] Ps. 7,15.
[9] 1 Cor. 12.10.
[10] Viene bien aquí lo que leemos en la vida de San Antonio Abad escrita por San Atanasio, n. 35 y 36. Véase también a Santo Tomás (3 q. 30, a. 3): «A lo tercero se ha de decir que, como afirma San Ambrosio sobre aquello del capítulo 1 de San Lucas: *Le apareció un ángel*, somos perturbados y privados de nuestra disposición cuando nos vemos apretados por el encuentro de algún poder superior. Y esto ocurre no sólo en la visión corporal, sino también en la imaginaria. Por eso se dice en el Génesis (15,12) que, *al poner del sol, un pesado sueño sorprendió a Abraham, y apoderóse de él un pavor grande de tinieblas*. Sin embargo, semejante perturbación del hombre no le perjudica tanto que por ella deba ser rechazada la aparición angélica: en primer lugar, porque por lo mismo que el hombre es elevado sobre sí mismo, lo cual cede en su dignidad, se debilita su parte inferior, de donde procede la sobredicha perturbación, a la manera que, recogido el calor en las partes interiores del hombre, se estremecen las exteriores. En segundo lugar, porque, como dice Orígenes sobre San Lucas (hom. 4 al principio), el ángel, al aparecer, conociendo la naturaleza humana, lo primero que hace es remediar la perturbación; por eso tanto a Zacarías como a María les dijo después de la perturbación: *No temas*. Y por esto, como se lee en la vida de San Antonio (*Vidas de los Padres*, l. 1, c. 18), no es difícil el discernir los buenos de los malos espíritus: pues si después del temor sucede el gozo, sabemos que nos viene el auxilio de parte del Señor, porque la seguridad del alma es indicio de la presencia de su majestad; pero si persevera el temor primero, se convence ser el enemigo. La turbación de la Virgen fué conveniente aun para el pudor virginal: porque, como dice San Ambrosio sobre aquello del capítulo de San Lucas: *Y habiendo entrado el ángel*, es propio de las vírgenes temblar y estremecerse a toda proximidad del varón, temer todas las conversaciones del mismo. Algunos, sin embargo, dicen que, como la Virgen estaba acostumbrada a las visiones de los ángeles, su turbación no obedeció a la visión del ángel, sino a la admiración en que le pusieron las cosas que el ángel decía, ya que no podía pensar cosas tan magníficas de sí misma. Y por eso el evangelista no dice que se turbó con la visión del ángel, sino *al oir tales palabras*.» No se ha de pasar tampoco por alto la sentencia de San Bernardo en el *Serm. 24 de divers.*, n. 2, donde dice, tratando de la

dos espíritus los varones doctos: el ángel al principio causa temor y luego dulzura, y el diablo todo lo contrario. Y lo vemos también en esta aparición del ángel, pues a la vista del mismo se espantó la Virgen, y al marcharse él se quedó llena de dulce satisfacción. Por eso le dijo el ángel: *No temas, María: porque has hallado gracia en los ojos de Dios* [11]; pues comprendió que con su presencia la había atemorizado y trata inmediatamente de apaciguarla con la blandura de sus palabras. También más tarde las mujeres, sobresaltadas junto al sepulcro por la presencia del ángel, son consoladas por el mismo ángel, que les dice: *No tenéis que asustaros* [12].

5. Prosigamos lo que nos queda. Muchas cosas había dicho el ángel, con un gran circunloquio había expresado a satisfacción su embajada, y, sin embargo, aun no había pronunciado palabra la Virgen. Mirad su modestia, considerad su silencio. ¡Qué digna es la reserva en la mujer! ¿Qué hay más atrayente en la Virgen que la moderación en el hablar? Ni corta al que habla ni se precipita en la respuesta, sino que dispuesta [13] a escuchar y calmosa para hablar, escucha primero con paciencia para responder luego con sabiduría. Le dejó al ángel hablar ampliamente, tomándose ella breves momentos para responder, y no rompió el silencio hasta que se mencionó el pudor. Esta sola preocupación de María es la que tuvo poder para hacerla hablar. *¿Cómo ha de ser esto? Pues yo no conozco varón alguno* [14]. ¡Oh admirable solicitud del recato, oh inestimable aprecio de la castidad! Es saludada por el ángel como Madre de Dios y se inquieta por su virginidad; va a tener a Dios por Hijo, y discute sobre su pudor, y no considera ese honor como compensación suficiente de su pureza: tal predilección era la que sentía por su pureza y santidad.

Y ¿de dónde procedía esta nueva y desacostumbrada piedad? ¿Quién te enseñó, ¡oh María!, que tan agradable era a Dios la pureza? ¿Quién te había enseñado a guardar la virginidad con tal empeño, que te niegas a dar consentimiento para ser Madre de Dios si no es conservándote virgen? Pues ni la Ley te había suministrado enseñanza alguna en este sentido, ni la antigüedad te había dejado ejemplo alguno [15]. Precisamente la Ley maldice a la mujer estéril, la antigüedad no aprueba sin restricciones la dig-

palabra de Dios: «Al sonar de pronto en los oídos del alma la voz divina, la turba, la espanta; pero a la seguida, si no se aparta el oído, la vivifica, la ablanda, la afervora, la ilumina, la limpia.»
[11] Lc. 1,30.
[12] Mc. 16,6.
[13] Iac. 1,19.
[14] Lc. 1,34.
[15] Ex. 23,26.

nidad de la virginidad perpetua. La hija de Jepté [16] obtiene de su padre tiempo para llorar su virginidad, y llora por largo tiempo, no la muerte que le espera, sino el morir soltera, sin descendencia, juzgando como más terrible que la misma muerte el no tener hijos. Finalmente, nada se consideraba en aquel pueblo más apetecible y dichoso que abundar en estas prendas, engendrar hijos, tener herederos, y así se dice: *Tu esposa será como una parra fecunda en el recinto de tu casa: alrededor de tu mesa estarán tus hijos como pimpollos de olivos. Tales serán las bendiciones del hombre que teme al Señor* [17]. Por donde vemos cómo Dios había aconsejado a aquel pueblo más bien a multiplicar la descendencia que a conservar la virginidad. Por consiguiente, ¿dónde habías leído, dónde aprendido que tal estima hacía Dios de la virginidad, sino en el Verbo de Dios omnipotente, que antes que Hijo tuyo se dignó ser tu Maestro, y antes de tenerte por madre te hizo su discípula, y llenó tu espíritu antes que tu seno?

6. Por tanto, ¡oh regia Virgen!, tienes tú la primacía entre las vírgenes, eres tú la primera inspiradora y maestra de las vírgenes, el troquel de la virginidad, la autora y fundadora de la misma, la primera fundadora de esta sagrada religión. ¡Oh vírgenes, qué maestra tenéis! No ha sido el autor de esta guarda de la virginidad San Agustín, ni San Benito, ni San Francisco, ni Santo Domingo, ni ningún otro de los Santos Padres, sino que fué la sagrada Virgen, la Madre de Dios, la primera que descubrió este camino y se lo enseñó a los hijos de Adán. Ella, la primera en enseñar el celibato a los hombres, en enseñarles a llevar una vida angélica en carne humana, a emular la pureza de los espíritus celestes. Ella, la primera en consagrar a Dios su virginidad y en estimular a los demás con su ejemplo a hacer esto mismo, como está escrito: *A tu diestra está la Reina con vestido bordado de oro y engalanada con varios adornos. En el interior está la principal gloria de la Hija del Rey. Serán presentadas al Rey las vírgenes que han de formar el séquito de ella* [18].

¡Oh Virgen pura, Virgen única, Virgen singular! Realmente singular y única, ante la cual no puede presentarse dignamente virgen alguna y en cuya comparación toda otra virginidad pudiera parecer corrupción, ya que a las demás vírgenes les basta mantener incorrupto su cuerpo y ser consideradas impolutas en cuanto a la carne. ¿Existe o ha existido acaso alguna otra virgen que no haya sentido el aguijón de la sensualidad, al menos en su pensamiento,

[16] Iud. 11,38.
[17] Ps. 127,3-4.
[18] Ps. 44,10.14.15.

o que no haya soportado las molestias de la carne? Bástale si ha vencido y no sucumbió a la tentación. María, en cambio, fué toda ella virgen, y virgen en todos los aspectos: virgen en la carne, virgen en el espíritu, virgen en la presencia, virgen de contacto, virgen de afecto, virgen en la palabra, en la obra, en el sentido; virgen perfectísima, virgen incorrupta: limpia de cuerpo, limpia de espíritu, limpia de pensamiento, limpia no sólo de la sensualidad, sino aun de la menor mancha de pecado o contagio de los vicios; virgen sagrada, pura e inmaculada; con el privilegio sobre las demás de hacer puros, como si dijera, a cuantos la miraban, pues tenía ella, usando las palabras del Profeta, la virginidad *que engendra vírgenes* [19]. Cosa maravillosa y gracia admirable, siendo hermosísima sin rival y de rostro en extremo gracioso, no sólo no lastimaba [20] los ojos de los que la contemplaban, sino que los hacía castos y santificaba con su graciosa honestidad.

Finalmente, para expresar en dos palabras lo que siento de esta Virgen, tan alejada se hallaba su mente y su carne de la mancha y aún del sentimiento de la libídine, que su cuerpo más bien que carnal hemos de considerarlo como argénteo o cristalino. Tal es la pureza de María, tal su virginidad, tal es la Virgen que celebramos; por eso agradó tanto al Altísimo, por eso fué amada sobre todos, por eso fué elegida para Madre de Dios. Y no se vaya a creer que era inferior en las demás virtudes, sino que, como luna llena, lanzaba rayos de virtud de todo su ser, iluminaba con sus fulgores a toda la Iglesia.

7. Con relación a su fe, cuanto podamos decir y ponderar ha de quedar muy por debajo de lo que merece, ya que le causó estupefacción al mismo ángel. En efecto, no eran verdades comunes y ordinarias, sino totalmente nuevas las que creyó María con sola la palabra del ángel; cosas o verdades que sobrepasan toda facultad, que exceden a toda inteligencia: que Dios se hacía mortal, que un hombre Dios había de nacer de mujer, que siendo virgen había de concebir sin concurso de varón, que había de dar a luz a Dios y permanecer a la vez virgen. ¿Pueden estas maravillas creerse con el testimonio de una sola palabra? Desde nuestra infancia hemos conocido y aprendido nosotros los misterios, y después de tantos milagros y testimonios, cuando los consideramos con reflexión, siempre nos parecen nuevos y nos sentimos sobrecogidos y temblamos ante su magnitud. ¿Qué hubiera ocurrido en la Virgen, si no la hubiera Dios prevenido con su gracia y con su luz, cuando

[19] Zach. 9,17.
[20] Sobre esto recogió muchas cosas Novato en *De eminentia Virginis*, t. 1, c. 4, q. 4, y t. 2, c. 7, q. 1 s.

sin antecedente humano el ángel anunció por vez primera estos misterios? Ya se lo había dicho el ángel: *El Señor es contigo*. Si no hubiera estado Dios con ella, ¿cómo hubiera sido capaz, con la sola palabra del ángel, de entender, penetrar y creer tan soberanos misterios? ¡Oh fe admirable y confianza estupenda! Siendo misterios tan importantes los que se comunican, ni solicita un ejemplo, ni busca un milagro, ni exige demostración, ni pide un testimonio, ni discute la posibilidad de lo que se le anuncia. Creyó con tal facilidad, que el mismo ángel quedó maravillado. Ni fué necesario para la fe de la Virgen el mismo testimonio sobre Isabel que había aducido para fundamentársela, aunque distaba tanto del misterio que se le anunciaba, pues que no se ha podido encontrar uno semejante desde el principio del mundo; tan sometido tenía el entendimiento al beneplácito divino, tan subordinado lo tenía todo a su voluntad, y tan convencida de que nada había imposible para Dios.

Comparemos ahora con la de nuestra Virgen la fe de los santos patriarcas, que con tal entusiasmo ensalza San Pablo [21] en aquel catálogo de la fe, y veremos que en relación con aquélla la de éstos es como la estrella comparada con el sol, la lenteja con el monte, la gota con el océano. Admira el Apóstol de una manera especial la fe de Abraham, y con justa razón; pues no fué infecunda, sino abundante en obras de obediencia, por lo cual mediante ella alcanzó la justificación y mereció de antemano conseguir las promesas, como está escrito: *Creyó Abraham a Dios y reputósele por justicia* [22]. Pero, ¿no palidece esta fe si se la compara con la fe de la Virgen? ¿De dónde le vino la justificación por la fe a Abraham, de dónde le vino el ser levantado a ser amigo de Dios, de dónde le vino? *Porque*, dice, *habiendo esperado contra toda esperanza, él creyó que vendría a ser padre de muchas naciones, según se le había dicho: Innumerable será tu descendencia. Y no desfalleció en la fe, ni atendió a su propio cuerpo ya desvirtuado, siendo ya de casi cien años, ni a que estaba extinguida en Sara la virtud de concebir. No dudó él ni tuvo la menor desconfianza de la promesa de Dios, antes se fortaleció en la fe, dando a Dios la gloria. Plenamente persuadido de que todo cuanto Dios tiene prometido, es poderoso también para cumplirlo. Por eso le fué reputado por justicia* [23]. ¡Con qué fuerza y elegancia se nos ha ensalzado la fe de Abraham! Pero, ¿dónde queda esta fe ante la de la Virgen? Abraham creyó que una anciana estéril había de dar a luz; la Virgen creyó esto mismo de una virgen; Abraham creyó que por obra de un

[21] Hebr. 11.
[22] Gen. 15,6.
[23] Rom. 4,18-22.

varón anciano; la Virgen, sin concurso de varón; en Abraham se trataba de un puro hombre; en la Virgen, de un hombre Dios; en Abraham, de un modo natural y corriente; en la Virgen, fuera del modo corriente de la naturaleza; Abraham creyó que Dios podía incluso resucitar a un muerto para cumplir la promesa; María, que podía Dios nacer y morir, a fin de que todas las promesas tuvieran en El su cumplimiento. Vemos, pues, la diferencia de una fe a la otra, la ventaja que una fe saca a otra fe. Esta es la gran y excelsa mujer que el Altísimo eligió para madre suya y para ejemplo de todos los siglos.

8. Siendo tan excelsa y tan grande, ¿se encontró en ella alguna vez ni siquiera el más ligero vestigio de soberbia? Precisamente, cuanto más elevada sobre las demás por la gloria de su dignidad, tanto más baja se juzgó a sí misma. ¡Asombrosa humildad unida a virtud tan soberana! Que el pecador oprimido con el fardo de sus culpas las reconozca y se humille, no hace ningún exceso; más que humillarse es reconocer la verdad; pero que exista la humildad con tal prerrogativa, es, ni más ni menos, *gracia sobre gracia* [24], una gala sobre otra gala. Por eso en los Cantares: *¡Qué hermosa eres, amiga mía! ¡Cuán bella eres!* [25]. Belleza duplicada, la humildad en la pureza, la pureza con la humildad. Nadie se admirará de que aun los más santos varones y las mujeres más ilustres hayan sido humildes delante de Dios, ya que por rectos y santos que fueran siempre tenían algo de qué humillarse. ¿Qué santo, en efecto, podemos encontrar completamente libre de la mancha del pecado? ¿Quién no ha caído alguna vez? ¿Quién no encontró en sí alguna vez materia de dolor, de llanto, de humillación, que le sirviera de disgusto ante sí mismo o ante los demás? Puesto que quien *pesó las aguas con medida* [26], de tal modo equilibró sus virtudes y sus flaquezas, que cuanto pueden ensalzarlos las unas, tanto los humillen las otras. Por esto, aun al Apóstol de las Gentes, *para que la grandeza de las revelaciones no* le *desvanezca, se le dió el estímulo de la carne, para que* le *abofetee* [27] y le humille; y por eso se gloría de sus flaquezas, juzgándose y llamándose a sí mismo el más insignificante de los apóstoles y el abortivo [28]. No es, pues, de admirar esta humildad en el Apóstol, a quien abofetea Satanás, a quien abate la tentación, a quien la condición de sus miembros importuna y atormenta con tal vehemencia, que se ve forzado a exclamar: *¡Qué*

[24] Eccli. 26,19.
[25] Cant. 1,14.
[26] Iob 28,25.
[27] 2 Cor. 12,7.
[28] 1 Cor. 15,8.

hombre tan infeliz soy yo! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? [29].

En cambio, ¿de dónde te viene a ti, ¡oh María! la humildad y tal humildad? Nada inmundo ni odioso hay en ti, ninguna deformidad o lubricidad, todo es heroico, espléndido, cándido, níveo, puro e ilustre sobre toda ponderación. Como tal te conocía el que decía: *Toda tú eres hermosa, ¡oh amiga mía!; no hay defecto alguno en ti* [30]. Esto sí que es verdadera humildad, rebajarse a sí misma desde la sublime cumbre de las virtudes y juzgarse en la cima de la dignidad insignificante a los ojos de todos. Me pasmo siempre que contemplo la elevación y humildad de esta Virgen: realmente es un portento glorioso y digno de admiración para todos los siglos el no ensoberbecerse en tan sublime grandeza. ¡Desdichados de nosotros! En el momento de recibir de Dios un poco de devoción, de ciencia, de virtud, ya nos creemos algo; somos grandes a nuestros ojos, se levantan en nuestro espíritu innumerables pensamientos de vanidad; aun contra nuestra voluntad nos vemos obligados a soportar el estruendo de la vanidad e hinchazón de las imaginaciones, y apenas nos reconocemos lo que somos, por la ceguera de nuestra vista espiritual; nuestro corazón, lleno de vanidad, se desvanece con la necia alegría, y el espíritu se ahueca miserablemente, juzgando ciegamente de sí; salen a la superficie síntomas de la interior vanidad y soberbia, y ni por respeto humano reprimimos las propias alabanzas. ¿Qué ocurriría si en realidad fuésemos algo? ¿Si el Señor nos hiciera sus profetas, sus apóstoles o evangelistas? ¿O si investidos de la dignidad pontificia nos pusiera al frente de su Iglesia? ¿Quién podría entonces soportar nuestra arrogancia?

9. ¡Oh sagrada Virgen! ¿Cómo no saltas pletórica de gozo ante semejante mensaje? ¿Cómo no estallas de alegría con esta tu dignidad? ¿Cómo no recorres calles y plazas pregonando esta tu felicidad? ¡Oh admirable gravedad de esta Mujer; mejor aún, seriedad, modestia, moderación, humildad, prudencia, pudor, honradez, virtud, energía y constancia de espíritu! ¿Qué puedo decir de ti, oh Virgen? Había sido constituída Madre de Dios, Señora del mundo, Reina de cielos y tierra; en su purísimo seno había tenido ya lugar, por virtud del Omnipotente, el soberano misterio, y, sin embargo, nadie lo conoció de sus labios, nadie se lo oyó, nadie por ella se enteró del secreto; calló siempre, no dijo una palabra, hasta que se dió cuenta que, revelado por Dios, el misterio era ya conocido por su prima Isabel.

[29] Rom. 7,24.
[30] Cant. 4,7.

Entonces, por vez primera, abrasado su espíritu, rompió el silencio; entonces dió rienda suelta a su boca y a su lengua para alabar a Dios; entonces entonó a Dios aquel maravilloso cántico: *Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu está transportado de gozo en el Dios salvador mío* [31].

Entonces se sintió el espíritu de la santa Virgen aliviado de la tan pesada carga del silencio: el misterio estaba revelado por obra del Espíritu Santo. ¿Qué tiene de extraño aquel silencio, si hasta su mismo esposo, José, a quien las señales evidentes de la concepción habían causado la tremenda amargura de la sospecha, jamás supo nada por ella hasta que por revelación del ángel conoció el misterio? [32] Aprended, ¡oh vírgenes!, a ocultar los secretos, aprended a disimular los misterios que se os hayan manifestado; a vosotras se refiere aquella sentencia del Profeta: *Mi secreto es para mí* [33], y lo que dice otro profeta: *Me abstuve de responder aún cosas buenas* [34]. El silencio, en efecto, es una especie de culto a la justicia; porque, cuanto el alma es más sobria en la ocultación de los conocimientos espirituales, tanto se hace más idónea y capaz de recibirlos; pues los vasos que comunican pronto, retienen menor cantidad. Guarda para ti, ¡oh alma!, el celestial misterio; que no te causará extorsión alguna, sino que te hará más agradable a Dios, que te lo da. El tesoro que neciamente descubre el viandante en el camino, lo expone a un evidente peligro de hurto; porque, como dice San Gregorio [35], quien lleva abiertamente un tesoro en el camino, muestras da de querer ser robado. El rey Ecequías se hizo acreedor a la pérdida de los tesoros del rey y del templo, por haberlos manifestado irreflexivamente a los legados de Babilonia al divulgarlos neciamente [36].

[31] Lc. 1,46-47.
[32] Mt. 1,20.
[33] Is. 24,16.
[34] Ps. 38,3.
[35] *Homil.* 11 *in Evang.*, 1: «Se debe tener en cuenta que el tesoro encontrado se oculta para conservarlo; porque no basta la solicitud de la nostalgia del cielo para guardarlo de los espíritus malignos si no lo hurtamos a las alabanzas humanas. Pues estamos en la vida presente como en un camino por el cual tendemos a la patria; y los espíritus malignos, como ciertos ladronzuelos, tienden celadas en nuestro camino. Así es que no le importa ser robado a quien lleva su tesoro a la vista en el camino. Y no digo esto por que no vea el prójimo nuestras buenas obras, estando escrito: *Vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos* (Mt. 5,16), sino que lo digo para que no busquemos la alabanza al exterior en lo que hacemos. Aparezca la obra en público de tal suerte que permanezca oculta la intención, a fin de que demos buen ejemplo a nuestros prójimos con las obras, y, sin embargo, busquemos siempre el secreto mediante la intención, por la cual solamente pretendemos agradar a Dios.»
[36] Is. 39,2 s.

Por consiguiente, tratad de imitar el silencio de la Virgen María, emulad su humildad; pues la que tan excelsa y tan grande era a los ojos de Dios, cuanto más ensalzada se sintió por la embajada angélica, más profundamente se abatió en su estimación. Escuchad el bajo concepto que formaba de sí y lo que respondía al verse llamada por el ángel *llena de gracia y bendita entre todas las mujeres: He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra* [37]. ¡Oh Esclava feliz, a quien sirve todo; oh bienaventurada Criada, a la que todo está sometido! Imitad a esta Esclava, ¡oh esclavas de Cristo!; servid a esta Criada con todo el fervor de vuestro espíritu. Sea ella el modelo familiar y cotidiano de vuestra vida; tenedla siempre y en todas partes presente ante vuestros ojos, honradla, amadla, suplicadla con instancia, seguidla, rendíos a ella con entera devoción. Repasad con asiduidad este libro de pureza, escrito por el dedo de Dios por dentro y por fuera [38]: leed en él la santidad, leed el recato, la prudencia, la caridad, la mansedumbre, la humildad; en una palabra, leed la plenitud acabada de todas las virtudes. Leed por dentro la virtud, por fuera la modestia, a fin de correr tras ella en pos del olor de los aromas del Esposo [39], y, entonando los cánticos del *poema*, poder gozar de la feliz comunicación [40] y el matrimonio del mismo Esposo en el eterno tálamo de la gloria bienaventurada, en el cual vive y reina con el Padre y el Espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON II

Reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin (Lc. 1, 32).

1. Un día es éste, carísimos hermanos, *día* de grandes *albricias* [1]: *Envió Dios al angel Gabriel a Nazaret* [2]; *si callamos, se nos hará de esto un crimen* [3]. Una gran embajada desciende hoy del cielo a la tierra, inmensamente grande, sin parecido en los siglos precedentes ni en el futuro. Grande es el enviado, grande el que lo envía e importante el

[37] Lc. 1,38.
[38] Apoc. 5,1.
[39] Cant. 1,3.
[40] Este sermón, según el P. Vidal, se dirigió a religiosas vírgenes, a las cuales se dirige más de una vez el sagrado Orador.

[1] 4 Reg. 7,9.
[2] Lc. 1,26.
[3] 4 Reg. 7,9.

negocio objeto de la embajada. El arcángel Gabriel, uno de los príncipes celestiales, es enviado por Dios, Creador de todo, a una virgen: virgen en el espíritu, virgen en la carne, virgen por la profesión, virgen noble, nacida de linaje real; en una palabra, una virgen, como la desea el Apóstol [4], santísima en el espíritu y el cuerpo, pero *desposada con cierto varón*. Y ¿por qué *desposada*? Para que no fuera difamada, para que no fuera apedreada, para que no se descubriese el misterio al diablo; pues prefirió el Señor que pusieran algunos en tela de juicio su nacimiento antes que el pudor de su Madre, y ni por un momento pensó asentar su gloria en las afrentas de su Madre: antepuso, pues, a su honor el pudor de la madre. A esta Virgen se destina la embajada.

Trascendental es también el negocio de que se trata, y dignísimo de tal embajada. El Hijo unigénito de Dios eligió para sí una esposa rústica; el Príncipe de la gloria celestial se enamoró de ella; se envía un paraninfo a la Virgen, para que preste su consentimiento al matrominio; pues los príncipes acostumbraron a desposarse por medio de embajadores. Y así, desciende de la opulenta ciudad de Jerusalén a este nuestro villorrio con semejantes nuevas: éste es el asunto de que se trata, para esto se envía el ángel a la Virgen. ¡Oh patria feliz, oh prosapia enriquecida con tan excelso matrimonio! ¡Oh día de fiesta para el mundo, digno de ser celebrado con perpetuo culto y cabal veneración! Nuestra hermana, hueso de nuestros huesos y carne de nuestra carne [5], se ha desposado con el Príncipe de los cielos, subió a la cumbre de la gloria real, ¿quién no se regocija, quién no se desvanece todo de gozo? Alégrese esta nuestra aldea, ensalzada hoy con tal dignidad; alégrese nuestra tierra, sublimada con tal matrimonio: *Alégrense los cielos y salte de gozo la tierra; conmuévase el mar y cuanto en sí contiene* [6] a la vista de tan gran Señor; porque ha descendido el rico a los pobres, el poderoso a los de bajo linaje, el sublime a los miserables, para ennoblecer nuestro linaje, para honrar nuestra familia.

2. Muchos motivos había para que tan gran misterio se anunciara de antemano a la Virgen [7]: ya porque era justo

[4] 1 Cor. 7,34.
[5] Gen. 2,23.
[6] Ps. 95,11.
[7] Santo Tomás 3, q. 30, a. 1 c.: Fué conveniente que se anunciara a la Virgen que había de concebir a Cristo: *primeramente*, para salvar el orden conveniente de la unión del Hijo de Dios a la Virgen, es decir, para que su espíritu estuviera ilustrado antes de concebirle en su carne. Por eso dice San Agustín en el libro *De la virginidad*, c. 3: Más feliz es María recibiendo la fe de Cristo que concibiendo la carne de Cristo; y después añade: Nada hubiera

pedirle el consentimiento como a madre; ya porque, si se obrara el misterio de la Encarnación en su seno sin saberlo ella, al verse luego virgen y, sin embargo, embarazada, hubiera sentido turbación de muerte esta virgen pudorosísima, sospechando una burla del demonio; ya, también, por la conveniencia de que, no como por casualidad, sino avisada por una embajada, fuera testigo del misterio que en ella se realizaba, con lo cual se preparaba también un gran argumento para nuestra fe. Por eso no se le apareció el ángel en sueños, como a José [8], sino abiertamente, para no dejar lugar a duda sobre tan trascendental misterio.

Así, pues, penetra el paraninfo celestial en la estancia de la Virgen, y, hallándola en oración, la saluda con veneración profunda; penetra con el rostro rutilante, resplandeciente en su vestidura, lanzando destellos de celestial candor de todo su ser; se postra a sus pies, y la saluda con alegre semblante: *Dios te salve, ¡oh llena de gracia!, el Señor es contigo*. Se asombra la Virgen, se queda suspensa, medita las palabras, y mil pensamientos asaltan su mente. ¿Por qué te turbas, oh Virgen? ¿Por qué te altera mi vista? Un ángel soy, no un hombre, vengo como embajador del cielo; no como avasallador del pudor, sino como vigilante y amante celador del mismo; mira que la tierra no puede producir semejantes ciudadanos ni sostener el orbe tales habitantes.

Al oír tales palabras la Virgen se turbó, y púsose a considerar qué significaría una tal salutación [9]. En la frase *al oír tales palabras* hemos de entender que se turbó [10], no tanto por la presencia, cuanto por el saludo; aunque tampoco debe extrañarnos su conmoción ante tamaño fulgor, porque, aunque antes hubiera conocido ángeles, sin embargo, no el resplandor de tal majestad. La turbaba su excesiva humildad y la extraña novedad del ángel; porque hasta entonces siempre había oído que, al aparecer los ángeles en el mundo, aquellos santísimos patriarcas se postraban reverentes ante ellos, sin que los mandaran levantar del suelo. Y así, sabía por las Sagradas Letras que en otro tiempo Abraham [11], Lot [12], Moisés [13], Ecequiel [14], Daniel [15] y otros que honran la antigüedad, habían prestado reverencia a los ángeles, postrados en tierra. Justa era, pues, su turbación al ver al ángel postrado a los pies de una humilde doncella y saludándola. Sobre esto reflexionaba en su interior, esto meditaba en lo más íntimo de su ser. ¿Qué es lo que haces, oh ángel? ¿Qué cambio es este? Tú, morador celeste, ¿postrado a los pies de una virgen? ¿Quién soy yo, cuál es la alcurnia de mi padre, para que me trates con tal honor y me saludes con veneración tan profunda? ¡Oh excelsa, oh una y mil veces bienaventurada, oh amada de Dios, oh mujer bendita sobre todas las mujeres! Si supieras, ¡oh Virgen!, cuán grata has sido al Todopoderoso, no te considerarías indigna de este saludo y deferencia.

3. *No temas, ¡oh María!* [16]: escucha la embajada y conocerás el motivo de tal honor. *Sábete que has de concebir en tu seno, parirás un hijo a quien pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David en la casa de Jacob eternamente. Y su reino no tendrá fin* [17]. Este es el motivo del honor, ésta es la dignidad a que vas a ser levantada. Paremos nuestra atención, amadísimos hermanos, en la prudencia del excelso legado, en la modestia que usa para descubrir el misterio. Pues conocía el sapientísimo paraninfo la trascendencia del misterio que anunciaba, se daba cuenta que lo había escuchado de boca del Altísimo, y aunque él era un ángel, un bienaventurado, enriquecido con gloria celestial, se había quedado atónito y espantado de admiración. Temía poner un tropiezo a la fe de la Virgen y escandalizar a tan tierna Doncella con un sacramento tan importante, incurriendo en incredulidad la que hasta entonces no conocía pecado; ya tenía el ejemplo de Zacarías, dudando ante un oráculo de menor envergadura. Y así, usa de extremada habilidad en la revelación del misterio, no comunicándoselo todo de repente para no abrumar su fe, sino que lo va perfilando y declarando por rodeos, y así expone su embajada sin perjudicar su fe. Por eso no dice: concebirás a Dios y darás a luz al Hijo de Dios; sino le dice que concebirá un hijo, que en sí no encierra nada de extraño; pero no dice al pronto que ese hijo ha de ser de Dios, sino que usa de un largo rodeo para declarar la Divinidad. Así habla: *Este será grande,*

aprovechado a María el parentesco maternal si no hubiera llevado a Cristo con mayor gozo en su corazón que en su carne. *En segundo lugar*, para poder ser testigo más seguro de este sacramento habiendo sido instruída por obra divina sobre él. *En tercer lugar*, para ofrecer a Dios los voluntarios obsequios de su obediencia, para lo que tan dispuesta se ofreció diciendo: *He aquí la esclava del Señor. En cuarto lugar*, para manifestar que había cierto matrimonio espiritual entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana; y por eso en la anunciación se esperaba el consentimiento de la Virgen, como representante de toda la naturaleza.»

[8] Mt. 1,20.
[9] Lc. 1,29.
[10] Véase la nota 10 del sermón 1 de la Anunciación.

[11] Gen. 18,2.
[12] Ib. 19,1.
[13] Ex. 34,8.
[14] Ez. 2,1.
[15] Dan. 10,9.
[16] Lc. 1,30.
[17] Ib. 1,31-33.

y será llamado Hijo del Altísimo. Será llamado, dice; no dijo será hijo, no sea que desfalleciera la fe ante el sacramento. *Al cual el Señor Dios dará el trono de su padre David.* Notad la prudencia: lo celestial es atemperado con lo terreno, se engarza lo divino con lo humano, para no abrumar a María exponiendo con toda desnudez el misterio. Y por eso dice ya que ha de nacer el Hijo del Altísimo, ya el Hijo del hombre; y como había entonado con énfasis *será llamado Hijo del Altísimo,* no añadió a la seguida *Al cual el Señor Dios dará* el solio de su gloria o el trono de su majestad, sino *el trono de su padre David,* para disimular la expresión de la Divinidad con el aditamento del linaje humano.

Y reinará eternamente. Aquí ya se pone más de manifiesto la dignidad; pues, ¿cómo puede reinar eternamente si no es eterno? Usando, pues, de una elegante moderación y de prudente consejo, de tal modo le anuncia que ha de dar a luz a Dios, que no abrume su fe con la expresión. Podía expresarlo todo con dos palabras, diciendo: darás a luz a Dios y concebirás en tu seno al Hijo de Dios; pero, por el motivo ya apuntado, se sirve de este circunloquio. La regia Virgen, oído el mensaje celestial, se quedó más pasmada que antes medrosa, y reflexionando un poco sobre lo dicho, calló. No puede comprender cómo por voluntad de Dios va a ser su Madre, sabiendo que ya tiempo ha le había consagrado su virginidad para siempre. Y así, hondamente preocupada por su virginidad, no porque dudara del oráculo, sino deseando saber el modo de la realización, se decide a dirigirse al ángel.

4. *¿Cómo ha de ser eso,* ¡oh ángel de Dios!, *pues yo no conozco varón?* [18]. Con lo cual daba a entender su voto y el propósito de abstenerse del matrimonio para siempre. El ángel trata de satisfacerla: no me preguntes, ¡oh Virgen!, no pretendas que te explique el hecho; he venido como mensajero de Dios a anunciarte el misterio; te comunico la embajada, ignoro el modo que deseas saber. *El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra* [19]. Yo sólo anuncio el misterio, El es el que lo ha de llevar a cabo. La embajada que traigo traspasa la facultad de mi espíritu; te remito, ¡oh Virgen!, al Omnipotente. Por consiguiente, no temas, María, no te alarmes por tu virginidad: esta concepción no te arrebatará la virginidad, sino que la consagrará; no te disminuirá el pudor, sino que lo sublimará con la descendencia, ya que has de concebir por obra del Espíritu, no con el concurso de varón; virgen darás a luz y virgen permanecerás después; y a fin de que no te deslumbren tan vivos resplandores, el Espíritu omnipotente te cubrirá con su sombra.

[18] Lc. 1,34.
[19] Ib. 1,35.

Creo no debe pasarse en silencio que todo esto tendía más a proteger como un velo a la Virgen que a darle luz sobre el gran misterio; porque no era posible que una tierna Virgen, si no era profecía de lo alto, pudiera llevar en su seno el inmenso océano de luz que corporalmente se iba a albergar en el mismo. En efecto, si, como dice el profeta [20], en presencia del Señor los montes se derriten como cera y fluyen a su vista las rocas como el aceite, ¿cómo podrá una doncella contener a la Trinidad, que ha descendido a su seno, si su sombra no la protege de tal fulgor? También se puede entender en esta sombra protectora la formación del cuerpo del Señor, ya que por una muy apropiada semejanza la carne santísima de Cristo se llama sombra de la Divinidad; porque, así como la sombra se ajusta en todo al cuerpo en su forma y movimientos, del mismo modo aquella sacratísima Humanidad no se apartó en un ápice de las más insignificantes insinuaciones de la Divinidad, sino que en todo seguía el cuerpo al espíritu, como había en otro tiempo predicho de la rueda Ecequiel [21]. Y en este sentido se entienden muchas profecías, como aquélla: *A la sombra* de él *viviremos* [22] entre los gentiles; y el otro: *Sentéme a la sombra del que* [23] deseaba; y más claramente lo de Ecequiel: *Cubriré de nubes el sol* [24], que es lo más apropiado a este misterio de la Encarnación.

En efecto, ¿qué es la carne de Cristo sino una graciosa nubecilla puesta delante de este sol poderosísimo, para que con su ardor no reduzca a pavesas a este mundo agostado por los pecados? Lo cual nos confirma la experiencia de los siglos viendo la sombra que esta nube ha proyectado sobre los mortales y cómo ha templado la divina justicia irritada contra el mundo. Algunos [25] dicen que el Espíritu

[20] Ps. 96,5.
[21] Ez. 1,20.
[22] Lam. 4,20.
[23] Cant. 2.3.
[24] Ez. 32,7.
[25] San Bernardo, *Homil.* 4 *sobre «Missus est...»*, n. 4: «¿Qué quiere decir *y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra?* El que lo pueda entender, entiéndalo. Porque ¿quién, salvo acaso la única que mereció experimentar en sí esto felicísimamente, podrá percibir con el entendimiento, discernir con la razón, de qué modo aquel esplendor inaccesible del Verbo eterno se infundió en las virginales entrañas, y para que pudiese sostener que el inaccesible se acercase a ella, de la porcioncita del mismo cuerpo, a la cual estando animada se unió El mismo, hizo sombra al resto de la masa? Y quizá por esto principalmente se dijo: *Te cubrirá con su sombra,* porque sin duda ello era un misterio, y lo

Santo hizo sombra a María, porque a ella sola le fué dado penetrar los secretos de tan gran misterio y saborear las delicias que no es capaz de entender el espíritu humano; porque no ha nacido criatura alguna que haya presentido las soberanas dulzuras y gustos de la Divinidad, los arrebatos del espíritu y las vivas radiaciones que experimentó la Virgen al concebir y dar a luz. Y para que reconociera que la obra soberana que se iba a realizar en su seno no era en virtud solamente del Espíritu Santo, sino de toda la Trinidad, prudentemente añadió: *Y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra*. Pues el Altísimo es el Padre, y la virtud del Altísimo el Verbo del Padre, los cuales, con un poder único e indivisible, habían de llevar a cabo la Encarnación, no en toda la Trinidad, sino en sólo el Verbo. Y puesto que vas a concebir no mediante la libídine del varón, sino por obra de Dios, añade:

5. *El santo que de ti nacerá será llamado*, no hijo del judío, sino *Hijo de Dios* [26]. ¡Con qué claridad y justeza llama de una manera indefinida santo al fruto concebido! No lo llama varón u hombre *santo*, sino simplemente *santo*. No dice tampoco: el *santo* que ha de nacer de ti, sino propiamente el fruto santo que nacerá de ti, enderezando la palabra más bien a la naturaleza que a la persona, dando a entender con ello que era la naturaleza y no la persona lo que había de tomar Dios; pues la Humanidad había de ser sustentada en la persona divina y no en la suya propia, de suerte que el Verbo tomara al hombre *santo* que naciera de la Virgen; pero lo que había de tomar de la Virgen era cierto fruto santo, en virtud de cuyo acto nacería de ella el Hijo de Dios.

Lo llama también *santo* de una manera indefinida, porque no sólo ha de nacer *santo* de la Virgen fuera de la ley común, sino el mismo *santo*, esto es, la misma santidad, la forma de la santidad y toda la santificación; no sólo un varón santo, sino el Dios santo, la santidad misma, el prototipo de la santidad, por lo cual *será llamado Hijo de Dios*. Con razón *será llamado*, y realmente *será llamado*, porque será Hijo de Dios a la vez que Hijo de la Virgen, no porque baste esta manera de engendrarse para que sea o para que se diga Hijo de Dios según la carne (pues no es hijo del Espíritu Santo porque haya concebido por obra del Espíritu Santo), sino porque se da a conocer ser Hijo de Dios por esta manera y orden de engendrarse, ya que tal generación sólo a Dios le conviene.

Por consiguiente, tendrás, ¡oh Virgen!, un Hijo común con Dios y serás Madre de aquel que tiene a Dios por Padre: Madre del Hijo, Esposa del Padre, domicilio del Espíritu Santo y sagrario de toda la Trinidad. Serás Madre de tu Creador y tú misma concebirás a tu Hacedor; y si vas a ser Madre del Creador, con pleno derecho serás Señora de toda criatura, Reina de cielos y tierra, antepuesta a la dignidad de todos los ángeles. Esta es la elevación, ésta es, María, la dignidad que te prepara el Señor. Y por eso, no sin mérito, te atribuyo tal honor y te saludo con tal veneración. Y si esto te parece difícil de creer, atiende al que me envió, en cuyo nombre te transmito todos estos arcanos. ¿Qué no puede Dios, ¡oh Virgen!, o qué cosa hay imposible para Dios? Y si una prenda menos importante puede dar fe, has de saber que también la anciana Isabel ha sido fecundada, a fin de que no dudes que puede dar un Hijo a la virgen el mismo que se lo dió a la estéril. Esto es, ¡oh regia Virgen!, lo que me mandó comunicarte el Omnipotente. Escuchaste la embajada, cree en ella y concebirás en tu seno. Nos imaginamos que el ángel prolongaría aún más su conversación con la Virgen, y que el Evangelista no nos da más que un resumen de ella; opinamos que se dijeron muchas más cosas, que no nos consignó la Escritura.

6. ¡Oh dulce coloquio, oh suave diálogo, oh gratísima charla de la Virgen y el ángel! ¡Oh, qué reunión la del ángel y la Virgen! Siempre la virginidad es íntima de los ángeles, el ángel habla en secreto con la Virgen y prolonga su conversación. Acércate, ¡oh hombre!, más y escucha por las rendijas de las puertas el plácido murmullo y trata de averiguar las palabras del sagrado oráculo. Trascendental es el negocio que se ventila, gran importancia tiene para ti lo que tratan en tan solemne silencio. La conversación se había prolongado en el silencio de la noche, la noche llegaba en su carrera a la mitad de su camino [27], todo guardaba un impresionante silencio; desaparecían los astros del hemisferio cuando la Virgen, entregada a Dios, inflamada en ardiente fuego, de rodillas en tierra y elevados los ojos

que la Trinidad sola por sí misma, en sola y con sola la Virgen quiso obrar, sólo se concedió saberlo a quien sólo se concedió experimentarlo. Dígase, pues: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti*, el que con su poder te hará fecunda; *y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra*, esto es, aquel modo con que del Espíritu Santo concebirás, de tal suerte Cristo, virtud de Dios y sabiduría de Dios, haciendo sombra, lo encubrirá y ocultará en su secretísimo consejo, que sólo será conocido de El y de ti. Como si el ángel respondiera a la Virgen: ¿Qué me preguntas a mí lo que luego experimentarás en ti? Lo sabrás, lo sabrás, y felicísimamente lo sabrás, siendo tu Doctor el mismo que es el Autor. Yo he sido enviado a anunciar la concepción virginal, no a crearla. No puede ser enseñada sino por quien la da, ni puede ser aprendida sino por quien la recibe.»

[26] Lc. 1,35.

[27] Sap. 18,14.

al cielo, dando su consentimiento a la Divinidad, con sola la palabra, concibió en su seno al Verbo divino.

Así, pues, escuchada la celestial embajada, con esta sencillez contesta al ángel: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra* [28]. Tú me dices, ¡oh ángel de Dios!, que voy a ser madre; yo sé que soy una esclava; mas por ser esclava del Señor no puedo oponerme a su voluntad. Por tanto, *hágase en mí según tu palabra*. Es verdaderamente *esclava*, pues ni de hecho, ni de palabra, ni de pensamiento contradijo jamás al Altísimo; verdaderamente *esclava*, puesto que hecha esclava permaneció para siempre en esa servidumbre; pues, mientras otras se entregan libremente al servicio de Dios, ella le servía como cosa de su propiedad, sin reservarse un átomo de libertad, sino sometiéndose en todo a El. Llámase *esclava* propiamente; y sabemos que quien nace de la esclava es esclavo, ya que, según la ley, el hijo no sigue la condición del padre, sino la de la madre. La Madre se reconoce esclava y el Hijo confiesa que es siervo. Dice así: *Siervo tuyo soy* [29], y con toda propiedad *siervo*, puesto que es *hijo de esclava tuya*. Con profundo misterio, pues, y sublime inspiración de la Divinidad, estando para concebir a Dios, recuerda su esclavitud, para consagrar al servicio del mundo al Hijo que de sí naciera.

Hágase en mí según tu palabra, dijo, y al punto, con esta palabra, el Verbo se encarnó en su seno. ¡Oh «fiat» poderoso, oh «fiat» eficaz, oh «fiat» sobre todo otro «fiat», digno de perpetuo honor! Con la palabra «fiat» [30] fué creado el mundo, con esta palabra hizo el Altísimo las criaturas celestiales y terrenales; pero en el mundo no ha resonado, ¡oh bienaventurada Virgen!, otro «fiat» como el que tú pronunciaste. En efecto, ¿qué sucedió? ¿Quién puede decir lo que sucedió? La naturaleza se queda asombrada, el juicio suspenso, el sentido se embota, enmudece la lengua, la razón desfallece, el entendimiento no puede comprender lo que sucedió en María al pronunciar aquella palabra: *hágase en mí según tu palabra;* pues al instante, al sonido de esta palabra, *el Verbo se hizo carne* [31]; de repente, por obra del Espíritu Santo, se formó de la purísima sangre de María el cuerpo santo del Señor; se vió organizado, animado y unido al Verbo de Dios en el mismo instante. Al instante, también el Infante fué lleno de toda gracia y virtud, adornado de todos los carismas, hecho partícipe de la clara visión de Dios, finalmente, enriquecido [32] de la misma sabiduría, gracia y

[28] Lc. 1,38.
[29] Ps. 115,16.
[30] Gen. 1,3 s.
[31] Io. 1,14.
[32] Véase SANTO TOMÁS, 3, q. 31-32 s.

gloria de que ahora goza en el cielo. Pues, como dice San Ambrosio [33], no sabe de lentos esfuerzos la gracia del Espíritu Santo, ni el arte de este mismo Espíritu necesita en sus obras lapso alguno de tiempo.

7. ¡Oh concepción en extremo maravillosa! ¡Oh vientre sagrado! ¡Oh purísimo seno, morada de la Divinidad, sagrario del Espíritu, vehículo del Verbo divino, carro triunfal del Rey eterno y cuadriga del verdadero Salomón, como está escrito: *A mis caballos uncidos a las carrozas de Faraón, te tengo yo comparada, amiga mía* [34]. ¡Oh seno más espacioso que el cielo, más brillante que el empíreo, más fragante que el paraíso! Pues aquí estuvo el primer paraíso del hombre, en el que por vez primera se dejó Dios ver del hombre. ¿Hay algo más puro, más santo, más opulento que este seno? De ahí que en los Cantares se dice: *Tu vientre como montoncito de trigo* [35], del cual son alimentados los ángeles, restaurados los pueblos, saciados los espíritus; de él procede *el pan que ha descendido del cielo* [36], y el que se alimenta de él no morirá [37] para siempre.

Cercado de azucenas [38]. ¿De qué azucenas, sino de las que se alimenta el cervatillo *que apacienta entre azucenas*, siendo él mismo *el lirio de los valles?* [39] *Cercado de azucenas* en medio de los lirios, *apacienta entre azucenas;* pues el vástago virginal sólo en los lirios puede encontrar su comida. Lirios primaverales, lirios cándidos son la castidad, la pureza, la caridad, la piedad, la humildad, la benignidad, la santidad: de estos lirios se alimenta en el seno el celestial cervatillo, éstos forman el valladar del vientre virginal. Pues el valladar de lirios de la Virgen es la plenitud de las virtudes; y bien *cercado de azucenas*, atrincherándose Dios a sí mismo, a fin de que por parte alguna tuviera entrada el pecado, estando lleno por dentro de la Divinidad y fortificado por fuera con el valladar de las virtudes.

¿Quién puede expresar las delicias de este seno y explicar dignamente sus riquezas? Explícanos tú, ¡oh Virgen!, cómo concebiste sin perder la virginidad y engendraste sin contraer mancha alguna. Dinos lo que experimentas al ser inundada enteramente en sabrosísimo néctar, al encerrar en tan reducido recipiente el inmenso océano de deleite, al saber con toda certeza que las delicias del género humano se encierran en ti? Dinos, te repito, ¿qué ardor te inflama? ¿Qué llamas te abrasan al deslizarse en el tierno seno

[33] San Ambrosio sobre San Lucas, l. 2, c. 1, n. 19.
[34] Cant. 1,8.
[35] Ib. 7,2.
[36] Io. 6.33 y otros.
[37] Ib. 6.52.
[38] Cant. 7,2.
[39] Ib. 2,1.

el horno de Dios y sepultarse el abismo de la dulzura en el estrechísimo vientre? Dinos, ¡oh Bienaventurada!, ¿con qué efervescencia de dulzura se desborda aquella Fuente perenne, aprisionada en la estrechez del seno? ¿Qué rayos despide aquella ardiente Hoguera, cubierta por el velo de la carne? ¿Qué rayos lanza este Sol espléndido, velado por tan tenue nubecilla? Dinos, ¡oh Virgen sacratísima!, flor y gloria a la vez de las vírgenes, ¿de qué poder estás revestida para soportar tan poderosas embestidas de felicidad? ¿Cuál es el ímpetu de los ardores que aguantas? ¡Oh Arca deífera, llena del inmenso tesoro! ¡Oh preciosísima Urna, rebosante del bálsamo celestial! ¿Qué alabanzas diré en tu honor? ¿Cómo puedo celebrarte dignamente? Tu dignidad, tu felicidad, tu sublimidad, tu gloria superan mis fuerzas, aventajan en mucho mi elocuencia; cuanto podemos pensar o decir de ti, es un pálido reflejo de tu alabanza, está muy por debajo de tu felicidad. Pues de un solo vuelo llegaste a la cumbre de tan sublime dignidad, que ni humana ni angélica mirada alcanzan a vislumbrar tu elevación, ya que repentinamente de hija de Adán y humilde doncella fuiste convertida en Madre del Salvador, Señora del mundo, Reina del cielo y Emperatriz de toda criatura; y por eso justamente las criaturas te alaban a coro, te bendicen todas las generaciones, la presente y la venidera, sus hijos y los que de éstos nacerán.

8. Penetra el universal Artífice en las estrecheces del seno virginal; el que hizo todas las cosas recibe la humanidad de una mujer. Se estrecha el Inmenso en la mísera vasija de un cuerpo humano y ciñe los anchurosos espacios con diminuto ceñidor; ya lo había predicho el Profeta: *Revistióse de gloria, armóse de fortaleza y se ciñó todo de ella* [40]. La Divinidad se une a la naturaleza humana en la persona, y con lazo admirable y divino artificio se compaginan las dos naturalezas en una sola persona. Por un prodigio inaudito, que suspende a la naturaleza y deja atónito al cielo, aparece en el mundo un Dios hombre y un hombre Dios: un Dios oculto en el hombre y un hombre injertado en Dios; prodigio de prodigios, milagro sobre todos los milagros del mundo, ante el cual palidecen todas sus maravillas. En efecto, en el sagrado seno de la Virgen, como en un horno de fundición, echados como en partes iguales el oro de la Divinidad y la plata de nuestra humanidad, se forja por el fuego del Espíritu Santo el divino electro Cristo Jesús. Tal lo había previsto Ecequiel [41] en una misteriosa visión. Este es el Cordero de Dios, éste es el Salvador y guarda del mundo, nuestra esperanza, nuestra gloria y nuestra cabeza, nuestro orgullo y la corona de nuestro pueblo; el que purifica las manchas, el que nos proporciona todos los bienes. ¿Cuánto más faustamente se forja ahora este Cordero en el seno de la Virgen que se forjó [42] antiguamente de los zarcillos el becerro en el monte Horeb? Los que adoraron aquel becerro, se prostituyeron en el desierto; los adoradores de este Cordero, se harán acreedores a la gloria y conquistarán el cielo. Esto en cuanto a la historia.

[40] Ps. 92,1.
[41] Ez. 1,4.

9. Pero explícanos, ¡oh ángel de Dios!, ¿cómo o cuándo tuvo cumplimiento tu promesa? ¿Cuándo se sentó sobre el solio de su padre David el Hijo de la Virgen que nos anuncias? ¿Cuándo manejó las riendas del gobierno en la casa de Jacob? *Le hemos visto... el desecho de los hombres* [43], abyecto y miserable, llevar una vida trabajosa y llena de infortunios: le hemos visto soportando toda su vida las persecuciones, asechanzas, odios, envidias, hambre, sed, desnudez, pobreza; sin tener casa, ni esclava, ni siervo, ni campo, ni viña, ni oro, ni plata, ni donde reclinar [44] siquiera su cabeza, y teniendo que vivir siempre de su propio trabajo y las limosnas de los demás. Así, pues, ¿dónde está el trono? ¿Dónde el reino, dónde la majestad prometida? ¿O acaso se llama a esto reinar? ¿Es esto ejercer el imperio en la casa de Jacob, si la casa de Jacob no le obedece? A no ser que pueda haber un rey sin reino. Vemos cómo grita la casa de Jacob ante el presidente Pilatos: *No tenemos rey, sino a César* [45]. Y también lo confiesa El mismo ante Pilatos, diciendo: *Mi reino no es de este mundo* [46]; y otra vez: *Mi reino no es de acá* [47]. ¿Cómo aseguras tú que ha de reinar precisamente donde El niega que reina y el pueblo no está conforme con su reino? ¿Cómo reina, repito, quien no tiene reino? O, ¿cómo puede suceder Cristo pobre al rey David, para que digas que ocupará su trono? Si hubieras dicho que el trono de su Eterno Padre, no habría inconveniente en admitirlo, porque no hay ningún fiel que ignore o que no crea que Cristo Jesús está sentado [48] en trono de majestad a la diestra del Padre; pero no se puede creer fácilmente tratándose del trono de David y del reino de Jacob.

¡Oh ángel de Dios!, si la Virgen no tuviera iluminación especial del Espíritu divino, ¿cómo no había de sentirse víctima de una celada, si esperaba también ella la reden-

[42] Ex. 32,4.
[43] Is. 53, 2-3.
[44] Lc. 9,58.
[45] Io. 19,15.
[46] Io. 18,36.
[47] Ib.
[48] Mc. 16,19.

ción temporal de Israel y veía al que habías prometido que había de reinar: le veía necesitado, desnudo, pobre, abandonado y hambriento, y por otra parte contemplaba los principios de su nacimiento en el establo [49], en el pesebre, en el heno, y al poco tiempo su huída al través del desierto y su largo destierro [50] entre gentes bárbaras? ¿No se acordaría entonces de tu promesa y exclamaría: dónde está, ¡oh ángel!, tu promesa, dónde el trono y la gloria del reino? Si el niño ha de ser rey, ¿dónde está el oro, la plata, las riquezas, la familia, la púrpura, el brillo y el honor del imperio? ¿Son acaso éstos dignos comienzos de un reino? ¡Oh ángel de Dios! Tú prometiste que sería yo reina siendo mi hijo el rey, y he aquí que me veo peregrina: habías anunciado que sería feliz con Hijo de tal calidad, y me veo sola, afligida, desterrada y buscando mi alimento con mi propio esfuerzo. ¿Es éste acaso el trono de David? ¿Es éste el reino, éste el honor, ésta la regia pompa y suntuosidad regia? Y ¿qué no diría al verlo pendiente del patíbulo, sujeto con clavos, desgarrado por los tormentos, despojado de sus vestidos, soportando una muerte dolorosísima a la vez que la afrenta de la deshonra? ¡Con qué gemido hubiera exclamado, ¡oh ángel!, ¿dónde están tus promesas? ¿Dónde el brillo y la gloria del reino, dónde la verdad, la fidelidad; dónde la confianza y seguridad? Véolo morir afrentado; ¿puedo esperar verle reinar?, ¿o se va a dejar la corona para después de muerto?

10. A lo cual podría muy bien responder el ángel: Cesen ya tus lamentos, ¡oh Virgen!; como mensajero de la verdad, no puede sino ser verdad lo que digo: levanta tus ojos hacia el Hijo y te convencerás que he dicho la verdad. ¿No ves la nobleza de su origen real? ¿No te fijas en su estandarte? ¿No miras a su cabeza engalanada con la real diadema? ¿No paras la atención en el título pendiente del real trono? ¿No oyes las voces de tantos que le aclaman por rey? ¿No distingues el cetro que sujeta su poderosa mano? ¿Qué le falta, ¡oh Virgen!: qué le falta para el reino? Coronado como rey en la casa del presidente, tomó posesión de la púrpura y el cetro, de la corona y el trono: aclamado allí por rey, saludado con rodilla en tierra, vestido de púrpura, recibió allí también de parte de los soldados del juez los homenajes reales; ¿qué importa para el reino fueran con verdad o con burla?

Date cuenta, ¡oh María!, del misterio, reconoce el gran sacramento: las burlas de pérfidos hombres se transforman en alabanzas ante Dios y los ángeles, y lo que dicen para afrentarle, lo canoniza la verdad: la injuria de los perversos es verdadera gloria del reino; parecen mofarse de El, pero de verdad es coronado como rey: aquella corona de espinas es ante Dios verdadera corona de laurel; punza, es verdad, pero unge a la vez; atormenta, pero da honra. Y si quieres penetrar completamente el misterio, aquella cruel cruz es el trono del reino de David; pues tal es el que el Profeta Rey dejó a Cristo sucesor suyo. ¿No recuerdas haber leído: *Que reinó el Señor desde el madero?* [51] Mira cómo el ladrón que estaba colgado con él implora la regia majestad.

Medita todo esto, ¡oh Virgen!, y comprenderás que he dicho la verdad. Bien conocía en espíritu este secreto el Real Profeta cuando mandó anunciar, no a los judíos, sino a los gentiles: *Publicad entre las naciones que reina el Señor desde el madero.* Pues abandonado y rechazado, el pueblo de los judíos había conocido por inspiración del Espíritu que el reino y trono de David había de ser traspasado a los gentiles cuando Cristo fuera elevado como rey en el madero; y por eso recomienda al presidente gentil que no permita sea borrado su título de rey por la malicia de los judíos. Porque veía en espíritu el empeño de los judíos en borrar el título y había oído las voces de los que clamaban con insistencia: *No has de escribir: «Rey de los judíos», sino que él ha dicho: «Yo soy el rey de los judíos»* [52]. Preocupado, pues, por el trono de su reino, persuade al presidente Pilatos que no condescienda con su voluntad, sobre lo cual había ya también elevado prolongadas oraciones a Dios, diciendo: *Para que no borre a David en la inscripción del título* [53]; tal es el título de la mayor parte de los Salmos.

Y así, el presidente, como amonestado por el oráculo, permaneció firme en su determinación, diciendo: *Lo escrito, escrito* [54], sin darse cuenta ciertamente de lo que decía, pero anunciando un gran sacramento. Por consiguiente, éste es el trono de David que prometió el ángel, trono al que está

[49] Lc. 2,7 s.
[50] Mt. 2,13 s.

[51] Ps. 95,10. Tal es la versión del Salterio Romano, aunque ni la edición griega, ni la hebrea, ni la Vulgata expresan la palabra *a ligno* (desde el madero). Como en el Salterio Romano se encuentra en Arnobio, San Agustín, Casiodoro y otros muchos, que cita Lorino sobre el salm. 95 v. 10, donde se trata ampliamente este asunto, en que no es justo detenerse aquí. Por tanto, no atendió el sagrado Orador al himno eclesiástico, como nota el editor de Bruselas, sino al Salterio Romano o a la lectura adoptada por los Santos Padres, que no podía serle desconocida, ya que tan versado se halla en sus obras, y de una manera especial en las *Enarrat. in Psal.* de San Agustín.
[52] Io. 19,21.
[53] Ps. 56,57,58 y 74. Trae una larga nota citando un párrafo de San Agustín *(Enarrat. in Psalm.* serm. 1, n. 1) sobre la explicación de ese título de varios Salmos.
[54] Io. 19,22.

vinculado el título del reino de David. Desde él, como había anunciado el mensajero en su fiel embajada, reinará eternamente Cristo sobre la casa de Jacob, no aquel Jacob carnal e insignificante, sino el Jacob espiritual extendido por todo el orbe; esto es, la Iglesia santa de Dios.

II. Simbolizó ya esta extraordinaria embajada aquel fiel siervo [55] de Abraham, a quien el santo patriarca envió a su patria a buscar esposa para su único hijo, conjurándole antes no tomarla de las vecinas hijas de Canaán. Este siervo, encontrando a la hermosísima Rebeca junto a un pozo y tomando como señal del matrimonio que iba a buscar el darle de beber de buen grado a él y a sus camellos, la obligó con zarcillos y otros regalos, trayéndola, con el permiso de su padre, para desposarla con el hijo de su señor. ¿Hay algo más semejante a este celestial matrimonio? El padre sublime, esto quiere decir el nombre de Abraham, no tiene por digna esposa para su único hijo ni a una de las más encumbradas naturalezas angélicas, y envía a un legado allá a su tierra fiel, a fin de que busque para su hijo una esposa de entre su parentela [56], la naturaleza humana, que había creado a su semejanza, pues, como dice San Pablo: *Porque no tomó jamás la naturaleza de los ángeles, sino que tomó la sangre de Abraham* [57].

Vino, pues, el legado al mundo, encontró a la Virgen junto a la fuente de las aguas, esto es, escudriñando las divinas Letras y sacando divinas inspiraciones de la profundidad de la letra; se pasma el celestial paraninfo ante la perfección de la doncella y ante tan extraordinaria hermosura de la Virgen. La Escritura nos dice cuál era ésta: *Joven en extremo agraciada, doncella hermosísima y todavía virgen, había bajado a la fuente y, llenado el cántaro* de agua, *se volvía* [58]. Había bajado con humildad, había agradado por su virginidad, había llenado su cántaro de agua; así la saluda el ángel: *Dios te salve, oh llena de gracia.* ¡Oh hidria llena y rebosante, de la cual se empapan todas las criaturas racionales! Bebe el mensajero, beben los encorvados camellos; es decir, de tu plenitud, ¡oh María!, has saciado a los ángeles y a los hombres. Pues ¿quién es el que no ha bebido de esta hidria tuya? De ella tomó el ángel la gloria; el justo, la gracia; el pecador, el perdón; el triste, la alegría; el cautivo, la libertad. Todos beben de ella, y no disminuye la hidria. Bebe hasta el mismo Omnipotente, y, embriagado por el amor, olvidado de su majestad, se dirige presuroso hacia

[55] Gen. 24,3 s.
[56] Ib. 24,4.
[57] Hebr. 2.16.
[58] Gen. 24,16.

su Amada; y, como el hijo del unicornio, queda encerrado en el seno de la Virgen y aprisionado por los lazos de la carne, según está escrito: *El Amado será el hijo de unicornio* [59].

Por tanto, el mensajero del opulento y poderoso Señor, deslizando maravillosos misterios en los oídos virginales con delicadas palabras, cautivó a la sagrada Virgen con las joyas taraceadas de plata, y conseguido el consentimiento, la desposó para siempre con el Hijo de su Señor, de tal manera que en el sagrado tálamo de su seno ya no sean dos cosas Dios y el hombre, sino una sola carne, una sola persona, un sólo Dios y hombre, Nuestro Señor Jesucristo; uniendo en sí mismo con indisoluble vínculo en la hipóstasis feliz la naturaleza de Dios y del hombre, al cual, junto con el Padre y el Espíritu Santo, se debe todo el honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON III

Has hallado gracia en los ojos de Dios (Lc. 1, 30).

I. Todas las alabanzas que se pueden pregonar de la Virgen están compendiadas en su maternidad divina. En efecto, ¿qué no era justo tuviera la Madre de Dios? ¿Hay algo que no pudiera darle Dios? ¿Algo que no quisiera darle el Hijo? Por tanto, si era conveniente, y pudo hacerlo, y quiso, sin duda alguna lo hizo. Ella es la urna en que se guardaba el maná escondido [1]; ella, el arca del Testamento, revestida de oro por dentro y por fuera [2]; ella, el impenetrable santo de los santos, aquel santísimo tabernáculo [3]. ¿Cómo puedo celebrarte, oh Virgen? ¿Con *quién te compararé o a qué cosa te asemejaré, oh hija de Jerusalén?* [4] Si te comparara con una tierra fértil, hermoseada de renuevos, rosas y flores, eres tú más fecunda; si con el cielo, tachonado de estrellas, eres tú más hermosa por tus virtudes, y más anchurosa, puesto que encerraste [5] en tu seno a quien los cielos no eran capaces de abarcar; si con las más santas mujeres del Antigo Testamento, no has tenido una [6] que se te asemeje ni que de cerca

[59] Ps. 28,6.
[1] Hebr. 9.4.
[2] Ex. 25.11.
[3] Hebr. 9,3.
[4] Lam. 2,13.
[5] La Iglesia en el oficio parvo de la B. M. V.
[6] San Bernardo, *Serm.* 4 *en la Asunc. de la B. M. V.*, n. 5.

pueda seguirte; si con las potestades angélicas, fuiste elevada [7], santa Madre de Dios, sobre los coros angélicos al reino celestial. Por consiguiente, *¿a quién te igualaré?* [8] Es sola, es única mi elegida, es única y no tiene igual; porque todo lo inferior a Dios, excepto la humanidad de Cristo, es también inferior a ti: sólo Dios te aventaja, todo lo demás está más bajo que tú. Por tanto, *¿con quién te compararé?* Aquel sabio que se llamó Salomón, no pudiendo con un solo trazo expresar la multiplicidad de tus virtudes, pretende describirte con una serie de símiles: *Elevada estoy cual cedro sobre el Líbano, y cual ciprés sobre el monte de Sión. Extendí mis ramas como una palma de Cades; me alcé como un hermoso olivo en los campos y como el plátano en las plazas junto al agua. Como el cinamomo y el bálsamo aromático despedí fragancia. Como mirra escogida exhalé suave olor, etc.* [9] *Cedro*, por la altura; *palma*, por la esbeltez; *oliva*, por el aceite de la misericordia; *plátano*, por la elegancia; *bálsamo*, por la fragancia e incorrupción de las virtudes; *mirra*, por la virtud preservativa, etc. Pero entre tantas comparaciones sólo expondré aquella en que eres llamada: *Negra, pero bien parecida, como los pabellones de Salomón* [10]. ¿Quién es este Salomón sino el rey pacífico? Dos clases de virtudes tiene este rey: divinas unas, como la omnipotencia, la eternidad, la inmutabilidad, la infinidad, etc., y otras humanas, las que ejercitó en su vida mortal, como la abstinencia, la humildad, la pobreza, la paciencia, la fortaleza, etc. Estas son las pieles de que se viste Salomón. Vive *el Señor, que de todas ellas te has de adornar* [11] como con un vestido de gala; y también: *El cíngulo de sus lomos será la justicia; y la fe, el cinturón con que se ceñirá su cuerpo* [12]. La Virgen es *bien parecida, como los pabellones de Salomón*, porque nadie ha imitado las virtudes de Cristo como la Virgen. Sin mancilla fué El, ella inmaculada; pobre El, también ella pobre; humilde El, ella también humilde, etc. Si descendemos a lo particular, en ningún otro lugar de la Sagrada Escritura resplandecen tanto las virtudes de la Virgen como en este texto evangélico.

2. Para ello parad mientes en la historia. *Cumplido que fué el tiempo* [13], para revelar el misterio oculto [14] desde el comienzo de los tiempos y manifestado en los últimos, como dice el Apóstol, llama Dios a Gabriel, y preséntate, le dice,

[7] La Iglesia en el día de la Asunción de la V. M.
[8] Lam. 2,13.
[9] Eccli. 24,17-20.
[10] Cant. 1,4.
[11] Is. 49,18.
[12] Ib. 11,5.
[13] Gal. 4,4.
[14] Col. 1,26.

a la Virgen María, llevándole un mensaje sobre todo mensaje: en ella Dios se hará hombre. Pásmase el ángel, pues es seguro que el misterio de la Encarnación no era conocido de todos: se dispone, sale disparado del cielo, toma un cuerpo brillante, hermoso, rutilante, pues los ángeles toman cuerpo según las embajadas y las personas; y así se dice del ángel que espantó a los guardianes del sepulcro: *Era su semblante como el relámpago* [15]. ¡Oh, qué hermoso este nuestro ángel de que tratamos, qué a propósito para la embajada de que era portador y para la persona a que se dirigía! Se encontraba la Virgen en su escondido retrete, apartada de los hombres, sola con Dios y sus ángeles. No puedes, ¡oh Virgen!, cerrar las puertas al ángel. Entra el ángel, se postra de rodillas ante la Virgen y la saluda: *Dios te salve, ¡oh llena de gracia!, el Señor es contigo* [16], y aun más que conmigo.

¿Oyes, ¡oh Virgen!; ves, ¡oh Virgen!, la categoría de este soldado celestial, cómo se postra, cómo te saluda? ¿Qué piensas? Responde, ¿qué piensas? El te saluda, corresponde a su saludo. ¿Por qué esos purpúreos colores en las mejillas virginales, como una rosa de adorno? ¿Por qué esa turbación? ¿Por qué vacilas, por qué te estremeces? Es un ángel, no un hombre; viene del cielo, no es de la tierra; te saluda con reverencia, no espanta con su poder; ni lleva tampoco espada en la mano: ¿por qué, pues, te turbas así, por qué temes? Es éste un saludo de alegría, no de espanto. *Al oír tales palabras*, dice, *la Virgen se turbó* [17]. ¡Oh pudor singular, oh honestidad increíble, oh excelsa timidez! Aprended, mujeres; aprended, doncellas, a no erguir el cuello y conversar con descaro; pues hay muchas que tienen por elegante habilidad a la falta de pudor.

Pero, ¿por qué se turba? No precisamente por la presencia, sino por las palabras; aunque ciertamente también la presencia produjo su tanto de turbación. Como ocurre en casos semejantes, aquí de los discursos de la inteligencia puesta en tales aprietos. Se le viene a las mientes a la Virgen la aparición del ángel a Abraham y la exclamación del patriarca cayendo a sus pies: *Si he hallado gracia en tu presencia* [18]. Y lo mismo Lot, habiendo llegado *dos ángeles a Sodoma, al tiempo que Lot estaba sentado a la puerta de la ciudad, luego que los vió, se levantó y salióles al encuentro, y los adoró inclinándose hacia el suelo* [14]. ¿Qué es lo que pasa, oh ángel de Dios? Los santos patriarcas se pos-

[15] Mt. 28,3.
[16] Lc. 1,28.
[17] Ib. 1,29.
[18] Gen. 18,3.
[19] Ib. 19,1.

tran ante los ángeles, ¿y tú te arrodillas ante mí? ¿Acaso soy yo ni siquiera como uno de los patriarcas? ¿Qué novedad es ésta? Cosa admirable: si eres hombre, ¿cómo entraste hasta aquí? Si eres demonio, ¿cómo brillas así? Y si ángel, ¿cómo te abates? Realmente no hay duda, eres un ángel de Dios; y entonces, ¿a qué viene este saludo? ¿A qué el humillarte de esta manera ante mí, humilde doncella, pobre y desconocida? No soy una reina tan poderosa que hayas de inclinarte en mi presencia.

¡Oh Virgen, si conocieras lo que eres en la presencia de Dios, cuán poderosa ante El, cuán estimada de El! ¡Oh Virgen!: *no temas, porque has hallado gracia en los ojos de Dios* [20]. *Grandiosas cosas ha hecho el Señor* [21] contigo. *Sábete que has de concebir en tu seno, y parirás al Hijo* [22] de Dios. Por tanto, nada tiene de extraño si trato con esta reverencia a la Madre de mi Señor, a mi Reina. Ni me desdeño de postrarme ante ti, aunque sea un ángel, porque el que nacerá de ti te prefirió a mí. Si Abraham era amigo de Dios, tú eres su Madre; si Lot y otros le fueron familiares, tú eres Esposa suya. Conozco tu humildad, conozco tu modestia; te tienes en poco, y por eso te turbas. Sin embargo, eres más grande que los que te han antecedido y los que vendrán después de ti.

Firme permanece la honestidad mientras se turba, y firme la humildad, que es la causa de esa turbación.

3. Ved también la prudencia: *Púsose a considerar qué significaría una tal salutación* [23]. ¿Por qué piensas, ¡oh Virgen!, antes de responder? Mira que es un ángel y no la serpiente. Eva respondió precipitadamente, mas la Virgen meditaba; Eva consintió al pronto, María piensa lo que ha de responder al ángel. ¡Qué diferencia entre aquella primera mujer y esta mujer beatísima! Habla largo rato el ángel, había dicho ya todo lo que quería, había explicado bien su embajada, y, sin embargo, aun no habla la Virgen. Ved la discreción de la Virgen. Aprended, doncellas, a no ser locuaces.

¿Cómo ha de ser esto? Pues yo no conozco varón [24]. No tengo duda del misterio, sólo me intereso por el modo. Observad dos virtudes de la Virgen. La primera es la fe. Dice el Angel: Dios se va a hacer hombre; el Verbo, carne; el Creador nacerá de una criatura, vas a engendrar al que te creó. Cree la Virgen, no vacila la Virgen, no pide una señal del cielo ni de la tierra, ni siquiera un motivo.

[20] Lc. 1,30.
[21] Ps. 125.2.
[22] Lc. 1,31.
[23] Ib. 1.29.
[24] Ib. 1.34.

Creyó Abraham a Dios, y le fué reputado por justicia [25]. ¿Qué es lo que creyó? Simplemente, que había de dar a luz una anciana. Mucho más es decir que dará a luz una virgen, y que dará a luz a su Creador. ¿Qué señal dará Dios de esto? No *se rió*, como *Sara detrás de la puerta de la tienda* [26]. Aun no había sonado un anuncio semejante, un anuncio tan sorprendente; y, sin embargo, creyó la Virgen lo que le decía el ángel, aunque no daba prueba de ello. *Ahí tienes a tu parienta Isabel, que en su vejez ha concebido también un hijo* [27]. No era difícil creer que había de dar a luz Isabel, estéril y anciana, cuando había creído que lo había de hacer una Virgen. Lo más digno de alabanza en la fe de Abraham es como lo secundario en la fe de la Virgen; y, sin embargo, encarece el Apóstol en gran manera la fe de Abraham, al decir de él: *habiendo esperado contra la esperanza, creyó* [28].

La segunda virtud que debe ser señalada sobre todas sus virtudes es la virginidad. En efecto, había oído que había de dar a luz a todo un Dios rey, y, sin embargo, pregunta: *¿Cómo ha de ser eso?* ¡Oh Virgen, cuán esclarecidas vírgenes pierden la flor de su virginidad por amor a la descendencia, aunque saben que no han de engendrar sino un triste mortal! Y tú, sabiendo que has de dar a luz a Dios, aun vacilas y exclamas: *¿Cómo ha de ser eso*, oh ángel de Dios? No importa el cómo, serás Madre de Dios. Podría citarte, ¡oh Virgen!, algún modo prefigurado en la ley. Bien conoces las Escrituras; sé que conoces a la que le ha de dar a luz. ¿Se cumplirá la ley y los profetas? Presta atención: mira cómo ardía la zarza [29] y no se consumía; crepitaba el fuego, y la zarza permanecía intacta; así serás tú vestida del sol, el sol te circundará, y no sufrirá mengua tu virginidad. Le vestirás a El de carne, y tú serás revestida de su esplendor; le vestirás de la humanidad, y serás revestida de la divinidad. Le coronarás con la diadema de nuestra mortalidad, y El te ceñirá la diadema de la gloria. Serás virgen, pero fecunda; madre serás, pero incorrupta; conservando el honor de la virginidad con los gozos de la maternidad.

4. Sólo en ti estarán unidas la virginidad y la maternidad. ¿No recuerdas acaso cómo sin dispositivo alguno cayó el rocío [30] sólo sobre el vellocino en la era en tiempo de Gedeón? No olvides que está escrito: *Descenderá*, re-

[25] Iac. 2.23.
[26] Gen. 18,10.
[27] Lc. 1,36.
[28] Rom. 4.18.
[29] Ex. 3.2.
[30] Iud. 6.37.

firiéndose a tu seno, *como la lluvia sobre el vellocino de lana* [31]. ¿Qué otra cosa también puede significar aquella puerta de Ecequiel [32], que estaba cerrada y no había de atravesarla varón alguno, puesto que su entrada y salida está reservada para Dios, sino que el claustro de tu pudor quedará cerrado? ¿No puede acaso salir del seno cerrado el rayo del sol sin necesidad de escindirlo? Vemos cómo el rayo pasa a través de los cristales sin dividirlos. Si aun pretendes penetrar más cabalmente este admirable misterio, nadie es capaz de comprender cómo se ha de realizar este tan gran sacramento en tu seno; como a mensajero, sólo se me ha encomendado anunciar el hecho; si insistes en el modo, te responderá el supremo Artífice: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti* [33]. El solo sabe cómo se ha de realizar esta obra inefable: El bajará sobre ti, *y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra.*

¡Qué sentido tan profundo el de esta palabra: *Cubrirá con su sombra!* De manera, ángel de Dios, que se te pide la demostración, y me hablas de sombras. ¿Por qué no dices *iluminará?* Porque las cosas se conocen no por las sombras de las tinieblas, sino por la claridad de la luz, y el Espíritu Santo tiene por oficio ilustrar, no oscurecer. Pero es preciso penetrar la fuerza del vocablo. El Espíritu Santo alumbra a las demás criaturas, pero a ti *te cubrirá con su sombra;* pues en las demás derrama su luz para ahuyentar las tinieblas, mas en ti, donde se encierra corporalmente la plenitud de la luz, se hace necesaria la sombra para templar los rayos de la claridad, pues el Verbo que ha de encarnarse en tu seno *habita en una luz inaccesible* [34].

¡Qué satisfactoriamente responde el ángel a la pregunta de la Virgen! Pues, qué significa *obrumbare* sino cubrir con la sombra? Y ¿qué fué el cuerpo unido al Verbo sino sombra? Como dice Orígenes [35], así como la sombra sigue siempre al cuerpo en la figura y el movimiento, ni más ni menos la humanidad de Cristo sigue sin desviarse en un ápice las más ligeras insinuaciones de la voluntad divina; siempre marcharon de perfecto acuerdo en Cristo la voluntad divina y la humana. Por consiguiente, aquella sombra bendita figura el cuerpo de Cristo, del cual se dice: *A la sombra* de él *viviremos entre las naciones* [36]; porque bajo su luz viviremos entre los ángeles. Es aquélla de la cual se dice: *Sentéme a la sombra del que había yo deseado* [37]. Por ende,

[31] Ps. 71,6.
[32] Ez. 44,2.
[33] Lc. 1,35.
[34] 1 Tim. 6,16.
[35] *Periarchon,* l. 2, c. 6, que trata de la encarnación de Cristo, n. 7. Cita en nota las palabras textuales de Orígenes.
[36] Lam. 4,20.
[37] Cant. 2,3.

no te preocupes, ¡oh Virgen!, por tu virginidad, al no conocer varón; sábete que su cuerpo no será formado con el concurso de varón, sino que el Espíritu Santo *te cubrirá con su sombra,* es decir, lo formará dentro de ti.

5. Habían hablado ya largo rato el ángel y la Virgen, habían prolongado este dulcísimo diálogo desde el atardecer hasta la media noche (¡oh dichosa compañía, oh noble simpatía la que se establece entre el ángel y la Virgen, pues la virginidad se emparenta con los ángeles!); el ángel quiere tornar ya al que le envió. Ea, Virgen hermosísima, Virgen sagrada, conoces ya el misterio, te has dado cuenta del modo de su ejecución, presta el consentimiento, despacha ya al mensajero: están mirándote con expectación el cielo y la tierra, toda la creación espera tu consentimiento.

Entonces la Virgen, con el corazón inflamado, llena de gozo, absorta en el gran misterio, de rodillas, elevadas las manos, con los ojos en el cielo, da aquella respuesta: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra* [38]. Cierto *esclava del Señor,* pero también su Madre; cierto *esclava,* pero también Esposa de Dios; *esclava,* pero Reina de los ángeles; *esclava* de Dios, pero gratísima y amadísima de Dios; *esclava,* pero sobre todas las esclavas. Y si la Madre de Dios es esclava, el Hio ha de ser esclavo, según la ley. No niega El esto en el Salmo: *Oh Señor, siervo tuyo sou e hijo de esclava tuya* [39]. Pone la razón de su esclavitud: E hijo de la esclava tuya, la cual, al concebir, dijo: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. Hágase en mí:* no sólo en ti, sino en todos por tu medio, aunque sólo en ti *hágase* para nosotros. ¡Oh palabra admirable! La Virgen imita a Dios: con esta sola palabra fué creado el mundo, y con la misma fué reparado, ya que la Virgen arrebató, como si dijéramos, al Verbo de la boca de Dios. Porque *en el principio dijo Dios: Sea hecha la luz, y la luz quedó hecha* [40]. Dijo la Virgen: *Fiat* la luz del mundo, y tuvo lugar. *Dijo Dios: Haya un firmamento en medio de las aguas, y quedó hecho.* Dijo la Virgen: *Fiat* la fortaleza en medio de la Iglesia, y tuvo lugar también. *Dijo Dios: Haya dos lumbreras y alumbren la tierra.* Dijo la Virgen: *Fiat* un luminar excelentísimo que alumbre al mundo, y se formó en su seno. Diciendo Dios *Fiat* fué creado todo lo que existe; diciendo *Fiat* la Virgen, se engendró el hombre por quien fueron hechas todas las cosas.

Por consiguiente: *Fiat* el Verbo carne, Dios hombre, el Eterno temporal, el impasible pasible; *fiat* lo que nunca antes tuvo lugar y la obra superior a todo lo que fué

[38] Lc. 1,38.
[39] Ps. 115,16.
[40] Gen. 1,3.

creado; *fiat* en la patria de los pecadores el Redentor, que es en los cielos la gloria y alegría de los ángeles. Y en el instante mismo de pronunciarse esas palabras, fué formado el santísimo cuerpo de Cristo, dotado de vida y unido al Verbo, y aquellas dos naturalezas se unieron en una sola persona. ¡Oh modo admirable! No hubo allí composición, ni mezcla, ni confusión. ¡Oh qué infusión! ¡Oh qué gracioso tálamo real! Qué sentido tan profundo, qué torrente de gracias se encerró en aquella infusión del Verbo! ¡Qué alegría en el espíritu de la Virgen con este nuevo huésped, el mismo Espíritu de Dios!

El Verbo se hizo carne. Ignora esto el mundo entero, sólo lo conoce el espíritu de la Virgen. Cuán digna de admiración es tan gran humildad en semejante excelencia! ¿Qué piensas, ¡oh Virgen!, ahora de ti al verte tan poco ha madre y engendradora de Dios? ¡Qué poderosa, qué sublime, que admirable has sido hecha! Y, sin embargo, continúas humillándote, como está escrito: *Mientras estaba el rey recostado en su asiento, mi nardo difundió su fragancia* [41]. El nardo significa la humildad.

SERMON IV

Has hallado gracia en los ojos de Dios (Lc. 1, 30).

1. Entre las famosas visiones de Isaías ocupa un lugar preeminente la que nos describe en el capítulo sexto: *Vi al Señor sentado en un solio excelso y elevado, y las franjas de sus vestidos llenaban el templo. Alrededor del solio estaban los serafines: cada uno de ellos tenía seis alas: con dos cubrían su rostro, y con dos cubrían los pies, y con dos volaban. Y con voz esforzada cantaban a coros, diciendo: «Santo, santo, santo, el Señor Dios de los ejércitos, llena está toda la tierra de su gloria»* [1]. Comenta San Bernardo [2]: ¡Cuánto se diferencia esta visión de la otra en que

[41] Cant. 1,11.

[1] Is. 6,1-3.

[2] Serm. 1 en el domingo primero de noviembre, sobre las palabras de Isaías n. 1: «Se nos describe una visión con lenguaje profético: *Vi*, dice, *al Señor sentado*. Gran espectáculo, hermanos, y felices los ojos que lo vieron. ¿Quién no desearía con toda su alma contemplar la gloria de majestad tan excelsa? Pues éste fué siempre el único deseo de todos los santos, ya que es El el mismo en quien desean mirar los ángeles, y cuya vista es la felicidad eterna. Pero parece estoy escuchando otra muy diferente visión del mismo profeta y del mismo Señor; pues este Isaías es el mismo que dice

le vió sin hermosura! De aquella en que *le reputamos como un leproso, y como un hombre herido de Dios y humillado, el deshecho de los hombres, varón de dolores* [3]. Y ¿cuál es aquel solio en que atestigua el profeta que vió sentado al Señor sino la Virgen? Todas las demás almas son asientos, pero la Virgen es el trono real, del que se dice: *Hizo también el rey un gran trono de marfil, y le revistió de finísimo oro: asimismo seis gradas, por las que se subía al trono, y una tarima de oro, y dos brazos, uno por cada parte; y dos leones arrimados a los brazos. Además de otros doce leoncillos puestos sobre las seis gradas del uno y otro lado. En ningún otro reino hubo un trono semejante* [4]. Las seis gradas y los doce leoncillos, y lo demás que hizo el rey Salomón para embellecer el trono, todo está significando a la Virgen, en la cual cinceló el Señor el ornamento de todas las virtudes.

Llena está toda la tierra de su majestad. Es ésta la tierra virginal, de la cual dice el Salmo: *La verdad brotó en la tierra* [5]. Llena el Señor a las otras almas de sus dones, pero a la Virgen la llenó de sí mismo, de su semejanza: no sólo está *llena de gracia* la Virgen María, sino que también está llena de Dios.

Y las franjas de sus vestidos llenaban el templo. Llenó este templo virginal no sólo de su majestad, sino también de sus virtudes, de sus gracias, de sus dones, y en grado tan eminente, que no hay virtudes superiores a las de María, si no son las del que se sienta en el trono. Esto quiere decir: *Y las franjas de sus vestidos*, es decir, las virtudes en un grado superior al angélico; después de El, solo llenan a la Virgen.

Alrededor del solio estaban los serafines: cada uno de ellos tenía seis alas: con dos cubrían su rostro, y con dos cubrían sus pies, y con dos volaban. Estos serafines, dice San Bernardo [6], son las dos naturalezas, la angélica y la

en otro lugar: *Nosotros le hemos visto, no es de aspecto bello ni es esplendoroso; le juzgamos como un leproso* (Is. 53,2-4), etc., donde ante todo hemos de considerar que ésta parece una visión común, y aquélla, propia de la prerrogativa profética. No sin motivo se escribe aquí *vi* y allí *hemos visto*, a fin de que se vea que aquélla es una visión común, y ésta es de una excelencia singular. Pues le vió Herodes sin belleza ni esplendor, y le menospreció; viéronle también los judíos, y llegaron hasta contar todos sus huesos. Ahora bien, sobre esta visión beatífica habla manifiestamente el profeta y dice: *Ha cometido él* (el impío) *la maldad, no verá la gloria del Señor* (Is. 26,10).

[3] Is. 53,3-4.

[4] 2 Par. 9,17-19.

[5] Is. 84,12.

[6] Sermón 3 en el domingo primero de noviembre, sobre las palabras de Isaías n. 1: «La palabra serafín, como frecuentemente habéis oído, amadísimos, es el nombre de espíritus celestiales, de uno de los nueve órdenes, del más alto y encumbrado; pero en

humana; pues las dos ciudades, la celestial y la Iglesia militante, tienen sus cimientos sobre este trono, a saber, la Virgen, pues que por ella fué redimida la naturaleza humana y reparada la angélica. Y ¿qué quiere decir aquello de que ocultaban *el rostro* y *los pies* del que está sentado, si no que dos son los misterios ocultos por excelencia, el misterio de la Trinidad y el de la Encarnación? *El rostro* representa al primero y *los pies* representa al segundo, por haber sido tomada la naturaleza humana. En efecto, ¿quién si no Dios puede conocer cómo una sola naturaleza sin dividirse permanezca la misma en tres distintas personas? E igualmente, ¿cómo dos naturalezas tan dispares están integradas en un solo supuesto? Admiramos en aquel misterio la diversidad de personas en una sola naturaleza, y en éste, la diversidad de naturalezas en una sola persona.

¿Quién pretenderá descubrir los ocultos *pies* del Señor y manifestarnos el sacramento de su Encarnación? El santo Bautista [7], más santo aun que un profeta, no se considera digno de desatar [8] la correa de su calzado, es decir, no puede comprender qué vínculo es el que une a aquellas dos naturalezas en un solo supuesto. De un modo semejante el

este lugar creo no se usa con ese significado, sobre todo teniendo en cuenta que son innumerables los ejércitos de aquéllos, y aquí sólo se hace mención de dos serfines. Yo, hermanos, si se permite a cada cual en esta parte abundar en su sentido, creo que en estos dos serafines está representada una doble naturaleza racional, la angélica y la humana. Y no nos maravillemos de ver al hombre convertido en serafín; recordemos que el Creador y Señor de los serafines se hizo hombre. Para afrenta tuya, ¡oh soberbio!, que creado entre los ángeles, no mereciste permanecer entre ellos, he aquí que nuestro Rey viene para hacer nuevos ángeles en la tierra y para que te consumas más y te atormentes con tu propia envidia, no unos ángeles cualesquiera ni de un orden inferior, sino nada menos que serafines. Pues escucha lo que El mismo dice: *Yo he venido a poner fuego en la tierra. Y ¿qué he de querer sino que arda?* (Lc. 12.49). Quiere, por tanto, hacer serafines para que permanezcan en el lugar de que tú caíste. *Los serafines*, dice, *estaban alrededor*. ¿Por qué, pues, tú que aparecías relumbrante por la mañana, no permaneciste en la verdad, sino porque no eras serafín? El serafín quiere decir ardor o incendio, y tú miserable de ti, tuviste luz, pero no ardor. Mejor te hubiera sido ser ardoroso que no esplendoroso, y sin el descomedido afán de lucir, puesto que tú estabas frío, hubieras elegido una región también fría. Pues dijiste: *Escalaré el cielo, sentaréme al lado del septentrión* (Is. 14.13). ¿Por qué te apresuras a salir tan de mañana, oh Lucifer? ¿Por qué te pavoneas sobre los astros, a los cuales pareces superar en resplandor? Tu jactancia durará muy poco. Te sigue el Sol de justicia, que te gloriabas de ser tú, cuyo ardor y esplendor juntos te reducirán a la nada. Inútilmente tratas de prevenir al final de los siglos en el hombre condenado que vas a tomar la venida del Señor, e inútilmente también tratas de ensalzarte sobre todo lo que se dice y honra como Dios, porque aun entonces serás totalmente destruído por el resplandor de su venida.»

[7] Mt. 11.9.

[8] Mc. 1.7; Lc. 3.16; Io. 1.27.

sabio Salomón, que aventajó [9] a todos en sabiduría, no comprende este misterio, pues exclama: ¿Es acaso *creíble que Dios habite con los hombres sobre la tierra?* [10]. Y no son los hombres los que no lo comprenden. El celestial paraninfo, que fué enviado a anunciar este misterio, confiesa con toda ingenuidad que no conoce el modo de su realización, ya que, preguntado por la Virgen: *¿Cómo ha de ser eso?* [11], la remitió al Espíritu Santo, diciendo: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti* [12]. Que es como si dijera: Yo, Señora, vengo sólo como mensajero, ignoro el modo. El Espíritu Santo, que es el admirable artífice de tan profundo sacramento, es el que sabe la manera en que se ha de cumplir en ti lo que te anuncio.

2. Por consiguiente, ¿quién osará tratar de descubrir tan profundo misterio, que excede aun a la mente angélica? Un abismo inescrutable, dice San Bernardo [13], es el sacramento de la Encarnación del Señor, un abismo impenetrable: *El Verbo se hizo carne, y habitó en medio de nosotros* [14]. Es un pozo profundo, y no tengo con qué sacar el agua. Y ¿quién puede sacarla de tal profundidad, si no aquella en quien tuvo lugar este misterio? Me refiero a aquella hermosa Rebeca, a saber, la sacratísima Virgen; ella es la que nos dará agua de este pozo, y dará a beber aun a los encorvados camellos, pues a ésta en la figura de Rebeca se refieren aquellas palabras de la Escritura: *Joven en extremo agraciada, doncella hermosísima y todavía virgen; había bajado a la fuente, y, llenado el cántaro* de agua, *se volvía* [15]. El Verbo divino es la fuente de la vida, y aquella alma sacratísima era la hidria. Veamos cómo está llena de agua. Dice el ángel: *Dios te salve, ¡oh llena de gracia!* [16].

También puede referirse la hidria a su seno sacratísimo. ¡Oh hidria más capaz que el mismo cielo! ¡Oh hidria más espaciosa que el mundo! ¡Oh agua que salta hasta la misma vida eterna, el Verbo de Dios! Tu alma, le dice, está llena de gracia, pero hay que llenar otras hidrias: *Sábete que has de concebir en tu seno y parirás un Hijo*. Concebiste en tu mente, pero has de concebir también en tu vien-

[9] 3 Reg. 3.12.

[10] 2 Par. 6,18.

[11] Lc. 1.34.

[12] Ib. 1,35.

[13] *Serm.* 2 *en la Anunciación de la B. V. María*, n. 1: «Abismo inescrutable verdaderamente es el misterio de la encarnación del Señor, abismo inescrutable aquel en que *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*. ¿Quién, pues, lo podrá sondear, quién podrá asomarse a él, quién lo comprenderá? El pozo es profundo y no tengo con qué pueda sacar agua» (trad. de la BAC).

[14] Io. 1.14.

[15] Gen. 24.16.

[16] Lc. 1.28.

tre; concebiste en tu espíritu, concebirás también en tu seno. el Profeta Rey, lleno de gozo en la consideración de tan elevado amor y de gracia tan abundante, que le hizo a Dios hacerse hombre, exhorta a todas las criaturas a regocijarse con él y a prestarle su ayuda para la celebración de tan gran solemnidad, diciendo: *Alégrense los cielos y salte de gozo la tierra; conmuévase el mar y cuanto en sí contiene* [17]. *Los ríos aplaudirán con palmadas; los montes a una saltarán de contento a la vista del Señor, porque viene* [18]. Pone como causa de tal alegría *porque viene*.

Alégrense por tanto las criaturas superiores y las inferiores, las espirituales y las corporales, las que están en el cielo y las que gimen aún en la tierra o en el limbo; para todos es el beneficio, común es el motivo de gozo. Alégrense los ángeles, porque vino su reparador; alégrense todas las criaturas corrompidas por el pecado, porque ha venido su libertador; pero, sobre todos, alégrense los hombres, porque llegó su Redentor. Dios se hace hombre; regocijaos, vosotros, los hombres, y saltad de júbilo; no debe tener medida la alegría, porque no la tiene el beneficio. Dios se ha hecho hombre; regocíjate, ¡oh hombre!, no reconozca límites tu alegría, pues que tampoco los reconoce la medida con que te amó Dios. Salta de gozo, *sacude de tu cuello el yugo, ¡oh esclava hija* [19] de Jerusalén!, porque llegó tu libertador. Ponte de fiesta y entona himnos de alabanza, hija de Sión: *Levántate, levántate, vístete de tus ropas de gala* [20], porque está próxima tu redención. Salten también de júbilo los que se encuentran en las tinieblas y *en la sombría región de la muerte, porque amaneció el día* [21] para vosotros. A nadie, dice el papa San León [22], se le priva de la participación de esta alegría; el motivo de la misma es común a todos; porque nuestro Señor, demoledor del pecado y de la muerte, así como los encontró a todos con el reato del pecado, del mismo modo vino para liberarlos a todos. Por consiguiente, salte de júbilo el justo, porque se acerca ya a la palma; alégrese el pecador, porque se le invita al perdón; no pierda la esperanza el gentil, porque es llamado a la vida. Y San Bernardo dice [23]: Alégrate, ¡oh padre Adán!, pero regocíjate tú más, ¡oh madre Eva! No te quejes ya de la mujer, ¡oh Adán!, ni la acuses; he aquí que se te da una mujer por otra mujer, mas una prudente por una necia.

[17] Ps. 95.11.
[18] Ib. 97.8-9.
[19] Is. 52.2.
[20] Ib. 52.1.
[21] Ib. 9.2.
[22] *Serm.* 21 (en otros, 20) *en la Nativ. del Señor*, I. c. 1.
[23] *Homil.* 2 *sobre «Missus est...»*, n. 3.

3. Pero, ¿quién es capaz de comprender tu gozo, ¡oh serenísima Virgen, al ascender con tal presteza a semejante altura? Debes alegrarte tú sobre todos los ángeles y hombres, cuanto más de cerca te toca el motivo de la alegría; ya que si Dios se nos da hoy vestido de carne, no es sino en tu seno, por tu mediación, de tu misma carne, naciendo de ti. Gran motivo tienes de alegría, ¡oh Hija del Padre!, esposa del Espíritu Santo, hecha hoy madre del Hijo de Dios, nuestro Redentor, Reina de los Angeles, Abogada de los hombres, guía de toda criatura, emperatriz y señora de todo el universo. En tales términos se expresa Isaías tratando de tu alegría: *Fructificará copiosamente, y se regocijará llena de alborozo, y entonará himnos; se le ha dado a ella la gloria del Líbano, la hermosura del Carmelo y de Sarón* [24].

¿Qué quiere decir: *Fructificará copiosamente?* ¿A qué viene esta ponderación sino a decirnos que engendró con la mente y concibió en el seno? O también nos insinúa que, al germinar sin concurso de varón, germinó con más excelencia que las otras madres, y su Hijo le pertenece con más propiedad que los otros a sus madres. *Y se regocijará llena de alborozo, y entonará himnos;* así, en efecto, cantó la Virgen: *Mi alma glorifica al Señor* [25]. *Se le ha dado a ella la gala del Líbano.* ¿Qué *gala del Líbano* es ésta que *se le ha dado* a la Virgen? ¡Cuán velada y profundamente la alaba el profeta! Pues sabemos, como se escribe en los libros de los Reyes [26], que el rey Salomón construyó el templo del Señor de los cedros del *Líbano*. Por ende, ésta es *la gala del Líbano*, el haber proporcionado la madera para la construcción del *templo*. Y esa *gala del Líbano* te pertenece, ¡oh Virgen!, pues de tus purísimas entrañas formó el Espíritu Santo el sacrosanto *templo* del cuerpo del Señor.

La hermosura del Carmelo y de Sarón. El Carmelo es un monte elevado en el que existen cedros altísimos; *Sarón* es un monte bajo, abundante en hierbas odoríferas. El primer monte significa la naturaleza angélica; y el segundo, la Iglesia. Por lo tanto, en la Virgen se encuentra *la hermosura del Carmelo y de Sarón*, porque toda la plenitud de los espíritus celestiales y de las almas santas, y de los dones todos, gracias y privilegios concedidos tanto a los ángeles como a los hombres, se hallan reunidos en su alma sacratísima. El ardor de los serafines, el esplendor de los querubines, la blancura de la naturaleza angélica, el poder de las virtudes y de las dominaciones, todo se encuentra en la Virgen. ¿Cómo, pues, no va a arder la que encerró en su seno al fuego divino? ¿Cómo no va a resplandecer la que

[24] Is. 35.2.
[25] Lc. 1,46.
[26] 3 Reg. 5.6.

cubrió con una nube de carne al sol de justicia? ¿Qué blancura despedirá la que concibió y dió a luz a la misma pureza? Por tanto, en ella se encuentra *la hermosura del Carmelo*.

También se halla en ella *la hermosura de Sarón*, esto es, de todos los santos de la Iglesia; porque tiene la fe de Abraham, la paciencia de Job, la humildad de David, la dignidad de los patriarcas, la santidad de los apóstoles, la fortaleza de los mártires, la austeridad de los confesores, la clarividencia de los doctores, la pureza de las vírgenes; y es, además, ella la norma de la santidad, el prototipo de la virtud, el ejemplo de la religión, debeladora de los demonios, auxiliadora de los hombres; en una palabra, el compendio abreviado y concentrado del esplendor de la gracia, en la que se hallan reunidas la gracia y hermosura de toda la naturaleza humana y angélica.

4. Esta es la gracia sin medida que encontró María en el Señor; vemos por ella cuánto agradó a Dios, pues, como dice San Jerónimo [27], a ella se le ha dado toda la plenitud de la gracia, aunque en grado distinto del Hijo. Y San Bernardo [28], hablando sobre *has hallado gracia en los ojos de Dios:* ¿De qué gracia se trata? De la gracia completa, gracia singular; ¿diremos singular o mejor universal? La gracia que encontraste fué la reconciliación de Dios y el hombre, la destrucción de la muerte, la reparación de la vida. *A mis caballos uncidos a las carrozas de Faraón te tengo yo comparada, amiga mía* [29]. En sentido literal dice: Salomón tomó como mujer a la hija [30] de Faraón, rey de Egipto; y era famosa la caballería de los carros de Faraón y la poderosa milicia del rey Salomón. Y en sentido espiritual: El carro de Faraón es la carne desenfrenada y furiosa, cuyo jinete es el Poderoso, y el hervor de la carne reside en el caballo. Pero este Salomón, Cristo, posee en el cielo una valiosa caballería sin carros, a saber, la milicia angélica; y otra caballería también famosa e ilustre en estos carros de Faraón, es, a saber, la milicia de los santos, que supieron luchar vigorosamente en los cuerpos rebeldes. La amiga ha sido asimilada a toda esta caballería;

[27] Véase nota 28 del *Sermón 3 de la Natividad de la B. V. M.*

[28] *Serm. 3 en la Anunciación de la B. M.*, n. 3: «*Hallaste gracia ante Dios.* ¿Cuánta gracia? Gracia cumplida, gracia singular. ¿Singular o general? Una y otra sin duda; pues por ser gracia, por eso mismo es tan singular como general, ya que la misma gracia general la recibiste singularmente. Es tan singular, repito, como general; pues tú sola recibiste más gracia que todas las criaturas. Es singular, por cuanto tú sola hallaste esa plenitud; es general, por cuanto de esa plenitud reciben todos» (trad. de la BAC).

[29] Cant. 1,8.

[30] 3 Reg. 3,1.

porque, procediendo de la carne y descendencia de Adán, se le ha asemejado a él, pero sin el pecado en la carne; y no se compara sólo con un jinete, sino con toda la caballería de los santos, por haber abarcado las gracias de todos ellos; y así se dice: *Terrible como un ejército en orden de batalla* [31].

Ella igualó a los apóstoles en el celo de la predicación, a los profetas en los presagios, a los mártires en los tormentos, a los confesores en la santidad, a las vírgenes en la pureza: la gracia se dió a los demás con medida, a María se le infundió toda la plenitud [32]. ¡Oh piadosísima! Merezcamos nosotros encontrar en ti la gracia; esto es lo que desea y lo que pide toda esta muchedumbre, esto es lo que desean con ansia los ancianos, los jóvenes, los niños, las gentes de toda edad, sexo y condición. Pues a ti se dirigen los ojos de todo Israel, y la Iglesia a coro clama en ininterrumpida oración: tú eres la segunda salvación de todos, tú el origen de la paz, el bien común, la columna de nuestro linaje, la gloria de todos nosotros.

Por consiguiente: *Tiende tu vista alrededor tuyo, y mira: todos esos se han congregado para venir a ti* [33]. Consigamos por tu medio [34] el acceso a tu Hijo, ¡oh autora bendita de la gracia, engendradora de la vida, madre de la salud!, a fin de que por tu intercesión nos reciba el que se nos dió por tu medio. Excuse ante El tu integridad la culpa de nuestra corrupción, y tu humildad, tan agradable a los ojos de Dios, consiga el perdón de nuestra vanidad; cubra la abundancia de tu caridad la multitud de nuestros pecados, y tu fecundidad gloriosa fecunde nuestros méritos. ¡Oh Señora nuestra, oh mediadora nuestra, oh abogada nuestra!, reconcílianos con tu Hijo, recomiéndanos ante tu Hijo, preséntanos a tu Hijo. Por la gracia que encontraste, por la prerrogativa que mereciste, por la miseria que soportaste, consíguenos, ¡oh Bendita!, que nos haga participantes, mediante tu intercesión, de su gloria y bienaventuranza el que por tu medio se dignó hacerse partícipe de nuestra flaqueza y nuestra miseria, y nos lleve a aquella misma gloriosa bienaventuranza tu Hijo Unigénito, que se dignó para salvarnos tomar la forma de siervo, y es bendecido por todos los siglos de los siglos. Amén.

[31] Cant. 6,3.

[32] El autor del *Sermón de la Asunción de la B. M. V.*, c. 5.

[33] Is. 60,4

[34] San Bernardo, *Serm. 2 del Adven. del Señor*, n. 4. Pero la frase «por la miseria que soportaste» reza en San Bernardo «por la misericordia que diste a luz», o, como dicen otros códices, «que recibiste».

APOSTILLA

¿Cómo ha de ser eso? (Lc. 1, 34).

5. Dice San Bernardo [35]: El misterio de la Encarnación del Señor es un abismo insondable. Y así, la expresión del santo Job *los gigantes gimen debajo de las aguas* [36] de los misterios, puede bien aplicarse a aquellas privilegiadas inteligencias de Agustín, Jerónimo, Ambrosio; porque, aunque se ensanchen *los cielos*, esto es, el entendimiento *como un pabellón*, es decir, la gracia, sin embargo, *cubriste de agua la parte superior* [37] de los misterios. Sucumbe la razón humana, se siente superado el entendimiento, aun alumbrado por tal misterio. ¡Oh Señor!, poco nos maravilla que hayas creado los cielos, la tierra, los ángeles y otros mil mundos de diversas naturalezas y de otro orden; ni tampoco nos admiramos de que hayas dividido el mar Rojo, y sacado agua de la roca, y enviado el maná del cielo, y sumergido a los egipcios, y desbaratado a los pueblos; poco es el predicar todo esto de ti. Pero, ¿cómo, ¡oh Señor!, qué artificio, qué poder, qué fuerza, qué sabiduría necesitó tu majestad para unirse a una débil criatura, y unirse de tal manera que Dios se hace hombre, el hombre llega a ser Dios, y un solo supuesto sea el sostén de las dos naturalezas? ¿Qué aglutinante pudo unir perpetuamente de una manera tan indisoluble a dos naturalezas tan distantes, y unirlas tan íntimamente que se comuniquen las propiedades de ambas naturalezas entre sí? Esto es lo que admiramos, nos quedamos atónitos ante esto, esto es lo que deseamos saber. *¿Cómo ha de ser eso?* Dice Jeremías: *Pasmaos, cielos, a vista de esto, y vosotras, ¡oh puertas celestiales!, horrorizaos en extremo* [38]; y Habacuc: *Poned los ojos en las naciones, y observad; admirados quedaréis y espantados; porque ha sucedido una cosa en vuestros días que nadie la querrá creer cuando sea contada* [39]; el Apóstol aplica esto a la Encarnación [40].

Obra es realmente increíble: y ¿cómo se le da fe? Ciertamente, es esta fe una maravilla. Pues así como es un milagro que el impasible padezca, no lo es menos el creer lo

[35] *Serm.* 2 *en la Anunc. de la B. M. V.*, n. 1.
[36] Iob 26,5.
[37] Ps. 103, 2-3.
[38] Ier. 2,12.
[39] Hab. 1,5.
[40] Act. 13,40-41.

increíble. San Bernardo [41]: Tres milagros realizó Dios: el primero, unir a Dios y al hombre en un solo supuesto, Cristo; el segundo, compaginar la virginidad y la maternidad en María; el tercero, infundir la fe en el entendimiento. Y todo se ha merecido aquí, de suerte que el entendimiento preste reverente sumisión a la fe. Tan poderosamente se extiende [42] la sabiduría de Dios del uno al otro extremo, que ha podido ordenarlo todo con suavidad. Manifiéstase el poder en que ni la muerte pudo deshacer tal unión, y la suavidad, en que *diéronse un ósculo la justicia y la paz* [43]. Pues era necesario para la perfección del universo que el principio se uniera a lo postrero, el Creador a la última criatura, de suerte que se complete el círculo, que es la figura perfecta; y para curarlo todo, todo lo tomó, es decir, el cuerpo y el espíritu. Este círculo se figura en aquello de Job: *Pondré una argolla en sus narices* [44].

Todavía hay algo más que admirar. ¿Por qué motivo? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué es lo que le forzó? ¿Qué cálculo le impulsó? ¿Cuál era el plan? ¿Qué necesidad había? Veamos sólo estas dos cosas: cómo y por qué se realizó; cómo y por qué Dios se hizo hombre.

6. En cuanto a lo primero, sobre el modo de hacerse hombre Dios, empresa harto temeraria para nuestras fuerzas parece, pues el profeta Isaías se excusa, diciendo: *La generación suya, ¿quién podrá explicarla?* [45] Y San Juan, de más categoría que un profeta [46], no se juzga digno de desatar la correa de su calzado [47]. Aun el mismo ángel, interrogado por la Virgen: *¿Cómo ha de ser eso?*, no respondió de su cuenta, sino que la remitió al Espíritu Santo, diciendo: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti*, esto es, yo sólo soy mensajero de este misterio; respecto al modo, el Espíritu Santo, supremo artífice, es el que sabe la manera de cubrirte con *su sombra*; solo entre ti y El se realizará el misterio, solo tú lo experimentarás, solo tú lo conocerás cuando llegue. No hay entendimiento angélico ni humano que pueda penetrar esta sombra. No me preguntes, ¡oh Virgen!, el

[41] SAN BERNARDO, *Serm.* 3 *en la vigil. de la Nativ. del Señor*, n. 7: «Tres obras, tres mixturas hizo aquella potente Majestad tomando nuestra carne, pero tan singularmente maravillosas y tan maravillosamente singulares, que ni se han hecho ni se harán otras semejantes sobre la tierra; pues se unieron entre sí Dios y el hombre, una madre y una virgen, la fe y el corazón humano. Admirables mixturas estas y maravillosas sobre todo prodigio, que cosas tan diversas y distantes pudieran unirse unas con otras». Léanse también los nn. 8, 9 y 10.
[42] Sap. 8,1.
[43] Ps. 84,11.
[44] Iob 40,21.
[45] Is. 53,8.
[46] Mt. 11,9.
[47] Mc. 1,7; Lc. 3,16; Io. 1,27.

modo, porque es muy más poderoso que yo *y es superior a mi alcance* [48]. Confórmate con saber que tendrá lugar, pero *cómo ha de ser eso,* Dios es el único que lo sabe.

Excúsase el ángel, y ¿osaré yo, vil gusano, declarar el misterio? Lejos de mí tal insensatez. Sin embargo, puesto que es preciso hablar de tal misterio, pues *es día de* muchas *albricias, y si callamos se nos hará de esto un crimen* [49], sirviéndome de las exposiciones de los más doctos, trataré de exponer nuestra fe en esta materia, cuanto los cortos alcances de la fragilidad humana lo permitan, aunque siempre distará mucho de lo que podemos saber o entender. No obstante, vamos a exponer con toda sencillez cómo se verifica esta unión hipostática del Verbo con la carne.

Según San Juan Damasceno [50], Dios es un océano infinito, en cuanto a su sustancia, y un abismo infinito de perfecciones. Por ende, cualquier perfección de una criatura particular se encuentra en Dios en más alto grado (se trata de la primera perfección sobrenatural), pues contiene Dios en grado eminente las perfecciones de todas las criaturas. De donde se sigue, por razón de esta inmensidad y este abarcarlo todo, que no hay perfección que sea incompatible con Dios o se salga de su ámbito, porque en cierta manera el ser de todas las cosas se contiene en su ser. Consecuencia de esto es que, aunque diste Dios de la criatura infinitamente más que una criatura de la otra, sin embargo, tiene más facilidad para unirse a cualquier criatura que una de éstas para unirse a la otra. Y de aquí suele decirse que Dios es más íntimo a cualquier criatura que ella a sí misma, y que Dios puede penetrar en el alma, y no el ángel, aunque el ángel y el alma estén por su naturaleza infinitamente más cerca que Dios y el alma. Por consiguiente, por muchos y maravillosos modos que nosotros no podemos comprender, tiene Dios posibilidad de unirse a la criatura, ya que por presencia se encuentra en cualquiera de ellas.

Pero penetrando así en el alma, añade algo a esta simple presencia. Y así, por razón de esta inmensidad, pudo unirse de tal modo el ser humano con el divino, en quien se contiene, que existiera para ambas naturalezas un solo supuesto, de suerte que la naturaleza humana fuera prevenida en cierto modo y sustentada en la divina persona y no en la suya propia, quedando así un solo supuesto para entrambas naturalezas: eterno para la divina y nuevo para la humana. No quedó, pues, allí Dios por una parte y el hombre por otra, sino el mismo supuesto con las dos formas, la divina y la humana: Dios, por la forma de Dios; hombre, por la forma de hombre; como la fruta es blanca a causa de la blancura, y por la dulzura, dulce.

[48] Ps. 138,6.
[49] 4 Reg. 7,9.
[50] *Orthod. fid.*, l. 1, c. 12 y 15.

No ocurre esto fácilmente en las naturalezas de las criaturas; es decir, que una sustente a la otra, que el ángel se haga hombre; porque son de distinta y muy diferente perfección, y ninguna contiene perfectamente a la otra, y no tiene ninguna de ellas la perfección sin medida; son, por tanto, perfecciones particulares opuestas. Dios, en cambio, es la perfección universalísima, sin oposición con ninguna perfección. Notemos para ello que existen en el mundo tres clases de uniones dignas de particular mención: la primera es la de las personas en una misma naturaleza, y es la más grande y única; la segunda, la de las naturalezas en una sola persona; la tercera, la del alma y el cuerpo en un solo hombre, que también es admirable. De donde deduce y comenta por extenso San Agustín [51] que, así como parece imposible que dos naturalezas tan distantes como el alma y el cuerpo se unan tan íntimamente que formen una unidad, y, sin embargo, no nos sorprende porque lo vemos realizado; así no debe maravillarnos que Dios haya podido unirse al hombre, sobre todo si se tiene en cuenta que el alma no contiene al cuerpo como Dios contiene al hombre.

7. Sin embargo, con ninguna otra criatura ha llevado a cabo Dios ni la llevará esta clase de unión, aunque podría unirse a cualquiera. Una duda se ofrece, y es si podría unirse Dios a todas a la vez, de suerte que todas ellas fueran Dios. En la unión de que tratamos no hay composición, ni mezcla, ni confusión de las naturalezas, sino simplemente el sustentamiento de una naturaleza en la persona de la otra. Esto puede explicarse muy bien por el injerto de una planta en el tronco de otra; de un modo semejante se unió la humanidad al tronco divino. Y así como en aquel caso se da la comunicación de las propiedades de esas plantas, como se ve en el membrillo, que tiene un color, tamaño y sabor mixto, así se comunican en esta unión ad-

[51] *Ciudad de Dios,* l. 10, c. 29, n. 2: «Vosotros (los platónicos) atribuís tanta eficacia al alma intelectual, la cual, sin duda, es la humana, que se puede hacer consubstancial a aquella mente paterna que confesáis ser el Hijo de Dios. ¿Qué cosa increíble es que a una alma intelectual, por un modo inefable y singular, la tomase Dios y juntase consigo para la salud de muchos? Sabemos, por la reiterada experiencia de nuestra propia naturaleza, que el cuerpo se une con el alma para formar un hombre entero y cumplido, lo que, si no fuera muy ordinario y usado, fuera más increíble, sin duda, que esto; porque más fácilmente se debe creer que se puede juntar, aunque sea lo humano con lo divino, lo mudable con lo inmudable, el espíritu con el espíritu, o, por usar de los términos que vosotros empleáis, con más facilidad puede juntarse lo incorpóreo con lo incorpóreo que lo corpóreo con lo corpóreo».

mirable las propiedades de ambas naturalezas, de suerte que se afirme con propiedad que el Creador es hombre e infinito, y que Dios ha padecido y muerto. Y así dice el apóstol Santiago: *Recibid con docilidad la palabra injerida en vosotros* [52].

También puede dilucidarse esta unión por la que tiene el accidente con el sujeto, a quien da nombre; y así Cristo es propiamente Dios y hombre, por la doble forma de Dios y de hombre. El Apóstol: *El cual, teniendo la naturaleza de Dios...*, recibió *la forma de siervo* [53].

Otro símil es el del vestido: bien puede afirmarse que Dios se ha revestido de la carne como de un vestido, y así habla el Apóstol: *Reducido a la condición de hombre* [54]. Así, Dios revistió a la Virgen de gracia, y la Virgen, a su vez, le vistió de carne. Esta es aquella túnica polímita y talar de José [55], de la cual fué despojado por sus hermanos, la cual mostraron al padre, exclamando éste: *Una fiera ha devorado a José.* (Los judíos, hermanos míos, despojaron a Cristo de su túnica talar en la cruz) [56]. Esta es también aquella capa que el mismo José abandonó [57] en manos de la adúltera, para no consentir en el adulterio; que es figura de Cristo dejando sus vestidos en poder de la sinagoga, no queriendo asentir a sus pecados. Esta túnica polímita, resplandeciente por la variedad de gracias, dones, virtudes, etcétera, fué tejida por las manos del Espíritu Santo en las entrañas de la Virgen como en un telar.

Respecto a lo segundo, por qué tuvo esto lugar, por qué Dios se hizo hombre, podemos responder con aquellas palabras: *¿Quién ha conocido los designios del Señor?* o *¿Quién fué su consejero?* [58] Y si es incapaz el hombre [59] de dar razón de las obras de Dios en general, ¿qué será tratándose de obra tan importante? ¿Qué razón puede haber para que Dios se haga hombre por la criatura, para que Dios muera por un gusano? Perezca antes el hombre, aniquílese el mundo antes que Dios sufra el más insignificante menoscabo. Realmente, si nos consultaran a nosotros, diríamos que era una locura. ¿Quién te forzó, ¡oh Señor!, a hacerte hombre? ¿Quién te obligó a redimir al perdido? Sin duda, había otros muchos medios. Si perdonas el pecado, ¿no podías también disimular tu ofensa? ¿Quién te podía decir: por qué obras así? También hubiera podido Dios aceptar

[52] Iac. 2,1.
[53] Phil. 2,6-7.
[54] Ib. 2,7.
[55] Gen. 37,3 y 23.
[56] Io. 19,23-24.
[57] Gen. 39,12.
[58] Rom. 11,34.
[59] Eccl. 8,17.

un sacrificio de Adán que valiera por todos, como había recibido la ofensa que a todos perjudicó; podía incluso aniquilarlo y formar, como antes [60], del barro otro inocente. Pero prefirió hacerse hombre, y bástenos esto.

SERMON V

Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa, huerto cerrado, fuente sellada (Cant. 4, 12).

1. Pensando cómo podría alabar a la sacratísima Virgen, sin que desdijeran mis alabanzas de tan excelsa dignidad ni defraudasen mucho vuestra expectación, se me representaba como una empresa en extremo dificultosa e inasequible, no sólo para mi falta de ciencia y elocuencia, sino aun para el más elocuente y más sabio. En efecto, ¿quién presumirá igualar o siquiera rozar con sus alabanzas tan sublime majestad? Como solución de esta duda, he tomado la resolución de recurrir al Esposo, que es el único que puede cantar las virtudes y excelencias que puso en la Virgen. Sea este panegirista, plantador, fundador y creador, el que alabe la hermosura de aquella que hizo tan graciosa.

De este modo se me ocurrían muchos de los insignes loores con que maravillosamente la ensalza el Esposo en el Cantar de los Cantares; pero entre todos los elogios me pareció más distinguido y expresivo el que he puesto de tema: *Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa, huerto cerrado, fuente sellada.* ¿Hay algo más breve, más compendiado y más sublime? ¿Qué se pudo decir que con más propiedad se relacione con el asunto y lo explique que esta breve expresión del Espíritu Santo? ¿Cómo se pudo poner más de relieve su maravillosa dignidad que llamándola el mismo soberano artífice, que conocía perfectamente a la que había hecho, inescrutable, inaccesible, sellada, cerrada, escondida, impenetrable, inefable? No se le puede tributar mayor alabanza que decir que es imposible de declarar. Pero prestad diligente atención, hermanos míos, y, en cuanto nos sea posible, trataremos, tomando como guía al mismo Espíritu, de abrir este estuche sellado; y puesto que se trata de un misterio cerrado y sellado, supliquemos antes a su misma Madre que nos abra algún resquicio y nos dé su luz para exponerlo, ofreciéndole para ello el

Ave María

[60] Estas mismas ideas se encuentran en el *Serm. 7 sobre la Natividad de Cristo*, n. 12.

2. El sermón se reducirá a la exposición del tema, es decir, a ver qué quiere insinuarnos el esposo en cada una de sus partes: cómo la Virgen es *huerto*, cómo *cerrado*, y por qué dos veces *cerrado*. Igualmente, cómo es posible *hermana y esposa*, no siendo lícito en ningún código casarse con la hermana; y también cómo es *fuente*, por qué está *sellada* y con qué sellos. Campo harto anchuroso, que no puede recorrer ni aun el más veloz entendimiento.

Tres diferencias existen entre el huerto y las otras posesiones: la primera consiste en que las demás posesiones son estimadas por la utilidad de sus frutos, en cambio, se tiene predilección por un huerto, no sólo por la utilidad y recreo que nos proporciona, sino también por su amenidad y hermosura. Plantamos una viña para que su dulce fruto mitigue nuestra sed; preparamos un huerto para que nos sirva de deleite, recreo y descanso. En las otras posesiones se busca el fruto; en el huerto, a más del fruto, se busca el deleite. Las otras posesiones remedian las necesidades de la familia; el huerto da descanso a nuestros trabajos y alivio a nuestras tristezas. Esta es la primera diferencia.

Segunda diferencia. Cada una de las otras posesiones está destinada a una sola cosa; el huerto proporciona variedad de frutos, pues no es agradable el huerto que no tiene variedad de flores y diversidad de frutos. El campo nos da pan; la viña, vino; mas el huerto no produce un solo fruto, sino una múltiple variedad de ellos.

La tercera diferencia consiste en el cerco. Se cerca las otras posesiones con un vallado o con una sebe para defenderlas de las bestias; en cambio, el huerto se protege con un muro o con altas paredes. No llevamos muy a mal que alguien penetre en la viña y tome algún racimo; mas en modo alguno permitimos que se nos toque el huerto. Cualquier amo confía sus posesiones a los de su casa para que las cultiven y las guarden; pero se constituye él en guardián del huerto y se guarda su llave; si le arrancan una sola flor, le duele más que si le sacan un ojo, por el amor tan delicado que siente hacia el huerto que endulza su vida. Hay todavía algunas otras diferencias: las posesiones suelen estar en el campo, y el huerto, en casa; aquéllas son plantadas por manos de los siervos, éste por la del señor, etc.

En la inmensa heredad del Señor es la Virgen, con respecto a los demás santos, lo que el huerto con respecto a las otras posesiones. Ella sola es la única propiamente huerto del Señor; cualquier otra alma es como una posesión. En primer lugar, porque toda prerrogativa otorgada a algún santo y toda gracia que le ha hecho insigne en la Iglesia de Dios, se le ha dado para utilidad de la misma, para ayudar y alimentar a la familia de Dios con ella. Así dice el Apóstol: *Así es que ha puesto Dios en la Iglesia, unos en primer lugar, apóstoles; en segundo lugar, profetas; en el tercero, doctores; luego a los que tienen el don de hacer milagros, después a los que tienen gracia de curar, de socorrer al prójimo, don de gobierno, de hablar todo género de lenguas, de interpretar las palabras* [1]. Y a los Efesios: *Y así, El mismo a unos ha constituído apóstoles; a otros, profetas; y a otros, evangelistas; y a otros, pastores y doctores, a fin de que trabajen en la perfección de los santos, en las funciones del ministerio, en la edificación del cuerpo de Cristo* [2]. Y en otro lugar: *Hay diversidad de dones espirituales: así el uno recibe del Espíritu* Santo *hablar con sabiduría; otro recibe del mismo Espíritu hablar con ciencia; a éste le da el mismo Espíritu la fe; a otro, la gracia de curar enfermedades por el mismo Espíritu; a quién el don de hacer milagros, a quién el don de profecía, a quién discreción de espíritu, a quién don de hablar varios idiomas, a quién el de interpretar las palabras* [3]. Y ¿para qué se les ha dado? *Los dones visibles del Espíritu se dan a cada uno para la utilidad* [4] de la Iglesia: y así, recibió Moisés la prudencia para gobernar a su pueblo; Pablo, la ciencia de la palabra para convertir a los gentiles mediante la predicación, y Pedro, la potestad de las llaves para perdonar los pecados, etc.; en una palabra, para que todos, con la diferencia de gracias y la variedad de dones, presten cada cual en su grado sus servicios al pueblo de Dios, que forma una sola familia.

3. Pero esta Virgen ha sido creada de una manera especial para formar las delicias del Señor: *Está hecha como un jardín de delicias* [5]. Los demás fueron engrandecidos para utilidad de la familia; esta Virgen fué creada y llena de maravillas por Dios para solaz suyo. Plantó Dios a los otros para los demás, a ésta la plantó para sí mismo. ¡Oh qué alabanza y qué elogio el de este huerto! *Todas las cosas las ha hecho el Señor para sí mismo* [6], pero no por su utilidad, como dice San Agustín [7], sino por su bondad. En ninguna criatura aparece y brilla esto con más claridad que en la Virgen. La eligió y formó para Madre suya, para

[1] 1 Cor. 12,28.
[2] Eph. 4,11.
[3] 1 Cor. 12,4-10.
[4] Ib. 12,7.
[5] Eceq. 36,35.
[6] Prov. 16,4.
[7] *Confes.* 13,2: «De la plenitud de tu bondad subsiste toda criatura, a fin de que el bien, que a ti no había de aprovechar nada ni proviniendo de ti había de ser igual a ti, sin embargo, porque podía ser hecho por ti, no faltase» (trad. *Obras de San Agustín* [BAC] t. 2, p. 903).

casa suya, para morada suya; a fin de hacerse hombre en ella y de ella misma el que todo lo hizo por el hombre. Escucha al Salmista: Hombre fué hecho *en ella, y el mismo Altísimo es quien la ha fundado* [8]. Y la hizo precisamente para de ella hacerse hombre el que no puede ser hecho.

¡Oh Señor!, te complaces en tu hechura [9] y te regocijas en las obras de tus manos; pero en ninguna parte descansas como en tu huerto, según ella dice de sí: *Y el que a mí me dió el ser, estableció mi tabernáculo* [10]. ¡Oh verdadero paraíso de delicias, en el cual se pasea Dios al mediodía [11], que significa el ardor de la caridad! ¡Oh dichoso huerto, que tan dichoso fruto dió! *Bendito es el fruto de tu vientre* [12]. Esto mismo dice el Padre del Hijo: *Este es mi querido Hijo, en quien tengo todas mis complacencias* [13]. Y el Hijo a la Madre le dice: *¡Cuán bella y agraciada eres, oh amabilísima y deliciosísima!* [14]; y también: *Hermosa eres, querida mía, y llena de dulzura* [15]. *Amiga mía, paloma mía, hermosa mía* [16]. Has sido hecha hermosa [17] y amable en tus delicias, canta la Iglesia; ¡oh agraciada Virgen!, en la cual me he complacido mucho, en la cual he descansado. Y por eso ella misma le invita en los Cantares: *Venga mi amado a su huerto* [18].

En segundo lugar, se diferencia también de los otros santos por razón de las virtudes; porque en cada uno de ellos se destaca con singulares fulgores una virtud, o aunque haya más de una, no resplandecen como en la Virgen, en la que reunió Dios las virtudes de todos los santos y en grado heroico. Dice el Salmo: *A tu diestra está la reina con vestido bordado de oro y engalanada con varios adornos* [19]; y también: *En el interior está la principal gloria de la hija del rey; ella está cubierta de un vestido con varios adornos y recamado con franjas de oro* [20]. Y San Bernardo [21]: Tu sacratísimo seno, ¡oh María!, es para nosotros un huerto de delicias, porque de él espigamos múltiples

[8] Ps. 86,5.
[9] Ps. 91,5.
[10] Eccli. 24,12.
[11] Gen. 3,8.
[12] Lc. 1,42.
[13] Mt. 17,5.
[14] Cant. 7,6.
[15] Ib. 6,3.
[16] Ib. 2,10.
[17] La Iglesia en el oficio de la Bienaventurada Virgen María.
[18] Cant. 5,1.
[19] Ps. 44,10.
[20] Ps. 44,14-15.
[21] Más bien Ekkebertus en el sermón panegírico a la Bienaventurada Virgen Madre de Dios, n. 4; entre las obras espurias de San Bernardo, vol. 3, n. 763 de la ed. Mabil.

flores de gozo siempre que recordamos cuánta dulzura irradió de él al universo entero.

Pero eres también, ¡oh Madre de Dios!, *huerto cerrado*, a donde jamás pudo penetrar la mano del pecador para profanarlo. Tú eres la era llena de plantas aromáticas que plantó el celestial droguero, floreciendo deleitosamente con las singulares flores de todas las virtudes; entre las cuales, ¡oh excelentísima!, admiramos tres en extremo hermosas. Son éstas, ¡oh María!, la violeta de la humildad, el lirio de la castidad, la encendida rosa de la caridad, con cuyo suavísimo aroma saturas plenamente la casa del Señor. Con justicia brotó de tu raíz aquella flor vistosa entre los hijos de los hombres, sobre la cual descansó el Espíritu del Señor. ¿A quién te compararemos, oh Madre de la hermosura? Eres con toda verdad el paraíso de Dios, porque produjiste aquel árbol cuyo fruto da la vida a los que lo comieren.

Tercera diferencia. Aun los más grandes santos, por muy protegidos que estuvieran, no pudieron defenderse de las bestias del campo, al menos en algún pecado venial. ¿Quién más santo que el apóstol San Juan? Y, sin embargo, exclama: *Si dijéramos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos, y no hay verdad en nosotros* [22]. En cambio, la sacratísima Virgen ni por el contagio del pecado venial fué manchada; pues, como dice San Agustín [23], no sólo no cometió pecado, pero ni siquiera pudo pensar en cometerlo. No pudo tocarla en absoluto Abimelech [24], esto es, Satanás, pues fué el Señor para ella *muro y antemural* [25], según aquello del profeta Isaías: *Sión es nuestra ciudad fuerte, el Salvador será para ella muro y antemural* [26]. La rodeó con un muro al confirmarla en gracia, a fin de que no pudiera caer en pecado; y puso en torno de ella un antemural, pues la previno *con bendiciones amorosas* [27]. Y para que su muro no pudiera ser atacado ni de lejos por la antigua serpiente, añadió el antemural, a fin de que ni aun los ligerísimos movimientos de la sensualidad pudieran insinuarse en la Virgen. Esto es, pues, lo que se afirma en el tema: *huerto cerrado* [28], es decir, contra el pecado por el muro de la preservación, y de nuevo *huerto cerrado*, con el muro de la confirmación. Este es el primer sentido.

4. También pueden interpretarse estas palabras refe-

[22] Io. 1,8.
[23] Véase la nota 55 del *Sermón 1 de la Inmaculada Concepción de la B. V. M.*
[24] Gen. 20,4.
[25] Is. 26,1.
[26] Ib.
[27] Ps. 20,4.
[28] Cant. 4,12.

ridas a la escondida e inaccesible gloria de la Virgen, de suerte que se llama *huerto cerrado,* porque el entendimiento humano es incapaz de columbrar la multitud de riquezas espirituales y de gloria que Dios depositó en la Virgen. Es la Virgen un profundo abismo de misterios y virtudes, y no podrá nadie penetrar ni los misterios que en ella han tenido lugar ni las virtudes que a Dios le plugo otorgarle. Por tanto, es dos veces *huerto cerrado:* por el abismo de los misterios y por el abismo de las virtudes.

Pues, ¿quién será capaz de apreciar los sacramentos que bajo aquel velo de carne están ocultos y se han celebrado en este santuario? Vayamos recorriendo desde el principio del mundo; examinemos las figuras de la ley, repasemos las ceremonias, los sacrificios, las profecías: en todas ellas está anunciada y figurada la Virgen, y toda la verdad estuvo oculta en la Virgen y por la Virgen se nos manifestó. Pues ella es el paraíso de delicias, en el cual fué colocado el hombre [29], segundo Adán, que procedía del cielo, para cultivarlo y guardarlo; ella es el arca de Noé [30], en que encontraron su salvación los seres vivientes; ella, la zarza de Moisés [31], que ardía y no se quemaba; ella, el vellocino de Gedeón [32]; ella, el arca del Testamento [12]; ella, la urna del maná [34]; ella, el templo santo de Dios [35]; ella, el altar [36]; ella, la vara floreciente de Aarón [37]; ella, la piedra [38] de la cual se hizo brotar agua, etc. ¿Qué más diré? Se acabaría el día sin que pudiéramos dar fin a los abundantísimos arcanos de la Virgen. Dice San Agustín [39]: ¡Oh José!, hijo de David, el mismo Dios que escribió tales maravillas en su ley, realizó también maravillas en tu esposa. Mira con tus ojos en María, lo mismo que has leído en tus libros, para poder entonar dignamente el cántico de tu padre David: *Como lo oímos, así lo hemos visto en la ciudad del Señor de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios* [40], la cual creó Dios para siempre. Ella misma es ciertamente la ley. Por consiguiente, quien esculpió sin punzón las palabras de la ley en las tablas [41], de un modo semejante, sin necesidad de punzón, valiéndose de su dedo, el Espíritu Santo esculpió al Verbo eterno en el seno de la

[29] Gen. 2,8.
[30] Ib. 7,1 ss.
[31] Ex. 3,2.
[32] Iud. 6,27.
[33] Ex. 26,34.
[34] Hebr. 9,4.
[35] Ps. 10,5.
[36] Ex. 30,1.
[37] Num. 17,8.
[38] Ex. 17,6.
[39] *Serm.* 195, n. 6, apéndice.
[40] Ps. 47,9.
[41] Ex. 32,15-16.

Virgen sin el concurso de varón; y el que proporcionó pan en el desierto [42] sin el arado, sin la menor corrupción dejó encinta a la Virgen; y el que hizo germinar [43] a la vara seca, hizo que la Hija de David engendrara sin semilla. Mira, pues, con tus ojos en María lo mismo que has leído en tus libros.

La Virgen es también *huerto cerrado* de virtudes y gracias. Tuvo Dios a bien se hiciera manifiesta a aquellos en cuyo favor se daba, la gloria y la gracia que a los otros santos se les había dado para utilidad de los demás, a fin de que conocieran todos públicamente lo que para utilidad pública de todos se daba. Pero la Virgen agradó en secreto a solo aquél por quien había sido hecha, y así esta escrito: *En el interior está la principal gloria de la hija del Rey* [44]; y ella misma dice en los Cantares: *No reparéis en que soy morena* [45]. No me menospreciéis si no resucito a los muertos, ni curo a los leprosos, ni devuelvo la salud a los enfermos con mi sombra, ni realizo otras maravillas, *porque me ha robado el sol mi color* [46]. No necesita de estos colores materiales el que conoce los secretos de mi corazón; quien me creó conoce mi grandeza y hermosura, y no precisa de estos testimonios exteriores.

¡Qué velada y escondida era su excelencia, pasando en el mundo entre las demás mujeres como otra doncella cualquiera! No conocía el mundo las flores que se ocultaban en este huerto, porque era *huerto cerrado*. Estaba oculta la Virgen en Nazaret, como un huerto en la flor, pues flor es el significado de la palabra Nazaret; desconocida de los hombres, pero manifiesta a los ángeles y gratísima a Dios. ¡Qué tesoro había allí, qué riquezas! Pero el mundo desconocía las delicias del huerto, porque era un *huerto cerrado*. Lo desconocía aquel Natanael, que decía: *¿Acaso de Nazaret puede salir cosa buena?* [47] Conocíalo, empero, quien envió su ángel a *Nazaret, a una Virgen* [48]. Y ¿para qué le envió? Atended: el Padre la tomó como esposa en la paternidad de su Hijo; el Hijo, como madre; el Espíritu Santo, como morada, a fin de hacerla sagrado tálamo y domicilio de toda la Trinidad.

Este es, por consiguiente, el segundo sentido de aquella frase, en el cual pone de manifiesto esta oculta selva de misterios y escondida gloria también de virtudes en la Virgen. Aun el mismo Creador, como encomiando y admi-

[42] Mt. 14,19-20; Mc. 6,41-43; Lc. 9,16-17; Io. 6,11 s.
[43] Num. 17,8.
[44] Ps. 44,14.
[45] Cant. 1,5.
[46] Ib.
[47] Io. 1,46.
[48] Lc. 1,26-27.

rando su excelencia, exclama: *Huerto cerrado eres, hermana mía, esposa, huerto cerrado.*

5. Queda aun un tercer sentido de las palabras *huerto cerrado,* aplicándolas a la clausura de su virginidad. Más aun, dos veces *cerrado,* porque fué virgen antes del parto y virgen después del parto; o también dos veces *cerrado,* porque fué virgen en el cuerpo y virgen en el espíritu, santa en el cuerpo y santa en el espíritu. Porque existen vírgenes necias que piensan haber hecho bastante con guardar su cuerpo de la corrupción sin preocuparse de guardar su alma de los atractivos, semejantes a los sepulcros blanqueados [49]. Brillan al exterior con la integridad de su cuerpo, están inficionadas con la deformidad de sus pensamientos, cierran la puerta de sus cuerpos a los hombres y abren las de su corazón a los demonios; no quieren fornicar con los hombres y se prestan a fornicar con los demonios: no puede ser agradable a Dios semejante huerto, porque no está cerrado en el cuerpo y en el alma.

En cambio, la Virgen, Madre de Dios, está cerrada por ambas partes; y así como ordenó Dios figuradamente a Moisés [50] que dorase el arca por dentro y por fuera, del mismo modo exclama el esposo en los Cantares: *¡Qué hermosa eres, amiga mía, cuán bella eres!* [51], para ponderar la doble hermosura, del cuerpo y del alma. También el profeta Ecequiel significaba esta clausura, cuando decía: El Señor *me hizo volver hacia la puerta del santuario exterior, la cual miraba al oriente, y estaba cerrada. Y díjome el Señor: «Esta puerta estará cerrada; y no se abrirá, y no pasará nadie por ella: porque por ella ha entrado el Señor Dios de Israel; y estará cerrada»* [52]. Comentándolo, San Agustín dice [53]: ¿Qué quiere decir *puerta cerrada* en la casa del Señor, sino que María permanecerá siempre ilesa? ¿Qué significa el hombre *no pasará por ella,* sino que José no la conoció? ¿Qué significa que sólo el Señor penetra y *ha entrado por ella,* sino que el Espíritu Santo fué el que la fecundó? Y ¿qué significa *estará cerrada* para siempre, sino que María fué virgen antes del parto, en el parto y después del parto? Exclame, pues, María: he sido constituída puerta del cielo, he sido hecha entrada para el Hijo de Dios; he sido hecha puerta del que después de su resurrección [54], cerrada la del cenáculo, penetró a donde estaban sus discípulos. Y aun continúa San Agustín [55]: De la

[49] Mt. 23,27.
[50] Ex. 25,11.
[51] Cant. 1,14.
[52] Eceq. 44,1-2.
[53] *Serm.* 195, n. 1, apéndice.
[54] Io. 20,19.
[55] *Serm.* 234, n. 1, apéndice.

manera de concebir María está escrito la *puerta estará cerrada;* y como si se le preguntase por qué no está abierta, añadió: *Porque por ella ha entrado el Señor Dios de Israel.* Y ¿qué significa *puerta cerrada,* sino el sello del pudor, la integridad de la carne inmaculada? Pues no sufrió detrimento en el parto la que en la concepción recibió aumento de santidad.

También se ha de notar, en esta profecía de Ecequiel, que aquella puerta del santuario cerrada *miraba al Oriente,* y que solamente *el Señor Dios de Israel ha entrado por ella,* precisamente para ofrecer el sacrificio. ¿Qué *puerta* oriental es ésta sino la Virgen, mediante la cual brilló la luz a todo el mundo? ¿No es propiamente oriental la que engendró al Sol de justicia? [56] Pues de ti nació el Sol de justicia, nuestro Dios. Sólo Cristo, príncipe y sacerdote, entró a través de esta puerta en el mundo para ofrecer el sacrificio; es decir, su muerte en la cruz, pues para ofrecérselo al Señor vino al mundo. De este sacerdote y de esta puerta oriental dice San Jerónimo, contra Joviniano [57]: Virgen fué Cristo, virgen perpetua la madre de nuestro Virgen; madre y virgen en cuyo seno cerrado penetró Cristo... Esta es la puerta oriental, como dice Ecequiel, siempre cerrada y siempre brillante, ocultando en sí y dándonos de sí misma el Sancta Sanctorum, a través de la cual sólo entra y sale el Sol de justicia y Pontífice nuestro según el orden de Melquisedec.

¡Oh puerta feliz, por la cual entró Dios en el mundo y entra el hombre en el cielo! Puerta del cielo y puerta del mundo. Por esta puerta entra Dios en el mundo, por la misma entra el justo en el cielo: la Madre de Dios para

[56] La Iglesia en el oficio de la Natividad de la Bienaventurada Virgen María.
[57] Epíst. 48, o *Libro apolog. a Pammaq. en defensa de los libros contra Joviniano,* n. 21: «Virgen fué Cristo, virgen perpetua fué la Madre de nuestro Virgen, madre y virgen a la vez. Pues Jesús entró a puertas cerradas, y aun en su sepulcro, que era nuevo y había sido cavado en roca durísima, ni antes ni después fué puesto nadie. *Huerto cerrado, fuente sellada* (Cant. 4,12), de cuya fuente mana, según Joel (3,18), aquel río que riega el torrente, torrente de cuerdas o de espinas: de las cuerdas de los pecados, con que antes eran sujetados; de las espinas que sofocaban la semilla del padre de familias. Esta es la puerta oriental, como dice Ecequiel (43,2), siempre cerrada y brillante, y ocultando en sí o dando de sí el *sancta sanctorum,* por la cual entra y sale el Sol de justicia y Pontífice nuestro según el orden de Melquisedec. Respóndanme cómo entró Cristo con las puertas cerradas, cuando mostró sus manos para que se las tocaran, y su costado, huesos y carne para que lo vieran, a fin de que no fuera tenido por un fantasma la realidad de su cuerpo; y entonces yo responderé cómo la Virgen María fué madre y virgen: virgen aun después del parto y madre aun antes de casarse. Por consiguiente, como habíamos comenzado a decir, virgen fué Cristo, virgen María, consagraron los albores de la virginidad a ambos sexos».

todos ha sido hecha puerta. Verdaderamente *ésta es la casa de Dios y la puerta del cielo* [58]. Dice San Bernardo [59]: Dulce es el Señor, dulce la Señora; porque aquél es mi Señor, mi misericordia, y ésta mi Señora, la puerta de la misericordia. Llévenos la Madre al Hijo y el Hijo al Padre.

Todo esto encierra la primera parte del tema: *Huerto cerrado.*

6. Pasemos a la segunda parte, es decir: *Hermana mía, esposa.* Si es *esposa,* ¿cómo es *hermana?* Si hermana, ¿cómo *esposa?* Sencillamente, porque la afinidad espiritual no impide el matrimonio espiritual, sino más bien contribuye a establecerlo. Pero de distinta manera es *esposa* y *hermana.* Es *hermana* por naturaleza y *esposa* por la gracia. La semejanza de naturaleza la hace hermana, esposa la constituye el arreo de las gracias. Esta carne de que me vestiste, y por la cual fuí hecho hijo de mi padre David, ésta es la que te hace mi *hermana.* Me diste la carne, y de tu creador me convertí en hermano tuyo. Te di, en cambio, la gracia, y de criatura mía te convertiste en mi *esposa.* Bien es verdad que no es sola la semejanza de naturaleza lo que hizo a la Virgen hermana, ya que aquélla nos es común a todos con Cristo; sino también la conformidad de su vida y costumbres con las de Cristo, que a tan pocos se ha concedido. Quien no tuvo a menos llamar hermanos [60] a los discípulos, no es de maravillar llame hermana a su madre.

Para hablar, aunque sea brevemente, sobre este desposorio, cuya solemnidad celebramos, debemos notar que los príncipes y magnates, a causa de la distancia de los lugares, no suelen desposarse en persona y de presente, sino por medio de un intermediario. Y este paraninfo o embajador acostumbra encarecer ante la esposa el poderío, linaje y riquezas del esposo, para obtener con más facilidad el consentimiento. Así, en este solemne matrimonio no quiso Dios que su Hijo tomara carne de la Virgen sin el consentimiento de la misma Virgen, porque la Encarnación fué en cierto modo un matrimonio que, por tanto, requería consentimiento. El Crisóstomo [61] se hace eco del ángel para responder a la Virgen: No dudes del hecho, no preguntes por

[58] Gen. 28,17.
[59] Véase la nota 28 del *Sermón de la Presentación de la B. V. M.*
[60] Io. 20,17.
[61] *Homil.* 49 *sobre el Gen.,* en la segunda mitad: «No busques la razón y el orden de la naturaleza, cuando lo que sucede está por encima de la naturaleza. No mires a los dolores del matrimonio, cuando el modo del nacimiento es mayor que el de las bodas. *¿Cómo ha de ser eso,* dice, *pues yo no conozco varón?* Precisamente por esto, porque no conoces varón; pues si conocieras varón, no hubieras sido tenida por digna de servir en este ministerio. Así es que por la misma causa que dudas es por la que debes creer; no porque las bodas sean malas, sino porque la virginidad es mejor».

el modo, ¡oh Virgen María! *¿Cómo ha de ser eso? El Espíritu Santo descenderá sobre ti* [62]. El conoce el modo, El lo hará; por tu parte, consiente y serás bendecida.

Es, pues, enviado el celestial paraninfo para preguntar por el consentimiento de la Virgen: no tienes, ¡oh Virgen!, por qué demorarte en dar tu consentimiento; aventaja este esposo a todos en el poderío, el linaje y las riquezas. Porque si deseas saber su poder, *éste será grande* [63]; si su linaje, *será llamado Hijo del Altísimo* [64]; si sus riquezas, *le dará el Señor Dios el trono de su padre David, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin* [65]. Por tanto, te conviene consentir, y alcanzarás bendición más que todas las mujeres, y serás ensalzada por encima de todas las criaturas. Pero veamos si es verdad lo que dice el ángel; pues no le basta a la esposa oír maravillas del esposo, le interesa, sobre todo, el que sean verdaderas.

7. Veamos ya cuándo este esposo fué *grande* en este siglo, cuándo fué llamado *Hijo del Altísimo,* cuándo ocupó el trono de David, cuándo tuvo el cetro, la pompa y la servidumbre de un rey. Nunca le vimos así, sino, al contrario, pequeño y despreciable, *el desecho de los hombres, por lo que no hicimos ningún caso de él* [66]. No se le llama en el mundo *Hijo del Altísimo,* sino hijo del artesano [67]; no le hemos visto refulgente de regia majestad, sino cargado de pobreza y privaciones, sin tener donde reclinar la cabeza [68] y viviendo de limosna. Si hubieras dicho: «Este es grande e Hijo de Dios» y rey, nadie lo pondría en duda, pues constaría que hablabas de la naturaleza divina, según la cual conocemos su grandeza: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Por El fueron hechas todas las cosas, y sin El no se ha hecho cosa alguna. En El estaba la vida* [69]. Comenta San Ambrosio [70]: Era grande y quiso hacerse pequeño y niño, para que tú pudieses ser varón perfecto. Fué envuelto en pañales [71], para que tú quedaras libre de las cadenas de la muerte; estuvo El en el pesebre [72], para que pudieras llegar tú a los altares; estuvo en la tierra, para que pudieras estar en el cielo; no tenía El lugar en la posada [73], a fin de que tuvieras tú

[62] Lc. 1,34-35.
[63] Ib. 1,32.
[64] Ib.
[65] Ib. 1,32-33.
[66] Is. 53,3.
[67] Mt. 13,35.
[68] Ib. 8,20.
[69] Io. 1,1-4.
[70] *In Luc.,* l. 2, n. 41 y 32.
[71] Lc. 2,7.
[72] Ib.
[73] Ib.

muchas moradas [74] en el cielo; siendo rico se hizo pobre [75] por vosotros, para que con su pobreza quedarais enriquecidos. Por tanto, su pobreza es mi patrimonio, y su debilidad, mi fortaleza. Prefirió carecer El para que abundásemos todos. Los llorosos gemidos de su infancia me lavan, y aquellas lágrimas lavaron mis delitos. Mucho más obligado, ¡oh Señor Jesús!, estoy a tus afrentas, pues que ellas me redimieron, que a las obras por las cuales fuí creado, pues poco hubiera aprovechado el nacer si no hubiera aprovechado el ser redimido. Que una es la naturaleza de la carne, y otra la gloria de la divinidad. Se revistió por mí de debilidad, siendo en sí tan poderoso; abrazó por mí la pobreza, teniendo en sí la opulencia. No estimes, por tanto, lo que ves, sino lo que redime.

Volvamos a la cuestión: ¿cómo dice el ángel *éste será grande*? Pues que *éste* parece referirse a la naturaleza que recibió de nosotros, no a la suya propia. Reflexionad, hermanos: si la Virgen no fuera lo que es, si fuera como cualquier otra de las santas mujeres, e, iluminada por el Espíritu Santo, no entendiera estas palabras en su sentido espiritual, ¡cómo se hubiera sentido burlada por el ángel al verle después atribulado, pobre, vilipendiado! ¡Oh ángel de Dios!, ¿dónde está el reino, dónde la gloria que prometiste? Pero no te turbes, no desconfíes, ¡oh Virgen! Presta atención, espera un poco; porque *si el grano de trigo, después de echado en la tierra, no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto* [76]. Espera, será exaltado [77] el Hijo del hombre sobre la tierra, y lo traerá todo a sí mismo; la piedrecilla[78] se convertirá en un gran monte, que cubra toda la tierra; y el grano de mostaza [79] se hará más grande que todas las legumbres, de suerte que las aves del cielo puedan descansar bajo sus ramas; y la humilde vid [80] extenderá sus sarmientos del Oriente al Poniente.

8. Mira, ¡oh Señora!, mira la grandeza y poderío de tu esposo después de la muerte. Contempla cómo todo el mundo corre hacia El; mira a los reyes y poderosos, las provincias y los reinos; mira a todas las naciones adorando las huellas del Crucificado. Ya lo había anunciado el real Salmista: *Le adorarán todos los reyes de la tierra, todas las naciones le rendirán homenaje* [81]. Ya no es llamado hijo del carpintero, sino mira cómo clama la Iglesia todos

[74] Io. 14,2.
[75] 2 Cor. 8,9.
[76] Io. 12,24.
[77] Ib. 12,32.
[78] Dan. 2,35.
[79] Mt. 13,32.
[80] Eceq 17,6.
[81] Ps. 71,11.

los días: «Jesucristo, Hijo del Dios vivo, ten piedad de nosotros». Ya impera en el reino de su padre David, y reinará para siempre. Mas ¿cuál fué la sede de su reino? Bien se puede afirmar que le otorgó Dios el trono de David cuando *el Señor dijo a mi Señor: «Siéntate a mi diestra»* [82]. Pues allí por David se sobrentiende espiritualmente Dios Padre, que verdaderamente es fuerte en poder; esto es, «David»; o si parece mejor, la santa cruz fué el trono de David, pues tal reza el título sobre el trono: *Jesús Nazareno, Rey de los judíos* [83]. Este título fué título de trono, no de suplicio; por eso David, conocedor en espíritu de este misterio y celador de su trono, puso al frente de los salmos 55, 56 y 57 que no se corrompiera la inscripción del título. Y así, San Agustín en el exordio del salmo 55, que tiene por título: «Para el fin, para la gente que estaba lejos del santuario; inscripción para ponerse sobre una columna por David, cuando los extranjeros o filisteos le detuvieron en Get», dice [84]: Como al entrar en cualquier casa vemos en el rótulo de quién es y a quién pertenece, así tenemos en el umbral del salmo su título escrito. Pero ¿qué pueblo fué el «que estaba lejos del santuario», sino el pueblo judío, tan alejado de Cristo por la inscripción del título? «Para el fin», esto es, contra Cristo, que es el fin de la ley [85]. Pero ¿por qué pertenece aún al título «los filisteos le detuvieron en Get», sino porque Get quiere decir Torcular, cierta ciudad de los filisteos, esto es, extranjeros? Judíos son estos que niegan a Cristo; son extranjeros, que no sólo apresaron a nuestro Señor Jesucristo, nacido de la descendencia de David, sino que aun lo retienen en Get, en el lagar de su pasión, de lo cual dice Isaías: *El lagar lo he pisado solo* [86], y el Apóstol: *Crucifican de nuevo al Hijo de Dios* [87].

9. Ciertamente, el título fué puesto en la pasión del Señor, al ser crucificado Jesús. Y estaba escrito el título *en hebreo, en griego y en latín: «Rey de los judíos»* [88]; en tres lenguas, como otros tantos testigos, ya que *todo se decidirá por deposición de dos o tres testigos* [89]. Habiendo leído los judíos este título acudieron indignados a Pilatos, y le dijeron: *No has de escribir: «Rey de los judíos», sino que él ha dicho: «Yo soy el rey de los judíos»*. Los escribas le achacaban que El había dicho que era lo que no era en realidad; pero, como en otro salmo estaba profetizado: *No*

[82] Ib. 109,1.
[83] Io. 19,19.
[84] *Enarrat. in Psalm.* 55, n. 1.
[85] Rom. 10,4.
[86] Is. 63,3.
[87] Hebr. 6,6.
[88] Io. 19,20.
[89] Deut. 19,15.

se corrompa la inscripción del título [90], respondió Pilato: *Lo escrito, escrito* [91], como si dijera: está escrito ya, no puedo corromper la verdad, aunque vosotros améis la falsedad. Esto mismo comenta San Agustín, sobre la inscripción del título, al principio de la exposición del salmo 55, y hace también alusión en el 56 y 57.

Conocía David el empeño de los judíos en corromper el título; conocía su falacia, y así, como celador de su sede y de su trono, le insinúa al presidente que no permita su corrupción, cuando dice: *Publicad entre las gentes que reina el Señor* [92] desde el leño. Como si dijera: decid al gobernador, pedidle que no deje corromper el título, pues que verdaderamente es rey. Reconozca y dése cuenta de que está allí la sede del reino, pues que «el señor reina» desde el leño. Por eso Isaías dice de Cristo: *Lleva sobre sus hombros el principado* [93]; a saber, llevándose el leño de la cruz al monte Calvario. Esto hizo Pilato, aunque sin darse cuenta. ¡Oh, cuántos estupendos misterios han sido llevados a cabo por los que no los conocían! Fijaos, hermanos, y pesad bien lo que digo: aunque ellos lo ignoraban, eran verdaderas la mayor parte de las cosas que judíos y pretorianos le hicieron a Cristo, blasfemando de El y burlándose. Le ceñían la corona de espinas, y realmente quedaba coronado como rey, aunque le coronaban por burla como a enemigo; pues no cuenta ante Dios la materia de la corona, esté hecha de espinas o forjada de oro. Le pusieron también en la mano la caña, y era esa caña en verdad el verdadero cetro del reino sempiterno. Le vistieron de andrajosa púrpura, y era ese vestido propio de rey. Fué enclavado en el patíbulo de la cruz, y sobre el patíbulo estaba escrito el título del reino, para que reconociéramos que era aquella cruz, no el suplicio del reo, sino el solio del rey. En una palabra, todo cedía en honor de quien con tal apasionamiento quisieron infamar, de suerte que podemos cantar nosotros: *Para librarnos de nuestros enemigos y de las manos de todos aquellos que nos aborrecen* [94].

10. Tornemos ya a las palabras del tema, y expongamos lo que nos queda: *Fuente sellada*. Si la Virgen es *huerto*, ¿cómo se la llama ahora *fuente*? Ciertamente, no hay repugnancia en esto; pues si consideramos en la Virgen sus virtudes y dones como propios y personales, es *huerto* lozano; y si vemos esas mismas virtudes y gracias como públicas y comunes, entonces es una *fuente* rebosante. O también, el seno de la Virgen es *fuente*, porque en ella se contiene aquel agua viva que salta [95] hasta la vida eterna. Y así, dice el Salmo: *Descenderá como la lluvia sobre el vellocino de lana, y como rocío copioso sobre la tierra* [96]. Por lo tanto, el rocío celestial, encerrado en el seno de la Virgen, convirtió a ese mismo seno en una fuente, y no una fuente cualquiera, sino, como dice el mismo esposo, *la fuente de los huertos, el pozo de aguas vivas* [97].

[90] Ps. 56,1.
[91] Io. 19,22.
[92] Ps. 95,10
[93] Is. 9,6.
[94] Lc. 1,71.

Pero esta *fuente* está *sellada* y muy bien *sellada*, porque el misterio de la Encarnación del Verbo es en sí mismo muy secreto e inaccesible. ¿Acaso no es *fuente* bien *sellada* aquella a la que ni el mismo Juan Bautista puede llegarse? Pues que no es capaz ni de desatar la correa de su calzado [98], esto es, de explicar este misterio. Está sellada, dice San Jerónimo [99], con el sello de toda la Trinidad, puesto que allí está escondido el poder del Padre, la sabiduría del Hijo, la bondad y el amor del Espíritu Santo, pues toda la Trinidad ha contribuído a la realización de este misterio. Habla San Bernardo de esta fuente [100]: ¡Oh Virgen sacratísima!, de la boca del Altísimo salió [101] la fuente de la vida, de en medio de tu seno saltó, y en ti misma se dividió en cuatro ríos; y se difundió para regar la haz [102] sedienta del mundo, alegrando [103] la ciudad de Sión, pues todo el que bebiere [104] de ella no tornará a tener sed. ¡Oh, qué bienes tan grandes proporcionaste al mundo mereciendo ser un acueducto tan saludable!

Dice San Jerónimo [105]: Es María *fuente sellada*, de la cual fluye aquel río, según Joel [106], que baña el torrente, de cuerdas o de espinas: de las cuerdas de los pecados que antes nos ligaban, de las espinas que ahogaban la se-

[95] Io. 4,14.
[96] Ps. 71,6.
[97] Cant. 4,15.
[98] Mc. 1,7; Lc. 3,16; Io. 1,27.
[99] Más bien el autor del *Serm. de la Asunc.* entre las obras espurias de San Jerónimo, c. 9: «Por eso se dice en los Cantares (4, 12-13) acerca de ella: *Huerto cerrado, fuente sellada, tus renuevos forman un vergel delicioso*. Verdaderamente jardín de delicias, en el cual están plantadas toda clase de flores y aroma de virtudes; y tan *cerrado*, que no puede ser profanado, no corrompido por falaz asechanza alguna. Y así es *fuente sellada* con el sello de toda la Trinidad, de la cual mana la Fuente de la vida, a cuyo esplendor veremos todos la luz, porque, según San Juan (1, 9), es el *que alumbra a todo hombre que viene a este mundo*. Y cierto, el parto de ella es el paraíso de todos los ciudadanos celestiales».
[100] *Serm. en la Nativ. de la B. M. V.*, todo él.
[101] Eccli. 24,5.
[102] Gen. 2,6.
[103] Ps. 45,5.
[104] Io. 4,13.
[105] *Epist. a Pammaquio en defensa de los libros contra Jovinia-no*, n. 21.
[106] Ioel 3,18.

milla del padre de familias. Pero prestadme atención, si queréis ver los sellos con que está sellada esta fuente, pues realmente está muy sellada. Siete son los sellos que a mi parecer cierran esta fuente, con los cuales se celaba este misterio en la Virgen a los demonios, y también estaba a cubierto de los indignos. Son los siguientes: el matrimonio sin tálamo, la fecundidad sin varón, concepción sin libídine, parto sin dolor, maternidad sin corrupción, embarazo sin molestia, purificación sin mancha. Estos siete sellos ocultaban en la Virgen el admirable y celestial misterio del Verbo unido a la carne.

El primer sello fué el matrimonio sin tálamo, pues en realidad parece admirable cómo hubo verdadero matrimonio, donde debía permanecer íntegra la virginidad. El segundo sello fué la fecundidad sin el concurso de varón. Se podría objetar cómo la Virgen pudo ser verdadera madre, natural y sobrenatural, de Dios (véase *Serm. 2 en la fiesta de la Purificación de la Beatísima Virgen María)*. El tercer sello es la concepción sin libídine: excelente y singularísima fué la castidad virginal, que ni sintió movimiento alguno desordenado que pudiera surgir en la misma concepción del Verbo, ni tuvo tampoco fomes alguno; por tanto, ni pudo ser reprimido movimiento semejante ni aminorado el fomes. El cuarto sello es el parto sin dolor. *Ha sido hecho pedazos el que era martillo de toda la tierra* [107]. Dice San Bernardo [108]: Cesó la maldición de Eva: *Con dolor parirás* [109]. Y por esto: *Bendita tú eres entre las mujeres*, tú, que te viste libre de la maldición de dar a luz a tus hijos con dolor. *Fructificará copiosamente, y se regocijará llena de alborozo* [110]. A la Virgen solamente le fué concedido dar a luz con gozo y alegría. Quinto sello, la maternidad sin corrupción. Nacemos todos con detrimento de nuestras madres, desgarrando sin miramiento sus entrañas; El, en cambio, en su nacimiento, no la perjudicó, sino que la dignificó; no le quitó la virginidad, sino que la consagró. El sexto sello es el embarazo sin molestia; y así pudo muy bien decir el evangelista: *Partió María, y se fué apresuradamente a las montañas* [111]. No le servía de carga a la Madre el Verbo, que es el sostén de todas las criaturas; sin peso era llevado en el seno de la Madre el que sostiene con su virtud el universo. (Véase la *Apostilla de la fiesta de la Purificación.)* Del séptimo sello, la purificación sin mancha que la necesitara, se ha dicho bastante en la fiesta de la Purificación.

[107] Ier. 50,23.
[108] *Serm. 4 en la vigil. de la Nativ. del Señor*, n. 3: «Se mudó en nuestra Virgen la maldición de Eva, porque dió a luz a su Hijo sin dolor; mudóse, repito, la maldición en bendición, pues, como fué predicho por el ángel Gabriel, es *bendita entre las mujeres*. ¡Oh bienaventurada Virgen, sola bendita entre las mujeres, y no maldita; sola libre de la maldición general y exenta del dolor de las que alumbran! Y no extraña, hermanos, que no causase dolor a su Madre aquel que cargó con todos los dolores del mundo, según lo que dice Isaías: *Verdaderamente él se ha cargado de nuestros dolores*. Dos cosas teme la humana flaqueza: la vergüenza y el dolor. A librarnos de entrambos vino Cristo, y por eso tomó en sí lo uno y la otro, cuando, sin hablar de lo demás, fué condenado por los impíos a muerte, y muerte torpísima. Así, para darnos confianza de que quitaría de nosotros ambas cosas, conservó primero libre a su Madre de lo uno y de lo otro, de suerte que ni en la concepción hubo algo que pudiera ofender el pudor ni en el parto algo de dolor».
[109] Gen. 3,16.
[110] Is. 35,2.

11. Esta es aquella fuente del paraíso, de la cual salen cuatro ríos [112] que riegan la superficie de toda la tierra; es decir, de la Iglesia (de lo cual ya hablamos antes también); pues aquella fuente suministra a los fieles de todas las condiciones el agua que apague su sed. Los cuatro ríos capitales son: el primero, el torrente de gracias para los justos; el segundo, río de lágrimas para los pecadores; el tercero, un río de consuelos para los atribulados; el cuarto, manantial de doctrina para los ignorantes. *Sedientos, venid todos a las aguas* [113]; acudid a la fuente de la gracia, a la fuente de la alegría, a la fuente de la suavidad, a la fuente de la misericordia. Sacad agua [114] con gozo de la fuente del Salvador, llenad las hidrias de vuestras almas; no disminuirá la fuente, antes suministrará agua también a los encorvados camellos.

Lléguese, pues, el justo, y saque la gracia; el pecador, el perdón; la alegría, el triste; la redención, el cautivo; la curación, el enfermo, y el atribulado, el consuelo. Lléguense todos los que tienen seca la conciencia, y sáciense, llénense y desborden con su plenitud. Y tú, ¡oh Señora nuestra, consoladora nuestra, nuestra mediadora!, mira cómo acudimos todos a ti, cómo corremos [115] tras ti al olor de tus ungüentos. Todos anhelamos venerarte y alabarte con espíritu devoto y sincero afecto. ¡Oh Señora mía! *Levanta tus ojos, y mira alrededor de ti: todos éstos se han congregado para venir a ti; tus hijos de lejos* llegan, *y tus hijas de todas partes* se levantan [116]: acuden a ti como a común refugio, como al común remedio, buscando protección bajo la sombra de tus alas, confiando en tu amparo, encomendándose a ti con entera devoción. Con qué veneración desean honrar tu pre-

[111] Lc. 1,39.
[112] Gen. 2,10.
[113] Is. 55,1.
[114] Ib. 12,3.
[115] Cant. 1,3.
[116] Is. 49,18 y 60,4.

sencia los que, no pudiendo contemplarte con los ojos corporales, te honran y veneran en esta tu imagen con devoción tan encendida! Concédenos, ¡oh Bendita y Beatísima!, que por el ardor con que te honramos al presente, podamos gozar de tu amabilísima presencia en el futuro; regocijarnos y encontrar la satisfacción completa en la gloria, adonde se digne llevarnos el que, concebido en el poder del Altísimo en el seno de la Virgen, recibe bendición sobre todas las cosas en el seno del Padre por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON VI

Una joven en extremo agraciada, doncella hermosísima y todavía virgen, bajó a la fuente y había llenado el cántaro de agua (Gen. 24, 16).

1. Entre otras visiones, vió Isaías al Señor [1] sentado sobre un trono excelso y elevado. El trono es la Virgen, y los otros espíritus son el asiento de Dios. Llenó a los demás de sus dones, pero a la Virgen la llenó de sí mismo. *Y las franjas de sus vestidos llenaban el templo* [2]; esto es, a la Virgen, pues, como dice San Anselmo [3], justo era que resplandeciese la Virgen con la mayor pureza imaginable inferior a Dios. Dos serafines, según San Bernardo [4], la naturaleza angélica y la humana, estaban sentados sobre el trono, porque ella es el fundamento de la Jerusalén celestial y terrena; y el hecho de ocultar *el rostro y los pies*, significa la impenetrabilidad de los misterios de la Trinidad y la Encarnación. Dice San Bernardo [5]: El sacramento de la Encarnación del Señor es un abismo inescrutable, abismo impenetrable: *El Verbo se hizo carne, y habitó en medio de nosotros* [6].

Es el pozo muy profundo y no tengo con qué sacar el agua. ¡Qué gran abismo, pues no llegó a alcanzarle aquel que era mayor que un profeta [7], San Juan Bautista! Ni aun el mismo Salomón, que dice: *¿Es realmente creíble que Dios habite con los hombres?* [8]. Ni aun el mismo arcángel,

[1] Is. 6,1.
[2] Ib. 6,1-2.
[3] Véase nota 21 del *Sermón 3 de la Inmaculada Concepción de la B. V. M.*
[4] Véase nota 6 del *Sermón 4 de la Anunciación de la B. V. M.*
[5] Véase nota 13 del mismo.
[6] Io. 1,14.
[7] Mt. 11,9.
[8] 2 Par. 6,18.

pues respondió a la pregunta que se le hacía: como a mensajero se me ha comunicado el hecho, pero no puedo alcanzar el modo de su realización. *El Espíritu Santo*, artífice de tan gran obra, *descenderá sobre ti* [9], él conoce el modo. Por consiguiente, ¿quién dará de beber a los camellos? ¿Quién puede suministrar agua de este profundo pozo, sino aquella hermosa Rebeca, la Virgen, Madre de Dios, de quien se entienden las palabras: *Una joven en extremo agraciada, doncella hermosísima y todavía virgen, bajó a la fuente y había llenado el cántaro* [10] de agua? *El Verbo de Dios es la fuente* [11] de la vida, el alma es la hidria. ¡Qué hidria era aquel sagrado seno, seno lleno de Dios, espíritu lleno! Así exclamaba el ángel: *Dios te salve, ¡oh llena de gracia!* Bebamos, pues, de esta plenitud, y no temamos que no quiera darnos; pues, aunque siempre está dispuesta, más lo está hoy, tanto por el gozo singular como por la amistad más estrecha. Digamos con San Agustín: Mucho me atrevo, porque tengo un gran gozo. Ofrezcámosle, pues, el saludo propio de este día:

Ave María

2. Trataré de demostrar ahora la plenitud de las gracias por el mismo Evangelio. Dos partes tendrá el sermón: la primera es una exposición del Evangelio, en la cual se ponen de relieve siete virtudes admirables de la Virgen; la segunda es una figura.

PRIMERA PARTE

3. David, lleno de gozo, invita a todos a regocijarse con él: *Alégrense los cielos y salte de gozo la tierra; conmuévase el mar y cuanto en sí contiene. Muestren su júbilo los campos* y todas las cosas *que hay en ellos* [12]. Pues que el bien es común, sea también común el gozo; alégrense los ángeles, porque llegó el reparador; alégrense todas las criaturas corpóreas, corrompidas por el pecado, puesto que ha venido su renovador; pero, sobre todo, alégrese el hombre, pues ha llegado para él el Reparador. Dios es ya hombre, ¿cómo no se ha de alegrar el hombre? Regocíjate más bien, ¡oh hombre!, sobre manera, y no tenga medida tu gozo, cuando no tiene medida el beneficio; no pongas límite a tu gozo, ya que no lo tuvo el Creador en su amor hacia ti. Regocíjate, si estás cautivo, por-

[9] Lc. 1,35.
[10] Gen. 24,16.
[11] Eccli. 1,5.
[12] Ps. 95,11.

que llegó ya la redención; alégrate, si estás en la cárcel y sujeto con cadenas, porque te llegó la libertad; alégrate si estás hambriento, pues que llegó la hartura; si estás desterrado alégrate también, porque llegó el que te va a tornar a la patria. Alégrense los que están en tinieblas y *en la sombría región de la muerte, porque les amaneció el día* [13]. San Bernardo [14]: Alégrate, ¡oh padre Adán!, no recrimines a la mujer diciendo: la mujer me dió; se te vuelve ya una mujer por la otra mujer; pero una mujer, la Virgen, que está sobre todos y que subió tan repentinamente a tan inconmensurable altura. Dice el profeta Zacarías: Regocíjate, *¡oh hija de Sión!;* salta de gozo, *¡oh hija de Jerusalén* [15]; e Isaías: *Fructificará copiosamente, y se regocijará llena de alborozo. Se le ha dado a ella la gala del Líbano* [16]. Es la *gala del Líbano*, de suerte que de sus cedros se ha de construir el templo; y *la hermosura del Carmelo*, donde se encuentran los cedros más altos, como orgullo de todos los bienaventurados; está en ella el ardor de los serafines, la luz de los querubines, el poder y la pureza de los ángeles; *el Sarón*, donde se encuentran las hierbas odoríferas, que representan a la Iglesia, ornamento de todos los santos. Podemos ir discurriendo por todos.

4. Es éste un día *de albricias* [17], día santo, día de alegría y de regocijo, día que jamás borrará el olvido. ¡Oh día feliz, en el cual *el Verbo se hizo carne* [18], en el cual la Virgen fué hecha Madre de Dios, «día de» muchas «albricias». Dice San Bernardo [19]: Una nueva embajada se le encarga al ángel Gabriel, muestra la Virgen una nueva prerrogativa, es honrada con un nuevo saludo. Por consiguiente, celebrémoslo con nuevo afecto. Gran embajada por parte del que la envía, por parte del enviado y por parte del destinatario. *Envió Dios al ángel Gabriel...* Comenta San Gregorio: Este supremo serafín es enviado por Dios a la ciudad de Nazaret. *¿Acaso de Nazaret puede salir cosa buena?* [20] ¡Oh, qué tesoro se oculta en Nazaret, escondido a los hombres, pero bien manifiesto a Dios! San Bernardo [21]: A una virgen desposada, y, sin embargo, virgen por la carne, virgen por el espíritu, virgen por su profesión, virgen, en una palabra, la cual describe el Apóstol [22]; santa de espíritu y de cuerpo. ¡Oh Virgen admirable y dignísima de todo honor! ¡Oh venerable y singular mujer, admirable sobre todas las mujeres, reparadora de sus padres, vivificadora de sus sucesores! Hasta aquí San Bernardo.

[13] Is. 9,2.
[14] Véase nota 25 del *Sermón 2 de la Natividad de la B. V. M.*
[15] Zach. 9,9.
[16] Is. 35,2.
[17] 4 Reg. 7,9.
[18] Io. 1,14.
[19] *Serm. 2 en la Anunc. B. M. V.*, n. 1.
[20] Io. 1,46.
[21] *Homil. 2 sobre «Missus est...»*, n. 4. Véase nota 36 del *Sermón 4 de la Inmaculada Concepción B. V. M.*
[22] 1 Cor. 7,34.

Contemplemos ahora cómo resplandece su afecto, su luz, su caridad; cómo se admira y se queda atónita. Continúa San Bernardo [23]: Atisbemos por los resquicios del oratorio este sublime espectáculo, la conversación de la Virgen y el ángel; miremos al ángel caer de rodillas a los pies de la doncella, escuchemos con diligencia qué es lo que dicen; quizá pueda sernos muy útil. Gran sacramento es el que entre ellos se trata: miremos la turbación de la Virgen, los purpúreos colores carminando las virginales mejillas. ¿Por qué, ¡oh Virgen!, te turbas? Es un ángel, no un hombre; no es un mensajero de la tierra, sino un paraninfo celestial; podías quizá cerrar la puerta a los hombres, pero no a los ángeles. ¿Por qué temes? Con la compañía del ángel, bien segura está tu virginidad; es un guardián y no un corruptor de ella. ¿Recelas acaso una ilusión con el recuerdo de la antigua Eva [24], tan crédula con la serpiente?

5. No temas, ¡oh Virgen!, es un ángel y no la serpiente; su lenguaje [25] da testimonio de quién es; no busca la razón del mandato divino, sino que anuncia un extraordinario y altísimo sacramento. No dice: *¿Por qué motivos ha mandado Dios?* [26], sino: *El Señor es contigo* [27]. No dice: *Seréis como dioses* [28], sino serás madre de Dios. Sin embargo, María tarda en contestar al ángel, por la facilidad con que Eva creyó a la serpiente. Pero hay, además, otro motivo de tal turbación, es su profunda humildad. Ve postrado al ángel, y exclama admirada dentro de sí: ¿Qué significa esto? ¿De dónde a mí tal honor? ¿Qué novedad es ésta, oh ángel de Dios? ¿Cómo se postra un ángel ante una mujer? Abraham, Lot, Moisés y otros profetas fueron santísimos; ¿qué soy yo en su comparación? Y, sin embargo, Abraham se postra ante el ángel y le adora [29] junto al sauce de Mambre, y Lot, también [30], y Moisés, ¿con qué veneración no hablan al ángel?

[23] *Homil. 2 sobre «Missus est...»*, n. 2: Corred, madres; corred, hijas; corred, todas las que, después de Eva y por Eva, os acercáis al parto con tristeza y paris con dolor. Id al tálamo virginal; entrad, si podéis, en el casto aposento de vuestra hermana. Ea, ya envía Dios su nuncio a la Virgen; ea, ya el ángel le habla; aplicad el oído a la pared, escuchad su mensaje por si acaso oís algo para vuestro consuelo» (trad. BAC).
[24] Gen. 3,6.
[25] Mt. 26,73.
[26] Gen. 3,1.
[27] Lc. 1,28.
[28] Gen. 3,5.
[29] Ib. 18,2.
[30] Ib. 19,1.

6. Comenta San Bernardo [13]: ¡Oh María!, si supieras qué agradable es al Altísimo tu humildad, qué sublimidad te está reservada en su presencia, quizá no te juzgaras indigna del homenaje angélico. Nada más justo que honrar con tal veneración a la que va a ser Madre de mi Creador. Se dió por satisfecho Abraham con hallar gracia delante del ángel, como él mismo dice: *Si he hallado gracia en tu presencia* [32]; pero tú *no temas, porque has hallado gracia en los ojos de Dios* [33], una gracia llena [34], una gracia singular; ¿singular o más bien universal? La gracia que encontraste, dice San Bernardo [35], es la reconciliación del hombre con Dios, la destrucción de la muerte, la reparación de la vida. El resumen de mi embajada es éste: *Sábete que has de concebir en tu seno*, pues en tu mente ya concebiste al Hijo, y *será grande* [36], y muy grande, pues será por naturaleza Hijo del Altísimo; es decir, será Dios por naturaleza, Salvador por su condición, *le pondrás por nombre Jesús* [37], y rey por su estado, *y el Señor Dios le dará el trono de su padre David* [38].

7. Tres virtudes admiramos en la Virgen: es la primera el pudor, pues que se turba; luego, la prudencia, pues reflexiona antes de responder; y, finalmente, el silencio; pues después de terminar el ángel toda su embajada, continúa sin hablar. Escuchemos ahora la virginidad admirable. Dos extremos son dignos de tenerse en cuenta: primero, cómo sin tener precedente y sin reflexionar se afirma en su virginidad, a pesar del escarnio en que era tenida la virginidad estéril; y por eso, la hija de Jefté, próxima [39] a la muerte, lamenta su virginidad. Fué por eso la Virgen ejemplar y guía de las vírgenes, descubridora de la virginidad: ella fué la primera en dar a conocer entre los hombres esta vida angélica, a ella se le debe esta nueva profesión de virginidad.

En segundo lugar es digna de notarse el ansia vehemente de la castidad. Se le promete la maternidad, y no consiente si antes no se le asegura su virginidad. ¡Oh Virgen!, te prometo que vas a ser Madre de Dios, ¿y estás preocupada por tu virginidad? ¿Cuántas la pierden por sólo ser madres de los hijos de los hombres? No puede nacer con detrimento de la madre quien nos manda honrar a nuestros padres:

[31] *Homil. sobre «Missus est...»*, n. 10.
[32] Gen. 18,3.
[33] Lc. 1,30.
[34] Véase nota 28 del *Sermón 4 de la Anunc. de la B. V. M.*
[35] *Homil. 3 sobre «Missus est...»*, n. 10.
[36] Lc. 1,31.
[37] Mt. 1,21.
[38] Lc. 1,32.
[39] Iud. 11,38.

no violará, sino que consagrará tu virginidad; estáte tranquila, el Verbo de Dios se hará carne, no por obra del concurso de varón, sino por el místico soplo del Espíritu Santo. *El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra* [40]. ¿Por qué dice *cubrirá con su sombra*? A los demás precisamente los ilumina, y a la Virgen dice que la cubrirá con su sombra. San Bernardo [41]: La virtud del Altísimo hará sombra a la Virgen, a fin de que esta águila singular no se viera deslumbrada por excesivo resplandor y no pudiera soportar el fulgor de la divinidad. Por tanto, la *cubrirá con su sombra*, para que con la interposición de la carne vivificante pudiera ver al Verbo en la carne, al sol en la nube, la antorcha en el cántaro, el cirio en el farol. La sombra fué, pues, la carne de Cristo, aminorando el fulgor de la Divinidad; porque de otro modo la potencia de aquel fuego, si no fuera temperado, hubiera aniquilado a la misma Virgen. De ésta dice el profeta: *A su sombra viviremos entre las naciones* [42], pues su rostro descuella por su esplendor aun entre los mismos ángeles. Y Orígenes [43]: Como la sombra sigue siempre los movimientos del cuerpo opaco que se ha interpuesto, así seguía la voluntad creada de Cristo a la voluntad divina sin la menor discrepancia. Y en aquella frase: *No se haga lo que yo quiero, sino lo que tú* [44], no se manifiesta una voluntad opuesta a la voluntad de Dios, sino una manifestación de la sensibilidad de la carne. «Por cuya causa...» Ponderemos estas palabras; porque ha de nacer por obra solo del Espíritu Santo, será Hijo de Dios, pues es el único parto que le puede estar bien a Dios, y no estaba bien que Dios naciese sino de la Virgen, ni que la Virgen diese a luz sino a Dios [45]. Hemos visto la virginidad singular; por

[40] Lc. 1,35.
[41] *Serm. 3 en la Ascens. del Señor*, n. 3: «Y como los discípulos eran carnales, y Dios es espíritu, y no se conforma bien al espíritu y a la carne, se disminuyó a sí mismo ante ellos con la sombra de su cuerpo, a fin de que con la presentación de la carne viva vierar al Verbo en la carne, al sol en la nube, a la luz en la lámpara, al cirio en la linterna. *Pues el aliento de nuestra boca es Cristo Jesús, a quien nos dirigimos al decir: Bajo tu sombra viviremos entre los gentiles. Bajo tu sombra*, dice, *entre los gentiles*, no entre los ángeles, donde veremos la luz purísima con ojos también limpísimos. Y por eso el Altísimo hizo sombra a la Virgen, para que no fuera sobrecogida por el excesivo esplendor y no pudiera soportar, aun siendo águila tan singular, los rayos de la divinidad». Lo mismo se lee en el serm. 5, n. 11, de la misma fiesta. Véase nota 25 del *Sermón 2 de la Anunc. de la B. V. M.*
[42] Lam. 4,20.
[43] Véase nota 35 del *Sermón 3 de la Anunc. de la B. V. M.*
[44] Mt. 26,39.
[45] Estos mismos pensamientos se encuentran en San Bernardo en el *Serm. 4 de la Asunción de la B. V. M.*, n. 5, y en la *Homil. 2 sobre «Missus est...»*, n. 1.

eso, con toda verdad entre tantas vírgenes es llamada por la Iglesia [46] «virgen singular», y también única, no porque no tenga compañía, sino porque no tiene rival.

8. Veamos ahora su fe admirable. Es ensalzada entre todos los santos la fe de Abraham: Creyó Abraham a Dios; lo cual le fué imputado a justicia [47]. Dos alabanzas atribuye el Apóstol a la fe de Abraham: la primera, que *esperó contra la esperanza* [48], puesto que Sara era estéril y de edad muy avanzada; la segunda, porque se le había prometido: *Serán benditas en el que saldrá de ti todas las tribus de la tierra* [49], y particularizando más: *Isaac es por cuya línea ha de permanecer tu descendencia* [50]; y, sin embargo, al ordenarle después sacrificar a su hijo [51], no experimentó turbación; la orden parecía totalmente opuesta a la promesa, pero el santísimo y ponderado patriarca sólo se preocupó de obedecer al Señor, dejándole a El el cuidado de cumplir la promesa, ya que esto tocaba a su honor. El verá, dijo; a mí me toca sólo obedecer.

Sin embargo, es inmensamente mayor la fe de la Virgen que la de Abraham, pues éste creyó que había de dar a luz una mujer estéril, y María creyó que había de dar a luz permaneciendo virgen, y, evidentemente, es más insólito que una virgen concibe sin concurso de varón que lo haga una estéril con el mismo. Esto último es lo que creyó Abraham, que poderoso es Dios para cumplir una promesa aun en un muerto; mas la Virgen creyó que es poderoso Dios para guardar el voto de virginidad en el parto; creyó Abraham la posibilidad de resucitar a un muerto, creyó la Virgen la posibilidad de que el Eterno pudiera nacer de una manera nueva; creyó Abraham que Dios podía hacer resucitar a un hombre, creyó la Virgen que Dios podía hacerse hombre: esto es más grande y nunca visto. Continuemos aún: ni pide una señal del cielo, ni que detenga su curso el sol, ni que se humedezca el vellocino, etc.; y así, lo que no creyó Zacarías [52], se le da a la Virgen de supererogación de su fe, y le dice el ángel: *Y ahí tienes a tu pariente Isabel, que en su vejez ha concebido también un hijo* [53].

9. Hemos visto su virginidad, veamos ahora su humildad. Quiere tornarse el ángel: has oído, ¡oh María!, la embajada, y *ya es tiempo de que me vuelva* [54]. Comenta

[46] En el himno *Ave, maris stella.*
[47] Rom. 4,3.
[48] Rom. 4.18.
[49] Gen. 28,14.
[50] Ib. 21,12.
[51] Ib. 21.22-23.
[52] Lc. 1,18.
[53] Ib. 1,36.
[54] Tob. 12,20.

San Agustín [55]: ¡Oh María!, todo el mundo cautivo espera tu consentimiento para recobrar la libertad; no se la retardes. Así es que, llena de devoción, saturada de fervor, elevando sus ojos y sus manos al cielo, puesta de rodillas, exclama: *He aquí la esclava del Señor* [56]. Contempla, ¡oh alma! *Esclava*, pero Madre; *esclava*, pero reina de los ángeles; *esclava del Señor*, pero reina del mundo, y aun pudiéramos decir reina del mismo Dios, pues a sí mismo se llama esclavo: *¡Oh Señor!, siervo tuyo soy e hijo de esclava tuya* [57]. *Hágase en mí.* ¡Oh magnífico *Fiat!* Dice Dios: *Fiat* [58], y se hizo la luz; dice la Virgen: *Fiat*, y se hace también la luz: *El Verbo se hizo carne* [59]. Y al punto, llena de Dios, experimenta divinas suavidades. ¡Oh, cómo quedaría el espíritu de la Virgen con tan poderoso huésped! Sólo su espíritu sintió su llegada.

SEGUNDA PARTE

10. La figura de Eliseo [60], que se midió con un niño. La Virgen, no por naturaleza, sino por gracia es madre del niño; esto es, del género humano; ella hizo descender al profeta del monte Carmelo; esto es, del seno del Padre; ésta es la regia Virgen adornada con las joyas de las virtudes: así habla San Bernardo [61] sobre las palabras «Missus est». Fué recobrando el calor la carne del niño [62]; porque, después de la Encarnación, es el amor de Cristo lo que más inflama nuestro corazón para corresponder al amor; siete son sus afectos: la admiración, la gratitud, la humildad, la confianza, la devoción o reverencia, el gozo y el amor. ¡Oh Señor!, excita por tu nombre estos afectos que nos has dado: otórganoslos, si no por nosotros, al menos por ti, para que puedas recibir lo que en justicia se te debe. Los siete afectos son los siete dones del Espíritu Santo que nos vienen por Cristo.

La segunda figura está tomada de la puerta cerrada de Ecequiel: *No pasará nadie por ella* [63]. San Agustín, co-

[55] *Serm.* 194, n. 3, apénd.: «¡Oh bienaventurada María!, todo el mundo cautivo implora tu consentimiento; el mundo, ¡oh Señora!, te ha hecho rehén de su fe. No tardes, ¡oh Virgen!; responde pronto una palabra al mensajero, y recibe al Hijo; confía, y experimenta la virtud».
[56] Lc. 1.38.
[57] Ps. 115,16.
[58] Gen. 1,3.
[59] Io. 1,14.
[60] 4 Reg. 4,34.
[61] Véase el *Serm.* 4, n. 9, *en la Concep. B. V. M.*
[62] Véase SAN BERNARDO, *Serm.* 16 *sobre los Cantares*, n. 1,2,3 s., y el *Serm. paneg. a la B. V. Deipar.*, n. 3.
[63] Eceq. 44,2.

mentando el pasaje: *José, hijo de David, no tengas recelo*, etc. [64], dice [65]: El mismo Dios, que escribió cosas maravillosas en su ley, ha hecho maravillas en tu esposa. Contempla con tus ojos en María lo que has leído en tus libros, entonarás justamente el cántico de tu padre David: *Como lo oímos, así lo hemos visto en la ciudad del Señor de los ejércitos, en la ciudad de nuestro Dios* [66].

11. *¿Cómo ha de ser eso?* [67] ¡Oh Virgen!, *¿cómo?* De cualquier modo que sea, tú serás Madre de Dios; pero no puedo declararte el modo que solicitas; lo único que puedo es insinuártelo algún tanto por la Escritura. Bien recuerdas, ¡oh Virgen!, aquella zarza que ardía [68] y no se quemaba; así formarás tú, sin corromperte, un solo cuerpo con el divino fuego; le revestirás tú de carne, y El te bañará de esplendor; le coronarás con la corona de la mortalidad, y El te ceñirá la corona de la gloria; serás una virgen fecunda, una madre sin corrupción; poseerás a la vez el gozo de la maternidad con el pudor de la virginidad; sólo en ti se verán asociadas la virginidad y la maternidad.

Acuérdate, ¡oh Virgen!, cómo sólo el vellocino de Gedeón [69], sin separación alguna, recibió el rocío celestial; del mismo modo, como la lluvia sobre el vellocino, descenderá a tu seno el Verbo de Dios. Acuérdate de la puerta que vió Ecequiel cerrada en la casa del Señor, *y no pasará nadie por ella* [70]. Puedes ver también una semejanza del modo en la naturaleza. El rayo de luz penetra a través del vidrio sin romperlo; la semilla nace dentro del avellano permaneciendo íntegra la cáscara; la concha, bañada de celestial rocío, transforma ese rocío, mediante el calor del sol, en una perla; de la misma manera tu seno, bañado del rocío celestial, concebirá sin menoscabo la perla celestial, sin menoscabo la dará a luz, serás fecundada por Dios sin detrimento de tu integridad.

Otra introducción

11. En el capítulo quinto de los Cantares se dice: *¿Hacia dónde partió tu amado, oh hermosísima entre las mujeres?* Y se da la respuesta: *A su huerto hubo de bajar mi amado* [71]. El huerto es el seno de la Virgen, *huerto cerrado;* huerto en el cual se encuentran plantados todo género de flores y perfume de virtudes: *al plantío de las hierbas aromáticas* [72]. La humanidad es este *plantío*, lleno de virtudes y dones. Venid, *¡oh hijas de Jerusalén!, y veréis al Rey con la diadema* [73] de carne; ésta es el *plantío*. Y ¿cómo viene?, ¿a qué viene? Escuchemos: *para apacentarse en el huerto* [74], esto es, el jardín de las Escrituras, de las enseñanzas, de los profetas, *y recoger azucenas* [75]; es decir, llevar consigo del mundo al cielo las almas santas. He aquí la esclava del Señor [76]. Está figurada en Abigaíl, que, al ser recibida como esposa por David, dice: *He aquí a tu* [77] esclava, etc.; y sus *cinco doncellas* [78] son las cinco virtudes de la Virgen en el Evangelio: la virginidad, la fe, la humildad, la obediencia, la prudencia.

[64] Mt. 1,20.
[65] Véase nota 39 del *Sermón 5 de la Anunc. de la B. V. M.*
[66] Ps. 47,9.
[67] Lc. 1,34.
[68] Ex. 3,2.
[69] Iud. 6,37.
[70] Eceq. 44,2.
[71] Cant. 6,1.

SERMON VII

Envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea (Lc. 1,26).

1. Saludemos a la Virgen con aquellas palabras de San Agustín: ¡Oh María!, un gran gozo me inunda, una gran osadía me domina, y el gran gozo me proporciona la gran osadía. Cosas extrañas digo, por cierto, pero así son; un maravilloso parentesco nos liga contigo y a ti con nosotros, pues por nosotros estás en posesión de lo que eres, y nosotros, gracias a ti, somos lo que somos. Pues si no hubiera precedido nuestra transgresión, no se hubiera seguido nuestra redención; y si no hubiera sido necesario el redimirnos, no lo hubiera sido tampoco el que tú hubieras dado a luz al Redentor. ¿Para qué, en efecto, había de dar a luz al que no conocía el pecado si hubiera faltado el pecador? ¿Para qué ibas a ser madre del Salvador si no hubiera necesidad alguna de salvación? Véase San Bernardo en el *Sermón 4 de la Ascensión del Señor* [1].

2. Dos criaturas hermosas creó y realzó Dios, y ambas, como dice San Gregorio [2], al punto de ser creadas,

[72] Ib.
[73] Ib. 3,11.
[74] Cant. 6,1.
[75] Ib.
[76] Lc. 1,38.
[77] 1 Reg. 25,41.
[78] Ib. 25,42.

[1] Según nuestra opinión, esta referencia debe hacerse al número siguiente, con el que está unido, al menos en el sentido, lo que del referido sermón se contiene en los números 3 y 5.
[2] Más bien San Bernardo, según lo dicho en la nota anterior; pues no hemos podido encontrar nada semejante en San Gregorio.

codiciosas de su gloria, ambicionaron una el poder y otra la sabiduría de su Creador. Y esa misma divina Sabiduría, que provocó el hombre, buscó el modo de liberarle; y el que había hecho *todo sabiamente* [3], con mayor sabiduría renovó al hombre. Gran sabiduría es, sin duda, la que hizo al hombre de la nada, pero se mostró mayor al hacerle de Dios mismo, pues era mayor la distancia. *¡Oh Señor!, todo lo has hecho sabiamente* [4]; pero, al reparar al hombre, tu sabiduría *abarca fuertemente de un cabo a otro todas las cosas* [5]. ¿Queremos ver los extremos más distantes y más unidos entre sí? *El Verbo se hizo carne* [6]. ¿Hay algo más grande que el Verbo? Subamos por los ángeles y los demás espíritus: con respecto al Verbo, son casi nada. Baja a las criaturas corpóreas: muy poca cosa es la carne que se corrompe fácilmente; *la palabra del Señor nuestro dura eternamente* [7], y *toda carne es heno* [8]; y, sin embargo, *el Verbo se hizo carne*. Por consiguiente, el Verbo en cierto modo es heno, y el hombre, un jumento, como dice San Bernardo [9]. Pero no se marchitará la flor de este heno,

[3] Ps. 103,24.
[4] Ib.
[5] Sap. 8,1.
[6] Io. 1,14.
[7] Is. 40,8.
[8] Ib. 40,6.
[9] *Serm.* 35 *sobre los Cant.*, n. 4 y 5: «Pero él (el hombre) trocó esta gloria de Dios con la figura del becerro comiendo heno. De ahí viene que el Pan de los ángeles se hiciera en el pesebre como el heno, ofreciéndose a nosotros como a jumentos. Pues *el Verbo se hizo carne* (Io. 1,14), y *toda da carne es heno* (Is. 40,6), según el profeta. Mas este heno no se ha secado, y su flor no se ha caído porque el Espíritu del Señor ha posado sobre El. Por eso en otro tiempo vino el fin de toda carne, pues se había retirado el Espíritu de vida. Finalmente, dijo: *No permanecerá mi espíritu en el hombre, porque es carne* (Gen. 6,3). Con el nombre de carne no designa aquí a la naturaleza, sino al pecado, que la vicia, no siendo la naturaleza, sino el vicio, el que arroja al Espíritu. Por el vicio, pues, *toda carne es heno, y toda su gloria como flor de heno. Secóse el heno,* dice, *y su flor se cayó* (Is. 40,3). Mas esta flor no es la que brotó de la raíz y vara de Jesé por haberse posado sobre ella el Espíritu del Señor; ni este heno es el Verbo hecho carne, porque añade el profeta: *Pero el Verbo del Señor permanece eternamente* (Is. 40,7). Porque, si el Verbo es heno, y el Verbo permanece eternamente, es preciso también que eternamente permanezca el heno. De lo contrario, ¿cómo daría El la vida eterna si no permaneciera eternamente? De ahí que diga: *Quien comiere de este Pan, vivirá eternamente.* Y a qué pan se refiere, dícelo: *Y el pan que yo daré es mi carne, la que yo daré para vida del mundo.* ¿Cómo no ha de ser eterno aquello en virtud de lo cual se vive eternamente? Pero recuerda ahora conmigo la voz del Hijo a su Padre cuando habla en el Salmo: *No permitirás que tu Santo pase por la corrupción* (Ps. 115,10). Sin duda, al decir esto, refiérese a su cuerpo, que yacía exánime en el sepulcro. De este mismo Santo habla el ángel que dijo a la Virgen: *El fruto santo que de ti nacerá, será llamado el Hijo de Dios* (Lc. 1,15). ¿Cómo, pues, este heno, con ser santo, podía experimentar la corrupción, procediendo de las castas entrañas de María, como de praderas de perpetuo verdor primaveral, atrayéndose las ávidas miradas de los ángeles para deleitarlos sin fin? ¡Pierda este heno su lozanía si María perdiere su virginidad!»

porque no *permitirás que tu santo experimente la corrupción* [10].

He aquí los dos extremos («de un cabo a otro»), *juntos a una los ricos y los pobres* [11], *habitará el león juntamente con el cordero* [12]. Une la fortaleza de Dios a la flaqueza de la carne; mediante el hombre junta la vida a la muerte, la gloria a la fatiga, la alegría al dolor, el poder de Dios a nuestra debilidad; pues así convenía, como dice San Agustín [13], que quien había venido para luchar con el enemigo le venciese con la debilidad. Y fué tan fuerte la debilidad unida con el vigor de la divinidad, que *lo que parece debilidad en Dios es más fuerte que los hombres* [14] y aun que las potestades angélicas. Admiremos la fortaleza de Dios, en el cual la muerte es una victoria; la misma debilidad es fortaleza, el padecer es vencer, y el resistir, conseguir la rendición. Por tanto, «abarca la sabiduría de un cabo», primero, de quien todo procede, «a otro» segundo, por el cual fueron criadas todas las cosas, esto es, hasta el hombre, que fué creado; y se obró un círculo en la creación al unir la Sabiduría, el principio de toda criatura, con la última de las mismas; de este círculo se encuentra una figura en el libro de Job: *Yo te pondré anillo en tus narices..., y te haré volver por el camino por donde viniste* [15]. Es también una figura Eliseo, al medirse con aquel niño [16]; así se mide el Verbo con el hombre, para resucitarlo: coloca su ojo sobre el suyo, para dar ojo por ojo.

3. El rey Salomón [17] se hizo construir un trono de marfil con gradas para sentarse en él. Este trono es la bienaventurada Madre de Dios. *Fijó su habitación en la Paz* [18]. Las gradas son las numerosas virtudes que se encuentran en el Evangelio. *Se turbó* [19], y preguntó; preguntando, se humilló; humillándose, fué ensalzada, y puso en ella su asiento el Verbo del Señor. Podemos ir recorriendo las virtudes: *Se turbó*, nos demuestra el pudor; *consideraba*, la prudencia; al preguntar, la castidad; *he aquí la esclava* [20], la hu-

[10] Ps. 15,10.
[11] Ib. 48,3.
[12] Is. 11,16.
[13] *Serm.* 161, n. 2, apénd.
[14] 1 Cor. 1,5.
[15] Mejor, 4 Reg. 19,28.
[16] Ib. 4,34.
[17] 2 Par. 9,17-18.
[18] Ps. 75,3.
[19] Lc. 1,29.
[20] Lc. 1,38.

mildad; el consentimiento, la fe. ¿Cuál fué la fe de la Virgen? Muy superior a la fe de los patriarcas. ¿Por qué temes, María? No es la serpiente, la astuta serpiente, es un ángel. Bien refutas la temeraria credulidad de la primera mujer [21], que tan fácilmente creyó. Pero ya no existe el mismo motivo: allí era la serpiente, no traía una embajada de parte de Dios, sino que se quejaba del mismo: *¿Por qué motivo os ha mandado Dios que no comieseis?* [22] Por haber creído Eva tan pronto a la serpiente, se muestra María reacia a responder al ángel; ¿qué sería si fuera una serpiente? ¡Qué diferencia de mujer a mujer! No es esta mujer sino una virago [23]; no porque fuera hecha de solo el hombre, sino porque de ella sola fué formado el varón por excelencia.

4. *No está el Señor en el fuego, tampoco está el Señor en el terremoto; no está el Señor en el torbellino,* sino en el *soplo de un aura suave* [24] está el Señor. Resplandece el ángel, pero no se halla el Señor en este resplandor, porque el Señor se encuentra en el seno de la Virgen; se turba la Virgen, pero aun no está en esa turbación el Señor; se pasma la Virgen, diciendo: *¿Cómo ha de ser eso, pues yo no conozco varón?* [25] Pero aun no se encuentra Dios en esa conmoción; espera la suavísima palabra en el blando susurro del diálogo, allí estará el Señor. Al fin da su palabra, y recibe la palabra; da algo transitorio, y recibe lo inmortal.

5. Compórtase la Virgen como una madre que, al no poder los hijos comer el pan o la carne, los come ella misma, los convierte en leche, y les da en la leche la carne y el pan; del mismo modo, para que pudiera el hombre alimentarse con el pan de los ángeles, es decir, con el Verbo; para que éste estuviese proporcionado a nuestro paladar, la Virgen, nuestra Madre, como éramos pequeños, nos convirtió al Verbo en carne, para hacerse luego la carne pan, y pudiéramos así saborear a Dios de una manera inefable. La señal de Gedeón [26] en el vellocino. Tal parto conviene a Dios. El ángel dijo: *Por cuya causa el santo que de ti nacerá* [27]. ¿Por qué por *cuya causa*? Porque *el Espíritu Santo descenderá sobre ti* [28].

Contemplemos también la figura de Eliseo [29], que se

[21] Gen. 3,4-6.
[22] Ib. 3,1.
[23] Ib. 2,23.
[24] 3 Reg. 19.11-12.
[25] Lc. 1,34.
[26] Iud. 6,37.
[27] Lc. 1,35.
[28] Ib.
[29] 4 Reg. 4,34.

midió sobre el niño y puso su ojo sobre el suyo, su mano sobre la suya, etc. Del mismo modo está el Verbo en la carne, y por eso era un misterio impenetrable. *¿Es realmente creíble que Dios habite con los hombres?* [30] Antes bien, no quiso ser adorado en otra forma o figura, porque había decretado ser adorado en la nuestra. Fué tal y tan inefable la luz del Verbo al encarnarse, que aun aquella águila singular, la Virgen María, dice San Bernardo [31], no podía mirar de hito en hito tal luz y soportar su resplandor; y por eso le dijo el ángel: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra* [32], para que con la interposición de la carne vivificadora pudiera ver al Verbo en la carne, al sol en la nube, al grano en el hueso, al cirio en la linterna.

6. *Escucha, ¡oh hija!*, el saludo y la embajada, *y considera* con los ojos de la fe el misterio, *y presta oído* por el consentimiento, *y olvida tu pueblo* [33], el trato de tu pueblo y de tu linaje, la común nostalgia por los hijos, y entonces te revestirá de admirable hermosura y te coronará de excelente dignidad, porque serás hecha Madre del Creador, *y el rey*, Cristo, *se enamorará de tu beldad*, por la fe en lo que ves, la modestia al escuchar con paciencia, la humildad al menospreciar a tu pueblo, la obediencia al someter tu voluntad.

7. ¡Qué eficacia tuvo aquel *fiat! Dijo Dios: «Sea hecha la luz», y la luz quedó hecha* [34]; dijo María: *Hágase* la luz, y la luz fué hecha. *Dijo Dios: «Haya un firmamento en medio de las aguas»* [35]; dijo María: *Fiat* el firmamento en medio de los pecadores. Dijo María: *Fiat* el Verbo carne, Dios hombre, y se hizo. ¡Oh poderosa voz la de María!

8. *El Señor Dios le dará el trono de su padre David, y su reino no tendrá fin* [36]. Decláranos qué trono es éste, ¡oh arcángel Gabriel!; decláranos, ¡oh embajador del celestial arcano!, cómo se cumplió esta profecía en Jesús. ¿Cuándo tuvo El esta silla real, cuándo este trono, esta púrpura, este fasto regio? No veo más que *el desecho de los hombres* [37], desprecio del populacho, hambriento, sediento, *varón de dolores* [38]. No son éstas las insignias reales, no es éste el fasto regio. Quisieron en cierta ocasión ha-

[30] 2 Par. 6,18.
[31] Véase nota 41 del *Sermón 6 de la Anunc. de la B. V. M.*
[32] Lc. 1,35.
[33] Ps. 44,11.
[34] Gen. 1,3.
[35] Ib. 1,6.
[36] Lc. 1,32-33.
[37] Is. 53,3.
[38] Ib.

cerle rey [39] y huyó de entre ellos; porque no eran los hombres o la elección humana los que habían de darle esta dignidad, sino Dios, su Padre, de quien había recibido la naturaleza y el poder. *El Padre le había puesto todas las cosas en sus manos* [40]. ¿Qué es lo que dice el Salmo? *Yo he sido por él constituído rey* [41], no por el hombre ni por medio del hombre. Y el profeta está conteste con el Evangelio: *El Señor Dios le dará el trono* [42]; el Señor, no el hombre. Pero ¿dónde, ¡oh profeta!, se cumplió esta profecía del Niño? Celestes son estos misterios, y no deben interpretarse según el sonido literal, sino según el espíritu. Nos da la solución el mismo Cristo en su respuesta a Pilato: *¿Conque tú eres rey? —Mi reino no es de este mundo* [43], es decir, según los usos humanos; pues propiamente suyo es el orbe de la tierra, y es emperador del mundo que fabricó. Por tanto, si es rey y no temporal, el trono de David de que habla el arcángel será aquel del que había dicho el mismo Señor por boca de David: *Colocaré sobre tu trono a tu descendencia* [44], refiriéndose, sin duda, al seno de la Virgen, pues Salomón no podía ser fruto del vientre de David. Por tanto, éste es el trono del reino, y claramente se ve que no puede interpretarse en sentido temporal.

9. Por consiguiente, conozcamos la naturaleza de su imperio, y veremos muy apropiado el trono del reino. Isaías dice: *El cual lleva sobre sus hombros el principado* [45]. Modo excelentísimo, aunque inaudito, de gobernar. Es emperador y lleva todo su imperio sobre sus hombros. Pagó en su propio cuerpo el precio de todas las almas, fundamento de su imperio; y por eso llevaba sobre sí al monte Calvario a todo el mundo, esto es, a los dos pueblos, gentil y judío, cuya figura había sido el fortísimo Sansón [46], que, cogiendo ambas puertas de la ciudad, las llevó al monte. Por tanto, el trono del reino es la cruz: en apariencia suplicio del reo, pero en realidad sede de la majestad real. Allí empieza su reinado: *Reina el Señor desde el madero* [47], porque en un leño [48] había comenzado también el imperio de su émulo Lucifer. Y para más abundancia, miremos el título del trono de su reino sobre su cabeza: *Jesús Nazareno, rey de los judíos* [49]. ¡Oh necios judíos!, ¿no veis que levantáis por rey al mismo que crucificáis? Ahora toma posesión de su reino. Grita David que no se corrompa la inscripción [50] del título, porque aquél es el trono de David y no puede permitir que se lo arrebaten.

10. Hay otro reino también, y trono perpetuo de Dios, el alma del justo; pero este *reino de Dios está entre vosotros* [51]. Suelen en la exaltación de los reyes repartirse dineros; así ocurrió en la coronación del rey celestial. Dice San Bernardo: Envió el Señor su talego lleno de celestiales riquezas, rasgóse el saco, y las riquezas, desparramándose, llenaron la tierra.

[39] Io. 6,15.
[40] Ib. 13,3.
[41] Ps. 2,6.
[42] Lc. 1,32.
[43] Io. 18,36-37.
[44] Ps. 131,11.
[45] Is. 9,6.
[46] Iud. 16,3.
[47] Ps. 95 (del Salterio Romano), 10.
[48] Gen. 3,6.

[49] Io. 19,19.
[50] Ps. 57,1.
[51] Lc. 17,21.

EN LA VISITACION DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA

SERMON

Partió María, y se fué apresuradamente a las montañas (Lc. 1,39).

1. ¿Qué es lo que hemos oído, hermanos? ¿Qué es lo que ha resonado en nuestros oídos? Una cosa ciertamente admirable, que desde el principio del mundo no ha tenido semejante. Dos parvulillos, desde el seno de las entrañas maternales, preludian el gozo que ha de venirle al mundo; se felicitan ya antes de su nacimiento y saben ya recrearse aun antes de nacer. ¡Oh júbilo anterior al mismo nacimiento! Aun antes de salir de las entrañas maternales se saludan mutuamente estos dos infantes, y le transfunde el uno al otro la gracia, y reconoce éste su infusión: uno derrama sus dones, el otro le da las gracias por ellos; aun antes de yacer en la cuna se establece entre ellos un certamen de dones y gratitud. *¿Quién jamás oyó cosa tal, ni quién vió nada semejante a esto?* [1] Conocemos aquella lucha de los dos niños en el seno de Rebeca [2] y la contienda que sostuvieron antes de su nacimiento, admirable y singular combate en el estrechísimo campo del seno materno, soberano misterio de lo que había de ocurrir, ya que los dos infantes eran el tipo de dos pueblos [3]; pero aquellos saltos de júbilo son más admirables que este duelo de los dos hermanos. Había aquí una lucha más antigua que el nacimiento, allí un amor; aquí una rivalidad personal, allí la gracia; aquí una discordia, allí una armonía; rivalizan éstos en el seno, dan aquéllos saltos de júbilo.

Aventaja mucho esta amistad a aquella guerra, porque éstos sabían lo que hacían y aquéllos lo ignoraban; aquéllos luchaban bajo el impulso sólo del Espíritu Santo, sin saber ellos el objeto de su rivalidad; éstos, en cambio, festejan su alegría en su corazón con una felicidad inmensamente

[1] Is. 66,8.
[2] Gen. 25,22.
[3] Ib. 25,23.

mayor y de un modo mucho más prodigioso, dándose perfecta cuenta de la amistad que inician. ¡Oh niños sensatos, oh infantes elocuentísimos! Aunque no sé si llamarlos niños o varones ya. Verdaderamente varones aun antes de yacer en la cuna, y no sólo varones, sino más bien filósofos en el seno de sus madres. ¡Oh bienaventurado Bautista del Señor, realzado con tal gloria! Pues no podemos admirarnos de Cristo, siendo verdadero Dios y verdadero hombre. Además, con relación a Cristo ya teníamos el vaticinio de que Dios había de realizar algo nuevo [4] sobre la tierra, el que una mujer había de encerrar en su seno a un varón [5]. Es verdad que también en San Juan tuvo cumplimiento este vaticinio, pero con una distancia inmensamente grande, porque lo que en Cristo era perpetuo, se le dió a San

[4] Ier. 31,22.
[5] SAN BERNARDO, *Homil. 2 sobre «Missus est...»*, n. 8 y 9: *Una cosa nueva*, dice, *ha creado Dios sobre la tierra: una mujer rodeará a un varón* (Ier. 31,22). ¿Quién es esta mujer y quién este varón? Porque si es varón, ¿cómo puede ser rodeado de una mujer? Y si por una mujer es rodeado, ¿cómo puede ser varón? Y para decirlo más claro, ¿cómo puede juntamente ser varón y estar en el seno de la madre, ya que esto es ser rodeado un varón por una mujer?

Hemos conocido varones que, pasando la infancia, la edad pueril, la adolescencia y la juventud, llegaron hasta el grado próximo a la vejez. Pero el que ya es tan grande, ¿cómo podrá ser rodeado de una mujer? Si hubiera dicho: una mujer rodeará a un infante o una mujer rodeará a un niño, no parecería novedad; mas, no poniendo ahora cosa semejante, sino llamándole varón, con razón preguntaremos: ¿qué novedad es esta que Dios ha obrado sobre la tierra, haciendo que una mujer rodee a un varón, y que el varón se estreche dentro del pequeño cuerpo de una mujer? ¿Qué prodigio es éste? *¿Puede quizá el hombre*, como dice Nicodemo, *entrar de nuevo en el seno de su madre y renacer?* (Io. 3,14). Pero vuelvo la vista de la consideración a la concepción y parto virginal, por si acaso, entre las muchísimas novedades y maravillas que allí encuentra quien con diligencia las busca, puedo yo hallar esta novedad que he referido del profeta. Cierto, allí se conoce la longitud breve, la latitud angosta, la altura abatida, la hondura llana. Allí se conoce la luz sin brillar, la palabra sin hablar, el agua con sed, el pan con hambre. Verás, en fin, a Dios mandando, y alimentando a los ángeles; llorando, y consolando a los miserables. Verás, si te fijas, entristecerse la alegría, asustarse la confianza, la salud padecer, la vida morir, la fortaleza desmayar. Pero, lo que no es menos maravilloso, se ve allí a la par la tristeza alegrando, el susto fortaleciendo, la pasión sanando, la muerte vivificando, el desmayo vigorizando.

¿Quién no encuentra ya lo que buscaba? ¿No te es ya fácil reconocer entre todo esto a una mujer que rodea a un varón, cuando ves que María abraza en su seno a aquel varón aprobado de Dios, Jesús? Mas yo llamo varón a Jesús; no sólo cuando le aclaman *varón profeta, poderoso en obras y en palabras* (Lc. 24,19), sino también cuando la Madre de Dios ponía sus tiernos miembros en su blando regazo o lo llevaba en su seno.

Era, pues, Jesús varón aun antes de nacer; pero en sabiduría, no en edad; en vigor de ánimo, no en fuerzas del cuerpo; en madurez de sentimientos, no en corpulencia de miembros».

Juan para un momento determinado, ya que, desapareciendo aquel rayo de la luz del Señor, tornó San Juan a su infancia [6], y Cristo nuestro Señor no conoció la infancia; la infancia, digo, no del cuerpo, sino del espíritu, pues en su espíritu fué siempre el que es.

2. Pero hora es ya de profundizar en el modo y la causa de este tan admirable regocijo, tomando el misterio, como dicen, desde su raíz. Después de viciada la naturaleza por el pecado de nuestro primer padre, nadie por ley común nace libre de la mancha; todos nacemos adscritos a la servidumbre, y antes de nacer estamos ya arruinados; y el tronco de nuestro linaje fué asesino aun antes que padre. Aun el mismo San Juan estaba sujeto a esta ley, también estaba desfigurado por esta mancha común en el seno. Vino Dios al mundo a buscar la oveja que había perdido [7]. Es concebido en el seno de la Virgen, se oculta bajo la cubierta de la carne, ve inmediatamente al amigo sometido al yugo y mancillado con la corrupción común; se lamenta como amigo piadoso de la suerte de su amigo, se apresura a librar al amado; no lo dilata demasiado, no da largas treguas a la enfermedad, sino que, transportado en el carro virginal, se dirige con presura al amigo a través de las montañas. Así nos recuerda el evangelista San Lucas a la Virgen apresurándose a través de los montes, y ya mucho antes el sapientísimo Salomón lo había cantado con claridad y elegancia en espíritu, diciendo: *Vedle cómo viene saltando por los montes y brincando por los collados. Al gamo y al cervatillo se parece mi amado. Vedle cómo se pone detrás de la pared nuestra, cómo mira por las ventanas, cómo está atisbando por las celosías. He aquí que me habla mi amado: Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y vente. Muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos; pues tu voz es dulce y lindo tu rostro* [8]. No es posible admirar como se debe profecía tan clara y expresiva de este misterio. ¿Hubiera podido hablar con más exactitud si lo hubiera visto? Y en verdad que lo vió, no con el cuerpo, sino con el espíritu. ¡Oh veloz paloma, que pasas volando por las cumbres de los montes, Virgen Madre de Dios! ¡Oh Cristo Señor, que como apresurado cervatillo pasas por encima de los collados! ¡Oh faz encantadora, oh voz dulcísima, voz poderosa, voz aguda, que penetra las entrañas de la anciana parienta! Con razón exclama ella: *Lo mismo fué penetrar la voz de tu salutación en mis oídos, que dar saltos de júbilo la criatura en mi vientre* [9]. Pues a la vez que hiere los oídos de su parienta con aquella voz sonora, infunde el espíritu de santificación al niño oculto en las entrañas. Y herido el niño en el seno de su madre por esta poderosa voz, se siente sacudido y despertado del sueño de la ignorancia en que yacía aletargado, abre los ojos de su corazón y conoce con admirable perspicacia al Rey de los cielos oculto tras la pared de la carne. Se da prisa por salir al encuentro de la majestad, por dar a conocer al que está oculto; el empeño por salir presiona sobre los costados del estrecho seno; pero impidiéndole la naturaleza una precoz salida, ¡cosa admirable!, dobla las rodillas en el vientre, con saltos de gozo profético da testimonio del que no puede saludar con palabras. Adora, como otro Jonás [10], a su hacedor en el templo del vientre; y no pudiendo hacerlo con su lenguaje, le da a conocer por medio del de su madre.

[6] Es sentencia constante de todos los Padres y Doctores, contra Calvino, que San Juan recibió el uso de la razón al saltar en el seno de su madre. Pero se dividen las opiniones cuando se trata de si ese uso de razón continuó luego. El santo orador sigue la negativa; San Ambrosio expresa claramente la afirmativa *(In Lc.* 1,2, n. 30), y a ésta se adhieren muchos.

[7] Lc. 19,10; Mt. 18,12.

[8] Cant. 2,8-10.14.

3. ¡Oh admirable Precursor, oh agudeza de vista, oh ojos más que de lince, que descubrieron la majestad de Dios en las entrañas de la Virgen! ¡Oh fervoroso mensajero!, exclama San Agustín [11], que aun antes de vivir trató de cumplir su oficio; general impaciente, que llegó al rey antes de nacer, se vistió las armas antes que los miembros, se dirigió al campo de batalla antes de ver la luz y para vencer al mundo superó a la naturaleza. ¿Qué puedo decir, hermanos? San Juan se anticipó a sí mismo antes de preceder a Cristo. Hasta aquí, San Agustín.

¿Con quién compararemos estos dos niños? O ¿a quién los haremos semejantes? Ciertamente, son semejantes a los músicos citaredos que *tañían sus cítaras* [12], que acompasan con las resonantes cítaras la armonía alumbrada en su espíritu; y del mismo modo, con acordado y maravilloso acento, imbuídas en el espíritu de los niños y a su dictado, profetizan también las madres, resonando sus voces con deleitosa armonía. En dos cítaras acordadas suele ocurrir, por un prodigio natural, que, pulsada una cuerda de la una, responda la otra las vibraciones de la que con ella está armonizada. No he podido, por más que muchas veces lo he intentado, descubrir la razón de este fenómeno. ¿No es maravilloso que la sola consonancia origine el movimiento? ¿Qué relación tiene la armonía acordada con el movimiento?

[9] Lc. 1,44.

[10] Ion. 2,2.

[11] *Serm.* 199, en el apénd., n. últ.; antes, de Santos 22, y después en el apénd. 11.

[12] Apoc. 14,2.

Esto mismo ocurre en nuestro propósito: se hallaban en perfecta armonía las liras de los citaredos celestes: la una era portadora del Verbo, de su voz la otra. ¿Y qué puede haber más en armonía con la palabra que su voz? Resuena la una y se estremece la otra. *Pues lo mismo fué penetrar la voz de tu salutación en mis oídos, que dar saltos de júbilo la criatura en mi vientre* [13]. ¿Cómo no había de saltar, cómo no había de estremecerse la lira, si no pulsada a la vez, sí armónicamente concertada? Así inspirado San Juan por el Espíritu, no sólo se ve libre del contagio del pecado, sino que, acelerado el uso de la razón, ve presente al Salvador. Comienza en el seno el oficio de Precursor y lo ejerce aun antes de comenzar a vivir; se apresura a tomar posesión del cargo que Dios le asigna, prematuro por el nacimiento, pero dispuesto ya para el oficio, a fin de prevenir que pueda otro arrebatarle este honor. Pues *vino como testigo, para dar testimonio de la luz* [14]. Nacido para esto, enviado por Dios para esto, no deja que otro se anticipe a su testimonio, para que no pueda arrebatarle la dignidad de Precursor. Grande es esta prerrogativa de San Juan, ya que después de la santa Virgen fué el primero en conocer la encarnación del Verbo y el primero de todos en promulgarla, pues ni aun la Virgen la había divulgado antes. Fué San Juan el gran pregonero de la Divinidad, el primero en manifestar al mundo tan soberano sacramento; después de él ya lo reconoció su piadosa madre [15], luego su venerable padre [16], después José, los ángeles [17], los reyes [18], los pastores [19] y aun los mismos animales [20]. Lo conoció Simeón [21], lo conoció la profetisa Ana [22], lo conocieron otros; pero el primero en conocerlo y divulgarlo fué Juan, sólo él fué enaltecido con este honor.

Por consiguiente, Cristo no sólo se da prisa para santificar a su amigo, sino también para honrarle; pues ciertamente podía santificarle aun estando ausente, pero se apresura a visitarle para que no le hurte otro el lugar concedido a su amigo, ya que un misterio tan soberano no podía estar oculto por mucho tiempo en el mundo. Señaló así con su gozo en el seno al que había de señalar más tarde con el dedo [23] en el desierto. ¡Oh Cristo, verdadero amigo, que tal solicitud tiene por el amigo! Aprendamos de éstos, hermanos, la amistad, aprendamos los derechos del parentesco; pues es verdadero parentesco el que lamenta más los daños del alma que los del cuerpo, que se apresura más a sanar las heridas del corazón que las del cuerpo en el amigo, que unas veces con consejos, otras con correcciones, con amonestaciones otras, trata a toda costa de librar al amigo de la coyunda del pecado. *¡Ay* de los amigos aduladores, *que ponen almohadillas bajo los codos* de los amigos *y hacen cabezales para poner debajo de las cabezas de los de corta edad!* [24], de suerte que duermen tranquilamente en el pecado. ¡Ay de los que lisonjean los vicios, que cubren antes de tiempo la pared pintada, de suerte que no aparezca la mancha del pecado, y así se acreciente más!

[13] Lc. 1,44.
[14] Io. 1,7.
[15] Lc. 1,41.
[16] Ib. 1,76.
[17] Ib. 2,10 s
[18] Mt. 2,1-2.
[19] Lc. 2,18
[20] Is. 1,2.
[21] Lc. 2,30.
[22] Ib. 2,38.
[23] Io. 1,29.

Considerd, hermanos, la gravedad de las heridas de los pecados; si tanto se apresura Cristo por limpiar a su amigo del ajeno contagio de la mancha original, ¿con qué prontitud hemos nosotros de apresurarnos a purificarnos de la culpa de nuestros propios delitos? *¡Ay* de los que aumentan sus iniquidades, arrastrando *la iniquidad con las cuerdas de la vanidad y al pecado a manera de carro!* [25] Sobre los cuales, cuando están más tranquilos, llegará la muerte repentinamente y no podrán esquivarla.

4. Pero volvamos a la historia. Luego, pues, que la regia Virgen vió divulgado el misterio de su seno, transportado su espíritu, llena del Espíritu, rebosando de gozo, inflamada en el hervor del mismo Espíritu, entonó al Señor un suave canto. Es digno de notarse que la Virgen, tan parca en sus palabras, se ve forzada a cantar con voz sonora por la intensidad del Espíritu. ¡Oh excesiva plenitud del Espíritu, oh fervor sin medida del corazón! Bienaventurados los oídos que merecieron escuchar de labios virginales ese cántico de fiesta. Desde el principio del mundo no se ha oído un cántico semejante; por eso ha merecido por antonomasia el nombre de cántico, ya que supera a los cánticos todos de los santos, tanto por la majestad del autor y la dignidad de la materia cuanto por la vehemencia del estilo. Cierto que de muchas matronas antiguas, pasando por alto los varones, nos cuenta la Escritura que han entonado cánticos: Cantó Débora [26] a Dios la victoria obtenida sobre Sísara, Judit [27] celebró la muerte de Holofernes, la hermana de Moisés [28] la destrucción del ejército de Faraón; dió también

[24] Eceq. 13,18.
[25] Is. 5,18.
[26] Iud. 5,1.
[27] Iudith 16,1.
[28] Ex. 15,20-21.

Ana [29] prolongadas acciones de gracias a Dios por su hijo Samuel. Pero no saboreamos tanto el canto de aquellas hebreas como el de esta nuestra profetisa.

Reconozco que aquel gran citaredo al hacer resonar su cítara ahuyentaba con la virtud de la armonía a los demonios. Quiero hacer resaltar una figura de todos conocida: hiriendo David [30] las cuerdas de su cítara, abandonaba el diablo el espíritu poseído de Saúl. ¡Cosa admirable!, huye el diablo a la presencia de la música, y quien, según Job [31], reputa las flechas y menosprecia las piedras de la honda como leves pajas, que se mofa de la vibrante lanza y no hace caso de los durísimos golpes de martillo, estremecido ante el sonido de la cítara huye depavorido; y el que supera todas las fuerzas naturales, se siente impotente y derribado por la armonía. Indudablemente se esconde un misterio en aquella cítara: era aquélla una figura, y ésta una realidad; se cumple aquí lo que se significa allí. Este es aquel dulcísimo decacordio de que tantas veces se gloría el citarista profético; éste es el que expulsa al demonio, santifica al Precursor, hace saltar al niño y profetizar a la madre; aún ahora me atrevería a afirmar que, cuando suena con devoción y armonía este decacordio, se desvanecen las inicuas sugestiones del corazón, se debilitan las lúbricas tentaciones de la carne, se ahuyentan los execrables demonios.

Por tanto, no sin fundamento encarecen extraordinariamente todos los fieles este cántico y lo recuerdan con viva devoción. Y está compuesto de diez versos, para conservar la representación del decacordio. He aquí al autor del cántico, he aquí al músico de la celeste armonía. Cristo es el que dicta, la Virgen lo canta al exterior: ¿Qué canto no ha de salir de tal compositor y tal intérprete? Y más si se tiene en cuenta la sublimidad de la materia que se celebra, que ninguna alabanza criada es capaz de expresar. No recuerda la Virgen las insignes victorias de los príncipes, ni la fácil derrota de los ejércitos, ni la sepultura en el mar de los carros de Faraón, ni el paso a pie enjuto del pueblo a través de las olas; más digna es la empresa que canta la Virgen, más sublime es la causa de su canto. Celebra soberanos misterios, pasa revista a inefables dones, tributa acciones de gracias al Señor de los profetas en nombre de su Hijo, profeta y Dios a la vez. Y cómo, ¡oh maravilla digna de celebrarse!, engendró a su Creador y Creador de todos, y lleva en su seno al divino vástago, y esconde en su vientre al Verbo divino, entona un cántico a la divinidad en la carne, ensalza las entrañas de la divina

[29] 1 Reg. 2,1 s.
[30] Ib. 16,23.
[31] Iob. 41,18 s.

piedad, describe con poderoso acento el abatimiento de los soberbios y la exaltación de los humildes, las privaciones de los ricos y el enriquecimiento de los pobres, el poder grande en demasía, el peso inestimable del amor, la reparación del mundo, el derrocamiento del diablo, la destrucción del pecado. Ni Safo puede competir en suavidad con este canto, ni el poeta lírico en dulzura.

A la grandeza del misterio responde la maravilla del estilo, su dulzura, su precisión, elegancia y suavidad, placidez, fluidez, abundancia, gracia, venustez, su plétora de espíritu y devoción; no habría posibilidad de dar la palma a la elegancia o a la sabiduría. La gracia maravillosa de entrambas encierra en los estrechos límites de las palabras variedad de sentidos y rima profundas sentencias en el reducido ámbito de la medida. Jamás habló así una mujer. Jamás cantó así una virgen; enmudezcan todas las musas, enmudezca la gárrula poesía, la dulce sirena; calle también el parlero ruiseñor, calle toda armonía y alabanza de hombres y aves. Suena la cítara del rey, canta la Virgen Madre de Dios. Pero escuchemos ya el canto mismo de la Virgen.

5. *Mi alma glorifica al Señor; y mi espíritu está transportado de gozo en el Dios Salvador mío*, etc. [32]. ¡Con qué gracia, con qué elegancia repite el canto de su anciana parienta! ¡Con qué piedad y humildad desvía las alabanzas que le atribuyen a Dios, dador de todos los bienes! Como si dijera: ¡Oh Isabel!, como mi parienta que eres me ensalzas; pero no puedo ensalzarme a mí misma, sino que en retorno de todo lo que has dicho: *Mi alma glorifica al Señor. Dió saltos de placer* también, como dices, el niño en tu seno al oír mi voz; pero *mi espíritu* salta de gozo sin medida *en el Dios Salvador mío*. Me llamas bienaventurada, y no eres la primera ni serás la única, pues *desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones*, los nacidos hasta aquí y los que de ellos han de nacer. Pero ¿por qué *bienaventurada*, por mis méritos? No, sino en atención de Dios, pues *porque* el Altísimo *ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava; por tanto, ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones;* pero con razón y justicia, *porque ha hecho en mí cosas grandes aquel que es poderoso*. Reconozco que es una gracia, no me levanto con la grandeza; es verdad que soy grande, pero no lo soy por mí misma, sino *porque ha hecho en mi cosas grandes aquel que es poderoso:* pudo hacerlo y lo hizo, y lo hizo porque quiso; por eso *su nombre es santo*, bendito y glorioso.

Sólo El es capaz de conocer lo que me ha hecho, el po-

[32] Lc. 1,46.

derío que ha mostrado en mí; yo no soy capaz de predicarlo, pero de lo íntimo de mi corazón bendigo su nombre por estas cosas. Mas ¿hízolo acaso *para mí* sola? Este beneficio se dirige más bien a todo el orbe; porque *su misericordia de generación en generación,* suficiente desde luego para todos, pero además eficaz *para los que le temen.* Y ¿qué misericordia? La de haber librado con su poderosa virtud a los hombres de la servidumbre del pecado y haberlos hecho participantes del reino celestial; pues a la vez que reparó las ruinas de los ángeles, de todas las generaciones humanas que con su obra redimió, abatió con poder a los unos y levantó a los otros con su misericordia. *Hizo alarde del poder de su brazo,* su Verbo, su Hijo; *deshizo las miras del corazón de los soberbios,* tanto ángeles como hombres. Pues *derribó del solio* celestial a los poderosos ángeles que se gloriaban de su poder y *ensalzó* de la tierra a los hombres, de inferior naturaleza.

También a los pueblos gentiles *hambrientos colmó de bienes* de su gracia, y, en cambio, a los ricos judíos *los despidió sin nada* por su soberbia. Y repito que realizó todo esto con tal poder y misericordia, desde que hallé gracia en su presencia, que he llegado a ser su Madre. Pues *acogió* en mi seno *a Israel su siervo,* no por merecimiento alguno mío, sino *acordándose de su misericordia,* acordándose también de su verdad, porque así se lo había prometido *a nuestros padres* y especialmente *a Abraham y a su descendencia,* no para un tiempo por largo que fuese, sino *por los siglos de los siglos;* pues lo que tomó una vez jamás lo dejará.

6. ¡Qué prodigiosa y compendiosamente representa la encarnación del Verbo! *Acogió,* dice, pues Dios se hizo hombre, no por la conversión de la divinidad en la carne ni por la confusión o mezcla de las sustancias, o por la composición de ambas naturalezas, sino por la maravillosa encarnación de Dios. Llama *siervo* e *Israel* a aquel benditísimo Jesús, supuesto de la naturaleza humana y divina, y ambas cosas le llama con toda propiedad y oportunidad, porque sabía que estaba limpísimo de toda mancha de pecado, y que ya desde el seno era un conocedor perfecto y un testigo ocular de la Divinidad. Y expresa con sabiduría la razón de esta tan admirable unión al decir: *Acordándose de su misericordia,* es decir, no por los méritos de nadie, *no a causa de las obras de justicia que hubiésemos hecho* [33], sino por sola su misericordia y pura gracia. Pues ¿quién era capaz de merecer jamás tan soberano bien? Y añade aún una razón más, diciendo: *Según promesa que hizo a*

[33] Tit. 3,5.

nuestros padres, esto es, *a fin de que fuese reconocida la veracidad de Dios en el cumplimiento de las promesas que El había hecho a los padres* [34]. También respecto al tiempo, por si a alguien se le ocurriera dudar cuánto tiempo ha de durar este piadoso ensalzamiento del hombre, esta tan maravillosa unión de Dios y el hombre, nos dice que *por los siglos de los siglos,* y así termina.

¿Habéis oído alguna vez un canto más elocuente, más suave, más elegante? ¿Hay algo más sabio, más elegante, más prudente que esta Virgen? ¡Con qué brevedad y gracia de palabras limitó el modo, la propiedad, el motivo, la utilidad y el tiempo de esta obra tan admirable! ¡Con qué ajustada maestría explicó lo que no hubiera podido explicarse en largos circunloquios! Aquel sapientísimo Salomón, que aventajando a todos en sabiduría no se avergüenza de dar la palma a sólo esta Virgen, deseaba ardientemente en espíritu escucharla. Y la provocaba a cantar cuando decía: *¡Oh tú, la que moras en las huertas!;* esto es, ¡oh huerto de delicias!, *los amigos están escuchando; hazme oír tu voz* [35]. Te escuchan con afán, dice, los amigos; esto es, el Esposo y su amigo Juan, pues tal nombre solía darse a sí mismo Juan [36]; te escuchan, repito, aquellos dos soberanos citaredos, te escuchan los ángeles, te escucha toda aquella celeste majestad. ¡Oh la más hermosa de todas las mujeres, *hazme oír tu voz! Pues tu voz es dulce y lindo tu rostro* [37] en gran manera. Cumplidos, pues, los tres meses, después que su parienta Isabel dió a luz a su hijo y la Virgen, cogiéndole en sus manos, le bendijo, rebosante de gozo, como había venido tornó a su casa. Hasta aquí, la historia.

7. Imitad vosotras, ¡oh vírgenes!, a esta Virgen, y subid tras ella a las montañas de las virtudes con paso ligero; volad sobre las cimas de la perfección, y pasad las empinadas cuestas de la enseñanza evangélica, pues bien sabéis que para esto estáis puestas y que éste es vuestro destino desde vuestra entrada en la religión. Pues ¿a qué otra empresa se endereza vuestra religión? ¿Qué otra cosa pretende vuestra profesión sino el volar, correr y subir? Cierto que el camino de la virtud es estrecho, y difícil la subida a la vida, y el rigor de la penitencia sólo superable con la energía del espíritu: para llegar a la cumbre de la perfección es preciso un pertinaz esfuerzo. Que ningún perezoso emprenda este camino, que ningún sensual intente recorrerlo. Pues hay algunos que comienzan con fervor; pero, atemorizados luego por la aspereza del camino, o se detienen o

[34] Rom. 15,8.
[35] Cant. 8,13.
[36] Io. 3,29.
[37] Cant. 2,14.

desisten, y tornan vergonzosamente a sus bajezas; mejor les hubiera estado no empezar lo que no pudieron terminar. A estos semejantes apuntó aquella burla del Evangelio: *Ved ahí un hombre que comenzó a edificar y no pudo rematar*[38]. *¿Por qué* no calculó este tal *primero sus cuentas?*[39] Sin embargo, que no haya austeridad alguna de vuestra profesión que os haga volver atrás; perseverad con empeño, proseguid con entusiasmo vuestra empresa: todo lo supera el porfiado esfuerzo. Rechazad de vuestros corazones este temor nocturno[40], pues ataca a las almas cobardes y deslumbra los ojos alucinados para que no distingan la verdad; convierte insignificantes elevaciones en montes soberbios y a los pequeños mosquitos en descomunales elefantes. ¡Oh, si pudiéramos ver las cosas como son en realidad y no como en un espejo! Es verdad que echáis sobre vosotras un yugo, pero es *suave*[41]; que tomáis una *carga,* pero es *ligera:* no abruma, sino que sostiene; no abate, sino que reanima; no agrava, sino que alivia. No os admiréis, ¡oh religiosos!, de los abismos que bordean el camino, no os espanten las fragosidades de la perfección; también hay allí florecientes prados, deleitosas fuentes, apacibles matorrales, en que el caminante puede recobrar más energías que ha perdido en el camino. Y traspuestas estas cimas, sonríe en la altura una amplia llanura, un panorama placentero, una deleitosa y agradable mansión, a cuya entrada se dan al olvido todos los pasados trabajos: pues el trabajo es breve e indecible el solaz. Permaneced, pues, y esperad la prosperidad: ya llega el tiempo en que no os dará pesadumbre el recordar estos trabajos.

8. Cierto que conozco la fuente de donde a muchos les nace la dificultad de avanzar, que no es otra que el peso de las pasiones carnales, de los deseos y cuidados temporales; porque, oprimidos por este peso y aprisionados los pies del alma, esto es, los afectos, en tales trampas, avanzan con lentitud. De modo que no es porque el camino sea difícil, sino porque se encuentra el pie pesado; no porque la subida sea ardua, sino más bien porque está entorpecido el paso: desatad, pues, estos lazos de los pecados, arrojad lejos las estériles cargas de las pasiones, y os serán accesibles las alturas de la virtud; levantaos con María apresuradamente, y con esta determinación llegaréis. Porque, ¿cómo ha de darse prisa el alma que yace en el pecado? ¿Y cómo ha de llegar la que, dominada por el tedio, no se apresura? Arrojad, pues, la culpa y la negligencia; porque al manchado no se le permite la entrada en el pavimento de perlas de la ciudad de oro; y sólo el que se hace fuerza puede arrebatar el reino de los cielos[42].

[38] Lc. 14,30.
[39] Ib. 14,28.
[40] Ps. 90,5.
[41] Mt. 11,30.

De suerte que no se dijo en vano que María se levantó y se dirigió con presteza a la región montañosa, sino que se nos dió a conocer en la Virgen Madre de Dios el modo de nuestra perfección. Claro que se puede objetar: ¿Cómo nos empujas a que nos encaminemos con prisa a los montes, cuando tan abiertamente nos lo prohibe el salmógrafo al reprochar a los que nos aconsejan esto, diciendo: *En el Señor tengo puesta mi confianza, ¿cómo decís a mi alma: «Retírate al monte como un ave»?*[43] Y aun con más claridad otro profeta: *El que creyere no se apresure*[44]. Por tanto, nos veda el que es la verdad el apresuramiento de la carrera que aquí se nos propone. Sin embargo, no se opone a lo dicho la Sagrada Escritura: estas palabras de la Sagrada Escritura se dirigen a algunos débiles e inconstantes que por su excesiva pusilanimidad e impaciencia desmayan al punto y se vuelven atrás si en el mismo mes y año que han abrazado el camino de la religión no llegan al punto de perfección o devoción que pretenden; y desconfiando en absoluto, desisten neciamente del santo camino emprendido, juzgando imposible para ellos la perfección que se les propone, y dando oídos al diablo, que les sugiere con insistencia aquellos ya conocidos tópicos: ¿Por qué te molestas? ¿Para qué te empeñas en vano? ¿Por qué te fatigas con inútiles esfuerzos? Mira cómo después de tanto esforzarte nada has conseguido. ¿Por qué insistes aún? Escarpado es el camino de la perfección, y no podrás llegar a él: alégrate y estáte tranquilo. *Mejor te es ver lo que deseas que codiciar cosas que ignoras*[45].

El religioso fervoroso y constante responde con ingenuidad a esta perniciosa sugestión: *En el Señor tengo puesta mi confianza,* ¡oh pérfidos y mentirosos!; *cómo decís a mi alma: «Retírate al monte como un ave»?*[46] No puedo pasar volando, bástame con que vaya andando. Bien pudo pasar rápidamete y superar la cumbre de las virtudes este pájaro solitario que decís, porque no tenía la carga de los pecados; pero yo, pecador, me conformo con seguir al que va andando; pues *¿quién hay en los cielos que pueda igualarse con el Señor?*[47] Por consiguiente, aunque parece que me retraso y aun que me detengo, permanceré, sin embar-

[42] Ib. 11,12.
[43] Ps. 10,2.
[44] Is. 28,16.
[45] Eccl. 6,9.
[46] Ps. 10,1.
[47] Ib. 88,7.

go, en mi propósito y no desconfiaré, porque tengo puesta mi confianza, no en mis fuerzas, sino en el poder de su gracia.

9. Así, pues, *el que creyere, no se apresure* [48] de tal modo que desfallezca, sino *apresúrese* de suerte que llegue. La perfección tiene sus grados, que no es empresa fácil atravesar rápidamente en poco tiempo; pues vemos cómo en los sembrados la semilla origina primero una hierba, luego la espiga y finalmente produce el grano perfecto en la espiga; y según el Evangelio [49], tal es el reino de Dios. ¿Por qué te inquietas, por qué te apresuras, por qué te atormentas si no lo has alcanzado ya, si aún no has llegado, si aún no has conseguido la perfección? El gran San Pablo, aun después de haber penetrado en el cielo [50] y recorrido el paraíso, no juzgaba [51] haber alcanzado la perfección aún; y tú, religioso o monja de hace tres días, ¿ya quieres haberla alcanzado? *Aguarda al Señor, y pórtate varonilmente; cobre aliento tu corazón, y espera con paciencia al Señor* [52]. Por el camino de la perfección no se debe volar, sino ir andando; se precisa de gran paciencia y esforzado ánimo para llegar; sólo con un prolongado esfuerzo se ha llegado a donde tanta prisa nos corre.

Y aun si bien se advierte, el salmista no reprende la celeridad, sino el paso a otra parte, porque no dice: *¿Cómo decís a mi alma:* Date prisa, sino *Retírate al monte* [53]; lo que trata de evitar es el pasar saltando, no el darse prisa. Porque algunos de los que se vuelven a Dios, saltando al modo de las picazas, omitiendo los medios ordinarios, pretenden pasar repentinamente a los últimos grados de la perfección; y ordinariamente esta manera de saltar les atrae el desastre. Pues lo primero que tenían que hacer al entrar en la religión y pasar sus umbrales era examinar con cuidado su conciencia, repasar con contrición de corazón su vida anterior y los años pasados en el pecado, llorar por largo tiempo los delitos cometidos, fatigarse con fidelidad en los ejercicios de la humildad y obediencia, insistir sin cesar en las lecturas sagradas y fervientes meditaciones; y, en cambio, pasando por alto todos estos medios, se arrogan con insolencia lo que es propio de los perfectos, sutilizan en las Sagradas Escrituras, se dedican con insistencia a la pública predicación, se afanan por estar al frente de los mejores; y pareciendo más religiosos, se alampan por los

[48] Is. 28,16.
[49] Mt. 15,13.
[50] 2 Cor. 12,2.
[51] Phil. 3,13.
[52] Ps. 26,14.
[53] Ps. 10,1.

gozos del espíritu y celestiales especulaciones antes aún de purificar el corazón. Y, claro, por tratar de subir con este ímpetu inoportuno, caen por necesidad prontamente.

10. Así es que apresuraos vosotras, ¡oh vírgenes!, a subir tras María a la cumbre de las virtudes, pero con paciencia, con espíritu animoso, con humildad: seguid humildes a la que es modelo de humildad, modestas a la que es prototipo de la moderación; y a la que lleva a Cristo en su seno, seguidla también llenas de Cristo, ya que no puede correr a las alturas la que no está animada por Cristo. Se dirige María con prisa a la región montañosa, acelerándola el vástago que lleva dentro; como correréis, sin duda, vosotras, gozosas, si habéis concebido a Cristo en el seno de vuestra mente, si lo lleváis en vuestro corazón. Dentro de nuestro seno no nos sirve Cristo de carga, sino de alivio: no abruma al alma que lo lleva, sino que la aligera; no son ásperos los montes para las almas encinta, sino para las vacías. ¿Por qué se nota hoy tanta tibieza en las vírgenes consagradas, sino porque están vacías del divino germen? En todas partes se pueden escuchar en los claustros quejas de la abstinencia, de la pobreza, del ayuno, de la vigilia, de la obediencia, de la clausura, del rigor de la disciplina monástica, de la austeridad de la vida regular; les parecen tan arduas las cumbres de la virtud, porque están vacías de la gracia celestial, pues la que está llena del Verbo de Dios, por propia voluntad y no como a la fuerza tiende con prisa a las alturas. ¿Por qué, pues, tanta dificultad en éstas, sino porque falta la gracia? ¡Ay!, ese celeste descanso y lozanía del paraíso se tiene hoy por cárcel; las delicias de la religión, los solaces de la devoción se han trocado en amargos lamentos; y aun el espíritu de verdadera libertad se juzga como materia de servidumbre. ¡Oh amadísimas!, *aunque os hablamos de esta manera, tenemos mejor opinión de vosotros y de vuestra salvación* [54], pues vuestra ferviente devoción, vuestro encendido afecto, la alegría de vuestro rostro y la pureza de vuestra vida demuestran que estáis llenas de Cristo. Y puesto que os habéis ofrecido a Dios como espontáneo sacrificio, seguid con todo gozo y entusiasmo *al Cordero doquiera que vaya* [55]; corred hacia las cumbres, subid en pos de María, según aquello del Salmo: *Serán presentadas al Rey las vírgenes que han de formar el séquito de ella* [56]. Esto mismo os repito yo: imitadla, seguidla; siendo ella guía y maestra, correréis con celeridad, y llegaréis con felicidad a donde os dirigís; es a

[54] Hebr. 6,9.
[55] Apoc. 14,4.
[56] Ps. 44,15.

saber, a la perpetua e inmarcesible corona[57] de la gloria, que graciosamente esperamos del Señor de las virtudes[58] y Rey de la gloria, a quien con el Padre y el Espíritu Santo se debe todo honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

APOSTILLA

11. Una cosa admirable, un prodigioso milagro nos cuenta el evangelista en la historia del santo Evangelio, introduciendo como en cualquier escena de una tragedia o comedia a cuatro personajes de excepción. El primero que se nos presenta es una virgen, una virgen encinta; embarazada, no por concurso de varón, sino por obra del Espíritu Santo; una que ha engendrado, no a un príncipe o un rey, sino al mismo Dios. Y ésa, aunque virgen, toda inflamada camina *apresuradamente* a través de los montes: pues ¿adónde iba a dirigir sus pasos esta Virgen, si está llena de Dios, sino a las alturas, como dice San Ambrosio?[59] Y el Salmo: *Los altos montes sirven de asilo a los ciervos, los peñascos de madriguera a los erizos*[60]. Camina *apresuradamente*, pues el niño que lleva en su seno no le sirve de carga, sino de alivio; está embarazada, pero no por eso más pesada; carga sin molestia. Pues ¿cómo podía ser gravoso a su Madre en el seno el Verbo de Dios, que lo sustenta todo? Llévalo *todo sustentándolo con su poderosa palabra*[61]. Engendrado en su seno, es El el que lleva a su Madre, y como rayo flamífero, grabado en el hálito virginal, levanta el cuerpo a las alturas y arrebata el espíritu al cielo.

¡Oh bosque fecundo que albergaste a tal caminante! ¡Oh admirable espectáculo! Un niño divino, celestial infante, aun antes de nacer, camina ya a través de las montañas! ¡Oh carro triunfal del seno virginal, en que el Rey celestial, rodeado de muchedumbre, no tanto de nombres como de ángeles, camina y es llevado a través de las montañas! Más ilustre es este carro que aquel carro de fuego en que Elías[62] fué arrebatado al cielo: había allí ardor de fuego, hay aquí ardor del Espíritu Santo; aquél era carro de caballos, éste lo es de virtudes; en aquél era llevado un profeta, aquí es llevado el mismo Dios.

[57] 1 Petr. 5,4.
[58] Ps. 23,10.
[59] *In Luc.* 2,19: «Pues ¿adónde iba a subir con prisa, ya llena de Dios, sino a las alturas? No conoce perezosos esfuerzos la gracia del Espíritu Santo».
[60] Ps. 103,18.
[61] Hebr. 1,3.
[62] 4 Reg. 2,11.

Y ¿cuál es el motivo del viaje? ¿Cuál es la causa de la aceleración? Veámoslo. Había concebido Isabel, anciana estéril, doble maravilla, al Precursor del Señor, a San Juan Bautista, guía y armígero del Rey celestial, abanderado de todos los ejércitos del Señor; pero aun se hallaba retenido y oprimido en la cárcel del pecado original. Se da prisa la Madre por hacer compañía y rendir homenaje a la anciana que va a dar a luz, y el Hijo por santificar a su Precursor y librar a su guía. He aquí las cuatro personas, próceres del mundo entero: la Virgen que dará a luz, la estéril embarazada, el Verbo del Señor y su Profeta: dos madres y sus dos pequeñuelos. Entonan cánticos las madres, danzan los pequeñuelos en las entrañas.

Escucha el misterioso y admirable sacramento. Entra la Virgen en casa de la anciana, la saluda, hiere los oídos de Isabel aquella voz que procede del Verbo de Dios, que mora en el seno; penetra en las entrañas de Isabel la virtud de esa voz. Allí estaba el niño tranquilo y seguro, como reclinado en su almohada; llégale la virtud de la voz, abre sus ojos, reconoce a su Dios envuelto en la nube de la carne y escondido en el vientre, se siente conmovido, se levanta, sacude con violencia el cuerpo de la madre, pugna por salir, por clamar afuera, pero le obstruye la salida el seno cerrado; un prematuro parto no permite a los delicados miembros salir, es impedido por la naturaleza: niégale su lenguaje la lengua inmóvil y tierna aún, y aunque se afana por clamar, pegada al paladar sigue su lengua. Reprocha el profeta del Señor su torpeza a la naturaleza, y no pudiendo expresarse con palabras, expresa su saludo con el profético gozo y salto del cuerpo. Dobla en señal de reverencia las rodillas el niño de seis meses en el seno materno; adora, como otro Jonás[63], en el vientre con indecible gozo y alegría al Rey de los santos diciendo: ¡Bienvenido seas al mundo, supremo Rey y Dios eterno! ¡Dichosa es tu venida y bendito es el seno que lleva encerrado tamaño tesoro!

12. ¡Oh espectáculo singular, oh prodigiosa y estupenda maravilla! Llegó a conocer a su Creador antes que a sí mismo; fué su adorador y predicador antes de nacer aún. Todo esto se contiene en el sermón de San Agustín sobre San Juan, donde dice[64]: Mensajero en verdad ferviente, que deseó vivamente predicar aun antes de nacer; jefe impaciente, que antes de tener cuerpo formado llega ya a su rey; empuñó las armas antes de tener miembros, se dirigió al combate antes de ver la luz; y para vencer al mundo, venció antes a la naturaleza; pues sin entrañas aún,

[63] Ion. 2,2.
[64] Véase nota 12 del *Sermón en la Visitación de la B. V. M.*

sacude las entrañas de la madre, y por la torpeza del cuerpo, ya cumple su oficio de predicador con solo su espíritu. ¿Qué puedo decir, hermanos? San Juan antes de ir delante de Cristo se adelantó a sí mismo. Así, pues, es lleno del Espíritu Santo el niño, y no pudiendo con su propia lengua, hizo proclamarlo a la lengua de su madre; como hábil tañedor, templa por dentro las cuerdas y hace resonar al exterior la flauta de la lengua materna.

Pero escuchemos también lo que dice la madre. *Bendita tú eres entre las mujeres*[65], más aún, sobre todas las mujeres; más que todas las gentes, más que todas las criaturas, etcétera. *Y* bendita *tú que has creído*[66]. Pudo celebrar muchas virtudes en la Virgen, pero se fijó sobre todo en la fe, puesto que en tal grado resplandeció en la Virgen en la concepción del Verbo; y para darnos cuenta de cuán extraordinaria es la de la Virgen y con cuánta razón la alaba la estéril, podemos parar nuestra atención en Abraham, que fué ensalzado sobre todo por su fe; con estas palabras lo alaba la Escritura: *Creyó Abraham a Dios y reputósele por justicia*[67].

Mientras tanto, ¡oh la más hermosa de las mujeres!, *que moras en las huertas, los amigos están escuchando; hazme oír tu voz*[68]. Te escucha el Verbo y su amigo Juan, te escuchan jubilosos los coros de los ángeles; ea, pues, canta, celestial cantora; canta, diva suprema; ea, salten tus vivas palabras, formadas en tu pecho virginal, formadas por el Verbo eterno, que está en tu seno; palabras derivadas de la palabra, temporales procedentes del Eterno. ¡Oh sibila más excelsa que todas las sibilas! Repitan vuestros virginales labios los místicos versos, cadenciosos por la medida del Espíritu Santo, que dejaste oír, Señora, con acento más levantado que ningún profeta y más arrebatado que el de los serafines; ea, la más hermosa de las mujeres, *suene tu voz en mis oídos; pues tu voz es dulce y lindo tu rostro*[69]. Entona ya el cántico nuevo por el beneficio tan nuevo, tan singular, tan admirable de la encarnación del Señor. No es el motivo de este cántico el paso del mar Rojo, ni la victoria de los enemigos, ni la liberación del pueblo de Israel, ni algún beneficio particular de la antigua ley, como lo fué para Moisés[70] su hermana María[71], Ana la madre de Samuel[72], Ecequías[73] y otros.

[65] Lc. 1,42.
[66] Ib. 1,45.
[67] Gen. 15,6.
[68] Cant. 8,13.
[69] Ib. 2,14.
[70] Ex. 15,1 s.
[71] Ib. 15,20-21.
[72] 1 Reg. 2,1 s.
[73] Is. 38,9 s.

¿Cuál es, entonces, la ocasión del canto de María? ¿Qué es lo que impulsa a cantar a la Virgen? La humanización de la divinidad, la concepción del Redentor, la clausura a que en su seno se sujeta a Dios en forma de niño, la venida al mundo, la baiada de la libertad a todo el género humano, etc. Esta es la causa del cantar, ésta la ocasión de regocijarse, por eso rebosa de alegría el alma de la Virgen, y salta su espíritu *en el Dios salvador*[74] suyo. Gran sacramento y misterio supremo; canto sublime debe ser el entonado en digna acción de gracias por tan soberano beneficio.

13. Escuchemos, pues, el cántico de los cánticos, que resuena por boca de la Virgen, redactado por el Verbo eterno, formado por el Espíritu Santo. *Mi alma glorifica al Señor*[75]. Fíjate, ¡oh Virgen!, en lo que dices. ¿Te atreves tú a glorificar a Dios? *Grande es el Señor* Dios *nuestro y sin límites*[76] su grandeza. El es inmenso, ¿y pretendes tú glorificarle? Sí, es cierto, yo lo ensalzo, no para añadirle grandeza alguna, sino para manifestarla, pregonarla y considerarla. Ensalza a Dios el alma de la Virgen como la pintura al artista. Vemos una pintura y exclamamos: ¡oh excelso pintor! He aquí cómo hemos visto una cosa y alabamos otra. ¿No hemos de alabar a Dios por el cúmulo de mercedes de tantas virtudes y dones que depositó en la sola alma de la Virgen? Así, pues, *mi alma glorifica al Señor;* y le ensalza también el cuerpo, porque ha realizado una cosa grande, con una nueva magnitud de mole corpórea; pues era antes incorpóreo y no podía tener corpórea magnitud.

Y mi espíritu está transportado de gozo[77]. ¿En qué ha sentido, ¡oh Virgen!, ese transporte de gozo? No en las pompas ni en las riquezas, no en la muchedumbre de los familiares ni en las extensas posesiones, no en los vestidos ni arreos de oro, sino *en el Dios Salvador mío*. ¿Tuyo sólo o también de los demás? *En el Dios salvador mío. Mío,* porque es hijo mío, porque es *hueso de mis huesos y carne de mi carne*[78]. No lo es así de los santos ni de los demás, sino que es su Señor; pero *mío* porque es Hijo y Señor. Notemos en esta materia un punto interesante. La Virgen sacratísima mantuvo por mucho tiempo secreto el misterio de la Encarnación y procuraba ocultar con una reserva inaudita el altísimo sacramento. Pero viendo que al saludar a Isabel[79], ésta, llena del Espíritu Santo, conoció su secreto y comenzó a divulgarlo en alta voz, viendo ensalzar su ex-

[74] Lc. 1,47.
[75] Ib. 1,46.
[76] Ps. 146,5.
[77] Lc. 1,47.
[78] Gen. 2,23.
[79] Lc. 1,41.

celencia en público y que era conocido el secreto, prorrumpió ella también en un canto de alabanza y transporte de gozo diciendo: *Mi alma glorifica al Señor*. San Juan Crisóstomo [80] nos hace notar el pudor de la Virgen a medida que se abulta su seno; pensaba José con pena [81] despedirla, y, sin embargo, no descubre la Virgen el secreto a José, pensando que no lo creería; y así, llena de prudencia, esperaba del Señor el remedio.

Un detalle singular: ¿Por qué *apresuradamente*? Porque, como dice Orígenes [82], sabía que Juan se encontraba con el pecado original, y se apresuraba a liberarle. Echen de ver aquí los que se encuentran en pecado mortal con qué diligencia deben procurar salir de él. Pongamos un ejemplo: si una casa se quema, ¿cuánto más el alma? Tengan también en cuenta los pastores la solicitud que deben a las almas de sus ovejas.

[80] *Homil.* 1 *ex Comment. imperf. in Matth.*, 1.
[81] Mt. 1,19.
[82] *Super Luc.*, c. 1, hom. 7: «Pues Jesús, que se encontraba en su seno, se apresuraba a santificar a Juan ya desde el vientre materno».

EN LA PURIFICACION DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA

SERMON I

Llevaron al Niño a Jerusalén para presentarle al Señor (Lc. 2, 22).

1. Preciso es darnos cuenta de lo que celebramos, pues cuanto mejor entendiere cada cual la razón de la festividad, tanto mayor será el entusiasmo con que la celebre. Así, pues, celebra hoy nuestra santa Madre la Iglesia la Purificación de la Virgen y la Presentación del Niño Jesús en el templo; y así, por el doble misterio que en ella brilla, debemos celebrar esta festividad con doble gozo también y redoblada devoción, pues festejamos a la vez al Hijo y a la Madre.

Para comprender plenamente esta festividad, hemos de notar que hubo en la antigua ley de Moisés dos preceptos para las que habían dado a luz: uno universal y particular el otro. El precepto universal [1] establecía que la mujer después del parto se abstuviera de las cosas sagradas, esto es, no tocara ninguna cosa sagrada, ni entrara en el santuario del Señor, ni en el templo durante cuarenta días, si había dado a luz un varón, y durante ochenta, si a una mujer. Era doble el tiempo tratándose de una mujer, porque, según la opinión de los médicos [2], el cuerpo de la mujer tarda en formarse en el seno doble tiempo que el del varón; y la ley no hacía sino seguir a la naturaleza en esto. Terminados esos días, se presentaba la mujer con su hijo en el

[1] Lev. 12,2 s.
[2] Aunque el cuerpo de la mujer se forme en el seno más tarde que el del hombre, sin embargo, Hipócrates (*De natura foetus* n. 10) juzga que no es necesario para esto doble tiempo; así lo hace notar Levinus Lemnius (*De occultis naturalis miraculis*, c. 2). Por tanto, no se ve otra razón de esta ley que la voluntad de Dios, que así lo establece, sobre todo teniendo en cuenta que no siempre se forma el cuerpo del hombre en cuarenta días, sino a veces en treinta y cinco, otras en treinta, en lo cual no convienen entre sí los médicos.
N. T.—Ya sabemos cuán otras son las conclusiones de la ciencia hoy.

templo y ofrecía allí al Señor un cordero y una tórtola si era rica, y si pobre, dos tórtolas o dos palominos, el uno para holocausto y el otro por el pecado; daba también gracias a Dios por haberle dado un hijo y haberles conservado la vida a los dos, y encomendaba al Señor el hijo. Aun se conserva en parte esta costumbre en la Iglesia [3], porque es laudable, y además, según mi opinión, como en la ley se ofrecía un cordero, debería también en la Iglesia ofrecerse aquel día al Señor el Cordero inmaculado en acción de gracias por la madre y por el hijo.

El precepto particular se refería a los primogénitos; pues como el Señor había dado muerte [4] a los primogénitos de sus enemigos en Egipto, tuvo a bien que le pertenecieran los primogénitos [5] del pueblo judaico. Según este precepto, la mujer, al dar a luz a su primogénito, se lo ofrecía por manos del sacerdote al Señor, y si el tal primogénito era de la tribu de Leví [6], quedaba ya dedicado al Señor; si era de otra tribu, tenía la madre que redimirlo por cinco siclos y se lo llevaba. Tal era la costumbre de aquel pueblo y el rito de la que daba a luz.

Así, pues, siendo el niño Jesús primogénito, y el unigénito de su Madre, fué presentado al Señor en este día por la misma según la ley, ya que este precepto particular obligaba a la Virgen de un modo particular, porque, como declararemos luego, se había dado este precepto especialmente para ella. No estaba, sin embargo, obligada al otro precepto por dos razones: la primera, porque su parto había sido limpísimo y santísimo, y muy lejos de la inmundicia de las que dan a luz; pues dió la Virgen a luz al Salvador a la manera que despide la flor su perfume. No había, pues, nada que purificar allí, donde habían de purificarse todas las cosas. En segundo lugar, porque la misma ley había exceptuado a la Virgen, al decir: *Si la mujer conociendo al hombre queda preñada y pariere varón, quedará inmunda* [7]. ¿Por qué añadiste, Moisés: *conociendo al varón*? ¿Hay acaso alguna mujer que pueda dar a luz de otra manera? Ciertamente había de llegar esta regia Virgen, que no podía estar sujeta a esta ley.

Por consiguiente, quedaba exceptuada de esta purificación la Virgen, tanto por la manera de dar a luz como por la misma ley; sin embargo, quiso cumplir la ley, para servir de ejemplo y para no dar motivo de escándalo. Así como el Hijo quiso ser circuncidado sin estar obligado y

[3] En la bendición de la mujer después del parto, que se halla en el Ritual Romano, tít. 43.
[4] Ex. 11,5.
[5] Ib. 13,2.
[6] Num. 3,41.
[7] Lev. 12,2

conformarse así con los demás niños, quiso también la Madre asociarse al rito de purificación de los otras mujeres, aunque ninguna necesidad tenía de ella; y como por otra parte aun estaba oculto el misterio del parto sagrado, la hubieran considerado muchos como rea de desobediencia si no hubiera observado la ley. Por eso, para no dar escándalo por la inobservancia de la ley, voluntariamente la observó; pues se han de hacer muchas cosas para evitar el escándalo de los demás, y también omitirse muchas otras buenas; no debe bastarnos la buena conciencia, sino que debemos también preocuparnos de la ajena. Y así purifícase hoy la mansión de toda pureza, y es redimido el mismo Redentor. Esto es lo que celebramos, éste es el misterio que procuraremos honrar en cuanto esté a nuestro alcance.

2. Desde el humilde tugurio de Belén penetra hoy la Virgen en el templo por primera vez para ofrecer al Señor el sacrificio de la ley y para presentarle a su primogénito, como nos recuerda el evangelista: *Cumplido asimismo el tiempo de la purificación de la madre, según la ley de Moisés, llevaron al niño a Jerusalén para presentarle al Señor* [8]. ¿Y por qué hoy tan solemne festividad? Porque recordamos los grandes misterios que hoy tuvieron lugar: *Había a la sazón en Jerusalén un hombre justo y temeroso de Dios, y el Espíritu Santo moraba en él* [9]. ¿Cómo no había de morar en él el Espíritu Santo si lo había llenado el temor del Señor? Tales son los santuarios que ha elegido siempre para sí el Espíritu Santo, como leemos en Isaías: *¿En quién pondré yo mis ojos, sino en el pobrecito y contrito de corazón, y que oye con temor mis palabras?* [10] Aunque estés dotado de sabiduría y poseas una poderosa inteligencia, y te halles adornado con muchos dones y gracias, si no tienes temor de Dios, si menosprecias sus mandatos, no habita en ti el Espíritu Santo, ni te estima Dios más de lo que le estimas tú a El.

El Espíritu Santo le había revelado que no había de morir antes de ver al Cristo del Señor. Así vino inspirado de él al templo [11]. ¡Con qué vivo gozo palpitaba dentro de sus entrañas su corazón y qué fervor juvenil reanimaba el senil pecho! Podemos imaginárnoslo si se nos hiciera una revelación semejante de que veríamos a Cristo en la Iglesia.

Toma al Niño [12] con alegría, salta de gozo su espíritu, se hace como otro niño con el Niño. Besa los sagrados vestidos y las benditas cintas, y, brotándole las lágrimas,

[8] Lc. 2,22.
[9] Ib. 2,25.
[10] Is. 66,2.
[11] Lc. 2,26-27.
[12] Ib. 2,28.

rompe en aquellas maravillosas alabanzas: Llegaste por fin, ¡oh *Deseado de todas las gentes!* [13]; llegaste, alegría de los siglos; llegaste, tanto tiempo esperado por todos; gracias te sean dadas, ¡oh Señor!, gracias te sean dadas, porque has visitado a tu pueblo y cumplídole la promesa que le hiciste. Ya vemos cumplido ante nuestros ojos lo que oímos a nuestros padres. ¡Oh, cuántos reyes y profetas tuvieron ansia de verte como te veo yo ahora y no lo consiguieron! Gracias te sean dadas, ¡oh Señor!, por este tan soberano don tuyo. Cumpliste tu promesa, diste satisfacción a mi deseo, contento puedo ya salir de esta vida mortal. *Ahora, Señor,* saca *en paz de este mundo a tu siervo* [14]; no temo ya bajar al abismo; *porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado,* de quien espero pronto me ha de librar de aquél. Iré, por consiguiente, como embajador a los infiernos, y comunicaré a nuestros padres esta nueva tan alegre para que se regocijen como me he regocijado yo. Entras tú, ¡oh Señor!, en el mundo, y salgo yo de él; vienes tú, y me voy yo. ¡Oh, quién pudiera nacer hoy, cuán dichoso el que pisa hoy por vez primera el umbral de la vida! ¡Quién pudiera contemplar las soberanas maravillas que vas a realizar en el mundo! ¡Oh tiempos felices, oh felices ojos, a los cuales va a ser dado el ver tan ilustres hechos!

3. Estando en este retórico coloquio el devotísimo espíritu del venerable anciano, he aquí que se presenta de súbito la no menos venerable Ana [15], hija de Fanuel, profetisa, que, movida del mismo espíritu, corre hacia Cristo, llenando el templo con sus alabanzas y elogios y gritando a todos: venid, pontífices; venid, sacerdotes; venid, pueblos todos; venid y, postrados en tierra, adorad a este Niño. Este es el Mesías prometido en la ley, éste es el Salvador del mundo, el anunciado por una serie tan prolongada de profetas; éste el que tanto han deseado y esperado nuestros padres. Dadme crédito, éste es; y si queréis averiguar cómo lo he sabido, el Espíritu me lo ha dicho, el Espíritu me lo ha revelado. Y diciendo esto, a la manera que corre la madre hacia el único y amado hijo por largo tiempo esperado, sobre todo habiendo temido ya por su vida, y se dirige a carrera tendida a su encuentro al verlo venir, así era arrebatada esta profetisa hacia Cristo por su impetuoso espíritu. Quédanse todos pasmados, corren, se admiran; y como todos la reconocen como profetisa, prestan asentimiento a sus palabras. La hermosura de la Madre, su inestimable gracia y encanto están en perfecta armonía con las afirmaciones de la profetisa, y se origina con todo ello un gran alboroto entre el pueblo. Y tales eran los encomios de los dos ancianos profetas, que llegaron a causar admiración al mismo José y aun a la Virgen, como nos lo estampó el evangelista: *Su padre y su madre escuchaban con admiración* las cosas que de él se decían[16].

[13] Ag. 2,8.
[14] Lc. 2,29.
[15] Ib. 2,36.

Se inicia una solemne procesión [17] desde la puerta del templo al altar, insigne no tanto por el número de las personas cuanto por su categoría. Preceden los dos ancianos, Simeón y José; los siguen la Virgen María con el Niño Jesús y Ana la Profetisa, pregonera del mismo. Esta es la procesión que celebra hoy en todo el orbe la santa Iglesia, llevando cirios encendidos en las manos como tipo de nuestro Salvador. Porque así como en el cirio hay tres cosas, a saber: el fuego, la cera y el candelero, así hay en Cristo una triple sustancia: la divinidad, significada por la luz; la carne, representada por la cera, y el alma, designada por el candelero. Y por eso justamente prestan tal veneración los fieles a este cirio, por ser la representación de Cristo por la solemne bendición que ha recibido del sacerdote.

Así que llegaron al altar, la santa Virgen, de rodillas, más inflamada por el divino Espíritu que los mismos serafines, teniendo a su hijo en las manos, ofrece al Señor este obsequio tan aceptable a Dios, orando de este modo: Recibe, ¡oh Padre omnipotente!, recibe esta ofrenda que esta humilde esclava te presenta en favor de todo el orbe; acepta este Hijo común a entrambos, tuyo desde la eternidad y mío en el tiempo; gracias inmensas te sean dadas, pues te has dignado levantarme a ser madre de aquel cuyo padre eres tú; recibe ahora de manos de tu esclava este sacrosanto sacrificio matutino, que un día ha de ofrecérsete en los brazos de la cruz como sacrificio vespertino; mira, piadosísimo Padre, lo que te ofrezco, y presta tu socorro a aquellos por quienes lo ofrezco. ¿Pudo acaso ofenderte tanto el mundo o es acaso tan enorme la abominación que no pueda ser expiada por este sacrificio?

Mira desde lo alto con ojos complacidos y rostro sereno el Padre piadosísimo a su Hijo muy amado, ofrecido por manos virginales: se pasman las milicias celestiales ante

[16] Lc. 2,33.
[17] San Bernardo, *Serm.* 1 *en la Purificación de la B. María* n. 1: «Hoy la Virgen Madre introduce en el templo del Señor al Señor del templo. José también presenta al Señor, no el suyo, sino al Hijo amado, en quien tiene sus complacencias. El justo Simeón conoce a aquel a quien aguardaba, y asimismo le confiesa la viuda Ana. Estos cuatro personajes celebraron por vez primera la procesión de hoy, habiendo de celebrarse después con júbilo de toda la tierra en todo lugar y por todas las naciones» (trad. BAC). Pensamientos semejantes nos ofrece San Buenaventura (*Medit. de la vida de Cristo,* c. 2).

tan admirable sacrificio. La Madre, pues, entrega su Hijo al sacerdote, que recibe a Dios en nombre de Dios, y ofrece, no por él, sino por el mundo, el místico sacrificio de las palomas o de las tórtolas: una como holocausto y la otra por el pecado, como estaba preceptuado en la ley[18], significando la doble oblación de Cristo que ya hemos citado.

4. Luego, la Madre piadosa redimió a su Hijo de manos del sacerdote por cinco siclos, y de este modo rescata para el mundo a quien engendró en espíritu. ¡Oh compra singular, oh rescate admirable! ¡Oh sacerdote!, si supieras qué es lo que vendes, no lo dieras ni por todo el oro del mundo ni por todas las preciosas perlas. Perdón, ¡oh piadosísima Madre!, si hubiera sido yo tal sacerdote, quizá no te hubiera vendido tal Hijo. Vete, te hubiera dicho, ¡oh piadosísima Virgen!, torna a tu casa, vuelve a tu patria: este Niño, según la ley, es del Señor, pues es primogénito; y yo no puedo vender tal primogénito, pues la ley de venta no puede tener lugar en este caso; y si alguna vez se puede violar la ley, sin duda que este Niño merece la violación. Pero ¿quién sería capaz de contristarte de esta suerte, oh gloria y alegría nuestra? ¿Quién se atrevería a proferir semejantes palabras?

Compra, pues, la Virgen por cinco siclos al Redentor, que con sus cinco llagas había de redimir al mundo. Por cinco siclos es comprado el Dios y hombre: ¿quién realizó jamás una compra tan irrisoria? ¿Quién a tan bajo precio adquirió tan valiosa mercancía? ¡Oh Virgen, mucho más barata te salió la compra que a tu Hijo! Pues ésta la proclama el Apóstol como una compra de gran precio: *Puesto que fuisteis comprados a gran precio*[19]. Pero pudiéramos afirmar que la compra de la Virgen es mayor en cierto modo, pues no es el mundo el que se compra, sino el Señor y Creador del mundo, y no por un precio considerable, sino insignificante. Felices aquellos por los que fué puesto Dios en venta, pero mil veces más feliz la Virgen, que tiene como posesión al mismo Dios.

¿Qué es lo que tramas tú, ¡oh mísera sinagoga!, ciega y perversamente avara, qué es lo que tramas[20] con el traidor para comprarle el Redentor? No puede él venderte lo que no es suyo, y Cristo es de la Virgen, ella fué la primera que lo compró, y no tiene valor una segunda compra; porque de dos ventas, sola la primera es válida en derecho. Y por eso aquel vendedor, viendo que era nula su venta[21], para no verse sometido a un juicio, terminó su vida ahorcándose; pues reconoció que estaba condenado de antemano por haber vendido lo que no era suyo.

[18] Lev. 12,8.
[19] 1-Cor. 6,20.
[20] Mt. 26,15.
[21] Ib. 27,3-5.

¡Oh buen Jesús!, eres ya nuestro, y lo eres con doble derecho. El Padre te entregó a nosotros, y tu Madre para nosotros te compró: eres nuestro, porque fuiste dado, y nuestro también por haber sido comprado; te poseemos por doble título. Cuando vengas a juzgar al mundo, acuérdate que fuiste comprado para nosotros. Eres justo, ¡oh Señor!; pues das a cada cual lo suyo, dátenos a ti mismo, porque, como dije, eres nuestro por doble título. Y si tú eres nuestro, todas tus cosas son también nuestras; porque cuya es una persona, suyos son también todos los bienes de esa persona. Por consiguiente, nuestros son tus méritos, nuestras son tus heridas, nuestros son los vagidos de tu infancia, nuestros los trabajos de tu evangelización, nuestros los dolores de tu muerte: las obras que realizaste en el mundo, tus trabajos, tus sufrimientos, tus méritos, con toda justicia nos pertenecen por ser tú nuestro.

5. ¡Oh qué rico soy con tan grandes méritos! Por grandes que sean mis crímenes, por mucho que pesen los pecados, aunque me exijan las deudas hasta el último cuadrante, más valiosos son mis méritos, más considerable es mi satisfacción, mayores son mis servicios; míos, puedo decir con toda propiedad, míos; no porque yo los haya merecido, sino porque los recibí de ti; míos, oso afirmar, porque son de mi siervo, que hoy me compra la Virgen. ¡Oh Señor!, pongámonos a cuentas, vamos a juicio, pero vayamos juntos: no me juzgues, Señor, separado de ti, pues en ese caso estoy condenado de antemano; si quieres contar mis deudas, recibe también mi pago; no me separes de ti, ¡oh Señor!, para juzgarme, y entonces estoy seguro de la victoria de mi causa; porque, aunque el peso de mis crímenes es grande, mi satisfacción, sin embargo, aparecerá más pesada que la arena del mar.

¡Oh Hijo de Dios, convertido en siervo! ¡Oh príncipe de la gloria, hecho esclavo! El Señor del orbe se ha hecho siervo venal; ¡oh inestimable humillación, oh inefable aniquilamiento! Se dirige El al Padre diciendo: *¡Oh Señor!, siervo tuyo soy; siervo tuyo e hijo de esclava tuya*[22]. *Siervo*, digo, porque nací siervo; *siervo* también, porque fuí comprado para tu servicio. ¿No es acaso *siervo el hijo de la esclava tuya*, que se vistió la forma de siervo? ¿No es acaso *siervo* el que hoy fué vendido por el sacerdote con destino a la servidumbre? De suerte, ¡oh Señor!, que yo, tu único Hijo, coeterno contigo, consustancial e igual a ti, que contigo soy un solo Dios; yo, repito, yo soy *siervo tuyo*

[22] Ps. 115,16.

por el nombre desde el seno de mi Madre, y ahora también soy *siervo tuyo e hijo de la esclava tuya;* más aún, esclavo de tu esclava, porque ella me compró.

Por eso, sabiendo esto, como dice el evangelista, no se desdeñó de estarle sujeto [23]. Y no sólo le sirvió a ella, sino que se hizo esclavo por todos, para que su esclavitud fuera para todos una verdadera libertad. Como El dijo, *no he venido a ser servido, sino a servir* [24]. Así, pues, por disposición de Dios, hoy es vendido Cristo para esclavo, a fin de que el mundo entero tenga derecho a sus méritos; éste era el fin de aquella ley de los primogénitos [25], por éste solo fué dada. ¡Oh soberano y admirable sacramento, oh maravilloso designio de la sabiduría de Dios! Se da la ley para todos los primogénitos, y el fin de la misma sólo se cumple en uno. Se estableció como con decreto que todo primogénito fuera puesto en venta, a fin de que cuando naciera el primogénito de la Virgen, también él fuera comprado por su Madre, no para ella sola, sino para el mundo entero, y mediante esta compra todo el mundo tuviera acción y derecho en todas las obras de El; y de esta suerte se mezclara la justicia con la misericordia en la redención del mundo, como está escrito en el Salmo: *Encontráronse juntas la misericordia y la verdad; diéronse un ósculo la justicia y la paz* [26].

Desde ahora, pues, ya no vive para sí Cristo, sino para el mundo, para quien lo dió el Padre y lo compró su Madre. Por tanto, ¿no es digna del mayor esplendor esta festividad, en la cual se ve enriquecido el mundo con tantos y tan soberanos méritos y adquirimos derecho para la obra de nuestra redención? Dice San Bernardo [27]: ¡Oh buen Jesús!, eres todo mío, y destinado para mi utilidad. Ved, hermanos, la fiesta que hoy tiene lugar, ved la celebridad que solemnizamos. Venid ahora, los que estáis deseosos, venid, fieles, a estas ferias; hoy se nos vende Cristo en el templo: el sacerdote se encuentra sobre la gradería para vender a Cristo a todo el que quiera comprarlo; daos prisa, comprad; no es elevado el precio: la salud y la vida se compran hoy por cinco siclos. No hace falta sacarlos de la bolsa, se contenta con que se los demos de corazón. Por tanto, entrega cinco siclos y recibirás a Dios; dale el arrepentimiento de tus pecados, la gratitud por sus beneficios, la alabanza por sus misterios, el temor de ti mismo y el amor a El, y recibirás a Dios como posesión perpetua: recíbelo, poséelo, sujétalo, y no lo dejes hasta introducirlo,

[23] Lc. 2,51.
[24] Mt. 20,28.
[25] Ex. 13,13-15.
[26] Ps. 84,11.
[27] Véase la nota al *Serm. 9 en la Nativ. del Señor*, p. 84, vol. 4.

mejor, hasta que te introduzca *en la casa de tu madre* [28], de aquella celestial *Jerusalén, la cual es madre de todos nosotros* [29].

No hemos de pasar por alto tampoco la gradual humillación del Hijo de Dios por nosotros. Así, vemos cómo el día de su nacimiento, siendo Dios, apareció entre los hombres hecho hombre; el día de la Circuncisión apareció como hombre pecador, abrasado por el cauterio del pecador; hoy ese hombre pecador aparece como esclavo vendido ante el altar; en el día de Parasceve el hombre pecador, el esclavo, aparecerá como inicuo, colgado entre dos ladrones, *y ha sido confundido con los facinerosos* [30]. ¡Cuánto te debo, oh buen Jesús, cuánto te debo!

6. Mientras tienen lugar estos misterios ante el altar, es presa en su interior el venerable anciano Simeón de un violento deseo, dándole vuelta en su espíritu a las obras que ha de realizar el Niño, considerando felices a los que habían de contemplarlas, y diciendo muchas veces entre sí: ¡Oh, quién pudiera ver estas maravillas, quién tuviera la dicha de nacer hoy! Acoge piadosamente el Señor el deseo del anciano, y habiéndole concedido ya el ver a Cristo, satisfizo también este deseo de menos importancia, revelándole en espíritu cuanto había de hacer Cristo. Y así, divinamente iluminado, conoció la ingratitud y ceguera de aquel pueblo, la pasión y muerte que le esperaba, con las furiosas persecuciones e innumerables trabajos que la precederían, así como la resurrección, la repudiación del pueblo judío y la vocación de los gentiles.

Vió con los ojos del corazón lo que no había de ver con los de su cuerpo; y turbado de pronto su semblante, lanza de su pecho profundos suspiros, fluyen de sus ojos abundantes lágrimas a través de su blanca barba, y se trueca la primera alegría en contrariedad y pesadumbre. Contempla la Virgen Madre de Dios la turbación del rostro del piadoso vate, y le pregunta admirada de tan súbito cambio: ¿Qué es lo que pasa, ¡oh venerable Simeón!, por qué *está demudado tu rostro?* [31] ¿Qué significa tan súbita mudanza? ¿Qué turbación tan grande es ésta? ¿Qué es lo que has visto, qué has sentido? No me lo ocultes, manifiéstamelo: te ruego y conjuro por el Dios que ambos adoramos. ¡Oh regia Virgen!, no me fuerces; ¿por qué me has conjurado tan solemnemente? No quisiera en modo alguno darte tales nuevas, pero es preciso, escucha: mucho te regocijas por este Niño, y con razón, porque *bendita tú eres* [32] más que todas

[28] Cant. 3,4.
[29] Gal. 4,26.
[30] Is. 53,12.
[31] Gen. 4,6.
[32] Lc. 1,42.

las mujeres; pero tiempo vendrá en que experimentarás lastimeramente doblados los dolores que no conociste en el parto. Pues este infante *está destinado para ruina u para resurrección de muchos*[33]. Muchos chocarán contra El, y se desplomarán, y también muchos caídos serán levantados. Este infante *está destinado para ser el blanco de la contradicción*[34] por parte de muchos, por los príncipes del pueblo, por los sacerdotes, por los reyes y emperadores de los gentiles: todos los gentiles, todos los pueblos, todas las naciones y todo el orbe se enfrentarán con este Niño, pero El triunfará de todos ellos.

¡Cuántos millares de hombres serán despedazados y degollados por este Niño! ¡Oh inconmensurable cambio de las cosas, oh maravillosa renovación del mundo! ¡Qué virtud tan poderosa se oculta en este Niño! Pero aunque todos ellos tengan que sufrir en su cuerpo, tú, ¡oh Virgen!, tendrás que sufrir inmensamente más en tu espíritu, pues *será para ti misma* este Niño *una espada que traspasará tu alma*[35]. Los cuerpos de los otros se verán despedazados por el hierro, pero tu alma será traspasada mucho más cruelmente por la espada de tu pasión. No quiero, ¡oh Señor!, no quiero llegar a contemplar estos dolores, estos padecimientos, estas angustias; no quiero verte despedazado por los azotes, afeado por los esputos, sujeto con los clavos, coronado de agudas espinas. *Ahora, Señor,* saca *en paz de este mundo a tu siervo*[36]. Gracias te doy, porque ya muero en paz. Y diciendo esto y saludando a la Virgen, se retiró. Y la Virgen, con el Niño y San José, se dirigió a su ciudad de Nazaret.

Dice San Agustín[37]: Estos son, ¡oh Señor Jesús!, los testimonios que dan de ti aun antes de que se apacigüen a tu vista las olas del mar y antes que el viento se calme ante tu mandato, y que los muertos resuciten a tu llamamiento, y se oscurezca el sol a tu muerte, y tiemble la tierra en tu resurrección, y se abran los cielos en tu ascensión; pues eres llevado aún en brazos de tu Madre, y ya te reconocía el orbe por su Señor. Toda edad, sexo, condición y estado rindió homenaje a tu majestad. Una virgen te engendra, una estéril profetiza, habla un mudo, te adoran los magos. Juan dentro del seno salta de gozo, te confiesa la piadosa viuda, te espera el varón justo. Dan testimonio de ti los reyes, los pastores, los ancianos, los niños, las viudas, las casadas, los hombres, los ángeles, los animales, los cielos, la tierra, los astros; de suerte que quien no te reconozca y adore tu majestad, justamente sea condenado. No creo se ocultaran todas estas cosas al cruel tirano Herodes, sino que la embajada de los magos se vió ampliamente confirmada por la profecía de los dos ancianos. Y entonces considera que los magos se han burlado de él, y llegando en su perturbación a la locura, emplea tal diligencia para averiguar el paradero del Niño, que se hace preciso abandonar el reino y huir a Egipto[38]. Hasta aquí el comentario sobre la historia.

[33] Ib. 2,34.
[34] Ib.
[35] Ib. 2,35.
[36] Ib. 2,29.
[37] *Serm.* 128, n. 4, apénd.

7. Apliquemos ya estos misterios a nuestras costumbres y a la formación de nuestra vida. Así, pues, contemplemos esta doble venta de nuestro Redentor: se le vende como esclavo, según decíamos, para que su esclavitud fuera nuestra completa libertad; como recibió la maldición de la cruz, a fin de que en El fuésemos todos bendecidos, y la muerte, para que en El viviéramos nosotros, así también quiso pasar por esclavo, para darnos a nosotros la libertad. Esto insinúa el Apóstol al decir: *Sujeto a la ley para redimir a los que estaban debajo de la ley y a fin de que recibiésemos la adopción de hijos*[39]. Esta fué la causa y razón de ser de esta sagrada venta. Pues fué piadosa, sagrada y sin detrimento, ya que el vendedor es el Padre; la que compra, la Madre, y el fin es que el mundo pueda poseerle y comprar con esta perla el reino de los cielos. Hubo, en cambio, otra venta sacrílega, impía, aquella en que le vendió el traidor Judas y por treinta dineros le compró la madrastra sinagoga, no para poseerle, sino para darle muerte. ¡Oh perverso vendedor Judas! ¿Por tan vil precio vendes al Hijo de Dios? ¿No vendérías más caro a cualquier esclavo? Con razón se queja de esto el Señor por el profeta Zacarías: *Y ellos me pesaron treinta siclos de plata por el salario mío... lindo precio en que me apreciaron*[40]. ¿Dieron siquiera por mí treinta talentos de oro o plata? Por esta venta impía la sinagoga fué destruída y dispersada y puesta a la venta, y el sacrílego vendedor *reventó por medio, quedando esparcidas por tierra* sus *entrañas*[41].

También en la Iglesia de Dios se da una doble compra o venta: una es impía y perversa, por la que vende el pecador a Cristo a ínfimo precio. ¡Qué poco aprecio te tenemos, oh Señor, pues te entregamos tan fácilmente por una moneda de plata, por un momento de placer, por un insignificante deleite que el demonio nos pone delante!; acusamos a Judas, y, sin embargo, cometemos a diario el mismo crimen. No sería de maravillar si te vendiéramos atemo-

[38] Mt. 2,13-14.
[39] Gal. 4,4-5.
[40] Zach. 11,12-13.
[41] Act. 1,18.

rizados por durísimos tormentos o avariciosos por un gran reino; sería perverso, pero al fin tendría alguna excusa; pero ¿qué podemos alegar si te traicionamos sólo por un menosprecio? ¡Ay! Pública es tu venta en el templo, y a la venta está Cristo hoy en su Iglesia y por parte de sus sacerdotes: están en venta los beneficios, están en venta las dignidades, casi casi están a la venta los sacramentos, pues exigen su retribución por administrarlos. ¿De dónde proviene este desastre? De que los beneficiarios no guardan resistencia, sino que tiene por sustitutos a mercenarios, y se da el caso de que uno tiene diez pingües beneficios sin residir en ninguno, y mantiene a diez pobres mercenarios sin darles la congruente sustentación. Y ellos, por avaricia, venden a Cristo y sus sacramentos para poder comer. Contra éstos se desata el profeta Amós: *¡Ay de vosotros los que nadáis en la abundancia en medio de Sión, oh magnates principales de los pueblos, que entráis con fausto en las juntas de Israel! Vosotros los que dormís en camas de marfil y os solazáis en vuestros lechos; los que coméis los mejores corderos de la grey y los más escogidos becerros de la vacada; los que cantáis al son del salterio, y creéis imitar a David usando instrumentos músicos; los que bebéis vino en copas, despidiendo preciosos olores, sin compadeceros de la aflicción de José*, esto es, del pueblo; *vosotros estáis reservados para el día calamitoso*, si no me dais fe. *El Señor Dios ha jurado por su vida* [42].

8. Hay otra compra, santa y piadosa, que compra a Cristo en cambio de las buenas obras, de la cual se lee en el Apocalipsis: *Aconséjote que compres de mí oro afinado en el fuego, con que te hagas rico y te vistas de ropas blancas, y no se descubra la vergüenza de tu desnudez* [43]. Según la exposición de San Gregorio [44], por el oro *afinado en el fuego* se entiende la *sabiduría;* San Agustín [45] dice que el *martirio;* otros [46] entienden la *caridad;* la glosa interlineal, *El mismo*, pues de Cristo dice la esposa: *Su cabeza, oro finísimo* [47]. De este oro ha sido dorada enteramente la celestial Jerusalén. Por eso dice San Juan en el Apocalipsis: *La ciudad era de un oro puro que se parecía al vidrio sin*

[42] Am. 6,1-8.
[43] Apoc. 3,18.
[44] *Moral.*, l. 4, c. 13, n. 61.
[45] *Homil.* 3 *sobre el Apocalipsis.* Esta exposición no es de San Agustín, y se la relega al apéndice del tomo tercero. Por lo demás en otros lugares de la Escritura, bajo el nombre de oro ve el santo Padre a la sabiduría, como puede verse en el *Serm.* 50, n. 11; *Cuestiones sobre el Exodo*, l. 2, cuest. 105; *Sobre el Salmo* 67 n. 18; *Salm.* 71, n. 17.
[46] A saber, Ricardo, Beda, Ansberto y Hugo sobre este lugar del Apocalipsis.
[47] Cant. 5,11.

mota [48], pues ha sido edificada enteramente, hecha deiforme y elevada al ser divino. Por eso, aunque hay tantas diferencias de ángeles, se muestra allí Dios totalmente, porque todos ellos con la luz de la gloria han sido elevados al ser divino, y por eso es toda ella oro *afinado en el fuego*, porque están todos inflamados por aquel fuego del que dice el profeta Isaías: *El cual tiene su fuego en Sión y su hogar en Jerusalén* [49], y así dice el Salmo: *Haces que tus ángeles sean como los vientos, y tus ministros como fuego abrasador* [50].

No se da gratis este oro *afinado en el fuego*, sino que hay que comprárselo a Dios. Pero ¿cuál es su precio? Cinco siclos espirituales. El primero es la fe, *sin* la cual es *imposible agradar a Dios. Por cuanto el que se llega a Dios debe creer que Dios existe y que es remunerador de los que le buscan* [51]. Este siclo es general y común a todos los cristianos, y se adquiere con facilidad. El segundo siclo es el temor de Dios; no basta creer para obtener la vida, es preciso guardar los mandamientos. Y esto se consigue con el temor de Dios, pues *por medio del temor del Señor evitará todo hombre el mal* [52]. Este reprime los deseos malvados y los desordenados apetitos, impide a nuestras manos obrar el mal y aparta al hombre de la iniquidad. Por eso San Agustín dice de su madre Santa Mónica [53]: Existía en su corazón el temor casto, como una banda alrededor de su pecho, como para aprisionar los pensamientos; en su boca, como un freno para abatir su lengua; en las obras, como un estímulo para que la negligencia no la paralizara; y en todas las circunstancias, como una regla que la impedía exceder la medida. Se dice de Simeón que era *justo y temeroso* [54], e igualmente de Job [55]. ¡Oh precioso siclo! Bienaventurado el que ha llegado a poseerte, como dice el Salmo: *Bienaventurado el hombre que teme al Señor* [56]. ¿De dónde nacen tan grandes males en el mundo, sino porque no hay temor de Dios? Muchos dejan de obrar el mal sólo por el temor de los hombres: ¿cuántos males habría si no existe el juez? ¡Oh el más necio entre los hombres! Temes a otro hombre, que es semejante a ti, que quizá no conoce tu pecado, y aunque lo conociera podrías quizá esconderte de él o engañarle o aplacarle, y que en el peor de

[48] Apoc. 21,18.
[49] Is. 31,9.
[50] Ps. 103,4.
[51] Hebr. 11,6.
[52] Prov. 15,27.
[53] Véase la nota al *Serm.* 1 *del domingo IV después de Pascua*, n. 5, p. 361, vol. 2.
[54] Lc. 2,25.
[55] Iob 1,1.
[56] Ps. 111,1.

los casos podría llegar a quitarte esta vida temporal, que has de dejar alguna vez, ¿y no temes a Dios, que ve todo lo que haces, de quien no puedes escaparte y a quien no puedes engañar, que puede castigarte de mil modos cada día, y, finalmente, condenarte al infierno? Qué bien dice el Señor en el Evangelio: *A vosotros, empero, que sois mis amigos, os digo yo: No tengáis miedo de los que matan el cuerpo, y esto hecho ya no pueden hacer más. Yo quiero mostraros a quién habéis de temer: Temed al que después de quitar la vida puede arrojar al infierno. A éste es, os repito, a quien debéis temer* [57]. Pero como por muy temeroso que sea el hombre, sin embargo, *todos tropezamos en muchas cosas* [58], es necesario el tercer siclo del dolor para aplacar a Dios. Por el temor somos preservados de perderle, por el dolor lo recuperamos si lo hemos perdido. Por este temor lo recuperaron después de perdido Pedro, Pablo, David, la Magdalena y otros santos; de modo que también es un siclo precioso.

9. Pero es más precioso que todos el cuarto siclo, el del amor, sin el cual ningún valor tienen los otros; porque la fe sin la caridad está muerta. Sin ésta, como dice el Apóstol [59], ninguna virtud, ni el mismo martirio, es de algún valor; todo el precio y valor de nuestras obras dimana de este siclo, pues, como dice San Gregorio [60], no mira Dios cuánto ofreces, sino con qué intensidad. Más que los otros echó la viuda, porque amó más. Por donde se dice en el Levítico: *Todas las estimas se harán según el peso del siclo del santuario* [61], esto es, por el amor: porque todo otro don de éste recibe el valor y la estima. Este siclo ya es de los perfectos: empezamos por el temor y terminamos por el amor. *El temor del Señor es el principio de la sabiduría* [62]. Porque el justo cuando empieza, aunque se le haga una pesada carga lo que se le manda, lo guarda por temor de ofender a Dios; pero el santo, el perfecto, no obra ya por temor, sino por amor; pues no sólo observa lo que se le ordena, sino que aprecia y ama sobremanera los mandatos de Dios, como dice el Salmo: *Por lo mismo, he amado tus mandamientos más que el oro y los topacios* [63]; pues siente placer *en la ley del Señor según el hombre interior* [64] y *abo-*

[57] Lc. 12,4-5.
[58] Iac. 3,2.
[59] 1 Cor. 13,1 s.
[60] *Homil.* 5 *sobre el Evang.*, n. 2: «Ni estima cuánto se le ofrece en el sacrificio, sino el afecto de que procede».
[61] Lev. 27,25.
[62] Ps. 110,10.
[63] Ib. 118,127.
[64] Rom. 7,22.

rrece toda la senda de la iniquidad [65]; y ya se le ha trocado como en una segunda naturaleza la justicia, la santidad y las buenas costumbres. Por eso al tal justo [66] no se le ha impuesto la ley, porque le es voluntaria y connatural por la costumbre y el ejercicio. ¿Qué le queda a este tal sino alabar y bendecir a Dios *tarde y mañana y al mediodía* [67], por haberle dado fe para conocer, y temor para observar sus mandamientos, y dolor para volver a El después del pecado, y amor para recorrer con toda suavidad el camino de los mandamientos? Este es el quinto siclo, la alabanza, la gratitud, la devoción: con éstos se compra *el oro afinado en el fuego*. Y por eso el Salmo: *El sacrificio de alabanza, ése es el que me honra, y ése es el camino por el cual manifestaré al hombre la salvación de Dios* [68], a saber, en la gloria, a la cual nos lleve el mismo Jesús, que se ofreció como rescate por nosotros al Padre eterno. Amén.

SERMON II

Cumplido asimismo el tiempo de la purificación de la madre según la Ley de Moises, llevaron al Niño a Jerusalén para presentarlo al Señor (Lc. 2,22).

1. Muchos y soberanos misterios se celebran hoy, los cuales están contenidos en la narración evangélica. En primer lugar, se celebra la purificación de la Virgen, que siendo purísima y santísima, y su parto limpísimo y celestial, no necesitaba de purificación ni estaba obligada a ella, por estar exceptuada; pero quiso purificarse como las otras recién paridas, por humildad y para evitar el escándalo. En segundo lugar, se celebra la presentación del Niño Jesús en el templo y aquella oblación admirable, por la cual el Hijo de Dios es ofrecido hoy por manos de la Virgen al Padre como sacrificio matutino; como sacrificio vespertino ya se ofrecerá más tarde en el ara de la cruz. Se celebra en tercer lugar, y se nos cuenta el solemne testimonio que le dieron a la faz del pueblo los dos venerables ancianos Simeón y Ana, a fin de que no pudieran los hijos de Israel alegar ignorancia para no conocerle, ya que se lo manifestaron primero los pastores, luego los ma-

[65] Ps. 118,104.
[66] 1 Tim. 1,9.
[67] Ps. 54,18.
[68] Ib. 49,23.

gos, y ahora, por vez tercera, estos dos ancianos de excepcional autoridad.

Celebramos en cuarto lugar aquella solemne procesión, de la puerta del templo hasta el altar, formada de tan escasas personas [1], pero de categoría tan relevante. Iban en ella delante Simeón y José, seguíanles María y Ana con el Niño Jesús; y ésta es la procesión que con tan solemne rito representa hoy la santa Madre Iglesia en todo el orbe con velas encendidas, que representan al Señor, del cual dijo Simeón: *Luz que ilumina a los gentiles* [2]. En quinto y último lugar se conmemora aquella compra singular, por la cual redime la Virgen de manos del sacerdote por cinco siclos a su Hijo Jesús. Y aunque de todas estas cosas hemos tratado ayer, quiero tratar en el sermón de hoy con más detenimiento, sobre todo en los puntos principales, ciñéndome de un modo especial a los testimonios auténticos del evangelio y a su verídica historia.

2. *Cumplido asimismo el tiempo de la purificación de la madre, según la ley de Moisés, llevaron al Niño a Jerusalén para presentarlo al Señor* [3]. Dos cosas admirables saltan a la vista: Se purifica la Pureza y es redimido el Redentor. ¿Qué necesidad había de purificación? ¿Qué te trae a ti la purificación, ¡oh Virgen!, que concebiste al Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo y le diste a luz quedando Virgen Inmaculada? El parto de la Virgen es el mismo nacimiento de Dios; la que da a luz es la Virgen; el que nace es Dios. ¿Acaso contrae mancha el sol por emitir sus rayos o la flor por despedir olor? Tal es la flor nacida de la vara de Jesé [4], tal el olor, Cristo Jesús, nacido de esta flor. No se dieron allí las miserias propias de la mujer

[1] San Bernardo, *Serm.* 1 *en la Purific.*, n. 1: «Y no es extraño que dicha procesión fuese entonces pequeña, siendo también niño pequeño el mismo que en ella era recibido. No hubo allí lugar alguno para el pecador; todos eran justos, todos santos, todos perfectos. Pero ¿quizá, Señor, a ésos sólo habéis de salvar? Creceréis en edad y crecerá también la misericordia. *A hombres y bestias salvarás, Señor, tanto como has multiplicado tu misericordia.* En la segunda procesión, que tendrá lugar el día de Ramos, irán delante las turbas y seguirán detrás también; y no le llevará la Virgen, sino el asnillo. A nadie desdeñará, ni siquiera a los que se pudrieron como jumentos en el estiércol: no los desdeñará, repito, pero con tal de que no les falten los vestidos de los apóstoles; que es decir, que si su doctrina, si la piedad de sus costumbres, si la obediencia, si la caridad cubriere la muchedumbre de sus pecados, desde luego no se les juzgará indignos de la gloria de su procesión. Más aún, su piedad nos reservó puesto en aquella misma procesión en la que fué admitido tan corto número de personas. Y ¿qué mucho reservase a los venideros lo que anticipadamente concedió a los antiguos?»

[2] Lc. 2,32.

[3] Ib. 2,22.

[4] Is. 11,1.

en tal circunstancia, no hubo rompimiento, no hubo mancha; ¿por qué, pues, la purificación? Y ¿qué necesidad tenía también el Hijo de la circuncisión? Por eso el Hijo de la Virgen, aunque se muestre obsequioso y quiera honrar a su Madre, no la exime de la purificación, como no se eximió a sí mismo de la circuncisión; y tampoco la sagrada Virgen se desdeña de parecer una de tantas mujeres, viendo que su Hijo, para guardar la ley, no se desdeña de parecer uno de tantos niños. En el Génesis encontramos: *Cualquiera del sexo masculino cuya carne no hubiera sido circuncidada, será su alma borrada de su pueblo* [5]. Por tanto, no se excluyó de la maldición de la ley el que por la ley *se hizo objeto de maldición* [6] siendo la bendición del Padre. Respecto a la madre se expresa así: *Si la mujer, conociendo al hombre, queda preñada y pariere varón, quedará inmunda por siete días, separada como en los días de la regla menstrual. Al día octavo será circuncidado el niño, mas ella permanecerá treinta días purificándose su sangre. No tocará ninguna cosa santa, ni entrará en el santuario, hasta que se cumplan los días de su purificación* [7]. Por eso dice el evangelista: *Cumplido asimismo el tiempo de la purificación de María, según la ley de Moisés, llevaron al Niño a Jerusalén para presentarle al Señor, como está escrito en la ley del Señor: «Todo varón que nazca el primero será consagrado al Señor»* [8]. Mas el que no rompe la vulva materna, será santo de Dios o santo de los santos. Por donde el ángel Gabriel, manifestando el misterio de la Encarnación a la Virgen, le dice: *Sábete que has de concebir en tu seno, parirás un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús* [9]; y al replicarle ella: *¿Cómo ha de ser eso, pues yo no conozco varón alguno?*, le contesta: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por cuya causa el santo que de ti nacerá* (ciertamente sin la unión del varón) *será llamado Hijo de Dios.* Y no será un *santo* cualquiera, sino el *santo* absolutamente, el que lo santifica todo.

3. *Lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor.* Este es el segundo motivo de admiración, la redención del Redentor. No carece de misterio que el Hijo unigénito de Dios sea vendido hoy a su Madre ante el altar en público como un esclavo. ¿Por qué, ¡oh Padre clementísimo!, se le irroga tal injuria a tu Hijo? ¿No fué bastante el que por obedecerte, *teniendo la naturaleza de*

[5] Gen. 17,14.

[6] Gal. 3,13.

[7] Lev. 12,2-4.

[8] Lc. 2,22-24.

[9] Ib. 1,31.34.35.

Dios [10], se humilló *a sí mismo, tomando la forma de siervo*, y apareció con esta forma de esclavo el día de su nacimiento, por lo que cantamos: *En nada se diferencia de un siervo, no obstante ser dueño de todo?* [11] ¿No fué bastante haber sido señalado al octavo día [12] con el durísimo y rigurosísimo cauterio del esclavo para exigirle también hoy que sea vendido como un esclavo? O ¿qué necesidad hay de que la Madre redima a su Hijo de manos del sacerdote?

Se lee en el Exodo y en el libro de los Números que Dios quiso que todos los primogénitos fueran suyos, por haber dado muerte a todos los primogénitos de Egipto a la salida de los hijos de Israel. *Conságrame*, dijo Dios a Moisés, *todo el primogénito que abre el vientre de su madre entre los hijos de Israel* [13]; y otra vez: *Míos son todos los primogénitos de los hijos de Israel...; desde aquel día que maté a todos los primogénitos en la tierra de Egipto, los consagré para mí* [14]. Y mandó que la mujer, al dar a luz a su primogénito, lo presentase en el templo y lo entregase al sacerdote, como cosa consagrada al Señor; y si quería volverlo a llevar, tenía que comprarlo por cinco siclos. Cumplió la Virgen con este rito entregando a su hijo a Dios, supremo sacerdote, y comprándoselo luego.

Si preguntamos a un judío sobre este rito no sabrá contestarnos otra cosa sino que los primogénitos son de Dios, y por eso se venden a los padres; pero en realidad está latente aquí un gran misterio. Bien estaría que permaneciesen allí para que sirvieran al Señor en su templo como sacerdotes y levitas; pero ¿a qué fin el ser vendidos? ¿Necesita Dios acaso dineros? Yo creo, hermanos, que por sola esta venta se estableció aquella ley, a fin de que fuera comprado este Primogénito, ya que tanto le importaba esto al mundo. Tratad, hermanos, de entender bien el misterio y penetrar su sentido: hoy se adquiere el precio del mundo, hoy por manos de la Virgen compra el mundo su redención a Dios por medio del sacerdote su ministro. No lo compró la Virgen para sí, sino, como procuradora, para el mundo; hoy se enriqueció el mundo, hoy tiene con qué pagar a Dios el precio de sus pecados y la gran deuda a que está sujeto, pues que ha adquirido el celestial carbunclo y la perla preciosa [15] con la cual puede liquidar sobradamente su deuda.

¡Oh solemnidad extraordinaria, oh festividad excelsa!

[10] Phil. 2,6.
[11] Gal. 4,1.
[12] Lc. 2,21.
[13] Ex. 13,1.
[14] Num. 8,17.
[15] Mt. 13,46.

Ya desde ahora eres todo nuestro, ¡oh buen Jesús!, rescatado para utilidad nuestra; y si tú eres nuestro, nuestra es también tu vida, nuestras tus obras, nuestros tus méritos, nuestros tus gemidos, nuestros tus trabajos, nuestros tus dolores. No tenemos ya por qué temer ponernos en cuentas con Dios, pues que tenemos ya de donde resarcir toda la deuda, de suerte que no se hable en la redención sólo de misericordia, sino que podamos hablar muy alto de la justicia, puesto que indemnizamos a Dios, no con lo ajeno, sino con lo nuestro. Este es uno de los fines de esta redención; pero hay también otro.

Estábamos todos sujetos a la cautividad del pecado, éramos todos esclavos del pecado; para suprimir esta esclavitud fué preciso que el Hijo de Dios fuera vendido, a fin de que su esclavitud nos diera a nosotros la libertad plena: como aceptó la maldición de la cruz para que en El alcanzásemos nosotros bendición, así también aceptó la esclavitud para darnos a nosotros la libertad. Insinúa esto el Apóstol al decir: fué hecho *sujeto a la ley, para redimir a los que estaban debajo de la ley y a fin de que recibiésemos la adopción de hijos* [16] de Dios. Estas son las causas y motivos de esta sagrada venta. Y fué ella pura, sagrada y sin detrimento, porque el vendedor es el Padre, la que compra es la Madre, y lo que se pretendía era que el mundo le poseyera para siempre, para comprar con este carbunclo el reino celestial.

4. *Lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor.* ¿Estaba acaso alejado del Señor? ¿Por qué dice: *Para presentarlo al Señor?* ¿No está acaso Cristo desde la eternidad presente al Señor? Véase lo que dice el evangelista: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios* [17]. Desde el *principio*, esto es, desde la eternidad, *estaba en Dios*. Por eso dice El a Felipe: *Felipe, quien me ve a mí ve también al Padre... ¿No creéis que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí?* [18] La última razón de su presencia se funda en la identidad de la esencia. También se lee en los Proverbios: *Cuando extendía El los cielos estaba yo presente; cuando con ley fija encerraba los mares dentro de su ámbito, cuando establecía allá en lo alto de las regiones etéreas y ponía en equilibrio los manantiales de las aguas, cuando circunscribía al mar en sus términos e imponía ley a las aguas para que nos traspasasen sus límites, cuando asentaba los fundamentos de la tierra, con El estaba yo disponiendo todas las cosas* [19]. Y aho-

[16] Gal. 4,5-6.
[17] Io. 1,1.
[18] Ib. 14,9-10.
[19] Prov. 8,27-30.

ra dice: *Lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor.*

Y si quiere referirse a la humanidad, bienaventurado y glorioso desde el principio, desde el instante mismo de su concepción, siempre estuvo presente al Señor; ¿por qué, pues, *para presentarlo al Señor?* Podemos pensar que se ha presentado de una manera nueva, como una oblación y un obsequio agradable a Dios; como hace el sacerdote, que primero ofrece la hostia y luego consuma el sacrificio; de la misma manera se ofrece hoy solemnemente este sacrificio incruento, se consuma para no acabarse, como dijo El mismo a Herodes: *Sábete que aún he de lanzar demonios y sanar enfermos el día de hoy y el de mañana; pero al tercer día soy finado* [20]. Esto también nos lo recomienda Malaquías: *Y luego vendrá a su templo el Dominador,* etcétera [21]. Consideremos bien la palabra *luego,* como hace San Dionisio en una carta [22]. Pero ¿cómo puede ser *luego,* si vino después de muchos miles de años? *Luego* a causa de de la excelencia, aunque se entregara después de muchos miles de años; o también, *luego* porque fué formado de repente, no poco a poco como los otros niños. Y continúa a este propósito: *Y será grato al Señor el sacrificio de Judá y de Jerusalén, como en los siglos primeros y tiempos antiguos* [23], esto es, como el sacrificio antiguo de Abel, Abraham, Melquisedec. Pero mejor como lo explica San Agustín [24]: *como en los días antiguos,* antes del pecado: un sacrificio inmaculado y ofrecido por la Virgen inocente, como en el estado de inocencia. He aquí, pues, el sentido: *Para presentarlo,* esto es, para que una inmaculada sin pecado ofreciera una hostia inmaculada, etc.

Tenemos una figura de esta oblación en Abigail. Recordemos la historia. *El insensato Nabal* [25]; insensato es el mundo, insensato es todo pecador que se condena a eternos suplicios por un insignificante placer y se priva de la

[20] Lc. 13,32.
[21] Mal. 3,1.
[22] *Epist.* 3 *a Cayo,* cuyo argumento es el siguiente: qué significa en griego la palabra latina *repente.* La explicación que se da en la carta es: *Repente es aquello que se manifiesta inesperadamente y que procede de lo que hasta entonces estaba oculto.* Véase el *Schol.* de San Máximo y la paráfr. de Pachymera sobre la misma epístola.
[23] Mal. 3,4.
[24] *La ciudad de Dios,* l. 20, c. 20, n. 1: «Como después de tal purificación debe creerse que los justos no tendrán género alguno de pecado, seguramente que aquel tiempo, por lo tocante a no tener pecado, no debe compararse con ningún tiempo, sino con aquel en que los primeros hombres vivieron en el paraíso antes de la prevaricación, con una felicidad inocentísima. Así que muy bien se entiende que nos significó esto la Escritura cuando dice: *Como en los tiempos pasados y como en los años primeros*». Léase, sin embargo, íntegramente los núm. 1 y 2 de ese capítulo.
[25] 1 Reg. 25,25.

eterna gloria por una alegría momentánea; pero, además, está *ebrio* [26] por el vino de la voluptuosidad y de la ambición. Tal era el género humano a la venida de Cristo: los gentiles, dados a la idolatría; los judíos, profanando lo sagrado. Dice el Salmo: *Echó Dios desde el cielo una mirada sobre los hijos de los hombres para ver si hay quien conozca o quien busque a Dios. Todos se han descarriado; se han hecho igualmente inútiles; no hay quien obre bien, ni uno siquiera. Entregáronse, se han hecho abominables por sus maldades. No hay quien obre el bien* [27]. *Todos sus procederes se dirigen a afligir y oprimir; nunca conocieron el sendero de la paz: no hay temor de Dios ante sus ojos* [28]; todos son dignos de ira y furor.

5. Abigail quiere decir transporte de júbilo de nuestro Padre. Por consiguiente, el transporte de nuestro padre Adán, la alegría de Israel; hermosísima y prudente, como dice la Escritura [29], salió al encuentro de Dios, con su presente en las manos exclamando: Recíbelo, piadoso Padre, por los delitos del mundo; mira esta primera y grata oblación; recibe a tu Hijo; mira el preciosísimo obsequio que se oculta bajo estos pañales, pues tú sólo, ¡oh Dios!, puedes apreciar lo que se esconde bajo estos miembros infantiles; es infinitamente más grande que el mundo lo que se ofrece por manos virginales.

Lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor. ¡Oh vírgenes consagradas a Dios!, a vosotras pueden aplicarse y entenderse de cada una de vosotras estas palabras: *Lo llevaron a Jerusalén.* Jerusalén quiere decir visión de paz; y ¿dónde se encuentra la paz, dónde el descanso, si no en la religión? Si existe alguna paz y descanso en la tierra, escondedla [30] ahí en lo más recóndito de vuestro rostro de la turbación de los hombres. También significa Jerusalén lugar de visión, porque es un monte alto; y desde él se ven de cerca las cosas celestes y eternas, que tan de lejos ven los seculares; y aparecen también muy bajos el engaño, la confusión y la miseria de los hombres. Podéis también contemplar desde allí la vanidad de los trabajos y la vaciedad de los cuidados de los hombres, cómo se desvanecen, cómo desaparecen, cómo se disipan. Dice el Salmo: *Tú lo estarás contemplando con tus ojos y verás el pago que se da a los pecadores* [31]. *Para presentarlo al Señor.* Este es vuestro oficio, estar día y noche cantando alabanzas de-

[26] Ib. 25,36.
[27] Ps. 52,3.4.2.
[28] Ib. 13,3.
[29] 1 Reg. 25,35.
[30] Ps. 30,21.
[31] Ib. 90,8.

lante del Señor, como los ángeles, de quienes está escrito: *Eran millares de millares los que le servían y mil millones los que asistían ante su presencia* [32].

6. Hoy es comprado Cristo por cinco siclos, en tan modesto precio es evaluado el rescate del mundo, siendo la Virgen su compradora. ¿Por qué te atreves tú, ¡oh Judas!, a vender a Cristo en un acto público? Y ¿por qué te afanas tú, ciega sinagoga, por comprárselo a quien no tiene título de posesión? Cierto, fué comprado por la Virgen para la Iglesia, y sólo puede valer la primera de las dos ventas. ¡Oh Virgen soberana, redentora del Redentor! Nos compraste a Cristo, para que El nos comprara; no fué comprado sino para comprar. Tú compras a Cristo por un modesto precio y El compra al mundo a precio muy elevado. Podemos poner la comparación de los mercaderes nobles y generosos, que venden a bajo precio a los pobres y lo exigen muy elevado cuando se acerca a ellos un rico, por más amigo que sea. Así Dios, al dar a su Hijo al mundo, se lo dió a precio ínfimo; en cambio, al venderle a su Hijo, poderoso y rico, el mundo exigió un precio muy elevado.

Por cinco siclos fué comprado el Redentor, que a su vez compró al mundo con cinco llagas. ¡Oh buen Jesús!, eres ya mío por un doble derecho: te nos dió el Padre y te nos compró la Madre; por ambos títulos eres mi posesión: no te perteneces a ti, sino a mí. Te quedas corto al decir: *¡Oh Señor, siervo tuyo soy!* [33] No eres sólo siervo de Dios, hoy has quedado convertido en esclavo del mundo, para que todos por medio de esta tu esclavitud consiguieran la libertad. Eres ya mío, ¡oh Señor Jesús!, pues que para mí te compró hoy la Virgen; eres mío y te empleas en beneficio mío.

Te compró la Virgen para el mundo, a fin de que eches sobre ti todas las cargas como un esclavo. ¿Qué cargas son ésas? Lo dice Isaías: *A El le ha cargado el Señor sobre las espaldas la iniquidad de todos nosotros* [34]. Cargó Dios sobre ti todos nuestros pecados, para que satisfagas por todos, para ser flagelado por todos los pecados. El Salmo: *Sobre mí ha recaído tu ira* [35]; y también: *Tu furor carga de firme sobre mí, y has hecho que se estrellaran en mí todas las olas* [36]. Comenta largamente San Bernardo: ¡Oh pecador!, ves cómo tu gozo, aún más, la misma alegría de los ángeles, ha sido lastimado mortalmente en tu favor por estas cinco llagas, para que puedas percibir el

[32] Dan. 7,10.
[33] Ps. 115,1.
[34] Is. 53,6.
[35] Ps. 87,17.
[36] Ib. 87,8.

gozo de otras tantas *fuentes del Salvador* [37] tuyo, ¿y te quedas tan impasible? Escuchas cómo son taladradas sus manos, sus pies y su costado, ¿y no se traspasa de compasión tu corazón? Añade la copiosísima sangre derramada durante su pasión por todo su sacratísimo cuerpo, brotando por todas partes sus venas; quizás con ello se inflame tu corazón y se ablande, llegando a acompañar a tu dulcísimo Jesús, al menos con tus lágrimas, por la sangre que El derramó. ¡Oh dureza de corazón! ¿Será preciso añadir aún el pesado martillo y las férreas cuñas, golpearte con los fieros instrumentos, para que al menos ellos te rajen y hagan brotar una saludabilísima fuente de lágrimas? Porque aunque tu corazón estuviera más seco [38] que la tierra sin agua, al menos te ablandarías con el solo recuerdo de las llagas y de la sangre que humedece a Jesús. Pero si por el hielo de tus iniquidades ha llegado la dureza de tu impenitente corazón a la inflexibilidad de la piedra, y no te enterneces ante todos esos motivos, más duro es que el perdernal que, golpeado por Moisés [39] con la vara por dos veces en el desierto, brotó agua en abundancia; teniendo además en cuenta que el martillo de la cruz del Señor es inmensamente más poderoso para herir que la vara de Moisés, y que los tres férreos clavos disparados sobre ti deben ser más eficaces para hacer brotar el agua de las lágrimas que los dos golpes de Moisés. Y si, ¡oh corazón de piedra!, permaneces aún inalterable por haber llegado ya a la dureza del diamante, que sólo puede ser ablandado con la sangre de un cabrito, te presento la abundancia de la sangre, encendida con el calor de una incomparable caridad, del buen Jesús, cabrito y cordero a la vez incontaminado. Báñate y sumérgete, pues, ¡oh corazón de diamante!, en este torrente de sangre; permanece en él para que te vayas calentando, y calentándote te ablandes, y ablandado rompas en una fuente de lágrimas. Búscate, pues, y ojalá llegues a encontrar una fuente de lágrimas en las lágrimas, en la cruz, en los clavos, en las cinco llagas de Jesús teñido en sangre. ¿Y quién, si no es carnal enteramente sin tener nada de espiritual, pudo mirar con desdén e indiferencia esta sangre? ¿Quién es el que no busca con afán la purísima y provechosísima sangre del purísimo Jesús? ¿Quién, embriagado y bien alimentado una vez por esta dulcísima sangre, que preparó *con su bondad Dios al pobre* [40], no anhela más y más beber de ella? Si es verdad, y precisamente porque lo es, que la sangre humana tiene por naturaleza una dulzura tan excelente sobre la sangre de los de-

[37] Is. 12,3.
[38] Ps. 101,4-12.
[39] Ex. 17,6.
[40] Ps. 67,11.

más animales que no hay bestia que, una vez probada, no desee siempre gustar de ella, de tal suerte que, pospuestos los otros animales, busque con asechanzas la sangre humana y se exponga incluso a la muerte por adquirirla, ¿qué dulzura no ha de tener en sí la sangre del Hijo del hombre, Jesucristo? Ansían saciarse las bestias irracionales de la sangre del hombre, ¿y no estaré yo sediento de la sangre del Hijo de Dios? Aún más, cuanto más la han gustado, tanto más sedientas se sienten las bestias de la sangre del hombre, ¿y sentiré yo hastío de la sangre del hombre-Dios, el benignísimo Jesús? Las bestias, atraídas por la dulzura de la sangre humana, se precipitan incluso a la muerte, ¿y no me apresuraré yo a correr a mi vida y a la sangre del rubicundo Jesús? Sí, me daré prisa, compraré y beberé. Daos prisa conmigo, *los que amáis al Señor* [41]; comprad, no por cinco siclos, *no con oro o plata, que son cosas perecederas* [42], sino con el cambio de vuestras costumbres y de vuestro trato. Hasta aquí San Bernardo [43].

7. *Y para presentar la ofrenda de un par de tórtolas, o dos palominos, como está ordenado en la ley del Señor.* La oblación perfecta de los ricos en espíritu es el cordero, esto es, la inocencia; pero con qué dificultad se encuentra en la tierra. *Bienaventurado* el varón *que es hallado sin culpa* [44]; pero *¿quién es éste, y le elogiaremos?* Por consiguiente, si no eres rico, sino un pobre pecador, te aconsejo que ofrezcas tórtolas o palomas, unas y otras dan gemidos. Así es que ofrezca el gemido quien no puede ofrecer la inocencia; pero *un par de tórtolas*, esto es, un doble gemido: por la culpa y por la pena; por la ofensa hecha a Dios y por el infierno merecido; por la pérdida de la gloria y por la pena de daño. *Un par de tórtolas o dos palominos.* La tórtola es un ave solitaria, y tiene cierta semejanza con los que llevan vida eremítica; la paloma es un ave más bien doméstica, y está al alcance de la mano. Por tanto, si embarazado por los negocios no puedes lanzar gemidos profundos como la tórtola, ejercítate en la meditación como la paloma: *andaré pensativo por causa de mi pecado* [45]; *reflexionaré como la paloma* [46]. Y no ofrezcas una sola paloma, pues que no es ave sin pareja, sino un par de palomas, obras de piedad y limosnas; un par, compadeciéndote lo primero de tu alma, para agradar a Dios, y después teniendo compasión de tu prójimo; la primera

[41] Ib. 96,10.
[42] 1 Petr. 1,18.
[43] *Tratado de la Pasión del Señor o Vid mística*, c. 33, n. 121 s., en el apéndice del vol. 3, ed. Mabil.
[44] Eccli. 31,8-9.
[45] Ps. 37,19.
[46] Is. 38,14.

obra de misericordia debe ser para ti mismo, no dándote muerte por el pecado, a fin de salvar tu alma.

8. *Había a la sazón en Jerusalén un hombre llamado Simeón.* San Agustín [47] llama a este anciano célebre, entrado en años, probado; el evangelista dice de él que era un hombre *justo y temeroso.* Se recomienda primeramente a la persona, para encarecer la profecía por la autoridad de la persona. Cualidades excelentes del anciano: *justo y temeroso, el cual esperaba* la redención *de Israel.* Se abrasaba en el celo de ver a Cristo, y lo mereció por su sencillez y temor. ¡Oh, qué segura es la esperanza que va unida con la solicitud! *Si alguno tiene sed, venga a mí* [48]. *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia* [49]; ciertamente *ellos alcanzarán misericordia.* A quien se le concede tener sed, también se le otorgará el conseguir la saciedad. Dice el Apocalipsis: *El que tiene sed, venga; y el que quiera, tome de balde el agua de vida* [50]. Es cierto que se debe esperar a Dios con paciencia y aguantarse. El Salmo: *Con ansia suma estuve aguardando al Señor, e inclinó a mí sus oídos* [51]. No sólo esperaba, sino que esperaba con confianza; esperaba aún a la misma esperanza, y por eso le despachó favorablemente a su tiempo: *Y escuchó benignamente mis súplicas. Y sacóme del lago de la miseria y del inmundo cieno. Y asentó mis pies sobre piedra, dando firmeza a mis pasos. Púsome en la boca un cántico nuevo, un cántico en loor de nuestro Dios,* etc. [52]. ¿De dónde tales bienes? Porque *con ansia suma estuve aguardando al Señor;* esperé con resignación. *Aguarda al Señor, y pórtate varonilmente; cobre aliento tu corazón, y espera con paciencia al Señor* [53]. Dice San Agustín [54]: Te esperó el Señor, siendo tú pecador, treinta años; espérale tú al menos por veinte meses. ¿Por qué te afliges? No puedes ser perfecto en un día: nadie de súbito llega a la cumbre. *Bien-*

[47] *Serm.* 128, n. 3, en el apénd.
[48] Io. 7,37.
[49] Mt. 5,6.
[50] Apoc. 22,17.
[51] Ps. 39,2.
[52] Ib. 39,3-4.
[53] Ib. 26,14.
[54] *Serm.* 40, en otras partes 11, entre las *Homil.* 50 n. 1: «¿Qué quiere decir *Espera al Señor?* Que recibamos cuando nos den y no exijamos cuando nosotros queremos. Aun no es llegado el tiempo de dar: te esperó El, espérale tú ahora. ¿Qué quiero decir con esto: te esperó El, espérale tú ahora? Si vives ya en la justicia, si ya te has convertido a El, si te desagradan tus actos pasados, si te determinaste ya a elegir una nueva buena vida, no te apresures a exigir. Te esperó El a que mudases tu mala vida; espérale tú a que corone tu vida buena; pues si El no aguantare, no hubiera a quien dar. Espera, pues, ya que has sido esperado».

aventurado aquel que tendrá parte en el convite de Dios [55]. Realmente bienaventurado si ya lo consigue en este destierro. *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia* [56], y del agua de la vida; pues el mismo estar hambriento señal es de que será saciado, y una señal cierta, pues la palabra de Dios no puede fallar. Nuestra misma sed encuentra en sí la saciedad en esta vida, y los mismos anhelos son la hartura del camino o la prenda de los sacramentos. Así, pues, por haber deseado Simeón y haber pedido el llegar a ver, con ese deseo mereció y consiguió aquello por lo que suspiró. Todo ello puede aplicarse a los que tienen vivos deseos; y todo lo contrario a los lánguidos y los tibios sin sentido. San Bernardo [57]: Dios puede ser encontrado sin ser buscado, pero no puede ser buscado a no ser que se le haya encontrado. Contra los tibios está aquel pasaje de Oseas: *Se ha vuelto Efraín como una imbécil paloma, falta de entendimiento* [58]. Mereció Daniel ver profundos misterios, porque era *varón de deseos* [59].

9. *El Espíritu le había revelado que no había de morir antes de ver al Cristo del Señor.* Esperaba asegurado con tan halagüeña promesa; y pronto se *le* mandó ir al templo y ver. Podemos imaginarnos la alegría del anciano: *Iré a ver esta gran maravilla* [60]. Consideremos qué es lo que pensaba en aquellos momentos, y con qué transportes de júbilo saltaba; quizá esperaba contemplar al Mesías con gran pompa, puesto quizá en una carroza, acompañado de una turba de servidores.

Así vino inspirado al templo. Y no había allí tumulto de servidores. Levanta su vista, ve a la Virgen con el Hijo, lo reconoce en espíritu, lo adora de rodillas, lo recibe en sus manos, bendice a Dios y exclama: ¡Oh Niño, *en quien están todos los tesoros!* [61] ¡Oh Niño tan esperado y tan deseado! *¡Cuántos* reyes *y profetas ansiaron ver* [62] lo que yo veo! Besa con emoción los vestidos, y exclama bañado en lágrimas de gozo: Ya puedo salir del mundo con alegría.

[55] Lc. 14,15.
[56] Mt. 5,6.
[57] *Serm.* 37 *de divers.*, n. 4: «Y éste (Dios) puede ser quizá alcanzado sin ser buscado, mas no podrá ser buscado si no se le ha alcanzado ya. Finalmente, la misma sabiduría dice de sí: *Los que de mí comen, tienen siempre hambre de mí* (Eccli. 24,29). Muy capaz es El de entregarse al que no le busca. El que con la abundancia de su gracia y la bendición de su dulzura busca y previene a los que no pueden buscarle; pero nadie es apto para buscarle antes de tenerle; porque bien dice: *Nadie puede venir a mí si el Padre no le atrae* (Io. 6,44)».
[58] Os. 7,11.
[59] Dan. 9,23.
[60] Ex. 3,3.
[61] Col. 2,3.
[62] Mt. 13,17.

Ahora, Señor, sacas en paz de este mundo a tu siervo, según tu promesa: es decir, según la revelación, según la promesa que me hiciste por el Espíritu Santo. *Ahora, Señor, sacas a tu siervo.* Dice San Agustín sobre esto [63]: Se le difería la salida de este mundo hasta que viera nacido al que creó el mundo: nació Cristo y se cumplió el deseo del anciano, viéndole en carne. *Ahora sacas a tu siervo*, a tu mensajero. Los profetas habían cantado que el Creador del cielo y de la tierra había de estar en la tierra con los hombres; el ángel anunció que el Creador de la carne y el espíritu había de venir en la misma carne; Juan desde el seno saludó al Salvador en el seno: llévame ya en paz y seré tu mejor mensajero para los padres del limbo.

Ahora, Señor, sacas en paz de este mundo a tu siervo, según tu promesa. Acuérdate de la promesa que hiciste a tu siervo, con que me diste esperanza; pues *usado has de bondad, ¡oh Señor!*, conmigo, *tu siervo, según tu promesa* [64]. *Acuérdate de la promesa que hiciste a tu siervo:* cúmplele a tu siervo la promesa, *con que me diste esperanza*, en la cual me hiciste esperar en el Verbo, por la revelación y promesa que de El me hiciste mediante tu Espíritu Santo; ya le he visto y abrazado, llévame ya en paz.

Ahora, Señor, sacas en paz de este mundo a tu siervo, según tu promesa. En paz, es a saber, pacificado ya el orbe entero; *en paz*, que publicó en el glorioso nacimiento de tu Unigénito aquella muchedumbre del ejército celestial diciendo: *Gloria a Dios en lo más alto de los cielos, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad* [65]. Noé [66], pasado el diluvio universal, envió una paloma desde el arca, la cual volvió a él por la tarde travendo un ramo de oliva como señal de paz. Llévame, Señor, *en paz*, antes que se desborde el diluvio de la pasión de tu Hijo, mi Redentor y Salvador del mundo: sácame de este arca del cuerpo, y como una paloma *volaré y descansaré* [67] en el limbo, anunciando de antemano al fin de los siglos a los padres la paz entre el hombre y el Dios de los ángeles, por la aparición en la carne de Cristo, tu Hijo y Señor mío. Por tanto, llévame *en paz. Ojalá pueda yo lograr el morir como los justos, y que sea mi fin semejante al suyo* [68]. *En paz*, huyendo, como otro Elías [69], la persecución de la impía Jezabel, huyendo la persecución contra Cristo de la sinagoga de los judíos, te pido la muerte. Lleva, pues, ahora, *Señor, a tu*

[63] *Serm.* 128, n. 4, en el apénd.
[64] Ps. 118,49-65.
[65] Lc. 2,14.
[66] Gen. 8,8.
[67] Ps. 54,7.
[68] Num. 23,10.
[69] 3 Reg. 19,3.

siervo en paz. Bástame ya, Señor [70], me basta lo que he visto; *llévate mi alma*, y asóciala a los que te esperan en el limbo, *pues no soy yo mejor que mis padres.*

10. *Ahora, Señor, sacas en paz de este mundo a tu siervo, según tu promesa. Ahora, y en paz;* antes que mis ojos tengan que ver el desprecio de tu Hijo, las blasfemias, injurias, azotes, muerte, cosa que yo no podré soportar; ya que ni los mismos mudos elementos pudieron aguantarlo, pues, como afirma San Gregorio Magno [71], se horrorizó la tierra, pues que tembló al morir El; se espantó el sol, pues que ocultó los rayos de su luz; se turbaron las rocas y los muros, pues que se abrieron en su muerte; y, finalmente, el mismo infierno se conmovió, pues que devolvió a la vida a los que tenía sujetos en sus garras.

Porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado, que tantos profetas anteriores anhelaron contemplar y no pudieron. *Mis ojos han visto al Salvador, en quien desean mirarse los ángeles* [72]. ¡Oh cristiano!, *pon los ojos en el rostro de tu Cristo* [73], Redentor y Amador tuyo. *Mis ojos han visto...* Te he visto a ti y me basta. *Al cual tienes expuesto a la vista de todos los pueblos*, de todo el mundo, pues que este día no es de solo el pueblo judío. Ved la armonía de la profecía con la realidad, que se ve esclarecida por aquélla: *luz que ilumine a los gentiles* todos. *Era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo* [74]. *Luz:* luz de la luz [75], Dios verdadero de Dios verdadero; *luz: Yo soy la luz del mundo* [76]; *luz* en medio de las tinieblas: *el pueblo que andaba entre tinieblas vió una gran luz; amaneció el día a los que moraban en la sombría región de la muerte* [77]. *Luz que ilumine a los gentiles. He aquí que yo voy a presentarle por testigo a los pueblos, y por caudillo y por maestro a las naciones* [78]. *Luz que ilumine a los gentiles.* ¡Qué categoría la de este anciano que conoció de antemano la conversión de los gentiles! Preparaste la luz y la gloria. Isaías: *Levántate, ¡oh Jerusalén!, recibe la luz, porque ha venido tu lumbrera y ha nacido sobre ti la gloria del Señor. Porque he aquí que la tierra estará cubierta de tinieblas, y de obscuridad las naciones; mas sobre ti nacerá el Señor, y en ti se dejará ver su gloria. Y a tu luz caminarán las gentes, y los reyes al resplandor de tu*

[70] Ib. 19,4.
[71] *Homil.* 10 *sobre el Evang.*, n. 2.
[72] 1 Petr. 1,12.
[73] Ps. 83,10.
[74] Io. 1,9.
[75] Símbolo Constantinopol.
[76] Io. 8,12.
[77] Is. 9,2.
[78] Ib. 55,4.

nacimiento [79]. *Y la gloria de tu pueblo de Israel* [80]. Tenían como su mayor timbre de gloria que Cristo naciera en este pueblo y de él mismo. El Apóstol: *De quienes desciende el mismo Cristo según la carne, el cual es Dios bendito sobre todas las cosas por siempre jamás. Amén* [81].

Ahora, Señor, sacas de este mundo a tu siervo, porque ya mis ojos han visto al Salvador que nos has dado. Luz que ilumine a los gentiles. Manué, habiendo visto a un ángel del Señor ascender entre la llama, exclamó: *Moriremos luego, pues que hemos visto* [82] al Señor. No dijo eso el anciano Simeón habiendo visto al Señor, ante el cual había ya pasado el ángel de que habla Malaquías: *He aquí que yo envío mi ángel, el cual preparará el camino delante de mí. Y luego vendrá a su templo el Dominador, a quien buscáis vosotros, y el ángel del Testamento de vosotros deseado* [83]. En la llama: *Luz que ilumine a los gentiles.* Exclamó, pues, el anciano: *Ahora, Señor, sacas en paz de este mundo a tu siervo*, según tu promesa: Muera ya, *porque he visto* al Señor.

11. ¡Oh, exclamó también, quién pudiera nacer ahora para contemplar las maravillas que vas a obrar! Pero no salió defraudado en sus aspiraciones: un rayo profético se desprendió del sol que llevaba en sus manos, y penetró inflamándolo, en el corazón del anciano. Y así como los pastores al verlo *se certificaron de cuanto se les había dicho* [84], y los Magos al encontrarlo, lo *adoraron* [85], así también Simeón, iluminado por la presencia del Señor, ve el futuro, es a saber: por los profetas, reconoce que no es la sinagoga, sino la gentilidad, la que le ha de conocer; ve cómo le adorarán a un niño los Reyes y le servirá todo el mundo, según aquello del profeta David: *Y dominará de un mar a otro, y desde el río hasta el extremo del orbe del la tierra. Postraránse a sus pies los etíopes, y lamerán el suelo sus enemigos. Los reyes de Tarsis y los de las islas le ofrecerán regalos: traeránle presentes los reyes de Arabia y de Saba: le adorarán todos los reyes de la tierra, todas las naciones le rendirán homenaje* [86]. Y respecto a la vida futura del Infante, a su muerte, a su flagelación, se le revela por la profecía de Isaías: *No es de aspecto bello, ni es esplendoroso: nosotros le hemos visto, y nada hay que atraiga nuestros ojos ni llame nuestra atención hacia él.*

[79] Is. 60,1-3.
[80] Lc. 2,32.
[81] Rom. 9,5.
[82] Iud. 13,22.
[83] Mal. 3,1.
[84] Lc. 2,17.
[85] Mt. 2,11.
[86] Ps. 71,8-11.

Después (vímosle) el desecho de los hombres, varón de dolores, y que sabe lo que es padecer; y su rostro como cubierto de vergüenza y afrentado, por lo que no hicimos ningún caso de él. Es verdad que él mismo tomó sobre sí nuestras dolencias y cargó con nuestras penalidades; pero nosotros le reputamos como un leproso y como un hombre herido de Dios y humillado. Siendo así que por causa de nuestras iniquidades fué llagado y despedazado por nuestras maldades, el castigo de que debía nacer nuestra paz descargó sobre él, y con sus cardenales fuimos nosotros curados. Y a él le ha cargado el Señor sobre las espaldas la iniquidad de todos nosotros. Fué ofrecido porque él mismo lo quiso, y no abrió su boca; conducido será a la muerte como va la oveja al matadero, y guardará silencio, sin abrir siquiera su boca, como el corderito que está mudo delante del que le esquila. Para las maldades de mi pueblo le he yo herido. Y quiso el Señor consumirle con trabajos. Pues que ha entregado su vida a la muerte, y ha sido confundido con los facinerosos, y ha tomado sobre sí los pecados de todos y ha rogado por los transgresores [87]. Y también la profecía de Jeremías: *Presentará su mejilla al que le hiere y le hartarán de oprobios* [88].

Se queda atónito, se ensombrece su rostro de dolor, se deslizan las lágrimas, manifiesta el misterio, y volviéndose a María, su Madre, profetiza diciendo: *Mira, este Niño que ves está destinado para ruina y para resurrección de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradicción, lo que será para ti misma una espada que traspasará tu alma, a fin de que sean descubiertos los pensamientos en los corazones de muchos* [89]. Lo mismo que encontramos en Isaías: *Al Señor de los ejércitos, a él glorificad: él sea el que os haga temer y temblar. Y él será el que os santifique. Al paso que piedra de tropiezo y piedra de escándalo para las dos casas de Israel, y lazo y ruina para los habitantes de Jerusalén. Y muchísimos de ellos tropezarán y caerán, y se harán pedazos, y se verán cogidos en el lazo y quedarán presos* [90]. Y el Apóstol dice también: *Tropezaron en piedra de escándalo, según aquello que está escrito: Mirad que yo voy a poner en Sión una piedra de tropiezo, y piedra de escándalo; pero cuantos creerán en El no quedarán confundidos* [91]. Lo mismo leemos en San Pedro: *Por lo que depuesta toda malicia y todo engaño, y los fingimientos y envidias, y todas las murmuraciones, como niños recién nacidos, apeteced la leche del espíritu, sin mezcla de*

[87] Is. 53,2 s.
[88] Lam. 3,30.
[89] Lc. 2,34-45.
[90] Is. 8,13-15.
[91] Rom. 9,32-33.

fraude, para que con ella vayáis creciendo en salud, si es caso que habéis probado cuán dulce es el Señor. Al cual arrimándoos como a piedra viva que es, desechada, sí, de los hombres, pero escogida de Dios y apreciada: sois también vosotros a manera de piedras vivas edificadas encima de él, siendo como una casa espiritual, como un orden de sacerdotes santos, para ofrecer víctimas espirituales, que sean agradables a Dios por Jesucristo. Por lo que dice la Escritura: Mirad que yo voy a poner en Sión la principal piedra de ángulo, piedra selecta y preciosa; y cualquiera que por la fe se apoyare sobre ella, no quedará confundido. Así que para vosotros que creéis, sirve de honra; mas para los incrédulos, ésta es la piedra que desecharon los fabricantes, y no obstante vino a ser la principal del ángulo, piedra de tropiezo y piedra de escándalo para los que tropiezan en la palabra, y no creen aun cuando fueron a esto destinados [92]. Ved cómo se conforma lo nuevo con lo antiguo y lo antiguo con lo nuevo.

12. Expliquemos ya, si os parece, este oráculo: *Mira, este Niño que ves está destinado para ruina y resurrección de muchos y para ser el blanco de la contradicción.* Está acorde Isaías: *He aquí que yo pondré en los cimientos de Sión una piedra, piedra escogida, angular, preciosa, asentada por fundamento* [93]. Y David: *La piedra que desecharon los arquitectos, esa misma ha sido puesta por piedra angular del edificio* [94]. Y en el Evangelio: *Quien cayere sobre esta piedra, se hará pedazos; y ella hará añicos a aquel sobre quien cayere* [95]. *Esta es aquella piedra que fué desechada* [96] por los judíos. Es tropiezo para el judío, tropiezo para el hereje, tropiezo para el mal cristiano. El apóstol San Pedro dice: *Esta es la piedra que desecharon los fabricantes, y no obstante vino a ser la principal del ángulo, piedra de tropiezo y piedra de escándalo para los que tropiezan en la palabra, y no creen aun cuando fueron a esto destinados* [97]. *Mira cómo este Niño está destinado para ruina de muchos.* Pero *al levantarse Dios a juicio para salvar a todos los mansos de la tierra* [98], entonces *ella hará añicos a aquel sobre quien cayere* [99] en el día del juicio. El Salmo: *Los desmenuzaré como polvo que el viento esparce, y los barreré como lodo de las plazas* [100]. Los pue-

[92] 1 Petr. 2,1 s.
[93] Is. 28,16.
[94] Ps. 117,22.
[95] Mt. 21,44.
[96] Act. 4,11.
[97] 1 Petr. 2,7-8.
[98] Ps. 75,10.
[99] Mt. 21,44.
[100] Ps. 17,43.

blos en el juicio serán como el polvo de la tierra. En la sentencia aquella: Id, *apartaos de mí malditos* [101], desaparecerán al punto como el viento.

Por consiguiente, *Cristo está destinado para ruina y para resurrección de muchos*. Cristo Nuestro Señor es como la piedra del lagar, pues extrajo el vino en los soberbios y el aceite y bálsamo en los humildes cuando existía. Lo cual realiza hoy también en tiempo de persecución, ya que en tiempo de paz todo es fingimiento y no aparece el líquido hasta que no se prensa el grano.

Y para ser el blanco de la contradicción [102]. Lo cual no sólo ocurrió en aquellos tiempos, sino que hoy mismo se le hace blanco de contradicción aun por los suyos. Sufre contradicción la pobreza, la humildad, el trabajo, la penitencia, la cruz; se hace mofa, como de cristiano necio, de todo el que practica estas virtudes. Si obra mal, vive, prospera, es objeto de temor, se ve honrado. Si obra bien, es censurado, ultrajado, acusado, vive en inquietud y temor. Por eso dice San Agustín [103]: Cuando uno empieza a servir a Cristo, a buscar la pobreza, a menospreciar las riquezas, a no buscar aquí la felicidad, a despreciarlo todo, a pensar en sólo Dios, a seguir el camino de Cristo, no sólo es motejado de insensato por los paganos, sino, lo que es más lamentable, ya que dentro hay muchos dormidos sin querer salir del sueño, de labios de los mismos cristianos tiene que oír aquel reproche: ¿Por qué te fatigas? Hermanos míos, qué lamentable es que quien vive según Cristo tenga que oír: ¿por qué te fatigas? Miramos con espanto a los judíos porque dijeron a Cristo nuestro Señor: *Estás endemoniado* [104], y al oír recitar este evangelio golpeamos nuestros pechos. Horrenda blasfemia lanzaron contra Cristo los judíos en aquellas palabras: *Estás endemoniado*. Pues ¿qué haces tú, ¡oh cristiano!, cuando ves que ha salido del corazón de un hombre el diablo y habita ya Cristo, y le dices: por qué te esfuerzas? ¿No es como si le echaras en cara que tiene el demonio? Se le dijo al mismo Señor:

[101] Mt. 25,41.
[102] Lc. 2,34.
[103] *Serm.* 88 *de verbis Evang. Matth.* 20 (en otros 18 *de verbis Dom.*, n. 12 y 13): «Comience a menospreciar al mundo, a distribuir sus cosas entre los pobres, a tener en nada lo que estiman los hombres; no haga caso de las injurias, no busque la venganza, presente la mejilla al que le hiere, ruegue por los enemigos, no exija lo que otro le haya quitado; si en algo ha defraudado, torne el cuádruplo. Cuando comience a hacer esto, se alarmarán sus familiares, afines y amigos. Los que aman al mundo, le reprenderán. ¿Por qué pierdes así el juicio? Eso es excesivo; ¿acaso los otros no son cristianos? Eso es una necedad, una locura. Y así por el estilo clamará la turba...» Léase también su *Serm.* 1 *sobre el salm.* 90, n. 4.
[104] Io. 7,20.

Está poseído del demonio y ha perdido el juicio [105], por dirigirles palabras que ellos no eran capaces de entender. Y ¿por qué se le apostrofa al cristiano que lleva una vida piadosa diciendo que tiene el demonio o que está loco, precisamente por seguir las huellas de Cristo? Por tanto, sufre Cristo persecución por parte de los cristianos; y es Cristo la señal que contradicen no sólo los paganos, sino también los malos cristianos, que por odiar el bien se han convertido en perseguidores suyos; en cambio se le adhirieron los justos y humildes de corazón. *Y para ser el blanco de la contradicción*. Así dice Isaías: *Por tanto, el mismo Señor os dará la señal: sabed que una virgen concebirá* [106]; y en otra parte: *El renuevo de la raíz de Jesé, que está puesto como señal para los pueblos, será invocado de las naciones* [107]; y también en San Lucas: *Y sírvaos de seña que hallaréis al niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre* [108].

13. Un triple signo es Cristo: signo de dirección, signo de imitación, bandera de defensa. Es, en primer lugar, como un blanco de tiro, proporcionado a los arqueros, hacia el cual dirigen sus flechas. Las flechas son los deseos de nuestro corazón, el blanco es Dios. Bienaventurado el que dirige al mismo todos sus pensamientos, obras y afectos. Se lee en los Cantares: *Ponme por sello sobre tu corazón, ponme por marca sobre tu brazo* [109]. Se pone *sello sobre el corazón* cuando a El se encaminan los afectos del mismo; *marca sobre el brazo*, cuando a El se dirigen todas las obras, como nos dice el Apóstol: *Ora comáis, ora bebáis, o hagáis cualquiera otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios* [110]; y también: *Todo cuanto hacéis, sea de palabra o de obra, hacedlo todo en nombre de nuestro Señor Jesucristo, dando por medio de El gracias a Dios Padre* [111]. Y así, prácticamente, como el sonido contribuye también a alabar a Dios, y las rodillas del corazón del justo siempre están dobladas ante Dios, por esto siempre está en oración.

En segundo lugar, es blanco de imitación, pero *blanco de la contradicción*. ¿Hay alguien que siga hoy a Cristo? Cristo se abrazó con la pobreza, nosotros buscamos las riquezas; Cristo buscó las fatigas, nosotros el solaz; Cristo los sufrimientos, nosotros los placeres; Cristo las injurias, nosotros los honores: mucho se diferencia la vida, mucho dista el miembro de la Cabeza. Afirma San Juan: *Quien*

[105] Ib. 10,20.
[106] Is. 7,14.
[107] Ib. 11,10.
[108] Lc. 2,12.
[109] Cant. 8,6.
[110] 1 Cor. 10,31.
[111] Col. 3,17.

dice que mora en El, debe seguir el mismo camino que El siguió [112]. Y el mismo Señor en el Evangelio: *El que me sirve, sígame; que donde yo estoy, allí estará también el que me sirve* [113]. ¿Deseas, nos dice Cristo, llegar a *donde* yo estoy? No tienes otro recurso que seguir el camino por donde yo llegué a donde estoy. Esto les es necesario sobre todo a los religiosos, cuyo único afán es hacerse semejantes a Cristo.

Gran vergüenza debe causarle a la esposa pretender rodearse de delicias mientras su esposo se encuentra en fatigas y trabajos. Recuerda el ejemplo de Urías, que, habiendo venido de la guerra y siendo enviado a descansar con su esposa, respondió: *El arca de Dios, e Israel y Judá están en tiendas de campaña, y mi señor Joab y los siervos de mi señor duermen en el duro suelo; ¿e iría yo a mi casa a comer y a beber, y dormir con mi mujer? Por la vida y por la salud de mi rey juro que no haré una tal cosa* [114]. Así debe hablar la esposa de Cristo, el alma devota: El Arca de Dios, es decir, su Cuerpo santísimo, se encuentra en el campo de combate, en la cruz, lleno de llagas, bañado en sangre; mi Señor Jesús estuvo siempre rodeado de fatigas, y sus esclavos los apóstoles murieron martirizados todos sobre la haz de la tierra, maltratados, perseguidos, atribulados: *Otros, asimismo, sufrieron escarnios y azotes, además de cadenas y cárceles: fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron girando de acá para allá, cubiertos de pieles de ovejas y de cabra, desamparados; de los cuales el mundo no era digno; yendo perdidos por las soledades, por los montes, en las cuevas y en las cavernas de la tierra* [115]; ¿y me entregaré yo mientras a los deleites y pasatiempos? Lejos de mí tal proceder. Tenga mi Señor a bien hacerme participante de sus fatigas, y conoceré que me ama, si me concede el padecer y ser atribulado con El y con sus elegidos. Esto será mi gozo, ésta la única esperanza de mi salud, sabiendo que si le acompaño en el sufrimiento [116] seré copartícipe de su reino. *No es el siervo superior al maestro ni mayor que su amo* [117]. Si te han perseguido a ti, ¡oh Señor mío! [118], puesto en razón está que me persigan a mí también.

14. En tercer lugar, es bandera de defensa. Siempre los guerreros han tenido una bandera, como una insignia adon-

[112] 1 Io. 2,6.
[113] Io. 12,26.
[114] 2 Reg. 11,11.
[115] Hebr. 11,36-38.
[116] Rom. 8,17; 2 Tim. 2,11.
[117] Lc. 6,40; Io. 15,20.
[118] Io. 15,20.

de volver la vista al verse perturbados en un durísimo encuentro. Nosotros sostenemos una continua guerra con los príncipes de las tinieblas, pues *la vida del hombre sobre la tierra es una perpetua guerra* [119]; y como dice el Apóstol: *No es nuestra pelea contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los adalides de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus malignos en los aires* [120]. Si alguno se viere perturbado, vencido y derrotado, vuelva la vista al Señor pendiente en el patíbulo de la cruz. El Apóstol: *Mirando a Jesús, autor y consumador de la fe, el cual, en vista del gozo que le estaba preparado, sufrió la cruz, sin hacer caso de la ignominia* [121]. Veamos una figura: *Hizo, pues, Moisés una serpiente de bronce, y púsola por señal, a la cual mirando los mordidos sanaban* [122]. Abrácese con la cruz, y de ahí sacará consuelo, cobíjese bajo la cubierta del Crucificado. El Salmo: *Obra algún prodigio a favor mío, para que los que me aborrecen,* es a saber, los demonios, *vean con efusión suya cómo tú, ¡oh Señor!, me has socorrido y ayudado* [123]. A la manera que las avecillas, cuando se lanza sobre ellas el gavilán para arrebatarlas como botín, se esconden en los agujeros de las piedras, del mismo modo, a su imitación, escondámonos en las llagas del cuerpo de Cristo a la vista de los demonios que vuelan en derredor nuestro. Isaías: *Métete entre las peñas, escóndete* [124]. En los Cantares: *Paloma mía, que anidas en los agujeros de las peñas* [125]. El Salmo: *Los peñascos (sirven) de madriguera a los erizos* [126]. Isaías: *Atended a la cantera de donde habéis sido cortados* [127].

Y si aconteciere que nos mordieren las serpientes, tornemos la vista a la serpiente sin veneno, elevada en la cruz, para sanar de estas mordeduras. Todos conocemos la figura de la serpiente que levantó Moisés en el madero.

En todos estos sentidos es Cristo señal, y le hacemos blanco de nuestra contradicción, ya que ni encaminamos a El nuestras obras y nuestro afecto, ni imitamos su vida, ni nos acogemos a El en los trabajos y tentaciones. Un documento excelente para los débiles. Si no puedes imitar a Cristo en los ayunos y trabajos, al menos venera y ama a los que le imitan; no los contradigas, sino ayúdalos, reconociendo tu fragilidad, y esta ayuda se te contará como una obra de justicia.

[119] Iob 7,1.
[120] Eph. 6,12.
[121] Hebr. 12,2.
[122] Num. 21,9.
[123] Ps. 85,17.
[124] Is. 2,10.
[125] Cant. 2,14.
[126] Ps. 103,18.
[127] Is. 51,1.

Otro testimonio contra los que no sólo no imitan a Cristo, sino que van en contra de los que le imitan. *Lo que será para ti misma una espada que traspasará tu alma* [128], profecía de la muerte de Cristo, *a fin de que sean descubiertos los pensamientos en los corazones de muchos.* A la manera que en la segunda venida revelará lo escondido de los corazones, así ya descubrió en la primera los corazones, puso de manifiesto la hipocresía de los fariseos y solapados.

[128] Lc. 2,35.

EN LA ASUNCION DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA

SERMON I

María ha escogido la mejor suerte (Lc. 10,42).

1. Muy de maravillar es el designio de la Iglesia al recitarnos en día de tan grande solemnidad el evangelio de las dos hermanas: cómo *entró Jesús en cierta aldea* [1]; cómo le sirve Marta, está sentada María; Marta se queja, y sale Jesús en defensa de aquélla. ¿Qué tiene que ver esto con la Asunción de la Virgen? Pero si atendemos al sentido místico, que es el que pretende la Iglesia, hallaremos que la lección evangélica nos describe en un breve compendio la vida entera de la Virgen y teje sumariamente toda su historia, y que nada hay en este evangelio que no se refiera al misterio y designios de esta festividad, como se verá con más claridad al ir exponiendo en particular cada una de sus partes.

2. *Entró Jesús en cierta aldea,* etc. ¿Qué aldea o castillo hay más fuerte, más sólido y más hermoso que la sacratísima Virgen? Cuya alma confirmó Dios en gracia tan soberanamente que jamás se apartó de El ni en sus palabras, ni en sus obras, ni en sus pensamientos. ¡Qué torre tan inexpugnable fué aquella alma santísima, que no pudo avasallar el demonio con todos sus engaños y ataques! Más aún, ni siquiera osó atacar su interior; jamás logró hacerse dueño el demonio ni de una sola almena de este castillo. Castillo este no sólo invencible, sino también invulnerable; pues aunque haya sufrido persecución por parte del enemigo, jamás tuvo tentación relacionada con la carne, como está escrito: *Abimelec no la tocó* [2].

Si comenzamos a considerar desde el principio el mundo y a discurrir a través de todos los hijos de Adán, nada encontraremos más estable, más inconmovible, más constante que esta sagrada Virgen. Es ella como una torre edificada

[1] Lc. 10,38.
[2] Gen. 20,4.

sobre sólida roca en los montes santos sobre base inconmovible, puesto que *está Dios en medio de ella, no será conmovida* [3]. De la Virgen se lee en los Cantares: *Como la torre de David, ceñida de baluartes, de la cual cuelgan mil escudos, arneses todos de valientes* [4]. Verdaderamente torre de David, de aquel David que con cinco piedras del torrente, esto es, con las cinco llagas y el báculo de la cruz, derribó en el monte Calvario al soberbio Goliat que se gloriaba de su fuerza.

Se ha convertido esta torre en baluarte de la Iglesia y refugio único de pecadores, a fin de que a ella acudan todos los reos, todos los tristes, todos los afligidos, y con su protección se libren del enemigo. ¡Oh hombre!, en cualquier tribulación refúgiate en María: ya te veas agobiado por los pecados, o aporreado por las persecuciones, o perturbado por las tentaciones, dirígete a esta torre, refúgiate en María. *De ella cuelgan mil escudos;* y encontrarás en ella un segurísimo escudo para defenderte contra los oleajes de todas las tribulaciones y contra la aparición del demonio que te persigue, puesto que en ella están *los arneses de todos los valientes:* se encuentra en ella la fe de los apóstoles, la fortaleza de los mártires, la pureza de las vírgenes, la sabiduría de los doctores, la pobreza de los anacoretas, la devoción de los confesores; allí, en una palabra, se encuentra junta la virtud de todos los santos. Pues a ningún santo se le ha concedido por especial privilegio cosa alguna que no brille más colmadamente en María desde el principio de su vida.

He aquí el fortísimo castillo, he aquí la torre inexpugnable, que jamás pagó tributo o rindió obediencia al diablo. En ella penetró Jesús cuando *el Verbo se hizo carne y habitó en medio de nosotros* [5], para arrojar de allí a los enemigos y recuperar su reino, en el cual había penetrado fraudulentamente el demonio desde el principio. De esta manera los reyes de la tierra, cuando se les rebela el reino y les destrona un tirano, acostumbran a ocupar una fortaleza en su reino, para poder desde ella recuperar su dominio. El tirano de que aquí se habla es aquel cuyas obras vino a desbaratar Cristo, expulsándolo de su reino, como escribió San Juan: *Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser lanzado fuera* [6]. Porque los suyos se habían rebelado contra El diciendo: *No queremos a ése por nuestro rey* [7]; o como se lee en el Salmo: *Rompamos sus ataduras y sacudamos lejos de nosotros su yugo* [8]. Pero

[3] Ps. 45,6.
[4] Cant. 4,4.
[5] Io. 1,14.
[6] Io. 12,31.
[7] Lc. 19,34.
[8] Ps. 2,3.

he aquí que sin ellos darse cuenta *entró Jesús en cierta aldea o castillo,* esto es, en el seno de la Virgen, desde donde puso bajo su imperio a todo el mundo; pues al punto que salió de este castillo, comenzó a obrar varonilmente, a saber, a invadir al mundo, a expulsar al tirano, a reducir a la obediencia a toda su heredad, despojando al demonio; trayendo rápidamente a rendirle pleitesía a los pastores que estaban cerca y a los reyes tan apartados. Por eso recibió el nombre de despojador, según leemos en Isaías: *Ponle el nombre: Coge apriesa los despojos, apresúrate a coger la presa. Porque antes que sepa el niño pronunciar los nombres de padre y madre, ya el rey de los asirios habrá destruído el poder de Damasco y saqueado a Samaria* [9]. Por consiguiente, vino el Pastor celestial a buscar [10] la oveja que había perecido y la dracma que había perdido [11]

3. *Vino a su propia casa y los suyos no le recibieron* [12]; en cambio, *una mujer, por nombre Marta, le hospedó en su casa* [13]. ¡Oh mujer ciertamente feliz! ¡Oh bienaventurada mujer sobre todas las mujeres, corona de las mujeres, gloria de las mujeres, mujer admirable, mujer maravillosa, mujer ante la cual San Juan en el Apocalipsis se quedó espantado y exclamó lleno de asombro: *Apareció un gran prodigio en el cielo: una mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus pies!* [14] *En el mundo estaba, y el mundo fué por El hecho, y el mundo no le conoció* [15]. ¿Quién podía, en efecto, reconocer a Dios bajo la forma de hombre? ¿Quién puede sospechar siquiera a Dios en el hombre? Solamente esta mujer prudentísima, ella sola lo reconoció, ella sola le adoró, le vistió, le ungió, le alimentó, le regaló, y le sirvió como otra fidelísima Marta. *Le hospedó en su casa,* en su seno, dentro de sus entrañas, y hospedó en su tálamo virginal al Rey de la gloria peregrino en la tierra, y como otra Sunamitis [16], dispuso la mesa, el candelero, el lecho al Profeta supremo, al Señor de los profetas: el lecho en su seno, la mesa en su corazón, el candelero en su entendimiento. Descansó en su seno, se alimentó a su pecho y le creyó en su entendimiento. No se extinguió su candela [17] durante la noche, esto es, su fe no sufrió menoscabo ni aun durante la pasión.

Por tanto, esta bienaventurada mujer *le hospedó en su casa.* Y no sólo le recibió, sino que, según dijimos, le vistió

[9] Is. 8,3-4.
[10] Lc. 15,4.
[11] Ib. 15,8.
[12] Io. 1,11.
[13] Lc. 10,39.
[14] Apoc. 12,1.
[15] Io. 1,10.
[16] 4 Reg. 4,11.
[17] Prov. 31,18.

y le alimentó, y, como dice San Anselmo [18], practicó con él todas las obras de misericordia. En primer lugar, pues, le recibió como peregrino y le dió hospedaje; pues a sí mismo se llama peregrino por el profeta: *Puesto que yo soy un advenedizo y peregrino, como todos mis padres* [19]; y también dice de El otro profeta: *¿Por qué has de estar en esta tierra como un extranjero y como un caminante que sólo se detiene para pasar la noche?* [20] Y aun aquellos dos discípulos le dijeron: *¿Tú solo eres extranjero en Jerusalén?* [21] Este es, pues, el celestial peregrino a quien recibió esta felicísima mujer, vistiéndole un ropaje ajustado y pobre, para que por el vuelo del vestido no se enredase en los impedimentos de esta vida mortal, en el discurso de cuya carrera [22] saltó como un gigante hasta el madero de la cruz. Era también pobre el vestido, pero limpio y purísimo, del cual dice Salomón en los Proverbios: *Ella teje telas y las vende, y entrega también ceñidores al Cananeo* [23]. Este fino lienzo es la tela limpísima que tejió, y que significa aquella sacrosanta carne clarísima y purísima que el Espíritu Santo, Artífice sapientísimo, sin el concurso del varón formó en las entrañas virginales, como de materia que tejer, y en el interior de su seno como en un telar. Esta es la tela que como propia, por estar tejida de su propia carne, vendió esta sabia mujer a Dios Padre, para que pudiera formar de ahí una túnica talar [24] y polímita para su Hijo.

4. ¿A qué precio, buen Dios, a qué precio vendió semejante tela? ¿Qué se le dió por esa túnica? ¿Quién lo podrá valuar, quién osará publicarlo, quién será capaz de imaginarlo siquiera? La plenitud de todas las gracias, la plena posesión de todas las virtudes y de todos los bienes, un tesoro inestimable de perlas celestiales le fué dado. Vistióla

[18] *Homil.* 9 *in Evang. Luc.*, n. 179: «Para ver brevemente aquellas seis obras de misericordia, que Dios nos asegura hacemos con El cuando las practicamos para con el menor de los suyos, tenemos a ésta (María) recibiendo como huésped en su seno, no a cualquiera de los suyos, sino al excelso Hijo de Dios, cubriéndole con su carne y también con pañales, alimentándole cuando tenía hambre, calmándole con su leche la sed, y no sólo le visitó cuando por su infancia era débil, sino que le trató constantemente, lavándole, calentándole, acariciándole y llevándole en sus brazos, de tal manera que bien puede aplicarse a ella: *Marta andaba muy afanada en disponer todo lo que era menester* (Lc. 10,40). Cuando le prendieron y crucificaron, que es como estar en la cárcel, con El estuvo, según está escrito: *Estaba junto a la cruz de Jesús su Madre* (Io. 19,25)».

[19] Ps. 38,13.
[20] Ier. 14,8.
[21] Lc. 24,18.
[22] Ps. 18,6.
[23] Prov. 31,24.
[24] Gen. 37,3.

de gloria y esplendor, la constituyó Reina de cielos y tierras, y puso a su servicio a todas las criaturas inferiores a Dios. Este es el precio de ese lienzo, tal fué el importe de la venta. Y ¿para qué? Para poder fabricar con ese precio un cíngulo para el Cananeo. ¡Oh hermosísimo Cananeo, vestido del resplandor divino y ceñido con cíngulo virginal, que permaneciendo inmutable, sin perder la forma de Dios, apareciste transformado en la de hombre. Tenía este Cananeo desde la eternidad magníficas vestiduras recibidas de su Padre, sólo le faltaba el cíngulo con que recoger aquellos inmensos y exuberantes vuelos de sus amplios vestidos y disponerse así «a correr su carrera», como está escrito: *El Señor reinó, vistióse de gloria, armóse de fortaleza y se ciñó todo de ella* [25].

He aquí los vestidos, he aquí el cíngulo, los vestidos procedentes de su Padre, el cíngulo dado por su Madre; los vestidos, desde la eternidad; el cíngulo, en el tiempo. ¡Qué excelentes vestidos la hermosura y la fortaleza! Como está escrito en cierto lugar: *La fortaleza y el decoro son sus atavíos* [26]. Escuchemos lo que dice referente a la hermosura: *Señor Dios mío, tú te has engrandecido mucho en gran manera. Revestido te has de gloria y de majestad; cubierto estás de luz, como de un ropaje* [27]. Y por lo que se refiere a la fortaleza: *Cimentaste la tierra sobre sus propias bases: no se desnivelará jamás* [28]. Estos son los vestidos.

Veamos ahora el cíngulo. *Se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo* [29]. ¡Oh, cómo se ha reducido la eternidad bajo la forma de un niño de un día! ¡Cuán reducida se ha quedado la sabiduría en un infante, el poder en un ser tan delicado, la fortaleza en un parvulillo, la majestad en un pobre, la divinidad en un hombre, la gloria de los ángeles en el cuerpecillo de un balbuciente niño! ¡Qué recogidos llevas los senos bajo el cíngulo de la carne, ¡oh buen Jesús!, en el pesebre, adorado por los ángeles y a la vez acompañado de sólo bestias! ¡Qué majestad, qué humildad! ¡Qué grandeza y qué estrechez! De modo que recibió al peregrino, vistió al Cananeo, alimentó con la abundante leche de su pecho al famélico, sustentó ella misma al pan del cielo, sació ella misma al pan de los ángeles con su pecho lleno por obra de los cielos.

5. Y no hizo esto sólo: redimió también al cautivo. Veamos cómo se realizó esto. El género humano había contraído una gran deuda con el pecado, y no pudiendo pagár-

[25] Ps. 92,1.
[26] Prov. 31,25.
[27] Ps.103-1-2.
[28] Ib. 103,5.
[29] Phil. 2,7.

sela a Dios, se hizo merecedor de la esclavitud. Compadecido el Hijo del Rey, se ofreció al Padre por el cautivo y se constituyó en fiador del que había criado; no tenía, sin embargo, con qué pagar la deuda. Instale no obstante el Padre: *Hijo mío, si saliste fiador de tu amigo, has ligado tu mano con un extraño, tú te has enlazado mediante las palabras de tu boca y ellas han sido el lazo en que has quedado preso. Haz, pues, hijo mío, lo que te digo, y líbrate a ti mismo, ya que has caído en manos de tu prójimo: corre de una a otra parte; apresúrate, despierta a tu amigo, no concedas sueño a tus ojos, ni dejes que se cierren tus párpados: sálvate como el gamo que escapa de la trampa y como el pájaro de las manos del cazador* [30], salda la deuda. ¿Qué podía hacer el Fiador si no tenía con qué satisfacer por el pecado del esclavo? *Porque el estipendio del pecado es la muerte* [31], y la reparación del pecado es el dolor; ahora bien, un impasible no podía soportar dolor alguno. Por eso acudió al banco de la Virgen, y recogió allí dinero en abundancia con que poder satisfacer al Acreedor; pues tomó la carne para pagar con ella al Padre el precio de tantos pecados, por aquel que había levantado de esclavo a la categoría de amigo. ¡Con qué abundancia satisfizo la deuda del pecado! ¡Qué cantidad tan justa entregó al Acreedor sobre el banco de la cruz! ¡Cuántos azotes, cuántas bofetadas, cuántos golpes, cuántas heridas, cuántas afrentas, cuántas lágrimas, cuántos tormentos, y, finalmente, la muerte más atroz! He aquí el precio del esclavo, mediante el cual fué librado de la cárcel.

Por consiguiente, Cristo pagó el precio de la redención, pero esta mujer le dió con qué poder pagarlo: El es el Redentor, pero de ella recibió con qué redimir. Cuán obligados te estamos, oh dichosa Virgen: ¿qué podremos darte por un beneficio tan grande? Llegó hasta visitar al paciente cuando se hallaba en el estrechísimo lecho de la cruz. Pues *estaba junto a la cruz de Jesús su Madre* [32], palidecía El y lloraba ella; y poco después sepultó el cuerpo del difunto. ¿Qué piedad, pues, o qué deber dejó de cumplir con el Hijo, o cuándo dejó de prestarle toda suerte de deferencias? ¿No nos semeja esta mujer que sirve con tal solicitud y ansiedad a aquella otra por nombre Marta? ¡Oh Marta, Marta!, desde la eternidad no hubo otra Marta semejante.

Recorramos asiduamente desde el principio el oficio de esta Virgen y comencemos considerándola al dar a luz en una vilísima choza, en casa ajena, en un pueblo extraño, sin criada, sin lecho, sin hogar, sin servidumbre. Mirémosla

[30] Prov. 6,1-5.
[31] Rom. 6,23.
[32] Io. 19,25.

poco después de recién parida cómo huye a Egipto, a hora intempestiva de la noche, en el invierno, a través de arenosos e intransitables desiertos, transitables apenas para los camellos, acompañada de un solo anciano. Contemplémosla luego durante seis años en Egipto desterrada entre aquellos bárbaros, desconocidos, crueles e idólatras, procurándose con su sudor y trabajo el alimento y vestido. Veámosla a su vuelta de Egipto, temiendo aún por el Hijo, alimentándolo, sirviéndole y siguiéndole después a todas partes durante el tiempo de su predicación. Seguíale la ternísima Virgen por las aldeas y casas de campo, no sin gran trabajo y molestias de su cuerpo, a dondequiera que fuese y dondequiera que predicase, pues no podía permanecer ni un solo día separada de El. ¿Qué decir de las cotidianas angustias, cuidados y temores que por su Hijo la apremiaban? Pues siempre estaba temiendo lo que sabía había de llegar algún día. ¡Oh, qué tormentos, qué dolores tan acerbos no sufrió al final! ¡Oh Virgen!, ¿quién soportó jamás por otro lo que pasaste tú en esta vida por el Hijo de Dios? ¿Qué esclava sirvió jamás a su señor como serviste tú a tu Hijo, con tal generosidad, con tal diligencia, con tal placidez de semblante, con tal alegría de espíritu, con servicio tan ininterrumpido? ¡Oh Marta, Marta! Marta por el hospedaje, Marta en su nacimiento, Marta en su vida, Marta en su muerte. ¡Con qué exactitud cumpliste aquella profecía del principio: *He aquí la esclava del Señor!* [33] *Una mujer,* dice, *por nombre Marta, le hospedó en su casa* [34].

6. *Tenía ésta una hermana llamada María* [35]. Dice San Bernardo [36]: Distingue bien dos partes en aquella sublime María: es Marta en el cuerpo y María en el espíritu; Marta en el servicio, María en la quietud; Marta en el cargo, María en el júbilo; Marta atendiendo al cuerpo del Señor, María sentada a los pies del mismo Señor. Conocemos ya a Marta, tratemos de descubrir ahora a María, pues Marta y María son dos hermanas, se dan en perfecta consonancia y armonía en la Virgen. Es admirable en la Virgen que, excediendo a todos en ambas vidas, activa y contemplativa, las juntó a ambas en sí misma con maestría perfecta; pues ni la acción estorbaba a la contemplación, ni la contemplación a la acción; antes bien, por cierto maravilloso artificio del Espíritu Santo, prestaba sus servicios con tal asi-

[33] Lc. 1,38.
[34] Ib. 10,38.
[35] Ib. 10,39.
[36] *Serm.* 2 *en la Asunción,* n. 9: «Y a nadie se le haga difícil el que se diga que la mujer que recibió al Señor no se llama María, sino Marta, porque en nuestra única y excelsa María se hallan juntas la servicial diligencia de Marta y el ocio no ocioso de María» (trad. de la BAC).

duidad, que siempre estaba en oración, y oraba siempre de tal manera, que continuaba sirviendo con asiduidad. Marta servía con el cuidado de quien servía al Señor; María se consagraba a la oración, como quien contempla a Dios. Hemos contemplado la solicitud de Marta; contemplemos ahora la quietud de María.

Sentada a los pies del Señor estaba escuchando su divina palabra [37]. Habla de los pies, que menciona el Salmo en aquellas palabras: *Hasta teñirse tus pies en la sangre* [38], ante los cuales, según el profeta, *escapará el diablo* [39]. Los pies del Señor son su humanidad, porque *Dios es la cabeza de Cristo* [40], como dice el Apóstol. Sentada María de continuo junto a estos benditos pies, escuchaba su palabra. ¡Oh Dios piadosísimo!, ¿quién puede declarar el fervor, la dulzura y el gozo que inundaban el corazón de esta Virgen junto a estos pies aun en medio de la solicitud del servicio? ¡Qué ardor espiritual inflamaba por dentro a esta Virgen, qué júbilo llenaba de continuo su espíritu cuando contemplaba con sus ojos al Dios de Sión y le estrechaba con sus abrazos, sosteniendo día y noche en sus dichosísimos brazos al que sostiene el orbe! ¡Con qué rayos de luz iluminaba la mente purísima de esta Virgen, la embellecía y abrillantaba aquel Sol infinito velado por la niebla de la carne! ¡Con qué fuego inflamaba su corazón desde el vientre! ¡Qué néctar la embriagaba por dentro cuando le alimentaba con su leche! Como brilla con purpúreos colores una rutilante nube al dar sobre ella los rayos del sol, tal refulgía el alma de esta Virgen bajo la iluminación de Dios.

¿Qué diremos de su prolongada conversación con el niño, con el adolescente, con el joven, con el varón? ¡Qué palabras, qué coloquios, qué respuestas, qué misterios, qué secretos, qué sentencias! ¡Oh soberana escuela en que un Dios y un Hijo hacen de maestro y es la discípula una Madre y una Virgen! ¿Qué no aprenderías en tanto tiempo de tan soberano Maestro oyéndole tan de continuo, en un magisterio tan frecuentado? ¿Qué no conseguiste de tan soberano Señor? ¿Qué pensabas entonces, oh Virgen? ¿Qué sentías en tu espíritu? ¿Qué sentimientos se agitaban en tu sacratísimo pecho? Opino, y no me equivoco en mi juicio, que el cuerpo tierno y delicado de la Virgen y su finísimo espíritu no hubieran podido tolerar los torrentes de luz y placer que saltaban de aquella viva fuente si el Espíritu Santo no le hubiera hecho sombra de lo alto y no la hubiera fortalecido por dentro con una extraordinaria virtud; pues sin estar sostenida con un milagro no hubiera podido experimentar semejantes gustos en un cuerpo mortal y continuar aún viviendo. Por lo cual tengo como un milagro el que no desfalleciera totalmente o no estuviera en un éxtasis continuo. Sin duda la sustentaba el Espíritu Santo en medio de tantos esplendores y delicias, librándola del continuo éxtasis, para que no faltara el ministerio necesario de Marta al Hijo de Dios; pues si reunimos todos los gustos que de Dios han experimentado todos los apóstoles, profetas, mártires, vírgenes y demás santos, y los comparamos con los de esta gloriosa Virgen, son como un grano junto a una montaña, una gota en el mar, una estrella respecto al sol. Pues la carne de la Virgen en cierto modo era espiritual, ya por su mayor pureza, ya por las fervientes influencias de las comunicaciones divinas, ya por la suavidad que experimentaba casi de continuo. He aquí aquella soberana María, he aquí la más grande de las bienaventuradas Marías, he aquí la más grande de las mujeres.

[37] Lc. 10,39.
[38] Ps. 67,24.
[39] Hab. 3,5.
[40] 1 Cor. 11,3.

7. Entre tanto, *Marta andaba muy afanada en disponer todo lo que era menester* [41]. El espíritu se engolfaba en las alturas, y el cuerpo se desvivía en el servicio. Escuchaba tranquila, servía con solicitud. Pero ¿cuándo se quejó Marta de María? Es lo que nos queda por exponer. Nos lo explicaremos fácilmente si tenemos en cuenta que en María, como en Cristo, existía una parte superior y otra inferior: como el Hijo, con la parte superior aceptaba la pasión de Cristo, pero la inferior se resistía como se resistía en su Hijo. Pues bien, conocía de antemano, ya por las Escrituras, que mejor que nadie penetraba; ya por el aviso que le había dado Simeón, ya porque su Hijo se la hubiera contado para que se le hiciese más soportable cuando llegase, pues no es posible que, habiéndosela predicho a sus apóstoles, se la ocultase a su Madre, que era la más íntima en todos sus secretos. Por consiguiente, ya desde la Encarnación conocía para qué había encarnado Dios, para qué había nacido, para qué se había hallado entre los hombres, y sometía su voluntad a la voluntad de Dios, no rehusando la Madre la clase de muerte de su Hijo que le agradaba al Padre. Pero era madre, y como a madre le horrorizaba la sensibilidad la muerte del Hijo. Y así reñían tremenda batalla en el corazón de la Virgen, como en un campo abierto, aquellos dos gigantescos amores: el amor del Hijo y el amor del mundo, y arrebataban con violencia en dirección opuesta el sentido de la Virgen. Y aunque antes de la pasión del Hijo se sintiera presa de profunda

[41] Lc. 10,40.

tristeza siempre que recordaba la pasión, sin embargo la consideración de la redención del mundo, la exaltación del Hijo, el fruto inmenso que se había de seguir y el conocimiento de la voluntad de Dios Padre, aliviaban esta pesadumbre y templaban este dolor.

Pero después, al llegar ese día y ver a su amadísimo y hermosísimo Hijo despedazado, marchito, hinchado, desnudo, llagado, ensangrentado y clavado en el patíbulo entre dos ladrones; al verlo, repito, tan atrozmente destrozado, no le quedó sentido ni vigor; ninguna consideración pudo mitigar el dolor, sino que, como privada totalmente de la parte superior, clamaba la inferior: *Señor, ¿no reparas que mi hermana me ha dejado sola en las faenas de la casa?* [42] Y era un espectáculo maravilloso e inhumano contemplar al Hijo pendiente de la cruz dirigir una piadosa queja a su piadosísimo Padre y clamar: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* [43], y ver también a la Madre llena de amargura, casi exánime al pie de la cruz, llamar también a su Hijo y decir: *Señor, ¿no reparas que mi hermana me ha dejado sola en las faenas de la casa?* ¿No atiendes a los acerbísimos dolores de corazón que soporto? ¿No consideras que muero de tristeza a tus pies, privada de todo espiritual consuelo?

Ni una palabra de amor se escucha allí: el Hijo llama Dios a su Padre; la Madre, Señor a su Hijo. Por ambas partes suena la misma queja: el Hijo al Padre: *¿Por qué me has desamparado?* La Madre al Hijo: *Que mi hermana me ha dejado sola.* En el huerto al menos al orar repitió el nombre de Padre: *Padre mío, Padre mío* [44], por ver si podía inclinarle a la misericordia; pero ahora, desconsolado y deshecho en medio de la tribulación, exclama: *Dios mío, Dios mío.* Como si dijera: No te portas ya para conmigo como Padre piadoso, sino como Dios justiciero, pues me has expuesto a tan atroces tormentos para expiar los crímenes de tan vil esclavo. Y no me quejo ciertamente de que seas tú mismo, que me engendraste, el que me crucificas, ya que éstos, sin tener potestad sobre mí, no podrían hacerlo si no se les hubiese otorgado de lo alto [45]; muero por obedecerte, y por tanto: *Hágase tu voluntad* [46]; es mi muerte necesaria para la salvación del mundo, llévese a cabo lo que tú quieres. Pero aunque esto sea así, *¿por qué me has desamparado?* No es propio de un padre abandonar a su hijo obediente en estos terribles momentos de lucha. *En ti esperaron nuestros padres: esperaron en ti, y tú*

[42] Ib.
[43] Mt. 27,46.
[44] Mt. 26,39.
[45] Io. 9,11.
[46] Lc. 22 42.

los libraste. A ti clamaron, y fueron puestos en salvo. Confiaron en ti, y no tuvieron por que avengonzarse [47]. Solo yo soy el despreciado, yo solo el abandonado, el único que nada cuenta para ti: mostrándote misericordioso con todos, sólo te portas con tal severidad para con tu obedientísimo Hijo.

8. Tales son los lamentos con que el Hijo quiere atraer la atención del Padre, tales son también los que la Madre le dirige a El: *Señor, ¿no reparas?* Siempre fuí objeto de tu solicitud; y ahora, cuando más lo necesito, cuando estoy para desfallecer de amargura, *¿no reparas?* A lo cual responde el Hijo con el mismo tono, no llamando Madre a su Madre, sino llamándola mujer: *Mujer, ahí tienes a tu hijo* [48]. Como si dijera: *Marta, Marta, tú te afanas y acongojas en muchísimas cosas* [49]. Conozco y contemplo tu dolor, tu turbación, tu amargura; y más me atormenta esta tu angustia que la misma cruz en que me encuentro. Pero ¿qué puedo hacer por ti, Marta? ¿Qué puedo hacer por ti, oh amantísima Madre mía? *A la verdad que una sola cosa es necesaria* [50]. Es necesaria, y necesaria por muchos conceptos, la muerte que estoy soportando; es necesario que muera uno solo *por el pueblo* [51], para que no *perezca toda la nación;* es necesario que muera uno solo, y reciba vida con ello toda la nación; es necesario e inevitable; es necesario por la obediencia al Padre, es necesario por el cumplimiento de las Escrituras, es necesario por la salvación del mundo.

Pero escucha también un consuelo, ¡oh Madre mía amantísima!, para que no te quejes de ser totalmente abandonada por mí: aunque al presente sufra Marta angustias y turbación, pronto pasará esta suerte de Marta, pronto cesará; pues *María ha escogido la mejor suerte, de que jamás será privada.* Se mitigará el dolor, cesarán los gemidos, se enjugarán las lágrimas: entonces no se burlará ya más el judío, ni reprenderá el fariseo, ni condenará Pilato, ni habrá cruz ni muerte; no necesitará ya del servicio de Marta aquel a quien sirven los ángeles; no será recibido como huésped de Marta el que ha de estar sentado a la diestra del Padre; pero la parte de María no le será jamás quitada; es decir, el gozo de la resurrección, el fruto de la redención, la corona de tan soberano combate, la alegría de la reparación del mundo, que columbra y pone delante María, ésa permanecerá para siempre en la eterna gloria.

[47] Ps. 21,5-6.
[48] Io. 19,26.
[49] Lc. 10,41.
[50] Ib. 10,42.
[51] Io. 11,50.

9. Estos comentarios del evangelio nos muestran con qué oportunidad los entona la Iglesia en alabanza de la Virgen. Por lo que mira a la presente festividad, la última parte del evangelio que he puesto como tema, tan perfectamente lo abarca todo que no se puede exigir más. Pues tres son las clases de los que mueren con el signo de la elección: la primera, buena, es la de los que van al purgatorio; la segunda, mejor, la de los que van derechamente al cielo y, recibida una estola, esperan otra para el día de la resurrección; y la tercera, la mejor de todas, la de los que reciben inmediatamente las dos estolas, siendo dichosos en el cuerpo y el espíritu. Esta parte, después de Cristo, sólo a María se cree le haya cabido en suerte; aunque no carezca de fundamento la duda de San Jerónimo [52] sobre aquellos que resucitaron a la vez que Cristo. Pero no sólo posee en este aspecto la Virgen la mejor parte, sino que, si discurrimos por todas las clases de virtudes, carismas y gracias, veremos que en todos ellos María eligió la mejor parte. Amén.

SERMON II

¿Quién es esta que sube del desierto rebosando en delicias apoyada en su Amado? (Cant. 8,5)

1. Voy a hablar de una doble ascensión, la nuestra y la de la santa Virgen. El Profeta Salmista, al describir el principio, forma y término de la ascensión espiritual de nuestra alma, se expresa así: *Dichoso el hombre que en ti tiene su amparo, y que ha dispuesto en su corazón, en este valle de lágrimas, los grados para subir hasta el lugar que destinó* [1]. Bienaventurado en verdad aquel a quien favorece el Señor, ya que sin ayuda especial suya se encuentra el espíritu de los mortales totalmente incapacitado para cualquier obra buena. Pero el auxilio de Dios siempre está a disposición del que lo quiera y preparado para toda obra buena; por tanto, si nos descuidamos en practicar el bien, como culpa debe imputársenos a nosotros. Y al realizar cualquier obra buena, nuestra es la obra ciertamente, pero no es sólo nuestra, sino que, como está escrito, *todas nuestras obras tú nos las hiciste* [2].

[52] El autor del *Serm. de la Asunc. B. M. V.*, a Paula y Eustoquio, c. 2.

[1] Ps. 83,6-7.
[2] Is. 26-12.

Considere ahora la soberbia humana qué motivo le queda de gloriarse. *¿Por ventura se gloriará la segur contra el que corta con ella o se ensoberbecerá la sierra contra el que la mueve?* [3] ¿O la pluma contra el que la maneja? Así, en realidad y justicia, no podemos gloriarnos de nuestras obras sino en Dios, como está escrito: *A solo Dios sea dada la honra y la gloria* [4]. Pues que en cualquier bien que hacemos no somos sino instrumentos de Dios; libres, ciertamente, pero al fin no realizamos nuestras buenas obras sino por su virtud y el movimiento que nos da. He aquí, por consiguiente, el principio de toda obra buena, es a saber, el auxilio de Dios, que si es verdad no falta a nadie, como dijimos arriba, presta su colaboración de una manera especial a los santos, y por eso son bienaventurados.

2. Atendamos ahora a lo que el varón justo saca de este auxilio de Dios. *Ha dispuesto en su corazón los grados para subir;* es decir, dispuso una escala en su corazón para subir por su medio a Dios; pues donde mejor se notan las ascensiones es en el corazón, puesto que *las perfecciones invisibles de Dios se han hecho visibles por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas* [5]. Si sabes vivir dentro de ti mismo, encontrarás dentro una escala más fácil, pues que, en efecto, es más elevada la escala de los afectos que la de las criaturas; es nuestra alma imagen de Dios y contempla a Dios en sí misma con más claridad que en las otras cosas.

La raíz de nuestro progreso está en el corazón; de él nace la ordenación exterior del hombre y la reforma de su vida. Pero ¿podremos progresar y aumentar siempre? Ciertamente que no, mas sólo *en este valle de lágrimas.* Mientras habitamos en este destierro, en nuestro poder está el crecimiento; llegará la noche [6], en que nadie podrá aumentar. Y entonces, *si el árbol cayere hacia el mediodía o hacia el norte, doquiera que caiga, allí quedará* [7]. ¡Oh miserable ceguera de los hombres! Tenemos un tiempo insignificante para nuestro crecimiento, y en la eternidad no seremos otra cosa sino lo que hayamos conseguido al final de esta jornada; y, sin embargo, olvidados de tal oportunidad, vivimos profundamente dormidos. ¿Qué sed tan grande tienen los mortales, qué desmedido afán y ambición de crecer en honores, riquezas y dignidades? Nadie duda, sin embargo, de que todo esto se desvanece pronto. Respecto a la encumbración perpetua, renuncian todos con

[3] Ib. 10,15.
[4] 1 Tim. 1,17.
[5] Rom. 1.20.
[6] Io. 9,4.
[7] Eccl. 11,3.

menosprecio a conseguirla con la misma facilidad que tienen para ello; y no se trata de una encumbración cualquiera, sino de la que se consigue en el «lugar que destinó», es decir, en el término limitado por Dios. Pues por naturaleza todos los que viven en el cuerpo tienen un límite de desarrollo y disminución; y de la misma manera los espíritus tienen un término de engrandecimiento y aumento prefijado por Dios. *El mismo a unos ha constituído apóstoles, a otros profetas, y a otros evangelistas, y a otros pastores y doctores, a fin de que trabajen en la perfección de los santos, en las funciones del ministerio, en la edificación del cuerpo de Cristo* [8]. Ni aun los distintos miembros alcanzan [9] la misma magnitud, sino que una es la de los ojos, otra la de los oídos, otra la de los brazos. De suerte, que según el ministerio que a cada cual ha asignado Dios en el cuerpo de Cristo, tal es la gracia que de su mano ha recibido, y así no puede decir el vaso al alfarero: *¿Por qué me has hecho así?* [10] Progresarás lo suficiente afanándote por llegar con tus buenas obras a la gracia que según tu función se te ha asignado. Trabajemos por esto todos, tengamos todos este único y principal cuidado de nuestro adelantamiento: nadie, por muy adelantado que se vea, piense que ha progresado bastante. Pues qué, de Cristo nos dice el evangelista que *crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres* [11], y ¿haces tú alarde de haber adelantado ya lo suficiente?

San Pablo no cree haber llegado a la meta de la perfección, sino que dice de sí mismo: *Mi única mira es, olvidando las cosas de atrás, y atendiendo sólo y mirando a las de adelante, ir corriendo hacia el hito, para ganar el premio a que Dios llama*, etc. [12], ¿y dices tú, como un perfecto y consumado, he progresado ya bastante? A los que se juzgan perfectos dice San Pablo que tengan esos sus sentimientos, es decir, que no son aún perfectos; porque la perfección del camino consiste en estar perfeccionándose, no en ser ya perfecto, como ocurre en la patria. Por eso en los Cantares la estatura de la esposa [13] se compara con la palmera, sin duda porque la palmera, a diferencia de los otros árboles, cuanto más se eleva, tanto más se ensancha en su tronco. Y así debe ser el alma del justo, prosperar y crecer siempre en todo lo que hace. *No así, no así* [14]; sino, como dice San Pablo, *los malos hombres y los impostores irán de mal*

[8] Eph. 4,11-12.
[9] 1 Cor. 12,12.
[10] Rom. 9,20; Is. 45,9; Ier. 18,6.
[11] Lc. 2,52.
[12] Phil. 3,13-14.
[13] Cant. 7,7.
[14] Ps. 1,4.

en peor: errando y haciendo errar a otros [15]. Se les puede ver comenzar con fervor las buenas obras, pero desfallecen pronto y cada vez se hacen más insustanciales en el bien empezado; pues no tienen la virtud que haga prosperar sus buenos comienzos y les haga crecer en ellos. Bienaventurado el que no vuelve atrás, sino que, renovado en su interior, se acerca de día en día más a aquella abundante vejez en que, perfeccionado según el beneplácito divino, *arribe al estado de un varón perfecto, a la medida de la edad perfecta según Cristo* [16].

3. Tratemos de descifrar ya en el texto evangélico los grados de la escala espiritual, por donde puede el alma subir del desierto de sus pecados a la cumbre de la perfección. *Entró Jesús en cierto castillo* [17]. Tiene Jesús su morada en los campamentos sólidamente asentados, y no se digna penetrar en modo alguno en las almas variables e inconstantes. Así es que los que se han determinado a vivir en religión, han de saber que son fortaleza del Señor, y que han de ser combatidos con asaltos continuos. ¿Por qué te admiras si al penetrar Jesús en el hospedaje de tu corazón sufre sacudidas de dentro y de fuera? ¿No has leído acaso: *Hijo, en entrando al servicio de Dios, prepara tu alma para la tentación* [18]; y también: *Probólos* (a los justos) *como al oro en el crisol* [19]; y de nuevo en el Apóstol: *Todos los que quieren vivir virtuosamente, según Jesucristo, han de padecer persecución?* [20] Soporta, pues, los asaltos de tus enemigos, y resiste tenazmente, pues se te prepara una insigne corona en este choque.

El primer grado de esta escala, y base sólida de toda la edificación posterior, es el darte cuenta que eres una fortaleza; pues si falta la fortaleza y constancia del ánimo, cuanto se levante sobre un débil fundamento, destinado a la ruina se levanta. Gran virtud es la perseverancia, única que lleva a feliz término las buenas empresas. Por eso dice el Apóstol: *Lo que importa sobre todo es fortalecer el corazón con la gracia* [21]. Nada hay más firme y más fuerte que un alma determinada y fundamentada en la gracia. *El hombre de ánimo doble es inconstante en todos sus caminos* [22]. Tenemos bien conocidas las cualidades de una plaza fortísima: que esté bien fortificada, que tenga una valla por todas partes, que esté enteramente rodeada de foso, que

[15] 2 Tim. 3,13.
[16] Eph. 4,13.
[17] Lc. 10,38.
[18] Eccli. 2,1.
[19] Sap. 3,6.
[20] 2 Tim. 3,12.
[21] Hebr. 13,9.
[22] Iac. 1,8.

tenga difícil acceso, que la defienda un intrépido alcaide, y tenga otras muchas obras de defensa. Procuremos nosotros tener todas estas cualidades para poder mantener incólume de los enemigos a nuestro huésped Jesús.

4. Pero, ante todo, date cuenta que jamás penetrará el Señor Jesús en el hospedaje de tu corazón, si no halla dentro a tu alma como huésped. *Una mujer, por nombre María, le hospedó en su casa* [23]. No se aloja Jesús en morada alguna sin el beneplácito del huésped: si el alma anda rondando por fuera, difiere la entrada hasta que el huésped retorne. Por consiguiente, si deseas darle alojamiento, sábete que has de habitar antes dentro de ti mismo.

Este es el segundo grado de la escala, en el cual aprovecha el alma en la virtud. Pues es *el efecto de esta justicia el sosiego* [24], y este recogimiento del alma es el principio de toda virtud, sin el cual es imposible crezca nadie en el bien por mucho tiempo. Por eso un gran patriarca decía a su hijo: *Te derramaste como agua; no medres* [25]; y el Salmo: *En edificando el Señor a Jerusalén, congregará a los hijos de Israel, que andan dispersos* [26]; y más claramente aún: *El a la mujer estéril la hace vivir en su casa alegre rodeada de hijos* [27]. El alma que tiene cuidado de permanecer en su casa por mucho tiempo, aunque fuese antes estéril y no diera fruto, se hace fértil y fecunda por la gracia de Dios; de suerte que cuanto más recoge en sí misma sus fuerzas, tanto más crece y más provecho saca de sus obras.

Pero ¿esperó esta mujer a que entrara Jesús en el castillo? ¿No salió afuera a su encuentro y le recibió con piadosa devoción? Sal tú también, ¡oh alma!, al encuentro de Cristo, no esperes a que llame. ¿No te acuerdas de aquella que, como rogada muchas veces no quisiera abrir, al quitar luego el cerrojo quedó decepcionada? Pues se alejó en seguida, por no haber sido recibido al instante. ¿No fué justamente desdeñada por una tan gran insolencia? Llamaba él, en efecto, con tanta dulzura y piedad: *Abreme, mi amada mía, amiga mía, paloma mía, mi inmaculada* [28], y le respondió ella, llena de aspereza e ingratitud: *Ya me despojé de mi túnica, ¿me la he de volver a poner? Lavé mis pies, ¿y me los he de volver a ensuciar?* [29] Como si el abrirle al punto no fuera para quedar más y más limpia.

[23] Lc. 10.38.
[24] Is. 32,17.
[25] Gen. 49,4.
[26] Ps. 146,2.
[27] Ib. 112,9.
[28] Cant. 5.2
[29] Ib. 5.3.

5. El tercer grado de esta escala espiritual es la alegría y la buena voluntad, sin la cual nada de lo que le ofrezcas al Señor le puede agradar. De esto dice el Salmo: *Servid al Señor con alegría* [30]; y también: *Yo te ofreceré un sacrificio voluntario* [31]. *Dios ama al que da con alegría* [32], y es aceptable en su presencia el servidor voluntario; pues ya desde el principio no le fueron gratos los servicios forzados. El monje que cambiara el monacato por los reinos y principados, si le fuera lícito, indica no haberse aún dado cuenta del precioso tesoro que se esconde en su vida. Así, pues, *salgamos a El fuera de la ciudad* [33], como dice el Apóstol, y con transportes de júbilo en el alma salgamos al encuentro del Señor que viene, sabiendo que en El encontramos una abundante retribución de nuestro hospedaje [34]. No nos durmamos a su llegada, para no ser excluídos con las vírgenes necias, sino que, como dice el Salmista, *cantaré al son de instrumentos músicos, y estudiaré el camino de la perfección; ¿cuándo vendrás a mí?* [35].

Sale al encuentro de Cristo Señor con ramos y flores quien recibe con devoción sus santas inspiraciones y con gozo las pone en práctica. Y no juzgo desprovisto de misterio el que no fué María, sino Marta, la primera en salir al encuentro del Señor; para indicarnos, como dice San Gregorio [36], que quien desea poseer la ciudadela de la perfección, es preciso se ejercite antes en el campo de la acción. Nadie se hace grande de un salto; si deseas conseguir la dulzura del espíritu, ejercítate antes a ti mismo en la piedad; pues la acción piadosa no sólo no rechaza, sino que se atrae la contemplación. Por eso Marta *llamó a su hermana María* [37]. Y así, aun entre los mismos santos se ha observado muchas veces brillar más radiantes los rayos de la divina sabiduría en medio de los ejercicios ordinarios de la piedad. La dulzura del Espíritu Santo se consigue más fácilmente con las buenas obras que con las súplicas; pues aun ante un príncipe justo se otorgan los premios de la dignidad y el honor antes al que los merece que al que los pide. Por consiguiente, no aspires a conseguir algo con sola la oración reposada; lo conseguirás antes con una actividad afanosa. Este es el cuarto grado de la escala, sin el cual trabaja en vano camino de su ruina quien pretende subir.

[30] Ps. 99,2.
[31] Ib. 53,8.
[32] 2 Cor. 9,7.
[33] Hebr. 13,13.
[34] SAN AMBROSIO, *In Luc.*, l. 9, cerca del fin.
[35] Ps. 100,1-2.
[36] SAN GREGORIO, *In I Reg. c. 4*, l. 5, n. 67: «Nadie es perfecto en la contemplación si no ha llegado por el esfuerzo de las buenas obras a la ciudadela de la misma contemplación».
[37] Io. 11.28.

6. Veamos ahora las cualidades de esta piadosa acción. *Marta,* dice, *andaba muy afanada en disponer todo lo que era menester* [38]. No se ha de realizar con negligencia y tibieza, sino con todo fervor y diligencia la obra y el servicio del Señor. Vergüenza debe darnos ser superados en esto por los seglares. ¡Ojalá pusiéramos tan fervoroso empeño y diligencia en las cosas espirituales y eternas como el que ponemos en las temporales! Amontonamos con diligencia la baja arcilla y desdeñamos neciamente el oro afinado. ¿No es éste un mal ingente? Es cosa muy usada levantar a cosas mayores a los que se afanan en las más pequeñas; por eso dice el Señor al siervo fiel: *Muy bien, siervo bueno y leal: ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho* [39].

A este quinto grado hay que añadir el sexto, la petición piadosa, es decir, el suplicar con la asiduidad de nuestros labios lo que de antemano hemos merecido con el ejercicio de nuestras obras; pues quien nos invita a obrar nos estimula también a pedir, diciendo: *Pedid, y se os dará: llamad, y os abrirán* [40]. Mira cómo no se olvidó la solícita Marta de esta súplica en medio de sus ocupaciones, sino que se vuelve al Señor diciendo: *Señor, ¿no reparas en que mi hermana me ha dejado sola en las faenas de la casa?* [41] Así hemos nosotros de clamar también en medio de nuestros trabajos: *Señor, ¿no reparas?* ¿Dónde está tu piedad, dónde tu misericordia, qué olvido es este en que nos tienes? *¿No reparas* en nuestra perdición? Mas, ¡oh, si conociéramos qué cuidado tiene de nosotros! ¡Ojalá nos preocupáramos nosotros mismos otro tanto! Por eso dice San Pedro: *Descargando en su seno todas vuestras solicitudes, pues El tiene cuidado de vosotros* [42]; y el profeta: *El Señor tiene cuidado de mí* [43]. Agradable queja le es a Dios la que hace Marta de María. De tal manera hemos de entregarnos a la administración de los asuntos temporales, que codiciemos con más ardor la contemplación de lo celestial; tan embelesada esté nuestra María escuchando de continuo la palabra de Dios, que tenga Marta un justo motivo de queja de ella.

Estos son los ebúrneos grados *en que te han recreado las hijas de reyes, tus damas de honor* [44]. Estas son las purpúreas gradas por donde se sube al trono del gran Salomón [45], y que el piadoso rey *cubrió de amor por causa de*

[38] Lc. 10,40.
[39] Mt. 25.21.
[40] Ib. 7,7.
[41] Lc. 10,40.
[42] 1 Petr. 5.7.
[43] Ps. 39.18.
[44] Ps. 44,9-10.
[45] Cant. 3,9-10.

las hijas de Jerusalén: son ebúrneos por la pureza, y purpúreos por la caridad. No puede subir por ellos un alma manchada, porque son ebúrneos; ni un alma tibia, porque son purpúreos; sino la que se halla ya purificada de la mancha de sus vicios y tiende con toda el ansia de su mente a las cosas celestiales; ésa es la que puede llegar por esas gradas al reclinatorio del verdadero Salomón, donde no tenga ya preocupaciones por los asuntos temporales, como Marta, sino que disfrute de regaladísimo reposo con María, de la cual leemos en el Evangelio que *sentada* junto *a los pies del Señor estaba escuchando su divina palabra* [46]. Quien desee, pues, disfrutar del suavísimo coloquio con Cristo, siéntese a sus pies, permanezca en reposo, busque la paz [47] y sígala hasta el fin.

Es imposible oír a Jesús entre el estruendo de los cuidados y negocios: El habla en secreto al corazón [48], y no se puede percibir su voz si no se le escucha con silencio y atención. Qué bien conocía esto el que decía: *Díjoseme una palabra recóndita, y mi oído, así como a hurtadillas, percibió algo de aquel blando zumbido* [49]. Esté sentado, pues, pero a los pies, no se apresure temerariamente por llegar a la cabeza; pues sabemos que María, antes de ungir su cabeza con el ungüento [50], había bañado de lágrimas sus pies. El orden recto de la contemplación consiste en que el *justo es el primero en acusarse a sí mismo* [51], para poder luego convertirse en panegirista de Dios. Procure primero derramar lágrimas de dolor y contrición a los pies de Jesús, de lavar las manchas de sus pecados, y luego, con la confianza adquirida, vierta en la parte superior el ungüento de la devoción. El sacrificio es la puerta del espíritu, y por medio del dolor del corazón se llega a los gozos del espíritu; pues en vano se busca la unción del espíritu si no se ha hecho la purificación de los pecados. Por eso se lee en el libro del Eclesiastés: *Estén blancos en todo tiempo tus vestidos, y no falte en tu cabeza el bálsamo* [52].

¡Oh aceite sagrado, oh precioso ungüento [53] de la espiga del nardo! Bienaventurado el que te encuentra, feliz el que te posee. El oro y la plata y cuanto es objeto de nuestros deseos en esta vida, no se puede comparar con este bálsamo suavísimo; la suavidad inefable de este ungüento aventaja a todos los deleites y dulzuras, y por eso

[46] Lc. 10,39.
[47] Ps. 33.15.
[48] Os. 2,14.
[49] Iob 4,12.
[50] Lc. 7.38.
[51] Prov. 18,17
[52] Eccle. 9,8.
[53] Mc. 14,3; Io. 12,3.

no se derrama en los pies, sino sobre la cabeza del Salvador, pero de muchas maneras. Porque para algunos ya es bastante con ir dejando caer gota a gota esta dulzura, pues no poseen la abundancia de esta sagrada unción, ya que, cuanto más preciosa es, con tanta más dificultad se encuentra; otros, en cambio, han recibido tal plenitud de este ungüento que, roto el alabastro de su corazón, lo derraman copiosísimamente sobre la cabeza de Jesús.

¡Oh alma felicísima, que, no pudiendo soportar la abundosa plenitud de este ungüento, se desborda plenamente en Jesús! ¿Qué nombre podré dar al éxtasis del alma sino el de rompimiento del vaso del corazón y total efusión del espíritu? De ésta dice el profeta: *Derrama como agua tu corazón ante la presencia* [54] del Señor. Pero esté a los pies o a la cabeza, no se preocupe el alma tanto de hablar como de escuchar la palabra de su Amado. ¿Para qué va a hablar en presencia de Salomón una doncella simple y sin instrucción? Sírvate de ejemplo el silencio que María guardó en ambas partes, y encontró gracia; y así, *sentada a los pies del Señor*, ciertamente no hablaba, sino que *estaba escuchando su divina palabra*. Y también en el Salmo leemos: *Escucha, ¡oh, hija!, y considera* [55]; no dice que hable. No escucha el Altísimo tanto a las facundas y locuaces, cuanto a las que, careciendo de palabras, abundan en afectos; ¿para qué, en efecto, semejante verbosidad con quien lo sabe todo? Ya nos dice El: *En la oración no afectéis hablar mucho, como hacen los gentiles, que se imaginan haber sido oídos a fuerza de palabras. No queráis, pues, imitarlos; que bien sabe vuestro Padre lo que habéis menester antes de pedírselo* [56].

8. Por consiguiente, si alguna vez tienes la oportunidad de estar sentado a los pies del Señor Jesús, guarda silencio, prepara el oído, no la palabra, pues no viniste a hablar, sino a escuchar. *Escuche yo aquello que me hablará el Señor Dios* [57], dice el profeta; del mismo modo tú escucha dentro de ti lo que te dice. ¡Oh admirable e inefable lenguaje, en el que no por obra mía, sino de Dios, brota [58] de mi corazón una palabra aceptable, *y mi lengua se convierte en pluma de amanuense que escribe muy ligero!* [59] Mi lengua me habla a mí mismo, y mi entendimiento es el espíritu en mi lengua, por el cual me habla ella. ¡Oh palabra dulce, oh palabra suave que no proviene de mi cosecha, sino efecto de la plenitud del espíritu! Palabra sin sonido, pero

[54] Lam. 2,19.
[55] Ps. 44,11.
[56] Mt. 6,7-8.
[57] Ps. 84,9.
[58] Ps. 44,2.
[59] Ib.

penetrante; no locuaz, mas sí eficaz; que, sin importunar los oídos, favorece los afectos. Verdaderamente, ¡oh Señor!, *acendrada en extremo es tu palabra, y está tu siervo enamorado de ella* [60]. El inflama el espíritu, quema las entrañas, enciende el corazón, sacude al alma, estimula el afecto, provoca el deseo, causa el terror, mueve el amor, da fortaleza; en una palabra, como experimentaron algunos, *sentíamos abrasarse nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino* [61]. ¡Oh Señor, más dulce es tu lenguaje que la miel y más suave que toda dulzura! *Son tus labios un panal que destila miel: miel y leche tienes debajo de la lengua* [62]. Bien lo conocía el que dijo: *¡Oh cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca* [63]. Finalmente: *Mi alma había quedado desmayada al eco de su voz* [64].

Leemos en el Exodo que el rostro de Moisés lanzaba [65] rayos por el trato con Dios, de suerte que no podían mirarle los hijos de Israel por la gloria que despedía. ¿Hemos de pensar que carecen de semejante resplandor las almas que hablan con Dios? Más bien creo que el fulgor que resplandecía externamente en la faz de Moisés era principalmente símbolo de la belleza interior que hermosea el alma a la que habla Dios y una invitación más apremiante para tratarle. ¡Oh frenesí digno de compasión, descuidar y menospreciar tal belleza que gratis se nos ofrece! Nos afanamos sin descanso día y noche por las comodidades temporales y los negocios seculares, y tenemos en nada aquel *una sola cosa necesaria* [66] y la mejor, en sola la cual deberíamos consumir nuestra vida y todos nuestros días. Para dedicarnos a negocios inútiles, corto nos parece el año, e interminable una sola hora de trato con Dios. Si os importa algo, hermanos, vuestra salvación, si sentís siquiera una ligera centella de espíritu y amor o un oscuro vestigio del deseo celestial en vuestro corazón, os ruego en el Señor Jesús que descanséis un poco de los cuidados temporales, que dejéis a un lado los negocios mundanos. *Gustad*, os diré más bien, *y ved cuán suave es el Señor* [67]. No descuidéis la gracia que os ofrece, sentaos, aunque sea sólo un poco, con María a los pies de Jesús; penetrad todos los días, aunque no sea más que una hora, en el retrete de vuestro corazón, *y cerrada la puerta, orad a vuestro Pa-*

[60] Ps. 118,140.
[61] Lc. 24,32.
[62] Cant. 4,11.
[63] Ps. 118,103.
[64] Cant. 5,6.
[65] Ex. 34,29.
[66] Lc. 10,42.
[67] Ps. 33,9.

dre [68]. Escuchad a vuestro Maestro, hablad con vuestro Dios; pues ciertamente que este descanso será para vosotros de más importancia que cualquier negocio, os será más útil que cualquier otro lucro, más suave que cualquier solaz. Baste esto respecto a nuestra ascensión y a la escala espiritual de nuestra alma.

9. Volvamos ya a tratar de la santa Virgen, cuya grandeza, hermosura, dignidad y esplendor admiran los ángeles, y saliendo al encuentro de su elevación, prorrumpen en estas exclamaciones: *¿Quién es esta que sube del desierto rebosando en delicias apoyada en su Amado?* Muchas son las maravillas que contemplan en ella: en primer lugar, la elección de tan lozana rosa en el desierto árido y espinoso de este mundo, a la cual no iguala ninguna en todo el celestial vergel de Dios. ¡Qué hermosa comparación trae sobre ella su Amado en los Cantares: *Como azucena entre espinas, así es mi amiga entre las vírgenes!* [69] ¡Oh rosa primaveral, oh purísima y blanquísima azucena! ¿De qué fragancia y alegría inundaste hoy la celestial Jerusalén? ¿Con qué suavidad y gozo recreaste a las falanges de los ángeles con tu graciosa vista y presencia? ¡Qué bien se había escrito de ti: *Lo que es para el mundo el sol al nacer en las altísimas moradas de Dios, eso es la gentileza de la mujer virtuosa para el adorno de una casa!* [70] Porque a la manera que una hermosísima reina realza y embellece la corte de un soberano rey con su honorable presencia, así diste tú esplendor, ¡oh Virgen graciosa!, a la corte del Rey eterno.

¿Quién es capaz de preguntar las delicias de tu corazón en este día? ¿Quién puede explicar tus sentimientos cuando, al salir del sepulcro más hermosa que el sol y más brillante que la luna, fuiste admitida al ósculo y abrazos de tu Amado, que te miraba con semblante risueño, y fuiste llevada por sus manos a las alturas? ¿Cuándo recibiste los dulces ósculos de tu amadísimo Hijo y Dios, entre los transportes de júbilo de los ángeles que cantaban y los estruendosos murmullos de las almas que te saludaban, y ascendiste feliz en su regazo al reino celestial? Felices una y mil veces, exclama San Bernardo [71], los besos que la Virgen

[68] Mt. 6,6.
[69] Cant. 2,2.
[70] Eccli. 26,21.
[71] SAN BERNARDO, *Serm.* 1 *de la Asunc. de la B. M. V.*, n. 4: «Felices una y mil veces los besos que la Virgen imprimía en los labios de Jesús niño al acariciarle en su virginal regazo. Mas ¿por ventura no juzgaremos que fueron más regalados aún los que de boca del que está sentado a la diestra del Padre recibió hoy María en la salutación dichosa que dirigió Jesús cuando ella subía al trono de gloria cantando el cántico de la Esposa y diciendo: *Béseme con el beso de su boca?* (Cant. 1,1). ¿Quién referirá la generación de Cristo y la Asunción de María? Porque cuanto mayor gracia alcanzó en la tierra sobre todos los demás, otro tanto más obtiene en los cielos de gloria singular. Y si el ojo no vió ni el oído oyó, ni cupo en corazón humano lo que Dios tiene preparado para los que le aman (1 Cor. 2,9), ¿quién podrá expresar con palabras lo que Jesús preparó a la que le engendró, y lo que es más digno de encomio, a la que le amó más que todos?» (trad. de la BAC).

imprimía en los labios de Jesús niño; pero más regalados aún los que recibes ahora de boca del que está sentado en el trono. ¿Qué puedo decir de tus delicias, oh María? Si *ni ojo vió, ni oreja oyó, ni pasó a hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman* [72], ¿quién puede decir lo que preparó para la que le engendró y amó más que todos? Hasta aquí San Bernardo. Entre otras muchas cosas admiran los celestes ciudadanos en la Virgen esa abundancia de deleites y gozos.

Admiran también su inmensa dignidad y sublimidad; bástales, en efecto, a las almas más amadas y más justas, para llegar a la cumbre del honor y la dignidad, ser llevadas a la gloria por manos de los ángeles o arcángeles; en cambio, esta poderosa Reina penetra gozosa en la ciudad celestial con pompa y triunfo inauditos, no sostenida por manos de ángeles o arcángeles, ni aun en las de algún querubín o serafín, sino apoyada en el Hijo de Dios y Príncipe del cielo, amado de su alma.

10. ¡Qué honor, qué elevación, qué majestad! Toda la milicia celestial, todo el gracioso y cándido senado de los ángeles, todo lo más florido de las potestades y dominaciones celestiales acude, con el Hijo de Dios, al encuentro de la Virgen, su Madre, y salta ante el arca del Testamento al ser introducida en el templo para ser presentada a la vista de su Dios. Pues dos veces leemos en el Antiguo Testamento que fué recibida con gozo el arca del Señor: una por David, en su casa [73], y otra por su hijo Salomón, en el templo del Señor [74]; y en ambas solemnidades proclamaban alabanzas y gloria a Dios en las alturas toda suerte de músicos y la innumerable variedad de cantores [75].

Esta doble festividad del arca era símbolo de otras dos solemnidades: una, la que celebró el Padre en honor de su Hijo Jesús, cuando aquel arca sagrada, *en quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia* [76], esto es, su humanidad, fué llevada al cielo; otra, la que hizo el Hijo a la Madre al ser introducida en el templo de Dios aquel arca deífera para reinar perpetuamente con su Dios. ¿Quién es capaz de describir la armonía de los án-

[72] 1 Cor. 2,9.
[73] 2 Reg. 6,17.
[74] 3 Reg. 8,6.
[75] 2 Par. 5,12-13.
[76] Col. 2,3.

geles en sus cantos de júbilo, el estruendo de los instrumentos y citaredos celestiales, el júbilo, la música, la armonía que allí se desplegaba? Podemos conjeturarlo por aquel pasaje que es una figura de esto: *Tanto los levitas como los cantores, esto es, los que estaban a las órdenes de Asaf, y los que estaban a las de Emán, y los que estaban a las de Iditum, sus hijos y hermanos, vestidos de lino finísimo, tañían címbalos y salterios, y cítaras, puestos en pie a la parte oriental del altar, y con ellos ciento veinte sacerdotes que tocaban sus trompetas. Así, pues, formando todos un concierto con el canto y el sonido de las trompetas, y címbalos, y órganos, y toda especie de instrumentos musicos, y alzando en alto la voz, se percibía el sonido a lo lejos* [77]. *Mas el rey Salomón y toda la multitud de Israel, reunida a él, iban delante del arca* [78]. En los gritos de júbilo y armonías de estos sacerdotes y levitas se designa toda aquella multitud de cantores celestiales que celebraron con maravillosos acentos a la Reina del cielo en esta solemnidad.

Así, pues, rodean el túmulo de la bienaventurada Virgen el Colegio apostólico en la tierra y los ángeles desde el cielo, repitiendo, en compañía del Amado, con inenarrable alegría los cánticos de la solemnidad [79]. Escuchemos estas voces en los Cantares. Se deja oír primero el Esposo convidándola suavemente: *Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y vente; pues ya pasó el invierno, disipáronse y cesaron las lluvias* [80]. Ya pasó el griterío y burla de los judíos, pasó la tempestad torrencial de tribulaciones. *Despuntan las flores en nuestra tierra* [81], en mi humanidad que tomé en tu seno; *esparcen su olor las florecientes viñas* de la Iglesia, como has visto y has oído. Por tanto, *levántate, amiga mía, beldad mía, y vente; paloma mía, tú que anidas en los agujeros de las peñas, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos;* pues es indecoroso que se corrompa en el sepulcro un cuerpo que no ha sido contaminado del pecado, o que vuelva al polvo una carne que no conoció la menor mancha. Por tanto, *ven del Líbano, Esposa mía, vente del Líbano; ven y serás coronada; ven de la cima del monte Amana, de las cumbres del Sanir y del Hermón, de la guarida de los leones, de los montes de los leopardos* [82]; esto es, serás coronada con las primaverales rosas y flores de todos los montes y collados celestiales.

Como despertada de un sueño, la Virgen a esta voz del

[77] 2 Par. 5,12-13.
[78] 3 Reg. 8,5.
[79] La Iglesia en el oficio de la Bienaventurada Virgen María.
[80] Cant. 2,10-11.
[81] Ib. 2,12.
[82] Cant. 4,8.

Amado salta de júbilo y exclama: *Voz de mi Amado. Mi alma quedó desmayada al eco de su voz* [83]; y se levanta del túmulo más resplandeciente que el sol, más brillante que la luna, como una esposa que sale del tálamo, decorada de perlas y joyas, para ser presentada a la vista de su esposo. Y así es levantada por los aires, cantando los ángeles y aplaudiendo por doquier.

11. ¿Qué es lo que hacéis, oh apóstoles? ¿Por qué no seguís tras ella diciendo: ¡Oh Virgen prudentísima! [84], adónde encaminas tus pasos como rutilante aurora? ¡Oh Hija de Sión, hermosa como la luna, elegida como el sol! *¡Oh princesa, con qué gracia andan esos tus pies en su calzado!* [85] *Vuélvete, vuélvete, ¡oh Sulamite!; vuélvete, vuélvete para que te veamos bien* [86]. Ya tocaba henchida de gozo los cielos, llevada en manos del Poderoso, cuando le sale al encuentro la innumerable multitud de ángeles, maravillados de su gloria y hermosura y preguntando con festivo acento: *¿Quién es esta que va subiendo por el desierto como una columnita de humo, formada de perfumes de mirra y de incienso y de toda especie de aromas?* [87] Otros, en cambio, decían: *¿Quién es esta que va subiendo cual aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol?* [88] Y otros: *¿Quién es esta que sube del desierto rebosando en delicias apoyada en su Amado?* A quienes ella respondía con exquisita gracia: *Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles* [89]. *Yo soy muro, y mis pechos, como una torre, desde que me hallo en su presencia, como quien ha encontrado la paz* [90]. Con esta brevedad satisface la dichosa Virgen a los que se interesan por ella. Aunque no se resuelve tan fácilmente esta pregunta ni se cancela superficialmente esta cuestión.

¿Quién puede responderos, ¡oh ángeles!, quién puede deciros *quién es ésta?* Yo no sería capaz de deciros *quién es ésta*, aunque se me dieran cien lenguas, cien bocas y una poderosísima voz. Esta es aquella zarza que ardía y no se consumía [91], en la cual está el Señor como sujeto. Es el vellón humedecido en la era seca [92], en que se depositó el suave rocío del cielo. Es la escala del cielo [93], por la cual suben y bajan los ángeles, en cuyo centro se encuen-

[83] Ib. 5,6.
[84] La Iglesia en el oficio de esta festividad.
[85] Cant. 7,1.
[86] Cant. 6,12.
[87] Ib. 3,6.
[88] Ib. 6,9.
[89] Ib. 2,1.
[90] Ib. 8,10.
[91] Ex. 3,2.
[92] Iud. 6,37.
[93] Gen. 28,12.

tra Cristo. Es la puerta oriental cerrada [94], por la cual sólo el Príncipe puede entrar y salir. Es la vara de Aarón [95], florecida sin esfuerzo humano, en cuya flor [96] se adentró el Espíritu del Señor. Es la *mujer vestida del sol, y la luna debajo de sus pies* [97], ante cuyo parto está en acecho la serpiente antigua. ¿*Quién es ésta*? Es el templo de Dios, el sagrario del Espíritu, el tálamo del Hijo de Dios, la morada de la Trinidad, la púrpura del Rey; es ella el propiciatorio, el arca, la urna, el maná, el arca del Testamento, la dorada tiara del Pontífice, en la cual se halla esculpido el santo nombre de Dios. ¡Oh ángeles!, ¿qué puedo deciros? ¿*Quién es ésta*? Es la Madre de Dios, es la Esposa de Dios, es la Hija de Dios, el paraíso de Dios, la Reina del cielo, la columna del mundo, la puerta del paraíso; por ella entró Dios en el mundo, para que algún día pueda entrar el esclavo en el cielo; por su medio se hizo Dios hombre, y de esta manera fué redimido el hombre, superado el demonio y despojado el infierno. Esta es la que anunciaron los profetas, significaron los patriarcas, prometieron los vaticinios; ésta es a la que rinde culto el cielo, honra el mundo, teme el infierno, veneran los ángeles, ruegan los hombres; ésta es la que ensalzan y apellidan bienaventurada las generaciones de todos los siglos, los presentes, los pasados, los nacidos, los hijos de ellos y los que de éstos nacerán. Tal es, carísimos, nuestra amada, tal es nuestra hermana.

Pero ¿por qué os la ensalzo yo? Vosotros sois más bien los que debéis decirnos *quién es ésta*, vosotros que disfrutáis de su gracia y hermosura, de su esplendor y claridad; a vosotros es más notorio *quién es ésta*. Así, pues, llevada esta santa Virgen en manos de su unigénito Hijo, es presentada a la vista del Padre omnipotente y colocada a su diestra en el solio regio sobre los mismos querubines, donde con su Hijo vive y reina feliz y gloriosa por los siglos de los siglos. Amén.

[94] Ez. 44,2.
[95] Num. 17,8.
[96] Is. 11,2.
[97] Apoc. 12,1.

SERMON III

Marta, Marta, tú te afanas y acongojas en muchísimas cosas, y a la verdad que una sola cosa es necesaria. (Lc. 10,41-42.)

1. Cuando considero, engolfado en meditación profunda, iluminado por los rayos de Dios, como desde una atalaya, los afanes, pensamientos y obras de los hombres; siempre que examino más atentamente sus inestables razonamientos y sus vanas solicitudes, apenas puedo contener mis lágrimas de dolor viendo la equivocación de los hijos de Adán, su ceguedad, tinieblas e inútiles esfuerzos. ¿Cómo no lamentar y compadecer tal multitud de hombres, tan impíamente burlada y defraudada, que parece haber sido criada sin motivo alguno? ¿Qué entrañas no sienten destrozarse y qué corazón no derrama lágrimas de sangre de tristeza al ver envuelta en las más densas tinieblas, y sin saber en absoluto a dónde se encamina, a la más noble criatura, por sola la cual fueron creados los astros del cielo, los mares, los elementos y todos los demás cuerpos de este mundo? Paso ahora por alto a la innumerable masa de paganos, judíos, indios, herejes, a los que está reservada la condenación eterna, a quienes hubiese sido más provechoso no nacer [1], pues no parecen haber nacido sino para *combustión* perpetua *y pábulo del fuego* [2]. Aún de los que la santa fe preparó e iluminó para la vida, muy pocos se encuentran en el mundo entero que estén poseídos por el anhelo del verdadero y eterno bien, que pasen su vida en útiles ocupaciones; sino que veremos que entregados unos a la adquisición de riquezas, otros a acrecentar sus honores, otros al disfrute de los placeres, otros a la vanidad, han tomado a juego todos su vida, se han esforzado y trabajado en vano. ¡Con qué trabajo tan duro, con qué cuidado y ansiedad persiguen las apariencias inconsistentes de estos bienes, las imágenes fingidas y fantasmas de las cosas! ¡Con qué ardiente deseo y ansias se afanan por coger, como niños insensatos, los vacíos vilanos de los cardos que vuelan por los aires! Y ¡cuán necia y miserablemente se atormentan por obtener, encontrar y adquirir estas cosas! ¡Oh necias preocupaciones de los hombres, qué vaciedad se encuentra en las cosas! *¡Oh hijos de los hombres!, ¿hasta cuándo seréis de estúpido corazón? ¿Por qué amáis la va-*

[1] Mt. 26,24.
[2] Is. 9,5.

nidad y vais en pos de la mentira? [3] *¿Hasta cuándo,* repito, *como párvulos habéis de amar las niñerías?, ¿hasta cuándo, necios, apeteceréis las cosas que os son nocivas?* [4] ¡Qué bien había vaticinado el profeta Isaías de éstos: *Los trabajos que hagan son trabajos inútiles, tejieron telas de araña. No serán buenas para vestidos las telas de ellos; ni podrán cubrirse con sus labores; los trabajos que hagan son trabajos inútiles!* [5] Vemos cómo las arañas se desentrañan y aun se vacían para construir una tela, y cómo después de haberla producido con mucho esfuerzo y asiduo trabajo, disipada por un insignificante viento, se reduce a la nada todo aquel prolongado esfuerzo; tela que, aunque durara mucho tiempo, no tiene otro objeto que cazar moscas. Tales son los trabajos de los mortales, tales sus esfuerzos; no les servirán aquellas telas para cubrirse, sino para confusión, para desnudez y ruina sempiterna.

2. ¿A quién compararemos esta clase de hombres o a quién los haremos semejantes? Son semejantes a los que tratan de apartar un inmenso escollo e intentan arrancarlo con grandes fatigas y también a una populosa ciudad que con muchos gastos e incansable esfuerzo se empeña inútilmente en allanar una gran montaña con diminutos hoyos. Si un caminante sensato viera a éstos fatigarse inútilmente, derramaría lágrimas movido de piedad o, tocado de la risa, saltaría en una carcajada. Tal, hermanos, es la vida de los hombres, tales son los que el mundo llama poderosos, sensatos, sabios: *Y mientras que se jactaban de sabios, pararon en ser unos necios* [6]. ¡Oh dolor! *Se han corrompido y se han hecho abominables por seguir sus pasiones; no hay quien obre bien, no hay uno siquiera. El Señor echó desde el cielo una mirada sobre los hijos de los hombres, para ver si había uno que tuviese juicio o que buscase a Dios. Todos se han extraviado, todos a una se hicieron inútiles. Todos sus procederes se dirigen a afligir y oprimir; nunca conocieron el sendero de la paz* [7].

Feliz a quien Dios abrió los ojos para ver la verdad y huir de la vanidad. Intenta Salomón en el Eclesiastés volver los hombres al corazón para que se den cuenta de la mentira que persiguen, es decir, para que no se esfuercen en vano bajo el sol y se consuman inútilmente en el reducidísimo espacio de su vida. Se propuso en su corazón investigar con diligencia las razones y las causas de las cosas y analizar sabiamente qué le conviene al hombre bajo el

[3] Ps. 4,3.
[4] Prov. 1,22.
[5] Is. 59,5-6.
[6] Rom. 1,22.
[7] Ps. 13,1-3.

sol, de qué necesita en todos los días de su vida. Y aventajando en ingenio y sabiduría a todos los hombres del mundo [8], y habiendo recorrido con fina experiencia todos los bienes del mismo que pueden ambicionar los hombres, encontrándolo todo vacío, les grita a los otros: *Vanidad de vanidades,* ¡oh hijos de Adán!, *vanidad de vanidades y todo vanidad* [9].

¿Por qué, miserables, os abrazáis con tal ansiedad a estas engañosas sombras de bienes? Dad crédito a un sabio, dádselo a un experimentado, al que pasó por el engaño. Lo he visto todo, todo lo he experimentado, y sólo encontré en ello fatiga, angustia, amargura y dolor. ¿Hubo alguien desde el principio del mundo que haya abundado en toda suerte de recursos como yo? Nadie tan honrado, nadie tan enriquecido, nadie tan amado: jamás hubo nadie en el mundo tan aplaudido, jamás los pueblos honraron a nadie con tal reverencia y admiración. Abundé en placeres, *mandé hacer magníficas obras, me edifiqué casa y planté viñas; formé huertos y vergeles, y puse en ellos toda especie de árboles; construí estanques de aguas, para regar el plantío de los árboles. Poseí esclavos y esclavas, y llegué a tener numerosa familia; asimismo ganados mayores y muchísimos rebaños de ovejas, más que los que habían tenido cuantos fueron antes de mí en Jerusalén. Amontoné plata y oro, y los tesoros de los reyes y de las provincias. Escogí cantores y cantoras, y cuanto sirve de deleite a los hijos de los hombres; vasos y jarros para servir el vino.* Finalmente, *nunca negué a mis ojos nada de cuanto desearon; ni vedé a mi corazón el que gozase de todo género de deleites* [10]. En mis establos tuve yo cuarenta mil caballos [11], y amé a más de trescientas mujeres [12]. ¿Quién reinó nadando en los placeres como yo? Fuí un rey poderoso, pacífico, sabio, glorioso; y, sin embargo, ¿qué puedo deciros, oh hijos de los hombres? *Vanidad de vanidades y todo vanidad.* Yo tuve todo lo que echáis de menos, experimenté todo lo que anheláis. No os dejéis engañar, no os equivoquéis; creedme, no hay felicidad en estas cosas, no hay hartura; nada hay en ella sino vanidad y aflicción de espíritu.

3. Si debe darse crédito a un sabio y experimentado, yo te diré, ¡oh hombre!, lo que te conviene bajo el sol: *Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre* [13]. Esto es lo único que he juzgado útil;

[8] 3 Reg. 3,12.
[9] Eccl. 1,2.
[10] Ib. 2,4 ss.
[11] 3 Reg. 4,26; 2 Par. 9,25.
[12] 3 Reg. 11,3.
[13] Eccl. 12,13.

todo lo demás es vanidad y aflicción de espíritu. No hemos de pasar por alto que no dijo: esto ha de ser provechoso para el hombre, sino *esto es el todo del hombre;* como si dijera, éste es el cargo y el oficio del hombre. Todas las cosas bajo el sol tienen su destino y oficio propio en que deben ejercitarse y no hay un ser ocioso en la creación. Da vueltas el cielo, brillan los astros, alumbra el sol, germina la tierra, echan renuevos las plantas, fructifican los árboles; aun los brutos con sus peculiares habilidades prestan sus servicios al hombre: unos le sirven para transportar cargas; otros, para cultivar los campos; otros, para guardar sus heredades; otros, para llevar a las personas; cada cual le sirve con la habilidad que le dió la naturaleza. ¿Será el hombre el único que no tiene su deber? *¿Acaso tú,* ¡oh Señor!, *has criado en vano todos los hijos de los hombres?* [14] Es absurdo que sea el hombre el único sin destino, siendo precisamente por él por quien tienen su destino todas las demás cosas.

Averigüemos, por consiguiente, cuál es el destino propio del hombre, cuál es la ocupación para que fué creado; es necesario que el hombre la conozca para que se adapte a ella y la cumpla; pues no puede ignorar su propio destino el que suele señalárselo a las bestias. Vayamos recorriendo las ocupaciones en que suelen emplearse los hombres e investiguemos en ellas cuál sea la suya específica. No puede ser ocupación propia del hombre el arar, sembrar, plantar, tejer, construir y todo lo que entra debajo del arte mecánica; pues no fué creado el hombre para esos menesteres, sino esos menesteres para el hombre; no fué Dios el que estableció desde el principio esas ocupaciones, sino la necesidad la que las descubrió para sostener la vida del hombre; fueron descubiertas todas aquellas artes para que el hombre pueda vivir con su ayuda; pero aquí buscamos la función propia de su vida.

4. Con un ejemplo se declarará más. Supongamos un hombre bien comido y vestido, que, por consiguiente, no necesita del alimento, bebida, casa y vestido, como formó Dios a Adán al principio. Del hombre en esta situación es del que yo pregunto: ¿para qué fué creado, qué debe hacer y en qué debe ejercitarse? Pues, como hemos dicho, no ha sido creado inútilmente, para que lleve una vida ociosa. Por la misma razón, no puede ser ocupación específica del hombre ni la magistratura, ni la milicia, ni el imperio, ni el reino, ni cuanto se relacione con el gobierno de la república, pues también todo esto está hecho para el hombre y no el hombre para ello.

[14] Ps. 88,48.

No puede tampoco el hombre haber sido creado para comer, beber y disfrutar de los placeres; como dice Séneca [15], soy de más categoría y nacido para algo más importante que ser un vil esclavo de mis sentidos. ¿No les viene bien acaso también a los brutos todo esto y aun nos aventajan a veces en esta clase de placeres? ¿Cómo puede ser oficio propio del hombre lo que le es común con las bestias? De suerte que nos vemos forzados a confesar con San Agustín [16] que el hombre ha sido creado para conocer el sumo bien, y conociéndole, amarle, y amándole, llegar a gozar de él; y, como dice el Apóstol, *para que seamos la gloria y el objeto de sus alabanzas* [17], y nos haga *patentes las riquezas de su gloria* [18], y se nos muestre su grandeza, para de esta manera alabar, bendecir, glorificar y ensalzar su nombre por todos los siglos. Este es el oficio del hombre, ésta es la obra para que fué creado.

Todas las cosas cumplen con su cometido; cumple también, ¡oh hombre!, con el tuyo. ¿Por qué te entregas a otras ocupaciones dejando la tuya? Cuando alabas a Dios eres propiamente hombre; cuando plantas, construyes, siembras, dejas en parte de ser hombre; porque no has sido tú creado para dedicarte a aquellas obras en que ordinariamente consumes casi toda tu vida. Mira la inmensa muchedumbre de hombres que viven inútilmente, alejados de lo que es propio del hombre, los cuales, sin conocerse a sí mismos, a semejanza de los animales, existen como si no existieran, porque están aquí en vano. ¡Qué bien dice de ellos el profeta: *Los pecadores andan enajenados desde que nacieron: descarriándose desde el vientre; no hablan más que falsedades!* [19] Pues, como hemos dicho, *todos se han extraviado, todos a una se hicieron inútiles, no hay quien obre bien, no hay siquiera uno* [20]. No hay quien se preocupe de indagar y conseguir aquel bien *única cosa necesaria* [21], en solo el cual está puesta la salvación y la vida del hombre. Todos se divierten y arrojan a mil cosas en que no se encuentran sino molestias, dolor y aflicción de espíritu. Y no digo esto como para condenar las ocupaciones que son necesarias a la vida: no son esas cosas malas, sino que proceden de mal principio; pues si no hubiera

[15] *Epist.* 65 (ed. Véneta 1658): «Soy de más categoría y nacido para algo más importante que ser un esclavo de mi cuerpo».
[16] *Lib. de cognitione verae vitae,* n. 1, en el apénd. del tom. 6: «Consta, en efecto, que la naturaleza racional ha sido creada sólo para conocer a su Creador y verdadero Dios, y conociéndole amarle, y amándole vivir eternamente feliz en el que es la vida eterna».
[17] Eph. 1,12.
[18] Col. 1,27.
[19] Ps. 57,4.
[20] Ps. 13,3.
[21] Lc. 10,42.

existido el pecado, no le hubieran absorbido al hombre estas ocupaciones. En efecto, no existiría el hambre, ni el frío, ni la desnudez, ni otras innumerables necesidades, para remedio de las cuales se fatigan todos los hombres. Por el pecado de Adán se le echó encima al hombre esta inútil ocupación, sin la cual los hombres se dedicarían a su obligación y se ejercitarían en sus ocupaciones propias.

5. Felices de vosotros, ¡oh hermanos míos!, a quienes se ha concedido entregarse a Dios, consumirse día y noche en sus alabanzas. Vosotros sois verdaderamente hombres, vosotros os ejercitáis en lo que es propio del hombre; vosotros vivís como si no hubiera pecado Adán, porque sois los únicos en practicar después del pecado lo que practicarían todos si no hubiera existido el pecado. Habéis elegido, con María, *la mejor suerte* [22], dejando para los demás los afanes de Marta. Con toda verdad *en delicioso sitio os cupo la suerte* [23], y esta vuestra suerte es excelente para vosotros. *Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos* [24]. Una pequeña fatiga y una abundante recompensa. Abrazaos con esta *única cosa necesaria*, proseguid con esta *única cosa*, ocupad toda vuestra vida en esto, recordando siempre que sólo para esto habéis sido creados. Practicad, repito, en la tierra lo que habéis de hacer siempre en el cielo, pues no hay allí otra ocupación que la de la alabanza. ¿Para qué, si no, *subieron las tribus, todas las tribus del Señor, según la ordenanza, a Israel?* [25] Sólo *para tributar alabanzas al nombre del Señor* [26]. Por eso dice el Salmo: *Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa; alabarte han por los siglos de los siglos* [27]. Esto *únicamente* deseaba el profeta decir: *Una sola cosa he pedido al Señor, ésta solicitaré: el que yo pueda vivir en la casa del Señor todos los días de mi vida* [28]. Esta *sola cosa* deseaba también el Apóstol diciendo: *Mi única mira es, olvidando las cosas de atrás, y atendiendo sólo y mirando a las de delante, ir corriendo hacia el hito, para ganar el premio a que Dios llama desde lo alto por Jesucristo* [29]. Esto es lo más excelente, aquella *sola cosa necesaria*, que buscaban en el desierto aquellos santos padres, que, dejado cuanto puede ser objeto de nuestros deseos, se entregaban a esta sola obra con tal diligencia y solicitud, que les parecía una gran ruina el interrumpirla,

[22] Ib.
[23] Ps. 15,6.
[24] Mt. 5,12.
[25] Ps. 121,4.
[26] Ib.
[27] Ib. 83,5.
[28] Ib. 26,4.
[29] Phil. 3,13-14.

aunque no fuese más que por el espacio de una hora; y así, fija su mirada en el cielo, procuraban no bajarla jamás a los negocios terrenos, sino que con la lectura, la oración, la meditación, la contemplación, convergían como de diversos lugares a una sola señal las saetas de su corazón. Esta es aquella única perla [30] para comprar la cual vendió de buen grado el entendido negociante cuanto poseía. Es el tesoro escondido [31], cuyo hallazgo hace feliz al que lo ha encontrado en el campo de su corazón.

Sentaos, pues, hermanos, con María a los pies de Jesús, para escuchar en silencio su palabra y *quedar saciados de la leche de sus consolaciones* [32]. Frecuentad esta escuela y escuchad al Maestro de la vida, sabiendo que en solo esto está vuestra ocupación y para solo esto habéis entrado en el claustro; ningún otro asunto os atañe, ningún otro oficio pesa sobre vosotros. Escuchad lo que dice el profeta sobre esto: *Bueno es para el hombre el haber llevado el yugo ya desde su mocedad. Se estará quieto y callado, porque ha tomado sobre sí el yugo* [33]. Esta es la ocupación del monje, éste es su oficio, ésta la suerte de los que se abrazaron con gozo al yugo del Señor. Bendita vida la que se consume en tal servicio, que tiene asignado como cometido suyo la paz en vez del esfuerzo, el descanso por el trabajo, la quietud en lugar del ajetreo. A los otros se les dice: *Mediante el sudor de tu rostro comerás tu pan* [34]; *comerás el fruto del trabajo de tus manos* [35]. Al monje, en cambio, no se le impone esfuerzo alguno, sino el de no esforzarse, y más aún, el de descansar con su Dios y estarse deleitando siempre en El. ¡Oh suerte excelente, oh vida suavísima, oh delicioso vergel, a quien se promete otro paraíso aún más deleitoso! Fatiga sin fatiga, trabajo sin trabajo, reposo más importante que cualquier negocio.

6. Esta es la mejor parte, que para sí eligió María, aquella feliz María, la más grande de las bienaventuradas Marías, la más grande de todas las mujeres; aquella María que ni tuvo semejante ni ha de tener quien la iguale. Sólo esta obra conocemos de ti, ¡oh bienaventurada Virgen! No tenías abundancia de recursos para dar de comer a los hambrientos, vestir a los desnudos, atender a los enfermos, proporcionar a los pobres lo que necesitasen; ni siquiera, si no es después de tu muerte, conocemos de ti

[30] Mt. 13,46.
[31] Ib. 13,44.
[32] Is. 66,11.
[33] Lam. 3,27-28.
[34] Gen. 3,19.
[35] Ps. 127,2.

maravillosos milagros y portentos. Ni aun el Evangelio nos consigna milagro alguno tuyo, que pudiera engrandecer tu vida ante los pueblos y darla a conocer a los ojos de los gentiles. *En el interior está la principal gloria de la hija del Rey; ella está cubierta con un vestido de varios adornos*[36]; ahí está su gloria, en la pureza de los pensamientos, en el ardor de los deseos, en las inefables delicias, en la infusión celestial de las celestiales virtudes, en la diafanidad de sus especulaciones.

Esta era la vida de María, entregarse a la única empresa necesaria, dirigir a ella toda su atención, no mostrarse solícita por la baraúnda de los negocios. ¿Qué es toda contemplación si se relaciona con sus éxtasis, qué es la más ardiente devoción si se la compara con el espíritu de María? ¿Qué anacoreta ha poseído jamás vista tan perspicaz y poderosa, que puede mirar sin deslumbrarse al Sol esplendente, como este águila penetrante *vestida del sol, y la luna debajo de sus pies?*[37] ¿Cuál era el encanto de sus ojos y la gracia de su mirada, que con una sola de ellas cautivó al Rey de la majestad? Por eso dice: *Tú heriste mi corazón, oh hermana mía, esposa, heriste mi corazón con una sola mirada tuya, con una trenza de tu cuello*[38]. Y exclama herido, como si no pudiera sostener su vista, deslumbradora de hermosura: *Aparta de mí tus ojos, pues ésos me han hecho salir fuera de mí*[39]. ¿De dónde le hicieron salir volando, sino del seno del Padre para entrar en el seno de la Virgen Madre? Y dice también: *¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres! Como de paloma, así son tus ojos, además de lo que dentro se oculta*[40]. ¿Cuántas veces hace alusión al encanto de los ojos, cuántas pondera el atractivo de la mirada, para demostrar que en ellos sobre todo se ha sentido cautivo y deleitado? Hermosa realmente, y doblemente hermosa: hermosa por su rostro, y más hermosa por su fe; hermosa en el cuerpo y más hermosa en el espíritu; hermosa por su alegría interior y hermosa por su benignidad externa; hermosa al ser concebida y hermosa al concebir; hermosa en el destierro de Egipto y hermosa en el reino celestial.

7. *Tus ojos, así como de paloma.* ¿Por qué *de paloma?* Las palomas, cuando comen de la tierra, no clavan sus ojos en la tierra, sino que, viendo como de pasada el grano, levantan al punto su vista al cielo. Tales son los ojos de María, cuyas miradas, pasando rápidas sobre lo

[36] Ib. 44,14.
[37] Apoc. 12,1.
[38] Cant. 4,9.
[39] Ib. 6,4.
[40] Ib. 4,1.

terreno, contemplan con más asiduidad lo celestial. Por mucha atención que pusiera en el servicio de su Hijo y de José, jamás apartaba su mirada del cielo. Como de paloma son los ojos de María; en cambio, son como de cuervo aquellos de quienes está escrito: *Tienen puestas sus miradas para dar conmigo en tierra*[41].

Ahora bien, no teniendo palabras para explicar su belleza interior, que hemos dicho, la ensalza más bien callando, al decir: *Además de lo que dentro se oculta.* Como si dijera: Los hombres pueden ver, ¡oh hermana mía!, lo que en tu exterior puede resaltar; pero lo que en el interior está oculto, sólo a Dios es evidente, que es el dador de tan insignes mercedes. Pero sólo El penetra los arcanos de su santo espíritu, los excesos de sus alegrías, sus amores extáticos, las inefables riquezas de todas sus virtudes, que se dignó acumular en ella por una prerrogativa especial. Por eso se regocija el espíritu de María[42], no en la gloria de los hombres, ni en la alabanza que le tributan todas las generaciones, sino en Dios su salvador, que es el único motivo y causa de su regocijo. Y así, según San Bernardo[43], se dice que el Espíritu Santo la cubrió con su sombra, porque mediante esa sombra ocultó en la profundidad de su consejo lo que se había realizado en el seno virginal, y lo ocultó de tal suerte, que fuera conocido de solo El y de la Virgen, que fué la única con la prerrogativa de conocerlo, por ser la única también con el privilegio de experimentarlo.

Por consiguiente, ésta es aquella ilustre Discípula del Salvador que sentada a sus pies[44], no durante una hora o un día, como la Magdalena, sino durante treinta y tres años, anduvo a su escuela, escuchando su palabra y conservando *todas estas palabras en su corazón*[45]. Y por su ciencia singular y excelente, el celestial Maestro, estando ya para volver al Padre, de donde había venido, le dejó a ella su escuela y su cátedra, no para regir como Pedro a sus ovejas, sino para enseñar a sus discípulos con la celestial doctrina que de El había recibido, ya que por la viveza de su ingenio y por la mayor perseverancia en esta escuela se la consideraba más sabia y ejercitada que todos los condiscípulos. Según se dice, mantuvo y gobernó esta escuela durante doce años[46] como Maestra de todos los

[41] Ps. 16,11.
[42] Lc. 1,47.
[43] SAN BERNARDO, *Homil.* 4 *sobre «Missus est...»*, n. 4.
[44] Lc. 10,39.
[45] Ib. 2,51.
[46] Según la opinión de los que creen que la Virgen murió a los sesenta años de edad; así, entre otros, Nicéforo (l. 2 *Hist.*, c. 21) y San Antonino (p. 4.ª, tít. 15, c. 45, § 4). Pues si, como es más verosímil, la Virgen tenía quince años cuando dió a luz a Jesús,

apóstoles de Cristo, de sus discípulos y de las Iglesias; y por eso justamente se la celebra en la Iglesia de Dios como la sola destructora de todas las herejías [47].

8. ¿Quién es capaz de explanar las lecciones que escuchó esta tan íntima y amada Discípula, y de entender los sacramentos que conoció? Dígnate tú más bien, ¡oh bienaventurada Virgen!, declararnos aquellos dulcísimos diálogos, las charlas familiares y secretos coloquios que tuviste con tu Hijo cuando, descansando en tu regazo, te manifestaba los celestes secretos y le compensabas con dulces ósculos en agradecimiento de su doctrina. ¿Qué trataba en aquellos momentos? ¿Qué te enseñaba? ¿Qué le preguntabas? ¿Qué te respondía? Porque tú bien conocías quién era El, bien sabías que en El se ocultaban los tesoros de la divina sabiduría, conocías el abismo sin fondo de luz que se escondía en la estrechez de un delicado pecho y conservabas todas sus palabras como oráculos del Omnipotente.

¡Oh mujer feliz, que por tanto tiempo fuiste embriagada con aquel néctar de la divina sabiduría! ¿Por qué, Virgen piadosa, nos privaste de tales riquezas?, ¿por qué celaste tan apetecibles tesoros a tus servidores?, ¿por qué no consignaste por escrito, para nuestra enseñanza y consuelo, aquellos dulcísimos diálogos? ¿Qué podía sernos ahora más agradable, más dulce y más útil, que el poder gozar del alimento saludable y lleno de sabiduría de aquellos soberanos coloquios y escuchar las preguntas de la Madre y las respuestas del Hijo sobre las cosas del cielo? Pero no está bien arrojar al público las perlas [48] y publicar a los cuatro vientos los celestiales secretos [49], que no está permitido tratar al hombre. Por eso, sin duda, no fueron publicados; pues la que nos dió al Salvador, ¿cómo, si hubiera sido conveniente, nos hubiera ocultado tan útiles conversaciones?

Así es que, como por el amor singular de que fué objeto durante su vida se aventajó a todos en sabiduría y devoción, así hoy en su Asunción al cielo fué levantada en gloria y honor sobre todos, pues *montó sobre querubines,*

---

añadiéndole los treinta y tres de la vida de Cristo, resulta, según la referida opinión, que quedan doce años desde la muerte de Cristo hasta la muerte de la Virgen. Pero se han de duplicar estos años si se atiende a la sentencia de los que creen que la Virgen murió a los setenta y dos años, como Suárez (t. 2 *In 3 part.*, disp. 21, sect. 1); A Lapide *(In Acta Apost.*, c. 21, v. 17), Cardin. Gotti *(Verit. relig. christ.*, t. 4, p. 2.ª, c. 40, § 3, n. 12 y 13).

[47] La Iglesia en el oficio parvo de la Bienaventurada Virgen María.

[48] Mt. 7.6.

[49] 2 Cor. 12,4.

y tomó el vuelo: voló llevada en alas de los vientos [50]. En efecto, ¿dónde debía ser colocada este arca deífera sino sobre los querubines? ¡Qué gloria y majestad ser preferida a todos los principados y potestades del cielo, recibir veneración de todos y presidir como Reina y Señora de los cielos a toda la curia celestial! Esta es tu suerte, ¡oh bienaventurada Virgen!, éste es tu honor y gloria; pues lo que no se puede creer de ningún santo nos lo entona de ti la santa Madre Iglesia al decir que *has sido ensalzada sobre los coros de los ángeles a las moradas empíreas* [51], en donde vives y reinas con tu Hijo, feliz y gloriosa por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON IV

María ha escogido la mejor suerte, de que jamás será privada (Lc. 10,43).

PRIMERA PARTE

1. Dos cosas se me ofrece tratar en la festividad de hoy, y por eso voy a dividir este sermón en dos partes: en la primera trataré de la exposición moral del relato evangélico, y expondré las cualidades que exige Dios de un modo especial en el que quiere habitar como un huésped. La segunda parte estará consagrada a la divina Virgen, y en ella se demostrará, según reza el tema, que *María ha escogido la mejor suerte.*

Entró Jesús en cierta aldea [1] o castillo. Seamos también nosotros como una plaza fuerte para que penetre Jesús, pues no entra El en las casas cubiertas de viles pajas, ni en las chozas fácilmente inflamables por el fuego de la concupiscencia, ni en las casas quebradizas, viejas, ruinosas, que se abaten al menor soplo de la tentación; sólo se digna entrar en las casas apoyadas en base firme, sólidas, estables, perseverantes en el bien, que resisten todo ataque de tentaciones y persecuciones, cual era aquella de la que se dice en el Evangelio: *Cualquiera que escucha estas mis instrucciones y las practica, será semejante a un hombre cuerdo que fundó su casa sobre piedra, y cayeron las lluvias, y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos y dieron con ímpetu sobre la tal casa; mas no fué destruí-*

---

[50] Ps. 17,11.

[51] En el oficio de esta festividad.

[1] Lc. 10,38.

da, porque estaba fundada sobre sólida *piedra*[2]. Así, pues, castillo resistente debe ser el alma que habita Jesús.

Conocéis bien las condiciones que ha de tener un castillo a toda prueba: debe estar construído en un alto, sobre sólida roca, rodeado de un fortísimo muro, de una barbacana y de un foso profundo. Debe disponer también de un puente levadizo de madera, una puerta de hierro, un alcaide inflexible, que no se doblegue, sino que guarde la entrada con energía; provisión de víveres y de armas, vigilancia infatigable, y otra serie de aprestos semejantes; y esto espiritualmente debe tener la fortaleza de Cristo. Debe tener su fundamento en la altura, no en la tierra, como dice el Apóstol: *Nosotros vivimos ya como ciudadanos del cielo*[3]. Tiene que ser fija y basada sólidamente sobre la roca inconmovible de la fe, y rodeada del vallado de la caridad, pues *el amor es fuerte como la muerte*[4]. Es indispensable también la barbacana de la paciencia, para soportar los golpes de las persecuciones y de las tentaciones; asimismo, el foso profundo de la humildad, el puente levadizo del pensamiento, esto es, el dominio del corazón, la puerta férrea y difícil del consentimiento, para no consentir a despecho del mundo entero en el pecado, sino estar más bien dispuesto a morir antes que cometerlo. Disponga también de un rígido alcaide, el temor del Señor, que desbarate y disipe con facilidad todos los violentos apetitos, aun los sensuales, que traten de lanzarse contra esta puerta; tenga aprovisionamiento abundante de la palabra de Dios y de su espiritual doctrina, junto con abundante acopio de todas las virtudes morales y una diligentísima guardia sobre su corazón, que es la ciudadela principal de esta fortaleza, como está escrito: *Guarda tu corazón con toda vigilancia, porque de él mana la vida*[5] y la muerte. Si éstos son los arreos del alma, entrará Jesús en ella.

2. ¡Ay, hermanos míos! Rodeados estamos por todas partes de enemigos, y no cesa ni de día ni de noche la lucha; gran fortaleza es menester para salir indemnes. Dios nos ha puesto al frente de este castillo del alma, y en el bautismo hemos prometido fidelidad a Cristo; estemos prevenidos para que cuando venga a juzgar no seamos argüídos como traidores y prevaricadores de la alianza, teniendo siempre presente a la vista la palabra del Apóstol: *¡Oh Timoteo!, guarda el depósito*[6]. ¿Qué hemos de hacer, por

[2] Mt. 7,24-25.
[3] Phil. 3,20.
[4] Cant. 8,6.
[5] Prov. 4,23.
[6] I Tim. 6,20.

consiguiente? Defender la ciudadela de nuestro corazón como se defienden las fortalezas.

En cuanto aparezca aún de lejos el enemigo, esto es, el apetito carnal, es preciso traspasarlo con el dardo de la razón y clavarlo con el dardo de la palabra de Dios. Y si se desarrollase un violento ataque lanzándose en tromba los malos pensamientos y necios deseos, levanta el puente, distrae el pensamiento, ocupa la imaginación, y quedará frustrado. Nada hay más útil ni más a propósito para evitar los conflictos de las tentaciones que se precipitan como ocupar el espíritu y apartar el mismo pensamiento a otra cosa. Si levantamos prontamente el puente de la imaginación, se desvanecerá, como dije, burlado, todo el ímpetu de la tentación.

Y si atacan por otra parte y se aproximan a la puerta del muro, procura resistir fuertemente; allí está puesto todo el peso de la lucha, porque, roto el muro de la caridad o quebrada la puerta de la voluntad, la fortaleza está perdida. Aunque alborote por fuera y trate de invadir la falange de los enemigos, mientras se mantenga firme la puerta del consentimiento, la situación está asegurada; por lo cual se ha de prestar un especial cuidado en la conservación de esta puerta. Para ello ayuda sobre manera la fuerza del portero. Por eso hemos de procurar no asemejarnos a Isboset[7], hijo de Saúl, a fin de no poner de portera a una mujercilla y morir traspasados en la ingle por los enemigos. Ni hemos de confiar nuestra salud al respeto humano, pues es éste un portero débil y que es engañado y vencido con facilidad; tal guardia cede fácilmente a la pasión o sucumbe ante el engaño y da entrada al placer que se presenta. ¿Qué es, le dice, lo que te hace temblar o temer? Todo ocurrirá en secreto, no se enterará nadie; por todas partes hay paredes, nadie lo verá; y si por una casualidad llegara a noticia de alguien, todo se arreglará para que no salga a luz; y caso de que se publicara, se desvanece pronto y se da al olvido. ¿Cuántos casos más serios ocurren todos los días, y en tan poco tiempo se han olvidado como si no hubiese ocurrido nunca? Todo pasa y desaparece con el tiempo, y no eres tú sólo: no hay quien no haya perdido el juicio alguna vez; nadie se maravillará, porque nadie está sin pecado.

El respeto humano vencido cede fácilmente ante semejantes razonamientos y entrega la puerta al enemigo; en cambio, el temor de Dios, fuerte y rígido, no se deja persuadir tan fácilmente ni vencer con tanta ligereza. Se da cuenta, en efecto, cuán necio es ofender a Dios y perder su gracia, y amistad, y la gloria eterna, e incurrir en la con-

[7] 2 Reg. 4,5-6.

denación eterna por un pequeño e insignificante placer y deleite temporal, considerando además que Dios no es como el hombre, a quien podamos engañar, sustraernos a sus miradas, hacer que se le olviden las cosas o superarle. Por eso dice Job: Aunque yo resista, *el sepulcro será mi casa, y tengo ya preparado mi lecho en las tinieblas* [8]. Y el Apóstol: *Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo* [9]. Empuña, pues, la espada de la palabra de Dios, destruye y despedaza los insolentes apetitos que irrumpen con tal violencia. Poned, hermanos, esta guardia a la puerta de vuestro corazón, ponedla al frente de ella, pues *por medio del temor del Señor evitará todo hombre el mal* [10].

3. Ya sabéis cuál debe ser el hospedaje de Cristo; ved ahora los domésticos que requiere Cristo para habitar allí: *Una mujer, por nombre Marta, le hospedó en su casa. Tenía ésta una hermana llamada María* [11]. Seguramente estaba también allí Lázaro, aunque el Evangelio no habla de él. Habiten, pues, allí Marta, María y Lázaro, y reciban en la hospedería del espíritu con fraternal concordia a Cristo Señor. Viva en el corazón una acción diligentísima, una contemplación ferviente, un cuidado vigilantísimo; de buen grado se hospeda Jesús con estos moradores. Sea esta alma piadosa para con el prójimo, devota para con Dios, solícita para consigo misma, como lo era aquella a quien se dice: *Levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía* [12]. Le da tres nombres, según los tres oficios que desempeña: *amiga*, en el servicio del prójimo; *hermosa*, en la quietud de la divina contemplación; *paloma*, en el sondeo de la propia conciencia.

Pues ¿cómo puede ser amiga el alma que ve en un fiel indigente a su amigo hambriento, pobre, desconsolado y llagado, y no le socorre? Ciertamente Cristo en su persona no necesita de nosotros para nada; lo necesita en el pobre, tiene hambre en el mendigo. Y, por tanto, ¿qué amistad, qué caridad puede ser ésta en la cual relumbra el oro, brillan las perlas y no alarga ni un pedazo de pan a Cristo hambriento en el pobre? Si eres amiga, tienes que mostrarlo en esta ayuda a los pobres de Cristo.

Hermosa en la contemplación. En efecto, allí se descubre toda la belleza y encanto del alma, pues allí se purifica el alma por el fervor, se siente hermoseada por el espíritu, renovada con el fuego celestial, lavada con las lágrimas y albeada más que la nieve. En una palabra, rutilaba

[8] Iob 17,13.
[9] Hebr. 10,31.
[10] Prov. 15,27.
[11] Lc. 10,38-39.
[12] Cant. 2,10.

la faz de Moisés [13] en el coloquio con Dios. Y por eso dice el Salmo: *Escucha, ¡oh hija!, y considera, y presta atento oído. Olvida tu pueblo, y el Rey se enamorará de tu beldad* [14].

En cambio, es *paloma* en la inquietud por sí misma. No podrá menos de gemir si se encuentra agobiada por la carne, y arrastrada contra su voluntad [15], y con repugnancia por la ley del pecado, y obrando, no el bien que quiere, sino el mal que aborrece. Y si se viera alguna vez, aunque por poco tiempo, manchada por los vicios, no sólo gemirá, sino que bramará [16] de lo íntimo de su corazón, hasta que los gemidos la purifiquen de la culpa.

Estos son los moradores que debe encontrar Cristo en el hospedaje del corazón, y que deben salirle fuera al encuentro y decirle: *Quédate con nosotros*, Señor, *porque ya es tarde* [17].

4. Pero notemos que solo Marta fué la primera en salirle al encuentro, y fué la que condujo a su hermana María a Cristo. Para enseñarnos que no se debe pretender llegar de repente a la cumbre de la contemplación; es preciso merecerla antes en el servicio del prójimo. Ejercítate primero y disponte para la piedad, y llegarás por su medio a la deseada contemplación; pues la piedad goza de la promesa para esta vida y para la futura, aquí y allí encuentra su remuneración: en la dulzura de la contemplación aquí y en el disfrute de la visión allí. Por eso dice San Gregorio [18]: Todo el que desee llegar a la cumbre de la contemplación debe ejercitarse primero en la palestra de la acción; pues vemos que Jacob [19], habiendo prestado mucho tiempo servicio por Raquel, primero recibió a Lía, de la cual tuvo muchos hijos, y luego, por otros nuevos servicios, llegó a recibir a Raquel. Así, pues, después de servir en la vida activa al prójimo y haber dado muchos frutos de buenas obras, podremos gozar de la anhelada dulzura de la contemplación como premio de nuestras fatigas. Solamente hemos de tener cuidado de no desfallecer, de no desistir, sino que hemos de aguantar con mucha paciencia y firmeza, por catorce años si es necesario, como otro Jacob [20] a la legañosa Lía, para conquistar la hermosura de la ansiada Raquel.

Marta le hospedó la primera *en su casa*, y *tenía una*

[13] Ex. 34,39.
[14] Ps. 44,11-12.
[15] Rom. 7,28.
[16] Ps. 37,9.
[17] Lc. 24,29.
[18] Véase nota 36 del *Sermón 2 en la Asunción de la B. V. M.*
[19] Gen. 29,20.
[20] Ib. 29,24-25.

hermana llamada María. Poco aprovecha Marta sin María; pues el ejercicio corporal por sí solo, sin el fervor de la devoción, poca utilidad reporta. No mira Dios tanto lo que hacemos [21], cuanto el motivo por que lo hacemos; no mira a la mano que trabaja, sino al afecto que la mueve; no a la magnitud de tus esfuerzos, sino a la intensidad del amor. Aquella viuda que echó dos monedas en el gazofilacio [22], en la apreciación de Dios echó más que todos, porque lo echó con más afecto. Puede agradar a Dios María sin Marta, mas en modo alguno Marta sin María.

Lo más excelso y sublime es la reunión de entrambas vidas en una misma persona, de suerte que resuenen *en sus bocas elogios de Dios* y vibren *en sus manos espadas de dos filos* [23], y no interrumpa en el trabajo el excesivo fervor del corazón al brazo afanoso, ni el brazo con su actividad amortigüe el fervoroso transporte de júbilo en la alabanza. ¡Qué glorioso apareció el famoso Profeta Rey, cuán extraordinario y admirable, pues luchó con tal constancia, que parece no pudo tener tiempo para orar, y tan asidua era su oración, que parece no haber luchado nunca! ¿Qué puedo decir del apóstol San Pablo? Estuvo en pugna con todo el mundo en sus viajes, en sus predicaciones, en sus correcciones y disertaciones; y, sin embargo, jamás se apartó su espíritu del paraíso que una vez lograra penetrar. Tales fueron también muchos doctores y pontífices de la Iglesia, hombres consumados y perfectos en todos los sentidos, a quienes no estorbó la carga del régimen para escribir ni la excesiva solicitud de escribir impidió el gobierno; pues como ágiles ambidextros sobresalieron extraordinariamente en el reposo de la oración y en las tareas de sus ocupaciones.

5. Pero en esta morada espiritual siempre se siente gravada Marta, siempre se queja de su hermana. Pues el alma que ha gustado una vez la palabra de Dios y las virtudes del siglo futuro, que ha sido introducida en la pieza del vino [24], embriagada del suavísimo vino del espíritu y ungida con el suavísimo bálsamo de la devoción, no hay causa o razón que la separe fácilmente de aquella suavidad. Y si tiene que dejarla por algún tiempo forzada por la necesidad o urgida por la caridad fraterna, no está tranquila ni satisfecha hasta volver a los pies de Jesús y saciarse del alimento de su palabra. Y no podrán consolarla en el cumplimiento de su obligación ni la utilidad de los hermanos, ni los frutos de las buenas obras, ni el peso de los

[21] San Gregorio, *Homil.* 5 *in Evang.*, n. 2.
[22] Lc. 21,2.
[23] Ps. 149,6.
[24] Cant. 2,4.

grandes méritos, ya que la memoria de la suavidad, una vez experimentada, la arrebata enteramente y la arrastra en pos de los brazos de su dulcísimo Esposo y del deseo de su ósculo santo.

Muchos ejemplos de esto encontramos en los santos, que aun llevados de su misericordia y del verdadero celo de las almas, para no separarse de los brazos de Raquel, buscaban con afán los escondrijos de la soledad y se apartaban cuanto podían del barullo del mundo, procurando con todas sus fuerzas hurtarse al cuidado de las almas y a la carga de la prelacía. Tales eran San Gregorio, San Agustín, San Jerónimo, varones de tan insigne sabiduría y elocuencia, de tan excelsa gracia y santidad, que ni ellos mismos, que huían de la dignidad episcopal, podían poner en duda que en ella rendirían inmensos frutos a la Iglesia de Dios con su palabra y su ejemplo; sin embargo, posponíanlo todo a aquella suavísima y dulcísima quietud. Contempla, si no, al bienaventurado San Jerónimo, prodigio de sabiduría y elocuencia, doctísimo en la lengua griega, latina y hebrea, y en las sagradas Escrituras, tan diserto por su prudencia y su consejo, tan eminente por su santidad, tan estimado por su vida y sus costumbres; pondera, repito, a este fulgentísimo astro de la Iglesia de Dios, varón tan útil y necesario al pueblo, cómo mora en la soledad entre bestias y tigres, entregado a su solo provecho, viviendo, como si dijéramos, para sí solo.

6. ¿No se podría quejar con razón de él la Iglesia ante Cristo? ¿No podría interpelarle justamente con Marta ante el Señor: *Señor, ¿no reparas que mi hermana me ha dejado sola en las faenas de la casa?* [25] Cuántas veces le llegaron con esta misma queja de todas partes del mundo cartas de los obispos: ¿Qué haces con las bestias? ¿Qué tienes que pintar tú en la soledad? ¿Hasta cuándo vas a estar ocioso? ¿Qué fin tiene tu sabiduría? ¿Para qué sirve tal pericia de las Escrituras? ¿Para qué se ha reunido en ti solo tal cantidad de gracias? ¿Por qué sepultas el talento de tu Señor [26] en la soledad? ¿Por qué escondes bajo el celemín del desierto la fulgente antorcha? *¿A qué fin desperdiciar ese perfume, siendo así que se podía vender en más de trescientos denarios y dar el dinero a los pobres?* [27] Ya se encargó el Señor de responder a éstos: *¿Por qué molestáis a esta mujer, siendo buena, como es, la obra que ha hecho conmigo?* [28] Dejad que se llene, y después comunicará; dejad que se enriquezca, que luego repartirá; dejad

[25] Lc. 10,40.
[26] Mt. 25,25.
[27] Mc. 14,4; Mt. 26, 8; Io. 12,5
[28] Mt. 26,10; Mc. 14,6.

que escuche ahora en secreto lo que después predicará en público [29]. ¡Con qué elegancia procura contener el mismo Esposo en los Cantares a las doncellitas bullangueras, a fin de que no osen despertar a su amada del dulcísimo letargo! ¡Cuán bien se ajusta a la amada en el epitalamio y a María en el Evangelio la frase aquella que dice: *¡Oh hijas de Jerusalén, os conjuro que no despertéis ni quitéis el sueño a mi amada hasta que ella quiera!* [30] Como si dijera: Dejadla que duerma cuanto guste; mejor sabe ella cuándo ha de despertar, ella que descansa en el sagrado regazo de su Esposo. Dejadla, no la despertéis; pues la caridad que la sumió en ese letargo es la que debe despertarla a tiempo oportuno; y como la escondió en el desierto para un tiempo determinado, también la hará aparecer en público a su debido tiempo.

El mismo responde también, callando María; responde ahora por ella a las quejas de su hermana, y se constituyó en abogado el que había sido llamado como juez. La defiende del fariseo, la defiende del apóstol, la defiende de su hermana. ¿Cómo no iba a callar la que sabía tenía tal defensor? Por eso dijo El: Marta, Marta, tú te afanas y *acongojas en muchísimas cosas. Y a la verdad que una sola cosa es necesaria. María ha escogido la mejor suerte* [31]. No es que tú hayas elegido una mala vocación, sino que ella la ha elegido mejor: mientras tú te turbas, descansa ella; mientras tú te fatigas, ella se recrea; mientras tú te afanas por muchas cosas, ella se entrega a la única importante. *Y a la verdad que una sola cosa es necesaria.* Aquello solo, que es lo mejor y eterno, prevalece sobre la multitud de tus cosas; una sola perla se estima más que muchas monedas de plata; una perla se prefiere a muchos escudos; un solo hijo de Raquel fué preferido a los muchos hijos de Lía. No regateo alabanzas a tu solicitud, pero recomiendo más la paz de María. *María ha escogido la mejor suerte, de que jamás será privada;* y es la mejor porque no le será arrebatada, como lo será la tuya, aunque precisamente se te quite para tu bien; en cambio ésta, que es la mejor, no se cambiará jamás ni terminará con la vida, sino que durará, y durará para siempre; y al acabarse la vida, es precisamente cuando ella comenzará. Por tanto, no te irrites contra tu hermana, no le eches en cara su ociosidad; no dudes en creer que *María ha escogido la mejor suerte.*

7. Así es en verdad, ¡oh buen Jesús!; ésta es la mejor parte. *Bienaventurado el que la tiene asida* [32]; y quien

[29] Mt. 10,27.
[30] Cant. 2,7.
[31] Lc. 10,41-42.
[32] Prov. 3,18.

la ha experimentado no puede abrigar duda sobre tus palabras. ¿Acaso no es la mejor parte llegar a merecer la eterna gloria en tranquilo reposo, sin esfuerzos ni ansiedades, sin molesto cansancio, más aún, con agradable gozo, con increíble suavidad y dulzura, y adquirir el paraíso eterno en un continuado gozo temporal? ¿Quién no ha de preferir aquella suerte, en que se pasa del gozo temporal al eterno, de las delicias temporales a las eternas delicias, de la paz transitoria a la paz permanente, del paraíso terrenal al celestial paraíso, de suerte que lo que podía dársenos como premio de nuestro trabajoso combate se nos impute como mérito para merecer la bienaventuranza y conseguir la felicidad? *¿Quién jamás oyó cosa tal, ni quién vió nada semejante a esto?* [33]

¡Oh bondad inmensa, oh magnificencia singular, el que se nos recompensen como méritos extraordinarios nuestros los que no son sino dones soberanos de Dios! ¿Quién puede apreciar la importancia de tan inmensa largueza y munificencia, que nos da una gracia por otra y un don por otro don? Considerad, hermanos, el caso siguiente: supongamos que a un mercenario le diera a escoger su patrón entre estos dos extremos: he aquí una azada, cultiva mi viña, cava la tierra, y tendrás tu salario; o si prefieres, he aquí una mesa repletísima de aves de todas clases, de frutas y provisiones; siéntate, come a placer, diviértete, descansa, recréate, y al final de la jornada recibirás el mismo galardón. ¿Habría alguno tan necio y falto de sentido que no escogiera el deleite en lugar del trabajo? Pues ni más ni menos es lo que ocurre en nuestro caso. Descansar en Cristo no tiene menos mérito que el trabajar por Cristo; el gozo en el Espíritu Santo se equipara en la recompensa a la victoria conseguida por medio de la cruz; alegrarse en Cristo y padecer por Cristo se equiparan en el platillo de la balanza. Nadie se hubiera atrevido a decirlo si el Señor no hubiera dado la primacía por el mérito de su servicio a la quietud de María sobre los afanes de Marta. Por eso dice San Agustín [34]: El amor de la verdad busca el santo re-

[33] Is. 66.8.
[34] *La Ciudad de Dios* (l. 19, c. 19): «Pero en los tres géneros de vida: *ocioso, activo* y *compuesto de uno y otro,* aunque se pueda en cada uno de ellos pasar la vida sin detrimento de la fe y llegar a conseguir los premios eternos, todavía importa averiguar qué es lo que profesa por amor de la verdad y qué es lo que emplea en el oficio de la caridad. Porque no debe estar uno de tal manera ocioso, que en el mismo *ocio* no piense ni cuide del provecho de su prójimo; ni de tal conformidad *activo,* que no procure la contemplación de Dios. En el *ocio* no le debe entretener ni deleitar la ociosidad, sin entender en nada, sino la inquisición, o el llegar a alcanzar la verdad, de forma que cada uno aproveche en ella, y que lo que hallare y alcanzare lo posea y goce y no lo envidie a otro. Y en la *acción* no se debe pretender ni amar la honra de

poso, la necesidad de la caridad se echa sobre sí la justa ocupación. Si no se nos impone esta carga, hemos de entregarnos a la verdad; si se nos impone, hemos de aceptarla por la necesidad de la caridad.

8. Pero se podría replicar: ¿Por qué, pues, no elegimos todos esta parte? ¿Por qué nos hemos de dedicar a aliviar las necesidades del prójimo? Lo mejor es elegir la mejor parte: no haya Marta alguna en el mundo, entreguémonos todos a la oración y contemplación, sigamos todos la mejor parte de María. ¡Ojalá, hermanos, ojalá fuera así! Algún día tendrá lugar esto, aunque no en este destierro; ahora sólo pueden hacer esto unos pocos, a los que Cristo ha amado con predilección; no a todos se ha concedido el ir a Corinto: *Cada uno tiene de Dios su propio don; quién de una manera, quién de otra*[35]. La virginidad es más preciosa que el matrimonio, lo cual no duda nadie con sano juicio; y, sin embargo, no a todos se ha concedido el ser vírgenes. Se pueden encontrar en la Iglesia cien Martas por una María. No echa Dios en cualquier recipiente aquel precioso bálsamo y dulcísimo néctar. Purísima debe ser el alma que llena el Espíritu de Dios, y hermosísima la que se digna admitir a su ósculo y a su retrete el celestial Esposo. No debe tener comercio alguno con la tierra la que se une en el tálamo de la contemplación con el Rey de los cielos. Por eso dice San Bernardo[36]: Es en extremo exquisito el consuelo espiritual, y no puede comunicarse a los que admiten otra suerte de consuelos.

Por consiguiente, esté cada uno contento con su suerte, mientras no sea llamado o transportado a esferas más

esta vida o el poder, porque todo es vanidad lo que hay debajo del sol, sino la misma obra que se hace por aquella honra o potencia, cuando se hace bien y útilmente; esto es, de manera que valga para aquella salud de los súbditos que es según Dios... Así, pues, a ninguno prohiben que atienda al estudio de la verdad, el cual pertenece al *ocio* loable y bueno; pero el *lugar superior*, sin el cual no se puede regir un pueblo, aunque se tenga y administre como es debido, no conviene codiciarle y pretenderle. Por lo cual el amor de la verdad busca el *ocio* santo, y la necesidad de la caridad se encarga del negocio justo. Cuando no hay quien le imponga esta carga, debe entretenerse en entender sobre la inquisición de la verdad; pero si se la imponen, se debe tomar por la necesidad de la caridad; pero ni aun de esta conformidad debe desamparar del todo el entretenimiento y gusto de la verdad, por que no se despoje de aquella suavidad y le oprima esta necesidad» (edic. del Apostolado de la Prensa).

[35] 1 Cor. 7,7.

[36] O Gaufrido abad, en las *Declamaciones* tomadas de San Bernardo (declam. 55, n. 66 y 67): «Es muy preciosa la consolación divina, y no se concede en modo alguno a los que admiten otra... Aquel cuyo espíritu se alampa por otros consuelos y no renuncia en absoluto a consolarse en lo caduco y transitorio, se priva con toda certeza de la gracia del consuelo celestial».

elevadas. Y si es llamado, si está dispuesto, entonces, sin duda, debe elegirse lo mejor. No digas: es bastante, me basta esta buena parte, así puedo salvarme, así puedo llegar a la gloria. Estas expresiones son propias de un espíritu bajo y débil. ¿Por qué, si tienes facultad, no has de subir? ¿Por qué no has de procurar ser lo que puedes? Si se te da oro, ¿por qué te vas a contentar con la plata? Sólo una vez vamos a vivir esta vida: lo que perdamos aquí no lo recuperaremos jamás. Escuchemos, en una palabra, al apóstol San Pablo, que enumeró muchísimos dones de Dios y multitud de gracias conferidas a la Iglesia por El, diciendo: *El uno recibe del Espíritu hablar con sabiduría; otro recibe del mismo Espíritu hablar con ciencia; a éste le da el mismo Espíritu la fe; al otro la gracia de curar enfermedades por el mismo Espíritu; a quién el don de hacer milagros, a quién el don de profecía, a quién discreción de espíritu, a quién don de hablar varios idiomas, a quién el de interpretar las palabras*[37]; y después de todo esto, como dando un consejo, añadió: *Entre esos dones aspirad a los mejores*[38].

9. Y si queréis conocer cuál es aquel bien necesario que debe ser sobre todo elegido y perseguido, escuchad lo que sigue: *Voy a mostraros un camino todavía más excelente*[39]. *Cuando yo hablare todas las lenguas de los hombres y el lenguaje de los ángeles, si no tuviere caridad, soy una nada*[40]. Pues como se antepone el oro a todos los metales, así se prefiere la caridad a todas las gracias y dones de Dios. No existe en toda la casa de Dios cosa alguna de más precio que la caridad. Este es el más grande e importante de todos los bienes, virtudes y carismas; es ésta aquella preciosa perla[41] que compró a cambio de todas sus cosas el que tuvo la fortuna de hallarla; éste el tesoro aquel escondido en el campo[42] que compró dando todas sus cosas el feliz descubridor; más aún, *aunque un hombre en recompensa de este amor dé todo el caudal de su casa, lo reputará por nada*[43], y lo estimará no más que como un poquito de arena[44]. Este es el camino más alto, más amplio, más seguro, llano y corto para llegar a Dios; todo el que camine por él llegará a la presencia de Dios que tanto desea. Todo camino que no proceda de la caridad de Dios es un rodeo.

[37] 1 Cor. 12,8 s.
[38] Ib. 12,31.
[39] Ib.
[40] Ib. 13,1-2.
[41] Mt. 13,46.
[42] Ib. 13,44.
[43] Cant. 8,7.
[44] Sap. 7,9.

¡Ay, míseros y ciegos de nosotros, que, dejando un compendio tan breve y seguro, andamos buscando circunloquios y nos empeñamos en recorrer caminos largos y difíciles! [45] ¡Oh, si gastásemos en la inquisición, compra y posesión de una sola perla todo el trabajo y habilidad que consumimos en la adquisición de las ciencias y en profundizar en la sabiduría! ¡Oh, si empleáramos tamaña habilidad y diligencia para excitar e inflamar el afecto y vivificar la voluntad como gastamos en enriquecer el entendimiento e ilustrar el sentido, cuánto mejores y más felices seríamos! Pero como excesivamente necios y sin juicio alimentamos [46] a la estéril, y no prestamos servicio alguno a la viuda; ensalzamos la ciencia que hincha [47], y descuidamos la caridad, que edifica. No tiene gran aprecio ante Dios el que mucho sabe, sino el que mucho le ama. Y por eso un entendido en esta materia dice, lamentando y reprochando este deplorable error nuestro: mientras vivimos en el cuerpo nos es más fácil amar a Dios que conocerlo o hablar de El. Amándole sacamos más provecho para nosotros, trabajamos menos, le rendimos un homenaje más aceptable. Preferimos, sin embargo, andar siempre en busca del conocimiento, sin encontrar jamás lo que buscamos, a poseer por amor lo que sin éste constituiría un inútil hallazgo.

10. Elijamos, pues, hermanos, de entre todos este insuperable y necesario bien. Sea éste el que busquemos y persigamos, gastemos en su hallazgo y posesión toda nuestra vida y nuestros trabajos, para encender en nuestro corazón este fuego de caridad; para que no se apague una vez encendido, sostengámosle con el aceite de la devoción, no sea que a la llegada del Esposo [48] encuentre apagadas nuestras lámparas y nos deje fuera. Acordémonos siempre de aquella palabra alentadora del Señor: *Yo he venido a poner fuego en la tierra, ¿y qué he de querer sino que arda?* [49] Como si dijera: esto es lo que yo quiero, esto es lo que os mando, esto me es sobre todo agradable: que arda siempre este sagrado fuego en vuestro pecho, que debe ser mi altar, como está mandado en la ley [50]. Y si llegare a faltar, foméntelo el sacerdote por la mañana echándole combustible, esto es, por medio de las Sagradas Letras y ejemplos santos.

Esta debe ser la solicitud más importante y principal de los sacerdotes, excitar en el pueblo el amor de Dios y el fervor espiritual por medio de cotidianas exhortaciones y

[45] Ib. 5,7.
[46] Iob 24,21.
[47] 1 Cor. 8,2.
[48] Mt. 25,6.
[49] Lc. 12,49.
[50] Lev. 6,12.

continua exposición de la doctrina, y una vez excitado ese amor, fomentarlo, para que no desfallezca el espíritu por falta de doctrina, contra la admonición del apóstol [51]. No falta, a la verdad, combustible en la Iglesia para mantener vivo este fuego, hay muchos y espesos bosques para cortar cada día, y están tan apretados, que no pueden ser agotados. Está el gran bosque de las criaturas, el inmenso de las Escrituras y el no menor de los beneficios y ejemplos, que se renuevan cada día en la Iglesia.

Pero, ¡qué lástima!, falta el fuego. ¿Qué aprovecha arrojar combustible a un montón de cenizas? No podemos nosotros encender este fuego, sino el que vino a ponerlo en la tierra, el que mandó del cielo aquellas lenguas de fuego el día de Pentecostés [52] sobre las cabezas de los apóstoles, según está escrito: *Desde lo alto metió fuego dentro de mis huesos* [53] y me enseñó. ¡Ay del mundo por una frialdad semejante! No existe hoy en la tierra ni una centellica del amor de Dios, pues *por la inundación de los vicios* se resfrió *la caridad de muchos* [54]. Se cumplió ya el vaticinio apostólico [55] de que en los últimos días amarán los hombres más los placeres que a Dios. Por consiguiente, roguemos con insistencia e imploremos de lo íntimo de nuestro corazón al Señor, *el cual tiene su fuego en Sión y su hogar en Jerusalén* [56], que mande a la tierra unas irradiantes centellas de aquel celestial incendio, para que por ellas podamos llegar al horno aquel en que, inflamados y abrasados con los bienaventurados espíritus, nos transformemos en El [57], y transformados gocemos de su esplendorosa gloria, a la cual se digne llevarnos el mismo Jesucristo Señor nuestro, a quien junto con el Padre y el Espíritu Santo es todo honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SEGUNDA PARTE

1. Hasta ahora hemos expuesto alegóricamente el relato evangélico; ahora, siguiendo la intención del tema, hemos de demostrar cómo María no sólo eligió la mejor parte, sino que lo hizo de antemano. Quedará esto de manifiesto si tenemos ante la vista todo el discurso de su vida. Pues ¿qué otra cosa fué la vida de María sino una continua contemplación, un perenne fervor de devoción y un

[51] 1 Thes. 5,12 s.
[52] Act. 2,3.
[53] Lam. 1,13.
[54] Mt. 24,12.
[55] 1 Tim. 4,1; 2 Tim. 3,1; 2 Petr. 3,3; Iudas v. 18.
[56] Is. 31,9.
[57] 2 Cor. 3,18.

incendio no interrumpido del espíritu? No leemos de ti, ¡oh bienaventurada Virgen!, en el relato evangélico muchos milagros y prodigios, ni largas peregrinaciones, ni abundantes limosnas, porque no tenías con qué hacerlas; ni la asistencia de los enfermos, ni redenciones de cautivos, ni la construcción de magníficos templos, ni espléndidas dotaciones de monasterios: *En el interior está la principal gloria de la hija del Rey* [58], en el fervor del corazón, en los vestidos *recamados con franjas de oro*, esto es, en la pureza de los pensamientos, en el ardor de los deseos, en la múltiple variedad de toda clase de virtudes, como se lee en los Cantares: *¿Qué podréis ver en la Sulamite sino coros de escuadrones de armados* [59], es decir, el campamento de las virtudes?

No porque le falten los privilegiados servicios de Marta, que son tanto más esclarecidos y excelentes que los nuestros, cuanto es más excelente servir a Dios en persona que hacerlo a sus familiares; sino porque esta solicitud de Marta no le era a la sacratísima Virgen impedimento alguno para proseguir en la ocupación de María, como de ella está escrito: *Dormía yo, y estaba mi corazón velando* [60]. Como si dijera: ciertamente duermo al exterior, ocupada en mis quehaceres, pero estoy vigilando interiormente, siempre atenta a la oración; pues desde el momento en que aquel divino y resplandeciente lucero encandiló los ojos de esta perspicaz y sublime Aguila, jamás volvió a dejarlos vagar ya por las cosas terrenas. Más aún, ya antes de llevar en su sagrado seno al Verbo de Dios, presentada por sus padres cuando tenía tres años en el templo, se entregaba en compañía de otras doncellas día y noche a la oración y contemplación. Pues había aprendido a conocer al Señor aun antes que a sí misma, y a pesar de no saber hablar, su espíritu se entregaba a la oración. Pero después que por el anuncio del ángel llegó a ser madre de Dios, absorbida por la magnitud de los misterios que se habían cumplido en ella y sumergida con toda su alma en aquel inmenso piélago de claridad, como arrebatada en su interior en un continuo éxtasis, según nos lo declara la lectura evangélica, *conservaba todas estas cosas en su corazón* [61].

12. Pues qué, si a nosotros, tibios e ignorantes como somos, tanto nos afectan y arrebatan, cuando los contemplamos, los misterios que en ella se realizaron, ¿qué hemos de pensar de ella, que lo había visto en su espíritu y lo experimentó en su cuerpo? Nosotros al solo pensamiento

[58] Ps. 44,14.
[59] Cant. 7,1.
[60] Ib. 5,2.
[61] Lc. 2,51.

nos sentimos desfallecer; ¿cómo pudo ella soportar el peso, la suavidad, los ardores de tan soberanos sacramentos? Y ¿cómo podía olvidarse de Dios, a quien llevaba primero en su seno, luego en su regazo, en sus manos, junto a su pecho? ¿Podía *la madre olvidarse del hijo de sus entrañas* [62], y de tal y tan soberano Hijo? Pero después de la ascensión de su Hijo al cielo, nada sabemos de ella sino que, según se dice, encerrada en su oratorio, consideraba una y otra vez en su espíritu todos los misterios que había visto y oído, repasando en su mente con diligencia cómo lo concibió, cómo le dió a luz, las palabras de Simeón en el templo, los trabajos que con El hubo de soportar en Egipto, sus palabras, sus milagros, su doctrina, su conversación, su muerte, su resurrección, su ascensión y todo lo demás que esta virgen prudentísima y sapientísima repasaba con asiduidad en su corazón y enseñaba a los discípulos como quien lo conocía a la perfección. Esta fué toda la vida de la Virgen, éste el brevísimo compendio de toda su peregrinación.

Por lo demás, ningún mortal ha podido penetrar las dulcísimas emociones que experimentó en vida tan sublime y celestial, y las divinas inspiraciones del Espíritu Santo que sintió; sólo ella pudo conocerlo, ella la única que, mediante la irradiación del Hijo y por la sombra que le hizo el Espíritu Santo, mereció experimentarlo. Y, por consiguiente, aunque casi ninguna otra cosa se diga de la Santísima Virgen en el Evangelio sino que concibió y alimentó al Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo, en esta sola elevación se nos ofrece materia tan amplia y abundosa para reflexionar y pregonar, que ni puede ser agotada ni siquiera tocada dignamente en tantos volúmenes como los santos nos han legado; fueron de mayor amplitud y sublimidad que la que puede alcanzar el sentido humano. Por donde, cuando el hombre creyera haber acabado, se convencerá que entonces empieza, y mejor aún, se dará cuenta que no ha empezado; y si no hubiera cesado nunca de alabarla, encontrará que no ha hecho más que querer hacerlo.

Las emociones de tu corazón, ¡oh Virgen bendita!, sobrepujan nuestra facultad, exceden nuestros empeños: te elevaste a una altura que no puede alcanzar nuestra mirada. El curso de tu vida no debió ser consignado por escrito, sino meditado; porque, ¿cómo ha de llegar la pluma a donde no llega el espíritu? Pues ¿quién es capaz de expresar aquellos ardorosos ímpetus de tu espíritu, más ardientes que los de los mismos querubines, que tan hondamente sentiste en la investigación y consideración de tantos y tan

[62] Is. 49,15.

soberanos misterios en ti realizados? ¿Quién puede describir aquel fuego de ardentísima caridad que quemaba tus entrañas y en que de continuo te abrasabas para con quien te hizo tan perfecta que pudiera elegirte por madre? Realmente si, como hemos dicho, la caridad es lo mejor y lo único necesario, superaste no sólo a los hombres, sino también a los espíritus angélicos.

13. Según los santos doctores hay tres clases de amor de Dios: el natural, el adquirido y el infuso. Por el amor natural toda criatura ama a su Creador más que a sí misma; pues teniendo como connatural las criaturas animadas e inanimadas la conservación de sí mismas y el protegerse con todo cuidado, esta inclinación es más fuerte respecto al ser Divino, eterno e inmenso, del cual todas proceden, que respecto del suyo propio; de tal suerte que, si por un imposible, Dios pudiera padecer en sí algún menoscabo, antes soportaría de buen grado el mundo entero su propia ruina. Por este amor natural hacia Dios en el último día se armarán todas las criaturas contra los rebeldes y pertinaces que le han exasperado con sus palabras y sus obras, para tomar una justa venganza y darles el merecido castigo.

El amor adquirido es aquel que conquistamos con nuestros ejercicios espirituales y la frecuencia de la oración. Lo excitamos, alimentamos y aumentamos con las buenas obras, favorecidos por la divina gracia; está bien claro en aquellas palabras: *En mi meditación se encendían llamas de fuego* [63].

Y el amor infuso es aquel del cual dice el Apóstol a los Romanos: *La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que se nos ha dado* [64].

Fácil es demostrar cómo ha superado la Virgen en estas tres clases de amor a todos los santos y elegidos de Dios. En primer lugar, respecto al amor natural, a más del universal y común a toda criatura, fué la única que tuvo otro especial, propio y peculiar suyo, que es el mayor de todos los naturales, del cual nadie pudo gloriarse ni en el cielo ni en la tierra, puesto que a ningún otro se ha concedido tal amor. Pues ¿qué ángel u hombre fuera de ella pudo jamás decir a Dios: *Tú eres mi hijo: yo te he engendrado hoy?* [65] Ahora bien, reconozcamos aún en los mismos brutos y aves cuán poderoso es este amor para con los hijos. Y en las mujeres alcanza tales proporciones el fuego de este amor materno, que se entregan con frecuencia a

[63] Ps. 38,4.
[64] Rom. 5,5.
[65] Ps. 2,7.

ridículas gesticulaciones con los hijos que amamantan, pues no hay madre sin frenesí para con su hijo. Vemos, en efecto, cómo las madres suelen amar con cierta fuerza natural a los mismos hijos deformes e indolentes, más aún, a los más feos y abominables, en los cuales parece no hay motivo alguno de amor; y no se molestan por muchas torpezas de sus hijos, pues aman con un amor extraordinario a los que han engendrado de sus propias entrañas. Por consiguiente, ¿qué amor hemos de pensar profesaba la piadosísima Virgen a su único hijo, el más encantador, el más hermoso, sabio, obediente, el mejor, que rebosaba de todas las gracias y dones, resplandeciente en todas las virtudes y ciencia, el más acabado que podemos imaginar en todos los bienes apetecibles al hombre? ¿No conocía con toda seguridad y claridad que, por encima de todo esto, era el verdadero Dios y Creador suyo y de todas las cosas? ¿Qué ardores y llamaradas no irradiaría aquel innato fuego en sus entrañas cuando llevaba en su regazo a tal Hijo amamantándolo a su pecho?

14. Y no era como las otras madres, no tenía un hijo común con un varón, pues que sin su concurso lo había concebido y engendrado: bajo todos los aspectos era suyo, engendrado totalmente de sus entrañas; no tenía El padre alguno sobre la tierra, no conocía ella quien tuviera parte en el Hijo: era sola para El solo, y El era solo para ella sola. No tenía un hijo común con el hombre, sino con Dios; era madre en la tierra de aquel que tenía a Dios por padre en el cielo. ¡Oh inestimable caridad de la Virgen, oh incomprensible elevación de la tierna doncella!

Respecto al amor adquirido, si éste puede adquirirse mediante el ejercicio, ella fué la que más que ningún otro se lo procuró. ¿Podemos comprender qué fuego de amor se acumularía en su corazón en tan prolongada conversación, en un trato tan frecuente, en una compañía tan asidua, ya que durante treinta años conversó con El día y noche, jamás se apartó de su lado, le sostuvo en su infancia, le alimentó en la niñez, le mantuvo en su adolescencia, sirviéndole siempre como fidelísima esclava hasta la muerte y comunicando con El los íntimos secretos todos de su corazón?

Y en cuanto al amor infuso, ¿quién no ve cuán grande tuvo que ser en ella? Pues hemos de recordar que, concebida en gracia, jamás perdió por el pecado la que había recibido, antes bien la aumentó con sus buenas obras; y saludada ya como *llena de gracia* [66] por el ángel en la encarnación del Verbo, es sobresaturada después con la protección del Espíritu Santo [67], para que de su plenitud reciban

[66] Lc. 1,28.
[67] Ib. 1,35.

todos por el Hijo; y después de todo esto, en el día de Pentecostés [68], rebosante del Espíritu Santo, recibe a este mismo Espíritu con más plenitud aún que el Colegio apostólico, para que abundara y superabundara en ella la gracia, ya que en ella se infundió no por partes, como en los demás, sino toda la plenitud. Así, pues, no siendo el amor infuso sino la misma gracia, o como un apéndice de la misma, ¿cuál será la inmensidad del amor infuso donde tan grande fué la plenitud de la gracia? Finalmente, ¿con qué fulgurantes ardores no inflamaría el corazón de la Virgen, en cuyo seno se ocultó corporalmente durante nueve meses, como en una nubecilla, aquel Sol ardentísimo? ¡Oh entrañas virginales, en tantas y tales llamas inflamadas!, ¡oh sagrado pecho, en donde ardía tan irresistible este triple horno de amor!, ¿cómo pudiste aguantar, cómo no desfalleciste, cómo no te disolviste con tan inmenso fuego de amor?

15. Por aquí podéis conjeturar, hermanos míos, cuán pesada tuvo que ser la ausencia después de la ascensión del Hijo, cuán dura e irresistible la peregrinación de esta vida mortal, con qué anhelos y lágrimas se desharía por salir de este mundo y estar con su Hijo. ¡Qué amor la atormentaba, qué ansia la encendía, qué afecto la abrasaba de estar con aquel que había visto con sus ojos penetrar triunfante en el cielo, con aquel que bien sabía ella presidía a los espíritus angélicos, y en el cual no ignoraba la inmensa gloria y alegría que a ella se le reservaba! ¡Oh, cómo se encendía en su pecho este deseo siempre que veía a aquellos santos varones y devotas mujeres que moraban con ella lamentar con lágrimas la ausencia de su Maestro, echar de menos su presencia, y decirle más con sus afectos que con sus voces: *¿Hacia dónde partió tu amado, oh hermosísima entre las mujeres?, ¿adónde se fué, que iremos contigo a buscarle?* [69] ¡Con qué sollozos y suspiros entonces, con qué gemidos inenarrables y con qué clamores de su espíritu importunaba a los espíritus celestiales: *Conjúroos, ¡oh hijas de Jerusalén!, que si hallareis a mi amado, le noticiéis cómo desfallezco de amor* [70], que desfallezco por la fuerza del amor, que me consumo toda de amor! Calmad, por favor, estas llamas, templad el incendio: *Confortadme con flores, fortalecerme con manzanas, porque desfallezco de amor* [71], pues no es *mi firmeza como la de las peñas, ni es de bronce mi carne* [72].

Por eso, con fundamento se puede creer que en todo el tiempo de su destierro, para soportar aquellos ímpetus amorosos, fué sustentada por los ángeles con aromáticas paradisíacas flores y manzanas rojas como la púrpura, esto es, con clarísimas revelaciones y suavidades dulcísimas del cielo, para que no desfalleciese de amor, y que se vió tan recreada con esas cándidas rosas y lozanos lirios *hasta declinar el día y caer las sombras* [73]. Moderábale también sus ímpetus a la vez que le proporcionaba divina consolación la voluntad de su Hijo, a quien tanto amaba, la cual la mantenía en la tierra y de la cual ni por un momento se apartó en lo más mínimo. Era también necesaria para la naciente Iglesia, que consolidaba con su magisterio; y era el consuelo de todos los santos y fieles, que de todas partes acudían a ella y a quienes ella amparaba con su presencia como abriga la gallina a sus polluelos bajo las alas. Porque, en efecto, de todas partes del mundo acudía a Jerusalén una inmensa multitud de fieles convertidos, para contemplar el gran milagro del orbe, aquel divino y celestial oráculo, aquel tabernáculo sacrosanto, en quien se dignó encarnar el Hijo de Dios. Y la realidad era superior a la fama, y la vista de la Virgen excedía a la expectación de los que venían. Tal era el concurso de los fieles que acudían a ella, que se veían llenos los caminos.

Considerad, hermanos, lo que ocurriría si la tuviéramos al presente en la tierra. ¿Quién no correría presuroso en toda la Iglesia para contemplar tamaño espectáculo? Pues indudablemente que eran mucho más fieles y fervorosos aquellos primeros cristianos, que fueron puestos como fundamento de la Iglesia, según nos lo atestigua con creces el inmenso océano de sangre que se derramó por Cristo en aquellos tiempos. Así es que permaneció la Virgen santa en la tierra, no por algunos días sino por muchos años, gracias a la providencia de Dios sobre su Iglesia, para que al ser fundada se asentara sobre su doctrina y costumbres.

16. Y llegó el día tan amable y deseado, en que le plugo a Dios sacarla de este destierro, y estando orando, según se dice, y pidiendo esto precisamente, apareciósele el ángel Gabriel, tan familiar suyo, hablándole así: Alégrate y regocíjate, ¡oh Virgen pura!, tu ruego ha sido escuchado, tu deseo ha sido cumplido: llegarás llena de gloria, como has anhelado, y según tus méritos serás coronada de gloria celestial. ¡Cómo se alegró con este mensaje, cómo *se transportó su espíritu de gozo en el Dios su salvador!* [74] Reunidos de todas partes los apóstoles, y rodeándola y orando todos los fieles que se encontraban entonces en Jerusalén, como nos cuenta San Dionisio en el libro *De los*

[68] Act. 2,4.
[69] Cant. 5,17.
[70] Ib. 5,8.
[71] Cant. 2,5.
[72] Iob 6,12.
[73] Cant. 2,17.
[74] Lc. 1,47.

Nombres Divinos[75], puesta de rodillas, clavados los ojos en el cielo, sin excitación, sin enfermedad, sin ansiedad, sin dolor, al contrario, con transportes de gozo jubiloso, entregó su beatísimo espíritu al Hijo y dejó las preciosísimas reliquias de su cuerpo a la Iglesia, bien que por poco tiempo, pues no era digna la tierra de poseer tamaño tesoro; no convenía que aquel sagrario, del cual había Dios tomado carne, se convirtiese en polvo, ni parecía justo se redujera a polvo la carne que no conocía la corrupción del pecado.

Así, pues, en el mismo día de su muerte[76], o, según quieren algunos, a los tres días, llegándose su Hijo con toda la corte celestial, infundió aquella alma santísima en su cuerpo, y resucitándola en un momento, gloriosa e inmortal, con gozo y honor increíble, alegrándose los ángeles y regocijándose todas las potestades celestiales, la elevó al cielo y la colocó por sus manos sobre todos los coros de los espíritus bienaventurados.

De modo que celebramos hoy una triple festividad: el tránsito de la Virgen, es decir, su salida de este mundo; su resurrección, por la cual fué vestida de inmortalidad; y su gloriosa Asunción, por la cual voló feliz en cuerpo y alma a los cielos. Y siendo estas festividades cada una de por sí solemnísimas, ¿con qué veneración deben celebrarse las tres reunidas?

17. Ignoramos completamente lo que ocurrió en aquel felicísimo tránsito, cuáles fueron las recomendaciones que hizo a los apóstoles, a los fieles que estaban presentes, qué es lo que habló a las mujeres, qué encargos recibió de todos ellos, qué ruegos, qué alabanzas le tributaron al partirse, aunque se nos recuerdan en ciertos libros apócrifos[77] algunos detalles sobre el tránsito de la Virgen, que pasamos aquí por alto por ser muchos de ellos poco verosímiles.

Lo que siempre resultará insignificante e inferior a la realidad es cuanto se diga sobre los transportes de júbilo de los ángeles y sobre la magnífica entrada en el cielo. Si los ángeles y toda la ciudad celestial celebran con gran solemnidad la entrada en el reino celestial de cualquier alma

[75] C. 2.

[76] Es enteramente incierto cuándo resucitó la B. Virgen y fué elevada al cielo, como nota Suárez en la 3 parte, t. 2, disp. 21. sect. 2. Como opinión más probable se puede aceptar la que afirma que tuvo lugar al tercer día, sobre todo si tenemos en cuenta lo que, tomado de Juvenal, obispo de Jerusalén, nos dice Nicéforo (l. 2, c. 22, y l. 15, c. 14).

[77] Tal es el libro *De transitu Virginis*, que juzga entre los apócrifos Gelasio (dist. 15, c. *Sancta Romana*), y se cree que es el que bajo el nombre falso de Melitón de Sardes se encuentra en la Bibl. Patrum, t. 1, p. 2.ª, p. 212.

al separarse del cuerpo, ¿qué hemos de juzgar de la entrada de la Madre del Rey en los cielos? Y si, como dice San Jerónimo[78], se ha oído a veces en la tierra una multitud de ángeles cantando a coro y regocijándose en la muerte de algunos santos, ¿cuánto se ha de juzgar fué mayor su alegría en este día en la Asunción de la Virgen Madre de Dios? El que honra así a sus esclavos, ¿cómo no había de honrar más a su Madre? Por tanto, sin duda alguna, como dice San Jerónimo[79], bajó su Hijo hoy con toda la corte celestial, y tomándola en sus manos, la colocó en los cielos sobre las cumbres de los ángeles, que se quedaban atónitos contemplando tan sublime dignidad y exclamaban: *¿Quién es esta que sube del desierto rebosando en delicias apoyada en su amado?*[80]

¿Cómo no habían de admirar tan sublime encumbramiento de una mujer que es llevada al cielo no por manos de los ángeles, sino en el regazo del Hijo unigénito de Dios? Cuéntanos ya, ¡oh Bienaventurada!, qué experimentaste cuando más resplandeciente que la luna fuiste estrechada en los brazos de tu amado Hijo; cuando te saludó el concurso de tantos miles de ángeles que salían a tu encuentro y te ensalzó con maravillosos cánticos de alabanza. Por eso dice San Bernardo[81]: Felices una y mil veces los besos que

[78] El autor del *Serm. de la Bienaventurada Virgen María*, c. 8: «Leemos con qué frecuencia han acudido los ángeles a los funerales y sepultura de muchos santos y dado honor a sus entierros, y cómo han acompañado a las almas de los elegidos al cielo con cánticos y alabanzas, en todo lo cual se recuerda que hasta se han llegado a oír coros de uno y otro sexo cantando alabanzas, llegando a veces, lo cual es más fácil de observar, a brillar los mismos (santos) con un gran resplandor, y, aun viviendo en la carne, haber sentido por largo tiempo la fragancia de un maravilloso perfume. Y si para reanimar la esperanza de la hija muy amada y corroborar a la vez la fe de los presentes, tales y tan grandes cosas, a fin de poner más de relieve los meritos de los suyos, se na dignado mostrar nuestro Salvador Jesucristo acerca de los difuntos mediante sus ministros celestiales, ¿cuánto más se ha de creer que hoy acudió la milicia celestial con todos sus ejércitos al encuentro de la Madre de Dios para festejarla, y que El la rodeó totalmente de un gran resplandor y la condujo entre alabanzas y cánticos espirituales al trono que se había preparado para sí antes de la creación del mundo?»

[79] El mismo (c. 9): «No hay duda alguna que toda aquella celestial Jerusalén exultó entonces con inefable alegría, y se sintió acariciada por una inestimable caridad, y que entonces se regocijó en un completo parabién, puesto que la festividad esta que nosotros celebramos cada año se les hizo perenne a todos ellos entonces. Y no sin razón se cree también que el mismo Salvador universal, en cuanto podemos entender, salió todo resplandeciente, y con grande gozo la colocó consigo en el trono; pues ¿cómo de otra manera parecería haber cumplido lo que El mismo había mandado en la Ley: *Honra al padre y a la madre?*» (Mt. 15,4).

[80] Cant. 8,5.

[81] Véase nota 71 del *Sermón 2 en la Asunción de la B. V. M.*

la Virgen imprimía en los labios de Jesús Niño al estrecharle en el virginal regazo; pero inmensamente más felices los que te da hoy el que se sienta en el trono. ¿Cuál fué el saludo mutuo y cuáles las palabras que se cruzaron?, ¿qué dijo entonces la Madre al Hijo?, ¿qué respondió el Hijo a la Madre?, ¿cómo brillarán en el cielo aquellas dos refulgentes lumbreras?, ¿cómo regocija la ciudad la dichosa presencia del Rey y la Reina? Alegraos, hermanos, y regocijaos, porque ya pronto se nos mostrará la luz, pronto estaremos presentes, pronto saltaremos de júbilo y exclamaremos: *Como los oímos, así lo hemos visto en la ciudad de nuestro Dios, en su santo monte* [82].

Así, pues, con estas aclamaciones y júbilo de la corte celestial es introducida hoy en manos del sapientísimo y poderosísimo Salomón esta Arca de Dios en aquel templo celestial no fabricado por la obra de los hombres, y extendiendo sus alas los querubines para cubrirla, es colocada con todos los honores en la gloria del paraíso, a la cual se digne llevarnos el mismo Jesús su Hijo, a quien con el Padre y el Espíritu Santo se debe todo honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON V

Ven del Líbano, Esposa mía, vente del Líbano; ven y serás coronada (Cant. 4,8).

PRIMERA PARTE

1. Es una gran prerrogativa para las almas entrar a formar parte de los coros angélicos. Pues ¿qué es nuestra alma o cuál su dignidad si se la compara con la naturaleza angélica? El alma es como la materia prima en la naturaleza espiritual: el supremo espíritu es Dios, más bajo está el ángel y el último es el alma. Pero aquellos que tienen diferente naturaleza consiguieron igualarse en la gracia por privilegio y merecimiento del Redentor. Así dice el Apocalipsis: *Medida de hombre, que era la del ángel* [1]. Pero son adscritas las almas a los distintos coros angélicos según sus méritos: así, el alma que vivió en el siglo, pero usó bien de las criaturas en servicio del Creador, es agregada a los ángeles; la que lo dejó todo por Dios, para disponer a Dios

[82] Ps. 47,9-2.

[1] Apoc. 21,27.

una digna morada en su corazón, se la agrega a los tronos; la que ejerció alguna prelacía, a los principados; la que iluminó a muchos con la luz de su doctrina, a los querubines; y la que encendida en amor de Dios llegó a exponer su vida por El, a los serafines. Y ningún santo, por extraordinaria que haya sido su santidad, puede ser antepuesto con certeza a todos los coros angélicos; de nadie nos afirma esto la Iglesia.

Claro que podríamos replicar: Si la gloria corresponde al mérito, ¿cómo no excede la gloria de Pedro, de Pablo, de Esteban, a la de todos los ángeles? Pues parece en realidad que los han aventajado a todos en merecimiento: ¿quién fué, en efecto, apedreado?, ¿quién fué crucificado?, ¿quién fué quemado vivo?, ¿quién fué desollado? Pues bien, los santos han soportado todos estos martirios por el Señor; en cambio, el ángel logró sin dificultad alguna unirse con Dios. A lo cual podemos responder: el ángel con un solo acto meritorio alcanzó tanto como los santos en los muchos actos de toda su vida; y lo mereció en aquel acto de permanecer fiel a Dios, aunque no tuviera contradicción ni dificultad, cuando se despeñaron los otros. Además, que no consiste la razón del mérito en sola la dificultad del acto, sino más bien en la perfección del mismo, en la intensidad y ardor de la caridad que lo provoca. Y ésta, según la dignidad de su naturaleza y la magnitud de la gracia, fué más excelente en los ángeles que en cualquier mártir al exponerse a la muerte.

2. Por consiguiente, solo de la Virgen Madre de Dios, de ella sola exclama sin la menor vacilación y escrúpulo toda la Iglesia: «has sido ensalzada, Santa Madre de Dios, sobre los coros de los ángeles» [2]; solo ella mereció ser llamada Reina de los cielos y Señora de los ángeles. Aunque no consta ciertamente la manera de aventajarse a los coros angélicos; lo cual puede tener lugar de dos maneras: siendo la más encumbrada del coro más alto, como se dice de Lucifer que era el más alto de los serafines, o formando un coro aparte y una jerarquía, sin estar agregada a algún otro. Habla de esta cuestión San Buenaventura (II *Sententiarum*, dist. 9, q. 7) y con más amplitud nuestro Egidio de Roma [3].

[2] La Iglesia en el oficio de esta festividad.

[3] *In 2 Sent.* (dist. 9, q. 3, a. 1): «Por consiguiente, la bienaventurada Virgen fué elevada sobre todos los coros de los ángeles, y, según el aserto de San Anselmo tratando de la concepción virginal, brilla con la mayor pureza que debajo de Dios se puede concebir. De lo cual no se sigue, sin embargo, que no pertenezca a algún orden; pues está en el mismo orden de los serafines, porque está toda encendida por la caridad, de suerte que puede ser llamada serafín, esto es, encendida de amor. Sin embargo, en ese incendio de caridad ocupa el supremo lugar, de tal manera que ninguna criatura se le iguale ni pueda igualársele en lo demás,

Algunos se adhieren a la primera manera por las siguientes razones: primeramente, porque, según Ecequiel [4], los lados de la ciudad son iguales; y uno de ellos es la naturaleza angélica, y el otro la humana; por tanto, no hay coro angélico sin espíritu, ni hay alma alguna fuera de un coro angélico. En segundo lugar, porque se dice en el Deuteronimio: *Fijó los límites de los pueblos según el número de los hijos de Israel* [5]; y se refiere aquí a los ángeles. En tercer lugar, porque, como se dice en el libro de Judit, *has acudido a nuestro Dios para impedir su* (del pueblo) *ruina* [6], y en el Salmo: *consumará su ruina* [7]; por tanto, no hay alma donde no hay ruina, y toda ruina tuvo lugar en algún coro; luego, etc. La cuarta razón se funda en que la criatura intelectual representa a la naturaleza increada, pero en ésta no hay más que tres personas y no puede haber cuatro; luego en los espíritus angélicos no hay más que tres jerarquías, y no se puede añadir otra para la Virgen. De estas razones una o dos pueden tener cierto valor.

3. No obstante estos argumentos, como la sentencia opuesta, que parece seguir también San Buenaventura [8], está más en consonancia con la dignidad de la Virgen, afirmo que la Virgen forma por sí sola un coro, es decir, se verifica en ella *la perfección de la conducta* [9] de Dios, esto es, de las criaturas; con lo cual se añade el décimo lugar al número nueve de coros, que es imperfecto, para que resultase totalmente perfecto el número de las criaturas intelectuales. Lo cual podemos demostrar con autoridades de peso. Primeramente, se dice en el Salmo: *A tu diestra está la Reina* [10]; y el Hijo está sentado *a la diestra* [11] del Padre; por consiguiente, como a la diestra del Padre sólo tiene su trono el Hijo, así lo tiene sola la Madre a la diestra del Hijo. Forma, pues, la Virgen un trono propio sobre todos y fuera de todos los coros angélicos. La segunda prueba la tomamos de aquella autoridad de los Cantares: *Sesenta son las reinas y ochenta las esposas de segundo orden e innumerables las doncellitas. Pero una sola es la paloma mía, la perfecta mía, una sola es...* [12] Como si nos dijera abiertamente que no habíamos de agregarla a ella ni a las reinas, esto es, a los ángeles; ni a las concubinas, es decir, a las almas bienaventuradas; ni a las doncellitas, esto es, a las almas justas que se perfeccionan aquí en la Iglesia; ni a ningún otro orden de bienaventurados o justos, sino que merece una veneración y alabanza aparte. En tercer lugar, se prueba por la razón: los coros de los ángeles se distinguen por la dignidad, por el oficio, por la gracia o por la gloria. Si por la dignidad, ¿cuánto más digna es la madre del rey que el siervo del rey?; ha sido hecha *tanto más excelente que los ángeles* [13]; *¿a cuál de los ángeles dijo jamás:* Tú eres mi madre, hoy me has engendrado? Este argumento está tomado de otro semejante del Apóstol [14], en que prueba que Cristo ha sido considerado como de mayor gloria y dignidad que Moisés. En cuanto a la distinción por el oficio, porque los ángeles tienen cuidado de un alma; los arcángeles, el de una ciudad o provincia; las potestades tienen a raya y rechazan a los demonios, etcétera; todos estos oficios se encuentran con más perfección en sola la Virgen. Pues que ella no sólo protege y y guarda un alma o una provincia, sino a toda la Iglesia; ella es la que ahuyenta a todos los demonios, extirpa las herejías, es más perspicaz que los querubines, más ardiente que los serafines, más capaz que los tronos para contener a Dios; por tanto, no pertenece a coro alguno, sino que forma todo un coro.

4. Y si consideramos la gracia o la gloria, no dudamos que su beatitud aventaja mucho más a la del más encumbrado serafín, que lo que aventaja un coro a otro, y más aún que lo que el más encumbrado espíritu aventaja al coro más bajo de los ángeles y espíritus; a los demás se les ha dado la gloria por partes, a ella, en cambio, se le ha comunicado la plenitud de la misma; pues ella vuela a más altura con su inteligencia, penetra más hondamente el abismo de la Divinidad, se abraza más estrechamente con el vínculo del amor, saborea más cumplidamente el deleite de la suavidad.

---

porque ni ha tenido semejante a si ni tiene quien la siga... Hemos dicho de la gloriosa Virgen María, a quien podíamos llamar serafín, que está abrasada en un inmenso ardor de caridad, de tal suerte que arde enteramente en la misma. Y si alguien para honrarla dice que no pertenece a ningún coro, cuanto puede decirse en su honor ha de recibirse con toda reverencia».

[4] Ez. 41,6.
[5] Deut. 32,8.
[6] Iudith 13,25.
[7] Ps. 109,6.
[8] *In 2 Sent.* (dist. 9, q. 7): «La Bienaventurada Virgen María no estará en la patria fuera de todos los órdenes; por consiguiente, estando sobre todos los órdenes, constituirá por sí misma un orden; de donde se sigue que habrá allí más de nueve órdenes». Y resuelve la cuestión de esta manera respondiendo al argumento: «Y no es óbice alguno lo que se objeta acerca de la Bienaventurada Virgen, es decir, que, como el privilegio especial no se ha de reducir a la ley común, así la prerrogativa singular de la Bienaventurada Virgen no se ha de medir con la distinción de los órdenes, establecida según la ley común».
[9] Iob 46.
[10] Ps. 44,10.

[11] Ib. 109,1.
[12] Cant. 6,7-8.
[13] Hebr. 1,4.
[14] Ib. 3,3.

Qué bien expresa esto Ecequiel: *Una grande águila, de grandes alas y de miembros muy extendidos, poblados de plumas de varios colores, vino al Líbano y se llevó lo mejor del cedro*[15].

Es águila la Virgen, porque sola ella sobre todas las puras criaturas penetra con su mirada la luz inaccesible de aquel Sol; y como el águila es la reina de las aves, así la Virgen es la señora de los espíritus. Este águila se encumbra soberanamente en el espacio, y mira desde lo alto la presa, el alma de los pecadores, para arrebatarla a los cielos con las garras de su caridad. *De grandes alas,* porque tiene que proteger bajo sus alas todo el tabernáculo del Señor, esto es, la Iglesia. *De miembros muy extendidos.* Veamos cuál es su largura: no hay quien no reciba de la largueza de la Virgen, desde el más bajo pecador hasta el ángel más encumbrado, mejor aún, hasta el mismo Señor de los ángeles; recibe el pecador el perdón, el justo, la gracia; el ángel, la gloria; Dios, la carne.

Poblados de plumas de varios colores. Por plumas inherentes a la carne entiendo las virtudes que adquirió durante su vida; como variedad que brilla por encima, considero el variado resplandor de dones y gracias que del cielo le fué otorgado. Por lo tanto, brillante de virtudes y refulgente de dones, *vino al Líbano.* Del Líbano *vino al Líbano*: del Líbano de la pureza, al Líbano de la claridad; del Líbano de la inocencia, al Líbano de la gloria. Y volando más arriba aún en este Líbano, subióse al altísimo cedro de la Divinidad. *Y se llevó lo mejor del cedro,* porque ella sola sobre todas las criaturas penetra los arcanos, los más íntimos tesoros, la gloria misma de la Divinidad, y ante la beatitud de su gloria parece superficial toda la gloria de los otros santos; pues ella sola se alimenta en lo más secreto del trigo más escogido[16], ella recibe más íntima felicidad y ha sido introducida mucho más dentro por el Rey celestial en la bodega[17] del amor y goce de Dios. Vemos qué diferencia hay entre la gloria de la Virgen y la de los otros, vemos a qué altura tan encumbrada ha sido sublimada hoy esta *grande águila.* Escuchemos ahora la corona que ha de hermosear a esta águila en el Líbano: *serás coronada,* dice el tema. Y continúa: *De la cima del monte Amana, de las cumbres del Sanir y del Hermón, de la guarida de leones, de los montes de leopardos*[18]. Cuán altos son los montes de que han de recogerse rosas y flores para la corona de la Virgen.

5. Cinco son las partes que notó, y significan los cinco

[15] Ez. 17,3
[16] Ps. 80,17.
[17] Cant. 2,4.
[18] Ib. 4,8.

géneros de bienaventurados de cuyas excelsas cumbres de gloria es coronada la Virgen, porque lo más encumbrado de aquéllos se encierra en la sola corona de la Virgen. *Amana,* que significa la naturaleza angélica, está puesto por sí y sin división y en el principio, como el monte más alto. *Sanir y Hermón,* dos montes, designan los dos géneros de santos del Antiguo Testamento, es a saber, los patriarcas y los profetas, y por eso los puso juntos. *De la guarida de leones, de los montes de leopardos.* Los leones y los leopardos significan en la ley de gracia otras dos clases de santos, pues todos los santos de la nueva ley han conseguido el reino celestial por el martirio o por la virtud. Llamamos, pues, leones en el Evangelio a los que, mostrándose fuertes en la batalla, descansan, por el derramamiento de su sangre, en las cuevas, es decir, mansiones celestiales, de que dijo el Señor: *en la casa de mi Padre hay muchas habitaciones*[19]. Y llaman leopardos a los que, hermoseados con la multiplicidad de virtudes y la variedad de sus encantos, fueron agregados a los soldados de la corte celestial *con vestidos forrados*[20], con las virtudes infusas y adquiridas.

Así, pues, ¡oh Virgen María!, *serás coronada de la cima del monte Amana, de las cumbres del Sanir y del Hermón, de la guarida de leones, de los montes de leopardos;* porque toda la gracia y esplendor, toda la gloria que tienen los ángeles todos y patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, todo esto se dió a la Virgen, y su única corona supera todas las coronas de los otros y contiene la gama de su claridad. Pues rodea su cabeza quíntuple aureola: la de la pureza, con las vírgenes; la de la fortaleza, con los mártires; la de la ciencia, con los doctores; la de la inocencia, con los ángeles, y la de la Madre de Dios, que no comparte con nadie. Y quizá significan también esto las doce estrellas que figuran en su corona del Apocalipsis[21]: es decir, doce excelencias singulares y extraordinarias que resplandecen en la Virgen, y cuya enumeración sería prolijo destacar. Dice San Bernardo[22]: si el ojo no vió, ni escuchó el oído, ni pudo llegar al corazón del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman, ¿quién puede explicar lo que preparó para la que le engendró y que le amó más que todos? Y si donde tú estás[23], allí está tu ministro, ¿con cuánta mayor justicia estará tu Madre? Y si colocas a tus ministros sobre doce sillas para juzgar *las doce tribus de Israel*[24], ¡oh Señor!, ¿en qué trono

[19] Io. 14,2.
[20] Prov. 31,21.
[21] Apoc. 12,1.
[22] Véase nota 71 del *Sermón 2 en la Asunción de la B. V. M.*
[23] Io. 12,26.
[24] Mt. 19,28.

tan alto se sentará contigo la que fué tu morada durante nueve meses en el cuerpo, y en cuya alma reposaste de continuo, sin sentirte molesto por un pecado venial ni por la más insignificante falta? ¡Cuánto honra a la Madre quien nos manda honrar a nuestros padres [25] con la promesa de la vida eterna!

6. ¿Quién puede explicar la extraordinaria alegría de este día, las danzas angélicas, el gozo sin medida de toda la corte celestial? ¿Quién puede ni siquiera imaginar el soberano honor, amor y fervor con que hoy es recibida la bienaventurada Virgen en el palacio celestial por los más elevados espíritus? ¡Con qué alegría le salen al encuentro, con qué entusiasmo corren de una a otra parte, cómo la colman mutuamente de elogios, cómo se felicitan mutuamente, y con sus mutuos parabienes se acrecienta la alegría! Ved cómo estando el cuerpo de la Virgen en el sepulcro, y mirando su Hijo desde el trono de su majestad, vió aquella perla celestial oculta en el polvo de la tierra. ¿Qué es esto, se dijo? ¿No está tomado de aquel cuerpo virginal este mi cuerpo que ofusca todo resplandor? ¿No soy acaso carne de su carne [26] y hueso de sus huesos? ¿Cómo puedo yo estar resplandeciente de luz maravillosa en el solio de majestad y el cuerpo de mi Madre profanado por los gusanos en el sepulcro? No puedo soportar esto; en desdoro mío redunda el menoscabo que sufriere el cuerpo de mi Madre. Y no es justo que esté expuesto a la corrupción el cuerpo que no estuvo sujeto a la concupiscencia, e indigno que sufra la putrefacción en el sepulcro un cuerpo que no fué afeado con mancha alguna, y experimente la afrenta de la pudredumbre el que no experimentó la del pecado.

Ea, por tanto, ¡oh celestes soldados!, ea, alerta: *entonad salmos, tocad el pandero, el armonioso salterio, junto con la cítara. Tocad las trompetas en el novilunio, en el gran día de vuestra solemnidad* [27]. ¿Por qué he de decir vuestra? Mía más bien, porque mía es la gloria de mi Madre. Así, pues, envía delante de El una gran multitud de celestes potestades, y rodeando como abejas el sepulcro de la Virgen, vuelan jubilosos en su rededor: se produce una ingente claridad y exceso de luz en el contorno. Se reúnen también, como dice San Crisóstomo, los apóstoles, inspirados por el Espíritu Santo, y así se mezcla la Iglesia militante con la triunfante. Resuenan cánticos por una parte, por otra alabanzas, y como formando coro responde una

[25] Deut. 5,16.
[26] Gen. 2,23.
[27] Ps. 80,3-4.

Iglesia a la otra, esperando la voz del Esposo que despierte a su Esposa, y le dicen a Cristo: *suene tu voz* [28].

7. Clama entonces desde el elevado solio el Verbo de Dios vivo y exclama en alta voz: *levántate, apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y vente* [29]. *Levántate, ¡oh salterio y cítara!* [30] *mía, y ven. Ven del Líbano, Esposa mía, vente del Líbano* [31], no te demores, *ven y serás coronada*. Entonces, al conjuro de esta retumbante voz, aquella alma benditísima, encerrada en los virginales miembros, sale al punto del sepulcro más resplandeciente que la claridad del sol y de la luna, como sale la regia esposa del tálamo, resplandeciente de perlas, oro y piedras preciosas, en el día de su desposorio. Entonces resuenan por todas partes con estrépito los instrumentos celestiales: doblan todos las rodillas, y poco a poco, con toda veneración, es levantado a las alturas por manos angelicales el deífico tabernáculo. Se pasma el Colegio apostólico, y, como fuera de sí, regado su rostro por las lágrimas, levantan su voz en pos de la Virgen: ¿adónde te encaminas, ¡oh Virgen prudentísima!, *cual aurora naciente* [32], tan rutilante? ¡Oh Hija de Sión!, toda hermosa y encantadora en extremo [33]; ¡oh Hija de Jerusalén!, ¿adónde vas tan gloriosa y nos dejas? Tú te diriges a las eternas riquezas, nosotros quedamos abandonados en las miserias terrenales; tú penetras en los celestiales palacios para reinar en ellos, y nos dejas huérfanos en este valle de lágrimas; tú eres agregada a las falanges de los ángeles, y nos dejas a nosotros para ser despedazados por los lobos carniceros. ¡Oh Virgen graciosísima!, con tu presencia podían tolerarse todas nuestras tribulaciones, las persecuciones, las dificultades todas, que por tu Hijo tenemos que soportar de parte del mundo entero: fuiste tú siempre consuelo para el triste, descanso para el afligido, alivio para el que llora. A los cuales respondió la Virgen: *consuélate, ¡oh pueblo mío!, consuélate* [34].

Hallábase ya a la mitad de la altura, cuando de repente sale del cielo el resto de la corte celestial, y le sale al encuentro con su Hijo glorioso. Imagínate si puedes, ¡oh alma!, qué exceso de gozo y desbordamiento de alegría tendría lugar cuando, a la vista de todos los bienaventurados, se salen al encuentro el Hijo y la Madre, al ser ésta recibida, abrazada y besada por el Hijo; cuando mutuamen-

[28] Cant. 2,14.
[29] Ib. 2,10.
[30] Ps. 56,9.
[31] Cant. 4,8.
[32] Ib. 6,9.
[33] La Iglesia en el oficio de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María.
[34] Is. 40,1.

te se saludan aquellos dos cuerpos, más resplandecientes que toda luz imaginable. ¡Oh, qué palabras, qué expresiones! Más vale meditarlo que tratar de expresarlo. San Bernardo [35]: Felices una y mil veces los besos que la Virgen imprimía en los labios de Jesús Niño, pero inmensamente más felices los que en el saludo de hoy le da llenándola de gozo el que se sienta en el trono.

8. Volvamos ahora nuestra vista y consideración a los ángeles, y veamos qué es lo que hacen, cómo cantan y aplauden. Escuchemos a Salomón, secretario de la Virgen, que en espíritu vió de antemano y consignó por escrito todo esto. Se quedan atónitos todos los ángeles ante tan gran dignidad de la Virgen, ante el soberano honor que le tributa el Creador de todas las cosas; y volviéndose a sí mismos, no como ignorándolo, sino como admirándose, se plantean tres preguntas, a la manera que en la Ascensión de su Hijo nos las describe Isaías [36]. Escribió Isaías la historia del triunfo del Rey de la gloria, y escribió Salomón el triunfo de la Virgen Madre de Dios. Preguntaban los primeros entre sí: *¿Quién es ésta que sube del desierto rebosando en delicias apoyada en su amado?* [37] *¿Quién es ésta?* No es esto propiamente una pregunta, sino una admiración. Como si dijeran: Mirad quién *es ésta*, qué Virgen *es ésta*, cuya hermosura y beldad admiramos los mismos ángeles. Es la mayor alabanza que pudieron tributarle los ángeles, la admiración; porque en las cosas comprensibles la admiración es señal de ignorancia, y en las incomprensibles, señal de sabiduría. Los hombres prudentes acostumbran a no admirarse de nada cuando están en tierras extrañas, a fin de no aparecer ignorantes; pero la perfecta alabanza de Dios es la admiración, y el que no admira es porque no comprende. Por tanto, *¿quién es ésta que sube del desierto rebosando en delicias?* ¿Cómo el desierto produce tales rosas y flores?, ¿cómo se engendran en este valle de lágrimas tales perlas?

Otros decían: *¿Quién es ésta que va subiendo por el desierto como una columnita de humo formada de perfumes?* [38] Pues que con su fragancia llenó todo el cielo, la tierra y el orbe. Exclamaban otros: *¿Quién es ésta que va subiendo cual aurora naciente* [39], encendida por la caridad, resplandeciente de blancura por la pureza? ¿Quién puede responderles *quién* sea *ésta?* Aunque las estrellas se conviertan en lenguas y las arenas del mar se tornen palabras,

[35] Véase nota 22.
[36] Is. 63,1.
[37] Cant. 8,5.
[38] Ib. 3,6.
[39] Ib. 6,9.

no podrá ser puesta de manifiesto la dignidad de María. Respóndales su capellán [40] casi con las palabras que se siguen. *¿Quién es ésta? Esta* es aquella escala de Jacob [41], una de cuyas extremidades toca a la tierra mientras su cima penetra en los cielos, uniendo a la tierra con el cielo, juntando a los de una con los del otro, por la cual bajan los ángeles a los hombres y suben los hombres angélicos a las regiones superiores, en cuyo medio, es decir, el precioso seno, fué como enclavado [42] el Hijo de Dios, formado del barro de nuestra sustancia terrena y sujeto con los lazos de la carne.

Esta es aquel arca [43], en que se libra todo el género humano de la sumersión en el diluvio de los pecados; *ésta* es la zarza de Moisés [44], ardiendo sin consumirse, engendrando sin sufrir corrupción; *ésta* es la vara de Aarón [45], germinando sin humedad, concibiendo sin concupiscencia a la celeste Flor; *ésta* es el vellocino de Gedeón [46] empapándose sin división, esto es, sin corrupción, del rocío celestial, es decir, el Verbo de Dios en la seca era del mundo; *ésta* es el santuario [47], *ésta* es el propiciatorio [48], *ésta* es el arca del Testamento [49], *ésta* es la urna [50] que encierra el dulcísimo maná venido del cielo. ¿Qué diré sobre *quién* sea *ésta?* Es el cielo, es la estrella, es el jardín de delicias, es el paraíso de Dios; es la oliva fructífera, es la columna del mundo, es nuestra corona; es la esposa de Dios, su hermana, su hija y su madre. De ésta habla toda la Escritura, a ella se refiere toda, por ella se compuso toda; por su medio fué redimido el mundo, despojado el infierno, el demonio abatido, abierto el cielo; por ella bajó Dios al hombre y subió el hombre a Dios; por ella fué destruída la muerte, abolido el pecado, encontrada la gracia, suprimida la miseria. Ella es la que reparó el estrago de los ángeles, devolvió la vida a los hombres, la salud a los enfermos, dió la libertad a los cautivos, estableció a los miserables en los cielos; ella es la alegría de los ángeles, la corona de los hombres, la gloria de las mujeres, el blasón de la Iglesia y su única

[40] San Bernardo. Mejor, el autor de los sermones sobre la antífona «Salve, Regina», serm. 3, n. 2. Llama nuestro santo orador capellán de la Bienaventurada Virgen María a San Bernardo, quizá porque, según una inscripción antigua del *Menologio* de Enríquez, se dice fué decorado con semejante título por la misma Virgen.
[41] Gen. 28,12.
[42] Ps. 68,3.
[43] Gen. 6,14 s.
[44] Ex. 3,2.
[45] Num. 17,8.
[46] Iud. 6,38.
[47] Ex. 15,17.
[48] Ib. 25,17.
[49] Ib. 26,34; Hebr. 9,4.
[50] Hebr. 9,4.

esperanza; sentada a la diestra del Hijo, bendita por los siglos.

9. Figura de su Asunción fué aquella translación [51] del arca con todo género de instrumentos músicos, translación hecha por el rey David, que saltaba de gozo delante de ella. Sólo la hija de Saúl, la sinagoga, con gran arrogancia y altiva cerviz, se deshace de envidia, y por eso permaneció estéril, sin hijos, sin fruto. Otra figura tenemos en Salomón saliendo al encuentro de su madre [52] y poniéndole su solio a su diestra. Una tercera figura, en la nubecilla del libro de los Reyes [53].

Veamos la figura y su exposición: *A la séptima vez*, esto es, en la edad séptima, *he aquí que subía del mar una nubecilla pequeña como la huella de un hombre* [54]; lo cual se dice por humildad, pues en otra parte era una gran nube que contenía a Dios en su regazo; y era esta nube más capaz que el mismo cielo. Esta nube, repito, nube ligera es, nube sin pecado, formada del vapor del agua, esto es, de carne pasible; pero se elevaba por el ardor del sol, esto es, con el amor de Dios moraba en las alturas por la contemplación. He aquí una nube pequeña, *como la huella de un hombre*. En Cristo Jesús la cabeza es la Divinidad. Dice el Apóstol: *Dios es la cabeza de Cristo* [55]; y en los Cantares: *Su cabeza, oro finísimo* [56]. Y su pie es la humanidad. El Salmo: *Hasta teñirse tus pies en la sangre* [57], esto es, el cuerpo. La Virgen es la huella de este pie; porque así como la huella se asemeja al pie, así la Virgen en su vida entera es una verdadera imagen y figura de la humanidad de Cristo.

Esta Virgen *subía del mar*. Grande sobre manera se dijo era la gloria de la Virgen que subía. ¡Qué alegría, qué triunfo! Pero ¿consiguió la Virgen este triunfo sin esfuerzo y sin lucha? Ciertamente que no: porque he aquí cómo sube del mar de las tribulaciones, del mar de las persecuciones; conoció el oleaje del mundo, sus sacudidas, sus tempestades. Recordemos cómo ya al principio huye con su Hijo [58] a través del desierto, y se encuentra desterrada durante siete años, y tiene que soportar la pobreza, y todo ello sin parientes; no hay quien la socorra; sola con su Hijo y con San José, tiene que morar como extranjera entre pueblos idólatras. ¡Qué penalidades tuvo que soportar y sufrir allí!

Y en tiempo de la predicación y de la pasión, ¿quién

[51] 2 Reg. 6,15.
[52] 3 Reg. 2,19.
[53] Ib. 18,44.
[54] Ib.
[55] 1 Cor. 11,3.
[56] Cant. 5,11.
[57] Ps. 67,24.
[58] Mt. 2,14.

puede resumir todo lo que pasó? ¡Cuán justamente se sienta en el mismo solio con su Hijo, la que había estado pendiente en el mismo patíbulo! *Estaba junto a la cruz de Jesús su Madre* [59]; está ahora a la diestra de su gloria la que estuvo entonces a la diestra de la pasión.

Pero ¿qué dice Isaías? Acab, una nube sube del mar: *Anda, come y bebe; porque ya oigo el ruido de una gran lluvia que viene* [60]. La Virgen sube, la Virgen es elevada a las alturas. Tú, Acab [61], hermano de padre; ¡oh pueblo cristiano!, hermano por la naturaleza humana de tu Padre, de tu Creador; pues al tomar nuestra naturaleza se hizo hermano nuestro el que era nuestro Padre y nuestro Creador. Por tanto, tú, ¡oh, hermano de tu padre!, *anda, come y bebe* hasta saciarte; alégrate, regocíjate, pues tu tierra, es decir, tu alma, ya no será estéril; sube una nube del mar, sobrevendrá una inmensa lluvia de gracias; un extraordinario torrente de dones descenderá de la nube, inundando a toda la Iglesia, fecundando a todas las almas.

10. Después que subió la Virgen, fué hecha la Iglesia *como huerto bien regado* [62]. La sinagoga es tierra árida, sin fruto, sin semilla. Pues por ti, ¡oh, Virgen!, y de ti misma se ha otorgado a la Iglesia la inmensa lluvia de virtudes e influencias divinas; por ella, como dice San Bernardo [63], dispuso Dios dar al mundo cuanto había de darle. Y el Salmo: *Mirra, áloe y casia tus vestidos* [64], *de gradas de marfil* [65]. De marfil son las escalas y gradas por las que subió la Virgen. Mira qué gradas, mira de qué marfil están fabricadas: la primera grada es la predestinación eterna de Dios para ser su madre; la segunda, el estar figurada por los patriarcas; la tercera, anunciada por los profetas; la cuarta, saludada por el ángel; la quinta, el concebir por obra del Espíritu Santo y quedar convertida en madre de su Creador; la sexta, su exaltación hoy al cielo por encima de todas las criaturas. ¡Oh escalones felices, oh escalones purpúreos, oh escalones purísimos, limpísimos, de marfil!

Con qué gracia andan esos tus pies por estos escalones, *¡oh Princesa* [66], esposa del Príncipe, madre del Príncipe! *Además de lo que dentro se oculta* [67]. ¿Qué es *lo que dentro se oculta?*, ¿qué es lo que hay dentro de la Virgen?

[59] Io. 19.25.
[60] 3 Reg. 18.41.
[61] Según San Jerónimo *(Libro de los nombres hebreos)*, la palabra Acab significa *hermano de padre*.
[62] Is. 58,11.
[63] Véase la nota 69 del *Sermón 1 en la Nativ. de la B. V. M.*; la nota aludida se atribuye a San Jerónimo.
[64] Ps. 44,9.
[65] 2 Par. 9,17-18.
[66] Cant. 7,1.
[67] Ib. 4,1.

¿*Qué* veis *en la Sulamite sino coros de escuadrones armados* [68] y la fortaleza de esos coros? Están allí ocultos los coros de las gracias, la fortaleza de las virtudes, los órdenes de los méritos. Cualquier otra alma es grande si es castillo de Dios; pero en la Virgen están ocultos los coros de los castillos, se ocultan reunidas y entrelazadas todas las virtudes y gracias. Pero ¿no se oculta algo más? Sí, ciertamente, está oculto el león en la oveja, Dios en la Virgen, el sol en la nube. *He aquí una nubecilla pequeña* [69], en la cual se oculta Dios, y por tanto grande, más grande aún que el cielo, más capaz que todo el universo.

Pero tornemos a las gradas de marfil, de las cuales dice el profeta [70] se exhalarán preciosos aromas de aquellos vestidos. De las vestiduras de la que sube destila *áloe*, destila *casia*, destila *mirra*. Las gradas dijimos eran los frutos; las vestiduras de la Virgen son las virtudes, de las que dice el Salmo: *a tu diestra está la reina con vestido bordado de oro, y engalanada con varios adornos* [71]. ¿Qué variedad de vestiduras es ésta sino la que expone San Jerónimo diciendo [72]: tienen los otros santos cada uno su virtud propia, pero María poseyó la fortaleza de los mártires, la pureza de los vírgenes, la dignidad de los apóstoles, la santidad de los confesores, la claridad de los doctores? Día vendrá, ¡oh bienaventurada Virgen!, en que *de todas ellas te has de adornar como* [73] de un ropaje, de todas aquellas con las que fulguran y resplandecen todos los santos.

Por tanto, de estas vestiduras de la Virgen destila *mirra* de compunción para los pecadores, *áloe* de devoción para los justos, *casia* de perfección para los santos; fluye de allí la amargura, que purifica el alma de los que aún manchan su vida; fluye también la dulzura, que alegra a los justos purificados de sus manchas; fluye la fortaleza, que da firmeza a los que había purificado la amargura de la contrición o había alegrado la dulzura de la devoción. Por consiguiente, no hay *quien pueda esconderse de su calor* [74]: no hay nadie que no se beneficie de las gotas de salud [75] que destilan del palio de la que asciende. Así es que todos con una sola alma adoremos a la Fuente de la vida [76], de cuya plenitud [77] somos humedecidos, llenos y fecundados tan abundantemente por su canal, esto es, su Madre.

[68] Cant. 7,1.
[69] 3 Reg. 18,44.
[70] Ps. 44,9.
[71] Ib. 44,10.
[72] Mejor, el autor del *Serm. de la Asunc. de la B. V. M. a Paula y Eustoquio.*
[73] Is. 49,18.
[74] Ps. 18,7.
[75] Ib. 71,6.
[76] Ib. 35,10.
[77] Io. 1,16.

SEGUNDA PARTE

11. Las palabras del tema, a más de ser encaminadas por el Hijo a su Madre, como se ha expuesto, puede también dirigirlas el Amado a su Amada, esto es, el Verbo, esposo, al alma del justo, su esposa; a lo cual nos mueve la insistencia con que repite: *ven, ven, ven.* ¡Oh buen Jesús, con qué amor amas al alma que redimiste con tu sangre! ¡Con qué ansia llamas a la que se ha olvidado de ti! ¡Con qué gozo la recibes al volver a tus brazos! ¿Quién puede explicar cabalmente el afecto del que llama con tal insistencia, y da voces con tal ansiedad, e invita con tal ardor? *Ven*, dice, *del Líbano, Esposa mía, vente del Líbano; ven y serás coronada.* Estimúlete para venir ser mi esposa. Pero, además, ¿qué delicias, qué gozos, qué tálamo, qué trono crees que tiene preparado tu Esposo? Muévate, pues, el amor de tu Esposo, y muévate también la prenda de su preciosa sangre, que ofreció por ti en la cruz y que te ofrece también en el altar. Y si eres tan tibia que no ardes con el amor de tu Esposo, muévate al menos la corona, muévate la hermosura y esplendor de su gloria que te están preparadas. *Ven*, dice, *serás coronada.* Por tanto, *ven, Esposa*, y si no, *ven*, al menos he aquí la corona. *Ven* por mi amor; y si no, ven siquiera por amor de ti. Si no quieres venir por tu Esposo, ven al menos por tu conveniencia.

¡Oh alma mía, oh amada mía!, ¿qué excusa puede quedarte para tardar aún? Si no me amas a mí, ámate por lo menos a ti. Excelentes ornamentos, vistosos vestidos, fúlgidas joyas están preparadas para ti en mis armarios; por tanto, si no te mueve mi amor muévate al menos tu utilidad. *Ven, serás coronada.* ¿Por qué sigues, desventurada, los halagos falaces de este siglo, las riquezas vanas, los fugaces pasatiempos, olvidada de tan soberanos bienes, de la inmensa felicidad, del eterno descanso que tengo preparado? No te deslumbren las apariencias del siglo, no te detenga la hermosura de este mundo [78], que es transitoria. *Ven del Líbano, ven, serás coronada.*

¿Por qué dejas de acudir a la corona, de acudir a la palma, al real convite, al cetro del reino, al regazo del Esposo, a las delicias del paraíso? ¿Por qué recelas de acudir a mí, tu Señor, Esposo tuyo, tu Creador, tú, ¡oh alma!, que has sido formada con mis manos, redimida con mi sangre, por quien soporté tantas fatigas, aguanté tantos improperios, sufrí tan atroces suplicios en mi carne? Por ti sola, dejando las noventa y nueve ovejas en el cielo [79], bajé a las

[78] 1 Cor. 7,31.
[79] Lc. 15,4.

miserias de este valle de lágrimas; por ti sola, olvidado de mi gloria y majestad, me revestí los andrajos de la mortalidad; por ti estuve echado en un pesebre y pendiente del patíbulo; por ti trabajé, por ti ayuné y oré, sudé sangre y derramé hasta la última gota. ¡Oh alma ingrata y dura como la piedra! ¿Qué haces ahí quieta? ¿Por qué te detienes vacilante? ¿Por qué te detienes sumergida en placeres, revolcándote en inmundicias? *Ven, serás coronada.*

12. ¡Oh Amado mío! *¿Quién me diera alas como a la paloma para echar a volar?* [80]. Llévame, ¡oh Señor!: *En pos de ti correremos al olor de tus aromas* [81]. Nadie puede venir a ti sin ti. Bien lo sé, Señor; si esparces tus aromas, si le propones a mi olfato la fragancia de tu suavidad, correré *al olor de tus aromas.* Mientras no arde tu perfume, me retiene falazmente el hedor de la sensualidad halagüeña; se juzga dulce su placer mientras no arde tu verdadera suavidad; correremos tras el olor, correremos a la visión. Envía tu fragancia e iré a tu corona; esparce tu perfume y correré a tu tálamo.

Viene bien aquí, ¡oh hermanos míos!, deplorar la ceguedad de nuestro corazón, las tinieblas de nuestra mente, por abrazarnos con tan ardoroso afán a esta vida mortal y mortífera, o más bien muerte viviente, y huir como un mal irremediable la misma muerte del cuerpo, que es el principio de nuestra felicidad. ¡Qué dolor nos atormenta cuando se acerca el día de nuestra salida de esta miseria y la entrada en tan sublime gloria! Sólo a la fuerza acudimos a las delicias del paraíso. ¿Y por qué a la fuerza sino porque no tenemos fe, ni esperanza, ni caridad? Pues si tuviéramos siquiera una ligera esperanza de aquellas celestiales delicias, no habría por qué temer la muerte, antes al contrario, tendríamos muchos motivos para codiciarla. Por consiguiente, la tibieza de la fe, esperanza y caridad, o el remordimiento de la mala conciencia, es lo que hace tan triste la muerte del cuerpo; pues muchos creen en la felicidad y la desean, pero considerando los crímenes de su vida pasada, no la esperan para sí. Por eso temen venir no al Esposo, sino al Juez; no al tálamo, sino al juicio; y previniendo con su juicio interior el fallo mismo del Juez, se dan cuenta que no son llamados a la corona sino a la pena; pues no salen del Líbano, sino del cieno; y por eso ven que se echa encima, no la gloria sino el infierno. Y ciertamente no se puede dudar del fundamento de ese temor. Pues no es esposa la que así es llamada, sino esclava; más aún, no acude al llamamiento sino por la fuerza. Declara esto elegantemente

[80] Ps. 54,7.
[81] Cant. 1,3.

San Cipriano mártir [82] en el sermón de la Mortalidad, donde dice: Cuán intempestivo y perverso es no someternos pronto a la voluntad de Dios cuando nos llama de este mundo, estando pidiendo todos los días que se cumpla en nosotros, como lo pedimos diciendo *Hágase tu voluntad* [83]. Oponemos resistencia, forcejamos, y como esclavos pertinaces somos llevados a la presencia del Señor con pena y tristeza, y pretendemos ser honrados con premios celestiales por el mismo a quien sólo a la fuerza acudimos. Hasta aquí San Cipriano.

Los tales no tienen sed de Dios [84], fuente viva, no claman con el profeta: *¡Ay de mí, que mi destierro se ha prolongado!* [85] *¡Cuándo será que yo llegue y me presente ante la cara de Dios!* [86] No desean, sino que temen aparecer; no anhelan, sino que huyen. Así, pues, el alma que desea presentarse segura y alegremente ante Dios, mientras vive en el mundo tenga su morada en el Líbano. Recuerde que se ha dicho: *Ven del Líbano, serás coronada.* Como si dijera: ¿quieres ser coronada? *Ven del Líbano.* Si te seduce la corona al final, no te disguste la morada en el Líbano. Por tanto, *ven del Líbano,* no de Egipto, ni de Babilonia, ni de Edón; pues, como dice el Salmista, *no seré yo el que convoque sus sanguinarios conventículos* [87], y en otro lugar: *la carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios* [88]; sino *del Líbano.* ¡Oh monte Líbano, gracioso y esclarecido! ¡Sólo de él caminan las almas al cielo, son llamadas a la corona de las regiones celestes! No está abierta la puerta del cielo sino a los que van del Líbano.

13. ¿Cuál es este Líbano tan vecino del cielo y tan cercano de las regiones celestiales? El Líbano envuelve en sí la idea de candor; y el candor no es una blancura cualquiera, sino la blancura resplandeciente de luz, como fué el de los vestidos de Cristo en la transfiguración. Por consiguiente, el candor está formado de luz albeante y de brillante blancura. ¿Qué es la blancura sino la pureza de la naturaleza? ¿Qué es la luz sino el encanto de la gracia? Por tanto, si añadimos a la pureza de la naturaleza el ful-

[82] *Lib. de la inmortalidad,* después del medio. Según la edición de Baluzii, debe leerse así: «Cuán intempestivo y perverso es que, pidiendo se haga la voluntad de Dios, cuando nos llama y nos hace salir del mundo, no obedezcamos inmediatamente a su mandato. Oponemos resistencia, forcejeamos, resistimos, y como esclavos pertinaces somos llevados a la presencia del Señor», etc., como está el texto.
[83] Mt. 6,10.
[84] Ps. 41,3.
[85] Ib. 119,5.
[86] Ib. 41,13.
[87] Ib. 15,4.
[88] 1 Cor. 15,50.

gor de la gracia, tendremos al alma cándida, sale ya del Líbano de la inocencia; si hay mancha, por pequeña que ella sea, ya no hay Líbano. Y así, al llamar a la Esposa del Líbano, advirtió como dando testimonio de su pureza: *Toda tú eres hermosa, ¡oh amiga mía!, no hay defecto alguno en ti*[89], y añade en seguida: *Ven del Líbano, Esposa mía, vente del Líbano; ven, y serás coronada.*

¡Oh Señor!, si esto es así, ¿quién podrá salvarse? ¿Quién podrá gloriarse de tener limpio el corazón? *Ni el niño que tiene un solo día de vida sobre la tierra*[90]. ¿Quién se vió libre de la universal mancha de pecado? ¿Quién no se vió manchado con sus propios delitos? El mismo San Juan, que tú amaste de un modo extraordinario, decía de sí: *Si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos*[91]. La Virgen amada, tu Madre, mereció únicamente compartir este privilegio contigo; a ella sola se le dió este candor del Líbano, ella sola estuvo libre de la culpa, libre de la primera mancha, sin experimentar la infección del aliento venenoso de la serpiente; ella sola es la que tiene *puras las manos y limpio el corazón*[92]; por eso sólo ella puede ascender *al monte del Señor*[93] desde el Líbano de la inocencia. San Jerónimo en el sermón de este día[94]: de tal modo la había emblanquecido el amor divino, que nada había en ella que pudiera profanar el afecto humano; sólo existía el ardor continuo y la embriaguez de la profusión del amor.

¿Qué se sigue de todo esto? ¿Que sólo ella será coronada? ¿No fué también coronado Pedro? ¿No fué coronado Andrés? ¿No fué coronado Pablo? ¿Cómo, si no, se gloría Pablo diciendo: *Nada me resta sino aguardar la corona de justicia que me está reservada?*[95] Y, sin embargo, no salió del Líbano de la inocencia el que persiguió a la Iglesia[96]: fué el primero entre los que apedrearon a San Esteban[97], y se confiesa como el primer pecador diciendo: *de los cuales el primero soy yo*[98]. ¿O acaso fué coronado Pablo, pero por no ir del Líbano fué coronado no *de la cima del monte Amana, de las cumbres del Sanir*, sino que recibió otra corona; como si aquella corona de Amana respondiera sólo a los que van del Líbano y el monte Amana coronara sólo a los que el Líbano ha en-

[89] Cant. 4,7.
[90] Iob 14, según la versión de los Setenta.
[91] 1 Io. 1,8.
[92] Ps. 23,4.
[93] Ib. 23,3.
[94] Lugar citado antes, nota 72.
[95] 2 Tim. 4,8.
[96] 1 Cor. 15,9.
[97] Act. 7,57-58.
[98] 1 Tim. 1,15.

viado? ¿No será acaso que hay más de un Líbano? Eso parece confirmar la voz repetida del Esposo: *Ven del Líbano. Vente del Líbano.*

Por consiguiente, no sólo del sublime Líbano de la inocencia se sube a la corona; hay también otro Líbano que invita a ser coronados en el cielo, del que subieron los que *blanquearon sus vestiduras en la sangre del Cordero*[99] y las tornaron cándidas; de ése esperamos subir también nosotros con la ayuda de Dios. El Salmo nos muestra cuál es este Líbano: *Rociarásme, ¡oh Señor!, con el hisopo, y seré purificado; me lavarás, y quedaré más blanco que la nieve*[100]. El que está limpio no necesita ser lavado; por tanto, donde se esperaba la limpieza, es porque había mancha. Y, sin embargo, es tan eficaz esta limpieza, que vuelve al alma más blanca y hermosa que la nieve. Es el Líbano de la penitencia, significada en el nombre de hisopo. De suerte, que *ven del Líbano* de la inocencia, si puedes; si no, al menos, *ven del Líbano* de la penitencia, y *serás coronada.* ¡Oh lágrimas felices, que así limpian y purifican las manchas y arrugas del alma; oh agradable dolor, que engendra tal alegría en el alma!

14. Dos cosas hay, hermanos míos, que lavan y purifican al alma afeada con las manchas de los pecados, a saber, el dolor de la penitencia y el amor de Dios, según nos dice el profeta: *Cuando el Señor habrá limpiado las inmundicias de las hijas de Sión y lavado la sangre con que está manchada Jerusalén, mediante el espíritu de justicia y el espíritu de celo*[101]. El espíritu de justicia es aquel por el que, juzgándonos a nosotros mismos, nos acusamos como reos, nos arrepentimos y nos castigamos. El espíritu de celo es el espíritu de caridad, que, después de purgada del pecado, torna al alma nítida y resplandeciente con aquel calor vivificante, a fin de que no quede en ella la más insignificante nota de fealdad que pueda ofender la mirada del Esposo. Por eso, el alma a la que purga la virtud del dolor, la perfecciona y hermosea el ardor de la caridad; en ésta se encuentra el candor del Líbano.

Y si somos aquí negligentes para limpiarla, tendrá que quemar el fuego la mancha que no lavaron las lágrimas; pues está establecido aquel fuego del purgatorio para eso, para que el ardor del fuego destruya la culpa que no disipó el dolor de la penitencia, si la culpa era venial; porque la mancha de pecado mortal después de la muerte, como connatural e ingénita en el alma, es castigada por el fuego, pero no es destruída. Esto significan expresamente aquellas dos

[99] Apoc. 7,14.
[100] Ps. 50,9.
[101] Is. 4,4.

ollas de Ecequiel. Díjole el Señor: Toma una olla llena de huesos; y después, toma una olla vacía, y *pondrás sobre las brasas la olla vacía, para que se caldee y se derrita su cobre; con lo cual se deshaga dentro de ella su inmundicia y quede consumido su sarro* [102]. ¿Qué significa la olla llena de crasísima inmundicia sino el alma que sale en pecado mortal de esta vida? En la abundancia de un mundo desenfrenado y de una vida voluptuosa había muerto aquel del Evangelio [103] que luego se alampaba por una gota de agua en el fuego. ¿Y qué se dice de esta olla? *¡Ay de la ciudad sanguinaria!, olla que está toda llena de sarro, sin que el sarro se haya quitado de ella; saca afuera de porción en porción; no se dé lugar a la suerte. Porque en medio de ella está la sangre. ¡Ay de la ciudad sanguinaria, a la cual convertiré yo en una grande hoguera!* [104] *Digna de execración es tu inmundicia* [105]. ¡Qué maldiciones tan tremendas estas! Todo ello no significa sino la pena eterna y la sempiterna combustión.

Jamás un alma llegará a ser Líbano, aunque esté ardiendo por toda la eternidad; en donde es digno de notarse que el fuego que ha de arrimarse a la olla manda sea hecho de los mismos huesos, porque el fuego que eternamente la ha de abrasar es sacado de la sustancia propia del alma, según aquello del mismo Ecequiel: *Haré salir del medio de ti un fuego que te devorará* [106]. Y también otro profeta: *Caminad a la luz de vuestro fuego* [107], que habéis encendido.

La otra olla [108], vacía ciertamente, pero inmunda de la suciedad que se le ha pegado de los ladrillos, significa el alma que muere sin pecado mortal; mas hallándose afeada con la mancha venial, se ordena que esté sobre el fuego hasta que quede separado lo puro de lo impuro, y, quitado el metal vil, quede sola la plata limpia, como hermosamente lo declara San Agustín [109]; pues ¿cómo pueden pasearse pies manchados por aquella celestial Jerusalén, construída de piedras preciosas y oro purísimo? Dice el Apocalipsis: *No entrará en esta ciudad cosa sucia* [110]. Volviendo a nuestro propósito, gran esperanza, hermanos míos, se le da al pecador al mandarle llegar no de aquel Líbano primero, sino del aludido en la repetición *vente del Líbano,*

[102] Ez. 24,11.
[103] Lc. 16,22.
[104] Ez. 24,6-7,9.
[105] Ib. 24,13.
[106] Ib. 28,18.
[107] Is. 50,11.
[108] Ez. 24,11.
[109] *Serm.* 362, n. 9; en otros, *De diversis*, 221, que es el segundo de la resurrección de los muertos.
[110] Apoc. 21,27.

a fin de que, si no tiene la inocencia, no vacile en hacer penitencia, para que le llegue [111] el reino de los cielos.

15. Mas así como no carece de misterio la repetición de la palabra *Líbano*, así también encierra un gran misterio aquel llamamiento tres veces renovado: *ven del Líbano, Esposa mía, vente del Líbano; ven, y serás coronada;* pues a más de expresar la repetición de ese vocablo el afecto ardentísimo del que llama, significa también esa triple repetición ya tres movimientos del que camina, ya tres grados del que asciende, ya tres causas del movimiento, o todo esto a la vez. Pues tres son los motivos, como tres aguijones, que espolean al alma a acudir al Esposo, es decir, a no abandonar el camino de los mandamientos, mediante los cuales se debe llegar; estos tres motivos son: el temor de la pena, el anhelo del premio, el amor de Dios. Estos son los tres dedos de que dice el profeta Isaías: *con sólo tres dedos sostiene la mole de la tierra* [112]. Pues con estos tres dedos, es decir, reprimiendo con el temor, halagando con el premio, cautivando con el amor; con estos tres dedos, como con una sobrenatural ayuda, mantiene Dios suspenso, para que no caiga del amor y contemplación de lo celestial, al corazón terreno que se desliza por el peso de su perversa inclinación a los más bajos y terrenales deleites, ya que *los sentidos y pensamientos* del hombre *están inclinados al mal desde su mocedad* [113]. Por consiguiente, *ven, ¡oh Esposa!*, por el temor de la miseria, a fin de que, si rehusas acudir a la vida eterna, no encuentres la muerte; *ven*, por el amor de la gloria y de los bienes; *ven*, por el amor de tu Esposo, que te espera con todo afecto.

También pueden estar designados los tres movimientos del alma: el movimiento recto, el curvo y el circular; pues con esos tres movimientos, según San Dionisio [114], tiende el alma a Dios. Véase a Santo Tomás sobre los Salmos comentado aquel verso: *Estaré alrededor de su tabernáculo, inmolando sacrificios*, etc. [115] Por el movimiento curvo, tiende el alma a Dios mediante la consideración de las criaturas; en el movimiento circular, de la consideración de sí misma se eleva el alma a la consideración de su principio, es decir, de Dios; y en el movimiento recto, tiende inmediatamente al mismo sin servirse de medio alguno creado. Así es que, *ven del Líbano, ven, Esposa mía; ven, y serás coronada.*

Pueden también estar expresados ahí los tres grados de

[111] Mt. 3,2.
[112] Is. 40,12.
[113] Gen. 8,21.
[114] *De div. nomin.*, c. 4, § 8 y 9.
[115] Ps. 26,6.

la ascensión del alma, de los cuales dice el Salmo: *Ha dispuesto en su corazón los grados para subir* [116]. El primero es el menosprecio del mundo; el segundo, el menosprecio de sí misma, y el tercer grado, el gusto de Dios. Por consiguiente, *ven del Líbano, Esposa mía, ven, y serás coronada; ven*, repito, por el menosprecio del mundo, al menosprecio de ti misma; por el menosprecio de ti misma, al deseo de Dios, y por el deseo de Dios, al descanso en Dios y a la fruición del mismo. Aquellos tres primeros grados pertenecen a esta vida mortal, el cuarto pertenece a la otra; por eso la llama tres veces, a fin de recordarle que ha de pasar aquellos tres grados para llegar al cuarto.

16. *Serás coronada, de la cima del monte Amana, de las cumbres del Sanir y del Hermón, de la guarida de los leones, de los montes de leopardos.* Esta diversidad de flores, recogidas de las cimas de estos montes en una sola corona, significa la diversidad de gozos en una sola bienaventuranza. *La cima del monte Amana* es la Divinidad; *las cumbres del Sanir*, la humanidad de Cristo; *las del Hermón* significan a la Virgen; *los leones*, como se ha dicho, significan las almas bienaventuradas; y *los leopardos*, a los espíritus angélicos. ¿Qué significa, por tanto, esta flor *de la cima del Amana*, sino el gozo esencial de la visión de la Divinidad? Y ¿qué significa la flor *de las cumbres del Sanir* sino el gozo de la visión de la humanidad, pues que saldrá y entrará? Y ¿qué la flor *de las cumbres del Hermón* sino el gozo de la alegre compañía de la gloriosa Virgen? En los otros no se citan ni la cima ni las cumbres, porque son innumerables los santos y los ángeles de cuya dichosa compañía goza el alma en los cielos.

¡Oh qué gozo sería vivir y orar eternamente en tan feliz consorcio! ¿A quién no será deleitable la soledad del siglo, si con ella ha de llegar el alma a tan dichosa compañía? Por tanto, como dice el Apóstol, *esforcémonos*, hermanos, *a entrar en aquel descanso* [117]. Y se apresuran a entrar los que en vez de abreviar el tiempo acrecientan el mérito, aumentando la gracia sin acortar la vida. Mucho se apresuran los que mientras moran en esta vida multiplican mucho las buenas obras; pues con la acumulación de méritos, como con la celeridad de los pasos, es como se corre a la corona celestial. Corren a la vida los que la desean con ansia, la buscan con solicitud y la encuentran con felicidad. Bienaventurada el alma que no cierra su oído a la voz del Esposo, sino que al oír su llamamiento responde: Aquí estoy, Señor. Y no se hace sorda a la voz, ni indolente ante la obediencia, ni lenta en sus movimientos, ni remisa en

[116] Ps. 83,6-7.
[117] Hebr. 4,11.

la búsqueda de su Esposo *por calles y plazas* [118], a fin de ser enriquecida con El, en El y por El con la corona eterna y brillar con la gracia perpetua, a la cual se digne llevarnos, etcétera.

SERMON VI

María ha escogido la mejor suerte (Lc. 10,40).

PRIMERA PARTE

1. Hemos de juzgar, hermanos míos, que no carece de misterio el silencio que acerca del tránsito de nuestra Señora guardan los Evangelistas, que tan clara y distintamente consignaron los hechos del Señor. ¿Cómo podemos dudar que en su nacimiento y en su infancia ocurrieron cosas maravillosas? De un modo semejante, ¿quién puede dudar que en su tránsito obró Dios patentes milagros, ya que suele el Señor honrar a sus santos con grandes maravillas después de su muerte como testimonio de su vida pasada? ¿Por qué, pues, nos contaron los hechos de Juan [1] y pasaron por alto los de la Madre del Señor? Hay muchas interpretaciones sobre el caso.

Puede afirmarse, en general, que siendo tan grandes los hechos de la Virgen, que no podían ser expresados, no era necesario intentar hacerlo; pues ¿qué se puede decir de ella que no se halle contenido en estas palabras «Madre de Dios»? Imaginémonos toda la gloria y virtud que podamos; más grande es aún la gloria de la «Madre de Dios». Por eso no se intenta describir a la «Madre de Dios», sino que se deja su descripción a nuestra devoción. Represéntate a una persona llena de gracia, hermoseada de virtudes, libre de toda mancha, ésta es la «Madre de Dios»; no necesitas otra escritura. ¿Por qué has de empeñarte en averiguar lo que no has de poder representarte?

En segundo lugar, redunda más en su alabanza que no sea la historia, sino la profecía, la que describa sus hechos; pues es tan grande y excelente, que más que los historiadores fueron los profetas los que cantaron su gloria; por tanto, lo que no se encuentra en el Evangelio se encontrará en la profecía.

También puede interpretarse que los evangelistas, al

[118] Cant. 3,2.
[1] Mt. 3,1 s.

tejer la historia de los acontecimientos, se preocuparan más de la doctrina y dar testimonio de la verdad que de tributar alabanzas; no son panegiristas, sino escritores. Y trataron de hacerlo así, para que no apareciera se dejaban llevar más del amor que de la verdad, sino que la verdad sencilla se abriese paso con palabras llenas de sencillez.

Sea de esto lo que se quiera, grande fué el silencio de las Escrituras cuando la Santa Madre Iglesia en la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen no encuentra nada que tomar del Evangelio, y así nos narra el hospedaje que de Marta recibió el Señor [2]. Pues ¿qué tiene que ver la Asunción con este hospedaje? O ¿cómo se compagina la historia con la solemnidad? ¿A qué propósito viene *entró Jesús en cierta aldea* [3] o castillo?

2. Dos cosas, por tanto, trataremos en el sermón: en primer lugar, qué relación tiene con la fiesta el texto del Evangelio; y en la segunda parte insistiremos sobre el tema que hemos propuesto. Si se examina con diligencia la letra del Evangelio, y consultamos más bien el sentido místico que el histórico, veremos cómo toda la letra se aplica en sentido figurado a la Madre de Dios, y con qué brevedad se alude bajo el tipo de un nombre ajeno a la Virgen Madre.

La ciudadela es la voluntad humana; ¿hay en efecto algo más fuerte que lo que es libre y no puede, por tanto, ser forzado? ¿Qué cosa hay más fuerte que lo que no puede poseerse por la fuerza, cualquiera que sea, sino solamente por la espontaneidad de la voluntad? ¡Oh, cuántos conflictos tiene que soportar el corazón del hombre!, ya que por una parte le invade Dios con inspiraciones, iluminaciones, terrores, y por otra parte le turba el demonio con tentaciones, sugestiones y apetitos malignos. Luchan ambos, Dios y el demonio, toda la vida del hombre, deseando poseer este fuerte castillo. Pero como el castillo suele tomarse en mal sentido, según aquello *id a ese lugar* (castillo) *que tenéis enfrente* [4], seguramente por eso es la mala voluntad el castillo, ya que en él es el demonio el alcaide del mismo. Pues el pecador, violando el juramento de fidelidad por el que se había ligado primero con Dios, se ha convertido en su adversario y se ha hecho del bando opuesto; y despidiéndose de Dios, entregó la posesión de su corazón al demonio, su enemigo, y se alistó en su partido.

¡Ay, alma infeliz, que se ha hecho enemiga de su Creador! Hasta qué punto llega la malicia del pecador, que quisiera degradar y deponer a su Dios. Quizá repliques: lejos esto de mí, jamás pretendí tal cosa; he sido malo, he sido pecador; pero siempre quise que Dios siguiera siendo Dios; lejos, lejos de mí semejante impiedad. Sin embargo, escucha cómo cuantas veces pecaste trataste de deponer a Dios en cuanto de ti dependía. Porque, ¿qué es Dios?, el supremo poder a que todo está obediente. Si en las cosas hay algo que no está sujeto a Dios, que esté fuera de su jurisdicción, ya Dios no es omnipotente, ya no es Señor universal; y, por tanto, ya no es Dios, puesto que Dios es omnipotente. Y, sin embargo, tú, al pecar, pretendiste hacer exenta tu voluntad y liberarla de su jurisdicción, pues que al no querer obedecer sus leyes te constituiste en ley de ti mismo, aspirando a no tener otro derecho y poder que el tuyo. Pues ¿qué significa «no quiero obedecer al mandato divino», sino «me sustraigo al divino mandato»? Por tanto, pretendes que haya algo, tu voluntad, en el mundo que esté fuera de la jurisdicción de Dios, quieres que Dios no tenga ya el poder universal; quieres que Dios deje de ser Dios. Quedas convencido de un gran crimen, de una gran impiedad, y tú ignorabas tu delito.

3. Esta es la rebelión, éste el castillo. Tal es el alma obstinada del pecador, que no cede a reprensiones, consejos, persuasiones, inspiraciones. Esto hizo casi todo el orbe antes de la venida de Cristo, pues ignoraba a Dios y daba culto al demonio; se había entrometido el demonio en el mundo, lo poseía sin título alguno; no tenía otro título para con el hombre sino el de haberle engañado y hecho miserable. Acordóse el piadosísimo Creador de su criatura y, queriendo librarnos del poder de las tinieblas, entró en este castillo. *Un hombre valiente armado* [5] guardaba su castillo; *pero otro más valiente* que él llegó, saqueó sus muebles y fué arrojado *el príncipe de este mundo afuera* [6]. Pero el Creador del mundo al venir al mundo no encontró quien le recibiera, según San Juan: *vino a su propio casa y los suyos no le recibieron* [7]. Y de ello se queja El en el Salmo: *Mis propios hermanos, los hijos de mi misma Madre*, esto es, la sinagoga, *me han desconocido y tenido por extraño* [8].

No había quien recibiera en su corazón al Peregrino del cielo que pasaba su destierro en la tierra; pero he aquí que *una mujer*, la gloria y la corona de las mujeres, *le hospedó en su casa* [9]; recibióle ésta en su seno, en su corazón. Por

[2] Lc. 10,38 s.
[3] Ib. 10,38.
[4] Mc. 11,2.

[5] Lc. 11,21.
[6] Io. 12,31.
[7] Ib. 1,11.
[8] Ps. 68,9.
[9] Lc. 10,38.

tanto, *entró Jesús en cierta aldea*. Su entrada es su encarnación, la puerta por donde entró es la Virgen María. Es ella la puerta del mundo, la puerta del cielo; por ésta entra Dios en el mundo, y por la misma entra el pecador en el cielo; por ésta descendió Dios al hombre, y por la misma ascendió el hombre a Dios. Bien puede decir María: He sido constituída puerta del cielo, he sido hecha puerta para el Hijo de Dios. Esta es la gloriosa Sunamitis, que recibió en hospedaje al profeta, al Señor de todos los profetas, y le preparó *un cuartito* en la casa de su corazón, y en él le puso *una cama, y una mesa, y una silla, y un candelero* [10]. Explaya esto, si te apetece, y expónlo como en el Sermón I de esta solemnidad de la Asunción de la Madre de Dios.

4. *Tenía ésta una hermana llamada María* [11]. En este sentido que estamos exponiendo, Marta y María son nombres comunes, no propios; por eso vamos a tratar de ver a Marta y a María en la Virgen. Dos partes se encuentran en la gloriosa Virgen, la inferior y la superior; la inferior es la corporal, y la superior, la espiritual; la primera es Marta; la segunda, María. Marta es la que viste de carne al Señor, lo recibe en su casa, lo alimenta con su leche; Marta es la que huye con El a Egipto [12]; Marta es la que permanece clavada con su Hijo junto a la cruz [13].

Pero *tenía ésta una hermana llamada María*. María es la que *conservaba todas estas cosas en su corazón* [14]. María es la que adora con purísimos ojos al mismo Verbo velado en la carne; Marta, la que amamanta al Hijo; María, la que le adora como a su Dios. ¡Oh Virgen feliz, dedicada enteramente al servicio de Dios, enteramente consagrada a Dios! Le sirve y le reverencia, le amamanta y le adora, le viste y le tributa alabanzas. Prestando plena atención a los servicios como Marta, se entrega enteramente a la contemplación como María: emplea en Dios toda su sustancia, toda su vida, todo su trabajo.

Escucha a Marta: *Mi alma glorifica al Señor* [15]. Glorificó la que le hizo grande. Creció en el cuerpo el que participaba de tal grandeza. Esta es el alma, esto es, el cuerpo animado, del cual tomó el Verbo la sustancia de su carne. Esta es Marta, que vistió a Dios de su carne, que siendo incorpóreo le hizo corpóreo, y grande y extenso, siendo invisible. Todo esto pertenece a la parte corporal en la Virgen.

[10] 4 Reg. 4,10.
[11] Lc. 10,39.
[12] Mt. 2,15.
[13] Io. 19,25.
[14] Lc. 2,51.
[15] Lc. 1,46.

Pero ésta tiene por hermana a María. Escuchemos lo que se sigue: *Y mi espíritu está transportado de gozo en el Dios salvador mío* [16]. Esta es María, que salta de gozo en el Señor y le alaba; ésta es la parte espiritual, como aquélla era la animal: le visto de carne y salto de gozo en el espíritu: Marta es la primera, María la segunda. Por tanto, María, estando *sentada a los pies del Señor, estaba escuchando su divina palabra* [17]. Tomémonos, hermanos míos, el placer de contemplar aquí la felicidad de esta Virgen. Muchas veces se sentó ella a los pies, esto es, junto a la humanidad de Cristo, porque *Dios es la cabeza de Cristo* [18]: ella misma tuvo siempre consigo a su Hijo siendo niño, joven, adolescente, ya varón; siempre se halló con El, siempre conversó con El, siempre estuvo en la misma casa, en la misma mesa. No se le ocultaba quién era, pues que por la embajada del ángel le había concebido sin concurso de varón, por obra del Espíritu Santo. ¿Qué suavidad y gloria podemos imaginar en este trato? La Virgen en todo tenía como maestro, como compañero, al que sabía era Dios: ella sola lo posee, ella sola lo retiene.

¡Oh felicidad, y felicidad excesiva, tener durante casi treinta años a Dios como cosa suya, obediente a ella! Pues dice que *les estaba sujeto* [19]. ¡Qué dignidad tan grande, qué felicidad tan inmensa, ser la única que tiene poder sobre Dios en la tierra! No lo reconocieron los otros hasta la resurrección. Por eso, ¡oh Virgen bienaventurada!, con toda razón y derecho te alaban todos los espíritus, pues así te ensalzó Dios y mereciste tal cantidad de gracia ante El. Sentada a sus pies, escuchabas al Verbo en la tierra; sentada ahora a la diestra de la majestad, contemplas al Verbo de Dios con tanta mayor claridad cuanto más de cerca lo ves.

5. *La cual se presentó a Jesús y le dijo: «Señor, ¿no reparas que mi hermana me ha dejado sola en las faenas de la casa»?* [20] Veamos cuándo y cómo se cumplió esto en la Virgen. Es cierto que en la Virgen hubo dos amores, y que lucharon como dos gigantes en el campo del corazón virginal; pues conocía las Escrituras, conocía las profecías, y sabía que Dios había venido para redimir al mundo, y cómo lo había de redimir, a saber, con el suplicio de su muerte. Y por eso anhelaba, como alma justa que era, la redención del mundo; pero se resistía, como madre, a la pasión del Hijo Redentor. El amor al mundo la hace desear su liberación; el amor al Hijo la retrae, y no quiere

[16] Ib. 1,47.
[17] Ib. 10,39.
[18] 1 Cor. 11,3.
[19] Lc. 2,51.
[20] Ib. 10,40.

que sufra el Hijo; y, sin embargo, sabía por las Escrituras que el mundo no había de ser redimido sino con la muerte del Hijo.

Estaba junto a la cruz, doliéndose del tormento del Hijo, doliéndose de la tortura, que, sin embargo, sabe es necesaria al mundo. Marta es la que se lamenta de la pasión, y María es la que anhela la liberación del mundo: como su Hijo, clama al Padre: *Padre mío, si es posible no me hagas beber este cáliz* [21]; pero como sé que tu cáliz es la medicina del mundo, *no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú* [22]. Se aflige Marta, se entristece el corazón de la Virgen, se llena de angustia; pero María no se aparta de la voluntad de su Hijo. Gran solaz y consuelo podía desbordarse de María a Marta; pero así como la gloria de la parte superior no redundaba en la inferior en el Hijo, a fin de que pudiera padecer, así también en la Virgen, para que pudiera compadecerse y sufrir más, disponiéndolo así Dios, no influía la razón en la carne, a fin de que la Madre sufriese más por el Hijo y el Hijo duplicase su pasión con la tristeza de la Madre, para que la pasión fuera sumamente dolorosa y le quedara así obligado enteramente el género humano.

Reconozcamos, por tanto, que el mismo motivo de queja tienen el Hijo y la Madre. Clama la Madre al Hijo: *Señor, ¿no reparas que mi hermana*, mi mente, mi espíritu, *me ha dejado sola en las faenas de la casa*, padecer y sufrir? Y clama el Hijo al Padre: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* [23] Le llama Dios, no le llama Padre. Cuando oraba antes solía decir: *Padre mío* [24], como tratando de inclinarle mediante la piedad del nombre de padre a evitarle a El la pasión; pero, puesto ya en la tortura, exclama: *Dios mío, Dios mío*. No son éstas pruebas de un padre, no es propio del padre abandonar a su hijo en el tormento, no te muestras aquí como padre, sino como Dios y Señor. *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* Era poco entregarme a la muerte, si no me abandonases en ella. Porque tú eres el que me crucificas; tú, el que para redimir al esclavo me entregas siendo tu Hijo [25]: por obedecerte muero; no son los judíos, sino tu obediencia la que me crucifica; no es Pilato, sino Dios el que me juzga.

Escuchemos, en efecto, cómo responde el Señor a Pilato cuando le dice: *¿No sabes que está en mi mano el crucificarte y en mi mano está el soltarte?* [26] ¿Qué le dice el Señor? *No tendrías poder alguno sobre mí si no te fuera dado de arriba* [27]. Como si dijera: no eres tú el que me juzga, sino mi Padre; no eres tú el que me condena, sino que de arriba viene la sentencia de mi muerte. *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* [28] Me has condenado a muerte y, además, *me has desamparado*. Me presentas el tormento y me niegas el consuelo: parece te has vuelto cruel para conmigo. No me quejo de que me hayas condenado a muerte; me quejo de que al menos no me hayas ayudado. Jamás has abandonado a un pecador que eleva a ti sus clamores, a un esclavo que se halla en trance de desesperación; sólo para mí te has tornado cruel. Clama el pecador, y le escuchas; sin embargo, clamé yo día y noche [29], y no me oyes. *Con todo eso tú has desechado y despreciado a tu Ungido... y no le has auxiliado en la guerra* [30]. Ayudaste a Lorenzo entre las llamas, a Esteban entre las piedras, a Sebastián entre las flechas; pero *has desechado y despreciado a tu Ungido*. Claro que en último término *una sola cosa es necesaria* [31]: *Conviene el que muera un solo hombre por el pueblo* para que no *perezca toda la nación* [32].

6. Antes de pasar a la exposición del tema es conveniente para nuestra ilustración interpretar moralmente la letra del Evangelio, y así, junto con las alabanzas de la Virgen podremos encontrar algo saludable a nuestra conciencia. Pues es bien sabido que en estas dos mujeres están significados dos géneros de vida, la activa y la contemplativa. Entiendo por vida activa el socorrer al prójimo en sus necesidades, fatigarse en las obras de piedad para con el mismo, dar de comer a los hambrientos, vestir a los desnudos, visitar a los enfermos, enterrar a los muertos, etcétera. Y, en cambio, la vida contemplativa se dedica únicamente a profundizar en la verdad, a disponer sus ojos para contemplar la luz, estando enteramente atenta a *cómo agradar a Dios* [33], para poder experimentar con todos los santos *qué es lo bueno, y lo más agradable, y lo perfecto que Dios quiere* [34]; buscando siempre con todo el ardor de la mente *cómo agradar a Dios*, cómo cumplir su voluntad, cuál es lo recto a sus ojos; meditando día y noche en su

[21] Mt. 26,39.
[22] Lc. 22,42.
[23] Mt. 27,46.
[24] Ib. 26,39-42.
[25] La Iglesia en el oficio del Sábado Santo.

[26] Io. 19,10.
[27] Ib. 19,11.
[28] Mt. 27,46.
[29] Ps. 21,3.
[30] Ib. 88,39-44.
[31] Lc. 10,42.
[32] Io. 11,50.
[33] 1 Cor. 7,32.
[34] Rom. 12,2.

ley [35], sondeando sus testimonios y tratando de llegar hasta lo más profundo; preparándole a Dios un santuario en la morada del corazón, examinando siempre el espíritu con el profeta [36], para que se digne Dios habitar en el templo del corazón. Estos son los ejercicios de la vida contemplativa: alabar a Dios día y noche, meditar los beneficios dispensados al mundo y a uno en particular, considerar con frecuencia las moradas y espíritus angélicos de la Jerusalén celestial. San Agustín se expresa así sobre ambas vidas [37]: El amor de la verdad busca el santo reposo, la necesidad de la caridad echa sobre sí la justa ocupación.

Pero se presenta una dificultad respecto a las palabras del Evangelio: ¿cuál de estas dos formas de vida es más perfecta y más meritoria? Parece, en efecto, que es más meritoria la activa, ya que la vida activa trabaja por el Señor, mientras que la contemplativa descansa en Dios. Por consiguiente, la contemplación tiene más bien un premio que un mérito. Pues ¿cómo se puede merecer deleitándose? Más bien ha de ser trabajando. ¿Cómo se puede comparar en mérito al que se está recreando con el que lucha en un combate? El uno escucha la palabra, el otro la cumple con esfuerzo; mayor es el mérito del que la cumple que el del que la escucha. Pero he aquí que nos ha declarado el Señor lo contrario en el Evangelio. Trabajaba Marta, descansaba María; y, sin embargo, tercia el Juez de la verdad diciendo: *María ha escogido la mejor suerte.* ¿Qué hubiera dicho Marta si no la hubiera impedido la reverencia y el amor del Maestro? Entonces, Señor, también quiero yo sentarme, quiero descansar. ¿No prefieres el reposo de María a mis afanes? Busca, pues, Señor, quien te prepare lo necesario, quien te dé de comer.

7. Nadie se enoje, hermanos míos, nadie se deje llevar de la indignación; es así, en efecto. El descanso en el Señor no es menos meritorio, antes muchas veces lo es más que el trabajo por el Señor; y tenemos una señal en que muchos son los que saben trabajar y pocos los que conocen la virtud de la quietud; pues en el premio no se mide sólo la cantidad de trabajo, sino más bien la calidad de la obra. Un ejemplo. Llevamos a casa a un expertísimo orfebre para realizar un notable trabajo en oro o en piedra preciosa; llevamos a un jornalero para que trabaje la tierra. Al presentarse por la tarde a recibir el salario, damos al orfebre un ducado de oro y al jornalero un denario de plata. ¿No sería digno de mofa el jornalero si tratara de ensalzar su trabajo diciendo: Me haces una injusticia, pues

[35] Ps. 118,97.
[36] Ib. 76,7.
[37] Véase nota 34 del *Sermón 4 en la Asunción de la B. V. M.*

he soportado con el sudor de mi rostro *el peso del día y del calor* [38], mientras que éste no ha hecho más que unas insignificantes finuras, y en tal grado le antepones a mí en la paga? ¿Quién, repito, no se mofaría de él diciéndole: Date cuenta, hermano, que tú has trabajado en la tierra y éste en oro o piedras preciosas? Sin duda es más pesado tu trabajo, pero es más excelente la obra de éste: y a la hora del premio no se ha de considerar tanto el trabajo de la obra como el valor de la misma.

Esto, ni más ni menos, ocurre en nuestra vida activa y contemplativa, como dice Santo Tomás (2-2 q. 152, a. 2 in c.) [39]. La vida activa se ordena directamente al amor del prójimo; la contemplativa, inmediatamente al amor de Dios; y cuanto es más excelente el amor de Dios en sí mismo que el amor de Dios para con el prójimo, tanto es más perfecta la vida contemplativa que la activa. Judas pensó que era mejor distribuir a los pobres el precio del ungüento derramado [40] sobre la cabeza del Señor; pero ¿qué dijo el mismo Señor? *¿Por qué molestáis a esta mujer siendo buena, como es, la obra que ha hecho conmigo?* [41] Porque mejor gastado está el ungüento en el culto del Señor que en el alivio de la miseria del prójimo pobre; porque aquello es latría, es piedad; y esto, limosna, que es mucho menor que la piedad. De suerte que la raíz del mérito está en la caridad, el trabajo no es más que la manifestación de la caridad; pero quien más caridad demuestra es quien dejando todas las cosas se entrega a Dios solamente: es un indicio más grande de amor dejarlo todo por Dios que usar bien de las cosas por El; por tanto, es mayor el mérito de la vida contemplativa.

¡Oh hermanos, si supierais el valor que tiene el adorar a Dios, honrar a Dios, estar a los pies del Señor! Es la obra suprema. El tiempo que pasa el alma con Dios es el más precioso, es el mejor, es el más agradable y el más útil de nuestra vida. Dice el Salmo: *El sacrificio de alabanza, ése es el que me honra: y ése es el camino por el cual manifestaré al hombre la salvación de Dios* [42]. Aquel género de vida es el más breve, el más cierto y el más seguro para llegar al cielo; el más suave también, sin solicitudes

[38] Mt. 20,12.
[39] «Según se dice en la *Ethic.* (l. 1, c. 8 por el principio), tres clases de bienes tiene el hombre: el uno que consiste en las cosas exteriores, por ejemplo, las riquezas; el otro, en los bienes del cuerpo; el tercero consiste en los bienes del alma, entre los cuales los de la vida contemplativa son de más alta calidad que los bienes de la vida activa, como prueba el Filósofo (*Ethic.*, l. 1, c. 7), y dice el Señor: *María ha escogido la mejor suerte* (Lc. 10,43)».
[40] Mt. 26,7.
[41] Ib. 26,10.
[42] Ps. 49,23.

ni ansiedades; eso es el no estar desparramado en muchas cosas, sino dedicarse a una sola, que es amar a Dios, adorarle, deleitarse en El. Y esto es lo único necesario, y por eso *María ha escogido la mejor suerte, de que jamás será privada*. En cambio, sí le será quitada la parte de Marta. Dice San Agustín [43]: Si suprimimos los enfermos, ¿a quién vas a dar la medicina? Si quitamos a los pobres, ¿a quién vamos a dar la limosna? Por tanto, trabajen otros con los prójimos: *Mas yo hallo mi bien en estar unido con Dios y en poner en el Señor Dios mi esperanza* [44].

8. Cierto que en los perfectos el Señor une estas dos vidas: no sin misterio Marta y María eran hermanas. Cosa admirable por cierto: si miramos lo que escribió David, pensaríamos que todo el tiempo de su vida estuvo encerrado, entregado sólo a la contemplación; pero si leemos la historia y vemos sus batallas y vaivenes, podríamos pensar que ni una sola hora se dedicó a la contemplación: tan activo, que no parece contemplativo; y tan contemplativo, que no parece activo. Lo mismo podíamos decir de Moisés, gobernando al pueblo y escribiendo el Pentateuco; de San Pablo, entregado a la evangelización y atención de las iglesias, y luego a la tarea de escribir y predicar. Qué unidas se hallaban en él las dos vidas. *Todo lo puedo*, dice, *en aquel que me conforta* [45]. Lo mismo podemos decir de los otros apóstoles.

Dice el Salmo: *Resonarán en sus bocas elogios de Dios, y vibrarán en sus manos espadas de dos filos* [46]. *Elogios de Dios en sus bocas*, he aquí la contemplación; pero ¿están acaso las manos ociosas? Ciertamente que no. Pues ¿qué dice? *Y espadas de dos filos en sus manos*, he aquí la vida activa, su hermana. *Espadas de dos filos en manos* de los apóstoles eran las dos clases de obras, obras de meditación y obras milagrosas, con que habían reducido a todo el mundo, con la santidad de su vida y la facultad de hacer milagros.

Hemos de poner de relieve y no pasar por alto lo que de ambas vidas escribe San Agustín [47] en la explanación del título del salmo 51: Fijaos en dos clases de hombres: la de los que trabajan y la de aquellos entre los cuales se trabaja; los unos piensan en las cosas de la tierra, los otros

[43] *De la Trinidad* (l. 1, c. 10): «No afirma que la parte de Marta sea mala, mas llama óptima a la de María, parte que no le será arrebatada. La de Marta, al servicio de la indigencia, termina con la necesidad. El premio del bien obrar transitorio es la quietud estable» (trad. de la BAC).
[44] Ps. 72,28.
[45] Phil. 4,13.
[46] Ps. 149,6.
[47] Lugar citado en la nota 37, cambiando sólo algunas cosas.

en las del cielo; los unos dejan que su corazón descienda hasta el profundo, los otros procuran unirlo a los ángeles; los unos confían en los bienes terrenos, tan estimados de este mundo; los otros hacen gala de los celestiales, prometidos por Dios, que no puede mentir. Mientras tanto, no se ha de desesperar de los buenos porque administren algún negocio terreno, ni se ha de dar el parabién en seguida a los que están entregados a ocupaciones celestiales, ya que muchas veces los que se hallan implicados en negocios mundanos tienen siempre el corazón levantado a lo alto, mientras que los que hablan siempre de cosas celestiales lo arrastran por la tierra. Por consiguiente, estas dos clases de hombres se hallan mezclados; pues se encuentra un ciudadano de Jerusalén, un ciudadano del reino de los cielos, que tiene algún cargo terreno, como, por ejemplo, el que viste de púrpura es magistrado, edil, procónsul, emperador, administra la república terrena; pero tiene el corazón levantado si es cristiano, si es fiel y piadoso, si menosprecia el estado en que está y espera el que no ha llegado aún. De esta clase fué aquella santa mujer Ester, que siendo esposa del rey y orando a la vez en la presencia de Dios, donde no se puede engañar, dijo en su oración que aquellos ornamentos regios eran para ella *cual paño de una menstruosa* [48]. Por tanto, no desesperemos de los ciudadanos del cielo cuando los vemos a veces desempeñar algunos negocios en Babilonia, algún negocio terreno en la república terrena; ni a su vez demos el parabién a todos los que vemos tratar negocios celestiales, porque aun los hijos del mal se sientan algunas veces [49] en la cátedra de Moisés, y sin embargo, se dice de ellos: practicad lo que dicen, pero no hagáis lo que hacen, *porque ellos dicen y no hacen*. Aquéllos levantan su corazón al cielo aun en medio de los negocios terrenos; éstos en medio de sus palabras del cielo lo arrastran por la tierra. Basta ya de la primera parte.

SEGUNDA PARTE

9. En tres partes podemos dividir a los que mueren en el Señor: la de los buenos, de los mejores y de los muy buenos. Los buenos son aquellos que no van al cielo inmediatamente después de su muerte, sino que son retenidos en el purgatorio. Los llamamos parte buena, porque aunque tengan que purgar allí durante un tiempo, sin embargo están ya seguros del premio, están ya sin peligro, y son agradables a Dios. Cuando oímos, hermanos, que un alma

[48] Esth. 14,16.
[49] Mt. 23,2.

es atormentada en el purgatorio por el fuego y demás tormentos, nos lamentamos con justa piedad; aunque quizá deberíamos lamentarnos más de nosotros mismos que nos hallamos en deleites. ¡Ojalá estuviéramos nosotros seguros de ir al purgatorio! ¡Ojalá pudiéramos cambiar nuestro peligro por el tormento de aquéllos! Por consiguiente, envidiable es la parte de aquellos cuyo tormento es transitorio y seguro el premio eterno que se le sigue. Pero más envidiable es la de los que, libres de las ligaduras corporales, vuelan inmediatamente a Dios purificados ya en las tribulaciones terrenas. ¡Felices las almas que, purgadas en el corto purgatorio de esta vida presente, se ven sumergidas de pronto en el inmenso piélago de la felicidad! Aunque no sea enteramente consumada su gloria, por quedar una parte suya en el polvo para ser más tarde glorificada. Por lo cual están dominadas de continuo por el deseo de vestir sus cuerpos, para que participe de la gloria aquel cuerpo que fué también el instrumento de sus virtudes y de sus trabajos; y así claman en la Escritura: *¿Hasta cuándo, Señor, santo y veraz, difieres hacer justicia y vengar nuestra sangre contra los que habitan en la tierra? Y se les dijo que «descansasen en paz un poco de tiempo en tanto que se cumpla el número de sus consiervos y hermanos»*[50]. Por tanto, por santo y justo que sea, espera la consumación de esta gloria. Y así el Apóstol en la epístola a los hebreos, después de alabar en el catálogo de los santos la fe de Abel, Henoch, Noé, Abraham, Sara, Isaac, Jacob, José, Moisés, Rabah, Gedeón, Barac, Sansón, Jepté, David, Samuel, los cuales *por la fe conquistaron reinos y ejercitaron la justicia*[51], añade como resumen al final del capítulo: *Sin embargo, todos éstos, tan recomendados por el testimonio de su fe, no recibieron la promesa; habiendo dispuesto Dios, por un favor particular que nos ha hecho, el que no recibiesen sino juntamente con nosotros el cumplimiento de su felicidad*. Así es que su gloria será después mayor, accidental y extensivamente, aunque esencial e intensivamente sea la misma.

Según esto, solamente la Madre de Dios *ha escogido la mejor suerte*. A ella sólo se le otorgó ser elevada gloriosa en cuerpo y alma inmediatamente al cielo; lo cual era sumamente decoroso, tanto por parte de Dios como por la suya y por la nuestra. Por parte de Dios, porque siendo justísimo, no podía permitir se corrompiera en el sepulcro un cuerpo en que no existió en modo alguno la corrupción del pecado. Por parte de la Virgen, ya que como Madre de Dios es acreedora a esta gloria más que todos los santos;

[50] Apoc. 6,10-11.
[51] Hebr. 11,33.39.40.

pues no puede ser digno que el seno que fué el sagrario del Verbo sufriera la putrefacción en la tierra. Por lo que se refiere a nosotros, se hace preciso extendernos más. Fué conveniente que la Virgen fuera llevada al cielo para fundamentar nuestra fe, levantar nuestra esperanza, inflamar nuestra caridad.

10. En esto hemos de suponer primeramente que el artículo de la ascensión es el más difícil después del artículo de la resurrección; porque como se hace difícil creer que el cuerpo convertido en polvo ha de ser vivificado de nuevo, así lo es también que este cuerpo carnal, pesado, ha de tener como escabel a las estrellas. Aunque, si bien se piensa, no es tan difícil; porque si Dios, como le hizo un cuerpo de la tierra le hubiera hecho al alma un cuerpo celestial, ¿quién se había de admirar de que aquel cuerpo morase sobre los astros? ¿Por qué, pues, hemos de admirarnos más si esto se realiza en un cuerpo carnal? ¿No sabemos acaso que, aunque la sustancia del cuerpo glorioso sea la carne, es, sin embargo, su disposición y su atavío más glorioso que el cielo? Porque la ligereza, sutileza, agilidad y claridad son más que celestiales, según dice el evangelista: *Entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre*[52].

Por consiguiente, ¿por qué turbarse de que la carne con estos arreos habite en el cielo? Sin embargo, los que no consideran ni piensan bien esto, sino que se fijan sólo en la disposición de este cuerpo animal, se turban cuando se les dice que este cuerpo ha de pisar las estrellas, no atendiendo a lo que dice el Apóstol: *Es puesto en la tierra un cuerpo todo espiritual*[53]. Para éstos, pues, fué necesario algún testimonio que les persuadiera esta felicidad, como dice Job: *A quien El ama, le declara cómo esta* felicidad *es posesión suya, y que puede subir a ella*[54]. Este testimonio se refiere a la resurrección de Cristo; pues si Cristo resucitó, resucitaremos nosotros también; y si Cristo subió a los cielos, subiremos nosotros también; pues no es conveniente que la cabeza esté sin los miembros.

Sin embargo, aunque es lógica esta consecuencia del Apóstol, podía alguno decir[55]: Cristo es Dios, y ¿quién

[52] Mt. 13.43.
[53] 1 Cor. 15,44.
[54] Iob 36.33.
[55] SAN GREGORIO, *Homil.* 21 *in Evang.*, n. 6: «Pero puede decir alguien: por propio derecho resucitó El, que, siendo Dios, no pudo ser dominado por la muerte. No quiso, pues, para instruir nuestra ignorancia y confirmar nuestra flaqueza, que nos bastara el ejemplo de su resurrección; El sólo murió entonces, y, sin embargo, no fué el único que resucitó; pues está escrito: *Los cuerpos de muchos santos, que habían muerto, resucitaron*».

como Dios? Resucitó quien tenía poder de dejar su alma [56] y de tomarla de nuevo; pero ¿de qué me va a venir a mí, mísero gusanillo, este poder? Por lo cual dice San Mateo: *Y los sepulcros se abrieron y los cuerpos de muchos santos que habían muerto resucitaron. Y saliendo de los sepulcros después de la resurrección de Jesús, vinieron a la ciudad santa, y se aparecieron a muchos* [57], para con su resurrección dar firmeza de la resurrección a tu fe. Ya no tienes excusa: he aquí cómo los puros hombres resucitaron con Cristo.

Lo mismo se puede decir del misterio de la ascensión al cielo. El testimonio de la ascensión de Cristo era sólido y poderoso para confirmar nuestra ascensión; porque si subió Cristo, nuestra cabeza, también nosotros, sus miembros, subiremos. Sin embargo, así como para quitar toda duda sobre nuestra resurrección resucitaron muchos cuerpos con Cristo, así para confirmar nuestra fe sobre la subida del cuerpo humano al cielo era necesario que un puro hombre escalara con Cristo los cielos, a fin de que no se creyera que aquello era sólo privilegio de Cristo y pudiera decir alguien: ¿Quién como Cristo? El era Dios, y la virtud de la divinidad llevó al cielo a la carne que le estaba unida; pero en mí no hay divinidad.

Pues he aquí que se nos ha quitado ya todo motivo de incredulidad. Cristo tiene ya como compañera en la gloria a la Virgen, que al fin es criatura humana; y aunque sea la Madre de Dios, no es Dios sin embargo. Todo hombre puede aspirar a llegar adonde sabe ha sido sublimado un semejante suyo. Y esto es lo que quiso significar el Salmista al decir: *Oh Señor, levántate y ven al lugar de tu morada, tú y el Arca, tu santidad* [58]. *Tú*, pero no *tú* solo, sino *tú y el Arca, tu santidad*, el arca deífica, el arca dorada por dentro y por fuera, la Virgen Madre de Dios. Pues *no es bueno que el hombre esté solo* [59]; y ya que se dió al hombre una ayuda semejante a sí en la tierra, dése también a Cristo una ayuda semejante a El en el cielo. Se presentó a la diestra del que se sentaba en el solio la Reina, que se mantuvo junto a la cruz del que tan duramente padecía.

11. Símbolos de esto. Dos veces leemos que el arca del Señor fué llevada con gran regocijo al templo. Primeramente en tiempo de David, que *trasladó el arca de Dios con grandes regocijos, y danzaba con todas sus fuerzas delante del Señor; y acompañado de toda la casa de Israel,*

[56] Io. 10,18.
[57] Mt. 27,52-53.
[58] Ps. 131,8.
[59] Gen. 2,18.

conducía el arca del Testamento del Señor con júbilo y al son de las trompetas. Introdujeron, pues, el arca del Señor, y colocáronla en su sitio, en medio del Tabernáculo que le había mandado levantar David; el cual ofreció holocaustos y víctimas pacíficas delante del Señor [60]. Esto mismo leemos más extensamente en el libro primero de los Paralipómenos, como puede verse por las siguientes palabras: *David y todos los ancianos de Israel y los tribunos fueron a trasladar el arca del Testamento del Señor de la casa de Obededom con regocijos. Y por haber Dios asistido a los levitas que llevaban el arca del Testamento del Señor, fueron inmolados siete toros y siete carneros. Iba David vestido de una ropa talar de biso; como también los levitas que llevaban el arca y los cantores. Y todo Israel acompañaba el arca del Testamento del Señor con voces de júbilo y al son de clarines, y trompetas, y timbales, y nablas, y cítaras* [61]. Por segunda vez fué llevada con no menor pompa y solemnidad el arca del Señor al templo que había construído Salomón. *Entonces se congregaron en Jerusalén todos los ancianos de Israel con los príncipes de las tribus y las cabezas de las familias de los hijos de Israel, al rey Salomón, para trasladar el arca del Testamento del Señor desde la ciudad de David, esto es, desde Sión. Juntóse, pues, todo Israel ante el rey Salomón, y acudieron todos los ancianos, y los sacerdotes tomaron el arca; mas el rey Salomón y toda la multitud de Israel reunida a él iban delante del arca e inmolaban ovejas y bueyes sin tasa ni número. Por fin, los sacerdotes colocaron el arca del Señor en el lugar destinado del oráculo del templo, en el Sancta-Sanctorum, debajo de las alas de los querubines* [62]. ¿Quién puede imaginarse que el santo Poeta saltase delante de un leño? ¿Quién puede pensar que se tributara semejante solemnidad a unas maderas de Sethim? Sin embargo, no es eso lo que piensa el profeta, ni es ése el motivo de sus transportes de gozo; en la figura del arca que entra en el tabernáculo solemniza a Cristo que penetra en el *tabernáculo no hecho a mano, esto es, no de fábrica semejante* [63] a la nuestra: lo que venera el profeta es el arca mística de aquella humanidad bendita que es llevada al cielo.

Los otros celebran la verdad en el símbolo, el profeta la celebra en la luz de la fe; éste sabe lo que honra, aquéllos honran lo que no saben. Pero Salomón honró el arca con otra solemnidad [64]: la primera la celebró el Padre, la segunda el Hijo. La primera solemnidad significa que el

[60] 2 Reg. 6,12 s.
[61] 1 Par. 15,25 s.
[62] 3 Reg. 8,1 s.
[63] Hebr. 9,11.
[64] 2 Par. 5,2 s.

arca del cuerpo de Cristo, solemnizándolo con gran fiesta Dios Padre, debía entrar primeramente en el cielo; la segunda solemnidad significa que el arca virginal había de ser llevada al cielo, celebrando la solemnidad Salomón, esto es, el Unigénito Jesucristo.

Pero veamos ya qué solemnidad es ésta. Porque, en primer lugar, leemos allí en la historia la intervención de muchos y diversos instrumentos músicos [65]; en segundo lugar se reunieron todos los mayores de edad, los príncipes, los jefes, los ancianos y todo Israel; en tercer lugar, inmoló Salomón *veintidós mil bueyes*. Todo lo cual significa la solemne recepción de María en el cielo.

Recuérdese la historia, como en otros sermones de la Asunción de la Virgen.

SERMON VII

¿Quién es esta que sube del desierto... apoyada en su Amado? (Cant. 8,5).

1. *¿Quién es ésta*, etc.? Son palabras de los ángeles, que se admiran de la pompa, de la gloria, del fausto de la Señora que asciende, y preguntan por ella. Hemos de notar que es la novedad la que causa la admiración; porque los acontecimientos de menor importancia parecen más admirables por su novedad que los que la tienen mayor. Nos cita como ejemplo San Agustín [1] los hechos y milagros de Cristo. Más grande es dar crecimiento a los frutos en el campo que aumentar cinco panes en las manos de los que eran saciados. Más transcendente es nacer todos los días tantos

[65] Ib. 5,13.

[1] *In Ioan. Evang.*, tr. 24, n. 1: «Los milagros que realizó nuestro Señor Jesucristo son ciertamente obras divinas, y exhortan a la mente humana a conocer a Dios por las cosas visibles. Pues como El no es una sustancia que pueda verse con los ojos, y los milagros con que gobierna el universo mundo y cuida de toda criatura por su continuada frecuencia han perdido su valor, de tal suerte que casi nadie se detenga a considerar las maravillas estupendas de Dios en cualquier semilla, por eso, usando de su misericordia, se reservó ciertas cosas para realizarlas en tiempo oportuno fuera del curso trillado de la naturaleza, a fin de que los que habían perdido la estimación de lo cotidiano se admirasen contemplando, no cosas más grandes, sino desacostumbradas. Pues es un milagro más grande el gobierno de todo el mundo que el dar de comer a cinco mil hombres con cinco panes; y, sin embargo, nadie admira aquello, y, en cambio, admiran esto los hombres, no porque sea más grande, sino porque es raro».

hombres [2] que no existían que resucitar unos pocos que ya vivían. Otro ejemplo. Al subir el Señor al cielo se quedaron pasmados los discípulos viendo al cuerpo del Señor ascender por los aires por su propio movimiento y virtud. Y ¿qué les dicen los ángeles? *Varones de Galilea, ¿por qué estáis mirando al cielo?* [3] Pero ¿no es acaso más grande y admirable el subir a la cruz que subir al cielo? ¿No es más el haber estado entre dos ladrones que el estar entre los ángeles? ¿No es más admirable que padezca el Señor que no el que sea adorado por los ángeles? Esto le pertenece, aquello es ajeno al mismo Dios: esto es lo admirable, no aquello.

¿Por qué estáis mirando? Bien podemos tomarles por la palabra y decirles: Soldados de la patria celestial, ¿por qué os admiráis de la Madre, de la Esposa del Hijo de Dios? Os maravilláis que nosotros nos admiremos del Hijo; nosotros nos maravillamos que vosotros os admiréis de la Madre. ¿Es acaso una novedad que la madre siga al hijo?, ¿no siguen acaso las madres a sus hijos a través de las lanzas y las espadas? Aun en los brutos se da el caso de seguir aullando la madre cuando le arrebatan la prenda de un hijo. Si donde está Cristo, *allí estará también el que* le *sirve* [4], ¿con cuánto mayor motivo estará allí su Madre? No os admiréis de que siga; admiraos más bien de que tan tarde haya seguido. El buen ladrón fué arrebatado inmediatamente del patíbulo al paraíso [5]; la Madre permaneció doce años en el destierro después de la ascensión de su Hijo; esto es lo admirable. Esta Madre, que se vió atormentada junto a la cruz por el dolor [6], lo fué después por el deseo de ver ya a su Hijo. ¿Por qué os admiráis de la gloria de la que sube? Admiraos más bien de la dignidad de la que le da a luz: y si os parece grande en la subida, más grande debe pareceros en el parto. Sube *apoyada en su Amado*, es decir, porque le dió a luz; rebosa *en delicias* la que concibió en su seno a la gloria del mundo.

2. Decid, ¿por qué os admiráis?, ¿no es justo reciba el precio de la leche?, ¿no es justo reciba del Hijo la merced de los dolores que sufrió por el Hijo? Es ella la que huyó con El

[2] San Agustín (*Serm.* 245, n. 1; en otros, *de tempore*, 147): «En el hombre carnal, su módulo de entender es la costumbre de ver. Creen lo que suelen ver; lo que no suelen ver no lo creen. Dios realiza los milagros fuera de lo acostumbrado, porque es Dios. Milagros más grandes son ciertamente el nacimiento diario de tantos hombres que no existían que la resurrección de unos pocos que existían ya, y, sin embargo, no se han considerado debidamente estos milagros, sino que han perdido su valor por su continuada frecuencia».

[3] Act. 1,11.

[4] Io. 12,26.

[5] Lc. 23,43.

[6] Io. 19,25 s.

a Egipto [7]; la que alimentó a Dios con el esfuerzo de sus manos; la que permaneció firme [8], traspasado el corazón, junto a la cruz de la pasión. Era herido el Hijo en el cuerpo, y ella en el corazón; las heridas estaban esparcidas por todo el cuerpo en el Hijo, y reunidas en el corazón de la Madre; la lanza [9] no sacó al alma del Hijo en el cuerpo, pero traspasó su alma en el cuerpo del Hijo; ésta es su Madre y su testigo, su Madre y su Esposa. ¿No está bien que reciba la corona de la gloria de manos de aquel cuya espada atravesó su alma? [10] ¿no ha de estar sentada a su diestra en el cielo la que no abandonó su lado en el sepulcro? ¿no debe ser asociada en el reino la que fué su compañera en el patíbulo? ¡Oh ángeles!, mucho me admiro de vuestra admiración.

Claro que replicaréis: Digno es del mayor estupor contemplar a la carne caduca; a la carne, heno y hierba [11], colocada sobre todos los espíritus. ¿Quién no se ha de quedar pasmado al ver a la carne, formada de barro, ser elevada sobre las cumbres del cielo, sobre la cima de los astros, sobre todas las naturalezas angélicas, y que una mujer suba con tal júbilo de la milicia celestial del desierto de este mundo a la diestra del Omnipotente? Vemos a los ángeles transportados de gozo y a los demonios huyendo con temor y diciendo: *He aquí los campamentos de Dios* [12]. ¿Quién no admira tan gran excelencia de una sola Mujer? Dice San Agustín [13]: ¡Oh ángeles!, no os maravilléis de que la carne pase por encima de todo espíritu, pues que el Supremo Espíritu se ha hecho carne. Más de maravillar es que Dios, que está sobre todo, haya descendido a lo más ruin de la carne que no el que la que estaba debajo de todo sea elevada como carne espiritual sobre todas las cosas. Más motivo tenéis para admirar a Dios que desciende que a la carne que sube; pues *el Verbo se hizo carne* [14], y por eso ensalzó junto a sí a la carne.

3. Tres son, nos replican, las cosas que admiramos: el que suba *del desierto*, el que lo haga *rebosando en delicias y apoyada en su Amado*. Y éstos han de ser los tres puntos del sermón: primero trataremos del *desierto*, del cual sube; luego, de las *delicias* en que tanto abundó; y, finalmente, del *Amado*, en el cual se apoya.

[7] Mt. 2,14.
[8] Io. 19,25.
[9] Ib. 19,33-34.
[10] Lc. 2,35.
[11] Is. 40,6.
[12] Gen. 32,2.
[13] No he podido encontrar este testimonio entre las obras de San Agustín. Algo semejante se lee en San Bernardo, *Serm. 4 de la Asunc. de la B. María*, n. 1: «¿Por qué se admiran de que suba María de la tierra desierta rebosando de delicias? Admiren más bien a Cristo bajando pobre de la plenitud del reino celestial. Porque mucho más digno de admiración parece que el Hijo se achique algo respecto de los ángeles que el ser ensalzada la Madre de Dios sobre los ángeles» (trad. BAC).
[14] Io. 1,14.

El desierto es este mundo, porque, como dice San Agustín [15], por el *desierto* se designa la peregrinación de esta vida; de donde se sigue que en el desierto se encuentran las aguas amargas de las tribulaciones, las ígneas serpientes de los pecados. Y también en el salmo 62, sobre aquellas palabras: *En esta tierra desierta e intransitable y sin agua*, dice [16]: el mundo es este desierto. Poco es aún *tierra desierta*, porque en ella no habita hombre alguno; pero, además, está *intransitable y sin agua*. ¡Ojalá tuviera este desierto siquiera camino, para que, tocando con él, el hombre pudiera salir! No ve allí hombre alguno para su consuelo, no ve el camino por donde pueda salir del desierto; allí, pues, se extraviará. Pero ¡ojalá hubiera al menos agua para refrescarse, ya que no puede salir de allí! Funesto desierto, horrible y temeroso.

Mas sobre todo es un desierto el mundo, porque en un desierto salvaje, horrible y espantoso se encuentran estas tres cosas: soledad, espinas y cardos, y lazos también para cazar los animales; y todo esto existe en el mundo después del pecado. Porque tú, ¡oh hombre!, si estás en pecado, solo estás por muy acompañado que te encuentres de soldados y criados y por mucha abundancia que tengas de bienes temporales. Desierto hay donde no está el que todo lo llena, Dios. *Su corazón*, dice, *lejos está de mí* [17]. Por consiguiente, está desierto el corazón a quien falta el verdadero habitador, Dios.

He aquí que *vuestra casa va a quedar desierta* [18]. La casa del hombre es su conciencia, en la cual debe entrar el hombre con asiduidad y descansar allí con el Señor; si se aparta el Señor, la habitan las bestias, los demonios, las serpientes, los reyezuelos; y desierto llamamos al lugar donde andan las fieras. Desierto son también la multitud de réprobos que, dejados por Dios y separados del número de los santos, recargan a la Iglesia, y que serán después castigados con el peso de los tormentos. También lo son los que se ven sacudidos por los diversos tumultos de animales venenosos, es decir, de sus vicios y sus pasiones, en lo más secreto de su conciencia; que se encuentran siempre inquietos, siempre vagando, jamás gozan de estabilidad ni permanecen en un mismo ser; ya se hinchan por la so-

[15] En Bartolomé Urbinate, en el *Mileloquio de la verdad de San Agustín*, bajo el título *Desertum*.
[16] *Enarrat. in Psalm. 62*, n. 8, con algunas variantes.
[17] Mt. 15,8.
[18] Ib. 23,38.

berbia, ya se encienden en ira; unas veces cabizbajos y otras altivos; unas veces abrumados por el silencio y otras aturdidos por la risa; quebrantan desordenadamente los preceptos y turban la paz.

Sin embargo, no son un desierto cuando tienen temor, cuando andan con dolor, cuando admiten la corrección y no huyen de dar satisfacción. Pero no podríamos por menos de llamarlo desierto si no le dan importancia a lanzarse al profundo de los males [19], si protestan cuando son corregidos, y no responden nada digno, nada tranquilo, nada con orden, sino que, hinchados y arrogantes, llegan a despotricar con indignación contra aquellos que les corrigen; de suerte que se ven en la precisión de abandonarlos a su antojo. ¡Ay de aquellos que, abandonados de Dios y de los hombres, son dejados ir *en pos de los deseos de su corazón,* para *seguir sus devaneos* [20], añadiendo unos pecados a otros pecados, uniendo un desprecio a otro desprecio; contumeliosos, soberbios, detractores, odiosos a Dios; *impíos, los cuales cambian la gracia de Dios en una desenfrenada licencia y reniegan de Jesucristo, nuestro único Soberano y Señor!... Estos son nubes sin agua, llevadas de aquí para allá por los vientos; árboles otoñales, infructuosos, dos veces muertos sin raíces; olas bravas de la mar, que arrojan las espumas de sus torpezas, exhalaciones errantes: a quienes está reservada una tenebrosísima tempestad que ha de durar para siempre* [21].

4. ¡Cuántas espinas hay en este desierto! Espinas agudas son las concupiscencias de la carne y sus añagazas. Así lo sentía el que decía: *porque se me han enclavado tus saetas, y has cargado sobre mí tu mano. No hay parte sana* en todo mi cuerpo [22]. San Agustín [23] llama saetas a las concupiscencias después del pecado. Y no es sólo la carne, sino que todo este mundo está lleno de abrojos. ¿Qué son las riquezas sino espinas? Recordemos el Evangelio: *las espinas sofocaron* [24] la semilla, y las interpreta luego como las riquezas. ¿Qué otra cosa son sino espinas las pompas, los cuidados del siglo, las ambiciones, los deseos? Por tanto, el mundo está lleno de espinas.

[19] Prov. 18,3.
[20] Ps. 80,13.
[21] Iudas 4.12.13.
[22] Ps. 37,3-4.
[23] *Enarrat. in Psalm. 37,* n. 5: «Llama saetas a la misma pena, a la misma venganza, quizá tambien a los dolores, tanto del espíritu como del cuerpo, que es menester pasar aquí; pues aun el mismo santo Job recordó estas saetas, y estando en aquellos dolores, dijo que se le habían clavado las saetas del Señor (Iob 6,4)».
[24] Lc. 8,7.

Dice San Agustín [25]: los pechos vacíos del temor de Dios y secos del Espíritu Santo son comparados a la soledad de un inculto desierto. Pues antes de la venida de Cristo era un completo desierto este mundo, y ajeno a toda noción de Dios, de fe y de temor; cubierto de las espinas de los pecados, se tornaba áspero como un campo inculto, y no había producido fruto alguno ni era fecundo en buenas obras. Pero los amadores de este siglo no sienten estas espinas, porque están muertos para Dios y para el espíritu. Dice Job: *Tenían por delicia el vivir al abrigo de las zarzas* [26].

Determínate en tu corazón a soslayar esta vanidad, a seguir la virtud y la verdad, y verás cómo punzan al alma y la afligen estas espinas cuando te ves forzado a dejar contra tu voluntad muchísimas cosas que te atormentan con violencia en este desierto. Por esto se admiran los ángeles que suba de este desierto *rebosando en delicias;* que en vez de descender atormentada del lugar de las espinas y precipitarse herida al infierno, ascienda gloriosa a los cielos. Ciertamente que grande fué Abraham; sin embargo, le vió el rico en el infierno [27]; cerca estaba el que podía ser visto. Grande fué también Jacob; pero ¿qué dice?: *descenderé deshecho en lágrimas... al sepulcro* [28]. Grande fué también David, y dice, sin embargo: *Rodeáronme dolores de infierno* [29]. Todos éstos, atormentados por los aguijones de las espinas, bajaban con tristeza de este desierto a los infiernos.

Por consiguiente, justo es maravillarse de quién sea ésta tan poderosa, tan sublime, que sube del desierto, del lugar de las espinas, y rebosa en delicias. ¡Oh ángeles!, sólo esta Virgen esquivó los aguijones de las espinas; ella sola se quedó sin las heridas y los pinchazos de las mismas, ya que ella sola es *como azucena entre espinas, así es mi amiga entre las vírgenes* [30], esto es, las almas santas. Si recorremos todo el cielo, todos dirán que han sentido estas espinas. Lo confiesa Pedro, lo confiesa Pablo, Isaías y el mismo San Juan, que fué santificado en el seno de su madre [31]. Escuchemos a San Juan Evangelista y a la vez virgen: *Si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos* [32].

5. Sube ésta toda pulcra y hermosa, toda brillante, sin

[25] *Serm.* 196, n. 2 en el apénd.; en otros, *de Sanctis,* 20, y luego en el apénd.
[26] Iob 30,7.
[27] Lc. 16,23.
[28] Gen. 37,35.
[29] Ps. 17,6.
[30] Cant. 2,2.
[31] Lc. 1,14.
[32] 1 Io. 1,8.

mancha. No estuvo en el desierto la que fué siempre morada del Espíritu Santo y llevó en su seno nueve meses al Verbo. Siempre llena de Dios, pues, como dijo el ángel antes de concebir a Dios, *el Señor es contigo* [33]. Solos los pies de la Virgen no fueron heridos por las espinas, porque había sido provista por Dios de fuerte calzado, y por eso dice: *¡Con qué gracia andan esos tus pies en calzado, oh Princesa!* [34] ¿Qué tiene que ver, pregunto yo, el calzado con la elegancia de la huella? El pie normal deja huella normal; y si el pie es deforme, no deja una huella elegante el calzado elegante. Dice San Agustín [35]: A Dios no se va con los pies, sino con los afectos; nos acercamos a Dios con los pies del alma, no con los del cuerpo; aquel fariseo [36] quería acercarse a Dios con los pies del cuerpo, pero permanecía lejos de Dios. Los dos pies del alma son el entendimiento y la voluntad. Con ellos caminamos en la contemplación y el amor. Pero no tienen éstos una hermosura natural; no creamos que vamos a Dios con pasos rectos si no están calzados nuestros pies con las gracias y la caridad. La caridad es la que endereza los pasos hacia Dios.

¡Con qué gracia andan esos tus pies en calzado, ¡oh Princesa!, con qué gracia andan! Pero no alardees de las excelencias de tu naturaleza, no te gloríes de la dignidad de la misma, sino de la prerrogativa de la gracia, del calzado de las virtudes y de las gracias, con que calzó Dios tus pies y los protegió. Ahí está la elegancia de tus pisadas, de ahí la nobleza de tus andares. Ya que por naturaleza eres hija de Eva, pero por excepción Madre de Dios; por naturaleza formada de barro, por gracia sublimada sobre los cielos. ¡Oh María!, si no hubieras sido prevenida, hubieras sido hija de ira. Fuiste prevenida, y eres la Madre de la gracia; pues en ti supera la obra del Artífice a la excelencia de la materia. La materia es la tierra; en cambio, la obra del Artífice te hizo Madre de Dios y morada del Espíritu Santo. Por tanto, *con qué gracia andan esos tus pies*, pero no los de la naturaleza, sino los de la gracia. ¡Oh Señor!, bendito [37] sea tu nombre para siempre; tú trocaste este nuestro desierto en lugar poblado, tú te dignaste bajar a la tierra y habitar con nosotros. Tomaste las espinas de nuestro desierto y las colocaste sobre tu cabeza, para que no punzasen los pies de nuestros afectos. Te cargaste tú de dolores por que nos viéramos nosotros saturados de las delicias del paraíso.

6. Mas no fué esto sólo, Señor; desataste las ligaduras, rompiste la red del diablo cazador, y *fué roto el lazo, y nosotros quedamos libres* [38]. ¡Cuántos y cuán abominables lazos tiende el diablo al alma y cómo nos hallamos rodeados de ellos! Bien dice San Agustín en el salmo 142 [39]: En el camino de Cristo se encuentran asechanzas por todas partes; lazos a diestro y a siniestro: los lazos a la derecha son la prosperidad del siglo, y la adversidad del mismo, los lazos a la siniestra; los lazos a la diestra son las promesas y los temores son los de la izquierda. Penetra tú por medio de los lazos, pero no te apartes del camino: ni te fascinen las promesas, ni te derribe el terror. Y en otra parte dice [40]: El mismo hijo de Belial ha tendido ante nosotros asechanzas sin número, y ha llenado todos nuestros caminos de trampas para apresar nuestra alma. Colocó trampas en las riquezas, en la pobreza; tendió lazos en la comida, en la bebida, en la diversión, en el sueño y en la vigilia, en las palabras, en las obras; en resumen, en todos nuestros caminos. Y continúa luego [41]: Astuto es, ¡oh Señor!, este enemigo y solapado, y no es fácil descubrir todas las vueltas de su táctica, ni conocer las apariencias de su rostro si tú no nos iluminas; pues unas veces en un lugar, otras en otro, va se disfraza de cordero, va de lobo; hora se viste de tinieblas, hora de luz; y en todos lugares, tiempos y condiciones tiende variedad de trampas, esconde en su aljaba sus saetas [42] y sus lazos bajo apariencia de santidad; y no es sólo en las obras de la carne, que se descubren fácilmente, ni sólo en los mismos vicios, sino que aun en los ejercicios espirituales esconde sus sutiles redes y colorea de virtud los mismos vicios transformándose en ángel de luz [43]. Todo esto y mucho más maquina contra nosotros Satanás. Y ¿quién es capaz de conocerlo? (Hasta aquí San Agustín.) Pues al querer el alma salir de uno da en otro. Vence la gula, y le asalta la vanagloria por esa victoria. Se huye con humildad de la gloria del mundo,

[33] Lc. 1,28.
[34] Cant. 7,1.
[35] *Enarrat. in Psalm. 94*, n. 2: «Por consiguiente, no se encuentra uno lejos de Dios en cuanto al lugar, sino en cuanto a la semejanza. ¿Qué es *en cuanto a la semejanza?* Por la mala vida, por las malas costumbres; pues si se acerca uno o Dios por las buenas costumbres, por las malas se aparta de El. Por tanto, un mismo hombre, estando corporalmente en un lugar, se acerca a Dios amando a Dios y se aparta de Dios amando la iniquidad: sin moverse un punto, puede acercarse y puede apartarse. Pues nuestros pies en este camino son nuestros afectos: según el afecto que tiene cada uno, según el amor que tiene, así se acerca a Dios o se aparta de El».
[36] Lc. 18,11.
[37] Ps. 71,19; Dan. 2,20.
[38] Ps. 123,7.
[39] Núm. 10, al fin.
[40] *Soliloquios*, c. 16, cerca del fin.
[41] Ib. c. 17, en la segunda mitad.
[42] Ps. 10,3.
[43] 2 Cor. 11,14.

y por esa misma gloria que se desprecia se origina la vanagloria que nos oprime. Nos ocurre lo que a Eleazar bajo el elefante [44], que nos oprime al darle muerte. Por tanto, obraremos sabiamente si damos muerte a esta vanagloria con su misma espada, como otro David [45], humillándonos precisamente por el motivo mismo de la vanagloria. Lleno está sin duda el mundo de lazos, porque, como dice el Sabio [46], toda criatura se levanta contra la criatura, *y* (las hizo servir) *de lazo para los pies de los insensatos*. Pero tú, ¡oh Señor!, *rompiste mis cadenas* [47]; has puesto de manifiesto las asechanzas del demonio y nos has deparado un camino seguro [48] para nuestros pasos a través de los lazos y del mar tempestuoso.

7. Por eso se dice en los Cantares: *Vedle cómo se pone detrás de la pared nuestra, cómo mira por las ventanas, cómo está atisbando por las celosías* [49], encima de las redes. *Levántate, apresúrate, amiga mía, y ven*. La pared es el cuerpo. Vacila el cuerpo en la pasión; pero permanece en pie el Verbo sin sufrir. Se derrumba la pared y cerca del cuerpo, pero permanece inmóvil el Verbo. Dice también el Salmista: *Se interpuso Moisés al momento del estrago* [50]. ¿Quién es este Moisés, sacado de las aguas [51], que vino por medio del agua? Cristo, verdadero Moisés, vino *no con el agua solamente, sino con el agua y con la sangre* [52]. Este se mantuvo en pie en el derrumbamiento. Pero ¿cómo pudo permanecer si se derrumbó? Porque si es verdad que la pared vacila, es sacudida, en el mismo derrumbamiento de la pared, esto es, el cuerpo, permaneció firme el Verbo. Así dice: *Mirando por las ventanas*. ¿A qué llama ventanas sino a los sentidos? Y a ellos se refiere al decir: *La muerte ha subido por nuestras ventanas* [53]. Miró, pues, a través de las ventanas, porque con la misma sabiduría que había creado conocía nuestros deseos, penas y tormentos. *¿Descargará alguna calamidad*, dice, *sobre la ciudad que no sea por disposición* [54] mía? No se trata del mal de la culpa, sino del castigo: el autor del castigo conocía en su sabiduría el castigo y los dolores sin haberlos experimentado; pero ahora mira ya por las ventanas, porque ahora tiene ya experiencia de los dolores y penas que

[44] 1 Mach. 6,46.
[45] 1 Reg. 17,51.
[46] Sap. 14,11.
[47] Ps. 115,16.
[48] Ex. 14,22.
[49] Cant. 2,9.
[50] Ps. 105,23.
[51] Ex. 2,5-6.
[52] 1 Io. 5,6.
[53] Ier. 9,21.
[54] Amos 3,6.

antes conocía sólo por su eterna sabiduría. Está encima de las redes.

¿A qué redes alude sino a las trampas del diablo? Una red fué aquello: *Di que esas piedras se conviertan en pan. Echate aquí abajo* [55]. Pero está encima, pues las burló. Una red también fué lo que expuso por medio de sus siervos: ¿Acaso *nos es lícito a nosotros pagar el tributo a César?* [56] Pues nos dice el evangelista que querían sorprenderle en sus palabras [57]. Otra gran red fueron aquellas palabras: *Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz* [58] y creeremos en ti.

¡Oh demonio perverso! ¿buscas esto por medio de tus miembros? ¡Oh imbécil! ¿No es más fácil arrancar los clavos de las manos que a los demonios de los cuerpos? ¿No es más fácil quitar las trampas de los pies que andar a pie enjuto sobre las aguas? ¿No es más fácil descender vivo de la cruz que resucitar a Lázaro de cuatro días ya en el sepulcro? Una falacia es, una red. Visteis aquello y no creísteis; ¿cómo vais a creer si hace esto? Es un lazo oculto, pues ya hasta el mismo demonio se arrepiente de la muerte. Quiso impedir la redención; quiere hacer un pacto sobre la fe, sabiendo que el Señor había llamado muchas veces incrédulo a aquel pueblo, y como sabía que Dios ansiaba la fe de aquéllos, promete la fe para impedir la redención. ¡Oh necios! ¿para qué les va a servir la fe si no se paga el precio de la redención? No se abrirá el reino a los creyentes si la llave de la cruz no lo abre por medio de la muerte de Cristo. ¡Oh insensatos! *En vano se tiende la red ante los ojos de los pájaros voladores* [59]. Está encima de las redes. Superó todas las redes de los demonios con la autoridad de la Escritura, redujo a polvo con su sabiduría todas las calumnias de los fariseos y deshizo el pacto de la iniquidad con su fortaleza. Por tanto, está encima de las redes.

¡Oh Señor! ¿qué sentido tiene lo que sigue: *Levántate, apresúrate, amiga mía, y ven?* Antes habías dicho: no despertéis a mi amada; la exhortabas al reposo, ¿y la exhortas ahora a que se levante, se dé prisa y acuda? Es que han sido rotas ya las redes, han sido desatados los lazos, ha quedado expedito el camino de la salud. Por lo tanto, *levántate, apresúrate, ven*, ¡oh Esposa!, pues el acceso es ya seguro. Esto está tomado de Orígenes, sobre los Cantares.

Aquellas palabras: *Apoyada sobre su Amado*, nos ma-

[55] Mt. 4,3-6.
[56] Mc. 12,14.
[57] Io. 8,6.
[58] Mt. 27,40.
[59] Prov. 1,17.

nifiestan la seguridad y tranquilidad de la Virgen, pues no será conmovida eternamente la que está apoyada sobre tan sólida roca. Dice San Agustín [60]: No serán allí inconstantes nuestros pensamientos. ¿Cómo será esto? ¿no suceden en los ángeles y en los bienaventurados muchos y variados conocimientos, dejando de existir unos y comenzando otros? Santo Tomás [61] lo comenta acerca del conocimiento del Verbo; pues siempre hay estabilidad allí, siempre es invariable el conocimiento, porque es invariable el objeto y la potencia siempre está atenta a él, como dice San Bernardo [62]: *Alaba, ¡oh Jerusalén!, al Señor; alaba, ¡oh Sión!, a tu Dios; porque El ha asegurado con fuertes barras tus puertas*. No tienes ya por qué temer, ¡oh Virgen!, las asechanzas, los designios de los judíos, la excitación del pueblo, el cuerpo de soldados; ya no tienes motivo para sufrir las heridas, los tormentos, la muerte; ya no puedes ver derramada la sangre del Hijo. Pasaron ya los dolores, los tormentos, las tristezas. El Señor *ha asegurado con fuertes barras tus puertas*, a fin de que no penetre por las puertas de tu corazón tristeza alguna, sino que te alegres y regocijes, y disfrutes eternamente de todas las delicias en la gloria, a la cual se digne, etc.

[60] *De la Trinidad*, 15,16: «Acaso nuestros pensamientos no sean volubles, yendo y viniendo de unos objetos a otros, sino que toda nuestra ciencia la abarcaremos con una sola mirada» (trad. BAC). Explica el pensamiento de San Agustín en este testimonio San Buenaventura *(In 3 Sent.* dis. 14, a. 2, q. 2, in respons. ad 1): «El alma bienaventurada de Cristo tiene conocimiento de algunas cosas que son esenciales a la gloria y de algunas que no son de esencia de la gloria. Si, pues, hablamos del conocimiento de aquellas cosas que son esenciales a la gloria, afirmo que el alma de Cristo conoce en el acto todo lo que conoce habitualmente, porque la gloria es el hábito en acto. Por tanto, así como no puede su alma menos de ser gloriosa, del mismo modo es imposible que se interrumpa en El la consideración actual de las cosas que son de esencia de la gloria. Pero si hablamos de las cosas que no son esenciales a la gloria, entonces no es necesario que conozca en acto todo lo que conoce por hábito. Señal de lo cual es que Dios revela y manifiesta en sí algo de nuevo, que antes no manifestaba, a los bienaventurados que están en la gloria, esto es, a los santos ángeles; y por eso no repugna al estado de gloria considerar en un momento determinado algo que antes no se consideraba. Ni repugna tampoco a la perfección de la criatura, porque pertenece a la perfección de la criatura llenar su capacidad; y la criatura es capaz de más cosas según el conocimiento habitual que según la consideración actual, como se ha demostrado en la oposición. Y por eso no sólo en los ángeles, sino también en el alma de Cristo, es verdad que conoce más cosas habitualmente de las que considera en el acto. Y por eso se ha de conceder que no considera en el acto todo lo que tiene en el hábito, en cuanto a las cosas que no son esenciales a la gloria».

[61] 1, q. 58, a. 2, in c.: «Por consiguiente, los ángeles, con el conocimiento que conocen las cosas en el Verbo, conocen todas las cosas en una sola especie inteligible, que es la esencia divina. Y, por tanto, respecto a este conocimiento lo conocen todo a la vez; así como en la patria acaso no sean volubles nuestros pensamientos, yendo y viniendo de unos objetos a otros, sino que toda nuestra ciencia la abarcaremos con una sola mirada, como dice San Agustín *(De Trin.*, 15.16)».

[62] *Serm.* 31 *in Cant.*, n. 1: «Por tanto, aquel Señor que así es, o por mejor decir, que ni es pasado ni futuro, sino siempre presente, al mostrarse al alma tal cual es, en esta visión muéstrasele, como dijimos, totalmente exento de toda mutación» (trad. BAC).

SERMON VIII

¿Quién es esta que asciende del desierto... apoyada en su Amado? (Cant. 8,5).

1. Dice el profeta David: *Dichoso el hombre que en ti tiene su amparo; y que ha dispuesto en su corazón, en este valle de lágrimas, los grados para subir hasta el lugar que destinó* [1]. *Dichoso el hombre que en ti tiene su amparo*. Verdaderamente dichoso, porque sin este auxilio nada puede la fragilidad humana, nada puede la humana insuficiencia. Ya lo dijo Cristo: *Sin mí nada podéis hacer* [2]. Como dice San Agustín [3], lo único que puede el libre albedrío sin el auxilio de Dios es cometer el pecado. Y, sin embargo, no por eso dejas de ser libre, porque para obrar el bien se requiere otra cosa también; pues he aquí que sin luz no podemos ver, y, sin embargo, puedo yo libremente ver o no ver. Como se requiere la gracia de Dios para cualquier obra meritoria de la vida eterna, así se requiere también un auxilio especial de Dios para cualquier obra buena; y no obstante, tú, ¡oh hombre!, te glorías como si aquellas obras buenas que haces fueran tuyas y hechas solamente por ti. Realmente el Señor *nos hizo todas nuestras obras* [4]. Tuyas son, ¡oh Señor!; ¿qué somos nosotros sino insignificantes instrumentos de tu bondad? Pero ¿para qué se requiere el auxilio? Continúa: *Ha dispuesto los grados*

[1] Ps. 83,6-7.
[2] Io. 15,5.
[3] *Serm. de Cant. novo*, n. 8: «Cuál sea el poder del libre albedrío sin ser ayudado, quedó de manifiesto en el mismo Adán. Bástase a sí mismo para el mal, y no, en cambio, para el bien, si no es ayudado por Dios». Y en el libro 2 *Contra las dos epist. Pelag.*, n. 9: «No decimos que por el pecado de Adán haya perdido el libre albedrío la naturaleza humana, sino que su poder en los hombres sujetos al demonio se extiende solamente a pecar; no tiene, en cambio, fuerza para vivir bien y piadosamente si la voluntad del hombre no se ve libre por la gracia de Dios y ayudada para todo bien, sea de acción, de palabra o de pensamiento».
[4] Is. 26,12.

para subir. El levantar el propio corazón y estimular al ajeno para las cosas espirituales y eternas, es obra de Dios y no puede llevarse a cabo sin su auxilio. Fija en tu corazón la escala por la cual has de subir a Dios; con más facilidad y menos trabajo subes por ella a Dios que por la contemplación de las criaturas; pues el alma es imagen de Dios [5] y en ella se ve mejor a Dios que en las otras cosas.

El perfeccionamiento y crecimiento del hombre está en su corazón, no en las ceremonias exteriores; las virtudes, ¡oh hombre!, son las que te harán crecer, no las ceremonias. Si te haces monje, sacerdote, obispo, papa, no has hecho nada mientras no se encuentre en tu corazón el hábito de tal. Esta escala del corazón se perfecciona por los grados de las virtudes, por los cuales crece el alma en sí y sube a Dios. *En el valle de lágrimas*. Un valle de lágrimas es esta vida: adondequiera que vuelvas los ojos, encontrarás aquí lágrimas, destierro y pecado por la mísera condición de las enfermedades y trabajos, y por los peligros. Con estas lágrimas se desarrolla el alma como la planta. El Salmo: *Como el árbol plantado junto a las corrientes de las aguas...* [6]; sólo en esta vida puede crecer el hombre, pues después de la muerte *si el árbol cayere hacia el mediodía o hacia el norte, doquiera que caiga, allí quedará* [7]. Este tiempo de la vida se nos ha otorgado para nuestro crecimiento, y como nos encontráremos en la muerte, tal seremos por toda la eternidad.

¡Ojalá, ojalá fuera tal nuestro anhelo por crecer en las virtudes y en la gracia como lo es por aumentar las riquezas, los honores, las dignidades y la fama! ¿Qué no sostienen tantos miserables para medrar en la corte del rey, para poseer una dignidad por un poco de tiempo, y no se preocupan, en cambio, por crecer en la corte de Dios, para poseer eternamente el grado de gloria que con sus méritos hayan obtenido? Pero ¿sube acaso alguno a su antojo? No ahí, sino *al lugar que destinó*; esto es, El mismo es el que ha destinado la corona: Dios es el que predestinó de antemano; pues así como la naturaleza ha fijado a cada clase de criaturas el término de su crecimiento y decrecimiento, por ejemplo, al cuerpo, así también Dios en el crecimiento de las almas ha limitado el aumento y porción de la gracia que desde el principio ha determinado darle a cada uno según el beneplácito de su voluntad. Pues *El mismo a unos ha constituído apóstoles, a otros profetas, y a otros evangelistas, y a otros pastores y doctores* [8], y ha repartido en abundancia la gracia conveniente a cada es-

[5] Gen. 1,27.
[6] Ps. 1,3.
[7] Eccl. 11,3.
[8] Eph. 4,11.

tado; pues ha dado una gracia más abundosa a los que en su Iglesia ha constituído en dignidad, a fin de que en ella aprovechen más y más. En todo el tiempo de nuestra vida mortal, hasta el último sollozo de la misma, podemos crecer, aunque no cuanto queremos, sino cuanto Dios tiene prefinido, hasta el punto que El nos ha marcado. Por consiguiente, nadie juzgue que ha adelantado lo suficiente, nadie diga: Bástame ya lo que he hecho, ya soy perfecto. ¿Quién puede haber más grande que el Apóstol? Y qué dice él de sí mismo? *No que lo haya logrado ya, ni llegado a la perfección..., olvidando las cosas de atrás, y atendiendo sólo y mirando a las de adelante*, continuó corriendo *hacia el hito, para ganar el premio* [9], etc. Esto es lo que dice el Apóstol, y te atreves tú a decir: Ya es bastante, ya he crecido bastante. Dice también: *Pensemos así todos los que somos perfectos* [10], porque la perfección de esta vida consiste en el perfeccionarse, no en haber llegado ya a la perfección.

Por tanto, si alguno se excusa de adelantar hasta descuidar el crecimiento, sepa que no es perfecto el que no procura aprovecharse; por eso en los Cantares la estatura de la esposa se compara con la palma [11], sin duda porque, a la manera de la palma, cuanto más se prolonga la vida, más se extiende su magnitud; pues la palma, contra lo que ocurre en otros árboles, siempre crece. El elegido siempre debe aumentar en virtud, sabiduría, en gracia; y así dice el Apóstol: El hombre *interior se va renovando de día en día* [12]; al contrario el réprobo, que disminuye sin interrupción. Podemos observarlos cómo empiezan con fervor, pero, oprimidos por el peso de las acciones y de los pecados, pronto van disminuyendo en sus buenas obras y propósitos; en cambio, el alma del justo, como la palma, se ensancha más y más cada día.

¡Oh, si tuviéramos ante los ojos aquella eternidad de premios y aquel estado perpetuo, que podemos adquirir en tan breve tiempo, lo meditaríamos de continuo, no desfalleceríamos ni desistiríamos de las buenas obras! Pero dice muy bien el profeta: *Ha dispuesto los grados*, porque debemos ascender gradualmente y con orden; porque el que pretende subir por saltos salvando algunos escalones, con frecuencia tropieza y se precipita en el profundo. Por eso en la lectura del Evangelio te proponemos la escala por donde debes subir para no equivocarte; procura subir lentamente por ella, si deseas llegar a Dios.

El primer escalón de esta escalera es la firme perseve-

[9] Phil. 3,12-14.
[10] Ib. 3,15.
[11] Cant. 7,7.
[12] 2 Cor. 4,16.

rancia, para mantener con constancia nuestros buenos propósitos. Pues ¿cómo puede crecer o adelantar el inconstante, que desiste de pronto de su buen propósito por cualquier impedimento? Sólida debe ser la base de un edificio muy alto, a fin de que no se derrumbe. Todos estos escalones se nos manifiestan en aquellas palabras: *Entró Jesús en cierta aldea* [13]. ¿Cuándo entra Jesús sino cuando el cristiano entra en religión o propone cambiar sus costumbres? No entra Jesús en una casa cubierta de oropel que explote al menor chispazo e incendie toda la casa, no entra en inconsistentes tugurios, sino en un castillo fortísimo.

2. Por consiguiente, si tratas de subir *al servicio de Dios*, como he aconsejado antes, *prepara tu alma para la tentación* [14]. Sepas que has de ser invadido y atacado de tentaciones, persecuciones, tribulaciones; acuérdate que eres castillo de Dios y no temas el subir si tienes a Cristo como protector. Nada hay en el mundo tan fuerte y robusto como el corazón del hombre resuelto. Tomemos ejemplo de los mártires: ¡qué castillos de Dios tan fuertes e invencibles fueron! Tales son las casas que gusta de habitar Cristo. No se digna, en cambio, entrar, y si entra sale al punto, en los espíritus volubles e inconstantes.

Muy largo sería enumerar ahora las condiciones de este castillo: cómo debe estar protegido por un muro, por una barbacana; defendido por un foso profundo, por un puente levadizo, una puerta de hierro, un alcaide inexorable, vigilantes diligentes, fortísimo atrincheramiento, gran cantidad de provisiones, muchas armas arrojadizas, etc. El foso es la humildad; el puente, la discreción, que no permite la entrada a cualesquiera apetitos y afectos; la puerta férrea, la dificultad del consentimiento; el alcaide inexorable, el temor del infierno. No debe encargar la guarda de la puerta a una mujer, como hizo el hijo de Saúl, que por esto fué herido con una espada en la ingle [15]. Los vigilantes son el temor de Dios y el cuidado de la salvación; el atrincheramiento, las virtudes; las provisiones, el pan de la Escritura; el óleo del espíritu, el agua de la sabiduría, etc.

3. El segundo peldaño de la escala es el retiro; pues el alma desparramada no crece en el bien, como dijo Jacob a su hijo Rubén: *te derramaste como agua; no crezcas* [16]. El alma se perfecciona reuniendo sus energías, se empequeñece dejando que se dispersen. ¿Por qué, miserable alma, lo recorres todo con curiosidad y sólo te olvidas de ti? ¿Qué te importa todo lo demás? Cuídate de ti

[13] Lc. 10,38.
[14] Eccli. 2,1.
[15] 2 Reg. 4,6.
[16] Gen. 49,4.

mismo. Observa este peldaño en el Evangelio al decir: *Una mujer, llamada por nombre Marta, le hospedó en su casa* [17]; si no habita el huésped en casa, no entra Cristo en el hospedaje. Si deseas, ¡oh alma!, hospedar a Cristo, no salgas de tu casa. De esto dice el Salmo: *El a la mujer estéril la hace vivir en su casa alegre* [18]; se refiere al alma; y termina así: *Rodeada de hijos*, esto es, de los buenos deseos. Dina [19], hija de Jacob, saliendo a ver a las mujeres de la región, fué violada por Sichem, hijo de Hemor; de este modo es corrompida por algún violento apetito el alma curiosa.

Y ¿qué hizo esta mujer al recibir a Cristo, al hospedarle? ¿Se dió prisa en sus ajetreos de la casa? No, sino que le salió al encuentro. Este es el tercer grado de la escala: Equivale a la buena voluntad, a la alegría. Por eso el Salmo: *Servid al Señor con alegría* [20]; y también: *Yo te ofreceré un sacrificio voluntario* [21]. No te entibies, ¡oh, alma!, a quien viene Cristo, sino sal al encuentro con alegría. Si Dios te inspira algo, si te mueve, si te corrige, recíbelo; no te endurezcas ni te muestres áspera, como aquella a la que dijo el Esposo: *Abreme, mi amada mía, amiga mía, paloma mía* [22], respondiéndole ella: *Me despojé de mi túnica, ¿me la he de volver a poner? Lavé mis pies, ¿y me los he de volver a ensuciar?* [23]. Por eso, cuando se decidió ya a abrir la puerta, *El se había retirado* [24]. Tú, por el contrario, ábrele al instante cuando te llame, sal a su encuentro.

Le abrimos al llamarnos, cuando obedecemos a las buenas inspiraciones; prevenimos su venida, cuando nos disponemos con buenas obras para que nos inspire. Pero recordemos que no fué María, sino Marta, la primera que llegó a Cristo. Es preciso preceda la buena acción, y seguirá la dulce contemplación; pues la virtud dispone para la contemplación, y por eso dice San Gregorio en las *Morales* [25]: quien desee poseer la ciudadela de la contemplación dispóngase antes por el ejercicio de la obra sirviendo a los prójimos. *El que no ama a su hermano, a quien ve, ¿a Dios, a quien no ve, como podrá amarle?* [26] Y así dice el Señor a Marta: Llama a tu hermana; porque ciertamente la práctica de la virtud por medio de la especulación nos lleva a Cristo; por donde ocurre que entre las mismas ocupacio-

[17] Lc. 10,38.
[18] Ps. 112,9.
[19] Gen. 34,1-2.
[20] Ps. 99,2.
[21] Ib. 53,8.
[22] Cant. 5,2.
[23] Ib. 5,3.
[24] Ib. 5,6.
[25] Véase nota 36 del *Sermón 2 en la Asunción de la B. V. M.*
[26] 1 Io. 4,20.

nes piadosas salte cierto rayo de divina claridad con más frecuencia que en el reposo de la meditación. Bueno es pedir a Dios el espíritu, pero es mejor hacerse acreedor con buenas obras; pues aun el emperador no otorga más veces alguna dignidad al jefe que se la pide importunamente, sino que se la da de mejor grado al que la ha merecido en la guerra. ¿Deseas el espíritu? Es un buen deseo, pues escrito está: *Abrí mi boca, y respiré* [27]; pero quizá con el merecimiento de la obra consiguieras antes un espíritu más amplio, y llegarías a El más fácilmente con el piadoso ejercicio que con el solo reposo.

4. Por tanto, el cuarto grado de la escala es el ejercicio de la virtud y la piedad; pero atiende cuál ha de ser ésta: *Marta andaba muy afanada en disponer todo lo que era menester* [28], no con tibieza y flojedad, sino con esmerada solicitud, con diligente fervor; pues *maldito aquel que ejecuta de mala fe la obra* [29] de Dios. Suelen ser levantados a más altas dignidades los solícitos y diligentes y fieles en oficios de menos importancia. Así dice el Señor en el Evangelio: *Muy bien, siervo bueno y leal; ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho* [30]. El que es remiso en el ejercicio de la piedad, ¿cómo será más ferviente en el reposo de la contemplación? Por consiguiente, este quinto grado está constituído por la fervorosa diligencia en las buenas obras. A este reposo se añade el sexto grado, pues dice: *Señor, ¿no reparas...?* [31]. Esta piadosa queja es la del alma afligida que procede como con indignación. *Tenía ésta,* Marta, *una hermana llamada María* [32]. No siempre la especulación del alma acompaña a tal acción, sino que el grado de la vida activa parece aumentar con la perfección.

Hablemos ahora de la vida contemplativa. Hemos escuchado qué hizo Marta; digamos también ahora lo que hace María. *Sentada a los pies del Señor, estaba escuchando su divina palabra* [33]. En primer lugar, está sentada. La quietud y tranquilidad del corazón es necesaria para la contemplación, pues no se escucha a Cristo en el estrépito de los defectos y apetitos. Toda alma que desea gozar de Dios precisa tranquilidad y sosiego; por eso dice el Apóstol: *Ninguno que se ha alistado en la milicia de Dios debe embarazarse con negocios del siglo, a fin de agradar a Aquel que le alistó* [34].

[27] Ps. 118,131.
[28] Lc. 10,40.
[29] Ier. 48,10.
[30] Mt. 25,21.
[31] Lc. 10,40.
[32] Ib. 10,39.
[33] Ib.
[34] 2 Tim. 2,4.

El alma es como el agua; pues el agua pura y clara, si está tranquila, refleja todas las cosas, y aumenta todo lo que está presente; pero si se la revuelve, no refleja ya nada. Así, el alma tranquila se hace sabia; pues es, según dice Platón, como un espejo nitidísimo, en el cual se forman las imágenes de todas las cosas; si se la turba, no reproduce las imágenes fielmente. Por consiguiente, no hay cosa más necesaria a María que el estar sentada, es decir, la quietud e impasibilidad de la mente.

Pero ¿dónde estaba sentada?, ¿acaso a la cabeza de Cristo? En modo alguno, porque *quien se humilla será ensalzado* [35]. Lo que más estorba el aprovechamiento es la soberbia, pues *Dios resiste a los soberbios* [36]. Es una gracia que Dios hace a los soberbios el no darles sus dones, a fin de que no se hagan más soberbios con ellos; de suerte que es un beneficio no otorgar beneficios a los tales. Dice el Salmo: *Si yo no he sentido bajamente de mí, sino que, al contrario, se ha ensoberbecido mi ánimo, como el niño recién destetado está en los brazos de su madre, tal sea la pena dentro de mi corazón* [37]. ¡Oh, tú, cualquiera que seas, que deseas llegar a lo alto de la contemplación, te ruego te postres antes a los pies del Señor, baña con piadosas lágrimas sus pies y lava las manchas de tus pecados; pues ésta es la puerta, ésta es la entrada al Esposo! Si no limpiamos primero al alma de los pecados y de las pasiones de los pecados, poco o nada adelantaremos en la contemplación de los divinos misterios. Sentémonos primero a sus pies, bañémoslos con nuestras lágrimas, y nos dará el ungüento precioso para que lo derramemos sobre la cabeza de Cristo, como hizo esta mujer [38], acercándose primero con humildad a los pies y llegándose luego con confianza a su cabeza.

¡Oh, precioso perfume de espicanardo, odorífero, que es la devoción, el gozo en el Espíritu Santo, el júbilo de un corazón y espíritu firme! Esto es lo que pedía el Salmista: *Quede mi alma bien llena, como de un manjar pingüe y jugoso* [39]; y Salomón: *Estén blancos en todo tiempo tus vestidos y no falte en tu cabeza el bálsamo* [40]. A veces destilamos esta aromática unción en la cabeza del Señor, experimentamos a veces la dulzura de estos gozos en nuestra garganta. Bienaventurado el que rompiendo el alabastro lo derrama todo, no gota a gota, lo cual ocurre cuando el corazón, no pudiendo contenerse por la excesiva abundancia y fortaleza del espíritu, se desborda enteramente en

[35] Lc. 14,11.
[36] Iac. 4,6; 1 Petr. 5,5.
[37] Ps. 130,2.
[38] Mt. 26,7; Mc. 14,3; Lc. 7,38; Io. 12,3.
[39] Ps. 62,6.
[40] Eccl. 9,8.

la jovialidad de su gozo y como si quisiera saltar a la cabeza de Jesús. Pues no puede soportar la abundancia de aquel deleite, el ímpetu de aquellos gozos, la fortaleza del espíritu, y salta y se desborda en un éxtasis. Por eso dice el profeta: *Derrama como agua tu corazón* [41] en la presencia del Señor Dios tuyo; y Job: *Si soltare las aguas, sumergirán la tierra* [42].

Y ¿qué hacía allí a los pies? *Estaba escuchando su divina palabra* [43]. No dejes hablar a tu alma en la contemplación; viniste, ¡oh alma!, a escuchar, no a hablar. ¿Por qué has de interrumpir, necia de ti, al Señor que habla? *Escucha, ¡oh hija!, y considera* [44], dice el salmista; no dice habla. E insiste: *Escuche yo aquello que me hablará el Señor Dios* [45]; pues que me habla dentro de mí y mi inteligencia no es sino su lengua, mediante la cual me dice lo que quiere. ¡Oh palabra dulce, oh ferviente palabra! ¡Cuánto deleita, excita y eleva a mi alma este lenguaje! Verdaderamente *acendrada en extremo es tu palabra y está tu siervo enamorado de ella* [46]. *¡Oh, cuán dulces son a mi paladar tus palabras!* [47], ¡oh Señor!, que hablas en mi corazón, verdaderamente *más que la miel a mi boca. Son tus labios un panal que destila miel; miel* del espíritu, *y leche* de doctrina *tienes debajo de la lengua* [48]. Estas tus palabras, ¡oh Señor!, me estimulan a la obra, me purifican, me confortan, me deleitan, robustecen mi alma para toda obra buena. ¡Oh mundo ciego! ¡Oh si supieras *tú por lo menos en este día que se te ha dado lo que puede atraerte la paz y ahora está todo ello oculto a tus ojos!* [49] ¡Ay, miserable de ti, por desconocer estos manjares y estas flores, tienes que hartarte de algarrobas de puercos! [50] ¡Oh hermanos míos!, os ruego procuréis en medio de vuestras solicitudes mundanas gastar algunas horas a los pies del Señor, sentaos todos los días un poco al menos para escuchar al Señor que habla en la cátedra de vuestro corazón, procurad al menos una hora al día escuchar esta lección. ¿Quién sería tan desconsiderado que no aceptara una hora de conversación al día con el rey si éste lo deseara? Y vosotros no queréis conversar ni una hora al día con el Rey de la gloria. El rostro de Moisés lanzaba rayos de luz [51] por la

[41] Lam. 2,19.
[42] Iob 12,15.
[43] Lc. 10,39.
[44] Ps. 44,11.
[45] Ib. 84,9.
[46] Ps. 118,140.
[47] Ib. 118,103.
[48] Cant. 4,11.
[49] Lc. 19,42.
[50] Lc. 15,16.
[51] Ex. 34,29.

participación de la conversación del Señor. Creedme que también el rostro de vuestras almas la irradiará con esta conversación.

5. Habéis escuchado, hermanos, los grados por los que tenéis que subir al Esposo. Reconocedlos y escaladlos. Son estos escalones de marfil, *en que te han recreado hijas de reyes* [52]; éstas son las gradas purpúreas que alfombró Salomón [53] mediante la caridad, a causa de las hijas de Jerusalén, tiernas y delicadas. Son de marfil, y no puede subir por ellas el alma manchada; son purpúreas, tampoco lo puede el alma tibia; ebúrneas por la pureza, purpúreas por la caridad. Del alma que sube con diligencia esta escala decimos admirados: *¿Quién es esta que sube del desierto rebosando en delicias apoyada en su Amado?*

Tres cosas son dignas de notarse: el lugar de donde asciende, la gracia que perfecciona la subida y el deleite que acompaña esa misma subida. Pero nadie presuma de poder subir con sus fuerzas esta escala, sino, como dijimos al principio, con el auxilio del Señor y la gracia de Dios, pues por eso dicen: *apoyada en su Amado*. Pues si el alma no se apoya en su Amado, no podrá subir la difícil escala de las virtudes, pues la gracia da fuerzas para la subida. Por consiguiente, tres puntos existen en el tema: el lugar de donde asciende, esto es, el desierto; el gran deleite que alienta a emprender la subida, y la gracia de Dios, que perfecciona la subida.

Maravilloso parece que un alma pecadora, ayudada por el Señor con la gracia, pueda subir en tan breve tiempo del desierto de los pecados y las manchas de los vicios a tan soberanas delicias del Esposo. Basta ya respecto a la primera parte.

SEGUNDA PARTE

6. Palabras son éstas de los ángeles, que se quedan pasmados y admirados de la excelencia de las gracias, de las delicias y dignidad de la Virgen que asciende. Recordamos las tres preguntas que de la Ascensión del Señor leemos en Isaías; la primera: *¿Quién es ese que sube de Edom y de Bosra con las vestiduras teñidas?* [54] La segunda: *¿Por qué está rojo tu vestido?* [55] La tercera es la que se propone en el Salmo: *¿Quién es ese Rey de la gloria?* [56]

Del mismo modo formula tres preguntas Salomón acerca

[52] Ps. 44,9-10.
[53] Cant. 3,10.
[54] Is. 63,1.
[55] Ib. 63,2.
[56] Ps. 23,8.

de la Virgen en esta su festividad. Es la primera: *¿Quién es esta que va subiendo cual aurora naciente?* [57] La segunda: *¿Quién es ésta que va subiendo por el desierto en una columnita de humo?* [58] Y la tercera: *¿Quién es esta que sube del desierto rebosando en delicias?* [59] No preguntaban por ignorar quién era, a la que habían servido muchas veces; sino que, admirados de tan soberana sublimación, se preguntaban unos a otros estas cosas.

Justamente es comparada a la aurora, porque como la aurora da a luz al sol, así la Virgen nos dió a luz al Salvador; también se la compara con propiedad a la varita olorosa, porque en el día de hoy llenó el cielo y la tierra de su fragancia; pero en la tercera pregunta hemos de admirar con razón tres cosas: en primer lugar, el que semejante rosa suba del desierto y que un lirio candidísimo, criado entre las espinas, se haya hecho un lirio purísimo y sin mancha. Admiran en segundo lugar sus extraordinarias delicias y la abundancia de su dulzura. ¡Oh Virgen!, ¿quién es capaz de expresar tus delicias? ¿Qué es lo que experimentaste cuando en cuerpo y alma gloriosa fuiste recibida en los brazos de tu amado Hijo y admitida a sus ósculos y abrazos? San Bernardo [60]: Felices una y mil veces los besos que la Virgen imprimió en los labios de Jesús Niño, pero inmensamente más felices los que hoy recibe de quien se sienta en el trono. Y si ni *ojo vió, ni oreja oyó cuáles cosas tiene Dios preparadas* [61] para los que le aman, ¿quién puede dar a entender lo que preparó para la que le engendró y amó más que todos? De esto es de lo que se admiran: *rebosando en delicias.*

Ahora bien, y esto es lo tercero, ¿quién puede expresar la inefable dignidad con que sube apoyada en su Amado? Por contento y satisfecho se da cualquier santo si su alma es llevada a la gloria por manos de algún ángel; y esta Virgen bienaventurada no es llevada por manos de cualquier ángel ni aun serafín, sino por las del único y amado Hijo de Dios e hijo suyo. Baja el Rey del cielo y toda la corte celestial con toda pompa y majestad a este viaje triunfal de la Virgen, y se celebra con gran regocijo en el cielo la entrada de esta regia Virgen en la ciudad celestial. Y si calló la historia, lo expresa bien claro la figura: pues en el libro de los Reyes [62], al ser introducida el arca en el templo, se lee que el rey Salomón y toda la multitud, que había acudido con él, marchaban juntos ante el arca.

[57] Cant. 6,9.
[58] Ib. 3,6.
[59] Ib. 8,5.
[60] Véase nota 71 del *Sermón 2 en la Asunción de la B. V. M.*
[61] 1 Cor. 2,9.
[62] 3 Reg. 8,5.

Y ¿qué significaba la entrada de este arca sino la entrada del Arca deífera, que celebramos hoy, en el templo celestial, para recibir a la cual bajó aquel poderoso rey Salomón con toda la comitiva celeste? Llevada así en sus manos, es colocada hoy a su diestra, sobre todas las criaturas angélicas, sobre los querubines y todo principado celestial, en un maravilloso trono, en el cual ejerce la soberanía con su Hijo y reina por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON IX

¿Quién es esta que sube del desierto rebosando en delicias? (Cant. 8,5).

1. A tres clases de personas podemos dirigir esta pregunta; es a saber, al alma del justo, que sube del desierto de los pecados por la escala de las virtudes y de las gracias; al alma religiosa, que sube del desierto de la soledad por la escala de la contemplación y del espíritu; a la gloriosa Virgen, que del desierto del mundo sube hoy al cielo para reinar con los ángeles. De cada una de ellas podemos preguntar: *¿Quién es esta que sube?* Pero se ha de advertir que en el libro de los Cantares se formula respecto a esto una triple pregunta: Primera: *¿Quién es esta que va subiendo por el desierto como una columnita de humo* [1], etc?. Segunda: *¿Quién es esta que va subiendo cual aurora naciente* [2], etc? Tercera: *¿Quién es esta que sube del desierto rebosando en delicias?* [3] Trataremos de exponer en el presente sermón cada una de estas tres preguntas aplicadas a cada una de las clases de personas dichas, lo cual haremos guiados por el Espíritu Santo, cuya gracia vamos a implorar para ello por medio de la Virgen diciendo:

Ave María

2. En los Cantares leemos: *Hízose el rey Salomón una litera de cedro del Líbano. Hizo de plata sus columnas, de oro su respaldo, su asiento de púrpura, recamado, obra de las hijas de Jerusalén* [4]. *Férculo* (litera) se deriva del vocablo *fero*, que significa llevar, y quiere decir una litera en que era llevado Salomón. Hizo también un trono con gradas de marfil, bello y excelente, como se dice en el libro

[1] Cant. 3,6.
[2] Ib. 6,9.
[3] Ib. 8,5.
[4] Ib. 3, 9-10.

de los Reyes[5]. Por la litera se entiende las almas devotas de los viadores, sobre las cuales es llevado ahora en esta vida mortal nuestro Salomón, según lo del Apóstol: *Glorificad a Dios y llevadle en vuestro cuerpo*[6]; tal era el mismo Apóstol, de quien se dice: *Ese mismo es ya un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre delante de todas las naciones y de los reyes*[7], etc. Y, en cambio, el trono son las almas de los bienaventurados, en las cuales no es llevado, sino que descansa perpetuamente. Así dice el Salmo: *Está Dios en medio de ella, no será conmovida*[8].

La litera fué hecha de madera y el trono de materia más preciosa, de blanquísimo marfil. Porque no puede el alma en la vida presente obtener la fortaleza y candor del marfil beatífico; sin embargo, no fué hecha de la madera de cualquier árbol, sino de los árboles *del Líbano*, como dice la glosa, elevados, de gran precio, hermosos, odoríferos, incorruptibles, cándidos, unidos entre sí, de los cuales está formada la fábrica de la litera. Estas maderas son, según mi opinión, las virtudes morales, que se unen de una manera admirable en el alma del justo; y las columnas de plata son las virtudes teologales, en que se funda todo aquel armazón de la litera. Y se dicen de plata, porque son puras, claras, sin mancha.

De oro su respaldo, simboliza la contemplación, y en él reposa y duerme Salomón, y de él dice el Salmo: *Dormiré en paz y descansaré*[9]. Toda alma que habita nuestro Salomón, y en la cual al presente se halla en camino y peregrina con la peregrina, debe tener un respaldo para descansar y dormir en él con su esposo, Salomón. Pero como este lugar es alto y sublime, puso también una escala, purpúrea por la sangre, por el esfuerzo, por la austeridad: la penitencia es una escala para la contemplación, y es una cruz más ligera y una escala para subir al Esposo.

Por consiguiente, todo el que quiere subir a este reclinatorio, a este respaldo, para descansar en él, debe prepararse para esta subida purpúrea; y no debes temer, porque nuestro Salomón por su blandura allanó primero en sí la dificultad, y por eso continúa: *Su asiento de púrpura recamado* por su piedad, *obra de las hijas de Jerusalén*, tiernas y delicadas. Fuerte y robusto subió El el primero por esta subida purpúrea; y como experimentó la dificultad, y conoció la delicadeza de las hijas de Jerusalén, lo recamó por su piedad, abriendo camino a las delicadísimas vírgenes de Jerusalén; la experiencia nos dice cómo allanó la dificultad. Subieron estos escalones purpúreos delicadas doncellas, vírgenes y niños con maravillosa rapidez, deseando primero el camino del martirio y pasando luego por él con ligereza.

[5] 3 Reg. 10,18-19.
[6] 1 Cor. 6,20.
[7] Act. 9,15.
[8] Ps. 45,6.
[9] Ib. 4,9.

Veo que muchos desean el reposo del reclinatorio, pero al ver la escala purpúrea se resisten a subir por ella, desconociendo que ha sido allanada. Los que de este modo se resisten a subir no deberían temer, pues la subida no sólo es fácil, sino hasta suave y agradable, precisamente porque es purpúrea.

Seis escalones leemos en el libro de los Reyes que hizo Salomón[10] en esta subida: tres de ellos pertenecen al alma proficiente, los otros tres a la perfecta. El primer grado, por el que se sube del desierto inculto y árido de los pecados, es el grado purgativo; el segundo, el iluminativo, y el tercero, el perfecto. Pues quien desea subir del fondo de sus pecados al reclinatorio áureo de Salomón, debe antes purgar con diligencia su alma y apetito de los pecados, de las pasiones de los pecados, de la lacra de sus vicios, y detenerse con asiduidad y diligencia en este ejercicio; así como no sembramos tampoco la tierra sino después de de limpiarla de espinas y abrojos. No debe nacer la semilla entre las espinas, pues la sofocan. Y por eso dice el profeta: *Preparad vuestro barbecho y no sembréis sobre espinas*[11].

Del alma que se fatiga en este ejercicio es de la que se dice: *¿Quién es esta que va subiendo como una columnita de humo...?* Una materia espesa y viscosa, si se la arroja al fuego, produce humo; así también, cuando los pecados son abrasados por el fuego de la contrición, producen humo ciertamente en el hervor de nuestro corazón, pero es un humo odorífero y suave; y asciende este humo como una varita recta al cielo, y llena de su fragancia a los ángeles; por eso se dice en el Evangelio: Hay *más fiesta en el cielo por un pecador que se arrepiente...*[12] Pero también se siente llena de esta fragancia toda la casa de la Iglesia. ¡Oh, como se alegran todos cuando ven a un pecador empedernido enmendado y obrando bien! Todos dan gracias a Dios por él y se alegran de su contrición. Entonces, pues, empieza a echar humo el alma, aunque a causa de la viscosidad de sus vicios no puede aun despedir la llama de la luz; pero después que por largo tiempo y reiteradas veces han sido consumidos los restos de los pecados en medio del fuego, extinguido el humo, em-

[10] 3 Reg. 10,19.
[11] Ier. 4,3.
[12] Lc. 15,7.

pieza a brillar la luz. Por eso en aquel gran sacrificio primeramente le apareció a Abraham *un horno humeando* y luego *una llama viva de fuego*[13]. *El horno humeando* es el corazón contrito de sus pecados, al que sigue la *llama viva;* porque disueltas las nubes de los vicios, empieza a aparecer la serenidad del día; entonces se da cuenta de su primer estado, y notando las manchas anteriores y la ceguedad pasada, dice: ¡oh miserable de mí!, ¿dónde estuve?, ¿qué he hecho? Puestas en fuga las pasiones, empieza a brillar la luz de la verdad, en la cual se hace visible la fealdad del pecado y la hermosura de la virtud.

Al alma en este estado comenzamos a referirnos al decir: *¿Quién es esta que va subiendo cual aurora naciente?* Se encuentra ya en el segundo grado, es decir, el de la iluminación; pues el alma, purgada de la lacra de los pecados, empieza poco a poco a temer. Pero quitadas de enmedio las cataratas de sus ojos que la ofuscaban, y progresando paulatinamente en la luz de la verdad, se la compara a la aurora, que siempre tiene su nacimiento en la luz; hasta que nace el sol, esto es, hasta que se alcanza clara noticia de la verdad. En este grado, como dijimos, se hace visible la fealdad de la vida pasada, y comienza también a aparecer ante los ojos la hermosura de la vida, que contemplada y conocida a plena luz, incita más y más a amarla al afecto que antes sólo movía un placer repugnante. Por consiguiente, comenzando a inflamarse la luz, se expulsa aquella frialdad del corazón, se derrite la escarcha del alma y se estimula el afecto hacia el verdadero bien, a fin de que se abrace con él.

3. Al alma así dispuesta se dirige la otra pregunta: *¿Quién es esta que sube del desierto rebosando en delicias, apoyada en su Amado?* Porque ya se recrea en el bien admirable, que antes era incapaz de rastrear, y ya no se ve incitada al bien tanto por la razón cuanto por el afecto del espíritu. Este es el grado de los perfectos, que suplicaba el profeta al decir: *Recibe ¡oh Señor!, con agrado los espontáneos sacrificios que te ofrecen mis labios*[14], esto es, haz que saboree el paladar del alma lo que dicta la recta razón, y que el afecto se abrace con lo que la razón aprueba. Pues me has dado el juzgar con rectitud, dame que sienta afecto por lo que conozco ser recto: *Los que se rigen por el espíritu de Dios, ésos son hijos de Dios*[15]; pero los que se dejan llevar sólo por la razón, hijos son de los hombres.

Por eso dice con razón *apoyada en su Amado,* por-

[13] Gen. 15,17.
[14] Ps. 118,108.
[15] Rom. 8,14.

que este ascenso no es obra de la sensación de las delicias, ni de la razón y la voluntad, sino de la gracia y don divino. Pero todo el que quiere subir estos grados debe tener cautela para no caer y despeñarse así en el profundo. Es preciso subir todos los grados por series; pues si se pretendiera alcanzar el ardor antes de la luz, o la luz antes que la pureza, sería un trabajo ilusorio, ya que antes hay que purgar el ojo del alma para que vea la luz, y la luz se infunde antes de caldearse el afecto; en cuanto se purifica el ojo se ve a Dios, y una vez visto, se le ama; por eso dice: *Bienaventurados los que tienen puro su corazón, porque ellos verán a Dios*[16]. También se trata del ojo limpio cuando dice San Juan: *Eran sus ojos como llamas de fuego*[17].

El primer grado pertenece al apetito, en cuyo favor se emplea el llanto y el esfuerzo; el segundo, al entendimiento, en quien se infunde la luz; el tercero, al afecto, que se enciende en amor del verdadero bien y lo desea. De suerte que estos sobredichos grados son los que el alma antes pecadora, ayudada por la gracia de Dios, escala desde el desierto áspero y seco de los vicios, y después de los cuales encuentra otro desierto, no semejante al primero, sino muy diferente; un desierto abundante de frutos y fértil, en el cual se encuentra la hermosura de todo verdor y amenidad. Este agradable desierto, donde habita Dios solo con el alma sola, no está en los deseos, ni en la ambición, ni en las preocupaciones y solicitudes, ni, finalmente, en el afecto de criatura alguna, sino como dice el alma: *Mi Amado es para mí y yo soy de mi Amado*[18].

Grande es el verdor de virtudes y gracias que allí se muestra, porque no hay bestia alguna que atraviese este desierto y pisotee su lozanía. ¡Oh soledad apacible, hermosa, fructífera, agradable, la más semejante al paraíso de Dios! Esta es aquella soledad gratísima a la que lleva Dios a su amada para poseerla El solo; por eso dice: *Yo la acariciaré y la llevaré a la soledad,* y allí *le hablaré al corazón... y* (le daré) *el valle de Acor, para que entre en esperanza*[19]. *La acariciaré,* dice, *y la llevaré a la soledad;* pues si no es embriagada con esta leche, no puede el alma soportar esta soledad. ¿Qué es, en efecto, lo que puede hacer a las almas perfectas amar esta soledad si no es aquella inmensa e inefable dulzura de tu leche, que les das de tu mismo pecho? ¡Oh Dios!, quita ésta, y nadie será capaz de habitar en la soledad.

Desde esta inmensa soledad, en la cual Dios habla al

[16] Mt. 5,8.
[17] Apoc. 19,12.
[18] Cant. 2,16.
[19] Os. 2,14-15.

corazón del alma ya perfecta, ya purgada, ya brillante, distinguimos aún otras tres ascensiones, que arrebatan al alma maravillosamente al *reclinatorio* (respaldo) *de oro*. La primera tiene lugar mediante cierta ilustración de la divina luz, que arrebata al entendimiento a las alturas revelándole el conocimiento de inefables misterios, *que no es lícito a un hombre el proferirlos* [20]. De ésta podemos decir: *¿Quién es esta que va subiendo cual aurora naciente?* Pues bajo la dirección divina alcanza su perfección en este conocimiento y noticia más clara, acrecentada *de claridad en claridad por el Espíritu* [21] de Dios; como debe crecer la aurora hasta que se vea brillar el sol, si no en sí mismo, al menos en una nube de resplandor muy semejante. Tal fué el rapto de San Pablo [22]; tal también el de San Agustín y Santa Mónica [23] al trascender de pronto todas las cosas creadas; tal el de aquel que decía: *Te conocía de oídas* y *ahora te veo con mis propios ojos* [24]. Y otro decía también: *He visto* al Señor *cara a cara, y mi vida ha quedado en salvo* [25].

4. La segunda ascensión o arrobamiento del alma al reclinatorio se verifica por el amor y el ardor, cuando se afervora aquel inmenso incendio de caridad y enciende como un horno el pecho del hombre y abrasa todas sus entrañas. Se siente devorado entonces el espíritu en el deseo del Amado, y no puede el vaso débil soportar el calor; arde como un serafín la voluntad inflamada con el ardor celestial, y herida por la caridad exclama: *Conjúroos, ¡oh hijas de Jerusalén!, que si hallareis a mi Amado le noticiéis cómo desfallezco de amor* [26]. Por eso dice el profeta: *Desde lo alto metió fuego dentro de mis huesos, y me ha escarmentado* [27]; y en otra parte: *Sentí en mi corazón como un fuego abrasador, encerrado dentro de mis huesos, y desfallecí, no teniendo fuerzas para aguantarlo* [28]. A este alma tan ardiente y abrasada es a la que decimos: *¿Quién es esta que va subiendo por el desierto como una columnita de humo, formada de perfumes...?* [29] Los perfumes son las virtudes que, encendido aquel divino fuego en el incensario del corazón, despiden un admirable olor de celestial fragancia y suavidad. Pues el fervor del espíritu y el calor de la caridad ponen en actividad los aromas de las virtudes para exhalar olor y se resuelven en humo de suavísima fragancia.

[20] 2 Cor. 12,4.
[21] 2 Cor. 3,18.
[22] Ib. 12,2.
[23] *Confes.*, l. 9, c. 10, n. 23-25.
[24] Iob 42,5.
[25] Gen. 32,30.
[26] Cant. 5,8.
[27] Lam. 1,13.
[28] Ier. 20,9.
[29] Cant. 3,6.

La tercera ascensión o arrebato del espíritu a Dios no tiene lugar a modo de luz, amor o ardor, sino a modo de espiritual suavidad y dulzura; pues el alma se ve penetrada y sacudida de un tan impetuoso torrente de suavidad, que no pudiendo soportar el peso de la dulzura, sale de sí misma. Por eso dice el Salmo: *Quedarán embriagados con la abundancia de tu casa y les harás beber en el torrente de tus delicias* [30]; y también: *¡Oh cuán grande es, Señor, la abundancia de la dulzura que tienes reservada para los que te temen!* [31] La hiciste para los que esperan en ti, y sin duda se la has dado en toda la plenitud y se la has manifestado a los que te aman. De quien se encuentra en este estado decimos: *¿Quién es esta que sube del desierto*, esto es, de la soledad, *rebosando en delicias?* [32]

Todo esto, es decir, la luz, el amor, el deleite, son perfectos en la patria y unidos inseparablemente en cualquier bienaventurado; mas aquí no se otorgan plenamente, sino según la capacidad del vaso: *Si soltare las aguas* [33], se trastornaría la tierra; y no están siempre unidos, sino que se encuentran divididos y cada uno en uno o separados en la misma alma. Pues aunque el amor presuponga el conocimiento, porque no es llevado a lo desconocido, y el deleite, que se encuentra en una voluntad no impedida, suponga el amor, sin embargo, Dios, que es libre en sus obras, según su voluntad arrebata enteramente ya a una ya a otra, y con frecuencia inflama el afecto sin tocar el entendimiento, e inunda de dulzura al espíritu sin encender el afecto; y lo que es más, a veces arrebata y estimula vehemente con la carga de su peso toda esta parte de la sensualidad sin haber tocado el ánimo. y ésta es la admirable virtud de aquella sabiduría que todo lo puede: *Dichoso aquel varón que* ha llenado *sus deseos con respecto a tales hijos; no quedará confundido cuando hubiere de tratar con sus enemigos en las puertas* [34].

Estos son los escalones de marfil, éstos los ascensos purpúreos, por los cuales pueden subir las hijas de Jerusalén al reclinatorio de Salomón, para descansar con él y llegar a la posesión de sus ósculos y abrazos. A éstas introduce el mismo Salomón por su propia mano en la bodega del vino [35], y en sus brazos las acerca a sí mismo por el ascenso purpúreo; por eso dice bien: *Apoyada en su Amado;*

[30] Ps. 35,9.
[31] Ib. 30,20.
[32] Cant. 8,5.
[33] Iob 12,15.
[34] Ps. 126,5.
[35] Cant. 2,4.

no es este ascender industria nuestra, sino gracia suya. Mejor aún a nosotros que a éstas hubiera preparado un ascenso; pero el piadosísimo Salomón, conociendo nuestra fragilidad, recamó este asiento [36], a fin de que puedan subir las hijas de Jerusalén, tiernas y delicadas. *¿Quién es el sabio que estas cosas comprenda?* [37] Verdaderamente *dichoso el pueblo que sabe alegrarse* [38].

Basta con lo dicho respecto a la subida del alma aprovechada y del alma perfecta.

5. También pueden acomodarse con toda propiedad estas tres cuestiones a la santa Virgen: la primera, a su concepción; la segunda, a la concepción del Hijo de Dios en su seno; la tercera, a la presente solemnidad. Pues al nacer purísima y sin mancha aquella hermosísima Niña y aparecer sobre nuestro horizonte, se decían entre sí los ángeles atónitos de la soberana y tan insólita grandeza de la nueva criatura: *¿Quién es esta que va subiendo cual aurora naciente...?* Ya que en aquella noche de la antigua ley, como dice San Gregorio, se levantaron sobre el círculo de nuestro hemisferio los resplandecientes y esclarecidos astros de los santos; como lucero de la mañana se presentó San Juan, y la Virgen, como la aurora; y aurora con harta propiedad, porque como la aurora nos anuncia el sol, así la Virgen nos dió a luz al Salvador. La aurora resplandeciente, rubicunda y serena, aumenta progresivamente su luz hasta que sale el sol; así creció la Virgen siempre en virtud hasta que dió a luz al Sol de justicia; pues entonces se llenó también de tal fulgor y claridad, que se hizo preciso, para templar el rayo de la divina luz, ser protegida por el Espíritu Santo, como se le dijo por el ángel: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra* [39]. Pero, ¡oh Dios santo!, ¡qué subida fué la suya entonces, y a qué cima de dignidad y encumbramiento fué elevada, cuando de una simple doncella, hija de Adán, fué hecha madre del Creador de todos y reina de todos los seres creados! Cómo se asombrarían los ángeles entonces y exclamarían: *¿Quién es esta que va subiendo como una columnita de humo, formada de perfumes de mirra y de incienso y de toda especie de aromas?* Pues como inundó de súbito el cielo y la tierra de admirable fragancia y los saturó de suavísimo aroma, así demostró claramente que existían toda clase de aromas, esto es, todo género de virtudes, y los preparó con abundancia; que si ya en ella se encontraban tiempo hacía los aromas de toda

[36] Cant. 3,10.
[37] Os. 14,10.
[38] Ps. 88,16.
[39] Lc. 1,35.

virtud, pero puestos en actividad y quemados por el fuego de la divinidad en su seno, despidieron de sí un maravilloso perfume.

Este es aquel incensario [40], lleno de sagrado timiama, con el cual nuestro soberano Pontífice, Cristo, calmó la divina ira entre los muertos y los vivos y devolvió a su pueblo a Dios aplacado. Y hoy la contemplan, más resplandeciente que el sol y más encantadora que toda belleza, subir con majestad en los brazos de su Amado, y entonan las exclamaciones de nuestro tema: *¿Quién es esta que sube del desierto rebosando en delicias apoyada en su Amado?* ¿Quién no se admirará, en efecto, que brote tal rosa de este desierto duro, inculto y espinoso? ¡Oh lirio primaveral, oh candidísima rosa! ¿De qué alegría inundaste hoy a todos los celestes moradores con la vista de tu hermosura, cuando con tu encantadora presencia regocijaste a la celestial Jerusalén? Del desierto árido de este mundo brotó tal rosa cual no se encuentra en todo aquel celestial jardín de Dios. Dice el Eclesiástico: *Lo que es* en el mundo *el sol al nacer en las altísimas moradas de Dios, eso es la gentileza de la mujer virtuosa para el adorno de su casa* [41]. Aunque haya numerosa familia y la casa abunde en ajuar, si falta la mujer se encuentra vacía la casa. La esposa hermosa presta realce a toda la casa; así se ve hoy embellecida la casa de Dios por la hermosura de esta Reina.

¿Quién puede explanar, ¡oh Virgen!, hoy tus delicias? ¿Quién puede expresar tus sentimientos cuando, tomada en brazos de tu amadísimo Hijo sobre las estrellas y astros rutilantes, recibes sus abrazos y sus dulcísimos ósculos? Felices una y mil veces, dice San Bernardo [42], los besos que la Virgen imprimía en los labios de Jesús Niño, pero inmensamente más felices los que te da hoy el que se sienta en el trono. Si *ni ojo vió, ni oreja oyó, ni pasó a hombre por pensamiento cuáles cosas tiene Dios preparadas para aquellos que le aman* [43], ¿quién puede ponderar lo que preparó para la que le engendró y le amó sobre todos? Hasta aquí San Bernardo.

Entre todo lo que pasmaba a los ángeles era lo principal la dignidad de la que subía; pues no era transportada al cielo por manos de un ángel o un querubín, como las almas de otros santos, sino en el regazo del Hijo unigénito de Dios. Y por eso dice: *Apoyada en su Amado* [44], cuyo encumbramiento y majestad nadie es capaz de expresar. Y

[40] Num. 16,46 s.
[41] Eccli. 26,21.
[42] Véase nota 71 del *Sermón 2 en la Asunción de la B. V. M.*
[43] 1 Cor. 2,9.
[44] Cant. 8,5.

el que fué por ella engendrado, bajando con toda la corte celestial para asociarse a su triunfo, la introdujo con ingente pompa y aparato en el cielo con sus propias manos, se la presentó radiante de gozo a su Padre, y la colocó con todo honor a su diestra un trono maravilloso sobre todo principado y angélica potestad; donde reina con su mismo Hijo sobre cielos y tierra e impera bienaventurada y gloriosa por los siglos de los siglos. Amén.

SERMON DE NUESTRA SEÑORA[1]

¿Cuánto debes a mi amo? (Lc. 16,5).

1. Según Plinio, en el libro séptimo de la *Historia*[2], capítulo 51, este mundo ha sido creado por Dios, y en él contemplamos la tierra, las gentes, mares, islas, insignes ciudades, jardines, prados, bosques y todo lo demás puesto al servicio del hombre, para quien la naturaleza produce todas las otras cosas; pero con un subido y duro salario por tan numerosos dones suyos, de suerte que se puede disputar con justicia si la naturaleza ha sido para el hombre un verdadero padre o más bien una severa madrastra. En efecto, el que es dueño de todo, necesita del auxilio de todos los animales; pues es evidente que a los otros les proporcionó la naturaleza diversidad de pieles que les defienden, y, en cambio, el hombre, que manda en todos los animales, nace desnudo y más frágil y más débil que todos ellos. Dice Job: *Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré a ella*[3]. Pues dió la naturaleza a los otros animales conchas, corteza, cueros, espinas, vello, crines, cabello, plumas, alas, escamas; cúbrense las aves con las plumas, los animales con el cabello, la tortuga con la concha, el erizo con agudas espinas, las ovejas con la lana, los peces con las escamas, los toros con el cuero, las ballenas con la coraza, y aun protegió la naturaleza a veces a los árboles y sus raíces del frío y de la nieve con una doble corteza. Tan pronto como nace el cabritillo marcha detrás de su madre, y nadan los ánades, se manejan con su pico los polluelos y saben comer y caminar; en cambio, el hombre se halla solo y desnudo, pronto a los gemidos y al llanto, y no hay animal más inclinado a las lágrimas ya desde el principio. Dió, por otra parte, la naturaleza cuernos al toro, garras al león, al leopardo y al águila; fuerzas al oso, a la serpiente veneno, dientes al perro, como armas para defenderse; sólo al hombre le dejó inerme.

Aún hay más; porque apenas nacido, lo cual no ocurre

[1] Tal es el título que da el Santo a este sermón.
[2] Véase proem., l. 7, y el c. 50. Véase también la nota al *Serm.* 3 *del domingo XIX después de Pentecostés*, n. 8, vol. 3, p. 270.
[3] Iob 1,21.

ni aun después con las fieras, lo envuelven en fajas y pañales sujetándole todos sus miembros, de suerte que, atadas sus manos y sus pies, desde el mismo nacimiento queda como inutilizado el hombre, destinado a mandar en los demás seres, y comienza su vida en tormentos por sola la culpa en que ha nacido, y sus primeros pasos le hacen asemejarse a un cuadrúpedo. ¿Cuándo consigue el hombre andar, cuándo puede hablar, cuándo tiene su boca apta para alimentarse? ¿Cuánto tarda en comenzar a palpitarle el cerebro, indicio de la suprema imbecilidad entre todos los animales? Y ¿qué decir de las enfermedades y de tantas medicinas como se han ideado contra ellas? [4] Frágil e inconstante cuanto nos proporciona la naturaleza, miserable y escaso aun en lo que parece haber derramado con abundancia en algunos. Y si se cuenta el sueño, vive cada uno la mitad de su vida semejante a un muerto, aun mientras duerme tranquilo, sin contar los años de la infancia, ni los que carecen de sentido en la vejez, que quedan como para castigo de los que viven. ¿Quién puede contar los géneros de peligros, los miedos, angustias, que dan motivo para invocar tan frecuentemente a la muerte, de suerte que no haya deseo más repetido y se juzgue la brevedad de la vida como el mejor regalo que nos ha proporcionado la naturaleza?

Se embotan los sentidos, los miembros se entorpecen, pierde su fuerza la vista, el oído, el andar, los dientes y órganos de la alimentación, de tal modo que se cuenta como una maravilla que el músico Xenófilo haya vivido ciento cinco años sin ninguna molestia corporal [5]. Y a la vez que no hay vida más frágil, no hay criatura alguna con una concupiscencia tan viva, un miedo tan fuerte, un furor tan violento. En una palabra, los otros animales viven honestamente cada cual en su familia, vémoslos reunirse y mantenerse tranquilos los semejantes. No combate entre sí la fiereza de los leones, no se atacan con sus mordeduras las serpientes, y aun los peces y bestias feroces del mar se ensañan sólo contra los no semejantes; únicamente el hombre tiene por malas muchas de las cosas de otro hombre [6]. Existen discordias, riñas, guerras y disensiones, envidias, detracciones, pendencias y odios.

2. Es esto admirable: la naturaleza hizo más frágil al más excelente. ¿Cómo se explica esto? Nos responde San Crisóstomo [7] en el capítulo séptimo sobre San Mateo: Dios equipó a toda criatura sensible y la creó ya protegida: a

[4] Hasta aquí tomado del proem., l. 7, con algún ligero cambio.
[5] Ib. c. 50, con alguna variante.
[6] Proemio citado.
[7] O el autor de la 18 *Homil. imperf. in Matth.*, al principio.

unos les dotó del curso veloz de sus pies, a otros los armó de garras, de veloces alas a otros, a otros de cuernos; sólo al hombre le dotó de tales disposiciones, que él mismo tiene que ser su fortaleza; y en lo mismo que le hizo más débil que todo lo demás, pretendió fuera más fuerte en sí. Pues sabiendo Dios que la vida eterna consiste en conocerle y adorarle a El, y la condenación sempiterna en ignorarle y menospreciarle, no le creó tan débil que no pueda hacer bien alguno, para que no fuese de peor condición que todos aquel a quien había hecho superior a los demás y para quien todo había sido hecho; ni le dotó tampoco de tan gran poder que pudiera hacer por sí mismo y sin el auxilio de Dios lo que quisiese, a fin de que, forzado por la necesidad de su debilidad, tenga necesariamente que acudir a su Creador. Pues si toda la fortaleza del hombre está en Dios, y, sin embargo, desconoce aun al Autor de todos sus bienes, ¿cuánto más se despreocuparía de El si tuviera en sí mismo todo su poder? Por consiguiente, todo esto se hizo con el designio de que el hombre necesitara más y más de Dios y recurriera a El en sus necesidades; y si llegara a olvidarse de su Hacedor, la misma indigencia le obligara a acordarse de aquel cuyo auxilio de continuo necesita para subvenir a sus necesidades naturales y ser de este modo débil en sí y fuerte en Dios, y como dice el profeta: *en la quietud y en la esperanza está* tu *fortaleza* [8].

3. Y si es miserable nacer desnudo en el cuerpo, más lo es nacer desnudos en el alma, desnudos de la gracia y de las virtudes; vestidos, en cambio, de los pecados. Esta desnudez, común a todos, es la que por privilegio apartó Dios de la Virgen, que, concebida en santidad, permaneció santa e inmaculada; por eso podemos muy bien aplicarle aquellas palabras: *¿Cuánto debes a mi amo?*

4. Queda al punto de manifiesto, en esa prerrogativa de la Virgen, que la tenía Dios predestinada para algo muy superior al hombre; y así sucedió, pues *un hombre ha nacido en ella, y el mismo es quien la ha fundado* [9], a fin de nacer de ella. La creó para nacer de ella el mismo que la creó. ¡Gran fundamento por cierto! De esta base del templo santo es de la que dice en los Cantares: *Hízose el rey Salomón una litera de cedro del Líbano. Hizo de plata sus columnas, de oro su respaldo, su asiento de púrpura, recamado, obra de las hijas de Jerusalén* [10]. ¡Oh hermosísima estructura del Cenáculo! Veamos de un modo semejante en Isaías: *Mira, yo colocaré por orden las piedras, y te*

[8] Is. 30,15.
[9] Ps. 86,5.
[10] Cant. 3,9-10.

edificaré sobre zafiros, y haré de jaspe tus baluartes, y de piedras de relieve tus puertas, y de piedras preciosas todos tus recintos [11]. Dice San Agustín [12]: Esta es en verdad aquella casa de la cual se dice por Salomón: *La sabiduría se fabricó una casa, labró siete columnas* [13]. Pues esta casa virginal está apoyada en siete columnas porque esta veneranda Madre del Señor fué dotada de los siete dones del Espíritu Santo. Tal ciertamente la construyó la eterna Sabiduría para que fuese enteramente digna de encarnarse de ella el mismo que es el precio inestimable de la salud humana. ¿Existe algo más digno o ha podido nacer algo más santo en el linaje humano que esta Virgen, con la cual no se puede comparar ningún patriarca, ningún profeta, ninguno de los antiguos padres que le siguieron, ningún hombre en absoluto? Y nada tiene de particular el que la Virgen esté más encumbrada que todos los mortales, pues con su alumbramiento sobrepuja hasta el mérito de los bienaventurados ángeles.

5. He aquí cómo la Virgen es un hermoso edificio, en cuya construcción se derrochan las piedras preciosas y el oro se compara con la tierra. *El material de este muro era de piedra jaspe; mas la ciudad era de un oro puro..., y los fundamentos del muro de la ciudad estaban adornados con toda suerte de piedras preciosas* [14]; y también: *el pavimento de la ciudad, oro puro* [15]. Pero ¿por qué no se hace mención del techo? Si el fundamento, que debe distinguirse más bien por la solidez que por el valor, es tan precioso, ¿qué se pondrá en el techo? Aquellas piedras de que se construye la casa no significan si no las variadas y diversas virtudes de la Virgen. Pero podemos preguntar, ¿hay algo en la tierra que pueda cubrir dignamente este hermosísimo edificio? No se hace mención del techo precisamente, porque sólo Dios es el que puede cubrirla. Ya lo dice el ángel: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra* [16]. Medita la palabra: *Descenderá sobre ti*, y la otra: *te cubrirá con su sombra*, que pertenece al techo.

6. No obstante, si hubiera que atribuirle a la Virgen alguna virtud que pudiera servirle de techo, diríamos que fué la humildad. San Ildefonso dice en el sermón segundo

[11] Is. 54,11-12.
[12] *Serm.* 1 *de la Asunc. de la Virgen.* Se encuentra en Bartolomé Urbinate en el *Mileloquio de la verdad de San Agustín*, bajo el título *María Virgo*, vol. 2, col. 37 de la edic. Brixiense, año 1734.
[13] Prov. 9,1.
[14] Apoc. 21,18-19.
[15] Ib. 21,21.
[16] Lc. 1,35.

de la Asunción de la Virgen [17]: No miró Dios en la Virgen virtud alguna con más agrado que la humildad. ¿Qué otra cosa quiere decir *mi nardo difundió su fragancia* [18], sino que le agradó la humildad, de tal suerte que *mientras estaba el Rey recostado en su asiento* [19], hasta allí subió el olor de la humildad y se inclinó hasta ella la majestad de la Deidad? Y por eso fué tan santa, por ser tan humilde.

7. *Heriste mi corazón con una sola mirada tuya, con una trenza de tu cuello* [20]. *Con una sola mirada suya*, esto es, con tu fe, y *con una trenza de tu cuello*, esto es, con la humildad. No es una lanza, ni un puñal, ni un clavo, sino un sólo cabello el que le hiere. ¡Oh humildad, taladro del corazón! Este es el nervio con que se lanza la flecha del amor, y se llama con razón cabello tanto por su delicadeza como por su poco precio; aunque no lo llama cabello de la cabeza, sino del cuello. Porque en el cuerpo místico la Virgen es el cuello, y la cabeza de la Iglesia, Cristo [21]. A Sansón no podían sujetarle ni aun con cuerdas [22]; en cambio, Dios se vió preso en un solo cabello por la Virgen. Su divinidad, como ignorando su poder, se vió sujeta por un cabello del cuello, esto es, por la humanidad tomada de la Virgen; pues ¿cómo podía ser atado a la columna, cómo estar pendiente de la cruz, cómo ser preso por los judíos, si no hubiera sido por la humanidad? Dice San Agustín [23]: Pues no podía ser sujetado si no fuera hombre, ni ser visto sin ser hombre; ni ser herido, ni ser crucificado, ni morir si no fuera hombre; he aquí, pues, cómo tomando un cabello de la Virgen estuvo Dios sujeto en el mundo, esto es, en la humanidad. Y que la humanidad se llame cabello, está claro en los Cantares: *Abreme, mi amada mía, amiga mía, paloma mía, mi inmaculada; porque está llena de rocío mi cabeza y del relente de la noche mis cabellos* [24]. *Mi cabeza*, esto es, mi divinidad, *está llena de rocío*, a saber, de la gracia y de los dones; *y mis cabellos*, esto es, la humanidad, *del relente de la noche*, las gotas de sangre, las gotas de los dolores, las gotas de las aflicciones. He aquí que la Divinidad de Cristo es la cabeza benéfica de Cristo; y la humanidad de Cristo, el cabello lastimado de Cristo.

[17] *Serm.* 2 *de la Asunc. de la Virgen:* «No dice, porque miró mi virginidad o mi inocencia u otro atractivo de cualesquiera virtudes, sino que confiesa humildemente que sólo se fijó el Señor en su humildad».
[18] Cant. 1,11.
[19] Ib.
[20] Ib. 4,9.
[21] Col. 1,18.
[22] Iud. 15,14.
[23] *Enarrat. in Psalm. 63*, n. 13. Véase la nota al *Serm.* 8 *en la Nativ. del Señor*, n. 5, p. 75 del vol. 4.
[24] Cant. 5,2.

8. De lo cual tenemos abundantes figuras. Se dice de Absalón que *no había en todo Israel hombre tan hermoso* como él y que era de muy *gallarda presencia; desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no había en él el menor defecto. Cuando se cortaba el cabello (lo que ejecutaba una vez al año) pesaban los cabellos de su cabeza doscientos siclos del peso común* [25]. Considéralo todo. Absalón se interpreta como príncipe de la paz; ¿qué dice de Cristo Isaías?: *Nos ha nacido un niño, nos ha sido dado un hijo, que tiene sobre su hombro la soberanía y que se llamará «maravilloso, consejero, Dios, fuerte, Padre sempiterno, príncipe de la paz»* [26]. De Absalón atestigua la Escritura que *no había en todo Israel hombre tan hermoso* como él, de muy *gallarda presencia*, y que *desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no había en él el menor defecto;* de Cristo nuestro Señor dice el real Salmista: *el más gentil en hermosura entre los hijos de los hombres* [27]; y la Esposa: *tú sí, amado mío, que eres el hermoso y el agraciado* [28]. *Como que es el resplandor de la luz eterna, y un espejo sin mancilla de la majestad de Dios, y una imagen de su bondad* [29]. Por eso dice el Apóstol: *El cual, siendo como es el resplandor de su gloria y vivo retrato de su sustancia, y sustentándolo todo con su poderosa palabra, después de habernos purificado de nuestros pecados, está sentado a la diestra de la majestad en lo más alto de los cielos* [30]. La cabellera de este nuestro espiritual Absalón se trasquilaba una vez al año, porque, como dice el Apóstol, Cristo *entró una sola vez en el santuario, habiendo obtenido una eterna redención* [31]; y San Pedro: *Cristo murió una sola vez por nuestros pecados* [32]; y San Pablo de nuevo: *Cristo, resucitado de entre los muertos, no muere ya otra vez; y la muerte no tendrá ya dominio sobre él. Porque en cuanto al haber muerto, como fué por el pecado, murió una sola vez; mas en cuanto al vivir, vive para Dios* [33]. Por consiguiente, una sola vez, pero una sola vez al año. El apóstol San Pablo: *En el primer tabernáculo entraban siempre los sacerdotes, para cumplir las funciones de su ministerio; pero en el segundo el solo pontífice una vez al año, no sin llevar allí sangre*, etc., *todo lo cual*, dice, ciertamente, *era figura de lo que pasa ahora* [34], y refiriendo esa

[25] 2 Reg. 14,25.
[26] Is. 9,6.
[27] Ps. 44,3.
[28] Cant. 1,15.
[29] Sap. 7,26.
[30] Hebr. 1,3.
[31] Ib. 9,12.
[32] 1 Petr. 3,18.
[33] Rom. 6,9-10.
[34] Hebr. 9,6.7.9.

figura a Cristo, añade en seguida: *Cristo, constituído Pontífice de los bienes futuros, entró una vez para siempre en un tabernáculo mejor y más perfecto, no hecho por manos de hombres, no de esta creación; ni por la sangre de los machos cabríos, ni de los becerros, sino por su propia sangre entró en el santuario, realizada la redención eterna* [35]. *Y pesaban los cabellos de su cabeza doscientos siclos del peso común.* Si quieres saber el peso del cabello de nuestro verdadero Absalón escucha a Job: *¡Plugiese a Dios que mis pecados, por los que he merecido la ira, se pesaran en unas balanzas con la calamidad que padezco! Se vería que mis males pesan más que la arena del mar* [36]. Pues la pasión de Cristo es de mucho más peso que el pecado, ya que un solo dolor de ella hubiera bastado por mil mundos. *Del peso común*, porque el cabello de la humanidad fué pesado en la balanza pública del monte Calvario. Todo esto se refiere al cabello espiritual de nuestro Absalón.

9. Para hablar, siquiera sea con brevedad, del ojo de nuestra Esposa inmaculada, es de advertir que nuestra Señora tiene un ojo pendiente de Dios y otro del pecador; por eso hiere con un ojo a Dios, es a saber, con aquel precisamente con que mira a los pecadores. ¡Oh, cómo socorre nuestras necesidades! Figura de ello tenemos en aquella mujer del libro de los Reyes que envió Joab al rey, para que intercediese ante él por el reo Absalón, hijo del rey, diciéndole: *Finge que estás de duelo y ponte un vestido de luto* [37]. Este es el ejercicio de la Virgen por el pecador: ¡Oh Virgen!, *finge que estás de duelo;* ya no tienes motivo de llorar, ya tu hijo no es herido, ni flagelado, ni crucificado; pasaron ya sus padecimientos, sus dolores, sus llantos; tú reinas felicísima en el gozo: pero, ¡oh Señora nuestra!, por nosotros *finge que estás de duelo* ante el Rey sentado en el trono, para conseguir perdón al reo. Nuestra Señora tiene de tal modo vueltos los ojos a los pecadores, que los mira constantemente doquiera se encuentren; y no sólo mira a los pecadores, sino que de todos en general se compadece y se preocupa de todos. Ya sea pecador, ya justo, ya llore, ya se regocije, ya esté en la prosperidad, ya en la adversidad, dondequiera te encuentres, siempre te mira: te socorre con su auxilio en la adversidad para que no te abatas, en las prosperidades para que no te engrías. Teniendo, pues, por favorecedora de nuestra lucha a la gloriosísima Virgen, acojámonos bajo la protección de la que prestó amparo a los débiles de todo el mundo; encomen-

[35] Ib. 9,11-12.
[36] Iob 6,2-3.
[37] 2 Reg. 14,2.

démonos, repito, a la intercesión de la Virgen, imploremos todos su patrocinio.

10. Pero, como dice San Agustín [38], ¿qué puede aprovecharnos llamarla con nuestras voces si no seguimos también el ejemplo de su humildad? Sobre la humildad tiene una hermosa exposición Gersón [39]. Es muy natural que todos los santos, cuanto son más santos, sean más humildes, porque toda criatura de por sí tiende a la nada si no es sostenida; cuanto está dotada de dones y gracias particulares, tanto está en mayor peligro de caer; pues antes de la ruina se levanta el corazón, y el mismo levantarse es sacudirle; y cuantas más excelencias tiene alguien, en tanto mayor peligro se encuentra de elevarse, y más bien, de caer. Por consiguiente, cada uno está con tanto mayor temor y sospecha de su caída, cuanto sabe que por sus virtudes y gracias, en cuanto depende de sí, está más próximo y más dispuesto para la caída y el precipicio. Es lógico, pues, que tiemble por su fragilidad y ponga en el Señor su confianza y pida su amparo, tanto más cuanto conoce se encuentra en mayor peligro; y gracias a esto se conserva más humilde.

11. Por esto San Pablo, el predicador de los gentiles [40], se llama el ínfimo [41] de los apóstoles y dice que no merece ser llamado apóstol; por esto San Juan, de quien la Verdad dijo que *no ha salido a luz alguno mayor* [42], dice

[38] *Serm.* 208, en el apénd.: en otros, *de Sanctis*, 35, y luego en el apénd. 83, n. 12: «Carísimos hermanos, encomendémonos con todo el afecto del corazón a la intercesión de la Bienaventurada Virgen, imploremos todos su patrocinio con todo esfuerzo, a fin de que, mientras la obsequiamos nosotros asidua y humildemente en la tierra, se digne ella recomendarnos diligentemente en el cielo. Pues no hay duda que quien mereció producir el precio de la liberación, puede recomendar más que todos los santos a los liberados. Pero ¿qué puede aprovecharnos llamarla con nuestras voces si no seguimos también los ejemplos de su humildad? Procuremos, pues, amadísimos hermanos, aparecer vestidos con los arreos de la humildad y de la caridad los que deseamos asistir a la festividad de este día. No nos atormente la envidia de la felicidad ajena, ni nos despedace la ira, ni la concupiscencia arroje a Cristo de nosotros, ni nos seque la tristeza mundana, ni su prosperidad nos burle incautamente, ni nos manche la lujuria, ni la inmundicia nos mancille, ni nos disipe la hinchazón, ni la soberbia nos enorgullezca, a fin de que, viéndonos la bienaventurada Madre de Dios asistir a su festividad engalanados con las virtudes, unidos por la caridad, fundados en la humildad, se apresure a socorrernos con más ardor ante su Hijo y Señor Jesucristo, Dios y Salvador nuestro, que glorifica a sus santos con las coronas del reino perenne y es la eterna alabanza y expectación de todos sus elegidos».

[39] *Lect.* 2 *in Marcum.*

[40] 1 Tim. 2,7.

[41] 1 Cor. 15,9.

[42] Mt. 11,11.

de sí: *no soy digno ni de postrarme para desatar la correa de su zapato* [43], sin embargo de que había bañado su cabeza en el bautismo [44]; por esto San Pedro se postró a los pies de Jesús diciendo: *apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador* [45], y, sin embargo, fué hecho piedra de la Iglesia [46]; por esto nuestra Señora se llama esclava [47] y fué hecha su madre; por esto el Señor Jesús se llama gusano y no hombre [48], siendo tanto más humilde cuanto más santo. Así como un vaso o una copa, cuanto es de más delicado artificio, corre más riesgo, así el hombre, cuanto es más espiritual y lleno de virtudes, se encuentra en mayor peligro de caer; pues aún en lo natural, como dice Santo Tomás, vive el hombre menos que otros muchos animales, porque es una obra más delicada, pues es demasiado sutil la ligadura de la carne y el espíritu.

12. Tornemos ya a la gloriosa Virgen. ¡Oh Señora, *cuánto debes a mi amo!* El te concedió penetrar más de lo que es creíble el profundísimo abismo de la sabiduría divina, de suerte tal que parece la humanidad haber sido asociada a la Divinidad, no precisamente porque haya sido cambiado la sustancia, sino por haber sido trocado en divino el afecto, hasta el punto de haber merecido ser cubierta por todas partes y cercada y como encerrada en el mismo Dios, casi dispuesto a adorar a una mujer quien hasta el presente era el único reverenciado por los hombres. ¡Qué familiar has sido hecha de Dios, oh Señora, exclama San Bernardo [49], qué íntima mereciste ser hecha, qué gracia tan soberana encontraste en Dios! El permanece en ti y tú en El; tú le vistes a El y eres a la vez por El vestida. Le vistes de la sustancia de tu carne, y te viste El con la gloria de su majestad; vistes al sol como una nube, y eres tú vestida por el mismo sol. Hasta aquí San Bernardo. Y es así, porque engendraste al verdadero Dios y al Hijo de Dios, de suerte que de ti salió a luz el mismo Hijo de Dios y del hombre, Dios y hombre a la vez. Si estimamos el precio de las cosas por lo raras que son, nada puede encontrarse más raro que esto. Pues ¿quién puede expresar, hermanos míos, con palabras esta generación, qué elegancia verbal puede explicarla? ¡Oh Señora!, *¿cuánto debes a mi amo?*

13. Y para terminar el discurso con palabras de San

[43] Mc. 1,7.

[44] Mt. 3,13 s.

[45] Lc. 5,8.

[46] Mt. 16,18.

[47] Lc. 1,38.

[48] Ps. 21,7.

[49] SAN BERNARDO; *Serm. en el domingo infraoct. de la Asunción*, n. 6.

Agustín[50], dime, te ruego, ¡oh Madre del Santo de los Santos!, ¿cómo sin la cooperación humana y sin la lluvia de la semilla carnal hiciste germinar en el seno de la Iglesia con maternal aroma este lirio de los valles revestido de blancura? Dime, ¡oh Madre única!, ¿qué manos o con qué artificio de la Divinidad fué formado en tu seno el Hijo, cuyo Padre es solo Dios? Dime, por el que te hizo digna de encarnarse en ti; dime, ¿en qué virtudes te ejercitaste, qué premio ofreciste, qué poderosas simpatías te captaste, qué patronos tuviste, qué recomendaciones enviaste delante, en qué disposición de ánimo o qué pensamientos te embargaban cuando la Virtud [51] y Sabiduría del Padre, que *abarca de un cabo a otro todas las cosas y las ordena todas con suavidad* [52], permaneciendo todo en todas partes y viniendo a tu seno sin cambio alguno en sí mismo, habitó de tal modo en el casto castillo de tu vientre, que penetró en él sin menoscabarle y le guardó incólume al salir? ¡Oh Señora!, *¿cuánto debes a mi amo,* que te ensalzó y engrandeció gratuitamente en tan alto grado, y te *ha hecho cosas grandes aquel que es poderoso* [53], y es el *único que obra grandes maravillas?* [54]

[50] En Bartolomé Urbinate, *Mileloquio de la verdad de San Agustín,* bajo el título *Maria Virgo,* col. 32 de la edic. Brixiense del año 1734, hasta las palabras «incolumem custodiret».
[51] 1 Cor. 1,24.
[52] Sap. 8,1.
[53] Luc. 1,49.
[54] Ps. 135,4.

FRAGMENTO DE OTRO SERMON SOBRE NUESTRA SEÑORA

Verdaderamente ésta es la casa de Dios y la puerta del cielo (Gen. 28,17).

1. Jeremías: *¿Con quién te compararé o a qué cosa te asemejaré, oh Virgen Hija de Sión?* [1] ¡Oh Virgen, digna de tan soberana memoria! Salomón: *como una palma, como el olivo, como el plátano, como el cedro, como la vid, como el terebinto* [2]. En otro lugar [3] la compara a la varita de humo. Otro profeta [4] la llama estrella de Jacob, otro [5] la vara de la raíz de Jesé, otro [6] la fuente de los huertos; pero los aventaja a todos el patriarca Jacob, levanta éste más alto su clamor diciendo: *Verdaderamente esta es la casa de Dios y la puerta del cielo;* pues es casa de Dios, si la miramos con respecto a Dios, y puerta del cielo, por donde entramos, si la miramos con relación a nosotros.

2. Todo el Salmo: *Sobre los montes santos está fundada...* [7] habla de la Virgen. Hízose el rey Salomón una litera [8], fabricada de perlas, de oro y piedras preciosas. Busco el techo, y no lo encuentro. Nadie pudo poner el remate a tan excelente obra: *el Espíritu Santo descenderá* [9] a medir este tabernáculo. Consúltese a San Gregorio. *Reedificaré el tabernáculo de David, que fué arruinado* [10].

[1] Lam. 2,13.
[2] Eccli. 24,17 s.
[3] Cant. 3,6.
[4] Num. 24,17.
[5] Is. 11,1.
[6] Cant. 4,15.
[7] Ps. 86,1.
[8] Cant. 3,9.
[9] Lc. 1,35.
[10] Act. 15,16.

PRÓLOGO

[illegible] menester corazón muy determina-
[illegible] aparejado para romper con quien
[illegible] que va en ello, que [illegible] la gloria
[illegible] y que cosa tan g[illegible] no se
[illegible] trabajo.
[illegible] con mucha [illegible] y [illegible]
[illegible] que dice Nuestro Señor Jesucristo
[illegible] el que pone la [illegible]
[illegible] para el reino de [illegible] al mun-
[illegible] es contrario es [illegible] hispo-
[illegible] no curar de él, antes [illegible] lar lo que [illegible]
[illegible]go y necio, y sufrir ser te[illegible] poco, por a-
[illegible] su salvación, que al fin se verá la ver-
[illegible] la obscuridad de sueño de esta vida
[illegible]dadera luz del día, que para siempre
[illegible]e para siempre del fin para que fué [illegible]

PRIMERA REGLA

Conviene ante todas cosas amar a Dios y
[illegible]rdar su ley cumpliendo sus m[illegible]
[illegible]o está la vida, y [illegible] pecado
[illegible]nter un pecado mortal [illegible] con la gra-
[illegible] por todo el mundo, pero [illegible] se ejercita
[illegible]rtud, guardando [illegible] que a sólo
[illegible]me y en El sólo [illegible]

[illegible]

Remedia[illegible] la vida pasada [illegible]
escudriñando con gran dil[illegible]

[1] Lc. 8,62.
[2] [illegible]
[3] Concil. Trident. [illegible] 14. [illegible]

I

MODO BREVE DE SERVIR A NUESTRO SEÑOR EN DIEZ REGLAS

PRÓLOGO

Ante todas cosas es menester corazón muy determinado para servir a Dios, y aparejado para romper con quien lo estorbare, pensando lo que va en ello, que es la gloria o el infierno para siempre, y que cosa tan grande no se alcanza sin gran riesgo y trabajo; y esta determinación seguidla con mucha constancia y perseverancia, acordándose que dice Nuestro Señor Jesucristo en su Evangelio que *el que pone la mano en el arado y mira atrás, no es apto para el reino de Dios* [1]. Y porque al mundo y sus seguidores es contrario esto, hase de disponer a romper con él y no curar de él, antes menospreciar lo que dijere como ciego y necio, y sufrir ser tenido por loco, por amor de Dios y por su salvación, que al fin se verá la verdad cuando pasare la obscuridad del sueño de esta vida y viniere la verdadera luz del día [2], que para siempre durará, donde goce para siempre del fin para que fué creado.

PRIMERA REGLA

Conviene ante todas cosas amar a Dios y al prójimo y guardar su ley cumpliendo sus mandamientos, porque en esto está la vida, y cesar de pecar, determinándose de no cometer un pecado mortal a sabiendas, con la gracia de Dios, por todo el mundo, procurando de se ejercitar en toda virtud, guardando su amor de tal manera, que a sólo Dios ame y en El sólo se emplee continuamente.

SEGUNDA

Remediar la vida pasada, confesándose generalmente [3] y escudriñando con gran diligencia su conciencia, satisfa-

[1] Lc. 9,62.
[2] Is. 60,19; Apoc. 21,23; 22,5.
[3] Concil. Trident., ses. 14, c. 5 y 8.

ciendo al Señor con mucho dolor y lágrimas y con mucha vergüenza y humillación, pensando la ceguedad pasada, y tratando en su memoria la historia de su vida perdida, y llorando y doliéndose mucho de ella; y para más satisfacción, tomando alguna aspereza de ayunos, o vigilias, o disciplinas, o cilicio que aflija la carne y hagan venganza del deleite pasado; y este ejercicio durará algún tiempo, porque hasta que aqueste sea bien hecho no cumple entender en otro. Para dejar de pecar, ayudará al principio la abstinencia, la soledad y clausura, silencio, oración, ocupación, vigilia, consideración de la muerte y del juicio, del cielo y del infierno.

Tercera

Huir conversaciones de mundanos, que ahogan el espíritu y buen deseo del ánima devota, huir visitaciones de seglares y procurar alguna conversación de alguna persona verdaderamente espiritual, en quien more Dios, porque, como un carbón encendido enciende a otro, así un corazón encendido e inflamado en espíritu inflama a otro.

Cuarta

Huir y menospreciar todos los placeres pasados y deleites mundanos y vanos de aqueste siglo y procurar de descubrir otros deleites interiores, muy mayores y más perfectos, del espíritu y del entendimiento, los cuales dan mayor hartura al ánima y hacen parecer niñerías aquestos carnales (esto hace la contemplación profunda con oración y lección); y lo mismo digo de todas las riquezas, faustos, honras, favores de este mundo; y procurar mucho de tener el corazón limpio de toda afición temporal y desocupado de todo amor apasionado de criatura, porque Nuestro Señor le hincha de sí y de su sagrado espíritu; porque este preciosísimo bálsamo no cabe en vasos sucios, ni dará nuestro buen Señor sus margaritas a los puercos, pues lo vedó a sus discípulos. Por lo cual cumple en gran manera a toda persona que pretende ser espiritual tener muy gran cuidado y diligencia sobre su corazón y apetitos y deseos y pensamientos desordenados; porque sería sin esto por demás trabajar.

Quinta

Limpiar muy a menudo su conciencia, de ocho a ocho días, a lo menos a los quince, confesando y comulgando

con mucha devoción; porque así se alcanza la gracia para perseverar y tener grande fortaleza y firmeza en el buen principio y comienzo.

Sexta

Y tener en casa un oratorio muy devoto, que convide a estar en él, para conversar con Dios y desocuparse para lo seguir, porque aquí se ha de fundir como en crisol, para salir con el fuego del Espíritu Santo. Aquí se alcanza todo bien. Lo que ha de hacer en el oratorio es procurar don de lágrimas, llorando sus pecados y recogitando su vida pasada. Tomarse cuenta cómo vive ahora, verse y mirarse como en espejo, si aprovecha o no; ordenar su vida para adelante; pensar devotamente en la pasión y en los otros misterios de nuestra redención; dar gracias a Dios por los beneficios generales, como es la creación del mundo y la redención del género humano, y por los particulares, cómo le hizo de nonada y le dió cinco sentidos y otras particularidades que no dió a otro. Contemplar el engaño del mundo, la brevedad de la vida, la eternidad de la gloria, y bajar al infierno, contemplando las penas de los dañados y malos que en esta vida mal vivieron; y mirar los moradores del cielo, saludar a su ciudad y desearla, y conversar con estos sus ciudadanos; mirar desde allí, como desde alto, las cosas de esta vida, los trabajos vanos y ansias superfluas de los hombres y los errores de los mundanos; contemplar como en espejo su conciencia; abrir a Dios su corazón, demostrándole sus deseos, y hablar con El con toda reverencia y amor, y decirle sus faltas, sus miserias, sus enfermedades y trabajos, sus enfermedades y necesidades, su peligro, su sequedad, su tibieza, su maldad, su inquietud; y pedirle perdón, socorro, remedio, luz, gracia, firmeza, verdad, pureza, agradecimiento, amor, espíritu, sentimiento y todo lo demás, rogándole por sí y por todos los que tiene encargo, y por los afligidos, y por el estado de la Iglesia, y otros semejantes ejercicios espirituales, que son lección, meditación, oración, contemplación. Aquí se alcanza gracia, pureza, grosura, devoción, don de lágrimas, luz, conocimiento de la verdad, espíritu, y todas las virtudes y riquezas espirituales; aquí hace el hombre su oficio para que fué creado. Esta es verdadera vida, porque lo demás que se emplee en negocios y curiosidades del mundo, todo lo ha perdido. Mucho le va al cristiano en se emplear bien en esto y vivir consigo y no andar desterrado fuera de sí y extrañado en ocupaciones vanas y sin fruto, que parecen y son dañosas para el ánima. En este oratorio gaste el más tiempo que pudiere hurtar al mundo y a la go-

bernación de su persona y casa, y pluguiese a Dios que fuese todo, y no se le hiciese más de aquel un oficio necesario, que dijo el Señor a Santa Marta.

Séptima

Guardar la lengua y el corazón y tener muy gran cuenta con sus pensamientos y deseos y palabras, sacudiendo presto de su corazón todos los pensamientos vanos y nocivos. Oír mucho y hablar poco y sobre pensado. Huir de toda murmuración y mal juicio de otros, echándolo todo a buena parte. No se ocupar en leer, ni contar, ni oír hechos de otros, ni ser curioso de saber vidas ajenas. Ocuparse todo en sí y vivir siempre consigo.

Octava

Tener cuidado de no perder el tiempo, acordándose siempre que de este momento de vida depende la eternidad futura de gloria; y tener por gran pérdida perder una hora, en la cual se puede ganar tanto bien perpetuo; y esto sentallo en su memoria.

Nona

Procurar de crecer en toda virtud, mirando como en espejo las virtudes de los otros y procurando de los imitar; porque en las virtudes está el fundamento de todo bien. Ser piadoso, manso y sufrido, amoroso y caritativo con los pobres, de buena conversación, sin perjuicio de nadie; hacer bien a todos y a nadie mal, ni en juicio, ni por palabra, ni por obra. Sufrir flaquezas ajenas, no criminar los pecados, sino con piedad rogar a Dios por los que yerran.

Décima

Tomarse cuenta de todo lo dicho, exhortándose y reprehendiéndose, animándose de cada día ser mejor e ir adelante, no olvidándose jamás; porque en lo hacer asegura la gloria que por ello espera, y que siembra en esta vida para coger en la otra fruto sempiterno. Y porque todo nuestro aprovechamiento depende de la gracia del Señor, siempre cumple pedir con instancia salud, socorro y lumbre para conocer el bien, y gracia para le amar, y fuerzas para

le seguir y perseverar; porque poco aprovechará esta escritura si no favorece la gracia del Señor para poner por obra lo que la letra o escritura nos enseña.

Suma

Guardar la ley de Dios y dejar de pecar. *Segunda*, satisfacer por los pecados pasados con dolor y penitencia. *Tercera*, huir amistad de mundanos. *Cuarta*, menospreciar al mundo y sus deleites. *Quinta*, limpiar a menudo sus conciencias, confesando y comulgando. *Sexta*, tener oratorio do servir a Dios, conversando con El. *Séptima*, guardar la lengua y el corazón. *Octava*, no perder el tiempo. *Novena*, crecer en virtud. *Décima*, tomarse cuenta de lo que aprovecha.

Y a algunos doctores, como fué Dionisio Cartujano, les pareció dar este medio y modo cotidiano a los nuevos, por do se guiasen al principio, hasta que el Señor les proveyese de su espíritu. El domingo, contemplar en la resurrección del Señor y del género humano; el lunes, del día del juicio universal; el martes, de la creación de todas las cosas y del gobierno y concierto de ellas; el miércoles, del gozo de los bienaventurados del cielo, el cual todos esperamos tener; el jueves, de la brevedad de esta vida; el viernes, de la pasión del Señor; el sábado, tomarse cuenta de sus buenas obras o malas que ha hecho en la semana y de las obras de misericordia en que se ocupó y por su negligencia no obró. Y hémonos de ejercitar en contemplar y meditar la vida de nuestro Señor Jesucristo, según tres motivos, que llaman los santos doctores vida purgativa, iluminativa y unitiva. Pongo por ejemplo en un paso, para que así se entienda de todos. Considera nuestra ánima a nuestro Redentor atado en la columna o enclavado en la cruz, y entiende que por nuestros pecados padece el Cordero inocente. De esta consideración se entristece, gime y llora, por haber ofendido a Dios, siendo causa de su muerte. Llámase esta vía *purgativa*, porque en ella se purga de sus pecados. Y considera el mismo paso ya dicho, y conoce que por aquellas benditas llagas, azotes y clavos, es libre el ánima de los azotes y tormentos del infierno y hecha hábil de la gloria del cielo; dilata y ensancha su afecto, alegrándose y diciendo con San Pablo: *Alabado sea Dios, que nos dió victoria por Jesucristo nuestro Señor*[4]. Llámase esta vía *iluminativa*, en la cual el ánima, con la luz de la gracia ilustrada, se emplea en dar gracias a Dios por tan grandes mercedes y beneficios como recibe.

[4] 1 Cor. 15,57.

Finalmente, contemplando el ánima en la cruz al Señor, entiende un amor caritativo y grande, y, vista esta grandeza de amor con que padeció por la redimir y darla gloria, es inflamada de tan gran deseo y fervor de ya verse con su Esposo, que ni ya se acuerda de pecados pasados ni se detiene en considerar beneficios recibidos, sino con un dulce vuelo y suave arrebatamiento dice por el profeta David: *¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré a mi amado Dios y descansaré?* [5], procurando de se ayuntar y unir con Dios. Llámase esta vía *unitiva*, porque en ella el alma se hace una por amor con su esposo amado Jesucristo. De manera que debemos purgar y limpiar el ánima de pecados; debemos dar gracias con alegría al Señor por tantos beneficios, de donde resulte un amor y afección tan íntima, que nos haga una misma cosa con nuestro amado Jesucristo.

Y, resumiéndome, digo ser necesario a todo fiel cristiano que ningún día se le pase sin tener algún rato de lección y meditación y oración; y si fuere posible hacerse tres veces en el día, será mejor; porque la lección santa muestra el camino del cielo, la meditación lo anda, la oración lo consigue. La cual se hará a la mañana; y antes que se lea, rogar a Dios de corazón que nos dé su favor para obrar lo que leyéremos atenta y devotamente, rumiando lo que leyéremos y platicándolo con alguna persona devota, y suplicar lo mismo al fin de la lección. Y leído el capítulo o renglones que quisiéremos, hacer en ello grande hincapié, poniendo por obra lo que en la lección se nos dice; y a la una de la tarde o al mediodía, otra vez, y a la noche otra. Y tras la lección será buena la meditación profunda, pensando íntimamente en lo interior del ánima las mercedes recibidas de Dios a la mañana; y al mediodía, de los males y daños de que nos ha librado; y a la noche, lo mucho que nos ha de dar. Los recibidos son en tres maneras: naturales, y temporales, y gratuitos [6] (en los primeros nos da Dios nuestra vida natural; en los segundos, esta abundancia temporal; en los terceros, su vida divina con su temporal muerte), que se contienen en los beneficios de la creación y conservación y regeneración. Y es de saber que los bienes o dones gratuitos que de Dios recibimos, son en dos maneras: la primera es redimiéndonos con su muerte y pasión; la segunda es justificándonos y haciéndonos por su gracia, de siervos y esclavos del demonio, hijos de Dios por gracia, y admitiéndonos a la herencia y libertad de la gloria, y haciéndonos semejantes a El por su gracia, así como se hizo

[5] Ps. 54.7.
[6] Léase San Bernardo, *Serm.* 16 *de divers.*

El semejante a nosotros, tomando nuestra naturaleza, para comunicarnos visible y familiarmente como hermano.

Al mediodía se medite la libertad que de su mano hemos recibido, así del mal de culpa (en lo que por nuestros pecados hemos caído e incurrido) como de la pena y tormentos que por ellos merecíamos; y a la tarde, de la glorificación, que es de los bienes que El nos tiene prometidos, los cuales serán (según San Anselmo) para el cuerpo siete, y otros siete para el ánima. Los del cuerpo son hermosura, ligereza, libertad y fortaleza, deleites, eternidad, sanidad. Los del ánima son sabiduría, amistad, concordia, poderío, honra, seguridad, gozo. Item, serán los hombres glorificados y mejorados en cinco lugares más que los ángeles, que serán los cinco sentidos corporales, lo cual figuró bien Jacob en la mejoría de aquellas cinco cosas que mejoró a su hijo José más que a todos los otros sus hijos.

Junto con la meditación se acompaña la oración, con gran humildad y conocimiento de sí y de su ingratitud y con confianza de alcanzar lo que pides, y pidiendo cosa lícita y necesaria al ánima y al cuerpo, perseverando con gran ahinco, y confesando y comulgando muy a menudo. Y los que no supieren leer, procuren que les lea alguno; y si esto no tuvieren, consideren en la divina sabiduría (que se mostró en la creación del mundo y de los cielos), y su poder, y bondad, y amor que les tiene, pues tantos bienes les envía y tan a la continua; y consideren que más puros y más excelentes tendrán en el cielo los bienes de esta vida, y los males serán más fuertes y mayores a los condenados en el infierno, tratando siempre en su memoria aquel verso del Salmo 114 que dice: *Conviértete, ¡oh ánima mía!, a tu descanso, pues te ha hecho Dios bien; y libró mi ánima de la muerte y mis pies de caer* [7]. Como si dijera: Vuelve, ¡oh hombre!, tus ojos y corazón a Dios, pues en El sólo podrás hallar tu descanso; y no te hartará cosa alguna creada menos que tu Creador mismo [8]. Así que convertirse el ánima a Dios, que es su descanso, es volverse el hombre a Dios por consideración y dilección; y poner en El sus ojos es mirarle, y conversarle, y abrazarle con la oración, meditación y lección, uniéndose y ayuntándose a Dios por deseo.

[7] Ps. 114.7-8.
[8] San Agustín, *Confes.*, 1.1.

II

DE LA LECCION, MEDITACION, ORACION, CONTEMPLACION

CAPITULO I

De la lección

Lección no es otra cosa sino una vehemente aplicación de la mente para conocer y calar bien aquello que quiere conocer o entender. Y hase con la meditación, oración y contemplación, a manera del que busca alguna cosa que mucho desea hallar, que, inquiriéndola, entiende en llamar perseverando al que la tiene hasta que se la dan. «Lo cual [1] notó bien nuestro Redentor cuando nos amonestó en su sagrado Evangelio, diciendo: *Buscad, y hallaréis; llamad, y abriros han* [2]. Como si dijera: *Buscad* leyendo, y *hallaréis* meditando; *llamad* orando, y *abriros han* contemplando; porque la lección santa muestra el camino del cielo, la meditación la anda; pero andando con la oración y contemplación se consigue; por ser [3] raíz y principio de todos nuestros bienes y salvación, así como la lección profana [4] es causa y origen de todos nuestros males; porque nuestro corazón se ha en nuestra alma como la rueda del molino [5], que conforme a la cibera que se le echa, hace la harina: si es cibera buena, da buena harina; pero si es mala, hará harina mala; y si vana, vana; quiero decir que [6] conforme a la lección que leyéremos, sacaremos el provecho, y entiendo aquí lección, no sólo por lo que leemos en los libros, pero aun por las conversaciones [7], y pláticas [8], y vistas [9], y obras malas o buenas en que nos ocupáremos; porque de las malas palabras [10] se nos causan malos pensamientos;

[1] *Scala paradisi*, c. 2.
[2] Mt. 7,7.
[3] San Agustín, *Confes.*, 8. 6 y 12. Hay otras citas que consideramos innecesarias.
[4] San Jerónimo, *Epist. Eustoq.*, 30. Hay otras citas.
[5] Obras espurias de San Bernardo, c. 9, n. 23.
[6] Véase San Isidoro, *Sent.*, l. 2, c. 29, n. 5; l. 3, c. 8.
[7] 1 Cor. 15,33.
[8] *Scala paradisi*, c. 10.
[9] San Gregorio, *Moral.*, l. 24, c. 8, n. 16.
[10] San Isidoro, *Sent.*, l. 2, c. 25.

de pensamientos, deseos; de malos deseos, obras y ruines costumbres; y al contrario, de las buenas palabras, etc., porque «la buena lección [11] es manjar del alma, el cual se come y muele con la meditación, y con la oración se recibe y gusta; pero por la contemplación es sustentada y mantenida la alma con gran delectación, lo cual se verá por este ejemplo. Leemos en el sagrado Evangelio que nos dice nuestro Redentor Jesucristo: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* [12]». Lo cual bien leído y entendido, inquirimos con la meditación, y buscamos con gran deseo de ver a Dios «qué limpieza de corazón sea ésta» [13], que es tan necesaria para haber de ver a Dios. Y como nos hallemos tan alcanzados de virtudes y tan llenos de vicios y pecados, echámonos en oración con lágrimas y gemidos a los pies de la misericordia divina, a imitación de los hambrientos, rotos y muy llagados pobres, y con grandes importunaciones [14] suplicamos al Señor se apiade de nuestra miseria y pobreza, si por ventura nos concediere de su larga y misericordiosa mano esta limpieza de corazón que tenemos menester para le poder ver. Y llamamos con grande instancia e importunidad, con voces doloridas, mostrando nuestra pobreza y necesidad, mostrando las carnes desnudas (como hacen los importunos pobres), que es nuestras culpas manifiestas, delante su real acatamiento, y proponiendo la enmienda, y desviarse de aquí adelante de las ocasiones e impedimentos que nos puedan estorbar esta limpieza del alma y corazón, que deseamos tener, y de perseverar, sin jamás cesar ni reposar hasta inquirir los medios para este efecto, «poniendo entonces por delante el premio [15], que es: cuán glorioso y felicísimo estado es ver a Dios», el cual es el sumo bien y eterna felicidad.

«De esta consideración se enciende e inflama el ánima» [16] por el gran deseo que tiene de alcanzar esta hermosísima vista de Dios, en quien tanto y todo su bien consiste; y abrasada de amor por lo poseer, «quebrado el vaso de alabastro de la bienaventurada Magdalena [17], derramándose el ungüento preciosísimo y muy excelente bálsamo celestial, siente el olor no por el gusto, sino casi por el olfato. De donde infiere y colige el ánima cuán suave cosa sería experimentar por obra lo que por deseo procura alcanzar, que es esta limpieza de corazón (por do le ha de venir todo su

[11] *Scala parad.*, c. 2.
[12] Mt. 5,8.
[13] *Scala parad.*, c. 2 al fin.
[14] San Jerónimo, sobre el c. 11 de San Lucas.
[15] *Scala parad.*, c. 3.
[16] Ib.
[17] Mc. 14,3; Lc. 7,37; Mt. 26,7.

descanso y bienaventuranza), pues tanto le deleita su sola meditación y desnudo pensamiento; y está anhelando por el gran deseo que tiene de alcanzarla» [18]. «Pero como no halle en sí posibilidad para por sus flacas fuerzas alcanzar lo que tanto desea, busca con gran fuerza una y otra vez, con una insaciable sed, si por ventura podrá hallar lo que busca; y como no pueda gustar la dulcedumbre que la meditación demuestra estar en la limpieza del corazón, por no ser esto dado al que lee o al que medita solamente, mas por la gracia de Dios se da sólo a quien es su voluntad, procura humillarse y tornarse a la oración, suplicando al Señor que El le abra el camino para poder alcanzar lo que con tanto deseo busca, que es limpieza de corazón [19], diciendo con el profeta David en el Salmo 38: *Encendido e inflamado por el gran deseo traigo este mi corazón dentro de mí, y en mi meditación se requema y enciende un grande fuego de deseo* [20]. *Ayúdame, Señor mío, por que no perezca* [21]. Y estando así encendida el ánima por el gran deseo, con grandes lágrimas y gemidos pidiendo el divino socorro, el Señor, *cuyos ojos son siempre sobre los justos, y sus orejas oyen sus ruegos* [22], finalmente llamado, importunado, viene y sálele al camino al ánima que le desea ver, rodeado de celestial rocío y divina dulcedumbre de preciosísimos ungüentos, y recrea el ánima que estaba fatigada, harta a la hambrienta, consuela a la afligida y hácele que olvide lo terreno, fortificándola con su memoria y embriagándola con su dulcedumbre, hasta sacarla de sí y transformarla en Dios, de tal manera que ya la carne no sea contraria al espíritu y en alguna manera se haga el hombre espiritual y divino por la contemplación» [23]. Finalmente, «la lección es sólo según el exterior ejercicio; pero la meditación es según el interior entendimiento: la oración es sólo según el deseo; empero, la contemplación es sobre todo sentido» [24]. Lo que resta saber de la lección es lo que aconseja Séneca a su amigo Lucilo, y es que «si quiere aprovechar en la lección que lee no se dé a diversidad de libros ni lea varias y peregrinas lecciones, porque no le hagan movible, mas siga y use el estudio de una cosa cierta, y en ello se ocupe y ejercite» [25]; porque, según Aristóteles el filósofo dice, estando el sentido dividido en muchas partes, menos entenderá que si estuviera recogido y ocupado

[18] *Scala parad.*, c. 3.
[19] *Scala parad.*, c. 3 y 4.
[20] Ps. 38,4.
[21] Ps. 108,26.
[22] Ps. 33,16; Eccl. 15,20; Heb. 4,13.
[23] *Scala parad.*, c. 5.
[24] Ib. c. 10.
[25] *Epist.* 2.

en una sola; y de aquí procede aborrecer la lección y no le tener afición. «Así como el que camina por diversas tierras, que muda tantas posadas que con ninguna toma amor; ítem, la vianda que no es bien digerida, el estómago la echa fuera, y no aprovecha ni engorda al cuerpo, porque querer probar diversas viandas es señal de estómago dañado y lleno de malos humores; y así la muchedumbre de las lecciones distraen el corazón. Por tanto, debemos continuar un libro hasta acabarle, y proseguir una materia, y escoger de lo que leemos alguna cosa, la cual nos quede aquel día en la memoria» [26], y pongámosla por obra, a imitación de las abejas, que escogen de las flores lo mejor y más provechoso para hacer su miel [27]. Así nosotros habemos de escoger en la lección lo mejor y más provechoso, para lo rumiar y meditar entre día para nuestro provecho y erudición [28], procurando de no perder un solo punto de tiempo sin nos ocupar en algún buen pensamiento. Pues el tiempo es tan breve [29] y estamos cercados de nuestros enemigos [30]; la muerte viene [31], y la vida se pasa tan en breve [32], y la cuenta que hemos de dar ha de ser tan estrecha [33], justo es despertar de este sueño que hasta aquí nos ha ocupado y tiene tan descuidados, y correr la posta para enmendar la vida pasada con apresuramiento y diligencia.

CAPITULO II

De la meditación

Meditación es la dicha obra y efecto que nuestra mente hace con el pensamiento interior del hombre de dentro, la cual es raíz y causa de todo nuestro bien o mal, donde concurre el conocimiento, que emana de la actual consideración de la cosa que piensa con el entendimiento, y el deseo de la afección, que procede de la voluntad, volviéndose el ánima a aquella cosa que quiere, por consideración y amor, y poniendo en ella toda su afición y fuerzas, etc. Pongo un ejemplo en los bienes gratuitos y dones que de Dios reci-

[26] Ib.
[27] San Efrén, alegado por Scaramel, *Direct. ascet.*, tr. 1, a. 4, c. 3, n. 150.
[28] Guigón cartujano, *Epist. ad Fratres de Monte-Dei*, 1.1, c. 10, n. 31 (obras supuestas de San Bernardo, vol. 3, ed. Mabil).
[29] 1 Cor. 7,29.
[30] 1 Petr. 5,8.
[31] Eccli. 38,19.
[32] Sap. 2,1; Iob 7,1; 14,1.
[33] Mt. 12,36; Rom. 14,12; Hebr. 13,17; 1 Petr. 4,5.

bimos, como es un ánima puesta en gracia de Dios, la cual se considera cuán hermosa criatura y apuesta es, y de esta consideración sube a considerar, por consiguiente, todas las otras perfecciones que en ella puso Dios, como es la sabiduría y la fortaleza, etc.; de do sube hasta subir de grado en grado desde la más mínima criatura puesta en gracia hasta el mayor de los santos y ángeles, y la Virgen María, y la misma benditísima ánima de Jesucristo. Y por este ejemplo puesto podremos considerar el efecto de la meditación en todas las cosas, así buenas como malas, como indiferentes, para bien entender qué sea meditación; por lo cual dice nuestro Salvador Jesucristo, hablando con el Padre Eterno: *Esta es vida eterna, que te conozcan* [34]; y el Sabio nos amonesta que busquemos *en la simplicidad de nuestros corazones al Señor* [35], para que así podamos con el real profeta David gustar y ver *cuán suave es el Señor* [36]. Y el primer grado de la meditación y vida contemplativa ha de comenzar de esta activa [37], como arriba se dijo, confesando y satisfaciendo por nuestros pecados y mortificando nuestros sentidos interiores y exteriores con ayunos y penitencia, y el amor mundano con todos sus vanos y nocivos deseos, por que no repugne la carne contra el espíritu, a imitación de Jacob, el cual primero sirvió siete años [38] que mereciese casar con la hermosa Raquel. Así el que ha de darse a la vida espiritual y contemplativa, primero se ha de ejercitar en la activa. Bien ciertamente es muy contrario el amor de estas criaturas si no fuere muy verdaderamente dirigido en Dios y por Dios, de tal manera que queramos a Dios de por sí y a sus criaturas por Dios; porque, si así no fuere, será el amor mundano tan contrario a nuestro fin deseado y paradero del cielo, como la liga en las alas del pájaro para poder volar, o como la cadena y maza a la mona, o como el cuerpo muerto que detuvo al cuervo para que no tornase al arca de Noé [39]. Y, por el contrario, el verdadero amor de Dios es fin de todas nuestras obras [40], en el cual consiste la perfección de la vida contemplativa.

Quiero decir que todo lo que obráremos [41], procuremos hacerlo por sólo Dios, si pretendemos ser perfectos, lo cual se verá claro en este ejemplo. Si uno que ama el oro, o la honra, o alguna mujercilla, procura con tanto cuidado y diligencia, sin jamás cansar lo que tanto ama, que ni adversidades, ni enfermedades, ni muerte, ni vida, es bastante a le quitar de efectuar y conseguir su propósito, con tanto que cualquiera cosa que se le contradijera aborrezca, y cualquiera cosa que para ello le favoreciere ame; ahora esté durmiendo, ahora velando, en esto piensa y en esto sueña, pasándole muchas noches en vela pensando con gran cuidado cómo esto alcance, en tanto grado sea esto, que, como embelesado, se transforma y queda como absorto en aquello que él tanto desea, y, como quien está borracho o loco, no quiere hablar ni pensar, ni que otros hablen ni traten, sino cómo podrá adquirir lo que tanto desea; éste tal se dirá ser perfecto amador del tal oro, honra o mujer en esta vida miserable y perecedora. ¿Por qué no le diremos perfecto amador al que de semejante manera procura transformarse en el amor de su Dios, que, transformado en El, se haga una misma cosa en espíritu con Dios [42], en tanto grado que ose decir con San Pablo: *Fuera sea de mí gloriarme en otra cosa sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo?* [43] Y por lo cual siempre nos debemos ocupar en unos perfectos y buenos deseos y obras, de tal arte que de una buena meditación procuremos subir a otra mejor, hasta nos unir con Dios.

[34] Io. 17,3.
[35] Sap. 1,1.
[36] Ps. 33,9.
[37] Véase San Gregorio, *Moral.*, l. 6, c. 37, del n. 59 al 61; San Isidoro, *Sent.*, l. 3, c. 15.
[38] Gen. 29,20.27.28.
[39] Ib. 8,6-7.
[40] 1 Tim. 1,5; Rom. 13,10.
[41] Col. 3,17; 1 Cor. 10,31.

CAPITULO III

De la oración

La oración, según nuestro padre San Agustín, es una petición hecha a Dios para alcanzar las cosas que nos convienen; según San Juan Damasceno, es «un levantamiento del alma a Dios» [44]. Y para ser oída ha de tener cuatro cosas: la primera, se requiere tener el que ora gran humildad y reconocimiento de su ingratitud y poco merecimiento; y la segunda es gran confianza de alcanzar lo que demanda, porque el que a Dios verdaderamente conoce, gran confianza tiene de alcanzar lo que pide, entendiendo que es el piélago de misericordia, piedad y liberalidad; y como la confianza procede del amor, cuanto uno más ama tanto más confía; y cuanto más confía, tanto más alcanza. Y la tercera condición es que lo que se pide a Dios sea provechoso al alma, pues se llama el Señor Jesús y Salvador, y es cierto que, si le pedimos algo en este sacratísimo nombre [45], se

[42] 1 Cor. 6,17.
[43] Gal. 6,14.
[44] *Orthod. fil.*, l. 3, c. 24 al principio.
[45] Io. 14,13; 15,16; 16,23.24.26.

nos dará, siéndonos saludable a las ánimas. Y la cuarta es la perseverancia, pues nos la amonesta el Señor, diciendo que oremos *sin cesar* [46], y especialmente: *Bendeciré al Señor en todo tiempo* [47]. Cinco cosas impiden la oración y conversación con Dios. La primera es la soberbia, pues se alza con la casa, alzándose contra Dios [48] y ocupándole su casa [49]; la segunda, ocupándole la casa a Dios con vicios; la tercera, dejándola vacía de virtudes; la cuarta, teniéndola sucia con el comer y beber; la quinta, teniéndola sucia con lujuria. Contra la soberbia has de procurar humildad (para bien amar la oración), que consiste en nuestro propio conocimiento, entendiendo que nada somos, podemos y valemos, y que si algo tenemos es de Dios [50]; cuanto a la segunda, es el recogimiento de nuestros sentidos, por que no entre la muerte por las puertas [51]; cuanto a la tercera, es el amor de Dios; cuanto a la cuarta, es el uso de la oración y meditación; cuanto a la quinta, es la frecuentación de los sacramentos, etc. Y de una manera debe orar el principiante, y de otra el aprovechante, y de otra el perfecto. Y el primero ore vocalmente con perseverancia, para que sean perdonados sus pecados, y para dar fuerzas a su buen ángel y quebrárselas al demonio, y para que los cristianos sean edificados, y, finalmente, para evitar toda evagación y ociosidad, y procurar siempre estar bien ocupado y orando, por que no caiga en tentación [52]; y el aprovechante no sólo ruegue por sí, pero también debe orar por los vivos y difuntos; y el perfecto no sólo ora por sí y los otros, pero de continuo se ocupa en bendecir y alabar al Señor por tantos beneficios como de su mano sacratísima ha recibido y de continuo recibe, así en general como en particular, diciendo con el profeta: *Mi corazón y mi carne se han alegrado en Dios vivo* [53]. Y san Pablo, en la primera epístola suya que escribió a Timoteo, en el capítulo segundo, nos enseña lo que debemos pedir a Dios por *súplicas, oraciones, rogativas, acciones de gracias* [54]. En las súplicas se pide perdón de los pecados; en las oraciones, no sólo el perdón de los pecados, pero aun el aumento de virtudes. En las rogativas oramos por vivos y por difuntos, por que perdone Dios a los malos, y a los buenos confirme en su gracia, y a los que están en purgatorio lleve

[46] 1 Thes. 5,17; Eccli. 18,22; Lc. 18,1; Col. 4.2.
[47] Ps. 33,2.
[48] 2 Thes. 2.4; 2 Cor. 10,5; Abd. 3.
[49] 1 Cor. 3.16; 2 Cor. 6.16; Lev. 26,12.
[50] 1 Cor. 4.7.
[51] Ier. 9,21.
[52] Mc. 14,38.
[53] Ps. 83,3.
[54] 1 Tim. 2,1.

a su gloria. Pero en el dar de las gracias, que es el postrero, se nos enseña la gratitud que debemos tener a Dios, que tanto bien de continuo nos hace. Siempre, antes que nos pongamos a orar, es justo que, santiguándonos, digamos tres veces en el nombre de la Santísima Trinidad: *Deus in adiutorium meum intende*, etc., con *gloria Patri*, con aquella oración de las Completas que empieza: *Visita, quaesumus, Domine*, etc., para que huyan de allí nuestros adversarios.

Algunos remedios ponen los doctores para ahuyentar de la oración los demonios y a sus asechanzas. Lo primero es, cuando nos allegamos a orar, no deseemos ver visiones ni revelaciones; porque semejante deseo no puede ser sin alguna soberbia o presunción o vana curiosidad. Y lo segundo sea que no queramos, cuando oramos, tener consolación o deleitación alguna que se funde en nuestra estimación o presunción o acerca de otros, los cuales nos den a entender que nos venga aquello por nuestros buenos merecimientos; antes debemos procurar siempre humillarnos y tenernos en reputación de viles y muy sueces siervos y sin provecho en todo y por todo y acerca de todos; no admitiendo jamás en nuestra oración consolación alguna, sino aquella que, después de ser muy humillados y abatidos y conociendo nuestra miseria e imperfección y poquedad, nos viniere; dando toda la honra y gloria a Dios, y a nosotros toda la ignominia y baldón por nuestros deméritos. El tercero sea que tengamos por sospechosa toda visión y sentimiento que no sea conforme a la fe y buenas y loables costumbres y contra la humildad y honestidad, etcétera, no creyendo en esto al que lo contrario hiciere o nos dijere, por santo ni espiritual que se nos muestre o nos parezca, huyendo siempre de los que tales cosas siembran y menospreciando siempre sus visiones y sentimientos o arrebatamientos, o mirando si dijeren o hicieren algo que sea contrario a nuestra fe, o a la Escritura Sagrada, o al consejo de los santos doctores, para que huyamos de ellos como de veneno serpentino. Empero, si no fueren sus cosas a esto contrarias, no las debemos menospreciar o tener en poco, hasta informarnos de la verdad; porque acontece muchas veces en las espirituales tentaciones ajuntarse la falsedad a la verdad. Y el cuarto sea que, si te movieres a hacer alguna gran cosa, y no acostumbrada, procures considerar primero que la empieces bien, si es grata a Dios, y tomes consejo con los sabios, y de otro arte no se haga: de manera que ninguna cosa grande hagas sino con consejo. Y si fueres tentado en alguna obra virtuosa, que, bien mirada, la empezaste con consejo, no la dejes por la tentación; antes, cuanto más te afligiere la tentación, está más

fuerte, subiendo tus ojos al cielo y tu corazón a Dios, pidiendo con humildad el divino favor para vencer y sufrir con paciencia la tentación, sintiendo con mucha humildad de ti, porque, según San Bernardo dice, es imposible salvarse uno sin se conocer a sí mismo. Y un filósofo decía depender todo nuestro aprovechamiento de aquel adagio que dice: «Conócete a ti mismo». Y el quinto sea que, cuando nos viéremos en la oración indevotos, hemos de considerar, para tomar nuevas fuerzas, que en alguna manera por aquella fuerza que se hace uno de perseverar en aquel trabajo, sin tener gusto ni devoción en él, Dios se le queda casi obligado; así como cuando le da devoción o sentimientos o gustos en la oración, quedamos nosotros obligados a Dios por ellos de le servir mucho más. Por tanto, es de notar que el verdadero siervo de Dios no ha de orar solamente por sola la suavidad que siente, sino por sólo que sea Dios loado y glorificado, y para imitar los ángeles, que están continuo en oración, y por servir como hijo, y no como siervo, por sola la soldada y no por puro amor; y por esto no son medidos y se deben considerar nuestros servicios por la devoción, sino por el amor con que los hacemos, y amor no es devoción, sino una voluntad determinada y aparejada para todo lo que Dios ordenare de nosotros. Y por tanto, cuando oramos no cumple desear propias consolaciones o lágrimas, por sólo nuestro consuelo; pero si alguna vez se nos concedieren o deseáremos, sea para más nos encender en amor y servir a Dios, diciendo con el profeta David: *Alegra, Señor, la voz de tu siervo, por que sea a ti ensalzado y elevado mi corazón* [55]. No debemos, pues, cesar de orar por nuestra tibieza o indevoción ni de trabajar por nuestra flaqueza o indisposición; pues no mira Dios a quiénes seamos, sino a quién deseamos ser; o qué hacemos, sino el ánimo con que deseamos servirle.

El sexto sea que en la mental oración (que es cuando con lo interior del corazón sin vocales palabras oramos, la cual es la más perfecta de todas las oraciones, y consiste en una atentísima atención del alma en sólo Dios, con fervor, para la cual se requiere ser muy grato a Dios cuanto es de nuestra parte, y sin alguna culpa de pecado, y apartado de toda pasión de tristeza o perturbación de corazón), hay necesidad de tener siempre delante de los ojos y traer a nuestra memoria de continuo los misterios de Dios y las Santas Escrituras y otras cosas que leyéremos u oyéremos, para provecho de nuestras ánimas, conforme a los tiempos y festividades del año, para que en nuestra oración se encienda el fuego del amor de Dios; porque este modo de orar mental interiormente consiste en santos deseos y devotos pensamientos; y es muy más acepta la oración hecha con lágrimas, en tanto que diga San Jerónimo: La oración emblandece a Dios, mas las lágrimas le hacen fuerza; la oración urge, mas las lágrimas lo hieren y compungen.

[55] Ps. 85,4.

CAPITULO IV

De la contemplación

La contemplación, según Ricardo de San Víctor, es una alegre y deleitable admiración de la limpidísima y esclarecida verdad; lo cual está figurado en Benjamín, hermano postrero de los doce hijos de Jacob, caudillos y cabezas que fueron de las doce tribus de Israel; porque tanto quiere decir Benjamín como contemplación de las cosas invisibles de Dios, etc. Para lo cual hay gran necesidad que ayuden las virtudes, significadas por los nombres de los otros once hermanos. Por Rubén y Simeón son entendidos el temor y la compunción; por Leví, la esperanza; por Judas, la caridad; por Isacar, la alegría; por Zabulón, la severidad; por Gad, la abstinencia; por Aser, la paciencia; por Dan, el remirarse y ser cauto; Neftalí, la especulación y atalaya; José, la discreción. Quiero decir que cumple al hombre contemplativo estar muy cercado de virtudes y apartado de vicios, siendo fortalecido y sólido en el temor de Dios, con una gravedad de compunción y estabilidad y firmeza de esperanza y entereza de caridad, junto con la austeridad de la penitencia y abstinencia; fuerte en la paciencia, y muy continuo en la especulación de las cosas divinas, y muy quieto en la contemplación, que es significada por Benjamín; en cuya figura José de Arimatea hizo un sepulcro nuevo para sí, aunque Jesucristo nuestro Señor, siendo muerto, descansó y fué sepultado en él. Quiero por esto decir que la holganza y reposo que la prudencia hace para sí por la meditación y por la definición, la describe la sabiduría, la halla por la contemplación, y por la experiencia la recibe y conoce: pero cumple que, siendo Cristo muerto, sea en el sepulcro enterrado a do descanse, porque antes que sea lícito entrar dentro de aquel íntimo secreto del sumo silencio y muy quieto y deleitable lugar, cuando empezare nuestro ánimo a se exceder a sí mismo por pura inteligencia y a entrar en aquella luz incorpórea de la suprema claridad, cumple que se haga aquella admirable disyunción y apartamiento, no digo del ání-

ma y del cuerpo, sino del ánima y espíritu, la cual suele obrar en nosotros, como lo dice el Apóstol de la palabra viva de Dios y eficaz, que es más penetrativa que todo cuchillo, por agudo que esté, penetrando hasta la división y apartamiento del ánima y del espíritu, y aunque sea verdad que son una misma cosa el ánima y el espíritu, porque en un mismo hombre no es otra cosa su esencia que su ánima, bien que no talmente es una sola substancia, empero por las distinguir se llama espíritu y ánima: el espíritu es la superior porción y el ánima la inferior, y ésta, como tal ánima, se queda acá abajo, y el espíritu sube arriba a do tiene su corazón; porque, como dice nuestro padre San Agustín, la ánima (que es esta que dije) más está do ama que donde anima con todas sus potencias; lo cual hace abstrayendo todas sus potencias y pensamiento de estas cosas terrenales, y recogiéndose en sí, sube hasta la consideración de los ángeles, no sosegando hasta parar en su último fin y descanso, que es su Dios y verdadero centro y morada; y como esto le acaezca por la íntima meditación y férvido amor de su Dios, hasta quedar transportada en un casi dulcísimo sueño, el cual no hay quien le pueda por palabras humanas decir ni explicar, sosiégase, quedando casi absorta y sin sentido alguno. ¡Oh alta holganza! ¡Oh altísimo descanso donde todo lo que humanamente se suele mover pierde todo su movimiento! Donde todo lo que allí es movimiento se mueve divinamente y se torna espiritual, y adonde San Pablo, en nombre de estos tales, dice: Nosotros, empero, estando nuestra cara descubierta, especulando e inquiriendo la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen de claridad en claridad, como del espíritu del Señor, porque el espíritu es diviso y separado de las cosas ínfimas para se exaltar a las altas; el espíritu diviso está del ánima para se ayuntar y unir al Señor, porque el que al Señor se allega un espíritu se hace con El.

Lo cual todo se concede a los tales de Dios por diversas razones; porque a algunos les es dado gozar de estos excesos y deleites espirituales para mostrar su santidad; a otros, para salud y remedio de sus prójimos; a otros, en premio de sus trabajos; empero, a otros se les da por su daño y endurecimiento y ceguedad. Por tanto, nadie se ensoberbezca por tener semejantes gustos; antes se debe más humillar por ello; pues si hay algún bien en ellos, no es de su cosecha, sino que todo lo recibieron de parte de Dios; y esto que han recibido no es la virtud de por sí, sino el instrumento y ayuda de la virtud, lo cual sirve y aprovecha de lo que sirven las espuelas al que se va camino en alguna mula o caballo o de las armas al soldado. ¿Qué podrían, me di, aprovechar al que duerme las espuelas, o las armas al medroso y de flaco corazón y cobarde? Por cierto más les dañarían que aprovecharían, pues les sería más causa de su vergüenza y cobardía; y así antes les sería ignominia que gloria. Y pues así digo de los espirituales que reciben de Dios mercedes, lágrimas, y gustos, y consolaciones espirituales, si no sólo no se aprovecharen de ellas, y sirvieren más a Dios con ellas que los otros, pero aun se ensoberbecieren y quisieren galardón y premio de Dios por ellas, a los cuales les acaecerá con Dios a la manera que al que, queriendo llevar obreros a su viña, por que de mejor gana trabajen, les da premio, de comer muy bien, y, después de hartos, no sólo no quieren trabajar, mas aun piensan y están muy quejosos, diciendo debérseles premio muy mayor por haber bien comido, y piden por ello galardón sin haber trabajado; por lo que habían de ser castigados por su ingratitud y descomedimiento; siendo ellos deudores, se hacen y constituyen merecedores del premio, como fué más razón de agradecerle al Señor los dones y mercedes recibidas, y fuesen obligados por ello a le amar más y trabajar con mayor voluntad en la viña de su Señor, tanto más cuanto mejor el Señor lo hizo en ellos; porque si el que hurta conociese su pecado, justo es que le fuese perdonado; empero, si no sólo no lo conoce, pero aun pide por ello premio y se gloría, por haber hurtado, ser mejor que esotros, y, por tanto, pide por el daño así premio, como si lo hubiera merecido; es grandísima e intolerable desvergüenza del tal; de donde suele recrecerse otro muy más grave daño y mal, que los tales se vengan a desvergonzar de tal suerte, que se hagan incorregibles y no quieran tomar consejo de nadie; antes los menosprecian y tengan en poco, escarneciendo de los que los desean enseñar y advertir de lo que yerran. Y de aquí vienen que, como por estas exteriores lágrimas y suspiros y muestras de santidad por do fueren sean tenidos por santos y espirituales, no haya quien los ose hablar ni decir lo que les cumple; y así quedan de todas partes imposibilitados a se corregir, por su soberbia y presunción. Y pues esto así pasa, teman los espirituales y humíllense tanto más a Dios, cuanto más recibieren de su mano bendita, reconociendo su miseria y la gran deuda al Señor, y procurando con humildad ser alumbrados y enseñados de todos, y suplicando de continuo al Señor dirija sus pisadas y obras y encamine con su gracia a los que le andan con humildad buscando. Y nota que por tres maneras y vías les es dado a los espirituales estas consolaciones espirituales y gustos de sí. Algunas veces proceden del Espíritu Santo para que los fortifiquen en bien y libren de mal, y para hacernos olvidar estas cosas terrenales y transitorias. Otras veces provienen por vía del estudio

y ejercicios en que nos ocupamos, para subir, como dice San Pablo [56], de estas cosas visibles a las invisibles. Otras provienen por vía secreta del demonio para nos engañar, haciéndonos ensoberbecer, como dije, de lo que nos había más de humillar y reconocer por deudores; y de aquí es que ha derribado a tantas cristianos católicos y se han pervertido y hecho herejes, ensoberbeciéndose y dando a entender que aciertan más que otros, y escribiendo algunas agudezas para su condenación, y aún proponiéndoles el demonio gustos y lecciones ingeniosas, y muy deleitables al gusto, y nocivas y viciosas a sus ánimas y salvación. Ponen los doctores santos algunos remedios para expeler estas ilusiones del demonio, las cuales puse en la materia de oración al fin.

[56] Rom. 1,20.

III

EXPLICACION DE LAS BIENAVENTURANZAS

Y SU CORRESPONDENCIA, YA CON LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO, YA CON LA ORACIÓN DEL PADRE NUESTRO

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los que tienen puro su corazón, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Dichosos seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros. Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos (Mat. 5,3-12).

Estas siete palabras[1] tan admirables que nuestro Señor ha predicado en el principio de su sermón, son fundamento sobre que ha de cargar el peso de los mandamientos que ha de dar en toda esta su ley; y son tan altas, que quien a ellas hubiere subido ha llegado a la cumbre de la perfección que en esta vida puede tener. Porque los pobres de

[1] Aunque las bienaventuranzas son ocho, trata el Santo primeramente de las siete primeras, que son las que perfeccionan al hombre, reservando para lo último tratar de la octava, que hace claro y demuestra lo que es perfecto, según enseña San Agustín, l. 10 de *Serm. Dom. in monte*, c. 9.

espíritu y los mansos, llorosos, y los demás de estas siete palabras, no son los que tienen estas virtudes así como quiera, mas los que en el más alto grado, y a modo de espíritu divino más que humano. Así como el que fuere tan humilde, que tuviere muy claro conocimiento cómo de sí mismo es nada, y amare con grande amor su propio desprecio, dando de corazón la honra a Dios, éste será pobre de espíritu. Y el que se hallare libre, no sólo del deseo de venganza, más aún de la turbación de la ira, dándose suave y afable a los rencillosos, como si no hubiera sido injuriado, éste será el manso de quien aquí se habla. Y el que huyere los deleites presentes y tomare el gemido por canto, abrazando los trabajos con mayor afición que los mundanos sus placeres, éste es lloroso bienaventurado. Y los que tuvieren grandísima gana del manjar espiritual, como los muy golosos del corporal, son los que han hambre y sed de justicia. Quien tuviere los males ajenos por suyos, a semejanza de madre, que está más enferma y llorosa por la enfermedad de su unigénito hijo, que el buen hijo que padece, éste es el buen misericordioso. Y a los que tuvieren perfecta limpieza de corazón, la cual es perfecta santidad, a éstos conviene la sexta palabra. Y a cuyos movimientos estuvieren tan sosegados que no se levantan contra la razón, y que la voluntad siga con mucho amor a la vida de Dios, y después tuviere gran deseo y trabajo por ver esta paz en los otros, a éste conviene la postrera palabra.

Dichosos aquellos que estos escalones hubieren subido; porque habrán llegado a la puerta del cielo, figurada por el templo que vió Ecequiel [2], hasta la puerta del cual había siete escalones. Este tiene la vida más descansada que en este mundo se puede tener; porque está su ánima perfectamente sana y gusta de los frutos del Espíritu Santo, que son arca de la bienaventuranza y del cielo. Y así como en la Ley pasada prometió Dios [3] abundancia de los bienes temporales a quien la guardase, así Cristo, para incitarnos a guardar esta su Ley, que tan alta es, nos pone al principio el gran prometimiento, no de bienes de tierra, que no pueden dar bienaventuranza, mas de eternos y celestiales, que tienen cumplida hartura, siendo por dos causas bienaventurados los que estas palabras guardaren: una, por el bien que esperan en los cielos, así como ser consolados, hartos, alcanzar misericordia, ver a Dios y todo lo demás que en estas siete palabras prometen; otra, y menos principal, por la esperanza tan cierta de gozar de aquellos bienes cuando se mueran y la abundancia del gozo y riquezas

[2] Ez. 40.12.
[3] Deut. 8,1-8.

espirituales que en este mundo poseen. Para que así como los malos son quebrantados con dos quebrantamientos, uno en este mundo por la tristeza de la conciencia, otro en el otro con tormentos de infierno, así los que guardan estas palabras vayan de virtud y de gozo en gozo, y reciban en este mundo ciento tanto de lo que dejaron por Dios y después la vida eterna.

Y es de mirar que a estas siete palabras corresponden siete dones del Espíritu Santo, y las siete peticiones del *Pater noster;* porque el que fuere verdadero humilde, aquél es sobre el que se asienta el espíritu del temor de Dios, que es una reverencia del ánima, considerando la grandeza de Dios en su propia pequeñez; y éste sólo puede decir con verdad: *Santificado sea tu nombre;* que quiere decir que toda la honra sea atribuída a Dios. Y de la humildad nace la mansedumbre, que concuerda con el don de la piedad, con el cual no resistimos, mas honramos las obras y palabras de Dios, aunque no las entendamos; y en estos tales reina Dios, porque no le resisten, y por tanto oran a Dios con verdad: *Venga a nos tu reino.* Y después de haber echado de sí los alborotos de la ira, queda en sosiego para pensar de cuántos males esté lleno este mundo; y enseñado por el don de la ciencia, sabe que más conviene en él trabajar que holgar, y llorar que reír; y la causa por que llora es, entre otras, porque en sí mismo y en otros no se obedece del todo la voluntad de Dios, y por eso ora; y sintiendo dolor por sufrir este destierro, confórmase por quererlo Dios, y dice: *Fiat voluntas tua: cúmplase tu voluntad en la tierra como en el cielo.* Y como este lloroso desarraiga del corazón el deseo de los placeres del cuerpo, no le queda en qué emplear la hambre de su deseo, sino en las cosas espirituales; y así ha hambre y sed de justicia; y para esto es menester el don de la fortaleza, porque mayor trabajo es que cavar pasar de la carne al espíritu, y desechar el pasatiempo presente, y buscar el mantenimiento escondido; y estos solos hambrientos dicen a Dios con verdad: *El pan nuestro de cada día dánoslo hoy.* Mas porque, por muy vigilantes que sean en vencer a sí mismos, para comer este pan que los hace justos, empero todavía caen en algunos pecados, por tanto han menester el don de consejo, por el cual acuerdan de ser misericordiosos con ellos, perdonando los suyos; y a éstos conviene decir: *Perdónanos nuestras deudas, así como nos perdonamos a nuestros deudores.* Y con estas virtudes pasadas nace en el ánima un deseo de perfecta limpieza, la cual limpie su entendimiento para poder ver a Dios, el cual no se deja ver sino de ojos muy limpios; y para esta vista les es dado el don del entendimiento, con que penetren las cosas de

Dios y lo conozcan en sí y en ellas; y como mientras más las conocen, más huyen y temen el ofenderlo, por tanto le ruegan con mucha instancia: *No nos traigas en tentación*. ¿Qué resta de todas aquestas cosas, sino un deseo grande de ordenar en tanto sosiego su cuerpo y su ánima, que los posean en tanta paz, que ninguna cosa haya en ellos que se levante contra Dios, deseando la misma paz a sus prójimos? Y entonces tienen el don de sabiduría, porque el *ánima del justo silla es de la sabiduría*, estando unida a Dios por pacífico amor, y éstos son los que ruegan a Dios (y lo alcanzan): *Líbranos de mal*.

Estas siete palabras son las siete candelas del candelero del templo y los siete pueblos que se han de vencer para que poseamos en paz la tierra de promisión; éstas son las siete vueltas que en siete días y con siete bocinas se dieron, con las cuales cayeron en tierra los muros de Jericó; y las siete estrellas que tiene Cristo en su mano, y siete candeleros de oro, en medio de los cuales está. Mas no piense alguno que, habiendo cumplido estas siete palabras, se ha de echar a dormir, porque aun le queda lo más trabajoso; y se preguntan: ¿qué? Sepan que el padecer. No queda más que hacer ni que estudiar; mas queda el sufrir, que es como examen de los que han estudiado. Conviene que quien ha aprendido a recibir bienes de Dios, aprenda a pasar males por El. Oro es quien ha cumplido estas palabras; mas conviene que entre en el fuego, para que sea más apurado; trigo es de Cristo; conviene que sea molido por El, para que sea sabroso pan. Estas siete palabras armas son para el ánima; conviene probarlas en la persecución, porque, de otra manera, el ser caballero y el tener armas, cosa de sólo nombre sería. Si tanto has amado a la bondad, que lo has hecho por ella todo ello, parezca ahora cómo la amas en sufrir algo por ella. La tribulación no quita la hambre la bondad, mas da mayor resplandor a la bondad verdadera y derriba la fingida; como la simiente que cayó en tierra de piedras, que luego se secó con el calor del sol. Y, por tanto, así como tras la verdad de la doctrina viene la prueba de los milagros, así después de la buena vida ha de venir el sufrir con paciencia, cuya virtud es mayor que el hacer milagros. Mucho es hacer buenas obras, pero más es sufrir las malas. No hay otra señal tan grande de amor como es padecer por el amado; porque *la paciencia obra perfecta tiene*. Pues luego la bondad acabada consiste en dos cosas: en hacer bienes por Dios y en padecer de gana males por El, y mayor señal es de bondad lo segundo que lo primero. Y, por tanto, después que nuestro Señor nos ha enseñado en las palabras pasadas lo que hemos de hacer, esfuérzanos ahora a que hayamos de padecer diciendo: *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos*. Como si dijese: los buenos cristianos a ningún hombre han de hacer mal, y a todos han de aprovechar en lo que pudiesen: mas si viviendo ellos así hubiere algunos hombres tan malos que los persiguen, no por culpa que en ellos haya, mas porque siguen la justicia, no pierdan los buenos su voluntad por ocasión de la maldad ajena, porque no es bueno de verdad el que no sabe sufrir al malo.

No se engañen, empero, algunos pensando que este padecer por justicia es ser castigado del juez o ser afrentado o perseguido de otro por los pecados que ha hecho; porque, aunque este tal padecer con paciencia sea muy provechoso, pues Dios les tomará en cuenta todo lo que padecieren de unos y otros, y aun puede ser tan grande el castigo, y tomado con tanta paciencia, que delante el juicio de Dios no le quede más que purgar, antes aquel castigo sea purgatorio para aquel y los otros pecados, y lo haga, a semejanza de martirio, volar al cielo; mas estos de quien aquí se habla, son aquellos que ni por delito que hayan hecho, ni por odio particular que les tengan, mas solamente porque siguen a la justicia, que quiere decir la virtud, son perseguidos.

Así como guardar castidad para entender en obras de misericordia, por mirar por el provecho común, por predicar la verdad y, generalmente, porque no quieren cometer algún pecado, o porque hacen alguna obra que sea buena, ahora sean perseguidos de fieles, ahora de infieles, ahora de los que persiguen pensando que aciertan, ahora de los que con pura malicia, todos estos padecen por la justicia, y los llama Cristo bienaventurados. Y si les pareciere recia cosa padecer males por hacer bienes y ser perseguidos por lo que era razón que fuesen amados, oigan que de ellos es el reino de los cielos, y verán luego que están bien pagados breves trabajos con descanso sin fin. ¿Por dicha es de tener en poco ganar el reino de Dios, y no para un día, sino para siempre? ¿Y quién será tan sin seso que no desee ser coronado con corona de gloria por la bendita mano de Dios? Pues si aquel reino os contenta, sabed que, aunque es reino de paz y descanso, con trabajos y persecuciones se gana, y con pedradas de brazos de malos se ganan los abrazos de Dios, y el huir de ser perseguidos es huir de ser coronados; por tanto, no hay por qué teman los buenos la maldad ajena, mas hay mucho en que provecharse de ella.

Decidme: si a algún codicioso le arrojasen perlas que las tomase por suyas, ¿pesarle había por dicha que le hiciesen un poco con ellas o desearía que más y más le ti-

rasen? Mas creed por muy cierto que no hay perlas tan valerosas, si las sabéis conocer y sois codiciosos del cielo, como la persecución de los malos. Una corona ganáis por el bien que hacéis, y otra más excelente porque padecéis mal. Pues ¿por qué la ganancia tan grande no os quita dolor tan pequeño? No os quejéis, pues, de lo que os debéis de gozar, ni os canséis de atesorar en el cielo, porque, al fin, *no son dignas las pasiones de este tiempo para la gloria que se revelará en vosotros*. Y, por tanto, discípulos míos, ciertos de aquesta promesa, y confiados de mi favor, aparejaos, porque en la pelea que ha de venir no seréis derribados como cobardes, mas coronados como vencedores. No penséis que os habéis llegado a seguirme para que vuestra honra sea más alta, o vuestra hacienda más rica, o para vivir en regalo; que si esto fuese, ni se sabría quien me seguía por amor de estas cosas. Quiero yo que me busquen a mí por mí y que me amen sobre todas las cosas. Y sabed por muy cierto que, si alguno viene a mí y no aborrece su padre y su madre, y muier e hijos, y hermanos y hermanas, y aun su vida propia, no puede ser discípulo mío; porque si no está aparejado a contentarme a mí, aunque descontente a todos, y a perderlo todo (si conviniere) por servicio de Dios, no puede gozar de Dios, que quiere ser amado únicamente, y abrir el camino del ser perseguido por amor de la justicia, tomando mi cruz; y recibir malquerencia en lugar de amor, y blasfemias por buena doctrina, y persecuciones por hacer bienes, y perder la vida por la honra del Padre. Mas sabed por cierto que el que no toma su cruz y apareja a sufrir por mí todo lo oue le viniere, no será digno de mí.

No es cosa de delicados el ser cristianos, mas de caballeros; oue si siguen a mí, yo soy el racimo colgado del palo oue fué traído entre dos hombres de la tierra de promisión, porque será llevado entre dos ladrones al lagar de la cruz, adonde sea pisado y salga vino de sangre; mas conviene oue los que llegaren a mí, piensen oue se han llegado al lagar para ser pisados. Y anímense y enciéndanse, embriáguense con el vino y calor de mi sangre, para que, cuando sean pisados, no sean secos; mas den su fruto en mucha paciencia, oue como vino dulce alegre a Dios y a los ángeles. Y yo ceno del pez asado en el fuego y criado en la mar salada de las tribulaciones; mas quiero que coman mis discípulos de lo que me sobra, porque quiero que me sigan en el padecer. Mírese bien, que no debe ser comenzado a ser cristiano, conforme debe de ir con el mundo, pues con él tiene paz; porque ésta es muy firme sentencia: *oue todos los oue quisieren vivir bien en mí han de padecer persecución*.

Por tanto, no penséis de poder agradar juntamente a dos tan contrarios como a mí y al mundo; y si mi compañía os agradare, no os espanten las persecuciones que os han de venir; y dígooslas antes para que no os derriben con su tropel, si os vinieren sin ser esperadas. Sabed por muy cierto que el mundo, enemigo mío, se levantará contra vosotros y os perseguirá con todas sus fuerzas y en todas vuestras cosas. Quitaros ha la honra, despedazará vuestra fama, robará vuestras haciendas, alanzaros han de los templos, desterraros han de los pueblos, y aun mandarán que no os den mantenimientos, como a hombres pestilenciales, y pensarán que por vosotros vienen las hambres y males al mundo. Y después de cárceles y azotes y otros tormentos, perderéis la vida por mí. Ningún género de gente habrá que no os quieran mal: perseguiros han los letrados con argumentos, y los príncipes con tormentos, los sacerdotes con acusaciones, la gente común con deshonras; seréis estimados por locos y engañadores y por el estiércol más despreciado de todo el mundo. Teneros han por tan malos, que quien más mal os hiciere y más presto os matare pensará oue mejor sacrificio ha ofrecido a Dios; porque será tenido por el mayor de los males nombrarme, y creerme, y seguirme, y llamarse cristianos. Seréis perseguidos los oue quisiéredes ser verdaderos cristianos de los judíos, gentiles y falsos cristianos. De judíos, porque como siguen la letra muerta de la Ley, y se contentan con parecer santos de fuera, sin buscar limpieza de corazón, y también como son muy amadores de los bienes de aqueste mundo, no cabrá en ellos el vino nuevo del Evangelio espiritual, oue principalmente habla del corazón, donde está la santidad verdadera, y enseña a despreciar los bienes que pasan y amar los eternos.

Pues los filósofos hinchados con su propio saber, oue tienen por necedad todo aquello oue por razón no pueden alcanzar, tampoco podrán recibir el Evangelio, oue quiere ser más sencillamente oído y creído oue curiosamente disfrutado. No porque sean las cosas de Dios contra razón, mas porque son sobre toda razón y en ellas va más seguro el humilde e ignorante que el sabio soberbio, porque son como río muy grande, en el cual nada el cordero y se ahoga el elefante. Y, por tanto, porque estos tales se quieren hacer necios para ser sabios, quedarse han con su sabiduría, oue es necedad, regidos por su espíritu: pues no quieren recibir el de Dios, el cual se da a los chicos y humildes y es negado a los grandes soberbios.

Pues los falsos cristianos, cuyas persecuciones son más de temer, son en una de dos maneras: porque los unos pierden la verdad de la fe por estar en alguna herejía, y

persiguen a los buenos cristianos con palabras de Dios, entendidas según el propio engañado juicio de ellos, y aun con cárceles y tormentos si pueden, porque les falta la razón. Otro género hay de fingidos cristianos, cuya persecución es más de temer que todas las pasadas, y son los que sienten de la fe rectamente y no siguen en la vida la voluntad de Dios. Estos, aunque reciben mi Evangelio, empero, no me obedecen; tráenme en su boca y hónranme con señales de fuera; *empero, el corazón de ellos*, donde yo miro, *lejos está de mí;* y porque teniéndolo lleno de codicias, como judíos, o de honras, como si fuesen gentiles, o de amor de deleite, como si fuesen animales, ¿cómo podrá Dios estar cercano al tal corazón, pues que está lleno de lo que El aborrece? Y de aquí viene que, como los verdaderos cristianos obedezcan al Evangelio, el cual es totalmente contrario a estos deseos, no puede faltar guerra de fuera entre ellos y los otros, pues tanta diferencia hay de deseos entre sus corazones. Y la persecución no la mueven los buenos, porque son mansos como corderos y pacíficos aun con los malos, mas muévenla los fingidos cristianos, que son rencillosos, mofadores y descuidados de entender en su vida y notadores de las vidas ajenas. Y esto no por tomar ejemplo de lo bueno que ven y enmendar sus faltas con la bondad ajena, mas para tener qué hablar y qué reprender, ensuciándose y haciéndose peores con la limpieza y bondad de los otros.

La condición de los tales suele ser que cuando ven en el prójimo alguna obra dudosa, más se huelgan de echarla a la peor parte que a la mejor; porque cual es cada uno, por tales juzgan a los otros. Y si la obra es tan buena que no la pueden calumniar, ponen sospecha a la intención con que se hace, hurtando su oficio a Dios, que es juzgar corazones. Y siendo razón que por los frutos conozcamos el árbol, y aunque (según la regla) si alguna tacha, aunque muy clara, hubiese en el prójimo, es razón que disimule y sufra, por las virtudes que debemos tener; haciendo éstos al revés, que por alguna falta liviana y más sospechada que sabida, teniendo ellos otras mayores y muchas, reprenden y blasfeman todo lo bueno del prójimo; y siendo razón que le sufriesen y aconsejasen por misericordia sus faltas y le diesen favor en lo bueno que tienen, para que así creciese la honra de Dios, desbaratan todo lo bueno con su rigor y contradicción, como personas que desean poco la gloria de Dios y el provecho del prójimo. Y de éstos, unos persiguen viendo que yerran, otros pensando que aciertan. La causa de lo primero es la mucha maldad de su corazón, que les hace parecer mal la bondad ajena. Porque ¿cuándo podrán parecer bien a un soberbio, que como pavón quiere tender en este mundo la rueda de plumas de su vanidad, la humildad de quien en este mundo se abaja como gusanillo por ser ensalzado en el otro? ¿Y cómo contentará al airado león la mansedumbre del cordero, que no sabe vengarse? Tarde se contentará la maliciosa y doblada raposa de la paloma sencilla, que no sabe engañar. Y, finalmente, no se contenta el mundano del espiritual, ni el indevoto del devoto, ni el que busca las cosas presentes de quien tiene todo su amor puesto en el cielo. Y de aquí es que, queriendo uno comenzar a subir de la bajeza terrena a la alteza de seguir el Evangelio muy de verdad, vendiendo todos sus bienes y dándolos en limosna a los pobres, gozándose con las injurias y con los otros desastres, no curando de su honra, mas buscando el lugar más bajo, haciéndose extranjero y postrero en este mundo, andando al revés de su vanidad, hablando del cielo, oyendo de las cosas que llevan a El, teniendo por gran vanidad lo que en este mundo más florece y estando con el solo cuerpo en este mundo, vive ya con el corazón en el cielo. ¡Cómo se arman luego contra este tal saetas de lengua, como si hubiese hecho una gran traición en despreciar el mundo por Dios!

Y esto denota David cuando en los salmos que hizo para subir las quince gradas del templo, que significa la vida espiritual, luego en la subida de la primera grada dijo: *Siendo yo atribulado, di voces al Señor y oyóme; libra, Señor, mi ánima de los labios malos y de la lengua engañosa.* Atribulado se siente en subiendo la primera grada, por las murmuraciones de los labios malos y de la lengua engañosa, que abiertamente dicen mal del que comienza a subir; y también es atribulado de la lengua engañosa, que es la que, poniendo temores vanos, o prometimientos de bienes presentes, o debajo de otra razón que parezca buena, quieren impedir al que no se contenta con seguir a Dios tibiamente, mas sube a servirle con todas sus fuerzas. Y de aquí es que, así como en el vientre de la madre Rebeca había dos hijos que guerreaban, el uno malo y otro bueno, y de los hermanos Isaac e Ismael, el malo, nacido según la carne, perseguía al bueno, nacido según el espíritu; así de los que la Iglesia tiene en su vientre, y que son hermanos, porque son sus hijos, el malo persigue al bueno, aunque sea de su pueblo, aunque sea vecino, aunque sea amigo, aunque sea pariente y aunque sea padre con hijo; y tanto suele ser la contienda más cruda, cuando el parentesco es mayor. Y aunque esta pelea no sea con armas que matan los cuerpos, son, empero, de lenguas, que hieren las ánimas.

Ligera cosa parece la palabra, mas su injuria no hiere livianamente; porque escrito está: *La herida del azote le-*

vanta cardenal, mas la plaga de la lengua quebranta los huesos. Y sin duda dañan más éstos algunas veces con guerra de lenguas que parece paz, que los infieles con armas y los herejes con sus engaños; que los infieles no matarán más del cuerpo, y aun de su persecución pueden huir; y los herejes cualquier buen cristiano los evita, pues están apartados de la Iglesia. Mas ¿cómo huirá del que está en su pueblo y casa o evitará al que es tenido por hijo de la Iglesia? Y esto es lo que en nombre de la Iglesia dice en el cántico de Ecequías: *Mirad que en la paz es mi amargura muy mucho amarga;* porque amarga fué la Iglesia en la muerte de los mártires y más amarga en la persecución de los herejes; empero, muy más amarga en la paz de los malos hijos. Estos son figurados por la mujer de Job, la persecución de la cual le fué más grande que la del demonio y sus amigos, que significan a los herejes. Y también por la mujer de Tobías, la cual, haciendo burla de la buena vida de su marido, le hizo gemir y llorar, habiendo tenido primero mucha paciencia en la reprensión de los otros. Estos son comparados a San Pedro, que, mirando el amor de la vida presente, aconsejaba a Cristo que no tomase la cruz. Y de la misma manera Abisay aconsejó a David que matase a Semeí porque le había maldicho. Y San Pedro por boca de Cristo, como éste por boca de David, fueron llamados Satanás; porque todo aquel que impide hacer bien o aconseja el mal, miembro es del diablo y llamado Satanás, que quiere decir contrario. Y de éstos dice San Gregorio que no empecerían tanto si la Iglesia no los tuviese dentro de sí por la fe, a los cuales hace que no los puedan evitar cuando los reciben por la profesión de la fe.

Conforme a lo cual dice San Agustín: «No nos engañen los engañosos herejes, o los vanos paganos, o los malos cristianos que están en la misma Iglesia católica, tanto más dañosos cuanto más enemigos dentro. De los cuales el profeta no calló cuando dijo: *Así como el lirio entre las espinas, así mi amiga entre las hijas.* No dijo en medio de los extraños, mas en medio de las hijas. *El que tiene orejas para oír, oiga*». De las palabras de aquestos santos, y especialmente de estas postreras, claramente parece cuán dañosa es la lengua de los malos para los que desean seguir a Cristo; y pluguiera a Dios no hubiéramos probado por experiencia cuántos pecados se hacen, y cuántos bienes dejan de hacer, y cuántos bienes comenzados tornan atrás por el mofar y mal aconsejar de los malos. ¡Oh cosa para llorar! Si Cristo dice: *Quien no allega juntamente conmigo, aquél desperdicia,* ¿qué será de aquel que no solamente no allega, mas derrama las ánimas allegadas y estorba que no se alleguen las derramadas? Y si dice el

mismo Cristo: *Quien no es conmigo, contra mí es,* ¿qué será de aquel que no ayuda a ser castos, sufridos y virtuosos, pues que esto es ser de la parte de Cristo; antes aconseja y ayuda a otros que pequen, y les dicen que han hecho bien cuando han pecado, y burlan de los que siguen a Cristo?

Por cierto, pues, San Agustín y Orígenes dicen que todos los que no aman a Dios y cometen pecados son anticristos, por hacer obras contrarias a Cristo; aunque con mucha razón serán llamados por este nombre los que reprenden por malo lo que a Cristo parece bueno y aprueban por bueno lo que a El parece malo; aborrecedores de lo que Cristo ama y amadores de lo que Cristo aborrece, hombres al revés de Dios, de los cuales dice Isaías: *Que llaman a lo bueno malo y a lo malo bueno, poniendo la luz por tiniebla y las tinieblas por luz* [4]. ¡Oh si éstos sintiesen aquella terrible palabra de Cristo, que dice: *¡Ay de aquel por quien escándalo viene! Y quien escandalizare a uno de esos chiquitos que en mí creen, mejor le sería que le cargasen a su cuello una muela de tahona y le echasen en el profundo del mar* [5]. ¡Oh con cuánta razón debe temer y llorar quien ha sido causa que hagan algún mal o se estorbe algún bien! Y ¡con cuánta vigilancia ha de de refrenar todo hombre su lengua y su vida, para no ser causa que otro tropiece por él! Porque, allende que si lo tal hiciere es contrario a Cristo, cuyo oficio es hacer ánimas buenas, y es del bando del diablo, pues que le ayuda a su oficio, que es hacer pecar a los hombres, empero, ¿quién contará cuán grave sea este pecado, por el grande mal que al prójimo viene? No se puede hacer penitencia si no se restituye lo que se lleva; y tanto es más dificultosa la restitución, cuanto lo tomado es de mayor precio. Pues lo que a un hombre tomamos cuando le hacemos pecar, no es oro, ni plata, ni fama, ni vida; mas la buena conciencia, la gracia y amistad con Dios, que no hay cosa más preciosa en el mundo. Pues si queremos tornar a hacer bueno al que una vez hicimos malo, unas veces está muerto, y aun quizá en el infierno por aquel pecado, y será su mal sin remedio, y su queja sin fin, pidiendo a Dios venganza de quien fué causa de su perdición; y ya que esté vivo, quizá está ausente o no le podemos haber; y ya que se haya, quizá ha cometido otros muchos pecados y sido causa de que otros los cometan. Y la experiencia declara que es más ligera cosa hacer a uno malo que después de hecho tornarlo a hacer ser bueno. Y, por tanto, conviene a los que esto tocan que muy a menudo y

[4] Is. 5,20.
[5] Mt. 18,6.

con mucha humildad y dolor pidan perdón a Dios de las ánimas que le hicieron perder, como quien toma al padre sus hijas buenas y las hizo malas mujeres; y le supliquen entre sus principales peticiones por aquellos que hicieron malos, y trabajen por cuantas vías hubieren, ahora sea hablándoles ellos, ahora buscando personas que les hablen, y dando buen ejemplo, y con pedir oraciones ajenas (si todo lo tienen) para que los tales errados se conviertan. Y ayudarse ha para esto con muchos ayunos y limosnas, y con sacrificios de muchas misas por la conversión de los tales; porque es mucha razón que aquel tal hombre trabaje muy especialmente por llegar ánimas a Dios, aquéllas u otras, para que por la vía que erró haga penitencia, tornando ánimas por las que robó.

Esto se ha dicho para despertar a los que tienen en poco haber sido causa que otros pequen por ellos o dejen el bien; porque, según dice Gerson [6], dificultosamente se hace conveniente penitencia de aqueste pecado. Y también hase dicho: porque de aquí adelante, si uno quiere ser malo, séaselo él solo, y baste que se corte él del cuerpo de Cristo, sin lastimarle en cortar a otros. ¿Quién sería tan cruel que cortase a Cristo las manos o pies o le sacase sus ojos? ¿Y quién es el cristiano que sólo oírlo no tiembla? Creamos, pues, por muy cierto que más verdaderamente hace estas cosas y más le lastima quien hace pecar a las ánimas que si le cortase sus pies y sus manos. Porque no dijo San Pablo de burla que los buenos cristianos *son miembros de Cristo* [7], y tan amados, que por darles vida espiritual perdió El la vida de su propio cuerpo. Y pues ninguno pierde algo sino por cobrar lo que más ama, claro es amará Cristo más las vidas de las almas que la de su propio cuerpo. Y siendo así, más le lastima quien hace que una ánima peque que si los ojos corporales le sacaran. Todo lo cual afirma San Bernardo, diciendo así: ¡Oh ceguedad tan grande de los que no huyen de aqueste pecado! ¿Qué cristiano hay que no le parezca mal la malicia de Herodes, que deseaba la muerte de Cristo recién nacido [8]? Tengamos, pues, por cierto (pues Cristo lo dice) que toda ánima que hace la voluntad de Dios [9], es madre espiritual de Cristo, y esto aunque no sea según el cuerpo, empero es muy más excelente modo de ser madre que corporal; y la misma Virgen María fué más bienaventurada en concebirlo en el ánima [10], siendo su madre espiritual, que corporal engendrándole de su purísima sangre, siendo madre según el cuerpo. Pues siendo esto así, ¿qué otra cosa es hacer tornar a uno atrás, cuando comienza a seguir la voluntad de Dios, o hacer pecar al que ha días que es bueno, sino matar a Cristo, que era recién nacido en aquel ánima o que había días que era nacido? Miremos, pues, estas cosas tan de mirar, y trabajemos por aumentar al cuerpo de Cristo, que son los buenos cristianos, no disminuirlo; por hacer que nazca en las ánimas, no por que muera por las ya nacidas; porque Cristo, que es vid, tenga muchos sarmientos verdes unidos a sí, y no cortados los que tiene; y seamos a una con El allegando ánimas, no contra El desperdiciándolas.

[6] GERS. I, 6,15.
[7] 1 Cor. 6,15.
[8] Mt. 2,13.
[9] Mc. 3,35.
[10] Lc. 16,28.

Queda ahora la postrer guerra de los fingidos cristianos, que persiguen a los verdaderos pensando que aciertan. La cual persecución suele ser tanto más recia, cuanto más piensan que sirven a Dios los que lo hacen. Porque, cuando los otros perseguidores allegan a las cosas de Dios, cesan de perseguir; mas éstos, cuanto el tiempo es más santo y cuanto más devotos están, tanto con mayores fuerzas persiguen. Y el yerro de éstos no está en la voluntad (pues por buen celo lo hacen), mas está en el entendimiento, que no saben conocer la verdad. Y la causa del yerro es aquésta: que como los hombres espirituales son regidos por el espíritu divino, que los hace más altos que hombres, están tan renovados, y tan sutiles, y tan celestiales, y tan conformes a la imagen del celestial, que sólo aquél los puede juzgar y entender que tuviere espíritu de Dios en sí. Porque el que éste no tiene y no está renovado en los sentidos espirituales, y todo enseñado por la sabiduría de Dios, no puede juzgar de las cosas espirituales; porque muchas veces pensará que juzga según la voluntad de Dios, y es engañado; que como él con su espíritu humano quiere juzgar al que es regido por espíritu de Dios, y es semejable como el que duerme quisiese juzgar al que vela, y el ciego al que ve, y la bestia al hombre, y el hombre a Dios; pues quiere juzgar con su propio seso al que tiene en sí el seso de Dios, en lo cual es imposible acierte. Y de aquí es que, así como los discípulos de Cristo, navegando por la mar una noche, no conocían a Cristo, que conocía a ellos, y dieron voces diciendo *que era fantasma* [11]; así estos que están en tinieblas de ignorancia, regidos por su propio saber, y porque les falta el espíritu que escudriña las cosas, cuando ven alguna cosa espiritual de Cristo no la conocen; antes, porque no va conforme con el saber de ellos, se espantan y contradicen con voces, y piensan ser engaño lo que vieran muy claro ser Cristo si

[11] Mt. 14,26.

fuesen espirituales. Empero, aunque yerran con buena intención, no por eso dejan de errar, ni dejarán de ser castigados; pues que ninguno debe usar oficio faltándole la suficiencia, y aquél sólo ha de ser juez de las cosas de Dios que tuviere espíritu de El, como dice San Pablo, que el espiritual todas las cosas juzga [12], y él de ninguno puede ser juzgado.

Pues según estas cosas que arriba se han dicho, grandes y muchas, y de mano de muchos, y de muchas maneras son las persecuciones de los apurados cristianos que adoran a Dios en espíritu y en verdad y no en carne y en mentira. Muy trillado ha de ser este trigo para que se ponga en las trojes de Dios; y de todas partes ha de ser combatido el que ha de ser coronado en el cielo. Empero, entre estas persecuciones tan recias de lenguas, y robos, y muertes; entre los tribunales, jueces y de magníficos emperadores, y sabiduría de letrados, religión de sacerdotes y ferocidad de hombres armados, ¿qué harán las ovejas de Cristo que con sencillez obedecen su voz? ¿Negarán por dicha su fe, o apartarse han de seguir su doctrina, o dejarán de predicar su verdad? ¿Estarán arrepentidos por haberla comenzado a seguir, y dirán: quién me sacó de mi paz y me metió en esta guerra, habiéndome enemistado con todos? Como decían a Moisés los israelitas: *¿Para qué nos sacaste de Egipto a este destierro?* [13] Ya que no se arrepientan, ¿temblarán quizá de las armas que ven sobre sí, o espantarse ha su corazón, o demudárseles ha su cara, cuando arremetiesen los lobos a ellos, o llevarse han en las cárceles y destierros por hombres desdichados, afrentados y perseguidos? No por cierto; nada de aquesto. Mas oigan las verdaderas ovejas las voces de su verdadero Pastor, que dice así: *Bienaventurados seréis cuando os maldijeren los hombres y os persiguieren y dijeren todo mal por mí; gozaos, alegraos, que vuestro galardón muy copioso y grande será en los cielos* [14].

[12] 1 Cor. 2,15.
[13] Ex. 16,3.
[14] Mt. 5,4.

IV

SOLILOQUIO PARA DESPUES DE LA SAGRADA COMUNION

PROLOGO

Aunque, según la sentencia de nuestro Redentor, Jesucristo, en todo tiempo conviene orar [1] y nunca desfallecer, empero, unos tiempos hay más convenibles y aparejados para la oración que otros, cuanto al aparejo a que nuestra flaqueza se debe esforzar, puesto caso que ningún tiempo ni lugar hay que baste impedir a Dios en las mercedes que El quisiera hacer a sus criaturas. Y entre las horas que son más sazonadas para orar, no hallo yo otra más oportuna que después que el siervo del Señor ha acabado de recibir su santísimo Cuerpo, en el santo sacramento del altar verdaderamente contenido; porque entonces queda hecho el que lo recibió relicario y sagrario de Dios, de mayor precio y estimación que el *sancta sanctorum* antiguo, que no contenía sino la sombra. Y como se lleva dentro de sí todo su bien, y mientras duran las especies sacramentales en el estómago, no menos acatamiento hacen al Redentor del mundo los ángeles, que en el pecho del que le recibió le miran, que si le viesen en la custodia; sería caso de gran descomedimiento y mala crianza si el que le acaba de recibir en su casa se ocupase luego fuera de sí en negocios no necesarios de inevitable necesidad, que no sufriesen dilación o inútiles. Y no merecía el tal ser contado entre los animales brutos [2] que rumian lo que comieron y tienen la uña partida; que tales deben ser los santos, en especial cuando se llegan al Santo de los santos; apartando lo precioso de lo vil y ocupándose en rumiar el manjar que han recibido en la mesa del Todopoderoso, y entrándose en su secreto retraimiento a orar en escondido al Señor [3], que llevan dentro de sí es-

[1] Lc. 18,1.
[2] Lev. 14,3.
[3] Mt. 6,6.

condido. Y así como creo que al que presto se derrama después de la sagrada comunión convendrá aquello que la Sagrada Escritura dice: *Las gracias de los locos serán derramadas* [4], así tengo por imposible que no reciba nueva gracia el que con tan gran huésped y señor se retrae, y le cuenta sus quejas y dolores, y amores, y todas sus necesidades con humildad y reverencia. Y para este fin hice (constreñido de quien me lo pudo mandar) la *Oración* o *Soliloquio* presente, no para poner con ella ley a los que, sintiendo las obras de Dios dentro de su espíritu, a su santa inspiración interna deben seguir por ley; mas por que hallen materia de que ejercitarse con la oración vocal los que aun no son idóneos para la sola mental. Van aquí tocados diversos afectos; mas de mi consejo, el que en uno hallare sabor, en él se detenga, mientras sintiere que le va bien con él, sin tener cuidado de multiplicar más palabras; porque aquél tengo por más acertado y dichoso a quien Dios otorga que, sin multiplicar palabras, se llega en silencio a la palabra no creada, porque en su verdadera y perfecta unión está el fruto de todas las santas palabras. Enmiende quien esto leyere mis faltas, y reciba mi buena intención, y ruegue a Dios por mí, pecador, como por sí, porque todos acertemos a hacer su santa voluntad; pues la caridad de Dios obliga a todos [5] a desear que sea tan gran Señor y Padre nuestro temido, y conocido, y amado, y reverenciado, y alabado, y servido de todos por siempre. Amén.

SOLILOQUIO

QUE ENTRE DIOS Y EL ALMA CONVIENE HACERSE DESPUÉS DE LA SAGRADA COMUNIÓN, PARA LE DAR GRACIAS POR TAN INMENSO BENEFICIO COMO RECIBIÓ

Bendice, ¡oh ánima mía!, al Señor; y todas cuantas cosas hay dentro de mí, bendecid a su santo nombre. *Bendice, ¡oh ánima mía!, al Señor, y no te quieras olvidar de todas las mercedes que te ha hecho* [6]. Venid, mis pensamientos y mis deseos, que andáis vagueando; venid, venid, y juntaos, y ayudadme; que deseo con todas mis fuerzas alabar a mi Dios y darle gracias por la liberalidad de que ha usado conmigo. Alejaos de mí todos los vanos cuidados y ocupaciones infructuosas, que derramáis y disipáis

[4] Eccli. 20,13.
[5] 2 Cor. 5,14.
[6] Ps. 102,1.

la virtud de mi corazón; que deseo a mis solas hablar a mi Señor en mi más secreto retraimiento [7]. Mirad que ha venido a mi pobre casa el Rey de los reyes y Señor de los señores [8], y tengo muchas cosas de gran importancia que comunicar y negociar con su Majestad. No es ahora tiempo (estando tal huésped en casa) de salir yo fuera y desamparalle y perder tan buena coyuntura y sazón por irme a coger las pajas de Egipto [9]. Venid presto todas mis potencias y mis sentidos, y conoced que *bienaventurados son los ojos que ven lo que vosotros habéis visto. En verdad os digo que muchos reyes y profetas desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron* [10]; porque aquel que ellos honraron en figuras, habéis mis ojos visto, y mis entrañas recibido, en su verdadera y real presencia, aunque cubierta debajo del velo que convenía para vuestra flaqueza.

¡Oh dulce Jesús, amor mío, medicina y médico, manjar y mantenedor de mi ánima, Creador y Redentor mío, único consuelo y refrigerio de mi ánima, mi alegría y mi gloria y todo mi bien! Postrado a tus sagrados pies con muy reverencial temor y temblor, te suplico que sea yo de tu Santo Espíritu alumbrado, e inflamado y movido, para acertar a darte las gracias y loores que mi pequeñez puede y te debe dar siendo favorecido con la grandeza de tu misericordia [11]. Abre, Señor, mis labios, y anuncie mi boca tus alabanzas. Sea mi boca rellena de tu gracia, para que cante tu gloria y grandeza por todo el día de mi vida. Muy crecidas son sobre manera las obligaciones que sobre mí has puesto para te dar gracias; porque viendo que, siendo tú en ti mismo quien eres, piélago de bondad infinita y de nadie fuera de ti necesitado, has obrado y sin cesar obras muchas y preciosas y grandes misericordias con dulcedumbre de amor infinito, para favorecer y sublimar a mí, vilísimo y gusanillo, por todas partes necesitado y miserable, que no tan solamente no las he merecido, mas con mis multiplicadas maldades las he desmerecido, si con rigor de justicia me hubieses tratado. Mas entre todas ellas me constriñe a te alabar y bendecir la inestimable caridad que conmigo has usado hoy, en dejarte condescender tanto con mi vileza, que hayas entrado tú, Rey de gloria [12], en mi propio cuerpo, debajo de los accidentes de pan, y a fin de entrar a sustentar, y sanar, y fortalecer, y hermosear, enriquecer e ilustrar, y sublimar, y del todo poseer, y transformar en ti mi alma. ¡Oh bondad dadivosa de mi amado

[7] Mt. 6,6.
[8] Apoc. 19,16.
[9] Ex. 5,8.
[10] Lc. 10,23.
[11] Ps. 50,17.
[12] Ib. 23,10.

Jesús, que sobrepujas con infinita ventaja todo entendimiento humano y a los más altos serafines suspendes en admiración inefable!, ¿qué podré yo decir en ti y de ti, que soy polvo, ceniza y estiércol, y basura, y horrura del mundo, indigno por mis pecados de ser contado entre tus criaturas? Con ardiente deseo desea mi corazón alabarte y bendecirte, y glorificarte, y magnificarte, y sobreensalzarte, y hacerte gracias sin fin por esta merced que hoy me has hecho; mas desfallezco todo y desmayo en mí mismo contemplando quién eres y quién soy, quién eres tú en ti y quién eres para mí con las mercedes que me has hecho, y quién soy en mi vileza natural y cuán más vil y malo contra ti por las fealdades de mis culpas, las cuales me hacen indigno de tomar tu santo nombre en mi boca. Esta consideración me atemoriza; mas confórtame cuando pienso que tú, Señor, quieres ser honrado con sacrificio de alabanza, aunque no se te puede dar igual a lo que tú mereces; que si a esto miramos, todos los loores que para siempre te darán todos tus santos juntos desde el día del juicio universal, clamando sin cesar: *Santo, Santo, Santo, el Señor Dios de los ejércitos* [13], con su música de celestial armonía, muy menor es que una gotilla de agua cotejada con todo el universo, y silencio y enmudecimiento se podría llamar; pues de lo finito a tu infinito valor no hay proporción, y tú solo te sabes estimar y loar con toda la inmensidad que tú mereces.

Mas quisiste, mi Señor, que todo lo creado te alabase con todas sus fuerzas, y en especial las criaturas que señalaste con tu imagen, para que, dando ellas la alabanza y gloria que podrían, les dieses tú la paz y bienaventuranza [14] que no tenían, donde su mayor gozo es verte en ti mismo tan infinito, que con infinita ventaja son de ti vencidas. Por eso osamos los desterrados hijos de Eva cantar tus justificaciones y loores en el lugar de su peregrinación [15]. Y aunque conozco yo, ¡oh mi Dios!, que no es hermosa la alabanza en boca del pecador [16], mas cuando sale de corazón contrito y humillado [17], del que por pecador se conoce y codicia ser de ti perdonado y justificado, no la despreciáis, Señor; que escrito está que de los humildes eres honrado [18]. Hónrate por cierto y alábate quien, conociéndose en todo pobre, mendiga de ti con fe viva y con santa importunación su remedio, como de poderoso, y sabio, y benigno, y rico

13 Is. 3,6.
14 Ps. 83,12.
15 Ib. 20,14.
16 Eccli. 15,9.
17 Ps. 50,17.
18 Eccli. 3,21.

en misericordia [19]. ¿Qué haré yo, falto de todo bien, viéndome puesto en tanto estrecho, que por una parte soy indigno de te loar y por todas partes estoy necesitado de te loar, sino recurrir a ti, que sabes hacer [20] de los indignos dignos? Y suplicarte he que venza en mí tu piedad. No te sirven ni agradan tus criaturas con lo que de su cosecha traen, sino con lo que de tu mano larga reciben, y aquél más te debe que más te sirve, y aquél más te alaba que más se conoce por deudor tuyo. Y porque deseo mucho alabarte, vengo a pedirte muchas mercedes, suplicándote que sea mi ánima llena de la unción de tu gracia [21] como de gordura y grosura maravillosa, para que de allí redunde en mis labios tu alabanza llena de gozo.

A ti, Señor, vengo como muy pobre al muy rico, para manifestarte mis necesidades; como muy llagado y enfermo al médico, para descubrirte mis dolores y llagas; como el reo delante del juez, para pedir plazo [22] y favor de gracia y misericordia ante el trono de tu clemencia; pues es tiempo convenible para alcanzarle, sin perjudicar a tu justicia. ¡Oh Señor, mi única esperanza, que, siendo [23] juez de espantosa majestad, te hiciste nuestro abogado con inmensa benignidad, y que por muy perdido que esté mi pleito en mis manos, en las tuyas estará ganado, que con esta intención se horadaron, de alcanzar perdón a los culpados y gracia y gloria a los indignos; y que [24], si tú por mí quisieres responder, saldré vencedor contra cualquier poderío que litigue o pelee contra mí! A ti recurro, ¡oh refugio y amparo mío!, como siervo al Señor, a pedirte por ración cotidiana favor para conocer y obedecer tus santos mandamientos, que de este manjar estoy hambriento, y sin él no puedo vivir contigo. Vuélvome a ti como el hijo pródigo [25] a la casa de su padre; como la esposa que aunque ha sido desleal y seguido a muchos amadores, confiando en tu palabra [26], con que la llamaste y prometiste recibir, se torna a ti, verdadero esposo de las ánimas. No me arrojes de tu casa, Señor, ni me apartes de tu Espíritu Santo [27].

No dejes vacía de bendición esta tu pobrecilla casa en que has entrado. Dondequiera que tú entraste, Señor, dejaste enriquecidos a los que con amor te recibieron y consagrados los lugares que pisaste. No cese ahora en mí la

19 Eph. 2,4.
20 Col. 1,12.
21 Ps. 69,6.
22 Iob 14,13.
23 I Io. 2,1.
24 Eph. 6,12.
25 Lc. 15,20.
26 Ier. 3,1.
27 Ps. 50,13.

largueza de tu magnificencia. Entraste primero en el vientre de tu santísima Madre [28] y dístele el primado sobre toda pura criatura, con privilegios singulares y prerrogativas más adorables que imitables. Entraste, aunque en secreto, en casa de Zacarías, y santificaste a tu dichoso adelantado San Juan [29] y henchiste de Espíritu Santo a su padre y a su madre. Entraste en el pobre portal de Belén e hicístele de establo paraíso; y reclinaste en el pesebre de los brutos [30], y dejástele consagrado en altar y real mesa, con cuya vista pueden tomar siempre los ángeles y los hombres refección de celestial alegría y consuelo. Entraste en el templo de Jerusalén [31], y, por esta causa de ser honrado con tu presencia, fué muchos años antes pregonada por mayor su gloria que la del otro templo primero [32], aunque con mayor riqueza y suntuosidad le había edificado Salomón. Entraste en la tierra de Egipto [33], y con tu presencia cayeron los ídolos de ella y quedó en sus desiertos bendición tuya, para que fuese poblado de muchedumbre de monjes, que con tan maravillosa aspereza y pureza te sirviesen, que espantan hoy día sus ejemplos al mundo. Entraste en el río Jordán [34], y santificaste las aguas para nuestra regeneración.

Todos los lugares que pisaste ensalzaste, que los ponemos sobre nuestras cabezas y besamos con nuestros ojos, adorando el lugar donde sabemos que estuvieron tus pies. Entraste convidado a las bodas de Caná de Galilea [35], y mudaste el agua en vino, proveyendo las faltas que había. Entraste en casa de Mateo al convite que te hizo [36], y con tu conversación atrajiste allá con tu virtud a muchos publicanos y pecadores, que tú llamaste y sanaste como médico de vida. Entraste en la casa de San Pedro [37], y sanaste de las calenturas a su suegra. Entraste en la casa del fariseo [38], y justificaste a la mujer pecadora, y humillaste con su ejemplo la soberbia del que, habiéndote recibido, fué muy negligente en te servir. Entraste en la casa de Jairo [39] y resucitaste a su hija. Entraste en la casa de Marta [40], y dejástela por ejemplo de cristiandad, poniéndola a ella con su hermana María y Lázaro por ejemplo de todos los estados de

[28] Lc. 1,38.
[29] Ib. 1,40.
[30] Lc. 2,7.
[31] Lc. 2,22.
[32] Ag. 2,10.
[33] Is. 19,1.
[34] Mc. 1,19.
[35] Io. 2,9.
[36] Lc. 5,29.
[37] Ib. 4,38.
[38] Ib. 7,37.
[39] Mt. 5,41.
[40] Lc. 10,38.

tu Iglesia, dándoles luz de doctrina, con que hoy día nos alumbramos. Entraste en la casa de Zaqueo [41], y aquel día pusiste en concierto y en estado toda su casa.

¡Oh misericordiosísimo Jesús, que, aunque entraste a comer en casa de los príncipes de los fariseos [42], donde estabas cercado de tus enemigos, que te acechaban, no cesaron tus beneficios, que allí sanaste al que estaba hidrópico en el cuerpo [43] y diste medicina eficacísima para sanar a todos los que con soberbia estaban hinchados en sus ánimas, predicando allí doctrina de humildad verdadera! Entraste a cenar en casa de Simón leproso en Betania [44], y no solamente defendiste a María Magdalena de las murmuraciones de Judas, mas prometiste memoria inmortal, hinchiendo la casa de tu santa Iglesia del olor de la buena fama de tu santa obra, como ella había henchido la casa donde tú cenabas del olor del ungüento que sobre ti derramó. Por dondequiera que pasabas, dejabas rastros de tu infinitísima misericordia, haciendo merced y sanando a todos los endemoniados [45]. No solamente bendecías y sanabas a los que tocabas con tus manos preciosas, mas todos los enfermos que tocaban a la orilla de tus ropas [46] fueron luego sanos. Entraste al fin de tu venida en el cenáculo [47], y ordenaste allí provisión de que tu Iglesia se mantuviese hasta la fin del mundo. Y no contento con dejarnos relieve y parte de tu real cena, todo entero te nos dejaste en manjar, con tan gran potencia, sabiduría y bondad y amor, que ni los de la tierra ni los del cielo bastan a saber espantarse tanto cuando tus obras maravillosas son dignas de admiración, y mucho menos bastan a lo comprender. ¿Para qué diré más, ¡oh Jesús dulcísimo!, fuente de piedad inestimable? Tus tormentos, en tocarte, quedaron llenos de sacramentos, e hiciste adorables los azotes, y espinas, y cruz, y clavos, y lanza, con que fuiste, mi Dios, lastimado e injuriado. Entró tu cuerpo en el sepulcro, e hicístele glorioso y dignísimo de perpetua reverencia [48]. Entró tu ánima santísima en el infierno, y tornástele por tres días paraíso para tus escogidos, que allí beatificaste y sacaste y tornaste a entrar en la tierra ya resucitado; y resucitástela con avivar la fe de tus discípulos, que había perecido, y a quedar en ellos perdida lo quedara el mundo, que ellos habían de convertir. Entraste, finalmente, en los cielos, de donde ha-

[41] Ib. 19,6.
[42] Ib. 14,2.
[43] Ib. 14,4.
[44] Mt. 26,7.
[45] Mc. 1,34.
[46] Mt. 9,20.
[47] Mc. 14,16.
[48] Mt. 27,60.

bías primero descendido, y poblaste [49] las sillas que estaban vacías con el nuevo despojo que traías de los infiernos, y henchiste a los ángeles de nueva gloria, acrecentando en manera inestimable, con la presencia de tu humanidad, los deleites de tus santos.

Estas mercedes, ¡oh dulce amor de mi ánima!, he hallado en vuestro Evangelio que hacíades con vuestra presencia, y así enriquecíades las casas y lugares adonde entrábades. ¿Pues por ventura ahora olvidaros habéis de vuestra acostumbrada clemencia? ¿Queréis [50] contener en ira vuestras misericordias? ¿O tengo yo sólo que quedar vacío de vuestros dones? ¿Y ha de haber en mí excepción de la regla ordinaria que siempre mostraste? No plega a vos, mi Señor, que tanto prevalezcan mis pecados contra mí; vuestra piedad venza y santifique mi ánima y derrueque todos los ídolos que en ella halláredes. Sanad, ¡oh mi gloria!, todas sus llagas, perdonad todos mis pecados, remediad todos mis males, henchidme de vuestros bienes, y mirad, mi Señor, que me habéis convidado y llamado con aquella voz en que dijiste: *Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados; yo os refeccionaré* [51]. No me dejéis, Señor mío, vacío; que poco me aprovecharía, y aun mucho me dañaría, haber recibido sacramentalmente vuestro precioso cuerpo, si no participase de vuestro santísimo Espíritu mi ánima. Todos los que vos convidasteis, dejasteis y quedaron llenos, y sobraron relieves en vuestros convites, así en el que hicisteis con cinco panes [52] como en el que hicisteis con siete [53], que fué figura del que hicisteis muy mejor y mayor en el cenáculo de Sión [54] y siempre hacéis con vos mismo a vuestra Iglesia en vuestro admirable sacramento [55]. Y siempre que con vuestros discípulos comisteis después de vuestra sagrada resurrección [56], los dejasteis llenos de vuestra bendición, gracia y alegría [57]; no consintáis que yo por mi culpa me quede ayuno, y que, habiendo recibido pan de vida, no se me haya pegado su virtud a las entrañas de mi alma. Considerad también, ¡oh Jesús benignísimo!, que os he yo convidado, y llamado, y metido en mi pobre posada, porque vos disteis golpes a las puertas de mi corazón, con deseo que os abriese, para que cenásedes conmigo y yo con vos. ¡Oh Jesús mío y todo mi bien!, pues sabéis que

[49] Ps. 67,19.
[50] Ps. 76,10.
[51] Mt. 11,28.
[52] Io. 6,13.
[53] Mc. 8,1.
[54] Lc. 22,19-20.
[55] Ib. 24,31 s.
[56] Ib. 24,43.
[57] Io. 21,12 s.

no os puedo servir sino con lo que me diéredes, dadme que os dé, enseñadme cómo os contrate, obrando lo que me habéis enseñado que debo obrar.

Vos movisteis a vuestra serenísima Madre a que, después de haberos recibido en sus entrañas, os ofreciese cántico de alabanza con que os manifestase, como después lo expresó. Vos movisteis a Santa Isabel a que, entrando vos en su casa, os saliese a recibir con exclamación llena de humildad y admiración, porque cuando dijo: *Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre*, y *¿de dónde a mí que venga la Madre de mi Señor a mí?* [58], más se espantó de vuestra dignación que de la de vuestra santa Madre; porque como estaba llena del Espíritu Santo, así como conoció ser infinitamente más bendito el fruto que el árbol, así conoció ser mayor sin proporción la causa que había para espantarse de vuestra humildad que de la suya. Vos disteis a los pastores [59] aquel espíritu con que, después de haberos recibido y comulgado con la fe de Belén, casa de pan, os sirvieron en glorificaros y alabaros y en anunciar a los otros las maravillas que oyeron y vieron. Vos disteis a los reyes de Oriente los dones que os ofrecieron y la adoración reverencial que postrados hicieron. Vos enseñasteis al santo Simeón a serviros cuando os tuvo entre sus brazos [60], con aquel dulce cántico que con derretidas entrañas dijo, deseando ser desatado de la carne en vuestra paz [61]. Vos disteis al glorioso Bautista aquella grande humildad y acatamiento con que os hizo fiesta cuando, viéndoos venir al bautismo, temblaba, y a voces decía: *Santifícame, Salvador, que yo tengo de ser bautizado de ti* [62]. Todo lo bueno con que en el cielo y en la tierra vuestros amados os sirvieron, es vuestro.

Todos estos afectos que he contado son deseables a mi ánima, y me son doctrina en que aprendo qué fiesta queréis que os hagan los que os reciben. También me enseña Santa Marta con su solicitud [63], su hermana María con su quietud, y con la devoción con que ungió vuestra santa cabeza y vuestros pies en la cena que os fué hecha en Betania [64], y los que con ramos de palmas, y olivas, y flores, y divinos loores, os honraron cuando vinisteis a Jerusalén, tendiendo sus vestiduras en el camino [65]. Y gran doctrina me da el santo José, el cual, después de haber descendido

[58] Lc. 1,42-43.
[59] Ib. 2,17.
[60] Mt. 2,17.
[61] Lc. 2,29.
[62] Mt. 3,14.
[63] Lc. 10,40.
[64] Io. 12,3.
[65] Mt. 21,8.

vuestro santísimo cuerpo de la cruz, le ungió con mirra y áloe, y le envolvió en sábana nueva y limpia, y le puso en el sepulcro nuevo y de piedra, en que ninguno había sido puesto [66]. Todos éstos muestran, mi Dios, qué gracias os debo dar para serviros devotamente, después de haberos recibido. Mas entre todos halla mi ánima materia de grande ejemplo y doctrina en el servicio que aquella mujer, en otro tiempo pecadora y después vuestra grande amadora, os hizo en casa de Simón fariseo, cuando vino a suplir las faltas que él había tenido en vuestro recibimiento; porque nunca he leído que por vuestra santa boca vos tanto aclarásedes el servicio que os debe ser hecho de quien os convida a comer en su casa, como aquí, cuando, contando las faltas de vuestro huésped y ensalzando el excesivo amor de la que él con soberbia juzgaba y despreciaba, le dijisteis: *¿Ves esta mujer? Entré en tu casa: no me diste agua para mis pies; mas ésta con sus lágrimas los ha regado y enjugado con sus cabellos. Tú no me diste beso de paz, mas ésta, después que entró, no ha cesado de besar mis pies. Tú no untaste con aceite mi cabeza, mas ésta ha ungido con ungüento mis pies* [67]. ¡Oh benditísimo Jesús!, Maestro y Salvador del mundo, de estas vuestras palabras entiendo yo que, para no ser reprendido como Simón y para agradaros como os agradó esta vuestra amada y de vos enamorada, debo yo después que entraste en mi casa regar vuestros pies con lágrimas, y limpiarlos con mis cabellos, y no cesar de besarlos y ungirlos después con precioso ungüento. ¡Oh Señor de mi ánima!, dadme vos a sentir con mi afición y obrar lo que me dais a entender que se encierra en estas cosas. Anden en mí juntas, Señor, la afición y la razón; sienta lo que entiendo y obre yo por vuestra gracia lo que siento. Conviéneme regar vuestros pies con lágrimas, pues los he ofendido con mis culpas, no siguiendo los rastros y señales de lo que obrasteis y dijisteis y sufristeis mediante vuestra sagrada carne, la cual fué en vos así como pies con que anduvisteis dando ejemplos visibles en la tierra todo el tiempo de vuestra vida graciosa y en vuestra muerte preciosa, que vos abrazasteis la humildad, y yo la soberbia; vos la pobreza, y yo la riqueza; vos la aspereza, y yo la falsa y halagüeña blandura de la carne; vos los trabajos, y azotes, y espinas, y clavos; yo el descanso, placeres y vanidades. Vos escogisteis la cruz; yo, teniendo nombre de cristiano, la persigo con mis obras.

¡Oh mis ojos, no ceséis de derramar lágrimas, regando con ellos estos sagrados pies, que tanto habéis ofendido y pisado! ¡Oh alma mía, no seáis dura e ingrata, y si los ojos

[66] Mt. 27,59; Mc. 15,46; Lc. 23,52; Io. 1938.
[67] Lc. 7,44.

del cuerpo se secaren, no se seque en ti el dolor que debes tener por tus pecados y la compasión que debes al que por librarte de la muerte murió! Mira que este santo sacramento que has recibido, fué espiritualmente instituído en la memoria de la pasión de tu Esposo [68], que, dado caso que él está ya impasible, es inmortal. Sírvese mucho que en tu corazón tú le recibas, como si viniese a tu casa todo ensangrentado y llagado de la cruel batalla en que entró por te escapar de la muerte. Mira qué recibimiento y compasión debería hacer la pobre mujercilla y vil en cuya casa entrase el emperador así maltratado por su causa; y piensa que toda comparación es baja para manifestar lo que al soberano emperador Jesús se debe. ¡Oh cuán gran razón tengo para derramar lágrimas sobre tus pies, pensando cuán tuertos han estado los míos y cuán desvariados han andado y apartados de lo que por mí tú hiciste y sufriste! Mas muy mayor razón tengo de llorar por lo que he ofendido a los pies de tu preciosa ánima, que son los afectos y deseos sobreexcelentes, de los cuales nacían de ti las obras de fuera, porque, aunque es mucho lo que de fuera obraste y padeciste, con gran ventaja es más lo que de dentro me amaste y los encendidos deseos con que fuiste abrasado; porque, acabándose las pasiones y tu vida mortal, no se acabó en ti la sed y deseo que te tuvo pronto para más y más sufrir por mi redención, si menester fuera. ¡Quién basta a pensar los amores de tu preciosa ánima, ¡oh buen Jesús!, en cuya comparación los inflamados ardores de los más altos serafines se podrían llamar tibiezas! ¡Oh cuánto he yo ofendido estos pies de tus afectos, con que anduvo tu sacrosanta ánima solícita en nuestro remedio, hecha mártir por el deseo, no sólo por haber con él aceptado la cruz desde el primer instante de tu sagrada concepción, mas por la dilación del cumplimiento de este deseo, que te fué otro género de martirio inestimable, el cual explicabas cuando decías: *Con un bautismo tengo de ser bautizado, y en gran manera soy afligido hasta que se acabe* [69]. Y por esta misma causa en la cena dijiste: *Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua* [70].

¡Oh deseos míos!, ¿dónde os habéis derramado? ¡Oh cuán mal habéis pagado lo que debéis a los deseos del ánima del bendito Jesús! Muy mayor causa hay para llorar las ofensas de estos pies sagrados que de los primeros; mas sin comparación hay mucha mayor razón para llorar las ofensas hechas a los pies terceros, que son los pensamientos y afectos de la divinidad, la cual con infinito amor deter-

[68] I Cor. 11,24.
[69] Lc. 12,50.
[70] Ib. 22,15.

minó que el Verbo se hiciese hombre, y morase en nosotros, y muriese por nosotros [71]; porque este amor es infinito y sempiterno y raíz de todo nuestro bien, y este amor hizo caminante entre nosotros al inconmutable, y por esto se figuran estos divinos amores por pies, con que a nosotros vino; y estos pies beatísimos se dice regar con lágrimas quien, movido por consideración del infinito amor que desde siempre Dios nos tuvo, llora por lo poco que ha amado y servido a quien tanto le amó.

¡Oh ánima mía, cuánto serías dichosa si alcanzases en abundancia estas terceras lágrimas! ¡Oh bendito Jesús, vos me las dad, por que no os quejéis de mí diciendo que entrasteis en mi casa [72] y no di agua a vuestros pies! Todas estas tres maneras de pies están en vos, que tenéis ánima y carne y divinidad, y a todos me conviene servir con agua. Mas si vos, que sois fuente de aguas vivas [73], no me la dais, caeré yo en falta vituperable. También, mi Señor, me conviene enjugallos con mis cabellos. Más alto servicio es éste que el primero; el cual os hace quien de vos recibe merced de tanto aprovechar en vuestro amor divino, que sienta aquella serenidad, y paz, y gozo que, según la santa Escritura dice [74], soléis vos infundir después de llorar; que lágrimas hay que, aunque son buenas, las enjugáis vos en esta vida y las quitáis vos de los ojos de vuestros santos, no queriendo que más se ocupen en llorar sus pecados; y cuando vos esta merced hacéis, proveéis de muy hermosos y delicados cabellos, que son pensamientos sutiles y celestiales, al ánima con los cuales enjuga vuestros pies; porque, siendo por vuestra gracia perdonados sus pecados y quitando ella con vuestro favor las culpas, que fueron causa de su lloro, con la enmienda verdadera no tiene más que llorar lo que solía, ni se cura de ocupar (aunque pudiese) en llorar, mientras vos la tenéis levantada y ocupada en estado de mayor ocupación con paz. ¡Oh benígnísimo Jesús!, si yo este estado alcanzase, aparejo tendría para esperar de vos el tercero y más alto de amor unitivo, con el cual no cesase de besar vuestros santos pies, juntando los cabellos de mi ánima, que son mi entendimiento y voluntad, con vuestros afectos, y ocupando todo mi amor con el vuestro, y juntando toda mi ánima con vos con perfecta unión para transformación de amor. ¡Oh mi amor suavísimo, quién de vos esto alcanzase!

Acordaos, Señor, que por morar en mi ánima vinisteis a morar en la hostia que he recibido, y cuando ella fué consagrada, para morar vos en ella, dejasteis solos los accidentes del pan, sin quedar la sustancia del pan, en cuyo lugar vos descendisteis por manera inefable. ¡Oh todopoderoso y misericordioso Dios, si tuvieseis por bien de me consagrar a mí en hostia viva y a vos agradable, por otra manera que, quedando la sustancia de mi ánima, quitásedes de ella los accidentes de mis tibiezas y flojedad e ingratitud y hábitos malos, que yo con mis culpas he causado, y en su lugar me vistiésedes de virtudes y dones y frutos del Espíritu Santo, y de aquellas bienaventuranzas que vos predicasteis! [75]. Porque con tales accidentes vos moraríades en mi ánima con unión íntima y maravillosa, y me enseñaríades a qué sabe el beso de vuestros pies, y aun de vuestras santas manos y boca [76]. No me faltaría entonces ungüento con que ungiros; porque cuando todas las fuerzas interiores y exteriores os sirven con acatamiento tan humilde, que están como hechas polvo maravilloso, y muy oloroso, y con la unción de vuestro Santo Espíritu juntadas, andan solícitas en el cumplimiento de vuestra santa voluntad, hácese ungüento preciosísimo, que a vuestros pies se debe, con el cual no es lícito ungir algún otro santo ni santa, sino a vos, que sólo debéis ser adorado en espíritu y en verdad, con entera mortificación y negación de nuestras propias voluntades para cumplir la vuestra. Si yo así ungiese vuestros pies, mi Señor, esotros pies que acá tenéis, que son vuestros santos y vuestros pobres, yo los ungiría con buena fama, y con ejemplo, y con toda misericordia espiritual y corporal.

¡Oh Jesús mío dulcísimo, cuándo te amaré yo con este amor perfecto, cuándo mi ánima será juntada una al uno, toda al todo, sola al solo! ¡Oh Amor mío, oh sola esperanza mía, oh todo mi refugio y amparo y deseo, cuándo se me otorgará que no cese de besar tus santos pies, cuándo será destruída mi tibieza en el fuego de tu amor! ¡Oh amantísimo esposo mío, oh ánima de mi ánima, oh vida de mi vida, oh ojos de mis ojos, oh corazón! ¡Oh más íntimo a mí que mis propias entrañas, cuándo será toda mi ánima unida a ti, cuándo será absorbida de la meliflua y encendida fuerza de tu amor! Todo me doy a ti, todo me entrego a ti, todo me pongo en tus pies, deseando desnudo ser crucificado contigo desnudo, y morir a todo lo que es fuera de ti, por vivir a solo ti, y en ti, y por ti.

Apártese de mí la vanidad, entre dentro de mí tu virtud, acérquese a mí tu divinidad; transfórmese en mí tu caridad; sea hecha en todo tu voluntad en mí; ábrase a ti mi corazón todo, ábranse a mí tus llagas, que están abier-

[71] Io. 1,14.
[72] Lc. 7,44.
[73] Io. 4,10.
[74] Apoc. 7,17.

[75] Mt. 5,3.
[76] Cant. 1,1.

tas en sí. Júntense nuestras entrañas, y tú solo me poseas todo. Entonces, Señor, te sabré loar con silencio altísimo. Entonces sabré engrandecerte, teniendo yo humildad profundísima. Entonces te sabré estimar y ensalzar y dar las gracias, que son a ti muy agradables. Mas ¡ay de mí, pecador, que he hablado más de lo que a mi pequeñez conviene! Deseo lo que no merezco, pido lo que por mi tibieza despido; demando lo que por mis culpas resisto; muy lejos me veo de lo que codicio. Mas tal cual soy, mi Dios, nunca cesaré, según pudiere, de te bendecir y alabar; porque, aunque yo no merezca alabarte, tú mereces, Señor mío, ser alabado; y más digno eres tú, Señor, de ser loado, que yo indigno de te loar. Por eso es razón que venza tu infinito merecimiento a mis desmerecimientos, y que por confiado en ti, y no en mí, sea subido sobre mí.

¡Oh mi Dios, que, aunque son pocos mis loores, no son pequeños los deseos que tengo de te alabar, y lo que por mí no basto, pido que sea por tu misericordia suplido de todos tus santos, que te saben loar! Estos humildes loores míos, Señor, deseo que sean juntados con las alabanzas que te dan en su manera todas las criaturas corporales que en este mundo creaste, y con las que te da toda tu Iglesia militante, y con las que te dan todas las ánimas del purgatorio, especialmente en el punto en que, acabadas sus penas, gozan de tu vista clara. Suplan mis faltas los ciudadanos del paraíso: alábente y dente gracias todos los santos ángeles, arcángeles, principados, potestades, virtudes, dominaciones, querubines y serafines; dente por mí gracias los patriarcas y santos profetas, todo el sacro colegio de los santos apóstoles y evangelistas; alábente por mí todos los santos mártires y confesores, todas las vírgenes y viudas, y continentes, todos los inocentes y penitentes, y sobre todos los ángeles y los hombres; suplico a tu santísima Madre que más y más te alabe por mí. Y pues ella fué el medio bendito por donde te pudiese yo participar, que eres fruto de vida, nacido de Dios Padre y de ella, El me sea el remedio de mis defectos y supla lo que yo no basto.

Y tú, Jesús mío benignísimo, que eres abogado nuestro, sin el cual no pueden ser suplidas nuestras faltas por los ángeles ni por los hombres, acuérdate de dar con tu benditísima ánima gracias y loores a tu deidad, como las diste cuando en la cena, al tiempo que ordenaste este sacrosanto sacramento, alzaste los ojos al cielo, dando gracias a tu Eterno Padre por ti y por toda tu Iglesia, que tan inmenso documento recibía de su autoridad imperial sellado y por ti (en cuanto hombre) de autoridad de excelencia ministrado. Con estas gracias que diste, Señor, junto yo las mías, y con las que da el Espíritu Santo, el cual como pide en los santos con gemidos inenarrables, porque, aunque en sí no gime, los enseña a gemir, así es El el que sabe dar las gracias en todos ellos, porque les enseña y mueve a las dar como conviene para agradarte.

Recibe, mi Dios, mi humilde agradecimiento y loor y servicio, con que codicio, no sólo con palabras, mas con todos mis pensamientos, y aficiones e intenciones y obras, bendecirte y loarte para siempre, que vives y reinas en eternidad y unidad perfecta, con toda gloria y magnificencia e imperio y poderío, ante todos los siglos y ahora y siempre, por todos los siglos de los siglos. Amén.

V

PROEMIO SOBRE UNOS SERMONES DEL SANTISIMO SACRAMENTO

La institución del santísimo sacramento del altar es el segundo beneficio después del singular beneficio de la pasión de Jesucristo, en el cual el señor Jesús una vez se ofreció al Padre [1] en precio y rescate nuestro y de nuestros pecados; y aquí se nos dió porque cada día se le ofreciésemos en sacrificio para único remedio de nuestra flaqueza y confortación de nuestra justicia y aumento de gracia, para en firmamento de los justos, por que no caigan, y en refrigerio y amparo de los pecadores, por que no perezcan. Pues llégate [2], ¡oh pecador!, llégate a tu Dios y serás alumbrado, y tu cara nunca será confundida; llégate devotamente y humildemente y con confianza a este tremendo, venerable, dulcísimo e incomprensible sacramento; llega con recelo y temeroso, mas seguro porque temes más; si muerto estás, la vida tomas; si flaco, con Cristo virtud de Dios recibes; si enfermo, saludable y eficaz medicina tomas; si eres malo y pecador, Cristo, al cual recibes en manjar, nuestra santificación es, propiciación por nuestros pecados [3]; suyo es limpiar los corazones, santificar las almas y limpiar y alumbrar los espíritus [4]; porque él es como quemante fuego que funde y limpia la plata de nuestro corazón [5], y limpiará los hijos que El engendró con la palabra de verdad [6]; pues ¿qué mancilla puede ser tan grande, qué suciedad tan fea, qué orín tan negro, que no queme y deshaga y del todo desgaste tan vivo y tan eficaz fuego, que no lave y purifique tan puro y fuerte lavamiento de la sangre de nuestra redención? Ni en balde dice el Apóstol que antiguamente todas las cosas con sangre se limpiaban [7]; pues si a Dios tienes airado por tus pecados,

[1] 1 Petr. 3,18.
[2] Ps. 33,6.
[3] 1 Io. 2,2.
[4] Mal. 3,3.
[5] Hebr. 12,29.
[6] Iac. 1,18.
[7] Hebr. 9,22.

o ya sucede contra ti el cuchillo de indignación, y escribe contra ti amarguras [8], y da sentencia de muerte contra ti, sal le luego al encuentro y ofrécele su amansamiento, el precio de la redención de tu ánima, o procura esconderte debajo de aquel barrenado y llagado cuerpo de Jesucristo; de la haz de la saña del Señor huye, ¡oh ánima cristiana!, de la haz de la ira de Dios a aquella inexpugnable piedad y ciudad de refugio para los transgresores, y esperarás so la sombra y amparo de sus alas [9], como el pollo so las alas de la gallina [10], hasta que se pase la maldad y se aparte la saña [11], diciendo el profeta la verdad: *Halládose ha el pájaro casa, y la tortolilla nido donde pongan sus hijos; a nuestros altares, Señor Dios de las virtudes, Rey mío y Dios mío* [12]; vuestro altar, vuestro cuerpo es el ara y hostia por el pecado. ¡Oh hermanos míos!, conoced la clemencia y piedad de nuestro pientísimo Redentor; porque, conociendo El nuestra compostura [13], nuestra flaqueza y nuestra miseria [14] y cuán aparejados estamos para caer y cuántas veces caemos, como padre piadosísimo y juntamente poderosísimo, con gran consejo de su inmejorable sabiduría dió apoyo a nuestra flaqueza con que se sustentase y al pecado remedio; por que el caer tan frecuente no nos trajera en términos de desesperación, ofreció primero su muerte por los pecados, y porque nos dejó pecables, que podíamos pecar y sujetos a pecar, concediónos que la oblación de su muerte la pudiésemos doblar y frecuentar en su santo y divino sacramento. Pues no menospreciemos tan gran beneficio y no pereceremos.

¡Oh Dios mío, salud mía y toda mi esperanza!, vos sabéis muy bien, Señor, cuánto yo estribo en este vuestro incomprensible sacrificio, llegándome a vuestra justicia, de la mía del todo desconfiado, y cuánto más confío en este vuestro sacramento que en mi merecimiento, y cuánto más confirma y consuela a mi trémula y casi desesperada conciencia el recibir de este vital sacramento que cualquier penitencia mía de satisfacción que yo haga por mis pecados. Pésame, Señor, de mi pecado, vergüenza he de verme tan sumerso en maldades, de verme con conciencia tan endurecida y de vida tan corrupta, y querría mucho recobrar la justicia que vos, Señor, primero me disteis, y hacer obras a vos agradables y tornar con vos en gracia y dentro de mí. Así digo, Dios mío: Pecado he; ¿qué haré a vos, guarda-

[8] Iob 13,26.
[9] Ps. 35,8.
[10] Mt. 23,37.
[11] Iob 14,13.
[12] Ps. 83,4-5.
[13] Ib. 102,14.
[14] Ib.

dor de los hombres [15], qué os puedo yo dar por mi pecado? Que ya imposible es que ya no haya pecado, lo que mucho querría; mas pequé, hecho es. ¿Qué haré a vos, Señor? Si conozco mi pecado, si me confieso por pecador, como en verdad lo soy, ¿qué mucho hago por conocerme y confesarme por quien soy, si me duelo, si me arrepiento, si me afliio por mi pecado? Duélese el ladrón que anda a robar de su hurto, mas aun con todo le ahorcan. Si por ventura ayuno, si me atormento, si hago venganza a vos, Señor, en mí, ¿qué es toda la pena que yo sufro comparándola a la pena del infierno que merecí? Pecando pequé, ¿qué haré a vos, Dios mío, como todo lo que yo pueda hacer sea casi nada en respecto de lo que debo? Pues, en rigor de justicia, de mi parte no hay satisfacción por mis pecados, aunque vos, Señor, como piadosísimo, misericordiosísimo que sois, por sola vuestra piedad muchas veces ordenáis y tenéis por bien de aceptar en remisión de mis culpas esta cualquier satisfacción que os hago, no porque basta, sino porque no tengo otra cosa que haga, y así por nada hacéis salvos a los que por gracia hicisteis de nada [16].

Mas, empero, la oblación de esta saludable hostia, la cual mi Redentor me dejó, así excede y sobrepuja toda la ofensa de pecado, que sin vergüenza alguna, teniendo en mis manos esta hostia saludable, me osaré llegar sin miedo al tremendo trono de vuestra justicia; que, aunque esté en tierra desierta y sin camino y sin agua [17], con vuestro santo nombre, Señor, osaré parecer en la presencia de vuestra corte soberana y de millares de ángeles, y no solamente con este Señor confiaré de no ser ultrajado, mas aun presumiré, y justamente presumiré, de ver en este siglo vuestra virtud y en el otro vuestra gloria, incorporado ya y como metido en las entrañas de mi Cristo y Señor, del cual yo no tendré de qué haber vergüenza ni de qué tema, porque participadamente soy ya de la vida e incorporado estoy en ella; ponerme he en mi Salvador y confianza haré en El, porque éste es el pan vivo que sin duda da vida al que le come [18], aunque no dignamente le come el enfermo al cual su enfermedad no le desagrada; fingido se llega al remedio el que primero no aborrece la enfermedad. Eficacísimos son los remedios que el médico celestial dió al mundo enfermo, y no hay duda ninguna de sanidad si del todo faltase el deseo y gana de maldad con dolor del pecado cometido. ¡Oh si entendiésemos la virtud, la excelencia, la dignidad y edificación de este tan alto sacramento!

[15] Iob 7.20.
[16] Ps. 55,8.
[17] Ib. 62,3.
[18] Io. 6,51.

Espántanse los ángeles y vienen todos conglobados como ovejas a la presencia de este encubierto Dios, so la especie del sacramento, y maravíllanse de tan alta dignación y de tan inmenso beneficio que Dios hace a los hombres, y lóanle y agradécenle y temen mucho que tan grandes mercedes no nos sean dañosas por nuestro poco mirar. Esta es el áncora fija del vacilante y fluctuante mundo, ésta la columna firme y estable del perecedero, caduco y frágil mundo y el firme y único firmamento de la Iglesia de Dios. Confíe quien quisiere en las obras de su justicia o en las obras y santificaciones de la Iglesia; que yo sobre todo en este único sacramento pongo toda mi esperanza, y confío que no me será imputado a insipiencia mi ignorancia [19]. Si se pusieren contra mí los reales [20] y los ejércitos de los demonios; si se levantare guerra contra mí de tentaciones, en éste sólo esperaré; si fuere enlazado con la soga de los pecados [21] y engolfado en el cieno del profundo, si preso con las cadenas de mi mala costumbre, en éste sólo esperaré; si me desasosiega la conciencia, si me roe el gusano, si me pincha la maldad, si me espanta el juicio, si la muerte me amenaza y la justicia del cielo, en éste sólo esperaré; finalmente, aunque me maten, yo en El esperaré; ésta es toda la suma de mi esperanza, ésta es la única confianza mía, ésta es toda mi justicia, esto sólo responderé a los que contra mí salieren y se levantaren, que espero en vuestra salvación, Señor, y no en mis merecimientos; ésta es toda mi consolación en toda mi angustia y fatiga mientras estoy peregrinando de vos en esta tienda de mi carne [22]; y sé que no seré confundido cuando hallare a mis enemigos en la puerta [23]; porque ¿quién esperó en El y fué confundido? [24] *No se avergüencen en mí*, dice, *los que esperan en el Señor de las virtudes; no sean confundidos los que os buscan, ¡oh vos, Dios de Israel!* [25]. Y añadiendo la causa dice: *Porque por vos sufrí oprobios y la compunción cubrió mi cara;* como si dijese: Hube yo vergüenza por que no la hayan ellos, fuí yo confundido por que mi confesión sea fianza firme de ellos. ¿Qué pecado, te ruego, puede ser tal, tan grande ni tan enorme que con tal y tan grande denuesto del Cordero sin mancilla no se borre y se deshaga? La pasión de Cristo se renueva cuando este sacrificio se ofrece: soy seguro del perdón. Porque el mismo Cristo te es hostia y sacrificio por el tu pecado. ¿Y temes? Ni

[19] Ps. 21,3.
[20] Ib. 26,3.
[21] Ib. 118,61.
[22] 2 Cor. 5,6.
[23] Ps. 126,5.
[24] Eccli 2,12.
[25] Ps. 68,7.

puede ser menos piadoso y tan gran don. El Hijo en el cual se agradó mucho desde eterno el Padre [26], es ofrecido en sacrificio por tu pecado, ¿y temes? Alleguémonos, pues, hermanos, con grande confianza y saquemos agua en gozo de la fuente del Salvador [27], que aquí está escondida la fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna [28]. ¡Oh sagrado convite, en el cual es recibido Cristo para que sea manjar de los caminantes, sacrificio de los pecados, plenidad de gracia, memorial de la pasión y prenda de la futura heredad que esperamos en la gloria del cielo, *ad quam nos perducat idem Iesus benedictus et gloriosus, qui cum Patre et Spiritu Sancto vivit et regnat in saecula saeculorum. Amen!*

Si preguntasen algunos por ventura por qué Dios instituyó el sacramento sacrosanto de la Eucaristía en la manera que lo vemos, hase de responder: por consideración de fin; porque se sigue, finalmente, lo que vemos que se sigue: hízose, pues, esto de esta manera por que, viendo un efecto tan insólito, una maravilla tan grande y tan no acostumbrada antes en el mundo, un milagro tan prodigioso y tan incomprensible, nos levantásemos a creer la omnipotencia de Dios, que es todopoderoso para hacer todo lo que El tiene por bien de hacer; la sabiduría grande de Dios, que sabe todas las cosas, ninguna exceptuada; la gran bondad de Dios: no solamente puede, y sabe y quiere hacer todas las cosas que después vemos que hizo y vieron los filósofos, mas aun otras muchas cosas no más maravillosas—porque ¿qué cosa puede ser más maravillosa que el universo?—, mas no acostumbradas, y también porque por esta manera se quebrantase la cervicosa y muy empinada presunción de nuestro entendimiento, el cual con muy loco e impío atrevimiento parece que se quiere gloriar que él por sí puede comprender al inefable Dios con sus incomprensibles maravillas. Pues para que cautivásemos este soberbio entendimiento en servicio de Cristo, quiso ese mismo Cristo, Dios glorioso, instituir una cosa tan grande, tan insólita, tan inefable, tan prodigiosa, tan incomprensible, tan milagrosa, tan santa y tan verdadera, como es la consagración de su cuerpo y sangre; porque sabe El muy bien que nuestro entendimiento, así cautivado, así hecho esclavo, nos es de grandísimo provecho. El esclavo, cuando le tienen cautivo, saca oro y perlas y está en tu dominio a gran provecho tuyo; pero, andando horro y huído, de nada sirve ni aprovecha; así nuestro entendimiento, si está cautivo y atado a Dios y para creer las cosas de Dios, sacar-

[26] Mc. 1,11.
[27] Is. 12,3.
[28] Io. 4,14.

nos ha mucho oro de gracias y muchas perlas de virtudes; como si dejándole andar suelto por ser bozal, se despeñara desmandado por las breñas y selvas de errores en gran perjuicio de sí y de su dueño.

Creo, pues, firmísimamente, y nada dudo que en esta sacratísima hostia está el verdadero cuerpo de Cristo y su carne, aquel mismo que nació por nosotros de la Virgen santa María, Señora nuestra, y el mismo que padeció, que resucitó, que subió a los cielos, que está a la diestra del Padre, que ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos; la verdadera ánima de Cristo, el verdadero Hijo de Dios, la verdadera deidad de Cristo; si el Hijo es (está), el Padre y el Espíritu Santo (están); y, por consiguiente, toda la santísima y excelentísima Trinidad, fuera de la cual no hay Dios, sino el que está aquí escondido, tan poderoso aquí como en el cielo; aquí envuelto y debajo de cortinas, allí sin velo y a la clara. Pues perdona, santísimo y excelentísimo Dios, a nuestra tibieza y a nuestro atrevimiento, a nuestro descuido, a nuestra gran miseria, que, viéndoos y pasando delante vuestra majestad y estando delante vuestro acatamiento, no temblamos y no nos postramos de pechos por tierra, ni os honramos ni adoramos con aquella humildad de corazón y obsequios exteriores el cuerpo y amor grande de nuestra ánima que debemos, porque así os queréis andar entre nosotros. Suplícoos, Señor Dios mío, que todas las veces que yo, criatura vuestra, me llegare a vos, mi Creador, todas las veces que quisiere recibir vuestro santísimo cuerpo, como vos, Señor, me lo mandáis (porque, si vos no me lo mandásedes, Señor, ¿cómo me osaría yo llegar a vos, Dios inefable?), mi ánima sea confirmada entre tantos misterios con la dulzura de vuestra presencia; siéntaos, Señor, presente, y alegre delante de vos, fuego siempre luciente, amor que siempre ardéis, dulce Cristo, buen Jesús, lumbre eterna e indeficiente, pan de vida que siempre nos hartáis y nunca en vos faltáis, que siempre sois comido y siempre quedáis entero. Resplandeced en mí, alumbrad en mí, encendedme, alumbradme, santificadme, vaciadme de malicia y henchidme de gracia y conservadme y atraedme para que coma en salud de mi ánima el manjar de vuestra carne, por que comiendo de vos venga a vos y descanse en vos, vos, Dios mío, que por siempre sois Dios eterno y uno. Amén.

VI

PLATICA Y AVISO AL RELIGIOSO QUE TOMA HABITO

Porque la tierra que vais a poseer no es como la tierra de Egipto, de donde salisteis, en la cual, después de haber sembrado, se conducen aguas de regadío como en las huertas, sino que tierra de montes..., que aguarda las lluvias del cielo... Si obedeciereis, pues, a los mandatos que yo os intimo hoy, amando a Dios vuestro Señor y sirviéndole con todo vuestro corazón y toda vuestra alma, dará El a vuestra tierra la lluvia temprana y la tardía, para que cojáis granos, y vino, y aceite..., a fin de que vosotros tengáis qué comer y quedéis saciados (Deut. 11,10 s).

Esto es para el novicio que toma el hábito: darle este aviso como hizo Dios a su pueblo cuando dejó a Egipto, que es el mundo; por que después supiesen cómo se habían de haber en el desierto y en la tierra de promisión, qué de otra manera se habían de haber que en Egipto, si querían morar con sosiego y gozosamente en ella; y dicen: *Porque la tierra que vais a poseer.* Esta ordinaria que es la religión en la cual entra el seglar a poseerla, *no es como la tierra de Egipto de donde salisteis*, no es como el mundo del cual salís; no tiene esas recreaciones y prosperidades de la vida presente, esos descansos y deleites, y sosiegos, y holguras corporales, *en la cual, después de haber sembrado, se conducen aguas de regadío, como en las huertas*, adonde, echando la simiente, cuando quieren sacan de esas aguas de regadío, como hacen en las huertas, que Egipto riégase cuando quieren con el río Nilo; no es esta tierra así; que no podréis tomar esas aguas, que son las consolaciones terrenas, cuando vos quisiéredes, que no las halláis; que otro te ha de regar ahora, como dijo Cristo a San Pedro. No se riega esta tierra así de esos deleites terrenos, que no es llena; de esas aguas terrenas y hediondas; *sino que es tierra de montes*, áspera, llena de cuestas, sin delectaciones ni consuelo alguno de esas aguas de Egipto, sin ninguna consolación terrena y baja como allá teníades; que muy burlado os hallaréis si pensáis que os habéis de regar con esas aguas. Mirad que ésta no es llana,

pero montuosa; no se puede regar con agua de la tierra las cuestas altas, que si andáis por lo bajo buscando aguas terrenas, no las hallaréis como allá; habéis de subir las cuestas que son a la altura de las virtudes, como hacen los que aquí quieren alcanzar delectaciones y favores grandes de Dios, y los alcanzan no esperando acá consolación terrena, sino *que aguardan las lluvias del cielo;* como dice el Apóstol: *Buscad las cosas que son de arriba, no las de la tierra*, por meditaciones y contemplaciones, como lo hacía el mismo Apóstol: *pero nosotros vivimos ya como ciudadanos del cielo* [1], esperando solamente aguas y el regadío del cielo, que es la gracia celestial, para que podáis pasar por estos montes y penalidades terrenos con gozo y presteza; que si ésta tenéis, no se os hará penosa tierra, sino muy gloriosa; andaréis muy depriesa por las cuestas. Si ésta tenéis del cielo y sólo confiando y regando vuestra tierra, que es vuestra ánima, con el regadío y lluvia celestial, que es la gracia de Dios, andaréis con el yugo y con la carga del amor suavemente, y ligera se os hará [2], y correréis con ligereza, como hacía María: *Se fué apresuradamente a las montañas* [3]. Correréis por las cuestas sin trabajo. Corría María porque estaba preñada de estas aguas celestiales; que la preñez no la estorbaba, como hacen las mujeres de Egipto, que les estorba, que no pueden andar; pero ésta volaba por las cuestas. Andaréis siempre por las cuestas esperando esta lluvia, no camino común y feo por lo llano, adonde andan los más; sino en la cumbre de las virtudes, buscando esta lluvia celestial, y no sacando y cavando aguas de la tierra, como hacíades allá, de los cuales se queja el Señor por el profeta Jeremías diciendo: *Me han abandonado a mí, que soy fuente de agua viva, y han ido a fabricarse aljibes rotos, que no pueden retener las aguas* [4]. Habéis de huir de buscar ya estas aguas hediondas y de estas consolaciones terrenas y deseos, que cuanto más los desecháredes y menos tuviéredes de éstos, más tendréis de la lluvia de arriba. No es menos, sino que siempre el demonio os presentará estas aguas pasadas, y os las traeré a la memoria y nunca os dejará de tentar con ellas; y asimismo vuestra carne, que las desea siempre [5] y las deseará mientras que en esta carne estuviéredes; pero cuando viéredes que crece tal tentación, desecharla y raparla luego de vos; que no es menos, sino que siempre esta sensualidad echa de sí lo que suyo es, que es reposo

[1] Phil. 3,20.
[2] Mt. 11,30.
[3] Lc. 1,39.
[4] Ier. 2,13.
[5] Gal. 5,17.

y holganza, y nunca faltará que desechar de vos. Estad sobre aviso; por eso mandaba en el Testamento viejo [6] que el que habían de tomar para el culto divino, el levita, mandaban que le rapasen todos los pelos del cuerpo, y por eso os rapan la cabeza, por significación que lo pasado habéis de olvidar, esos pensamientos terrenos y deseos.

Pero mándanlos rapar y no sacar de raíz, por daros a entender que sepáis que las raíces tenéis en vos y que no os descuidéis de cada vez, cuando crecieren, de raparlos y desecharlos; porque esto ha de tener el religioso: no se acordar de las ollas de Egipto; que las tentaciones acudirán ahora más recias que nunca; que, como dice el Sabio, *hijo, en entrando en el servicio de Dios, persevera firme en la justicia y en el temor y prepara tu alma para la tentación* [7]. Y al Hijo de Dios, que, cuando le vió el demonio en estado perfecto y de gran ayuno, le llegó a tentar [8], y así a los hijos de Israel, que, cuando caminaron para la tierra de promisión, fueron más perseguidos que no en Egipto, que holgando se estaban en Egipto; asimismo dice el texto: *Sino que es tierra de montes y de vegas, que aguarda las lluvias del cielo. Tierra de montes* es el valle, que hay cuestas y valles; las cuestas son entendidas por los contemplativos, que van siempre a lo alto, no se contentan con la gente y vía común; *y de vegas,* que es el valle, es la vida activa; que de estas dos vías hallaréis en esta religión; que, como son los menos los contemplativos verdaderos, hay activos más, y a todos no se da la contemplación. Y por eso, si viereis que no tenéis ánima o espíritu para subir al monte de la contemplación, ejercitaos en el valle, en lo bajo, y allá os podéis quedar y andar en la vida activa, que es también buena, aunque vale poco sin la otra; y por eso ejercitaros habéis lo mejor que pudiéredes en la contemplación, aunque sea poco; porque sin ésta no haríades nada ni os podríades ejercitar en la activa; que la contemplación os ha de favorecer y dar alas para que bien os ejercitéis en la activa, y porque os da este aviso nuestro Señor, penséis de esta activa también por que no os descuidéis, que, si no pudiéredes alcanzar la contemplativa, no quedéis también sin la activa, que así acontece a muchos, que, buscando la contemplativa, ni hallan ésta ni alcanzan ni hacen la activa, y quedan sin ninguna de ellas. De esto os habéis de guardar mucho, porque quedar sin ninguna de ellas quedaríades como árbol sin ningún fruto, seco; que, como dice el Evangelio, ¿qué se ha de hacer al tal árbol sino echarlo en la lumbre

[6] Num. 8,7.
[7] Eccli. 2,1.
[8] Mt. 4,3.

por que no ocupe la tierra buena? [9]; que cierto la ociosidad en esta tierra es pestilencia grande, no puede ser peor cosa; quedaríades perdido del todo y, en lugar de aprovechar, desaprovecharíades, y caeríades en mil descuidos y viviríades penado, porque ninguna consolación de estas aguas tendríades. Que como esta tierra no se puede regar como Egipto, quedaríades sin las aguas del Egipto y sin la lluvia del cielo, que sería harto de llorar; dejaríades este mundo y el otro.

Por eso es menester que miréis lo que hacéis en dejar a Egipto y querer entrar en la religión, no sea que os pongáis en lugar más alto de para lo que sois, como dice el Sabio: *No te metas a inquirir lo que es sobre tu capacidad* [10]. Porque os hago saber que os ponéis a mayor juicio en cuanto más alto os pusiéredes, y por eso se lo avisaba Dios antes que entrasen, por que después no se llamasen a engaño. Y así os lo hago yo; que podría ser que allá fuésedes bueno, y acá, como es vida más alta y estrecha, cayéredes, como le acaeció a Lot, que en Sodoma era varón justo [11], y después que subió al monte, apartado del mundo, vino a pecar tan reciamente; asimismo el levita que no quiso quedar con su mujer en ciudad común [12], sino quiso subir a posentar en ciudad de los israelitas, y allí fué maltratado y su mujer muerta. Así que por eso os digo que este camino, que es alto, no es para todos; que valiera a algunos más que quedasen en el siglo que no querer traer su mujer acá, que es su carne; más apartado ha de estar acá de ella; que acá matarle han su carne, como hicieron los israelitas, y él quedará maltratado y desconsolado viendo que no tiene consuelo del mundo ninguno, y oblígase a más pecado, y mayor pecado es el del fraile que el del seglar, aunque sea el mismo pecado, como tenemos ejemplo; que cuando los filisteos [13] tomaron el arca y volvióse el arca al pueblo de Israel y los bethasamitas vieron el arca desnuda, murieron cincuenta mil de ellos, lo cual no había acaecido a los filisteos; y por eso está escrito: *Aquel siervo que, habiendo conocido la voluntad de su amo, no obstante ni puso en orden las cosas ni se portó conforme quería, recibirá muchos azotes* [14]. Por eso pensadlo bien y miradlo, por que no seáis burlado del Señor como el hombre que dice el Evangelio que comenzó a edificar una torre y no la pudo acabar; no pongáis la mano al arado si habéis de mirar atrás; que, al fin, a gran cosa

[9] Ib. 7,19.
[10] Eccli. 3,22.
[11] 2 Petr. 2,7.
[12] Iud. 19,12.
[13] 1 Reg. 6.
[14] Lc. 12,47.

echáis mano en querer contaros entre los siervos de Dios. Por eso procuraréis de no quedar sin una de estas dos vidas por lo menos, si no pudiéredes alcanzarlas entrambas.

Pero, como no podéis nada de vuestro para alcanzar ninguna de estas vidas, que sin gracia en vano laboraréis y trabajaréis; que como dice el profeta: *Si el Señor no es el que edifica la casa*, etc. [15]; que el hombre de sí no tiene sino mal, como pruébase bien en Faraón, que, como Dios no le diese gracia, quedóse obstinado en mal; por eso dice el Apóstol: *No porque seamos suficientes por nosotros mismos para concebir algún pensamiento, sino que nuestra suficiencia viene de Dios* [16]. Y en otra parte: *¿Qué cosa tienes tú que no lo hayas recibido?* [17]. Que al fin sin ésta no podéis nada, y sin ésta iréis de peor en peor y tornaros habéis más pecador, como de esto tenemos figura [18]; que cuando sacaba Moisés la mano desnuda del seno, se henchía de lepra, y cuando la tornaba se sanaba. Esta mano desnuda, ¿qué es sino el pecador desnudo? Sacado del seno de la gracia divina, se torna pecador y leproso, y hasta que vuelva a meterla por penitencia en el seno del Señor, no sana; y de aquí es que es escrito: *¡Oh espada del Señor!, éntrate en tu vaina* [19]. Y como ésta sea tan necesaria como veis, habéisla de esperar de arriba y pedirla para que llueva esta lluvia; por eso dice y añade luego el texto: *Aguarda las lluvias del cielo*, que nuestro Señor no os las negará, que a ninguno constituyó ni hizo con odio, como está escrito: *Porque tú amas todo cuanto tiene ser, y nada aborreces de todo lo que has hecho* [20], antes os convida a ello diciendo: *Venid a mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviaré* [21] y os *daré de beber graciosamente de la fuente del agua de la vida* [22]; que luego os dará y concederá esta lluvia para que podáis con ligereza servirle. Pero habéis de considerar que dice: *Que aguarda del cielo*, esperando la lluvia, que la habéis de esperar como lluvia del cielo; que no todas veces llueve cuando hombre querría, ni se halla todas veces, como hallábades vuestras aguas de regadío en el mundo; que allá cuando las queríades las hallábades las aguas a cualquier tiempo como no habían de venir del cielo como éstas. Pero éstas, como han de venir de lo alto, a veces tendríades esta lluvia y a veces no,

[15] Ps. 126,1.
[16] 2 Cor. 3,5.
[17] 1 Cor. 4,7.
[18] Ex. 4,6-7.
[19] Ier. 47,6.
[20] Sap. 11,25.
[21] Mt. 11,28.
[22] Apoc. 21,6.

ni más ni menos como la lluvia temporal, que algunas veces querríamos que lloviese y no llueve; por eso la llama esta agua aquí Dios lluvia; que las consolaciones espirituales y el espíritu va y viene, y de aquí es que dice Job: *Visítasle al rayar el alba, y de repente le atribulas* [23]. Visítasle al principio con espíritu, y luego le pruebas con sequedad. Esto es cosa muy acostumbrada de Dios y lo usa mucho con sus queridos. ¿Quién más que Job, que esto dijo? ¿Cuánto más usará esto con los que no son perfectos? Aunque aun no cabe en ellos espíritu; que adonde hay carne, mal entra el espíritu. Y de aquí es que vino el espíritu el día de Pentecostés en figura de fuego a los discípulos para que consumiese y quemase si alguna carne había en ellos.

Así que no os maravilléis si a ratos no os diese esta lluvia, pues que a sus escogidos mucho lo da y quita, como previene también el profeta Eliseo, que dijo: *Déjala, porque su alma está llena de amargura, y el Señor me lo ha ocultado, y no me ha revelado nada de eso* [24]. Asimismo, Amós el profeta, si tuviera el espíritu de profeta, no dijera: *Yo no soy profeta* [25], y después, cuando le vino el espíritu profético, luego profetizó; asimismo, Natán profeta, si tuviera espíritu de profeta, no aconsejara a David que hiciese templo, lo cual, viniéndole el espíritu de profecía, luego dijo que no [26]; y de aquí es que decía David: *No se te ocultan mis gemidos* [27], como por defuera no lo podía mostrar por obra y por lágrimas. Como está claro que, si siempre estuvieran los santos con espíritu de Dios, no dieran tan grandes caídas como daban; que David, antes que cayese, santo era y varón justo y muy amigo de Dios, y San Pedro; pero, como les faltaba el espíritu, a temporadas caían, otramente no cayeran, y de aquí es que es escrito: *No permanecerá mi espíritu en el hombre para siempre, porque es carne* [28]. Por eso esto tened por cierto, que no habitaré siempre en vos; por eso, cuando os fuere quitado el espíritu, consolaos con Job diciendo: *El Señor me lo dió, el Señor me lo ha quitado; se ha hecho lo que es de su agrado; bendito sea el nombre del Señor* [29]; que sólo el Hijo de Dios tuvo este privilegio, como parece claro en el Evangelio: *Aquel sobre quien vieres que baja el Espíritu y reposa sobre él* [30]. Sobre muchos desciende el

[23] Iob 7,18.
[24] 4 Reg. 4,27.
[25] Am. 7,14.
[26] 2 Reg. 7,3.
[27] Ps. 37,10.
[28] Gen. 6,3.
[29] Iob 1,21.
[30] Io. 1,33.

espíritu, pero que *reposa sobre él* no se hallará en toda la Escritura que de otro lo diga, y por eso, para mostrar Dios a su Hijo como en otro no había de quedar el espíritu, le dió esto por señal, como está también profetizado: *Y saldrá un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz se elevará una flor, y reposará sobre él el Espíritu del Señor* [31]. Y qué tal espíritu será éste y cuán diferente de los otros, prosíguelo arreo el texto, que por no ser largo callo. Así que esto tened por cierto, que el espíritu irá y vendrá, y escondérseos ha Dios a ratos; pero por eso no habéis de aflojar, sino entonces buscarle más y trabajar por hallarle; que todo es por más merecimiento vuestro.

Y hay muchos que, como se les esconde Dios alguna vez y sean algo tentados, luego desmayan, como dice el Apóstol; luego se dan a inmundicias y caen. Por eso os aconseja bien Salomón: *Está en tu estancia, y si cayéredes vuelve a ella* [32]; que es cosa muy acostumbrada de Dios esconderse, como El dice por el profeta Isaías: *Por un momento, por poco tiempo te desampararé; mas yo te reuniré usando de gran misericordia. En el momento de mi indignación aparté de ti mi rostro por un poco, pero en seguida me he compadecido de ti con eterna misericordia* [33]. Por eso no desmayéis si os halláredes tibio; que después del nublado viene buen día; y no penséis que lo hace sin causa, mas antes es menester así que lo haga, que esperemos esta lluvia y la dé a sus tiempos cuando es menester, ni más ni menos como hace la tierra para dar fruto; que si siempre lloviese, es demasiado el vicio de la tierra y no daría fruto ni grano, sino todo paja, y hácese viciosa demasiado y piérdese lo sembrado y no da buen fruto. Así, ni más ni menos, nosotros tornarnos habríamos viciosos de soberbia, no estimaríamos tanto la consolación espiritual, perdernos habríamos, no daríamos fruto, porque nuestra tierra, en lugar de dar fruto, daría hierbas malas y cizañas de vanagloria, y perderíamos el fruto, y por eso nos guarda Dios y nos tiene rienda y nos da sofrenadas para que no nos perdamos; que es gran misericordia y proveimiento suyo que nos hace. Que pensaríamos que de nuestra cosecha lo tenemos, y el contrario es verdad; que Jacob (José?) no halló en el saco más de la copa que había puesto; y no le daríamos las gracias ni le seríamos tan gratos de los beneficios que recibimos, y El es muy enemigo de la ingratitud; que la honra guardó Dios para sí, aunque El nos quiere dar por su bondad el merecimiento, que de El es todo; y así quiere que le conozcamos y le

[31] Is. 11,1-2.
[32] Eccli. 2,1 s.
[33] Is. 54,7-8.

demos las gracias por ello. Y de aquí es que no creó Dios a Adán en el paraíso terrenal, sino fuera, y después le puso en él, para que no pensase que naturaleza se lo daba, sino que lo conociese que se lo daba Dios, y no fuese ingrato de ellos, sino que le diese gracias por ellos y a El le refiriese la merced y la honra; que a Dios poco le iba en darnos gracias y espíritu; que El no es como los señores de este mundo, que, cuando algo dan, eso tienen menos. Esta regla no ha de mirar Dios, porque, que dé mucho o que dé poco, tanto tiene así como así, ni se le apocará ni se le amenguará su estado por esto ni su tener, ni es avaro para darlo ni a ninguno lo niega, porque lo hizo con odio o que mal le quiere; que escrito está: *Porque tú amas todo cuanto tiene ser y nada aborreces de todo lo que has hecho; que si alguna cosa aborrecieras, nunca la hubieras ordenado o hecho* [34]; sino que lo hace Dios como es menester para nosotros. Que si no lo da tan abundantemente, es porque no somos capaces ni tenemos vasos para ello, y nosotros tenemos la culpa; que El querría que todos fuésemos capaces para mucho, para podérnoslo dar, como lo vemos claramente en los varones que tienen capacidad y vasos buenos y fuertes y constantes, y no los lleva cualquier viento, sino que halla Dios en ellos para que puedan recibir este licor tan grande, y así éstos reciben y les da Dios esta lluvia abundosamente; esos varones que no confían ya del agua de regadío, sino que todo lo esperan ya del cielo.

Y para que sepamos esto que todo lo da voluntariamente, que esto no solamente lo deja a nuestra consideración, pero amonéstanoslo por lo que sigue en el texto, para que se apareje el que quisiere recibirlo, y nos lo promete para más certificación nuestra, diciendo y declarando qué aparejo es menester para que nos den esta lluvia, que habemos tanto menester a su tiempo como la tierra el agua para dar fruto; que sin ella no podemos ni valemos nada; lo cual todo consiste en esto poco que sigue: *Si obedeciereis, pues, a los mandatos que yo os intimo hoy, amando a Dios vuestro Señor y sirviéndole con todo vuestro corazón y toda vuestra alma, dará él a vuestra tierra la lluvia temprana y la tardía.* Esto es lo que por fuerza ha de guardar cualquier hombre cristiano seglar, de cualquier estado, para entrar en la gloria, y por esto dijo nuestro Señor al seglar: *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos;* pero al religioso, el cual toma el camino de la perfección, dijo: *Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes y dáselo a los pobres; ven después y sí-*

[34] Sap. 11,25.

gueme [35]. Si, como veis, habéis querido subir a la vida de la perfección, no contentándoos con la vida común, y tomar el camino de su pueblo escogido, Israel, es menester que hagáis más que el seglar; que no solamente habéis de guardar los mandamientos, pero habéis de hacer lo que os añade aquí Dios; que no se contentó Dios en decir a su pueblo escogido: *Si obedeciereis a los mandatos que yo os intimo,* como hizo al seglar, pero añade de qué manera le habéis de obedecer queriendo ser de sus escogidos. Y los que quieren gozar de su lluvia, han de hacer más que el otro que está en Egipto, por lo que se sigue: *Amando a Dios vuestro Señor.* Esto también todos lo han de hacer, pero a su pueblo escogido, que ha de gozar de esta lluvia, no se contenta aún de sólo esto que en el Evangelio mandó a todos: *Amarás al Señor tu Dios y a tu prójimo como a ti mismo* [36].

Pero aquí añade de lo que más han de hacer que el seglar y a qué se obligan diciendo: *Sirviéndole con todo vuestro corazón,* no os empleando en otro servicio alguno interior de vuestro corazón ni en pensamientos que sean al contrario de vuestro hábito y de vuestro camino; *Y con toda vuestra alma;* ni consienta vuestra ánima al cuerpo ejercitarse en otro ejercicio ni servicio exterior que al de tu Dios, sino que el espíritu sea señor, y no dejéis a la sensualidad que sobrepuje al espíritu; que siempre hallaréis esta batalla en vos mientras que viviéredes en la tierra; la carne repugna al espíritu, como está escrito: *Porque la carne tiene deseos contrarios a los del espíritu, y el espíritu los tiene contrarios a los de la carne* [37]. Y por eso dice el Apóstol: *Por donde los que viven según la carne, no pueden agradar a Dios* [38]. En ninguna manera le serviréis si no sujetáis esta carne al espíritu; sino que es menester que de tal manera señoree vuestra ánima sobre la carne, que ella sea la señora, y la maceréis hasta que la sujetéis y la tengáis siempre debajo, y que viváis enteramente según el espíritu, como el mismo Apóstol os lo dice: *Porque si viviereis según la carne, moriréis; mas si con el espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis* [39]. Esto es lo que habéis de hacer: que los que están en Egipto, por fuerza se han a manera de decir, de ejercitarse en las cosas exteriores e interiores, y lo pueden hacer con muy buena conciencia, y en parte lo pueden hacer y son obligados a ello en obras que convienen al reparamiento de su vida, como mirar por su hacienda y aumentarla, para

[35] Mt. 19,17-21.
[36] Ib. 22,37-39.
[37] Gal. 5,17.
[38] Rom. 8.8.
[39] Ib. 8,13.

criar a sus hijos y para que se pueda mantener; que así se lo fué mandado de Dios: *Mediante el sudor de tu rostro comerás el pan* [40]. Pero el religioso sólo le ha de servir interior y exteriormente, y todo lo que hiciere por sólo Dios, y a El dirigir todos sus pensamientos y hechos y obras, así sus pensamientos interiores del corazón como todas sus obras exteriores de caridad en sus prójimos. A El solo referirlo todo; como que no ha menester entender ni es obligado como el seglar a entender en cosa del mundo, sino todo por Dios, sin discrepar un punto; que os obligáis a más que el seglar; que al seglar, como digo, le estarán bien algunas cosas; lo cual a vos no será lícito, aunque sea bien hecho.

Otro sacrificio habéis vos de sacrificar que el seglar, como tenemos por ejemplo en el Testamento viejo, que no era lícito al levita sacrificar el mismo sacrificio que al seglar que no era constituído para el culto divino; que al seglar érale justo sacrificar animal cortada la cola y orejas, y al levita no. ¿Qué es este animal entero sino que el religioso no ha de dejar pedazo de sí, como el seglar podía, por sacrificar? Que no quede pedazo para el mundo, como el seglar; entero le quiere Dios, no le quiere dividido; que el dividir es de los negociantes, como está escrito: *Repartiránsele los negociantes* [41], no es de religiosos; que el día que dividiéredes vuestro corazón, daos por muerto para con Dios, como está claro adonde está escrito: *Está dividido su corazón y perecerán luego* [42]. No quisieron mejor señal sino que los corazones tuviesen divididos para que los tuviesen por muertos. Esto es lo que dice el Señor, y llóralo con el profeta Joel, quejándose de los tales: *Repartiéronse mi tierra* [43]. ¿Cuál es la tierra del Señor sino nuestro corazón? Porque El quiere el corazón entero y no dividido; entero se lo habéis de dar y ofrecerle este holocausto, que todo se queme en ardor y fuego del amor de Dios y no quede nada; dejad el sacrificio para el seglar; en holocausto os habéis de ofrecer y no sólo en sacrificio; que el holocausto todo se quema, sin quedar nada, y en el sacrificio tenía parte el sacerdote; dándoos y ofreciéndoos enteramente a Dios, y no dejar ningún pedazo, sino que todo se queme en hervor de Dios.

Y de aquí es que mandó Dios en el Testamento viejo: *Porque todo sacrificio de los sacerdotes debe ser consumido con el fuego, ni comerá nadie de él* [44]. Todo se ha

[40] Gen. 3,19.
[41] Iob 40.25.
[42] Os. 10,2.
[43] Ioel 3,2.
[44] Lev. 6,23.

de quemar en hervor y amor de Dios, y nada ha de sobrar para que pueda comer alguno de él, en emplearse y sirviéndose de él para cosa del mundo. Y especialmente señala estas dos cosas, que es oreja y cola, que no faltase al animal que sacrificase el levita: que se os da a entender que estas dos cosas habéis de sacrificar y hacer principalmente en la religión, mientras que en este camino anduviéredes, que es la oreja, entendida por la obediencia, y por la cola la perseverancia del nunca cesar de todo emplearse en el servicio de Dios, no cesando en la mocedad por flojedad ni en la vejez por flaqueza o enfermedad que acuda.

Os hago saber que si os empleáis en las cosas exteriores y os metéis en cosas que no son de vuestro oficio, que seréis excluído de esta lluvia, y si guardáredes y obedeciéredes como arriba os tengo dicho, no os faltará Dios, sino que os lo promete diciendo: *Dará a vuestra tierra la lluvia,* aquella gracia y lluvia voluntaria, la que cumplirá para vuestra heredad, de la cual dice el profeta: *¡Oh Dios!, tú distribuirás una lluvia abundante y apacible a tu heredad* [45]. El tendrá cuidado de regar vuestra heredad a sus tiempos; que El os dará *la lluvia temprana* con tiempo al principio de la entrada, para que el grano se pudra con la lluvia temprana; que si el grano no se renueva, por demás saldrá el fruto, y de aquí es que dice el Apóstol: *Echad fuera toda la levadura añeja* [46], haciéndoos nuevo hombre y desechando ese hombre viejo, como está escrito: *Desnudaos del hombre viejo con sus acciones* [47], con vuestras costumbres antiguas, quitando de vos esa conversación antigua, como os lo dice el mismo Apóstol en otro lugar: *Desnudaos del hombre viejo, según el cual habéis vivido en vuestra vida pasada, y revestíos del hombre nuevo, que ha sido creado conforme a Dios en justicia y santidad verdadera* [48], no pensando, ni obrando, ni hablando sino de sólo Dios, desechando del todo las pláticas viejas ociosas, como está escrito [49]. Pero para que se renueve este hombre es menester esta lluvia temprana. Otramente no haremos nada. ¿Qué lluvia temprana será ésta sino aquella tan necesaria que renueva los hombres viejos a nuevos y los lava y los pone más blancos que la nieve? De esta lluvia habla el profeta diciendo: *Rociarásme con el hisopo, y seré purificado; me lavarás, y quedaré más blanco que la nieve* [50]. Esta es la lluvia temprana con que se lava el pecador y se hace

[45] Ps. 67,10.
[46] 1 Cor. 5,7.
[47] Col. 3,9.
[48] Eph. 4,22-24.
[49] 1 Reg. 2,3.
[50] Ps. 50,8.

nuevo hombre: aquellas primeras lágrimas amargas con que se lava de lo cometido y procura la enmienda. De esta lluvia habla el profeta en otra parte, diciendo: *Hace soplar su viento y fluyen las aguas* [51]. De estas aguas habéis de buscar al principio de vuestro convertimiento, con éstas os lavaréis y limpiaréis de lo que os ensuciasteis con esas hediondas aguas del Egipto pasadas. De esas aguas usaron todos esos santos pasados y con éstas se purificaban, y ésta es muy necesaria, y por eso la promete aquí Dios al principio; porque no podréis aprovechar sin ésta ni ir delante de ella; y de aquí es que hay tantos en las religiones que no han aprovechado, porque nunca supieron de bien mandar y buscar estas aguas tempranas; que si no os limpiáis muy bien al principio con éstas, nunca andaréis bien ni andaréis delante; que para aprovechar con Dios esto es menester, porque no entra Dios ni se aposenta en casa sucia, sino en hombre muy purificado y limpiado primero con estas aguas. No quiere Dios dar sus margaritas a los puercos [52], pues las vedó a sus discípulos que nos las diesen, ni que lo santo echasen a los perros, por que no lo ensucien; que no se quiere dar a aquéllos porque no lo tornen a vomitar, según aquello que está escrito: *Como el perro, que vuelve a lo que ha vomitado* [53]. Porque no quiere Dios a este tal tanto mal hacer, que es misericordia que le hace; que más vale que no entre en el camino de Dios si después de entrado ha de volver atrás y caer, como lo dice San Pedro: *Por lo que mejor les fuera no haber conocido el camino de la justicia que, después de conocido, abandonar la ley santa que se les había dado* [54].

Y por eso ahora habéis de rogar al principio a Dios que os dé esta lluvia primera, para que podáis aprovechar y que quepa después algo en vos de lo que Dios concede a los suyos y alcancéis la otra lluvia de más dulzor que esta otra; que no se da sino a los que bien se han renovado y desechado lo viejo; que de esto tenemos ejemplo en los hijos de Israel, que Dios no les dió el maná en el desierto hasta que primero se les acabase la harina que sacaron de Egipto; así, ni más ni menos, hará con vos. Por eso procurad de desechar y que se acabe bien primero esa harina vuestra vieja de Egipto, que son las condiciones del mundo, como os tengo dicho; y que os hagáis nuevo del todo, y, después de hecho lo sobredicho, os dará la otra lluvia que llama aquí Dios «serótina», la postrera y la tardía, con que madura el grano y da fruto, que ya después de madurados todo va fructificando

[51] Ib. 147,18.
[52] Mt. 6,7.
[53] Prov. 26,11.
[54] 2 Petr. 2,21.

y obrando obras de merecimientos en el camino de Dios y recibiendo estas lluvias gozosas y consolaciones espirituales; que ya esta lluvia tardía no es tan amarga como la primera, antes son lágrimas dulces más que el panal de la miel. Esta es la lluvia de aquel recibimiento que promete Dios en el Evangelio al que enteramente se da a El, diciendo: *Pues yo os aseguro que nadie hay que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o hijo, o heredades, por amor de mí y del Evangelio, que ahora mismo en este siglo no reciba el cien doblado por equivalente de casas, y hermanos*, etc., *y en el siglo venidero la vida eterna* [55].

En esta lluvia concede aquel *cien doblado* que aquí promete en esta vida, pagándoselo acá en que *cojáis granos*, aquel pan que se toma cada día y se recibe en la religión, aquel pan celestial, como está escrito: *Dióles a comer pan del cielo* [56], para que lo comáis en gracia con esta lluvia serótina y se os apeguen las gracias que consigo trae este pan de vida, que es el mismo Cristo, como El dice: *Yo soy el pan de vida* [57] y el vino de altísimas dulzuras de la vida contemplativa, dándoos de beber de aquel cáliz que embriaga, conviene a saber, de hervor de espíritu, del cual el salmista dice: *¡Cuán excelente es el cáliz mío, que embriaga!* [58]; mi cáliz, que embriaga, cuán excelente y cuán preclaro es. Y en otra parte declara la operación que hace este vino, diciendo: *sentí que se inflamaba mi corazón, y en mi meditación se encendían llamas de fuego* [59]. Este tiene el vino exterior, y por eso se comparó bien al vino este hervor de espíritu; que *el vino enciende el corazón y le letifica* [60], como está escrito, y suben los humos a encender la cabeza y perturbar el pensamiento. Asimismo hace esto aquel varón celestial a quien Dios lo da a beber, que se emborracha y no sabe de sí, como lo declara bien esto el profeta: *Mi corazón se inflamó, y yo quedé aniquilado sin saber por qué; y estuve delante de ti como una bestia de carga* [61]. Averiguado es que se vuelve el hombre tan fuera de sí entonces, que está hecho bestia delante de Dios como está embriagado, y lo que está dentro de sí es tan alta cosa y tan grande, que está turbado, hecho bestia y espantado fuera de sí; porque, como el hombre es tan poco y el licor que le dan es tan grande, sobrepuja y le consume. Por eso añade el salmista: *Mi carne y mi corazón desfallecen* [62]; deshízose la carne y el corazón, que no lo pudo sufrir ni sobrellevar.

[55] Mc. 10,29.
[56] Io. 6,31.
[57] Ib. 6,35.
[58] Ps. 22,5.
[59] Ib. 38,4.
[60] Ib. 103,15.
[61] Ib. 72,21-23.

De este vino hablaba la esposa en los Cantares [63]; y después de esto cogeréis también «el aceite», que es la grosura del Espíritu Santo. Que después que ha estado el alma embriagada del vino, queda grasa y untada del óleo, del cual dice el profeta: *Quede mi alma bien llena como de un manjar pingüe y jugoso* [64], y entonces loaros ha mi boca con labios de alegría. Este es el óleo que dice en otra parte: *Te ungió el Dios tuyo con óleo de alegría* [65]. Este es el óleo de gran alegría y de gran gozo y hartura: que queda siempre aquí dentro un depósito del espíritu, y este óleo hace que todas las cosas de Dios vayan hechas con gran alegría untadas con este óleo del Espíritu Santo, y todas las obras, así interiores como exteriores, son de muy gran merecimiento; éste es el depósito que deja en el ánima el Espíritu Santo después que ha entrado tan de veras en ella; éstas son las reliquias que deja depositadas. De este depósito era del que el Apóstol, escribiendo a su querido discípulo Timoteo amonestándole, decía: *Guarda ese rico depósito* [66], que no se le vaciase aquel óleo que había recibido. Este es el óleo de la conservación del ánima y lo que la sustenta continuo para que el siervo de Dios no se dé a otras cosas sino a las de Dios. Así que estas tres cosas hallaréis acá: *que vosotros tengáis que comer*, en esta vida espiritualmente; que, como está escrito, *el hombre no vive sólo de pan, sino de cualquier cosa que Dios dispusiere* [67]. Estas tres cosas dichas habéis de procurar con toda solicitud y cuidado de comer para conservaros muy enteramente en el servicio de Dios; que éstas serán el manjar de vuestra ánima, y haciendo esto no solamente os ayudaréis vos, pero a otros siervos de Dios, mostrándoles el camino. Que por estas tres cosas aumentarse han los siervos de Dios, como lo dice el profeta: *Están bien abastecidos y alegres con la abundancia de su trigo, vino y aceite* [68]: es el camino de los siervos de Dios, y por esta vida han ganado mucho y aprovechado. Asimismo, vos procurad de andar por él, dando este manjar sólo al ánima, y comiendo estos manjares *quedéis saciados*, no en esta vida, como dice el profeta: *Quedaré saciado cuando se manifestará tu gloria* [69], a la cual nos lleve.

[62] Ib. 72,26.
[63] Cant. 5,1.
[64] Ps. 62,6.
[65] Ib. 44,8.
[66] 2 Tim. 1,14.
[67] Deut. 8,3.
[68] Ps. 4,8.
[69] Ib. 16,15.

CARTAS

1. Al Revmo. P. M. Fr. Jerónimo Seripando, prior general de la Orden de San Agustín

Revmo. Padre: Después que V. Rma. Paternidad partió de España, no hemos sabido de su salud y camino hasta hoy, 22 de mayo, que nos escribió el P. Fr. Alonso de Madrid, cómo V. Rma. Paternidad había llegado a Roma sano y bueno la Semana Santa y había hablado a Su Santidad en el negocio de la unión de los beneficios para este convento de Valladolid. Y aunque no hubo efecto, estos Padres y yo besamos las manos de V. P. Rma. por el cuidado que tuvo de favorecer y procurar lo que cumple a este convento; y así le suplicamos que favorezca al P. Fr. Alonso de Madrid en este poco tiempo que resta para que este negocio haya efecto. De acá, V. P. Rma. sepa que la Provincia está muy quieta y pacífica y que de la unión de estas provincias se espera mucho fruto y ha sido para la de la Andalucía. El R. P. Provincial hace muy bien su oficio y con mucha diligencia y cuidado. Ha estado este invierno en el Andalucía y hala visitado toda, de lo cual, según dicen, se ha seguido mucho provecho, así en la reformación de las casas como en la reputación del pueblo. Yo estoy sano, bendicto Dios, con harto trabajo. Gran caridad me haría V. Rma. Paternidad si dende allá me otorgase lo que acá no quiso conceder. Con esta carta va un traslado de un breve que sacó un fraile para exentar, como lo dejó mandado que se lo enviásemos V. Pat. Rma., cuya vida Nuestro Señor guarde por muchos años para su servicio.

De este Convento de Valladolid, a 22 de mayo de 1542.

Pat. V. Rmae. filius.—Fr. Thomas de Villanova.

2. Al Revmo. P. M. Fr. Jerónimo Seripando, prior general de la Orden de nuestro Padre San Agustín

En Roma.

Rmo. Padre: *Gratia, et pax sit tibi a Domino.* No he escrito a V. Rma. P. por no ser los mensajeros ciertos y estar el camino de Roma muy ocupado; ahora se ha ofrecido

cosa en que fué menester hacer propio correo, y es: que el emperador nuestro Señor me ha elegido por arzobispo de Valencia, estando Su Majestad en Alemania con su ejército, sin haber intervenido persona que por mí hablase, sino de su propio motivo y acuerdo, estando yo muy lejos de tal pensamiento ni deseo. Ha parecido elección hecha por la mano de Dios, a juicio de muchos; y puesto que a mí me estaba mejor seguir la paz y quietud del monasterio, que había profesado, el P. Provincial me envió a mandar con censura que luego dentro de veinte horas aceptase la elección, como Su Majestad mandaba; y así no pude hacer otra cosa sino aceptarla, compelido por el mandamiento de mi mayor. Escribo esto a V. P. Rma. para que como a hijo, a quien tanta voluntad tiene, me dé su bendición y apruebe y confirme lo hecho, pues mi intención en todo ha sido no contradecir a la obediencia y a lo que nuestro Señor de mi persona ha ordenado, en quien tengo confianza que dará las fuerzas y suficiencia que para tan alto oficio y ministerio fueren menester, pues yo no pretendo otra cosa sino su santo servicio. Y confirmando Su Santidad esta elección, yo no podré entender en lo que V. P. Rma. y el Capítulo general me encomendaron de las Constituciones, porque estaré ocupado en otras cosas. Mas en todo lo que tocare al servicio de V. P. Rma. y honra y provecho de la Orden, estaré siempre muy apareiado, como hijo obedientísimo. Nuestro Señor la reverendísima persona de V. P. guarde y conserve por muchos años en su servicio y para bien de esta Orden.

De Valladolid, a 12 de agosto de 1544.

Hijo obedientísimo de V. Rma. Pat.—Fr. Tomás de Villanueva.

3.

Beatísimo Padre [1]: Las letras de Vuestra Santidad, con su sello pendiente de plomo, en las cuales me hace arzobispo y pastor de la Iglesia de Valencia, he recibido, y no sin gran temor y recelo de mi alma. Porque ¿quién no temblará de encargarse de un ministerio de tanto peso y tan peligroso como éste? ¿Y a quién no atemorizará la alteza de esta dignidad, si tiene ojos de fe y considera como debe el juicio que se le espera y una cuenta tan estrecha como la que se le ha de tomar? Sírvase nuestro Redentor Jesucristo, por su grande piedad y clemencia, de hacerme idóneo y suficiente ministro de su santa Iglesia, por quien des-

[1] El papa Paulo III (1534-59).

cendió del cielo a la tierra, para fundarla con tanta sangre como él y los suyos por ella han derramado, para que las gracias que ni puedo ni basto a dar a Vuestra Santidad con palabras por el grande amor y benevolencia que me ha mostrado, las dé en alguna manera con mis obras, ayudándole y sirviéndole con la diligencia y fidelidad que debo en el oficio que me ha encomendado. Porque estoy cierto que no habrá cosa de mayor gusto y contento para Vuestra Santidad que ver en los que llama, para que le ayuden en el gobierno y administración de la Iglesia que nuestro Señor le ha encargado y escoge para que lleven su parte de la solicitud y cuidado que tiene a su cuenta, la diligencia, fidelidad y prontitud que pide el oficio. Para esto puede decir con verdad que no me falta la voluntad y el deseo. Plegue a la divina piedad darme su gracia y fuerzas para que, como lo deseo, así lo ponga por obra.

Pero de cualquiera manera, si algunas fuerzas y suficiencia hubiera en mí, confieso llanamente deberlo todo a la grande clemencia y favor de Vuestra Santidad, y así le ofrezco que no hallará (de cuantos súbditos tiene por todo el mundo) quien con mayor conocimiento de lo que debe a Vuestra Santidad, ni con más humildad, esté pronto a obedecerle y servir en cuanto le mandare. Envío juntamente con ésta el testimonio y certificación del juramento que he hecho antes de mi consagración, como es costumbre, y Vuestra Santidad en sus letras me pide y manda. Nuestro Señor, por su misericordia, nos guarde un Padre tan piadoso y benigno como tenemos todos los fieles en Vuestra Santidad, por muchos años para todo bien, provecho y quietud de su santa Iglesia. Amén.

De Vuestra Santidad humilde y devota criatura suya.—FR. TOMÁS DE VILLANUEVA.

4.

Rme. Pater: Litteras quas ad me V. Rma. P. destinavit summa cum alacritate accepi, ex quibus perfacile cognosci poterat, non tam mihi, huius dignitatis immerito, quam P. V. gratulationem reddendam esse. Mira namque in eis totius iucunditatis, alacritatis, exultationis species apparebat; unde, etsi hucusque monachum privatum seu aliquorum curam habentem me summopere amabat, nunc excrescente auctoritate visus est amor ipse crevisse. At gratulatio haec etsi mihi probatissima quod ab optimo procedit animo, tamen mihi multo hoc iucundior, quod quamvis me dignitate adauctum cuperes, non tantam pectoris laetitiam demonstrasses, nisi divina ope confisus sperares me non omnino iniuncti ministerii officium dedecoraturum; sed, ut verum fatear, monachalem vitam, tranquillam, quietam meoque ingenio commodam considerans, huius quam ago pontificalis afficerer taedio, nisi et maiorem fructum Christi reipublicae allaturum confiderem; et non multis negotiis occupatum proximorum saluti studentem, quam intra cellam inclusum, Deo placere posse legissem, in hac praesertim Ecclesia quae diu pastoris orbata regimine, multorum vitiorum pullulatione silvescit; sed quo maior est in ea indigentia, eo vigilantiore opus est cura; unde exorandus a nobis est piissimus Christus, ut qui hanc conferre dignatus est nobis Ecclesiam, dignetur etiam ad illam regendam suam conferre gratiam, ne mihi largissimae pietatis suae donum in iudicium nostra desidia convertatur. Porro si negotiorum quidquam, religiossime pater, ad vestram paternitatem expectans, apud nos peragendum foret, diligentissime curabitur. Valeat P. V. Rma.

Ex Valentia die 24 Ianuarii. Anno MDXLV.—Fr. THOMAS DE VILLANOVA.

5. A D. FRANCISCO DE LOS COBOS

Al muy ilustre señor el Comendador mayor de León, etc.

Muy ilustre señor: Muy gran favor y merced me hace V. S. en me avisar de lo que me cumple, y siempre que V. S. lo hiciere será para mí muy gran merced. Yo, señor, siempre estuve mal con estos insultos que se hacen con favor de la corona [2], y he deseado que en esto se pusiese algún remedio, porque Dios y la justicia de esto se ofende y el pueblo recibe gran detrimento, y en esto yo seré en ayudar al Sr. Duque [3] para que los malos sean castigados, y en suplicar a Su Excelencia que así lo haga, porque poco aprovecharía la doctrina si no se ejecutase la justicia. Y así en esto como en todo lo demás que cumpliere al servicio de Dios y de S. M. y buena gobernación de aquel reino, sin que S. A. me lo mande, estaré yo muy obediente y conforme a lo que S. E. ordenare y mandare.

Y conociendo que los oficiales que allá hay no son a este propósito, he procurado y procuro de buscar un provisor muy calificado en vida y ciencia y experiencia, y he suplicado al R. Sr. Cardenal de Toledo, que tiene mucha noticia de estos canonistas, me favorezca en que se busque

[2] Alude el Santo al clero del reino de Valencia, de quien se decía que amparaba a personas que no lo merecían a causa de sus delitos.

[3] Don Fernando de Aragón, duque de Calabria, virrey de Valencia.

una persona cual convenga, y no se halla persona desocupada cual deseo; mas de los que se pudieren haber se escogerá el más hábil y suficiente; que esto cumple mucho a mi conciencia y descanso.

He mucho holgado de ver las escrituras que V. S. me dió, y esto muy bien con la provisión que S. M. hizo del señor Obispo de Segovia [4], y cierto era menester proveer de una persona tal como es el Sr. Obispo, y que tanta inteligencia tuviese de aquellos nuevos cristianos para su remedio y para su doctrina y para la nueva institución de aquellas rectorías, y persona que no entendiese en otra cosa; y para mí es muy grande alivio y descanso estar así proveído, porque me quita de mucho cuidado y trabajo y deja libertad para la doctrina y gobernación espiritual de los otros cristianos. Y el Sr. Obispo es muy antiguo señor y amigo mío, y conocémonos mucho; porque, antes que yo fuese fraile, ambos fuimos colegiales y lectores en el colegio de Alcalá, y en todo lo que S. S. ordenare estaremos muy conformes.

En lo de las armas [5] veo que todos los pareceres están conformes en que se quiten, aunque el modo es dificultoso y peligroso; entre tanto que esto no se hiciere, pienso que aquel reino no estará seguro.

Nuestro Señor en todo encamine a vuestra muy ilustre señoría, y su vida guarde y conserve para que en esto y en todo lo demás provea lo que cumple a su servicio y bien de estos reinos. Las escrituras dará este mensajero a vuestra señoría.

De este monasterio de Nuestra Señora del Pino, a 8 de septiembre de 1544.

De vuestra muy ilustre señoría muy cierto capellán.—FRAY TOMÁS DE VILLANUEVA.

6. A FELIPE II

Al muy alto y muy poderoso Príncipe nuestro Señor.

Muy alto y muy poderoso Señor: Recibí la carta de V. A. de 8 del presente, y con ella muy gran merced y beneficio en excusarme por ahora la ida del concilio, no tanto por el trabajo, porque de muy buena voluntad lo pasara para cosa tan santa y tan importante a la fe y religión cristiana, mas por el daño y perjuicio grande que esta diócesis recibiera ahora en el principio con mi ausencia, porque cierto tiene gran necesidad de prelado que resida, no solamente por los nuevos convertidos, mas para todo el otro pueblo cristiano, según creo que V. R. A. estará muy bien informado. Y si adelante pareciere a V. A. que, no embargante todo esto debo de ir, yo estaré aparejado, y aparejado como por su carta me es mandado. Los poderes que V. A. manda que se envíen para los obispos de Lérida y de Huesca para el concilio, van juntamente con ésta, uno mío y otro de los dos abades de San Bernardo. El obispo de Mallorca está en Roma, y el de Cartagena está con V. A.; y no hay más sufragáneos que hayan de enviar poder.

En lo del cargo de los nuevamente convertidos que V. A. manda que acepte, porque S. M. manda que el Obispo de Segovia vaya al Concilio, mil veces beso las manos de V. A. por la confianza que de mí tiene. En esto y en todo lo que V. A. más mandare obedeceré de muy buena voluntad, como soy obligado como a Príncipe y Señor, y mucho más por la muy gran voluntad que V. A. siempre me ha mostrado; mas tengo temor que por estar esta gente tan perdida y tan obstinada en su mala secta, y el cargo ser tan grande y tan importante, y yo tan ocupado en el regimiento del arzobispado, que no bastaré para todo, porque estos nuevamente convertidos, según lo mucho que hay que hacer en su reformación, tienen necesidad de una persona más hábil y más experimentada que yo y desocupada, que no entienda en otra cosa sino en su gobernación. Mas, pues V. A. lo manda, yo probaré y pondré en esto toda diligencia posible, según mis fuerzas y suficiencia, y si no bastare, adelante V. A. proveerá, si fuere servido, de una persona cual conviene a este cargo, que me ayude.

Las cosas de este arzobispado, gloria a Dios, parece que llevan buen principio y dan alguna esperanza que con su ayuda y favor se hará fruto si este reino está quieto y pacífico. Guarde y conserve nuestro Señor la vida de V. A. por muy largos tiempos para bien y conservación de estos reinos.

De Valencia, 20 de marzo de 1545.

De V. R. A. menor capellán.—Fr. THOMAS, *Archiepiscopus Valentinus*.

7. A FELIPE II

Al muy alto y muy poderoso el Príncipe nuestro Señor.

Muy alto y muy poderoso Señor: Recibí la carta de V. A. de 22 de abril, y luego procuré de buscar los memoriales que antes se habían hecho para el concilio, y no se pu-

[4] Don Antonio Rodríguez, nombrado obispo de Segovia en 1513 y muerto en 1549.

[5] Sobre quitar las armas a los moriscos.

dieron haber, porque, según dicen, si alguna congregación se hizo, fué en tiempo que Micer Rubio era oficial en esta diócesis, y como murió no se puso recaudo en las escrituras que tenía, y así se perdieron. Yo procuré luego de juntar la congregación que V. A. mandó hacer, donde se hicieron estos memoriales, que van juntamente con ésta, de las cosas que parece que se deben proveer en el concilio para el bien de esta diócesis y de otras. Plega a nuestro Señor que el buen celo de V. A. haya efecto.

En lo que toca al negocio del Obispo de Segovia, pues por su indisposición cesa por ahora su ida al concilio, pienso que aprovechará su presencia para la gobernación de los nuevamente convertidos, y si adelante otra cosa se ordenare, yo siempre con muy crecida voluntad estaré aparejado para todo lo que mandare y ordenare V. A., cuya vida nuestro Señor guarde y conserve para bien y aumento de estos reinos.

De Valencia, 7 de mayo de 1545.

De V. R. A. menor capellán.—Fr. THOMAS, *Archiepiscopus Valentinus.*

8. A D. FRANCISCO DE LOS COBOS

Al muy ilustre señor el Sr. Comendador mayor de León, etc.

Muy ilustre señor: Recibí la carta de V. S. de 21 de abril, y no sé con qué podría servir a V. S. la muy buena voluntad que muestra y el contentamiento que tiene de nuestras cosas. Plega a nuestro Señor que pueda yo responder en algo a la intención de S. M., que tan sin merecerlo me puso en este cargo.

En lo que toca a las escribanías, yo, señor, hallé en esta nuestra audiencia los derechos tan crecidos, que no sé cómo el pueblo lo podía tolerar, y los he abajado mucho, y he sacado de arrendamientos las escribanías, y hase hecho nuevo arancel y tabla de todo lo que se ha de pagar; de lo cual esta diócesis ha sido muy edificada y aprovechada, y, según creo, nuestro Señor muy servido. Yo tengo por cierto que S. M. holgará más de esto, que no que con perjuicio del pueblo se den a nadie; y así suplico a V. S. lo tenga por bien. Cuya muy ilustre persona y estado nuestro Señor guarde y prospere por largo tiempo.

De Valencia, 7 de mayo de 1545.

A servicio y mandado de V. S.—FR. THOMAS, *Archiepiscopus Valentinus.*

9. AL EMPERADOR CARLOS V

A la Sacra, Cesárea, Católica Majestad, Rey y Emperador nuestro Señor.

S. C. C. M.: Recibí la carta de V. M. de 5 de mayo, por la cual me manda que, vista, luego me ponga en orden y apareje, y con toda brevedad me parta para el concilio que se celebra en Trento. Mil veces beso las reales e imperiales manos de V. M. por el crédito y confianza que de mi persona tiene en ponerme en cosa tan importante al bien de toda la Iglesia y de nuestra fe católica; y puesto que yo soy entrado en edad y tengo algunas indisposiciones para tan largo camino, sabiendo que ésta es la voluntad de V. M., pospuestas todas las cosas que podrían dar impedimento, luego sin ninguna dilación procuraré todas las cosas necesarias para mi camino, y lo más presto que pudiere me partiré e iré por Francia e Italia, como V. M. manda, dándome Dios salud; y según creo, por mucha priesa que me dé en procurar lo necesario, no podrá ser la partida hasta el principio de septiembre, y si antes pudiere, procurarlo he con toda diligencia, pues así cumple al servicio de V. M. Y en esta jornada de ninguna cosa tengo pena sino de la mucha falta que se hará en esta diócesis con mi ausencia, por la mucha necesidad que tenía de prelado y el provecho que se mostraba en este principio de nuestra visitación; mas, pues Dios ordena otra cosa y V. M. lo manda, esto debe ser lo mejor. Prospere nuestro Señor y guarde la vida de V. M. para bien de la Iglesia y conservación de sus reinos.

De Valencia, 8 de junio de 1545.

De vuestra S. C. C. M. menor capellán.—FR. THOMAS, *Archiepiscopus Valentinus.*

10. A FELIPE II

Al muy alto y muy poderoso el Príncipe nuestro Señor.

Muy alto y muy poderoso Señor: Recibí la carta de V. A. de 4 de junio con la de S. M., en la cual me manda que me apereje luego para ir al concilio que se celebra en Trento. Yo conozco la muy señalada merced que V. A. me hace en procurar de excusarme de este camino y trabajo; mas, pues la voluntad de S. M. es que vaya, procuraré luego sin ninguna dilación de cumplir el mandamiento de S. M. y de V. A. y de proveer las cosas necesarias para el camino; y por mucha diligencia que se ponga, según creo,

mi partida no podrá ser hasta el principio de septiembre; y también se dará orden de llevar conmigo algunos teólogos, los más doctos que yo pudiere haber, como S. M. manda. Y puesto que yo soy entrado en edad y tengo algunas indisposiciones para camino tan largo, y estoy harto adeudado con la expedición de las bulas de este arzobispado, de ninguna cosa siento pena sino del daño muy grande que esta diócesis ha de recibir con mi ausencia, porque cierto se mostraba algún fruto con esta visitación que había comenzado a hacer, y prosiguiéndola se esperaba muy mayor; mas, pues Su Santidad y S. M., siendo ya informados de la necesidad de esta diócesis, mandan que vaya esta jornada, esto debe ser lo mejor; y así con toda voluntad lo cumpliré. Nuestro Señor guarde la vida de V. A. para bien y conservación de estos reinos.

De Valencia, 8 de junio de 1545.

De V. R. A. menor capellán.—Fr. THOMAS, *Archiepiscopus Valentinus.*

11. AL EMPERADOR CARLOS V

A la Sacra, Cesárea, Católica Majestad, Rey y Emperador nuestro Señor.

S. C. C. M.: Una carta de V. M. de 5 de mayo recibí a 7 de junio, en la cual me manda que luego dé orden en mi partida para ir al concilio que se hace en Trento, y luego escribí a V. M. que iría de buena voluntad, y estoy aparejando las cosas necesarias para mi partida, y, como escribí, por no estar apercibido, la partida no podrá ser hasta principio de septiembre; y si antes pudiere ser, lo procuraré. Después acá he sabido que los estamentos de esta ciudad y reino despachan un correo para suplicar a V. M. sea servido de mandarme quedar, porque les parece que mi residencia en este arzobispado hará provecho. Yo, con todo esto, doy toda la prisa posible a mi partida, y quedo esperando lo que V. M. mandará, porque tengo por muy cierto que aquello será lo más acertado. Guarde y conserve nuestro Señor la imperial persona de V. M. para bien y conservación de estos sus reinos.

De Valencia, a 19 de junio de 1545.

De V. S. C. C. M. menor capellán.—Fr. THOMAS, *Archiepiscopus Valentinus.*

12. A FELIPE II

Al muy alto y muy poderoso el Príncipe nuestro Señor.

Muy alto y muy poderoso Señor: Aunque, según creo, el licenciado Gasca habrá ya informado a V. A. de las cosas de Valencia, por cumplir yo con lo que soy obligado, me parece escribir dos cosas que es menester remediar: la una es que después que en esta ciudad y diócesis se comenzó a hacer justicia en el foro eclesiástico, luego se conoció la mejoría de los insultos que antes se solían hacer; mas ahora los delincuentes, visto que les era cerrado aquel portillo, han buscado otro para cometer sus delitos, que es acudir al Papa y traer breves y jueces apostólicos, que dicen de manga, y con esto pertúrbase la justicia, y viene mucho daño a la república de Valencia. La otra es el desasosiego de estos nuevos cristianos, porque después que vino el Rey de Argel están muy alborotados, y hanse pasado muchos a Africa. En esto esta ciudad ha puesto algún remedio, como V. A. estará ya informado. En lo primero será menester proveer como mejor visto fuera a V. R. A., cuya vida nuestro Señor guarde por largo tiempo para bien de estos reinos.

De Valencia, 12 de octubre de 1545.

De V. R. A. menor capellán.—Fr. THOMAS, *Archiepiscopus Valentinus.*

13. A D. FERNANDO DE ARAGÓN, DUQUE DE CALABRIA, VIRREY DE VALENCIA

Al muy excelentísimo Sr. Duque de Calabria.

Muy excelente señor: A todos es notoria la necesidad que S. M. tiene y el riesgo en que ha puesto su persona y vida por defensión de la fe católica y de la Iglesia, y así todos los prelados tenemos obligación a le servir y ayudar con todo lo que pudiéremos, pues para sustentar tan gran ejército no bastan las rentas de S. M.; y por esto, no obstante la necesidad extrema que yo tengo por los gastos que se han hecho en la expedición de las bulas y en poner casa el año pasado, que pasan de once mil ducados, de muy buena voluntad, como soy obligado y debo, me volveré a empeñar de nuevo por servir a S. M. y a S. A. en tanta necesidad y en obra tan pía y católica, con la mayor parte de los seis mil ducados que pudiere, tomándolos a cambio o por otra vía, con toda la brevedad posible, y los que aquí se pudieren haber se darán a quien V. E. mandare,

y lo demás tomará a cambio en la feria de Medina, pues viene tan cerca, y se dará a quien S. A. mandare; y el mercader que los hubiere de dar acudirá al Corregidor de la dicha villa para saber a quién los manda dar S. A. Guarde nuestro Señor en su santo servicio la muy excedente persona de V. E.

De Valencia, a 25 de octubre de 1546.

De V. E. muy servidor y capellán.—Fr. THOMAS, *Archiepiscopus Valentinus.*

14. A FELIPE II

Al muy alto y muy poderoso Señor el Príncipe nuestro Señor.

Muy alto y muy poderoso Señor: Del concilio me ha escrito el Obispo de Huesca, que tiene nuestra procuración, que proceden contra mí y me han acusado la rebeldía por no haber ido al concilio. V. A. sabe muy bien que yo, aunque viejo y puesto en edad que bastara para me excusar de esta jornada, no he ido por la ordenación de S. M.; y muchas cartas he escrito a S. M. y a V. A. que siempre que mandaren ir, dejadas todas las cosas, iré de muy buena voluntad, teniendo por cierto que Su Santidad y Su Majestad tenían orden dada de los prelados que habían de ir y de los que habían de quedar; y pues esto es así, cosa justa es que V. A. escriba a S. M. que mande responder por mí y por los otros prelados que hemos dejado de ir al concilio por su mandamiento y ordenación; porque siempre que S. M. me mandare ir, como hasta aquí he escrito, estoy aparejado para cumplir su mandamiento; y no es justo que por obedecer a S. M. recibamos detrimento sus servidores y capellanes. Nuestro Señor la vida de Vuestra Real Alteza guarde en su servicio.

De Valencia, 10 de marzo de 1547.

D. V. R. A. menor capellán.—Fr. THOMAS, *Archiepiscopus Valentinus.*

15. A FELIPE II

Al muy alto y muy poderoso Señor el Príncipe nuestro Señor.

Muy alto y muy poderoso Señor: El Obispo de Huesca, que tiene mi procuración en el concilio, me ha escrito que proceden contra mí y me han acusado la rebeldía por no haber ido al concilio. Vuestra Alteza sabe muy bien que yo siempre he estado aparejado para ir, y así lo he escrito a S. M. y a V. A., y por su mandado y ordenación ha cesado nuestra ida. Y pues esto es así, cosa justa es que S. M. mande responder por los otros prelados y por mí en el concilio, que por su ordenación y mandado hemos dejado de ir, teniendo por cierto que lo que S. M. manda es orden y voluntad de Su Santidad. Y así humildemente suplico a V. A. mande escribir a S. M.

Después que se fué el Obispo de Segovia, estos nuevos convertidos están muy sueltos; cada día se atreven más a hacer sus ceremonias moriscas públicamente, porque, con la comisión que tiene el dicho Obispo de Su Santidad, los inquisidores y yo tenemos las manos atadas para entender en su corrección, y de parte del Obispo no hay aquí persona que entienda en ello. Suplico a V. A. mande proveer en ello de manera que venga presto alguna persona con comisión del Obispo para entender en esto, o se tome otro corte cómo estas ánimas se remedien; y pues son bautizados, no vivan públicamente como moros.

También quiero informar a V. A. cómo este mes pasado han venido unas tres o cuatro galeras de Argel y han tomado en esta costa más de cien personas. Es muy grande afrenta que aquel Reyecillo a un reino tan grande y tan poderoso como España, a su salvo, les corra la costa, y lleve las gentes sin haber resistencia ni quien lo contradiga; porque cierto en esto hay muy mala orden y muy mal recaudo. V. A. se informe y mande proveer en ello de manera que se quite esta servidumbre, que es tanto en ofensa de Dios e injuria de estos reinos. Nuestro Señor la vida de V. A. guarde para bien y acrecentamiento de estos reinos en su servicio.

De Valencia, a 12 de abril de 1547.

De V. R. A. menor capellán.—Fr. THOMAS, *Archiepiscopus Valentinus.*

16. DE SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA Y DE D. JUAN GAYS, CANÓNIGO DE VALENCIA, A FELIPE II

Al muy alto y muy poderoso Señor el Príncipe nuestro Señor.

Muy alto y muy poderoso Señor: Recibimos las cartas de V. A. y luego juntamente entendimos en cumplir sus Reales mandamientos; y de lo que hallamos que hasta ahora está hecho cerca de la fundación y dotación de las rectorías de los nuevamente convertidos e instrucción de ellos, y del colegio que se ha de fundar para sus hijos, y también de lo que parece que sería bien proveer en el mismo negocio para adelante, enviamos a V. A. la infor-

mación juntamente con esta carta. Y porque hay mucha necesidad de remedio, suplicamos a V. A. mande luego proveer de persona cual conviene para el dicho cargo, porque estos nuevamente convertidos viven muy sueltamente y sin temor en los ritos y ceremonias de su secta, a causa de no haber persona que tenga cargo de ellos. Guarde nuestro Señor y conserve la vida de V. R. A. por muchos años a su servicio.

De Valencia, a 10 de noviembre de 1547.

De V. R. A. menores capellanes.—Fr. THOMAS, *Archiepiscopus Valentinus;* el canónigo de Valencia JUAN GAYS.

La información que va con esta carta es como sigue:

Información de las nuevas rectorías y del colegio de los nuevos convertidos de la ciudad y diócesis de Valencia.

Lo que se ha hecho acerca de la erección, fundación y dotación de las rectorías de los nuevamente convertidos y del colegio de los niños, es lo siguiente:

Hase comprado una casa con huerto grande, donde ahora están treinta niños y el rector y dos personas que los enseñan, y la dicha casa está en título de colegio.

Item, se han erigido y fundado ciento cuarenta y seis rectorías nuevas, y a cada una se ha dado de dotación treinta libras, las cuales se pagan parte de los dos mil ducados que están dismembrados del arzobispado de Valencia, y parte de primicias, y parte de lo que contribuyen pabordías, dignidades y otros beneficios.

Item, se nombraron rectores para las dichas rectorías, las cuales provee y cuela el Ordinario cuando vacan.

Item, se hicieron ciertas constituciones y ordenaciones impresas para los rectores y para la administración de los nuevamente convertidos, y también se imprimió la doctrina cristiana para instrucción de los susodichos.

Item, se pusieron en muchos lugares alguaciles para que ejecutasen las dichas ordenaciones y compeliesen a los nuevamente convertidos a venir a misa y vivir cristianamente.

Item, se enviaron predicadores para que enseñasen la fe católica a los dichos convertidos, y bautizasen y administrasen los sacramentos, y viesen cómo se regían las nuevas rectorías, aunque éstos duraron poco.

Item, se nombró colector de las rentas de las ólim mezquitas, y se dió orden en lo que se había de gastar.

Item, se nombró colector de los dos mil ducados y de las otras rentas de dotación de las dichas rectorías, aunque no usó enteramente de su oficio por ser impedido por las personas interesadas, y fué confirmado con privilegio de Su Majestad.

Lo que parece que de nuevo se debe proveer para la buena administración de los dichos nuevamente convertidos, es lo siguiente:

Primeramente, que el colegio de los niños poco a poco se edifique; hase de ver de dónde se podrá hacer el dicho edificio.

Item, es menester que las dichas rectorías nuevamente erigidas y los lugares donde están, sean personalmente visitadas por el que tuviere cargo de ellos juntamente con el visitador del arzobispado; porque hay mucha necesidad de la dicha visitación, así para ver si las dichas rectorías están bien señaladas, porque cuando las instituyeron y fundaron no se vieron los dichos lugares sino por relación e información (las señalaron con intención que cuando se visitasen se vería lo que se debiese de entender), como para la corrección y doctrina de los dichos convertidos, y para saber si los rectores residen y hacen lo que son obligados y viven honestamente, y para ver las iglesias si están bien reparadas y tienen ornamentos, y saber y averiguar qué rentas hay de las ólim mezquitas y en qué se gastan, y otros muchos provechos que resultarán de la dicha visitación.

Item, porque el breve que se concedió al Obispo de Segovia vino muy limitado, especialmente en dos cosas: la una, que no pueda absolver de las apostasías y herejías cometidas con los dichos convertidos sin guardar la forma jurídica sino hasta un año después del día que se concedió el dicho breve; la segunda, que esta absolución no la puede hacer sin que el reo abjure *de vehementi* a lo menos en secreto, lo cual no hará ningún convertido, es menester que de nuevo se alcance facultad más extendida para la persona que ha de tener la dicha administración, y otro breve muy extenso y copioso para que, considerando que esta gente fué convertida casi por fuerza y que no han sido instruídos en la fe, y que por la continua conversación de los moros de Argel están muy rebotados en las cosas de la religión cristiana, que por estas causas y otras semejantes Su Santidad diese plena facultad a la dicha persona para corregir y castigar las dichas apostasías y herejías y absolver de ellas por veinte años, por la mejor vía y manera que le pareciese, no guardada la forma del derecho, y para hacer perdón general y particular de las dichas apostasías y herejías cometidas o comitendas en el dicho tiempo de los veinte años sin limitación alguna, y para poder con ellos dispensar de algunos grados de consanguinidad y afinidad para matrimonio *contracto y contrahendo* dentro del dicho tiempo; y para eregir rectorías de nuevo o mudar lo que está hecho en las dichas rectorías si le pareciese que cumple, y generalmente para todas las otras cosas que hasta ahora se han concedido al cardenal de Sevilla D. Alonso

Manrique, que haya gloria, y al Obispo de Segovia para esta administración, y para poder subdelegar y cometer sus veces en todo lo susodicho.

Item, será bien para la seguridad de los que han de instruir y enseñar la fe a los dichos convertidos, y para sujetarlos y humillarlos a recibir la doctrina cristiana, quitarles las armas, a lo menos los arcabuces y ballestas, y esto también convendría mucho para la seguridad del reino y de los caminos.

Item, es muy necesario para la reformación de esta gente cerrarles las puertas de Argel y dar orden que la costa se guardase por mar, como dicen que está proveído.

Item, porque los dichos convertidos viven muy suelta y profanamente sin temor, públicamente guardando los ritos y ceremonias moriscas, hase de proveer cómo sean reformados y reducidos a guardar la fe católica, a lo menos en lo exterior, y encargarse mucho al que tuviere cargo que lo provea y que Su Alteza le dé provisiones contra los señores de los lugares que favorecen a los dichos moriscos e impiden a los rectores y alguaciles que no les compelan a ir a misa y a guardar lo que son obligados.

Item, porque los rectores sirven muy mal las dichas rectorías y no residen en ellas, y algunos viven disolutamente por no ser frecuentemente visitados, es menester que Su Alteza encomiende esto al que tuviere cargo para que provea en ello.

Item, y asimismo es necesario averiguar y liquidar las rentas de las ólim mezquitas, porque están usurpadas muchas de ellas, según se dice, y dar orden cómo de las dichas rentas las iglesias de los lugares de los nuevos convertidos sean reparadas y edificadas y proveídas de ornamentos.

Item, es menester dar orden cómo los dichos convertidos sean instituídos en la fe católica por vía de los rectores y de predicadores, porque de aquí adelante, si erraren, no pretendan ignorancia y puedan ser castigados.

Item, sería bien que S. A. escribiese a las villas reales y a los señores de los dichos convertidos para que tuviesen cargo de favorecer la dicha reformación y a los que entienden en ella; porque ninguno es más parte ni puede tanto aprovechar a la dicha reformación como son los señores de los dichos convertidos, y podrían venir las cartas con los sobrescritos en blanco, para que se enderezasen a quien conviniere.

Item, por ausencia del Obispo de Segovia es menester que el que trajere este cargo tome cuenta a los receptores y colectores de los dos mil ducados dismembrados del arzobispado y de la otra renta, de cómo se ha gastado hasta ahora y de aquí adelante, con poder de dar carta de pago y fin y quito, y provea cómo los dichos rectores sean a un tiempo pagados sin molestia y sin esperar la paga.

Item, porque el Obispo de Segovia aplicó la tercera parte de los dichos dos mil ducados al colegio de los niños, hállase que, quitada la dicha tercera parte, faltan para la dotación de las dichas rectorías, según que está hecha a treinta libras, ciento seis libras, trece sueldos y once dineros, es menester que el que trujese el cargo vea si puede quitar algo de la dicha tercera parte del colegio para suplir esta falta, porque de otra parte no hay de donde se pueda cumplir.

Item, porque algunas personas eclesiásticas no han querido contribuir lo que les fué señalado para la dotación de las dichas rectorías, y a esta causa algunas rectorías no están cumplidamente dotadas por no querer pagar las susodichas personas a los rectores lo que les cabe, es necesario que S. A. provea cómo sean compelidos a contribuir como los otros eclesiásticos lo que les fuere señalado.

Y porque la llave de este negocio está en que la persona que ha de tener cargo de él sea persona prudente y diligente y celosa del servicio de Dios y de la salvación de estas ánimas, cumple mucho que S. A. vea a quién se debe encomendar este cargo.

17. A Carlos V

S. C. C. M.: Por otras dos cartas he escrito a V. M. el impedimento que tengo para no poder ir al concilio por ciertas indisposiciones corporales, allende de la edad, especialmente una que del todo impide y estorba caminar tan largo camino, como Micer Angel de Bas, portador de la presente, más por extenso informará, si V. M. de esto quisiere ser informado. Ahora escribo la presente para suplicar a V. M. se acuerde de estos moriscos que están del todo perdidos sin orden y sin concierto, como oveja sin pastor, y tan moros como antes que recibiesen el bautismo; y la causa es no haber acá facultad para poderlos corregir y reprimir de las ceremonias y ritos moriscos que públicamente hacen sin temor ni recelo de ser castigados. Humildemente suplico a V. M., como por otras muchas cartas he suplicado, mande proveer en ello como fuere más servido, enviando persona que tenga cargo de ellos con autoridad apostólica, o remitiéndolos a la Inquisición como primero, o alcanzando facultad de Su Santidad para que el Ordinario tenga cargo de ellos y los castigue con moderación, como cumple, de sus apostasías, aunque este remedio postrero no me parece tan bueno como los otros dos, porque

hay necesidad de especial cuidado, y, según creo, el Ordinario no bastaría para todo. En lo que toca a esta ciudad y reino, V. M. está ya bien informado la necesidad que hay de justicia y gobierno, y tengo por cierto que proveerá de tal Visorrey que todo lo remedie. Guarde nuestro Señor y conserve por largos tiempos la vida e imperial persona de V. M. en su servicio.

De Valencia, a 14 de marzo de 1551.

De V. S. C. C. M. menor capellán.—Fr. THOMAS, *Archiepiscopus Valentinus.*

18. A CARLOS V

S. C. C. M.: Recibí la carta de V. M. de 14 de abril, a 4 de mayo, y mil veces beso los pies y manos de V. M. por la buena reputación y opinión que de mis letras y persona tiene, aunque yo no soy digno de tanto favor, y pésame gravísimamente que no pueda responder por la obra a tan grande obligación, y al deseo que tengo de servir a Dios y a V. M. en esta jornada tan santa del concilio de Trento, por mi indisposición y edad, sin mucho riesgo y peligro que de mi persona, como por otras dos cartas he escrito a V. M.; y si pudiera yo, no esperara segundo mandamiento, porque gran ingratitud mía fuera no cumplirlo luego pudiendo.

Cuando pude ir, V. M. se acordará cuán de buena voluntad me ofrecí dos veces que fuí llamado; y pues Dios lo ha ordenado así que después he incurrido estas indisposiciones que me estorban el camino, suplico a V. M. sea servido de aceptar mi excusa tan legítima y forzada, y por que conste a V. M. de esta indisposición y enfermedad, envío con ésta un testimonio, el cual también se ha enviado al concilio de Trento para excusa de mi ausencia. Nuestro Señor la vida e imperial persona de V. M. guarde y conserve por muchos años en su servicio.

De Valencia, a 5 de mayo de 1551.

De V. S. C. C. M. menor capellán.—Fr. THOMAS, *Archiepiscopus Valentinus.*

19. A FELIPE II

Al muy alto y muy poderoso el Príncipe nuestro Señor.

Muy alto y muy poderoso Señor: D. Juan, Viceteniente general, escribe largo a V. A. el peligro que tiene este reino y el muy gran recelo que se tiene que la armada del Turco desembarque en él. El peligro es grande y el apercibimiento muy poco. Suplico a V. A. provea luego en ello como en cosa que tanto va, como por otra carta he escrito más largo con un pariente mío pocos días ha. Nuestro Señor la vida de V. A. guarde por largos tiempos para bien de estos reinos en su servicio.

De Valencia, a 15 de agosto de 1551.

De V. R. A. menor capellán.—Fr. THOMAS, *Archiepiscopus Valentinus.*

20. A FELIPE II

Al muy alto y muy poderoso señor el Príncipe nuestro Señor.

Muy alto y muy poderoso Señor: D. Miguel Vich, canónigo de esta iglesia, va enviado por este reino a informar a V. A. de muchas cosas que son necesarias para la defensión, gobernación, reformación y buen estado de este reino. Suplico a V. A. le oiga y mande proveer en ello como cumple al servicio de V. A. y bien de este reino, y de mi parte informará de algunas cosas importantes que lleva en un memorial; y también suplico a V. A. las oiga y provea con la brevedad que es menester. Y mil veces beso pies y manos de V. A. por aceptar mi excusa de no ir al concilio, aunque ella es muy verdadera y legítima; que en verdad, si me atreviera a ir donde V. A. está, por ser las cosas tan importantes a este reino y diócesis, yo fuera en persona y no las cometiera a otro; y si adelante me hallare en disposición de ir, lo procuraré, aunque sea con algún detrimento de mi salud. Otras cosas particulares hay que tocan al bien y regimiento de este reino, de las cuales V. A. será informado adelante cuando tuviere más lugar, habiéndolas comunicado primero con el Visorrey que V. A. enviará. Guarde nuestro Señor y conserve la vida de V. A. por largos tiempos en su servicio.

De Valencia, a 12 de septiembre de 1551.

De V. A. menor capellán.—Fr. THOMAS, *Archiepiscopus Valentinus.*

21. A FELIPE II

Al muy alto y muy poderoso el Príncipe nuestro Señor.

Muy alto y muy poderoso Señor: Mil veces beso las manos de V. A. por el cuidado y voluntad que tiene de remediar las faltas de este reino, como el canónigo D. Miguel Vich me dijo de parte de V. A. Ahora, por hacer lo que debo y soy obligado, me parece informar a V. A. que cum-

ple mucho para este reino, así para la justicia como para el gobierno, que el Regente de la Rota sea extranjero, persona de autoridad y letras y conciencia; porque esta gente valenciana en las cosas de justicia tiene muy grande respeto a sus parientes, amigos y naturales, y así no hace justicia, ni el Visorrey que viniera la podría hacer, porque ha de seguir el parecer de la Rota. Y si también, juntamente con el Regente, otros dos o tres de la Rota fuesen extranjeros, sería muy mayor provecho para este reino. Escribo esto en esta coyuntura, porque ahora está suspensa la Regencia, y se podrá proveer como pareciese a V. A. sin escándalo y sentimiento. Y de otras cosas particulares que cumplen a este reino, yo enviaré persona que largamente informe a V. A., porque hay gran necesidad y este reino está muy perdido. Nuestro Señor la vida y real persona de V. A. guarde y conserve por muchos años para bien de este reino en su servicio.

De Valencia, a 17 de enero de 1552.

De V. R. A. menor capellán.—Fr. THOMAS, *Archiepiscopus Valentinus.*

22. A FELIPE II

Al muy alto y muy poderoso el Príncipe nuestro Señor.

Muy alto y muy poderoso Señor: D. Juan de Villarasa, Regente general, me dió una carta de V. A., y doy muchas gracias a nuestro Señor de ver el celo que V. A. tiene a la justicia, y que los delitos sean castigados; el cual en los reyes y príncipes es la virtud, después de la fe, más necesaria y más encomendada, y que V. A. está muy informado cuán perdido está este reino por no haber justicia. Lo cual humildemente suplico a V. A., por lo que soy obligado y el cargo que tengo, mande proveer en la venida del Visorrey, con mucho acuerdo y consejo, como cumple al bien de esta ciudad y reino. Y en lo que V. A. manda cerca del delito de D. Manuel Sanoguera, yo disimularé lo que pudiere, conforme al mandamiento de V. A., aunque la disimulación no puede ser mucha guardando los sagrados cánones. Y por esto para el remedio general de éste y de otros casos semejantes que, por falta de justicia, muy ordinariamente se cometen en la ciudad, con el deseo que tengo de servir a Dios y a V. A., con este padre envío una información secreta de lo que me parece que debería proveer en este reino, así en este caso como en otros artículos que tocan a la justicia y buena gobernación de él, para que, oída V. A., provea aquello que fuere servicio de Dios y de S. M. y suyo. Cuya vida y real persona nuestro Señor guarde y conserve por largos tiempos en su servicio.

De Valencia, 1.° de febrero de 1552.

De V. A. menor capellán.—Fr. THOMAS, *Archiepiscopus Valentinus.*

23. A FELIPE II

Al muy alto y muy poderoso el Príncipe nuestro Señor.

Muy alto y muy poderoso Señor: Acá se ha dicho que el Duque de Maqueda venía a este reino por Visorrey, de lo cual ciudad y reino tenía mucha consolación y alegría por la extrema necesidad que hay de tal persona que lo gobierne y haga justicia, especialmente en este tiempo tan peligroso. No sabemos a qué causa se ha dilatado su venida. Yo tengo creído que todo cuanto se proveerá en esas Cortes no importa a este reino tanto como la provisión de Visorrey. Suplico a V. A., pues sabe la falta que hay, se acuerde de este su reino y lo mande luego proveer, porque, si algún alboroto se sigue, todo se perdería, porque no hay cabeza a quien mirar; y aunque muchas veces he escrito esto a V. A., no puedo dejar de ser importuno en suplicar esto, por el cargo que tengo y por lo mucho que debo al servicio de Dios y de V. A. Y tengo por muy cierto que si constase a V. A. en particular como a los que acá estamos, la perdición de este reino y la poca justicia que hay, mucho antes lo hubiera proveído, aunque, estando los tiempos tan revueltos, bien se ve que no se ha podido más hacer.

También es muy necesaria la provisión de persona que tenga cargo de estos moriscos, como muchas otras veces he escrito a V. A., y ahora mi procurador de Cortes lo suplicará, por no estar yo en disposición de caminar tan largo camino; que si pudiera, por solas estas dos cosas fuera por manifestar a V. A. más por extenso el estado de esta ciudad y reino y la mucha necesidad que hay que se provean. Nuestro Señor la vida y real persona de V. A. guarde y conserve por largos tiempos en su servicio.

De Valencia, a 26 de junio de 1552.

De V. A. menor capellán.—Fr. THOMAS, *Archiepiscopus Valentinus.*

24. A Felipe II

Al muy alto y muy poderoso el Príncipe nuestro Señor.

Muy alto y muy poderoso Señor: Hoy ha llegado nueva que el armada del Turco está en vista de Mallorca, como Vuestra Alteza más largamente será informado por las cartas de este reino, y estando tan cerca de esta costa, cada día la esperamos. El peligro de este reino es muy grande, como por otras cartas he escrito a V. A., porque, aunque hay mucha gente, no hay capitán que la gobierne y ponga en orden, porque D. Juan, aunque hace lo que puede, no bastan sus fuerzas para tan gran empresa. Humildemente suplico a V. A., pues la necesidad es tan notoria, envíe luego a Visorrey o Capitán general que defienda este reino y mire por él como, según creo, lo pide también todo el reino, aunque tarde, y mande luego proveer a costa de este reino dos mil soldados que luego vengan a él, los cuales servirán para muchas cosas: lo uno, para que los moriscos no se alcen viendo que entra gente de Castilla; lo segundo, porque la gente de esta tierra no está ejercitada en armas, y no yendo a sueldo no tendrá la orden que conviene, y para esto aprovechará aquella gente pagada para ponerlos en alguna orden; lo tercero, porque, en caso que el armada no viniese a esta costa, estos soldados servirían para quitar las armas a los moriscos pasado este riesgo, las cuales mucho antes habían de ser quitadas. Otra vez humildemente suplico a V. A. se apiade del estrago que harán aquellos enemigos de nuestra fe en la gente de este reino, como en ovejas sin guarda, si luego no se provee. Plega a nuestro Señor poner en corazón a V. A. que se remedie con la brevedad y presteza que es menester, la cual es mayor que no sabría escribir, y la vida de V. R. A. guarde en su servicio.

De Valencia, a 13 de agosto de 1552.

De V. R. A. menor capellán.—Fr. Thomas, *Archiepiscopus Valentinus.*

25. A la muy ilustre señora D.ª María de Aragón, priora del Monasterio de Nuestra Señora de Gracia, de Madrigal [6]

Muy ilustre señora: Recibimos la carta de V. S., y sea por amor de N. Señor la buena voluntad y celo santo que

[6] A diferencia de las anteriores, tomadas de *Opera omnia*, la presente carta está tomada de una copia mandada sacar por el P. Zacarías Novoa del original, que se conserva como preciosa reliquia en el Convento de Agustinas de Madrigal de las Altas Torres.

tiene y ha tenido siempre al aumento y bien de nuestra Religión, con la cual nos ofrece agora esa su casa de Madrigal, la cual nosotros, en nuestro nombre y de toda nuestra provincia, aceptamos y recibimos con las condiciones que V. S. la da, que son dos, la una que agora nosotros procuremos a nuestra costa quitar el pleito o resistencia que esa Villa pone para estorbar que ese Monasterio no se reciba, sobre lo cual se pondrá toda diligencia posible. La segunda, que, si agora o algún tiempo la Orden quisiera dejar esa casa, se quede a V. S. o a su Monasterio de monjas.

Vea tuvimos necesidad del P. Fr. Diego López y Padre Fr. Jerónimo de Escobar; suplicamos a V. S. lo tenga por bien, porque han sido menester para proveer la casa de Dueñas y la de Chinchón, que, si V. S. quisiere otro religioso en lugar, proveerse ha lo mejor, y el Espíritu Santo sea con V. S.

De esta su casa de Nuestra Señora de Gracia de Burgos, 8 de mayo de 1528.—Fr. Tomás de Villanueva, *Provincial;* Fr. Toribio de Cantos; Fr. Francisco de Nieva, *Definidor;* Fr. Gallego, *Definidor;* Fr. Luis de Montoya, *Definidor.*

TESTAMENTO

otorgado por Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, en su última enfermedad, día 3 de septiembre de 1555; copiado de los protocolos del notario Juan Alemany por el P. Fr. Joseph Texidor, dominico, e inserto en su obra M. S. «Observaciones críticas a las antigüedades de Valencia», t. 1, p. 334 s., la cual se conserva en la biblioteca del convento de Predicadores de la misma ciudad

En nombre de nuestro Salvador Jesucristo sea a todos los que la presente vieren cosa manifiesta cómo el día que se contaba tres del mes de septiembre, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil quinientos y cincuenta y cinco años, el reverendísimo e ilustrísimo Sr. D. Fr. Tomás de Villanueva, por la gracia de Dios arzobispo de Valencia, del Consejo de S. M., etc., estando enfermo en la cama en una cámara de la casa y palacio arzobispal de esta ciudad de Valencia, convocados y llamados a mí, Juan Alemany, notario público de la dicha ciudad, y los testigos de *yusso* escritos, dijo que en toda aquella mejor vía, forma y manera que de derecho le era lícito y permitido, declarando su voluntad, quería, ordenaba y mandaba que, por cuanto su voluntad era siempre que nuestro Señor le llevase de este mundo para su eterna gloria, sepultarse en monasterio del Orden y hábito del Señor San Agustín, que, por tanto, elegía y eligió por su sepultura la iglesia del monasterio de Nuestra Señora del Socorro del dicho Orden, constituído fuera los muros de esta ciudad, en el paso que hay entre la puerta de la dicha iglesia y la entrada de la capilla de Nuestra Señora, en medio, con una losa encima.

Otro sí, quiso su señoría, ordenó y mandó que la capilla por su señoría labrada en el monasterio del Señor San Francisco de la Villanueva de los Infantes sea sepultura de sus padres y de los descendientes de ellos perpetuamente, haciéndoles, desde ahora y para siempre jamás, gracia, concesión de la dicha capilla y del *ius sepeliendi* en ella.

Otro sí, el dicho reverendísimo Sr. Arzobispo, atenta su indisposición y que el hablar es dañoso para su salud, y por cuanto su intención y voluntad es, cuando le sea lícito y permiso, remunerar en alguna manera los servicios que de sus allegados, servidores y criados tiene recibidos, por descargo de su conciencia, y también hacer algunas limos-

nas a algunos monasterios, parientes pobres y obras pías; por tanto, confiado de la buena ánima, vida, ciencia y conciencia del reverendísimo señor D. Juan Segrián, obispo cristopolitano, sufragáneo suyo, y del muy reverendo P. Fr. Pedro de Salamanca, prior del monasterio y convento del Señor Santo Domingo, de la Orden de Predicadores de esta ciudad, en poder de los cuales su conciencia quedará bien descargada; dijo que elegía y nombraba, y eligió y nombró, a los dichos reverendísimo Sr. Obispo y Prior para que los dos juntamente, en nombre del dicho Sr. Arzobispo y por él, bien así como si él personalmente lo hiciese, puedan tomar y distribuir, y tomen y distribuyan, todas y cualesquiera cantidades de dineros y otras como que de presente están en poder y casa de su señoría y de su tesorero, aceptadas cualesquier donaciones hechas particularmente por su señoría reverendísima antes o después de este auto, y aquéllas dividir entre aquellas personas allegadas y parientes, servidores y criados de su señoría y lugares pobres, así de iglesias como de monasterios y obras pías, que a los dichos Sr. Obispo y Prior bien visto les fuere, dejándolo todo al parecer y voluntad de ellos, como más y mejor les parezca convenir al servicio de Dios y descargo de su conciencia de su señoría. Y porque el dicho reverendísimo Sr. Obispo Segrián entra en el número de sus allegados, y con quien el dicho Sr. Arzobispo quiere se tenga cuenta, como es razón; por tanto, quiso, mandó y fué su voluntad que dicho reverendo Prior solo pueda disponer y ordenar lo que al dicho Sr. Obispo se le debiere, y aquel hubiere de haber por razón del dicho descargo, dejándolo a su arbitrio y voluntad; y asimismo en lo que pareciere se debe dar al dicho monasterio y convento de Predicadores, así por razón de misas como *alias*, dió facultad al dicho Sr. Obispo que aquél sólo pueda proveer y distribuir a su voluntad.

En testimonio de todas las cuales cosas el dicho reverendísimo Sr. Arzobispo mandó a mí el notario de yuso escrito recibiese auto público para haber memoria de lo susodicho en lo porvenir, que fué hecho en el palacio arzobispal de Valencia, día, mes y año susodichos. Presentes fueron testigos a todas las susodichas cosas, llamados y especialmente rogados, los magníficos García Abad, Domingo Bonet Valacloig y Juan Fernández, residentes en la ciudad de Valencia. Y yo, Juan Alemany, por las autoridades apostólicas y de la ciudad de Valencia notario y escribano público, que a las susodichas cosas juntamente con los dichos testigos presente fuí, y lo recibí; en fe y testimonio de lo cual puse aquí mi acostumbrado de arte de notaría signo.

SERMON DEL AMOR DE DIOS

Así suele denominarse un sermón importantísimo del Santo, aunque su título propio es *Sermón segundo del amor de Dios*, por ocupar éste lugar entre los cuatro que tratan del amor de Dios, que corresponden al domingo 17 después de Pentecostés, y que llevan ese título por versar sobre las palabras del Evangelio de San Mateo *Diliges Dominum Deum tuum...* (Mt. 22,37).

De su valor literario, nada tenemos que decir después que habló la suprema autoridad crítica en España, Menéndez Pelayo, que lo califica de bellísimo y dice de él es una de las raras muestras de la elocuencia sagrada en el siglo XVI (en su forma *directa)* [1]. Es cierto que, según el comentarista de los *Místicos agustinos españoles* [2], no son aceptables todos los conceptos que vierte el gran polígrafo a propósito del mismo. Pueden verse en aquél detenidamente, pues no es lugar este para digresiones de esta índole. Bástanos proponer un modelo tan excelente de elocuencia, acumulada, o mejor, originada precisamente de un corazón inflamado en amor de Dios, razón fundamental y abalorio jamás superado de la verdadera elocuencia.

En su aspecto bibliográfico tiene sumo interés, por conservarse escrito de puño y letra del Santo en nuestro Colegio de Valladolid. Publicólo por vez primera la célebre *Revista Agustiniana* en sus números 1 y 3, en el 1881, y de ahí lo tomó la edición manilense de las obras del Santo. Va acompañado de su correspondiente latino, si bien se encuentran en el latino muchos pasajes que no figuran en el texto español. Pero sería un atrevimiento imperdonable entreverar otro lenguaje en el del Santo, y por eso preferimos publicarlo así, aunque parezca algo incompleto. Claro que quien, a más del estilo, se interese por la materia y el contenido siempre inagotable, debe leer el texto latino, así como el mismo latino de los otros tres [3], ya que no los tenemos en español; aunque de los tres primeros dice el P. Vela que se publicaron en Madrid en 1797, no he podido ver la edición que cita el infatigable y benemérito bibliógrafo.

También, por conservar la diafanidad y tersura originales, no se toca la disposición, citas de la Escritura, etc.; y

[1] *Historia de las ideas estéticas en España*, II, p. 95, edición del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Santander 1947).

[2] *Místicos agustinos españoles*, P. Ignacio Monasterio, vol. 1, p. 81 s., 2.ª ed. (Editorial agustiniana, Real Monasterio de El Escorial 1929).

[3] Véase *Opera omnia*, t. 3, p. 202 s.

para conseguir ese fin, hemos optado asimismo por no intercalar notas, citas y comentarios, que siemore entorpecen la marcha suelta y desembarazada de un discurso. Unicamente nos ha parecido bien corregir la ortografía, ajustándola a los tiempos actuales, pues no se trata de una edición erudita, sino más bien asequible al público en general. Y así, corregimos la puntuación, muy defectuosa a veces, bien que conservamos quizá excesivas comas para el gusto de hoy, pero que indudablemente contribuyen a hacernos fijar más la atención en los incisos. Tampoco es necesario decir que acomodamos a la ortografía de hoy lo relativo al uso de las letras dudosas, por ejemplo, *b* y *v*, *h*, *c*, *z*, etc., al igual que formas gramaticales que han evolucionado ya, por ejemplo, *de ellos* por *dellos*, *recibidos* por *rescibidos*, *voces* por *bozes*, *limpiar* por *alimpiar*, etc.

Más importante es, sin embargo, el cambio total de algunas palabras que quizá deberíamos haber conservado en razón a haber casi adquirido carta de naturaleza por lo típicamente que representan o recuerdan a nuestros clásicos: así *ca*, que hemos sustituído por *porque; allende*, sustituído por *además de*, y quizá alguna otra por el estilo.

SERMON SEGUNDO DEL AMOR DE DIOS

Estimarás a Dios de todo tu corazón y de toda tu ánima, etc. (Mt. 22,37).

1. Tres cosas hemos de decir del amor de Dios, conviene a saber: por qué se ha de amar a Dios, y cómo se ha de amar, y cómo podrás alcanzar su amor.

La razón y la manera de amar a Dios se toca en el tema cuando dice: *Amarás a Dios*, etc. Lo tercero añadimos por el gran provecho que de ello se nos sigue. Harto pienso ser cosa clara y manifiesta no solamente a los fieles, más aún a los bárbaros, por qué causa haya de ser Dios amado, tanto que nadie tiene necesidad de ser amonestado por otro para esto, que es amar a su Dios; porque convencen e inclinan a todos al amor divino, por muy duros y rebeldes que sean, tan grandes y tan continuos beneficios como de El son recibidos. Y, además de esto, nos convida a su amor el clamor grande de todas las criaturas, las cuales con sus voces manifiestas nos declaran su majestad, su hermosura y grandeza; porque cierto es que los cielos cuentan su gloria y el firmamento anuncia las obras de sus manos; y no son hablas y lenguas donde no sean oídas las voces de ellos, tanto que inexcusables son todos los hombres. Mas porque es así que con los hombres la humana habla es de más eficacia y tiene

más vigor y fuerza para mover, por eso yo, hombre, procuraré en este sermón, lo que mejor pudiera, de manifestar a los hombres este amor que todas las cosas, hasta las insensibles, predican y manifiestan. Primeramente, tocando en breve las razones por las cuales Dios ha de ser amado, las cuales se tocan en la primera parte del tema, cuando se dice: *Amarás a tu Dios sobre todas las cosas, amarás al Señor Dios tuyo.* Amarle has porque es Dios, amarle has porque es Señor, amarle has porque tuyo. De manera que le amarás por sí, y amarle has por sus cosas, y amarle has por ti. De todas partes se nos muestra Dios muy amable: amable porque es bueno, amable porque es deleitable, amable porque es provechoso; porque, siendo amable de todas partes, ninguna voluntad pueda huir de su amor. Si eres virtuoso, ama a tu Dios porque es bueno; si quieres deleites, ámale porque es dulce; si eres codicioso, ámale porque es provechoso: no hay por donde te puedas excusar de su amor.

2. Pues ámale primeramente porque es Dios, conviene a saber: por El mismo y por lo que es, que es sumo bien; en el cual está todo bien y del cual es todo bien; y por eso de todo bien es dignísimo y merecedor. ¡Cuánta es la majestad suya, cuánta es su bondad, cuánta es su gloria, cuánta su potencia, cuánta su sabiduría, cuánta su plenitud, cuánta su suavidad, cuántos sus deleites, cuánta su luz, cuánta su perfección, cuánto, finalmente, el cumplimiento de todos sus bienes y de todas sus cosas que se puedan desear! Ensancha tus senos y extiende tus afectos, porque sobrepuja toda tu capacidad y todo deseo aquella majestad, aquella bondad, aquella bienventuranza que El tiene aparejada para los que le aman. Puesto que es el nuestro afecto, comparado a aquel abismo de todo bien, como una gota de agua comparada al gran mar océano; porque sobrepuja todo sentido y todo deseo su infinita gloria, su infinita hermosura, su infinita lumbre, su infinita claridad; la cual aun no es comprendida con nuestro deseo, mas antes ella es la que abarca todo nuestro deseo, figura de lo cual fué aquella corona que cercaba de toda parte el propiciatorio en el *Sancta Sanctorum.*

3. Pues sólo Dios es digno de ser amado por sí, por el cual y al cual es hecho todo amor. Porque es Dios un centro de amor, al cual endereza toda criatura el peso del amor; pues luego a sólo Dios por sí conviene el amor así como la honra; y de aquí es que si alguna cosa se ama, la cual por El no se ama, vanamente se ama. Tan amable es Dios, que de todas las cosas, aun de las insensibles, en su manera es amado; porque ¿qué cosa son las inclinaciones de las cosas naturales, sino unos amores con los cuales son llevadas hacia su Dios? Aunque por su imperfección no pueden llegar hasta donde van, conviene a saber, hasta el bien increado, mas quédanse en el bien creado participado de él. Porque ¿qué es la gravedad en la piedra, sino un amor que tiende al centro? ¿Qué es la ligereza en el fuego, sino un amor que tiene a su esfera? Bien es aquel que todas las cosas desean; y ninguna cosa se desea sin amor; y este natural apetito de bien en las cosas, en alguna manera se puede decir amor de Dios. Mas porque la naturaleza insensible no puede llegar hasta el bien inconmutable, por eso se queda y descansa en el bien participado.

Mas la criatura intelectual es razonable: el ángel y el hombre, esta dignidad tienen, que pueden llegar hasta el sumo bien que desean; es, pues, el amor peso del ánima: testigo es el gran Agustino, que dice: «Mi amor es mi peso; con él soy llevado adoquiera que soy llevado.» Y así como el peso lleva a la piedra al centro, así el amor lleva el ánima a su centro, que es Dios, el cual es propio lugar de él, como el centro es propio lugar de la piedra. Pues imita, ánima mía, a la naturaleza; remeda y sigue a lo menos a una piedra. ¿No veis por ventura con cuánto ímpetu y furia va la piedra a su centro? Cuanto ésta más puede, se da priesa a bajar y buscar su descanso, que es en el centro; y si alguna cosa se le pone entre medias que la quiere estorbar, con todas sus fuerzas la echa de sí y procura que su camino no sea estorbado, por que finalmente vaya a su reposo y descanso. Un peñasco movido de su lugar, cayendo de lo alto, cosa espantosa es ver con qué ímpetu cae, con qué estruendo corre abajo, con qué ligereza se da priesa por allegar al lugar a sí conveniente; todas las cosas que se le ponen delante las quebranta y desmenuza por conseguir el lugar adonde va. Tal te da, ánima mía, a tu Dios; no sea poca tu vergüenza y confusión, que te vieres vencida de una piedra, y que con mayor ímpetu vaya ella a su centro que tú al tuyo. Deshaz, pues, y destruye todo lo que se te pone delante y te impide que no vayas a tu Dios; quebrántalo y traspásalo, como está escrito: *Traspasaré el muro en mi Dios.* Porque si por algún liviano viento de soberbia o de envidia o por algún pequeño impedimento de codicia, de cualquier mundana cosa que sea, eres detenida y estorbada, bien puedes conocer de cuán poco peso seas y cuán semejante a las livianas pajas, a las cuales el viento, por su poco peso, detiene de su bajada y las suspende en el aire; mas a las peñas que se caen, ¿quién las detendrá, quién las impedirá? Así ni más ni menos a los virtuosos:

todo el mundo no puede apartar que no vayan a su Dios. Mira a San Pablo, peña apostólica, con qué ímpetu va a su Dios, al cual nada le impide que no vaya a El, cuando decía: *¿Quién nos apartará de la caridad de Dios? ¿La tribulación por ventura, o la angustia, o la hambre, o la desnudez, o el peligro, o las prisiones, o el cuchillo? Cierto soy que ni la muerte, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo futuro, ni lo alto, ni lo bajo, ni criatura alguna nos podrá apartar de la caridad de Dios, que es en Cristo nuestro Señor.*

4. ¡Oh peso grande y excelente y admirable de tan santa ánima! ¡Oh poderosísima peña, que con su peso y grandeza todos los impedimentos destrozaba y deshacía, por que no le pudiese embargar que no fuese a donde quería y deseaba! Por angustias y trabajos muchos, por hambre y por sed, por fríos y calores, por cuchillos, por todas las cosas espantosas y terribles, con increíble velocidad se daba priesa por ir y llegar a su centro, cuya voluntad en alguna manera se había ya vuelto en naturaleza. La piedra con natural ímpetu se va al centro, mas el ánima no así, sino con ímpetu voluntario y libre; pues esta facultad que te ha dado Dios renúnciala, ¡oh ánima mía!, y vuelve la libertad en naturaleza, para que con todo tu poder y con toda tu fuerza llegues a donde vas; porque esto es lo que dice el tema cuando se dice: *Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón y de toda tu ánima*, etc.; conviene a saber: según lo último de tu potencia, como la naturaleza. Pues que Dios sea tu centro y que la fuerza del amor te lleve allá, muy claro está, si quieres abrir los ojos; porque bien ves que no tienes descanso fuera de El, así como la piedra no lo tiene fuera de su centro; y cuando para El te fueres, entonces descansarás, como está escrito: *En paz y en él descansaré;* hicístenos, Señor, para vos, y muy desasosegado está nuestro corazón hasta que vaya a vos.

5. Y si te quieres consultar con la experiencia, hallarás: en ninguna cosa huelga ni descansa tu amor sino en Dios; porque todas las otras cosas te alanzan de sí y te envían a tu centro. ¿No ves a la clara que si alguna cosa fuera de Dios amas por ella misma, que en tal amor hay desasosiego grande y amargura? ¡Oh cuán desabrida y amarga es toda esta vida si por sí es amada! ¡Cuántas tragedias y cuán flébiles cosas nos contrarían! De esto, los locos amantes, si preguntárselo quisiésemos, nunca ellos acabarían de decir ni nosotros de oír. Toda criatura, ¡oh ánima mía!, te alanza de sí con ignominia y te abofetea, para que, apartándote de ella, procures de allegarte a tu

Creador; como si baldonándote, te dijese: «¿Por qué te llegas a mí, miserable hombre? ¿Por qué me quieres, mezquino? No soy yo el bien que tú deseas y que ansías de amar; vete donde vas, no dejes el camino verdadero y real que te lleva a tu Dios». Y tú, con todo esto, ciega y desatinada, no curas sino abrazar a la que no te quiere, a la que de continuo te echa de sí, a la que te es dado en servicio, y aun ella no queriendo la pones en señorío. ¡Tanta es tu locura...! Mas ni aun estos abrazos te durarán mucho, porque luego se te volverán en amargura, y muy presto aborrecerás lo que con mucho trabajo habías buscado; y harta de éstos, buscarás otros nuevos; y así andarás mezquina, que, no te pudiendo contentar en alguna criatura, en derredor de todas ellas con mucho trabajo y ningún descanso, como está escrito: *La cabeza de los malos es el circuito de ellos;* y en otra parte: *En derredor andan los malos.* Está, pues, muy claro y muy averiguado que así como el bien de los hombres es Dios, así toda la fuerza del amor naturalmente inclina a ese mismo hombre y le lleva a Dios como a su primero y principal objeto, aunque otras veces a otras muchas cosas; lo cual es indigna cosa que desordenadamente por su propia voluntad se inclina y abate, contra su valor y honra, a cosas bajas.

6. ¡Ay de mí! Que veo en los hombres gran milagro, y muy gran milagro, y digno de ser lamentado. ¿No tendrías por gran milagro si vieses un gran peñasco colgado en el aire sin que ninguna cosa le tuviese? ¿Quién, viendo tal cosa, no se santiguaría? ¿Quién no se maravillaría y espantaría? ¡Oh mi buen Dios!, ¿y cómo puede ser que toda ánima por vos creada no se vaya a muy gran priesa a vos, sino que veamos que, suspensa y colgada de un poco de viento, sea privada de tanto bien y huelgue y descanse? ¿Cómo es posible que alguna criatura, capaz de vos, no se vaya hacia vos cuanto pudiere, centro infinito, infinitamente bueno y, por consiguiente, infinitamente atractivo? ¡Oh gran peso del pecado, el cual, puesto sobre las cervices de las ánimas, las apega y hace asentar en lo bajo, por que no busquen lo alto para do fueron creadas! Verdaderamente, mayor milagro es ver almas no subir a su Dios que a las peñas estarse colgadas y suspensas con un poco de viento, por que no desciendan a su centro. ¿Quién nunca sufriría en paciencia su vida si distintamente conociese de cuán gran bien es privado y cuánto pierde? ¡Oh ingratísimo velo de mi carne, y de cuánta alegría me privas! ¿Quién me tiene que no te rasgo con mis propias manos, para que me vaya a ver a mi Dios y goce de El y en El descanse? ¡Oh de cuán grandes placeres y de cuánta bienaventuranza carezco por ti! Y lo que peor es, que,

conociendo todo esto y viéndolo y sabiéndolo que es así, te sufro y me río y no lloro, como sería razón, días y noches sobre tan gran destierro y tan gran ceguedad y desventura mía.

¿De dónde me viene a mí tan mala y tan ingrata paciencia, sino porque está el velo puesto entre medias y porque esta nube de la carne me impide que la claridad del sol no resplandezca en los ojos de mi ánima? Quita el velamen y verás con qué ímpetu se irá el ánima a su centro. Mira las ánimas de los santos, suelto ya el velo, con qué ímpetu y con cuánta ligereza se van a su Dios. ¿Quién las podrá detener e impedir, o quién las podrá apartar de su lugar? Allí está lleno y perpetuo descanso, allí entera hartura de todos los deseos del ánima. Verdaderamente grande es el Señor y muy loable, y no menos amable, sino tan loable como amable, aunque estés en la ciudad del Señor y en el monte santo suyo: allí está encendida la fuerza del amor, donde ninguna interposición de velo impide. Y aun ahora acá; cuanto este velo es más delgado y transparente, tanto el ánima más se mueve hacia Dios y más se esfuerza en ella el ímpetu del amor; como por el contrario, acá hace a muchos, los cuales tienen tan grueso el velo de la carne con la gran abundancia de las riquezas y otros bienes temporales, que muy apenas y muy poco y muy perezosamente se van a su centro; mas los que con vigilias y ayunos y otras abstinencias y obras de caridad adelgazan este velo de la carne y lo quebrantan, por su transparencia en alguna manera, aun en esta vida morando, aquella luz bienaventurada se les trasluce en los ojos de sus ánimas, como el Apóstol dice: *Vemos ahora por espejo en enigma y en oscuridad*, etc. Y así corren los tales tras el olor de sus ungüentos, y si algunas veces les acontece que, por algunos agujeros o resquicios del velamen, aquellos rayos de la divina lumbre aun por poco tiempo resplandecen en los ojos de sus ánimas, luego se derriten todas de amor y con gran ímpetu son llevadas y levantadas a su Dios, no ya atraídas por el olor, sino por su gran hermosura. Mas ¡ay!, que muy poco dura esta irradiación, muy presto se pasan tan deleitables rayos: hieren el ánima y pásanse luego, y como dice Job: *Abscondió su luz en las manos y mándala que venga otra vez y dice de ella a su amigo que es, que ella puede subir;* mas luego entre las manos la esconde, la que por los dedos resplandecía un poco, porque si en toda su lumbre quisiere resplandecer en lleno, aun las espirituales sustancias con su resplandor más cubrirán que alumbrarán, pues vencidos serán de tan gran resplandor. Porque ¿quién podrá sufrir la entera majestad divina si ella no se templare?

8. Pues parece, y está claro por lo dicho, que naturalmente y de su gana el ánima se inclina a Dios por amor, y de aquí es que, si por el pecado no estuviera infesta y estragada nuestra naturaleza, nunca tuviéramos necesidad de tal mandamiento, como ni ahora nos mandan que nos amemos a nosotros mismos; porque naturalmente harto y demasiado nos inclinamos a ello, ni hay necesidad que nos manden hacer aquello que de naturaleza nos viene y conviene; y pues más naturalmente ama el hombre a Dios que a sí mismo, ¿por qué el amor de Dios se nos manda y no el de nosotros mismos? Ciertamente el pecado es la culpa cuando aparta el ánima los ojos de su Dios y los hincó y puso en sí misma y detuvo aquel rayo de amor que impetuosamente corría a Dios en sí misma; pues luego digamos que no hubiera necesidad de tal mandamiento si la naturaleza se conservara en aquella pureza que fué creada; y de aquí es que en su primera creación ni a los ángeles ni a los hombres no leemos que tal mandamiento les diese su Creador; porque naturalmente a esto se inclinaban, y no tenían necesidad de escuelas para cumplir tal mandamiento los que con ley de amor íntima y grandemente habían sido formados de su Creador. Mas ya olvidado nos hemos de esta ley natural y enajenados estamos de nuestro principio en tanta manera, que ni aun por mandamientos, ni promesas, ni amenazas, ni aun cotidianos beneficios no nos pueden atraer a que amemos a Dios; mas así como el plomo echado en alto, si lo dejan, luego se baja abajo, así nuestra ánima, si un poco con violencia es arrebatada y subida a las cosas altas, luego con su peso es abajada a las cosas terrenales y transitorias.

9. Dime, pues, ánima mía, y respóndeme y declárame cuál sea la causa por qué de tan buena gana te andas de fuera por las criaturas, tan hambrienta y tan sedienta con tanta deshonra tuya, mendigando de ellas unas gotillas de agua turbia, que más te encienden la sed que la matan, dejando la sabrosa y linda fuente de todos los bienes, en la cual sola podrías matar toda tu sed y hartarte toda a placer. Di, mezquina, ¿qué cosa puedes desear que no la halles muy enteramente en tu Dios? Si te deleitas en ser sabia, sapientísimo es; si te place la hermosura, hermoso es; si el poderío y fortaleza, poderosísimo y fortísimo es; si quieres gloria y riquezas, muchas hay en su casa; si deleites, placeres y delectaciones, hay en su diestra sin fin; si hartura y abundancia deseas, embriagados son de la abundancia de su casa los que le poseen. Pues ¿cómo, mísera, sabiendo esto y mucho más que yo te puedo decir, a sabiendas dejas el abismo de todos los bienes y te

andas acongojada, triste y fatigada buscando tus consolaciones por los arroyuelos de las criaturas y menosprecias la fuente que te dan de gracia? Ceguedad es y locura grande y digna de ser muy lamentada; y de aquí es que indignado el Señor por esto, exclama por el profeta diciendo: *Espantaos, cielos, sobre esto, y sus puertas se desconsuelen gravemente; porque dos males ha hecho mi pueblo: dejáronme a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí balsas destruídas que no pueden detener las aguas.* Y si no me crees y piensas que te engaño, pregúntalo a la experiencia. ¡Con cuánto deseo buscaste alguna dignidad y cuántos trabajos pasaste por alcanzarla!... Alcanzástela finalmente, y a tres días ya no la tienes en nada, porque es balsa agujereada y no puede detener las aguas del deleite que no se fuesen en muy breve; fuéronse los deleites y desvaneciéronse como humo; y tú quedástete cabe la cisterna sedienta como de antes, y a las veces más. Y discurre por todas las cosas, y hallarás ser verdad esto en todas ellas.

10. Mas, aunque así sea y lo vean por experiencia los hombres míseros, ¡con qué trabajos y con qué afanes y con cuántos sudores se cavan estas balsas agujereadas!... Todos comúnmente se van tras ellas: testigos son los caballeros, los mercaderes, los curiales y todos los demás, los cuales, por cavar estas cisternas agujereadas, pasan tantos trabajos de día y de noche; de ellos por mar, de ellos por tierra, de ellos en guerra y en peligro de muerte; los cuales todos hacen muy poca cuenta de la fuente viva que por las plazas les corre, ni la estiman en nada aun convidados a ella. Porque ella es la que a todos en las plazas voceando llama: *Todos los que habéis sed, venid a las aguas; venid y comprad, sin plata ni oro, sin plata ni otro trueque alguno, vino y leche,* de gracia se da. Y ninguno va a él, y esto es sobre lo que se quejaba a los ángeles sobre tan gran error de los mortales.

Pues deja, ¡oh ánima mía!, deja estas cisternas destruídas y que con tanto trabajo te has cavado, y a gran priesa corre a la fuente de agua viva, donde podrás matar muy a tu placer toda tu sed, que allí serás harta de deleites; no quieras amar al limitado y finito bien, mas ama al infinito bien, a la misma dulzura, a la misma hermosura (la cual está muy ajena de imperfección), a la misma bondad; ésta es la que promete y da Dios a sus escogidos, no premiándoles con algún bien finito, mas con el mismo bien, conviene a saber, con la misma bondad. Y de aquí es que, como Abraham demandase a Dios qué le había de dar por sus trabajos, fuéle respondido: *¡Oh Abraham!, darte he todo bien,* éste ha de ser el jornal de tu obra, éste el galardón de tu trabajo.

11. No, pues, has de pensar e imaginar a Dios hermoso y poderoso como al hombre, o al sol, o al ángel; porque el hombre y el ángel por accidente son buenos, mas Dios esencialmente y sustancialmente es bueno, no por alguna cosa a El unida, al cual su ser es ser bueno; porque no se junta a la Deidad bondad o hermosura para que Dios sea bueno o hermoso, ni a la naturaleza de Dios se mezcla bondad; mas el mismo Dios es la infinita e ilimitada bondad; Dios es la misma hermosura, la misma potencia.

12. Mas ¿para qué fin decimos esto o para qué provecho? ¿Por qué nos ponemos a decir cosas que el pueblo no entiende? De amar propusimos, que no de disputar; amar, que no entender; por lo cual tornemos al propósito.

Consideremos, pues, cómo nuestro Dios, grande, bueno y poderoso y lleno de riquezas, anda entre sus criaturas, buscando algún amador, y no le halla; da muchas cosas y promete al que le amare, y ninguno quiere ni aun mirarle; y así es que *determinaron los mortales de abajar sus ojos a la tierra.* Míralo en los Cantares, cómo ruega a su criatura y la provoca e incita a su amor: *Abreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada mía,* ábreme; y si no quieres abrir por mí, ábreme por ti; porque mi cabeza *está llena de rocío;* mi divinidad llena está de toda suavidad y dulzura; pues luego ábreme y *cenaré contigo,* y no a costa tuya, que yo haré todo el gasto y te pondré delante manjares suavísimos. Y ella con todo esto responde de la cama con indignación grande, diciendo: *Heme despojado de mi vestidura, y ¿téngole de tornar a vestir? Lavéme mis pies, ¿cómo me los ensuciaré ahora?* ¡Oh ingrata, mísera y ciega!, ¿así respondes a tu amado, así menosprecias a tu Creador? Abre, mísera, que no te ensuciarás, antes te lavarás; no trabajarás, sino descansarás. Ni la dejó el piadosísimo y gran amador suyo en su dureza, antes la tocó con su misericordiosa mano; y aquella que primero había despreciado la voz, *se levanta con diligencia* a abrir a su amado; mas *él ya se había desaparecido y pasado;* y justamente por cierto, pues que así ella le había primero despreciado; y verla has a la infeliz y desventurada discurriendo por las calles y plazas voceando y llorando, conjurando a las hijas de Sión que, si hallaren a su amado, que le anuncien y digan su amor. Búscale, y no le halla; llama, y ninguno le abre; llama, y no hay quien responda; por lo cual toda llorosa se derrite de amor, recibiendo así la venganza de su dureza. Así, Señor, así lo

hacéis: tocáis para que seáis conocido y huís para que seáis buscado; llamáis y ascondeisos, provocáis y vaisos, convidáis y partisos; no menos piadoso cuando os vais que cuando venís. ¿Por ventura no vemos por experiencia acontecer esto muchas veces, cuando seguís alguno mucho tiempo con inspiraciones, con males, con tribulaciones y enfermedades, para despertarle a vuestro amor, y que, menospreciando el mundo, os siga? El cual, finalmente, voceando por vos, deja el mundo y sigue vuestros mandamientos; y entonces, cuando más sois buscado, os escondéis de él, y dejáis al que mucho os ama, y parece que no oís al que da voces. Mas no quieras cesar, quienquiera que eres; no desmayes cerca la ciudad; conjura a las hijas de Jerusalén, solicita a los ciudadanos, pregunta a las guardas, y éstas te saldrán al encuentro, ellos te harán dar priesa; y por que más ligeramente corras, te quitarán la vieja vestidura; y como los hubieres pasado un poco, hallarás al que tu ánima desea. Pues no pares hasta que te encuentre el tu amado y reciba en sus muy dulces abrazos, y entonces te deleitarás, entonces quitarás de ti toda tristeza y gozarás de tu deseado bien y esposo tuyo en la gloria del cielo, a la cual nos lleve el mismo amado y amigo, Señor nuestro Jesucristo, el cual con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina para siempre jamás. Amén. Finis.

SERMONES CASTELLANOS

Los tres primeros sermones castellanos que siguen están tomados de la edición manilense (vol. 6, p. 431 a 445). Los publicamos sin corrección notable, casi a la letra. Por respeto a la edición y por conservar, en cuanto sea posible, la redacción de la copia. Aunque ciertamente merecía la pena entrar un poco a saco y ponerlo al día. Y no sería muy difícil, sobre todo teniendo a la vista la correspondiente conción latina, que se encuentra en las páginas 81-85 del volumen de la citada edición. Se haría con ello un gran favor a los lectores, que no tendrían que hacer esfuerzos para descifrar el sentido de algunos párrafos y la ilación de otros. Cierto también que, como no son piezas oratorias acabadas y pulidas por el Santo, no tiene tanto interés la presentación esmerada en ese sentido, y, en cambio, dejándolos tal cual están en la dicha edición, conservan la frescura y naturalidad.

Por eso queremos advertir a los lectores que no achaquen a incorrección o a incuria de impresión los defectos con que en esta materia toparen: las frases inconclusas son propias del original. La defectuosa puntuación que en estos sermones más que en las otras obras se echará de ver, se encuentra también en el original, aunque muy corregida por los editores, tratando de acomodarla a la ortografía moderna, bien que a veces tan parcos han sido en este conato acomodatorio. Lo mismo hemos de decir del cambio brusco de materia que a veces nos sorprende, de la mezcolanza de exclamaciones dirigidas a Dios y a los oyentes, de las citas de la Escritura, que corta cuando le parece; del uso frecuente *etcétera* (etc.), de las anotaciones *(carga la mano, exagera,* etcétera) con que a sí mismo se recordaba la necesidad de insistir en ciertos pasajes o materias.

Todo ello es debido a la naturaleza de los escritos y al destino que se les daba. Como insinuamos antes, no son sermones preparados y corregidos con esmero. Los sermones todos del Santo están compuestos sin esa meticulosidad con que a veces los predicadores de hogaño preparan, pero en estos tres de una manera especial se observa el desaliño, propio de quien tiene resortes oratorios y doctrinales y no necesita un apunte preciso y detallado, sino más bien el esquema o esbozo de lo que va a tratar; y éstos son los sermones de que hablamos. Aunque seríamos quizá más precisos si dijéramos que no son ni eso: más propiamente, un acervo de ideas o materiales sobre un asunto, acompañados,

como es de rigor, de las citas de la Escritura. Y todo esto, hecho así como al desgaire, poniendo ahora una nota que se le ocurre, añadiendo luego una advertencia que viene al caso, apuntando más allá una digresión, que él sabría empalmar y ensamblar con el asunto de que trataba o con las circunstancias de los oyentes. Todos sabemos qué cúmulo de ideas o sentimientos encierra una llamada o apunte que ponemos en nuestros escritos o en nuestra agenda de bolsillo, y cómo con ella sola nos ahorramos muchas explicaciones para nuestro gobierno inútiles; y, en cambio, también cuán mudas e indescifrables son estas anotaciones para las manos profanas en que caiga esa agenda.

Menester es tener en cuenta estas advertencias para admirar las bellezas de estos sermones, para edificarnos de su sólido contenido y no dejarnos despistar por la falta de ilación que a través de lectura puedan salirnos al paso.

Como nota bibliográfica añadimos que, tomados de una copia manuscrita existente en nuestro Colegio de Valladolid, fueron publicados primeramente estos tres sermones en *La Ciudad de Dios*, vol. 15.

SERMON I

Dame, ¡oh Señor!, por norma el camino de tus justísimos mandamientos, etc. (Ps. 118,33).

Habiendo tratado sumariamente de la ira del corazón, es bien que tratemos de la ira que se halla en la lengua, que ésta es más grave, como lo advirtió Cristo: *Habéis oído que se dijo a vuestros mayores: no matarás; y quien matare, será condenado en juicio. Yo os digo más: quienquiera que tome ojeriza con su hermano, merecerá que el juez le condene. Y el que le llamare raca, merecerá que le condene el concilio. Y quien le llamare fatuo, será reo del fuego del infierno* [1]. De donde nota que más grave es la ira en la lengua que en el ánimo; y en las palabras hay unas que dichas son más pecado que otras. Y porque emprendimos de tratar del homicidio; y es una manera con la lengua, que [2] de los que hablan mal dice David: *Su lengua tajante espada* [3].

De suerte que herir es hablar mal. Tres cosas hay que manifiestan la ira en la lengua: la blasfemia, la palabra injuriosa y afrentosa y la maldición. No penséis que se ha de

[1] Mt. 5,21-22.
[2] Queda incompleta la expresión.
[3] Ps. 56,5.

tener en poco la ira, de la cual nacen pecados tan grandes en la lengua que sea uno de ellos contra Dios. Un airado desenvaina la espada de la lengua contra Dios. Tres razones hay que convencen cualquier buen juicio para que no blasfeme: el blasfemar es una señal de grandísimo desagradecimiento a Dios. Dime, ¿en qué te ha hecho Dios diferente y más excelente que a los brutos? En darte razón y entendimiento en el alma y darte lengua con que hables en el cuerpo: ¿estas dos cosas vuelves contra Dios? El entendimiento, que había de estar sujeto a Dios mediante la fe, cae en error de infidelidad; que la blasfemia, según Santo Tomás [4], especie es de infidelidad; que la fe te enseña lo que has de creer en Dios, y atribuir a Dios lo que no le conviene, o le quitar lo que a él le conviene, ésa es blasfemia, como son atribuir a Dios miembros, despechando a Dios de cualquier modo y aunque sea en Cristo. Jurar cosas que en un hombre es asco, o de nuestra Señora, o de los santos, también es blasfemia: es error en la fe, ¿y la lengua que Dios te ha dado más que a los otros animales, que esa misma emplees en enojar a Dios? Dióte el Rey una espada para honrarte, y para defenderte en tus necesidades, ¿que con ella lo acuchillases qué mayor ingratitud? Mas ¿qué juras? Los miembros que Dios tomó para tu remedio y por tu amor, ¿ésos juras por desamor y afrenta suya? Porque los judíos, si blasfemaban, pensaban injuriar a un hombre no más, pero tú a Dios. Más: que entonces andaba humilde, mortal, pobre; pero tú ahora que está reinando en el cielo; entonces de las blasfemias de los que le crucificaban resultábanos provecho, y ahora para ti condenación. *Si hubiesen entendido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria* [5]. ¡Pero tú que lo conoces y profesaste su ley!

Cristo dice a su Padre: *¡Oh Dios!, no calles mi alabanza, porque el hombre inicuo y el traidor han desatado sus lenguas contra mí*, etc., hasta aquellas palabras *salga condenado* [6]. Encarecimiento grande traen estas palabras. ¡Oh cuánto habrías de guardarte! ¿Qué te ha hecho Dios, que tal le tratas? Los hombres, cuando no se pueden vengar en los mayores, vénganse en los menores. Hízote una befa don Fulano, véngaste en el criado. ¡Mira qué justicia, necio, malaventurado! Véngaste en quien no te injurió. Pero hasta hoy no se ha visto que tenga uno enojo con el criado y se vengue en el amo; tú haces eso, malaventurado; que el enojo que tomas con las criaturas lo vengas y empleas en el Creador; ¿qué mayor locura y atrevimiento? Y vese la grandeza de ese pecado, que los otros tocan

[4] 2-2, q. 13, a. 3.
[5] 1 Cor. 2,8.
[6] Ps. 108,2-7.

en la hacienda, como el ladrón, o en la persona de los criados de Dios [7], como el homicida, o en la honra de las criaturas, como el carnal; pero el blasfemo en la misma persona de Dios. ¡Oh Señor!, ¿quién osa llegar a ti, gloria mía? Que dice David: *No llegará a ti el mal, ni el azote se acercará a tu morada* [8]. Pues el blastemo osa llegar con el azote de su lengua a maltratar a Dios. ¡Oh Señor!, bendígante los ángeles, pues los hombres tan mal te tratan. Que los que pecan en otros pecados no pretenden injuriar a Dios: el avaro querría sus intereses sin que Dios se ofendiese, y el carnal querría gozar de sus deleites sin ofender a Dios, y le pesa porque es pecado; pero el blasfemo su intención principal es injuriar a Dios y apocarlo y abatirlo; porque no se saca otro [9] de la blasfemia. Quéjase Dios: *Abrieron su boca contra mí, como león rapante y rugiente; me he disuelto como el agua* [10]. Así lo blasfeman, como si derramasen un jarro de agua, que no esperan más de aprovecharse de ella. *Y todos mis huesos se han desencajado* [11]. No dejan miembro que no lo juran, etc. Y vos, Señor, ¿qué sentís de eso? *Mi corazón está como una cera derritiéndose* [12]. Ellos a blasfemarme, y yo a derretirme en amor de los hombres. Hombre, ¿oyes esto?

¿Qué hace tu corazón que no se derrite y regala todo en suplicar a Dios que ponga ley? *Dame, Señor, por norma el camino, etc.* [13] No matarás, no sólo con las manos, pero ni con la lengua, a tu Dios.

Allende de esta ley común, pone hoy Cristo ley a los eclesiásticos; ley que conviene a este estado en particular es la ley: *Mi casa será llamada casa de oración* [14]. El oficio particular del sacerdote ha de ser orar: ésta es la ley. Entró Cristo en Jerusalén y revolvióse la ciudad diciendo: ¿quién es éste? Del santo evangelio colijo dos cosas: qué aparejo ha de haber para la oración del sacerdote; segundo, qué efectos se sacan de ella. Dos cosas se han de hallar en el sacerdote para que se ejercite en su oficio de orar: no quiero yo ahora probar que la ley del sacerdote es orar, porque ello probado está en ver que es entre el pueblo y Dios, y en la vieja ley entre el pueblo y Dios, y ahora mucho mejor. Quéjase Dios de los sacerdotes descuidados:

[7] *Los criados de Dios* no significa, como hoy entenderíamos, sus servidores, sino las criaturas. La preposición *de* está aquí, como en otros lugares, en lugar de *por*.
[8] Ps. 90,10.
[9] *Otro* está empleado aquí en lugar de *otra cosa*.
[10] Ps. 21,14-15.
[11] Ib. 21,15.
[12] Ib.
[13] Ib. 118,33.
[14] Mt. 21,13.

No habéis hecho frente, ni os habéis opuesto como muro a favor de la casa de Israel, para sostener la pelea en el día del Señor [15]. Quiere Dios que, cuando se enoja contra el pueblo, el sacerdote se ponga con su oración entre Dios y su pueblo como muro. Señor, y si el muro está agujereado, ¿qué defensa será? Si el sacerdote vive mal, ¿qué aplacará a tu majestad? ¡Ay, qué lástima! Antes se opone a defender su hacienda, su honra, etc. Sacerdote, tu oficio es rezar, y pecas si no rezas las horas canónicas. ¿Con qué conciencia llevas la renta no rezando? ¿No sabes *que el beneficio se da por el oficio?* Ea, pues, no hay que tratar, sino que es ley dada al sacerdote que ore y ruegue por sí y por el pueblo.

Dos cosas ha de tener el sacerdote para orar y celebrar dignamente: limpieza de conciencia, por eso Cristo echó del templo los animales, que representan los pecados mortales, que te hacen bestia y animal; ¿qué oración es la del que está en pecado?, ¿con qué quietud? Si una pulga, que te pica, te inquieta tanto en la oración, ¿qué hará un pecado mortal, que está dando pellizcos en la conciencia? *Si yo hubiera aprobado la iniquidad en mi corazón, no me escuchará el Señor* [16] *sino en lo que se refiere a su salvación*, y esto *no de justicia;* no que Dios te lo deba aunque lo merezcas, sino de pura misericordia, como afirma Santo Tomás [17]. De donde saco en limpio cuánto importa orar en gracia, que casi de justicia debe Dios de oírte. *Si sabes separar lo precioso de lo vil, tú serás como boca mía* [18]. *(Carga la mano en la mala vida del sacerdote.)*

Lo segundo que hizo Cristo fué echar los tratantes, diciendo: *No queráis hacer de la casa de mi Padre una casa de tráfico* [19]. La desocupación de negocios temporales que ha de tener el sacerdote. *Ninguno que se ha alistado en la milicia de Dios debe embarazarse*, etc. [20]. Clérigo quiere decir dedicado al Señor. Luego no ha ser del mundo. Oye a San Jerónimo, lo cual se contiene también en el decreto, distinción 88, canon «negotiatorem»: «Huye como una peste del clérigo negociante, llegado de pobre a rico, que de bajo nacimiento ha llegado a la gloria». ¿Qué quietud puede tener en la oración el eclesiástico que anda con el pleito, con las permutas de beneficios, etc.? ¡Oh Padre, cómo habláis de coro! [21] No puedo dejar de buscar con

[15] Ez. 13.5.
[16] Ps. 65,18.
[17] 2-2, q. 83. a. 16 in c.
[18] Ier. 15,19.
[19] Io. 2,16.
[20] 2 Tim. 2,4.
[21] *De coro*, es decir, de memoria, en el terreno teórico, sin fijarse en las dificultades que ofrecen en el práctico las circunstancias. Objeción que pone en labios de un sacerdote negociador.

los modos que puedo, que todo va caro, y no se puede hombre sustentar. ¡Oh!, si lo dijese veríades que tengo razón. Di Cristo. Sacerdote [22] todo va caro, ¿y tú creces de costa la mujer, los hijos, el juego, el vestir curioso, etc., el comer regalado? Quítalo todo, etc.

Dos efectos de la oración: el uno conocer a Cristo. ¡Ay, qué lástima!, el pueblo le conoce, y no el eclesiástico. *(Exagera,* etc.) El segundo, que queda alabándole: *Hosanna,* etcétera. Ea, al pie de la cruz un rato cada día; mírale por ti enclavado, etc. Darte ha su gracia, y allá su gloria, etc. *Habla* de lo que acaeció a los hijos de Aarón, aplica que no ofrecerás con fuego de avaricia. Véase el Levítico, 6.

SERMON II

(Martes después del primer Domingo de Cuaresma)

Se conmovió toda la ciudad, diciendo: ¿Quién es éste? (Mt. 21,10).

Mi intento y pretensión el día de hoy es tratar una cosa que creo que hará provecho a las almas, y es ver qué quiere decir este alborotarse la ciudad por la venida de Jesucristo, porque siendo El la misma paz y viniendo para paz, ¿qué quiere significar este alboroto de la ciudad, y para qué? Entrémonos a nuestros pasos concertados en lo que pretendemos. Quiero preguntar una pregunta, la cual no poca polvareda movió en el concilio Tridentino pasado entre frailes dominicos y otros de otras órdenes. La cuestión es si un hombre puede saber si está en gracia de Dios o no. Cierto; con el favor y espaldas del concilio podemos responder con esta conclusión. Nadie puede saber de cierto, *con certeza de fe,* si está en gracia de Dios o no; dadme las razones, que me place: toma la primera. San Pablo: *Si bien no me remuerde la conciencia de cosa alguna, no por eso me tengo por justificado* [23]; dice: yo bien puedo pedir a mi conciencia si hay algún pecado, y ella responder que no; pero de aquí no puedo inferir que estoy en gracia de Dios. Y así dice David que, aunque tenga su conciencia sana, no por eso se tiene por seguro: *Purifícame de los míos ocultos* [24]. Señor, de los que no me acuerdan, me perdonad;

[22] Esto no hace sentido: el Santo contesta a la objeción, y no se ve el raciocinio. ¿Habrá alguna errata?
[23] 1 Cor. 4,4.
[24] Ps. 18,13.

¿cuál hay que no pueda decir esto? Luego no hay nadie que sepa si está en gracia o no; *por consiguiente, la afirmación es verdadera.* ¿Qué dice en esto Salomón?: *No sabe el hombre si es digno de amor o de odio* [25]; luego... Más: ¿el profeta no dice: *Perverso es el corazón de todos e impenetrable* [26], porque no hay quien lo vadee, sino Dios? *Por consiguiente, la conclusión es verdadera.* Dice Santo Tomás [27] que no se puede saber una cosa sin saber sus causes; ¿quién puede saber que Juan corre bien, que primero no sepa que tiene pies?, etc. La gracia procede de Dios, *porque dará el Señor la gracia y la gloria* [28]; luego sin conocer a Dios no sabréis si estáis en gracia o no; pues a Dios nadie de los viadores le ha conocido. Job: *¡Cuán grande es Dios!,* etc. [29] Esto es, sólo El puede henchir toda nuestra capacidad.

Segunda razón: ser uno amigo de Dios y estar en su gracia viene de su predestinación. San Pablo: *A quienes ha llamado, los ha glorificado,* etc. [30]; y todo esto sale de la predestinación, porque son efectos de la predestinación, porque entonces nos llamó cuando nos dió fe, y entonces nos justificó cuando nos dió la gracia. Mas entonces engrandece cuando da la gloria, pues así como no puede nadie saber si está predestinado, tampoco si está en gracia, pues es su efecto.—Tercera razón: todo cuanto sale de la mera voluntad de Dios, según Santo Tomás, la Escritura nos lo enseña; ella es como regla y nivel. El hacerse Dios hombre no cayó bajo el merecimiento angélico ni humano, sino hízose hombre por su mera voluntad. San Pablo: *No a causa de las obras de justicia que hubiésemos hecho* [31]; pues nadie osara decir que la segunda persona se había de hacer hombre, si la Escritura no nos lo dijera, etc. Mas ¿quién dijera que un muerto de cuatro o seis días resucitase si no fuese por la voluntad de Dios, porque naturalmente no se podía hacer? Luego nadie diría que el día del juicio resucitaríamos si no fuese porque la Escritura nos lo dice, de manera que lo que está en la voluntad de Dios no lo podemos saber sino por lo que la Escritura dice: *pero* tener uno gracia viene de la voluntad de Dios: *¡Oh Señor!, tu voluntad es la que ha hecho consistencia a mi floreciente estado* [32]. Y más: *Salvóme por un efecto de su buena voluntad para*

[25] Eccl. 9,1.
[26] Ier. 17,9.
[27] *Quaest. de scient. Dei,* a. 4.
[28] Ps. 83,12.
[29] Iob 36,26.
[30] Rom. 8,30.
[31] Tit. 3,5.
[32] Ps. 29,8.

conmigo [33]. Y como en ningún lugar de la Escritura halléis que estáis en gracia, luego nadie lo puede saber.

A esto se añade la autoridad del concilio Tridentino, que dice: *Como no hay quien duda de la misericordia de Cristo, de su merecimiento y de la eficacia de los sacramentos, así no hay quien dude que él en modo alguno puede saber con certeza hallarse en gracia* [34]. Queda, pues, respondido a la cuestión.

Pero, alma, abre el ojo, que hay algunos rastros para conocerlo, no de cierto, porque, si de cierto lo supiésemos, empinarnos habíamos, y si de cierto supiésemos que no, desesperaríamos; por esto nos da Dios rastros por donde conjeturemos el sí o el no. El primer rastro y señal es que tengas firme propósito de no ofender más a Dios. A osadas que el ánima que tenga esta señal, bien puede dormir; a buen seguro que tiene la gracia de Dios: sois una doncella hermosa de buen linaje, etc., y no falta quien anda por difamaros, ¿y con todo eso decís vos: yo cometer cosa fea? Antes moriré. ¿Ofender a mi Dios, Jesús? No lo haría por cuanto hay. ¡Ah, doncella, que ese propósito tan bueno señal es que tenéis gracia de Dios! Eso viene del amor que tenéis a Dios: tú quieres bien a uno, no le enojarás; tú de [35] amar a Dios, es que no le quieres enojar. Dice Cristo: *Todos vosotros padeceréis escándalo*, etc. [36]. Salta San Pedro: *Aunque me sea forzoso el morir contigo*, etc. ¿De dónde viene esto? Del amor que tiene a Cristo. Segunda señal y rastro es ver la palabra de Dios y ponella por obra: éste es muy buen y fino señal. Sois vos un mercader rico, y cada año, hecho vuestro gasto, sobran os cuatro cientos, etc., en vuestra casa. Vais al sermón, y el Espíritu Santo afila la lengua del predicador, que trate de limosnas, y oyes tú cómo es linda cosa la limosna, y, en saliendo de allí, ya das allí dos, allá cuatro: ¿qué es esto? Oyó la palabra de Dios, señal muy bueno, y púsola por obra, señal que tienes gracia de Dios. San Lucas, a los seis capítulos: va Cristo haciendo dos comparaciones: primera, compara el hombre que oye la palabra de Dios y la obra a un hombre que funda y obra sobre buen cimiento, y el que la oye y no la cumple al hombre que edifica sobre arena. Soléis decir que el que quiere gozar de casa, edifica sobre buen fundamento; y el que no, edifica sobre arena. Alma, tú que edificas oyendo y obrando la palabra de Dios, sabe que gozarás de esas buenas obras; mas el que ruinamente edifica, no gozará, pues para gozar oye la palabra y completa; por esto decía Santiago: *Habéis de ponerla* (la palabra de Dios) *en práctica, y no sólo escucharla* [37]. Lo mismo dijo Cristo: *Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica* [38].

[33] Ib. 17,20.
[34] Conc. Trid., ses. 6, c. 9. *decr. de iustific.*
[35] No hace sentido la expresión.
[36] Mt. 26,31.

La tercera señal es la que pone el Evangelio, y es que a la entrada del Señor se alborotó la ciudad. Alma, que eres ciudad de Dios, porque *el alma del justo es asiento del Señor*, por quien Dios creó cielo, tierra, etc.; sólo el hombre creó para sí. ¡Oh ciudad de Dios, y cómo te veo perdida, llena de ladrones!; ayunas, etc., luego salen robadores dejándote hipócrita: el ayuno, etc., son camino real para el cielo, sálente a robar aquí. ¡Oh ciudad estragada! David: *Veo que la ciudad está llena de discordia* [39], y es así que si hay mal es vuestra contradicción. La soberbia es contra la razón de Dios. San Agustín [40] dice: pecado mortal es decir o hacer o desear algo contra la ley de Dios. San Ambrosio [41]: es la transgresión de la ley de Dios. Luego contradicción ha de haber como dice David, y así pasa más abajo David y dice: *No se apartan de sus plazas la usura y el fraude* [42]. Tres plazas tiene el alma: primera, el entendimiento; segunda, la voluntad; tercera, la memoria; plazas muy anchas, todo cabe aquí. ¡Oh, cómo lloraba Jeremías esta ciudad: *¡Cómo ha quedado solitaria la ciudad!*, etc. [43]. Llámala sola porque sin Dios, sola porque sin merecimiento; mas *ha quedado como viuda*, no del todo, sino *como*, porque para serlo del todo habíale de faltar fe; mas, que eres tributaria, con razón *todo aquel que comete pecado es esclavo del pecado* [44]. Pues ¿qué remedio que no se pierda esta ciudad? Que entre Cristo en ella, que se alborote la gente de esta ciudad. Mira, alborotarse es mudarse; decís vos a fulano: mira que me han dicho que andáis robando, etc., en mala vida; y así como os salen las palabras de la boca, al otro le vienen unos colores y vánsele otros. Tópanse dos mujeres, la una dice de la otra que sabe, etc. Dice la otra: Vaste; que estáis alborotada, etc. ¡Oh alma bendita que de esta suerte se alborota!; que si al sonsonete del predicador se le van unas colores y vienen otras, vos dichosa que en oír algo que os toca os demudáis, y ésta es buena señal. Dice el predicador: mira, que se dice de ti que *vuestras calendas y vuestras solemnidades son odiosas a mi alma* [45]. Y el Eclesiás-

[37] Iac. 1,22.
[38] Lc. 11, 28.
[39] Ps. 54,10.
[40] L. 22 *Contra Fausto*, c. 27.
[41] L. 1 *De paradis.*, c. 8.
[42] Ps. 54,12.
[43] Lam. 1,1.
[44] Io. 8,34.
[45] Is. 1,14.

tico: *No está bien la alabanza de ella en la boca del pecador* [46]; pues oyendo esto una mala mujer, luego se demuda y dice entre sí misma: ¡Oh malvada de mí, que pueda tanto un negro deleite que me haga estar apartada de mi Dios; que pueda tanto un amor bestial!, etc. Así va; vos, hermana, indicio tenéis de gracia; luego alborotarse es mudarse.

Mas alborotarse no es sólo mudarse, pero a de veces es levantarse; duerme uno a buen sueño; cuando menos os catáis, levántase muy recio, etc. ¿Qué es esto, hermano? ¿Qué? Va alborotado. ¡Oh alma, que cuando tú te levantas recio de tus pecados, sabe que estás cerca de la gracia de Dios. Pon los ojos en una alma mundana, cómo ronca en el pecado. Jeremías: *Fértil fué Moab*, etc., *permaneció en sus heces* [47]; Moab, esto es del padre. El cristiano es del Padre. Cristo nos lo enseñó cuando nos manda que cada mañanica digamos: *Padre nuestro, que estás en los cielos*, etc. Y éste está fértil por las virtudes que se le infundieron en el bautismo, y, con todo esto, da ronquidos: fulano esto, fulano estotro, éste es el más mal hombre de este lugar, etc.; esto es roncar, y con todo este ronquido, si cuando menos se catan los otros tú te levantas de ahí y confiesas, etc., verás que sale el alboroto de los otros, y dirán no veis fulano cómo trata de su salvación, etc. Mira la Magdalena, que, según San Vicente, doce años estuvo en pecado mortal, y, con todo esto, roncaba, había una polvareda y alboroto en verla. Ella, la pública pecadora, etc., cuando menos se catan vase a los pies de Cristo, etcétera; y así mereció allí jubileo plenísimo: *Le son perdonados muchos pecados*, etc. [48]. Luego éstos son señales para dar a entender que tenéis gracia en vuestra alma.

De aquí colegirás las causas del conmoverse la ciudad; dice que se *conmovió toda la ciudad* [49], no una calle, ni dos, ni tres, sino toda la ciudad; esto es, si quieres que la gracia de Dios more en vuestra ánima, procura que se alborote toda la ciudad; esto es, se desnude del todo de la mala vida; que de tres pecados dejar los dos y quedarse con el uno, eso no es alborotarse toda la ciudad. Andáis vos por matar a uno y estáis amancebado, por un sermón o consejo perdonáis y quedáis os con la amiga. Decís, hermano, yo veía que andando con el bando estaba en desgracia de Dios; pero ahora pienso que ya no estoy sino en gracia; andad, que no es así, que no *se conmovió toda la ciudad*, que uno esté atado con siete cadenas y llegue otro de piedad y le quite las seis, queda con una; si le decís que ande, dirá que está atado; pues cómo, ¿no os quitó fulano seis cadenas? Sí, alivióseme el peso, pero con una tan atado me estoy como con siete.

[46] Eccli. 15,9.
[47] Ier. 48,11.
[48] Lc. 7,47.
[49] Mt. 21,10.

Ea, alma, si tienes siete cadenas de siete pecados mortales, déjalas todas. Por esto daba gracias a Dios David: *Tú, Señor, rompiste mis cadenas* [50]. Y si te dejas alguno, tan atado te estarás para siempre como por todos; para que Dios venga a ti, quita todas las cadenas, y por esto decía Santiago: *Aunque uno guarde toda la ley, si quebranta un mandamiento, viene a ser reo de todos los demás* [51] (esto se ha de entender cuanto a que se condenará así por uno como por ciento), y entiéndese de los pecados mortales. Pues, hermano, ojo a mudarte y así entrará Dios en ti, dándote gracia y allá gloria, etc.

SERMON III

(Martes después del segundo Domingo de Cuaresma)

Quita el velo a mis ojos, y contemplaré las maravillas, etc. (Ps. 118,8); *Sobre la Cátedra de Moisés*, etc. (Mt. 23,2).

Como nos mande Dios que no tengamos dioses ajenos, sino a El solo tengamos por Dios, no es razón que atendamos a otro sino a El; y dado caso que sería bastante el mandárnoslo, empero quiere convencerte con razones. Algunas razones hay que nos obligan a no tener por Dios a otro sino a nuestro Dios y Señor. Una de ellas es por la grande dignidad de Dios, por la cual merece ser honrado, glorificado y estimado más que todas las cosas; y así El dice: *La gloria mía no la cederé a otro, ni el honor mío a los simulacros* [52]. Lo cual no cumplen los idólatras; antes, como dice San Pablo: *Llegaron a transferir el honor debido solamente a Dios incorruptible a un simulacro en imagen de hombre corruptible* [53]. Aun acá vemos si tienes un enemigo, y a tu amigo ves que lo saluda, tiénesla por sospechosa a su amistad. Es Dios tan celoso de su honra, que en ver que le das a otro deja de tener tu amistad. Esta dignidad de Dios muéstrase en que todo lo ve; y así este nom-

[50] Ps. 115,16.
[51] Iac. 2,10.
[52] Is. 42,8.
[53] Rom. 1,23.

bre de Dios, según Santo Tomás, opúsculo cuarto, significa visión, quien todo lo ve; éste es uno de los señales de la Deidad, según lo dice Isaías: *Vaticinad lo que ha de acontecer en lo venidero, y conoceremos que vosotros sois dioses* [54].

Contra esta Deidad hacen los adivinos (que usurpan el oficio de Dios, queriendo adivinar lo que ha de venir) por dos partes: la una, que es propio de Dios el saberlo; lo segundo, que ellos quieren que Dios haga lo que ellos quieren y dicen, estando en manos de Dios el hacerlo o dejarlo de hacer. ¿Queréis ver cuán grande pecado sea? Aun el astrólogo, que trata según su ciencia, que es lícita, si afirmase determinadamente lo que ha de venir (lo que ve en las causas materiales) sin tener respeto a que Dios lo puede ordenar de otra manera y sin sujetar lo venidero a la voluntad de Dios, es pecado gravísimo. Aquí entran los que adivinan por las manos, o fisonomías del rostro, o por agüeros, como son graznidos de aves, aullidos de perros, etcétera, dicen esto sucederá o el otro; los que dan crédito a los sueños. A lo menos sabe te aprovechar, si son buenos. Si sueñas la gloria o que te habla Cristo o su Madre, quedas alegre; di, ¿qué será la verdad, si el sueño tanto alegra? Si ensueñas cosas malas, el infierno, el juicio, y quedas muy espantado, ¿qué será la verdad? Enmiéndate. Si muertos, haz bien por ellos (no por que digas vienen a pedirme socorro); que si es de Dios, ya aprovechará; si del demonio, ya lo confundirás, y pensando engañarte, queda engañado. ¿Que (dice) me salen algunos verdaderos? A veces del diablo, como lo oye tratar en alguna parte, o ve venir a tu marido, o en otras maneras, hácelo ensoñar, para que pienses son verdad, y en casos mayores te engañe. Así que no se ha de creer en sueños, etc. Lo que se hace la noche de San Juan para saber con quien se ha de casar, o qué facciones ha de tener, todo son hechicerías y supersticiones; finalmente, todos los que pretenden saber cosa oculta o venidera, así los que lo hacen como los que lo consienten y lo preguntan, pecan mortalmente; que usurpan el oficio de Dios. ¡Oh alma, que estás llena de esto, que haya adivinos y quien vaya a ellos! Reprende, etc.

Quéjase Dios: *Pues qué, ¿no ha de acudir el pueblo a su Dios* [55] para saber de los vivos y de los muertos? Que haya quien hable con las almas, etc. Obligados son a decirlo al Santo Oficio; que hacen traición a Dios los que lo saben, como haría uno al rey si supiese que había un espía del Turco que tratase como destruir a Valencia. Mira cómo

[54] Is. 41,23.
[55] Ib. 8,19.

le fué a Saúl por irse a aconsejar [56] con la pitonisa: *Murió Saúl en pena de sus maldades, y, además, por ido a consultar con la pitonisa y no haber puesto su esperanza en el Señor, por lo mismo le quitó la vida y trasladó su reino a David, hijo de Isaí* [57]. Por lo tanto, tened cuidado; que todo es ilusión del diablo; acude a Dios, y si te conviene que lo sepas, El te lo dirá; y si no te conviene, ¿para qué lo quieres saber? Sea regla general querer saber las cosas que están por venir de si es cosa inútil, pues dependen de la voluntad de Dios, los medios, o determinadamente malos o sospechosos. También los que decís que si se derrama la sal, vino, aceite, etc., es todo vanidad, y el demonio lo procura muchas veces, para seducirte. De manera que saber las cosas de porvenir, etc., es de Dios, y es contra su autoridad y grandeza. *La persona que se desviare para ir a consultar a los magos y adivinos y se abandonare a ellos, yo mostraré mi saña contra ella y la exterminaré de en medio de su pueblo* [58]. Y aquí mismo, que los tales sean apedreados.

Lo segundo porque hemos de guardar este mandamiento es porque es liberal con nosotros en proveer nuestras necesidades. Ea, cristiano, ¿a cuál señor eres obligado a servir?, ¿cúyo pan comes y de cúya habitación te sustentas? Pues ¿quién es tu bienhechor, sino Dios? *Escucha, pueblo mío, y yo te instruiré. ¡Oh Israel!, si quieres obedecerme, no ha de haber en tu distrito Dios nuevo*, etc., hasta *abre bien tu boca, que yo te saciaré plenamente* [59]. Que es, tu boca sea medida. ¡Oh liberalísimo Dios! *Todos fijan en ti sus ojos*, etc. [60]. No en balde dice Santiago: *Todo don perfecto*, etc. [61]. Pues siendo así, ¿cómo tendrás a otro por Dios? De aquí tomó motivo Jacob cuando alzó en título a una piedra; véase hasta *el Señor será mi Dios* [62]. Por tanto, tú, que tienes eso y ese otro, contra esto haces: que pones confianza en hombres y medios ilícitos, en sortijas, ensalmos, encantamientos, etc. Véase sobre esto a Azpilcueta. *Bienaventurado el hombre cuya esperanza es el nombre del Señor, y que no volvió los ojos hacia la vanidad y a las necesidades engañosas* [63]. ¿Qué son, sino dislates? Cuando eras gentil, no era mucho dar crédito a esto. De esto se queja San Pablo a los Gálatas: *Verdad es que cuando no conocíais a Dios, servíais a los que realmente no son dioses. Pero ahora, habiendo conocido a Dios, o por me-*

[56] 1 Reg. 28,7.
[57] 1 Par. 10,13.
[58] Lev. 20,6.
[59] Ps. 80, 9 s.
[60] Ib. 144,15.
[61] Iac. 1,17.
[62] Gen. 28,21.
[63] Ps. 39,5.

jor decir, habiendo sido de Dios conocidos, ¿cómo tornáis otra vez a esas observancias que son sin vigor ni suficiencia, queriendo sujetaros nuevamente a ellas? Observáis los días y meses, y tiempos y años [64]. Y así hallaréis que está reprobado (26, cuest. 7, cap. *admoneant)*. Deja eso, cristiano, y espera sólo en Dios. Evangelio tienes, misas, y oraciones, etc. Deja de novedades, y no hagas nada sin consejo; espera en Dios: *Ya que ha esperado en mí, yo le libraré*, etc., hasta *le haré ver el Salvador que enviaré* [65]. Ea, abra Dios tus ojos; di: *Quita el velo a mis ojos*, etc. [66] Es un velo muy oscuro el descuido de no oír la palabra de Dios; porque en ella se enseña la ley de Dios: *La explicación de tus palabras ilumina*, etc. [67]. Quita hoy Cristo en el presente Evangelio este velo. *Sobre la cátedra de Moisés*, etc.

Dos razones suelen mover a los que huyen de oír la palabra de Dios: primera, ver la mala vida de los que predican, cuánto mal hagan. Di: ¿qué piensa el oyente? Que es burla. Si un mercader te alabase una mercaduría, y no la comprase teniendo dineros, y te persuadiese que la comprases, sospecharías que te engaña o que no lo siente como lo dice. Aplica. Que es mercader, como tú, y cristiano, y tienen con qué comprar la castidad, humildad, que te persuade, y no la compra. ¿Qué ha de pensar el que te oyere predicar, sino que te burlas? Quita ese velo: *Haced todo lo que os dijeren*, etc. San Pablo: *Tú que predicas que no es lícito hurtar, hurtas; tú que abominas de los ídolos, eres sacrílego adorador suyo* [68].

Segundo motivo que hace para no oír la palabra de Dios, es por no ser reprendidos. *Van liando cargas pesadas e insoportables* [69]. Señor, que carga demasiadamente la mano. Di, hermano: si uno arase tu campo, ¿querrías que cargase la mano en la esteva o que llevase la mano ligera, que sólo rompiese la cara de la tierra?, etc. Pues lo que quieres para el campo, ¿no quieres para tu alma? Mandó a Isaías Dios que cargase la mano al pueblo: *Clama, no ceses; haz resonar tu voz como una trompeta, y declara a mi pueblo sus maldades* [70].

Lo tercero impide decir: ya sé lo que me puede decir: tenerte por Maestro. *No habéis de querer ser saludados Maestros, porque uno solo es vuestro Maestro* [71]. Si lo sabes, no lo tienes en memoria; y si lo sabes y se te acuerda, no lo sientes en el espíritu, que está en aquel que te lo dice: *Plugo a Dios salvar a los que creyesen en El por medio de la locura de la predicación* [72]. Ea, cristiano, eso que te parece que es bajo, envuelto en buen espíritu te convertirá; oye siempre. Y el predicador tenga cuenta con tratarse con todos, no como señor, ni como maestro, sino como ministro y hermano. *Todos vosotros sois hermanos* [73]. No se precie tanto de mostrarse bueno, cuanto de serlo; que se cumpla lo de Cristo, que primero los llamó *sal de la tierra* y después luz del mundo; mostrando que primero han de ser sal, sin corrupción de pecado en la vida, y después luz en la doctrina. Ea, cristiano, anímate, y si quieres ver la ley de Dios cumplida, mira en el Doctor que la enseña: alza los ojos, y verás en el púlpito de la Cruz; y qué buenas lecciones enseñas al pueblo, Dios mío, pobreza, penitencia, etc. Pídele la gracia, etc.

[64] Gal. 4.8 s.
[65] Ps. 90.14 s.
[66] Ib. 118.18.
[67] Ib. 118.130.
[68] Rom. 2,21-22.
[69] Mt. 23,4.
[70] Is. 58.1.
[71] Mt. 23,8.

SERMON IV

(Sábado después del Domingo de Pasión)

No está tomado, como los anteriores, de la edición manilense, sino del infatigable investigador e historiador P. G. de Santiago Vela. Lo publicó él como muestra de una colección de sermones de Santo Tomás de Villanueva que se encuentra en la Biblioteca Nacional con la signatura Mss.54945, correspondiente a la antigua X-399. En el *Archivo Histórico Hispano-Agustiniano* (vol. 10, 1918, p. 224.) y luego en su *Biblioteca Ibero-Americana* (vol. 8, p. 270.) trae un estudio y descripción completos, aunque resumidos, del citado manuscrito, con la maestría insuperable con que suele hacerlo el P. Vela, y que no hemos de detenernos aquí a ponderar.

Y el que vamos a copiar es uno de los treinta y nueve que cita, y que, según él, estaba inédito hasta su publicación en el citado Archivo. Entre los restantes se encuentran también los tres anteriores que la edición manilense tomó de la copia que se conserva en el Colegio de Valladolid. No sabemos si será debido a que la copia de la Nacional está hecha con más cuidado; lo cierto es que no se encuentran en este sermón las lagunas y lunares que en los otros tres hemos mencionado.

[72] 1 Cor. 1,21.
[73] Mt. 23,8.

El que va en pos de mí no va a ciegas (Io. 8,12).

Si Dios no nos proveyera de la luz, ¿qué fuera de nosotros? Si Dios no creara el sol, ¿qué hicieran los que habían de trabajar? Y si Dios no nos diera la luna, ¿cómo vieran los caminantes de noche? Luego darnos Dios la luz fué gran bien para nosotros, porque una de las grandes tristezas que siente un caminante es que no vea dónde pone el pie; pero proveyó la divina Majestad de luz que fuese descanso y consolación para todos. *En el principio creó Dios el cielo y la tierra* [74]. Y la tierra era desaprovechada, porque cuando [75] *las tinieblas cubrían la superficie del abismo*[76], eso es verdad, que faltar la luz no hay nada de bueno. ¿Queréislo ver? Creó Dios la tierra y no daba fruto; creó luego la luz, de la cual dijo *vió que era buena*, lo cual no dijo de la tierra; y en creando la luz, *germinó la tierra*; de manera que todo el bien que la tierra tiene es por la luz. Luego sin luz no hay nada bueno. Gran Dios de Israel, que nos diste el sol para el día y la luna para la noche, *hizo Dios dos grandes lumbreras*, etc., bendígante los ángeles y todo lo creado [77]. Digamos con David: *Alabad al Señor porque es bueno, porque hace brillar eternamente sus misericordias* [78], que misericordia es hacer los *grandes luminares, el sol para presidir el día, la luna y estrellas para presidir la noche* [79]. Las estrellas, los santos del cielo; el sol, Cristo, del cual dice: *Para vosotros los que tenéis mi nombre nacerá el Sol de justicia* [80]. La luna, ¿quién será sino vos, Señora? De vos se dice: *Bella como la luna* [81]; la luna toma la luz del sol y la comunica a los caminantes de noche, a los pecadores, y esto con cumplimiento de gracia. Pidámosela, etc.

Dos cosas diremos: primera, qué tinieblas son estas de las cuales trata aquí Cristo; segunda, de dónde nace, llevando consigo el hombre la lumbre de la razón, que se diga de él que va en tinieblas. A lo primero si sólo el que sigue a Cristo no se halla en tinieblas, y los que le siguen son tan pocos; luego los más andan en tinieblas. Yo me declaro: si sólo aquel se puede llamar sabio y entendido que sigue a Cristo, y hoy hay pocos que le siguen, ¿quién duda sino

[74] Gen. 1,1.
[75] Interpretamos la abreviatura algo borrosa por *cuando*, pues traducida por *quia*, se habría de leer *porque quia*, a nuestro juicio defectuoso.
[76] Gen. 1,2.
[77] Iudith 13, 21.
[78] Ps. 117,1.
[79] Ps. 135,7-9.
[80] Mal. 4,2.
[81] Cant. 6,9.

que la mayor parte de los hijos de Adán son ignorantes y andan tan llenos de pecados? Muchas veces me paro a pensar de dónde sale que hay tantos pecados en el mundo, y en resolución vengo a decir que salen de tantas ignorancias como hay. Hora sus vais vos por la calle; va uno delante de vos (dos) o tres o cuatro pasos; cuando menos pensáis de vuestro hombre, da de ojos en un hoyo, y acudís vos y decís: Hombre, ¿cómo has caído? —Señor, que soy ciego.—Y veisle ciego y decís: Tienes mucha razón. Alma, ¿qué mayor hoyo que la soberbia, blasfemia, carnalidades, etc.? Los hijos de Adán a cada paso caen, pero tarde se levantan. ¿Qué es la causa? Que van ciegos, son ignorantes. Job: *A mediodía andarán a tientas como si fuese de noche* [82]. Los cristianos, dice Job, andarán palpando al mediodía como si fuese a media noche; ¿que es la causa que antes que salga el sol, estropezáis? No me maravillo; pero al mediodía, después de salido el sol, caigáis? Allí está vuestra ignorancia y seguirá. Antes que Cristo viniese al mundo, si entre los padres antiguos hubiera quien cayese, no era mucho, porque no había aún salido el sol; pero en la ley de gracia, en la ley evangélica, ha salido el sol, que es Cristo, el cual ha echado tantos rayos para alumbrar a los hijos de Adán. Un rayo fué el nascer, otro el circuncidarse, etc.; pues saliendo un sol tan resplandeciente, ¿qué es la causa que somos tan ignorantes? Hombres, ¿queréis no ir apalpitantes?[83] ¿Queréis no errar? Seguid a Cristo. *El que va en pos de mí no va a ciegas.*

El día de hoy se me ofrece tratar de la materia más dificultosa que hay en materia moral, que es de la ignorancia. Sabed que en el mundo hay cuatro cosas que no ven, ni se les da nada por ver, ni es menester que vean; otros hay que no ven, ni se les da nada que no vean, pero, aunque vieren, lo mismo harían con la luz lo que harían con las tinieblas; otros hay que adrede cierran los ojos por no ver; otros, que tienen los ojos abiertos y no ven nada, porque dentro de los ojos tienen ciertas cataratas que les estorba la vista. A este mismo tono hay cuatro maneras de ignorancia: unos, que no saben ni se les da nada por saber, ni es menester que sepan; otros, que no saben ni se les da nada por saber, y aunque supiesen harían lo mismo, como si no supiesen; otros, que adrede no quieren saber; otros hay tan ignorantes, que, aunque quieren, no pueden saber. Declaremos todo esto con ejemplos.

Ejemplo de los primeros. Hay unas cosas que no ven ni se les da nada ver, y ni es menester que vean; ¿quién son estas cosas? Todas las cosas insensibles, la piedra, las

[82] Iob 5,14.
[83] *¿Apalpantes?*

plantas, los elementos, etc.; éstas no ven ni se les da nada por ver, etc., porque para perfección del universo es menester que no vean, para que haya diversas naturalezas de cosas. A este tono (el) hombre sabe que en su entendimiento asienta muy bien una ignorancia de cosas que ni sabéis, ni se pueden saber, ni es menester que las sepáis, y ésta es ignorancia santa, como es ahora decir tú: ¿Cómo es posible que el Padre Eterno engendre al Verbo divino, sabio como El, prudente como El, etc.? ¿Cómo es posible que el Espíritu Santo proceda del Padre y del Hijo por vía de amor, etc.? ¡Ah!, ¿queréis saber? No, Padre, que entraré muy hondo y dará conmigo al profundo del mar; bástame que lo creo por fe, que es así como la Iglesia me lo propone; pero el cómo y cómo no, no quiero saber, porque de este y demás misterios dice acullá el profeta: *El que se mete a escudriñar la majestad será oprimido de su gloria* [84]. El que va desmenuzando los misterios profundos de Dios, la gloria dará sobre él y lo desmenuzará a él. Isaías [85] nos cuenta una visión, que vió uno asentado y encumbrado, y este tal tenía dos serafines y éstos tenían cada seis alas, y con cada dos cubrían los pies, y con otras dos las manos, y ellos tenían por blasón y oficio dar voces delante del asentado y encumbrado: *Santo, Santo, Santo*. El rostro de Dios la divinidad, los pies la humanidad y los misterios que tocan a la humanidad, ésos están velados, ¿y quién los cubre? Los dos serafines, porque se tenían por indignos de verlo y mirarlo. Pues si los serafines, con ser tales, encubren y no quieren ver los misterios del rostro y de los pies, tú, hombrecillo, ¿cómo quieres atreverte a tratar las cosas de Dios con tanto atrevimiento, a ponerte cómo es esto y cómo aquello? Pues, Padre, cuando oímos tratar de esto, ¿no haremos algo? Sí, que te asombres y te espantes de los misterios de Dios y que digas; *Santo, Santo*. A los 19 del Exodo: estaba Dios dando la ley a Moisés, y en dársela dice que mandó Moisés que se diese un pregón que *todo el que se llegue al monte, ya fuere bestia, ya hombre, ha de morir apedreado* [86]. Pues ¿quién lo había de tocar? Los ángeles, el monte: la divinidad, los ministros de Dios. A esto no lo toque el hombre, que significa el sabio, y por el jumento es entendido el ignorante. Quién toca el monte, el que escudriña los misterios de Dios. Pues ¿quién le ha de tocar? El ángel que es *missus*, el enviado. Eso dejadlo para un San Pablo, para un San Agustín, para los cuatro evangelistas, porque todos éstos fueron enviados para enseñarnos cosas de Dios. Pues ésta es la ignorancia primera, y los teólogos la llaman ignorancia invencible, que no se puede vencer, y aunque no la venzamos no pecaremos.

[84] Prov. 25,27.
[85] Is. 6,1.
[86] Ex. 19,13-12.

Ejemplo para la ignorancia segunda: Hay unos animales debajo la tierra que no ven, pero tienen otra virtud, que roen las hortalizas, y hacen esto no viendo, y aunque viesen lo mismo harían. Así, hay una ignorancia entre los hombres que es la segunda, etc. Ejemplo: Venís vos a visitar a un amigo y, estando en conversación, luego se atraviesa de tratar de Pedro o Juan, y vos salís en vuestra conversación como un caballo desenfrenado a decir tal y tal es fulano. Si cuando vas tratando de él parece que vas debajo tierra, no te osas descubrir, estás tan ciego que no te das acaso de que le roes la fama a tu prójimo, y dícesla con tanto sabor, que Dios me libre de tal gente. Salomón dice de éstos: *No te acompañes con los detractores, porque de repente se desplomará sobre ellos la perdición* [87]. San Bernardo dice que duda quién peca más, el que murmura o el que oye murmurar. Pero San Agustín responde y dice: «Non abs re (?) ipsis detrahentibus cum possit ipsi impietati consentire». Ideo tanto peca el uno como el otro. Decid, grande pecado fué crucificar a Cristo, y no puede ser mayor; digo que el mayor pecado es quitar la fama a tu vecino. Padre, si eso fuere ansí, yo procuraría de antes perder la vida que no adifamar a mi prójimo. Pues sepas que es mayor pecado, porque los que mataron a Cristo mataron sólo la carne; el que difama mata al espíritu, y cuanto mayor es el espíritu que la carne, tanto mayor es el pecado. Esto dice claro Agustino sobre *illud* David que decía en persona de Cristo: *En vez de amarme me calumniaban* [88]. Dice Agustino: «Más perjudican los que detraen en los miembros». Luego del ingenio de Agustino sacamos que es mayor pecado difamar que crucificar a Cristo. Pues de esta segunda ignorancia Dios me libre, y llámanla los teólogos ignorancia concomitante, porque siempre va junta con pecado y siempre que la hay siempre hay con ella pecado, y por ella el pecado ni es más grave ni menos grave, porque cometen los pecados ansí como el que no lo sabe. ¿Queréislo ver? Sale uno embroquelado de su casa con intención de matar a su enemigo, y topa con uno que no lo conoce; piensa que es su enemigo, mátale. Dices, ¿éste peca? Sí, porque mata a su prójimo. ¿Tiene ignorancia? Sí. ¿Excúsale de pecado? No, porque aunque el que mató no era su enemigo, pero porque salió con propósito de matarle, aunque no le mata, peca matando a éste que no conocía, como si matara a su enemigo, porque su fin era matarle si lo topara.

[87] Prov. 24,21-22.
[88] Ps. 108,4.

Luego la ignorancia no le excusa, ni tampoco el pecado es mayor ni menor. Esta es la segunda ignorancia.

La tercera, hay unos que no ven y adrede cierran los ojos por mejor salir con su intento. Estos son como el toro. Dicen los naturales que cuando el toro está a dos pasos del hombre, que cierra los ojos, y esto hace para dar mayor golpe. ¡Oh toros madrigados hijos de Adán, que cerráis los ojos para dar mayor golpe y encuentro a la virtud! Dice el mercader entre sí: este trato creo yo que no es lícito; ¿pedir he [89] o no? Si lo pido, decirme han que no es lícito y así no ganaré. Pues ¿qué remedio? Que no lo pida, sino que dejarlo he así, pues no lo sé de cierto. ¡Ah toro, que cierras los ojos por hacer contrato ilícito! Esta es la tercera ignorancia. Vase uno a confesar y pensando antes sus pecados acuérdasele uno que tiene vergüenza de pensar en él; desea que no se le acuerde por no confesarlo. ¡Ah traidor, que cierras los ojos para dar mayor golpe contra ti y Dios! David contra éstos dice: *Ha obrado dolosamente en la divina presencia*. Van con engaño delante de Dios, ¿por qué? *Para que se haga más odiosa su maldad*, etc. [90] Esta ignorancia llaman los teólogos ignorancia afectada, con afición, y que la persona misma se la usa.

La cuarta ignorancia, que es de aquellos que tienen ojos abiertos y no ven, por las cataratas que tienen. Vais por la calle, viene uno y daos un encuentro y decísle, ¿no miráis cómo vais? Dice el ciego: Señor, perdona, que no veo. —¿Cómo no veis? ¿Tenéis los ojos abiertos y no veis? —Señor, no, que tengo unas cataratas en los ojos. —Pues haced esto y esto y curaréis. —¡Oh señor, que es grande trabajo! —¡Ah desdichado de ti, que por no sufrir un poco de trabajo no quieres curar de tu ceguera! Esta es mala ignorancia. Esta tienen los que ignoran lo que han de saber de obligación, como es saber los mandamientos, artículos de la fe, porque sin saber éstos no te salvarás. Dirásme: Padre, yo creo lo que la Iglesia cree; no basta para salvarte, sino que has de saber el credo y confesar cómo es Dios trino y uno, y confesar que el Padre y el Hijo producen al Espíritu Santo por vía de amor, de manera que has de saber lo que crees no por orden, sino a bulto, siquiera principiando por el primero o por el postrero, etc. La razón es porque cada oficial ha de saber lo que toca a su oficio, porque de otra manera no hay quien obre nada en el oficio, que es el oficio de cristiano hacer obras de cristiano y éstas dirigirlas a Dios, y ¿por dónde? Por el camino de los mandamientos de Dios. Pues si éstos no sabes, alma, ¿cómo encaminarás tus obras a Dios? Y de aquí sacamos que los jueces y gobernadores,

[89] Parece faltar la palabra *consejo*.
[90] Ps. 35,3.

por no ver y advertir lo que podían saber si pusiesen un poco de trabajo y cuidado, se siguen más daños, y por eso pecan, como el jurista que por no mirar bien el pleito da sentencia en contra; este tal peca y es obligado a restitución, porque cada uno es obligado en su oficio saber lo que le conviene en su oficio. Pues ésta es la cuarta ignorancia y de ésta se entiende loa de San Pablo: *El que lo desconocerá, será desconocido* [91].

A lo segundo, de dónde salen estas ignorancias, de dos raíces: primera, del amor del mundo; segunda, del descuido de los perlados. Y hombres, ¿por qué sois tan ignorantes? Porque estáis tan en cerca de los enemigos y aficionados a cosas del mundo. ¿Quieres ser sabio y no ignorar? Da de mano al placer, al deleite, al interés. David: *Corrí por el camino de tus mandamientos, cuando tú ensanchaste mi corazón* [92]. Para correr dos cosas son menester: primero, que no lleve gran carga; ya que la lleva, que sea poca; segundo, que tenga los pies dispuestos y templados y con virtud. David: Yo corrí por los mandamientos de Dios, pues no llevaba carga de pecados. ¿Cómo son las leyes de Dios? David, ¿cuál es? *Mi yugo es suave*, etc. Más, tenía fortaleza, porque de esta virtud dice David: *En ti, Señor, está mi fortaleza*, etc. Y ¿cuándo corriste, David? *Cuando tú ensanchaste mi corazón*, que corazón apretado no sabe correr por el camino de Dios. ¿Cuándo está apretado el corazón? Cuando tienes cuidado del dinero, de la honra, etc. Pero, Señor, cuando me apartéis del amor del mundo, entonces correré por el camino de los mandamientos.

La segunda raíz de donde nacen las ignorancias son los perlados y veras de éstos, y por éstos dice el profeta: *Por esto mi pueblo fué llevado cautivo, porque le faltó*, etc. [93] ¡Oh buen José, que al tiempo de la hambre guardó el trigo y cuando la viuda tenía necesidad se lo daba, etc. José es el perlado, el obispo, etc. Se han de preciar de tener los atrojes llenos de trigo. Los graneros son las potencias del alma; ésas han de estar llenas de doctrina de buenos consejos, de caridad para con sus súbditos. A los 7 de los Cantares: *Tu vientre como montoncito de trigo* [94]. El vientre del arzobispo ha de ser como un montón de trigo de doctrina para doctrinar y alumbrar a las almas. Pero mira que estaba rodeado de lirios. La doctrina ha de estar rodeada de lirios, *id est*, no ande en vicios, en tratos, en codicias,

[91] 1 Cor. 14,38.
[92] Ps. 118,32.
[93] Is. 5,13.
[94] Cant. 7,2.

tras el obispado que más vale, sino que su vida sea conforme a la *sciencia* [95], y así ayudarás a quitar estas ignorancias para mejor servir a Dios aquí por gracia y acullá por gloria, etc.

SERMON V

Sermón de la Samaritana

Vamos a copiar un sermón de nuestra prestigiosa revista «La Ciudad de Dios» (vol. 162, n. 1, p. 78-89) correspondiente al año 1950, donde lo ha publicado el P. David Gutiérrez, ilustre profesor de nuestro Colegio Internacional de Roma. Lo sacó del códice Ottoboniano latino 1007, de la Biblioteca Vaticana, y corresponde a la conción latina del viernes después del tercer domingo de Cuaresma *(Opera,* II, 63-69, y VI, 269-271).

Tenemos sumo gusto en añadirlo a la cada día más abundante colección de obras castellanas de Santo Tomás de Villanueva. Bien dice el P. David Gutiérrez en la introducción que precede al sermón que quedan indudablemente muchas por descubrir, y que con ellas y con las que ya señala el Padre Vela *(Biblioteca Ibero-Americana,* vol. 8, p. 280 s.) podría llegarse a completar un grueso volumen con las dichas obras castellanas.

Remitimos al curioso lector a la revista citada si desea conocer más al detalle el contenido de dicho códice Ottoboniano, que analiza y describe con toda competencia el P. David. Como también lo ha adaptado a la ortografía moderna, aunque conserva palabras y formas gramaticales empleadas por el Santo, nos abstenemos nosotros de dar más explicaciones, que juzgamos innecesarias.

> «*Omnis qui biberit.* Todo el que bebiere de esta agua habrá sed otra vez; el que bebiere del agua que yo le diere no habrá sed para siempre, antes del agua que yo le diere se hará en él una fuente de agua que salte hasta la vida eterna». A los cuatro capítulos de San Juan.

Dos aguas se nos proponen en el tema: la una, que no mata la sed, y ésta es la mundanal y terrena; la otra, que mata la sed y se hace en el que la bebe fuente de agua que salta hasta la vida eterna, la cual es la espiritual consolación del alma; de las cuales será todo el sermón.

[95] Traducimos por esta palabra la abreviatura *scia,* pues parece ser la única interpretación que cabe.

En esta mujer samaritana se nos propone la forma y figura del ánima mundana, secular y pecadora; la cual, seca y fatigada con gran sed y cargada con la vasija muy pesada y que jamás se hinche de la codicia del haber y concupiscencia carnal, baja del pozo de este siglo a tomar y sacar agua de la consolación de los deleites de las criaturas, para que refrigere y mate su sed de esta manera con ellos. En esto se gasta toda la industria de los seglares [96], todo su trabajo, todo su estudio, todos sus cuidados, todos sus pensamientos; esto es lo que con tanta agonía y trabajo buscan todos los mundanos y en lo que gastan toda su vida, conviene a saber, en buscar todo linaje de consolación, de deleite y de descanso, para que vivan alegre y jocundamente y a su placer, no negando en nada a sus corazones de todo lo que desean.

Y esto buscan unos en riquezas, otros en honras, otros en juegos, otros en lujurias y otros en cazas, como en diversos pozos y fuentes; mas, al fin, todos buscan una cosa, y es que viven a su placer: sin contradicción ninguna, sin molestia alguna, sin desbrimiento alguno, sino que todo se haga como ellos quisieren y lo imaginaren: si quieren comer, que coman; si quieren beber, que beban; si quieren lujuriar, que lujurien, y no se curen de sufrir tentaciones, que les son muy enojosas al resistir; si quisieren irse a caza, que se vayan, y si quisieren dormir, que duerman; si quisieren velar en vanidades y juegos, que velen; si quisieren ir a misa y a los sermones por su pasatiempo, para mirar y para ver como el otro habla, que vayan, y si no, que lo dejen; finalmente, que no hagan cosa en que reciban la menor pesadumbre del mundo.

Y ¿de dónde pensáis que les han venido a estos miserables tan gran engaño, y tan gran descuido, y tan rabiosa e insaciable sed, sino porque su ánima está casada con cinco varones, con sus cinco sentidos del cuerpo, y con ellos está muy junta, presa y encadenada? Y de aquí es que ni se hartan de ver, ni de oír, ni de oler, gustar ni tocar; y por mucho que más oigan y vean, ni el ojo se harta de ver ni la oreja de oír: nunca está llena esta hidria, nunca les satisface sus pasatiempos ni sus deleites, cuyo propio es que pasados no deleiten, y presentes no harten, y futuros atormenten y congojen. ¡Oh cuán bienaventurada, cuán sabia y cuán pacífica y quieta estaría el ánima si en el humano cuerpo, alumbrada por Dios, sin sentidos viviese, o, por mejor decir, enajenada de estos sentidos corpóreos voluntariamente se desdeñase de usar de ellos!

Vemos muchos ciegos que, por ser ciegos, tienen muy

[96] Por seculares, esto es, que viven según las máximas del siglo, contrarias a las del Evangelio.

más sutil y más vivo el entendimiento, y tan hábiles que nos maravillamos de ello; y la causa es porque el ánima de ellos, arrecogida dentro de sí misma, mayor vigor y fuerza tiene con su lumbre natural. Y si creemos a Platón, ninguna cosa hay que más embobezca al hombre y le aparte de la verdadera filosofía que la enemiga curiosidad de los sentidos corporales [97], de la cual procede y emana toda esta sed insaciable de los mortales: como en la verdad las delectaciones intelectuales sean muy subidas, muy más fijas y más verdaderas. Pues ¡oh ánima mía!, mezquina y miserable, ¿por qué te congojas? ¿Por qué te fatigas? ¿Por qué buscas hartura donde no la hay? ¿Por ventura no sabes que esta agua de este desasosegado y proceloso mar, turbia y salada, no amansa la sed, mas antes la despierta y la enciende más que la mata? ¡Oh ciega, mísera y necia! ¿Por qué, dejado tu natural beber, buscas el extraño? Porque esta agua que tanto deseas beber, de puercos es, que no de espíritus. ¿Qué tienes tú que ver con riquezas, y con oro y plata, y feos deleites? Sal, sal de esta tienda, y verás cuán impertinentes son todas estas cosas a ti, cuán lejos sean de ti y cuán poco te pertenezca todo lo que ahora con tanto deseo y con tanto agonía buscas y deseas.

Este es el mayor error de los mortales, que como el hombre sea formado de cuerpo y de ánima, y el ánima sea la más noble y mucho más principal parte del cuerpo, ésta despreciada, sólo entiende en curar y arreglar los cuerpos; como del adúltero dice Job: *Apacentó a la estéril y que no pare, y no hizo bien a la viuda* [98]. Y de aquí es que, privada el ánima de su natural manjar, siempre anda seca, vagabunda y sedienta y con gran hambre, buscando entre las criaturas alguna gota de agua con que pueda refrigerar y matar su sed.

¡Cuán poderosamente clama el Señor por el profeta sobre este error de los mortales diciendo: *Espantaos, cielos, sobre esto, y vosotras, puertas suyas, os desconsolad grandemente, porque dos males ha hecho mi pueblo: dejáronme a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas destruídas, que no pueden tener las aguas* [99]; menospreciaron el agua limpia, muy clara, muy dulce y muy saludable de la fuente de la vida, que yo les daba de gracia y sin precio alguno, y con gran trabajo y mucho a su costa se cavaron cisternas agujereadas para beber del agua turbia y hedionda, podrida, mortífera y emponzoñada. ¡Cuánta ceguedad, cuánta locura! Verdaderamente aljibe agujereado es

[97] Idea fundamental de la doctrina platónica, expuesta principalmente en el *Fedón*, IX-XII.
[98] Iob 24,21.
[99] Ier. 2,12.

la honra del mundo, cisterna disipada son los deleites, las riquezas y toda la prosperidad de este siglo; no pueden tener el agua muchos días: tres días agradan y luego todo aquel vano aplazamiento desvanece como humo. Y si esto sea así o no, preguntadlo a la experiencia.

Vemos a muchos trabajar y morir muchos días, y aun muchos años a las veces, por alcanzar algún beneficio o algún obispado; el cual alcanzado, de ahí a un mes o de ahí a un año no le tienen en nada. ¡Cuántos hay que les parece que, si pudiesen casar con alguna mujer que ellos quieren mucho y desean, serían felices y bienaventurados, y que no querrían otro descanso! Cásanse con ellas, y a cabo de pocos días hay entre ellos tantas reyertas y tanta contradicción, y sáleles tan al revés el primer deseo, que muchas veces procuran divorcio los que antes que se casasen se querían como la vida.

Viste una heredad muy hermosa, plugo a tus ojos, compréstela dando cuanto te demandaban por ella; alegrástete un poco de tiempo, y luego se tornó vil lo que antes te parecía muy de preciar y de gran estima. Tal es en verdad la condición de todos los bienes temporales; y como San Gregorio dice: «No habidos son deseados, y habidos son tenidos en nada» [100]. Sólo Dios es, el cual, cuanto más se gusta, tanto más es deseado, como él lo dice: *Los que me comen habrán hambre y los que me beben habrán sed* [101].

Pues luego digamos que toda la prosperidad de este mundo—tomad la que más alta quisiéredes—, que toda es cisterna agujereada y que no puede contener en sí mucho tiempo aquella agua podrida y fétida del deleite, que da poco espacio de tiempo, por la cual menospreciare la fuente pura y perdurable, y que da gozos verdaderos y que duran. Gran locura es y gran ceguedad y extrema demencia. Más ¿de dónde, os ruego, ha venido este tan gran miserable y ciego desatino a los mundanos, que tan fatigadamente y con tanto deseo y agonía amen y busquen estas cosas vanas y transitorias? La causa es, según dice el glorioso y devoto Bernardo, grandísima hambre; ca, privada el ánima de su propio manjar, con codicia grande busca el ajeno [102]; como vemos que un hombre muy hambriento, no hallando pan ni otro manjar que le sea conveniente y natural, se abaja a comer raíces de hierbas y de árboles, y a las veces ratones y otras suciedades que no le son convenientes ni naturales, mas antes son manjares de bestias brutas y sin razón.

Si los hombres mundanos, voluptuosos y regalados, gus-

[100] *Hom.* 36 *in Evang.*: PL 76,1266.
[101] Eccl. 24,29.
[102] *De conversione ad clericos*, c. 14: PL 82,848.

tasen una vez las consolaciones espirituales, purísimas y suavísimas, luego menospreciarían estas otras viles, abyectas, caducas, momentáneas y de ningún valor; porque «gustado el espíritu, desabrida se torna la carne»; y muy mayores y muy más fuertes y de mucho más tomo son las delectaciones en el espíritu que en la carne. Nunca Dios lo quiere, dice San Bernardo, «que esta ponzoña temporal de los deleites deleznables de la carne se comparen a aquel preciosísimo bálsamo y purísimo vino de la espiritual delectación»; ca cuanto mayor y más noble es el ánima que el cuerpo, tanto mayor y más noble es la delectación del ánima que la del cuerpo [103]. Mas el que no sabe ni conoce la delectación del ánima busca la del cuerpo.

Cuán hermosamente el mismo San Bernardo en las *Declamaciones* [104] pinta esta rabia desordenada de la humana codicia diciendo: «Vi yo algún tiempo cinco varones, los cuales yo no sé por qué no los pudiese tener por locos sandios. El primero no hacía sino henchir cuanto más podía su boca de arena de la mar, y mascábala; el segundo, estando sobre un lago de piedra azufre, mostraba que no deseaba otra cosa más que hartarse de aquel fetidísimo vapor que de allí salía; el otro, estando sobre un horno muy encendido, holgábase de tragar aquellas encendidas centellas que de él salían; el cuarto, estando puesto sobre un alto pináculo de un templo, abierta su boca, parecía que quería atraer a sí y tragar todo el aire; y cuando no le parecía que tenía harto, con un aventador se hacía él mismo aire, como que no se contentaría si todo el aire no tragase; el quinto, estando aparte, reíase de los otros, como él fuese más de reír; ca procuraba con un increíble estudio y diligencia de chuparse sus carnes: unas veces llevando a su boca sus manos, y otras sus brazos, y otras los otros miembros del cuerpo. Y habiendo yo gran compasión de estos hombres, dice Bernardo, y preguntando a cada uno de ellos la causa de tanta miseria y desatino, hallé que, al fin, todos tenían una causa para hacer lo que tan desatinadamente hacían: y era una gran hambre que tenían y padecían los miserables. Y viendo sus carnes tan flacas y tan descoloridas, acordábame del profeta, que, gimiendo miserablemente, decía: *Secóse mi corazón, porque me olvidé de comer mi pan*» [105]. Esto dice San Bernardo.

Claro está qué quiere decir esta monstruosa visión: el que mascaba el arena seca, el avariento es, que nunca se

[103] *Epist.* 111: PL 82.255; *Serm* 5 *in quadrages.*, n. 6: PL 83.180; *Serm.* 5 *in Ascens.*, n. 13: PL 83.321.
[104] GAUFRIDI ABBATIS, *Diclamationes ex Bernardo collectae:* PL 84,454.
[105] Ps. 101,5.

harte de oro ni de plata, antes cuanto más tiene más quiere, y más le crece el deseo y amor al dinero cuanto más crece el dinero; el que se holgaba de aquel olor fétido de la piedra azufre, es el lujurioso, que no se deleita en otra cosa más que en la deformidad de los tratos deshonestos y feos; el que con gran agonía, con la boca abierta, parecía que quería tragar las centellas que salían del horno, es el iracundo, que siempre se apacienta del fuego de la furiosa saña; el que henchía su boca de viento, es el soberbio, del cual decía el profeta: *Efraím de viento se mantiene* [106]; el que, burlando a los otros, comía sus propias carnes y despedazaba con sus dientes, es el envidioso, el cual siempre se deshace y se consume, como la sal en el agua, viendo la prosperidad y bienandanza de los otros. Y era la causa de toda esta infelicidad y desventura, como el mismo San Bernardo lo dice, grandísima hambre; ca no se dieran a tan abominables y desacostumbrados manjares, si no les faltara ni fueran privados de su propio mantenimiento; ca el ánima, mientras vive en este mortal cuerpo, no puede estar sin consolación, o de una manera o de otra; y de aquí es que el que no tiene la consolación espiritual y que procede de las virtudes, busca la corporal y que procede de los vicios.

¡Así, así es burlada la flaqueza humana, y el miserable linaje de los hombres es engañado siguiendo la vanidad, y el ánima espiritual—semejante a los ángeles—se apacienta de semejantes manjares! ¡Oh abatimiento miserable y de llorar de la naturaleza razonable! ¡Bienaventuradas vosotras, vírgenes de Cristo, amables esposas de Dios, a las cuales la piedad divina—libradas de esta ceguedad y poderío de las tinieblas—*traspasó al reino del Hijo de su dilección* [107], y os ha traído al pozo de las aguas vivas, para que de día y de noche, con gran placer, *saquéis aguas de las fuentes del Salvador* [108], conviene saber, del sagrado Evangelio y de las Escrituras santas! En esto entended, en esto trabajad, en esto gastad toda vuestra vida; ca esta es vuestra parte, éste vuestro oficio, éste es vuestro ejercicio, para esto sois puestas en este claustro, para esto entrasteis en la religión, para esto os encerrasteis y por esto estáis libres de todas las congojas del mundo y de sus cuidados: del regir de la casa, del criar de los hijos, del mirar por los criados, de multiplicar y guardar la hacienda, para que holguéis y descanséis y *veáis cuán suave es el Señor* [109].

Hayamos vergüenza los religiosos y las religiosas que nos venzan los seglares y que con mayor cuidado busquen

[106] Os. 12,1.
[107] Col. 1,13.
[108] Is. 12,3.
[109] Ps. 99,5.

ellos sus pestilentes y salobres aguas mundanas que nosotros busquemos el agua de la vida, limpia y clara. Pues luego, ahora leáis, ahora oréis, ahora cantéis en el coro, ahora os estéis en vuestras celdas rumiando y pensando en alguna cosa espiritual, esto sólo haced, esto sólo buscad, esto sólo procurad: que *gustéis y que gustando veáis cuán suave es el Señor* [110].

Mirad qué asentado está Cristo a la boca del pozo; solitario le hallaréis; y no le queráis buscar entre las gentes ni entre muchos, mas a solas buscad a él solo, en el secreto de vuestros encerramientos, y pedidle agua viva. Abajad la hidria y coged a vuestro placer, y henchidla hasta arriba, que de balde se os dará, no os demandará precio ninguno; solamente pedid, amad y desead, ca él os llama y os convida diciendo: *El que ha sed,* dice, *venga y beba, y reciba el agua de la vida, de gracia* [111]. Y por el profeta: *Todos los que habéis sed, venid a las aguas y comprad sin plata y sin otro cambio vino* del Espíritu *y leche* [112] de la sabiduría. Esto sólo será el precio: que queráis.

El magnífico Hacedor de mercedes por solo el deseo las da; y él las desea más dar que otros recibir.

Y aquí es lo que San Juan dice: *En el día grande de la fiesta estaba el Señor Jesús en pie y voceaba diciendo: «Si alguno ha sed, venga a mí y beba, ca el que cree en mí, como lo dice la Escritura, ríos de agua viva echará de su vientre»* [113]. ¡Cuánta bondad, cuánta grandeza, cuánta magnificencia! Da, y da de gracia, y a grandes voces nos llama y convida para que la recibamos; ca por el gran celo de las almas y por el gran dolor de la ceguedad humana estaba en la frecuencia [114] del pueblo, donde los más se ayuntaban, y como pregonero voceaba y decía: ¡Oh hijos de Adán, hambrientos y sedientos, *¿para qué gastáis vuestro dinero, y no en panes; y vuestro trabajo, y no en hartura?* [115] ¿Para qué, miserables, andáis en el camino de Egipto para beber agua turbia y que no harta? Si alguno ha sed, venga a mí, y beba y hártese, y mate su sed a su placer, y cuanto quisiere; *porque el que cree en mí, como lo dice la Escritura, ríos de agua viva echará de su vientre.* No tendrá éste tal necesidad de andar mendicando por defuera, de las criaturas, gotas de consolación; y sacaré yo en él grandes caudales de placeres inefables; dentro de sí hallará con descanso lo que anda buscando fuera de sí, vagando y con gran trabajo.

[110] Ib.
[111] Io. 7,37-38.
[112] Is. 55,1.
[113] Io. 7,37-38.
[114] Entre la muchedumbre.
[115] Is. 55,2.

¡Cuán manifiesto y cuán experimentado es esto a los varones religiosos, amadores de la soledad y que acostumbran a darse a los ejercicios espirituales! ¿Qué es todo el deleite del mundo y su alegría comparada a la del religioso allá encerrado en su celda con su Dios? A los experimentados hablo, y por eso no hay necesidad de detenernos aquí mucho. Y por que no nos quedase algún escrúpulo, el evangelista declaró este dicho diciendo: *Y esto decía del Espíritu que habían de recibir los que creían en él* [116]. Aquésta es aquella fuente de agua viva de donde salen y proceden a borbollones arroyos de espirituales consolaciones y alegrías; y con razón grande se llama agua viva la que, regando el ánima, despierta y vivifica todas sus fuerzas y todas sus potencias con su fervor.

Dame una religiosa en la que more el espíritu del Señor: ¡cuán viva, cuán ferviente, cuán alegre, cuán despierta, cuán ligera, cuán consolada, cuán aparejada está para todo el bien! Y por el contrario, si falta esta agua del espíritu, la mente y la razón y el sentido, todo está en ella torpe y amortiguado: verla has siempre rostrituerta, desabrida, desconsolada, inhábil para todo bien de la religión, siempre quejándose y descontenta de su encerramiento y manera de vivir. Ya le hacen mal los maitines, ya no puede sufrir verse no bien ataviada y bien tocada, parécenle mal todas las monjas de la Orden, y todo tanto, que con razón puede decir con el profeta: *Mi ánima,* Señor, *como tierra sin agua es para con vos* [117]. Muy seca está la haz del ánima que no es regada con aquella lluvia voluntaria que abaja del cielo y viene así como lluvia derramada sobre la haz de la tierra seca: la viste y adórnala de hojas, de hierbas y de muy hermosas flores, y la torna muy gentil y graciosa, la cual estaba antes seca y fea y sin virtud ni gracia ninguna. Así esta agua torna al alma que riega en un muy delectable huerto, hermoso paraíso, como lo dice el profeta: *Serás como jardín que se riega, al cual nunca faltan aguas* [118].

¿Quién podrá decir de cuán grandes afectos y de qué deseos hierva el alma dada a Dios, y de cuán grande abundancia de espirituales regocijos le bulla su corazón y salte de tan gran placer? Muchas veces es henchida de los dones de Dios y sus sentimientos, que parece que el pecho le quiere reventar, no pudiendo en sí sufrir tan grande violencia de espíritu y de fervor; o son arrebatadas en éxtasis y salen fuera de sí. Y de aquí es que por Isaías dice el Señor: *¡Oh! Si miraras a mis mandamientos, fuera hecha tu paz como ríos y tu justicia como piélago de la mar, y fuera tu simiente como*

[116] Io. 7,39.
[117] Ps. 142,6.
[118] Is. 58,11.

arena de la mar, y la generación de tu vientre como las piedrecitas de él [119]. ¡Bienaventurada el ánima a la cual el Señor así ha prevenido y regalado con las bendiciones de su dulzura! Y ¿de dónde pensáis que les viene a las tales ánimas esta tan gran redundancia, y tan grandes sentimientos, y tan grandes éxtasis, sino de aquella gota de gracias, que Dios infundió y derramó sobre el ánima, que primero estaba seca? La cual se ha hecho en ella fuente exuberantísima y ferventísima, fuente perdurable y sempiterna.

Ca toda aquella abundancia de placeres inefables que sale del vientre de la mente al ánima bienaventurada, ayuntado con Dios, de la gotilla del agua procedió; la cual, siempre acrecentada con merecimiento, creció en grandísima fuente, la cual bien se dice saltar hasta la vida eterna; porque aquí, estando en este suelo, lleva los deseos del ánima hasta la vida eterna, y después lleva a la misma hasta la vida eterna del cielo. Ca, así como el rayo del sol impreso en los vapores terrenos y de agua los purifica y los hace ligeros, y los levanta hacia su fuente, que es el sol, del cual procedió, así el espíritu del Señor arrebata y levanta los deseos perezosos, flojos y graves, purgados y alimpiados hacia Dios, del cual procedió.

¡Ea, pues, vírgenes venerables a Dios dedicadas y ofrecidas, buscad esta agua con gran diligencia! Ninguna cosa os sea grave, pesada ni dificultosa; en esto sudad y trabajad de día y de noche; quebrantad la peña durísima de vuestros corazones con el acerado pico de vuestros entendimientos, unas veces pensando, otras veces leyendo, otras orando y contemplando [120]. Romped y cavad hasta que halléis esta agua; y cuando la hubiéredeis hallado, guardadla con toda inteligencia, porque os hago saber que los alófilos [121] y los filisteos están muy apareiados y muy a punto para cerrar y cegar los pozos que abriéredeis.

Notísima es la figura: morando Isaac patriarca en la tierra de promisión, fué compelido por la mucha secura [122] y falta de agua a cavar pozos para que bebiese su familia y sus ganados; los cuales, cuando eran abiertos, eran luego cerrados de noche con mucho polvo y mucha paja y cieno por los alófilos moradores de la tierra, movidos de envidia; mas ni por eso Isaac cesaba de abrir otros pozos, hasta que halló un pozo de gran anchura y de mucha agua, al cual los alófilos no pudieron cegar, aunque lo quisieron y lo procu-

[119] Ib. 48.18-19.
[120] Palabras que recuerdan el título de su opúsculo castellano *De la lección, meditación, oración y contemplación:* Opera 6,454-470.
[121] Esto es, los enemigos del alma, en conformidad con el texto bíblico Gen. 26,14-32.
[122] Gen. 26,14-33.

raron, por la gran abundancia de las aguas. Así haced vosotras, *carissimae sorores;* imitad a este gran patriarca; ca Isaac risa quiere decir. Y señálese bien por el ánima, la cual, como en un continuo convite, llena de todo gozo y alegría sirve a Dios.

No hay verdadera ni cumplida alegría sino en la buena conciencia. Esta tal ánima a las veces con el pico del pensamiento cava un muy saludable pozo, contemplando muy entrañablemente el misterio sacrosanto de Cristo, la pasión de Cristo, del cual saca el agua de piadosa compasión y devoción; mas luego son allí los demonios inmundos, y, echando el polvo de negocios y cuidados temporales, ciegan este pozo en tanta manera, que otro día no puede hallar ni una sola gota de agua en el pozo que había descubierto de la pasión de Cristo. Congojada, pues, la tal ánima por verse tan seca y tan sin devoción en la contemplación de la pasión de Cristo, procura luego de cavar otro pozo con profundo pensamiento, y halla meditación de sus pecados, en la cual halla abundancia de dolor y contrición y muchas lágrimas; mas los alófilos luego procuran de cerrar también este pozo con pajas de riñas y de contenciones y porfías, de manera que otro día ni se halla una sola gota de compunción. Mas porfía siempre y ni así desfallece de proseguir y cavar otro pozo, pensando en la caridad de Dios y en sus beneficios grandes, y en la gloria que le tiene prometida; y, pensando todo esto, saca de aquí agua de gran dulzor y consolación, y lágrimas de placer y de alegría; mas los filisteos, echando en este pozo cieno y lodo fetidísimo de la carnal delectación, le cierran del todo, como a piedra y lodo, en tanta manera que otro día ni hallarás una sola gota de delectación ni placer espiritual.

Pues ¿qué hará la tal ánima? De mi consejo, no cese, ni desfallezca, ni desmaye, ni deje de cavar pozos hasta que venga a hallar el pozo de la anchura, conviene a saber, de la caridad y amor de Dios; porque este pozo te hago saber que no bastan los alófilos a cegarle con todo el polvo del mundo, ni con todo el lodo, ni con pajas, ni con todas las diligencias que poner puedan; ca con tanto ímpetu y con tanta abundancia corre, que cualquier cosa terrena que en él echen, la echa fuera de sí y muy lejos. Y de aquí es que decía el Apóstol: *¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿La tribulación por ventura, o la angustia, o la hambre, o la desnudez, o el peligro, o la persecución, o el cuchillo?* [123]; como si dijese más a la clara: ¿Qué cosa de éstas nos podrá cegar la fuente de la divina caridad? Y consecuentemente añade: *Cierto soy que ni la muerte, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo instante, ni lo futuro, ni*

[123] Rom. 8 35.

la fortaleza, ni la altura, ni la bajura, ni otra criatura alguna nos podrá partir de la caridad de Dios, que es en Cristo Jesús [124]; ca éstas son las aguas que corren del Líbano con gran ímpetu [125], conviene a saber, del corazón puro, blanco y limpio, con tan gran abundancia y con tan gran ímpetu, que del corazón saltan hasta la vida eterna, y llevan consigo el ánima devota hasta la gloria eterna del cielo. *Ad quam nos perducat. Amen.*

[124] Ib. 8,38-39.
[125] Cant. 4,15.

INDICE DE MATERIAS

Acción: para llegar a la ciudadela de la perfección es preciso ejercitarse antes en el campo de la acción, 385, 409; la acción piadosa no sólo no rechaza, sino que atrae la contemplación, 385; la dulzura del Espíritu Santo se consigue más fácilmente con las buenas obras que con las súplicas, 385; vida activa es socorrer al prójimo, fatigarse en obras de piedad, visitar enfermos, etc., 453; la vida activa se ordena directamente al amor del prójimo, 455; es preciso preceda la buena acción, y seguirá la dulce contemplación, 477.

Adán: fué la raíz que, corrompida, propagó la corrupción a las ramas, 150; por eso el pecado de Adán es un pecado de naturaleza, 150; el tronco de nuestro linaje fué asesino aun antes que padre, 316.

Adivinos: varias suertes de este pecado, y cuán injurioso es a Dios, 622-23.

Afecto: aunque ordinariamente precede conocimiento, inflama Dios a su arbitrio a veces el afecto sin que preceda la iluminación del entendimiento, 489.

Afectos: en la comunión cada cual debe detenerse en el que hallare sabor, 542.

Agua: la de la fuente viva ha de buscar el alma, no la de las cisternas agujereadas que no pueden dar el verdadero bien, 608; dos clases: la una que no mata la sed, y ésta es la mundanal y terrena; la otra, que mata la sed..., 632; la del mar de este mundo, turbia y salada, no amansa la sed, antes la despierta, 634.

Alabanza: la mejor alabanza es la del silencio, y entonces empieza el hombre a alabar, cuando acaba, 203; no se puede tributar mayor alabanza a la Virgen que decir que es imposible de declarar, 231; es el oficio de las vírgenes consagradas a Dios, estar día y noche cantando alabanzas delante del Señor, 353-54; en el cielo no hay otra ocupación que la de la alabanza, 400; la perfecta alabanza es la admiración, 434; muy menor que merece Dios la de todos los santos; cuán pequeña la que puede darle el alma después de comulgar, 544.

Alegría: el nacimiento de la Virgen es motivo de alegría para todos los ángeles, justos, pecadores, etc., 219; las criaturas superiores y las inferiores, las espirituales y las corporales..., todos tienen motivo de alegría y regocijo, pues el beneficio de la Encarnación fué el comienzo del bien común, 272; y alegría sobre todos ellos, para la Virgen, 273; motivo de gozo y alegría para todos por la Encarnación: para el cautivo, hambriento, desterrado..., 299; tercer grado de la vida espiritual: salir al encuentro de Cristo con alegría y buena voluntad, no con tibieza, 477; se regocija la Iglesia entera por un pecador que hace penitencia, 485; no la hay verdadera y cumplida sino en la buena conciencia... el alma, como en un continuo convite, llena de todo gozo y alegría sirve a Dios, 641.

Alma: semejanza con la música, 148-49; estima que del alma hizo Cristo, pues tanto dió por esta margarita, 161; alma llamamos al espíritu que

anima a todo hombre, 221; está en el cuerpo como una perla en un anillo de vil metal, 222; es nuestra alma imagen de Dios y le contempla en sí con más claridad que en las criaturas, 381, 474; no hay nada más firme y más fuerte que un alma determinada y fundamentada en la gracia, 383; tres grados en su ascensión: el menosprecio del mundo, el menosprecio de sí misma, el gusto de Dios, 446; la división del alma y espíritu para la contemplación la obra la palabra de Dios, 523; distinción entre el alma y el espíritu, clara y bien delimitada, y actuación de la parte superior en la contemplación, 524; «El espíritu diviso está del ánima para se ayuntar y unir al Señor», 524; mayor milagro es ver no subir las almas a su Dios que a las peñas estarse suspensas, 605; naturalmente y de su gana el ánima se inclina a Dios por amor, 607; ¿por qué hambrienta y sedienta por las criaturas, dejando al que puede darle todo lo que aquéllas no pueden?, 607.

Amistad: es verdadera la que lamenta más los daños del alma que los del cuerpo, 319.

Amor: el de Dios es el que da valor a nuestras obras; el santo, el perfecto, no obra ya por temor, como el que empieza, sino por amor, 346; falta el fuego..., no existe hoy en la tierra ni una centellica del amor de Dios, 417; no es devoción sino una voluntad determinada y aparejada para todo lo que Dios ordenare de nosotros, 522; es el peso del ánima, que por él es llevada a doquiera es llevada, 603; sólo en Dios puede descansar, pues todo lo demás nos rechaza de sí, 604; no hubiera necesidad del mandamiento de amor si el hombre y el ángel no hubieran caído, 607; sermón sobre el amor de Dios: por qué se ha de amar a Dios, cómo se ha de amar, cómo podréis alcanzar su amor, 601; el clamor grande de todas las criaturas nos convida, 601; es tan fuerte (el amor de Dios), que nada, ni enemigos ni cuchillos ni muerte, puede apartarnos de él, 604; el pozo de la consideración de la caridad y amor de Dios no bastan a cegarle los enemigos por muy en ello que se pongan, 641.

Angeles: caballería de Dios, pues son como el carro en que Él se sienta, 129; fueron creados en gracia, 138; la ambición del poder privó al ángel de su dicha angélica, 160; es corriente la presencia de los ángeles donde reina la soledad de los hombres, 235; en su aparición tranquiliza a María, como más tarde a las mujeres en el sepulcro, 239; se turbó la Virgen ante el ángel porque recordaba la veneración con que se postraban ante ellos aquellos venerables patriarcas del Antiguo Testamento, y le veía ella, en cambio, saludándola con toda reverencia, 249, 263-64; atónito se dispone el ángel Gabriel para llevar a María la divina embajada, 263; maravíllanse espantados por la dignidad de quedarse Dios encubierto en el Sacramento, 559; por naturaleza se inclinaban a amar a Dios, 607.

Anticristo: lo son, según San Agustín y Orígenes, los que no aman a Dios y cometen pecado, 537.

Anunciación: coloquio del ángel con la Virgen, 253; sublime y sencillo espectáculo y confusión y humildad de la Virgen al recibir semejantes saludos, 301.

Arca: está simbolizada en ella la Virgen, 483, y en muchos otros pasajes.

Armonía: poder de la armonía... al herir David las cuerdas de la cítara abandonaba el mal espíritu a Saúl; símbolo del poder de la Virgen representado ya en el *Magnificat*, 320.

Ascensión: el artículo de la Ascensión, el más difícil después del artículo de la Resurrección, 459; maravillosas ascensiones místicas simbolizadas en el ascenso al reclinatorio de oro de Salomón, y explicación de las mismas, 488-89.

Asunción: la Virgen no volvió al polvo, sino que vive gloriosa en cuerpo y alma en el cielo; admiran los celestes moradores la entrada gozosa de María en la ciudad celestial apoyada en el Hijo de Dios, 391; cantos de júbilo de los celestes moradores en la Asunción de María, y admiración estupefacta ante semejante hermosura que eclipsa al mismo cielo, 392-93, 424-26; júbilo y pena, respectivamente, de la Iglesia triunfante y militante en la Asunción de la Virgen, 433; figuras y alabanzas de la Virgen en su Asunción, 435.

Aurora: la Virgen es comparada justamente a la aurora, 482, 490; también se compara con la aurora el alma que va progresando en la luz de la verdad, 485.

Besos: felices una y mil veces los que la Virgen imprimía en los labios de Jesús niño; pero más regalados aún..., 390-91, 425-26, 434.

Bienaventuranza: se llaman bienaventurados los que las practican, no de cualquier modo, sino de modo muy levantado; va señalando lo que cada una exige, 528; por dos motivos llama Cristo bienaventurados a los que las practican, el uno en la otra vida y el otro en ésta, 528.

Bienes: naturales, temporales y gratuitos recibimos de Dios, 512; nos los propone Cristo al principio en las bienaventuranzas para estimularnos y alentarnos, 528; cuántos bienes se dejan de hacer o se tornan atrás por el mofar de los malos, 536; repartió Jesús en su vida, y aun cuando sus enemigos le cercaban y acechaban, 547; no son los de aquí abajo los que busca el alma, 605; los temporales... no habidos son deseados, y habidos, son tenidos en nada, 635.

Blasfemia: qué es blasfemia y razones para no blasfemar, ingratitud y gravedad (enormidad) de la blasfemia, 613; los que pecan en otros pecados no pretenden injuriar a Dios, pero el blasfemo su intención principal es injuriar a Dios y apocarlo y abatirlo, 614.

Caridad: como el oro a todos los metales, así se prefiere la caridad a todas las gracias y dones de Dios, 415; todo camino que no proceda de la caridad de Dios es un rodeo, 415.

Carmelo: significa la naturaleza angélica, como el Sarón la humana, y la Virgen encierra la hermosura de entrambas, 273, 300.

Carne: la carne o los hombres depravados son carros de Faraón, en quien tiene su asiento el demonio, 130, 274; las impurezas de la carne fueron purificadas por una carne inmaculada, 162; mediante el hálito de la serpiente toda la carne había sido corrompida, 163; no debemos gloriarnos en la carne y la sangre, 189; aun según la carne y la sangre quiso Dios que fuera la Virgen más noble que otra criatura alguna terrena, 190; qué disimulada se presenta la divinidad bajo la carne, 218; la carne de Cristo es como una graciosa nubecilla puesta delante de ese sol poderosísimo para que no reduzca a pavesas el mundo agostado por los pecados, 251; la carne de que la Virgen vistió a Cristo la hizo hermana de Cristo, 290; sube la carne de la Virgen al cielo, gran maravilla que pasma a los ángeles, pero mayor maravilla es que el supremo Espíritu se haya hecho carne, 464; ha de dejarla en el mundo el que entra en religión, porque aquí matársela han, 565; en la religión sobre todo hay que macerarla y sujetarla al espíritu, 570; la nube de la carne impide el resplandor del sol en los ojos del alma, 605-6; gustado el espíritu, desabrida se torna toda carne, 636.

Comunión: como relicario y sagrario de Dios, después de comulgar la mejor sazón para orar, 541; sentimientos de humildad para acercarnos a ella, 545; recuento ferviente de los favores que Jesús hizo en su peregrinación en este mundo, para obligarle a que llene el alma de sus bienes, 546; encendidos y profundos afectos para la comunión, 550s?; suplica el alma supla la Iglesia militante y la triunfante... para dar gracias..., 554; presencia de Dios, de toda la Trinidad, en la Eucaristía, y humilde reconocimiento..., 561.

Concepción Inmaculada: si hubiera (la Virgen) tenido el pecado original, hubiera tenido el actual, 131; concebida sin pecado, porque si no hubiera estado exenta de la culpa, tampoco lo hubiera estado del castigo (polvo del sepulcro, 133), 134; no tuvo el nudo del pecado original ni la corteza del pecado venial, 134; como Adán y el ángel fueron creados en gracia, así la Virgen fué concebida en gracia, 138; fué preservada, no levantada, como los demás, después de su concepción, 145; la previno, no por el rescate pagado, sino por el que se había de pagar, 146; temerario e impío juzgaba Santo Tomás de Villanueva achacarle pecado alguno a la Virgen, 146; maravillosa en todos sentidos su concepción, 146; se infundió la gracia en la Virgen en el momento de la creación del alma, 150; es la Virgen la única que no sojuzgó la ley de la mancha común, 165.

Confesión: escudriñar y limpiar la conciencia a menudo confesando y comulgando, 507-8; tomarse cuenta, examinarse y reprenderse para ser mejor cada día, 510, 511.

Consideración: necesaria para dejar de pecar, 508; para los nuevos en la vida espiritual cada día de la semana..., 511.

Consolación: no hemos de querer tenerla en la oración; agradecimiento que se ha de tener por las consolaciones espirituales, y cómo se ha de aprovechar el alma, 525; motivos que tiene el Señor para conceder estas consolaciones espirituales, 525; no se han de buscar en el claustro las terrenas, porque no se encontrarán, 562; si los hombres mundanos... gustasen una vez las espirituales, purísimas y suavísimas, luego menospreciarían estas otras viles, abyectas..., de ningún valor, 636; mientras el alma vive en este mortal cuerpo, no puede estar sin consolación... espiritual o corporal..., 637.

Constancia: junta con la determinación para seguir a Dios es necesaria según lo del Evangelio: *el que pone su mano en el arado*, etc., 507.

Contemplación: cómo se funden en María sin estorbarse y en sumo grado la vida activa y la contemplativa, 375-76; de tal modo nos hemos de ocupar en los asuntos materiales que codiciemos con más ardor la contemplación de lo celestial, 386; para la contemplación hay que disponerse por la piedad, 409; han de ir juntas la acción y la contemplación, la reunión de entrambas vidas en una misma persona, lo más excelso y sublime: David, San Pablo, muchos santos doctores, 410; la vida contemplativa se dedica a profundizar en la verdad..., 453; ¿es más meritoria la vida activa o la contemplativa?, 454; la vida contemplativa se ordena inmediatamente al amor de Dios, 455; para ello es necesaria la quietud y la tranquilidad del corazón, 478-79; qué es, y cómo ha de estar el alma adornada de las otras virtudes para entrar en ella; figurada en Benjamín, sus hermanos simbolizan cada uno una virtud, 523; sabiendo esperar la lluvia del cielo da Dios el vino de altísimas dulzuras de la vida contemplativa, 574; siempre hay en las religiones almas que están en el monte, aunque más que están en el valle, vida activa; ejercitarse en ésta si no se llega a la otra, 564.

Contradicción: Cristo la sufre aun hoy por parte de los suyos; y los que le siguen tienen que sufrirla, y más fuerte de los de casa: hermosa explanación, 364; es Cristo la señal que contradicen no sólo los paganos, sino también los malos cristianos, 365; también nosotros le hacemos blanco de contradicción si no le imitamos, encaminamos a El nuestras obras, etc., 367; ha de ser grande entre los que siguen las máximas del Evangelio y los que en eso sienten un reproche de sus vidas, 535.

Conversación: huir las de los mundanos y buscar la de alguna persona espiritual, 508.

Corazón: procurar tenerlo limpio de toda afección corporal... por que nuestro Señor le hincha de sí, 508.

Cosas: pudieron ser mejores en sí, pero en relación con el orden del universo fueron hechas con la mayor perfección posible, 136; en las de Dios va más seguro el humilde e ignorante que el sabio soberbio, 533.

Cristianismo: no es de nuevo cuño; remonta su origen al principio del mundo, 204; no sólo los paganos, judíos... aun de los iluminados por la fe, ¡qué pocos se preocupan de los verdaderos intereses!, 395; no es cosa de delicados el ser cristianos, mas de caballeros, 532; habrá necesariamente guerra entre los fingidos y los buenos cristianos, pero movida por aquéllos, 534; la paz de los malos hijos (cristianos) es más amarga para la Iglesia que la persecución de los herejes y paganos; figuras en la Escritura, 536; tanto más engañosos cuanto más enemigos dentro, dice San Agustín, 536; los fingidos persiguen a los verdaderos pensando que aciertan, porque no pueden comprender el espíritu de Dios que a éstos anima, 539.

Cristo: llama a sus virtudes humanas pabellones o tiendas de Salomón, 129; si no hubiera carecido de pecado original no hubiera carecido tampoco del pecado actual, 131; es el heredero mayor de edad, el primogénito de Dios, 146; es el mercader del Evangelio, que descendió del cielo para comprar esta nuestra penosa vida, dándonos a cambio la suya, trocando lo celestial por lo terreno, 158; aun según la carne debía quedar patente la legitimidad del reino y sacerdocio de Cristo, 191; fué totalmente semejante a su Madre en su fisonomía, costumbres, etcétera, 205; cómo por los vilipendios y afrentas llegó a la cumbre de la gloria y el imperio, 292; llevando a Cristo en su seno corría la Virgen a saludar a su prima Isabel; si lo llevamos dentro de nuestro corazón, correremos presurosos el camino de la perfección, 327; contraste entre la vida de Cristo y la nuestra: El abrazó la pobreza, nosotros buscamos las riquezas; El buscó las fatigas, nosotros el solaz, etc., 365; conoceremos que nos ama, si nos hace participantes de sus fatigas, 366; se necesita silencio y atención para escuchar a Cristo, 387; no entra Cristo en casas quebradizas, sino en las apoyadas en base firme..., 405, 476; no hubiera podido ser visto, ni ser herido, ni ser crucificado... sin ser hombre, 497.

Cuerpo: fué viciado por obra de Adán, y después del pecado sólo da de sí las espinas de las concupiscencias y los abrojos de los apetitos desordenados, 143.

Deleites: huir los mundanos y buscar los interiores, muy mayores y más perfectos, del espíritu, 508; diferentes fines que Dios tiene con cada uno de los que regala con los deleites espirituales de la contemplación, 524; ni son ellos la virtud ni el fin de la misma, 524; fuéronse los deleites (naturales) y desvaneciéronse como humo, 608; los mundanos... pasados no deleiten, y presen-

tes no harten, y futuros atormenten y congojen, 633; nada es todo el deleite del mundo y su alegría comparada a la del religioso encerrado en su celda con su Dios, 639.

Demonio: había hurtado y detentaba el reino de Dios, 146; con el madero había engañado y derrotado a Adán, y en él le había de derrotar Cristo, 146; muchos y abominables lazos tiende al alma el demonio...; con astucia solapada se viste de mil apariencias para sorprendernos..., 469; cómo llega a engañar aun a las almas muy espirituales, haciéndolas creer que es suyo todo lo que sienten de extraordinario, 526.

Desierto: en sentido figurado es este mundo, porque desierto hay donde no está el que todo lo llena, Dios, 465; está desierto el corazón a quien falta el verdadero habitador, Dios, 465; diversas aplicaciones de este concepto, 465; trocó Cristo este nuestro desierto en lugar poblado, 469.

Determinación: es menester corazón muy determinado para servir a Dios, 507.

Deuda: la naturaleza angélica y la humana deben reconocer la deuda que tienen con Cristo, 152.

Devoción: no debemos dejar la oración por no sentirla, 522.

Diablo: su oficio es hacer pecar a los hombres, 537; cómo los demonios procuran cegar los pozos de devoción que el alma cava sucesivamente en la meditación de la pasión de Cristo, de sus propios pecados, en los beneficios de Dios..., 641.

Dignidad: no la hay como la de ser madre de Dios; en cierto modo es infinita, 203; explanación de esa dignidad en el coloquio del ángel con María en la Anunciación, 253; incomparable la de María al ser introducida en el empíreo en brazos del mismo Unigénito de Dios, 491; soberana la de la Virgen al vestir de carne al Verbo y ser revestida por El con la gloria de su majestad, 501.

Dios: de todas partes amable; motivos para amarle; Dios es un centro de amor, 602; esencialmente y sustancialmente es bueno, no por alguna cosa unida a El, 609; por comunicar no más sus riquezas anda entre sus criaturas buscando algún amador, 609; escóndese a veces para probar al verdadero amador, 610.

Elección: la elección de Dios no está regulada, como la nuestra, por ley o prudencia alguna, porque ella es razón de sí misma, 201; la elección divina hace a la persona que elige digna y apta para lo que la elige, y así es infalible en lo que elige, 202; y es, por tanto, inmutable; al elegir a la Virgen la hizo digna madre suya, 203.

Embajada: sublime, mejor, divina, la que trajo el ángel Gabriel a la tierra al anunciar la Encarnación del Verbo, 247; delicadeza del ángel al comunicar su embajada a la Virgen, 249; grande la de la Anunciación por el remitente, el enviado y el destinatario, 300.

Encarnación: el prodigio de los prodigios, estrecharse la Divinidad para encerrarse en el seno de María, 256; abismo inescrutable el sacramento de la Encarnación, 271,273; nada pueden asombrar ya las demás maravillas realizadas por Dios, 276; fué en cierto modo un matrimonio, 290; el misterio de la Encarnación es en sí mismo muy secreto e inaccesible, 295.

Enemigos: estamos rodeados de ellos por todas partes, y la lucha es continua, 606; aunque se alborote la falange de los enemigos, mientras se mantenga la puerta del consentimiento..., 407.

Engaño: fácil le hubiera sido a Eva descubrir el engaño de la serpiente con un poco de prudencia, 236; cuántos traza el demonio para cogernos en sus redes, 469.

Escala: explicación de la escala espiritual por donde sube el alma del desierto de sus pecados a la cumbre de la perfección, 383; no hay que subir por saltos..., hemos de ir por la escala sin salvar escalones para no equivocarnos, 475; por la escala de las virtudes de la contemplación suben el justo y el religioso, respectivamente, del desierto de los pecados y de la soledad, 483; por ignorar cómo Cristo la ha allanado, no se atreven muchos a subir la escala purpúrea de la penitencia, 484.

Escándalo: se han de hacer muchas cosas para evitar el escándalo de los demás, y no debe bastar la buena conciencia, 335.

Esclava: con toda propiedad se considera la Virgen y lo recuerda en el momento transcendental de concebir al Verbo, 254; esclava, pero madre de Dios, esposa de Dios, reina de los ángeles, etc., 267.

Escritura: no debe tomar sobre sí el ejercicio de la predicación quien no está versado en la sagrada Escritura, 181; libro escrito por dentro a causa del sentido místico, y por fuera a causa del literal, 181; trata de mover los pecadores a penitencia, y por eso pone delante de los hombres las alegrías del cielo y los tormentos del infierno, 182; toda la Escritura nos recuerda al Santo del Señor que ha de venir, 231; saca la Virgen divinas inspiraciones de la profundidad de la letra, 260.

Espinas: en este desierto del mundo son agudas espinas las concupiscencias de la carne y sus añagazas, 446; los amadores de este siglo no sienten estas espinas porque están muertos para Dios y para el espíritu, 467; sólo la Virgen esquivó los aguijones de las espinas de este mundo, 467; tomó el Señor las espinas de este desierto y las colocó sobre su cabeza para que no punzaran los pies de nuestros afectos, 469.

Espíritu: los que se rigen por el humano, aunque bueno, no pueden entender a los que se rigen por el divino; y de ahí las persecuciones de que son objeto las almas espirituales de parte de los cristianos fingidos, 539.

Espíritu Santo: no conoce la lentitud en sus obras, 182, 255; no engendró a Cristo en el seno de la Virgen, sino que, como un artífice, formó su cuerpo de ella misma; por lo cual no es padre de Cristo, sino hacedor de su humanidad, 196, 372; lo que hace el alma en todos los miembros del cuerpo, realízalo también el Espíritu Santo en las potencias del alma, 222; tiene por oficio ilustrar, pero a la Virgen la alumbró con la sombra del cuerpo para que templara los rayos de la plenitud de la luz que se encerraba en su seno, 266; como Artífice del gran misterio de la Encarnación, es el único que conoce la manera de su realización, 271, 277; sin temor de Dios no puede habitar en el alma el Espíritu Santo, 335; la Santísima Virgen le recibe con más plenitud aún que el Colegio apostólico, 422; correspondencia de los dones del Espíritu Santo con las bienaventuranzas, 527; declaración de esa correspondencia con cada uno de los dones, y a la vez con las peticiones del Padrenuestro, 529; efectos del Espíritu Santo cuando ha estado en el alma, 575.

Eva: por haber creído Eva tan fácilmente a la serpiente, se muestra la Virgen tan reacia con el ángel, 310.

Extasis: si el Espíritu Santo no hubiera sostenido a la Virgen, estaría en continuo éxtasis en el trato con su Hijo, 377; ¿qué es toda contemplación si se la compara con los éxtasis de María?, 402.

Fe: maravillosa fué la de la Virgen al dar crédito a tantos misterios como el anuncio del ángel encerraba, 241-42; notable la de Abraham, pero ésta y la de los patriarcas comparada con la de la Virgen palidece como una estrella ante

el sol, 242, 264-65, 304; contraposición de la fe de Abraham y la de la Virgen, 243.

Fervor: no se ha de realizar con negligencia y tibieza, sino con todo fervor y diligencia, la obra y el servicio del Señor, 386.

«Fiat»: poder casi infinito de esta palabra en labios de María, pues a su sonido *el Verbo se hizo carne,* 254, 267-68, 311.

Fomes: queda el pecado original adherido a la naturaleza en la forma del fomes del pecado para resurgir de nuevo, 135; la mansión de la divina Sabiduría (la Virgen) fué construída sin el fomes del pecado, 210; si no hubiera sido por Adán, todos hubiéramos estado, como la Virgen, sin pecado y sin fomes, 230.

Forma: junto con la excelencia de la materia encarece el valor de una obra, 129; en la Virgen es la gracia, 129.

Fortaleza: admirable la de Dios, pues se muestra aun en la debilidad y la misma muerte fué una victoria, 309; estable e inconmovible es la de la Virgen, invulnerable a cualquier ataque del enemigo, 369; condiciones que ha de tener el que quiera ser fortaleza o castillo de Cristo, 406; en medio de tantas persecuciones, que enumera concisa y elegantemente, la necesitan los verdaderos cristianos para mantenerse firmes, teniendo delante «Bienaventurados seréis cuando os maldijeren», 540; aunque se levante el mundo entero, demonios, tentaciones, muerte..., en la Eucaristía se hace fuerte el alma, 559.

Fragancia: la exhalan suavísima las virtudes puestas en actividad por el calor de la caridad, 489, y otros varios pasajes; igualmente, e inmensamente más subida, exhalan esa fragancia los aromas de las virtudes de la Virgen quemados en su seno por el fuego de la divinidad, 491.

Fruto: el de todas las santas palabras está en la verdadera unión con la palabra increada, 542.

Fuego: el del purgatorio tiene que acabar de limpiar la culpa venial... hasta que se separe lo puro de lo impuro, 443-44; el alma es atormentada en el purgatorio por el fuego, para purgar allí durante un tiempo; pero casi podíamos darle el parabién porque ya está segura, 457-58.

Fuente: la Virgen es fuente de agua viva que salta hasta la vida eterna, 295; y es *fuente sellada* con el sello de toda la Trinidad, pues esconde en su seno el poder del Padre, la sabiduría del Hijo y el amor del Espíritu Santo, 295; siete sellos que cierran esta puerta y ocultan el misterio del Verbo unido a la carne, 296.

Genealogía: contribuye a la gloria del príncipe la rancia nobleza de sus antepasados, 185; el linaje de David recibe nobleza de Cristo, no Cristo del linaje, 186; la nobleza le viene a Cristo de ser hijo de Dios, 186; la nobleza de esta genealogía procede del último, no del primero, 187; la vanidad fué la que originó la variedad de linajes en la simplicísima naturaleza humana, 188; no recibe Cristo lustre de su genealogía, sino que ésta la recibe de El, 290.

Gloria: no buscarla en el linaje, sino en ser más de Dios, en estar más unidos a Cristo, 189; si el hombre puede gloriarse, hágalo no del poderío de sus progenitores, sino de su virtud y honradez, 191; a la Virgen se le ha dado la plenitud de la gloria, no por partes, como a los demás, 429; ante la beatitud de su gloria parece superficial toda la gloria de los otros santos, 430-31.

Gracia: como limpia a los demás del pecado, libró a María de contraer el pecado original, 140; es la margarita con que se adquiere el reino celestial, 157; en María se infundió la plenitud de la gracia, y en las demás vírgenes sólo en parte, 207, 227; la función del alma en el cuerpo es la misma que ejerce la gracia en el alma del

justo, 221; cómo la encuentra llena de gracia el ángel a la Virgen, 235; debe la gracia calzar el entendimiento y la voluntad, que son los pies del alma, para que podamos ir con pasos rectos a Dios, 468; para cualquier obra meritoria se requiere la gracia, 473; como necesaria para perseverar, pedirla con insistencia al Señor, 510; gracias que ha de dar el alma, aunque sean insignificantes, después de la Comunión, 543; nadie puede saber con certeza si está en gracia de Dios, 616-18; señales para conocer con probabilidad si está en gracia de Dios, 618-19.

Grados: hay que subir por series o por orden los grados de la perfección, 487; explicación de esos grados en la vida espiritual, 487.

Grandeza de María: es superado el entendimiento de María por la grandeza de María, 166; puesto en el platillo de una balanza todo el mundo, angélico y humano, y en otro María, veremos que pesa inmensamente más éste, 167; es inútil esforzarnos por declarar las excelencias, perfecciones, gracias y virtudes de María; su grandeza y excelencia está ampliamente contenida en las palabras *de la cual nació Jesús,* 206; para hablar de la Virgen, con sólo decir que es Madre de Dios, se pasa por encima toda la grandeza que se pueda pensar inferior a Dios, 207, 213, 262.

Gustos: si el Espíritu Santo no la hubiera sostenido, nunca pudiera soportar la Virgen los abrumadores que le resultaban del trato con su Hijo, 376-77.

Hermosura: hermosura de la Virgen que atrajo las miradas de Dios, 402; el alma alcanza en la contemplación la hermosura que la hace agradable a Dios, 408; la Jerusalén celestial se siente regocijada y embellecida por el prodigio de hermosura de la Virgen subiendo el día de la Asunción, 491.

Hijo: Cristo fué el hijo más semejante a su Madre, 206; el amor del Hijo y el del mundo reñían tremenda batalla en el corazón de la Virgen, 377; el Hijo y la Madre en diversas ocasiones lanzan las mismas quejas, 379.

Hombre: fué creado en gracia, 138; el apetito de ciencia despojó al hombre de la gloria de la inmortalidad, 160; el hombre mundano no puede saborear las cosas del Espíritu de Dios, y busca las obras de los filósofos, 180; los hizo Dios de la misma naturaleza, para que, viéndose hermanos, se estrechen en más amor entre sí, 189; como dice San Agustín, fué creado para conocer el sumo bien, y conociéndole, amarle, y amándole llegar a gozar de él, 399; por naturaleza se inclinaba a amar a Dios, y no hubiera necesidad de mandamiento de amor si se hubiera conservado en su primitiva pureza, 607; aunque todo el mundo está hecho para su servicio, es de todos los animales el que más necesita de auxilio, 493; expresa a continuación lo que al nacer tiene cada animal, de lo cual está desprovisto el hombre; el más inútil para valerse por sí mismo, y el más sujeto a calamidades, 494; sus tendencias, las más furiosas e inconsideradas, 494; y todo esto lo ordenó así Dios para que, con la luz de la inteligencia, viendo su miseria, acudiera al autor de todo bien, 495.

Humildad: admirable la de la Virgen que, con ser tan excelsa, jamás experimentó el aguijón de la soberbia, 243-44; rebajarse a sí misma desde la sublime cumbre de las virtudes..., 244; anonadamiento de la divinidad bajo formas y apariencias tan bajas y humildes, 373; es la virtud principal de la Virgen, la que atrajo sobre ella las miradas del Altísimo, y la base de su santidad, 496-97; con ser tan fina, hirió profundamente el corazón de Dios, 497; poco puede

aprovecharnos clamar a la Virgen si no seguimos el ejemplo de su humildad, 500; el humilde e ignorante va más seguro en las cosas de Dios que el sabio soberbio, 533; cuán bajos y ruines hemos de sentirnos al tener a Cristo en nuestro pecho, 544; no desprecia Dios la alabanza que sale del corazón contrito y humillado, 544; cómo humilló Dios nuestro empinado entendimiento instituyendo el sacramento maravilloso de la Eucaristía, 560.

Iglesia: persecución de que era objeto por parte del turco en los días de santo Tomás de Villanueva, 208; permanecerá indestructible, porque así lo prometió Cristo; rogó también por Pedro (por su cátedra, no sólo por su persona), y la oración de Cristo consigue fruto, 209; tiene sus cimientos en la Virgen, ya que por ella fué redimida la naturaleza humana y reparada la angélica, 270; toda gracia, toda prerrogativa otorgada a algún santo en la Iglesia, es para que se beneficie toda la familia, 282-83, 287; no falta en ella combustible para mantener vivo el fuego del fervor y caridad, 417; la estancia de María en la tierra tras la Ascensión de su Hijo era necesaria para consolidar a la naciente Iglesia, 423.

Ignorancia: causa de muchos pecados, y podíamos decir de la mayoría, 627; cuatro clases de ignorancia en los que pecan, 627; ignorancia invencible, que no es pecado, e ignorancia concomitante, que siempre va junta con pecado, 629; ignorancia afectada, que la misma persona se la busca, 630; el amor del mundo es una raíz de donde nacen las ignorancias, y otra, los prelados, 631.

Jesús: es todo, medicina, manjar, etc., para el alma en la sagrada Comunión, 550-52.

Juzgar: no se puede juzgar rectamente de las cosas de Dios sin estar renovados en los sentidos espirituales, 539; aquél solo ha de ser juez de las cosas de Dios que tuviere el espíritu de El, 540.

Lágrimas: las de la Magdalena, símbolo de las que hemos de llorar para agradecer la Comunión, 550-52.

Lazos: en el camino de Cristo se encuentran a diestro y siniestro..., en la prosperidad y en la adversidad, en los vicios y aun en las virtudes..., 469; lleno está el mundo de ellos, aunque el Señor ha puesto de manifiesto las asechanzas del demonio, 470; cómo se libró Cristo de las redes y lazos que le tendía el demonio, 471.

Lección: es necesario a todo fiel cristiano un rato de lección cada día, 512; la lección santa nos muestra el camino del cielo, 512-514; cómo se ha de hacer, 512; es vehemente aplicación de la mente para conocer..., entendiendo no sólo los libros..., 514; la buena lección es manjar del alma, 515; para aprovechar, no muchos libros ni peregrinas lecciones, 516; que la muchedumbre de las lecciones distrae el corazón, 517.

Lengua: tener gran cuenta y guarda de la lengua, y más en tocando a murmuración, 510; cuán dañosa la de los malos, 536; cómo ha de refrenar todo hombre su lengua para no ser causa de que otro tropiece por él, 537; es más grave la ira que se halla en la lengua, autora de la blasfemia injuriosa y afrentosa y la maldición, 612.

Líbano: envuelve en sí la idea de candor o blancura resplandeciente de luz, 441.

Libertad: poderoso es el apetito de libertad en todas las cosas, 214.

Libro: el de la vida es, según San Agustín, la presciencia o predestinación de los elegidos, 172; es también la divina Sabiduría o el Verbo de Dios, en el cual se encuentran las ideas de todas las criaturas, 173; excelencia de este libro, pues

todas las inteligencias leen en él desde el principio y leerán hasta el fin, 174; el que desde la eternidad está escrito en el libro de la vida, jamás será borrado de él, 175; ningún mortal o muy raro, sólo los ángeles pueden leer en este libro, 175; el libro de la naturaleza es este mundo sensible; en él mediante el raciocinio se puede llegar del conocimiento de las cosas sensibles a la sabiduría de las inteligibles, 176; hermosura de este libro de la naturaleza, y maravillas que nos muestra, 177; hemos de repasar el libro de pureza (la Virgen) escrito por el dedo de Dios por dentro y por fuera, 246.

Limpieza: cuánto importa y cuán apetecible la del corazón, 515; la dulcedumbre está en la limpieza del corazón, 516; Dios sólo se deja ver de los limpios de corazón, 529; el fuego del amor de Cristo en la Eucaristía poderoso para limpiar las mayores inmundicias, 556.

Litera: la construyó para sí el rey Salomón de los cedros del Líbano para ser llevado, 483, y simboliza a las almas devotas de los viadores, 484.

Luz: es la primera de las criaturas, 137; la más hermosa de las criaturas corporales, porque sin ella no hay nada hermoso, es todo odioso, 140; es universal, todo lo llena, 141; luz del mundo fué la Virgen en su natalicio, iluminándole y regocijando a cielos y tierra, 208; fué tal y tan inefable la del Verbo al encarnarse, que ni aquella águila singular, María, podía mirarle de hito en hito, 311; cuán gran bien para el mundo, tanto en el orden natural como en el sobrenatural, 626; que pecaran los hombres antes de Cristo, pase porque no tenían luz; pero después que nos nació este Sol..., 627.

Lluvia: hay que buscar la celestial en la religión, que da jugo y hace agradables las mismas asperezas, 563; y esperarla, que nos la mandará Dios cuando nos convenga, no cuando la queramos, 566, 568; varios pasajes y figuras que nos amonestan esto, 567; disposición para más recibir esa lluvia, 569; darála Dios al religioso que obedeciere su vocación y no se emplee en las cosas exteriores y que no son para él, 572.

Madre: sólo hay una virgen y madre a la vez, sólo una virgen que engendra, 165; una sola es la que engendró a su Creador, una sola la elegida para madre suya, 165; cuanto más digna y de mayor categoría una persona, más elevada su madre; pues el ser Madre de Dios..., 195; *Madre de Dios* o *Theotocon:* después de muchas disputas con los herejes se determinó en el concilio de Efeso, Calcedonia y Constantinopolitano II, que así había de llamarse a la Virgen, puesto que era en realidad Madre de Dios, 197; no hay entre todos los amores de la vida presente amor semejante al amor de la madre al hijo, 198; la Virgen no sólo es Madre de Dios, sino digna y apropiada Madre de Dios, 209; como en la sustancia divina cual es el Padre tal es el Hijo, así en la naturaleza humana cual es la Madre tal es el Hijo, 213; sólo hay una Virgen y Madre de Dios, 229; todas las alabanzas que se pueden pregonar de la Virgen están compendiadas en su maternidad divina, 261; a la Virgen, como madre, le horrorizaba la futura pasión del Hijo, aunque la aceptara como mandada por Dios y necesaria para la liberación del género humano, 377, 451; es el amor de madre tan fuerte que ama entrañablemente aun a los hijos más deformes, 420-21; por tanto, ¿cuál sería el de la Virgen a uno y de tal naturaleza?, 421; sólo la Madre de Dios en cuerpo y alma al cielo, porque no era digno que se corrompiera..., 458-59; sigue al hijo aun en las mayores di-

ficultades y peligros, 463; justo es que la Madre de Cristo siguiera al Hijo en cuerpo y alma al cielo, ante la admiración de los celestes moradores, 463-64.
Maestra: al subir su Hijo al cielo quedó la Virgen como maestra y gobernó aquella escuela, 403.
Magnificat: es el cántico por excelencia; desde el principio del mundo no ha resonado cántico semejante, 319; no recuerda en él la Virgen hazañas o gestas gloriosas, es su tema inmensamente más grande, 320, 330; cualidades que enaltecen este cántico, 321; comentario del contenido del mismo, 321ss.
Males: conviene que quien ha aprendido a recibir bienes de Dios, aprenda a pasar males por El, 530; aunque es recia cosa padecer males por hacer bienes, la recompensa es nada menos que el reino de los cielos, 531; más excelente la corona por el mal que se padece que por el bien que se hace, 532.
Manjar: después de tantos beneficios, se quedó Jesús como manjar de las almas, 547-48; privada el alma de su propio manjar, con codicia grande busca el ajeno, 625.
Margarita: la gracia es la margarita con que compramos el reino celestial, 158; dos margaritas de singular hermosura son la naturaleza angélica y la humana, 159; ambas por recrearse en sí mismas se perdieron casi en el momento de su creación, 159; las preciosas margaritas, el ángel y el hombre, por la mancha del pecado se convirtieron en inmundos tizones, 169; el brillo y hermosura de la preciosa Margarita, la Virgen, atrajo las miradas del gran Mercader inclinándole a desearla, 164.
Materia: su excelencia encarece el valor de una obra, 129; en la Virgen es su naturaleza, 129.
Mediación: todo lo que ha determinado Dios dar a los hombres, se lo da por manos de María, 169; Dios tuvo a bien que todo nos viniera por María, 170; la fuente, que es María, suministra a los fieles de todas condiciones el agua que apague su sed, 297.
Meditación: ejercítate en la meditación como la paloma, si no puedes lanzar profundos gemidos como la tórtola, 356; necesaria todos los días, es la que anda el camino del cielo, 512, 514; puntos o materia de meditación para la mañana, mediodía y la noche, 512-13; qué es la meditación, 517; el primer grado confesando y satisfaciendo por nuestros pecados y mortificando nuestros sentidos interiores y exteriores, 518.
Menosprecio: es necesario menospreciar lo que el mundo pueda decir para estorbar el ser de Dios, 507; menospreciar todos los placeres mundanos y deleites pasados, 508.
Mercader: Cristo es el mercader del Evangelio, que vino a cambiar su vida feliz por la nuestra penosa, 158-159; vino este gran Mercader como reparador de los ángeles y como redentor de los hombres, 162.
Mérito: no consiste la razón del mérito en sola la dificultad del acto, sino más bien en la perfección del mismo, en el ardor de caridad que lo provoca, 427; con la acumulación de méritos es como se corre a la corona celestial, 446; la raíz del mérito está en la caridad, 455.
Milagro: más admirables aunque de menos importancia, los acontecimientos que tienen lugar con menos frecuencia, 462; mayor milagro, dice San Agustín, nacer tantos hombres que no existían que resucitar unos pocos que ya existían, 462-63.
Misterio: el de la Trinidad y la Encarnación, los dos misterios por excelencia, los más ocultos, 270; abismos de misterios como de virtudes se contienen en el huerto cerrado de la Virgen, 286; muchos han

sido llevados a cabo por los que no los conocían ni se daban cuenta de ellos, 294; el que va desmenuzando los misterios de Dios, la gloria dará sobre él y le desmenuzará a él, 628.
Morada: el alma lo es de Cristo en la comunión, y pide la purifique para ser digna morada, 552-53.
Muerte: Adán y Eva se la dieron a todos aun antes de engendrarlos, 193; la tibieza de la fe, esperanza y caridad, o el remordimiento de la conciencia, es lo que hace tan triste la muerte del cuerpo, 440.
Mujer: encendidas alabanzas a esta mujer, María, que albergó en su casa, su seno virginal, a Cristo, 371.
Mundano: gastan toda su vida en buscar todo linaje de consolación... de los deleites de las criaturas, 633; unos le buscan en una cosa, otros en otra, 633.
Mundo: se nos dió no sólo para nuestra utilidad y servicio, sino también para nuestra enseñanza y magisterio, 177; es un desierto este mundo, porque después del pecado se encuentran en él soledad, espinas y cardos, 465.
Murmuración: es tribulación de los buenos la murmuración de los malos, a quienes parece molesta la virtud, 535; gravísimo pecado, porque el que difama mata al espíritu, 629.

Nobleza: no hay nobleza como la de servir a Cristo, 192.

Ociosidad: pestilencia grande en la vida religiosa, 565.
Oración: necesaria a todo fiel cristiano, consigue el camino del cielo, 512, 514; ha de hacerse con gran humildad y conocimiento de sí y de su ingratitud y con confianza, 513, 519, y perseverancia, 519; impedimentos de la oración y modos de vencerlos, 520; diferente manera de orar del principiante, aprovechante y perfecto, 520; oración mental, qué es, 522; hay unos tiempos más convenibles para la oración que otros, 541.

Paciencia: el sufrir con paciencia mayor virtud es que hacer milagros, 530.
Padre: los padres transmiten a sus hijos, junto con las cualidades corporales, las pasiones, carácter, costumbre, etcétera, 205.
Palabra: suave y regalada la de Cristo, penetrante, eficaz, inflama el espíritu, enciende el corazón..., 388-89; dulce y ferviente la de Dios, estimula, purifica, conforta, robustece, 480.
Paz: la plenitud de la paz se encuentra en María, 147; paz perfecta en la Virgen, porque no hubo en ella rebelión contra el bien, 211; ¿dónde se encuentra la paz, dónde el descanso sino en la religión?, 353.
Pecado: excepto Cristo (y María) todos cometen pecado, porque excepto El y Ella contrajeron el original todos, 132; por el mortal se aparta Dios completamente del corazón, por el venial se desvía un poco, 132; es el martillo de toda la tierra, que no se oyó en la fabricación del templo de María, 133; si no hubiera pecado el hombre, no se hubiera hecho Dios hombre, 199; se encuentra aun en los niños aunque no aparezca; está como en germen o semilla, 210; preservó Dios a la Virgen para que ni siquiera ligerísimos movimientos de sensualidad pudieran insinuarse en ella, 285; gravedad del mismo, pues tanto se apresuró Cristo a librar al Bautista aun del original, 319, 332; es lo único que puede el libre albedrío sin el auxilio de Dios, 473; determinarse de no cometer un pecado mortal a sabiendas, con la gracia de Dios, por todo el mundo, 407; el del fraile es mayor que el del seglar, aunque sea el mismo pecado, 566; ¡cuánto pesa que estorba al alma ir a su centro!, 605; según San Agustín, es decir o hacer o desear algo contra la ley de

Dios, 619; tan atado se está uno y tan reo es con un pecado como con varios; es preciso sacudir toda el alma para estar en gracia de Dios, 620-21; tantos pecados en el mundo... salen de tantas ignorancias como hay, 627.

Pecado original (véase *Pecado*): la exclusión del actual lleva consigo la del original, 131; consiste en la disonancia de las potencias del alma a causa de la privación de la justicia original, 149; se contrae por la infusión del alma en una carne corrompida, 150; su corrupción es tan poderosa que en un momento convierte al ángel más resplandeciente en el más espantable diablo, 161; la Virgen estuvo libre de la culpa, libre de la primera mancha, 442.

Pecador: insensato es todo pecador que se condena a eternos suplicios por un insignificante placer, 352.

Penitencia: es una escala para la perfección, 484.

Penitencias: para más satisfacer, ayunos, vigilias, disciplinas, cilicios, 508; con ellas aun en esta vida se trasluce al alma la luz bienaventurada, 606.

Perfección: consiste en la imitación de Cristo, 206; Dios, como abismo infinito de perfecciones, encierra en sí las de todas las criaturas, aunque en grado eminente, 278; difícil el camino, hay que escalar las cumbres, vencer obstáculos, superar rigores: por eso es preciso la pertinacia en el esfuerzo, 323; en su altura sonríe amplia llanura, panorama placentero..., 324; la dificultad más que en el camino está en el pecado y las pasiones que tiran hacia abajo, por eso se necesita determinación resuelta, 324; tiene sus grados, y hay que seguirlos con paciencia y prolongado esfuerzo, no se hace todo en un día; señala los ejercicios que han de practicar las almas que quieren subir a la perfección, 326; la perfección del camino consiste en estar perfeccionándose, 382, 475; nadie juzgue que ha adelantado lo suficiente..., no es perfecto el que no procura aprovecharse, 475.

Perfectos: procuremos hacer por sólo Dios todo lo que obramos, si queremos ser perfectos, 518.

Perla: explicación poética de su origen; es la más excelente de todas las producciones materiales, 222; se le llama perla a Cristo porque no hay cosa de más precio, 223, y por la semejanza de su nacimiento, 224; también a la Virgen se la llama perla, no por la naturaleza, sino por la gracia que recibió, 224; la Virgen, entre las criaturas, es la única perla, saturada del rocío de la gracia celestial; y los demás santos, ángeles, patriarcas, apóstoles, etc., son piedras preciosas, 227; la Virgen fué perla única y encontrada, 229; las perlas arrojadas a los perros, no conocen éstos su alto precio y las profanan, 231-32.

Perros: si se les entregan las cosas santas, no las conocen y las profanan, 231; en los perros están representados como totalmente inmundos los gentiles y herejes, 232; como los perros que aúllan sólo para molestar, y a veces a la luna, así los herejes gruñen contra la Madre de Dios, ladrando aun a veces contra el mismo Dios con sus blasfemias, 232.

Persecución: conviene probar las armas del cristiano en la persecución, 530; ésta ha de ser sobre todo por la justicia, que quiere decir la virtud, 531; huir de ser perseguidos es huir de ser coronados, 531; han de sufrirla todos los que quisieran vivir bien en Cristo, 532; no han de espantarlos las persecuciones que han de venir, si la compañía de Cristo nos agrada... para eso nos lo ha advertido de antemano; se explaya en la descripción, 533; es más de temer la de los falsos cristianos, y más aún la de los cristianos fingidos, 533-34; de éstos unos persiguen viendo que yerran, otros pensando que aciertan, 534; la contienda suele ser más cruda cuanto el parentesco es mayor, 535.

Perseverancia: es indispensable para las dificultades que se tropiezan en el camino de la perfección, 324; gran virtud es la perseverancia, única que lleva a feliz término las buenas empresas, 383; es el primer escalón para subir la escala de la perfección, 475-76.

Persona: la naturaleza humana sustentada en la persona divina, eterna para la persona divina y nueva para la humana, 278.

Poder: aunque el de Dios no se manifiesta más en la creación de una criatura que en la de otra, sin embargo nos aparece mayor cuanto más perfecta es la criatura; y ¿cuál se manifestará en la Virgen, criatura la más perfecta?, 218.

Precio: lo fué de nuestro rescate Cristo con la entrega de su alma, cuerpo, vida, etc., 170; incalculable era el de nuestra alma, pues que Cristo dió cuanto tenía para rescatarla, 222; todo el precio de nuestras obras dimana del amor, 346; el precio del esclavo, los azotes, bofetadas, afrentas... cruz de todo un Dios, 374.

Precursor: el Bautista comienza su oficio milagrosamente aun antes de nacer, 317-18; el primero después de la Virgen en conocer la encarnación de Cristo, 318; mensajero de verdad que deseó vivamente predicar aun antes de nacer, 329.

Predestinación: elección de aquellos cuyos nombres se hallan indeleblemente grabados en el conocimiento de Dios, 172; es la primera y más grande de todas las gracias, 174; la predestinación es la que ha hecho tales a los santos y a los justos, 174; desde la eternidad la Virgen fué elegida para ser Madre de Dios y abogada del mundo, 201; Dios es el que predestinó de antemano... aun para el aumento de la gracia en las almas, 474; nadie puede saber si está predestinado, 617.

Predicador: cuánto mal hace la mala vida del predicador, 624.

Prelados: qué responsabilidad tienen, pues son gran causa de la ignorancia del pueblo si no se preocupan y andan a sus tratos y codicias y mejoras, 631.

Privilegio: todos los dones, gracias y privilegios concedidos a los ángeles y a los hombres se hallan reunidos en el alma sacratísima de María, 273, 370; la Virgen comparte con Cristo el privilegio de estar en cuerpo y alma en el cielo, 470.

Protección: lo es especialísima y única la Virgen en las grandes tribulaciones y persecuciones de los individuos y de la Iglesia, 208; estremézcase la tierra, monte en cólera el demonio: de todo nos libra y defiende María, 225; todos la tenemos en María y cada cual acude y encuentra el remedio de su necesidad, 297; con la de la Virgen se libran del enemigo la Iglesia y cuantos reos, tristes y afligidos, acudan a ella, 370.

Prudencia: cómo la usó María en la aparición del ángel turbándose en su presencia y no dando crédito inmediatamente, 236-37, 264; prudencia y silencio de la Virgen para celar el misterio obrado en su seno, 245.

Puerta: lo es la Virgen para entrar Dios en el mundo y el hombre en el cielo, 289.

Pureza: el vidrio de la pureza y el plomo de la humildad de la Virgen fué la causa de encarnarse en ella Cristo, 135; en carne mortal es semejante la Virgen por su pureza a la caballería angelical, 211; se pone en peligro en las juergas, en los juegos, bailes y pasatiempos, 235; María, la primera en emular la pureza de los espíritus celestes, 240.

Purificación: rito prescrito en la Ley antigua..., no estaba sujeta María..., 334; quiso purificarse la Virgen, aunque purísima y limpísima, por humildad y para evitar el escándalo, 347; en vano se busca la unción del espíritu si no se ha

hecho la purificación de los pecados, 387; almas hay que vuelan directamente al cielo purificadas ya en las tribulaciones terrenas, 458; si no se limpia el alma de los pecados y pasiones, poco o nada se adelantará en la contemplación de los divinos misterios, 479; para subir al reclinatorio áureo de Salomón, que simboliza a Cristo, hay que purgar antes el alma de los pecados y pasiones de los mismos, 485.

Recogimiento: jamás Jesús entrará en el hospedaje del corazón si no halla dentro al alma...; este recogimiento del alma es el principio de toda virtud, 384; es imposible oír a Jesús entre el estruendo de los cuidados y negocios, 387; el retiro es el segundo peldaño de la escala de la perfección, 476; si deseas hospedar a Cristo, no salgas de tu casa, 477.

Redención: menester había la Redención de un arte escogido, pues que la carne estaba sujeta, pero no podía, y Dios podía, pero no estaba sujeto, 162; dió Cristo todo lo suyo por redimir al hombre, 170; se purifica la Pureza y es redimido el Redentor, 348-49; cuán obligados estamos a la Virgen, pues le dió a Cristo con que poder redimirnos, 374.

Religioso: los que se han determinado a vivir en religión, son fortaleza del Señor y han de ser combatidos con asaltos continuos, 373; son los que se ejercitan en lo que es propio del hombre, entregarse a Dios, cantar sus alabanzas..., 400; para esto sólo han entrado en el claustro, 401; entero ha de dar su corazón al Señor sin reservarse nada, y ofrecérselo en holocausto, 571; hay tantos que no han aprovechado porque no supieron sujetar las aguas de arriba, 573; vergüenza que han de haber de que con mayor cuidado busquen los seglares sus pestilentes aguas mundanas que ellos el agua de la vida, limpia y clara, 637-38; ¡cuán feliz encerrado en su celda con su Dios!, ¡qué abundancia de espirituales regocijos!, ¡qué cambiado cuando la riega el agua del Señor!, 639.

Respeto humano: es un portero débil, engañado y vencido con facilidad..., y entrega la puerta del alma al enemigo, 407.

Restitución: tanto es más dificultosa cuanto lo robado es de mayor precio, 537; el que perdió almas, de qué medios ha de valerse para reparar o restituir, 538.

Retiro: consideraciones en que ha de entretenerse el alma en su retiro u oratorio, 509; solitario ha de hallar a Cristo el religioso, no entre las gentes ni entre muchos, 638.

Revelación: como había sido creador, quiso también Dios ser nuestro maestro mediante la revelación, 180.

Rey: explicación del reinado que el ángel prometió a María para el fruto de su vientre, 257-58-59; virtudes del rey pacífico, Cristo, divinas unas y otras humanas, 262; el trono de Cristo Rey es la cruz, 293; cómo los judíos y pretorianos sin darse cuenta proclamaban Rey a Cristo, 294; lo fué no según los usos humanos, ni constituído por los hombres, 312; reino singular es el de Cristo, pues lleva su imperio sobre sus hombros, al pueblo judío y al gentil, 312.

Sabiduría: se muestra grande la del supremo Artífice en las cosas más insignificantes, la hormiga, el mosquito, su vida y operaciones tan admirables, 178; era necesario al hombre la sabiduría revelada para conocer la Trinidad, Encarnación, etc., 179; según el significado de su nombre es muy gustosa, 181; se mostró grande la de Dios al crear al hombre, pero inmensamente mayor al repararle, 308; en las cosas incomprensibles la admiración es señal de sabiduría, 434.

Sacerdotes: su solicitud principal, excitar en el pueblo el amor de Dios y el fervor espiritual, 416; su oficio es orar; dos cosas para hacerlo dignamente, 615; ¿cómo orará el ocupado en el pleito, permutas de beneficios, etc.?, 615.

Sacrificio: como sacrificio matutino se ofrece Jesús en la presentación en el templo; como vespertino se ofrecerá más tarde en el ara de la cruz, 347; sacrificio inmaculado y ofrecido por la Virgen inocente, una inmaculada sin pecado ofrece una hostia inmaculada en la presentación de Jesús en el templo, 352; es infinitamente más grande que el mundo el que se ofreció por las manos virginales de María, 353; es la puerta del espíritu, y por medio del dolor de corazón se llega a los gozos del espíritu, 387.

Santidad: no es la causa de la elección, sino que la elección es causa de la santidad, 174; si entregamos las cosas santas a los hombres de bajas costumbres las profanan y pisotean, 231-32; lo que había de nacer de la Virgen no era sólo un varón santo, sino la misma santidad, la forma de la santidad y toda la santificación, 252.

Santos: resplandecieron unos en unas virtudes y otros en otras, a diferencia de la Virgen, en todas brillante, 168; todos han intentado en la medida de sus fuerzas asemejarse a Cristo, imitarle y reproducirle, 205; aun los más excelsos siempre encuentran en sí algo de qué humillarse, 243; son los que más reciben la colaboración del Señor, aunque su gracia a nadie se niegue, 381.

Seglar: puede y a veces debe entender en muchas cosas que no le son permitidas al religioso, que es todo para Dios, 570-71; baja al pozo de este siglo a tomar y sacar agua de la consolación de los deleites de las criaturas, 633.

Serafines: los dos que estaban sentados en el trono que vió Isaías significan la naturaleza angélica y la humana, y el trono a María, 298.

Sermones: en ellos debemos despertar a los pecadores, clamar, mostrar la brevedad de la vida y su fin, 181.

Silencio: el silencio es una especie de culto a la justicia, 245; cómo lo guardó la Virgen y qué ejemplo tan excelente dejó, 245; el rey Ecequías, por descubrir los tesoros, se hizo acreedor a la pérdida de ellos, 245.

Símbolo: figuras o símbolos que representan a María en el Antiguo Testamento, 286.

Soberbia: con inmoderada soberbia ansió el hombre ser Dios, y se perdió, 162; es una gracia especial de Dios no dar sus dones a los soberbios, 419; caen en una gran soberbia las almas espirituales que abusan de los regalos y favores que les otorga el Señor en la contemplación, 525.

Sol: es en cierto modo un retrato sacado de Dios, pues lo que el sol para los cuerpos es Dios para el sol y todas las cosas, 179; quita el sol, y ¿qué queda en el mundo sino tinieblas?; quita a María de la Iglesia, ¿qué queda sino oscuridad?, 212, 226.

Soledad: amable y agradable cuando el alma es llamada y llevada por Dios a ella, 487, y en la cual habla Dios al corazón del alma ya purificada, 487-88.

Solicitud: sin descanso y afanosísima la de la Virgen por Jesús en todos los detalles de su vida; hermosa exposición, 374-75.

Suavidad: inefable la suavidad de la devoción..., 410; experimentada atrae irresistiblemente, 410-11; la suavidad y gloria de la Virgen en su trato con Jesús tantos años, 451; la dulzura del gozo rompe a veces en el alma y salta y se desborda hasta levantarla en un éxtasis, 480.

Subida: purpúrea o de penitencia, para ascender al reclinatorio del místico Salomón Cristo, 484.
Sufrimiento: es para el alma espiritual como el examen de los que han estudiado, y cuando todo se ha hecho, queda el sufrir; oro es quien ha cumplido lo demás, y debe pasar por el crisol, 530; mucho es hacer buenas obras, pero más es sufrir las malas, 530; no es bueno de verdad el que no sabe sufrir al malo, 531.

Temor: cuántos males no se hacen por temor al juez, y ¿un cristiano no deja de pecar por temor de Dios?, 345-46; el de Dios es un portero fuerte y rígido y no se deja persuadir fácilmente, 407.
Tentación: han de abundar en el servicio del Señor, 476; no dejar nunca por tentación una obra virtuosa empezada con consejo, 521.
Testamento: copia del de Santo Tomás de Villanueva, 598-99.
Tiempo: celo por no perderlo, sino aprovecharlo, bien habida cuenta de su valor, 510.
Trabajos: ¡cuántos arrostran los mundanos por los bienes de este mundo!, 608.
Trato: ¿qué palabras, sentimientos, etc., pasarían entre Cristo y la Virgen en los años que vivieron juntos? Reflexiones devotas e insinuantes, 376-77; quien desee disfrutar del suavísimo coloquio con Cristo, siéntese a sus pies, permanezca en reposo, 387; como Moisés, las almas que tratan con Dios despiden un resplandor semejante, 389; una sola hora de trato con Dios nos parece interminable, y por los negocios y comodidades temporales..., 389; dulcísimos coloquios y charlas familiares de María con Jesús en los años que vivieron juntos, 404.
Triunfo: entrada triunfal de la Virgen con toda pompa en la ciudad celestial, 482.

Unión: admirable es la de la naturaleza divina y humana en la persona del Hijo, 278; más admirable es la de las tres personas divinas en una sola naturaleza, 279; ¿podría unirse Dios a todas las criaturas de suerte que todas ellas fueran Dios?, 279.

Vanidad: grande la de los hombres, por nada que ven en sí ya se levantan y ensoberbecen, 244; vanidad de los trabajos y vaciedad de los cuidados de los hombres, cómo se disipan, 353; ¡con qué afán se entregan los hombres a la adquisición de vanas apariencias, riquezas, etc.!, 395; fatiga, angustia, amargura experimentó Salomón y clamó desengañado: *vanidad de vanidades...*, 397.
Vejez: es la tarde de la vida, 132.
Venta: impía y sacrílega fué la de Judas; ya en su presentación en el templo había sido vendido Jesús como esclavo; y en la Iglesia lo será también la venta perversa del pecador que vende a Cristo a ínfimo precio, 343; venta aún más lamentable por parte de los sacerdotes en los beneficios, dignidades, casi en los sacramentos, 344; en cambio, venta pura, sagrada y sin detrimento en la que la Virgen rescató a su hijo de manos del sacerdote, y con la cual podemos satisfacer al Padre justamente, 351; Judas vende a Cristo, lo compra la sinagoga, pero sin derecho, porque antes lo había comprado la Virgen para rescate del mundo, 354.
Verbo: es modelo vivo de todo lo que hace Dios, razón ideal de todas las cosas, 136; es el primer ejemplar, a cuya semejanza fueron creadas dos margaritas, el ángel y el hombre, y cuyo retrato reproducen, 161; las cosas son más perfectas en el Verbo que en sí mismas, 173; veremos (en el cielo) a todas las criaturas en el Verbo, 277; el Verbo encarnado es un libro, en el cual nos ha sido representada toda la vida espiritual y cristiana, 182; cuanto fué creado en el tiempo, estuvo ordenado desde la eternidad en aquel ejemplar y prototipo, el Verbo divino, 201; se le llama Verbo a Cristo porque siempre está en el Padre, y nada obró o mandó el Padre sin El, 223; para que el hombre pudiera alimentarse con el Verbo, nos convirtió la Virgen al Verbo en carne, 310.
Vía: las tres clásicas aplicadas a la vida de nuestro Señor Jesucristo, 511-12.
Vida: amarga y desabrida si por sí es amada, 604.
Virgen: cómo es necesario a las vírgenes o doncellas el silencio, timidez, recato..., y cuán mal les sienta la chocarrería, desvergüenza, coquetería, etc., 236; prudencia que han de tener y vigilancia para no ser burladas del enemigo ni aun en el espíritu; reflexión y humildad, consultar a los maestros espirituales, 237; María es la maestra de las vírgenes, la fundadora de esta institución, 240; hay vírgenes necias, que cierran su cuerpo a los hombres y abren su corazón al demonio, 288; María lo fué por la carne, por el espíritu, por la profesión, 300; hay hoy tanta tibieza en las vírgenes consagradas porque están vacías del divino germen, Cristo, 327.
Virgen María: por su naturaleza, hija de Adán, doncella semejante a otras doncellas, aunque de regia estirpe, intacta, pura, sin contacto de varón, 129; la que en grado más alto alcanzó las virtudes de Cristo, 129; aventaja a los espíritus angélicos en pureza, hermosura, gracia y valor, 130; en la carne mortal, semejante a los mortales; por la gracia, pureza y hermosura semejante a la naturaleza angélica, 130; es el trono del pacífico Salomón, Cristo, 130; tuvo en sí las virtudes de todas las jerarquías eclesiásticas, patriarcas, profetas, apóstoles, evangelistas, etc., 130; ni aun por el pecado venial se desviará Dios un punto de su corazón, 132; grandeza de no haber estado sujeta al pecado original, 132.
Es la vara que floreció sin rocío, es decir, sin el concurso de varón, 136; hermosa por la hermosura de la inocencia, de la gracia, etc., 140; como el sol aventaja a todas las lumbreras, aventaja María (después de Cristo) a toda criatura racional, 140; ofrece a todos sin distinción sus gracias y su clemencia, 142; alegró a todos al aparecer inmaculada en el seno de su madre, 142; benignidad y humildad son las alas con que defiende a toda la Iglesia, 144; las virtudes de todos los santos juntó Dios en el alma de la Santísima Virgen, 148; en todas las virtudes semejante a Cristo, y lo mismo en la cruz, por eso de ella dijo Dios que iba a hacer una ayuda semejante al primer hombre, 151; como un castillo bien provisto, a todos abre el seno de su misericordia, 153; fundación fortísima, altísima, riquísima, que fundó el Altísimo, 153; todas las prerrogativas convenían a la Madre, todas pudo otorgárselas Dios, todas quiso dárselas el Hijo, 156; el ejército celestial hecho lenguas no bastaría a alabarla según sus merecimientos, 163; el seno de la Virgen es el pergamino en que fué escrito el libro del Verbo, 182; fué la primera en enseñar el celibato entre los hombres e introducir la vida angélica en la carne humana, 191; con decir que es Madre de Dios, que de ella nació Jesús, dicen los evangelistas todo lo que se puede pregonar de una criatura, porque donde se hallaba la plenitud no fuéramos a pensar que faltaba lo que no se hallaba escrito, 194-95; si tal amor tienen las madres a sus hijos, aun deformes y perversos, ¿cuál sería el amor de María a tal Hijo?, 198; sólo ella tiene un amor seme-

jante al de Dios..., 199; tenemos en cierto modo derecho a gloriarnos en ella y a su protección, pues lo que nos hizo a nosotros reos la hizo a ella Madre de Dios, 199; es madre de todos, hasta del etíope, que aquí simboliza al más bajo, y a todos se extiende su misericordia, 200; solamente la Virgen imitó en todo a Cristo, aunque las perfecciones se hallan en distinto grado, 206; fué purísima, sin mancha, santísima, de joven, de doncella, de niña, en el seno de su madre, 210; en la reformación del mundo está resumida en la Virgen la Iglesia y la perfección de los santos, 211; interpela la Madre ante el Hijo como lo hace el Hijo ante el Padre, 212; ella es más grata a Dios que todo el mundo, 218; ella ha sido levantada sobre los coros, y las otras almas son levantadas hasta los coros, 220; cómo el ángel la halló sola, retirada del bullicio y mundanal ruido, 235.

Prolongado encomio y declaración de la pureza y virginidad de María, 241, 247; es la Virgen la hidria que toma de la fuente, que es el Verbo, para darnos a todos, 271; creada de una manera especial para formar las delicias del Señor, 283-84, 287; es huerto lozano por sus virtudes y dones propios, fuente rebosante por las gracias que tiene para los demás, 294; obligada en cierto modo a nosotros, pues si no hubiera existido nuestra transgresión, no fuera ella Madre de Dios, 307; se encuentran en ella las virtudes heroicas que cada santo poseyó en particular, 370; la vida de María, una continua contemplación, perenne fervor e incendio no interrumpido, 417-18; como más en consecuencia con la dignidad de la Virgen, se afirma que forma por sí sola un coro, 428; protege y guarda no un alma o provincia, sino a toda la Iglesia; en su vida entera es una imagen y figura de la humanidad de Cristo, 436.

Véanse también otros artículos, como *Anunciación, Asunción, Concepción Inmaculada, Grandeza de María, Madre, Magnificat, Trato, Venta, Virgen, Virginidad.*

Virginidad: llora la hija de Jefté su virginidad antes de morir por hacerlo sin dejar descendencia, 192; la Virgen María fué la primera en consagrarla con voto, y aun la concepción por obra del Altísimo, sólo a cambio de dejar intacta su virginidad, 192, 239-40, 265; la virginidad y maternidad reunidas constituyen un oculto y profundo misterio de nuestra fe, 232, 255-56; en comparación de la Virgen María toda otra virginidad pudiera parecer corrupción, 240; la encarnación del Verbo no había de arrebatar la virginidad de María, sino sublimar su pudor con la descendencia, 250; verdadero matrimonio permaneciendo íntegra la virginidad, 296; descubridora María de la virginidad, que era tenida por escarnio entre los judíos, y guía a la vez de las vírgenes, 302; preocupación de María por la virginidad, y seguridades que le da el ángel, 302; símbolos de la integridad de la Virgen en la encarnación del Verbo, 306; más preciosa la virginidad que el matrimonio, pero no a todos se ha concedido el ser vírgenes, 414.

Virtudes: excelsas y participadas de Dios las de la Virgen, 269; las de todos los santos de la Iglesia se hallan en María, va enumerándolas, 274-75; cada santo resplandece en una, en María todas en grado heroico, 284; la plena posesión de todas las virtudes recibió la Virgen como precio de su consentimiento en la Encarnación, 372; son las que nos hacen crecer, no las ceremonias, 474.

Visiones: no deben desearse, como ni las revelaciones, en la oración, 521; sospechosas todas las que no sean conformes a la fe y buenas costumbres y contra la humildad y honestidad, 521.

Voluntad: la divina, cuanto quiere es bueno y justo; pero no lo quiere porque es bueno y justo, sino que es bueno porque El lo quiere, 202.

Voz: dulcísima y poderosa la de María, que penetra las entrañas de Isabel, y a su sonido queda santificado Juan, 316-17; al oír la voz de la Virgen abre sus ojos el Precursor, reconoce a su Dios, se levanta..., 329.

INDICE ONOMASTICO

Agustín, San 131, 136, 139, 156, 158, 163, 166, 172, 173, 174, 177, 196, 200, 202, 205, 210, 221, 223, 225, 226, 227, 240, 247, 259, 276, 279, 283, 285, 286, 288, 293, 294, 299, 305, 307, 309, 317, 329, 342, 344, 345, 352, 357, 359, 364, 399, 411, 413, 444, 454, 456, 462, 463, 464, 465, 466, 467, 468, 469, 472, 473, 488, 496, 497, 500, 502, 513, 514, 519, 524, 527, 536, 537, 603, 619, 628, 629.
Alejandro 210.
Alejandro de Halés 228.
Alemany, Juan 598, 599.
Alonso de Madrid, Fr. 576.
Alonso Manrique 589.
Ambrosio, San 134, 141, 182, 200, 238, 255, 276, 291, 316, 328, 385, 619.
Angel de Bas 591.
Anselmo, San 154, 195, 207, 209, 213, 214, 298, 372, 427, 513.
Antonino, San 403.
Antonio 228.
Antonio, San 238.
Antonio Rodríguez 580.
Apeles 196.
Aristóteles 148, 178, 201, 516.
Arnobio 259.
Atanasio, San 238.
Avicena 178.
Azpilcueta 623.

Baluzii 441.
Bartolomé Urbinate 225, 465, 496, 502.
Batanario 139.
Belarmino 147.
Bernardino de Sena, San 219.
Bernardo, San 135, 140, 141, 142, 143, 144, 153, 160, 164, 165, 166, 168, 170, 174, 176, 177, 184, 193, 197, 211, 212, 213, 217, 219, 220, 225, 226, 227, 229, 238, 251, 261, 268, 269, 271, 272, 274, 275, 276, 277, 284, 290, 295, 296, 298, 300, 301, 302, 303, 305, 307, 308, 311, 313, 335, 337, 340, 348, 354, 356, 358, 375, 390, 391, 403, 414, 425, 431, 435, 437, 472, 482, 491, 501, 512, 514, 517, 522, 538, 581, 629, 635, 636, 637.
Benito, San 240.
Buenaventura, San 229, 427, 428, 472.
Bonet, Domingo 599.

Cantos, P. Toribio de 597.
Carlos V 583, 584, 591, 592.
Casiodoro 172, 259.
Cerdón 196.
César 210.
Cicerón 207.
Cipriano, San 441.
Cleopatra 228.
Cobos, Francisco de los 579, 582.

Demóstenes 207.
Dionisio, San 147, 162, 352, 423, 445.
Dionisio Cartujano 511.
Dioscórides 178.
Domingo, Santo 240.

Egidio Romano 220, 427.
Efrén, San 517.
Ekkebertus 284.
Enríquez 435.
Epifanio 196.
Escobar, P. Jerónimo de 597.
Escoto 150.
Eusebio 191, 205.
Eustoquio 148, 206.

Felipe II 580, 581, 583, 585, 586, 587, 592, 593, 594, 595, 596.
Felipe Diez 139.
Fernández, Juan 599.
Fernando de Aragón 579, 585.
Fernando Salazar 139.
Francisco, San 240.
Fulgencio, San 207.

Galeno 178.
Gallego, P. 597.
García Abad 599.
Gaufrido 414.

Gelasio 424.
Gersón 500, 538.
Gregorio, San 133, 143, 156, 168, 204, 245, 300, 307, 344, 346, 360, 385, 409, 410, 411, 459, 477, 490, 502, 514, 518, 536, 635.
Guigón 517.
Gutiérrez, P. David 632.

Hesiodo 234.
Hipócrates 333.
Homero 207.

Ildefonso, San 496.
Ireneo, San 196.
Isidoro, San 514, 518.

Jaime Pérez de Valencia 133.
Jerónimo, San 148, 183, 190, 194, 205, 206, 231, 274, 276, 289, 295, 380, 411, 425, 437, 438, 442, 514, 515, 523, 615.
Joviniano 289, 295.
Juan Crisóstomo, San 177, 290, 332, 432, 494.
Juan Damasceno, San 191, 214, 231, 278, 519.
Juan Gays 587, 588.
Juliano 131, 132.
Juvenal, Obispo de Jerusalén 424.

Lemnius, Levinus 333.
León, San 272.
López, P. Diego 597.
Lorenzo, San 453.
Lorino 259.
Lucilo 516.

Marción 196.
María de Aragón 596.
Martianeo 148.
Melitón de Sardes 424.
Menéndez Pelayo 600.
Miguel Vich 593.
Monasterio, P. Ignacio 600.
Mónica, Santa 345, 488.
Montoya, P. Luis de 597.

Nestorio 197.
Nicolás Claravalense 226.
Nicéforo 403, 424.
Nieva, P. Francisco de 597.
Novoa, P. Zacarías 596.
Novato 147, 241.

Orígenes 238, 266, 303, 332, 471, 537.
Ovidio 129.

Paula 148, 206.
Paulo III 677.
Pedro Damián, San 219.
Pedro de Salamanca, P. 599.
Pineda 143.
Planco, L. 228.
Platón 136, 178, 180, 479, 634.
Plinio 135, 139, 165, 178, 222, 224, 493.

Ricardo de San Víctor 523.

Sanoguera, Manuel 594.
Santiago Vela, P. Gregorio de 600, 625, 632.
Scaramel 517.
Sebastián, San 453.
Segrián, Juan 599.
Séneca 399, 516.
Seripando 576.
Severo 139.
Sócrates 180.
Suárez 404, 424.

Teodoro 197.
Teofrasto 178.
Terencio 185.
Tertuliano 196, 200.
Texidor, P. José 598.
Tomás de Aquino, Sto. 136, 138, 149, 150, 160, 162, 195, 238, 247, 445, 455, 472, 501, 613, 615, 617, 672.

Vicente, San 620.
Vidal, P. 148, 151, 246.
Villarrasa, Juan de 594.
Virgilio 207.

Xenófilo 494.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE «OBRAS DE SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA», DE LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 27 DE DICIEMBRE DE 1952, FIESTA DE SAN JUAN EVANGELISTA, EN LOS TALLERES DE GRÁFICAS NEBRIJA, S. A., IBIZA, 11, MADRID

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

VOLUMENES PUBLICADOS

1 SAGRADA BIBLIA, de NÁCAR COLUNGA. 4.ª ed., corregida en el texto y copiosamente aumentada en las notas (reimpresión). Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Sr. D. GAETANO CICOGNANI, Nuncio de Su Santidad en España. 1952. LXXXIV + 1700 páginas en papel biblia, con profusión de grabados y 8 mapas. 80 pesetas tela, 120 piel.

2 SUMA POETICA, por JOSÉ MARÍA PEMÁN y M. HERRERO GARCÍA. 2.ª ed. 1950. XVI + 824 págs.—50 pesetas tela, 90 piel.

3 OBRAS COMPLETAS CASTELLANAS DE FRAY LUIS DE LEON. Edición revisada y anotada por el P. Fr. FÉLIX GARCÍA, O. S. A. 2.ª ed. 1951. XII + 1800 págs. en papel biblia.—95 pesetas tela, 135 piel.

4 SAN FRANCISCO DE ASIS: *Escritos completos*, las *Biografías* de sus contemporáneos y las *Florecillas*. Edición preparada por los PP. Fr. JUAN R. DE LEGÍSIMA y Fr. LINO GÓMEZ CANEDO, O. F. M. 2.ª ed. 1949. XL + 888 páginas, con profusión de grabados.—50 pesetas tela, 90 piel.

5 HISTORIAS DE LA CONTRARREFORMA, por el P. RIBADENEYRA, S. I. *Vida de los PP. Ignacio de Loyola, Diego Lainez, Alfonso Salmerón y Francisco de Borja. Historia del Cisma de Inglaterra. Exhortación a los capitanes y soldados de la «Invencible»*. Introducciones y notas del P. EUSEBIO REY, S. I. 1945. CXXVI + 1356 págs. con grabados.—50 pesetas tela, 90 piel.

6 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo I: *Introducción. Breviloquio. Itinerario de la mente a Dios. Reducción de las ciencias a la Teología. Cristo, maestro único de todos. Excelencia del magisterio de Cristo*. Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M. 1945. XL + 750 páginas. 40 pesetas tela, 80 piel. Publicados los tomos II (9), III (19), IV (28), V (36) y VI (49).

7 CODIGO DE DERECHO CANONICO Y LEGISLACION COMPLEMENTARIA, por los doctores D. LORENZO MIGUÉLEZ, Fr. SABINO ALONSO MORÁN, O. P., y P. MARCELINO CABREROS DE ANTA, C. M. F., profesores de la Universidad Pontificia de Salamanca. Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Fr. JOSÉ LÓPEZ ORTIZ, Obispo de Túy. 4.ª ed. Reimpresión. 1952. XLVIII + 1076 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.

8 TRATADO DE LA VIRGEN SANTISIMA, de ALASTRUEY. Prólogo del excelentísimo y Rvdmo. Sr. Dr. D. ANTONIO GARCÍA Y GARCÍA, Arzobispo de Valladolid. 3.ª ed. 1952. XXXVI + 988 págs., con grabados de la *Vida de la Virgen*, de Durero.—70 pesetas tela, 110 piel.

9 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo II: *Jesucristo en su ciencia divina y humana. Jesucristo, árbol de la vida. Jesucristo en sus misterios: 1) En su infancia. 2) En la Eucaristía. 3) En su Pasión*. Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ. O. F. M. 1946. XVI + 848 págs.—40 pesetas tela, 80 piel.—Publicados los tomos III (19), IV (28), V (36) y VI (49).

10 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo I: *Introducción general y bibliografía. Vida de San Agustín*, por POSIDIO. *Soliloquios. Sobre el orden. Sobre la vida feliz*. Edición en latín y castellano, preparada por el P. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A. 2.ª ed. 1950. XII + 828 págs. con grabados.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos II (11), III (21), IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79) y X (95).

11 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo II: *Confesiones* (en latín y castellano). Edición crítica y anotada por el P. Fr. ÁNGEL CUSTODIO VEGA, O. S. A. 2.ª ed. 1951. VIII + 740 págs.—55 pesetas tela, 95 piel.—Publicados los tomos III (21), IV (30), V (39), VI (50), VII (63), VIII (60), IX (79) y X (95).

12-13 OBRAS COMPLETAS DE DONOSO CORTES (dos volúmenes). Recopiladas y anotadas por el Dr. D. JUAN JURETSCHKE, profesor de la Facultad de Filosofía de Madrid. 1946. Tomo I: XVI + 956 págs. Tomo II: VIII + 870 págs.—Los dos tomos, 70 pesetas tela, 150 piel.

14 BIBLIA VULGATA LATINA. Edición preparada por el P. Fr. ALBERTO COLUNGA, O. P., y D. LORENZO TURRADO, profesores de Sagrada Escritura en la Universidad Pontificia de Salamanca. 1951. Reimpresión. XXIV + 1592 + 122 págs. en papel biblia, con profusión de grabados y 4 mapas.—En tela, 80 pesetas; en piel, a dos tintas, 130.

15 VIDA Y OBRAS COMPLETAS DE SAN JUAN DE LA CRUZ. *Biografía*, por el P. CRISÓGONO DE JESÚS, O. C. D. *Subida del Monte Carmelo. Noche oscura. Cántico espiritual. Llama de amor viva. Escritos breves y poesías.* Prólogo general, introducciones, revisión del texto y notas por el P. LUCINIO DEL SS. SACRAMENTO, O. C. D. 2.ª ed. 1950. XL + 1436 págs., con grabados.—60 pesetas tela, 100 piel.

16 TEOLOGIA DE SAN PABLO, del P. JOSÉ MARÍA BOYER, S. I. 1952. Reimpresión. XVI + 980 págs.—65 pesetas tela, 105 piel.

17-18 TEATRO TEOLOGICO ESPAÑOL. Selección, introducciones y notas de NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ. Tomo I: *Autos sacramentales.* 1946. VIII + 924 págs. Tomo II: *Comedias teológicas, bíblicas y de vidas de santos.* 1946. XLVIII + 924 págs.—Cada tomo, 35 pesetas tela, 75 piel.

19 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo III: *Colaciones sobre el Hexaemeron. Del reino de Dios descrito en las parábolas del Evangelio. Tratado de la plantación del paraíso.* Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por los PP. Fr. LEÓN AMORÓS, Fr. BERNARDO APERRIBAY y Fr. MIGUEL OROMÍ, O. F. M.—1947. XII + 800 págs.—35 pesetas tela, 75 piel.—Publicados los tomos IV (28, V (36) y VI (49).

20 OBRA SELECTA DE FRAY LUIS DE GRANADA: *Una suma de la vida cristiana.* Los textos capitales del P. Granada seleccionados por el orden mismo de la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino, por el P. Fr. ANTONIO TRANCHO, O. P., con una extensa introducción del P. Fr. DESIDERIO DÍAZ DE TRIANA, O. P. Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Fr. FRANCISCO BARBADO VIEJO, Obispo de Salamanca. 1952. Reimpresión. LXXXVIII + 1164 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

21 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo III: *Contra los académicos. Del libre albedrío. De la cuantidad del alma. Del maestro. Del alma y su origen. De la naturaleza del bien: contra los maniqueos.* Texto en latín y castellano. Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.; Fr. EVARISTO SELJAS, Fr. EUSEBIO CUEVAS, Fr. MANUEL MARTÍNEZ y Fr. MATEO LANSEROS, O. S. A. 1951. Reimpresión. XVI + 1056 págs.—65 pesetas tela, 105 piel. Publicados los tomos IV (30), V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79) y X (95).

22 SANTO DOMINGO DE GUZMAN. *Orígenes de la Orden de Predicadores. Proceso de canonización. Biografías del Santo. Relación de la Beata Cecilia. Vidas de los Frailes Predicadores. Obra literaria de Santo Domingo.* Introducción general por el P. Fr. JOSÉ MARÍA GARGANTA, O. P. Esquema biográfico, introducciones, versión y notas de los PP. Fr. MIGUEL GELABERT y Fr. JOSÉ MARÍA MILAGRO, O. P. 1947. LVI + 956 págs., con profusión de grabados.—40 pesetas tela, 80 piel.

23 OBRAS DE SAN BERNARDO. Selección, versión, introducciones y notas del P. GERMÁN PRADO, O. S. B. 1947. XXIV + 1516 págs., con grabados. (Agotada. Se prepara la 2.ª ed.)

24 OBRAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Tomo I: *Autobiografía* y *Diario espiritual.* Introducciones y notas del P. VICTORIANO LARRAÑAGA, S. I. 1947. XII + 884 págs.—35 pesetas tela, 75 piel.

25-26 SAGRADA BIBLIA, de BOVER-CANTERA. Versión crítica sobre los textos hebreo y griego. 2.ª edición, notablemente mejorada, en un solo volumen. 1951. XVI + 2094 págs. en papel biblia, con profusión de grabados y 8 mapas.—90 pesetas tela, 130 piel.

27 LA ASUNCION DE MARIA. Tratado teológico y antología de textos, por el Padre JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. 2.ª ed. con los principales documentos pontificios de la definición del dogma. 1951. XVI + 486 págs.—40 pesetas tela, 80 piel.

28 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo IV: *Las tres vías o incendio de amor. Soliloquio. Gobierno del alma. Discursos ascético-místicos. Vida perfecta para religiosas. Las seis alas del serafín. Veinticinco memoriales de perfección. Discursos mariológicos.* Edición en latín y castellano, preparada por los PP. Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y Fr. MIGUEL OLTRA, O. F. M. 1947. VIII + 976 págs.—45 pesetas tela, 85 piel.—Publicados los tomos V (36) y VI (49).

29 SUMA TEOLOGICA de SANTO TOMAS DE AQUINO. Tomo I: *Introducción general* por el P. SANTIAGO RAMÍREZ, O. P., y *Tratado de Dios Uno.* Texto en latín y castellano. Traducción del P. Fr. RAIMUNDO SUÁREZ, O. P., con introducciones, anotaciones y apéndices del P. Fr. FRANCISCO MUÑIZ, O. P. 1947. XVI + 1296 págs., con grabados.—55 pesetas tela, 95 piel.—Publicados los tomos II (41) y III (56)

30 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo IV: *De la verdadera religión. De las costumbres de la Iglesia católica. Enquiridion. De la unidad de la Iglesia. De la fe en lo que no se ve. De la utilidad de creer.* Versión, introducciones y notas de los PP. Fr. VICTORINO CAPÁNAGA, O. R. S. A.; Fr. TEÓFILO PRIETO, Fr. ANDRÉS CENTENO, Fr. SANTOS SANTAMARTA y Fr. HERMINIO RODRÍGUEZ O. S. A. 1948. XVI + 900 págs.—45 pesetas tela, 85 piel.—Publicados los tomos V (39), VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79) y X (95).

31 OBRAS LITERARIAS DE RAMON LLULL: *Libro de Caballería. Libro de Evast y Blanquerna. Félix de las Maravillas. Poesías* (en catalán y castellano). Edición preparada y anotada por los PP. MIGUEL BATLLORI, S. I., y MIGUEL CALDENTEY, T. O. R., con una introducción biográfica de D. SALVADOR GALMÉS y otra al *Blanquerna* del P. RAFAEL GINARD BAUÇÁ, T. O. R. 1948. XX + 1148 págs., con grabados.—55 pesetas tela, 95 piel.

32 VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO, por el P. ANDRÉS FERNÁNDEZ, S. I. 1948. LVI + 912 págs., con profusión de grabados y 8 mapas.—50 pesetas tela, 90 piel.

33 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo I: *Biografía* y *Epistolario.* Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. JUAN PERELLÓ, Obispo de Vich. 1948. XLIV + 900 págs en papel biblia, con grabados.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos II (37), III (42), IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

34 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo I: *Nacimiento e infancia de Cristo*, por el Profesor FRANCISCO JAVIER SANCHEZ CANTÓN. 1948. VIII + 192 págs., con 304 láminas.—60 pesetas tela, 100 piel.—Publicados los tomos II (64) y III (47).

35 MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO del P. FRANCISCO SUÁREZ, S. I. Volumen 1.º: *Misterios de la Virgen Santísima. Misterios de la infancia y vida pública de Jesucristo.* Versión castellana por el P. GALDOS, S. I. 1948. XXXVI + 916 págs.—45 pesetas tela, 65 piel.—Publicado el volumen 2.º (55).

36 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo V: *Cuestiones disputadas sobre el misterio de la Santísima Trinidad. Colaciones sobre los siete dones del Espíritu Santo. Colaciones sobre los diez mandamientos.* Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. BERNARDO APERRIBAY, Fr. MIGUEL OROMÍ y Fr. MIGUEL OLTRA, O. F. M. 1948. VIII + 756 págs.—40 pesetas tela, 80 piel.—Publicado el tomo VI (49).

37 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo II: *Filosofía fundamental.* 1948. XXXII + 828 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos III (42), IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

38 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo I: Fr. ALONSO DE MADRID: *Arte para servir a Dios y Espejo de ilustres personas;* FRAY FRANCISCO DE OSUNA: *Ley de amor santo.* Introducciones del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1948. XII + 704 págs. en papel biblia.—45 pesetas tela, 65 piel.—Publicados los tomos II (44) y III (46).

39 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo V: *Tratado de la Santísima Trinidad.* Edición en latín y castellano. Primera versión española, con introducción y notas del P. Fr. LUIS ARIAS, O. S. A. 1948. XVI + 944 págs., con grabados.—45 pesetas tela, 85 piel.—Publicados los tomos VI (50), VII (53), VIII (69), IX (79) y X (95).

40 NUEVO TESTAMENTO, de NÁCAR-COLUNGA. Versión directa del texto original griego. (Separata de la Nácar-Colunga.) 1948. VIII + 452 págs. en papel biblia, con profusión de grabados y 8 mapas.—25 pesetas tela, 65 piel.

41 SUMA TEOLOGICA, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Tomo II: *Tratado de la Santísima Trinidad*, en latín y castellano; versión del P. Fr. RAIMUNDO SUÁREZ, O. P., e introducciones del P. Fr. MANUEL CUERVO, O. P. *Tratado de la creación en general*, en latín y castellano: versión e introducciones del P. Fr. JESÚS VALBUENA, O. P. 1948. XX + 888 págs., con grabados.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicado el tomo III (56).

42 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo III: *Filosofía elemental* y *El Criterio.* 1948. XX + 756 págs en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos IV (48), V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

43 NUEVO TESTAMENTO. Versión directa del griego con notas exegéticas, por el P. JOSÉ MARÍA BOVER, S. I. (Separata de la Bover-Cantera.) 1948. VIII + 624 págs. en papel biblia, con 8 mapas.—30 pesetas tela, 70 piel.

44 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo II: FRAY BERNARDINO DE LAREDO: *Subida del monte Sión;* FRAY ANTONIO DE GUEVARA: *Oratorio de religiosos y ejercicio de virtuosos;* FRAY MIGUEL DE MEDINA: *Infancia espiritual;* BEATO NICOLÁS FACTOR: *Doctrina de las tres vías.* Introducciones del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1948. XVI + 840 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicado el tomo III y último (46).

45 LAS VIRGENES CRISTIANAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA, por el P. FRANCISCO DE B. VIZMANOS, S. I. Estudio histórico-ideológico seguido de una analogía de tratados patrísticos sobre la virginidad. 1949. XXIV + 1308 páginas en papel biblia.—65 pesetas tela, 105 piel.

46 MISTICOS FRANCISCANOS ESPAÑOLES. Tomo III y último: FRAY DIEGO DE ESTELLA: *Meditaciones del amor de Dios;* FRAY JUAN DE PINEDA: *Declaración del «Pater noster»;* FRAY JUAN DE LOS ANGELES: *Manual de vida perfecta* y *Esclavitud mariana;* Fr. MELCHOR DE CETINA: *Exhortación a la verdadera devoción de la Virgen;* Fr. JUAN BAUTISTA DE MADRIGAL: *Homiliario evangélico.* Introducciones del P. Fr. JUAN BAUTISTA GOMIS, O. F. M. 1949. XII + 872 páginas en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.

47 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo III: *La Pasión de Cristo*, por José Camón Aznar. 1949. VIII + 108 págs. con 303 láminas.—60 pesetas tela, 100 piel.

48 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo IV: *El protestantismo comparado con el catolicismo*. 1949. XVI + 772 páginas en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos V (51), VI (52), VII (57) y VIII (66).

49 OBRAS DE SAN BUENAVENTURA. Tomo VI y último: *Cuestiones disputadas sobre la perfección evangélica. Apología de los pobres*. Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. Bernardo Aperribay, Fr. Miguel Oromí y Fr. Miguel Oltra, O. F. M. 1949. VIII + 46* + 784 páginas.—50 pesetas tela, 90 piel.

50 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VI: *Del espíritu y de la letra. De la naturaleza y de la gracia. De la gracia de Jesucristo y del pecado original. De la gracia y del libre albedrío. De la corrección y de la gracia. De la predestinación de los santos. Del don de perseverancia*. Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. Victorino Capánaga, O. R. S. A.; Fr. Andrés Centeno, Fr. Gerardo Enrique de Vega, Fr. Emiliano López y Fr. Toribio de Castro, O. S. A. 1949. XII + 948 págs.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos VII (53), VIII (69), IX (79) y X (95).

51 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo V: *Estudios apologéticos. Cartas a un escéptico. Estudios sociales. Del clero católico. De Cataluña*. 1949. XXXII + 1004 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel. Publicados los tomos VI (52), VII (57) y VIII (66).

52 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VI: Escritos políticos: *Triunfo de Espartero. Caída de Espartero. Campaña de gobierno. Ministerio Narváez. Campaña parlamentaria de la minoría balmtisa*. 1950. XXXII + 1008 págs. en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos VII (57) y VIII (66).

53 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VII: *Sermones*. Edición en latín y castellano, preparada por el P. Amador del Fueyo, O. S. A. 1950. XX + 952 páginas.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicados los tomos VIII (69), IX (79) y X (95).

54 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo I: *Edad Antigua (1-681): La Iglesia en el mundo grecorromano*, por el P. Bernardino Llorca, S. I. 1950. XXXII + 968 págs., con grabados.—55 pesetas tela, 95 piel.—Publicado el tomo IV (76).

55 MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO del P. Francisco Suárez, S. I., Volumen 2.° y último: *Pasión, resurrección y segunda venida de Jesucristo*. Versión castellana por el P. Galdos, S. I. 1950. XXIV + 1216 páginas. 60 pesetas tela, 100 piel.

56 SUMA TEOLOGICA de Santo Tomás de Aquino. Tomo III: *Tratado de los Angeles* Texto en latín y castellano. Versión del P. Fr. Raimundo Suárez, O. P., e introducciones del P. Fr. Aureliano Martínez, O. P. *Tratado de la creación del mundo corpóreo*. Versión e introducciones del P. Fr. Alberto Colunga, O. P. 1950. XVI + 948 págs., con grabados.—50 pesetas tela, 90 piel.

57 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VII: Escritos políticos: *El matrimonio real: Campaña doctrinal. Campaña nacional. Campaña internacional. Desenlace. Ultimos escritos políticos*. 1950. XXXII + 1068 páginas en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.—Publicado el tomo VIII (66).

58 OBRAS COMPLETAS DE AURELIO PRUDENCIO. Edición en latín y castellano, dirigida, anotada y con introducciones por el P. Fr. Isidoro Rodríguez, O. F. M., y don José Guillén, catedráticos en la Pontificia Universidad de Salamanca. 1950. VIII + 84* + 800 págs.—50 pesetas tela, 90 piel.

59 COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. Juan de Maldonado, S. I. Tomo I: *Evangelio de San Mateo*. Versión castellana, introducción y notas del P. Luis María Jiménez Font, S. I. Introducción biobibliográfica del P. José Caballero, S. I. 1950. XVI + 1160 págs. en papel biblia. 55 pesetas tela, 95 piel.—Publicado el tomo II (72).

60 CURSUS PHILOSOPHICUS, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo V: *Theologia Naturalis*, por el P. José Hellín, S. I. 1950. XVI + 928 págs.—65 pesetas tela, 105 piel.

61 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo I: *Introductio in Theologiam. De revelatione christiana. De Ecclesia Christi. De sacra Scriptura*, por los PP. Miguel Nicoláu y Joaquín Salaverri, S. I. 2.ª ed. 1952. XXIV + 1160 págs.—90 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos II (90), III (62) y IV (73).

62 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo III: *De Verbo incarnato. Mariología. De gratia Christi. De virtutibus infusis*, por los PP. Jesús Solano, José A. de Aldama y Severino González, S. I. 1950 XX + 784 páginas.—65 pesetas tela, 105 piel.—Publicado el tomo IV (73).

63 SAN VICENTE DE PAUL: BIOGRAFIA Y ESCRITOS. Edición preparada por los PP. José Herrera y Veremundo Pardo, C. M. 1950. XII + 912 páginas en papel biblia, con profusión de grabados.—55 pesetas tela, 95 piel.

64 LOS GRANDES TEMAS DEL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA. Tomo II: *Cristo en el Evangelio*, por el Prof. Francisco J. Sánchez Cantón. 1950. VIII + 124 págs., con 255 láminas.—60 pesetas tela, 100 piel.—Publicado el tomo III (47).

65 PADRES APOSTOLICOS: *La Didaché o Doctrina de los doce apóstoles. Cartas de San Clemente Romano. Cartas de San Ignacio Mártir. Carta y martirio de San Policarpo. Carta de Bernabé. Los fragmentos de Papías. El Pastor de Hermas*. Edición bilingüe, preparada y anotada por D. Daniel Ruiz Bueno, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1950. VIII + 1136 págs. en papel biblia.—65 pesetas tela, 105 piel.

66 OBRAS COMPLETAS DE JAIME BALMES. Tomo VIII y último: *Biografías. Miscelaneas. Primeros escritos. Poesías. Indices*. 1950. XVI + 1020 páginas en papel biblia.—50 pesetas tela, 90 piel.

67 ETIMOLOGIAS, de San Isidoro de Sevilla. Versión castellana total, por vez primera, e introducciones parciales de D. Luis Cortés, párroco de San Isidoro de Sevilla. Introducción general e índices científicos del Profesor Santiago Montero Díaz, catedrático de la Universidad de Madrid. 1951. XX + 88* + 568 págs.—55 pesetas tela, 95 piel.

68 EL SACRIFICIO DE LA MISA. Tratado histórico-litúrgico. Versión española de la obra alemana en dos volúmenes *Missarum sollemnia*, del P. Jugmann, S. I. 1951. XXVIII + 1269 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.

69 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo VIII: *Cartas*. Edición en latín y castellano, preparada por el P. Lope Cilleruelo, O. S. A. 1951. VIII + 936 páginas.—55 pesetas tela, 95 piel.—Publicados los tomos IX (79) y X (95).

70 COMENTARIO AL SERMON DE LA CENA, por el P. José M. Bover, S. I. 1951. VIII + 336 págs.—35 pesetas tela, 75 piel.

71 TRATADO DE LA SANTISIMA EUCARISTIA, por el Dr. D. Gregorio Alastruey. 2.ª ed. 1952. XL + 436 págs., con grabados.—45 pesetas tela, 85 piel.

72 COMENTARIOS A LOS CUATRO EVANGELIOS, por el P. Juan de Maldonado, S. I. Tomo II: *Evangelios de San Marcos y San Lucas*. Versión castellana, introducción y notas del P. José Caballero, S. I. 1951. XVI + 888 páginas en papel biblia.—60 pesetas tela, 100 piel.

73 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo IV: *De sacramentis. De novissimis*, por los PP. José A. de Aldama, Francisco de P. Solá, Severino González y José Sagüés, S. I. 1951. XXIV + 888 páginas.—70 pesetas tela, 110 piel.

74 OBRAS COMPLETAS DE SANTA TERESA DE JESUS. Nueva revisión del texto original con notas críticas. Tomo I: *Bibliografía teresiana*, por el P. Otilio del Niño Jesús, O. C. D. *Biografía de Santa Teresa*, por el P. Ferrán de la Madre de Dios, O. C. D. *Libro de la Vida*, escrito por la Santa. Edición revisada y preparada por los PP. Ferrán de la Madre de Dios y Otilio del Niño Jesús. 1951. XII + 912 págs. en papel biblia.—60 pesetas tela, 100 piel.

75 ACTAS DE LOS MARTIRES. Edición bilingüe, preparada y anotada por D. Daniel Ruiz Bueno, catedrático de lengua griega y profesor a. de la Universidad de Salamanca. 1951. VIII + 1192 págs. en papel biblia.—80 pesetas tela, 120 piel.

76 HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA. Tomo IV: *La Iglesia en su lucha y relación con el laicismo*, por el P. Francisco Javier Montalbán, S. I. Revisada y completada por los PP. Bernardino Llorca y Ricardo García Villoslada, S. I. 1951. XII + 960 págs.—65 pesetas tela, 105 piel.

77 SUMMA THEOLOGICA Sancti Thomae Aquinatis, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. I: *Prima pars*. 1951. XXIV + 860 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.—Publicados los tomos II (80), III (81), IV (83) y V (87).

78 OBRAS ASCETICAS DE SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO. Tomo I: *Obras dedicadas al pueblo en general*. Edición crítica. Introducción, versión del italiano, notas e índices del P. Andrés Goy, C. SS. R. 1952. XVI + 1040 págs. en papel biblia.—70 pesetas tela, 110 piel.

79 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo IX: *Los dos libros sobre diversas cuestiones a Simpliciano. De los méritos y del perdón de los pecados. Contra las dos epístolas de los pelagianos. Actas del proceso contra Pelagio*. Edición en latín y castellano, preparada y anotada por los PP. Fr. Victorino Capánaga y Fr. Gregorio Rice, O. R. S. A. 1952. XX + 788 págs.—60 pesetas tela, 100 piel.—Publicado el tomo X (95).

80 SUMMA THEOLOGICA S. Thomae Aquinatis, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. II: *Prima secundae*. 1952. XX + 856 págs. 70 pesetas tela, 110 piel.—Publicados los tomos III (61), IV (83) y V (87).

81 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. III; *Secunda secundae*, 1952. XXVIII + 1240 págs.—90 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos IV (83) y V (87).

82 OBRAS COMPLETAS DE SAN ANSELMO. Tomo I: *Monologio. Proslogio. Acerca del gramático. De la verdad. Del libre albedrío. De la caída del demonio. Carta sobre la encarnación del Verbo. Por qué Dios se hizo hombre.* Edición en latín y castellano, con extensa y documentada introducción general, preparada por el P. JULIÁN ALAMEDA, O. S. B. 1952. XVI + 904 páginas.—70 pesetas tela, 110 piel.

83 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. IV: *Tertia pars*. 1952. XX + 804 páginas.—80 pesetas tela, 120 piel.—Publicado el tomo V (87).

84 LA EVOLUCION HOMOGENEA DEL DOGMA CATOLICO, por el P. FRANCISCO MARÍN-SOLA, O. P. Introducción general del P. EMILIO SAURAS, O. P. 1952. VIII + 840 págs.—60 pesetas tela, 100 piel.

85 EL CUERPO MISTICO DE CRISTO, por el P. EMILIO SAURAS, O. P. 1952. VIII + 928 págs.—65 pesetas tela, 105 piel.

86 OBRAS COMPLETAS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA. Edición crítica. Transcripción, introducciones y notas de los PP. CÁNDIDO DE DALMASES e IGNACIO IPARRAGUIRRE, S. I. 1952. XVI + 1180 págs.—85 pesetas tela, 125 piel.

87 SUMMA THEOLOGICA S. THOMAE AQUINATIS, cura fratrum eiusdem Ordinis, in quinque volumina divisa. Vol. V: *Supplementum. Indices*. 1952. XX + 1072 págs.—90 pesetas tela, 130 piel.

88 TEXTOS EUCARISTICOS PRIMITIVOS. Edición bilingüe de los contenidos en la Sagrada Escritura y los Santos Padres, preparada por el P. JESÚS SOLANO, S. I. Tomo I: *Hasta fines del siglo IV*. 1952. XL + 752 págs., con grabados.—75 pesetas tela, 115 piel.

89 OBRAS COMPLETAS DEL BEATO MAESTRO JUAN DE AVILA. Edición crítica. Tomo I: *Epistolario. Escritos menores*. Biografía, introducciones y notas del Dr. D. LUIS SALA BALUST, catedrático de la Pontificia Universidad de Salamanca. 1952. XL + 1120 págs.—75 pesetas tela, 115 piel.

90 SACRAE THEOLOGIAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Teología en España de la Compañía de Jesús. Tomo II: *De Deo uno et trino. De Deo creante et elevante. De peccatis*, por los PP. JOSÉ M. DALMAU y JOSÉ F. SAGÜÉS, S. I. 1952. XX + 1032 págs.—90 pesetas tela, 130 piel.—Publicados los tomos III (62) y IV (73).

91 LA EVOLUCION MISTICA, por el P. MTRO. FR. JUAN G. ARINTERO, O. P. 1952. LXIV + 812 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

92 PHILOSOPHIAE SCHOLASTICAE SUMMA, por una comisión de profesores de las Facultades de Filosofía en España de la Compañía de Jesús. Tomo III: *Theodicea. Ethica*, por los PP. JOSÉ HELLÍN e IRENEO GONZÁLEZ, S. I. 1952. XXVIII + 924 págs.—90 pesetas tela, 130 piel.

93 THEOLOGIAE MORALIS SUMMA, por los padres F. REGATILLO y M. ZALBA, S. I. Tomo I: *Theologia moralis fundamentalis. Tractatus de virtutibus theologicis*, por el P. MARCELINO ZALBA, S. I. 1952. XXVIII + 976 págs.—90 pesetas tela, 130 piel.

94 SUMA CONTRA LOS GENTILES, de SANTO TOMÁS DE AQUINO. Edición bilingüe, con el texto crítico de la leonina. Tomo I: *Libros I y II: Dios: su existencia, su naturaleza. La creación y las criaturas*. Traducción dirigida y revisada por el P. FR. JESÚS M. PLA, O. P. Introducciones particulares y notas de los PP. FR. JESÚS AZAGRA y FR. MATEO FEBRER, O. P. Introducción general por el P. FR. JOSÉ M. DE GARGANTA, O. P. 1952. XVI + 720 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

95 OBRAS DE SAN AGUSTIN. Tomo X: *Homilías*. Edición en latín y castellano, preparada por el P. FR. AMADOR DEL FUEYO, O. S. A. 1952. XXXII + 944 págs.—70 pesetas tela, 110 piel.

96 OBRAS DE SANTO TOMAS DE VILLANUEVA. *Sermones de la Virgen* y *Obras castellanas*. Introducción biográfica, versión y notas del P. FR. SANTOS SANTAMARTA, O. S. A. 1952. XII + 672 págs.—65 pesetas tela, 105 piel.

Este Catálogo comprende la relación de obras publicadas hasta el mes de diciembre de 1952. La B. A. C. viene publicando al menos doce volúmenes nuevos cada año.

Al hacer su pedido haga siempre referencia al número que la obra solicitada tiene, según este catálogo, en la serie de la Biblioteca de Autores Cristianos

Dirija sus pedidos a LA EDITORIAL CATOLICA, S. A., Alfonso XI, 4, o a LIFESA, Valenzuela, 6, Madrid